HERMAN MELVILLE

MOBY DICK

o La ballena.

Versión ilustrada

«Llamadme Ismael.» Muy pocos personajes literarios hay hoy tan conocidos como la ballena blanca, o Ismael o el capitán Ajab, y probablemente no haya un inicio de novela tan famoso como el de *Moby-Dick*. Concebida por **Herman Melville** como respuesta norteamericana a la gran literatura europea de finales del siglo XVIII y principios del XIX, *Moby-Dick* recoge la tradición romántica y gótica dando forma a un épico poema que ha llegado a ocupar en Estados Unidos el puesto de gran novela nacional y a ser considerada como la gran epopeya en prosa del mundo occidental contemporáneo.

Herman Melville

Moby Dick. Versión ilustrada

o La Ballena

ePub r1.6
Piolin 10.09.2018

Título original: *Moby-Dick or The Whale*
Herman Melville, 1851
Traducción: Fernando Velasco Garrido
Ilustraciones: Rockwell Kent
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Piolin
Editor original del texto: GONZALEZ
Escaneo de imágenes: quimeras
ePub base r1.2

COMO MUESTRA
DE MI ADMIRACIÓN POR SU GENIO
DEDICO ESTE LIBRO
A
NATHANIEL HAWTHORNE

Introducción

No lo compre, no lo lea, pues en modo alguno es el tipo de libro apropiado para usted. No es un pedazo de fina seda femenina de Spitalfields, es, por el contrario, de la horrible textura de un lienzo que ha de tejerse con cables y calabrotes de barco. Un viento polar lo atraviesa, pájaros de presa se ciernen sobre él.

Estas un tanto irónicas palabras con las que el propio Herman Melville anunciaba a una amiga la publicación de *Moby-Dick* probablemente tengan hoy en día mayor fundamento del que tuvieron en el momento en que las escribió. No es mi intención espantar a los lectores, pero creo justo advertirles que *Moby-Dick* no es una novela de lectura fácil. Los que, atraídos por la fama de «novela de aventuras» que la precede, busquen en ella unas horas de cómodo entretenimiento es muy posible que sufran una decepción.

De lo engañoso de esa fama aventurera da fe el hecho de que casi el setenta por ciento de las múltiples ediciones existentes en castellano son ediciones abreviadas o adaptadas. No deben de ser muchos los libros en los que se dé una proporción —que más cabría llamar desproporción— semejante. Quizá la *Odisea* y la *Iliada*, y probablemente el *Quijote*, que a mí se me ocurran, sean los únicos que puedan igualársele en este aspecto. Ahora bien, no siendo un logro menor que, aunque sólo sea en un anecdótico dato, una novela pueda compararse con las obras citadas, sin duda este logro será enorme si, como ocurre con *Moby-Dick*, la común desproporción no es en realidad una mera anécdota, sino el síntoma de compartir unos valores de mucho más calado. Y enorme será el mérito del

autor, si su objetivo fue precisamente el de que su obra compitiera con los grandes clásicos en sus mismos planteamientos.

Cuando Melville concibió la novela, su propósito era escribir una obra que expresara la nueva cultura propia y original de los Estados Unidos de América. La flamante república estaba por entonces —mediados del siglo XIX— todavía inmersa en pleno proceso de formación, y este proceso era considerado por gran parte de sus habitantes como poco menos que un nuevo inicio en la historia de la humanidad. Era ésta una idea que parecía justificada por la pujanza y la originalidad que la nación había mostrado en prácticamente todos los campos de la actividad humana. Sólo la creación artística había permanecido anclada en un mezquino provincialismo respecto a Europa, sin reflejar aún —casi setenta y cinco años después de su constitución— el espíritu de la «nueva Canaán». O al menos ésa era la sensación de gran parte de las personas que se dedicaban a ella. Melville era uno de los que creían llegado el momento de esa manifestación artística original; aunque, a diferencia de casi todos los demás, también era consciente de la perversión de arrogancia implicada en todo ello, y de la necesidad de que la obra la reflejara.

Para abordar semejante empresa, en lugar de apoyarse en el incipiente realismo que comenzaba a despuntar en Europa, buscó apoyo en los planteamientos teóricos de la tradición romántica —por entonces ya en decadencia—. Esos planteamientos, que en sus orígenes en Alemania se habían fundamentado precisamente en la expresión de la cultura propia de un pueblo, le permitían —le dictaban en parte— acudir a la épica y a la mitología y, por tanto, a un registro mucho más adecuado para unos propósitos tan ambiciosos. De este modo, partiendo de un ambiente tan prosaico como el cotidiano de una nación donde, por no haber aristócratas, todos lo eran, podría crear una atmósfera tan grandiosa y prodigiosa como la de las grandes sagas épicas.

La estrategia de Melville para lograrlo fue verdaderamente ingeniosa. La elección de la industria ballenera del cachalote, en la que los Estados Unidos eran pioneros y líderes mundiales, y que era una actividad peligrosa, sangrienta y escabrosa, y también muy rentable, le proporcionaba un espacio metafórico perfecto. Los marineros empleados

en ella, desheredados de todos los rincones del planeta, eran candidatos inigualables para emular irónicamente a los guerreros aqueos de Homero. Pero el más sagaz de sus recursos fue el de elegir como punto de apoyo para la acción la isla de Nantucket, una pequeña extensión de dunas cercana a la costa de Massachussets, cuyo puerto había sido el pionero y el más importante en la pesquería del cachalote, pero que con el progreso de la industria —su bahía no admitía los nuevos barcos de mayor calado— había caído en decadencia, adquiriendo a la vez un carácter legendario respecto a los demás puertos balleneros, ahora comercialmente superiores. Melville logra así desde el inicio crear una atmósfera proverbial. Ismael, el narrador y protagonista, llega en los primeros capítulos a un puerto distinto —New Bedford, el puerto más pujante del momento—, pero elige trasladarse desde allí hasta Nantucket para buscar un barco en el que enrolarse, pues Nantucket ha sido «la gran pionera», «el lugar donde encallaron la primera ballena americana a la que se dio muerte».

No obstante, el verdadero tesoro que Melville saca de la isla proviene de que la inmensa mayoría de los habitantes de Nantucket pertenece a la secta de los cuáqueros, y éstos, por motivos religiosos, se expresan en un dialecto propio, llamado *plain speech* —«habla simple»—, que está marcado por una serie de rasgos arcaizantes que apenas le diferencian del inglés de la Inglaterra isabelina. Gracias a ello, Melville no sólo se puede permitir redactar una parte considerable de los diálogos y soliloquios en un lenguaje que se asemeja más al inglés de Shakespeare que al inglés norteamericano de su época, sino que logra hacer que ese tono, que él mismo califica de «altivamente dramático», impregne todo el texto, y así, mediante esta feliz argucia —que es una de las claves formales de la novela—, hace que la creación de un mundo mítico se inicie a partir del propio lenguaje.

Pero además, aun acudiendo al habla de los cuáqueros, Melville no renuncia a la de la sociedad contemporánea norteamericana; de tal manera que, mediante una permanente soterrada ironía —la ironía romántica—, enlaza ese altivamente dramático arcaísmo con el tono ampuloso y artificioso empleado en la oratoria norteamericana de su época —la que ve en la gestación de la nación un nuevo inicio de la humanidad—, y abre con

ello un gran abanico de recursos retóricos en donde logra una sutil mezcla de la más rebuscada elocuencia con los toscos coloquialismos locales, dejando que la narración fluya entre formas de narrar distintas, de la ficción al ensayo y al drama, de la épica a la lírica y a la sátira, acercándose a veces al lenguaje científico de la época, o a la retórica política, o a los sermones religiosos, o a las sentimentaloides narraciones de los panfletos de las sociedades reformistas, tan presentes entonces en la cultura norteamericana. Aborda, así, el proceso de escritura con una originalidad y una osadía formal inusitadas para su época, que anticipa recursos que sesenta años más tarde serán explotados por la vanguardia literaria. El resultado material de todo ello es un texto de inaudita puntuación, en el que es frecuente la agrupación de calificativos yuxtapuestos —a veces hasta cinco—, con oraciones inacabables, de una complejidad sintáctica difícilmente abarcable en ocasiones, que emplea un léxico rebuscado, arcaizante, repleto a la vez de neologismos, y que muchas veces es tan inusual que su lectura no resulta precisamente fluida.

Tras todo lo dicho, me parece que debo reiterar con énfasis que en verdad no hay nada más lejos de mi intención que espantar al lector. Es cierto que en la novela hay pasajes que en apariencia son meramente eruditos, que hay digresiones frecuentes que interrumpen el hilo de la acción, una profusión de citas doctas que a veces puede ser abrumadora, y complejas exposiciones llenas de conceptos filosóficos, religiosos y psíquicos, que en ocasiones resultan embarullados y difíciles de comprender. Pero la fama de *Moby-Dick* como novela de aventuras sí tiene fundamento. *Moby-Dick* cumple casi todos los requisitos que se le piden a una obra para colgarle esa etiqueta. Su planteamiento inmediato es sencillo, hay mucha acción, dramatismo, largos viajes, escenarios exóticos, leyendas y supersticiones, culturas y pueblos primitivos, y otros muchos elementos que, si no necesarios, sí son típicos del género: el mar, con sus calmas, sus tormentas y tifones, e incluso sus piratas; un personaje bisoño enfrentado a un ambiente adulto hostil, repleto de personajes extravagantes y aterradores; una polarización entre Oriente y Occidente; una portentosa moneda de oro; y, por supuesto, un animal legendario que parece encarnar los más profundos temores del ser humano.

La reputación de Melville en su tiempo era, de hecho, la de un autor de libros de aventuras. Fueron sus dos primeras obras, tituladas *Typee* y *Omoo*, las que le granjearon esa fama. Ambas se presentaron como relatos testimoniales de sus correrías por los Mares del Sur, pues Melville, como muchos otros jóvenes de su tiempo, con poco más de veinte años y buscando más la aventura que un trabajo remunerado, se había embarcado en un barco ballenero. Seis meses después de zarpar, cuando ese barco fondeó en Nukuhiva, la mayor de las islas del archipiélago de las Marquesas, Melville desertó y, junto con un compañero de tripulación, se internó en la isla. No hay constancia de que las condiciones del barco o la conducta del capitán hubieran sido excepcionalmente duras, pero tampoco era eso condición necesaria para la fuga. El porcentaje medio de deserciones en cada expedición era superior a la mitad de los tripulantes. Y el motivo de muchas de ellas era, nuevamente, el simple afán de aventura. Las islas Marquesas eran legendarias por su enorme belleza y por la liberalidad de la conducta de sus mujeres; aunque también lo eran por las costumbres caníbales de los feroces guerreros de algunas de sus tribus. Melville y su compañero de fuga fueron capturados por una de las de peor reputación, los typee. A los pocos días de su captura su compañero logró escapar, pero Melville, con una extraña lesión o infección en una pierna, que prácticamente le impedía andar, tuvo que convivir con ellos durante un mes. Contrariamente a sus temores, el trato que recibió de los nativos fue amigable. Una vez recuperado de su dolencia, éstos, a cambio de quincalla, le entregaron a otro ballenero que había fondeado en la isla y que estaba escaso de tripulación. Su estancia en este barco fue mucho más corta. Un mes y medio más tarde, cuando el barco arribó a la no muy lejana Tahití, toda la tripulación, incluido Melville, se amotinó, y todos fueron desembarcados y encarcelados durante unas semanas en una prisión local de muy escasa disciplina. Una vez liberado, vagabundeó por las islas, trabajó como peón de granja en la vecina isla de Moorea, y finalmente se embarcó en un tercer ballenero, en el que sólo permaneció cinco meses, y del que, al haberse enrolado sólo «a travesía» —es decir, reservándose el derecho a desembarcar siempre que el barco tocara tierra—, pudo despedirse sin ningún problema cuando el barco fondeó en Lahaina, la

antigua capital de Hawai, en la isla de Maui. Allí permaneció dos meses y medio, trabajando primero en el entonces nada chocante empleo de colocar los bolos en una bolera, y posteriormente como contable de una tienda. Finalmente se enroló de nuevo, esta vez en una fragata de la marina estadounidense, en la que sirvió como marinero raso durante algo más de un año, hasta que desembarcó en Boston, donde recibió la licencia con todos los honores. En total había estado fuera tres años y nueve meses.

De esta experiencia —y de otra previa como marinero en un barco de la travesía del Atlántico— Melville obtendría el material básico no sólo para esas dos primeras obras, sino también para las tres siguientes y para *Moby-Dick*, todas ellas presentadas ya como obras de ficción. La relación entre su propia experiencia y la ficción desempeña un papel peculiar en sus obras. Como se ha demostrado con posterioridad, en los dos libros presentados como autobiográficos lo verídico no alcanza más allá de la línea argumental más general, estando el resto o bien tomado de fuentes literarias, o bien simplemente sacado de su imaginación. Pero, curiosamente, en las obras presentadas como ficción, la relación se invierte, y en un hilo documental novelesco se insertan alusiones personales que establecen rasgos de identidad entre los personajes y el autor, o que apuntan a episodios concretos de la biografía de éste. Dichas alusiones, que por otra parte pasarán desapercibidas para el lector que desconozca la biografía de Melville, forman parte de una complejidad que constituye uno de los grandes atractivos de *Moby-Dick*. La novela es una obra de enorme profundidad, que admite múltiples lecturas —política, religiosa, filosófica, psicológica—, que está plagada de sugerencias e insinuaciones, alegorías y símbolos. En ella no es difícil encontrar coincidencias sorprendentes, aparentes incongruencias que no lo son, leves indicaciones apenas perceptibles que varían el sentido de pasajes o se lo confieren a otros aparentemente superficiales y, más importante, muchos detalles que llaman la atención del lector atento, pero que, por mucho que sugieran ocultar algo, se examinen como se examinen, no parece posible encontrar nada tras ellos. Eso ha hecho que en *Moby-Dick* se hayan querido ver todo tipo de esotéricos saberes, algo que la propia novela parece encargarse de rechazar: «Nos inclinamos a pensar que el problema

del universo es como el gran secreto del francmasón, tan terrible para todos los niños. Finalmente resulta que consiste en un triángulo, una maza y un delantal… ¡nada más!».

Pero resulta evidente que *Moby-Dick* carece de la sencillez de una típica novela de aventuras. No es comparable a las obras de otros autores de la época, como Fenimore Cooper o Rider Hagard, y exige muchísima más atención del lector que las obras de éstos. Y no sólo por su complejidad, sino que ofrece múltiples pasajes que superan ampliamente en interés e intriga, en dramatismo y emoción a todo lo que estos autores hayan podido escribir. El esfuerzo que pueda exigir su lectura es un esfuerzo que queda compensado con creces, pues *Moby-Dick* posee la rara cualidad de ser una obra que tarda en ser apreciada, pero que, cuando comienza a serlo, inspira una auténtica devoción.

Cuando se publicó, en el año 1851, pasó prácticamente desapercibida tanto en Estados Unidos como en Inglaterra. Las críticas, exceptuando alguna ofendida por su irreverencia, no fueron malas, pero las ventas fueron escasas y la novela pronto pareció quedar olvidada. Su lenta recuperación parece casi una novela en sí misma. Su fama inicial hay que situarla en la pequeña sociedad de viajeros diletantes que en la segunda mitad del siglo XIX deambulaba por el Imperio colonial inglés sin rumbo ni propósito fijo. Su creciente popularidad la llevó a los círculos más progresistas del Londres de las últimas décadas del siglo XIX, los de la Hermandad Prerrafaelita o la *Fabian Society* —William Morris recitaba de memoria largos pasajes de la novela—, en los que se asociaba a Melville con Thoreau y con Whitman, autores en los que se valoraba un carácter trasgresor que encarnaba la rebelión contra la represiva moral y la injusticia social de la época victoriana. En estos ambientes *Moby-Dick* llegó a convertirse en una auténtica obra de culto —seguramente una de las primeras a las que cabe aplicar este término— y hubo círculos de adeptos a Melville que atesoraban los pocos ejemplares de sus obras existentes.

Durante las primeras décadas del siglo XX el círculo de seguidores se fue ensanchando e incluyó a personajes tan notables como la mayor parte del círculo de Bloomsbury, Virginia Woolf y Lytton Strachey entre ellos,

así como a personas cercanas, como Aldous Huxley, D. H. Lawrence y George Bernard Shaw. Lo mismo ocurrió con los cada vez más numerosos autores de ficción marítima, género que se desarrolló a la sombra de la novela. Finalmente, en 1920, la edición de *Moby-Dick* en la popular colección *Oxford World's Classics* supuso la definitiva consagración de la obra en Inglaterra, donde se convirtió en un auténtico *best-seller*.

En los Estados Unidos el proceso fue algo más lento. Hubo entusiastas aislados, como E. C. Stedman, un financiero, editor y poeta, que entabló amistad con Melville —de las escasas amistades que éste cultivó en la última parte de su vida— y que en 1893, dos años después de la muerte del autor, publicó la segunda edición de la novela. A partir de entonces ésta fue ganando prestigio rápidamente y, en especial tras el centenario del nacimiento de Melville en 1919, empezó a postularse como la «gran novela americana» que la sociedad estadounidense se empeñó en buscar durante la mayor parte del siglo XX.

Su traducción a otras lenguas no llegó hasta la década de los años treinta del siglo pasado, pero desde entonces su popularidad en la Europa continental creció muy rápidamente; y en especial a partir de la muy correcta versión filmada por John Huston en 1956, la novela pasó a ocupar un lugar preeminente en la mitología popular. Muy pocos personajes literarios hay hoy tan conocidos como la ballena blanca, o el capitán Ajab, y no es exagerado decir que probablemente no hay un inicio de novela tan famoso como el de *Moby-Dick*. Millones de personas que ni siquiera han intentado abrir el libro reconocen la alusión a él cuando alguien dice «llamadme…» y añade cualquier nombre, lo mismo que gritan «¡allí resopla!» cuando la expresión se puede adecuar jocosamente a una situación concreta. Las alusiones a la novela están en todas partes, desde bares y restaurantes —en Madrid, en donde escribo estas líneas, existe un conocido local de música en vivo llamado *Moby Dick*—, hasta juguetes, e incluso cosméticos. Sin embargo, también en este aspecto el libro está en una categoría similar a la de los grandes clásicos: su lectura representa para muchos un reto no fácil de superar. En los Estados Unidos la obligatoriedad de la misma en las escuelas se ha convertido en tópico de tarea tediosa. Su reputación allí es, en este sentido, similar a la del *Quijote*

en el nuestro, peor si cabe, pues su erudición le hace ser un libro más antipático que éste, y su ironía y su humor son más difíciles de captar. Si aquí se dice de algo complejo que tiene «más enjundia que el *Quijote*», en los Estados Unidos se dice que *Moby-Dick* es «un libro para hacer una tesis». Su apreciación conserva en este aspecto cierto carácter iniciático, similar a ése que vimos que tuvo en Inglaterra cuando nadie apenas lo conocía. De ahí que su popularidad sea siempre notoria entre los jóvenes y entre las personas de tendencias más radicales, que ven en él un texto revelatorio y revolucionario, inaccesible para la «mayoría burguesa». De ahí también su señalada vigencia, su perenne modernidad —un rasgo más que compartir con la *Iliada* y la *Odisea* y el *Quijote*—. No quiero adelantar nada del contenido del libro, ni orientar el criterio del lector, pero tras leer los primeros capítulos estoy seguro de que éste convendrá en que pocas novelas expresan mejor lo ridículo de los prejuicios raciales, nacionales, religiosos, culturales o sexuales. ¿Qué puede ser más «actual»?

La suerte de *Moby-Dick* en España no ha sido muy buena. A pesar de los reiterados elogios de ilustres personajes de nuestras letras, y de la innegable popularidad de la novela, las múltiples ediciones españolas no le han hecho justicia. De las doce traducciones al castellano previas a la mía, sólo un par de ellas alcanza un nivel aceptable y hasta el año 2007 no ha existido una verdadera edición anotada[1]. La presente es una reelaboración de esa que yo realicé, con las notas reducidas a lo que se ha considerado indispensable para que el lector no se pierda en el texto. También he tenido la oportunidad de rehacer la traducción, lo que me ha permitido corregir un par de inexplicables —e inexcusables— errores, y limar bastantes asperezas que, en mi afán por preservar la singularidad de la prosa, había dejado en el texto sin verdadera justificación.

Etimología

(*Aportada por un bedel tísico de una escuela de gramática, ya fallecido*)

[El pálido bedel… raído de levita, corazón, cuerpo y cerebro; le veo ahora. Siempre estaba desempolvando sus viejos léxicos y gramáticas con un singular pañuelo, burlonamente embellecido con todas las alegres banderas de todas las naciones conocidas del mundo. Le encantaba desempolvar sus viejas gramáticas; de algún modo, tenuemente le recordaba su propia mortalidad.]

Etimología

«Cuando aceptáis la tarea de educar a los otros, y enseñarles con qué nombre una ballena ha de ser llamada en nuestra lengua, dejando de lado por ignorancia la letra H, que casi constituye por sí sola la significación de la palabra, expresáis lo que no es cierto.»

Hackluyt

«WHALE. * * * Del sueco y el danés *hval*. Este animal se denomina a partir de su redondez o de su voltear; pues, en danés, *hvalt* significa arqueado o abovedado.»

Webster's Dictionary

«WHALE. * * * Deriva de manera más inmediata del holandés y el alemán *Wallen*; anglosajón, *Walwian*, voltear, revolcar.»

Richardson Dictionary

תר *hebreo*
κητος *griego*
cetus *latín*
whæl *anglosajón*
hval *danés*
wal *holandés*
hwal *sueco*
hvalur *islandés*
whale *inglés*
baleine *francés*
ballena *español*

pekee-nuee-nuee *fijiano*
pehee-nuee-nuee *erromangoano*

Extractos

(*Aportados por un ayudante de ayudante de bibliotecario*)

[Se verá que este simple esforzado escarbador y hormiga, pobre diablo de ayudante de ayudante, parece haber recorrido los largos vaticanos y los puestos callejeros de la Tierra, escogiendo cualesquiera aleatorias alusiones a ballenas que de todo modo pudiera encontrar en cualquier libro que fuese, ya fuera sagrado o profano. Por lo tanto, no debéis tomar los desordenados asertos sobre ballenas de estos extractos, al menos no en todos los casos y por muy auténticos que sean, por una verdadera evangélica cetología. Ni mucho menos. En lo tocante a los autores antiguos en general, lo mismo que a los poetas que aquí aparecen, estos extractos sólo son valiosos o amenos por proporcionar una panorámica general, a vista de pájaro, de lo que promiscuamente ha sido dicho, pensado, imaginado y cantado del Leviatán[2] por muchas naciones y muchas generaciones, incluyendo la nuestra.

Así que adiós, pobre diablo de ayudante de ayudante, cuyo comentador yo soy. Vos pertenecéis a esa pálida y desahuciada estirpe que ningún vino de este mundo confortará jamás; y para la que incluso el jerez pálido resultaría demasiado rojizo y fuerte; mas con la cual a veces a uno le agrada sentarse, y sentirse pobre diablo también; y solidarizarse entre lágrimas; y decirles simple y llanamente, con ojos cargados y vasos vacíos, y con tristeza no del todo desagradable… ¡Abandonad, ayudantes de ayudantes! ¡Pues cuantas más y mayores molestias os toméis para agradar al mundo, tanto más y mayormente quedaréis por siempre sin agradecimiento! ¡Ojalá que pudiera vaciar Hampton Court y las Tullerías

para vos! Pero tragaos vuestras lágrimas, y corred con vuestros corazones arriba al sobremastelerillo; pues vuestros amigos, que han partido antes, están vaciando los cielos de siete pisos para vuestra llegada, y convirtiendo en refugiados a Gabriel, a Miguel y a Rafael. Aquí sólo chocáis corazones rotos… ¡allí chocaréis irrompibles vasos!]

Extractos

«Y Dios creó grandes ballenas.»

Génesis.

«Leviatán hizo un camino para que brillara tras él;
se diría que el piélago era cano.»

Job.

«El Señor había dispuesto un gran pez para que se tragara a Jonás.»

Jonás.

«Ahí van los barcos; ahí está ese leviatán que vos habéis hecho para que allí actúe.»

Salmos.

«En aquel día, el Señor, con su afligida y grande y fuerte espada, castigará a Leviatán, la punzante serpiente, la tersa Leviatán, esa retorcida serpiente; y matará al dragón que está en el mar.»

Isaías.

«Y cualesquiera cosa, además, que llegue dentro del caos de la boca de este monstruo, sea animal, lancha o piedra, todo va incontinentemente abajo de ese nauseabundo trago suyo, y perece en el insondable golfo de su panza.»

Moralia, *de Plutarco, según Holland*.

«El mar Índico cría la mayor cantidad de peces, y los de mayor tamaño que hay: de los cuales las ballenas, y los torbellinos, también así llamados, abarcan una longitud semejante a cuatro acres o arpendes de tierra.»

Plinio, según Holland.

«Apenas habíamos procedido dos días en el mar, cuando hacia la puesta de sol apareció una gran cantidad de ballenas, y otros monstruos del mar. Entre las primeras, una era de un tamaño de lo más monstruoso. * * Ésta vino hacia nosotros, con la boca abierta, alzando las olas por todos los lados, y batiendo espuma en el mar ante sí.»

«Historia verdadera», según Tooke.

«Visitó este país también con intención de capturar ballenas-caballo, que como dientes tenían huesos de muy gran valor, de los cuales trajo algunos al rey. * * * Las mejores ballenas fueron capturadas en su propio país, de las cuales algunas eran de cuarenta y ocho, y algunas de cincuenta yardas de longitud. Dijo que él era uno de seis que habían matado sesenta en dos días.»

Narrativa verbal de Other u Octher, recogida de sus labios por el rey Alfred. d.C. 890.

«Y mientras que todas las otras cosas, sean animales o navíos, que entran en el terrible golfo de la boca de este monstruo (ballena), desaparecen y son tragadas inmediatamente, el gobio se retira dentro de ella con gran seguridad, y allí duerme.»

Montaigne, *Apología para Raimond Sebond*.

«¡Volemos, volemos! Que Pedro Botero me lleve si Leviatán no es descrito por el noble profeta Moisés en la vida del paciente Job.»

Rabelais.

«El hígado de esta ballena era de dos carretadas.»

Anales *de Stowe*.

«El gran Leviatán que hizo bullir los mares como una sartén hirviendo.»

Versión de lord Bacon de los Salmos.

«En referencia a la monstruosa mole de la ballena u orca, no hemos recibido nada concreto. Engordan excesivamente, en tanto que de una ballena se extrae tan increíble cantidad de aceite.»

Ibidem, *«Historia de vida y muerte»*.

«Lo más excelente del mundo para una contusión interna es parmaceti.»

Rey Henry.

«Muy similar a una ballena.»

Hamlet.

«Que para recurrir, ninguna habilidad del arte del escurrido
puede permitirle, sino volver de nuevo
a su obrero herido, que con encantadora lanza,
golpeando su pecho, había alimentado su inquieto dolor,
como la ballena herida desde alta mar se apresura a la orilla.»

La reina de las hadas.

«Inmenso como ballenas, de cuyos enormes cuerpos el movimiento puede en una plácida calma agitar el océano hasta hacerlo bullir.»

Sir William Davenant, prefacio a Gondibert.

«Lo que el spermaceti es pueden dudarlo los hombres con justicia, pues el erudito Hosmanus, en su obra de treinta años, dijo sencillamente: *Nescio quid sit*.»

Sir T. Browne, Del spermaceti y de la ballena spermaceti,Vide su V. E.

«Como el Talus de Spencer con su moderno mayal
amenaza destrucción con su pesada cola
* * * * *
Sus fijas picas en su costado porta
Y en su lomo un bosque de picas aparece.»

Batalla de las islas del verano, *de Waller*.

«Por arte es creado ese gran Leviatán, llamado una mancomunidad estatal… (*civitas*, en latín), que sólo es un hombre artificial.»

Frase inicial del Leviatán *de Hobbes*.

«El estúpido Mansoul lo tragó sin masticar, como si hubiera sido un espadín en la boca de la ballena.»

La Guerra Santa.

«Ese animal del mar,
Leviatán, que Dios de todas sus obras
Creó el más grande, que en la corriente oceánica nada.»

El Paraíso perdido.

«Allí Leviatán,
Mayor de todas las criaturas vivas del piélago,
Estirado como un promontorio, duerme o nada,
Y parece una tierra móvil; y en sus agallas
Absorbe, y con su respiración suelta a chorros, un mar.»

Ibidem.

«Las poderosas ballenas que nadan en un mar de agua, y tienen uno de aceite en ellas.»

El Estado profano y el santo, *de Fuller*.

«Tan cerca tras un promontorio yacen
Los enormes leviatanes para esperar su presa,
Y no dan caza, sino que tragan a los pequeños peces
Que yerran su camino a través de sus abiertas mandíbulas.»

Annus Mirabilis, *de Dryden*.

«Mientras la ballena está flotando en la popa del barco, cortan su cabeza, y la remolcan con una lancha lo más cerca de la orilla que pueda llegar; aunque encallará en doce o trece pies de agua.»

Diez viajes a Spitzbergen, en Purchass, *de Thomas Edge*.

«En su camino vieron muchas ballenas jugando en el océano, y gratuitamente esparciendo el agua a través de sus tuberías y conductos de respiración que la naturaleza ha situado en sus hombros.»

Las expediciones de sir T. Herbert en Asia y África.
Harris Col.

«Aquí vieron tales enormes tropas de ballenas, que se vieron forzados a proceder con muchísima precaución, por miedo a pasar el barco sobre ellas.»

Sexta circunnavegación, de Schouten.

«Nos hicimos a la vela desde el Elba, viento noreste, en el barco llamado el Jonás en la Ballena. * * *

Algunos dicen que la ballena no puede abrir la boca, pero eso es un cuento. * * *

Frecuentemente suben a los mástiles para ver si pueden ver una ballena, pues el primero que la descubre, obtiene un ducado por su esfuerzo. * * *

Me hablaron de una ballena capturada cerca de Shetland, que tenía más de un barril de arenques en su estómago. * * *

Uno de nuestros arponeros me dijo que él capturó una vez una ballena en Spitzbergen que era enteramente blanca.»

Una expedición a Groenlandia, *1671 d.C.*
Harris Col.

«Varias ballenas han llegado a esta costa (Fife). Anno 1652, llegó una de ochenta pies de longitud de la clase de barba de ballena, que (como se me informó), además de una enorme cantidad de aceite, aportó 500 pesadas de barba de ballena. Las mandíbulas suyas se yerguen como puerta en los jardines de Pitferren.»

Fife y Kinross, *de Sibbald*.

«Yo me había comprometido a intentar ver si podía dominar y matar a esta ballena spermaceti, pues nunca había oído de una de esta clase que fuera muerta por el hombre, tal es su fiereza y su rapidez.»

Carta desde las Bermudas, *de Richard Strafford*,
Phil. Trans. 1668 d.C.

«Las ballenas en el mar
la voz de Dios obedecen.»

N. E. Primer.

«Vimos también abundancia de grandes ballenas, existiendo más en aquellos mares del sur, puedo afirmar, en proporción de cien a uno; de las que tenemos al norte de nosotros.»

Expedición alrededor del globo, del capitán Cowley. 1729 d.C.

* * * «y el aliento de la ballena frecuentemente va unido a un olor tan insoportable, que llega a producir desórdenes en el cerebro.»

Sudamérica, *de Ulloa*.

«A cincuenta sílfides escogidas de especial nota
confiamos el importante asunto de la enagua.

Frecuentemente hemos sabido que siete capas proteger no logran,
aun rígidas de aros y armadas con costillas de ballena.»

Robo del *rizo*.

«Si comparamos animales de tierra con respecto a magnitud, con aquellos que hacen en el piélago su morada, encontraremos que en la comparación resultan despreciables. La ballena es, sin duda, el animal más grande de la Creación.»

Goldsmith, Historia Natural.

«Si escribierais una fábula para peces pequeños, les haríais hablar como grandes ballenas.»

Goldsmith a Johnson.

«Por la tarde vimos lo que se suponía era una roca, pero se descubrió que era una ballena muerta que unos asiáticos habían matado, y que estaban remolcando a tierra. Parecían esforzarse por ocultarse detrás de la ballena, con objeto de evitar que les viéramos.»

Viajes de Cook.

«Raramente se aventuran a atacar a las ballenas mayores. Tienen tal pavor a algunas de ellas, que cuando están en mar abierto, incluso tienen miedo de mencionar sus nombres, y en sus lanchas llevan estiércol, piedra caliza, madera de enebro y otros artículos de la misma naturaleza, con objeto de asustarlas y evitar un acercamiento demasiado próximo.»

Correspondencia de Uno *von* Troil sobre *el viaje a Islandia de Bank y Solander en 1772*.

«La ballena spermaceti encontrada por los nantuckeses es un animal activo y fiero, y exige de los pescadores enorme coraje y osadía.»

Thomas Jefferson, memorial sobre la ballena para el embajador francés en 1778.

«Y por favor, señor, ¿qué hay en el mundo que se la iguale?»

Edmund Burke, referencia en el Parlamento *a la pesquería de la ballena de Nantucket*.

«España… una gran ballena encallada en las costas de Europa.»

Edmund Burke (en alguna parte).

«Una décima rama de las rentas ordinarias del rey, que se dice fundamentada en la consideración de su custodia y protección de los mares ante piratas y asaltantes, es el derecho al pez *real*, que son la ballena y el esturión. Y éstos, cuando o bien encallan en tierra, o bien son capturados cerca de la costa, son propiedad del rey.»

Blackstone.

«Pronto las tripulaciones vuelven al ejercicio de la muerte:
Rodmon, infalible, sobre su cabeza suspende
El ganchudo acero, y cada ocasión espera.»

El naufragio, *de Falconer*.

«Brillantes relucían los tejados, las cúpulas, los chapiteles,
y cohetes volaban autoimpulsados,
a colgar su momentáneo fuego
alrededor de la bóveda del cielo.
Para comparar así fuego con agua,
el océano sirve en lo alto,
lanzado a chorro por una ballena al aire
para expresar voluminosa alegría.»

Cowper, sobre la visita de la reina *a Londres*.

«Diez o quince galones de sangre son arrojados del corazón de un latido, con inmensa velocidad.»

John Hunter, descripción de la disección *de una ballena (una de tamaño pequeño*).

«La aorta de una ballena es de calibre más grande que la tubería principal del alcantarillado en el puente de Londres, y el agua que ruge en su fluir a través de esa tubería es menor en su ímpetu y velocidad que la sangre que mana del corazón de la ballena.»

Teología, *de Paley*.

«La ballena es un animal mamífero sin extremidades inferiores.»

Baron Cuvier.

«A cuarenta grados sur vimos ballenas spermaceti, pero no capturamos ninguna hasta el primero de mayo, cuando el mar estuvo cubierto de ellas.»

Viaje con el propósito de extender la pesquería de la ballena spermaceti, *de Colnett*.

«En el libre elemento bajo mí nadaba,
braceaba y buceaba, jugando, persiguiendo, luchando,
con peces de todo color, forma y clase;
cuyo lenguaje no puedo representar, y que ningún marinero
jamás ha visto; desde el terrible leviatán
hasta diminutos millones que pueblan cada ola:
se agrupan en inmensos bancos, como islas flotantes,
conducidos por misteriosos instintos a través de esa desolada
región carente de senderos, aunque por cada lado
asaltados por voraces enemigos,
ballenas, tiburones y monstruos, armados al frente o mandíbula,
con espadas, sierras, cuernos espirales o garras ganchudas.»

El mundo antes del diluvio, *de Montgomery*.

«¡Io! ¡Gloria! ¡Io! Canta,

al rey del pueblo dotado de aletas.
Ninguna ballena más poderosa que ésta
hay en el enorme Atlántico;
ni un pez más gordo que él
bracea alrededor del mar polar.»

Triunfo de la ballena, *de Charles Lamb*.

«En el año 1690 había algunas personas en una elevada colina mirando las ballenas que entre ellas echaban chorros una y otra vez, cuando uno observó: allí —señalando el mar— hay verdes pastos donde los nietos de nuestros hijos irán a conseguir el pan.»

Historia de Nantucket, *de Obed Macy*.

«Construí una granja para Susan y para mí, e hice un pórtico en forma de arco gótico, colocando en pie los huesos de la mandíbula de una ballena.»

Relatos dos veces narrados, *de Hawthorne*.

«Vino a encargar un monumento para su primer amor, al que una ballena había matado en el océano Pacífico hace no menos de cuarenta años.»

Ibidem.

«"No, señor, es una ballena franca", contestó Tom; "vi su chorrear; soltó hacia arriba un par de arco iris tan bonitos como cristiano pueda ver. ¡Ésa es un verdadero tonel de aceite!".»

El piloto, *de Cooper*.

«Trajeron los periódicos, y en la Gaceta de Berlín vimos que allí habían presentado ballenas en los teatros.»

Conversaciones con Goethe, *de Eckermann*.

«“¡Dios mío! Señor Chase, ¿qué es lo que ocurre?” Yo contesté: “Hemos sido desfondados por una ballena”.»

«Narrativa del naufragio del barco ballenero Essex, *de Nantucket, que fue atacado y finalmente destruido por un gran cachalote en el océano Pacífico», por Owen Chase de Nantucket, primer oficial de dicho navío, Nueva York, 1821*.

«Un marinero estaba sentado en los obenques una noche,
el viento silbaba franco;
ahora brillante, ahora oscuro, era el pálido resplandor de la luna,
y el fósforo relucía en la estela de la ballena,
mientras nadaba en el mar.»

Elizabeth Oakes Smith.

«La cantidad de estacha retirada de las distintas lanchas que participaron en la captura de esta ballena midió en total 10.440 yardas, es decir, cerca de seis millas inglesas.» * * *

«A veces la ballena agita su tremenda cola en el aire, que, restallando como un látigo, resuena a la distancia de tres o cuatro millas.»

Scoresby.

«Rabioso por los sufrimientos que soporta de estos nuevos ataques, el furioso cachalote voltea una y otra vez; echa atrás su enorme cabeza, y con mandíbulas muy abiertas muerde todo lo que hay a su alrededor; embiste a las lanchas con su cabeza; éstas son impelidas ante él con enorme rapidez, y a veces destruidas totalmente.

* * * Es materia de gran asombro que la consideración de los hábitos de un animal (como el cachalote) tan interesante, y tan importante desde un punto de vista comercial, haya sido tan enteramente ignorada, o haya suscitado tan poca curiosidad entre los numerosos, y muchos de ellos competentes, observadores que en los últimos años han dispuesto de las más abundantes y las más convenientes oportunidades de ser testigos de sus hábitos.»

Historia del cachalote, *de Thomas Beale, 1839*.

«El cachalote (ballena de esperma) no sólo está mejor armado que la ballena auténtica (ballena franca o de Groenlandia), al poseer un arma formidable en cada extremidad de su cuerpo, sino que también demuestra con mayor frecuencia una disposición a emplear estas armas ofensivamente, y de un modo tan hábil, osado y malicioso, como para hacer que se le mire como la ballena más peligrosa de atacar de todas las especies conocidas de la estirpe de ballenera.»

Expedición ballenera alrededor del mundo, *de Frederick Debell Bennett, 1840*.

«13 de octubre.

—Allí resopla —fue cantado desde el tope.

—¿Por dónde? —requirió el capitán.

—A tres puntos de la amura de barlovento, señor.

—Arriba la rueda. ¡Firme!

—Firme, señor.

—¡Ah del tope! ¿Veis ahora esa ballena?

—¡Sí, sí, señor! ¡Una manada de cachalotes! ¡Allí resopla! ¡Ahí rompe!

—¡Cantadlo!, ¡cantadlo cada vez!

—¡Sí, sí, señor! ¡Allí resopla!, allí… allí… *allá resopla*... sopla… ¡sooopla!

—¿A qué distancia?

—Dos millas y media.

—¡Truenos y relámpagos!, ¡tan cerca! ¡Llamad a toda la tripulación!»

Bosquejos de una travesía ballenera, *de J. Ross Browne, 1846*.

«El ballenero Globe, navío a bordo del cual sucedieron los horribles hechos que vamos a relatar, pertenecía a la isla de Nantucket.»

«Narrativa del motín del Globe», por Lay y Hussey, supervivientes, 1828 d.C.

«Siendo en una ocasión perseguido por una ballena que había herido, evitó durante un tiempo el ataque con una lanza; mas el furioso monstruo finalmente se lanzó contra la lancha; siendo salvados él mismo y los camaradas sólo gracias a que saltaron al agua cuando vieron que el embite era inevitable.»

Diario misionero, *de Tyerman y Bennett*.

«"El propio Nantucket", dijo el señor Webster, "es una porción muy llamativa y peculiar del interés nacional. Hay una población de ocho o nueve mil personas que viven aquí en el mar, los cuales, mediante la más osada y perseverante laboriosidad, contribuyen copiosamente cada año a la riqueza nacional".»

Informe del discurso de Daniel Webster en el Senado de los Estados Unidos, sobre la solicitud de construcción de un malecón en Nantucket. 1828.

«La ballena cayó directamente sobre él, y probablemente le mató en un instante.»

«La ballena y sus captores, o las aventuras de los balleneros y la biografía de la ballena, reunidas en la travesía de regreso del comodoro Preble», por el reverendo Henry T. Cheever.

«"Si haces el menor ruido de mierda", replicó Samuel, "te envío al Infierno".»

La vida de Samuel Comstock (el amotinado), por su hermano, William Comstock. Otra versión de la narrativa del ballenero Globe.

«Las expediciones de los holandeses y los ingleses al océano del norte, con el objeto de descubrir, si fuera posible, un pasaje a través de él hacia la India, aunque fracasaron en su principal objetivo, abrieron las guaridas de la ballena.»

Diccionario comercial, *de McCulloch*.

«Estas cosas son recíprocas; la pelota rebota, sólo para volver a botar de nuevo hacia delante; pues ahora, al abrir las guaridas de la ballena, los balleneros parecen haber dado indirectamente con nuevas claves para ese místico pasaje del noroeste.»

De «Algo» no publicado.

«Es imposible encontrarse con un barco ballenero en el océano sin quedar sorprendido por su mera apariencia. El navío, con poca vela, vigías en los topes oteando ansiosamente la amplia extensión a su alrededor, tiene un aire totalmente diferente de los que están realizando una expedición normal.»

Corrientes y pesca de la ballena, *U. S. Ex. Ex*.

«Los peatones en la vecindad de Londres y en algún otro lugar puede que recuerden haber visto grandes huesos colocados de pie en la tierra, bien para formar arcos sobre entradas, o bien embocaduras de vanos, y puede que quizá les hayan dicho que éstos eran las costillas de ballenas.»

Narraciones de un expedicionario ballenero en el océano Ártico.

«No fue hasta que las lanchas regresaron de la persecución de estas ballenas, que los blancos vieron su barco en sangrienta posesión de los salvajes enrolados entre la tripulación.»

Relato periodístico de la toma y recuperación del ballenero Hobomack.

«Es generalmente bien sabido que entre las tripulaciones de navíos balleneros (americanos) pocos vuelven en los barcos a bordo de los que partieron.»

Travesía en una lancha ballenera.

«De pronto una poderosa mole emergió del agua, y salió lanzada perpendicularmente en el aire. Era la ballena.»

Miriam Coffin o el pescador de ballenas.

«La ballena está arponeada, sin duda; pero haceos idea de cómo manejaríais a un brioso potro salvaje con la única herramienta de una soga atada a la base de su cola.»

Un CAPÍTULO sobre pesca de la ballena en Ribs and Trucks.

«En una ocasión vi a dos de estos monstruos (ballenas), probablemente macho y hembra, nadando lentamente uno tras el otro, a menos de un tiro de piedra de la costa (Tierra del Fuego), sobre la cual el haya extendía sus ramas.»

Viaje de un naturalista, *de Darwin*.

«"¡Ciar a tope!", exclamó el primer oficial, cuando al volver la cabeza vio las distendidas mandíbulas de un gran cachalote cerca de la proa de la lancha, amenazándola con instantánea destrucción; … "¡Ciar a tope, por vuestras vidas!".»

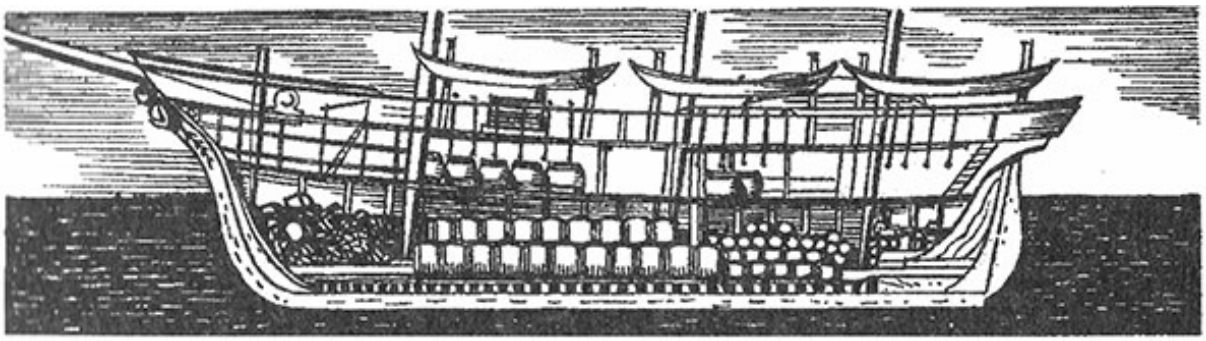
Wharton, el matarife de ballenas.

«¡Ánimo, muchachos! ¡No desfallezcáis en la faena
mientras el osado arponero le acierta a la ballena!»

Canción de Nantucket.

«Ah, la excepcional vieja ballena, entre tormenta y galerna
En su hogar del océano estará,
Un gigante en poder, donde el poder es la ley
Y rey del ilimitado mar.»

Canción ballenera.



CAPÍTULO I APARICIONES

LLamadme Ismael[3]. Hace unos años —no importa exactamente cuántos—, teniendo poco o ningún dinero en mi bolsa y nada especial que me interesara en tierra, pensé navegar un poco y ver la parte acuática del mundo. Es una manera que tengo de ahuyentar el hastío y regular la circulación. Siempre que se me empieza a mal torcer la boca; siempre que en mi alma es un desolado y lloviznoso noviembre; siempre que me descubro a mí mismo deteniéndome involuntariamente ante las funerarias y yendo a la cola de todos los entierros con los que me tropiezo; y, en especial, siempre que mi neurastenia me ataca de tal modo que se requiere un fuerte principio moral para evitar que intencionadamente salte a la calle y metódicamente le quite a la gente el sombrero de la cabeza… entonces es cuando considero que ha llegado el momento apropiado para hacerme a la mar lo antes posible. Éste es mi sustitutivo de la bala y la pistola. Con filosófica floritura, Catón se deja caer sobre su espada; yo, tranquilamente, me embarco. No hay nada sorprendente en ello. Aunque ni siquiera se den cuenta, casi todos los hombres, a su modo, en uno u otro momento, albergan poco más o menos los mismos sentimientos hacia el océano que yo.

Ahí está vuestra ciudad insular de los Manhattoes[4], circundada de muelles como las islas índicas lo están de arrecifes de Coral… el comercio la rodea con su oleaje. A izquierda y derecha las calles te llevan hacia el agua. Su extremo inferior es el Battery, donde aquel noble malecón es bañado por las aguas y refrescado por los vientos que unas pocas horas antes no estaban a vista de tierra. Observad allí el gentío de oteadores del agua.

Rodead la ciudad en una somnolienta tarde del día del Señor. Id desde Corlears Hook a Coenties Slip, y desde allí, por Whitehall, hacia el norte. ¿Qué es lo que veis?… Apostados como silenciosos centinelas a todo alrededor de la urbe, hay miles y miles de mortales absortos en oceánicas ensoñaciones. Algunos recostados en los pilares, algunos sentados en los extremos de los muelles, algunos mirando por encima de las amuradas de barcos de la China, algunos muy arriba en la jarcia, como si trataran de tener una aún mejor vista al mar. Pero todos ellos son hombres de tierra firme; de días laborables encerrados entre maderámenes y yesos… atados a mostradores, clavados a bancos, roblados a mesas de despacho. ¿Cómo es esto? ¿Han desaparecido los verdes campos? ¿Qué es lo que hacen aquí?

¡Pero observad! Aquí vienen más gentes, andando derechas hacia el agua, y aparentemente dispuestas a una zambullida. ¡Es extraño! Con nada se conformarán que no sea el límite último de la tierra; no será suficiente con pasear al sombreado socaire de aquellos almacenes. No. Han de llegar lo más cerca que puedan del agua sin caer a ella. Y ahí están… millas de ellos… leguas. De tierra firme todos, vienen de pasajes y callejones, calles y avenidas… del norte, el este, el sur y el oeste. Y, sin embargo, aquí todos se unen. Decidme: ¿los atrae allí la virtud magnética de las agujas de los compases de todos esos barcos?

Una vez más. Digamos que estáis en el campo, en unas altas tierras de lagos. Tomad casi cualquier camino que deseéis, y apuesto diez contra uno que os conduce a un valle y que allí os deja junto a un remanso de la corriente. Hay magia en ello. Dejad que el más despistado de los hombres se sumerja en sus más profundas ensoñaciones… haced que ese hombre esté erguido, poned en marcha sus pies, e infaliblemente, si es que hay agua en esa región, os conducirá al agua. Si en alguna ocasión estáis

sedientos en el gran desierto americano, probad a hacer este experimento si es que vuestra caravana resulta estar provista de algún metafísico profesor. Sí, la meditación y el agua, como todo el mundo sabe, de por siempre están emparejadas.

Mas he aquí un artista. Desea pintaros la porción de paisaje romántico más ensoñadora, sombreada, tranquila y encantadora del valle del Saco. ¿Cuál es el elemento principal que emplea? Ahí están sus árboles, cada uno con un tronco hueco, como si hubiera un ermitaño y un crucifijo dentro, y aquí duerme su prado, y allí duermen sus animales, y desde aquella granja surge un humo somnoliento. Allá lejos, hacia bosques distantes, serpea un intrincado camino que llega hasta las sobrepuestas estribaciones de montañas bañadas en su azul de ladera. Mas aunque la imagen así reposa encantada, y aunque ese pino derrama sus suspiros como hojas sobre la cabeza de ese pastor, aun así, todo sería vano si los ojos del pastor no miraran fijamente al mágico arroyo que hay ante él. Id a visitar las praderas en junio, cuando durante montones y montones de millas vadeáis hasta la rodilla entre lirios atigrados… ¿qué único hechizo se echa en falta?… Agua… ¡Allí no hay ni una gota de agua! Fuera el Niágara sólo una catarata de arena: ¿viajaríais esas mil millas para verla? ¿Por qué el pobre poeta de Tennessee, al recibir inesperadamente dos puñados de plata, dudaba entre comprarse un gabán, que muy perentoriamente necesitaba, o invertir su dinero en un viaje a pie a la playa de Rockaway? ¿Por qué casi todo muchacho robusto y sano, de ánimo robusto y sano, en uno u otro momento está loco por embarcarse? ¿Por qué en vuestro primer viaje como pasajero sentisteis vos mismo tan mística vibración cuando se os dijo que ni vuestro barco ni vosotros estabais ya a vista de tierra? ¿Por qué los antiguos persas consideraban sagrado el mar? ¿Por qué los griegos le otorgaron una deidad distinta y de él hicieron el propio hermano de Jove?[5]. Con seguridad que todo esto no está carente de significado. Y aún más profundo es el significado de aquella historia de Narciso, que, como no podía asir la plácida y turbadora imagen que veía en la fuente, se zambulló en ella y se ahogó. Pero esa misma imagen nosotros la vemos en todos los ríos y océanos. Es la imagen del inasible fantasma de la vida; y ésta es la clave de todo.

Ahora bien, cuando digo que tengo por costumbre hacerme a la mar siempre que comienzan a nublárseme los ojos y me empiezo a inquietar por mis pulmones no quiero decir que de ello se deduzca que alguna vez me hago a la mar como pasajero. Pues para ir de pasajero tienes que tener necesariamente una bolsa, y una bolsa sólo es un trapo a menos que tengas algo en ella. Además, los pasajeros se marean… se tornan rencillosos… no duermen por las noches y por regla general no se divierten mucho. No, yo nunca me embarco como pasajero; ni tampoco, aunque puedo decir que algo tengo de lobo de mar, me hago nunca a la mar como comodoro, o capitán, o cocinero. La gloria y la distinción de esos cargos las dejo para los que las aprecien. Yo, por mi parte, aborrezco todo honorable y respetable esfuerzo, empleo y tribulación de cualquier tipo. Bastante tengo con cuidarme a mí mismo sin cuidar de barcos, bricbarcas, bergantines, goletas y demás. Y en cuanto a embarcarme como cocinero… aunque confieso que hay en ello cierto honor, pues el cocinero es una suerte de oficial a bordo… aun así, nunca he acabado de verme asando aves de corral; aunque una vez asada, sensatamente untada de mantequilla y sesudamente salpimentada, no habrá nadie que hable de un ave asada con mayor respeto, por no decir reverencia, que lo haga yo. A la idólatra devoción de los antiguos egipcios por el ibis asado y el hipopótamo a la parrilla se debe que podamos observar las momias de aquellas criaturas en sus enormes hornos, las pirámides.

No, cuando yo me hago a la mar, voy como simple marinero, propiamente delante del mástil, a plomo dentro del castillo, allá en lo alto del tope del sobremastelerillo. Cierto, me suelen mandar un poco de aquí para allá, y hacerme saltar de percha a percha como un saltamontes en un prado de mayo. Y al principio este asunto es bastante desagradable. Afecta al sentido del honor de uno, en especial si procedes de una familia de antigua raigambre en tierra, los Van Rensselaers, o los Randolphs, o los Hardicanutes. Y más que nada si precisamente antes de meter la mano en el tarro de la brea te has estado enseñoreando como maestro rural, haciendo que los muchachos más altos se portaran ante ti con respeto. El paso de una a otra cosa, de maestro a marinero, es brusco, os lo aseguro, y

se requiere una fuerte infusión de Séneca y de los estoicos para que te sea posible sonreír y soportarlo. Aunque con el tiempo incluso esto se pasa.

¿Qué tiene de especial que un viejo mezquino capitán me mande coger una escoba y barrer la cubierta? ¿A qué equivale esa ignominia, quiero decir, sopesada en la balanza del Nuevo Testamento? ¿Pensáis que el arcángel Gabriel me subestima porque obedezco con respeto y prontitud a ese viejo mezquino en ese particular asunto? ¿Quién no es un esclavo? Respondedme a eso. Bien, entonces, sea lo que fuere que los viejos capitanes me ordenen… sea como fuere que me aporreen y me den puñadas por todas partes, tengo la satisfacción de saber que bien está; que todos los demás, de una manera u otra, reciben más o menos lo mismo… ya sea, digo, desde un punto de vista físico o metafísico; y así el universal aporreo se pasa de uno a otro, y los compañeros todos deberían palmearse entre sí en los omoplatos, y estar satisfechos.

De nuevo, siempre me hago a la mar como marinero porque acostumbran pagarme por mi esfuerzo, mientras que a los pasajeros nunca se les paga un solo penique, que yo sepa. Por el contrario, los propios pasajeros tienen que pagar. Y entre pagar y ser pagado existen todas las diferencias del mundo. El acto de pagar es quizá la condena más desagradable que nos legaron los dos ladrones del huerto[6]. Pero *ser pagado*... ¿qué puede compararse con ello? La cortés diligencia con la que el hombre recibe el dinero es verdaderamente maravillosa si se considera la seriedad con que creemos que el dinero es la raíz de todos los males terrenales, y que un hombre adinerado en modo alguno puede alcanzar el Cielo. ¡Ah, qué alegremente caemos en la perdición!

Finalmente, siempre me hago a la mar como marinero por el saludable ejercicio y el aire puro de la cubierta del castillo. Pues como en este mundo los vientos de proa son más prevalecientes que los vientos de popa (esto es, si nunca vulneras el precepto pitagórico), así, al comodoro, en el alcázar, las más de las veces le llega la atmósfera ya usada por los marineros del castillo. Él piensa que es el primero en respirarla; pero no es así. De modo similar adelanta el pueblo llano a sus dirigentes en muchas otras cosas, al tiempo que los dirigentes siquiera lo sospechan. Pero a raíz de qué vino que, tras haber repetidamente venteado el mar como marinero

mercante, se me metiera en la cabeza embarcarme en un ballenero; a esto el oficial de la invisible policía de las Parcas, que ejerce una constante vigilancia sobre mí, que en secreto me acecha, y que de algún modo inexplicable influye sobre mí… puede responder mejor que nadie. Y, sin duda, mi participación en esta expedición ballenera formaba parte del grandioso programa de la Providencia que fue planeado hace mucho tiempo. Iba como una especie de breve entremés y soliloquio entre piezas más extensas. Entiendo que esta parte del cartel debía desarrollarse más o menos así:

Importante y reñida elección para la presidencia de los Estados Unidos
expedición ballenera por un tal ismael
SANGRIENTA BATALLA EN AFGANISTÁN

Aunque no puedo decir con exactitud por qué esas directoras de escena, las Parcas, me asignaron este despreciable papel de una expedición ballenera, mientras a otros les designaban para magníficos papeles de nobles tragedias, y pequeños y fáciles papeles en gentiles comedias, y alegres papeles en farsas… aunque no puedo decir por qué exactamente, no obstante, ahora que evoco todas las circunstancias, creo poder penetrar un poco en los resortes y motivos que, siéndome astutamente presentados bajo diversos disfraces, me indujeron a ponerme a representar el papel que desempeñé, además de persuadirme del delirio de que era una elección tomada como resultado de mi propio imparcial albedrío y discernidor juicio.

Principal entre estos motivos era la irresistible idea de la propia gran ballena. Un monstruo tan portentoso y enigmático despertaba toda mi curiosidad. Luego, los salvajes y lejanos mares en los que volteaba su mole de isla; los insalvables, innombrables peligros de la ballena; éstos, junto a las maravillas que aguardaban de miles de visiones y sonidos de la Patagonia, me hicieron inclinarme por mi capricho. Quizá para otros hombres tales factores no habrían constituido estímulos, pero, en lo que a mí respecta, una perenne ansia de cosas remotas me atormenta. Me encanta navegar mares prohibidos y desembarcar en costas agrestes. No

ignorando lo beneficioso, percibo con rapidez el horror, y puedo adaptarme —si me lo permiten—, pues es conveniente mantener una relación amigable con todos los residentes del lugar en el que uno se hospeda.

Por tanto, a causa de estos motivos, la expedición ballenera se aceptó de buen grado. Las grandes compuertas del mundo de la fantasía se abrieron de par en par, y en las irracionales ínfulas que me inclinaron hacia mi propósito, de dos en dos flotaron hasta lo más profundo de mi alma interminables comitivas de ballenas, y, en medio de todas ellas, un gran fantasma encapuchado, similar a una colina de nieve en el aire.

CAPÍTULO II LA TALEGA

Metí una o dos camisas en mi vieja talega, la plegué bajo el brazo y me puse en camino hacia el cabo de Hornos y el Pacífico. Dejando atrás la muy antigua y benefactora ciudad de Manhatto, llegué a New Bedford sin novedad. Era una noche de sábado de diciembre. Muy decepcionado quedé al enterarme de que ya había zarpado el pequeño paquebote de Nantucket, y de que hasta el siguiente lunes no se ofrecería manera alguna de alcanzar aquel lugar.

Ya que muchos jóvenes candidatos a los sufrimientos y penalidades de la pesca de la ballena paran en este mismo New Bedford, para desde allí embarcarse en su expedición, es propio que se diga que yo, personalmente, no tenía intención de hacerlo así. Pues estaba resuelto a no navegar en navío alguno que no fuera de Nantucket, ya que, en todo lo asociado con esa famosa añeja isla, había un algo peculiar y perturbador que me agradaba extraordinariamente. Además, aunque en los últimos tiempos New Bedford ha ido monopolizando gradualmente el negocio de la pesca de la ballena, y aunque en este aspecto la pobre Nantucket está ahora muy por detrás de ella, Nantucket, sin embargo, fue la gran pionera –el Tiro de este Cartago–, el lugar donde encallaron la primera ballena americana a la que se dio muerte. ¿De qué otro lugar, sino de Nantucket, partieron

inicialmente en sus canoas esos balleneros aborígenes, los pieles rojas, para dar caza al leviatán? ¿Y de dónde, sino también de Nantucket, partió esa primera pequeña balandra aventurera, lastrada en parte con guijarros importados –eso dice la historia–, para arrojar a las ballenas, con objeto de saber cuándo estaban suficientemente cerca como para arriesgar un arpón desde el bauprés?

Disponiendo ahora ante mí de una noche, un día y de aún otra noche posterior en New Bedford, antes de poder embarcar para mi puerto de destino, tornose asunto de preocupación dónde iba yo a comer y dormir mientras tanto. Era noche de aspecto muy poco claro; qué digo, noche muy oscura y lúgubre, fría, que cortaba, y desabrida. No conocía a nadie en aquel lugar. Con ansiosos rezones me había sondado el bolsillo, y sólo había sacado unas pocas monedas de plata… Así que, donde quiera que vayas, Ismael, me dije a mí mismo mientras permanecía en medio de una lóbrega calle, con mi bolsa al hombro, y comparando las tinieblas hacia el norte con la oscuridad hacia el sur… donde quiera que en tu sabiduría puedas decidir alojarte para pasar la noche, mi querido Ismael, asegúrate de preguntar el precio, y no seas muy escogido.

Con indecisos pasos vagué por las calles, y pasé el rótulo de Los Arpones Cruzados… pero aquello parecía demasiado gravoso y animado. Más adelante, desde las brillantes ventanas rojas de La Posada del Pez Espada, salían unos rayos tan ardientes, que se diría que el hielo y la nieve apelmazada se habían fundido delante de la casa, pues en todos los demás lugares la helada alcanzaba diez pulgadas de espesor, formando un duro, asfáltico pavimento… algo bastante penoso para mí cuando golpeaba mi pie contra las pétreas protuberancias, pues del recio y despiadado servicio, las suelas de mis botas estaban en una condición de lo más miserable. Demasiado gravoso y animado, pensé de nuevo, deteniéndome un momento para observar el amplio resplandor en la calle y escuchar los ruidos de los tintineantes vasos en el interior. Pero continúa, Ismael, me dije finalmente, ¿no lo escuchas? Apártate de la puerta; tus botas remendadas están bloqueando el paso. Así que continué. Ahora, por instinto, seguí las calles que me llevaban hacia el agua, pues allí, sin duda, estaban las posadas más baratas, si bien no las más joviales.

¡Unas calles tan tenebrosas! Manzanas de negrura, no de casas, a cada lado, y aquí y allí una candela, como una vela que se moviera ante una tumba. En esta hora de la noche del último día de la semana, ese barrio de la ciudad resultó estar casi desierto. Pero al poco llegué hasta una luz humeante que salía de un edificio bajo y ancho, cuya puerta estaba acogedoramente abierta. Tenía un aspecto descuidado, como si estuviera

destinado al uso del público; entrando por tanto, lo primero que hice fue tropezar contra una caja de ceniza en el porche[7]. «¡Ja!, pensé, ja, mientras las partículas volantes casi me asfixiaban: ¿son éstas las cenizas de aquella ciudad destruida, Gomorra? Pero ¿Los Arpones Cruzados y El Pez Espada?… ¡éste entonces, debe ser necesariamente el rótulo de La Trampa!». Sin embargo, me recompuse, y escuchando dentro una potente voz, avancé y abrí una segunda puerta interior.

Parecía el gran Parlamento Negro sentado en Tofet. Un centenar de rostros negros se volvieron en sus filas para mirar; y, más allá, un negro Ángel del Juicio golpeaba un libro en el púlpito. Era una iglesia negra; y el texto del predicador versaba sobre la oscuridad de las tinieblas, y el sollozo y el lamento y el rechinar de dientes que allí se dan. «Ja, Ismael, murmuré, retrocediendo: ¡desdichado esparcimiento bajo el rótulo de La Trampa!»

Continuando, por fin llegué a una especie de tenue luz colgante no lejos de los muelles, y escuché un desamparado chirrido en el aire; y, alzando la vista, vi un rótulo oscilante sobre la puerta, con una pintura blanca en él, que vagamente representaba un largo surtidor de nebulosa aspersión, y estas palabras debajo: «La Posada del Surtidero[8]: – Peter Coffin».

¿Coffin, es decir, ataúd?… ¿Surtidero?… Bastante fatídico en ese particular vínculo, pensé yo. Pero Coffin es un nombre usual en Nantucket, según dicen, y supongo que este Peter es un emigrante de allí. Como la luz parecía tan tenue, y el lugar, por el momento, suficientemente tranquilo, y la propia pequeña y desmoronada casa de madera daba la impresión de haber sido transportada allí desde las ruinas de algún distrito quemado, y como el balanceante rótulo tenía una especie de chirrido afectado de indigencia, pensé que éste era el lugar perfecto para un alojamiento barato, y el mejor de los cafés de bayas[9].

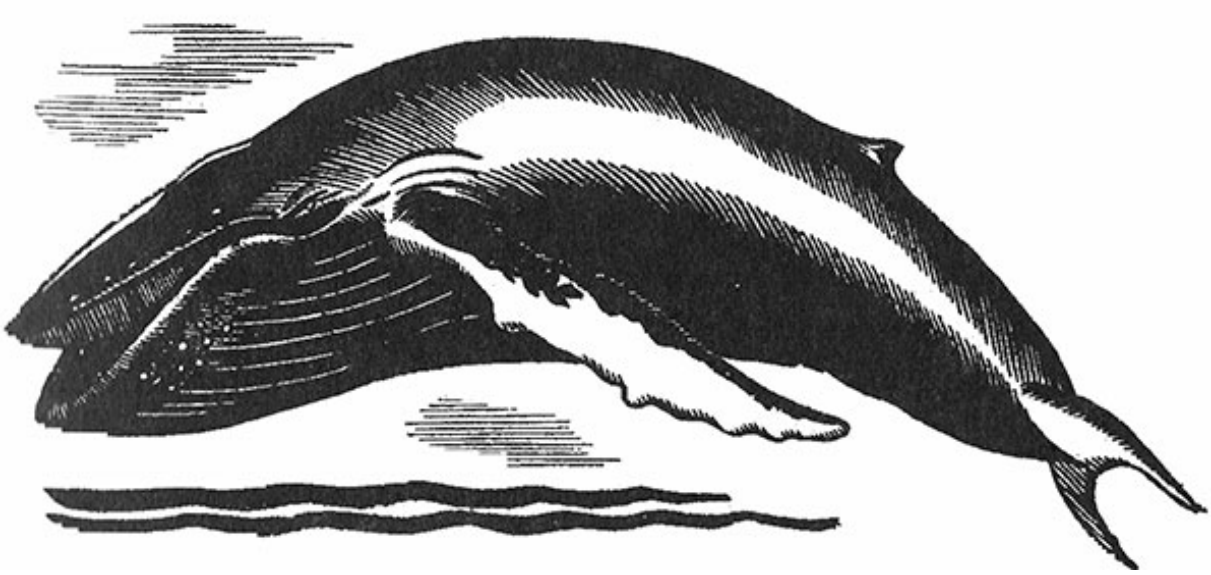
Era un lugar de singular índole… Una vieja casa con tejado a dos aguas, uno de sus lados como si estuviera paralizado e inclinándose lamentablemente. Se alzaba en una abrupta y desolada esquina, en la que el tempestuoso viento Euroaquilón sostenía un aullar peor que el que nunca sostuvo cerca de la zarandeada nave del pobre Pablo. El Euroaquilón, sin embargo, es un céfiro enormemente agradable para cualquiera que esté resguardado, con los pies en el revellín, tostándose plácidamente para la cama. «Al considerar ese tempestuoso viento llamado Euroaquilón», dice un antiguo escritor –de cuyas obras poseo la única copia existente–, «prodúcese una espectacular diferencia entre si lo miráis desde una ventana de cristal en la que la helada está toda en el exterior, o si lo observáis desde una ventana sin marco, en la que la helada está en ambos lados, y en la que el único cristalero es la Muerte personificada». Verdaderamente cierto, pensé, al venírseme a la mente este pasaje… viejo Letra Gótica, habéis razonado bien. Sí, estos ojos son ventanas, y este cuerpo mío es la casa. Qué pena, sin embargo, que no

taponaran las fisuras y las grietas, y embutieran un poco más de borra aquí y allá. Pero ya es demasiado tarde para hacer ninguna mejora. El universo está terminado; la piedra clave está puesta, y las esquirlas se retiraron hace un millón de años. El pobre Lázaro ahí, rechinando sus dientes contra el bordillo como almohada, y sacudiéndose de encima los andrajos con sus temblores, podría taponarse ambos oídos con trapos, y ponerse una panocha en la boca, y, aun así, con ello no lograría mantener fuera al tempestuoso Euroaquilón. ¡Euroaquilón!, dice el viejo Epulón con su manto de seda roja (después tuvo otro aún más rojo)… ¡Bah, bah! ¡Qué buena noche de helada; cómo centellea Orión; qué Aurora Boreal! Que hablen de sus orientales climas veraniegos de sempiternos invernaderos: denme a mí el privilegio de hacer mi propio verano con mi propio carbón.

Pero ¿qué piensa Lázaro? ¿Puede calentarse las azuladas manos extendiéndolas hacia la grandiosa Aurora Boreal? ¿No preferiría Lázaro estar en Sumatra que aquí? ¿No preferiría con mucho tenderse a lo largo siguiendo la línea del ecuador; sí, ¡vosotros, dioses!, caer en el propio pozo ardiente, para poder guarecerse de esta helada?

Ahora bien, que Lázaro hubiera de yacer abandonado allí, en la acera ante la puerta de Epulón, es un hecho más asombroso que el que un iceberg hubiera fondeado en una de las Molucas. No obstante, el mismo Epulón también vive como un zar en un palacio de hielo hecho de sollozos helados, y al ser presidente de una sociedad de templanza[10], sólo bebe las tibias lágrimas de los huérfanos.

Pero basta por ahora de este gimoteo: nos vamos a pescar ballenas, y todavía queda mucho de eso por llegar[11]. Rasquémonos el hielo de nuestros congelados pies, y veamos qué clase de sitio pueda ser este «surtidero».



CAPÍTULO III LA POSADA DEL SURTIDERO

Al entrar en el inmueble con tejado a dos aguas de la Posada del Surtidero, te encontrabas en un amplio y destartalado zaguán de poca altura, con anticuados zócalos de madera que a uno le recordaban las amuradas de algún viejo navío desahuciado. A un lado colgaba una pintura al óleo muy grande, tan ahumada y en todo modo deteriorada, que bajo las desiguales luces opuestas con las que la veías, sólo a través de un diligente estudio y de una serie de visitas sistemáticas, y de detallada consulta a los residentes, podías de alguna manera llegar a una comprensión de su propósito. Unas inexplicables masas de penumbras y sombras tales, que inicialmente casi pensabas que algún ambicioso joven artista, en la época de las arpías de Nueva Inglaterra, se había propuesto plasmar el caos embrujado. Mas a fuerza de mucha y sesuda contemplación, y de ponderaciones frecuentemente repetidas, y sobre todo

abriendo de par en par la pequeña ventana hacia la parte posterior del zaguán, al final llegabas a la conclusión de que tal idea, por muy estrafalaria que fuera, podría no estar del todo injustificada.

Pero lo que más te desconcertaba y confundía era una larga, elástica, portentosa masa negra de algo cerniéndose en el centro del cuadro sobre tres líneas azules, tenues, perpendiculares, flotando en un innominado fermento. Un cuadro verdaderamente encenagado, encharcado y fangoso; lo bastante para sacar de quicio a un hombre excitable. Sin embargo, había en él una especie de indefinida, inimaginable, medio lograda sublimidad, que prácticamente te dejaba a él pegado, hasta que involuntariamente te jurabas a ti mismo descubrir qué significaba la maravillosa pintura. De cuando en cuando una idea brillante, pero, ay, engañosa, te traspasaba… Es el mar Negro en una tormenta de medianoche… Es el combate antinatural de los cuatro elementos primigenios… Es un páramo azotado por el viento… Es una escena de invierno hiperbóreo… Es la ruptura de la corriente congelada del tiempo. Mas al final todas estas fantasías cedían ante ese algo portentoso y singular en medio del cuadro. *Eso* ya descubierto, y todo lo demás sería sencillo. Pero alto ahí: ¿no guarda un cierto parecido con un pez gigante?, ¿incluso con el propio leviatán?

De hecho, el designio del artista parecía ser éste: una teoría final mía propia, en parte basada en las opiniones acumuladas de muchas personas de edad con las que conversé sobre el asunto. El cuadro representa un navío de Hornos en un gran huracán; el barco medio anegado allí escorándose, sólo visibles sus tres mástiles desmantelados; y una ballena exasperada, tratando de saltar limpiamente sobre el navío, está en el tremendo acto de empalarse a sí misma sobre los tres topes.

La pared opuesta de este zaguán estaba completamente cubierta con una impía exhibición de monstruosas mazas y lanzas. Algunas estaban repletas de relucientes dientes que semejaban sierras de marfil; otras, ornadas con mechones de cabello humano; y una tenía forma de hoz, con un inmenso mango, abriéndose en rededor como el segmento hecho en la hierba recién segada por un segador de largos brazos. Te estremecías al mirar, y te preguntabas qué monstruoso caníbal y salvaje pudo alguna vez haber ido a recolectar muerte con semejante horrendo implemento de

trocear. Mezclados con ellos, había antiguos oxidados arpones y picas de la pesca de la ballena, todo deteriorados y deformados. Algunas eran armas afamadas. Con esta lanza antaño enhiesta, ahora brutalmente doblada, hace cincuenta años Nathan Swain mató quince ballenas entre un amanecer y un ocaso. Y ese arpón —ahora tan parecido a un sacacorchos — fue arrojado en los mares de Java, y llevado en su huida por una ballena, muerta años después en aguas del cabo de Blanco. El hierro original entró cerca de la cola, y como una aguja inquieta albergada en el cuerpo de un hombre, recorrió cuarenta pies completos, y finalmente fue encontrado embutido en la joroba.

Cruzando este sombrío zaguán, y atravesando aquel pasadizo de baja bóveda —abierto a través de lo que en viejos tiempos debió haber sido una gran chimenea central con hogares todo alrededor— entras al salón público. Aún más sombrío lugar es éste, con unas vigas tan pesadas arriba, y unas tablas tan viejas y ajadas abajo, que casi te imaginarías andar por la caseta de un viejo navío, en especial en noche tan aullante, en la que esta vieja arca anclada en la esquina se balanceaba de manera tan furiosa. A un lado había una mesa larga, baja, a modo de estante, cubierta con cajas de cristal rajado, llenas de polvorientas rarezas recogidas en los rincones más remotos de este ancho mundo. Surgiendo del ángulo más alejado de la estancia había un cubil de oscura apariencia —el bar—, burdo bosquejo de la cabeza de una ballena franca. Sea como fuere, ahí estaba el inmenso hueso arqueado de la mandíbula de la ballena, tan ancho que una diligencia casi podría pasar bajo él. Dentro había baldas en mal estado, ocupadas de uno a otro lado con antiguos decantadores, botellas y frascos; y dentro de esas mandíbulas de rauda destrucción, como otro maldito Jonás (por cuyo nombre, efectivamente, le llamaban), se afanaba un viejecillo reseco, que a cambio de su dinero amablemente vendía a los marineros delirios y muerte.

Abominables eran los vasos en los que vierte su veneno. Aunque auténticos cilindros por fuera… por dentro los viles vasos verdes de gruesas paredes se inclinaban arteramente al descender hasta un engañoso fondo. Meridianos equidistantes toscamente grabados en el cristal rodeaban estas copas de atracador. Llénalo hasta *esta* marca, y tu monto es

de sólo un penique; hasta *ésta*, un penique más; y así hasta el vaso lleno… la medida del cabo de Hornos, que puedes ingerir por un chelín.

Al entrar en el lugar encontré a unos cuantos marineros jóvenes reunidos a una mesa, examinando bajo una luz tenue diversos especímenes de *skrimshander*[12]. Busqué al posadero, y al decirle que deseaba ser acomodado en una habitación, recibí como respuesta que su establecimiento estaba lleno… Ni una cama vacante.

—Pero, guarda —añadió, golpeándose la frente—, ¿no pondrás objeciones a compartir la manta de un arponero, no? Se me hace que vas a la ballena, mejor será, pues, que vayas acostumbrándote a ese tipo de cosas.

Le dije que nunca me había gustado dormir dos en una cama; que si alguna vez lo hacía, dependería de quién pudiera ser el arponero, y que si él (el posadero) en verdad no tenía ningún otro lugar para mí, y el arponero no era decididamente objetable, bueno, mejor que seguir vagando por una ciudad extraña en tan acerba noche, me conformaría con la mitad de la manta de cualquier hombre decente.

—Así me pareció. De acuerdo; siéntate. ¿Cena?… ¿Quieres cenar? La cena estará lista enseguida.

Me senté en un viejo banco de madera, todo él tallado como un banco del Battery. En un extremo un pensativo marinero curtido estaba adornándolo todavía más con su navaja, inclinándose y trabajándolo diligentemente en el espacio entre sus piernas. Estaba tanteando su destreza con un barco a toda vela, pero no avanzaba mucho, me pareció.

Finalmente, unos cuatro o cinco de nosotros fuimos requeridos a nuestro condumio en una estancia adyacente. Estaba tan fría como Islandia… sin lumbre alguna… El posadero dijo que no podía permitírselo. Nada excepto dos velas de sebo, cada una envuelta en un sudario[13]. Nos apresuramos a abrocharnos nuestras cazadoras, y a llevar a nuestros labios, con dedos congelados, tazones de abrasador té. Pero el condumio era de lo más sustancial… No sólo carne y patatas, sino también dumplings, ¡cielos! ¡Dumplings para cenar! Un joven de levitón verde se aplicó a estos dumplings de la más angustiada manera.

—Muchacho —dijo el posadero—, de mortal necesidad que vas a tener pesadillas.

—Posadero —susurré—, ése no es el arponero, ¿no?

—Oh, no —dijo él, con cierto aspecto diabólicamente gracioso—, el arponero es un tipo oscuro de apariencia. Nunca come dumplings, no señor… no come nada que no sean filetes, y le gustan poco hechos.

—Al diablo cómo le gusten —dije yo—. ¿Dónde está ese arponero? ¿Está aquí?

—No tardará en estar aquí —fue la respuesta.

No pude evitarlo, y empecé a sentirme receloso de este arponero «oscuro de apariencia». De cualquier manera, tomé la decisión de que, si así se daba que debíamos dormir juntos, él debía desvestirse y meterse en la cama antes que yo.

Terminada la cena, la compañía volvió al bar, y no sabiendo yo qué más hacer, resolví pasar el resto de la velada como observador.

Pronto se escuchó un tumultuoso ruido en el exterior. Sobresaltándose, el posadero gritó:

—Ésa es la tripulación del Orca. Lo vi anunciado en alta mar esta mañana; una expedición de cuatro años, y un barco lleno. Hurra, muchachos; ahora tendremos las últimas noticias de las Fiji.

Un estampido de botas de mar se escuchó en el zaguán; la puerta se abrió de golpe, y adentro rodó un montón de marineros apropiadamente fieros. Envueltos en sus hirsutos capotes de guardia, y con las cabezas cubiertas de tapabocas de lana, todo remendados y harapientos, y sus barbas tiesas de carámbanos, parecían una irrupción de osos del Labrador. Acababan de desembarcar de su barco, y ésta era la primera casa en la que entraban. No es extraño, entonces, que abrieran una estela directa hacia la boca de la ballena —el bar—, momento en el que el arrugado viejecillo Jonás, que allí oficiaba, con celeridad les escanció vasos llenos para todos. Uno se quejó de un mal resfriado de cabeza, ante lo cual Jonás le mezcló una pócima de ginebra y melaza, semejante a la brea, que juró era una cura soberana para todo tipo de resfriado y catarro, sin importar cuánto durara, ni si había sido cogido en aguas de la costa del Labrador o en el lado de barlovento de una isla de hielo.

El licor pronto se les subió a la cabeza, como suele ocurrir incluso con los más notorios bebedores recién desembarcados del mar, y empezaron a alborotar de la más estrepitosa manera.

Yo observé, no obstante, que uno de ellos se mantenía un tanto apartado, y a pesar de que parecía solícito a no malograr la hilaridad de sus camaradas de barco mediante su sobrio semblante, aun así por lo general evitaba hacer tanto ruido como el resto. Este hombre me interesó al momento; y como los dioses del mar habían ordenado que pronto se convirtiera en mi compañero de tripulación (aunque, en lo que a esta narrativa concierne, sólo un compañero encubierto), me aventuraré aquí a una pequeña descripción suya. Alzaba seis pies cabales, con nobles hombros, y un pecho como una encajonada. Rara vez he visto tal musculatura en un hombre. Su rostro estaba profundamente curtido y tostado, haciendo que sus blancos dientes deslumbraran por contraste; mientras que en las profundas sombras de sus ojos flotaban ciertas reminiscencias que no parecían proporcionarle una gran alegría. Su voz anunciaba inmediatamente que era sureño, y por su buena estatura pensé que debía de ser uno de esos altos montañeses de la sierra Alleganian, en Virginia. Cuando la juerga de sus compañeros había alcanzado su punto culminante, este hombre se deslizó fuera inadvertido, y no le volví a ver hasta que se convirtió en mi camarada en el mar. A los pocos minutos, sin embargo, fue echado de menos por sus compañeros de tripulación, y siendo por alguna razón enormemente apreciado entre ellos, alzaron el grito de «¡Bulkington! ¡Bulkington! ¿Dónde está Bulkington?» y salieron disparados de la casa en su persecución.

Eran ahora cerca de las nueve, y pareciendo estar la estancia casi sobrenaturalmente tranquila tras estas orgías, empecé a felicitarme a mí mismo por un pequeño plan que se me había ocurrido justamente antes de la entrada de los marineros.

Ningún hombre prefiere dormir dos en una cama. De hecho, preferirías con mucho no dormir con tu propio hermano. No sé a qué se debe, pero a la gente le gusta la privacidad cuando duerme. Y si se trata de dormir con un extraño desconocido, en una posada desconocida, en una ciudad desconocida, y ese extraño es un arponero, entonces tus objeciones se

multiplican indefinidamente. Tampoco había ninguna terrenal razón por la que yo, como marinero debiera, más que cualquier otro, dormir dos en una cama; pues los marineros no duermen dos en una cama en el mar más de lo que lo hacen los reyes solteros en tierra. Por supuesto, todos duermen juntos en un solo compartimento, pero tú tienes tu propio coy, y te cubres con tu propia manta, y duermes en tu propia piel.

Cuanto más cavilaba sobre este arponero, más abominaba de la idea de dormir con él. Era de suponer que, siendo un arponero, su ropa interior, ya fuera de lino o de lana, no estaría de lo más cuidada, y con seguridad no sería de la más delicada. Empecé a tener picores por todas partes. Además, se estaba haciendo tarde, y todo arponero decente debería estar en casa y camino de la cama. Suponed, digamos, que me cayera encima a medianoche… ¿Cómo podría saber de qué vil agujero había venido?

—¡Posadero! He cambiado de opinión sobre el arponero. No dormiré con él. Probaré el banco este.

—Como bien gustes; siento no poder cederte un mantel para colchón, y se trata de una tabla fastidiosamente dura —palpando los nudos y hendiduras—. Pero espera un poco, skrimshander[14]; tengo un cepillo de carpintero ahí en el bar… Espera, digo, y te pondré suficientemente cómodo.

Diciendo lo cual se hizo con el cepillo, y quitándole el polvo primero al banco con su viejo pañuelo de seda, se puso a cepillar vigorosamente en mi cama, siempre sonriendo como un simio. Las virutas volaron a derecha e izquierda, hasta que finalmente la cuchilla del cepillo golpeó bruscamente contra un indestructible nudo. El posadero estuvo a punto de abrirse la muñeca, y yo le dije que parara, por amor de Dios… que la cama era suficientemente blanda para mí, y que no sabía cómo, mediante todo el cepillado del mundo, podía hacerse edredón de una tabla. Así que, recogiendo las virutas con otra sonrisa, y echándolas a la gran estufa del medio de la estancia, se fue a sus asuntos y me dejó dándole vueltas a mi cabeza.

Tomé entonces la medida del banco y descubrí que era un pie demasiado corto; aunque eso se podía arreglar con una silla. Pero era un pie demasiado estrecho, y el otro banco de la estancia era unas cuatro

pulgadas más alto que el cepillado… así que no había manera de emparejarlos. Coloqué entonces el primer banco a lo largo del único sitio libre junto a la pared, dejando un poco de espacio en medio para que mi espalda se aposentara en él. Pero pronto descubrí que allí me llegaba tal corriente de aire frío desde debajo del antepecho de la ventana que este plan jamás, en modo alguno, daría resultado, en especial porque otra corriente que provenía de la desvencijada puerta se reunía con la de la ventana, y ambas formaban una serie de pequeños remolinos en la inmediata vecindad del punto donde yo había pensado pasar la noche.

Que el Diablo se lleve a ese arponero, pensé, pero un momento, ¿no podría yo aprovecharme de su ausencia… cerrar la puerta con candado desde dentro, y meterme en la cama y que no me despertaran ni los más violentos golpes? No parecía mala idea; pero al volver a pensarlo la deseché. Pues quién podría saber si a la mañana siguiente, tan pronto como asomara de la habitación, no estaría en la puerta el arponero, ¡dispuesto a aporrearme!

Con todo, volviendo a mirar a mi alrededor, y no viendo oportunidad alguna de pasar una noche soportable a no ser en la cama de otra persona, empecé a pensar que a pesar de todo podría estar engendrando prejuicios injustificados contra el desconocido arponero. Esperaré un poco, pensé; no ha de tardar en dejarse caer. Le echaré entonces una buena ojeada, y quizá a pesar de todo nos hagamos estupendos compañeros de cama… Nunca se puede decir.

Pero aunque los otros huéspedes continuaban llegando, de uno en uno, de dos en dos, y de tres en tres, y yéndose a la cama, todavía ninguna señal de mi arponero.

—¡Posadero! —dije—. ¿Qué clase de tipo es… Siempre está en pie a tan altas horas? —ya eran casi las doce.

El posadero rio veladamente de nuevo con su mezquina risa velada, y pareció extraordinariamente divertido por algo más allá de mi comprensión.

—No —contestó—, por lo general es pájaro tempranero… Tempranero al acostarse y tempranero al levantarse… Sí, es el pájaro que coge el gusano… Pero esta noche salió a vender, ya ves, y no comprendo qué

demonios le hace estar fuera tan tarde, a no ser, que es posible, que no pueda vender su cabeza.

—¿Que no pueda vender su cabeza?… ¿Qué clase de embrollo es este que me está contando? —montando en creciente cólera—. ¿Pretende usted, posadero, decir que este arponero está en realidad ocupado esta bendita noche de sábado, o más bien mañana de domingo, vendiendo su cabeza de un lado a otro por la ciudad?

—Eso es precisamente —dijo el posadero—, y le dije que aquí no podría venderla, el mercado tiene exceso de existencias.

—¿De qué? —grité yo.

—De cabezas, evidentemente; ¿no hay demasiadas cabezas en el mundo?

—Le voy a decir una cosa, posadero —dije yo, bastante calmado—, sería mejor que dejara de largarme esa fábula… No estoy tan verde.

—Puede que no —cogiendo un palo y labrando con él un mondadientes —, pero me parece que ya estarías *chamuscado* si ese arponero de que hablamos te oyera hablar mal de su cabeza.

—Se la partiré —dije yo, cayendo de nuevo en el apasionamiento ante este inexplicable fárrago del posadero.

—Ya está partida —dijo él.

—Partida —dije yo—, ¿quiere decir *partida*?

—Cierto, y ésa es la verdadera razón por la que no puede venderla, supongo.

—Posadero —dije yo, acercándome a él tan frío como el monte Hecla en una tormenta de nieve—… Posadero, deje de labrar el palo. Usted y yo hemos de entendernos el uno al otro, y eso ha de hacerse sin tardanza. Yo vengo a su casa y quiero una cama; usted me dice que sólo puede darme media, que la otra media pertenece a cierto arponero. Y sobre este arponero, al que todavía no he visto, usted persiste en contarme las historias más desconcertantes y exasperantes, haciendo que en mí se genere un desapacible sentimiento hacia el hombre al que usted designa como compañero de cama… Un tipo de vínculo, posadero, que es íntimo y confidencial en el más alto grado. Ahora le exijo que se exprese y me diga quién y qué es este arponero, y si yo, al pasar la noche con él, estaré a

salvo en todos los aspectos. Y, en primer lugar, ¿será usted tan amable de desdecir esa historia sobre vender su cabeza, que si fuera cierta buena prueba me parece de que este arponero está completamente loco, y yo no tengo intención de dormir con un loco? Pues usted, señor, *usted*, digo, posadero, *usted*, señor, al tratar de inducirme a hacerlo premeditadamente se colocaría usted con ello en situación de ser procesado por vía criminal.

—Vaya —dijo el posadero, respirando prolongadamente—, eso es lo que yo llamo un sermón bien largo para un tipo que apenas le da a la lengua de vez en cuando. Pero ten calma, ten calma, este arponero del que te he estado hablando acaba de llegar desde los Mares del Sur, donde compró un montón de cabezas embalsamadas de Nueva Zelanda (gran curiosidad, ya sabes), y ha vendido todas menos una, y ésa la está tratando de vender esta noche, porque mañana es domingo, y no sería apropiado ir vendiendo cabezas humanas por las calles cuando la gente está acudiendo a las iglesias. Quiso hacerlo el último domingo, pero yo le detuve justo cuando estaba saliendo por la puerta con cuatro cabezas colgadas de una cuerda, que parecían talmente una ristra de cebollas.

Esta explicación aclaró el en otra forma inexplicable misterio y mostró que el posadero, a pesar de todo, no había tenido intención de burlarse de mí… Pero, al mismo tiempo, ¿qué podía yo pensar de un arponero que una noche de sábado se quedaba fuera de seguido hasta el santo día del Señor, ocupado en un negocio tan caníbal como el de vender cabezas de idólatras muertos?

—Fíese, posadero, ese arponero es un hombre peligroso.

—Paga con regularidad —fue la réplica—. Pero vamos, se está haciendo horriblemente tarde, sería mejor que sumergieras palmas… Es una buena cama: Sal y yo dormimos en esa misma cama la noche en que nos ayustamos. Hay cantidad de espacio para que dos pateen en esa cama; es una cama enormemente grande, ésa. Fíjate, antes de que la dejáramos, Sal solía poner a los pies a nuestro Sam y a nuestro pequeño Johnny. Pero una noche me dio por soñar y estirarme y, sin saber cómo, Sam se cayó al suelo, y estuvo a punto de romperse el brazo. Después de eso Sal dijo que no era posible. Ven por aquí, te daré una bujía en un periquete.

Y así diciendo encendió una vela y la extendió hacia mí, brindándose a guiar el camino. Pero yo quedé quieto, indeciso; hasta que él, mirando el reloj de la esquina, exclamó:

—Voto que es domingo… No verás a ese arponero esta noche; ha echado el ancla por algún sitio… Vamos allá entonces; *ven*, ¿no *quieres* venir?

Consideré el asunto un instante, y entonces, escaleras arriba subimos, y fui acompañado hasta un pequeño cuarto, frío como una almeja, y amueblado, efectivamente, con una prodigiosa cama, de hecho casi lo bastante grande para que durmieran cualesquiera cuatro arponeros, uno al lado del otro.

—Ahí está —dijo el posadero, colocando la vela en un antiguo y estrambótico arcón de barco que hacía la doble función de lavabo y mesa de centro—, ahí; ahora ponte cómodo, y que pases buena noche —me volví tras observar la cama, pero él había desaparecido.

Abriendo la colcha, me incliné sobre la cama. Aunque no fuera de las más elegantes, soportó, no obstante, el escrutinio tolerablemente bien. Eché entonces un vistazo por la habitación; y aparte del bastidor del somier y de la mesa de centro, no pude ver otro mobiliario propio del lugar excepto una tosca estantería, las cuatro paredes, y una pantalla de chimenea empapelada que representaba a un hombre atacando a una ballena. De cosas que no pertenecían propiamente a la habitación, había un coy recogido y tirado en el suelo, en una esquina; también un gran saco de marino, que contenía, sin duda, la indumentaria del arponero, haciendo la vez de un baúl de tierra firme. Del mismo modo, había una serie de extraños anzuelos de hueso de pez en la repisa de la chimenea, y un largo arpón junto a la cabecera de la cama.

Pero ¿qué es esto que hay en el arcón? Lo cogí y lo puse cerca de la luz, lo palpé, lo olí, y traté en todo posible modo de llegar a alguna conclusión satisfactoria al respecto. No puedo compararlo con nada, excepto con un gran felpudo ornamentado en los bordes con pequeños colgantes tintineantes, más o menos como las púas teñidas de puercoespín en rededor de un mocasín indio. Había un agujero o raja en el medio de esta estera, lo mismo que en los ponchos sudamericanos. Pero ¿era posible

que un arponero sobrio se metiera en un felpudo y desfilara por las calles de alguna población cristiana de esa guisa? Me lo puse, para probarlo, y me pesó como un cuévano, pues era desusadamente hirsuto y espeso, y me pareció un poco húmedo, como si este misterioso arponero lo hubiera llevado puesto en un día de lluvia. Me acerqué, vestido con él, a un trozo de espejo sujeto a la pared, y nunca tuve visión semejante en mi vida. Me lo arranqué de encima con tal prisa que me hice una distensión en el cuello.

Me senté al borde de la cama, y empecé a pensar en este arponero vendedor de cabezas y su felpudo. Después de pensar un rato al borde de la cama, me levanté y me quité la cazadora, y me quedé entonces pensando, de pie, en medio de la habitación. Me quité luego mi chaqueta, y en mangas de camisa pensé un poco más. Pero al empezar a sentirme ya muy frío, medio desvestido como estaba, y recordando lo que el posadero había dicho sobre la segura ausencia del arponero aquella noche, al ser ya verdaderamente tan tarde, no le di más vueltas, me despojé de mis pantalones y mis botas y, apagando la luz de la vela, me derrumbé en la cama y me encomendé al cuidado del Cielo.

Si aquel colchón estaba relleno de panochas de maíz o de loza rota no hay forma de saberlo, pero yo di vueltas en abundancia, y no pude dormir durante largo rato. Finalmente caí en un ligero letargo, y ya casi había zarpado hacia la tierra de Sopor, cuando escuché un pesado pisotón en el pasillo y vi un reflejo de luz entrar en la habitación por debajo de la puerta.

Que el Señor me salve, pensé, éste debe ser el arponero, el infernal vendedor de cabezas. Pero me quedé tumbado, totalmente quieto, y decidí no decir palabra hasta que se dirigieran a mí. El extraño entró en la habitación llevando una vela en una mano y la cabeza aquella de Nueva Zelanda en la otra y, sin mirar hacia la cama, colocó bien lejos de mí su vela, en una esquina del suelo, y entonces se puso a deshacer las cuerdas anudadas de la gran bolsa que antes mencioné se encontraba en la habitación. Yo estaba ansioso por ver su rostro, pero él lo mantuvo vuelto durante cierto tiempo, mientras estuvo ocupado en desatar la boca de la bolsa. Sin embargo, una vez logrado esto, se volvió… y entonces, ¡santo

Cielo!, ¡qué visión! ¡Qué semblante! Era de un purpúreo color amarillo oscuro, marcado aquí y allá con grandes cuadrados de negruzca apariencia. Sí, era exactamente lo que había pensado, era un terrible compañero de cama; había estado en una pelea, le habían cortado horriblemente, y aquí estaba, recién llegado del cirujano. Pero en ese momento dio en girar la cabeza hacia la luz de tal manera que vi claramente que esos cuadrados negros de sus mejillas en modo alguno podían ser apósitos. Eran manchas de alguna clase. Inicialmente no supe qué pensar sobre aquello; aunque pronto me vino una presuposición de la verdad. Recordé una historia de un hombre blanco —pescador de ballenas también— que, habiendo caído entre caníbales, había sido tatuado por ellos. Llegué a la conclusión de que este arponero, en el curso de sus distantes expediciones, se había topado con una aventura similar. Y al fin y al cabo, pensé yo, ¡qué! Sólo es su exterior; un hombre puede ser honesto en cualquier clase de piel. Mas, entonces, ¿qué hacer de su aterrenal epidermis, quiero decir, de esa parte de ella que había alrededor, completamente ajena a los cuadrados del tatuaje? Podría ser, seguramente, que no fuera otra cosa que una buena capa de bronceado tropical; aunque nunca escuché que un cálido sol bronceara a un hombre blanco volviéndolo amarillo púrpura. No obstante, yo nunca había estado en los Mares del Sur; y quizás allí el sol producía estos extraordinarios efectos sobre la piel. Ahora bien, mientras todas estas ideas pasaban a través de mí como el rayo, este arponero no se percataba de mí en modo alguno. Y habiendo abierto su bolsa tras ciertas dificultades, comenzó a hurgar en ella, y pronto sacó una especie de tomahawk, y una cartera de piel de foca con pelo. Colocándolos sobre el antiguo arcón de en medio de la habitación, tomó entonces la cabeza de Nueva Zelanda —un objeto suficientemente espeluznante— y la embutió en la bolsa. Después se quitó el sombrero —un sombrero de castor nuevo —, momento en que casi me puse a chillar por la nueva sorpresa. No había pelo en su cabeza —por lo menos no del que se pudiera hablar—, nada excepto un pequeño mechón de cabellera retorcido en su frente. Su calva cabeza purpúrea parecía ahora enteramente un cráneo mohoso. Si el extraño no hubiera estado entre la puerta y yo, me habría precipitado a ella más rápido de lo que nunca me he precipitado sobre una cena.

Incluso en tal situación, algo pensé sobre escapar por la ventana, pero era caer desde el segundo piso. No soy un cobarde, si bien qué pensar de este bribón púrpura vendedor de cabezas era algo que por completo sobrepasaba mi discernimiento. La ignorancia es la madre del miedo, y al estar totalmente perplejo y estupefacto ante el extraño, confieso que ahora me encontraba tan asustado de él como si hubiera sido el propio Demonio que de ese modo se hubiera introducido en mi habitación en lo más negro de la noche. De hecho, me daba tanto miedo, que en ese momento no tenía espíritu suficiente para hablarle y requerir una respuesta satisfactoria respecto a lo que parecía inexplicable en él.

Mientras tanto, él continuaba con la operación de desvestirse, y finalmente mostró su pecho y sus brazos. Por mi vida que estas partes suyas estaban ajedrezadas con los mismos cuadrados que su rostro; su espalda también estaba cubierta completamente con los mismos cuadrados oscuros; parecía haber estado en una Guerra de los Treinta Años, y haber escapado de ella con una camisa de cataplasmas. Aún más, sus mismas piernas estaban marcadas, como si un montón de oscuras ranas verdes ascendieran por los troncos de jóvenes palmeras. Ahora quedaba bien claro que debía ser una especie de abominable salvaje embarcado en los Mares del Sur a bordo de un ballenero, y arribado de este modo a este cristiano país. Temblé de pensarlo. Un vendedor de cabezas, además… quizá las cabezas de sus propios hermanos. Podría encapricharse de la mía… ¡cielos!, ¡mira ese tomahawk!

Pero no había tiempo para estremecerse, pues ahora el salvaje se puso a hacer algo que captó toda mi atención, y que me convenció de que, efectivamente, debía ser un pagano. Dirigiéndose a su pesado grego, o sobretodo, o tabardo, que previamente había colgado en una silla, hurgó en los bolsillos y finalmente sacó una pequeña, curiosa y deformada imagen, con una chepa en la espalda y exactamente del color de un bebé congoleño de tres días. Recordando la cabeza embalsamada, en un principio casi creí que el maniquí negro era un niño auténtico, preservado de similar manera. Pero viendo que no era en absoluto flexible, y que brillaba de manera muy semejante al ébano pulido, llegué a la conclusión de que no debía de ser otra cosa que un ídolo de madera, lo que en efecto resultó ser. Pues ahora

el salvaje iba hasta la chimenea vacía, y retirando la pantalla empapelada, situaba, como si fuera un bolo, la pequeña imagen jorobada entre los morillos. Los lienzos de la chimenea y todos los ladrillos del interior estaban llenos de hollín, de modo que pensé que este hogar componía un pequeño oratorio o capilla muy apropiado para este ídolo congoleño.

Clavé entonces fijamente mis ojos sobre la medio oculta imagen, sintiéndome verdaderamente incómodo a la vez… por ver qué seguiría a continuación. Primero sacó, más o menos, un doble puñado de virutas del bolsillo de su grego, y las colocó cuidadosamente delante de su ídolo; habiendo dejado después un pedazo de bizcocho de barco encima y aplicando la llama de la lámpara, prendió las virutas en un fuego de sacrificio. Al poco, tras un apresurado pellizcar en el fuego, y aún más apresurada retirada de sus dedos (por lo que parecía estar chamuscándoselos de mala manera), finalmente consiguió apartar el bizcocho; soplando entonces un poco el calor y las cenizas, hizo una cortés ofrenda de él al negrito. Pero el pequeño diablo no parecía apreciar en nada esa seca clase de sustento; ni siquiera movió los labios. Todas estos

extraños manejos iban acompañados de aún más extraños ruidos guturales del devoto, que parecía rezar una cantinela o bien cantar algún tipo de salmodia pagana, durante la cual su rostro se contraía de la forma más antinatural. Extinguiendo finalmente el fuego, recogió el ídolo con gran falta de ceremonia y lo metió en el bolsillo de su grego con tanto descuido como si fuera un deportivo cazador metiendo en el zurrón una becada muerta.

Todos estos extraños procedimientos incrementaron mi incomodidad, y observándole ahora mostrar rotundos síntomas de concluir las operaciones de su quehacer, y de saltar a la cama conmigo, pensé que era el momento, ahora o nunca, antes de que se apagara la luz, de romper el hechizo en el que tanto tiempo había estado atrapado.

Pero el intervalo que perdí en deliberar qué decir fue fatal. Tomando su tomahawk de la mesa, examinó la parte superior durante un instante, y acercándolo entonces a la candela, con su boca en el mango, fumó formando grandes nubes de humo de tabaco. Al momento siguiente la luz se extinguió, y este salvaje caníbal, con el tomahawk entre sus dientes, se metió en la cama conmigo. Chillé, no lo pude evitar ya; y soltando un brusco gruñido de asombro, él empezó a tantearme.

Tartamudeando algo, no supe qué, me aparté de él contra la pared, y entonces le conjuré, fuera quien quiera o lo que quiera que pudiera ser, a que se quedara quieto, y que me dejara levantarme y volver a encender la lámpara. Pero sus respuestas guturales me convencieron al momento de que apenas comprendía lo que yo quería decir.

—¿Quién-i diabli tú? —dijo finalmente—. Tú no habla-i, maldito-i, yo mato-i.

Y así diciendo, el tomahawk prendido, empezó a hacer florituras cerca de mí en la oscuridad.

—¡Posadero, por amor de Dios, Peter Coffin! —grité yo—. ¡Posadero! ¡Guardia! ¡Coffin! ¡Ángeles! ¡Salvadme!

—¡Habla-i!, dice-ii mí quién-ii ser, o maldito-mí, ¡yo mato-i! —gruñó de nuevo el caníbal, mientras sus horribles florituras de tomahawk esparcían las calientes cenizas del tabaco a mi alrededor, a tal punto que pensé que las sábanas iban a incendiarse.

Pero, gracias al Cielo, en ese momento el posadero entró en la habitación candela en mano y, saltando de la cama, corrí hacia él.

—Bueno, no te asustes —dijo, volviendo a sonreír—. Aquí, Queequeg no le haría daño ni a un pelo de tu cabeza.

—Deje de sonreír —grité yo—, y ¿por qué no me dijo que ese infernal arponero era un caníbal?

—Creí que lo sabías; ¿no te dije que estaba vendiendo cabezas por la ciudad?… Pero sumerge palmas otra vez y ponte a dormir. Queequeg, escucha… tu sabi mí, yo sabi tú… este hombre duermi tú… ¿sabi tú?

—Mi sabi mucho —gruñó Queequeg, fumando en su pipa y sentándose en la cama—. Tú entra-i —añadió, haciéndome una indicación con su tomahawk y echando a un lado la ropa.

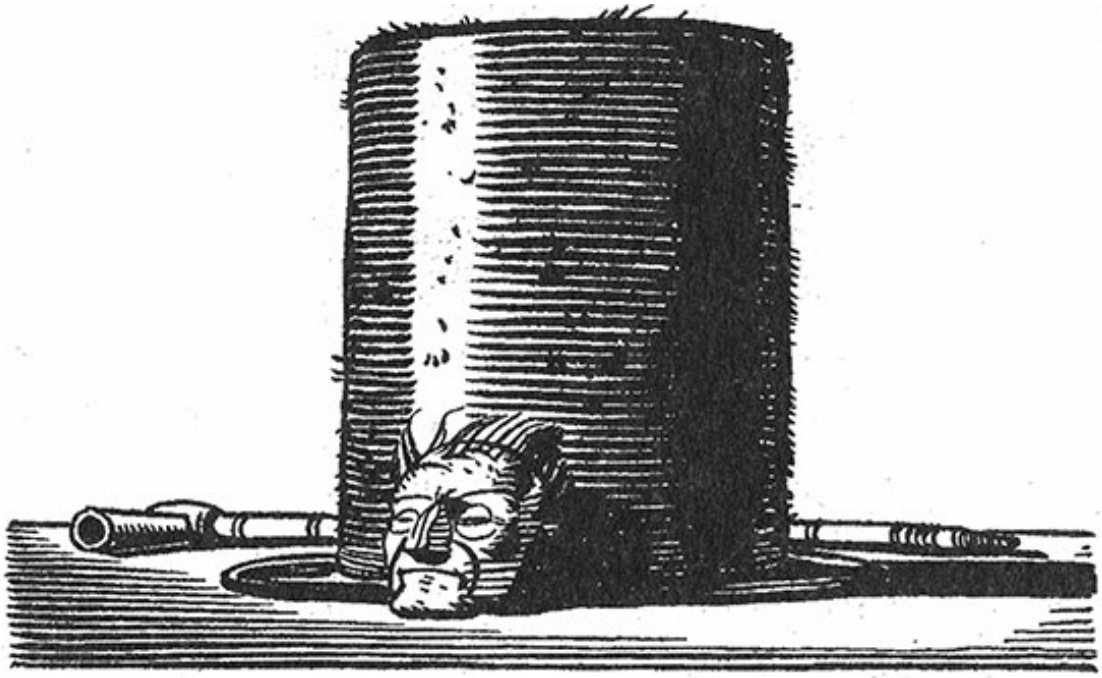
Esto lo hizo no sólo de manera educada, sino también amable y caritativa. Yo me quedé mirándole un momento. A pesar de todos sus tatuajes era en conjunto un caníbal limpio, de aspecto decoroso. ¿Qué ha sido todo este jaleo que he estado haciendo?, pensé para mí mismo… El hombre es un ser humano exactamente como yo: tiene tanta razón para temerme como yo para estar asustado de él. Mejor dormir con un caníbal sobrio que con un cristiano borracho.

—Posadero —dije—, dígale que se guarde ese tomahawk suyo, o pipa, o como quiera llamarlo; en breve, dígale que deje de fumar, y me meteré con él. Pues no me agrada tener un hombre fumando en la cama conmigo. Es peligroso. Además, no estoy asegurado.

Dicho esto a Queequeg, inmediatamente lo cumplió, y de nuevo me indicó cortésmente que me metiera en la cama… desplazándose a un lado tanto como si dijera: no os tocaré ni una pierna.

—Buenas noches, posadero —dije yo—, puede marcharse.

Me metí en la cama, y nunca dormí mejor en mi vida.



CAPÍTULO IV EL CUBRECAMA

Cuando a la mañana siguiente me desperté al comenzar a clarear, encontré el brazo de Queequeg tirado sobre mí del más cariñoso y afectivo de los modos. El cubrecama era de retacería, lleno de singulares cuadraditos y triangulitos multicolores; y este brazo suyo tatuado por todos lados con una interminable figura de laberinto de Creta, de la cual ni dos zonas eran de un solo exacto matiz… debido, supongo, a que en el mar mantenía el brazo desordenadamente a sol y sombra, sus mangas de camisa irregularmente recogidas a distintas horas… este mismo brazo suyo, digo, parecía enteramente como una tira de esa misma colcha de retacería. De hecho, descansando sobre ella parcialmente, tal como el brazo estaba al despertarme, apenas podía distinguirlo de la colcha, así de bien combinaban sus tonalidades; y únicamente gracias a la sensación de peso y presión podía reconocer que Queequeg me estaba abrazando.

Mis sensaciones eran extrañas. Permitidme intentar explicarlas. Cuando era niño, recuerdo bien una circunstancia en cierto modo similar que me acaeció; si fue realidad o un sueño, nunca podría enteramente decidirlo. La circunstancia fue ésta. Había estado haciendo alguna travesura… creo que fue tratar de trepar por la chimenea, tal como había visto hacer unos días antes a un pequeño deshollinador; y mi madrastra, que de una u otra manera estaba pegándome todo el rato, o mandándome a la cama sin cenar… mi madre me sacó de la chimenea tirando de las piernas y me mandó a la cama, aunque sólo eran las dos de la tarde del veintiuno de junio, el día más largo del año en nuestro hemisferio. Me sentí horriblemente. Pero no había manera de evitarlo, así que me fuí escaleras arriba hasta mi pequeña habitación del tercer piso, me desvestí lo más lentamente posible, para así matar el tiempo, y con un amargo suspiro me metí entre las sábanas.

Allí estuve tumbado, calculando míseramente que habían de pasar dieciséis horas completas antes de que pudiera esperar una resurrección. ¡Dieciséis horas en cama! Los riñones me dolían de pensarlo. Y había, además, tanta luz… el sol brillando en la ventana, y un fuerte traqueteo de carruajes en las calles, y el sonido de alegres voces por toda la casa. Cada vez me sentía peor… Al final me levanté, me vestí, y bajando suavemente con los pies enfundados en calcetines, busqué a mi madrastra y me lancé súbitamente a los suyos, implorándola como favor especial que me diera una buena tunda de zapatillazos por mi mal comportamiento; cualquier cosa, cualquiera, excepto condenarme a estar en la cama durante un plazo de tiempo tan insoportable. Pero ella era la mejor y la más concienzuda de las madrastras, y de vuelta tuve que irme a la habitación. Durante varias horas estuve allí tumbado, enteramente despierto, sintiéndome mucho peor de lo que nunca me he sentido desde entonces, incluso ante las más grandes adversidades posteriores. Finalmente debí de haber caído en una modorra de atribulada pesadilla; y despertándome de ella —medio embebido en sueños— abrí los ojos, y la habitación, antes iluminada de sol, estaba ahora envuelta en completa oscuridad. Instantáneamente sentí una sacudida que recorrió todo mi cuerpo; nada podía verse, y nada podía oírse, pero una mano sobrenatural parecía estar puesta sobre la mía. El

brazo lo tenía por fuera del cubrecama, y la innominada e inimaginable forma silente o fantasma a la que pertenecía la mano parecía estar sentada cerca, junto a mi cama. Durante lo que parecieron siglos y más siglos, allí estuve tumbado, congelado por el más tremendo de los miedos, no atreviéndome a retirar la mano; siempre, sin embargo, pensando que sólo con que pudiera moverla una única pulgada, el hórrido embrujo se rompería. No supe cómo esta conciencia finalmente se esfumó de mí; pero al despertarme por la mañana recordé todo con un escalofrío, y durante días y semanas y meses después me perdí en confusos intentos de explicar el misterio. De hecho, incluso hasta este mismo momento a veces me asombro de aquello.

Ahora bien, retirad el tremendo miedo, y mis sensaciones al sentir la sobrenatural mano sobre la mía fueron muy similares, en su rareza, a las que experimenté al levantarme y ver el pagano brazo de Queequeg rodeándome. Pero al final todos los acontecimientos de la noche pasada, uno por uno, volvieron a presentarse sobriamente en firme realidad, y entonces quedé únicamente sujeto al cómico trance. Pues a pesar de que yo trataba de mover su brazo —deshacer su abrazo de novio—, sin embargo, durmiendo cual estaba, incluso así me estrechaba con fuerza, como si nada, salvo la muerte, pudiera separarnos. Intenté ahora despertarle —«¡Queequeg!»—, pero su única respuesta fue un ronquido. Entonces me di la vuelta; mi cuello parecía llevar una collera y de pronto sentí un leve arañazo. Al retirar el cubrecama, allí estaba el tomahawk, durmiendo al lado del salvaje como si fuera un bebé con cara de hacha. Un buen aprieto, en verdad, pensé; ¡aquí en la cama en una casa extraña, en pleno día, con un caníbal y un tomahawk! —«¡Queequeg!… En nombre de lo que más quieras, ¡Queequeg, despierta!»— Al final, a base de mucho serpentear, e incesantes interpelaciones en voz alta sobre lo inapropiado de que abrazara a un compañero varón con ese estilo de tipo matrimonial, logré extraer un gruñido; y en un instante retiró su brazo, se sacudió todo él como un perro Terranova que acabara de salir del agua y se sentó en la cama, tieso como el astil de una pica, mirándome y frotándose los ojos, como si no se acordara bien de cómo había llegado yo a estar allí, aunque una tenue conciencia de saber algo sobre mí parecía ir surgiendo lentamente en él.

Mientras tanto, yo me quedé mirándole tranquilamente, ya sin albergar serios temores, e inclinado a observar de cerca a una criatura tan curiosa. Cuando finalmente su mente pareció haber llegado a una conclusión respecto a la naturaleza de su compañero de cama, y supuestamente se reconcilió con el hecho; saltó al suelo, y mediante ciertos signos y sonidos me dio a entender que, si me parecía bien, él se vestiría primero y me dejaría a mí vestirme después, con todo el alojamiento para mí. Pensé yo: Queequeg, dadas las circunstancias, éste es un inicio muy civilizado; la verdad es que, decid lo que queráis, pero estos salvajes tienen un sentido innato de la delicadeza; es maravilloso lo esencialmente correctos que son. Le hago este cumplido a Queequeg porque mientras que él me trató con semejante gentileza y consideración, yo fui culpable de gran grosería, mirándole desde la cama y observando todos sus movimientos de aseo; mi curiosidad, por el momento, sobreponiéndose a mi educación. No obstante, no todos los días se ve a un hombre como Queequeg; tanto él como su forma de comportarse eran muy merecedores de singular observación.

Comenzó a vestirse por arriba, colocándose su sombrero de castor, uno muy alto, por cierto, y después —todavía sin sus pantalones— buscó las botas. Por qué demonios lo hizo no puedo decirlo, pero su movimiento siguiente —con las botas en la mano y el sombrero puesto— fue el de empotrarse bajo la cama; momento en el que, de los diversos jadeos y tirones, inferí que se esforzaba en la dura tarea de calzarse las botas; bien que, por ninguna ley de urbanidad que yo haya escuchado, se le requiera a un hombre privacidad al ponerse las botas. Pero Queequeg, ya veis, era una criatura en estado de transición… Ni larva, ni mariposa. Estaba sólo civilizado lo suficiente para mostrar su foraneidad de la manera más extraña posible. Su educación todavía no se había completado. Era un escolar. Si no hubiera estado civilizado en leve grado, probablemente en modo alguno se habría molestado en llevar botas; pero a la vez, si no hubiera sido todavía un salvaje, nunca se le habría pasado por la cabeza meterse debajo de la cama para ponérselas. Finalmente emergió con su sombrero muy abollado y aplastado sobre los ojos, y comenzó a crujir y a cojear por la habitación, como si, al no estar muy acostumbrado a llevar botas, su par de piel de vaca, húmedas y arrugadas —probablemente

tampoco precisamente hechas a medida—, más bien le apretaran y molestaran al primer uso de una gélida mañana.

Viendo ahora que no había cortinas en la ventana, y que al ser la calle muy estrecha la casa de enfrente gozaba de una vista clara de la habitación, y reparando cada vez más en la indecorosa estampa que Queequeg hacía, perneando de un lado a otro con poco más encima que su sombrero y sus botas, le rogué lo mejor que pude que acelerara un poco su aseo, y en particular que se pusiera los pantalones lo antes posible. Así lo hizo, y entonces procedió a lavarse. A esa hora de la mañana cualquier cristiano se hubiera lavado la cara; pero Queequeg, para mi sorpresa, se contentó con restringir sus abluciones a su pecho, brazos y manos. Enfundose entonces su chaleco, y tomando un pedazo de jabón del lavabo-mesa central, lo sumergió en el agua y empezó a enjabonarse la cara. Yo estaba mirando a ver dónde guardaba su navaja, cuando hete aquí que coge el arpón de la esquina de la cama, retira el largo mango de madera, desenfunda la punta, la afila un poco en su bota y, dando unos pasos hasta el trozo de espejo de la pared, comienza un vigoroso raspado, o más bien arponeado, de sus mejillas. Pensé yo, Queequeg, esto es lo que se dice emplear al límite la mejor cubertería de la marca Roger. Esta operación dejó de sorprenderme posteriormente, cuando me enteré del buen acero de que está hecha la punta de un arpón, y de lo extremadamente afilados que se mantienen siempre los largos filos rectos.

El resto de su aseo se concluyó pronto, y él salió orgullosamente de la habitación, envuelto en su gran cazadora de piloto, y manejando su arpón como el bastón de mando de un mariscal.

CAPÍTULO V EL DESAYUNO

Rápidamente seguí su ejemplo, y descendiendo al bar, muy amigablemente abordé al sonriente posadero. No albergaba rencor hacia él, aunque hubiera estado mofándose no poco de mí en el asunto de mi compañero de cama.

Por más que una buena risa es cosa estupenda, y cosa estupenda más bien demasiado escasa; a más lamentar. Así que, si cualquier hombre, en su propia peculiar persona, alberga materia para gastar una buena broma a alguien, que no se retraiga, que alegremente permita que le empleen y emplearse de esa manera. Y en el hombre que tiene algo pródigamente risible en sí, estad seguros de que en ese hombre hay más de lo que quizá consideréis.

El bar estaba ahora lleno de los huéspedes que habían ido llegando la noche anterior, y a los cuales yo todavía no había echado una buena mirada. Casi todos eran balleneros; primeros oficiales, y segundos oficiales, y terceros oficiales, y carpinteros de barco, y toneleros de barco, y herreros de barco, y arponeros, y guardanaves: una compañía de

boscosas barbas, curtida y fornida; un conjunto peludo, no trasquilado, vistiendo todos cazadoras a modo de batín de mañana.

Muy fácilmente podías decir cuánto tiempo había estado en tierra cada uno. La sana mejilla de este joven es de una tonalidad como la pera tostada al sol, y pareciera oler casi así de almizcleña; no puede llevar tres días desembarcado de su viaje a la India. El hombre a su lado parece unos tonos más claro; podrías decir que en él hay un toque de madera de satín. En el aspecto de un tercero todavía perdura un bronceado tropical, aunque, con todo, levemente blanqueado; *él*, sin duda, ha permanecido semanas enteras en tierra. Mas quién podía lucir una mejilla como la de Queequeg, que, rayada con diversas tinturas, parecía mostrar, como la vertiente occidental de los Andes, climas contrapuestos, zona a zona.

—¡El condumio! —gritó ahora el posadero, abriendo de golpe la puerta; y adentro fuimos a desayunar.

Dicen que los hombres que han visto el mundo se tornan por esa causa muy sueltos de trato, muy seguros en sociedad. No siempre, no obstante. De entre todos los hombres de un salón, Ledyard, el gran viajero de Nueva Inglaterra, y Mungo Park, el de Escocia, eran los que tenían la menor seguridad en sí mismos. Aunque quizá la mera travesía de Siberia en un trineo tirado por perros, como hizo Ledyard, o el dar un largo y solitario paseo con el estómago vacío por el corazón negro de África, que fue la suma de los logros del pobre Mungo… este tipo de viaje, digo, quizá no sea el mejor modo de adquirir un distinguido lustre social. De cualquier manera, en su mayor parte, este tipo de cosas pueden obtenerse en cualquier sitio.

Las reflexiones que acabo de hacer están ocasionadas por la circunstancia de que una vez que todos estuvimos sentados a la mesa, y yo me preparaba a escuchar unas buenas historias sobre la pesca de la ballena, ante mi no pequeña sorpresa, casi todos los hombres mantuvieron un profundo silencio. Y no sólo eso, sino que también parecían azorados. Sí, aquí había un grupo de lobos de mar, muchos de los cuales, sin la menor vacilación, habían abordado grandes ballenas en alta mar —unas completas desconocidas para ellos—, y sin pestañear se habían batido con ellas hasta matarlas; y aquí, sin embargo, se sentaban a una mesa comunal

de desayuno —todos de la misma ocupación, todos de gustos afines— mirándose unos a otros a su alrededor tan temerosamente como si nunca hubieran perdido de vista algún redil en las Green Mountains. Una curiosa visión; estos vacilantes osos, ¡estos tímidos guerreros balleneros!

Mas en lo referente a Queequeg… Sí, Queequeg se sentaba allí, entre ellos… en la cabecera de la mesa, además, así se había dado; tan frío como un carámbano. Por supuesto, no puedo decir mucho a favor de su educación. Su mayor admirador no podría haber sinceramente justificado que se trajera el arpón consigo al desayuno, y que lo utilizara allí sin ninguna ceremonia; alcanzando con él por encima de la mesa, y pinchando los filetes de buey hacia sí, para inminente peligro de muchas cabezas. Pero *eso* ciertamente lo hacía con desenvoltura, y todo el mundo sabe que, según la opinión de mucha gente, hacer algo con desenvoltura es hacerlo con gentileza.

No hablaremos aquí de todas las peculiaridades de Queequeg; cómo renunciaba al café y a los bollos, y centraba toda su atención en los filetes de buey, poco hechos. Baste que cuando terminó el desayuno se retiró como los demás al salón público, encendió su pipa-*tomahawk*, y allí estaba sentado, tranquilamente digiriendo y fumando, con su inseparable sombrero puesto, cuando yo salí a dar una vuelta.

CAPÍTULO VI LA CALLE

Si inicialmente me hubiera quedado perplejo al haber podido observar un individuo tan inverosímil como Queequeg circulando entre la cortés sociedad de una ciudad civilizada, esa perplejidad pronto desapareció al dar mi primer paseo diurno por las calles de New Bedford.

En las vías públicas cercanas a los muelles, cualquier puerto de mar de cierta entidad brindará con frecuencia la oportunidad de observar indescriptibles tipos de la más extraña apariencia, llegados de tierras lejanas. Incluso en Broadway y en Chestnut Street, marineros mediterráneos dan a veces un empellón a las atemorizadas damas. Regent Street no es desconocida para los malayos y los lascars; y en Bombay, en el Apollo Green, yanquis de carne y hueso asustaban con frecuencia a los nativos. Pero New Bedford supera a todas las Water Streets y a todos los Wappings. En estos últimos rincones sólo ves marineros; pero en New Bedford hay auténticos caníbales charlando en las esquinas, absolutos salvajes; muchos de los cuales todavía portan sobre sus huesos carne profanada. Es algo que a un forastero le hace mirar.

Pero además de los fijianos, tongataboanos, erromangoanos, pannangios, y brighggios, y además de los fieros especímenes de la

profesión ballenera que fluctúan por las calles, verás otras vistas todavía más curiosas, ciertamente más cómicas. A esta ciudad llegan semanalmente montones de cándidos nativos de Vermont y de New Hampshire, todos sedientos de lucro y de gloria en la pesquería. En su mayor parte son jóvenes, de complexión recia; tipos que han talado bosques y que ahora buscan dejar el hacha y empuñar la lanza ballenera. Muchos están tan verdes como las Green Mountains de donde vinieron. En algunos aspectos pensarías que apenas tienen unas horas de edad. ¡Mirad allí!, a ese individuo volviendo la esquina. Lleva un sombrero de castor y una chaqueta de frac ceñida con cinturón de marinero y navaja enfundada. Aquí viene otro con un sueste y una capa de bombasí.

No hay dandi criado en ciudad que pueda compararse con uno criado en el campo… Me refiero a un auténtico dandi paleto… un tipo que en plena canícula siega sus dos acres con guantes de cabritilla por temor a broncearse las manos. Ahora bien, cuando a un dandi campestre de este tipo se le mete en la cabeza hacerse una reputación distinguida, y se enrola en la gran pesquería de la ballena, deberíais ver las payasadas que hace cuando llega al puerto de mar. Al encargar su indumentaria marina, pide botones de fantasía para sus chalecos; tirantes para sus pantalones de lienzo. ¡Ah, pobre palurdo! Qué amargamente se partirán esos tirantes en la primera aullante galerna, cuando seáis arrastrado, tirantes, botones y demás, garganta de la tempestad abajo.

Mas no penséis que esta famosa ciudad sólo tiene arponeros, caníbales y paletos que mostrar a sus visitantes. En modo alguno. Pues New Bedford es un sitio singular. De no haber sido por nosotros, balleneros, esa porción de tierra quizá estaría hoy en día en tan ululante condición como la costa del Labrador. Tal como están las cosas, hay zonas de su comarca interior que se bastan para asustarle a uno, tan esqueléticas se las ve. La propia ciudad es quizá el lugar más caro para vivir de toda Nueva Inglaterra. Es tierra de aceite, sin duda: aunque no como Canaan, también una tierra de grano y vino. Por las calles no corre la leche; ni pavimentan éstas con huevos frescos en primavera. No obstante, a pesar de ello, en ningún lugar de toda América encontraréis más casas de apariencia patricia, parques y

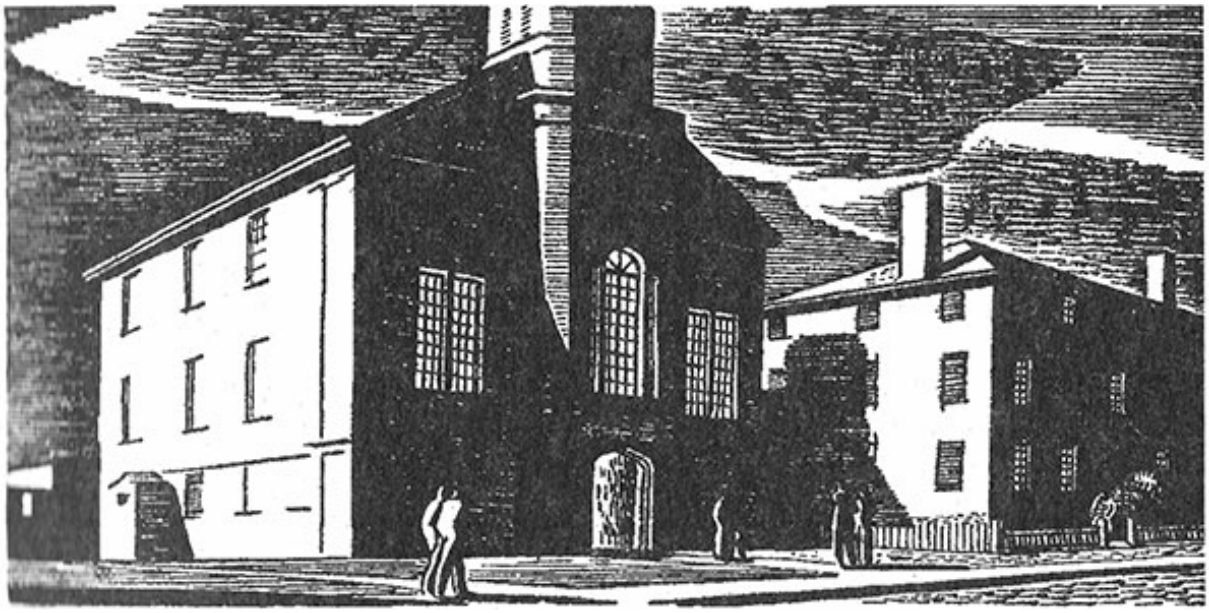
jardines más opulentos, que en New Bedford. ¿De dónde provienen? ¿Cómo han sido plantados sobre esta antigua macilenta escoria de tierra?

Id y observad los emblemáticos arpones de hierro alrededor de aquella excelsa mansión, y vuestra pregunta será respondida. Sí: todas estas rumbosas casas y estos jardines floridos vinieron desde los océanos Atlántico, Pacífico e Índico. Unas y otros fueron arponeados y arrastrados aquí arriba desde el fondo del mar. ¿Puede Herr Alexarder[15] obrar una proeza semejante?

En New Bedford, dicen, los padres dan ballenas a sus hijas como dote, y legan a sus sobrinas unas cuantas marsopas por cabeza. Debéis ir a New Bedford para ver una boda brillante; pues, dicen, todas las casas tienen depósitos de aceite, y cada noche se queman sus reservas despreocupadamente en velas de esperma de ballena.

En verano la ciudad es agradable de ver; llena de magníficos arces… largas avenidas de verde y oro. Y en agosto, a lo alto en el aire, los bellos y generosos castaños de Indias ofrecen al paseante, como candelabros, sus piramidales conos erguidos de agrupadas floraciones. Tan omnipotente es el arte, que en muchos distritos de New Bedford ha superpuesto brillantes terrazas de flores sobre las desoladas rocas de desecho dejadas de lado en el día final de la Creación.

Y las mujeres de New Bedford florecen como sus propias rosas rojas. Aunque las rosas sólo florecen en verano; mientras que el hermoso carmesí de sus mejillas es perenne, como la luz del sol en el séptimo cielo. Igualar en otra parte ese florecer suyo no podréis, excepto en Salem, donde, me dicen, las jóvenes emanan tal fragancia que sus novios marineros las olfatean a millas lejos de la costa, como si estuvieran acercándose a las olorosas Molucas en lugar de a las puritanas arenas.



CAPÍTULO VII LA CAPILLA

En este mismo New Bedford se yergue una Capilla de los Balleneros y pocos son los apesadumbrados marineros que, próximamente rumbo al océano Índico o al Pacífico, dejan de hacer una visita dominical al lugar. En verdad que yo no dejé de hacerla.

De regreso de mi primer paseo matinal, volví a encaminarme por este especial recorrido. El cielo había cambiado de claro, frío y soleado a niebla y una intensa aguanieve. Me abrí paso contra la terca tormenta arropándome en mi holgada cazadora del paño llamado «piel de oso». Al entrar me encontré una pequeña y dispersa congregación de marineros, y esposas y viudas de marineros. Reinaba un enmudecido silencio sólo roto a veces por los chirridos de la tormenta. Cada callado feligrés parecía haberse sentado intencionadamente alejado del otro, como si todo silencioso pesar fuera insular e incomunicable. El capellán no había llegado todavía; y esas mudas islas de hombres y mujeres se sentaban allí, observando impávidamente varias losas de mármol con bordes negros, encastradas en la pared a ambos lados del púlpito. Tres de ellas rezaban algo así como lo que sigue, aunque no pretendo citar…

Consagrada
a la memoria
de
John Talbot,
el cual, a la edad de dieciocho años, fue perdido fuera borda,
cerca de la isla de la Desolación, en aguas de la Patagonia,
1 de noviembre, 1836
esta lápida
es erigida en su memoria
por su hermana

Consagrado
a la memoria
de
Robert Long, Willis Ellery,
Nathan Coleman, Walter Canny,
Seth Macy y Samuel Cleig,
que formaban una de las dotaciones de las lanchas
del
barco Eliza
que fue remolcada por una ballena hasta perderse de vista
en el caladero de alta mar del
Pacífico,
31 de diciembre, 1839
este mármol
es colocado aquí por sus supervivientes
compañeros de tripulación

Consagrada
a la memoria
del
difunto
capitán Ezekiel Hardy,
que en la proa de su lancha fue muerto por un

cachalote en la costa de Japón
3 de agosto, 1833
esta lápida
es erigida a su memoria
por
su viuda

EN MEMORIA DE

JOHN TALBOT

QUIEN, A LA EDAD DE DIECIOCHO AÑOS, SE PERDIÓ
EN EL MAR CERCA DE LA ISLA DE LA DESOLACIÓN,
FRENTE A LA PATAGONIA,
EL 1.° DE NOVIEMBRE DE 1836.

SU HERMANA DEDICA ESTA LÁPIDA A SU RECUERDO.

EN MEMORIA DE

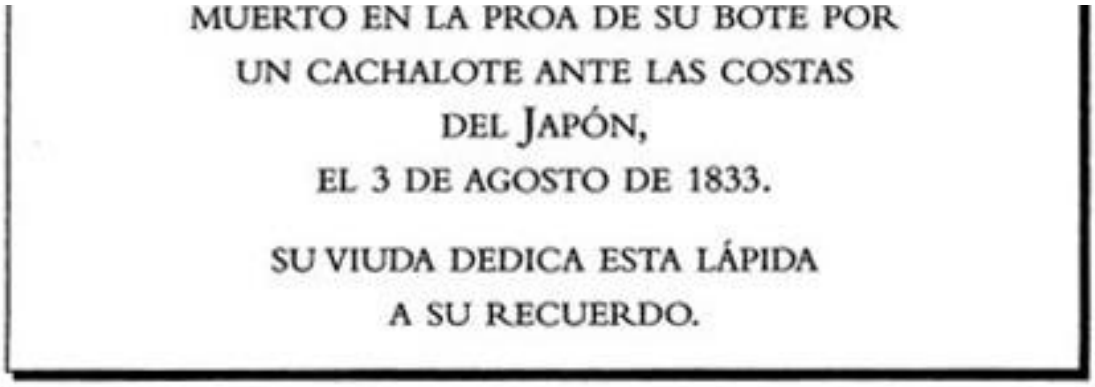
ROBERT LONG, WILLIS ELLERY,
NATHAN COLEMAN, WALTER CANNY,
SETH MACY, y SAMUEL GLEIG,

QUE FORMABAN LA TRIPULACIÓN DE UNO
DE LOS BOTES DEL *ELIZA* Y FUERON ARRASTRADOS
POR UNA BALLENA LEJOS DE LA COSTA DEL PACÍFICO,
EL 31 DE DICIEMBRE DE 1839.

SUS CAMARADAS SOBREVIVIENTES LES DEDICAN
ESTA LÁPIDA.

EN MEMORIA
DEL DIFUNTO

CAPITÁN EZEQUIEL HARDY,



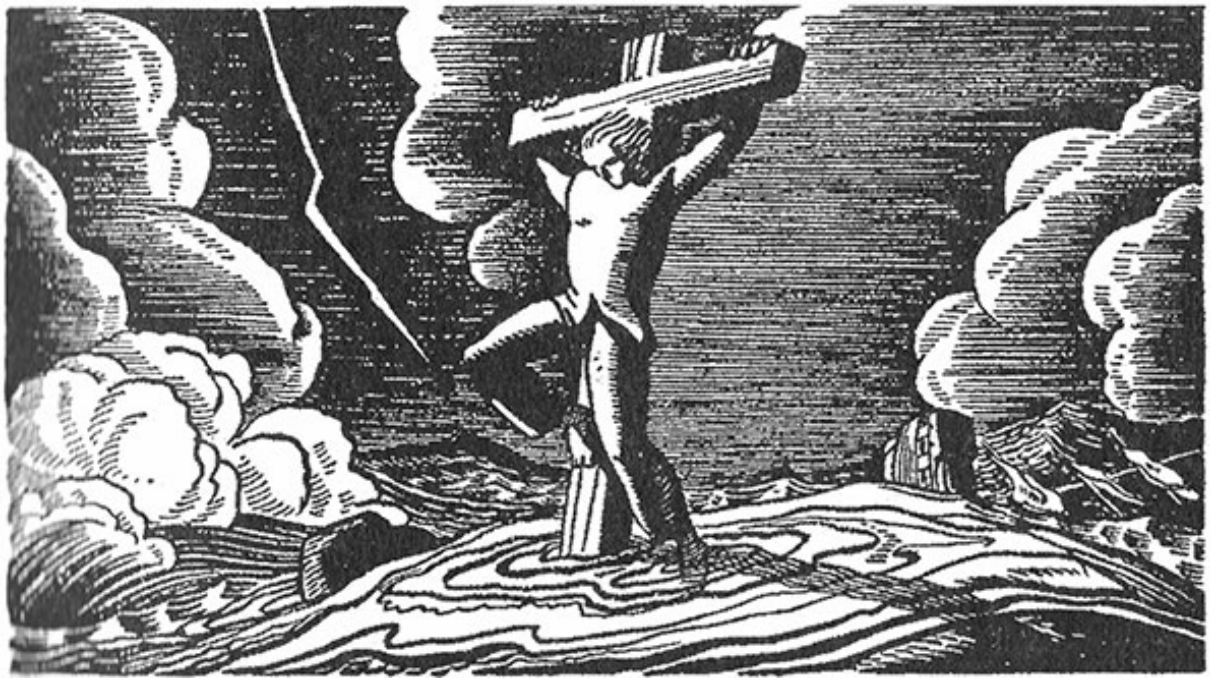
Sacudiéndome el aguanieve de mis congelados sombrero y cazadora, me senté cerca de la puerta, y al volverme de lado me sorprendió ver a Queequeg cerca de mí. Afectado por la solemnidad de la escena, había en su semblante una embelesada mirada de incrédula curiosidad. Este salvaje fue la única persona presente que pareció darse cuenta de mi entrada; pues era el único que no sabía leer y, por lo tanto, no estaba leyendo esas frígidas inscripciones de la pared. Yo no sabía si en aquel momento estaba entre la congregación alguno de los parientes de los marineros cuyos nombres aparecían allí; pero son tantos los accidentes no registrados en la pesquería, y tan claramente ostentaban varias mujeres presentes el semblante, si no los modos, de algún incesante pesar, que estoy seguro de que aquí, ante mí, se hallaban reunidos aquellos en cuyos incurables corazones la visión de esas desoladas lápidas provocaba compasivamente que las antiguas heridas sangraran de nuevo.

¡Oh, vos, cuyos muertos yacen enterrados bajo la verde hierba!; que estando entre flores podéis decir… Aquí, *aquí* yace mi ser amado; vos no sabéis la desolación que se incuba en pechos como éstos. ¡Qué amargos espacios en blanco en esos mármoles bordeados de negro que no cubren cenizas! ¡Qué desesperación en esas inamovibles inscripciones! Qué mortales vacíos e indeseadas infidelidades en las líneas que parecen roer toda fe, y negar la resurrección a los seres que han ilocalizadamente perecido, sin una tumba. Esas lápidas podían lo mismo estar en la cueva de Elefanta que aquí.

En qué censo de criaturas vivas se incluyen los muertos de la humanidad; por qué hay un proverbio universal que dice de ellos que no cuentan historias, aunque albergan más secretos que Goodwin Sands; cómo es que al que ayer partió para el otro mundo, a su nombre anteponemos una palabra tan significativa e infiel[16], y no le agraciamos, sin embargo, de este modo si sólo se embarca a las remotas Indias de esta tierra viva; por qué las compañías de seguros de vida pagan indemnizaciones de muerte sobre inmortales; en qué eterna, inmovilizante parálisis y mortal desahuciado trance yace todavía el vetusto Adán, que murió hace sesenta siglos cumplidos; cómo es que aún nos negamos a ser confortados por esos que no obstante mantenemos que habitan en inexpresable dicha; por qué todo lo vivo se esfuerza en acallar todo lo muerto; de dónde que el rumor de unos golpes en una tumba aterrorice a una ciudad entera. Todas estas cosas no carecen de su significado.

Pero la fe, como un chacal, se alimenta entre las tumbas, e incluso en esas dudas muertas recolecta su más vital esperanza.

Apenas se necesita decir con qué sentimientos, en la víspera de un viaje a Nantucket, observé esas lápidas, y a la lóbrega luz de ese oscurecido y entristecido día leí el sino de los balleneros que habían partido antes que yo. Sí, Ismael, el mismo sino puede ser vuestro. Pero de algún modo me volví a alegrar. Atrayentes incentivos para embarcar, buena oportunidad de promoción… Sí, una lancha desfondada me hará inmortal por méritos en combate. Sí, hay muerte en este negocio de la pesca de la ballena… un rápido, mudo y caótico empaquetado de un hombre a la eternidad. Pero ¿entonces qué? Me parece a mí que hemos malinterpretado enormemente esta cuestión de la vida y la muerte. Me parece a mí que lo que llaman mi sombra aquí en la tierra es mi verdadera sustancia. Me parece a mí que al observar asuntos espirituales, nos parecemos demasiado a ostras que observan el sol a través del agua, y que creen ese agua espesa el aire más sutil. Me parece a mí que mi cuerpo sólo son los posos de mi mejor ser. De hecho, que coja mi cuerpo quienquiera, que lo coja, digo: no soy yo. Y, por tanto, tres hurras por Nantucket; y que vengan una lancha desfondada y un cuerpo desfondado cuando venir quieran, pues desfondar mi alma ni el propio Jove puede.



CAPÍTULO VIII EL PÚLPITO

No estuve sentado mucho tiempo antes de que entrara un hombre de una particular venerable robustez; inmediatamente, mientras la puerta azotada por la tormenta volvía atrás después de admitirle, un vivo y respetuoso reconocimiento visual de toda la congregación atestó suficientemente que este buen anciano era el capellán. Sí, era el famoso padre Mapple, así llamado por los balleneros, entre los cuales era un gran predilecto. En su juventud había sido marinero y arponero, pero desde hacía ya muchos años había dedicado su vida al ministerio. En la época sobre la que escribo, el padre Mapple estaba en el duro invierno de una sana vejez; ese tipo de vejez que parece diluirse en una segunda floreciente juventud, pues entre todas las fisuras de sus arrugas brillaban ciertos leves destellos de un reciente retoñar en progreso… El verdor primaveral asomando incluso bajo la nieve de febrero. Nadie que hubiera escuchado previamente su historia podría observar al padre Mapple por vez primera sin el más extremo interés, pues en él se habían implantado ciertas peculiaridades clericales, imputables a esa aventurera vida marítima que había llevado. Cuando

entró, observé que no llevaba paraguas, y ciertamente no había venido en su propio carruaje, pues su sombrero de hule chorreaba granizo derretido, y su gran cazadora de piloto de paño parecía casi arrastrarle al suelo con el peso del agua que había absorbido. De cualquier manera, sombrero y gabán y chanclos fueron retirados uno por uno, y colgados en un pequeño hueco en un rincón adyacente; momento en el que, ataviado con un correcto traje, se acercó silenciosamente al púlpito.

Como la mayor parte de los púlpitos antiguos, era un púlpito muy elevado, y dado que unas escaleras normales hasta tamaña altura, a causa de la larga pendiente desde el suelo, habrían reducido seriamente la ya pequeña área de la capilla, el arquitecto, siguiendo, al parecer, las indicaciones del padre Mapple, había rematado el púlpito sin escalera, remplazándola con una escala perpendicular lateral, como las que se utilizan para subir a un barco desde una lancha en el mar. La mujer de un capitán ballenero había dotado a la capilla de un bonito par de guardamancebos de rojo estambre para esta escala, que estando en sí bien rematada, y teñida en un tono caoba, en modo alguno resultaba, en conjunto, considerando el tipo de capilla que era, de mal gusto. Deteniéndose un instante a los pies de la escala, y agarrando con ambas manos los pomos ornamentales de los guardamancebos, el padre Mapple lanzó una ojeada hacia arriba, y entonces, con auténtica aunque reverente destreza de marinero, subió los peldaños como si ascendiera a la cofa del mayor de su nave.

Los elementos perpendiculares de esta escala lateral, como suele ser el caso en las colgantes, eran de cabo cubierto de tela, sólo los travesaños eran de madera, de tal forma que en cada peldaño había una juntura. En mi primera ojeada al púlpito no se me había escapado que, por muy conveniente que fueran para un barco, estas junturas, en el caso presente, parecían innecesarias. Mas yo no me esperaba ver al padre Mapple, tras acceder a lo alto, volverse lentamente, e inclinándose sobre el púlpito, tirar cuidadosamente de la escala peldaño a peldaño, hasta que toda entera quedó depositada en el interior, dejándole a él inexpugnable en su pequeño Quebec[17].

Cavilé durante un rato, sin comprender enteramente la razón de aquello. El padre Mapple disfrutaba de una reputación tan extendida de sinceridad y santidad que no podía suponerle que buscara notoriedad por medio de meros trucos de escenario. No, pensé yo, debe haber alguna razón sensata para esto; lo que es más, debe simbolizar algo intangible. ¿Puede ser, quizá, que con ese acto de aislamiento físico indique su espiritual retiro transitorio de toda atadura y exterior conexión mundana? Sí, pues colmado con el pan y el vino de la palabra, para el piadoso hombre de Dios este púlpito, lo veo, es una plaza fuerte autárquica… un altivo Ehrenbreitstein con un perenne manantial de agua dentro de sus muros.

Pero la escala lateral no era el único elemento desusado del lugar que había sido adoptado del antiguo marinear del capellán. Entre los cenotafios de mármol a los dos lados del púlpito, la pared que constituía su fondo estaba adornada con una gran pintura que representaba un gallardo navío batiéndose contra una terrible tormenta, en la cercanía de una costa a sotavento de negras rocas y níveos rompientes. Y muy por encima de la urgente cellisca y de las oscuras y mudantes nubes flotaba una pequeña isla de luz solar, en la cual destellaba una cara de ángel; y esta brillante cara emitía un bien delimitado punto de fulgor sobre la zarandeada cubierta del barco, algo así como esa placa de plata engastada en la plancha del *Victory* en donde cayó Nelson. «Ah, noble barco», parecía decir el ángel, «batid, batid, vos, noble barco, y sustentad un tenaz timón; ¡pues ved!, el sol está rompiendo; las nubes se están alejando… el más sereno de los cielos está al llegar».

Tampoco el propio púlpito carecía del mismo sabor a mar que la escala y la pintura habían logrado. Su frente panelado lo estaba al estilo de una proa chata de barco, y la santa Biblia descansaba sobre una pieza protuberante en forma de voluta, diseñada imitando el beque de un barco.

¿Qué podría estar más cargado de significado?… Pues el púlpito siempre es la parte más avanzada de esta tierra; todo lo demás viene a su espalda: el púlpito dirige el mundo. Desde allí se avista por primera vez la tormenta de la ardiente ira de Dios, y la proa ha de recibir el embate

inicial. Desde allí es desde donde primero se invocan vientos favorables al Dios de las brisas propicias o adversas. Sí, el mundo es un barco en tránsito, y no una expedición concluida; y el púlpito es su proa.

CAPÍTULO IX — EL SERMÓN

El padre Mapple se levantó, y con voz suave de modesta autoridad ordenó a la dispersa parroquia que se reuniera.

—¡Eh, portalón de estribor, desplazarse a babor… Portalón de babor, a estribor! ¡A la medianía del buque! ¡A la medianía del buque!

Se produjo un grave tronar de pesadas botas de mar entre los bancos, y un siempre más ligero deslizar de zapatos de mujer, y todo quedó de nuevo en silencio, y todos los ojos en el predicador.

Éste hizo una pequeña pausa; entonces, inclinándose en la proa del púlpito, plegó sus grandes manos bronceadas sobre el pecho, elevó sus ojos cerrados, y ofreció una oración tan profundamente devota que parecía estar arrodillándose y rezando en el fondo del mar.

Terminaba ésta en prolongados tonos solemnes, como el continuo tañer de una campana en un barco que en medio de la niebla está naufragando en

alta mar… con semejantes tonos comenzó a leer el siguiente himno; mas, cambiando el acento al llegar a las estanzas de la conclusión, estalló con repicante exultación y alegría…

De la ballena, costillas y terrores,
lóbrega desolación sobre mí enarcaron,
al pasar las olas al sol de Dios todas,
hundiéndome en la perdición me dejaron.
Vi la mandíbula del Infierno abierta,
con infinitos dolores y penas allí,
que sólo los que sienten saben cierta…
Oh, en la desesperación caer me vi.

En negra pena apelé a mi Dios
cuando apenas creerle mío podía.
Él a mis quejas el oído inclinó,
la ballena ahora ya no me recluía.
Con rapidez, voló a mi salvación
como portado sobre un delfín radiante,
como el relámpago; de mi liberador Dios
lució la faz, terrible, y aun así brillante.

Esa terrible, esa alegre hora,
por siempre recogerá mi canción.
A mi Dios yo doy la gloria toda,
suyo es todo el poder y el perdón.

Casi todos se sumaron a cantar este himno, que se elevó muy por encima del aullar de la tormenta. Siguió una breve pausa; el predicador pasó lentamente las páginas de la Biblia, y finalmente, posando su mano sobre la página apropiada, dijo:

—Amados compañeros de tripulación, recordad el último verso del primer CAPÍTULO de Jonás…: «Y Dios había dispuesto un gran pez para tragarse a Jonás».

«Compañeros de tripulación, este libro, que contiene sólo cuatro capítulos —cuatro relatos—, es una de las más pequeñas filásticas en el poderoso cable de las Escrituras. No obstante, ¡qué honduras del alma sondea la sondaleza de profundidad de Jonás! ¡Qué fecunda lección es para nosotros este profeta! ¡Qué cosa tan noble es ese cántico en el estómago de la ballena! ¡Qué semejante a las olas y tempestuosamente grandioso! Sentimos las mareas derramándose sobre nosotros; sondeamos con él hasta el sargazoso fondo de las aguas: ¡las algas y todos los limos del mar están en torno a nosotros! Pero ¿cuál es esta lección que el libro de Jonás enseña? Compañeros, es una lección de dos filásticas: una lección para todos nosotros como pecadores, y una lección para mí como piloto del Dios viviente. Como pecadores, es una lección para todos nosotros porque es una historia del pecado, de la impiedad, de los temores repentinamente avivados, del pronto castigo, el arrepentimiento, las oraciones, y finalmente la salvación y la alegría de Jonás. Al igual que ocurre con todos los pecadores de entre los hombres, el pecado de este hijo de Amittai estuvo en su voluntaria desobediencia del mandato de Dios, que consideró un mandato arduo —no importa ahora cuál fuera ese mandato, o cómo se hiciera llegar—. Pero todas las cosas que Dios nos hace hacer son arduas de hacer para nosotros —recordad eso—, y de ahí que Él, a nosotros, nos ordene con mayor frecuencia que se esfuerza en persuadirnos. Y si obedecemos a Dios, debemos desobedecernos a nosotros mismos; y es en este desobedecernos en el que estriba la dificultad de obedecer a Dios.

»Con este pecado de desobediencia en sí mismo, Jonás aún desacata más a Dios, buscando huir de Él. Cree que un barco construido por hombres le llevará a países en donde Dios no reina, sino sólo los capitanes de esta tierra. Merodea por los muelles de Jope, y busca un barco que se dirija a Tarsis. Aquí se oculta, quizá, un significado ignorado hasta la fecha. Según todos los cálculos, Tarsis no pudo haber sido otra ciudad que la moderna Cádiz. Ésa es la opinión de los instruidos. ¿Y dónde está Cádiz, compañeros de tripulación? Cádiz está en España; tan lejos por agua de Jope como Jonás podría haber navegado en aquellos antiguos tiempos, cuando el Atlántico era un mar casi desconocido. Pues Jope, la moderna Jafa, compañeros, está en la costa más oriental del Mediterráneo,

la siria; y Tarsis o Cádiz, más de dos mil millas al oeste de allí, justo en el exterior del estrecho de Gibraltar. ¿No veis entonces, compañeros, que Jonás buscaba huir de Dios al otro lado del mundo? ¡Hombre miserable! ¡Oh!, harto despreciable y digno de todo desdén; ocultándose de su Dios, con sombrero gacho y mirada culpable; merodeando entre los barcos como un ruin malhechor que se apresura a cruzar los mares. Su apariencia es tan descompuesta y patibularia que, si en aquellos días hubiera habido policías, Jonás, bajo la mera sospecha de alguna transgresión, habría sido arrestado antes de que tocara una cubierta. ¡Qué notorio es un fugitivo! Ningún equipaje, ninguna sombrerera, valija o talega… Ningún amigo que le acompañe al muelle con sus adioses. Finalmente, tras mucha búsqueda evasiva, encuentra el barco de Tarsis, que recibe los últimos bultos del cargamento; y cuando sube a bordo para ver al capitán en la cabina, todos los marineros, al advertir el malvado visaje del extraño, cesan un momento de cargar las mercancías. Jonás ve esto; mas en vano trata de aparentar calma y seguridad plenas; en vano ensaya su ladina sonrisa. Fuertes intuiciones sobre él aseguran a los marineros que no puede ser un hombre inocente. A su burlona manera, aunque aun así grave, uno susurra a otro… “Jack, ése ha robado a una viuda”; o: “Joe, ¿te fijas en él?, es un bígamo”; o: “Harry, amigo, me parece que es el adúltero que escapó de la cárcel de la antigua Gomorra, o puede que sea uno de los asesinos huidos de Sodoma”. Otro corre a leer el cartel que está clavado en el pilote del muelle al que está atracado el barco, que ofrece quinientas monedas de oro por la detención de un parricida, y contiene una descripción de su persona. Lee, y mira de Jonás al cartel; mientras, todos sus compinchados compañeros rodean ahora a Jonás, dispuestos a echarle las manos encima. Asustado, Jonás tiembla y, haciendo acopio en su rostro de toda su osadía, no consigue sino parecer aún más cobarde. No confesará ser sospechoso; pero eso es en sí profunda sospecha. Así que aguanta lo mejor que puede; y cuando los marineros observan que no es el hombre anunciado, le dejan pasar, y desciende a la cabina.

»“¿Quién está ahí?”, grita el capitán en su atareada mesa de despacho, preparando apresuradamente sus papeles para la aduana. “¿Quién está ahí?”

»¡Oh, cómo desfigura esa inofensiva pregunta a Jonás! Durante un instante casi se vuelve para huir de nuevo. Pero se recompone.

»"Busco pasaje en este barco a Tarsis; ¿cuándo zarpáis, señor?".

»Hasta ese momento el atareado capitán no ha alzado la vista hacia Jonás, aunque el hombre está ahora ante él; pero en cuanto escucha esa voz hueca, lanza una mirada indagadora.

»"Zarpamos con la próxima marea", al final lentamente respondió, todavía mirándole con fijeza.

»"¿Más pronto no, señor?"

»"Lo bastante pronto para cualquier hombre honesto que se embarca de pasajero."

»¡Ja! Jonás, ésa es otra punzada. Pero rápidamente distrae al capitán de ese rastro.

»"Zarpo con vos", dice, "el dinero del pasaje, ¿cuánto es?… Pagaré ahora".

»Pues está especialmente escrito, compañeros, como si fuera cosa que no debe ser pasada por alto en esta historia, "que pagó ese pasaje" antes de que el navío zarpara. Y tomado en el contexto, esto está lleno de significado.

»Ahora bien, el capitán de Jonás, compañeros de tripulación, era de aquellos cuyo discernimiento detecta el crimen en cualquiera, mas cuya codicia lo denuncia sólo en los indigentes. En este mundo, compañeros, el pecado que paga su viaje puede viajar libremente, y sin pasaporte; mientras que la virtud, si es menesterosa, es detenida en todas las fronteras. Así que el capitán de Jonás, antes de juzgarle abiertamente, se dispone a comprobar la profundidad de la bolsa de Jonás. Pide el triple de la suma usual; y se lo aceptan. Entonces el capitán sabe que Jonás es un fugitivo; pero al mismo tiempo decide colaborar en una huida que pavimenta de oro su retaguardia. No obstante, cuando Jonás saca limpiamente su bolsa, la prudente sospecha inquieta todavía al capitán. Hace sonar cada moneda para descubrir alguna falsa. No es un falsificador, por lo menos, murmura; y Jonás es apuntado a su pasaje.

»"Indíqueme mi camarote, señor", dice ahora Jonás, "estoy cansado del viaje; necesito dormir".

»“Ése aspecto tenéis”, dice el capitán, “ahí está vuestra habitación”.

»Jonás entra, y querría cerrar la puerta, pero la puerta no tiene llave. Al escucharle hurgando allí absurdamente, el capitán ríe en voz baja para sí, y murmura algo sobre las puertas de las celdas de los convictos, que nunca se pueden cerrar desde dentro. Completamente vestido y polvoriento como está, Jonás se deja caer en su litera y ve que el techo del pequeño camarote casi topa con su frente. El aire está enclaustrado y Jonás respira con dificultad. Entonces, en ese reducido hueco, sumergido además bajo la línea de flotación del barco, Jonás siente la prenunciadora intuición de esa agobiante hora en la que la ballena le retendrá en la parte más pequeña de las estancias de sus intestinos.

»Atornillada en su eje al lateral, una lámpara colgante oscila levemente en el cuarto de Jonás; y al ladearse el barco hacia el muelle con el peso de los últimos fardos recibidos, la lámpara, llama y todo, aunque en leve movimiento, mantiene, no obstante, una oblicuidad permanente con respecto al cuarto; aun cuando en verdad infaliblemente recta ella misma, no puede sino hacer obvios los falsos y engañosos niveles entre los que cuelga. La lámpara alarma y asusta a Jonás, mientras, tumbado en su litera, sus atormentados ojos giran alrededor del lugar; y este fugitivo, hasta el momento victorioso, no encuentra refugio para su mirar desasosegado. Y esa contradicción en la lámpara le aterroriza cada vez más. El suelo, el techo y la amurada: todos están ladeados.

»“¡Oh, así cuelga mi conciencia en mí!”, gruñe, “recta hacia arriba, así arde; ¡pero los aposentos de mi alma están torcidos todos!”.

»Como alguien que tras una noche de juerga embriagada se apresura al lecho, todavía vacilante, pero con la conciencia punzándole ya, lo mismo que los saltos del caballo de carreras romano, que sólo presionan cada vez más su bocado de acero en él; como alguien que en esa miserable situación aún se vuelve una y otra vez en aturdida angustia, rogándole a Dios ser anulado hasta que el trastorno pase; y finalmente, en medio del torbellino de penar que siente, un profundo estupor le embarga, como al hombre que se desangra hasta la muerte, pues la conciencia es la herida, y no hay nada que la tapone; así, tras dolorosos combates en su litera, el portento de la ponderal aflicción de Jonás le arrastra, sumiéndole al sueño.

»Y ahora ha llegado el momento de la marea; el barco suelta los cables; y desde el muelle desierto el barco de Tarsis, que nadie despide, se desliza todo escorado al mar. ¡Ese barco, amigos míos, fue el primer contrabandista registrado! El contrabando era Jonás. Mas el mar se rebela; no va a soportar la inicua carga. Viene una terrible tormenta, el barco puede partirse. Y ahora, cuando el contramaestre llama a toda la tripulación a aligerarlo; cuando cajas, fardos y vasijas castañetean por encima de la borda; cuando el viento chirría, y los hombres dan alaridos, y todas las planchas truenan con pies que pisotean justo encima de la cabeza de Jonás; en todo este furioso tumulto, Jonás duerme su espantoso sueño. No ve negro cielo ni mar furioso, no siente el bamboleante maderamen, y apenas escucha o repara en el lejano embate de la poderosa ballena, que ya ahora, con fauces abiertas, está surcando los mares tras él. Sí, compañeros, Jonás había descendido a los costados del barco… Una litera en la cabina, como lo he citado, y estaba profundamente dormido. Mas el asustado patrón viene a él, y chilla en su oído muerto:

»"¿Qué pretendéis vos? ¡Eh, durmiente! ¡Despertad!".

»Sorprendido en su letargo por este horrible grito, Jonás se incorpora tambaleándose, y subiendo a traspiés a cubierta se agarra a un obenque para mirar hacia el mar. Y en ese momento una ola, negra pantera que salta sobre las amuradas, se arroja sobre él. Ola tras ola saltan así al barco, y no encontrando raudo respiradero, fluyen bramando de proa a popa, hasta que los marineros están a punto de ahogarse, aun estando a flote. Y siempre, mientras la blanca luna muestra su espantado rostro desde los abruptos regueros de la negrura en lo alto, Jonás observa aterrado el bauprés que se alza señalando arriba, a lo alto, pero que pronto bate abajo de nuevo, hacia el atormentado piélago.

»Terrores y más terrores atraviesan gritando su alma. En sus amedrentadas actitudes se reconoce ahora claramente al fugitivo de Dios. Los marineros se fijan en él; sus sospechas sobre él devienen más y más ciertas, y finalmente, para comprobar la verdad, refiriendo todo el asunto al excelso Cielo, deciden echar suertes, por averiguar a causa de quién estaba esta gran tempestad sobre ellos. La suerte recae en Jonás; descubierto lo cual, ¡con qué furia le acosan entonces con sus preguntas!

“¿Cuál es vuestra ocupación? ¿De dónde venís? ¿Cuál es vuestro país? ¿Quién es vuestra gente?”. Pero fijaos bien en el comportamiento del pobre Jonás, compañeros míos de tripulación. Los ansiosos marineros sólo le preguntan quién es, y de dónde; mientras que no sólo reciben una respuesta a esas preguntas, sino, de igual modo, otra respuesta a una pregunta no formulada por ellos; pues la no solicitada respuesta es extraída de Jonás por la dura mano de Dios, que está sobre él.

»“¡Soy un hebreo!”, grita… y entonces… “¡Temo al Dios del Cielo, que hizo el mar y la tierra firme!”

»¿Temerle, eh, Jonás? ¡Sí, bien podías temer al Señor Dios *entonces*! Inmediatamente, sigue ahora hasta hacer una confesión completa; ante lo cual los marineros quedan cada vez más consternados, aunque aún son clementes. Pues cuando Jonás, no suplicando todavía piedad a Dios, dado que demasiado bien conocía la oscuridad de sus desiertos… cuando el desdichado Jonás les grita que le cojan y le lancen al mar, pues sabía que por *su* causa estaba sobre ellos esta gran tempestad, ellos, compasivamente, se apartan de él, y tratan de salvar el barco por otros medios. Mas todo en vano; la encolerizada galerna aúlla más fuerte; entonces, con una mano alzada invocando a Dios, muy a su pesar sujetan a Jonás con la otra.

»Y observad a Jonás ahora, alzado como un ancla y dejado caer al mar; cuando instantáneamente, una aceitosa bonanza llega flotando desde el este, y el mar queda en calma, mientras Jonás hunde la galerna junto con él, dejando aguas serenas detrás. Desciende en el arremolinado corazón de una conmoción tan descontrolada que apenas advierte el momento en el que cae, burbujeando, dentro de las abiertas mandíbulas que le esperan; y la ballena cierra sobre su prisión todos sus dientes de marfil como otros tantos cerrojos blancos. Entonces Jonás rezó al Señor desde el vientre del pez. Mas observad su oración y aprended una lección de peso. Pues pecador cual es, Jonás no solloza ni gime por la salvación directa. Siente que su horrible castigo es justo. Deja a Dios su entera salvación, contentándose con esto que, a pesar de todas sus punzadas y dolores, aún pueda mirar hacia su sagrado templo. Y aquí, compañeros de tripulación, hay verdadero y genuino arrepentimiento; no vociferante de perdón, sino

agradecido por el castigo. Y lo grata a Dios que fue esta conducta de Jonás se muestra en su rescate final del mar y de la ballena. Compañeros, no presento a Jonás ante vos para que sea imitado por su pecado, sino que lo presento ante vos como modelo de arrepentimiento. No pequéis; mas si lo hacéis, cuidad de arrepentiros de ello como Jonás.»

Mientras pronunciaba estas palabras, el aullar de la batiente y chirriante tormenta afuera parecía añadir nuevo poder al predicador, que, al describir la tormenta marina de Jonás, era como si él mismo fuera zarandeado por una tormenta. Su profundo torso se abultaba como con un mar de fondo; sus zarandeados brazos parecían los beligerantes elementos en acción; y los truenos que surgían de su oscura frente, y el destello que saltaba de su ojo, hacían que todos sus sencillos oyentes le observaran con un vívido temor que no era propio de ellos.

Se produjo ahora una calma en su semblante, mientras una vez más volvió silenciosamente las páginas del Libro; y finalmente, permaneciendo inmóvil, con los ojos cerrados, momentáneamente pareció comulgar con Dios y consigo mismo.

Mas de nuevo se inclinó hacia el público, y bajando su cabeza humildemente, con aspecto de la más profunda y aun así la más humana humildad, pronunció estas palabras:

«Compañeros de tripulación, Dios ha posado sólo una mano sobre vosotros; ambas manos me presionan a mí. Os he leído, a la turbia luz que alcanzarme pueda, la lección que Jonás enseña a todos los pecadores; y por lo tanto a vos, y aún más a mí, pues yo soy mayor pecador que vosotros. Y, ahora, con qué contento bajaría de este tope y me sentaría allí, en los cuarteles donde os sentáis vos, y escucharía como vosotros escucháis, mientras alguno de vosotros me leyera a *mí*, cual piloto del Dios vivo. Cómo, siendo piloto-profeta ungido, o portavoz de las cosas verdaderas, y requerido por el Señor a sondear esas inoportunas verdades en los oídos de la malvada Nínive, Jonás, mortificado por la hostilidad que provocaría, desertó de su misión, y buscó escapar a su deber y a su Dios embarcándose en Jope. Pero Dios está en todas partes; nunca llegó a Tarsis. Como hemos visto, Dios vino a él en la ballena, y lo engulló en vivaces abismos de perdición, y con rápidas batidas le arrastró “en medio de los mares”, donde

simas de remolinos le absorbieron hasta diez mil leguas de profundidad, y "las algas estaban enrolladas en su cabeza", y todo el acuático mundo de adversidad volteaba sobre él. No obstante, incluso entonces, más allá del alcance de cualquier plomada —"desde el vientre del Infierno"—, cuando la ballena encalló sobre los huesos más distantes del océano, incluso entonces, Dios escuchó al ingurgitado y arrepentido profeta cuando gritó. Entonces Dios le habló al pez; y desde la trémula frialdad y negrura del mar, la ballena surgió, rompiendo hacia el cálido y placentero sol, y todos los deleites del aire y la tierra; y "vomitó a Jonás en tierra firme"; entonces la voz del Señor surgió una segunda vez; y Jonás, magullado y golpeado —sus oídos, como dos conchas marinas, todavía multitudinariamente murmurando del océano—, Jonás cumplió el requerimiento del Todopoderoso. ¿Y qué era aquello, compañeros? ¡Predicar la Verdad en el rostro de la Falsedad! ¡Eso era!

»Esto, compañeros de tripulación, esto es esa otra lección; y que la desgracia caiga sobre aquel piloto del Dios vivo que la desdeñe. ¡Que la desgracia caiga sobre aquel a quien este mundo hechice, apartándole de su deber evangélico! ¡Que la desgracia caiga sobre quien busque verter aceite sobre las aguas cuando Dios las ha fermentado en galerna! ¡Que la desgracia caiga sobre quien trate de agradar en lugar de atribular! ¡Que la desgracia caiga sobre aquel cuyo buen nombre sea para él más que la bondad! ¡Que la desgracia caiga sobre quien en este mundo se haga acreedor del deshonor! ¡Que la desgracia caiga sobre quien no sea sincero, aun cuando ser falso represente la salvación! ¡Sí, que caiga la desgracia sobre quien, como dice el gran piloto Pablo, mientras predica a los demás, él mismo es un náufrago!»

Se inclinó, y se recogió en sí mismo un momento; entonces, alzando su rostro hacia ellos de nuevo, mostró una profunda alegría en sus ojos, mientras gritaba con celestial entusiasmo…

«Pero, ¡oh, compañeros! Del lado de estribor de cada desgracia hay con seguridad deleite; y más alta es la cumbre de ese deleite que profundo el fondo de la desgracia. ¿No está más alta la galleta del mayor que baja está la sobrequilla? El deleite —un deleite muy, muy arriba y hacia el interior— es para el que, en contra de los orgullosos dioses y comodoros

de esta tierra, siempre se yergue en su propio e inexorable ser. El deleite es para aquel cuyos fuertes brazos todavía le sostienen cuando el barco de este abyecto y traicionero mundo se ha hundido bajo él. El deleite es para aquel que en la verdad no da cuartel, y que mata, quema y destruye todo pecado, aunque lo extraiga de debajo de las togas de jueces y senadores. El deleite… un deleite de sobrejuanete, es para aquel que no reconoce ley o señor, sino al Señor su Dios, y sólo es patriota del Cielo. El deleite es para aquel al que todas las olas de los mares de la turbulenta canalla nunca pueden apartar de su segura quilla eterna. Y eterno deleite y delicia será propio de quien, viniendo a yacer, puede decir con su último aliento… ¡Oh, Padre!… Conocido especialmente de mí por vuestra vara… mortal o inmortal, aquí muero. Me he esforzado por ser vuestro más que por ser del mundo o mío propio. Aun así, esto no es nada; dejo a Vos la eternidad: pues ¿qué es el hombre, para que haya de vivir el tiempo de vida de su Dios?»

No dijo más, sino que, impartiendo lentamente una bendición, se cubrió el rostro con las manos, y así permaneció, arrodillado, hasta que toda la parroquia hubo salido y quedó solo en el lugar.

CAPÍTULO X — UN AMIGO DEL ALMA

Al regresar desde la capilla a la Posada del Surtidero, encontré allí a Queequeg completamente solo; se había ausentado de la capilla poco antes de la bendición. Estaba sentado en un banco frente al fuego, con los pies sobre el hogar de la estufa, y cerca de la cara sostenía en una mano ese pequeño ídolo negro suyo; escudriñaba con atención su rostro, y tallaba suavemente en su nariz con una navaja, tarareando mientras para sí a la pagana manera suya.

Pero, al ser interrumpido, dejó la imagen; y en seguida, yendo a la mesa, tomó un gran libro, y colocándolo en su regazo empezó a contar las páginas con aplicada regularidad; a cada quincuagésima página —tal como observé—, se detenía un instante, mirando ausente a su alrededor, y profería un prolongado y gorjeante silbido de asombro. Volvía entonces a empezar de nuevo en las siguientes cincuenta, comenzando aparentemente en el número uno cada vez, como si no supiera contar más de cincuenta y únicamente fuera con motivo de tal gran número de cincuentas hallados juntos que se suscitaba su asombro ante la multitud de páginas.

Con gran interés estuve sentado observándole. Aun salvaje como era, y horriblemente desfigurado en el rostro —al menos para mi gusto—, su semblante tenía, no obstante, un algo en sí, que no era en modo alguno desagradable. El alma no la puedes ocultar. A través de todos sus antinaturales tatuajes creí ver las trazas de un corazón sencillo y honesto; y en sus grandes y profundos ojos, de un negro encendido y audaz, aparecían muestras de un espíritu capaz de desafiar a mil diablos. Y aparte de todo esto, había en el pagano un cierto porte noble, que ni siquiera su rudeza podía enteramente invalidar. Parecía un hombre que nunca se hubiera amedrentado y nunca hubiera tenido un acreedor. Si acaso, quizá (sobre esto no me aventuraré a opinar), que al estar su cabeza afeitada, su frente se trazaba en un relieve más libre y destacado, y parecía más amplia de lo que de otra manera hubiera sido; pero era cierto que su cabeza era una cabeza frenológicamente excelente. Puede que parezca ridículo, pero me recordaba la cabeza del general Washington tal como se ve en los bustos populares suyos. Tenía la misma prolongada inclinación huidiza, regularmente graduada a partir de las cejas, que eran igualmente muy pronunciadas, como dos largos promontorios espesamente boscosos en la cumbre. Queequeg era George Washington canibalísticamente desarrollado.

Mientras así estaba atentamente calibrándole, medio pretendiendo a la vez estar mirando la tormenta de fuera a través de la ventana, nunca dio señal de percibir mi presencia, nunca se molestó en siquiera echar una sola ojeada; sino que pareció estar completamente abstraído en la cuenta de las páginas del maravilloso libro. Considerando lo próximamente que habíamos estado durmiendo juntos la noche anterior, y considerando especialmente el afectuoso brazo que había encontrado caído sobre mí al levantarme por la mañana, esta indiferencia suya me pareció muy extraña. Pero los salvajes son seres extraños; a veces no sabes exactamente cómo tomártelos. Inicialmente resultan intimidantes; la simplicidad de su calmosa seguridad en sí mismos parece sabiduría socrática. También había percibido que Queequeg nunca confraternizaba en modo alguno, o apenas muy poco, con los otros marinos de la posada. No se acercaba a nadie en absoluto; no aparentaba deseo alguno de agrandar el círculo de sus

conocidos. Todo esto me chocaba poderosa y singularmente; sin embargo, pensándolo de nuevo, en aquello había algo casi sublime. Aquí estaba un hombre a unas veinte mil millas de su hogar, entiéndase por la ruta del cabo de Hornos —que era la única ruta por la que podía llegar allí—, arrojado entre personas tan extrañas para él como si estuviera en el planeta Júpiter; y, sin embargo, parecía enteramente a sus anchas, preservando la mayor serenidad, contento con su propia compañía, siempre ecuánime consigo mismo. Ciertamente era éste un toque de exquisita filosofía; por más que, sin duda alguna, él nunca habría escuchado que existiera algo semejante. Pero, quizá, para ser verdaderos filósofos, nosotros mortales no deberíamos ser conscientes de vivir o afanarnos como tales. Tan pronto como oigo que tal o cual hombre se toma por filósofo, concluyo que, como la anciana dispéptica, debe haberse «roto su digeridor»[18].

Mientras permanecía sentado en aquella estancia entonces solitaria, el fuego ardiendo tenue, en esa afable etapa en la que, una vez que su inicial intensidad ha caldeado el aire, ya no refulge sino para ser observado; las sombras y los fantasmas de la noche reuniéndose alrededor de las ventanas, y observándonos a nosotros dos, silenciosos y solitarios; la tormenta tronando afuera en solemnes *crescendos*, comencé a ser susceptible a extrañas sensaciones. Sentí algo fundirse en mí. Mi corazón astillado y mi encolerizada mano no estaban ya vueltos contra el lobuno mundo. Este tranquilizador salvaje los había redimido. Ahí estaba sentado, su propia indiferencia revelaba una naturaleza en la que no acechaban civilizadas hipocresías y desabridos engaños. Salvaje era, una visión de visiones que ver; y, sin embargo, empecé a sentirme misteriosamente atraído hacia él. Y aquellas mismas cosas que hubieran repelido a muchos otros, eran los propios imanes que de ese modo me atraían. Probaré a tener un amigo pagano, pensé, ya que la bondad cristiana no ha resultado ser sino hueca cortesía. Acerqué mi banco a él, e hice algunos gestos e insinuaciones amistosos, a la vez que me esforzaba cuanto mejor podía en hablarle. Al principio apenas reparó en estas aproximaciones; pero al poco, al referirme a su hospitalidad de la noche pasada, concedió en preguntarme si íbamos a ser de nuevo compañeros de cama. Le dije que sí; ante lo cual creo que pareció complacido, quizá un poco halagado.

Entonces dedicamos nuestra atención juntos al libro, y yo logré explicarle el propósito de la impresión, y el significado de las pocas imágenes que había en él. De esta manera pronto capté su interés; y de ahí pasamos a charlar lo mejor que pudimos sobre las diferentes vistas que pueden observarse en esta famosa ciudad. En seguida propuse yo fumar una pipa en sociedad; y él, sacando su tabaquera y su *tomahawk*, serenamente me ofreció una bocanada. Y entonces nos sentamos, intercambiando bocanadas de esa extraña pipa suya, y pasándola puntualmente entre nosotros.

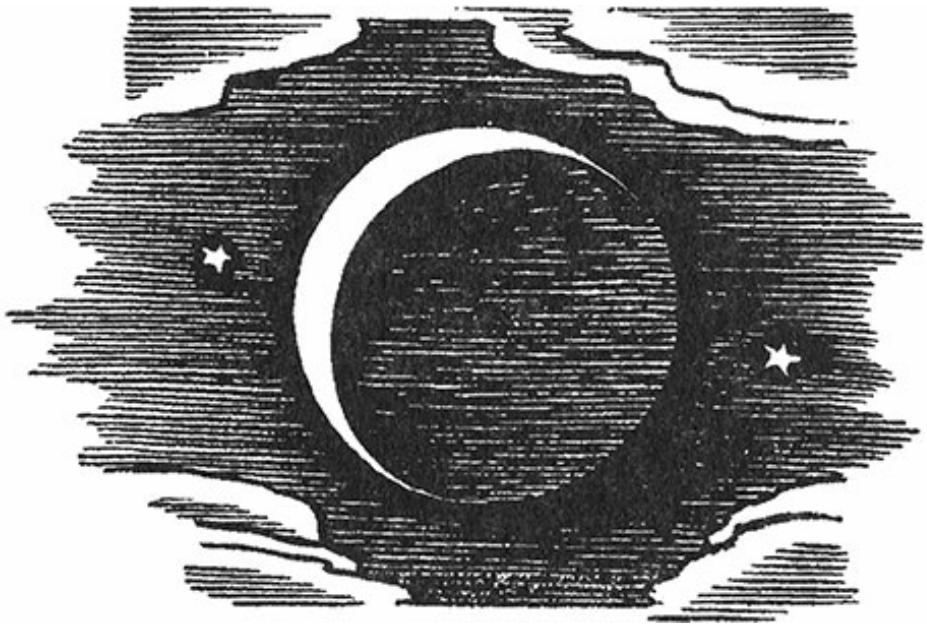
Si en el pecho del pagano todavía acechaba algo del hielo de la indiferencia hacia mí, esta agradable y afectuosa pipa que nos fumamos pronto lo derritió, y nos hizo compadres. Él pareció aceptarme con la misma naturalidad y espontaneidad que yo a él; y cuando terminamos de fumar apretó su frente contra la mía, me agarró alrededor de la cintura, y dijo que a partir de entonces estábamos casados; queriendo decir, a la manera de su país, que éramos amigos del alma: gustosamente moriría por mí si era necesario. En alguien del país, esta repentina llama de amistad hubiera parecido excesivamente prematura, algo de lo que desconfiar en alto grado; pero en este simple salvaje esas antiguas reglas no se aplicaban.

Tras la cena, y otra charla y otra pipa en sociedad, fuimos juntos a nuestra habitación. Me obsequió su cabeza embalsamada; sacó su enorme bolsa de tabaco y, hurgando bajo el tabaco, sacó unos treinta dólares de plata; los extendió entonces sobre la mesa, y dividiéndolos mecánicamente en dos porciones iguales, empujó una de ellas hacia mí, y dijo que era mía. Yo iba a protestar; pero él me silenció echándolos en los bolsillos de mi pantalón. Dejé que allí quedaran. Entonces él procedió a sus oraciones vespertinas, sacó su ídolo y quitó la pantalla de papel de la chimenea. De ciertos gestos e indicaciones deduje que parecía deseoso de que yo me uniera; mas sabiendo bien lo que seguía a continuación, deliberé durante un momento si, caso que me invitara, debía aceptar o no.

Yo era un buen cristiano; nacido y criado en el seno de la infalible Iglesia presbiteriana. ¿Cómo podía, entonces, unirme a este salvaje idólatra en la adoración de su pedazo de madera? Aunque ¿qué es el

culto?, pensé yo. ¿Acaso supones, Ismael, que el Dios magnánimo del Cielo y la tierra —incluyendo a los paganos también— puede en realidad estar celoso de un insignificante pedazo de madera negra? ¡Imposible! Pero ¿qué es el culto?… Hacer la voluntad de Dios… *Eso* es el culto. ¿Y cuál es la voluntad de Dios?… Hacer por mi hermano lo que quisiera que mi hermano hiciera por mí… *Ésa* es la voluntad de Dios. Ahora bien, Queequeg es mi hermano. ¿Y qué es lo que este Queequeg haría para mí? Pues unirse a mí en mi particular forma de culto presbiteriano. Consecuentemente, debo unirme a él en el suyo; luego debo volverme idólatra. Así que prendí las virutas; ayudé a erguir el inocente pequeño ídolo; le ofrecí bizcocho quemado junto a Queequeg; salamaneé ante él dos o tres veces; le besé la nariz; hecho lo cual, nos desvestimos y nos fuimos a la cama, en paz con nuestras conciencias y con el mundo entero. Pero no nos dormimos sin charlar un poco.

No sé por qué es así; pero no hay lugar como una cama para revelaciones confidenciales entre amigos. El esposo y la esposa, dicen, allí abren el más profundo fondo de sus almas el uno al otro; y algunas viejas parejas a menudo están tumbadas y charlan sobre los viejos tiempos casi hasta la mañana. Así, entonces, en la luna de miel de nuestros corazones, estuvimos tumbados Queequeg y yo… Una pareja íntima y cariñosa.



CAPÍTULO XI CAMISÓN

Habíamos estado de esta manera tumbados en la cama, charlando y dormitando a cortos intervalos, y Queequeg de vez en cuando echando afectivamente sus tostadas piernas tatuadas sobre las mías, y retirándolas entonces de nuevo; así de enteramente sociables y cómodos estábamos; cuando finalmente, a causa de nuestras charlas, la poca somnolencia que quedaba en nosotros desapareció completamente, y nos entraron ganas de levantarnos de nuevo, aunque el despuntar del día todavía estaba algo lejos en el futuro.

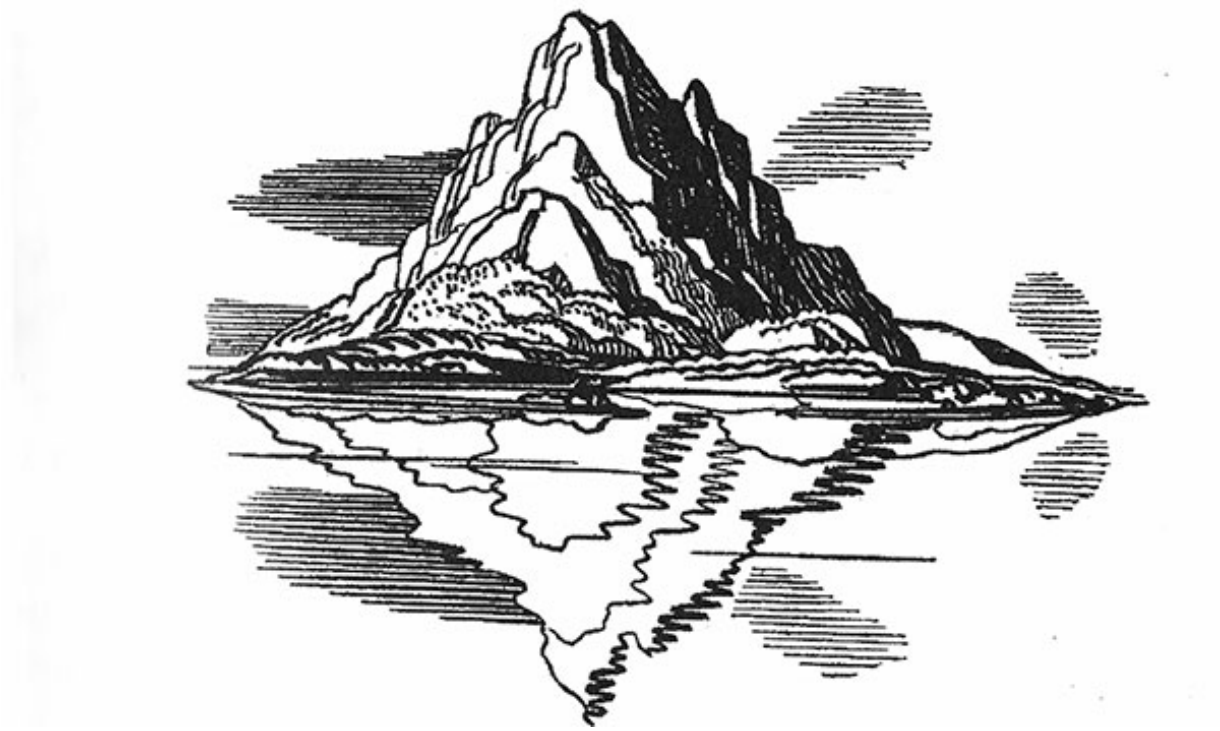
Sí, llegamos a sentirnos muy despiertos; tanto que nuestra postura yacente empezó a resultar agotadora, y poco a poco nos encontramos sentados; la ropa bien recogida a nuestro alrededor, apoyados contra el cabecero, con nuestras cuatro rodillas recogidas juntas, y nuestras dos narices inclinadas sobre ellas, como si nuestras rótulas fueran calientacamas. Nos sentíamos muy bien, muy a gusto, más aún al hacer tanto frío en el exterior de la casa; también, de hecho, en el exterior de la ropa de cama, dado que no había fuego en la habitación. Más aún, digo, porque para disfrutar en verdad del calor corporal alguna pequeña parte tuya debe estar fría, pues no hay cualidad en este mundo que no sea lo que es sino por contraste. Nada existe en sí mismo. Si te persuades a ti mismo

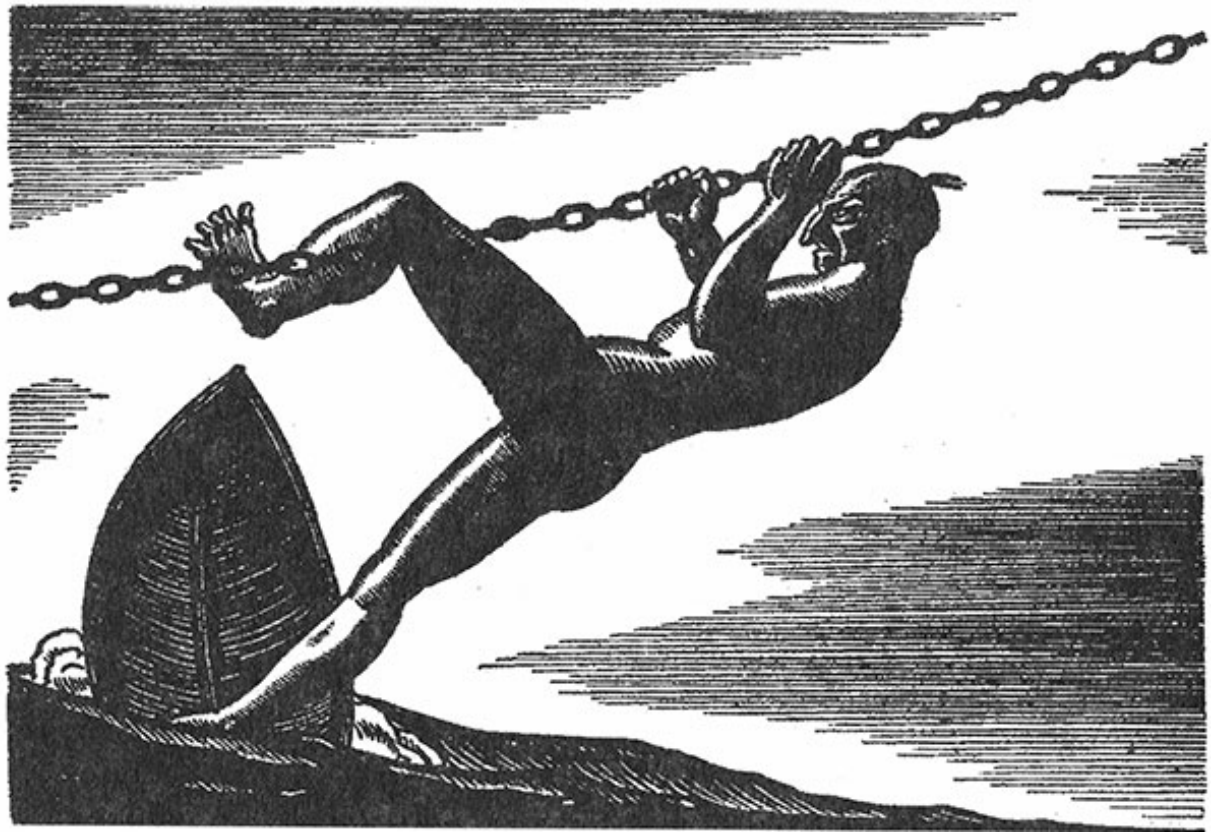
de que estás enteramente cómodo, y lo has estado durante mucho tiempo, entonces no se puede decir que sigas estando cómodo. Pero si, como Queequeg y yo en la cama, la punta de tu nariz, o tu coronilla, está ligeramente fría, bueno, entonces, efectivamente, en la conciencia integral te sientes de lo más deliciosa e inequívocamente cálido. Por esta razón, una estancia para dormir nunca debe estar provista de un fuego, que es una de las lujosas incomodidades de los ricos. Pues la cumbre de esta clase de exquisitez es no tener nada excepto la manta entre tú y tu bienestar y el frío del aire exterior. Entonces allí descansas como la única chispa cálida en el corazón de un cristal ártico.

Habíamos estado sentados de esta agazapada manera durante cierto tiempo, cuando de pronto pensé en abrir los ojos; puesto que entre las sábanas, sea de día o de noche, y esté dormido o despierto, tengo la costumbre de mantener siempre los ojos cerrados, con objeto de concentrar lo más posible el bienestar de estar en cama. Y es que ningún hombre puede sentir alguna vez cabalmente su propia identidad a no ser que sus ojos estén cerrados; como si la oscuridad fuera, de hecho, el genuino elemento de nuestras esencias, aunque la luz sea más del gusto de nuestra parte arcillosa. Al abrir los ojos, por tanto, y salir fuera de mi propia agradable y autocreada oscuridad, hacia la impuesta y tosca lobreguez exterior de las no iluminadas doce de la noche, experimenté una desagradable revulsión. Y no me opuse en absoluto a la insinuación de Queequeg de que, dado que estábamos tan despiertos, quizá fuera mejor encender una luz; siendo que, además, él sentía un fuerte deseo de echar unas plácidas bocanadas en su tomahawk. Sea dicho que a pesar de que yo había sentido tan intensa repugnancia a su fumar en cama de la noche anterior, ved, no obstante, qué elásticos se toman nuestros rígidos prejuicios una vez que el amor llega a combarlos. Pues ahora nada me gustaba más que tener a Queequeg fumando junto a mí, incluso en la cama: tal era la serena dicha doméstica de que él en esos momentos parecía estar colmado. No me sentía ya indebidamente inquieto por la póliza de seguros del posadero. Sólo estaba atento a la concentrada y confidencial confortabilidad de compartir una pipa y una manta con un verdadero amigo. Con nuestras peludas cazadoras echadas sobre los

hombros, pasamos ahora el tomahawk del uno al otro, hasta que lentamente se formó sobre nosotros un suspendido dosel de humo azul, iluminado por la llama de la lámpara nuevamente encendida.

No sé si fue este undulante dosel el que hizo al salvaje trasladarse hacia sucesos muy lejanos, pero ahora habló de su isla nativa; y, deseando escuchar su historia, le rogué que continuara y la narrara. Aceptó de buen grado. A pesar de que en aquel entonces yo apenas comprendía malamente no pocas de sus palabras, no obstante, posteriores revelaciones, cuando ya me hube familiarizado más con su quebrada fraseología, me permiten presentar ahora la historia completa, tal como puede verificarse en el mero esqueleto que aporto.

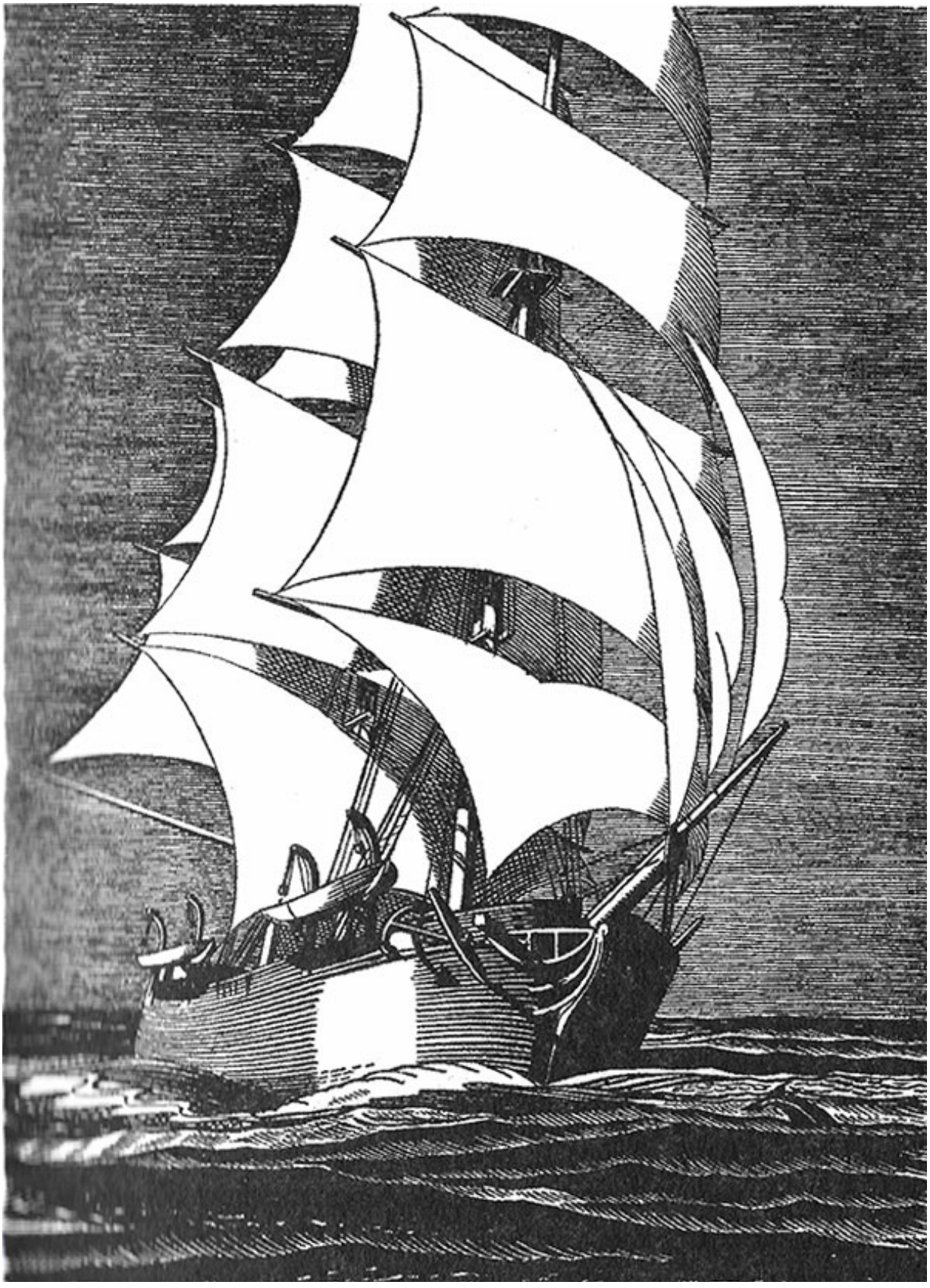




CAPÍTULO XII BIOGRÁFICO

Queequeg era nativo de Kokovoko, una isla muy lejos al oeste y al sur. No está recogida en ningún mapa; los lugares auténticos nunca lo están.

Siendo un salvaje recién incubado, que correteaba montaraz por sus bosques nativos con un taparrabos de hierbas, seguido por cabras rumiantes como si fuera un verde brote; incluso entonces, en la ambiciosa alma de Queequeg se ocultaba el intenso deseo de ver algo más de la cristiandad que uno o dos especímenes de ballenero. Su padre era un gran jefe, un rey; su tío un gran sacerdote; y por el lado materno alardeaba de tías que eran esposas de guerreros invencibles. En sus venas había sangre excelente… sustancia de reyes; aunque desgraciadamente viciada, me temo, por la propensión caníbal que cultivó en su indisciplinada juventud.



Un barco de Sag-harbor visitó la bahía de su padre, y Queequeg pidió un pasaje a tierras cristianas. Pero el barco, al tener su dotación de marineros completa, rechazó su instancia; y ni siquiera toda la influencia de su padre, el rey, pudo conseguirlo. Mas Queequeg hizo un voto. Él solo en su canoa remó hasta un lejano estrecho que sabía que el barco debía atravesar cuando dejara la isla. De un lado había un arrecife de coral; del otro una lengua de tierra baja, cubierta con matorral de mangle que crecía hacia el agua. Ocultando su canoa todavía a flote entre este matorral, con su proa hacia el mar, se sentó en la popa, el remo abajo en la mano; y cuando el barco pasaba deslizándose, salió lanzado como un relámpago; ganó su costado; volcó con el pie su canoa y la hundió; trepó por las cadenas; y tirándose todo lo largo que era sobre la cubierta, se aferró allí a un cáncamo de argolla y juró no soltarse aunque lo despedazaran.

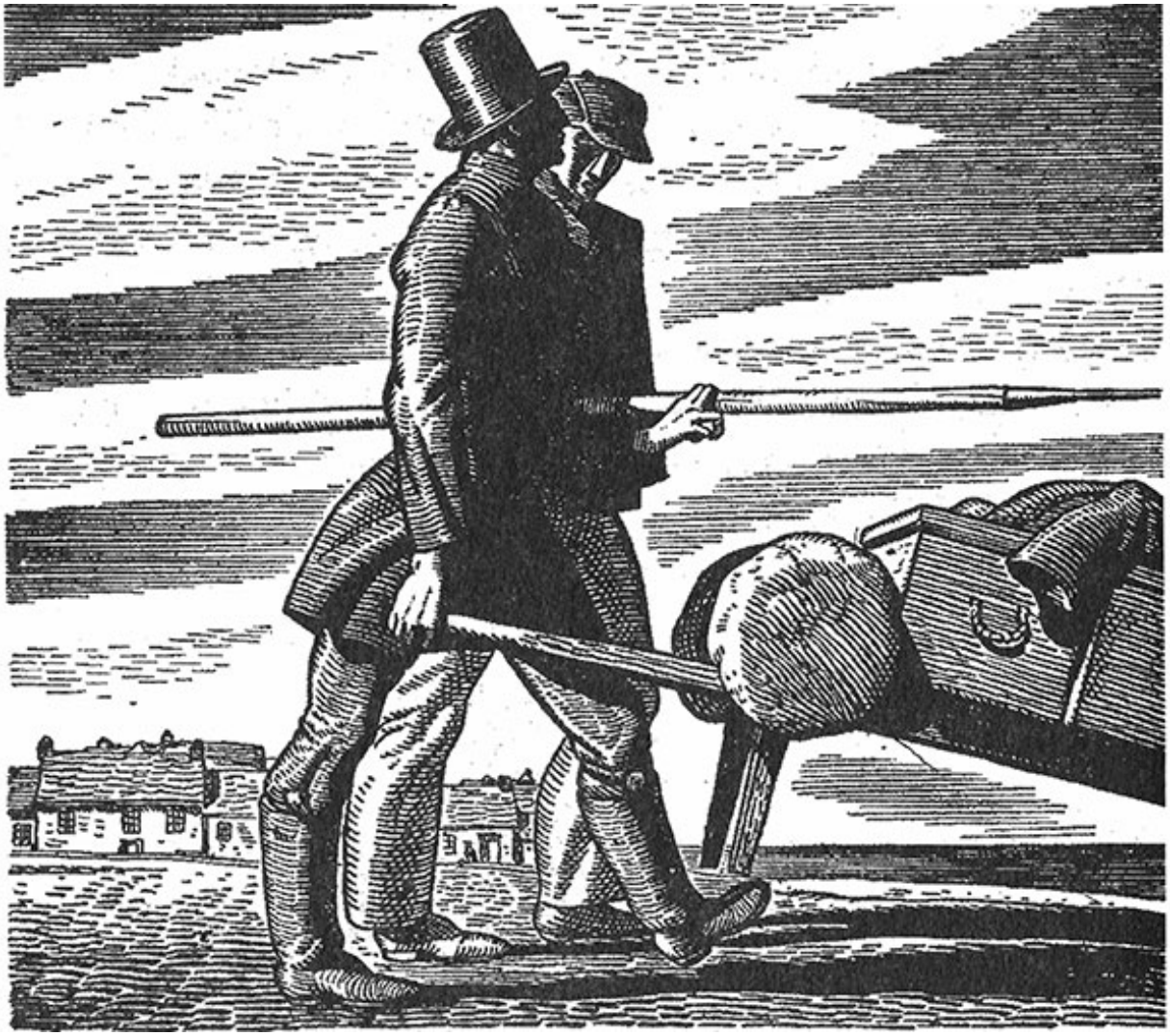
En vano amenazó el capitán con tirarle por la borda, suspendió un alfanje sobre sus desnudas muñecas: Queequeg era el hijo de un rey, y Queequeg no se apartó. Movido por su desesperado arrojo y su feroz deseo de visitar la cristiandad, el capitán finalmente transigió, y le dijo que podía acomodarse. Mas este distinguido joven salvaje… este príncipe de Gales del mar, nunca vio la cabina del capitán. Le pusieron entre los marineros, e hicieron de él un ballenero. Y al igual que el zar Pedro, que se mostró conforme a trabajar en los astilleros de ciudades extranjeras, Queequeg no desdeñó ninguna aparente ignominia si con ello quizá podía obtener potestad para ilustrar a sus incultos compatriotas. Pues en el fondo —eso me dijo— le movía un profundo deseo de aprender entre los cristianos las artes con las que hacer a su gente todavía más feliz de lo que era y, más que eso, todavía mejor de lo que era. Pero, ¡ay!, las prácticas de los balleneros pronto le convencieron de que incluso los cristianos pueden ser miserables, y también perversos; infinitamente más que todos los paganos de su padre. Llegado finalmente al viejo Sag-harbor y viendo lo que los marineros hacían allí; yendo entonces a Nantucket, y viendo cómo gastaban sus pagas también en *aquel* lugar, el pobre Queequeg se dio por vencido. Es un mundo perverso en todos los meridianos, pensó: moriré pagano.

Y así un viejo idólatra de corazón vivía no obstante entre estos cristianos, llevaba sus ropas y trataba de hablar su galimatías. De ahí sus extrañas maneras, a pesar de llevar ya cierto tiempo lejos de su hogar.

Por medio de señas, le pregunté si no se proponía volver y ser coronado, dado que ya podía considerar a su padre fallecido, pues, según los últimos informes, estaba muy viejo y débil. Me contestó que no, que aún no; y añadió que temía que la cristiandad, o más bien los cristianos, le hubieran hecho inmerecedor de ascender al puro e impoluto trono de treinta reyes paganos anteriores a él. Pero volvería, dijo, con el tiempo… Tan pronto como se sintiera de nuevo bautizado. Por el momento, sin embargo, se proponía navegar de un lado a otro, y echar una cana al aire por todos los cuatro océanos. Habían hecho de él un arponero, y ese hierro garfiado ocupaba ahora el lugar de un cetro.

Le pregunté cuál podría ser su propósito inmediato en lo tocante a sus movimientos futuros. Me contestó que hacerse de nuevo a la mar en su antigua vocación. Ante lo cual le dije que la pesca de la ballena era mi propio objetivo, y le informé de mi intención de zarpar desde Nantucket, al ser el puerto más prometedor desde donde embarcarse para un ballenero inquieto. Inmediatamente decidió acompañarme a esa isla, enrolarse a bordo de la misma nave, meterse en la misma guardia, la misma lancha, el mismo turno de comida que yo, en pocas palabras, compartir mi entera suerte; con mis dos manos en las suyas, audazmente meter la cuchara en la cazuela de ambos mundos. A todo esto yo asentí jubilosamente; pues aparte del afecto que sentía ahora por Queequeg, él era un experimentado arponero, y como tal no podía dejar de ser de gran utilidad para alguien que, como yo, bien que familiarizado con el mar tal como les es conocido a los marinos mercantes, era enteramente ignorante de los misterios de la pesca de la ballena.

Terminada su historia con la última agonizante bocanada, Queequeg me abrazó, presionó su frente contra la mía y, apagando la luz de un soplido, nos dimos la vuelta alejándonos el uno del otro, a este y aquel lado, y muy pronto estuvimos durmiendo.



CAPÍTULO XIII CARRETILLA

A la mañana siguiente, lunes, tras vender la cabeza embalsamada a un barbero, para que fuera usada de fraustina, me ocupé de mi propia cuenta y de la de mi camarada; empleando, empero, el dinero de mi camarada. Al sonriente posadero, lo mismo que a los huéspedes, parecía hacerles una enorme gracia la repentina amistad que había surgido entre Queequeg y yo… En especial, dado que los enredos de Peter Coffin tanto me habían alarmado previamente en relación con la misma persona con la que ahora estaba en compañía.

Pedimos prestada una carretilla, y embarcando nuestras pertenencias, incluyendo mi propia pobre talega, y el saco de lona y el coy de Queequeg, allá nos fuimos al Musgo, la pequeña goleta paquebote de Nantucket atracada en el muelle. Mientras íbamos de camino, la gente se quedaba mirando; no tanto por Queequeg —pues estaban habituados a ver a caníbales como él en sus calles—, sino por vernos a él y a mí en tan confidenciales términos. Pero no les prestamos atención, seguimos el camino, empujando la carretilla por turnos, y Queequeg deteniéndose de vez en cuando para ajustar la vaina en los garfios de su arpón. Le pregunté por qué se llevaba un objeto tan conflictivo con él a tierra, y si no todos los barcos balleneros disponían de sus propios arpones. A esto, en sustancia, replicó que, aunque lo que yo apuntaba era efectivamente cierto, no obstante, él tenía particular aprecio a su propio arpón, pues era de material avalado, bien probado en muchos combates mortales y profundo conocedor de los corazones de las ballenas. Brevemente, como muchos cosechadores y segadores de tierra firme, que van a los campos de los granjeros armados con sus propias hoces —aunque en modo alguno obligados a aportarlas—, del mismo modo, Queequeg, por sus propias particulares razones, prefería su propio arpón.

Al pasar la carretilla de mis manos a las suyas, me contó una graciosa historia sobre la primera carretilla que había visto en su vida. Ocurrió en Sag-harbor. Al parecer, los propietarios de su barco le habían prestado una en la que llevar su pesado baúl a la casa de huéspedes. Para no parecer ignorante con respecto al objeto —aunque en realidad lo era absolutamente en lo que respecta al modo acertado de manejar la carretilla —, Queequeg puso su baúl sobre ella; lo ató firmemente; y entonces se cargó al hombro la carretilla y avanzó por el muelle.

—Pero Queequeg —dije yo—, uno diría que tenías que haber estado más avispado. ¿No se rio la gente?

Ante lo cual me contó otra historia. Las gentes de su isla de Kokovoko, parece ser, en sus fiestas nupciales exprimen la fragante agua de los cocos nuevos en una gran calabaza seca, como si se tratara de una ponchera; y esta ponchera siempre constituye el gran ornamento central de la estera trenzada en la que se celebra la fiesta. Ahora bien, un cierto notorio barco

mercante arribó una vez a Kokovoko, y su comandante… según todas las fuentes un muy señorial puntilloso caballero, al menos en lo que le cabe a un capitán de barco… este comandante fue invitado a la fiesta nupcial de la hermana de Queequeg, una bonita princesa joven que acababa de cumplir diez años. Bien; cuando todos los invitados a la boda estaban reunidos en la cabaña de bambú de la novia, este capitán entra, y al asignársele el puesto de honor, se le coloca junto a la ponchera, y entre el gran sacerdote y Su Majestad el rey, el padre de Queequeg. Dichas las bendiciones… pues estas gentes tienen bendiciones, lo mismo que nosotros… aunque Queequeg me dijo que, a diferencia de nosotros, que en esos momentos miramos hacia abajo, a nuestros platos, ellos, por el contrario, copiando a los patos, miran hacia arriba, al gran organizador de todas las fiestas… dichas las bendiciones, digo, el gran sacerdote inició el banquete con la inmemorial ceremonia de la isla; esto es, introducir sus consagrados y consagradores dedos en la ponchera antes de que circule la bebida bendecida. Viéndose el capitán situado junto al sacerdote, observando la ceremonia, y pensando que él… al ser capitán de barco… tenía evidente precedencia sobre un mero rey de isla, especialmente en la propia casa del rey… tranquilamente procedió a lavarse las manos en la ponchera; tomándola, supongo, por un aguamanil.

—Ahora —dijo Queequeg—, ¿qué piensas ahora? ¿No se rio nuestra gente?

Finalmente, el pasaje pagado, y a salvo el equipaje, a bordo de la goleta nos vimos. Izando velas, ésta se deslizó río Acushnet abajo. A un lado se alzaba New Bedford en terrazas de calles, sus árboles cubiertos de nieve, todo relucientes en el claro aire frío. Colinas y montañas enormes de toneles estaban apiladas sobre sus muelles y, unos al lado de otros, los barcos balleneros que recorren el mundo descansaban silenciosos, por fin fondeados a salvo; mientras, de otros aún llegaba un ruido de carpinteros y toneleros, con sonidos mezclados de fogatas y forjas para fundir la brea, todo ello indicando que había nuevos viajes en sus inicios; que una vez terminada una muy peligrosa y larga expedición, sólo comienza una segunda; y, concluida una segunda, sólo comienza una tercera, y así por

siempre jamás. Tal es la interminabilidad, sí, la intolerabilidad, de todo terrenal esfuerzo.

Ganando aguas más abiertas, el viento moderado aumentó a fresco; el pequeño paquebote lanzó al aire la vivaz espuma desde su proa, lo mismo que un joven potro lanza sus resoplidos. ¡Cómo inhalé aquel aire tártaro!… ¡Cómo desdeñé aquella tierra sujeta a peaje!… Ese común camino, todo él mellado con las marcas de serviles talones y pezuñas; y me volteé a admirar la magnanimidad del mar, que no admite registros.

En la misma fuente de la espuma, Queequeg parecía beber y balancearse junto a mí. Sus sombreadas aletas nasales se expandían; mostraba sus afilados y puntiagudos dientes. Volamos y volamos; y al alcanzar nuestra salida a mar abierto, el paquebote hizo honor a la ventada: inclinó y sumergió su proa como el esclavo ante el sultán. Tumbándose lateralmente, lateralmente nos lanzamos: cada filástica tirante como un alambre, los dos grandes mástiles combándose como caña índica en terrestres tornados. Tan inmersos estábamos en esta mareante escena, mientras permanecíamos en el bauprés que se zambullía, que durante cierto tiempo no nos fijamos en las miradas de burla de los pasajeros, un grupo de palurda apariencia que se maravillaba de que dos semejantes pudieran portarse tan amigablemente; como si un hombre blanco fuera en cuestión de dignidad algo más que un negro blanqueado. Pero había allí algunos majaderos y paletos que, dado lo muy verdes que estaban, debían haber venido desde el corazón de todo verdor. Queequeg sorprendió a uno de estos jóvenes retoños haciéndole burla a sus espaldas. Creí que había llegado la hora del Juicio para el paleto. Soltando su arpón, el oscuro salvaje lo tomó en sus brazos y, con una destreza y fortaleza casi milagrosas, lo lanzó físicamente a lo alto en el aire. Golpeando entonces levemente su trasero en mitad de una vuelta de campana, el tipo aterrizó con restallantes pulmones sobre sus pies, mientras Queequeg, dándole la espalda, encendía su pipa *tomahawk* y me la pasaba para que echara una bocanada.

—¡Mi capitán! ¡Mi capitán! —gritó el paleto, corriendo hacia el oficial—. ¡Mi capitán, mi capitán, es el diablo!

—Oiga, *usted*, señor —gritó el capitán, un famélico hijo del mar, avanzando hacia Queequeg—, ¿qué truenos intenta con eso? ¿No se da cuenta de que podría haber matado a ese tipo?

—¿Qué decir él? —dijo Queequeg mientras se volvía suavemente hacia mí.

—Él decir —dije yo— que tú estar cerca de matar-i a ese hombre —señalando al todavía temblante pipiolo.

—¡Matar-i! —gritó Queequeg, contrayendo su rostro tatuado en una sobrenatural expresión de desdén—, ¡ah!, él mucho pequeño-i pez-i; Queequeg no matar-i pequeño-i pez-i; ¡Queequeg matar-i gran ballena!

—Mire usted —bramó el capitán—, yo mataré-i *usted*, usted, caníbal, si intenta hacer otra exhibición aquí a bordo; así que ándese con ojo.

Pero justo entonces sucedió que al capitán le llegó el momento de andarse con ojo propio. La enorme tensión sobre la vela mayor había roto la escota de barlovento, y la tremenda botavara estaba ahora volando de lado a lado, barriendo enteramente toda la parte posterior de la cubierta. El pobre tipo al que Queequeg había tratado con tanta rudeza fue arrojado por la borda, toda la tripulación estaba presa del pánico, e intentar agarrar la botavara para fijarla parecía una locura. Volaba de derecha a izquierda, y de nuevo de vuelta, casi en un tictac de reloj, y cada instante parecía estar a punto de troncharse en astillas. Nada se hacía y nada parecía poder hacerse; los que estaban en cubierta se desplazaron apresuradamente hacia proa, y se quedaron observando el botalón como si fuera la mandíbula inferior de una ballena exasperada. En medio de esta conmoción, Queequeg se dejó caer hábilmente de rodillas y, gateando bajo el recorrido de la botavara, se hizo con un cabo, aseguró un extremo a la amurada, y lanzando el otro como un lazo, lo pasó alrededor de la botavara cuando ésta pasaba sobre su cabeza, y en el siguiente tirón la percha quedó de esta forma sujeta, y todo quedó a salvo. La goleta se metió en viento, y mientras los tripulantes estaban preparando el bote de popa, Queequeg, desnudo de cintura para arriba, se lanzó desde el costado haciendo un arco largo y ágil en el salto. Durante tres minutos o más se le vio nadando como un perro, echando sus largos brazos directamente ante él, y sacando a intervalos sus morenos hombros por entre la gélida espuma. Yo

observaba al magnífico y glorioso individuo, pero no veía a nadie a quien salvar. El paleto se había sumergido. Alzándose a sí mismo perpendicularmente en el agua, Queequeg echó ahora una instantánea ojeada a su alrededor, y viendo aparentemente cuál era la situación exacta, se zambulló y desapareció. Unos minutos más y volvió a surgir, batiendo todavía un brazo, y arrastrando con el otro un bulto sin vida. La lancha pronto los recogió. El pobre palurdo fue revivido. Toda la tripulación decidió que Queequeg era un noble camarada; el capitán le pidió perdón. Desde ese momento yo me pegué a Queequeg como una lapa; sí, señor, hasta que el pobre Queequeg se dio su última larga zambullida.

¿Hubo alguna vez tanta llaneza? Él no pareció pensar que en modo alguno mereciera una medalla de las humanas y magnánimas sociedades. Sólo pidió agua… agua dulce… algo con lo que enjuagarse la salmuera; hecho lo cual, se puso ropa seca, encendió su pipa y, reclinándose contra la amurada y observando apaciblemente a los que le rodeaban, parecía estar diciéndose a sí mismo… «Es un mundo de mutua sociedad anónima en todos los meridianos. Nosotros caníbales debemos ayudar a estos cristianos.»

CAPÍTULO XIV NANTUCKET

Nada adicional digno de mención ocurrió en el trayecto; así que, tras una buena travesía, arribamos sin novedad a Nantucket.

¡Nantucket! Sacad vuestro mapa y observadlo. Ved qué verdadero rincón del mundo ocupa; cómo está ahí, en alta mar, más solitario que el faro de Eddystone. Observadlo… Un mero montículo, un brazo de arena; todo playa, sin ningún soporte. Hay allí más arena de la que utilizaríais durante veinte años como substitutivo del papel secante. Algunos graciosos os dirán que allí tienen que plantar la maleza, que no crece de forma natural, que importan cardos del Canadá; que para taponar un derrame en un tonel de aceite tienen que mandar buscar un bitoque por mar; que en Nantucket los trozos de madera se llevan en procesión como los fragmentos de la Vera Cruz en Roma; que la gente planta allí hongos delante de las casas para meterse bajo su sombra en verano; que una hoja de hierba hace un oasis, tres hojas en un día de camino, una pradera; que llevan zapatos para arenas movedizas, algo parecido a las raquetas de nieve de los lapones; que están tan encerrados, enmurallados, en todo modo aislados, rodeados, y convertidos en una absoluta isla por el océano, que a veces, lo mismo que en las conchas de las tortugas marinas, se encuentran pequeñas almejas adheridas a las propias sillas y mesas. Pero estas extravagancias sólo demuestran que Nantucket no es Illinois.

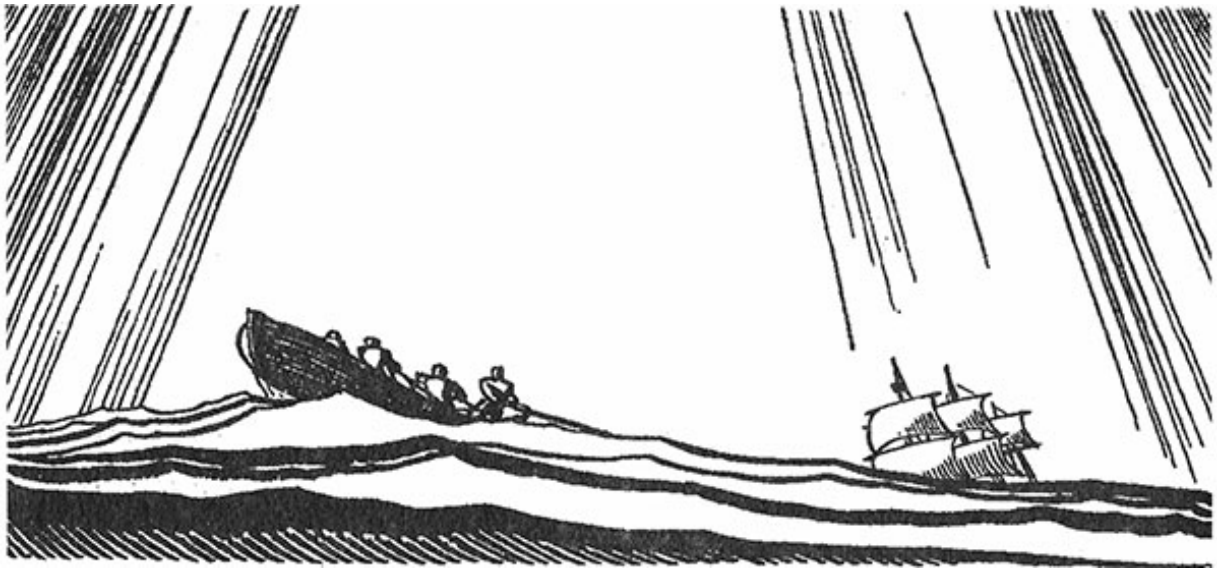
Atended ahora a la maravillosa historia tradicional de cómo esta isla fue colonizada por los pieles rojas. Así dice la leyenda. En tiempos ancestrales un águila descendió sobre la costa de Nueva Inglaterra, y se

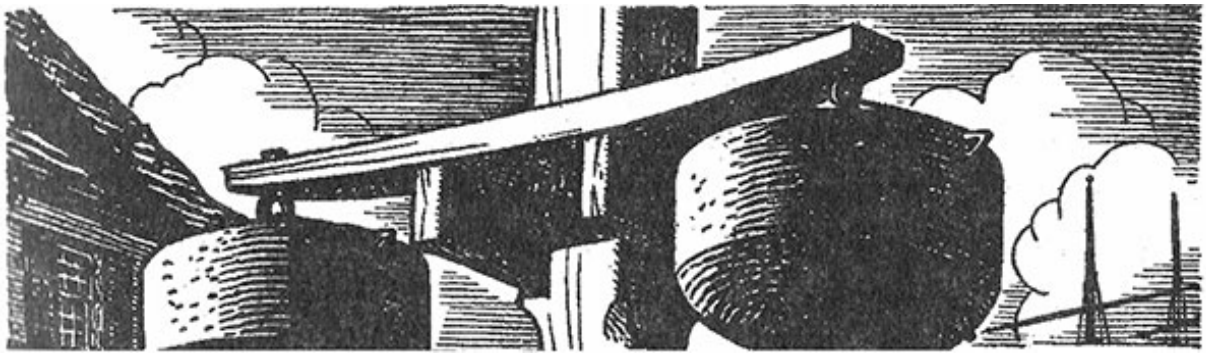
llevó en sus garras a un bebé indio. Con sonoros lamentos los padres observaron a su hijo transportado sobre las anchas aguas hasta perderse de vista. Decidieron seguir en la misma dirección. Partiendo en sus canoas, tras una peligrosa travesía, descubrieron la isla, y allí encontraron un pequeño cofre de marfil vacío… El esqueleto del pobre pequeño indio.

¡Qué hay de extraño, entonces, en que estos habitantes de Nantucket, nacidos en una playa, se hagan a la mar para ganarse la vida! Primero cogieron cangrejos y *quohogs*[19] en la arena; crecidos en osadía, se internaron a pie en el agua con redes para la caballa; más experimentados, se alejaron en lanchas y capturaron bacalao; y finalmente, botando en el mar una armada de grandes naves, exploraron este acuático mundo; instauraron un incesante cinturón de circunnavegaciones a su alrededor; se asomaron al estrecho de Bering; y en todas las estaciones y todos los océanos declararon guerra sin fin a la más poderosa masa animada que ha sobrevivido al Diluvio; ¡la más monstruosa y más montuosa! ¡Ese himalaico mastodonte del salado mar, revestido con tal portentosidad de inconsciente poder que su propio pánico es más de temer que sus muy impávidos y maliciosos ataques!

Y así estos desnudos habitantes de Nantucket, estos ermitaños marinos, surgiendo de su hormiguero en la mar, se expandieron y conquistaron el mundo acuático, como tantos Alejandros; parcelándose entre ellos el Atlántico, el Pacífico y el océano Índico, lo mismo que los tres estados piratas hicieron con Polonia. Dejad que América anexe México a Texas, y apile Cuba sobre Canadá; que los ingleses colonicen toda la India, y cuelguen su resplandeciente enseña del sol; dos tercios de este globo terráqueo son del habitante de Nantucket. Pues el mar es suyo; propiedad suya como los imperios son propiedad de los emperadores; otros marinos sólo ostentan un derecho de paso a su través. Los barcos mercantes sólo son puentes prolongados; los de guerra sólo fuertes flotantes; incluso los piratas y los corsarios, aunque recorren el mar como los asaltantes de caminos recorren éstos, se limitan a saquear otros barcos, otros fragmentos de tierra como ellos mismos, sin tratar de obtener su alimento desde el propio insondable piélago. El habitante de Nantucket es el único que reside y descansa en el mar; es el único que, en lenguaje

bíblico, baja a él en barcos; arándolo de aquí a allá como su propia especial plantación. *Allí* está su hogar; *allí* su negocio, que un Diluvio de Noé no interrumpirá, aunque sumerja a todos los millones de habitantes de la China. Vive en el mar como los gallos de pradera en la pradera; se oculta entre las olas, las trepa como los cazadores de gamuzas trepan los Alpes. Durante años no sabe de la tierra; de manera que, cuando finalmente llega a ella, huele a otro mundo, más extraño de lo que la luna olería a un terrícola. Junto a la gaviota marina, que a la puesta de sol pliega sus alas y se deja mecer hasta el sueño entre las olas; así, al caer la noche, el habitante de Nantucket, fuera de vista de tierra, recoge sus velas y se tiende a descansar, mientras bajo su misma almohada pasan raudas manadas de morsas y ballenas.





CAPÍTULO XV — CHOWDER

La tarde estaba bastante avanzada cuando el pequeño *Musgo* fondeó marineramente y Queequeg y yo desembarcamos; así que no pudimos atender ningún asunto ese día, al menos ninguno salvo la cena y la cama. El posadero de la Posada del Surtidero nos había recomendado a su primo Oseas Hussey, de Los Calderos del Beneficio[20], al cual declaró propietario de uno de los hoteles mejor cuidados de todo Nantucket; y por añadidura nos había asegurado que el primo Oseas, como él le llamaba, era famoso por sus guisos de *chowder*. Resumiendo, nos insinuó claramente que nada mejor podíamos hacer que buscar el beneficio de Los Calderos del Beneficio. Pero las indicaciones que nos había dado de dejar a estribor un almacén amarillo hasta que avistáramos una iglesia blanca a babor, y entonces dejar ésa del lado de babor hasta que arribáramos a una esquina tres puntos a estribor, hecho lo cual preguntáramos entonces al primer hombre que encontrásemos dónde estaba el sitio; estas retorcidas indicaciones suyas al principio nos desconcertaron, especialmente porque al emprender el camino Queequeg insistió en que el almacén amarillo —nuestro inicial punto de partida— debía estar del lado de babor, mientras que yo había entendido a Peter Coffin decir que estaba en el de estribor. No obstante, a fuerza de tantear un poco en la oscuridad, y requerir alguna vez a algún pacífico habitante para indagar el camino, al final llegamos a algo que no admitía equivocación.

Dos enormes calderos de madera pintados de negro y colgados de los motones de un tamborete holandés pendían de la cruceta de un viejo mastelero plantado frente a un antiguo portón. Los palos de la cruceta estaban aserrados del otro lado, de manera que este viejo mastelero se asemejaba en no poco a una horca. Quizá en aquella época yo era hipersensible a tales impresiones, pero no pude evitar quedarme mirando este patíbulo con cierto recelo. Una especie de calambre se me puso en el cuello mientras miraba los dos palos que quedaban; sí, *dos* había, uno para Queequeg y otro para mí. Es de mal agüero, pensé. Un tal Coffin, mi posadero al desembarcar en mi primer puerto ballenero; lápidas observándome en la capilla de los balleneros; ¡y aquí una horca! ¡Y además una pareja de formidables calderos negros! ¿Están arrojando estos últimos oblicuas alusiones referentes a Tofet?

De estas reflexiones me sacó la visión de una mujer pecosa con pelo amarillo y vestido amarillo, que estaba en el porche de la posada, bajo una mortecina lámpara roja allí colgada, semejante en mucho a un ojo herido, y enzarzada en diligente reprimenda con un hombre de camisa púrpura de lana.

—¡Seguid vuestro camino —le decía al hombre— o, si no, os voy a aviar!

—Vamos, Queequeg —dije yo—, conforme. Ahí está la señora Hussey[21].

Y así resultó ser, habiéndose el señor Oseas Hussey ausentado de casa, aunque dejando a la señora Hussey enteramente capacitada de atender todos sus asuntos. Al manifestar nuestros deseos de una cena y una cama, la señora Hussey, posponiendo por el momento ulteriores reprimendas, nos condujo a una pequeña habitación, y sentándonos a una mesa rociada con los restos de un condumio recientemente concluido, volviose hacia nosotros y dijo:

—¿Almeja o bacalao?

—¿Qué dice de bacalaos, señora? —dije yo con mucha educación.

—¿Almeja o bacalao? —repitió.

—¿Una almeja para cenar? Una almeja fría; ¿es *eso* lo que quiere decir, señora Hussey? —dije yo—; pero en tiempo invernal ése es un

recibimiento más bien frío y viscoso, ¿no le parece, señora Hussey?

Mas al tener mucha prisa por reanudar la reprimenda al hombre de la camisa púrpura, que estaba esperando en la entrada a que lo hiciera, y pareciendo no haber escuchado nada excepto la palabra «almeja», la señora Hussey se dirigió rápidamente hacia una puerta abierta que daba a la cocina y, vociferando «almeja para dos», desapareció.

—Queequeg —dije yo—, ¿tú crees que podemos apañarnos una cena los dos con una sola almeja?

Sin embargo, viniendo de la cocina, un cálido y sabroso vapor se encargó de contradecir el aparentemente desolado panorama ante nosotros. Y cuando ese *chowder* humeante llegó, el misterio quedó maravillosamente explicado. ¡Ah, afables amigos!, prestadme atención. Estaba elaborado con pequeñas almejas jugosas, apenas más grandes que avellanas, mezcladas con bizcocho de barco desmenuzado y cerdo salado cortado en lasquitas; todo ello enriquecido con mantequilla, y abundantemente sazonado con pimienta y sal. Al estar agudizados nuestros apetitos por la gélida travesía y, en particular, al ver Queequeg su alimento favorito de pescado ante sí, y estar el *chowder* sobremanera excelente, lo despachamos con gran diligencia; tras lo cual, reclinándome yo entonces un momento y rememorando la proclama de almeja o bacalao de la señora Hussey, pensé intentar un pequeño experimento. Me acerqué a la puerta de la cocina, pronuncié la palabra «bacalao» con gran énfasis, y volví a mi sitio. A los pocos instantes el sabroso vapor llegó de nuevo, pero con un aroma distinto, y a su momento un estupendo *chowder* de bacalao fue situado ante nosotros.

Retomamos la tarea; y mientras aplicábamos nuestras cucharas al plato, pensé yo para mí: «Me pregunto si afectará de algún modo a la cabeza. ¿Cuál es ese desatinado dicho sobre la estupidez de la gente con cabeza de *chowder*?»[22].

—Pero mira, Queequeg, ¿no es eso una anguila viva en tu plato? ¿Dónde está tu arpón?

Era Los Calderos del Beneficio el más escamante de los lugares, y bien merecía su nombre, pues los calderos siempre estaban cociendo raciones de *chowder*. *Chowder* para el desayuno, y *chowder* para la comida, y

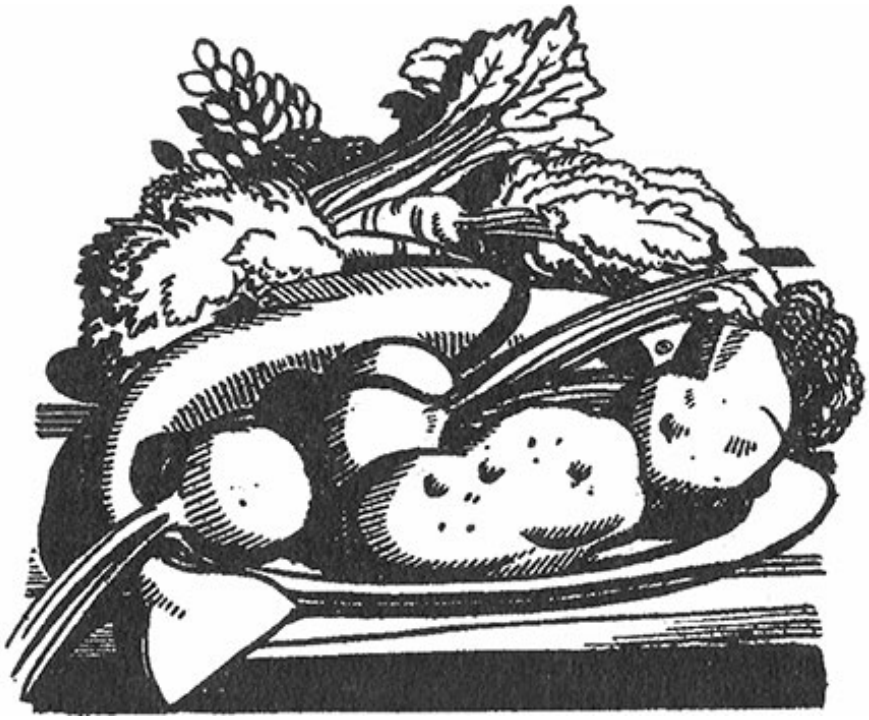
chowder para la cena, hasta que empezabas a buscar espinas de pescado saliéndote de la ropa. La zona anterior de la casa estaba pavimentada con conchas de almejas. La señora Hussey llevaba un collar pulido de vértebras de bacalao, y Oseas Hussey había encuadernado sus libros de contabilidad en piel antigua de tiburón de la mejor calidad. Había incluso un gusto a pescado en la leche, que en modo alguno pude explicarme hasta que una mañana, mientras daba un paseo por la playa entre unas lanchas de pescadores, vi a la vaca moteada de Oseas alimentándose de restos de pescado y andando por la arena con cada pezuña metida en la cabeza cortada de un bacalao, con aire muy de andar en zapatillas, os lo aseguro.

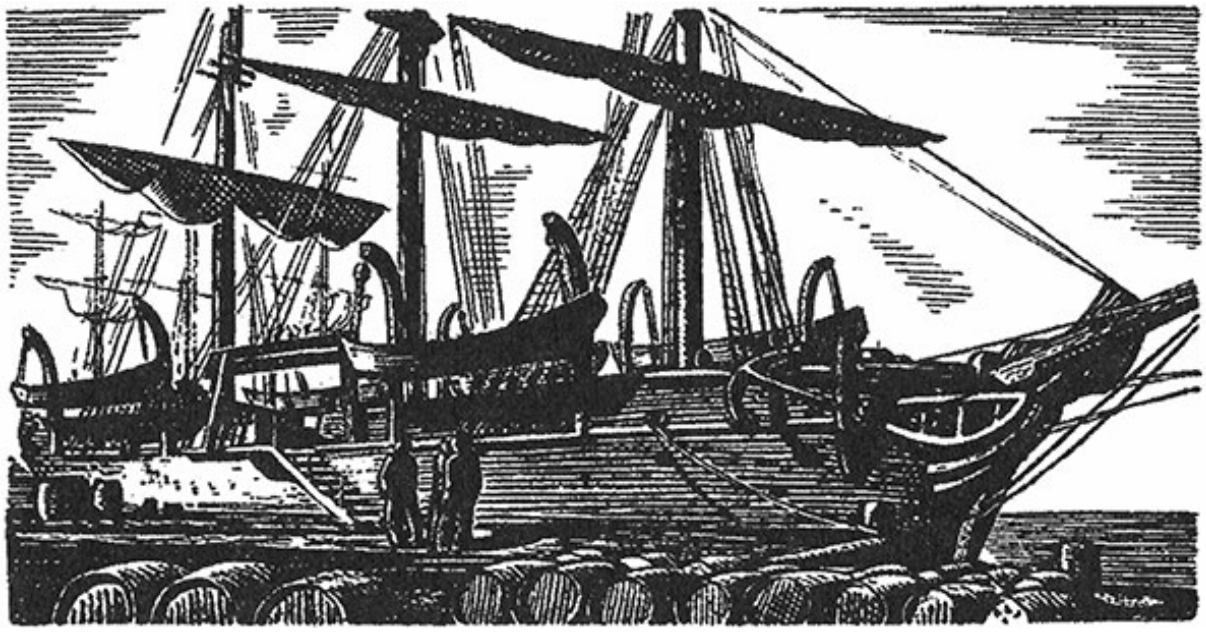
Concluida la cena, recibimos una lámpara e indicaciones de la señora Hussey sobre el camino más corto hacia la cama; pero cuando Queequeg iba a precederme escaleras arriba, la señora extendió el brazo y le pidió su arpón: no permitía arpones en sus estancias.

—¿Por qué no? —dije yo—. Todo ballenero que se precie duerme con su arpón… ¿Y por qué no?

—Porque es peligroso —dijo ella—. Desde que el joven Stiggs, al regresar de aquella desafortunada expedición suya, en la que estuvo ausente tres años y medio para sólo tres barriles de saín, fue encontrado muerto en la parte de atrás de mi primer piso, con su arpón en el costado, desde entonces no permito que los huéspedes metan por la noche armas tan peligrosas en sus habitaciones. Así que, señor Queequeg —pues se había aprendido su nombre—, me voy a hacer con aquí este hierro y se lo guardaré hasta mañana por la mañana. Pero el *chowder*: ¿almeja o bacalao para el desayuno de mañana, señores?

—Ambos —dije yo—, y pónganos un par de arenques ahumados para que haya variedad.





CAPÍTULO XVI EL BARCO

En la cama preparamos nuestros planes para el día venidero. Aunque, para sorpresa mía y no escasa preocupación, Queequeg me dio ahora a entender que había estado consultando cuidadosamente con Yojo —el nombre de su pequeño dios negro— y que Yojo le había dicho dos o tres veces, e insistido con fuerza en ello de todo modo, que en lugar de ir juntos a recorrer la flota ballenera fondeada, y elegir de mutuo acuerdo nuestra nave; en lugar de ello, digo, Yojo decretaba con severidad que la selección del barco había de recaer totalmente sobre mí, pues Yojo se proponía ayudarnos; y, con objeto de hacerlo, ya se había decidido por una nave, la cual yo, Ismael, si se me dejaba por mí mismo, infaliblemente descubriría, como si a todas luces hubiera ocurrido por azar; y en ese navío debía inmediatamente embarcarme, sin tener en cuenta a Queequeg por el momento.

He olvidado mencionar que en muchos asuntos Queequeg depositaba gran confianza en la excelencia de juicio y sorprendente presciencia de Yojo; y que apreciaba a Yojo con considerable estima como dios de bastante buena índole, que en conjunto quizá tenía bastante buena intención, aunque en sus benevolentes designios no siempre tenía éxito.

Ahora bien, este plan de Queequeg, o más bien de Yojo, referente a la selección de nuestro navío… Ese plan no me gustaba en modo alguno. Yo había confiado no poco en la sagacidad de Queequeg para señalar el ballenero más adecuado, que nos transportara con seguridad a nosotros y nuestros destinos. Pero como todas mis protestas no produjeron ningún efecto sobre Queequeg, me vi obligado a avenirme; y, consecuentemente, me preparé a atender este asunto con una suerte de urgente y decidida energía y vigor, que debería dejar rápidamente solucionada esa pequeña cuestión sin importancia. Temprano a la mañana siguiente, dejando a Queequeg encerrado con Yojo en nuestro pequeño dormitorio… pues ese día parecía ser para Queequeg y Yojo alguna especie de Cuaresma o Ramadán, o día de ayuno, mortificación y oración (*en qué modo* nunca lo pude averiguar, pues, a pesar de que me apliqué a ello varias veces, nunca pude comprender sus liturgias y XXXIX artículos[23]), dejando, pues, a Queequeg ayunando con su pipa-*tomahawk*, y a Yojo calentándose en su fuego oferente de virutas, me marché a dar una vuelta entre los barcos. Tras muy prolongado vagar y muchas desorientadas pesquisas, supe que había tres barcos listos para expediciones de tres años: el *Madre del Diablo*, el *Bocadito* y el *Pequod. Madre del Diablo* no sé de qué viene; *Bocadito* es evidente; *Pequod*, sin duda recordaréis, era el nombre de una celebrada tribu de indios de Massachusetts, ahora extinta, como los antiguos medos. Escudriñé y escruté alrededor del *Madre del Diablo*; desde él salté al *Bocadito*; y finalmente, al subir a bordo del *Pequod*, le eché un momento un vistazo alrededor y decidí entonces que éste precisamente era el barco apropiado para nosotros.

Por lo que a mí se me alcanza, puede que en vuestros días vierais muchas naves notables… lugres de proa chata, gigantescos juncos japoneses, galeotas cuadradas, y demás; pero aceptad mi palabra, nunca visteis navío tan viejo y extraño como este mismo viejo y extraño *Pequod*. Era un barco de la vieja escuela, más bien pequeño, si acaso; con una apariencia de mueble de pata de garra pasado de moda. Largamente curado y teñido por las inclemencias de los tifones y las calmas de los cuatro océanos, la complexión de su viejo casco se había curtido lo mismo que la de un viejo granadero francés, que tanto ha combatido en Egipto como en

Siberia. Su venerable proa parecía barbada. Sus mástiles… cortados en alguna parte de la costa del Japón, donde los originales se perdieron por la borda en una galerna… sus mástiles se erigían tiesos como las columnas vertebrales de los tres viejos reyes de Colonia. Sus vetustas cubiertas estaban desgastadas y alabeadas, como la losa de peregrinos venerada en la catedral de Canterbury, donde Becket vertió su sangre. Pero a todas estas remotas antigüedades suyas se añadían nuevos y maravillosos elementos vinculados a la feroz actividad a la que se había dedicado durante más de medio siglo. El viejo capitán Péleg, su primer oficial durante muchos años —antes de que comandara otra nave de su propiedad —, y ahora marino retirado y uno de los principales propietarios del *Pequod*… este viejo Péleg, durante el periodo en que había sido su primer oficial, había incrementado su original naturaleza grotesca, y lo había taraceado todo él con una excentricidad, tanto en la materia como en el artificio, por nada igualada, excepto, quizá, por el escudo o el cabecero tallado de Thorkill-Hake. Estaba aparejado como cualquier bárbaro emperador etíope, su cuello cargado de colgantes de marfil pulido. Era objeto de despojos de vencedor. Un navío caníbal, que se adornaba con los huesos de sus enemigos capturados. A todo su alrededor, sus abiertas amuradas sin panelar, como una quijada continua, estaban decoradas con los grandes dientes afilados del cachalote, allí insertados a modo de cabillas a las que sujetar sus viejos ligamentos y tendones de cáñamo. Esos ligamentos no corrían a través de motones de madera terrestre, sino que, expeditos, pasaban sobre roldanas de marino marfil. Desdeñando una rueda de torniquete en su venerado timón, mostraba allí una caña; y esa caña estaba tallada en una pieza de la larga y estrecha mandíbula inferior de su hereditario enemigo. El timonel que con esa caña gobernaba en una tempestad se sentía como el tártaro cuando retiene su feroz corcel haciendo presa en su quijada. ¡Un noble navío, pero en cierto modo uno de lo más melancólico! Todo lo noble está de eso tocado.

Ahora bien, cuando busqué por el alcázar a alguien que tuviera autoridad, con objeto de proponerme como candidato para la expedición, al principio no vi a nadie; pero no pude pasar por alto una especie de extraño cobertizo, o más bien tipi, erigido algo detrás del palo mayor.

Parecía sólo una construcción temporal, utilizada en puerto. Su forma era cónica, de unos diez pies de alto; construida con las enormes largas placas de negro hueso mimbreño que se obtienen de la parte media y superior de las mandíbulas de la ballena franca. Plantadas en la cubierta sobre su extremo ancho, un círculo de estas placas se entrelazaban, mutuamente inclinadas unas sobre otras, y en el ápice se unían en un remate peludo, en el que las fibras capilares sueltas oscilaban de un lado a otro, como el penacho de la cabeza de algún viejo *sachem* pottowattamie[24]. Una abertura triangular daba hacia la proa del barco, de manera que el que estaba en el interior disfrutaba de una vista general hacia la parte anterior.

Y medio oculto en este extravagante habitáculo finalmente encontré a alguien que por su aspecto parecía tener autoridad; alguien que, al ser mediodía y estar interrumpidos los trabajos del barco, disfrutaba ahora del descanso de la carga del mando. Estaba sentado en una antigua silla de roble, toda ella ensortijada de curiosas tallas, y cuyo asiento estaba compuesto por un recio entrelazado del mismo material elástico del que estaba construida la cabaña india.

Nada había, quizá, que fuera muy particular en la apariencia del anciano que vi; era curtido y fornido, como la mayor parte de los marinos viejos, y se arropaba pesadamente en un capote azul de piloto cortado al estilo cuáquero; salvo que había una fina y casi microscópica red de las más menudas arrugas entrelazándose alrededor de los ojos, que debían de haber surgido de su continuo navegar en muchos temporales, y siempre mirando a barlovento… pues esto hace que se arruguen los músculos alrededor de los ojos. Esas arrugas de los ojos resultan muy eficaces al fruncir el ceño.

—¿Es éste el capitán del *Pequod*? —dije, avanzando hasta la puerta del cobertizo.

—Suponiendo que se tratara del capitán del *Pequod*, ¿qué es lo que vos demandáis de él? —preguntó.

—Estaba pensando embarcarme.

—Lo estabais, ¿lo estabais vos? Observo que no sois originario de Nantucket… ¿Habéis estado alguna vez en una lancha desfondada?

—No, señor, nunca.

—No sabéis nada en absoluto sobre la pesca de la ballena, oso decir… ¿eh?

—Nada, señor; aunque no albergo duda alguna de que aprenderé pronto. He hecho varios viajes en el servicio mercante, y creo que…

—Al diablo el servicio mercante. No mencionéis esa jerigonza. ¿Veis esa pierna?… Si alguna vez volvéis a hablarme del servicio mercante tendré que sacar esa pierna de vuestra popa. ¡Servicio mercante, decís! Supongo, además, que os sentís considerablemente orgulloso de haber servido en esos barcos mercantes. Pero, ¡palmas de ballena! Muchacho, ¿qué os hace desear ir en un ballenero, eh?… Parece un poco sospechoso, ¿eh?… ¿No habréis sido pirata?, ¿o sí lo fuisteis?… ¿No robaríais a vuestro último capitán?, ¿o sí lo hicisteis?… ¿No estaréis pensando en asesinar a los oficiales una vez os halléis en la mar?

Defendí mi inocencia en estas cuestiones. Observé que bajo la máscara de estas insinuaciones medio burlescas este viejo marino, como aislado cuáquero de Nantucket, estaba cargado de sus prejuicios insulares, y tendía a desconfiar de todos los extraños, a no ser que procedieran de cabo Cod o del Vineyard.

—Mas ¿qué os hace ir a la pesca de la ballena? Eso es lo que deseo saber antes de pensar en embarcaros.

—Bueno, señor, quiero saber qué es la pesca de la ballena. Quiero ver el mundo.

—Queréis saber qué es la pesca de la ballena, ¿eh? ¿Habéis echado un ojo al capitán Ajab?

—¿Quién es el capitán Ajab, señor?

—Sí, sí, eso me pareció. El capitán Ajab es el capitán de este barco.

—Estoy equivocado, entonces. Creí estar hablando con el capitán en persona.

—Estáis hablando con el capitán Péleg… con ése es con quien estáis hablando, joven. Nos corresponde a mí y al capitán Bildad cuidar de que el *Pequod* esté equipado para el viaje, y pertrechado de todas sus necesidades, incluyendo tripulación. Somos copropietarios y agentes. Mas, como iba a decir, si deseáis saber qué es la pesca de la ballena, como decís que deseáis, puedo poneros en camino de descubrirlo antes de que os

comprometáis a ello más allá de la posibilidad de rectificar. Echad un ojo al capitán Ajab, joven, y descubriréis que sólo tiene una pierna.

—¿Qué quiere decir, señor? ¿Fue perdida la otra por obra de una ballena?

—¡Perdida por obra de una ballena! Joven, acercaos: ¡fue devorada, masticada, triturada, por la más monstruosa parmaceti [25] que jamás una lancha astillas hiciera!… ¡Ja, ja!

Me alarmé un poco por su arranque, también, quizá, me afectó un poco el sentido pesar de su exclamación final, pero, con toda la calma que pude, dije:

—Lo que dice es, sin duda, totalmente cierto, señor; pero ¿cómo podía yo saber que existía una peculiar ferocidad en esa particular ballena, aunque, en efecto, pudiera haber inferido tanto así del simple hecho del accidente?

—Atended, joven; vuestros pulmones son de tipo fofo, ¿lo veis? No habláis con ningún mordiente. ¿*Seguro* que habéis navegado con anterioridad? ¿Estáis seguro?

—Señor —dije yo—, creo haberle dicho que había hecho cuatro viajes en el servicio…

—¡Acabad con eso! Recordad lo que dije del servicio mercante… no me incomodéis… no lo voy a admitir. Mas entendámonos. Os he proporcionado un indicio de lo que es la pesca de la ballena; ¿todavía os sentís atraídos por ella?

—Lo estoy, señor.

—Muy bien. Veamos: ¿sois vos el hombre que lanzaría un arpón a la garganta de una ballena viva y que luego saltaría tras él? ¡Responded, rápido!

—Lo soy, señor, si fuera positivamente indispensable hacerlo; no para ser aniquilado, quiero decir; que supongo que no es de lo que se trata.

—Bien de nuevo. Veamos ahora: ¿no deseabais ir a pescar ballenas sólo para descubrir por experiencia lo que es la pesca de la ballena, sino que también deseáis ir con objeto de ver el mundo? ¿No fue eso lo que dijisteis? Me pareció que era así. Bien está, id entonces allá y echad una

ojeada sobre la amura de barlovento, y volved después y decidme qué es lo que veis allí.

Durante un momento me quedé algo perplejo ante su curioso requerimiento, sin saber exactamente cómo tomármelo, si en broma o en serio. Pero, concentrando todas sus patas de gallo en un fruncido ceño, el capitán Péleg me hizo dirigirme al recado.

Al avanzar y mirar sobre la amura de barlovento me di cuenta de que el barco, borneando al ancla con la marea, estaba en ese momento señalando oblicuamente hacia el océano abierto. El panorama era ilimitado, pero excesivamente monótono y desabrido; sin la menor variedad, que yo viera.

—Bien, ¿cuál es el informe? —dijo Péleg cuando volví—, ¿qué habéis visto?

—No mucho —repliqué—, nada, excepto agua; aun así, un horizonte considerable, y se aproxima una tormenta, creo.

—Bien, ¿qué es lo que pensáis, entonces, acerca de ver el mundo? ¿Deseáis doblar el cabo de Hornos para ver algo más de él, eh? ¿No podéis ver el mundo desde donde estáis?

Quedé un poco tocado, pero a pescar ballenas había de ir, y lo haría; y el *Pequod* era tan buen barco como cualquiera —yo creía que el mejor—, y todo esto se lo repetí entonces a Péleg. Al verme tan decidido, expresó su disposición a enrolarme.

—Y podéis también firmar los papeles al momento —añadió—: seguidme —y así diciendo, me condujo bajo cubierta, a la cabina.

Sentado en el yugo estaba lo que me pareció una figura muy inusual y sorprendente. Resultó ser el capitán Bildad, que junto al capitán Péleg era uno de los principales propietarios del navío; las otras participaciones, como suele ser el caso en estos puertos, estaban en manos de un montón de rentistas: viudas, huérfanos y tutores judiciales, que poseían cada uno de ellos más o menos el valor del extremo de una cuaderna, o un pie de plancha, o uno o dos clavos del barco. Las gentes de Nantucket invierten su dinero en navíos balleneros del mismo modo que vosotros invertís el vuestro en bonos estatales garantizados, que aportan un buen interés.

Ahora bien, Bildad, lo mismo que Péleg y que de hecho muchos otros nativos de Nantucket, era un cuáquero, pues la isla había sido originalmente colonizada por esa secta; y hasta el día de hoy sus habitantes mantienen por lo general, en modo poco usual, las peculiaridades de los cuáqueros, aunque modificadas de anómala y variada manera por cuestiones completamente ajenas e impropias. Pues algunos de estos mismos cuáqueros son los más sanguinarios de todos los marineros y cazadores de ballenas. Son cuáqueros combatientes; cuáqueros rabiosos.

De forma que hay casos entre ellos de hombres que, bautizados con nombres bíblicos —una costumbre singularmente común en la isla—, y que en la niñez han embebido el altivamente dramático *vos* del habla cuáquera, a pesar de ello, de la audaz, arriesgada e ilimitada aventura de sus vidas posteriores, mezclan insólitamente con estas peculiaridades no olvidadas mil audaces rasgos de carácter no indignos de un rey del mar escandinavo o de un poético pagano romano. Y cuando estas características se unen en un hombre de fuerza natural considerablemente superior, con un cerebro globular y un corazón ponderal; que además, a causa del sosiego y el retiro de muchas largas guardias nocturnas en las aguas más remotas, y bajo constelaciones nunca vistas aquí en el norte, ha sido guiado a pensar de forma novedosa e independiente, recibiendo fresca toda impresión dulce o salvaje de la naturaleza desde su propio virginal, voluntario y confidente seno, y principalmente por ello, aunque también con cierta ayuda de fortuitas prerrogativas, a aprender un excelso lenguaje, inquieto y audaz… Ese hombre es único en el censo de toda una nación… una criatura de fasto poderoso, formada para nobles tragedias. Y no será para él un demérito, considerado dramáticamente, si, bien por nacimiento o por otras circunstancias, posee lo que aparenta ser una medio deliberada morbidez que predomina en el fondo de su naturaleza. Pues todos los hombres trágicamente grandes llegan a serlo por una cierta morbidez. Convenceos de esto, oh, joven ambición, toda mortal grandeza no es sino enfermedad. Mas de momento nosotros no tenemos que ocuparnos de alguien semejante, sino de otro muy distinto; y, aun así, un hombre que, aunque efectivamente peculiar, sólo es consecuencia de otra faceta del cuáquero, modificada por circunstancias individuales.

Como el capitán Péleg, el capitán Bildad era un pudiente ballenero retirado. Pero, a diferencia del capitán Péleg —a quien le importaba un comino lo que se llaman asuntos serios, e incluso consideraba esos asuntos serios la mayor de las pamplinas—, el capitán Bildad no sólo había sido educado originariamente según la facción más estricta del cuaquerismo de Nantucket, sino que toda su posterior vida oceánica, y la visión de muchas encantadoras y desvestidas criaturas isleñas, doblado Hornos… todo ello no había conmovido a este cuáquero nativo ni una sola pizca, no había siquiera alterado ni un solo pliegue de su indumentaria. Sin embargo, a pesar de toda esta inmutabilidad, en el loable capitán Bildad había cierta escasez de la normal coherencia. Aunque rehusando por escrúpulos de conciencia portar las armas contra invasores terrestres, él mismo había, sin embargo, invadido ilimitadamente el Atlántico y el Pacífico; y aunque enemigo jurado del derramamiento de sangre humana, había empero, en su levita de recto corte, derramado toneles y toneles de sangre de leviatán. La manera en que ahora, en el contemplativo ocaso de sus días, el piadoso Bildad reconciliaba estos hechos en la remembranza no la sé; pero no parecía preocuparle mucho, y muy probablemente hacía tiempo que había llegado a la juiciosa y sensata conclusión de que la religión de un hombre es una cosa, y este mundo concreto otra muy distinta. Este mundo paga dividendos. Ascendiendo desde pequeño mozo de cabina en pantalones cortos del más pardo paño a arponero en amplio chaleco de talle de pez; de ahí haciéndose jefe de lancha, primer oficial, y capitán, y finalmente armador, Bildad, como anteriormente apunté, había concluido su aventurera carrera retirándose totalmente de la vida activa a la aceptable edad de sesenta años, y dedicando sus restantes días a recibir tranquilamente sus bien ganados ingresos.

Ahora bien, Bildad, siento decirlo, tenía reputación de ser un incorregible viejo mezquino, y en sus días de surcar la mar un severo y duro patrón. Me contaron en Nantucket, aunque en verdad parece una historia peculiar, que cuando navegó en el viejo ballenero *Categut*, su tripulación, al arribar a puerto, fue en su mayor parte desembarcada al hospital, agotada y exhausta de dolor. Para ser hombre piadoso, y cuáquero en especial, ciertamente era más bien despiadado, por decir algo leve. No

obstante, nunca solía maldecir a sus hombres, dicen; aunque de algún modo obtenía de ellos una desmesurada suma de arduo trabajo, inmitigado y cruel. Cuando Bildad era primer oficial, tener su ojo pardo mirándote fijamente te hacía sentirte extremadamente nervioso, hasta que podías agarrar algo… un martillo o un pasador, y ponerte a trabajar como un loco en una u otra cosa, sin importar en qué. La indolencia y la ociosidad perecían ante él. Su propia persona era la exacta encarnación de su carácter utilitario. En su largo cuerpo magro no portaba carne en exceso, ni barba superflua, estando dotada su barbilla de una suave y austera pelusa, similar a la pelusa desgastada de su sombrero de ala ancha.

Tal era, pues, la persona que vi sentada en el yugo cuando, siguiendo al capitán Péleg, bajé a la cabina. El espacio entre cubiertas era pequeño; y allí, muy erguido, estaba sentado el viejo Bildad, que siempre se sentaba así, y nunca se inclinaba, y lo hacía así para no desgastar los faldones de su casaca. Su sombrero de ala ancha estaba colocado a su lado; sus piernas firmemente cruzadas; su vestimenta de paño abotonada hasta la barbilla; y con los lentes sobre la nariz parecía absorto en la lectura de un pesado volumen.

—Bildad —exclamó el capitán Péleg—, otra vez a ello, ¿eh, Bildad? Habéis estado estudiando esas Escrituras durante los últimos treinta años, que a mí se me alcance. ¿Hasta dónde habéis llegado, Bildad?

Como si llevara tiempo habituado a este profano modo de hablar de su viejo camarada de navío, Bildad, sin prestar atención a su irreverencia de ese momento, alzó quietamente la mirada y, al verme, miró de nuevo hacia Péleg de manera inquisitorial.

—Dice ser nuestro hombre, Bildad —dijo Péleg—, desea embarcarse.

—¿Lo deseáis vos? —dijo Bildad con tono hueco y volviéndose a mí.

—Lo *deseolo*[26] —dije yo inconscientemente, tan señaladamente cuáquero era él.

—¿Qué pensáis de él, Bildad? —dijo Péleg.

—Servirá —dijo Bildad, observándome, y luego siguió deletreando en su libro en un tono de murmurio bastante audible.

Pensé de él que era el cuáquero más extraño que había visto jamás, en especial dado que Péleg, su amigo y viejo camarada de barco, parecía

semejante energúmeno. Pero no dije nada, sólo miré a mi alrededor con atención. Péleg entonces abrió un cofre y, sacando los artículos del barco, colocó una pluma y tinta frente a sí, y se sentó ante una pequeña mesa. Yo empecé a pensar que ya iba siendo hora de acordar conmigo mismo en qué términos estaba dispuesto a comprometerme para la expedición. Sabía ya que en el negocio de la pesca de la ballena no pagaban salarios, sino que toda la tripulación, incluyendo al capitán, recibía ciertas participaciones de las ganancias llamadas *provechos*, y que estos provechos se establecían proporcionalmente al grado de importancia pertinente a las respectivas obligaciones de la dotación del barco. También sabía que, al ser un tripulante novato en la pesca de la ballena, mi propio provecho no sería muy extenso; pero considerando que estaba habituado al mar, podía timonear, ayustar un cabo y todas esas cosas, no dudaba de que, según todo lo que había escuchado, me deberían ofrecer al menos el doscientos setenta y cincoavo provecho… es decir, la doscientas setenta y cincoava parte del total de los beneficios netos de la expedición, sea lo que fuere que pudieran finalmente llegar a alcanzar. Y aunque el doscientos setenta y cincoavo provecho era más bien lo que llaman un *provecho largo*, no obstante era mejor que nada; y si teníamos una expedición afortunada, podría casi seguro pagar la ropa que iba a gastar en ella, sin contar con mis tres años de alimento y albergue, por los que no tendría que pagar ni un ardite.

Podría pensarse que era ésta una pobre manera de acumular una fortuna principesca… y en efecto lo era, una manera muy pobre. Pero yo soy de esos que nunca se alteran por fortunas principescas, y me considero satisfecho si el mundo está dispuesto a darme sustento y alojamiento mientras me hospedo bajo este desolado rótulo de La Nube del Trueno. En suma, pensaba que el doscientos setenta y cincoavo provecho sería más o menos lo justo, pero no me hubiera sorprendido si me hubieran ofrecido el doscientosavo, considerando que de constitución era ancho de hombros.

Mas, sin embargo, algo que me hizo recelar un poco de recibir una generosa participación en los beneficios fue esto: en tierra había oído hablar un poco de ambos, del capitán Péleg y de su inefable viejo colega Bildad; de cómo, al ser ellos los propietarios principales del *Pequod*, los

otros, y más inconsiderables y dispersos dueños, dejaban la casi entera dirección de los asuntos del barco a estos dos. Y sabía con seguridad que el viejo cicatero Bildad tendría mucho que decir respecto a enrolar a los tripulantes, especialmente tal como le encontraba ahora a bordo del *Pequod*, muy bien aposentado allí en la cabina, y leyendo la Biblia como si estuviera junto a su propia chimenea. Ahora bien, mientras Péleg trataba en vano de preparar una pluma con su navaja, el viejo Bildad, ante mi no pequeña sorpresa, considerando que él era una parte tan interesada en estos procedimientos… Bildad no nos prestaba ninguna atención, sino que seguía murmurando para sí de su libro:

—«No amontonéis para vos *provechos* en la tierra, donde hay polilla…».

—Bien, capitán Bildad —le interrumpió Péleg—, ¿qué decís?, ¿qué provecho le damos a este joven?

—Vos lo sabéis mejor —fue la sepulcral respuesta—, el setecientos setenta y sieteavo no sería excesivo, ¿no?… «Donde hay polilla y herrumbre que corroen. Amontonad más bien *provechos*…».

¡Menudo *provecho* —pensé yo— que me hace! ¡El setecientos setenta y sieteavo! Bien, viejo Bildad, estás empeñado en que yo, al menos, no disfrute del *provecho* de muchos *provechos* aquí abajo, donde hay polilla y herrumbre que corroen. Ése era, efectivamente, un excesivamente *largo provecho*; y aunque por la magnitud de la cifra pudiera en principio engañar a un hombre de tierra firme, no obstante, la más ligera indagación podrá mostrar que aunque setecientos setenta y siete es un número muy grande, aun así, cuando te pones a hacer un *avo* de él, observarás entonces, digo, que la setecientas setenta y siete parte de un ochavo es mucho menos que setecientos setenta y siete doblones de oro; y así lo pensé yo entonces.

—¡Pero condenados sean vuestros ojos, Bildad —gritó Péleg—, no querréis estafar a este joven! Tiene que llevarse más que eso.

—Setecientos setenta y siete —dijo de nuevo Bildad, sin levantar sus ojos; y entonces siguió murmurando—. «Porque donde esté tu provecho, allí estará también tu corazón».

—Le voy a apuntar al trescientosavo —dijo Péleg—, ¿me escucháis, Bildad? El trescientosavo provecho, digo.

Bildad dejó su libro, y volviéndose solemnemente hacia él dijo:

—Capitán Péleg, tenéis un corazón generoso; pero habéis de considerar la obligación que tenéis con los otros dueños de este barco, viudas y huérfanos muchos de ellos, y que si nosotros recompensamos abundantemente las labores de este joven, podríamos estar quitando el pan a esas viudas y a esos huérfanos. El setecientos setenta y sieteavo provecho, capitán Péleg.

—¡Vos, Bildad! —rugió Péleg, levantándose y revolviéndose por la cabina—. Condenado seáis, capitán Bildad. Si hubiera seguido vuestro consejo en estos asuntos, habría tenido ya antes una conciencia que arrastrar que sería lo suficientemente pesada como para hacer naufragar el mayor barco que jamás circunnavegó el cabo de Hornos.

—Capitán Péleg —dijo Bildad firmemente—, puede que vuestra conciencia desplace diez pulgadas de agua, o diez brazas, yo no lo puedo decir; pero, como seguís siendo hombre impenitente, capitán Péleg, temo muy mucho que vuestra conciencia no sea sino una conciencia que haga agua; y al final os hundirá, haciéndoos naufragar en el abismo ígneo, capitán Péleg.

—¡Abismo ígneo! ¡Abismo ígneo! Me insultáis, señor; me insultáis más alla de lo naturalmente soportable. Es un incendiario ultraje decirle a una criatura humana que va camino del Infierno. ¡Palmas de ballena y llamas! Bildad, como me digáis eso otra vez, me aflojáis las tuercas del alma, y yo… yo… sí, me trago una cabra viva con todo su pelo y cuernos. ¡Fuera de la cabina, vos, beatón, mortecino hijo de un tarugo… enfilad derecho!

Mientras tronaba esto, se lanzó sobre Bildad; pero, con una maravillosa, oblicua y deslizante celeridad, Bildad le esquivó por esta vez.

Alarmado ante aquel terrible arrebato entre los dos principales responsables dueños del barco, y sintiéndome medianamente inclinado a abandonar toda noción de navegar en un navío de propiedad tan cuestionable y mando tan precario, me aparté de la puerta para dejar paso a Bildad, que, no me cabía duda, todo él era deseo de desaparecer de delante de la avivada cólera de Péleg. Pero, ante mi sorpresa, se sentó de nuevo en el yugo muy lentamente, y no pareció tener la menor intención

de retirarse. Parecía bastante acostumbrado al impenitente Péleg y a su modo de actuar. En cuanto a Péleg, tras haber soltado su rabia como había hecho, no parecía que restara más en él, y también se sentó como un cordero, aunque se estremeció un poco, como si aún estuviera agitado por los nervios.

—¡Pfui! —silbó finalmente—, la galerna se ha alejado a sotavento, me parece. Bildad, vos solíais ser bueno afilando lanzas: reparad esta pluma, ¿queréis? Esta navaja mía necesita muela. Os lo agradezco; os lo agradezco, Bildad. Veamos, joven, vuestro nombre es Ismael, ¿no dijisteis eso? Bien, entonces, apuntado estáis aquí, Ismael, al trescientosavo provecho.

—Capitán Péleg —dije yo—, está conmigo un amigo que también quiere embarcarse; ¿le traigo mañana?

—Con toda seguridad —dijo Péleg—. Traédnoslo y le echaremos un vistazo.

—¿Qué provecho desea *él*? —gruñó Bildad, alzando la vista desde el libro en el que de nuevo se había estado enterrando.

—¡Ah! No os preocupéis de eso, Bildad —dijo Péleg—. ¿Ha ido a la pesca de la ballena alguna vez? —volviéndose a mí.

—Ha matado más ballenas que las que yo pueda contar, capitán Péleg.

—Bueno, pues traedle, entonces.

Y tras firmar los papeles, me marché; no dudando en absoluto haber hecho un buen trabajo matutino, ni que el *Pequod* fuera el mismísimo barco que Yojo había dispuesto para llevarnos a Queequeg y a mí en torno a Hornos.

Aunque no había ido lejos cuando comencé a darme cuenta de que el capitán con el que iba a navegar seguía aún desconocido para mí; por más que, en efecto, en muchos casos un barco ballenero estará totalmente equipado, y recibirá a toda su tripulación a bordo, antes de que el capitán se deje ver al llegar para tomar el mando; pues a veces estas expediciones son tan prolongadas, y los intervalos en el hogar, en tierra, tan extraordinariamente breves, que si el capitán tiene familia, o algún absorbente interés de ese tipo, él mismo no se ocupa mucho de su barco en puerto, sino que se lo deja a los dueños hasta que esté dispuesto para

zarpar. Aun así, siempre está bien echarle un vistazo antes de encomendarse irrevocablemente en sus manos. Volviendo atrás, abordé al capitán Péleg, preguntando dónde se podía encontrar al capitán Ajab.

—¿Y qué es lo que queréis del capitán Ajab? Todo está correcto; estáis enrolado.

—Sí, pero me gustaría verle.

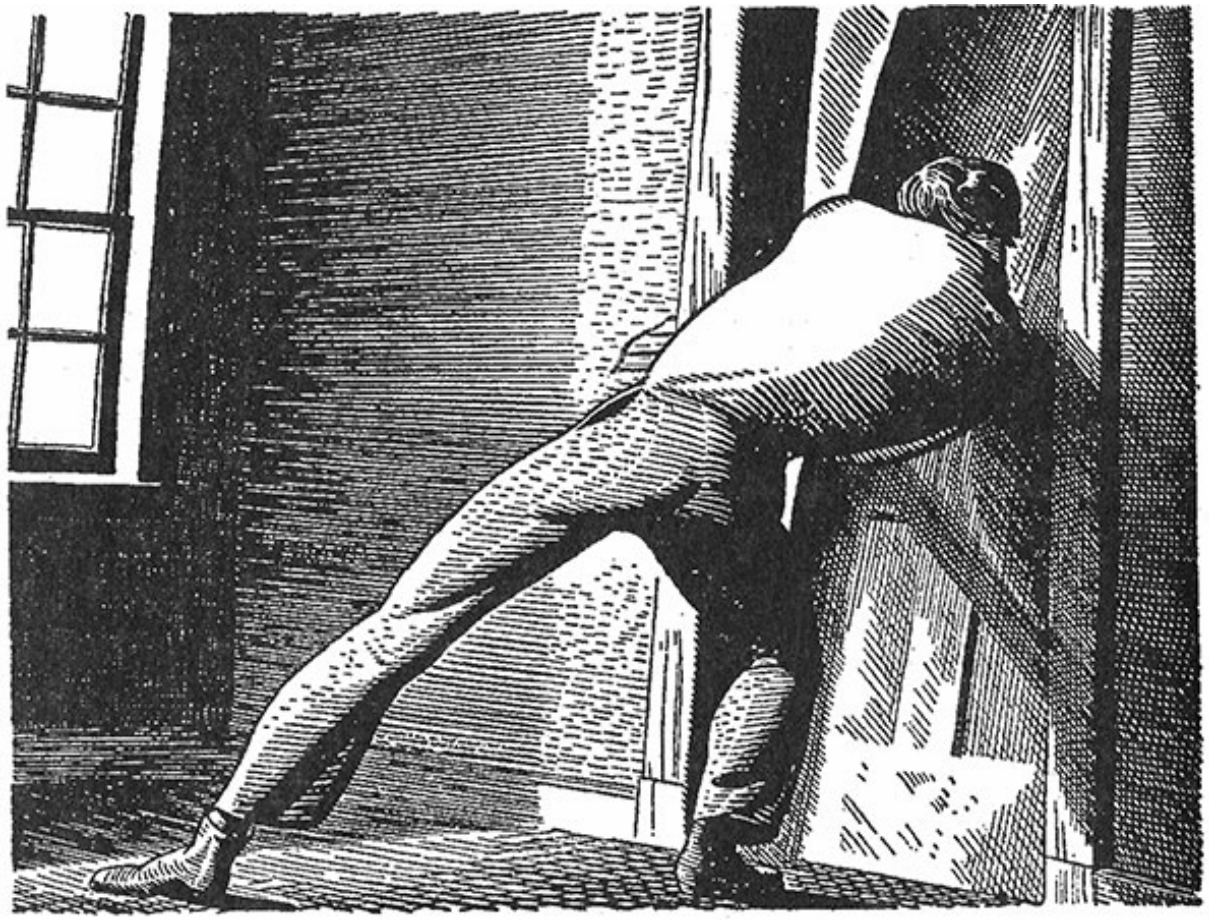
—Pero no creo que podáis hacerlo por el momento. No sé exactamente qué es lo que le ocurre, pero se queda encerrado en casa, como si estuviera enfermo, y sin embargo no lo parece. De hecho, no está enfermo; aunque no, tampoco está bien. De cualquier modo, joven, no siempre me recibe a mí, así que supongo que no lo hará con vos. Es un hombre extraño… el capitán Ajab… así lo piensan algunos, pero es buen hombre. Ah, os agradará lo suficiente; no temáis, no temáis. Es un espléndido hombre impío, semejante a un Dios. No habla mucho, pero cuando habla es mejor que escuchéis. Atended, estad prevenido: Ajab está por encima de lo común; Ajab ha estado en universidades, y también entre los caníbales; se ha familiarizado con prodigios más profundos que las olas; ha clavado su fogosa lanza en enemigos más poderosos y más extraños que las ballenas. ¡Su lanza, sí, que es la más afilada y precisa de todas las de nuestra isla! ¡Ah!, él no es el capitán Bildad, no, y tampoco es el capitán Péleg; *él es Ajab*, muchacho; ¡y el Ajab de la Antigüedad, ya sabéis, era un rey coronado!

—Y uno muy infame. Cuando mataron a ese malvado rey, los perros… ¿no lamieron los perros su sangre?

—Aproximaos aquí… aquí, aquí —dijo Péleg con una expresividad en sus ojos que casi me sobresaltó—. Atended, amigo: nunca digáis eso a bordo del *Pequod*. Nunca lo digáis en parte alguna. El capitán Ajab no se bautizó a sí mismo. Fue un capricho irracional e ignorante de su demente madre enviudada, que murió cuando él sólo tenía doce meses. Y, sin embargo, la anciana india Tistig, de Gay-head, dijo que el nombre, de alguna manera, resultaría profético. Y puede que otros chalados como ella os digan lo mismo. Deseo advertiros. Es mentira. Yo conozco bien al capitán Ajab; navegué con él como oficial hace años; sé lo que es… un buen hombre… no un buen hombre piadoso, como Bildad, sino un buen

hombre que maldice… más o menos como yo… sólo que en él hay mucho más. Sí, sí, sé que nunca fue muy jovial; y sé que durante el viaje de retorno estuvo una temporada un poco fuera de sus cabales; pero fueron los agudos e intensos dolores en su sangrante muñón los que provocaron aquello, como cualquiera podría apreciar. También sé que desde que en el último viaje perdió su pierna por esa maldita ballena, ha estado un poco taciturno… desesperadamente taciturno, y furioso a veces; pero eso pasará. Y de una vez por todas permitidme deciros y aseguraros, joven, que es mejor navegar con un buen capitán taciturno que con uno malo risueño. Así que adiós, os digo… y no ofendáis al capitán Ajab por darse la circunstancia de que tenga un nombre perverso. Además, muchacho, tiene una mujer… no lleva casado tres expediciones… una muchacha dulce y resignada. Pensad en ello; de esa dulce muchacha ese anciano tiene un hijo: ¿concebís vos, entonces, que pueda haber algo grave, irreparablemente dañino en Ajab? No, no, amigo mío; aunque esté herido y agostado, ¡Ajab tiene su humanidad!

Mientras me alejaba, iba absorto en reflexiones; lo que incidentalmente se me había revelado del capitán Ajab me llenaba de una cierta singular incertidumbre de sufrimiento a él referida. Y de alguna manera en ese momento sentía hacia él simpatía y pena, pero por qué no lo sé, a no ser que fuera por la cruel pérdida de su pierna. Y aun así también sentía un extraño temor hacia él; mas esa especie de temor, que en modo alguno puedo describir, no era exactamente temor; no sé lo que era. Pero lo sentía; y no me hacía inclinarme en su contra, sino que sentía impaciencia ante lo que parecía un misterio en él, a pesar de lo imperfectamente que me era entonces conocido. Sin embargo, mis pensamientos fueron finalmente llevados por otros derroteros, de tal manera que por el momento el oscuro Ajab se me fue de la cabeza.



CAPÍTULO XVII — EL RAMADÁN

Como el Ramadán, o ayuno y humillación de Queequeg, iba a continuar durante todo el día, opté por no molestarle hasta el caer de la noche; pues albergo el mayor de los respetos hacia las obligaciones religiosas de todos, por muy cómicas que sean, y no encontraría sitio en el corazón para menospreciar ni siquiera a una congregación de hormigas que adoran a un sapo; ni a aquellas otras criaturas de ciertas zonas de nuestra tierra que, con un grado de servilismo completamente inaudito en otros planetas, hacen reverencias ante el torso de un terrateniente fenecido sólo por las desmesuradas posesiones todavía a su nombre, y a él arrendadas.

Digo yo que nosotros, buenos cristianos presbiterianos, deberíamos ser caritativos en estas cosas, y no creernos tan enormemente superiores a

otros mortales, paganos o no paganos, a causa de sus extravagantes pareceres en estos asuntos. Ahí estaba ahora Queequeg, ciertamente sosteniendo las nociones más absurdas sobre Yojo y su Ramadán… pero ¿y qué? Queequeg pensaba que sabía lo que hacía, supongo; parecía estar contento; y que ahí quede en paz. Todo lo que discutamos con él no servirá para nada; dejadle en paz, digo: y que el Cielo tenga piedad de todos nosotros —tanto presbiterianos como paganos—, pues todos en cierto modo estamos terriblemente mal de la cabeza, y lamentablemente necesitamos arreglo.

Al anochecer, cuando estuve seguro de que todas sus celebraciones y rituales debían haber terminado, subí a su habitación y llamé a la puerta; pero no hubo respuesta. Traté de abrirla, pero estaba cerrada por dentro.

—Queequeg —dije suavemente, a través del ojo de la cerradura…

Todo en silencio.

—¡Queequeg, escucha! ¿Por qué no hablas? Soy yo… Ismael.

Pero todo siguió tan callado como antes. Empecé a alarmarme. Le había dado tanto tiempo… pensé que quizá había sufrido una apoplejía. Miré por el ojo de la cerradura; pero como la puerta abría a una especie de rincón de la habitación, el panorama del ojo de la cerradura no era sino una vista tortuosa y adversa. Sólo podía ver parte del pie de la cama y una línea de la pared, pero nada más. Me sorprendió observar, apoyado contra la pared, el ástil de madera del arpón de Queequeg, que la patrona le había quitado la noche anterior, antes de subir al cuarto. Es extraño, pensé; pero en cualquier caso, como el arpón está allí, y él nunca o casi nunca sale sin él, debe, por tanto, estar aquí dentro, sin posibilidad de error.

—¡Queequeg!… ¡Queequeg!…

Todo callado.

Algo debe haber ocurrido. ¡Apoplejía! Traté de derribar la puerta; pero resistió firmemente. Bajé corriendo las escaleras y rápidamente expuse mis aprensiones a la primera persona que encontré… la doncella.

—¡Huy! ¡Huy! —gritó—. Me pareció que algo debía de pasar. Fui a hacer la cama después del desayuno, y la puerta estaba cerrada; no se oía ni una mosca. Y desde entonces ha estado exactamente igual de silencioso. Pero yo pensé: puede ser que los dos se hayan ido y dejado cerrado el

equipaje para tenerlo a salvo. ¡Huy! ¡Huy, señora!… ¡Ama! ¡Homicidio! ¡Señora Hussey! ¡Apoplejía!…

Y con estos gritos salió corriendo hacia la cocina, y yo tras ella.

Pronto apareció la señora Hussey, con un tarro de mostaza en una mano y una vinagrera en la otra, al haber interrumpido en ese momento la ocupación de disponer las angarillas, y de regañar mientras tanto a su pequeño mozo negro.

—¡La leñera! —grité yo—. ¿Cómo se va a la leñera? Corred, por amor de Dios, y traed algo para forzar la puerta… ¡El hacha!… ¡El hacha!… Le ha dado un ataque; ¡no puede ser otra cosa!…

Y así diciendo, apresurándome estaba de nuevo desordenamente escaleras arriba con las manos vacías, cuando la señora Hussey interpuso el tarro de mostaza y la vinagrera, y las angarillas enteras de su semblante.

—¿Qué es lo que le ocurre, joven?

—¡Traed el hacha! ¡Por el amor de Dios, que alguien busque al médico mientras fuerzo la puerta!

—Atended —dijo la patrona, dejando rápidamente la vinagrera, para tener una mano libre—; atended: ¿estáis hablando de forzar una de mis puertas? —y al decirlo me cogió el brazo—. ¿Qué es lo que os pasa? ¿Qué es lo que os pasa, marinero?

Del modo más calmado, aunque el más rápido posible, le expliqué la totalidad del caso. Ella rumió un instante, llevándose inconscientemente la vinagrera a un lado de su nariz; entonces exclamó…

—¡No! No lo he visto desde que lo puse ahí.

Corrió hasta un pequeño armario bajo el rellano de las escaleras, miró dentro y, al volver, me dijo que faltaba el arpón de Queequeg.

—¡Se ha matado! —gritó—. Es otra vez de nuevo el infortunado Stiggs… otro cubrecama perdido… ¡Que Dios tenga piedad de su pobre madre!… Será la ruina de mi casa. ¿Tiene alguna hermana el pobre muchacho? ¿Dónde está esa chica?… Eh, Betty, ve a Snarles, el pintor, y dile que me pinte un letrero, que diga… «no se permiten suicidios en la casa», y «no fumar en el salón…»: bien puedo matar ambos pájaros a la vez. ¿Matar? ¡Que el Señor se apiade de su fantasma! ¿Qué es ese ruido? ¡Vos, joven, deteneos!

Y, corriendo tras de mí, me atrapó cuando de nuevo estaba intentando violentar la puerta.

—No voy a permitirlo; no voy a dejar que deterioren mis propiedades. Id a buscar al cerrajero, hay uno a una milla de aquí. Aunque, ¡alto ahí! —metiendo una mano en su bolsillo lateral—, aquí hay una llave que servirá, supongo; veamos.

Diciendo lo cual, la giró en la cerradura; pero, ¡ay!, el pestillo suplementario de Queequeg no estaba descorrido por dentro.

—Hay que reventarla —dije yo, y estaba distanciándome un poco por el vestíbulo para tomar carrerilla, cuando la patrona me atrapó, de nuevo instándome a que no rompiera su propiedad; pero yo me zafé de ella, y con repentino impulso del cuerpo me lancé de lleno contra el objetivo.

La puerta se abrió haciendo un ruido prodigioso, y el picaporte, al golpear contra la pared, lanzó yeso hasta el techo; y allí, ¡Cielos!, allí estaba sentado Queequeg, completamente impávido y sereno; exactamente en el centro de la habitación, sentado sobre sus talones, y con Yojo colocado sobre su cabeza. No miraba ni a un lado ni al otro, sino que estaba sentado como una imagen tallada, sin apenas signo alguno de vida activa.

—Queequeg —dije yo, acercándome a él—, Queequeg, ¿qué es lo que te pasa?

—No habrá estado sentado así todo el día, ¿no? —dijo la patrona.

Pero, por mucho que dijéramos, ni una palabra podíamos extraer de él; yo estuve a punto de tumbarle de un empujón, para así cambiar su postura, pues era casi insoportable, de tan dolorosa y antinaturalmente forzada que parecía; en especial, dado que, con toda probabilidad, había estado sentado de esa manera hasta ocho o diez horas, además pasándose sin sus comidas cotidianas.

—Señora Hussey —dije yo—, en cualquier caso está *vivo*; así que déjenos, por favor, que yo me ocuparé de este extraño asunto por mí mismo.

Cerrando la puerta tras la patrona, me esforcé por convencer a Queequeg para que cogiera una silla; pero en vano. Ahí estaba sentado; e hiciera yo lo que hiciera… con todas mis corteses mañas y todos mis

halagos… no movía ni un dedo, ni decía una sola palabra, ni siquiera me miraba, ni percibía mi presencia en la menor de las maneras.

Me pregunto, pensé yo, si es posible que esto pueda formar parte de su Ramadán; ¿ayunarán sentados sobre sus talones de esa manera en su isla nativa? Debe ser así; sí, es parte de su credo, supongo. Bien, entonces dejémosle descansar, más tarde o más temprano se levantará, no cabe duda. No puede durar para siempre, gracias a Dios, y su Ramadán sólo se produce una vez al año; además, no creo que sea con mucha puntualidad.

Me bajé a cenar. Tras un gran rato sentado escuchando las largas historias de unos marineros que acababan de llegar de una expedición pudin, tal como ellos la llamaban (es decir, un corto viaje ballenero en una goleta o bergantín, circunscrito al norte del ecuador, y sólo en el océano Atlántico); después de escuchar a estos pudineros hasta casi las once, subí las escaleras para ir a la cama, bastante seguro de que para entonces Queequeg, ciertamente, debía haber concluido su Ramadán. Mas no; ahí estaba, exactamente donde le había dejado; no se había movido ni una pulgada. Empecé a sentirme molesto con él: tan completamente demente y sin sentido parecía estar sentado allí, sobre sus talones, todo el día y la mitad de la noche, en una habitación fría y sosteniendo un trozo de madera en la cabeza.

—Por amor de Dios, Queequeg, levanta y desperézate; levántate y cena algo. Te morirás de hambre, te matarás, Queequeg —pero no respondía palabra.

Dejándolo, consecuentemente, por imposible, decidí irme a la cama y dormir, sin duda, él me seguiría antes de que transcurriera un gran rato. Aunque previamente a retirarme cogí mi pesada cazadora de piel de oso y se la puse por encima, ya que prometía ser una noche muy fría, y él no tenía nada encima excepto su chaqueta normal de entretiempo. Durante cierto rato, hiciera lo que hiciera, no podía conciliar el menor letargo. Había soplado la vela; y la mera idea de Queequeg sentado allí —a menos de cuatro pies de distancia—, en aquella incómoda posición, completamente solo en el frío y la oscuridad, aquello me hacía sentirme verdaderamente desdichado. Pensadlo, ¡toda la noche durmiendo en la

misma habitación con un pagano completamente despierto, sentado sobre sus talones en aquel desolado, incomprensible Ramadán!

Pero de algún modo, finalmente caí en el sueño, y no supe nada más hasta que rompió el día; momento en que, al mirar sobre el borde de la cama, allí estaba Queequeg sentado sobre sus talones, como si le hubieran atornillado al suelo. Pero tan pronto como el primer atisbo de sol entró por la ventana, se levantó, con las articulaciones rígidas y chirriantes, aunque con aspecto jovial; fue cojeando hacia donde yo estaba tumbado; apoyó su frente contra la mía; y dijo que su Ramadán había terminado.

Ahora bien, como indiqué antes, no tengo objeción alguna a la religión de cualquier persona, sea la que sea, siempre que esa persona no mate o insulte a cualquier otra persona porque esa otra persona no la profese también. Pero cuando la religión de un hombre se hace verdaderamente desvariada; cuando es un verdadero tormento para él; y, en concreto, hace de esta tierra nuestra una incómoda posada en la que alojarse, entonces creo que ha llegado el momento de llevar aparte a ese individuo y discutir el asunto con él.

Y eso mismo hice ahora con Queequeg.

—Queequeg —dije yo—, ahora métete en la cama, túmbate y escucha.

Entonces continué, comenzando con la aparición y evolución de las religiones primitivas, y llegando a las distintas religiones de la actualidad, durante lo cual me esforcé por enseñarle a Queequeg que todas esas cuaresmas, ramadanes y prolongadas sesiones de sentarse sobre los talones en frías y desangeladas estancias eran puro dislate: malo para la salud, inútil para el alma; brevemente, contrario a las obvias leyes de la higiene y el sentido común. Le dije, también, que siendo él en otras cosas un salvaje tan extremadamente sensible y sagaz, me apenaba, me apenaba extraordinariamente verle ahora tan deplorablemente necio con respecto a ese ridículo Ramadán suyo. Además, argumentaba, el ayuno hace que el cuerpo decaiga; por tanto, el espíritu decae; y todos los pensamientos surgidos de un ayuno deben necesariamente ser medio famélicos. Ésta es la razón por la que la mayor parte de los dispépticos santurrones abrigan unas nociones tan melancólicas sobre sus más allás. En una palabra, Queequeg, le dije, más bien divagadoramente: el Infierno es una idea

surgida originalmente de un *dumpling* de manzana mal digerido; y perpetuada desde entonces a través de las hereditarias dispepsias nutridas por ramadanes.

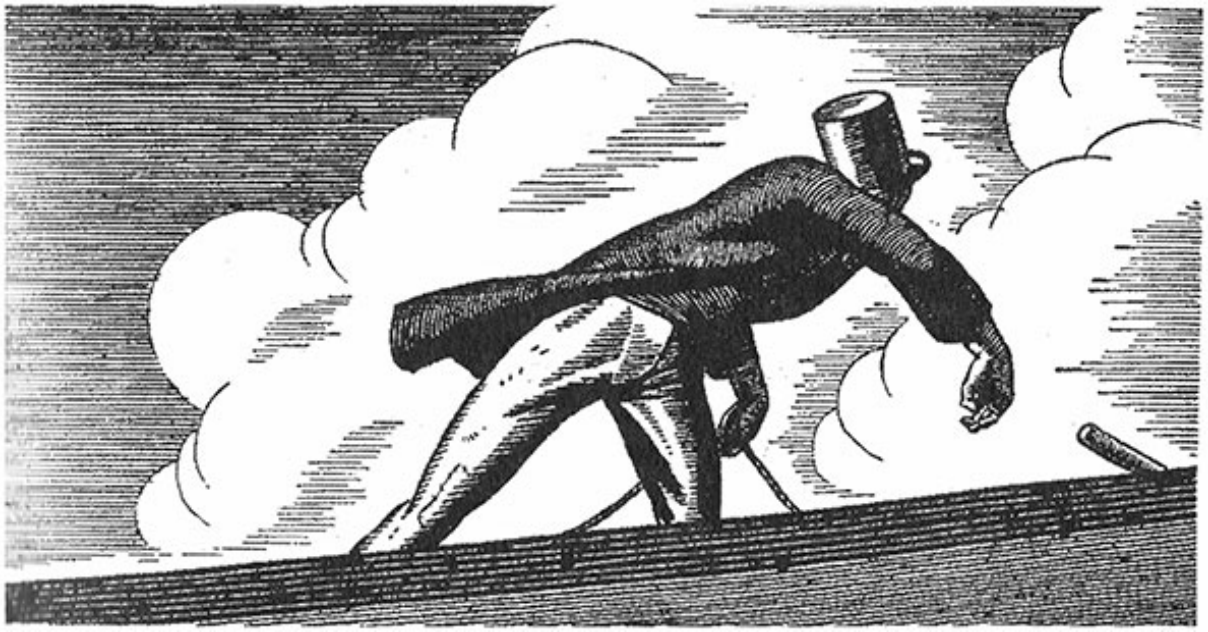
Le pregunté entonces a Queequeg si él mismo alguna vez tenía problemas de dispepsia, expresando la idea muy claramente, de manera que pudiera comprenderla. Dijo que no: sólo en una memorable ocasión. Fue después de una gran fiesta ofrecida por su padre el rey, al vencer en una gran batalla en la que cincuenta de los enemigos habían sido muertos antes de las dos de la tarde, y todos cocinados y comidos esa misma noche.

—Basta ya, Queequeg —dije yo, temblando—, con eso es suficiente — pues conocía las inferencias sin que él las refiriera más.

Yo había visto a un marinero que había visitado esa misma isla, y me había dicho que era costumbre, cuando allí se había vencido en una gran batalla, hacer con todos los muertos una barbacoa en el patio o jardín del vencedor; y después, uno a uno, se les colocaba en grandes tablas de trinchar, con guarnición alrededor, como un *pilau*, con frutos del árbol del pan y cocos, y con algo de perejil en la boca, se distribuían con los saludos del vencedor a todos sus amigos, exactamente lo mismo que si estos obsequios fueran tantos pavos de Navidad.

En definitiva, no creo que mis observaciones sobre la religión causaran mucha impresión en Queequeg. Pues, en primer lugar, de algún modo pareció escasamente atento a este importante asunto, a no ser que se considerara desde su punto de vista; y, en segundo lugar, no me entendía más de un tercio de lo que yo decía, por mucho que yo arropara mis ideas lo más simplemente que podía; y, finalmente, sin duda él pensaba que sabía muchísimo más sobre la verdadera religión de lo que sabía yo. Me miró con una suerte de condescendiente preocupación y lástima, como si pensara que era una gran desgracia que un joven tan sensible pudiera estar tan irremisiblemente perdido para la evangélica piedad pagana.

Finalmente nos levantamos y nos vestimos; y tomando Queequeg un desayuno prodigiosamente abundante en *chowders* de todo tipo, para que la patrona no pudiera sacar mucha ganancia con motivo de su Ramadán, salimos a abordar el *Pequod*, dando de paso una vuelta, y hurgándonos los dientes con espinas de halibut.



CAPÍTULO XVIII SU MARCA

Mientras caminábamos por el final del muelle hacia el barco, Queequeg arpón en mano, el capitán Péleg nos saludó desde su tipi en voz alta, con su áspero tono, diciendo que no había sospechado que mi amigo fuera un caníbal, y anunciando, además, que no permitía caníbales a bordo de ese navío, a no ser que aportaran previamente sus papeles.

—¿Qué quiere decir con eso, capitán Péleg? —dije yo, saltando a la borda y dejando a mi camarada de pie en el muelle.

—Quiero decir —replicó— que debe mostrar sus papeles.

—Sí —dijo el capitán Bildad con su voz hueca, sacando su cabeza del tipi desde detrás de la de Péleg—. Debe demostrar que está convertido. Hijo de la oscuridad —añadió, volviéndose a Queequeg—, ¿estáis vos en el momento presente en comunión con alguna Iglesia cristiana?

—Claro —dije yo—, es miembro de la Primera Iglesia Congregacional.

Sea aquí dicho que muchos salvajes tatuados que navegan en barcos de Nantucket finalmente llegan a convertirse a las iglesias.

—¡La Primera Iglesia Congregacional —gritó Bildad—, caramba!, ¿la que celebra el culto en la casa de reunión del diácono Deuteronomio Coleman?

Diciendo lo cual, se quitó los lentes, los frotó con su gran pañuelo amarillo estampado y, poniéndoselos muy cuidadosamente, salió del tipi e inclinándose, tieso, sobre la amurada, echó una larga ojeada a Queequeg.

—¿Cuánto tiempo ha sido miembro? —dijo entonces, volviéndose a mí—. No mucho, diría yo, joven.

—No —dijo Péleg—, y tampoco ha sido bautizado correctamente, o se le habría lavado de la cara parte de ese azul del Diablo.

—Decidme ahora mismo —gritó Bildad—, ¿es este filisteo un miembro habitual de la reunión del diácono Deuteronomio? Nunca le vi ir allí, y paso delante cada día del Señor.

—Yo no sé nada del diácono Deuteronomio o de su reunión —dije yo —, todo lo que sé es que aquí, Queequeg, es miembro nato de la Primera Iglesia Congregacional. Él mismo es diácono, Queequeg lo es.

—Joven —dijo Bildad gravemente—, vos estáis tomándome el pelo… Explicaos, joven hitita. ¿Qué iglesia queréis decir? Contestadme.

Viéndome tan duramente acosado, contesté.

—Quiero decir, señor, la misma antigua Iglesia católica a la que vos y yo, y aquí el capitán Péleg, y aquí Queequeg, y todos nosotros, y cada alma nuestra e hijo de vecino, pertenece; la grande e imperecedera Primera Congregación de este entero mundo venerador. Todos pertenecemos a ésa, sólo que algunos de nosotros nos aferramos a ciertos raros resabios en modo alguno pertinentes a la grandiosa creencia; en *ésa* todos unimos las manos.

—Ayustar, vos quisisteis decir *ayustar* las manos —gritó Péleg, acercándose—. Joven, mejor sería que os embarcarais como misionero, en lugar de como tripulante de a pie; nunca escuché mejor sermón. El diácono Deuteronomio… qué digo, el propio padre Mapple no podría hacerlo mejor, y se le considera alguien. Subid a bordo, subid a bordo; no os preocupéis de los papeles. Digo yo, decidle ahí a *Quohog*… ¿qué es eso que le llamáis?, decidle a *Quohog* que venga con nosotros. Por la gran ancla, ¡menudo arpón que tiene! Parece buen material ése; y parece que lo

maneja bien. Digo, *Quohog*, o como sea vuestro nombre, ¿alguna vez estuvisteis en la proa de una lancha ballenera?, ¿alguna vez acertasteis a un pez?

Sin decir una palabra, Queequeg saltó a su salvaje manera sobre la amurada, desde allí a la proa de una de las lanchas balleneras que pendían al costado; y afirmando entonces su rodilla izquierda, y balanceando su arpón, gritó algo más o menos como esto:

—Capitán, ¿tú ver pequeña gota brea en agua ella allí? ¿Ver? Bien, suponer ella un ojo ballena, bien, ¡diana!

Y apuntando derecho a ella lanzó el hierro justo por encima del ala ancha del viejo sombrero de Bildad, limpiamente a través de la cubierta del barco, y dio en la refulgente mancha de brea haciéndola desaparecer.

—Ahora —dijo Queequeg recogiendo tranquilamente la estacha— suponer ella ojo ballena-i; bueno, ballena esa muerta.

—Rápido, Bildad —dijo Péleg a su socio, que, aterrorizado ante la cercana vecindad del arpón volador, se había retirado hacia el portalón de la cabina—. Daos prisa, digo, vos, Bildad, y traed los papeles del barco. Debemos hacernos aquí con Gorgojo, quiero decir *Quohog*, para una de nuestras lanchas. Mirad, *Quohog*, os daremos el nonagésimo provecho, y eso es más de lo que nunca se dio a un arponero que zarpara de Nantucket.

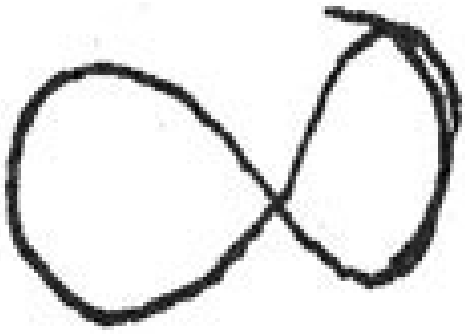
Así que abajo fuimos a la cabina y, para mi gran contento, Queequeg fue pronto enrolado en la propia compañía de barco a la que yo mismo pertenecía.

Cuando finalizamos todos los preliminares y Péleg hubo dispuesto todo para firmar, se giró hacia mí y dijo:

—Supongo que aquí *Quohog* no sabe escribir, ¿o sí? Digo, *Quohog*, ¡espabilad!: ¿firmáis con vuestro nombre o hacéis vuestra marca?

Mas, ante esta pregunta, Queequeg, que había participado antes dos o tres veces en similares ceremonias, no pareció en modo alguno avergonzado; sino que, tomando la pluma que le ofrecían, copió sobre el papel, en el lugar apropiado, una extraña figura redonda que estaba tatuada en su brazo; de manera que, dado el obstinado error del capitán Péleg tocante a su apelativo, quedó algo semejante a esto:

Quohog su marca



Mientras tanto, el capitán Bildad permaneció sentado, observando firme y seriamente a Queequeg, y levantándose finalmente de modo solemne y hurgando en los enormes bolsillos de su levita gris de anchos faldones, extrajo un montón de folletos; y seleccionando uno titulado «El advenimiento del día final, o no hay tiempo que perder», lo puso en las manos de Queequeg, y tomando entonces éstas y el libro con ambas suyas, le miró gravemente a los ojos y dijo:

—Hijo de la oscuridad, debo cumplir mi deber con vos; soy propietario parcial de este barco, y me siento responsable de las almas de toda su tripulación; si vos todavía os aferrarais a vuestras costumbres paganas, lo que tristemente me temo, os lo suplico, no seáis por siempre un siervo de Belial. Expulsad al ídolo Bel, y al espantoso dragón; alejaos de la ira que vendrá; estad atento, os digo; ¡oh, gracia bondadosa!, ¡apartaos del pozo ardiente!

Algo del salado mar persistía aún en el lenguaje del viejo Bildad, mezclado de manera heterogénea con frases locales y escriturarias.

—Alto ahí, alto ahí, Bildad, dejad ya de malcriar a nuestro arponero —gritó Péleg—. El arponero pío nunca resulta ser buen expedicionario… les priva del escualo que hay en ellos; un arponero que no sea suficientemente

escualo no vale ni una brizna. Ahí tenéis a Nat Swaine, en un tiempo el más valeroso jefe de lancha de todo Nantucket y del Vineyard; se unió a la congregación y no volvió a hacer nada. Se preocupaba tanto de su fastidiosa alma, que se arrugaba y se apartaba de las ballenas por temor a los coletazos traseros, no fuera a ser que le desfondaran y se largara donde Davy Jones[27].

—¡Péleg! ¡Péleg! —dijo Bildad, alzando sus ojos y sus manos—, vos mismo, al igual que yo mismo, habéis vivido muchos momentos peligrosos; vos sabéis, Péleg, lo que es tener miedo a la muerte; cómo, entonces, podéis dar voces de esta impía manera. Contrariáis vuestro propio corazón, Péleg. Decidme, cuando este mismísimo *Pequod* perdió por la borda sus tres mástiles en aquel tifón en Japón, aquella misma expedición en la que vos fuisteis de oficial con el capitán Ajab, ¿no pensasteis vos entonces en la muerte y en el Juicio Final?

—¡Escuchadle, escuchadle ahora —gritó Péleg, yendo de un lado al otro de la cabina y hundiendo sus manos muy hondo en sus bolsillos—… escuchadle todos vosotros! ¡Imaginaos! ¡Cuando a cada momento pensábamos que el barco se hundiría! ¿La muerte y el Juicio Final entonces? ¿Qué? Con los tres mástiles haciendo tal sempiterno tronar contra el costado; y todos los mares rompiendo sobre nosotros a proa y a popa. ¿Pensar en la muerte y el Juicio Final entonces? ¡No! No había tiempo para pensar en la muerte entonces. En la vida era en lo que el capitán Ajab y yo estábamos pensando; y en cómo salvar a toda la tripulación… Cómo armar bandolas… Cómo llegar al puerto más cercano; eso es en lo que estaba pensando.

Bildad no dijo más, sino que, abotonándose la levita, salió malhumorado a cubierta, a donde le seguimos. Allí permaneció, supervisando muy quieto a unos veleros que reparaban una vela de gavia en el combés. De vez en cuando se agachaba a recoger un retal o a guardar una punta de bramante embreada que de otro modo se hubiera perdido.

CAPÍTULO XIX — EL PROFETA

—¿Os habéis enrolado en ese barco, compañeros?

Queequeg y yo acabábamos de dejar el *Pequod*, y caminábamos alejándonos del agua, cada uno momentáneamente ocupado con sus propios pensamientos, cuando las anteriores palabras nos fueron expresadas por un extraño que, deteniéndose ante nosotros, balanceó su grueso índice hacia el navío en cuestión. Iba pobremente vestido, con una chaqueta desvaída y pantalones zurcidos; un pingajo de pañuelo negro ataviaba su cuello. Sobre su rostro había fluido una viruela pustulosa, y lo había dejado como el intrincado lecho fluvial de un torrente cuando las vertiginosas aguas se han secado.

—¿Os habéis enrolado en él? —repitió.

—Quieres decir el navío *Pequod*, supongo —dije yo, tratando de ganar algo más de tiempo para echarle un vistazo ininterrumpido.

—Sí, el *Pequod*… ese barco de ahí —dijo, echando hacia atrás su brazo entero y desplegándolo entonces rápidamente ante sí, con la

bayoneta calada de su dedo perfectamente apuntada al objetivo.

—Sí —dije yo—, acabamos de firmar los artículos.

—¿Ponía allí algo sobre vuestras almas?

—¿Sobre qué?

—Ah, quizá es que no tenéis de eso —dijo rápidamente—. Aunque no importa, conozco muchos tipos que no tienen… Buena suerte les deseo; y mejor les va así. Un alma es una especie de quinta rueda para una carreta.

—¿Sobre qué estás farfullando, compañero? —dije yo.

—*Él*, no obstante, tiene suficiente para compensar todas las deficiencias de esta clase en otros semejantes —dijo abruptamente el extraño, poniendo un nervioso énfasis en la palabra *él*.

—Queequeg —dije yo—, vamos; este tipo se ha escapado de alguna parte: está hablando de algo y de alguien que no conocemos.

—¡Alto! —gritó el extraño—. Dijisteis verdad… todavía no habéis visto a Viejo Trueno, ¿no?

—¿Quién es Viejo Trueno?

—El capitán Ajab.

—¡Qué! ¿El capitán de nuestro barco, el *Pequod*?

—Sí, entre nosotros, los marinos viejos, recibe ese nombre. No lo habéis visto aún, ¿no?

—No, no le hemos visto. Dicen que está enfermo, aunque está reponiéndose, y que dentro de poco estará otra vez bien.

—¡Otra vez bien dentro de poco! —se rio el extraño, con una especie de risa solemnemente desdeñosa—. Atended: cuando el capitán Ajab esté bien, entonces este brazo izquierdo mío estará bien; antes no.

—¿Qué sabes de él?

—¿Qué os han *dicho* de él? ¡Decid eso!

—Apenas dijeron nada de él; he oído solamente que es un buen cazador de ballenas, y un buen capitán para su tripulación.

—Eso es verdad, es verdad… Sí, ambas cosas son en verdad ciertas. Mas cuando da una orden tienes que brincar. Llegar y gruñir; gruñir e irse… Así es la letra con el capitán Ajab. Pero ¿nada sobre aquello que le pasó en aguas del cabo de Hornos, hace mucho, cuando estuvo tumbado, como muerto, durante tres días y tres noches; nada sobre esa mortal

reyerta con el español ante el altar en Santa?… No oísteis nada sobre eso, ¿eh? ¿Nada sobre la calabaza de plata en la que escupió? ¿Y nada sobre perder la pierna en la última expedición, de acuerdo con la profecía? No escuchasteis ni una palabra sobre tales asuntos y algunos otros, ¿eh? No, no creo que lo escucharais; ¿cómo podríais haberlo hecho? ¿Quién lo sabe? No todo Nantucket, supongo. Aunque, de cualquier manera, cabe en lo posible que hayáis escuchado contar algo sobre la pierna, y cómo la perdió; sí, habéis escuchado algo sobre ello, diría yo. Oh, sí, *eso* todo el mundo lo sabe, casi… Quiero decir que saben que sólo tiene una pierna; y que una parmaceti le quitó la otra.

—Amigo —dije yo—, no sé de qué trata toda esa farfulla tuya, no lo sé y no me interesa mucho; pues se me hace que debéis estar un poco deteriorado de la cabeza. Pero si estáis hablando del capitán Ajab, de ese barco de allí, el *Pequod*, entonces permitidme deciros que lo sé todo sobre la pérdida de su pierna.

—*Todo* sobre ello, ¿eh…? ¿Estáis seguro?… ¿Todo?

—Bastante seguro.

Con el dedo apuntando y el ojo nivelado hacia el *Pequod*, el extraño de apariencia de mendigo permaneció quieto un instante, como en atribulada ensoñación; sobresaltándose entonces un poco, se volvió y dijo:

—Os habéis enrolado, ¿no? ¿Los nombres en los papeles? Bien, bien, lo firmado, firmado está; y lo que haya de suceder, sucederá; y de nuevo quizá no suceda, a pesar de todo. De cualquier manera, todo está ya dispuesto y concertado y unos u otros marineros han de ir con él, supongo: tanto valen éstos como otros hombres cualquiera, ¡Dios se apiade de ellos! Buen día a vos, compañeros de tripulación, buen día; que los inefables Cielos os bendigan; siento haberos detenido.

—Escucha, amigo —dije yo—, si tienes algo importante que decirnos, afuera con ello; pero si sólo tratas de embrollarnos, te has equivocado de juego. Eso es todo lo que tengo que decir.

—Y bien dicho está, y me agrada escuchar a un tipo hablar de esa manera; sois precisamente el hombre para él… los que son como vos. ¡Buen día a vos, compañeros de tripulación, buen día! ¡Ah! Cuando lleguéis allí, decidles que he decidido no ser uno de ellos.

—Ah, querido amigo, no nos puedes engañar de ese modo… no puedes engañarnos. Aparentar tener un gran secreto es de lo más sencillo del mundo que alguien puede hacer.

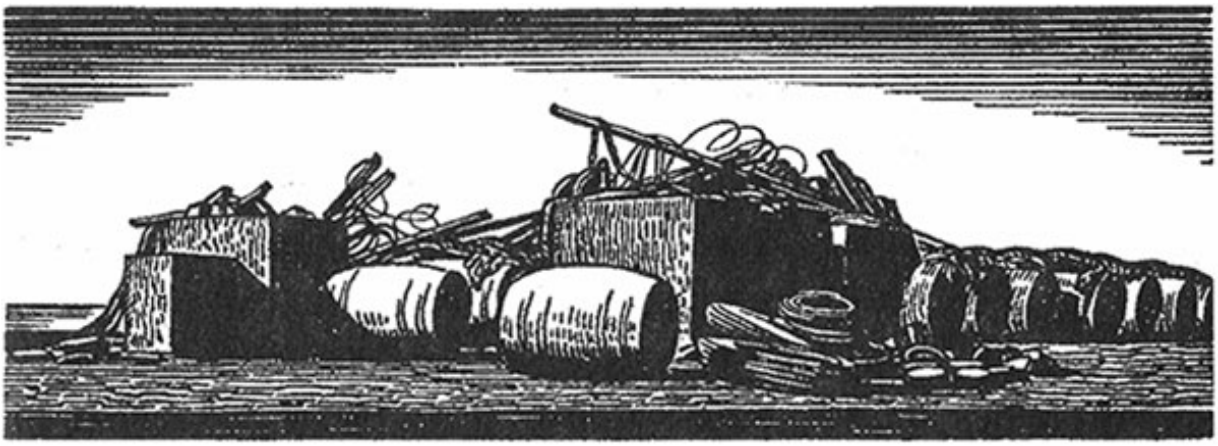
—Buen día a vos, compañeros de tripulación, buen día.

—Buen día es —dije yo—. Vamos Queequeg, dejemos a este loco. Pero, detente: ¿me dices tu nombre, si no te importa?

—Elías.

¡Elías!, pensé yo, y nos alejamos, los dos haciendo comentarios, cada uno a su modo, sobre este harapiento viejo marinero; y estuvimos de acuerdo en que no era sino un farsante que quería hacerse pasar por el hombre del saco. Pero no nos habíamos alejado quizá más de cien yardas, cuando dando en girar una esquina, y en mirar hacia atrás al hacerlo, ¿a quién hube de ver siguiéndonos, aunque a cierta distancia, sino a Elías? De algún modo, el verle me impresionó tanto que no le dije nada a Queequeg de que estaba detrás, sino que seguí adelante con mi camarada, ansioso por observar si el extraño giraba en la misma esquina que nosotros. Lo hizo; y entonces se me hizo que nos estaba siguiendo, aunque con qué intención por nada del mundo podía imaginarlo. Esta circunstancia, unida a su ambigua, medio-insinuante, medio-reveladora manera tapada de hablar, engendró en ese momento en mí todo tipo de vagas turbaciones y medio-aprensiones, y todo ello conectado con el *Pequod*; y con el capitán Ajab; y con la pierna que había perdido; y con el enajenamiento del cabo de Hornos; y con la calabaza de plata; y con lo que el capitán Péleg había dicho de él cuando dejé el barco el día anterior; y con la predicción de la india Tistig; y con la expedición en la que nos habíamos comprometido a navegar; y con un centenar de otros sombríos asuntos.

Estaba decidido a cerciorarme de si este harapiento Elías estaba realmente siguiéndonos o no, y con esa intención crucé el camino con Queequeg, y por ese lado volví sobre nuestros pasos. Pero Elías pasó sin fijarse en nosotros, aparentemente. Esto me alivió; y de nuevo, y finalmente, así me lo pareció a mí, en mi corazón le declaré un farsante.



CAPÍTULO XX BULLICIO GENERAL

Pasaron un día o dos y había gran actividad a bordo del *Pequod*. No sólo se estaban reparando las viejas velas, sino que había nuevas velas que llegaban a bordo, y rollos de lienzo, y bobinas de jarcia; brevemente, todo indicaba que los preparativos del barco se precipitaban hacia su término. El capitán Péleg raramente o nunca iba a tierra, sino que se sentaba en su tipi vigilando estrechamente a los trabajadores: Bildad hacía todas las compras y provisiones en los almacenes; y los hombres empleados en las bodegas y en la jarcia trabajaban hasta mucho después del anochecer.

Al día siguiente a aquel en que Queequeg firmara los artículos se dio voz en todas las posadas en las que paraba la compañía del barco de que sus arcones debían estar a bordo antes de la noche, pues no se sabía cuándo zarparía la nave. Así que Queequeg y yo llevamos nuestras pertenencias, decidiendo, no obstante, dormir en tierra hasta el final. Parece ser que en estos casos siempre avisan con mucha antelación, y el barco no zarpó durante varios días. Pero no era de extrañar; había un montón de cosas que hacer, y ni que decir cuántas en las que pensar, antes de que el *Pequod* estuviera totalmente equipado.

Todo el mundo sabe la multitud de cosas (camas, cacerolas, cuchillos y tenedores, palas y tenazas, servilletas, cascanueces y demás) indispensables en los asuntos del abastecimiento del hogar. Así ocurre con

la pesca de la ballena, que necesita de un abastecimiento del hogar para tres años sobre el ancho océano, lejos de todo tendero, vendedor ambulante, doctor, panadero y banquero. Y aunque esto también resulta cierto de los navíos mercantes, sin embargo, no lo es en modo alguno en la misma extensión que en los balleneros. Pues aparte de la gran longitud de la expedición ballenera, los numerosos artículos peculiares de la prosecución de la pesquería, y la imposibilidad de remplazarlos en los remotos puertos normalmente frecuentados, debe recordarse que de todos los barcos, las naves balleneras son las más expuestas a accidentes de todo tipo, y especialmente a la destrucción y pérdida de precisamente los objetos de los que depende en mayor medida el éxito de la expedición. De ahí las lanchas de reserva, las perchas de reserva y las cuerdas y los arpones de reserva, todo de reserva, casi, salvo un capitán de reserva y un barco duplicado.

En la época de nuestra llegada a la isla, casi se había completado la parte más gruesa de la estiba del *Pequod*; comprendía la carne, el pan, el agua, el combustible, y los aros de hierro y las duelas. Pero, como antes se ha apuntado, durante cierto tiempo hubo un continuo acopio y acarreo a bordo de diversos enseres sueltos, tanto grandes como pequeños.

Principal entre los que llevaban a cabo este acopio y acarreo era la hermana del capitán Bildad, una enjuta anciana del más determinado e infatigable espíritu, aunque también de muy buen corazón, que parecía resuelta, si es que *ella* lo podía evitar, a que nada se echara en falta en el *Pequod* una vez que se hubiera adentrado en la mar. En una ocasión llegaba a bordo con un bote de encurtidos para la despensa del mozo; en otra ocasión con un manojo de plumas para el escritorio del primer oficial, donde éste llevaba su diario de a bordo; en una tercera ocasión con un cojín de franela para los riñones de la reumática espalda de alguien. Nunca hubo mujer que mejor mereciera su nombre, que era Caridad… la tía Charity, como todo el mundo la llamaba. Y como una hermana de la caridad se afanaba de aquí para allá esta caritativa tía Charity, dispuesta a entregar su mano y su corazón a cualquier cosa que prometiera aportar seguridad, confort y consuelo a todos a bordo de un barco en el que su

amado hermano Bildad tenía interés, y del que ella misma poseía uno o dos puñados de bien ahorrados dólares.

Era verdaderamente asombroso ver a esta cuáquera de excelente corazón subir a bordo, tal como hizo el último día, con un largo cucharón de saín en una mano, y una lanza ballenera todavía más larga en la otra. Aunque en modo alguno se quedaban atrás el capitán Péleg y el propio capitán Bildad. Por lo que a Bildad se refiere, llevaba consigo una larga lista de los artículos que se necesitaban, y en cada nueva arribada, ahí iba su marca opuesta a ese artículo sobre el papel. De vez en cuando Péleg salía corriendo de su cubil de hueso de ballena, rugía a los hombres abajo de las escotillas, rugía arriba a los jarcieros en el tope, y concluía entonces rugiendo de vuelta a su tipi.

Durante estos días de preparación, Queequeg y yo visitábamos a menudo el navío, y con igual frecuencia preguntaba yo sobre el capitán Ajab, y cómo estaba, y cuándo iba a subir a bordo de su barco. A estas preguntas respondían que cada vez estaba mejor, y que se le esperaba a bordo de un día para otro; mientras tanto, los dos capitanes, Péleg y Bildad, podían ocuparse de todo lo necesario para preparar el barco para la expedición. Si hubiera sido totalmente sincero conmigo mismo, hubiera visto muy claramente en mi corazón que no me agradaba en lo más mínimo estar comprometido de esta manera en una expedición tan larga, sin haber puesto los ojos ni una sola vez sobre el hombre que iba a ser el dictador absoluto de ella tan pronto como el barco saliera a navegar a mar abierto. Pero cuando un hombre sospecha algo malo, a veces sucede que, si ya está implicado en el asunto, insensiblemente se esfuerza por ocultar sus sospechas, incluso a sí mismo. Y así en gran manera ocurrió conmigo. No dije nada y traté de no pensar nada.

Finalmente se difundió que en algún momento del día siguiente el barco zarparía con total seguridad. Así que a la mañana siguiente Queequeg y yo salimos muy temprano.

CAPÍTULO XXI EMBARCANDO

Eran casi las seis, y aún sólo un neblinoso, imperfecto y gris amanecer, cuando llegamos cerca del muelle.

—Ahí van unos marineros corriendo delante, si veo bien —dije yo a Queequeg—, no pueden ser sombras; parece que va a zarpar a la salida del sol: ¡vamos!

—¡Deteneos! —gritó una voz, cuyo dueño, que llegaba al mismo tiempo cerca detrás nuestro, puso una mano sobre los hombros de ambos e, introduciéndose entonces él mismo entre nosotros, quedó inclinado un poco hacia delante, en la incierta penumbra, mirando extrañamente a Queequeg y a mí. Era Elías.

—¿Embarcando?

—Quita las manos, ¿no te importa?

—Escucha-i —dijo Queequeg, sacudiéndoselo—, ¡ir fuera!

—¿No estamos embarcando, entonces?

—Sí, nos embarcamos —dije yo—, pero ¿acaso es asunto tuyo? ¿Sabes, señor Elías, que te considero un poco impertinente?

—No, no, no; no me había dado cuenta —dijo Elías, echando una ojeada lenta y asombradamente de mí a Queequeg con las más inexplicables miradas.

—Elías —dije yo—, nos harías un favor a mi amigo y a mí si te retiraras. Vamos a los océanos Índico y Pacífico, y preferiríamos no ser obstaculizados.

—Preferiríaislo vos, ¿no es así? ¿Volveréis antes del desayuno?

—Está mal de la cabeza, Queequeg —dije yo—, vamos.

—¡Hola ahí! —gritó el estacionario Elías, reclamándonos cuando nos habíamos apartado unos pasos.

—No le prestes atención —dije yo—, vamos, Queequeg.

Pero se deslizó de nuevo hasta nosotros, y palmeando repentinamente su mano en mi hombro, dijo…

—¿Visteis algo que parecían hombres yendo hacia ese barco hace un momento?

Sorprendido por esta simple pregunta, respondí, diciendo:

—Sí, creí haber visto a cuatro o cinco hombres, pero estaba demasiado oscuro para estar seguro.

—Muy oscuro, muy oscuro —dijo Elías—. Buen día a vos.

Otra vez le dejamos; pero de nuevo vino suavemente tras nosotros; y, tocándome en el hombro, dijo:

—Mirad a ver si los podéis encontrar ahora, ¿queréis?

—¿Encontrar a quién?

—¡Buen día a vos!, ¡buen día a vos! —replicó, de nuevo alejándose—. ¡Oh! Iba a preveniros contra… pero no importa, no importa… Todo es uno, todo en familia, además… Una helada que corta esta mañana, ¿no? Adiós a vos. No volveré a veros muy pronto, supongo; a no ser que sea ante el Gran Jurado.

Y con estas quebradas palabras partió finalmente, dejándome por el momento con no pequeño asombro ante su delirante descaro.

Al fin, al subir a bordo del *Pequod*, encontramos todo en profunda calma, no se movía ni un alma. La entrada a la cabina estaba cerrada por dentro; todos los cuarteles estaban emplazados y sujetos con rollos de jarcia. Avanzando hacia el castillo, encontramos abierto el pasador del escotillón. Al ver una luz, bajamos, y sólo encontramos allí a un viejo jarciero envuelto en una andrajosa cazadora. Estaba tumbado a todo lo largo sobre dos arcones, su rostro hacia abajo, insertado en sus brazos plegados. El más profundo de los sueños dormía en él.

—Esos marineros que vimos, Queequeg, ¿dónde pueden haber ido? —dije yo, mirando con recelo al durmiente.

Mas al parecer, cuando estábamos en el muelle, Queequeg no había percibido en modo alguno lo que yo ahora mencionaba; de ahí que, de no haber sido por la de otra manera inexplicable pregunta de Elías, yo habría pensado que me había engañado ópticamente en esa cuestión. Pero ignoré el asunto; y fijándome de nuevo en el durmiente, en broma le indiqué a Queequeg que quizá deberíamos velar el cuerpo, diciéndole que se acomodara oportunamente. Él puso su mano sobre el trasero del durmiente, como palpando a ver si estaba suficientemente mullido; y entonces, sin mayor problema, se sentó allí tranquilamente.

—¡Por Dios! Queequeg, no te sientes ahí —dije yo.

—¡Ah!, duy duen asiento —dijo Queequeg—, manera mi país; no hacer daño rostro él.

—¡Rostro! —dije yo—. ¿Llamas a eso su rostro? Un muy benevolente semblante, entonces; pero con qué fuerza respira, está asfixiándose: levántate, Queequeg, pesas mucho, estás aplastando la cara del pobre. ¡Levántate, Queequeg! Mira, pronto te va a sacudir de encima. Me extraña que no se despierte.

Queequeg se trasladó hasta justo más allá de la cabeza del durmiente, y encendió su pipa *tomahawk*. Yo me senté a los pies. Estuvimos pasándonos la pipa del uno al otro sobre el soñador. Mientras tanto, al preguntarle, Queequeg me dio a entender, a su entrecortada manera, que en su tierra, a causa de la ausencia de bancos y sofás de cualquier tipo, el rey, los jefes y

la gente importante en general tenían la costumbre de engordar a algunos de las clases inferiores para emplearlos como otomanas; y que para amueblar una casa confortablemente en ese aspecto sólo tenías que pagar a ocho o diez tipos perezosos, y tumbarlos por ahí, en rincones y entrepaños. Aparte, era algo muy conveniente en una excursión, mucho mejor que esas sillas de jardín que se convierten en bastones; en semejante ocasión, un jefe llama a su sirviente, y le pide que se convierta en un banco bajo un anchuroso árbol, puede que en un lugar húmedo y pantanoso.

Mientras contaba estas cosas, cada vez que Queequeg recibía de mí el *tomahawk*, blandía sobre la cabeza del durmiente el extremo del hacha de éste.

—¿Para qué haces eso, Queequeg?

—Duy fácil, mato-i; ¡oh!, ¡duy fácil!

Estaba contando algunas bárbaras remembranzas sobre su pipa-*tomahawk*, que al parecer, en sus dos usos, tanto había roto la cabeza de sus enemigos como apaciguado su alma, cuando el jarciero durmiente captó nuestra atención. La fuerte emanación, que llenaba ahora completamente el reducido agujero, empezó a afectarle. Respiraba con una especie de amordazamiento; después pareció tener molestias en la nariz; después se dio la vuelta una o dos veces; después se incorporó y se frotó los ojos.

—¡Hola ahí! —respiró finalmente—, ¿quién sois vos, fumadores?

—Hombres enrolados —contesté yo—: ¿cuándo zarpa?

—Sí, sí, vos vais en él, ¿no? Zarpa hoy. El capitán vino a bordo la pasada noche.

—¿Qué capitán?… ¿Ajab?

—¿Quién, sino él, iba a ser?

Le iba a hacer algunas preguntas más sobre Ajab cuando escuchamos un ruido en cubierta.

—¡Hola ahí! Starbuck está despierto —dijo el jarciero—. Ése sí es un primer oficial diligente; buen hombre, y un hombre devoto; mas, ahora, a ponerse en movimiento: debo ir a trabajar.

Diciendo lo cual fue a cubierta, y nosotros le seguimos.

Ya era claro amanecer. Pronto la tripulación subió a bordo de dos en dos y de tres en tres. Los jarcieros se apresuraron, los oficiales se ajetreaban y varias de las personas de tierra estaban atareadas trayendo a bordo diversos últimos artículos. Mientras tanto, el capitán Ajab permanecía invisiblemente recogido en el interior de su cabina.

CAPÍTULO XXII FELIZ NAVIDAD

Por fin, hacia el mediodía, tras la despedida final de los jarcieros del barco, y cuando el *Pequod* hubo sido remolcado fuera del muelle, y la siempre concienzuda Charity viniera en una ballenera con sus últimos regalos… un gorro de dormir para Stubb, el segundo oficial, su cuñado, y una Biblia de repuesto para el mozo… una vez que todo esto sucedió, los dos capitanes, Péleg y Bildad, salieron de la cabina, y Péleg, dirigiéndose al primer oficial, dijo:

—Bueno, señor Starbuck, ¿estáis seguro de que todo es correcto? El capitán Ajab está enteramente dispuesto… acabo de hablar con él… Nada más que traer de tierra, ¿eh? Bien, llamad entonces a todos los tripulantes. Reunidlos aquí, a popa… ¡Que un rayo les parta!

—No hay necesidad de expresiones profanas, por mucha que sea la prisa, Péleg —dijo Bildad—, pero id, amigo Starbuck, y cumplid nuestros deseos.

¡Cómo es esto! Aquí, a punto mismo de iniciar la expedición, el capitán Péleg y el capitán Bildad, según todas las apariencias, mostraban disposición de mando en el alcázar exactamente como si fueran a ser capitanes conjuntos en el mar, lo mismo que en puerto. Y, por lo referente al capitán Ajab, aún no se veía rastro suyo; a no ser que decían que estaba en la cabina. Aunque también la idea era que su presencia no resultaba necesaria en modo alguno para poner el barco a la vela y conducirlo a mar abierto. De hecho, como ésa no era en absoluto su propia tarea, sino la del piloto, y como todavía no estaba completamente recuperado… eso

decían… por tanto, el capitán Ajab permanecía abajo. Y todo ello parecía bastante natural; en especial, dado que en la marina mercante muchos capitanes, tras levar el ancla, no aparecen por cubierta durante un considerable intervalo, sino que se quedan en la mesa de la cabina, disfrutando de una festiva despedida junto a sus amigos de tierra antes de que éstos abandonen definitivamente el barco junto al piloto.

Mas no hubo apenas ocasión de meditar sobre el asunto, pues el capitán Péleg era ahora todo diligencia. Parecía ser él, y no Bildad, el que más hablaba y mandaba.

—¡Aquí, a popa, hijos de solteros! —gritó al demorarse los marineros en el palo mayor—. Señor Starbuck, condúzcalos a popa.

—¡Desmontad la tienda esa! —fue la siguiente orden.

Como apunté antes, salvo en el puerto, este entoldado de hueso de ballena nunca se ensamblaba; y a bordo del *Pequod*, durante treinta años, era bien sabido que la orden de desmontar la tienda era la operación más próxima a la de izar el ancla.

—¡Al cabrestante! ¡Sangre y truenos!… ¡Empujad!… —fue la orden siguiente, y la tripulación se lanzó a por los espeques.

Ahora bien, al hacerse el barco a la vela, la posición ocupada normalmente por el piloto es la parte anterior del barco. Y aquí Bildad, que junto con Péleg, además de sus otros cargos, se ha hecho saber, era uno de los pilotos titulados del puerto… sospechándose de él que se había hecho piloto con objeto de ahorrar la tasa de piloto de Nantucket a todos los barcos en los que tenía interés, pues nunca pilotaba ningún otro navío… a Bildad, digo, podía ahora vérsele sobre la proa atento a observar diligentemente el ancla que se acercaba, y cantando a intervalos lo que parecía una lúgubre estanza de salmodia, para animar a los tripulantes del molinete, que con voluntariosa buena intención bramaban una especie de cantinela sobre las chicas de Booble Alley. A pesar de que apenas tres días antes Bildad les había dicho que no se permitirían canciones profanas a bordo del *Pequod*, en particular al ponerse a la vela; y de que Charity, su hermana, había colocado un pequeño y escogido ejemplar de Watts[28] en la litera de cada marinero.

Mientras tanto, supervisando la otra parte del barco, a popa, el capitán Péleg marchaba de un lado a otro y juraba de la más espantosa manera. Creí, casi, que iba a hundir el barco antes de que pudiera izarse el ancla; involuntariamente me quedé quieto en mi espeque, y le dije a Queequeg que hiciera lo mismo, pensando en los peligros que ambos corríamos al iniciar la expedición con semejante diablo como piloto. No obstante, me estaba reconfortando con la idea de que en el piadoso Bildad podría hallarse cierta salvación, a pesar de su setecientos setenta y siete provecho, cuando sentí un repentino golpe seco en mi trasero y, volviéndome, quedé horrorizado ante la aparición del capitán Péleg en ademán de retirar su pierna de mi inmediata vecindad. Ése fue mi primer golpe.

—¿Es ésa la forma en la que recogen en la marina mercante? —rugió —. Empujad, vos, cabeza de bóvido; ¡empujad y rompeos el espinazo! ¿Por qué no empujáis? Todos vosotros, digo… ¡Empujad! *¡Quohog!* Empujad, vos, el de las patillas rojas; empujad ahí, gorra escocesa; empujad, vos, pantalón verde. Empujad, digo, todos vosotros, ¡empujad hasta se os salten los ojos!

Y así diciendo se movía al lado del molinete, empleando su pierna aquí y allá de muy liberal manera, mientras el imperturbable Bildad seguía guiando con su salmodia. El capitán Péleg debe de haber estado bebiendo algo hoy, pensé yo.

Finalmente fue izada el ancla, se largaron las velas y, deslizándonos, salimos. Fue una Navidad breve y fría; y mientras el corto día septentrional se fundía con la noche, nos vimos ya casi en el invernal océano abierto, cuyas gélidas rociadas nos recubrían de hielo como con una pulida armadura. Las largas filas de dientes de las amuradas refulgían a la luz de la luna; e inmensos carámbanos curvos pendían de la proa, igual que los blancos colmillos de marfil de algún enorme elefante.

El enjuto Bildad, como piloto, encabezó la guardia de prima[29], y de vez en cuando, mientras el viejo navío hendía profundo en los verdes mares, y enviaba el escalofriante rocío todo por encima suyo, y los vientos aullaban, y el cordaje resonaba, se escuchaban sus firmes notas:

Dulces campos, más allá de la marea creciente,
de vívido verde visten sus pendientes.
Así fue para los judíos del antiguo Canaán
mientras entre ellos fluyó el Jordán.

Nunca sonaron esas dulces palabras para mí con mayor dulzura que entonces. Estaban llenas de esperanza y de fruición. A pesar de aquella frígida noche de invierno en el turbulento Atlántico, a pesar de mis pies mojados y de mi más mojada cazadora, aún había, me parecía a mí entonces, muchas placenteras radas esperándome; y prados y claros de bosques tan eternamente vernales, que la hierba brotada en primavera, permanece a mitad del verano sin hollar ni amustiarse.

Finalmente ganamos aguas tales, en las que los dos pilotos ya no se necesitaron más. El robusto bote de vela que nos había acompañado empezó a situarse al costado.

Fue curioso, y no poco ameno, el modo en que Péleg y Bildad quedaron afectados por esta coyuntura, en especial el capitán Bildad. Pues reacio a partir aún, muy reacio a abandonar definitivamente un barco en camino a una expedición tan larga y peligrosa… más allá de los dos cabos tormentosos; un barco en el que estaban invertidos algunos miles de sus duramente ganados dólares; un barco en el que un viejo compañero de tripulación zarpaba como capitán; un hombre casi tan viejo como él, que una vez más comenzaba a afrontar los terrores todos de la inmisericorde mandíbula; reacio a decir adiós a algo tan colmado en todo modo con cada uno de sus intereses… el pobre viejo Bildad se entretuvo mucho: recorrió la cubierta con ansiosas zancadas; bajó raudo a la cabina para decir allí otra palabra de despedida; vino de nuevo a cubierta, y miró a barlovento; miró hacia las extensas e ilimitadas aguas, sólo acotadas por los muy lejanos, invisibles continentes orientales; miró hacia la tierra; miró hacia arriba; miró a derecha e izquierda; miró a todas y a ninguna parte; y finalmente, enrollando mecánicamente un cabo sobre su cabilla, convulsivamente agarró al corpulento Péleg de la mano y, alzando un farol, permaneció un momento mirando fijamente en su rostro, tanto como para decir: «No obstante, amigo Péleg, puedo soportarlo; sí, puedo».

Por lo que respecta al propio Péleg, lo tomó con más filosofía; pero a pesar de toda esa filosofía suya, en su ojo había una lágrima centelleando cuando el farol se le puso muy cerca. Y él también corrió no poco de la cabina a la cubierta… una palabra ahora abajo, y ahora una palabra con Starbuck, el primer oficial.

Mas finalmente se volvió a su camarada, con un aspecto de carácter definitivo en él…

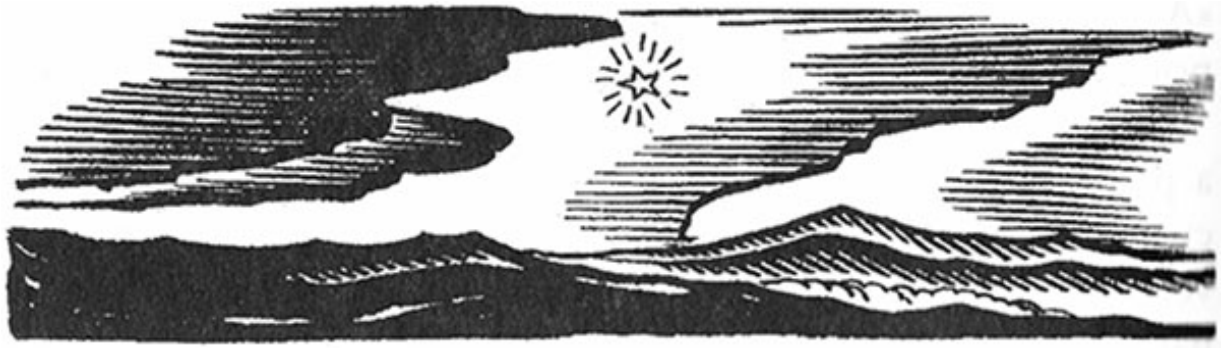
—Capitán Bildad… venid, viejo compañero, debemos irnos. ¡Eh, poned en facha la verga mayor! ¡Ah del bote! Preparaos para aproximarse al costado, ¡ahora! ¡Cuidado, cuidado!… Venid, Bildad, amigo… Decid la última palabra. Suerte a vos, Starbuck… Suerte a vos, señor Stubb… Suerte a vos, señor Flask… Adiós, y buena suerte a todos vosotros… Y tal día como hoy, dentro de tres años, tendré una sopa caliente humeando para vosotros en el viejo Nantucket. ¡Hurra y partid!

—Dios os bendiga, y os tenga en su santa tutela —murmuró el viejo Bildad casi incoherentemente—. Espero que ahora tengáis buen tiempo, de manera que el capitán Ajab pronto pueda estar activo entre vosotros… Un agradable sol es todo lo que necesita, y tendréis cantidad en la expedición tropical en la que vais. Sed vosotros prudentes en la caza, oficiales. No desfondéis las lanchas sin necesidad, vosotros, arponeros; la buena plancha de cedro blanco ha subido un tres por ciento este año. No olvidéis vuestras plegarias, tampoco. Señor Starbuck, ocupaos de que ese tonelero no desperdicie las duelas de reserva. ¡Ah! ¡Las agujas de velamen están en la alacena verde! No deis en pescar demasiado en los días del Señor, muchachos; aunque no perdáis tampoco una buena oportunidad: eso es rechazar los buenos dones del Cielo. Echad un ojo al tonel de la melaza, señor Stubb; perdía un poco, creo. Si fondeáis en las islas, señor Flask, guardaos de la fornicación. ¡Adiós, adiós! No tengáis demasiado ese queso abajo en la bodega, señor Starbuck: se estropeará. Sed cuidadosos con la mantequilla… A veinte centavos la libra era, y recordad, si…

—Venga, venga, Bildad, dejad de palabrear… ¡Partid! —y así Péleg le urgió sobre la borda, y ambos descendieron al bote.

Barco y bote divergieron; el viento de la noche, frío y húmedo, sopló entre medias; una gaviota que graznaba voló sobre ellos; los dos cascos se

balancearon violentamente; dimos tres apesadumbrados hurras, y ciegamente, como la fatalidad, nos zambullimos en el solitario Atlántico.



CAPÍTULO XXIII LA COSTA A SOTAVENTO

Algunos capítulos antes se habló de un tal Bulkington, un marinero alto, recién desembarcado, que encontramos en New Bedford, en la posada.

Cuando el *Pequod* lanzó su proa vengativa a las frías y taimadas olas en aquella escalofriante noche, ¡a quién vería en pie a la caña, sino a Bulkington! Sobrecogido y con amistosa admiración observé al hombre que en pleno invierno, apenas desembarcado de una peligrosa expedición de cuatro años, tan incansablemente podía partir de nuevo a otra tempestuosa empresa más. La tierra parecía calcinante para sus pies. Siempre es lo más maravilloso lo que no es posible mencionar, los recuerdos profundos no generan epitafios; este CAPÍTULO de seis pulgadas es la tumba sin lápida de Bulkington. Permitidme únicamente decir que con él ocurría lo que con el barco que zarandeado por la tormenta, desconsolado, navega junto a la tierra a sotavento. El puerto con agrado le daría abrigo. El puerto es compasivo: en el puerto está la seguridad, la comodidad, el fuego del hogar, la cena, cálidas mantas,

amigos, todo lo que agrada a nuestra condición mortal. Pero en mitad de esa tormenta el puerto, la tierra son el más atroz de los peligros para ese barco; debe huir de toda hospitalidad, un contacto con tierra, aunque sólo roce la quilla, le haría estremecerse de lado a lado. Con su entera energía, despliega todo el paño para alejarse de la costa; al hacerlo combate contra los mismos vientos que acordemente le impulsarían a puerto. Busca de nuevo la ausencia total de tierra del azotado mar, precipitándose, desvalido, al peligro por mor del refugio; ¡su único amigo su más amargo enemigo!

¿Comprendéis ahora a Bulkington? ¿Atisbos os parece ver de esa mortalmente intolerable verdad: que todo pensamiento profundo, grave, sólo es el intrépido esfuerzo del alma por mantener abierta la independencia de su mar; mientras los vientos más salvajes de cielos y tierra conspiran para arrojarla a la traicionera y esclavizadora tierra?

Y lo mismo que sólo en la ausencia de tierra reside la más elevada verdad, sin orillas, indefinida, como Dios… así, mejor es perecer en ese rugiente infinito que ser ignominiosamente arrojado a sotavento, ¡aunque ello fuera la salvación! Pues, como un gusano, entonces, ¡oh!, ¡quién, cobardemente, reptaría a tierra! ¡Terrores de lo terrible!, ¿es tan vana toda esta agonía? ¡Ánimo, ánimo, oh, Bulkington! ¡Aguantad con entereza, semidiós! ¡Alzándose desde la espuma de vuestro perecer en el océano… directamente a lo alto, remonta vuestra apoteosis!

CAPÍTULO XXIV EL ABOGADO

Como Queequeg y yo estamos ya patentemente embarcados en esta empresa de la pesca de la ballena; y como esta empresa de la pesca de la ballena de algún modo ha llegado a estar considerada entre los hombres de tierra firme una ocupación más bien poco poética o encomiable; es por eso que me colma la ansiedad por convenceros a vos, vosotros hombres de tierra firme, de la injusticia que con ello se ha cometido sobre nosotros, cazadores de ballenas.

En primer lugar, puede considerarse casi superfluo establecer el hecho de que entre la gente en general la empresa de la pesca de la ballena no se considera a un mismo nivel que lo que se conocen como profesiones liberales. Si un extraño fuera presentado en cualquier misceláneo círculo social metropolitano, poco mejoraría la opinión general de sus méritos si se le presentara a la concurrencia como, digamos, un arponero; y si, emulando a los oficiales navales, añadiera las siglas P. C. B. (Pesquería de Cachalotes y Ballenas) a su carta de visita, ese proceder sería considerado preeminentemente presuntuoso y ridículo.

Una de las principales razones por las que el mundo declina honrarnos a nosotros, los balleneros, es sin duda, ésta: piensan que en el mejor de los casos nuestra vocación equivale a una empresa de índole carnicera; y que, al estar activamente ocupados en ella, estamos rodeados de todo tipo de desperdicios. Carniceros lo somos, es verdad. Pero carniceros también, y carniceros del más sanguinario rango, han sido todos los comandantes marciales que el mundo invariablemente se complace en honrar. Y por lo

que respecta a la supuesta suciedad de nuestra empresa, pronto seréis iniciados en ciertos asuntos, hasta ahora comúnmente bastante desconocidos, y que, en el cómputo general, situarán de manera triunfante al barco ballenero del cachalote, como poco, entre los lugares más limpios de esta pulcra tierra. Aunque admitiendo incluso que la acusación en cuestión fuera cierta, ¿qué desordenadas y resbaladizas cubiertas de barco ballenero son comparables a la inenarrable carroña de esos campos de batalla de los que tantos soldados regresan a beber en aplauso de todas las damas? Y si la idea del peligro tanto incrementa la popular vanagloria de la profesión de soldado, dejadme que os asegure que muchos de los veteranos que voluntariamente han marchado contra una batería retrocederían con presteza ante la aparición de la inmensa cola del cachalote abanicando en torbellinos el aire sobre su cabeza. ¡Pues qué son los comprensibles terrores del hombre, comparados con los entrelazados terrores y portentos de Dios!

Mas aunque el mundo nos repudia a nosotros, cazadores de ballenas, nos rinde, sin embargo, inintencionadamente, el más profundo de los homenajes; sí, ¡una sobreabundante adoración!, pues casi todas las candelas, lámparas y velas que arden alrededor del mundo, ¡arden como ante tantos santuarios a nuestra gloria!

Observad, si no, este asunto bajo otras luces; sopesadlo en todo tipo de balanzas; examinad qué es lo que son los balleneros, y qué es lo que han sido.

¿Por qué los holandeses, en tiempos de De Witt, tenían almirantes en sus flotas balleneras? ¿Por qué Luis XVI de Francia, de su propio peculio, aparejó barcos balleneros de Dunkerke, y amablemente invitó a esa ciudad a uno o dos puñados de familias de nuestra propia isla de Nantucket? ¿Por qué Gran Bretaña, entre los años 1750 y 1788, pagó en gratificaciones a sus balleneros por encima del millón de libras esterlinas? Y finalmente, ¿cómo es que nosotros, balleneros de América, superamos ahora en número a todo el resto de los balleneros del mundo unidos? Navegamos una flota por encima de las setecientas naves tripuladas por dieciocho mil hombres, que consumen anualmente 4.000.000 de dólares, $20.000.000 el valor de los barcos en el momento de zarpar; y cada año importamos a

nuestros puertos una bien recolectada cosecha de $7.000.000. ¿Cómo es que todo esto se da, si no hubiera algo vigoroso en la pesca de la ballena?

Mas esto no es ni la mitad; observad de nuevo.

Libremente declaro que el filósofo cosmopolita no puede, aunque le vaya la vida, señalar una sola influencia pacífica que en el intervalo de los últimos sesenta años haya operado con mayor potencial sobre todo el ancho mundo, tomado como entidad, que la excelsa y vigorosa empresa de la pesca de la ballena. De una u otra forma ha engendrado acontecimientos en sí mismos tan notables, y tan continuadamente capitales en su secuencial transcurso, que la pesca de la ballena puede bien ser considerada como esa madre egipcia que alumbraba de su vientre vástagos ya preñados ellos mismos. Catalogar todas estas cosas sería una tarea infinita y sin sentido. Dejemos que un puñado basten. Durante muchos años el barco ballenero ha sido pionero en escudriñar las más remotas y menos conocidas partes de la tierra. Ha explorado los mares y archipiélagos que no están en las cartas, donde ningún Cook o Vancouver navegaron nunca. Si los navíos de guerra americanos y europeos se mecen ahora apaciblemente en puertos que una vez fueron salvajes, que saluden con salvas al honor y la gloria del barco ballenero que originariamente les mostró el camino, y que fue el primero en hacer de intérprete entre ellos y los salvajes. Podéis celebrar como queráis a los héroes de las expediciones de exploración, a vuestros Cooks y vuestros Krusensterns; pero yo digo que han zarpado de Nantucket montones de anónimos capitanes, que eran tan grandes, y más grandes aún que vuestro Cook y vuestro Krusenstern. Pues en su desamparada inopia, ellos, en las escualas aguas paganas, y por las playas de no registradas islas de jabalinas, batallaron con virginales portentos y terrores que Cook, con todos sus marines y mosquetes, no habría afrontado por propia voluntad. De todo lo que se hace semejante floritura en las antiguas expediciones de los Mares del Sur, eso sólo fueron los lugares comunes en la vida de nuestros heroicos nativos de Nantucket. Frecuentemente, aventuras a las que Vancouver dedica tres capítulos, estos hombres las consideraron inmerecedoras de ser recogidas en el cuaderno de bitácora del barco. ¡Ah, el mundo! ¡Oh, el mundo!

Hasta que la pesquería de la ballena rodeó el cabo de Hornos, ningún comercio, salvo el colonial, y apenas comunicación alguna que no fuera la colonial, se realizó entre Europa y la larga hilera de las opulentas provincias españolas de la costa del Pacífico. Fue el ballenero el que, tocando en esas colonias, primero perforó la celosa política de la Corona española; y si el espacio lo permitiera, podría demostrarse claramente cómo fue a partir de esos balleneros que finalmente se produjo la liberación de Perú, Chile y Bolivia del yugo de la vieja España, y la instauración de la eterna democracia en aquellas regiones.

Esa gran América del otro lado de la esfera, Australia, fue ofrecida al mundo ilustrado por los balleneros. Tras su primer abortado descubrimiento por un holandés, todos los demás barcos eludieron aquellas costas como si hubieran sido pestíferamente bárbaras; mas el barco ballenero arribó allí. El barco ballenero es la verdadera madre de esa ahora poderosa colonia. Más aún, en la infancia del primer asentamiento australiano, los emigrantes varias veces fueron salvados de la inanición por el benevolente bizcocho del barco ballenero que, felizmente, echaba el ancla en sus aguas. Las incontadas islas de toda Polinesia testimonian la misma verdad, y rinden comercial homenaje al barco ballenero que limpió el camino para el misionero y el mercader, y en muchos casos llevó a los primitivos misioneros a sus primeros destinos. Si esa tierra cerrada con cerrojo doble, el Japón, alguna vez llega a ser hospitalaria, será sólo al barco ballenero al que se le deberá otorgar el crédito; pues ya está en el umbral.

Pero si, ante todo esto, todavía declaráis que la pesca de la ballena no tiene asociaciones estéticamente nobles que se le asocien, entonces estoy dispuesto a romper cincuenta lanzas con vos, y a desmontaros cada vez con el yelmo roto.

La ballena no tiene autor famoso, ni famoso cronista la pesca de la ballena, diréis.

¿La ballena no tiene autor famoso, ni famoso cronista la pesca de la ballena? ¿Quién escribió la primera reseña de nuestro leviatán? ¡Quién, sino el grandioso Job! ¿Y quién compuso la primera narración de una expedición ballenera? ¡Quién, sino nada menos que un príncipe como

Alfredo el Grande, que con su propia pluma regia recogió las palabras de Other, el cazador de ballenas noruego de aquellos tiempos! ¿Y quién pronunció nuestro reluciente panegírico en el Parlamento? ¡Quién, sino Edmund Burke!

Cierto es, pero sin embargo los propios balleneros son pobres diablos; no tienen buena sangre en sus venas.

¿No tienen buena sangre en sus venas? Tienen allí algo mejor que sangre regia. La abuela de Benjamin Franklin era Mary Morrel; posteriormente, por nupcias, Mary Folger, una de las antiguas pobladoras de Nantucket, y la heredera de una larga estirpe de Folgers y arponeros —todos parientes del noble Benjamin—, hoy en día lanzando el garfiado hierro de un lado al otro del mundo.

Bien, de nuevo; pero, sin embargo, todos confiesan que, de alguna manera, la pesca de la ballena no es respetable.

¿La pesca de la ballena no es respetable? ¡La pesca de la ballena es imperial! La ballena está declarada «un pez regio»[30] por una antigua ley estatutaria inglesa.

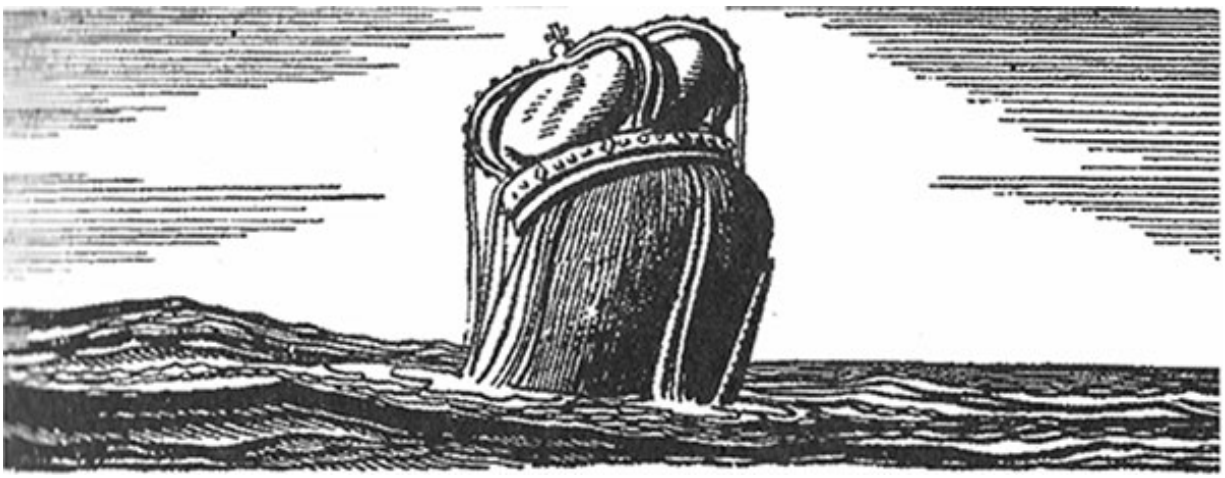
¡Oh, eso es sólo nominal! La ballena en sí nunca ha figurado de manera grandiosa e imponente alguna.

¿La ballena en sí nunca ha figurado de manera grandiosa e imponente alguna? En uno de los grandiosos desfiles triunfales ofrecidos a un general romano al entrar en la capital del mundo, los huesos de una ballena, traídos desde la lejana costa de Siria, fueron el objeto más conspicuo en la cimbalera procesión.

Concedámoslo, ya que lo citáis; pero digáis lo que digáis, no hay auténtica dignidad en la pesca de la ballena.

¿No hay dignidad en la pesca de la ballena? La dignidad de nuestro apelar a los mismos cielos lo atesta. ¡Cetus es una constelación en el sur! ¡Nada más! ¡Retirad vuestro sombrero en presencia del zar, y quitáoslo ante Queequeg! ¡Nada más! Sé de un hombre que en su vida ha capturado trescientas cincuenta ballenas. Considero a ese hombre más honorable que aquel gran capitán de la Antigüedad que se jactaba de tomar igual número de ciudades amuralladas.

Y por lo que a mí respecta, si por alguna causalidad hubiera algo excelente aún por descubrir en mí; si alguna vez mereciera una auténtica reputación en ese pequeño y muy sosegado mundo al que no irrazonablemente podría aspirar; si de ahora en adelante llegara a hacer algo que, en su conjunto, un hombre preferiría haber hecho que haber dejado sin hacer; si, a mi muerte, mis albaceas, o más propiamente mis acreedores, encuentran algún preciado manuscrito en mi escritorio, aquí, entonces, previsoriamente adscribo todo el honor y la gloria a la pesca de la ballena; pues un barco ballenero fue mi Facultad de Yale y mi Universidad de Harvard.



CAPÍTULO XXV — POSTDATA

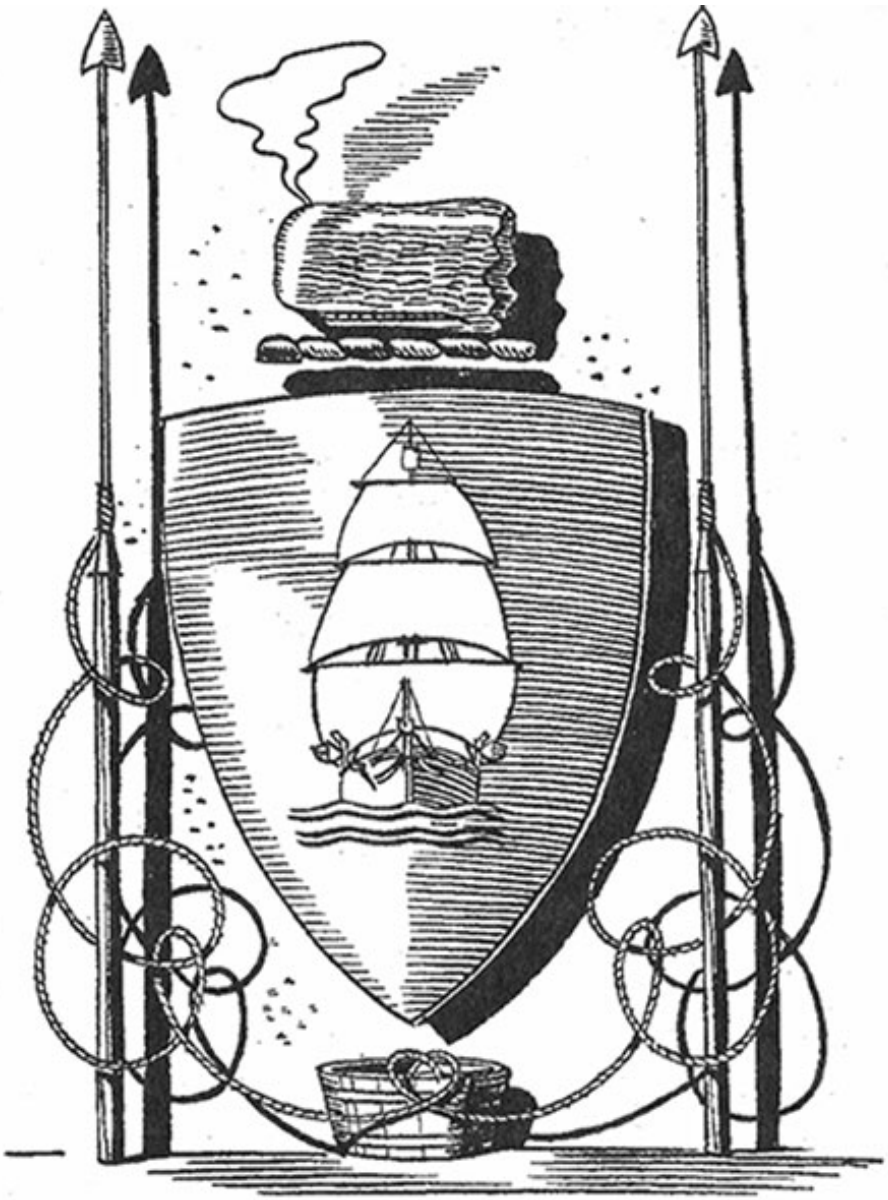
En defensa de la dignidad de la pesca de la ballena, no desearía presentar nada salvo hechos acreditados. Pero tras presentar los hechos, un abogado que suprimiera totalmente una no irrazonable suposición que elocuentemente pudiera favorecer su causa… un abogado así, ¿no merecería un reproche?

Es bien conocido que en la coronación de reyes y reinas, incluso de los modernos, se pasa por cierto curioso proceso de sazonarlos para sus funciones. Existe un salero de Estado, así llamado, y puede que existan unas angarillas de Estado. Cómo utilizan la sal, en concreto… quién lo sabe. Seguro estoy, sin embargo, de que la cabeza de un rey es solemnemente ungida en su coronación, igual que el cogollo de una lechuga. ¿Es posible, quizá, que la unjan con objeto de hacer que su interior funcione bien, lo mismo que ungen a la maquinaria? Mucho podría rumiarse aquí respecto a la esencial dignidad de ese proceso regio, pues en la vida cotidiana reputamos de manera cicatera y desairada a un tipo que se unge el pelo y que palpablemente huele a ese ungüento. En verdad, un hombre adulto que emplea aceite para el pelo, a no ser que sea medicinalmente, ese hombre probablemente tiene un punto débil en alguna parte de sí. Por regla general, no puede valer mucho, en conjunto.

Mas lo único a considerar aquí es esto… ¿Qué tipo de aceite se utiliza en las coronaciones? Evidentemente, no puede ser aceite de oliva, ni de

macasar, ni de ricino, ni de oso, ni de tren, ni de hígado de bacalao. ¿Cuál, entonces, puede posiblemente ser, sino aceite de esperma de ballena en su estado no manufacturado, impoluto, el más dulce de todos los aceites?

¡Pensad en ello, vosotros, leales britanos! ¡Nosotros, los balleneros, suministramos a vuestros reyes y reinas sustancia de coronación!



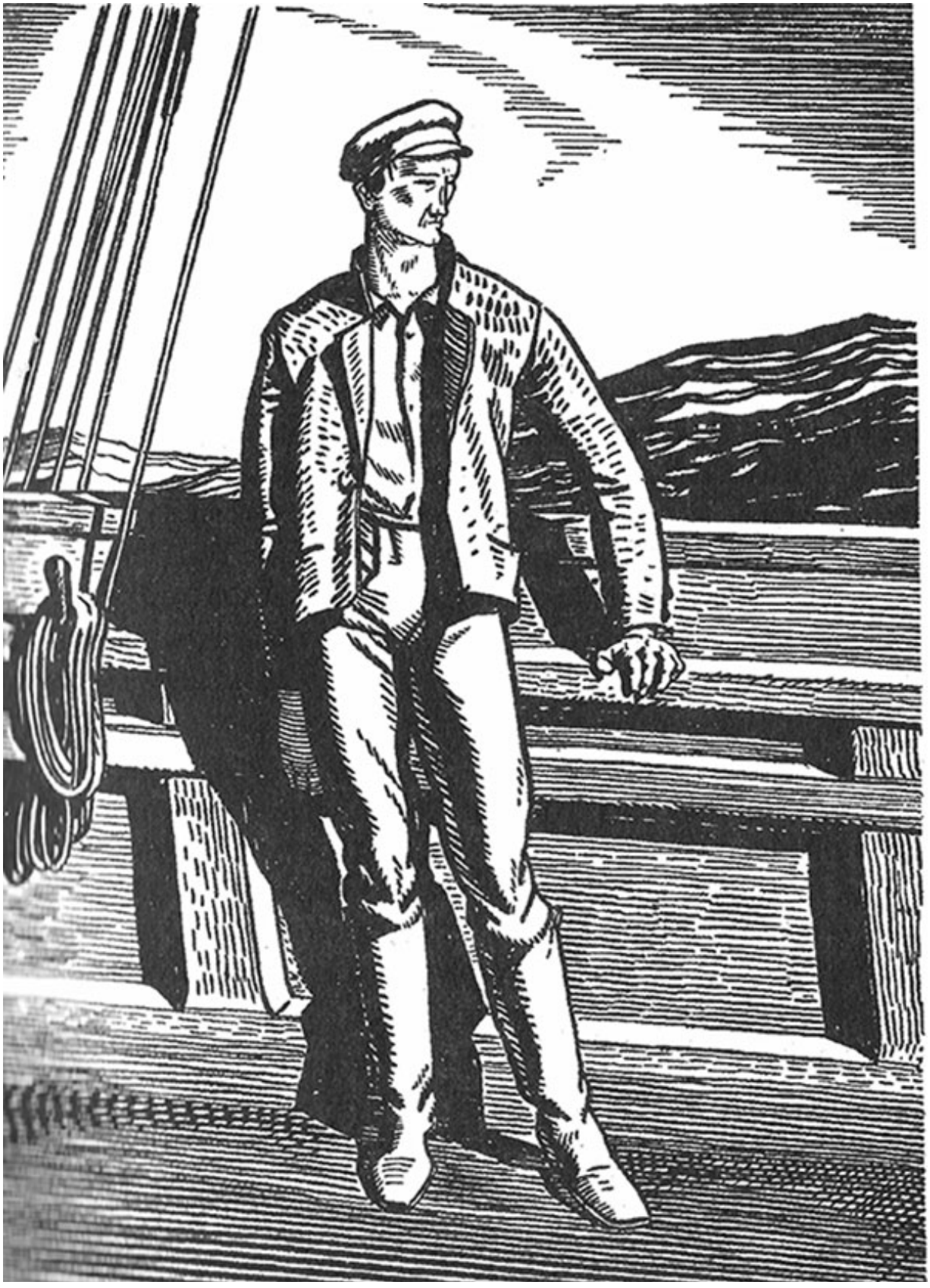
CAPÍTULO XXVI CABALLEROS Y ESCUDEROS

El primer oficial del *Pequod* era Starbuck, nativo de Nantucket y cuáquero por linaje. Era un hombre alto, adusto, y aunque nacido en una gélida costa, parecía bien adaptado a soportar cálidas latitudes, siendo su carne dura como el bizcocho doblemente horneado. Transportada a las Indias, su vital sangre no se habría estropeado como la cerveza embotellada. Hubo de haber nacido en alguna época de sequía y hambruna generalizadas, o en uno de esos días de ayuno por los que su región es famosa. Sólo unos treinta áridos veranos había visto; esos veranos habían desecado toda su superfluidad física. Aunque esto, su delgadez, por así llamarlo, parecía tanto menos la señal de consuntivas ansiedades y preocupaciones, cuanto la indicación de algún desarreglo corporal. Era, simplemente, la condensación del hombre. En modo alguno era mal parecido; más bien lo contrario. Su pura tersa piel estaba en excelente estado; y estrechamente ceñido en ella, y embalsamado a base de salud y fortaleza interior, lo mismo que un egipcio vivificado, este Starbuck parecía preparado para subsistir durante siglos y siglos, y para subsistir siempre igual que ahora. Pues con nieve polar o tórrido sol, como un cronómetro de marca, su vitalidad interna tenía garantizado el correcto

funcionamiento en todos los climas. Al mirar en sus ojos, allí parecías ver las aún persistentes imágenes de aquellos millares de peligros que calmadamente había afrontado a lo largo de su existencia. Un hombre formal, firme, cuya vida en su mayor parte era una elocuente mímica de acción y no un dócil CAPÍTULO de palabras. No obstante, a pesar de toda su ruda sobriedad y fortaleza, había en él ciertas cualidades que a veces afectaban a todo lo demás, y en algunos casos parecían próximas a desequilibrarlo. Inusualmente concienzudo para ser marino, y dotado de una profunda reverencia natural, la brutal soledad acuática de su vida le inclinaba, en consecuencia, con fuerza a la superstición, pero a ese tipo de superstición que en ciertos organismos parece de algún modo surgir más bien de la inteligencia que de la ignorancia. Portentos exteriores y presentimientos interiores le eran propios. Y si a veces éstos doblegaban el hierro soldado de su alma, más aún sus lejanos recuerdos familiares de su joven mujer del Cabo y de su hijo tendían a doblegar la original rudeza de su ser, y a abrirle aún más a esas influencias latentes que, en algunos hombres honestos de corazón, refrenan el flujo de temerario arrojo, tan frecuentemente manifestado por otros en las más peligrosas vicisitudes de la pesquería.

—No llevaré hombre en mi lancha —decía Starbuck— que no tenga miedo a una ballena.

Con esto parecía querer decir no sólo que la valentía más fiable y útil es la que surge de la correcta estimación del peligro encontrado, sino que un hombre temerario en grado sumo es un camarada mucho más peligroso que un cobarde.



—Sí, sí —decía Stubb, el segundo oficial—, hombre tan cuidadoso como ese Starbuck no le encontraréis en toda la pesquería.

Pero no tardaremos mucho en ver lo que la palabra «cuidadoso» quiere decir, concretamente, cuando se utiliza por un hombre como Stubb, o por casi cualquier otro cazador de ballenas.

Starbuck no era un cruzado en busca del peligro; el valor en él no era un sentimiento, sino algo simplemente útil para sí mismo, y siempre disponible en todas las ocasiones auténticamente mortales. Aparte, quizá pensaba que en esta empresa de la pesca de la ballena el valor era uno de los productos básicos del equipamiento del barco, como la carne de buey y el pan, y que no debía desperdiciarse tontamente. Debido a lo cual, no le agradaba arriar por ballenas tras la puesta del sol; y tampoco persistir en combatir un pez que insistía demasiado en combatirle a él. Pues, pensaba Starbuck, estoy aquí, en este comprometido océano, para matar ballenas y ganarme la vida, y no para que ellas me maten y se ganen la suya; y bien sabía Starbuck que cientos de hombres habían muerto así. ¿Qué fatalidad había sido la de su propio padre? ¿Dónde, en las insondadas profundidades, podría encontrar los miembros arrancados de su hermano?

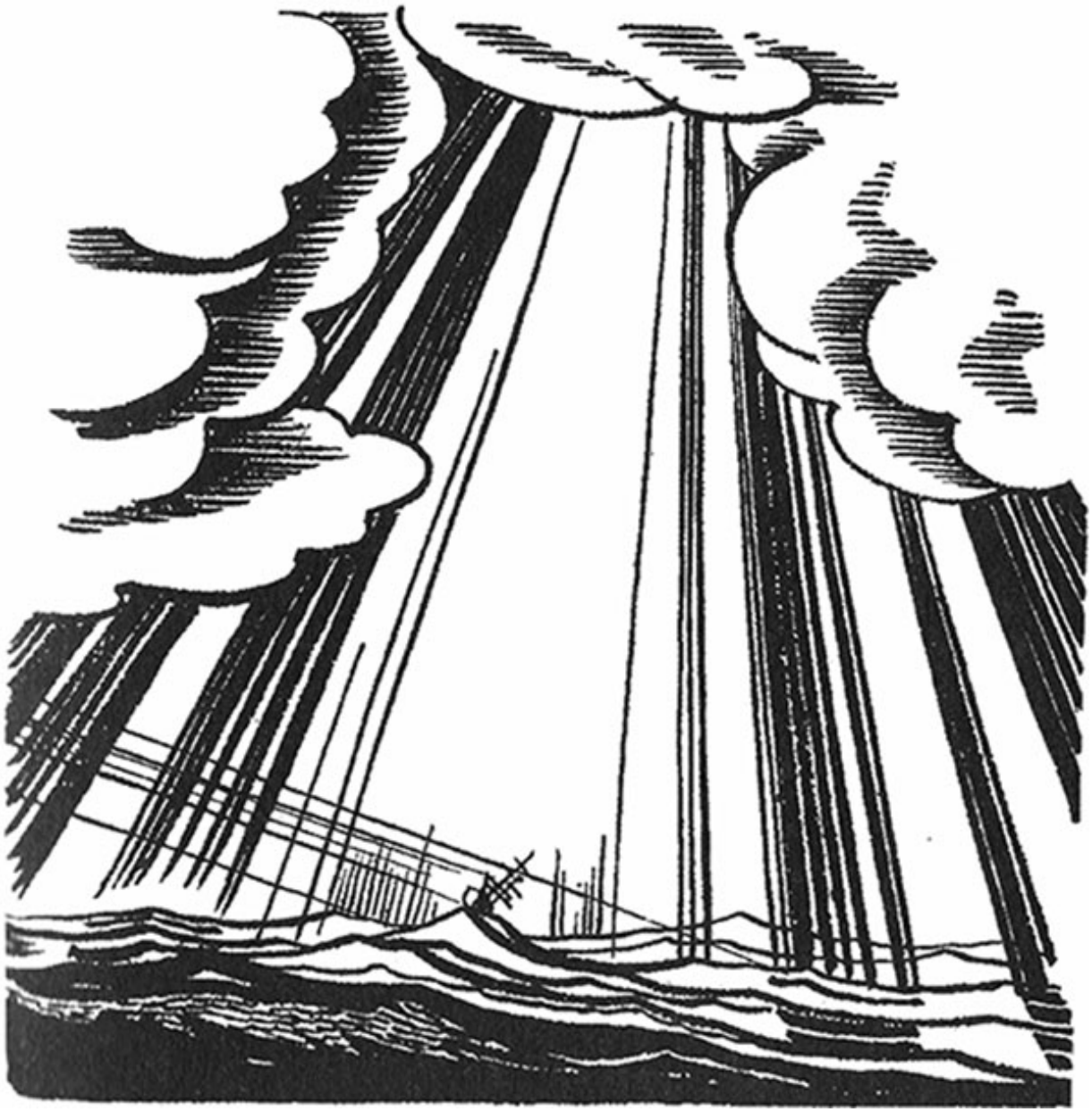
Con recuerdos como éstos en él, y más aún siendo dado, tal como se ha dicho, a una cierta superstición, la valentía de este Starbuck, que no obstante aún podía florecer, debía, efectivamente, haber sido extrema. Pero no estaba en la razonable naturaleza que un hombre tan organizado, y con tan terribles experiencias y recuerdos como él tenía; no estaba en la naturaleza razonable que esto latentemente debiera dejar de engendrar en él un elemento que bajo circunstancias favorables rompería su confinamiento y consumiría toda su valentía. Y por muy osado que él fuera, su osadía era del tipo observable especialmente en algunos hombres intrépidos, que, aunque manteniéndose generalmente firmes en el conflicto con los mares, o los vientos, o las ballenas, o cualquiera de los ordinarios horrores irracionales del mundo, aun así no pueden resistir esos

terrores, más terroríficos por más espirituales, que a veces te amenazan desde la concentrada frente de un hombre poderoso y encolerizado.

Mas si la narrativa subsiguiente fuera a revelar en alguna ocasión el absoluto sometimiento de la fortaleza del pobre Starbuck, apenas podría yo tener corazón para escribirla; pues es algo extremadamente penoso, qué digo, repulsivo, exponer el derrumbe del valor en el alma. Los hombres pueden parecer tan detestables como las sociedades anónimas y las naciones; villanos, necios y asesinos puede haberlos; los hombres pueden tener rostros mezquinos y endebles; pero el hombre, en el ideal, es tan noble y tan brillante, una criatura tan grandiosa y refulgente, que sobre toda imperfección en él, todos sus semejantes deberían apresurarse a lanzar sus más caros ropajes. Esa inmaculada humanidad que sentimos dentro de nosotros, tan profundamente dentro de nosotros que permanece intacta aunque todo el carácter exterior parezca haber desaparecido, sangra con la angustia más aguda ante el espectáculo desarropado de un hombre arruinado en su valor. Y no puede la propia piedad, ante tal vergonzosa visión, reprimir totalmente sus reconvenciones a las estrellas que lo permiten. Mas esta augusta dignidad de la que trato no es la dignidad de los reyes y los mantos, sino esa pródiga dignidad que no posee investidura ceremonial. Vos la veréis reluciendo en el brazo que empuña un pico o clava un clavo; esa democrática dignidad que, en todo semejante, irradia sin fin desde Dios; ¡Él mismo! ¡El gran Dios absoluto! ¡El centro y circunferencia de toda democracia! ¡Su omnipresencia, nuestra divina igualdad!

Si entonces a los más míseros marineros, y renegados y náufragos, de aquí en adelante adscribiera elevadas cualidades, bien que oscuras; si tejiera a su alrededor trágicas gallardías; si incluso el más apesadumbrado, quizá el más humillado de entre todos ellos se elevara a veces a las exaltadas cumbres; si tocara ese brazo de obrero con cierta luz etérea; si desplegara un arco iris sobre su devastador ocaso; entonces, ¡contra todos los críticos mortales, amparadme en ello, Vos, justo espíritu de la igualdad, que habéis desplegado un manto regio de humanidad sobre toda mi especie! ¡Amparadme en ello, Vos, gran democrático Dios!, que no negasteis al bronceado convicto Bunyan la pálida, poética perla; Vos, que

ataviasteis de hojas del más fino de los oros, doblemente martilladas, el mocho y empobrecido brazo del viejo Cervantes; Vos, que recogisteis a Andrew Jackson del pedregal; que le lanzasteis sobre un caballo de batalla; ¡que le detonasteis más alto que un trono!; Vos, que en todas vuestras poderosas marchas terrenas, siempre escogisteis vuestros más selectos campeones de entre la regia plebe: ¡amparadme en ello, oh, Dios!



CAPÍTULO XXVII CABALLEROS Y ESCUDEROS[31]

Stubb era el segundo oficial. Era nativo de cabo Cod; y de ahí que, según los usos locales, se le llamara un hombre del Cabo. Despreocupado, ni cobarde ni valiente, aceptaba los peligros tal como venían, con aire de indiferencia; y enzarzado en el momento crítico más perentorio del acoso, obraba con calma y serenidad, como un oficial ebanista contratado para todo el año. Bien humorado, fácil de trato, y descuidado, presidía su lancha ballenera como si el más mortífero de los encuentros no fuera sino una cena, y su tripulación entera los invitados. Era tan puntilloso sobre la confortable disposición de su parte de la lancha como un viejo mayoral de diligencia lo es sobre la comodidad de su pescante. Estando próximo a la ballena, en el propio abrazo de la muerte

del combate, manejaba su despiadada lanza de modo intuitivo e impasible, lo mismo que un silbante hojalatero maneja su martillo. Tarareaba sus antiguos aires de rigotán[32] estando flanco con flanco junto al más exasperado de los monstruos. Para este Stubb, la prolongada práctica había convertido las mandíbulas de la muerte en una butaca. Lo que pensaba de la propia muerte no hay modo de saberlo. Si en verdad pensaba alguna vez en ella, podría plantearse; pero si alguna vez se le ocurrió orientar su mente en esa dirección tras una agradable cena, sin duda, como buen marino, consideró que era una especie de toque de guardia para salir disparado a cubierta, y allí ocuparse en algo que descubriría cuando obedeciera la orden, y no antes.

Puede que aquello que, junto con otras cuestiones, hacía de Stubb un hombre tan osado y flemático, que cargaba tan alegremente con el peso de la vida en un mundo lleno de buhoneros apesadumbrados, todos doblados hasta el suelo con sus cargas, aquello que le ayudaba a sacar fuera ese casi impío buen humor suyo; aquello debía ser su pipa. Pues, lo mismo que la nariz, su pequeña y corta pipa negra era uno de los rasgos constituyentes de su rostro. Casi antes esperarías que saliera de su compartimento sin su nariz que sin su pipa. Allí mantenía una fila entera de pipas sujetas en un anaquel, dispuestas y cargadas, a fácil alcance de la mano; y cada vez que se retiraba, las fumaba todas en sucesión, encendiendo una con la otra hasta el final del capítulo; cargándolas después otra vez para que estuvieran dispuestas de nuevo. Pues, cuando Stubb se vestía, en lugar de primero poner las piernas en sus pantalones, ponía su pipa en la boca.

Digo yo que este continuo fumar debe haber sido al menos una causa de su peculiar disposición; pues todo el mundo sabe que este aire terrestre, ya sea en tierra o a flote, está terriblemente infectado por las innominadas miserias de los innumerables mortales que han muerto exhalándolo; y al igual que en época de cólera algunas personas se desplazan de un lado a otro con un pañuelo alcanforado en la boca, así, de igual manera, contra todas las mortales tribulaciones, el humo de tabaco de Stubb podría haber actuado como una especie de agente desinfectante.

El tercer oficial era Flask, un nativo de Tisbury, en Martha’s Vineyard. Un joven pequeño, recio, robusto, rudo, muy pugnaz en lo referente a las

ballenas, que de alguna manera parecía pensar que los grandes leviatanes le habían ofendido personal y hereditariamente; y, por consiguiente, para él era una especie de cuestión de honor destruirlos siempre que los encontraba. Tan absolutamente ajeno estaba a todo sentido de reverencia ante las múltiples maravillas de su majestuosa corpulencia y ante sus místicas maneras; y tan insensible a algo que se asemejara a una aprehensión de algún posible peligro a causa de su encuentro que, en su pobre opinión, la prodigiosa ballena no era sino una especie de ratón magnificado, o rata de agua como mucho, que requería únicamente algo de circunvención y una pequeña aplicación de tiempo y esfuerzo para matarla y hervirla. Esta ignorante e inconsciente temeridad suya le hacía ser un poco revoltoso en asuntos de ballenas; seguía a estos peces por diversión; y una expedición de tres años alrededor del cabo de Hornos sólo era una graciosa chanza que duraba ese espacio de tiempo. Lo mismo que los clavos de un carpintero se dividen en clavos forjados y clavos de alambre, así, de igual manera, puede dividirse la humanidad. El pequeño Flask era uno de los forjados; hecho para sujetarse con fuerza y durar mucho. A bordo del *Pequod* le llamaban King-Post[33], pues, por su forma, bien podía semejarse al corto madero recto que se conoce por ese nombre en los balleneros del Ártico; y que, a través de muchos otros maderos laterales insertados en él en forma de radios, sirve para reforzar el barco contra las heladas sacudidas de esos mares azotadores.

Ahora bien, estos tres oficiales… Starbuck, Stubb, y Flask, eran hombres de mucha monta. Ellos eran los que por universal prescripción capitaneaban como patrones tres de las lanchas del *Pequod*. En ese grandioso orden de batalla en el que el capitán Ajab pronto comandaría sus fuerzas para abatirse sobre las ballenas, estos tres patrones eran como capitanes de compañías. O, al estar armados con sus largas y afiladas picas balleneras, eran como un selecto trío de lanceros; lo mismo que los arponeros eran lanzadores de jabalinas.

Y como en esta notoria pesquería, cada oficial o patrón, como un gótico rey de la Antigüedad, siempre está acompañado por su timonel de lancha o arponero, que en ciertas coyunturas le proporciona una lanza nueva cuando la anterior ha quedado muy torcida o doblada en el asalto; y

más aún, como generalmente subsiste entre los dos una estrecha intimidad y amistad; es, por tanto, conforme que en este lugar determinemos quiénes eran los arponeros del *Pequod*, y a qué patrón pertenecía cada uno.

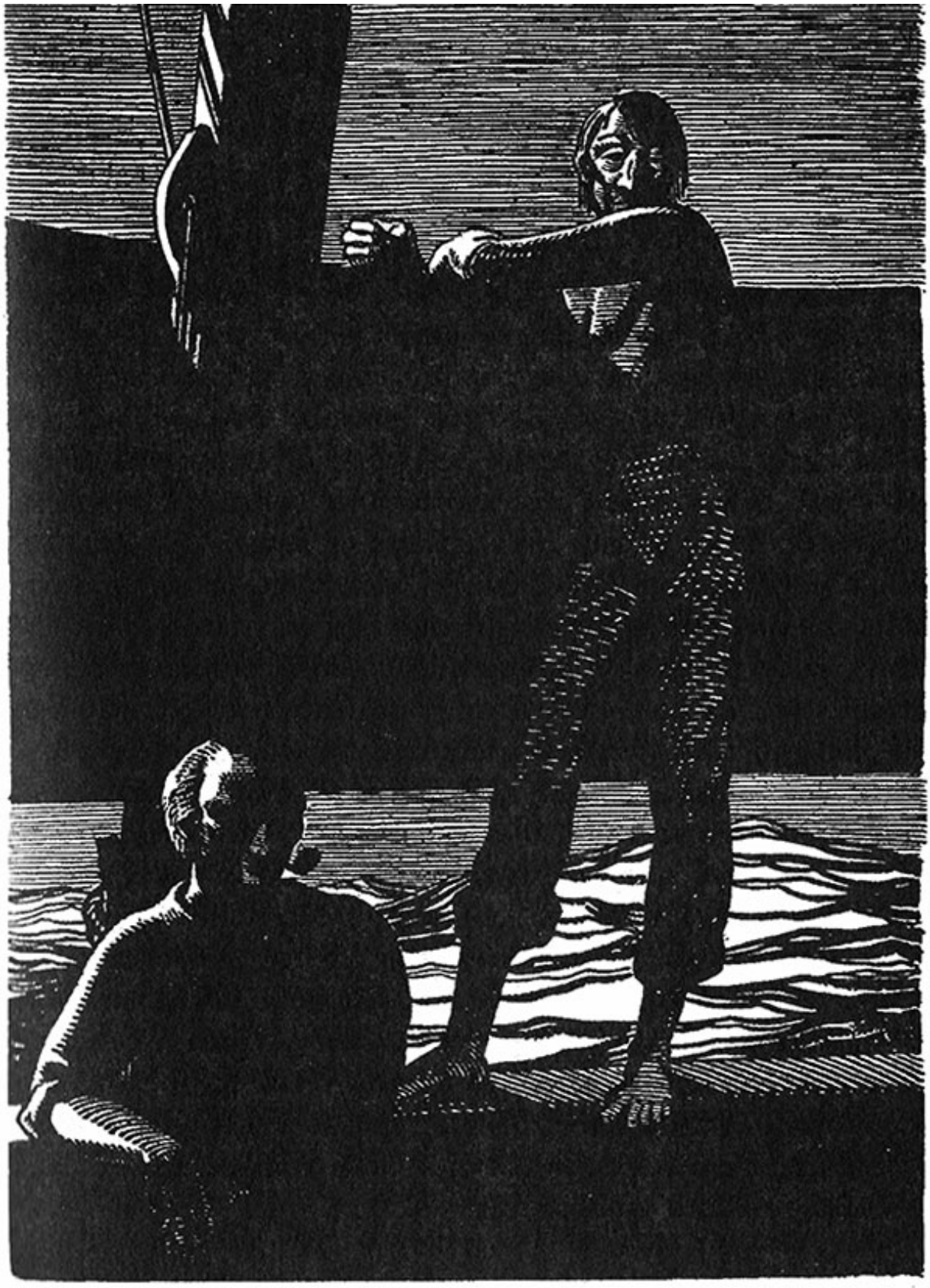
En primer lugar estaba Queequeg, al que Starbuck, el primer oficial, había seleccionado como su escudero. Pero Queequeg ya es conocido.

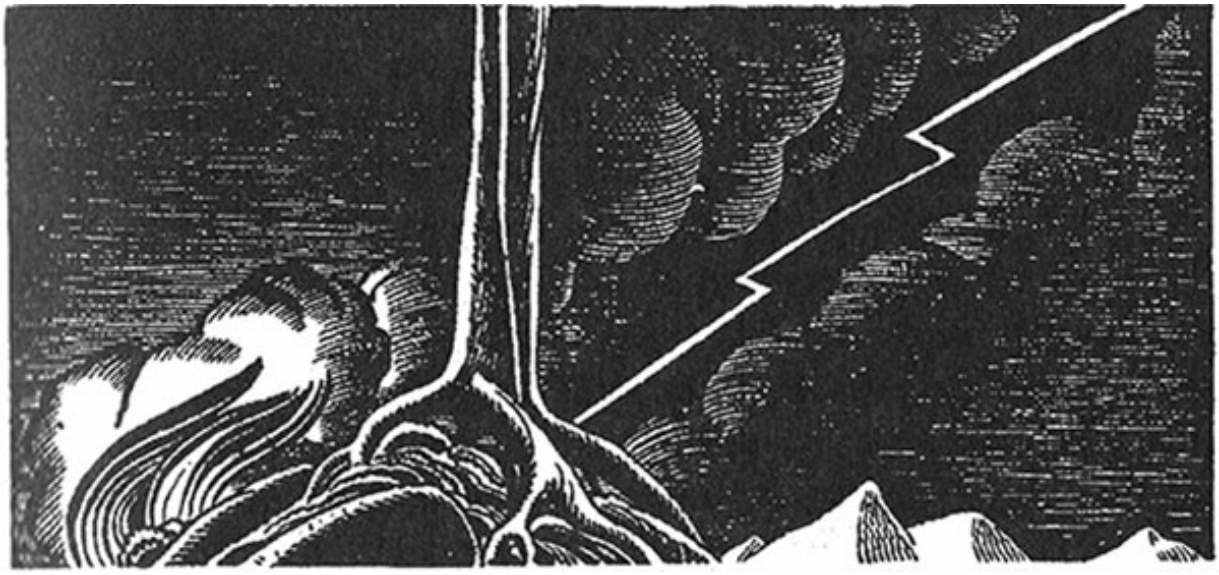
El siguiente era Tashtego, un indio de pura raza, de Gay Head, el promontorio más occidental de Martha's Vineyard, donde aún existe el último resto de una aldea de pieles rojas, la cual ha proveído a la vecina isla de Nantucket de muchos de sus más osados arponeros. En la pesquería normalmente se les conoce por el nombre genérico de *gay-headers*[34]. El pelo largo, liso y azabache de Tashtego, sus altos pómulos y negros ojos inquietos —orientales en su magnitud para un indio, pero antárticos en su centelleante expresión—, todo esto era suficiente para proclamarle heredero de la sangre no viciada de esos guerreros cazadores, que en persecución del gran alce de Nueva Inglaterra habían batido los bosques aborígenes de tierra firme. Pero al no olfatear ya el rastro de las bestias salvajes de los bosques, Tashtego cazaba ahora tras la estela de las grandes ballenas del mar; el arpón que no erraba del hijo remplazaba adecuadamente la infalible flecha de los padres. Al mirar el curtido bronceado de sus ágiles miembros serpeantes, casí habríais dado crédito a las supersticiones de algunos de los primeros puritanos, y medio creído que este indio salvaje era hijo del Príncipe de los Poderes del Aire[35]. Tashtego era el escudero de Stubb, el segundo oficial.

El tercero entre los arponeros era Daggoo, un gigantesco negro salvaje de piel carbón, con un andar leonino… un asuero. Suspendidos de sus orejas había dos aros dorados, tan grandes que los marineros los llamaban cáncamos de argolla, y decían que iban a asegurar a ellos las drizas de gavia. En su juventud, Daggoo había embarcado voluntariamente a bordo de un ballenero que fondeaba en una solitaria bahía de su nativa costa. Y no habiendo estado en parte alguna del mundo salvo en África, Nantucket, y los puertos paganos más frecuentados por los balleneros, y al haber vivido durante ya muchos años la intrépida vida de la pesquería en barcos de propietarios carentes de la usual precaución respecto a la clase de hombres que embarcaban, Daggoo conservaba todas sus barbáricas

virtudes, y erguido como una jirafa recorría las cubiertas con toda la pompa de seis pies y cinco pulgadas en calcetines. Había humildad corporal en mirarle; y un hombre blanco en pie ante él parecía una bandera blanca venida a implorar tregua ante una fortaleza. Curioso de decir, este imperial negro, asuero Daggoo, era el escudero del pequeño Flask, que a su lado parecía una figura de ajedrez. Por lo que respecta al resto de la compañía del *Pequod*, dicho sea que actualmente, de los muchos miles de hombres a proa de mástil empleados en la pesquería de la ballena americana, no hay uno de dos nacido en América, aunque prácticamente todos los oficiales lo son. En esto ocurre lo mismo tanto en la pesquería de ballena americana como en el ejército americano, y en la armada y en la marina mercante americanas, y en los destacamentos de ingeniería empleados en la construcción de los canales y ferrocarriles americanos. Lo mismo, digo, porque en todos estos casos los americanos nativos aportan con largueza el cerebro, proporcionando los músculos el resto del mundo con la misma generosidad. De estos marineros de la pesca de la ballena, un número no pequeño pertenece a las Azores, donde los barcos balleneros que parten de Nantucket tocan puerto para aumentar sus tripulaciones con los rudos campesinos de esas rocosas costas. De igual manera, los balleneros de Groenlandia que zarpan de Hull o de Londres fondean en las islas Shetland para recibir el complemento íntegro de su tripulación. En la travesía de vuelta a puerto los vuelven a desembarcar allí de nuevo. El porqué no se sabe, pero los isleños parecen ser los mejores pescadores de ballenas. En el *Pequod* también eran casi todos isleños, *isolados*, así los llamo, no reconociendo el continente común de los hombres, sino cada *isolado* que vive en un distinto continente propio. No obstante, ahora, federados a lo largo de una quilla, ¡qué conjunto formaban estos *isolados*! Como una diputación de Anacharsis Clootz constituida por todas las islas del mar, y todos los confines de la tierra, que acompañaba al viejo Ajab en el *Pequod* para presentar las quejas del mundo ante una de esas audiencias de las que no muchos logran regresar. El pequeño negro Pip… ¡Él nunca regresó! ¡Pobre muchacho de Alabama! En el desolado castillo del *Pequod* le veréis dentro de poco, dándole a su pandereta; prelusivo del tiempo eterno, en el que llamado al gran alcázar de las alturas, fue invitado a tocar

con los ángeles, y a darle a su pandereta en la gloria, llamado un cobarde aquí, ¡aclamado un héroe allá!





CAPÍTULO XXVIII AJAB

Durante varios días tras zarpar de Nantucket, nada se vio del capitán Ajab por encima de los cuarteles. Los oficiales se relevaban regularmente uno a otro en las guardias, y no habiendo nada que pudiera observarse en contrario, parecían ser los únicos comandantes del barco; salvo que a veces salían de la cabina con órdenes tan repentinas y perentorias que, al final, resultaba indudable que sólo comandaban vicariamente. Sí, su supremo señor y dictador estaba allí, aunque hasta el momento oculto a cualesquiera ojos no autorizados a penetrar en el por entonces sagrado retiro de la cabina.

Cada vez que yo ascendía a cubierta desde mis guardias abajo, instantáneamente echaba la vista a popa para fijarme si había visible algún rostro extraño; pues mi primera vaga inquietud respecto al desconocido capitán, ahora, en la reclusión del mar, se convirtió casi en un trastorno. Aquello resultaba extrañamente acentuado a veces por las diabólicas incoherencias del harapiento Elías, que, sin que yo las convocara, regresaban a mí con una sutil energía que previamente no podría haber concebido. Malamente podía resistirlas, por mucho que en otros estados de ánimo casi estuviera dispuesto a sonreír ante las solemnes fantasías de ese disparatado profeta de los muelles. Mas fuera lo que fuese que sintiera de

aprensión o inquietud —por así llamarlo—, no obstante, cada vez que en el barco me ponía a mirar a mi alrededor, parecía completamente injustificado albergar semejantes emociones. Pues aunque los arponeros, junto con el grueso de la tripulación, eran un grupo mucho más bárbaro, pagano y variopinto que cualquiera de las dóciles compañías de barco mercante con las que mis previas experiencias me habían familiarizado, aun así, yo atribuía aquello —y lo atribuía correctamente— a la fiera singularidad de la propia naturaleza de esa salvaje vocación escandinava en la que tan inconscientemente me había embarcado. Y era especialmente el aspecto de los tres principales jefes del barco, los oficiales, lo que estaba más convincentemente calculado para aliviar estos desvaídos recelos, y para inducir confianza y jovialidad en cada episodio de la expedición. Tres mejores y más apropiados oficiales y hombres, cada uno a su manera, no se podrían haber encontrado fácilmente, y eran, todos y cada uno de ellos, americanos; uno de Nantucket, otro del Vineyard y un hombre del Cabo. Ahora bien, al ser en Navidad cuando el barco zarpó de puerto, durante algunos días tuvimos un cortante tiempo polar, si bien constantemente escapábamos de él hacia el sur; y con cada grado y cada minuto de latitud que navegábamos, dejábamos gradualmente tras nosotros ese despiadado invierno y toda su intolerable meteorología. Fue una de esas mañanas de la transición, menos encapotadas, aunque aún suficientemente grises y melancólicas, mientras el barco, con viento franco, surcaba apresurado el agua en una especie de vindicativo rebotar y de melancólica presteza, que al encaramarme a cubierta al toque de la guardia de alba, tan pronto como alineé mi vista hacia el coronamiento, agoreros escalofríos me recorrieron el cuerpo. La realidad dejó atrás a la aprensión: el capitán Ajab se erguía sobre el alcázar.

No parecía haber en él ningún signo de enfermedad corporal, ni tampoco de recuperación de alguna. Tenía el aspecto de un hombre liberado de la estaca de la hoguera una vez que el fuego, al pasar, ha agostado todos los miembros sin consumirlos o restarles una partícula de su compacta añeja robustez. Su entero porte, alto y amplio, parecía hecho de sólido bronce, y conformado en un molde inalterable, como el Perseo vaciado de Cellini. Serpeando su camino de entre sus grises cabellos, y

continuando hacia abajo por un lateral de su bronceado y chamuscado rostro y de su cuello, hasta que desaparecía bajo sus ropas, veías una delgada marca, como una vara lívidamente blanquecina. Recordaba ese perpendicular costurón hecho a veces en el erguido y altivo tronco de un gran árbol, cuando el relámpago de las alturas se precipita sobre él rasgándolo y, sin arrancar una sola rama, pela y surca la corteza de arriba a abajo antes de perderse en la tierra, dejando el árbol aún vivo de verdor, aunque señalado. Si esa marca había nacido con él, o si era la cicatriz dejada por alguna terrible herida, nadie podía decirlo con certeza. Siguiendo algún acuerdo tácito, poca o ninguna alusión se hizo a ella a lo largo de la expedición, en especial por los oficiales. Pero una vez un viejo indio de Gay-Head que estaba en la tripulación, decano de Tashtego, aseguró supersticiosamente que no fue hasta que tuvo cuarenta años cumplidos que Ajab quedó de ese modo señalado, y que lo fue entonces no en la furia de una mortal reyerta, sino en una pelea con los elementos, en el mar. Aun así, esta arbitraria alusión pareció inferencialmente desmentida por lo que insinuó un sombrío hombre de Man[36], un sepulcral viejo, que al no haber zarpado nunca antes de Nantucket, nunca antes de esta ocasión le había puesto el ojo encima al singular Ajab. Sin embargo, las viejas tradiciones del mar, las inmemoriales creencias, popularmente investían a este viejo hombre de Man con preternaturales poderes de discernimiento. De forma que ningún marino blanco le desmintió consistentemente cuando afirmó que si alguna vez el capitán Ajab era en paz embalsamado —lo que difícilmente podría ocurrir, así lo murmuró—, entonces, quienquiera que fuese el que prestara los últimos oficios al muerto, le encontraría una marca de nacimiento desde la coronilla a la planta del pie.

El lúgubre aspecto general de Ajab, y la lívida señal que lo marcaba, me afectaron de tan patente manera que durante los primeros momentos iniciales apenas noté que no poco de su sobrecogedora desolación se debía a la barbárica pierna blanca sobre la que parcialmente se sostenía. Previamente me había enterado de que esta pierna de marfil había sido confeccionada en el mar a partir del hueso pulido de una mandíbula de cachalote.

—Sí, le desarbolaron en aguas del Japón —dijo en una ocasión el viejo indio de Gay-Head—; pero lo mismo que su desarbolado navío, embarcó otro mástil sin venir por él a casa. Tiene una aljaba llena de ellos.

Me llamó la atención la singular postura que mantenía. En cada lado del alcázar del *Pequod*, y muy cerca de los obenques de mesana, había una cavidad de broca, taladrada en la plancha una media pulgada más o menos. Su pierna de hueso sujeta en esa cavidad, un brazo elevado y agarrándose a un obenque, el capitán Ajab se erguía, mirando derecho más allá de la proa, que nunca cesaba de cabecear. En la fija e intrépida premeditación de esa mirada había una infinitud de la más firme fortaleza, una determinada, inquebrantable tenacidad. No dijo una palabra, ni tampoco sus oficiales le dijeron nada a él; aunque en todos sus minúsculos gestos y expresiones mostraron claramente la incómoda, si no hiriente, conciencia de estar bajo un atormentado ojo de patrón. Y no sólo eso, sino que el taciturno Ajab se presentaba ante ellos con una crucifixión en su rostro; con toda la innominada, regia y autoritaria dignidad de una intensa aflicción.

No mucho después de su primera visita al aire libre, se retiró a la cabina. Pero tras esa mañana pudo ser visto por la tripulación cada día; bien de pie en su cavidad de pivote, bien sentado en un taburete de marfil que tenía, o bien paseando pesadamente la cubierta. Al tornarse el cielo menos sombrío; al empezar, de hecho, a resultar un poco agradable, se recluyó cada vez menos, como si cuando zarpó el barco de puerto la muerta desolación ventosa del mar hubiera sido lo único que le hubiera mantenido así recluido. Y poco a poco llegó a suceder que estaba casi continuamente al aire libre; aunque hasta el momento, para todo lo que decía o perceptiblemente hacía en la por fin soleada cubierta, parecía allí tan innecesario como otro mástil. Mas el *Pequod* sólo estaba ahora en travesía, no navegando regularmente; los oficiales eran competentes para prácticamente todos los preparativos de la pesca que necesitaban supervisión, así que había poco o nada, aparte de sí mismo, que ahora ocupara o interesara a Ajab, liberándose así, durante ese intervalo, de las nubes que, capa sobre capa, estaban apiladas sobre su frente, pues todas las nubes escogen siempre las cumbres más elevadas para apilarse sobre ellas.

No obstante, no mucho después, la cálida, gorjeante persuasividad del agradable tiempo vacacional al que arribamos pareció sacarle mediante hechizos de su temperamental condición. Pues lo mismo que cuando en el momento en que las bailarinas de sonrosadas mejillas, Abril y Mayo, viajan al hogar de los invernales y misantrópicos bosques, incluso el viejo roble más pelado y recio, más partido por el trueno, hace surgir finalmente unos pocos brotes verdes para dar la bienvenida a visitantes de tan jovial corazón, así Ajab, finalmente, respondió un poco a los juguetones atractivos de ese aire femenil. Más de una vez dejó salir el leve brote de una mirada que en cualquier otro hombre pronto hubiera florecido en una sonrisa.

CAPÍTULO XXIX

ENTRA AJAB; STUBB SE DIRIGE A ÉL

Pasaron algunos días, y con el hielo y los icebergs a popa, el *Pequod* atravesó ahora sin dificultad la brillante primavera de Quito, que en el mar reina casi perpetuamente en el umbral del eterno agosto de los trópicos. Los días tibiamente frescos, claros, tintineantes, perfumados, desbordantes, copiosos eran como ciborios de cristal de rebosante sorbete persa… copeteado con nieve de agua de rosas. Las estrelladas y majestuosas noches parecían altivas damas ataviadas con enjoyados terciopelos, guardando en su casa, en solitaria honra, el recuerdo de sus ausentes duques conquistadores, ¡los soles de dorados yelmos! Para el hombre soñoliento era difícil escoger entre tan encantadores días y tan seductoras noches. Pero todos los embrujos de ese tiempo que no empalidecía no sólo procuraban nuevos encantamientos y potencias al mundo exterior. Interiormente se volvían sobre el alma, especialmente cuando llegaban las tranquilas y amables horas del caer de la tarde; entonces la memoria disparaba sus cristales como los que el diáfano hielo suele formar en silenciosos crepúsculos. Y todas estas sutiles agencias actuaban cada vez más sobre la textura de Ajab.

La vejez siempre es desvelada; como si el hombre, cuanto más enlazado a la vida, menos tenga que ver con nada que se asemeje a la muerte. De entre los capitanes de barco, son los viejos de barbas grises los que con mayor frecuencia dejan sus literas para visitar la cubierta arropada de la noche. Así sucedía con Ajab; únicamente que ahora, recientemente,

tanto parecía vivir al aire libre que, hablando sinceramente, sus visitas eran más bien a la cabina que de la cabina a las planchas.

—Parece como bajar a la tumba de uno –murmuraba para sí–, que un viejo capitán como yo esté descendiendo por este estrecho escotillón, para ir a mi litera de fosa excavada.

Así que, casi cada veinticuatro horas, cuando se habían establecido las guardias de la noche, y la cuadrilla de cubierta vigilaba los profundos sueños de la cuadrilla de abajo; y cuando si había que halar un cabo sobre el castillo, los marineros no lo tiraban con rudeza, como hacían por el día, sino que lo dejaban caer en su lugar con cautela, por temor a molestar a sus compañeros dormidos; cuando esta especie de uniforme quietud comenzaba a prevalecer, el silencioso timonel solía observar habitualmente el escotillón de la cabina y no mucho después surgía el viejo, aferrando el barandal de hierro para asistir su lisiado andar. Algún considerado toque de humanidad había en él; ya que en ocasiones como éstas solía abstenerse de patrullar el alcázar; pues para sus cansados oficiales, que buscaban reposo a seis pulgadas de su talón de marfil, tal hubiera sido el reverberante crujido y clamor de aquel óseo andar que sus sueños habrían versado sobre los trituradores dientes de los tiburones. Pero en una ocasión su inclinación fue demasiado intensa para comunes miramientos; y cuando con pesados y torpes pasos estaba midiendo el barco desde el coronamiento hasta el palo mayor, Stubb, el peculiar segundo oficial, subió desde abajo, y con cierto inseguro agraviante humor dio a entender que si al capitán Ajab le placía pasear las planchas, entonces nadie podía decir nones; pero que podría haber alguna forma de amortiguar el ruido, indicando indistinta y dubitativamente algo sobre una bola de estopa, y la inserción en ella del talón de marfil. ¡Ah, Stubb, entonces no conocíais a Ajab!

—¿Soy una bala de cañón, Stubb, que vos me retacaríais de ese modo? –dijo Ajab–. Mas seguid vuestro camino; lo he olvidado. Abajo, a vuestra tumba nocturna, donde los que sois como vos dormís entre mortajas, para acostumbraros a la del remate final… ¡Abajo, perro, meteos a la perrera!

Sobresaltado ante la imprevista exclamación conclusiva del tan repentinamente despectivo viejo, Stubb quedó sin habla un instante;

entonces dijo con excitación:

—No estoy acostumbrado a que me hablen de esa manera, señor; no me agrada en modo alguno, señor.

—¡Deteneos! –gritó Ajab entre sus apretados dientes, y apartándose violentamente, como si quisiera evitar una pasional tentación.

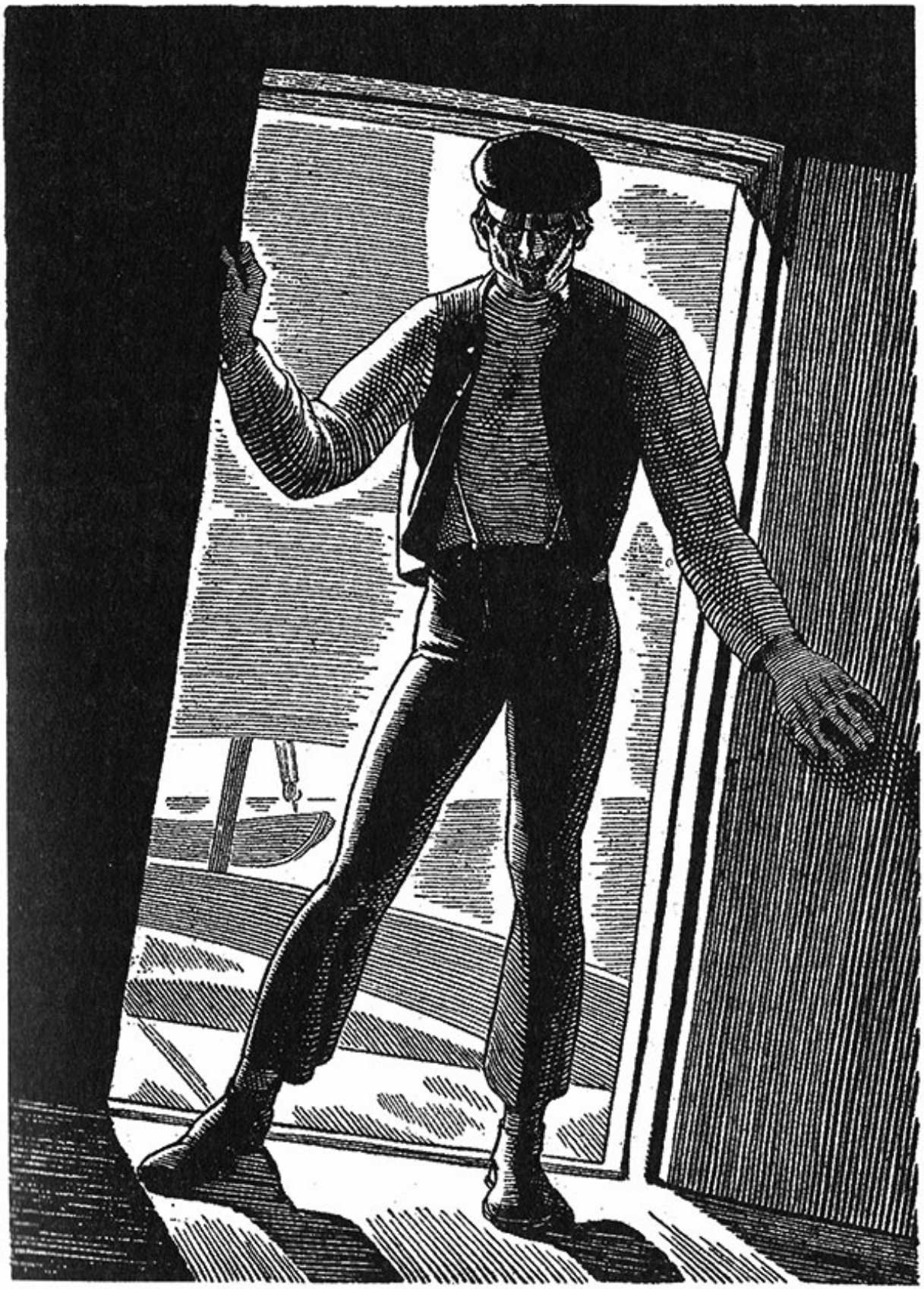
—No, señor; aún no –dijo Stubb, envalentonado–, no dejaré dócilmente que me llamen perro, señor.

—Entonces sed llamado diez veces burro, y mulo, y asno, y retiraos, ¡o le libraré al mundo de vos!

Mientras decía esto, Ajab avanzó sobre él con tal imponente terror en su aspecto que Stubb retrocedió involuntariamente.

—Nunca se me trató así sin dar un buen golpe a cambio –murmuró Stubb al encontrarse a sí mismo descendiendo el escotillón de la cabina–. Es muy raro. Detente, Stubb; de algún modo, ahora no sé bien si volver y golpearle, o… ¿qué es eso?… ¿arrodillarme aquí y rezar por él? Sí, ése es el pensamiento que surge en mí; pero hubiera sido la primera vez que jamás *en verdad* rezara. Es raro, muy raro, y también él es raro. Sí, le tomes de proa y de popa, es probablemente el viejo más raro con el que Stubb jamás navegó. ¡Con qué refulgente mirada me miró!… ¡Sus ojos como platillos de una balanza! ¿Está loco? De cualquier modo, algo hay en su mente, tan seguro como que algo ha de haber en una cubierta cuando cruje. Ahora, además, no está en su cama más de tres horas de las veinticuatro; y durante ellas no duerme. ¿No me dijo ese Dough-Boy, el mozo, que de mañana siempre encuentra la ropa del coy del viejo toda arrugada y revuelta, y las sábanas a los pies, y el cubrecama casi hecho nudos, y la almohada como terriblemente caliente, lo mismo que si hubiera habido en ella un ladrillo horneado? ¡Un viejo caliente! Supongo que tiene lo que alguna gente en tierra llama conciencia; es una especie de tic-del-loro[37], dicen… Un dolor de muelas no es peor. Bien, bien; no sé lo que es, pero que el Señor me guarde de pillarlo. Está lleno de arrugas; me pregunto para qué va todas las noches a la bodega de la despensa, como me dice Dough-Boy que cree que hace; ¿para qué hace eso, me gustaría saber? ¿Quién se cita con él en la bodega? ¿No es extraño, eh? Pero es el viejo juego, no se sabe… Ahí voy a dar una cabezada. Maldita sea mi

sombra, ¿le merece la pena a uno venir al mundo sólo para caer dormido en seguida? Y ahora que lo pienso, eso más o menos es lo primero que hacen los niños, y eso parece extraño, también. Maldita sea mi sombra, pero todo es extraño si te pones a pensarlo. Pero eso va en contra de mis principios. No pensar es mi undécimo mandamiento; y duerme cuando puedas, el duodécimo… Así que aquí voy otra vez. Mas ¿cómo es eso? ¿No me llamó perro? ¡Demonios! Me llamó diez veces burro, ¡y encima de *eso* apiló un montón de asnos! Bien podía haberme dado una patada, para acabar de una vez. Quizá *de verdad* me pegó, y no lo vi; tan absolutamente desconcertado estaba con su frente, de alguna manera. Destellaba como un hueso blanqueado. ¿Qué demonios me ocurre? No me tengo bien sobre las piernas. Es como si al entrar en colisión contra ese viejo se me hubiera salido el lado malo afuera. Pero por Dios que debo haber estado soñando, no obstante… ¿Cómo?, ¿cómo?, ¿cómo?… Pero el único modo es guardármelo; así que aquí voy al coy de nuevo; y por la mañana veré cómo este fastidioso tejemaneje se presenta a la luz del día.



CAPÍTULO XXX LA PIPA

Cuando Stubb se ausentó, Ajab estuvo un rato recostado sobre la amurada; y como últimamente había sido usual en él, llamó a un marinero de la guardia y le envió abajo, a por su taburete de marfil, y también a por su pipa. Encendiendo la pipa en la lámpara de la bitácora y plantificando el taburete en la banda de barlovento de la cubierta, se sentó y fumó.

En tiempos de los antiguos escandinavos, cuenta la tradición, los tronos de los reyes daneses, amantes del mar, estaban fabricados con los colmillos del narval. ¿Cómo, pues, podía uno mirar a Ajab, sentado en ese trípode de huesos, sin que le recordara la realeza que simbolizaba? Pues Ajab era un kan de las planchas, y un rey del mar, y un gran señor de los leviatanes.

Pasaron algunos momentos durante los cuales el espeso humo salió de su boca en rápidas y constantes bocanadas, que volvían de nuevo a su cara.

—¿Cómo es que este fumar ya no tranquiliza? —monologó finalmente, retirando la boquilla—. ¡Oh, pipa mía!, ¡mal me debe ir si vuestro encanto ha desaparecido! Aquí he estado, esforzándome inconscientemente, no disfrutando… sí, e ignorantemente fumando a barlovento todo el rato; a barlovento, y con bocanadas tan nerviosas como si, lo mismo que la ballena moribunda, mis chorros finales fueran los más fuertes y más cargados de dificultad. ¿Qué tengo que ver yo con esta pipa? Esta cosa que está ideada para la serenidad, para lanzar suaves humos blancos entre suaves cabellos blancos, no entre desarraigados rizos de color gris de hierro, como los míos. No fumaré más…

Lanzó la pipa, todavía encendida, al mar. El fuego siseó en las olas; en el mismo instante el barco pasó raudo sobre la burbuja que hizo la pipa al hundirse. Con sombrero gacho, Ajab paseó las planchas, renqueante.

CAPÍTULO XXXI — LA REINA MAB[38]

A la mañana siguiente Stubb abordó a Flask.

—Un sueño tan extraño, King-Post, nunca lo tuve. ¿Sabes la pierna de marfil del viejo? Bien, soñé que me daba una patada con ella; y cuando trataba de devolvérsela, a fe mía, pequeño, ¡mi pierna, al dar la patada, se desprendía! Y entonces, ¡presto!, Ajab semejaba una pirámide, y yo, como un completo necio, seguía dándole patadas. Pero lo que era aún más curioso, Flask… ya sabes lo curiosos que son todos los sueños… a través de toda esta rabia que tenía, de algún modo parecía estar pensando para mí que, a pesar de todo, esa patada de Ajab no era tanto un insulto. «¿Por qué?», pensaba yo, «¿cuál es el problema? No es una pierna de verdad, sólo es una pierna falsa». Y hay una enorme diferencia entre un mamporro vivo y un mamporro muerto. Eso, Flask, es lo que hace que un golpe con la mano sea cincuenta veces más atroz de soportar que un golpe con un bastón. El miembro vivo… es eso lo que hace el insulto vivo, mi pequeño amigo. Y pienso yo para mí mientras tanto, fíjate, mientras estaba machacándome los estúpidos dedos de los pies contra esa maldita pirámide… tan confusamente contradictorio era todo… durante todo el tiempo, digo, estaba pensando para mí: «¿qué es, pues, su pierna, sino un bastón… un bastón de hueso de ballena? Sí», me

dije yo, «sólo era una festiva azotaina… de hecho sólo un baqueteo de hueso de ballena que me dio… no una auténtica patada. Además», me dije, «fíjate un momento; bueno, el extremo… la parte del pie… qué extremidad tan pequeña es; mientras que si un granjero de grandes pies me diera una patada, *ése sí* sería un insulto endemoniadamente grande. Pero este insulto está rebajado a sólo un punto». Pero ahora viene lo más gracioso del sueño, Flask. Mientras estaba aporreando la pirámide, una especie de viejo tritón con pelo de tajugo y una joroba en la espalda me coge por los hombros y me hace dar vueltas. «¿Qué es lo que haces?», dice. «¡Voto a Dios, compañero!», pero estaba asustado. ¡Menudo gesto! Aunque, de alguna manera, al momento siguiente se me había pasado el susto. «¿Qué es lo que hago?», dije finalmente. «¿Y a ti qué te importa ese asunto, me gustaría saber, señor Joroba? ¿Quieres que te dé una patada *a ti*?» Por Dios, Flask, que en cuanto acabé de decir eso, volvió su trasero hacia mí, se agachó, y levantando un montón de algas que tenía a modo de culero… ¿qué es lo que crees que vi?… Pues, truenos resonantes, compañero, su trasero estaba repleto de pasadores, con las puntas hacia fuera. Dije yo, pensándolo de nuevo, «creo que no te voy a dar una patada, viejo». «Sabio Stubb», dijo él, «sabio Stubb»; y siguió murmurándolo constantemente, como si se comiese sus propias mandíbulas, lo mismo que una bruja de chimenea. Viendo que no iba a parar de decir y decir su «sabio Stubb, sabio Stubb», pensé que bien podría empezar de nuevo a dar patadas a la pirámide. Mas apenas había levantado el pie para hacerlo, cuando bramó: «¡Deja de dar patadas!». «Hola», dije yo, «¿qué ocurre ahora, viejo amigo?». «Atiende», dijo él, «discutamos el insulto. El capitán Ajab te pegó un puntapié, ¿no es verdad?». «Sí, lo hizo», dije yo… «justo *aquí* fue». «Muy bien», dijo él… «utilizó su pierna de marfil, ¿no es verdad?». «Sí, lo hizo», dije yo. «Bien, entonces», dijo él, «sabio Stubb, ¿de qué te quejas? ¿No dio el puntapié con excelente voluntad? La pierna con la que golpeó no fue una vulgar pierna de pino resinero, ¿no es así? No, Stubb, recibiste un puntapié de un gran hombre y con una bonita pierna de marfil. Es un honor; yo lo considero un honor. Escucha, sabio Stubb. En la vieja Inglaterra los más grandes lores creen que es un gran honor ser abofeteado por una reina y que se les haga caballero de la

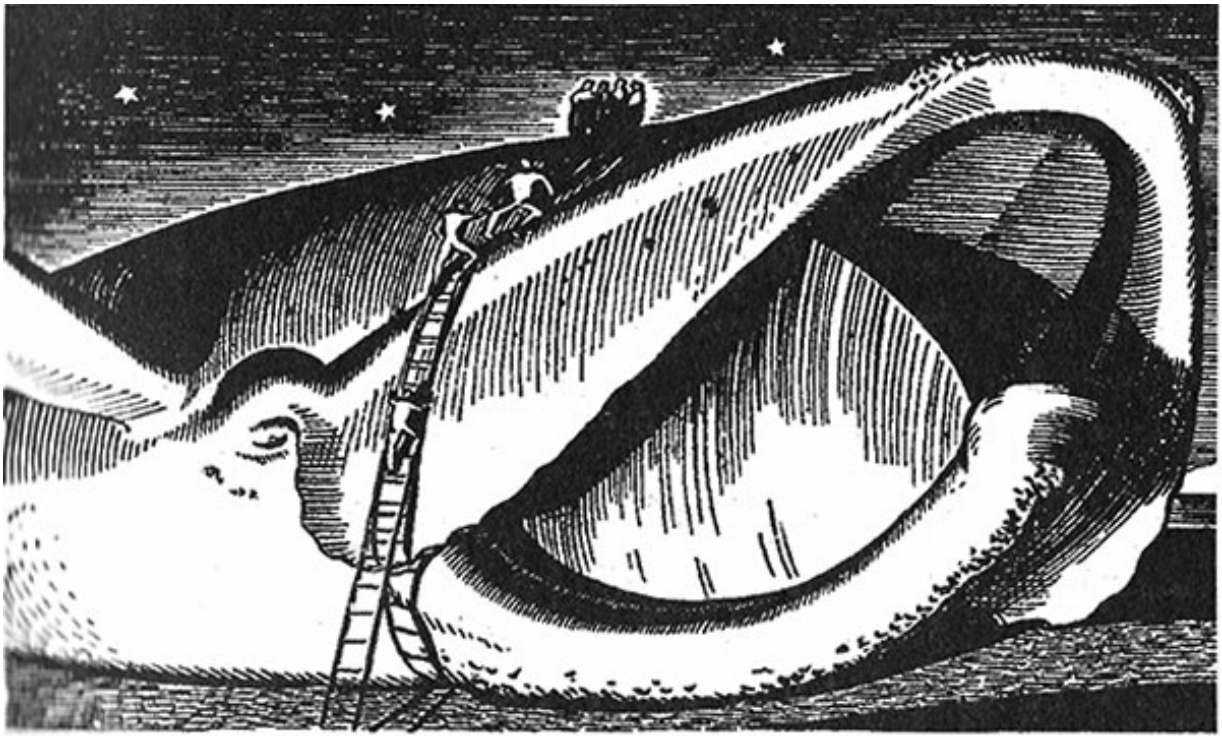
jarretera; que sea entonces vanagloria *tuya*, Stubb, que recibiste un puntapié del viejo Ajab, y que se te hizo hombre sabio. Recuerda lo que digo: *recibe* puntapiés de él, considera sus puntapiés honores y no devuelvas bajo ningún concepto las patadas; pues no puedes evitarlo, sabio Stubb. ¿No ves esa pirámide?». Con lo cual, repentinamente pareció, de algún modo, de alguna extraña manera, salir nadando por el aire. Yo estornudé, me di la vuelta, ¡y allí estaba, en mi coy! Bien, ¿qué es lo que piensas de ese sueño, Flask?

—No sé; me parece a mí un poco tonto, creo.

—Puede ser; puede ser. Pero ha hecho de mí un hombre sabio, Flask. ¿Ves a Ajab ahí de pie, mirando de lado sobre la popa? Bien, lo mejor que puedes hacer, Flask, es dejar solo a ese viejo; no replicarle, diga él lo que diga. ¡Hola! ¿Qué es eso que grita? ¡Escucha!

—¡Eh, tope! ¡Aguzad la vista todos vosotros! ¡Hay ballenas por aquí! ¡Si veis una blanca, reventaos los pulmones por ella!

—¿Qué piensas de eso ahora, Flask? ¿No hay una pequeña gota de algo raro en eso, eh? Una ballena blanca… ¿Te fijaste en eso, prójimo? Fíjate… Hay algo especial en el aire. Estate atento a ello, Flask. Ajab tiene en su mente lo que es sangriento. Pero, chitón: viene hacia aquí.



CAPÍTULO XXXII CETOLOGÍA

Estamos ya resueltamente lanzados sobre el piélago; mas pronto estaremos perdidos en sus inmensidades carentes de costas y puertos. Antes de que eso llegue a ocurrir, antes de que el algoso casco del *Pequod* se balancee lado a lado junto a las moles ornadas de lapas del leviatán, bien está en el inicio atender a un asunto casi indispensable para una concienzuda comprensión estimativa de las más específicas alusiones y revelaciones leviatánicas de todo tipo que seguirán a continuación.

Se trata de un despliegue sistematizado de la ballena en la amplitud de sus géneros, que ahora me gustaría exponeros. Mas no es tarea fácil. La clasificación de los constituyentes de un caos es nada menos lo que se intenta aquí. Escuchad lo establecido por las más grandes y recientes autoridades.

«No hay rama de la zoología tan intrincada como la que se denomina cetología», dice el capitán Scoresby, 1820 d.C.

«No es intención mía, aunque estuviera en mi poder, entrar en la polémica sobre el verdadero método de dividir los cetáceos en grupos y familias. * * * Existe absoluta confusión entre los historiadores de este animal» (cachalote), dice el cirujano Beale, 1839 d.C.

«Incapacidad de seguir nuestra investigación en las insondables aguas.» «Impenetrable velo que cubre nuestro conocimiento de los cetáceos.» «Un campo plagado de espinas.» «Todas estas incompletas indicaciones sólo sirven para torturarnos a nosotros los naturalistas.»

Así hablaron de la ballena el gran Cuvier, y John Hunter, y Lesson, esos esclarecidos de la zoología y la anatomía. No obstante, aunque de verdadero conocimiento haya poco, libros, sin embargo, hay muchos; y así, en pequeña medida, ocurre con la cetología, o ciencia de las ballenas. Muchos son los hombres, pequeños y grandes, antiguos y modernos, de tierra firme y de mar, que amplia o sucintamente han escrito sobre la ballena. Recorramos unos pocos: los autores de la Biblia; Aristóteles; Plinio; Aldrovandi; sir Thomas Browne; Gesner; Ray; Linneo; Rondeletius; Willoughby; Green; Artedi; Sibbald; Brisson; Marten; Lacépède; Bonneterre; Desmarest; el barón Cuvier; Frederick Cuvier; John Hunter; Owen; Scoresby; Beale; Bennett; J. Ross Browne; el autor de *Miriam Coffin*; Olmstead; y el reverendo T. Cheever. Pero con qué provecho conjunto final todos éstos han escrito, los extractos más arriba citados lo muestran.

De los nombres de esta lista de autores balleneros, únicamente los que siguen a Owen vieron ballenas vivas; y sólo uno de ellos fue un verdadero arponero y ballenero profesional. Me refiero al capitán Scoresby. En el tema aislado de la ballena franca, o de Groenlandia, él es la mayor autoridad existente. Pero Scoresby no sabía nada y no dice nada del gran cachalote, comparada con el cual la ballena de Groenlandia apenas merece la pena mencionarse. Y dígase aquí que la ballena de Groenlandia es una usurpadora del trono de los mares. Ni siquiera es en modo alguno la más grande de las ballenas. Sin embargo, a causa de la prolongada prioridad de sus reivindicaciones, y de la profunda ignorancia que hasta hace unos setenta años recubría al entonces fabuloso, o absolutamente desconocido cachalote, ignorancia que todavía reina en todas partes salvo unos pocos

refugios científicos y puertos balleneros, esta usurpación ha sido en todo modo completa. Referencia a casi todas las alusiones leviatánicas en los grandes poetas de días pasados será prueba suficiente para vosotros de que la ballena de Groenlandia, sin rival alguno, era para ellos el monarca de los mares. Mas finalmente ha llegado el momento de una nueva proclamación. Esto es Charing Cross[39]: ¡escuchad!, vos, buena gente… La ballena de Groenlandia ha sido depuesta… ¡El gran cachalote reina ahora!

Sólo hay dos libros en existencia que de algún modo intentan poner al cachalote vivo ante ti, y que al mismo tiempo tienen éxito en su intento en el más remoto de los grados. Esos libros son el de Beale y el de Bennett; médicos ambos, en su época, de barcos balleneros ingleses en los Mares del Sur, y ambos hombres precisos y fiables. La materia original referente al cachalote que se encuentra en sus volúmenes es necesariamente pequeña; pero hasta donde alcanza es de calidad excelente, aunque restringida en su mayor parte a la descripción científica. Hasta el momento, no obstante, el cachalote, científico o poético, no vive entero en publicación alguna. Muy por encima de todas las otras ballenas cazadas, la suya es una vida no escrita.

Ahora bien, las distintas especies de ballenas requieren algún tipo de comprensiva clasificación popular, aunque sólo sea una de sencillo contorno por el momento, a rellenar en el futuro en todos sus apartados por posteriores contribuyentes. Como ningún hombre mejor se presenta para tomar esta materia en sus manos, yo en este momento ofrezco mis propios pobres empeños. No prometo nada completo; pues cualquier empeño humano pretendidamente completo debe, por esa misma razón, ser defectuoso. No intentaré una minuciosa descripción anatómica de las distintas especies, ni —al menos en este lugar— descripción extensa alguna. Mi objetivo aquí es simplemente proyectar el diseño de una sistematización de la cetología. Yo soy el arquitecto, no el constructor.

Aunque es una tarea de peso; ninguna sencilla clasificación de cartas en la oficina de Correos la iguala. Tantear hacia el fondo del mar tras ellas, tener las manos de uno entre los inefables fundamentos, la armazón y la propia pelvis del mundo, es algo aterrador. ¡Qué soy yo para poder intentar

echarle el anzuelo a la nariz de este leviatán! Las atroces afrentas que hay en Job bien podrían espantarme. «¿Hará» (el leviatán) «un pacto con vos? ¡Atended, es vana la esperanza en él!»[40]. Pero yo he nadado a través de bibliotecas y he navegado a través de océanos; he tratado con ballenas con estas visibles manos: voy en serio, y lo intentaré. Hay ciertos preliminares que establecer.

En primer lugar: la condición incierta, no establecida, de esta ciencia de la cetología está atestiguada en el propio inicio por el hecho de que, en algunas instancias, todavía es asunto de debate el que la ballena sea un pez. En su *Sistema de la Naturaleza*, 1776 d.C., Linneo afirma: «Por la presente separo las ballenas de los peces». Pero por conocimiento propio yo sé que hasta el año 1850, en contra del expreso edicto de Linneo, todavía se encontraba a los tiburones y los sábalos, las pinchaguas y los arenques, compartiendo la posesión de los mismos mares que el leviatán.

Los motivos por los que Linneo habría eliminado de buen grado las ballenas de las aguas los expresa de la siguiente manera: «Debido a su caliente corazón bilocular, sus pulmones, sus párpados móviles, sus oídos huecos, *penem intrantem femina mammis lactantem*, y, finalmente, *ex lege naturae jure meritoque*[41]. Yo trasladé todo esto a mis amigos Simeon Macey y Charley Coffin, de Nantucket, ambos compañeros de mesa en cierto viaje, y coincidieron en la opinión de que las razones expuestas eran totalmente insuficientes. Charley, profanamente, sugirió que eran una patraña.

Sépase que, renunciando a toda discusión, adopto la buena y anticuada base de que la ballena es un pez, y apelo al santo Jonás para que me respalde. Una vez establecido este asunto fundamental, el siguiente punto es en qué aspecto interno difiere la ballena de otros peces. Más arriba, Linneo os ha proporcionado esos argumentos. Pero, en resumen, son éstos: pulmones y sangre caliente; mientras que todos los demás peces carecen de pulmones y son de sangre fría.

Lo siguiente: ¿cómo hemos de definir a la ballena por sus manifiestas características externas, para conspicuamente etiquetarla para todo tiempo futuro? En breve, pues, una ballena es *un pez de cola horizontal que lanza un chorro*. Ahí la tenéis. Por muy compendiada que sea, esa definición es

el resultado de una amplia meditación. Una morsa lanza chorros como una ballena, mas la morsa no es un pez porque es anfibia. Aunque el término inicial de la definición es todavía más concluyente cuando se empareja con el último. Casi todo el mundo debe haber observado que todos los peces familiares a los hombres de tierra firme no tienen cola plana, sino vertical o de arriba a abajo. Mientras que entre los peces que lanzan chorros, la cola, aunque puede que tenga una forma similar, asume invariablemente una posición horizontal.

Mediante la definición anterior de lo que es la ballena, en modo alguno excluyo de la hermandad leviatánica a ninguna criatura marina hasta el momento identificada con la ballena por los habitantes de Nantucket mejor informados; tampoco, del otro lado, asocio con ella ningún pez hasta el momento considerado fidedignamente un extraño. De ahí que todos los peces pequeños de cola horizontal que lanzan chorros deban ser incluidos en este esquema de la cetología. Ahora, pues, aparecen las grandes divisiones de las huestes completas de la ballena.

En primer lugar: según la magnitud, divido las ballenas en tres libros primarios (subdivisibles en capítulos), y éstos deben abarcarlas a todas, las grandes y las pequeñas.

I. La ballena folio; II. La ballena octavo; III. La ballena duodécimo.

Como tipo del folio presento al *cachalote*; del octavo, a la *orca*; y del duodécimo a la *marsopa*.

Folios. Entre éstos, aquí incluyo los siguientes capítulos: I. El *cachalote* o *ballena de esperma*; II. La *ballena franca*; III. El *rorcual* o *ballena de aleta*; IV. La *ballena jorobada*; V. La *ballena de navaja*; VI. La *ballena de bajos sulfúreos*.

Libro I. (*Folio*), CAPÍTULO I. (*Cachalote* o *ballena de esperma*).—Esta ballena, conocida vagamente entre los ingleses de la Antigüedad como la ballena Trumpa, y la ballena Physeter, y la ballena Cabeza de Yunque, es el actual *Cachalot* de los franceses, y el *Pottfisch* de los alemanes, y el *macrocephalus* de los palabras largas. Sin duda alguna es el habitante más grande del globo; la más formidable de las ballenas con las que toparse; la de aspecto más majestuoso; y, finalmente, con mucho la más valiosa para el comercio; siendo la única criatura de la que se obtiene

esa valiosa sustancia, el esperma de ballena. De todas sus peculiaridades se hablará con mayor amplitud en muchos otros pasajes. Es principalmente de su apodo —ballena de esperma— que ahora voy a ocuparme. Considerado filológicamente, es absurdo. Hace algunos siglos, cuando el cachalote era casi totalmente desconocido en su individualidad propia, y cuando su aceite sólo se obtenía accidentalmente de los peces embarrancados; en aquellos días, al parecer, el esperma de ballena vulgarmente se creía que era obtenido de una criatura idéntica a la entonces conocida en Inglaterra como ballena de Groenlandia o ballena franca. También se tenía la idea de que este mismo esperma de ballena era el humor vital de la ballena de Groenlandia, como lo expresa literalmente la palabra. En aquellos tiempos, por tanto, el esperma de ballena era enormemente escaso, no siendo utilizado para luz, sino únicamente como ungüento y medicamento. Sólo se podía conseguir de los farmacéuticos, al igual que en la actualidad se compra una onza de ruibarbo. Según mi opinión, cuando con el transcurso del tiempo se supo la verdadera naturaleza del esperma de ballena, los comerciantes continuaron manteniendo su nombre original sin duda por incrementar su valor con un concepto tan extrañamente significativo de su escasez. Y, así, la apelación debió finalmente llegar a ser dada a la ballena de la que este esperma realmente se obtenía.

Libro I. (*Folio*), CAPÍTULO II. (*Ballena franca*).— En cierto aspecto, éste es el más venerable de los leviatanes, al ser el primero cazado regularmente por el hombre. Produce el artículo comúnmente conocido como ballena o barba de ballena; y el aceite especialmente conocido comercialmente como «saín», un artículo inferior en el comercio. Entre los pescadores se la designa indiscriminadamente mediante todos los siguientes títulos: la ballena; la ballena de Groenlandia; la ballena negra; la gran ballena; la ballena auténtica; la ballena franca. Existe cierta oscuridad respecto a la identidad de la especie tan multitudinariamente bautizada. ¿Cuál es, entonces, la ballena que incluyo en la segunda especie de mis folios? Es la gran *mysticetus* de los naturalistas ingleses; la ballena de Groenlandia de los balleneros ingleses; la baleine ordinaire de los balleneros franceses; la *Gronlands Valfisk* de los suecos. Es la ballena que

durante más de dos siglos ha sido cazada por los holandeses y los ingleses en los mares árticos; es la ballena que los pescadores americanos han perseguido desde hace tiempo en el océano Índico, en los bancos del Brasil, en la costa noroeste, y en otras varias partes del mundo denominadas por ellos caladeros de ballena franca.

Algunos pretenden ver una diferencia entre la ballena de Groenlandia de los ingleses y la ballena franca de los americanos. Pero coinciden exactamente en todas sus principales características; y todavía no se ha señalado un solo hecho determinante sobre el que fundar una distinción radical. Es por medio de infinitas subdivisiones basadas, en las más inconcluyentes diferencias, que ciertas parcelas de la historia natural se vuelven tan repelentemente intrincadas. De la ballena franca se tratará en otro lugar con cierta amplitud, en relación a la elucidación del cachalote.

Libro I. (*Folio*), CAPÍTULO III. (*Rorcual* o *ballena de aleta*).— Bajo este encabezamiento trato de un monstruo que, bajo los distintos nombres de Aleta Dorsal, Surtidor Alto, y Long-John, ha sido vista en casi todos los mares y es comúnmente la ballena cuyo distante chorro tan frecuentemente es detectado por los pasajeros que cruzan el Atlántico en los correos marítimos de Nueva York. En la longitud que alcanza, y en sus barbas de ballena, el rorcual se semeja a la ballena franca, pero es de contorno menos corpulento, y de un color más claro, cercano al oliva. Sus grandes labios presentan un aspecto como de maroma, causado por los inclinados pliegues entrelazados de grandes arrugas. Su principal característica distintiva, la aleta, de la que deriva su apodo, suele ser un cuerpo conspicuo. Es de unos tres o cuatro pies de longitud, crece verticalmente de la parte posterior de la espalda, de forma angular, y con un extremo puntiagudo muy afilado. Aunque no se vea ninguna otra parte de la criatura, por pequeña que sea, esta aleta aislada se ve a veces claramente saliendo a la superficie. Cuando el mar está moderadamente en calma, y ligeramente marcado de ondas esféricas, y esta aleta en forma de *gnomon* se yergue y lanza sombras sobre la estrecha superficie, bien puede suponerse que el círculo acuático que la rodea de algún modo se semeja a un dial, con su estilo y sus ondeantes marcas horarias grabadas en él. En ese dial de Ajaz la sombra a menudo marcha hacia atrás. El rorcual no es

gregario. Parece un aborrecedor de ballenas, lo mismo que algunos hombres son aborrecedores de hombres. Muy tímido, siempre va solitario, ascendiendo inesperadamente a la superficie en las más remotas y sombrías aguas; su único chorro, recto y elevado, surge como una alta pica misantrópica sobre una planicie desolada; dotado de tal maravillosa potencia y velocidad de nado como para desafiar toda posible persecución del hombre, este leviatán parece el desaparecido e inconquistable Caín de su especie, que lleva como su marca ese estilo sobre su lomo. Por tener las barbas de ballena en su boca, el rorcual a veces se incluye junto a la ballena franca en una teórica familia denominada *ballenas barbadas*, es decir, ballenas con barbas de ballena. De estas llamadas ballenas barbadas, parece ser que habría distintas variedades, la mayor parte de las cuales, sin embargo, son poco conocidas. Ballenas de nariz ancha, y ballenas de pico; ballenas de cabeza de pica; ballenas fruncidas; ballenas desquijadas y ballenas de cresta son los nombres de los pescadores para algunos tipos.

En conexión con este apelativo de «ballenas barbadas» es de gran importancia mencionar que por mucho que esa nomenclatura pueda ser conveniente para facilitar la alusión a cierto tipo de ballenas, no obstante, vano es intentar una clasificación clara del leviatán fundada o bien en sus barbas de ballena, o en su joroba, o en su aleta, o en sus dientes; a pesar de que esas señaladas partes o características, muy obviamente parecen mejor adaptadas para constituir las bases de un sistema regular de cetología que cualquier otra distinción corporal independiente que presente la ballena en sus tipos. ¿Cómo es esto? Las barbas, la joroba, la aleta dorsal y los dientes: éstos son elementos cuyas peculiaridades están indiscriminadamente dispersas entre todos los tipos de ballenas, sin consideración alguna a cuál pueda ser la naturaleza de su estructura en otros y más esenciales particulares. Así, el cachalote y la ballena jorobada tienen ambos joroba; pero ahí cesa la similitud. También, esta misma ballena jorobada y la ballena de Groenlandia, tienen ambas barbas; pero ahí de nuevo cesa la similitud. Y exactamente lo mismo ocurre con las otras partes arriba mencionadas. En varios tipos de ballenas forman combinaciones tan irregulares, o en el caso de alguna de ellas independiente, un aislamiento tan irregular, como para desafiar totalmente

toda metodización general formada sobre esa base. Contra esta piedra se han topado todos los naturalistas de la ballena.

Mas es posible concebir que en las partes internas de la ballena, en su anatomía… allí, al menos, podamos lograr acertar con la clasificación correcta. En modo alguno: ¿qué hay, por ejemplo, en la anatomía de la ballena de Groenlandia que llame más la atención que sus barbas? Sin embargo, hemos visto que por sus barbas es imposible clasificar correctamente a la ballena de Groenlandia. Y si desciendes a los intestinos de los distintos leviatanes, seguramente allí encontrarás diferencias asequibles al sistematizador en una quinta parte menos que en esas externas ya enumeradas. ¿Qué resta, entonces? Nada, excepto hacerse corporalmente con las ballenas en su entero generoso volumen, y clasificarlas corporalmente de esa manera. Y éste es el sistema bibliográfico aquí adoptado; y es el único que puede tener la posibilidad de tener éxito, pues sólo él es practicable. Procedamos.

Libro I. (*Folio*), CAPÍTULO IV. (*Ballena jorobada*).— Esta ballena se ve a menudo en la costa norte de América. Allí ha sido capturada con frecuencia y remolcada a puerto. Tiene en sí un gran bulto, como un buhonero; podrías llamarla la ballena Elephant & Castle[42]. En cualquier caso, el nombre popular que se le da no la distingue suficientemente, dado que el cachalote también tiene una joroba, aunque más pequeña. Su aceite no es muy valioso. Tiene barbas. Es la más traviesa y animada de todas las ballenas, haciendo por lo general más alegre espuma y borbollón que cualquier otra entre ellas.

Libro I. (*Folio*), CAPÍTULO V. (*Ballena de navaja*).— De esta ballena poco se sabe excepto su nombre. Yo la he visto a distancia en aguas del cabo de Hornos. De naturaleza retraída, elude tanto a los cazadores como a los filósofos. Aunque no es cobarde, nunca aún ha mostrado ninguna parte suya salvo su lomo, que surge formando una larga y afilada cresta. Dejadla marchar. Poco más sé de ella, y tampoco lo sabe nadie más.

Libro I. (*Folio*), CAPÍTULO VI. (*Ballena de bajos sulfúreos*).— Otro caballero retraído, con un estómago azufrado, sin duda obtenido del roce con las losas tartáreas en algunas de sus más profundas inmersiones. Raramente es vista; al menos, yo no la he visto nunca excepto en los más

remotos Mares del Sur, y en esos casos siempre a una distancia demasiado grande para estudiar su apariencia. Nunca se la acosa: escaparía con largos enteros de estacha. Se cuentan prodigios de ella. ¡*Adieu*, ballena de bajos sulfúreos! No puedo decir de vos nada más que sea cierto, tampoco puede hacerlo el más viejo de los habitantes de Nantucket.

Así termina el Libro I. (*Folio*), y ahora comienza el Libro II (*Octavo*).

Octavos[43]. Éstos abarcan las ballenas de magnitud mediana, entre las que en la actualidad se pueden enumerar: I. La *orca*; II. El *pez negro*; III. El *narval*; IV. La *ballena asesina*; V. La *ballena flageladora*.

Libro II. (*Octavo*), CAPÍTULO I. (*Orca*).— Aunque este pez, cuya ruidosa respiración, o más bien resoplido, ha servido de base para un proverbio[44] a los hombres de tierra firme, es un bien conocido habitante de las profundidades, sin embargo, popularmente no es clasificado entre las ballenas. Mas al poseer todas las principales características distintivas del leviatán, la mayor parte de los naturalistas le han reconocido como tal. Es de un tamaño moderado de octavo, variando entre quince y veinticinco pies de longitud, y de correspondientes dimensiones alrededor del talle. Nada en manadas; nunca se caza regularmente, aunque su aceite es considerable en cantidad, y bastante bueno para iluminación. Para algunos pescadores su acercamiento es considerado premonitorio del avance del gran cachalote.

Libro II. (*Octavo*), CAPÍTULO II. (*Pez negro*).— Doy los nombres populares de los pescadores para todos estos peces, pues por regla general son los mejores. Cuando un nombre resulte ser vago o inexpresivo, lo diré, y sugeriré otro. Así lo hago ahora en lo tocante al así denominado pez negro, pues la negrura es la regla entre casi todas las ballenas. Así que llamadle la ballena hiena, si no os importa. Su voracidad es bien conocida, y por la circunstancia de que los ángulos interiores de sus labios están curvados hacia arriba, porta una perenne mefistofélica sonrisa forzada en su rostro. Esta ballena tiene de media unos dieciséis o dieciocho pies de longitud. Se la encuentra en casi todas las latitudes. Al nadar, tiene una peculiar manera de exhibir su ganchuda aleta dorsal, que parece una especie de nariz romana. Si no están ocupados en algo más provechoso, los cazadores del cachalote a veces capturan la ballena hiena por mantener

una provisión de aceite barato para empleo casero… lo mismo que algunas ahorrativas amas de casa, en ausencia de compañía, y sin nadie alrededor, queman maloliente sebo en vez de odorífera cera. Aunque su lardo es muy delgado, algunas de estas ballenas te aportan por encima de los treinta galones de aceite.

Libro II. (*Octavo*), CAPÍTULO III. (*Narval*), es decir, *ballena de nariz*. — Otro ejemplo de una ballena curiosamente denominada, supongo que así nombrada a causa de haberse confundido originalmente su peculiar cuerno con una nariz picuda. La criatura mide unos dieciséis pies de longitud, mientras que su cuerno es de una media de cinco pies, aunque algunos exceden los diez e incluso alcanzan los quince pies. Hablando estrictamente, este cuerno no es sino un colmillo alargado, que surge de la mandíbula en una línea ligeramente decreciente de la horizontal. Pero se encuentra sólo en el lado siniestro, lo que hace un mal efecto, proporcionándole a su portador aspecto análogo al de un torpe hombre zurdo. A qué preciso propósito responde este cuerno o lanza de marfil, difícil sería decirlo. No parece que sea usado como la hoja del pez espada y del pez aguja; aunque algunos marinos me dicen que lo emplea como rastrillo al escarbar en el fondo del mar para buscar comida. Charley Coffin decía que se usaba como perforador de hielo; siendo que el narval, al ascender a la superficie del mar polar y encontrarla cubierta de hielo, clava su cuerno hacia arriba y así se abre paso. Pero no puedes probar que ninguna de estas suposiciones sea correcta. Mi propia opinión es que, fuere como fuese que este cuerno lateral sea en realidad usado por el narval —comoquiera que sea—, ciertamente le sería muy conveniente a modo de abrecartas al leer folletos. Al narval he oído llamarle ballena de colmillo, ballena cornuda y ballena unicornio. Ciertamente es un curioso ejemplo del unicornismo que existe en casi todos los reinos de la naturaleza animada. De ciertos enclaustrados antiguos autores he recogido que el cuerno de este mismo unicornio del mar era considerado en los días de la Antigüedad el gran antídoto contra el veneno y, como tal, los preparados suyos alcanzaban precios enormes. También se destilaba en sales volátiles para damas languidecientes, del mismo modo que las astas del ciervo macho se procesan en sales de cuerno de ciervo. Originalmente

era considerado por sí mismo un objeto de gran curiosidad. Letra Gótica me dice que sir Martin Frosbisher, a su regreso de esa expedición en la que la reina Bes galantemente le saludó con su enjoyada mano desde una ventana del palacio de Greenwich, mientras su audaz barco navegaba Támesis abajo; «cuando sir Martin regresó de esa expedición», dice Letra Gótica, «hincado de rodillas presentó a su alteza un prodigioso largo cuerno de narval, que durante un prolongado periodo colgó después en el castillo de Windsor». Un autor irlandés asevera que el duque de Leicester, hincado de rodillas, le presentó de igual modo a Su Alteza otro cuerno perteneciente a una bestia terrestre de la naturaleza del unicornio.

El narval tiene un muy pintoresco aspecto similar al leopardo, al ser de un color de base blanco lechoso, moteado con manchas negras redondas y oblongas. Su aceite es muy superior, claro y fino; pero hay poco, y raramente se le da caza. Se le encuentra principalmente en los mares circumpolares.

Libro II. (*Octavo*), CAPÍTULO IV. (*Ballena Asesina*).— De esta ballena poco es lo que sabe con precisión el habitante de Nantucket, y nada en absoluto el llamado naturalista. Por lo que he visto de ella desde la distancia, diría que es del tamaño de una orca. Es muy feroz… una especie de pez fijiano. A veces agarra a las grandes ballenas folio por el labio, y hace ahí presa como una sanguijuela, hasta que el poderoso animal muere de desesperación. La ballena asesina no es cazada nunca. Nunca he oído decir qué aceite tiene. Podría hacerse objeción al nombre otorgado a esta ballena en base a su indistinción. Pues todos somos asesinos, en tierra y en la mar; Bonapartes y tiburones incluidos.

Libro II. (*Octavo*), CAPÍTULO V. (*Ballena flageladora*).— Este caballero es famoso por su cola, que utiliza como férula para flagelar a sus enemigos. Monta en el lomo de la ballena folio, y mientras ésta nada, se gana el pasaje azotándola; lo mismo que algunos maestros de escuela se ganan la vida mediante un procedimiento similar. De la ballena flageladora se sabe aún menos que de la asesina. Ambas son forajidas, incluso en los mares sin ley.

Así termina el Libro II. (*Octavo*), y comienza el Libro III. (*Duodécimos*).

Duodécimos.— Éstos incluyen las ballenas más pequeñas. I. La *marsopa hurra*; II. La *marsopa argelina*; III. La *marsopa de boca harinosa*.

Para aquellos que no han tenido ocasión de estudiar especialmente la materia, existe la posibilidad de que resulte extraño que peces que comúnmente no exceden de cuatro o cinco pies puedan ser ubicados entre las ballenas… una palabra que, en sentido popular, siempre comporta una idea de enormidad. Pero las criaturas registradas arriba como duodécimos son infaliblemente ballenas, según los términos de mi definición de lo que es una ballena… Es decir, un pez de cola horizontal que lanza un chorro.

Libro III. (*Duodécimo*), CAPÍTULO I. (*Marsopa hurra*).— Ésta es la marsopa común que se encuentra por todo el globo. El nombre es denominación mía propia; pues hay más de un tipo de marsopas y algo ha de hacerse para distinguirlas. La llamo así porque siempre nada en animadísimas manadas, que sobre el ancho mar se lanzan una y otra vez hacia el cielo como las gorras en una aglomeración del cuatro de julio. Su aparición generalmente es saludada con gozo por el marinero. Plenas de buenos espíritus, invariablemente llegan de las olas de marejada a barlovento. Son de los individuos que viven siempre en viento. Se las considera augurio de buena suerte. Si vos mismo podéis contener tres vivas al observar este avispado pez, entonces, que el Cielo se apiade de vosotros; el espíritu de divino recreo no está en vos. Una bien alimentada marsopa hurra regordeta os proporcionará un galón sobrado de buen aceite. Y el fino y delicado fluido extraído de sus mandíbulas es enormemente valioso. Tiene demanda entre los joyeros y relojeros. Los marineros lo ponen en sus piedras de afilar. La carne de marsopa es buena de comer, como sabéis. Puede que nunca se os haya ocurrido que una marsopa lanza chorros. Efectivamente, su chorrear es tan pequeño que nunca es discernible con mucha claridad. Pero la próxima vez que tengáis oportunidad, observadla; y entonces veréis al propio gran cachalote en miniatura.

Libro III. (*Duodécimo*), CAPÍTULO II. (*Marsopa argelina*).— Un pirata. Muy salvaje. Sólo se la encuentra, creo, en el Pacífico. Es algo mayor que la marsopa hurra, pero muy similar de complexión general.

Provocadla y se tornará un tiburón. Yo he arriado muchas veces por ella, pero aún nunca la he visto capturada.

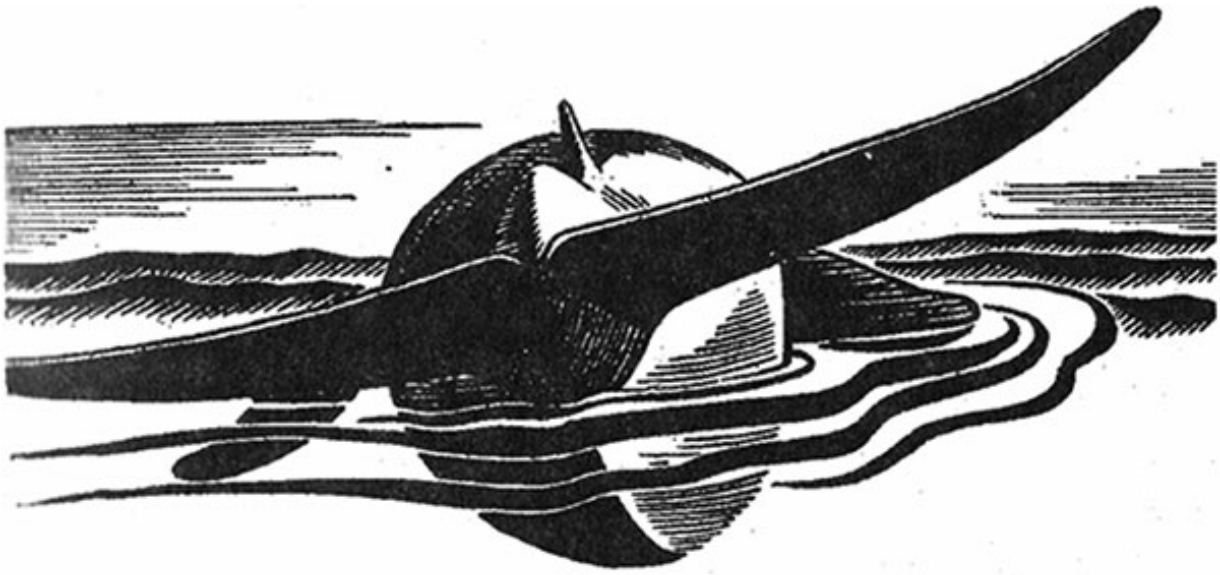
Libro III. (*Duodécimo*), CAPÍTULO III. (*Marsopa de boca harinosa*). — La clase más grande de marsopas; y sólo se encuentra en el Pacífico, que se conozca. El único nombre inglés por el que hasta el momento ha sido denominada es el de los pescadores… *Right-Whale Porpoise* —es decir, marsopa ballena franca—, a partir de la circunstancia de que principalmente se la encuentra en la vecindad de ese folio. En su forma difiere en cierto grado de la marsopa hurra, al ser de figura menos rotunda y jovial; de hecho, tiene un tipo muy apuesto y caballeroso. No tiene aletas en su lomo (la mayor parte de las demás marsopas las tienen), tiene una preciosa cola y sentimentales ojos orientales de un tono avellana. Pero su boca harinosa lo estropea todo. Aunque su lomo entero, hasta las aletas laterales, es de un negro azabache, sin embargo, una línea límite, marcada como la señal del casco del barco llamada «combés claro», esa línea la recorre de popa a proa, con dos colores distintos, negro arriba y blanco debajo. El blanco abarca parte de su cabeza, y la totalidad de su boca, lo que hace que parezca que acabara de escapar de una alevosa visita al saco de la harina. ¡Un aspecto muy mezquino y harinoso! Su aceite es muy parecido al de la marsopa común.

* * * * * *

Más allá del duodécimo no continúa este sistema, pues la marsopa es la más pequeña de las ballenas. Arriba tenéis todos los leviatanes notables. Pero hay un montón de inciertas, fugitivas y medio fabulosas ballenas, que, como ballenero americano, yo conozco de reputación, aunque no personalmente. Las enumeraré por sus apelativos del castillo; pues es posible que semejante lista pueda ser valiosa para investigadores futuros que puedan completar lo que yo aquí he comenzado. Si cualquiera de las siguientes ballenas fuera en el futuro capturada y delineada, podría entonces ser incorporada de inmediato a este sistema según su magnitud de folio, octavo o duodécimo…: la ballena de hocico de botella; la ballena junco; la ballena cabeza de pudin; la ballena del cabo; la ballena guía; la

ballena cañón; la ballena enjuta; la ballena cobriza; la ballena elefante; la ballena iceberg; la ballena quog; la ballena azul; etc. A partir de antiguas autoridades islandesas, holandesas e inglesas podrían haberse citado otras listas de ballenas inciertas, bautizadas con todo tipo de burdos nombres. Pero los omito como totalmente obsoletos; y apenas puedo evitar sospechar de ellos que son meros sonidos, llenos de leviatanismo y que no significan nada.

Finalmente: al inicio se afirmó que este sistema no sería aquí, e inmediatamente, perfeccionado. No podéis sino ver claramente que he mantenido mi palabra. Dejo mi sistema cetológico así inacabado ahora, lo mismo que quedó la gran catedral de Colonia, con la grúa todavía alzada sobre la cumbre de la incompleta torre. Pues las pequeñas erecciones pueden ser terminadas por sus primeros arquitectos; las grandiosas, auténticas, siempre dejan el sillar de la clave a la posteridad. Dios me guarde de completar nunca nada. Este libro sólo es un bosquejo… No, sólo es el bosquejo de un bosquejo. ¡Oh, tiempo, fortaleza, dinero, y paciencia!



CAPÍTULO XXXIII EL *SPECKSYNDER*

En referencia a los oficiales del navío ballenero, éste parece un lugar tan bueno como cualquier otro para registrar una pequeña peculiaridad doméstica de a bordo, que surge de la existencia de la clase de oficiales de los arponeros, una clase, evidentemente, desconocida en cualquier marina distinta de la de los balleneros.

La gran importancia otorgada a la profesión de arponero se evidencia en el hecho de que hace más de dos siglos, en la antigua pesquería holandesa, el mando de un barco ballenero no recaía originalmente en su totalidad en la persona ahora llamada capitán, sino que estaba dividido entre él y un oficial llamado *specksynder*[45]. Literalmente, esta palabra significa «cortador de tocino»; con el paso del tiempo, sin embargo, el uso la hizo equivalente a arponero jefe. En aquellos días la autoridad del capitán estaba limitada a la navegación y gestión general de la nave, mientras que el *specksynder* o arponero jefe reinaba de modo supremo sobre el departamento de caza de ballenas y todos sus asuntos. Todavía en la pesquería británica de Groenlandia, bajo el corrupto título de *specksioneer*, se conserva este antiguo oficial holandés, pero su anterior dignidad está tristemente recortada. En la actualidad simplemente tiene el rango de arponero más antiguo; y, como tal, sólo es uno de los segundos más inferiores del capitán. No obstante, como el éxito de una expedición

ballenera depende en gran medida del buen comportamiento de los arponeros, y como en la pesquería americana no es sólo un importante oficial en la lancha, sino que bajo ciertas circunstancias (guardias nocturnas en un caladero de ballenas) también es suyo el mando de la cubierta, la fundamental máxima política del mar, por tanto, requiere que nominalmente deba vivir separado de los hombres de delante del mástil, y que se le distinga en alguna manera como su superior profesional; aunque siempre familiarmente considerado por ellos como su análogo social.

Ahora bien, en el mar la principal diferencia erigida entre mando y tripulante es ésta: el primero vive a popa, el último a proa. De ahí que tanto en los barcos balleneros como en los mercantes, los oficiales tengan sus alojamientos junto al capitán; y así también, en la mayor parte de los balleneros americanos, los arponeros están alojados en la parte posterior del barco. Lo que quiere decir que toman sus comidas en la cabina del capitán y que duermen en un lugar que comunica indirectamente con ella.

Aunque la larga duración de una expedición ballenera del sur (con mucho, la más larga de todas las expediciones realizadas por el hombre, ahora o en cualquier época), los peculiares peligros de ella, y la comunidad de intereses que prevalece entre una compañía en la que todos, superiores e inferiores, dependen para sus beneficios no de salarios fijos, sino de su suerte común, además de su común arrojo, alerta y duro trabajo; aunque todas estas circunstancias en algunos casos tiendan a engendrar una disciplina menos rigurosa que la que generalmente existe en los mercantes, no importa, sin embargo, en qué medida estos balleneros puedan, en algunos primitivos casos, vivir juntos como una antigua familia mesopotámica; a pesar de ello, las puntillosas formas, al menos las del alcázar, raramente se relajan verdaderamente, y no se abandonan en ocasión alguna. De hecho, muchos son los barcos de Nantucket en los que veréis al patrón desfilando por el alcázar con una exultante grandiosidad no superada en ninguna marina de guerra; qué digo, imponiendo casi tanta pleitesía externa como si vistiera la púrpura imperial y no el más raído de los paños de marino.

Y aunque el taciturno capitán del *Pequod* era de entre todos los hombres el menos dado a esa clase de la más superficial de las asunciones;

y aunque la única pleitesía que jamás exigía era la incondicional e instantánea obediencia; aunque a nadie requería que se quitara los zapatos de los pies antes de pisar sobre el alcázar; y aunque hubo momentos en los que, debido a peculiares circunstancias relacionadas con acontecimientos que en adelante se detallarán, se dirigió a ellos en términos inusuales, ya sea de condescendencia o *in terrorem*, o de otra manera; no obstante, ni siquiera el capitán Ajab era en modo alguno trasgresor de las primordiales formas y costumbres del mar.

Tampoco, quizá, dejará de ser finalmente percibido que tras esas formas y costumbres, a veces, por decirlo de alguna manera, se enmascaraba él mismo; haciendo incidentalmente uso de ellas para otros y más privados fines que los que legítimamente estaban destinadas a servir. Ese cierto sultanismo de su cerebro, que de otra manera hubiera en buen grado permanecido oculto, ese mismo sultanismo se encarnó a través de esas formas en una irresistible dictadura. Pues sea cual fuere la superioridad intelectual de un hombre, nunca puede ésta asumir la práctica supremacía que es posible asumir sobre otros hombres, sin la ayuda de algún tipo de refuerzos y artes, siempre más o menos despreciables y abyectas en sí mismas. Esto es lo que aparta para siempre de las tribunas del mundo a los verdaderos príncipes divinos del Imperio; y deja los más altos honores que este aire puede otorgar a esos hombres que se hacen famosos más a través de su infinita inferioridad respecto al oculto puñado de elegidos del Divino Inerte, que a través de su indudable superioridad sobre el nivel yerto de la masa. Tal gran virtud se oculta en estas pequeñas cosas cuando las supersticiones políticas extremas las ungen, que en algunas instancias de la realeza incluso a la idiota imbecilidad han dotado de fuerza. Pero cuando, como en el caso del zar Nicolás, la corona anillada del imperio geográfico circunda un cerebro imperial, entonces las hordas plebeyas se agazapan, humilladas, ante la tremenda concentración. Y el dramaturgo trágico que quiera describir la mortal indomabilidad en su mayor empuje y más terrible impulso no olvidará nunca una sugerencia incidentalmente tan importante para su arte como la ahora aludida.

Mas Ajab, mi capitán, aún se mueve ante mí con toda su severidad y toda su aspereza de Nantucket; y en este episodio, referente a emperadores

y reyes, no debo ocultar que sólo me refiero a un pobre cazador de ballenas, como lo era él; y, por tanto, todo majestuoso jaez y arreo exterior se me niega. ¡Oh, Ajab, lo que en vos será grandioso, ha de ser arrancado de los Cielos, y buscado buceando en el piélago, y compuesto en el aire intangible!

CAPÍTULO XXXIV LA MESA DE LA CABINA

Es mediodía; y Dough-Boy, el mozo, introduce su pálida cara de pan desde el escotillón de la cabina, y anuncia la comida a su amo y señor; el cual, sentado en la lancha de sotavento de popa, acaba de tomar la observación del sol, y está ahora calculando la latitud sobre la pulida tablilla en forma de disco, reservada a ese cotidiano propósito en la parte superior de su pierna de marfil. De su completa inatención a las indicaciones, pensaríais que el taciturno Ajab no había escuchado a su sirviente. Mas al momento, agarrando los obenques de mesana, se columpia hasta cubierta, y diciendo con una voz plana, carente de emoción, «la comida, señor Starbuck», desaparece dentro de la cabina.

Cuando el último eco de su paso de sultán se ha desvanecido, y Starbuck, el primer emir, tiene todas las razones para suponer que está sentado, entonces Starbuck se despabila de su quietud, da unas pocas vueltas por las planchas, y tras una severa ojeada a la bitácora, dice con cierto toque de amabilidad: «La comida, señor Stubb», y desciende el escotillón. El segundo emir holgazanea entre la jarcia un rato, y entonces, agitando ligeramente la braza mayor para ver si ese importante cabo está firme, sigue el estribillo de igual manera, y con un rápido «la comida, señor Flask», sigue a sus predecesores.

Mas el tercer emir, viéndose ahora completamente solo en el alcázar, parece sentirse aliviado de alguna singular constricción; pues soltando toda clase de guiños cómplices en toda clase de direcciones, y quitándose los zapatos, se lanza al brusco aunque silencioso tronar de un baile

marinero exactamente sobre la cabeza del gran turco; y entonces, lanzando su gorra mediante diestra maniobra sobre la cofa de mesana, como si de una repisa se tratara, baja vivaracho, al menos hasta que permanece visible desde cubierta, contraponiendo todas las demás procesiones al concluir con música. Pero antes de llegar abajo al umbral de la cabina hace una pausa, embarca una cara totalmente nueva y, entonces, el independiente e hilarante pequeño Flask, aparece en presencia del rey Ajab en el papel de Abjectus, o el esclavo.

No es la menor entre las extrañas cuestiones engendradas por la profunda artificialidad de las costumbres del mar que mientras al aire libre de la cubierta algunos oficiales, bajo provocación, se comportarán lo bastante osada y desafiantemente hacia su comandante, no obstante, diez a uno, dejad que esos mismos oficiales bajen en el instante siguiente a la acostumbrada comida en la cabina de ese mismo comandante, y de inmediato, su inofensivo, por no decir deprecativo y humilde aire hacia él mientras ocupa la cabecera de la mesa; es algo asombroso, a veces extremadamente cómico. ¿De dónde esta diferencia? ¿Un problema? Quizá no. Haber sido Baltasar, rey de Babilonia; y haber sido Baltasar no con altivez, sino cortésmente, ahí, ciertamente, hubo de haber existido cierto toque de mundana grandeza. Mas aquel que preside su propia mesa de invitados con el adecuado regio e inteligente espíritu, de ese hombre, en ese momento, el incontestado poder y dominio del influjo individual, la realeza del estado de ese hombre transciende la de Baltasar, pues Baltasar no fue el más grande. Aquel que, aunque sólo sea una vez, ha invitado a comer a sus amigos, ha saboreado lo que es ser un césar. Es un hechizo de zarismo social que no es posible resistir. Ahora bien, si a esta consideración añadís, además, la supremacía oficial de un capitán de barco, entonces, por inferencia, deduciréis la causa de esa peculiaridad de la vida marítima acabada de mencionar.

Su mesa taraceada de marfil Ajab la presidía como un mudo y melenudo león marino en una blanca playa de coral, rodeado de sus beligerantes aunque respetuosos cachorros. Cada oficial esperaba su propio turno para ser servido. Ante Ajab eran como niños pequeños; y, sin embargo, en Ajab no parecía albergarse la menor arrogancia social. Con

una única mente, todos sus ojos atentos se clavaban sobre el cuchillo del viejo mientras trinchaba el plato principal ante sí. Supongo que ni por el mundo entero habrían profanado ese momento con la más ligera observación, ni siquiera sobre un tema tan neutral como el tiempo. ¡No! Y cuando al adelantar su cuchillo y tenedor, entre los que estaba sujeta la tajada de buey, Ajab de ese modo guiaba el plato de Starbuck hacia él, el oficial recibía su carne como si estuviera recibiendo limosna; y la cortaba tiernamente; y levemente sobresaltado si por casualidad el cuchillo rozaba contra el plato; y la mascaba silenciosamente; y la tragaba no sin circunspección. Pues, al igual que el banquete de coronación de Frankfurt, donde el emperador germano come a conciencia con los siete electores imperiales, estas comidas de cabina eran de algún modo comidas solemnes, celebradas en un terrible silencio; y, sin embargo, el viejo Ajab no prohibía la conversación en la mesa, lo único es que él mismo permanecía mudo. Qué alivio era para Stubb, cuando se atragantaba, si una rata armaba un repentino alboroto abajo en la bodega. Y el pobre pequeño Flask, él era el hijo más joven, el benjamín de esta fastidiosa fiesta familiar. Suyas eran las tibias del buey salado, suyos hubieran sido los muslos de pollo. Para Flask, haberse permitido servirse a sí mismo hubiera resultado algo equivalente a un hurto en primer grado. Si se hubiera servido a sí mismo en esa mesa, jamás, sin duda, podría haber sido capaz de erguir la cabeza en este honesto mundo; sin embargo, extraño decirlo, Ajab nunca se lo prohibió. Y si Flask se hubiera servido a sí mismo, lo más probable es que Ajab nunca se hubiera siquiera dado cuenta. Menos que nada se permitía Flask servirse la mantequilla. Ya fuera que pensaba que los propietarios del barco se la negaban debido a que espesaba su clara y soleada complexión; o ya fuera que consideraba que en viaje tan prolongado, en aguas tan desprovistas de mercados, la mantequilla tenía un sobreprecio, y por lo tanto no era para él, un subalterno, sea como fuere, Flask, ¡ay!, ¡era un hombre sin mantequilla!

Otra cosa. Flask era la última persona abajo, en la comida, y Flask es el primer hombre arriba. ¡Pensadlo! Pues a causa de ello la comida de Flask quedaba malamente comprimida en lo que respecta al tiempo. Starbuck y Stubb, ambos, le llevaban la delantera; y, sin embargo, tenían el

privilegio de demorarse al final. Si el mismo Stubb, que sólo está una pizca más alto que Flask, resulta no tener apenas algo de apetito, y muestra pronto síntomas de concluir su colación, Flask tiene entonces que apresurarse; ese día no tomará más de tres bocados, pues va en contra de la santa costumbre que Stubb preceda a Flask en cubierta. Por eso fue que una vez Flask admitió en privado que desde que había ascendido a la dignidad de oficial, desde ese momento, nunca había conocido sino lo que era estar más o menos hambriento. Pues aquello que comía no tanto calmaba su hambre, como la mantenía imperecedera en él. La paz y la satisfacción, pensaba Flask, se han ausentado para siempre de mi estómago. Soy un oficial; pero cómo me gustaría echar el guante a un poco del vetusto buey en el castillo, igual que solía hacer cuando estaba delante del mástil. Ahí están los frutos de la promoción, ahí la vanidad de la gloria, ¡ahí la locura de la vida! Por lo demás, si así fuera que un simple marinero del *Pequod* estuviera resentido contra Flask, en la condición de oficial de Flask, todo lo que ese marinero tendría que hacer para darse una buena satisfacción sería ir a popa en el momento de la comida, y a través del tragaluz de la cabina echar un vistazo a Flask, sentado, necio y medroso, ante el terrible Ajab.

Ahora bien, Ajab y sus tres oficiales formaban en la cabina del *Pequod* lo que puede llamarse la primera mesa. Tras su partida, que tenía lugar en orden inverso a su llegada, se despejaba el mantel de paño, o más bien era restaurado a un cierto apremiado orden por el pálido mozo. Y entonces los tres arponeros eran convocados al festín, siendo ellos sus herederos residuarios. De la superior y opulenta cabina hacían ellos una especie de comedor temporal de servicio.

En extraño contraste con la difícilmente tolerable restricción, y los innominados e invisibles vasallajes de la mesa del capitán, estaba la absolutamente descuidada licencia y relajamiento, la casi frenética democracia de esos tipos inferiores, los arponeros. Mientras que sus jefes, los oficiales, parecían asustados del sonido de las bisagras de sus propias mandíbulas, los arponeros mascaban su comida con tal deleite que de ello se levantaba acta. Comían como lores; llenaban sus vientres como barcos de las Indias cargando especias durante todo el día. Queequeg y Tashtego

tenían unos apetitos tan portentosos que, para rellenar los huecos dejados por la colación previa, el pálido Dough-Boy frecuentemente había de estar dispuesto a aportar un gran lomo salado entero, aparentemente extraído del buey íntegro. Y si no se espabilaba en hacerlo, si no iba con ágil zancada, entonces Tashtego tenía una poco caballerosa manera de apresurarle, lanzando un tenedor a su espalda a manera de arpón. Y una vez, Daggoo, presa de un repentino arranque, auxilió la memoria de Dough-Boy agarrándole corporalmente y poniéndole la cabeza contra una gran tabla de cocina, mientras Tashtego, cuchillo en mano, empezaba a preparar el círculo previo a cortarle la cabellera. Este mozo de cara de pan era por naturaleza un tipo de individuo pequeño muy nervioso y temblón; la progenie de un panadero arruinado y una enfermera de hospital. Y con el permanente espectáculo del negro y terrible Ajab, y las periódicas visitas tumultuosas de estos tres salvajes, toda la vida de Dough-Boy era un continuo estremecer de labios. Normalmente, tras haber proveído a los arponeros de todo lo que requerían, solía escapar de sus garras a su pequeña despensa adyacente, y mirarles con temor a través de las persianas de la puerta, hasta que todo terminaba.

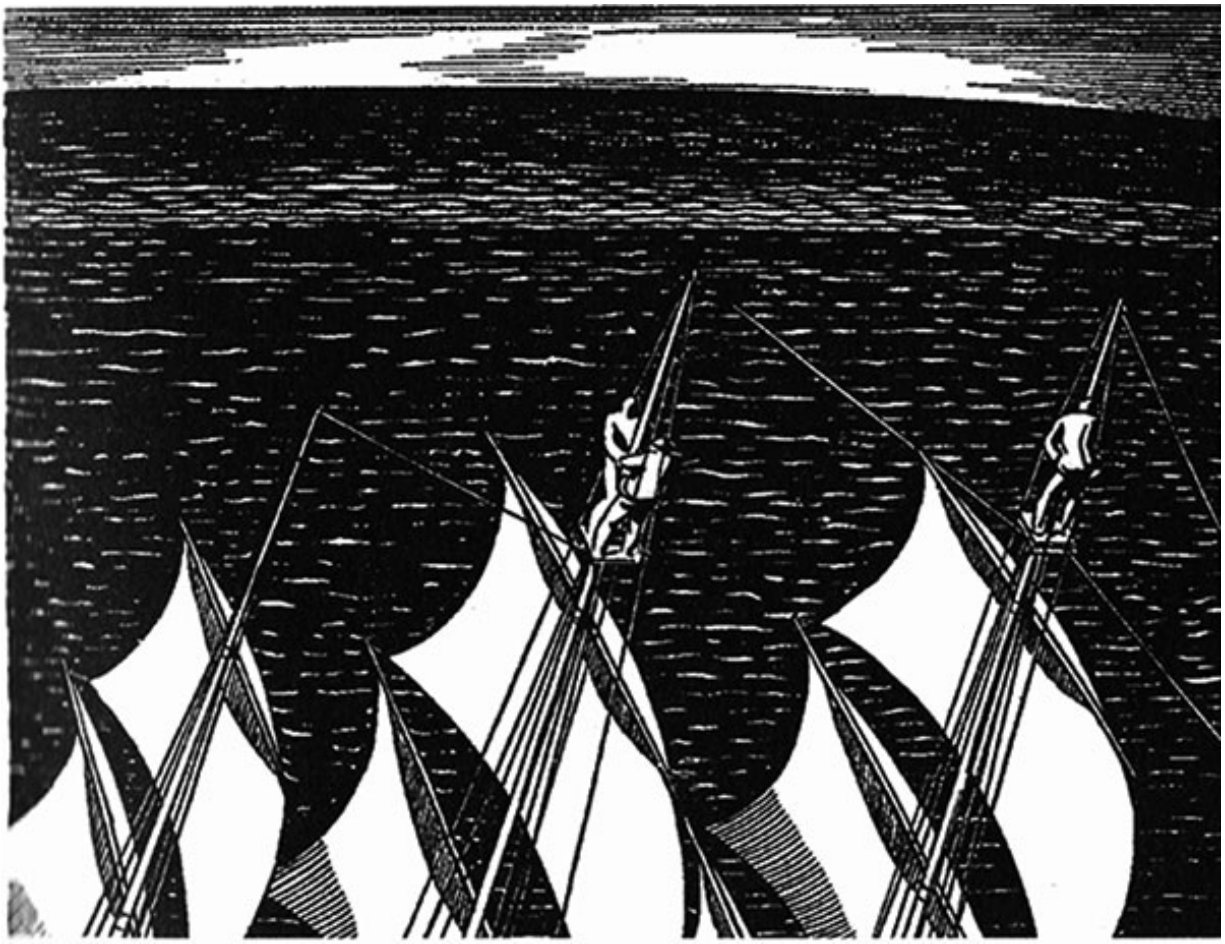
Era digno de verse a Queequeg sentado frente a Tashtego, oponiendo sus dientes afilados a los del indio; Daggoo, perpendicular a ellos, se sentaba en el suelo, pues un banco habría llevado su emplumada cabeza de carroza fúnebre hasta los bajos barrotines; con cada movimiento de sus colosales extremidades hacía temblar la achaparrada estructura de la cabina, como cuando un elefante africano va de pasajero en un barco. Pero a cambio de todo esto, el gran negro era magníficamente frugal, por no decir melindroso. Difícilmente parecía posible que con bocados comparativamente tan pequeños pudiera mantener la vitalidad esparcida a lo largo de una persona tan extensa, señorial y soberbia. Aunque sin duda este noble salvaje se alimentaba con abundancia y bebía en profundidad del abundante elemento del aire; y a través de sus dilatadas aletas nasales inhalaba la sublime vida de los mundos. No es con buey o con pan que se hacen o se nutren los gigantes. Y Queequeg hacía un mortal, bárbaro chasquido de labios al comer —un sonido bastante feo—, tanto así que el tembloroso Dough-Boy casi se miraba a ver si en sus propios enjutos

brazos había alguna marca de dientes. Y cuando escuchaba a Tashtego llamarle para que se presentara, que se recogieran los huesos, el mozo de mente simple, por culpa de sus repentinos temblores, estaba a punto de hacer añicos la vajilla que colgaba a su alrededor en la despensa. Tampoco las piedras de afilar que los arponeros llevaban en sus bolsillos, para sus lanzas y otras armas (piedras de afilar con las cuales, en la comida, ostentosamente afilaban los cuchillos), ese sonido de raspado en modo alguno tendía a tranquilizar al pobre Dough-Boy. Cómo podía olvidar que Queequeg, por ejemplo, en sus días en la isla, ciertamente debía haber sido culpable de algunas homicidas indiscreciones sociables. ¡Ah, Dough-Boy! Duro le va al camarero blanco que sirve a caníbales. No es una servilleta lo que debe llevar en el brazo, sino un escudo. A su debido tiempo, no obstante, para su gran contento, los tres guerreros del salado mar se levantaban y se iban; a sus crédulos oídos, especuladores de fábulas, crujiendo en ellos todos los marciales huesos a cada paso, como cimitarras moras en vainas.

Pero aunque estos bárbaros comieran en la cabina, y nominalmente vivieran allí; aun así, al ser todo lo contrario a sedentarios en sus hábitos, apenas estaban nunca en ella, salvo a las horas de comer, y justo antes de la hora de dormir, cuando pasaban a través de ella hacia sus aposentos particulares.

En este mismo asunto Ajab parecía no ser excepción a la mayoría de los capitanes balleneros americanos; los cuales, en conjunto, más bien se inclinan a la opinión de que la cabina del barco les pertenece por derecho y que sólo es por cortesía que alguien más es admitido allí en cualquier momento. De manera que, en auténtica verdad, más propiamente podría decirse que los oficiales y arponeros del *Pequod* vivían fuera de la cabina que en ella. Pues cuando entraban, era algo así como cuando una puerta de la calle entra en una casa; girando hacia dentro durante un instante sólo para ser vuelta hacia fuera en el siguiente; y residiendo al aire libre de manera permanente. Y no perdían mucho por ello: en la cabina no había compañerismo, Ajab era socialmente inaccesible. Aunque incluido nominalmente en el censo de la cristiandad, era aún un extraño en ella. Vivía en el mundo como el último de los osos pardos en el colonizado

Missouri. Y cuando la primavera y el verano habían partido, ese salvaje Logan de los bosques[46], enterrándose a sí mismo en la oquedad de un árbol, pasaba allí el invierno lamiéndose sus zarpas; ¡de esa forma, en su inclemente, aullante vejez, el alma de Ajab, encerrada en el excavado tronco de su cuerpo, allí se alimentaba de las hoscas zarpas de su melancolía!



CAPÍTULO XXXV EL TOPE

Fue cuando hacía el tiempo más agradable que, siguiendo la rotación debida con los demás marineros, me llegó mi primer turno en el tope.

En la mayoría de los balleneros americanos se dotan los topes casi desde que el buque parte de puerto; aun cuando puede que antes de alcanzar su verdadero caladero les queden quince mil millas o más de navegación. Y si tras un viaje de tres, cuatro o cinco años se acerca a su base con algo vacío en su interior —digamos, incluso, una redoma vacía —, entonces mantiene sus topes ocupados hasta el final; y hasta que sus mastelerillos no entran navegando entre los chapiteles del puerto, no renuncia del todo a la esperanza de capturar una ballena más.

Ahora bien, ya que la tarea de ocupar los topes, tanto en tierra como en la mar, es muy antigua e interesante, explayémonos aquí en cierta medida. Tengo entendido que los primeros en subir a los topes fueron los antiguos egipcios, por cuanto en todos mis estudios no encuentro nadie anterior a ellos. Pues aunque sus progenitores, los constructores de Babel, sin duda debieron intentar construir con su torre el tope más elevado de toda Asia, o de África, si no; aun así, ya que se puede decir que (antes de que se le colocara la galleta final) aquel gran mástil de piedra se fue por la borda en la temible tormenta de la ira de Dios, no es posible, por consiguiente, dar a estos constructores de Babel prioridad sobre los egipcios. Y que los egipcios fueron una nación de ocupantes de topes es una afirmación basada en la creencia, común entre los arqueólogos, de que las pirámides fueron erigidas con propósitos astronómicos: una teoría singularmente refrendada por la peculiar estructura escalonada de los cuatro lados de estos edificios; mediante la cual, con prodigiosas zancadas de sus piernas, aquellos antiguos astrónomos tenían por costumbre subir hasta el ápice y cantar las nuevas estrellas, lo mismo que los vigías de un barco moderno cantan una vela o una ballena al momento de aparecer. En san Estilita, el famoso ermitaño cristiano de los tiempos antiguos, que se construyó un elevado pilar de piedra en el desierto y pasó toda la última parte de su vida en su cima, subiendo su comida desde el suelo mediante un aparejo, en él tenemos un notable ejemplo de indomable ocupante de tope, que no se dejó apartar de su lugar ni por nieblas, ni por heladas, ni por lluvia, ni por pedrisco, ni por granizo; sino que, afrontándolo todo con valentía hasta el final, murió literalmente en su puesto. De modernos ocupantes de topes sólo poseemos un conjunto inanimado; simples hombres de piedra, de hierro y de bronce, que aunque muy capaces de afrontar una tempestad, son, sin embargo, absolutamente incompetentes en la tarea de cantar la alerta al descubrir una visión anómala. Ahí está Napoleón, que, desde lo alto de la columna Vendome, se yergue con brazos cruzados, a unos ciento cincuenta pies en el aire; despreocupado ya de quién gobierna abajo en las cubiertas, sea Louis Philippe, Louis Blanc o Louis *el Diablo*. El gran Washington, también, se yergue en lo alto en su monumental palo mayor en Baltimore y, como uno de los pilares de Hércules, su columna señala

ese punto de grandeza humana que pocos mortales pueden sobrepasar. El almirante Nelson, igualmente, sobre un cabrestante de metal de cañón, se yergue en su tope de Trafalgar Square; y aun cuando enormemente oscurecido por ese humo de Londres, allí, no obstante, se puede ver que hay un héroe oculto; pues donde hay humo debe haber fuego. Pero ni el gran Washington, ni Napoleón, ni Nelson contestarán a un solo saludo desde abajo, por muy desesperadamente invocados que sean a amparar con sus consejos las confusas cubiertas sobre las que presiden; puede suponerse, no obstante, que sus espíritus penetran a través de la espesa calima del futuro, y que detectan qué bajíos y qué escollos han de ser eludidos.

Puede que parezca injustificable equiparar en algún aspecto a los ocupantes de topes de tierra con los de la mar; pero que en verdad no es así lo evidencia claramente un suceso del que da fe Obed Macy, el único historiador de Nantucket. El encomiable Obed nos dice que en los primeros tiempos de la pesca de la ballena, antes de que se botaran barcos regularmente para perseguir a las presas, las gentes de la isla erigían elevados postes a lo largo de la costa, a los que los vigías ascendían por medio de cuñas clavadas, más o menos como las aves suben a un gallinero. Hace algunos años este mismo sistema fue adoptado por los balleneros de Bay, en Nueva Zelanda, que, al avistar la presa, daban aviso a las lanchas con la tripulación ya dispuesta en la cercana playa. Pero este sistema se ha quedado obsoleto; volvamos, entonces, al auténtico tope, al de un ballenero en alta mar. Desde que amanece hasta que anochece los tres topes están ocupados; los marineros hacen turnos con regularidad (como a la caña) y se relevan entre sí cada dos horas. En el tiempo sereno de los trópicos el tope es enormemente agradable; más aún; para un hombre meditativo y soñador, es delicioso. Allí estás, a cien pies sobre las silenciosas cubiertas, avanzando a grandes pasos sobre las profundidades, como si los mástiles fueran zancos gigantes, mientras por debajo de ti y, como si dijéramos, entre tus piernas, nadan los mayores monstruos del mar de la misma manera que una vez navegaron los barcos entre las botas del famoso Coloso de la antigua Rodas. Allí estás, perdido en la infinita secuencia del mar, nada hay rugoso salvo las olas. El barco adormilado se

mece, indolente; soplan los somnolientos vientos alisios; todo incita a la molicie. En esta vida ballenera del trópico, una sublime monotonía te arropa durante la mayor parte del tiempo: no oyes noticias; no lees gacetas; los números extraordinarios con alarmantes informes de vulgaridades nunca te inducen a emociones innecesarias; no oyes hablar de aflicciones domésticas, ni de seguros de quiebra, ni de caída de valores; nunca te preocupa la idea de qué tendrás para cenar… Pues todas las comidas de los próximos tres años, y más, están adecuadamente almacenadas en barriles, y la factura de tu alimentación es inmutable.

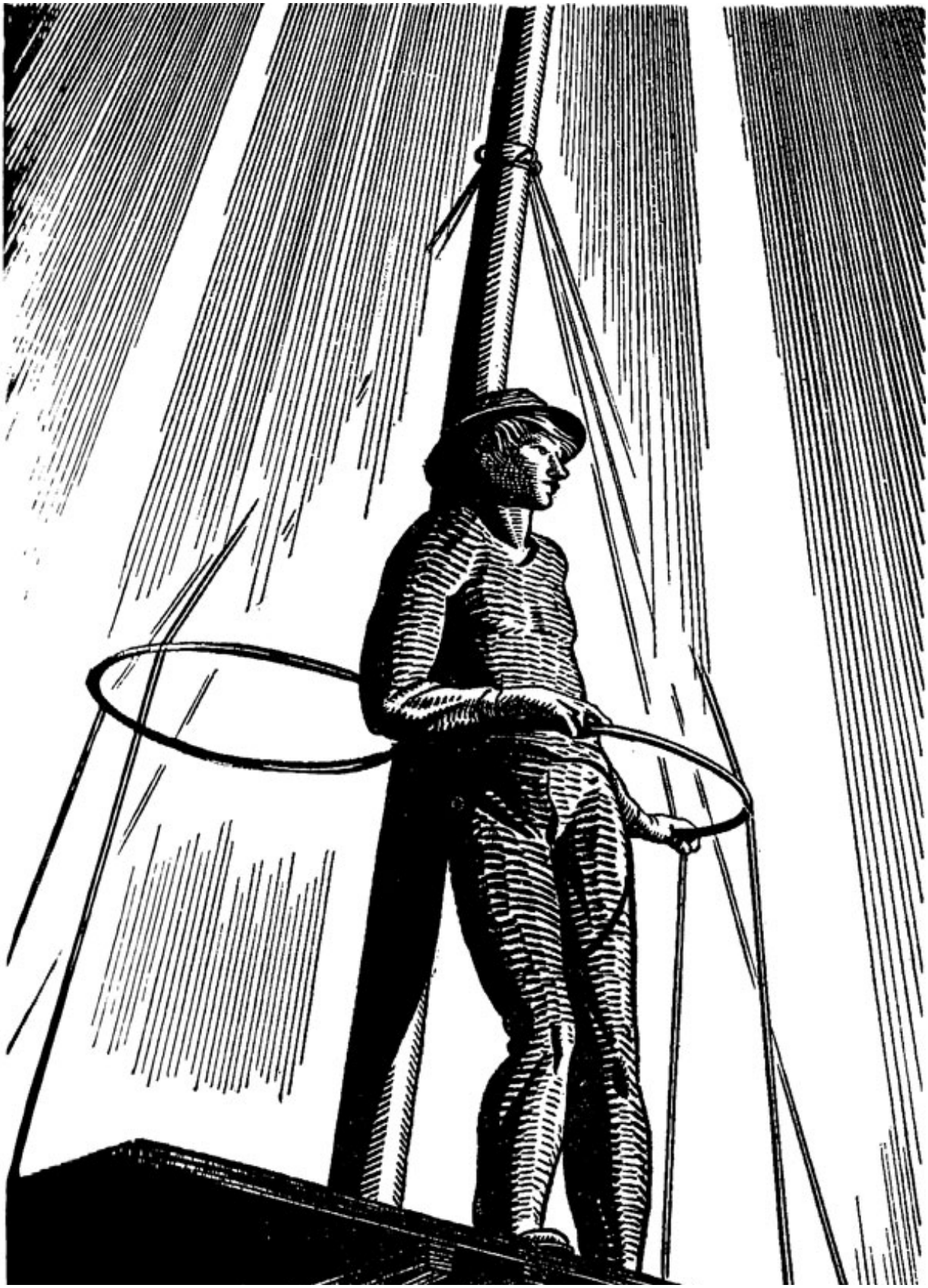
En uno de estos balleneros del sur, en un viaje largo de tres o cuatro años, como a menudo son, la suma de las horas que se pasan en el tope equivaldría a varios meses completos. Y es muy de lamentar que el lugar al que se dedica una porción tan considerable de la extensión completa de la vida natural esté tan tristemente desprovisto de algo que se asemeje a una cómoda habitabilidad, o que se adapte a producir un confortable sentimiento de intimidad, similar a los que se asocian a una cama, una hamaca, un féretro, una garita de centinela, un púlpito, una carroza, o cualquier otro pequeño y cómodo artificio en el que los hombres se aíslan temporalmente. El lugar más común para situarse es el mastelerillo, donde uno se apoya sobre dos delgados listones paralelos (casi exclusivos de los balleneros) llamados cruceta del mastelerillo. Ahí, sacudido por el mar, el novato se siente tan cómodo como si estuviera de pie sobre los cuernos de un toro. Por supuesto, con tiempo más bien frío uno se puede llevar arriba su casa en forma de sobretodo de vigía; pero, hablando con propiedad, el más grueso sobretodo no es más casa que el cuerpo desvestido; pues al igual que el alma está encolada dentro de su tabernáculo carnal, y no puede removerse libremente en él, ni tampoco salir fuera sin correr gran riesgo de perecer (como un ignorante peregrino cruzando los nevados Alpes en invierno), así un sobretodo de vigía no es apenas casa, sino simple envoltorio o piel adicional que lo cubre a uno. No se puede poner una estantería o una cómoda en el propio cuerpo, y tampoco se puede hacer del sobretodo un armario apropiado.

En referencia a todo esto, es muy de lamentar que los topes de un barco ballenero de la pesquería del sur no dispongan de esos envidiables

pequeños refugios o púlpitos llamados *nidos de cuervo*, en los que los vigías de un ballenero de Groenlandia están protegidos de las inclemencias atmosféricas de los mares helados. En la hogareña narración del capitán Sleet, titulada *Un viaje entre los icebergs en busca de la ballena de Groenlandia, y subsidiariamente para el redescubrimiento de las perdidas colonias islandesas de la antigua Groenlandia*, en este admirable volumen[47] se proporciona a todos los ocupantes de topes una relación encantadoramente detallada del entonces recientemente inventado *nido de cuervo* del *Glacier*, que era el nombre del buen navío del capitán Sleet. Él lo llamó *nido de cuervo de Sleet* en honor a sí mismo, pues el inventor original y poseedor de la patente era él, ajeno a toda ridícula falsa modestia y sosteniendo que si llamamos a nuestros hijos con nuestro propio apellido (siendo nosotros, los padres, los inventores originales y los poseedores de la patente), del mismo modo deberíamos denominar con nuestro propio nombre a cualquier otro mecanismo que podamos engendrar. En su forma, el nido de cuervo de Sleet es algo así como un gran barril o tonel; está abierto, no obstante, por arriba, donde dispone de una pantalla lateral móvil, para durante un temporal situarla a barlovento de la cabeza. Al estar sujeto a la porción superior del mástil, se asciende a él a través de una pequeña escotilla en el fondo. En la parte posterior, o lado más cercano a la popa del barco, hay un confortable asiento, con un compartimento debajo para paraguas, bufandas y abrigos. Al frente hay un anaquel de cuero en el que guardar la bocina, el silbato, el telescopio y otros utensilios náuticos. Cuando el capitán Sleet en persona ocupó su tope en este nido de cuervo suyo, nos dice que siempre tenía consigo un rifle (también sujeto al anaquel), junto a un frasco de pólvora y munición, con el propósito de matar a los narvales extraviados, o unicornios de mar vagabundos que infestan aquellas aguas; pues, a causa de la resistencia del agua, no puedes dispararles con éxito desde cubierta, mientras que disparar hacia abajo sobre ellos es algo muy distinto. Ahora bien, fue claramente una tarea hecha con amor, la del capitán Sleet, al describir, tal como hace, todas las pequeñas comodidades de su nido de cuervo; pero aunque de esa manera se explaya sobre muchas de ellas, y aunque nos proporciona un informe muy científico de sus experimentos en este nido

de cuervo con una pequeña brújula que guardaba allí, con el propósito de contrarrestar los errores resultantes de lo que en todos los imanes de bitácora se conoce como «atracción local» (un error imputable a la proximidad horizontal del hierro de las planchas del buque, y quizá también, en el caso del *Glacier*, a haber habido tantos herreros venidos a menos entre la tripulación[48]), digo que aunque el capitán es muy meticuloso y científico en este asunto, aun así, a pesar de todas sus ilustradas «desviaciones de bitácora», «observaciones azimutales del compás» y «errores aproximados», el capitán Sleet sabe muy bien que no estaba tan inmerso en esas profundas desviaciones magnéticas como para dejar de sentirse atraído de vez en cuando por esa pequeña cantimplora bien llena, tan convenientemente alojada a un lado de su nido de cuervo, a fácil alcance de su mano. Por más que, en conjunto, yo admiro e incluso aprecio al valiente, honrado e ilustrado capitán, aun así, me sabe muy mal de él que ignore tan absolutamente esa cantimplora, teniendo en cuenta qué fiel amiga y qué consuelo debió ser, cuando, con dedos embutidos en manoplas y cabeza encapuchada, estudiaba los cálculos allí arriba, en aquel nido de pájaros, a veinte o treinta cuerdas del polo[49].

Pero aunque nosotros, los balleneros del sur, no estamos tan cómodamente alojados en lo alto como lo estaban el capitán Sleet y sus hombres, esa misma desventaja está generosamente compensada por la muy contrastante serenidad de esos seductores mares en los que nosotros, pescadores del sur, solemos flotar. Yo, al menos, solía trepar tranquilamente por la jarcia, sin prisas, descansando en la cofa para charlar con Queequeg, o con cualquier otro que pudiera encontrarme allí fuera de servicio; y después ascender un poco más arriba, y pasar indolentemente una pierna sobre la verga del sobrejuanete, echar un vistazo preliminar a los pastos acuáticos, y así subir, por último, a mi destino final.



Permitidme que sea franco aquí, y que admita con sinceridad que mi guardia dejaba bastante que desear. Con el problema del universo dándome vueltas, cómo podía yo… abandonado completamente a mí mismo en esa altitud engendradora de ideas… cómo podía yo, sino escasamente, cumplir mi obligación de acatar las órdenes permanentes en todo ballenero: «Ojo avizor a barlovento y cantad la alerta cada vez».

¡Y permitidme en este lugar emotivamente advertiros a vos, armadores de Nantucket! Guardaos de alistar en vuestras vigilantes pesquerías a ningún sujeto de frente inclinada y mirada vacía, propenso a la meditación inoportuna, y que se ofrezca a navegar con el *Fedón* en lugar del *Bowditch*[50] en su cabeza. Guardaos de un tipo así, digo: vuestras ballenas han de ser avistadas antes de poder ser muertas; y este platónico de ojos hundidos os arrastrará diez travesías alrededor del mundo, y jamás os hará ser ni una sola pinta de esperma más ricos. Y, por cierto, que no son superfluos estos consejos. Pues, hoy en día, la pesquería de la ballena sirve de asilo a muchos jóvenes románticos, melancólicos y atolondrados, asqueados ante las agobiantes preocupaciones de tierra firme, y que buscan sentimientos en la brea y el lardo. No es infrecuente que Childe Harold ascienda al tope de algún desafortunado y desencantado barco ballenero, y en melancólico fraseo exclame:

> «¡Seguid meciéndoos, vos, profundo y sombrío océano azul, meceos! Diez mil cazadores de lardo se deslizan sobre vos en vano».

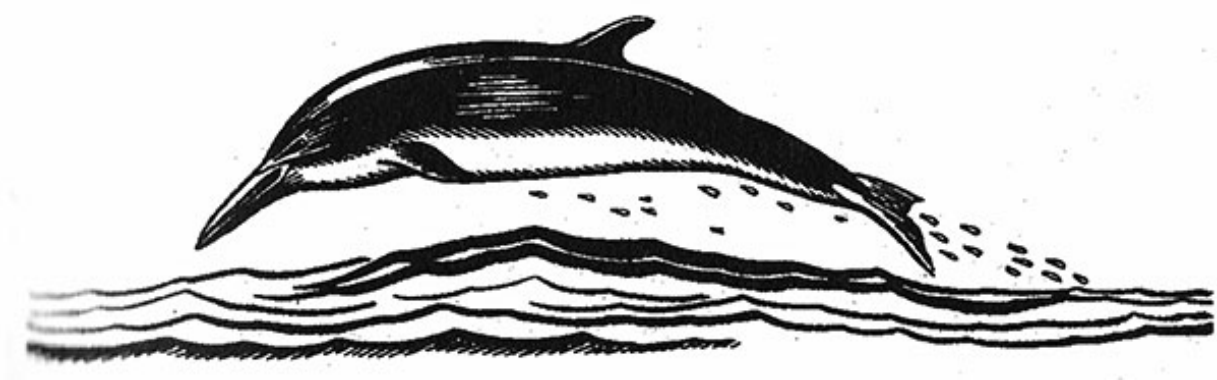
Muy a menudo suelen los capitanes de tales barcos regañar a esos despistados jóvenes filósofos, reprochándoles no sentir suficiente «interés» por la expedición, medio sugiriendo que son un caso tan desesperadamente perdido para toda honorable ambición, que en sus secretas almas preferirían no avistar ballenas a hacerlo. Mas todo es en vano; esos jóvenes platónicos piensan que su visión es imperfecta, son

cortos de vista; ¿para qué, entonces, forzar el nervio óptico? Se han dejado sus gemelos de ópera en casa.

—Eh, macaco —dijo un arponero a uno de estos sujetos—, llevamos navegando ya cerca de tres años y todavía no has avistado una ballena. Cuando estás ahí arriba las ballenas escasean tanto como los dientes de gallina.

Puede que así fuera; o puede que hubiera bancos de ellas en el lejano horizonte, pero a causa de la combinatoria cadencia de olas y pensamientos, este distraído joven está arrullado por tal opiácea displicencia de hueco e inconsciente ensueño, que finalmente pierde su identidad, confunde el místico océano a sus pies con la imagen visible de esa profunda, triste e insondable alma que impregna la humanidad y la naturaleza; y cada extraño ser, apenas vislumbrado, deslizante y bello, que le pasa desapercibido; cada aleta de forma indiscernible, vagamente atisbada, le parece la encarnación de esos elusivos pensamientos que sólo pueblan el alma cruzándola continuamente con rapidez. En este encantado estado de ánimo, vuestro espíritu refluye al lugar de donde vino; se dispersa en el espacio y el tiempo, formando finalmente parte de cada costa alrededor de todo el mundo, lo mismo que las panteísticas cenizas esparcidas de Wickliff.

No hay ya vida en vosotros, excepto esa oscilante vida que reparte un barco que suavemente se balancea, por él tomada prestada del mar; por el mar, de las inescrutables mareas de Dios. Pero mientras este dormir, este sueño está en vos, moved vuestro pie o vuestra mano una pulgada; perded apenas vuestro equilibrio, y vuestra identidad regresará con horror. Sobre vórtices cartesianos os asomáis. Y quizá, a mediodía, cuando hace el mejor de los tiempos, con un grito medio sofocado caeréis a través de aquel aire trasparente al mar del verano, para no volver a emerger jamás. ¡Tomad buena nota, vosotros, panteístas!



CAPÍTULO XXXVI EL ALCÁZAR

(*Entra Ajab: después, todos*.)

No fue mucho después del episodio de la pipa cuando una mañana, poco más tarde del desayuno, Ajab, como tenía por costumbre, ascendió por el portalón de la cabina hasta cubierta. La mayoría de los capitanes de barco suelen pasearse allí a esa hora, lo mismo que los caballeros de la nobleza rural, tras esa misma comida, dan unos paseos por el jardín.

Pronto se escuchó su firme y marfileño paso ir y venir en sus acostumbradas rondas sobre unas planchas tan habituadas a su andar que, como piedras geológicas, estaban todas ellas señaladas con la peculiar marca de su zancada. Si, además, observarais fijamente esa frente surcada y marcada, allí también veríais huellas aún más extrañas… Las huellas de

su único insomne pensamiento, siempre caminando sobre sus propios pasos.

Pero en la ocasión que nos ocupa esas marcas parecían más profundas, igual que su nervioso andar de aquella mañana dejaba una más profunda señal. Y tan repleto de su propio pensamiento estaba Ajab, que en cada giro uniforme que daba, ora hacia el palo mayor, ora hacia la bitácora, al volverse casi podíais ver ese pensamiento volverse en él y, al andar, andar en él; de hecho, le poseía de manera tan completa que todo parecía sólo el molde interno de cada movimiento externo.

—¿Le estás viendo, Flask? —susurró Stub—. El pollo que tiene dentro picotea el cascarón. Pronto saldrá.

Las horas transcurrieron; Ajab ahora encerrado dentro de su cabina; al poco paseando la cubierta, con el mismo intenso fanatismo de intención en su aspecto.

El final del día se acercaba. De pronto se detuvo junto a la amurada, e insertando su pata de hueso en la cavidad de broca que allí había, y con una mano agarrando un obenque, ordenó a Starbuck que reuniera a todos a popa.

—¡Señor! —dijo el oficial, sorprendido ante una orden que, excepto en caso extraordinario, raramente o nunca se da a bordo.

—Reunid a todos a popa —repitió Ajab—. ¡Topes, eh! ¡Bajad!

Cuando toda la tripulación del barco estuvo reunida, y le observaba con rostros curiosos y no totalmente serenos, pues tenía un aspecto semejante al horizonte cuando se aproxima la tormenta, Ajab, tras echar una rápida ojeada sobre las amuradas, y penetrar después con sus ojos entre la tripulación, arrancó desde su sitio; y, como si no hubiera ni un alma cerca de él, reanudó sus robustos paseos por la cubierta. Con la cabeza inclinada y el sombrero medio gacho, siguió paseando, sin prestar atención a los murmullos de interrogación entre los hombres; hasta que Stub, con cautela, le comentó a Flask que Ajab les debía de haber reunido allí con el propósito de hacerles observar una proeza pedestre. Mas esto no duró mucho. Deteniéndose vehementemente, gritó:

—¿Qué es lo que hacéis cuando divisáis una ballena, marineros?

—¡Cantar la alerta por ella! —fue la impulsiva respuesta de una veintena de voces reunidas.

—¡Bien! —gritó Ajab con feroz aquiescencia en su tono, al observar el ánimo entusiasta que de forma tan magnética les había imbuido esta inesperada pregunta.

—¿Y qué es lo que hacéis después, marineros?

—¡Arriar, y tras ella!

—¿Y cuál es la canción al son de la que bogáis, marineros?

—¡O ballena muerta, o lancha desfondada!

Con cada grito, el rostro del viejo se volvía cada vez más extraña y fieramente satisfecho y conforme; los marineros, mientras, empezaban a mirarse entre sí con curiosidad, como asombrados de sí mismos por entusiasmarse tanto ante preguntas aparentemente tan desprovistas de intención.

Pero de nuevo se tornaron todo ansia cuando Ajab, medio girando ahora en su cavidad de pivote, agarrando un obenque con una mano en alto, aferrándolo con fuerza, casi convulsivamente, se dirigió a ellos de la siguiente manera:

—Todos vosotros, vigías, me habéis escuchado antes dar órdenes referentes a una ballena blanca. ¡Observad! —sujetaba una gran moneda brillante al sol—. ¿Veis esta onza española de oro? Es una pieza de dieciséis dólares, marineros… Un doblón. ¿La veis? Señor Starbuck, dadme aquella mandarria.

Mientras el oficial cogía el martillo, Ajab, sin decir nada, frotaba lentamente la pieza de oro contra los faldones de su levita, como si quisiera aumentar su lustre, y a la vez, sin emplear palabra alguna, runruneaba suavemente para sí, produciendo un sonido tan extrañamente ahogado e inarticulado, que parecía el murmullo mecánico de los engranajes de su vitalidad interior.

Al recibir de Starbuck la mandarria, avanzó hacia el palo mayor con la herramienta alzada en una mano, exhibiendo el oro con la otra, y exclamando con voz potente:

—Quienquiera de vosotros que me divise una ballena de cabeza blanca, con frente arrugada y mandíbula torcida; quienquiera de vosotros

que me divise esa ballena de cabeza blanca, con tres orificios perforados en la palma de estribor de su cola… Fijaos, quienquiera de vosotros que me divise esa misma ballena blanca, ¡ése tendrá esta onza de oro, muchachos!

—¡Hurra! ¡Hurra! —gritaron los marineros, mientras, agitando al aire sus gorros, celebraban el acto de clavar el oro al mástil.

—Es una ballena blanca, digo —continuó Ajab al arrojar la mandarria —. Una ballena blanca. Pelaos los ojos por ella, marineros; buscad con ahínco agua blanca; en cuanto veáis una sola burbuja, cantad la alerta.

Durante todo este tiempo Tashtego, Daggoo y Queequeg habían mirado con un interés y sorpresa aún más intensos que los del resto, y al mencionarse la frente arrugada y la mandíbula curva se habían sobresaltado como si cada uno por separado se hubiera visto afectado por una reminiscencia concreta.

—Capitán Ajab —dijo Tashtego—, esa ballena blanca debe ser la misma que algunos llaman Moby Dick.

—¿Moby Dick? —gritó Ajab—. ¿Conoces entonces a la ballena blanca, Tash?

—¿Abanica con la cola de una manera curiosa antes de sumergirse, capitán? —dijo el indio, reflexionando.

—¿Y tiene también un chorrear extraño —dijo Daggoo—, muy espeso, incluso para una parmaceti, y tremendamente vivo, capitán Ajab?

—Y tiene uno, dos, tres… ¡oh! muchos fierros en piel suya, también, capitán —gritó Queequeg atropelladamente—, todos atorcidos-i entorcidos-i, como el… el… —trastabillándose mucho en busca de una palabra y atornillando con su mano, girando y girando, como si descorchara una botella—, como el… el…

—¡Sacacorchos! —gritó Ajab—. Sí, Queequeg, los arpones están en él todos torcidos y doblados; sí, Daggoo, su chorro es grande, como una gavilla entera de trigo, y blanco como un montón de nuestra lana de Nantucket tras el gran esquileo anual; sí, Tashtego, y abanica como un foque roto en una galerna. ¡Muerte y demonios, marineros, es Moby Dick al que habéis visto…! ¡Moby Dick!… ¡Moby Dick!

—Capitán Ajab —dijo Starbuck, que junto a Stubb y Flask hasta ahora había estado observando a su superior cada vez con mayor sorpresa, aunque finalmente parecía haber caído en una idea que de alguna manera explicaba todo el misterio—. Capitán Ajab, he oído hablar de Moby Dick: ¿no fue acaso Moby Dick quien os arrancó vuestra pierna?

—¿Quién os dijo eso? —gritó Ajab; entonces, haciendo una pausa… —. Sí, Starbuck; sí, queridos míos en torno a mí, fue Moby Dick quien me desarboló; Moby Dick quien me trajo a este muñón muerto sobre el que me sustento ahora. ¡Sí, sí! —gritó con un terrible y fragoroso gemido animal, como el de un alce encelado—. ¡Sí, sí! Fue esa maldita ballena blanca la que me cercenó; ¡hizo de mí un pobre hombre apuntalado por siempre jamás! —y alzando entonces ambos brazos, con desmedidas maldiciones, gritó—: ¡Sí, sí! Y antes que renunciar a ella la perseguiré más allá de Buena Esperanza, y más allá de Hornos, y más allá del Maelstrom de Noruega, y más allá de las llamas de la perdición. ¡Y para

esto es para lo que habéis embarcado, marineros! Para cazar a esa ballena blanca a ambos lados de tierra, y por todas las partes del mundo, hasta que su chorrear sea negra sangre y voltee la aleta fuera. ¿Qué decís, marineros, ayustaréis por ello ahora las manos? Creo que tenéis aspecto valiente.

—¡Sí, sí! —gritaron arponeros y marineros, acercándose al excitado viejo—. ¡Ojo agudo para la ballena blanca, lanza aguda para Moby Dick!

—Que Dios os bendiga —parecía medio sollozar y medio gritar—. Que Dios os bendiga, marineros. ¡Mozo!, ve a por la medida grande de grog. Pero ¿por qué esa cara larga, señor Starbuck? ¿No queréis dar caza a la ballena blanca? ¿No estáis maduro para Moby Dick?

—Estoy maduro para su torcida mandíbula, capitán Ajab, y para las mandíbulas de la muerte también, si honestamente llega en el desempeño del oficio que practicamos; pero yo vine aquí a cazar ballenas, no a cazar la venganza de mi comandante. ¿Cuántos barriles os proporcionaría vuestra venganza, si es que la obtuvierais, capitán Ajab? No os darían mucho por ella en nuestro mercado de Nantucket.

—¡Mercado de Nantucket! ¡Bah! Mas acercaos, Starbuck; vos requerís un nivel algo más profundo. Si el dinero va a ser la vara de medir, compañero, y los contables han computado el globo, su gran contaduría, rodeándolo con guineas, una por cada tercio de pulgada, dejadme entonces que os diga que mi venganza producirá un gran beneficio *¡aquí!*

—Se golpea el pecho —susurró Stubb—, ¿a qué viene eso? Para mí que suena muy grande, aunque vacío.

—¡Vengarse de un necio animal —gritó Starbuck—, que simplemente os atacó por el más ciego instinto! ¡Demencia! Capitán Ajab, encolerizarse contra un ser simple resulta blasfemo.

—Escuchad vos, aun otra vez… el nivel algo más profundo[51]. Todos los objetos visibles, señor, sólo son máscaras de cartón. Pero en cada suceso… en el acto viviente, el hecho irrebatible… allí, algún ente desconocido, aunque racional, imprime el molde de sus rasgos desde detrás de la máscara que no razona. Si el hombre quiere golpear, ¡que golpee traspasando la máscara! ¿Cómo puede el prisionero llegar al exterior, sino atravesando la pared por la fuerza? Para mí, la ballena blanca es esa pared, acercada a empujones hasta mí. A veces pienso que

más allá no hay nada. Pero es suficiente. Me oprime; me abruma; en ella veo una fortaleza atroz, con una inescrutable malicia que la robustece. Ese algo inescrutable es lo que más odio; y ya sea la ballena blanca el agente, ya sea el principal, descargaré ese odio sobre ella. No me habléis de blasfemia, señor; golpearía al sol si me insultara. Pues si el sol pudiera hacer eso, yo podría hacer lo otro; puesto que siempre existe una especie de juego limpio en esto, al ser la envidia quien preside sobre todas las creaciones. Pero ni siquiera, compañero, ese juego limpio es mi dueño. ¿Quién está por encima de mí? La verdad no tiene confines. ¡Apartad vuestro ojo! ¡Más intolerable que los encaros del enemigo es una mirada necia! Vaya, vaya; enrojecéis y palidecéis; mi ardor os ha derretido hasta el fulgor de la ira. Mas observad, Starbuck, lo que se dice en ardor, eso se desdice a sí mismo. Existen hombres de quienes palabras ardientes son indignidad menor. No pretendía enfureceros. Dejadlo pasar. ¡Mirad!, observad aquellas mejillas turcas de bronceado a manchas… imágenes vivas, que respiran, pintadas por el sol. Los leopardos paganos… los seres que no se preocupan y no adoran, que viven; y buscan, ¡y no dan razones para la tórrida vida que sienten! ¡La tripulación, compañero, la tripulación! ¿No están todos y cada uno con Ajab en este asunto de la ballena? ¡Ved a Stubb! ¡Se ríe! ¡Ved a aquel chileno de allá! Bufa de pensar en ello. ¡Starbuck, vuestro único y zarandeado tallo no puede manteneros firme en medio del huracán general! ¿Y de qué se trata? Reconocedlo. Sólo se trata de ayudar a arponear una aleta; nada especial para Starbuck. ¿Qué otra cosa es? La mejor lanza de Nantucket ciertamente no se echará atrás, entonces, ante esta concreta humilde cacería, siendo que todos los tripulantes de a pie han agarrado una piedra de afilar. ¡Ah! Las compulsiones se apoderan de vos; ¡ya veo! ¡La ola os eleva! ¡Hablad! ¡Pero hablad!… ¡Sí, sí! Vuestro silencio, entonces; *eso* os expresa. (*Aparte*.) Algo salió disparado de mis dilatadas aletas nasales; él en sus pulmones lo ha inhalado. Ahora Starbuck es mío; no puede oponérseme ya sin rebelión.

—¡Dios me guarde!… ¡Nos guarde a todos! —murmuró Starbuck en voz baja.

Pero en su alegría ante la hechizada, tácita aquiescencia del primer oficial, Ajab no escuchó la premonitoria invocación; ni tampoco la mortecina risa que salió de la bodega; ni las agoreras vibraciones de los vientos en la jarcia; ni el vacío ondear de las velas contra los mástiles cuando por un momento se desinflaron. Pues de nuevo los humillados ojos de Starbuck se iluminaron con la terquedad de la vida; la risa subterránea se extinguió; los vientos volvieron a soplar; las velas se inflaron; el barco se alzó y cabeceó como lo hacía antes. ¡Ah, admoniciones y advertencias! ¿Por qué, cuando llegáis, no permanecéis? ¡Pero más bien vos, sombras, sois predicciones que advertencias! Sin embargo, no tanto predicciones desde el exterior como verificaciones de lo precedente interior. Pues existiendo poco externo que nos coerza, las más profundas necesidades de nuestro ser, éstas, siguen impeliéndonos.

—¡La medida! ¡La medida! —gritó Ajab.

Al recibir el rebosante peltre, y volviéndose hacia los arponeros, les ordenó que sacasen sus armas. Luego, alineándolos ante él cerca del cabrestante, con sus arpones en la mano, mientras los tres oficiales permanecían a su lado con sus lanzas, y el resto de la dotación del barco formaba un círculo alrededor del grupo, estuvo durante un instante observando inquisitivamente a todos los hombres de su tripulación. Y aquellos ojos feroces se encontraron con los suyos, como los ojos inyectados de sangre de los lobos de la pradera se encuentran con los del jefe de su manada antes de que al frente de ella éste se lance tras el rastro del bisonte; aunque ¡ay!, sólo para caer en la oculta trampa del indio.

—¡Bebed y pasadlo! —gritó, entregando el bien cargado jarro al marinero más cercano—. Que ahora sólo beba la tripulación. ¡Pasadlo, vamos, pasadlo! Sorbos cortos… tragos largos, marineros; está caliente como la pezuña de Satán. Vaya, vaya; va pasando excelentemente. Espiraliza en vosotros; salta como el guiño de la serpiente. Bien hecho: casi vacío. Por ese lado se fue, por éste llega. Dádmelo… ¡Vacío está! Sois como los años, marineros; así se bebe de un trago la rebosante vida. ¡Mozo, vuelve a llenar!

»Atended ahora, mis valientes. Os he convocado a todos alrededor de este cabrestante; y vosotros, oficiales, flanqueadme con vuestras lanzas; y

vosotros, arponeros, permaneced allí con vuestros hierros; y vosotros, bravos marineros, haced un cerco a mi alrededor, que de algún modo pueda yo revivir una noble costumbre de mis antepasados pescadores. Oh, marineros, ahora veréis que… ¡Ja! Muchacho, ¿ya has vuelto? Los peniques falsos no vuelven antes. Dádmelo. Bueno, este peltre estaría ahora rebosando otra vez, si no fueras el trasgo de san Vito… ¡Aléjate, peste!

»¡Avanzad, oficiales! Cruzad vuestras lanzas extendidas ante mí. ¡Bien hecho! Dejadme tocar el eje.

Diciendo lo cual, con el brazo extendido, agarraba las tres radiales lanzas horizontales en el centro en que se cruzaban; las agitó brusca y nerviosamente mientras lo hacía, mirando entretanto intencionadamente de Starbuck a Stubb, de Stubb a Flask. Parecía como si, por mor de cierta innominada volición interior, hubiera intencionadamente provocado en ellos la descarga eléctrica de la misma ígnea emoción acumulada en la botella de Leyden de su propia vida magnética. Los tres oficiales retrocedieron ante su poderoso, firme y místico aspecto. Stubb y Flask apartaron a un lado la mirada; los honestos ojos de Starbuck se inclinaron.

—¡En vano! —gritó Ajab—, pero quizá esté bien. Pues si vosotros tres recibierais aunque sólo fuera una vez la descarga con toda su fuerza, entonces mi propia facultad eléctrica, *eso*, quizá habría expirado de afuera de mí. Acaso, quizá, os hubiera hecho caer muertos. Acaso no la necesitarais. ¡Abajo las lanzas! Y ahora, a vosotros oficiales, a vosotros os nombro los tres coperos de mis tres parientes paganos ahí situados… aquellos tres muy honorables nobles y caballeros, mis valientes arponeros. ¿Desdeñáis la tarea? ¿Cómo, si incluso el gran papa lava los pies de los mendigos, utilizando su tiara como aguamanil? ¡Oh, mis dulces cardenales! Vuestra propia condescendencia, *eso* os inclinará a hacerlo. Yo no os ordeno; vos lo deseáis. ¡Vosotros, arponeros, cortad los nudos y sacad las pértigas!

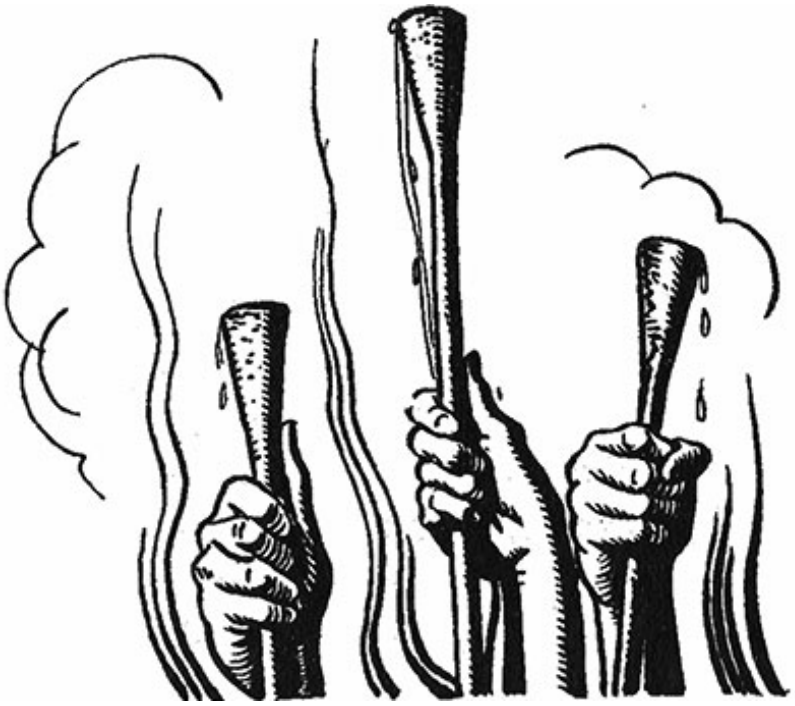
Obedeciendo silenciosamente la orden, los tres arponeros estaban ahora ante él, descubierta la parte de hierro de sus arpones, de unos tres pies de largo, con los garfios hacia arriba.

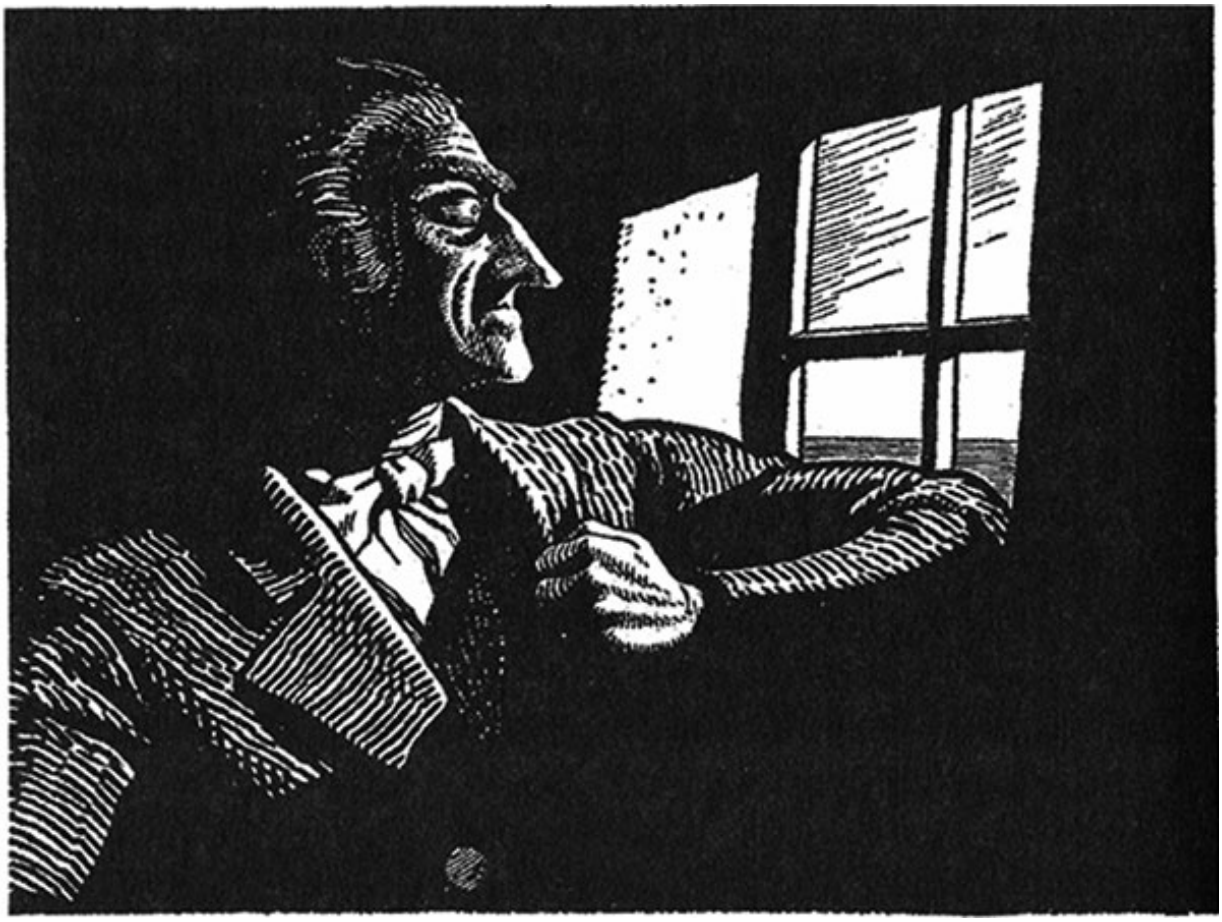
—¡No me apuñaléis con ese agudo acero! ¡Apartadlos; dadlos la vuelta!, ¿no conocéis la base de la copa? ¡Poned el calce hacia arriba! Así, así; ahora, coperos, avanzad. ¡Los hierros!: cogedlos. ¡Sujetadlos mientras lleno!

Inmediatamente, yendo lentamente de un oficial a otro, llenó a rebosar los calces de los arpones con las ígneas aguas del jarro.

—Ahora tres para tres estáis. ¡Encomendad los cálices asesinos! Ofrecedlos, vosotros que ahora sois hechos partícipes de esta indisoluble liga. ¡Ja! ¡Starbuck! ¡Pero lo hecho, hecho está! Aquel sol que da fe, espera ahora para posarse sobre ello. ¡Bebed, arponeros! Bebed y jurad, vosotros, compañeros que ocupáis la mortal proa de la ballenera: ¡Muerte a Moby Dick! ¡Que Dios nos dé caza a todos si nosotros no cazamos a Moby Dick hasta que muera!

Las largas y garfiadas copas de hierro se elevaron; y a los gritos y maldiciones contra la ballena blanca, de un solo trago se consumieron simultáneamente las espiritosas bebidas. Starbuck palideció, se volvió y se estremeció. Una vez más, y finalmente, el peltre repleto dio la vuelta entre la frenética tripulación; tras lo cual, haciendo una indicación con su mano libre, todos se dispersaron; y Ajab se retiró al interior de su cabina.





CAPÍTULO XXXVII — OCASO

(*La cabina por las ventanas de popa; Ajab sentado solo, y observando hacia el exterior*.)

Dejo una estela túrbida y blanca; pálidas aguas, aún más pálidas mejillas, dondequiera que navego. Las envidiosas olas se abultan a los lados para sumergir mi rastro: que lo hagan; pero, antes, yo paso.

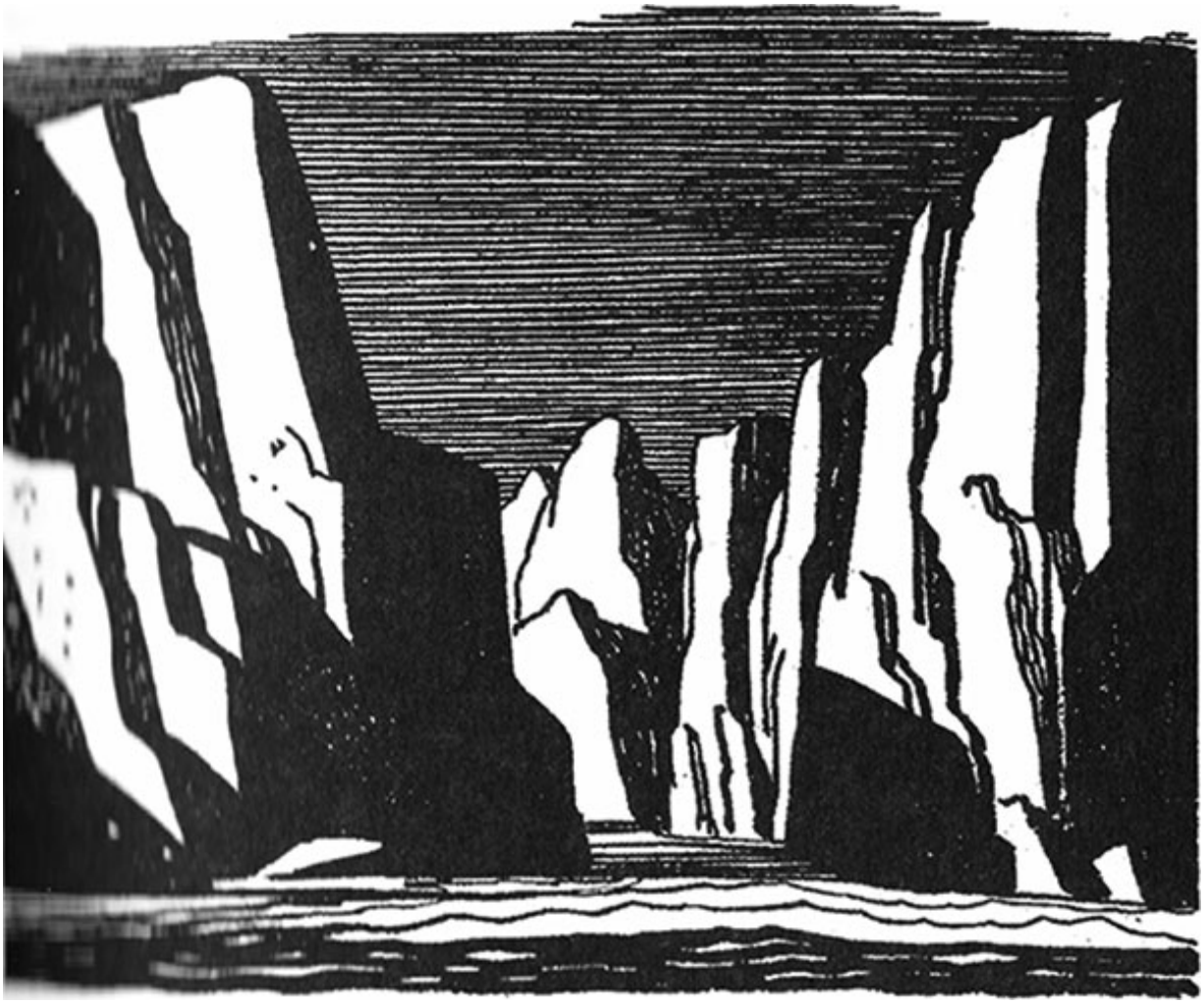
Allá a lo lejos, en el borde de la copa que siempre rebosa, las cálidas olas se sonrojan como el vino. La frente de oro sondea el azul. El Sol que cae hacia el agua —ha ido cayendo lentamente desde el mediodía— se hunde; ¡mi alma remonta!, se fatiga en su inacabable montaña. ¿Es acaso entonces la corona que porto demasiado pesada, esta corona de hierro de Lombardía? Pero brilla con abundancia de gemas. Yo, el portador, no veo

sus reflejos, que lejos alcanzan; mas siento tenebrosamente que porto eso que de manera deslumbrante confunde. Es hierro —que yo sepa—, no oro. Está rota… eso lo noto; su borde cortante me llaga de tal manera que mi cerebro parece palpitar contra el sólido metal; sí, cráneo de acero el mío, ¡de los que no necesitan casco en la mayor pelea a machaca-cerebros!

¿Calor seco en la frente? ¡Ah!, hubo un tiempo en el que el amanecer noblemente me estimulaba, lo mismo que el anochecer me sosegaba. Ya no. Esa deliciosa luz a mí no me ilumina; todo encanto es angustia para mí, pues disfrutar nunca puedo. Agraciado con la excelsa percepción, carezco de la bajeza de la capacidad de disfrute; ¡condenado de la manera más sutil y maligna! ¡Condenado en mitad del Paraíso! ¡Buenas noches… buenas noches! (*agitando la mano, se aparta de la ventana*).

No fue tarea tan difícil. Creí que encontraría al menos algún renuente; pero mi propio círculo dentado encaja en todas sus diversas ruedas, y todas giran. O, si lo preferís, como tantos cúmulos de pólvora, todos están ante mí; y yo soy su cerilla. ¡Ah, es duro! ¡Que para enardecer a los demás, la propia cerilla deba por fuerza consumirse! Lo que he arrostrado, lo he deseado, ¡y lo que he deseado, lo haré! Piensan que estoy loco… Starbuck lo piensa; pero soy demoníaco, ¡soy la locura enloquecida! ¡Esa feroz locura que sólo se calma para comprenderse a sí misma! La profecía era que sería desmembrado; y… ¡Sí!, perdí esta pierna. Yo profetizo ahora que desmembraré a mi desmembrador. Bien, sea entonces el mismo el profeta y el que la profecía realiza. Es más de lo que vos, vosotros, grandes dioses, jamás fuisteis. Me río y me mofo de vos, vosotros, jugadores de cricket; vosotros, pugilistas; ¡vosotros, sordos Burkes y ciegos Bendigos![52]. No diré lo mismo que los escolares dicen a los gallitos: métete con uno de tu tamaño, ¡no me pegues *a mí*! No. Me habéis derribado, y yo estoy de nuevo en pie; pero *vos* habéis huido y os habéis escondido. ¡Salid de detrás de vuestras bolsas de algodón! No tengo fusil largo con que alcanzaros. Venid, Ajab os presenta sus respetos; venid, a ver si sois capaces de apartarme. ¿Apartarme? ¡No me podéis apartar si no os apartáis vosotros mismos!, ¡el hombre ahí os tiene! ¿Apartarme a mí? La senda de mi firme propósito está construida con vías de hierro, sobre las que mi alma va encarrilada. ¡Sobre insondadas gargantas, a través de corazones de

montaña barrenados, bajo lechos de torrentes, impertérrito avanzo! ¡Nada es obstáculo, nada viraje para el camino de hierro!



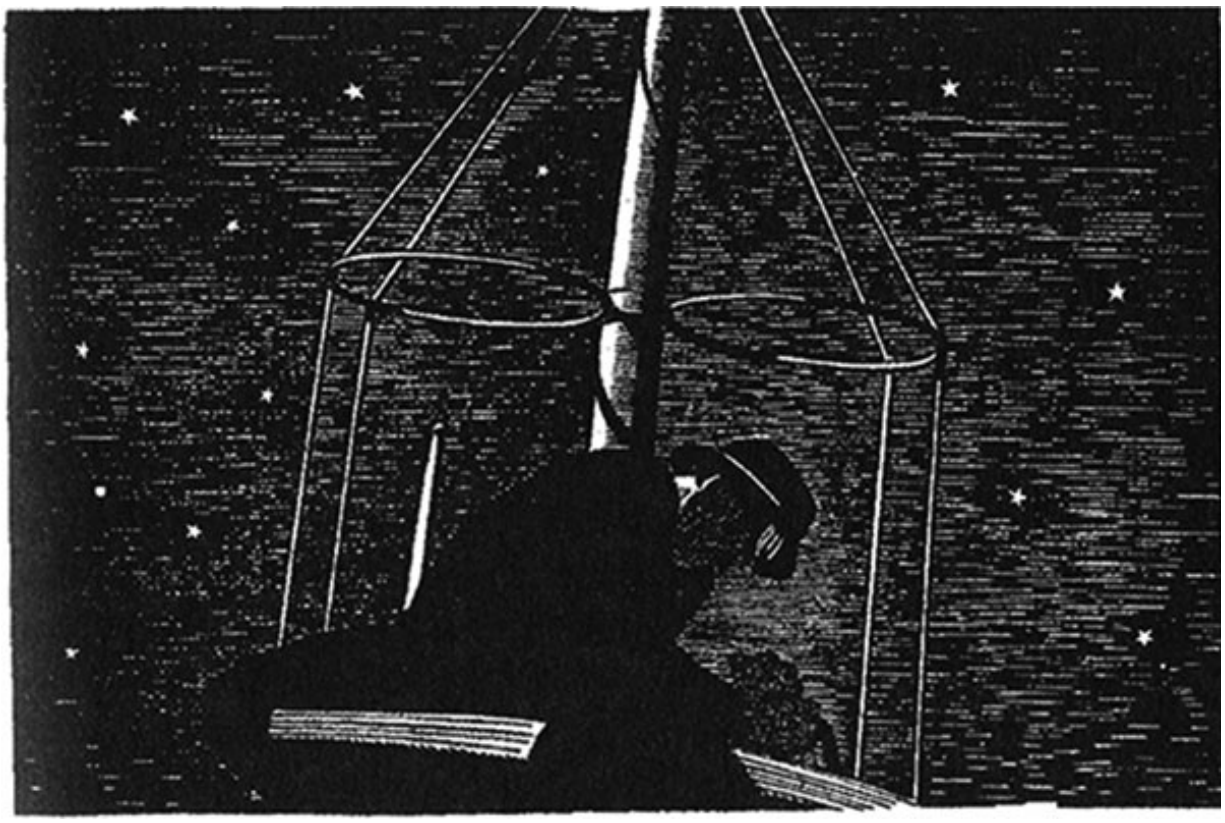
CAPÍTULO XXXVIII — CREPÚSCULO

(*Junto al palo mayor; Starbuck apoyado en él*.)

Más que igualada está mi alma[53]; está sobrepujada, ¡y por un loco! Insufrible punzada, ¡que la cordura deba rendir armas en tal campo! Pero él barrenó muy profundo, ¡y reventó de mí afuera mi entera razón! Creo ver su impío final; mas siento que debo ayudarle a alcanzarlo. Quiéralo, o no lo quiera, lo inefable me ha atado a él; me arrastra de un cable que no tengo cuchillo con que cortar. ¡Horrible viejo! A quien está por encima de él, le grita… Sí, sería un demócrata para todo lo de arriba; ¡mirad cómo gobierna sobre todo lo de abajo! ¡Oh!, veo claramente mi miserable labor… obedecer rebelándome; y peor aún, ¡odiar con un toque de compasión! Pues en sus ojos leo cierta lóbrega desdicha que a mí me anularía, si es que en mí estuviera. Sin embargo, hay esperanza. El tiempo y la marea fluyen con amplitud. Al igual que el pequeño pez de colores tiene su globo de vidrio, la odiada ballena dispone de todo el redondo mundo acuático para nadar. Su propósito, insultante al Cielo, puede que Dios lo desvíe. Alzaría el ánimo, si el corazón no fuera como el plomo. Mas mi entero reloj se ha agotado; mi corazón, la pesa que todo controla, no tengo llave con que alzarlo de nuevo.

(*Un estrépito de juerga desde el castillo*.)

¡Oh, Dios! ¡Navegar con unos tripulantes tan paganos, que de madres humanas poco hay en ellos! Paridos en alguna parte por el escualo mar. La ballena blanca es su demogorgón. ¡Escuchad! ¡Las infernales orgías! ¡Esa juerga va adelante! ¡Observad el inmutable silencio atrás! Se me hace que representa la vida. En primer lugar, a través del centelleante mar, enfila la alegre, combativa y burlona proa, pero sólo para arrastrar al oscuro Ajab tras ella, que rumia dentro de su cabina orientada a popa, erigida sobre el agua muerta de la estela, y perseguida más allá por sus rapaces borbotones. ¡El largo aullido me estremece de pies a cabeza! ¡Calma, vosotros, juerguistas!, ¡y montad la guardia! ¡Ah, vida! Es en una hora como ésta, con el alma abatida y ligada al conocimiento… igual que los seres salvajes e indisciplinados están obligados a alimentarse… ¡Oh, vida!, ¡es ahora que siento el horror latente en vos!, ¡mas no soy yo!, ¡ese horror está fuera de mí! ¡Y con la tierna sensación del humano en mí, trataré aún de combatiros!, ¡a vos, fantasmales, inclementes providencias! ¡Acompañadme, sostenedme, sujetadme, oh, vos, influencias benditas!



CAPÍTULO XXXIX LA NOCTURNA GUARDIA DE PRIMA

Tope del trinquete (*Stubb solo, y reparando una braza*.)

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ejem! ¡Me aclaro la garganta!… He estado pensando en ello desde entonces y ese ja ja es la consecuencia final. ¿Por qué así? Porque una risa es la más sabia y fácil respuesta a todo lo raro; y venga lo que venga, a uno siempre le queda el consuelo… ese consuelo es infalible, todo está predestinado. No escuché su charla entera con Starbuck; pero a mis humildes ojos Starbuck tenía entonces aspecto similar a como yo me sentí la otra tarde. Seguro que el viejo mogol le ha pillado también. Me lo olía, lo sabía; si yo hubiera tenido el don, sin dudarlo lo podría haber profetizado… pues cuando planté el ojo en su cráneo, lo supe. Bueno, Stubb, *sabio* Stubb… así me llaman… bueno, Stubb, ¿qué tiene de particular, Stubb? Aquí hay un cuerpo vacío. No sé

todo lo que pueda ir a suceder, pero, sea lo que fuere, lo afrontaré riendo. ¡Menuda guasa ladina se embosca en todos vuestros espantos! Me siento curioso. ¡Fa, la! ¡Lirra, skirra! ¿Qué estará haciendo ahora en casa mi jugosa perita? ¿Llorando desconsoladamente?… Yo diría que está dando una fiesta para los arponeros recién llegados, alegre como un gallardete de fragata; y así también estoy yo… ¡Fa, la! ¡Lirra, skirra! Oh…

> Esta noche beberemos con corazones tan ligeros a amores tan alegres y pasajeros como la burbuja que galopa en el borde de la copa y que en los labios, al coincidir, explota.

Bonita trova esa… ¿Quién llama? ¿Señor Starbuck? Sí, sí, señor. (*Aparte*.) Es mi superior, también él tiene el suyo, si no me equivoco… Sí, sí, señor, acabo de terminar esta tarea… Voy.

CAPÍTULO XL MEDIANOCHE, EL CASTILLO

Arponeros y marineros
(*Se alza el trinquete y aparece la guardia en pie, paseando, recostándose y tumbándose en actitudes diversas, todos cantando a coro*.)

¡Adiós, *adieu* a vos, damas españolas!
¡Adiós, *adieu* a vos, damas de España!
Nuestro capitán ha ordenado…

1.° marinero de Nantucket
Oh, muchachos, no seáis sentimentales; ¡es malo para la digestión! Coged el tono, ¡seguidme!

(*Canta, y todos le siguen*.)

Estaba nuestro capitán en cubierta,
un catalejo en la mano,
mirando resoplar vistosas ballenas
en mar cercano y mar lejano.
Los cubos a las lanchas, mis muchachos,
en las brazas aguantad ufanos
y una de esas buenas ballenas cazaremos

¡moved esas manos, vamos!
¡Ánimo, muchachos! ¡No desfallezcáis en la faena!
¡Mientras el osado arponero le acierta a la ballena!

Voz del oficial desde la toldilla
¡Proa, ocho campanadas![54].

2.° marinero de Nantucket

¡Parad el coro! ¡Ocho campanadas ahí! ¿Habéis oído, campanero? ¡Dadle ocho a la campana, vos, Pip!, ¡vos, negro!, y dejadme llamar a la guardia. Tengo la boca adecuada para ello… boca de tonel. Vaya, vaya (*mete la cabeza por la escotilla*). ¡Eh, los de es-tri-boor! ¡Ocho campanadas ahí abajo! ¡Levantaos!

Marinero holandés

Magnífica cabezada esta noche, compadre; sabrosa noche, a propósito. Lo achaco al vino de nuestro viejo gran mogol; es tan entumecedor para unos como excitante para otros. Nosotros cantamos; ellos duermen… sí, allí tumbados, como barriles alineados. ¡A por ellos otra vez! Mirad, coged este sacabuche de cobre y llamadlos con él. Decidles que dejen de soñar con sus mozas. Decidles que es la resurrección: deben dar el beso de despedida, y venir al juicio. Ése es el camino… *ése* es; vuestra garganta no está arruinada de comer mantequilla de Ámsterdam.

Marinero francés

¡Oíd, muchachos! Marquémonos una o dos gigas antes de anclar en la bahía de las mantas. ¿Qué decís? Ahí viene la otra guardia. ¡Alerta las piernas! ¡Pip! ¡Pequeño Pip! ¡Hurra por tu pandereta!

Pip
(*Adormilado y molesto*.)

No sé dónde está.

Marinero francés

Daos en la tripa, entonces, y agitad las orejas. Bailad, compañeros, digo; gozo es la palabra, ¡hurra! Maldita sea, ¿no vais a bailar? ¡Formad, ya, fila india, y galopad al ritmo del taconeo! ¡Lanzaos! ¡Piernas! ¡Piernas!

Marinero islandés

No me gusta tu suelo, compadre; demasiado cimbreante para mi gusto. Yo estoy acostumbrado a los suelos de hielo. Siento echar agua fría sobre el asunto, perdonadme.

Marinero maltés

Lo mismo digo; ¿dónde tienes a las chicas? ¿Quién sino un tonto tomaría su mano izquierda con su derecha, y se diría a sí mismo «¿cómo estáis?» ¡Parejas! ¡Yo tengo que tener parejas!

Marinero siciliano

Sí; ¡chicas y un prado!… Entonces saltaría con vosotros; sí, ¡me volvería saltamontes!

Marinero de Long Island

Bueno, bueno, pusilánimes, hay muchos más entre nosotros. Planta el grano cuando puedas, digo yo. Todas las piernas van pronto a cosechar. ¡Ah! Aquí viene la música; ¡vamos a ello!

Marinero de las Azores

(*Ascendiendo, y lanzando la pandereta fuera de la escotilla*.)

Ahí tienes, Pip; y ahí están las bitas del molinete; ¡arriba te montas! ¡Venga, muchachos!

(*La mitad de ellos baila al son de la pandereta; algunos descienden abajo; algunos duermen o se tumban entre los rollos de jarcia. Profusión de juramentos*.)

Marinero de las Azores

(*Bailando*.)

¡Dale, Pip! ¡Pégale, campanero! Móntala, cávala, chócala, agítala, campanero! Saca chispas; ¡rompe las sonajas!

Pip

¿Sonajas, dices?… Ahí va otra, se cayó; le doy tan fuerte…

Marinero de la China

Haced sonar vuestros dientes, entonces, y aporread; convertíos en una pagoda.

Marinero francés

¡Goce loco! Sostened vuestro aro, Pip, ¡hasta que yo salte a través! ¡Partid foques! ¡Rompeos!

Tashtego

(*Fumando tranquilamente*.)

Eso es un hombre blanco; a eso le llama diversión: ¡bah! Yo ahorro mi sudor.

Viejo marinero de Man

Me pregunto si esos alegres tipos se dan cuenta del lugar sobre el que están bailando. Yo bailaré sobre vuestra tumba, lo haré… Ésta es la más amarga amenaza de esas mujeres de la noche que afrontan vientos por la proa en las esquinas. ¡Oh, Cristo! ¡Pensar en las verdes flotas y en las tripulaciones de verde cráneo! Bueno, bueno; probablemente el mundo es un balón, como lo piensan los llamados estudiosos; así que bien está hacer de él un bailón. Bailad, muchachos, sois jóvenes; yo lo fui una vez.

3.er marinero de Nantucket

¡Paremos!… ¡Uf! Esto es peor que perseguir ballenas en una bonanza… dadnos una bocanada, Tash.

(*Dejan de bailar, y se reúnen en grupos. Mientras tanto el cielo se oscurece… se levanta el viento*.)

Marinero de Lashkar

¡Por Brahma! Pronto habrá que arriar velas. ¡El caudaloso Ganjes, nacido del cielo, se vuelve viento! ¡Mostráis vuestra negra frente, Siva!

Marinero maltés

(*Reclinándose y sacudiendo su gorra*.)

Son las olas… ahora es el turno de los gorritos de nieve para bailar la giga. Pronto estarán meneando sus borlas. Ah, si todas las olas fueran mujeres, entonces me ahogaría, ¡y las perseguiría para siempre! Nada hay tan dulce sobre la Tierra… ¡Puede que ni el cielo lo iguale!… como esos vivaces destellos de cálidos, salvajes pechos en la danza, cuando los arbolados brazos ocultan esas uvas maduras y reventonas.

Marinero siciliano

(*Reclinándose*.)

¡No me lo contéis! Escuchad vos, amigo… vivaces entrelazamientos de las extremidades… flexibles oscilaciones… recatos… ¡palpitaciones!, ¡labio!, ¡corazón!, ¡cadera!, todo rozar: ¡incesante tocar y partir! Sin saborear, atención, pues si no llega la saciedad. ¿Eh, pagano? (*Dándole con el codo*.)

Marinero tahitiano

(*Reclinado en una estera*.)

¡Salve, santa desnudez de nuestras bailarinas!… ¡Heeva-Heeva! ¡Ah, Tahití, velada abajo, palmeada arriba! Todavía descanso en vuestra estera, ¡pero la suave tierra se ha retirado! ¡Observé cómo erais tejida en el bosque, estera mía!, verde el día que de allí os traje; ahora bastante gastada y marchita. ¡Ay de mí!… ¡ni tú ni yo podemos soportar el cambio! ¿Cómo entonces, siendo así, ser trasplantado a aquel cielo? ¿Escucho los rugientes arroyos del pico de agujas de Pirohiti, cuando se precipitan de los riscos y anegan las aldeas? ¡La ventisca! ¡La ventisca! ¡A enderezar el espinazo y a combatirla! (*De un salto se pone en pie*.)

Marinero portugués

¡Cómo se alza la mar golpeando contra la amurada! ¡Alerta para tomar rizos, queridos! Los vientos se han puesto a cruzar espadas, en seguida

atacarán desordenadamente.

Marinero danés

¡Crujid, crujid, viejo barco! ¡Mientras crujáis, resistiréis! ¡Bien hecho! El oficial os mantiene ahí firme. ¡No se asusta más que la fortaleza insular de Cattegat, allí situado para luchar contra el Báltico, con cañones azotados por la tormenta en los que el salitre se acumula!

4.º marinero de Nantucket

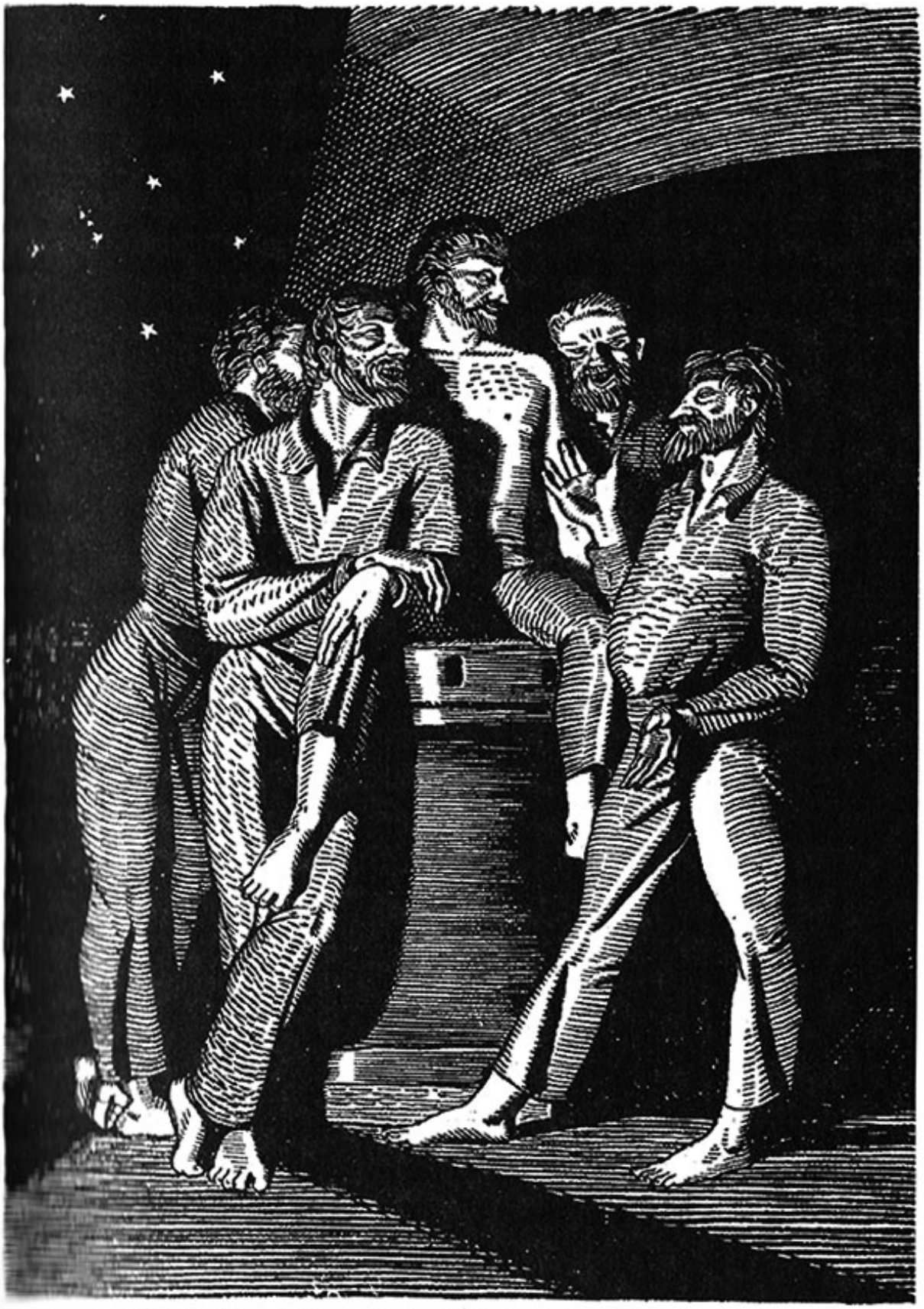
Él tiene sus órdenes, daos cuenta. Escuché al viejo Ajab decirle que siempre debía derrotar al temporal más o menos como hacen para abrir una espita con una pistola… ¡Dispara tu barco directo a ella!

Marinero inglés

¡Por mi sangre! ¡Ese anciano sí que es un prójimo grandioso! ¡Nosotros somos los tipos para cazarle su ballena!

Todos

¡Sí! ¡Sí!



Viejo marinero de Man

¡Cómo se menean los tres pinos! Los pinos son los árboles más duros para aguantar si se transplantan a cualquier otra tierra, y aquí no hay tierra ninguna salvo el barro condenado de la tripulación. ¡Firme, timonel, firme! Ésta es la clase de tiempo en que en tierra se rompen los corazones osados, y en el mar se parten los cascos con quilla. Nuestro capitán tiene su marca de nacimiento; mirad allá lejos, muchachos, hay otra en el cielo… lívida, la veis; todo lo demás, negro como la brea.

Daggoo

¿Qué tiene de especial? ¡El que se asusta de lo negro se asusta de mí! ¡Yo estoy tallado en ello!

Marinero español

(*Aparte*.) ¡Ah, quiere acoquinar!… el viejo ruin me pone picajoso. (*Avanzando*.) Sí, arponero, vuestra raza es el innegable lado oscuro de la humanidad… diabólicamente oscuro, ya puestos. Sin ofensa.

Daggoo

(*Con crudeza*.)

No la hay.

Marinero de Santiago

Ese español está loco o está borracho. Aunque eso no puede ser, o quizá en su caso particular los aguardientes del viejo gran mogol son de efecto algo retardado.

5.º marinero de Nantucket

¿Qué es eso que veo? ¿Relámpagos? Sí.

Marinero español

No. Es Daggoo enseñando los dientes.

Daggoo

(*Incorporándose de un salto*.)

¡Tragaos los vuestros, monigote! ¡Piel blanca, blanca entraña!

Marinero español
(*Enfrentándosele*.)
¡Os rajo encantado!, ¡esqueleto grande, espíritu pequeño!

Todos
¡Una pelea! ¡Una pelea!

Tashtego
(*Soltando una bocanada*.)
Una pelea abajo, y una pelea arriba. Dioses y hombres, ¡ambos pendencieros! ¡Hmm!

Marinero de Belfast
¡Una pelea! ¡Hurra, una pelea! ¡Bendita sea la virgen, una pelea! ¡Ahí voy con vosotros!

Marinero inglés
¡Juego limpio! ¡Quitadle la navaja al español! ¡Un círculo, un círculo!

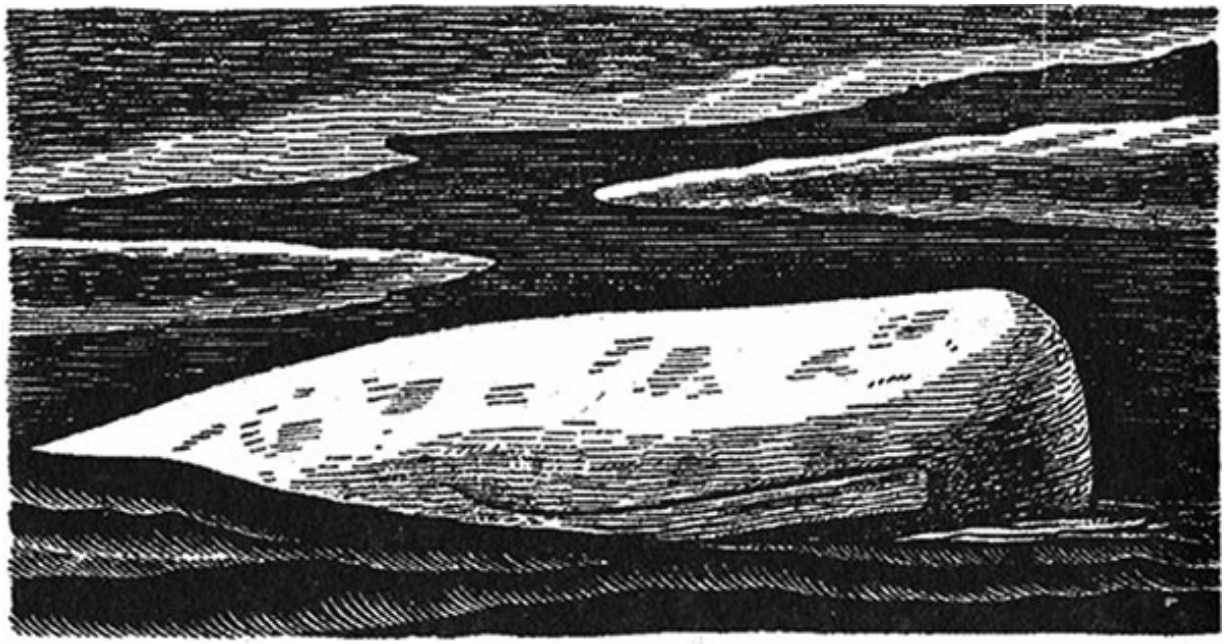
Viejo marinero de Man
Ya está formado. ¡Allí! El horizonte entero. En ese círculo Caín golpeó a Abel. ¡Dulce tarea, franca tarea! ¿No? ¿Entonces, Dios, por qué hicisteis el círculo?

Voz del oficial desde el alcázar
¡Tripulantes, a las drizas! ¡Velas de juanete! ¡Preparados para tomar rizos en las gavias!

Todos
¡La galerna! ¡La galerna! ¡Arriba, juerguistas! (*Se dispersan*.)

Pip
(*Cobijándose bajo el molinete*.)

¿Juerguistas? ¡Que Dios ayude a tales juerguistas! ¡Cris, cras! ¡Ahí va el tirante del foque! ¡Bang-gang! ¡Dios! ¡Agáchate más, Pip, aquí viene la verga de sobrejuanete! Es peor que estar en los bosques invernales el día de fin de año. ¿Quién iría ahora a trepar por castañas? Pero allí van todos, todos jurando, y yo no. Buenas perspectivas para ellos; están camino del Cielo. ¡Agarraos fuerte! ¡Caramba, qué galerna! Aunque esos tipos aún son peores… Ésos son galernas blancas. ¿Galernas blancas? Ballena blanca, ¡brrr!, ¡brrr! Aquí acabo de escuchar toda su conversación, ¡y de la ballena blanca… ¡brrr!, ¡brrr!… sólo se ha hablado una vez!, y apenas esta tarde… me hace vibrar de arriba abajo como mi pandereta… ¡esa anaconda de anciano les juramentó a cazarla! Oh, vos, gran Dios blanco allá arriba, en alguna parte de aquella oscuridad, tened piedad de este pequeño muchacho negro aquí abajo; ¡amparadle de todos los hombres que no tienen entrañas para sentir miedo!



CAPÍTULO XLI MOBY DICK

Yo, Ismael, era uno de aquella tripulación; mis gritos se habían alzado junto a los demás; mi juramento había sido soldado junto a los suyos; y por temor del pavor en mi alma, más fuerte grité, y más remaché y roblé mi juramento. En mí había una sensación salvaje, mística y leal; la inextinguible contienda de Ajab parecía mía. Con ávidos oídos escuché la historia de ese monstruo asesino contra el cual yo y todos los demás habíamos prestado nuestros juramentos de violencia y venganza.

Desde hacía algún tiempo, aunque sólo a intervalos, la desasistida y seclusa ballena blanca había batido esos incivilizados mares más frecuentados por los balleneros del cachalote. Pero no todos sabían de su existencia; comparativamente, sólo unos pocos la habían visto siendo conscientes de hacerlo; mientras que el número de los que hasta el momento, en realidad y en conciencia, le habían presentado batalla era ciertamente pequeño. Pues a causa del gran número de buques balleneros; de la forma desordenada en que estaban esparcidos sobre la entera circunferencia acuática, siguiendo muchos de ellos aventuradamente su

batida por solitarias latitudes, de manera que a lo largo de una docena continua de meses, o más, raramente o nunca encontraban ni una sola vela confidente de cualquier clase; de la descomunal longitud de cada distinta expedición; de la irregularidad de las épocas para zarpar desde puerto; todo ello, junto con otras circunstancias directas e indirectas, entorpecía enormemente la difusión, a través del conjunto de la flota ballenera mundial, de los especiales sucesos individualizadores referidos a Moby Dick. No había duda de que varias embarcaciones informaban haber encontrado, en tal o en cual momento, o en tal o en cual meridiano, un cachalote de inusual magnitud y malignidad; la cual ballena, tras causar grandes desgracias a sus atacantes, se les había escapado limpiamente: para algunas mentes no era presunción impropia, digo, que la ballena en cuestión no podía haber sido otra que Moby Dick. Sin embargo, como la pesquería del cachalote recientemente se había distinguido por trances diversos y no infrecuentes de gran ferocidad, ingenio y malicia por parte del monstruo atacado, era debido a eso que todos los que por accidente habían presentado batalla a Moby Dick sin saberlo; esos cazadores quizá en su mayor parte estaban conformes con atribuir el terror particular que generaba más a los peligros de la pesquería del cachalote en general que a la causa individual. De esa manera sobre todo había sido hasta el momento popularmente contemplado el infortunado encuentro entre Ajab y la ballena.

Y por lo que respecta a aquellos que, habiendo sabido previamente de la ballena blanca, por azar la avistaron, al principio del asunto todos, casi, habían arriado tras ella con tanto ímpetu y osadía como tras cualquier otra ballena de esa especie. Pero a la larga tales calamidades resultaron de estos asaltos… no limitadas a esguinces en muñecas y tobillos, o extremidades rotas, o voraces amputaciones… sino fatales hasta el grado último de la fatalidad, acumulando y apilando esos repetidos y desastrosos reveses todos sus terrores sobre Moby Dick; tales sucesos habían contribuido en gran medida a hacer flaquear la fortaleza de muchos bravos cazadores a los que la historia de la ballena blanca había acabado por llegar.

Tampoco los incontrolados rumores de todo tipo dejaron de exagerar, y aún más acentuar, el horror de las historias ciertas de estos mortales encuentros. Pues los rumores legendarios no sólo surgen de manera natural del propio cuerpo de todos los acontecimientos sorprendentes y terribles… del mismo modo que el tronco caído procrea sus propios hongos; sino que, en la vida marítima mucho más que en la de tierra firme, los rumores incontrolados abundan siempre que existe alguna realidad adecuada a la que puedan adherirse. Y de la misma manera que el mar sobrepasa a la tierra en este asunto, así la pesquería de la ballena sobrepasa a cualquier otro tipo de actividad marítima en la fascinación y el espanto de los rumores que a veces circulan por ella. Pues no sólo no están exentos los pescadores de la ballena, como colectividad, de la ignorancia y superstición hereditaria de todos los marineros; sino que, de todos los marineros, son ellos, con total seguridad, los que más directamente son puestos en contacto con todo lo que es pavorosamente sobrecogedor en el mar; ellos no sólo observan cara a cara sus más grandes portentos, sino que los combaten, mano contra mandíbula. Solo, en tan remotas aguas que aunque navegarais mil millas y recorrierais mil costas no llegaríais a ningún hogar labrado en piedra, ni a lugar acogedor alguno bajo esa parte del sol; en tales latitudes y longitudes, persiguiendo además el designio que persigue, el pescador de la ballena está rodeado de influjos que tienden todos a preñar su fantasía de una profusión de pujantes alumbramientos.

No es sorprendente, pues, que adquiriendo siempre volumen por el mero tránsito sobre los más amplios espacios de las aguas, los engrandecidos rumores sobre la ballena blanca finalmente incorporaran en sí todo tipo de mórbidas insinuaciones y semiformadas fetales sugerencias de potencias sobrenaturales, que al fin revistieron a Moby Dick de nuevos terrores no alumbrados por nada que se manifieste visiblemente. Así que en muchos casos finalmente se produjo tal pánico, que pocos de los que habían sabido de la ballena blanca, al menos a través de esos rumores, pocos de esos cazadores deseaban afrontar los peligros de su mandíbula.

Pero aún había otras y más vitales influencias efectivas en juego. Ni siquiera en el día de hoy ha desaparecido de las mentes de los pescadores

de la ballena, como tal colectividad, la reputación original del cachalote en cuanto temidamente diferenciado de todas las demás especies de leviatán. Algunos hay en este día entre ellos que, aunque apropiadamente atentos y valerosos al presentar batalla a la ballena de Groenlandia o ballena franca, quizá… bien por inexperiencia profesional, o por incompetencia o flaqueza, rechazarían un enfrentamiento con el cachalote; en cualquier caso, hay muchos pescadores de ballena, en especial entre esas naciones balleneras que no navegan bajo bandera americana, que nunca han entrado en contacto de manera hostil con el cachalote, y cuyo único conocimiento del leviatán está limitado al innoble monstruo perseguido primitivamente en el norte. Sentados en sus escotillas, estos hombres, con infantil atención y reverencia, propias de un relato al calor de la chimenea, escucharán las brutales y extrañas historias de la pesquería de la ballena del sur. Y no hay lugar en el que la preeminente colosalidad del gran cachalote no sea comprendida con mayor sensibilidad que a bordo de esas proas que lo dan caza.

Y como si la realidad de su poder ahora comprobada pudiera en legendarios tiempos pasados haber arrojado su sombra sobre él, encontramos algunos naturalistas teóricos —Olassen y Povelsen— que declaran que el cachalote no sólo es terror para cualquier otra criatura del mar, sino también que es tan increíblemente feroz que está continuamente sediento de sangre humana. Y estas impresiones, u otras casi similares, no desaparecieron hasta una época tan reciente como la de Cuvier. Pues en su *Historia Natural* el propio barón afirma que al ver al cachalote todos los peces (incluyendo los tiburones) «experimentan el más vívido terror», y «a veces, en la precipitación de su huida, se arrojan contra las rocas con tal violencia, que les causa la muerte instantánea». Y por mucho que la experiencia general de la pesquería pueda enmendar informes semejantes a éstos; aun así, en su plena atrocidad, incluyendo el tema de la sed de sangre de Povelsen, la supersticiosa creencia en ellos es revivida en las mentes de los cazadores en ciertas vicisitudes de su profesión.

Así que, sobrecogidos por los rumores y portentos a él referentes, no pocos de los pescadores recordaban, en alusión a Moby Dick, los antiguos días de la pesquería del cachalote, cuando muchas veces resultaba difícil

convencer a experimentados pescadores de ballena franca para embarcarse en los peligros de esta nueva y osada campaña; quejándose tales hombres de que aunque otros leviatanes podían ser perseguidos con expectativas, perseguir y apuntar con la lanza a una aparición tal como el cachalote no era, sin embargo, para el hombre mortal. Que intentarlo, inevitablemente conduciría a resultar despedazado a una pronta eternidad. Sobre este tema existen algunos notables documentos que pueden ser consultados.

No obstante, algunos hubo que incluso a pesar de estas cuestiones estaban dispuestos a dar caza a Moby Dick; y todavía un número mayor que, habiendo dado en oír de él sólo vaga y distantemente, sin los detalles específicos de ninguna calamidad concreta, y sin los aditamentos supersticiosos, eran lo suficientemente osados como para no huir de la batalla si se presentaba.

Una de las excéntricas sugerencias referidas, de entre las que llegaron finalmente a estar asociadas con la ballena blanca en las mentes de los supersticiosamente inclinados, era la ultraterrenal ocurrencia de que Moby Dick era ubicuo; de que en verdad se le había visto en latitudes opuestas en un solo y mismo instante de tiempo.

Y crédulas como tales mentes debieron de haber sido, no estaba esta ocurrencia totalmente desprovista de alguna débil muestra de supersticiosa probabilidad. Pues lo mismo que los secretos de las corrientes de los mares nunca han sido aún revelados, ni siquiera ante las más eruditas investigaciones, así las vías ocultas del cachalote bajo la superficie siguen siendo en gran parte desconocidas para sus perseguidores; y de tiempo en tiempo han originado las más curiosas y contradictorias especulaciones sobre ellas, en especial relativas a las misteriosas maneras por las cuales, tras sumergirse a gran profundidad, se transporta a sí mismo con tan grande prontitud hasta los puntos más dilatadamente distantes.

Es algo bien conocido, tanto para los buques balleneros ingleses como para los americanos, y también algo asentado en autorizado registro hace años por Scoresby, que se han capturado algunas ballenas muy al norte del Pacífico, en cuyos cuerpos se han encontrado los garfios de arpones lanzados en los mares de Groenlandia. Y no ha de ser negado que en algunos de estos casos se ha declarado que el intervalo de tiempo entre los

dos asaltos no podría haber excedido a muchos días. De ahí, por inferencia, algunos balleneros han supuesto que el pasaje al noroeste, durante tanto tiempo un problema para el hombre, nunca ha sido un problema para la ballena. De manera que aquí, en la auténtica experiencia vital de hombres vivos, los prodigios relatados en tiempos antiguos sobre la montaña Strella del interior de Portugal (cerca de cuya cumbre se decía que había un lago en el que los pecios de barcos salían flotando a la superficie); y aquella todavía más prodigiosa historia de la fontana de Aretusa, cerca de Siracusa (cuyas aguas se creía que habían venido desde Tierra Santa por un pasaje subterráneo); estas fabulosas narraciones resultan contrapesadas casi en su totalidad por las realidades de los balleneros.

Forzados, pues, a familiarizarse con prodigios tales como éstos, y sabiendo que tras intrépidos y repetidos ataques la ballena blanca había escapado viva; no puede ser motivo grande de sorpresa que algunos balleneros fueran aún más lejos en sus supersticiones; declarando a Moby Dick no sólo ubicuo, sino inmortal (pues la inmortalidad sólo es la ubicuidad en el tiempo); que aunque en sus flancos se plantaran arboledas de lanzas, aún se alejaría nadando, indemne; o que si, efectivamente, alguna vez se le llegara a hacer chorrear sangre espesa, tal visión sólo sería un espectral engaño, pues de nuevo en olas no ensangrentadas, a cientos de leguas de distancia, su impoluto surtidor sería avistado otra vez.

Mas incluso desprovisto de estas sobrenaturales presunciones, suficiente había en la terrenal constitución e incontestable carácter del monstruo como para avivar la imaginación con inusual vigor. Pues no era tanto su desmedida mole, que de tal manera lo distinguía de otros cachalotes, sino, como se profirió en otro lugar… una peculiar frente arrugada, blanca como la nieve, y una alta y piramidal joroba blanca. Éstos eran sus rasgos prominentes, los signos por los que, incluso en los ilimitados mares no cartografiados, desde una gran distancia revelaba su identidad a aquellos que lo conocían.

El resto de su cuerpo estaba de tal manera moteado, y jaspeado, y veteado con el mismo color de sudario, que al final se había granjeado el distintivo apelativo de *la ballena blanca*; un nombre sin duda literalmente

justificado por su vívido aspecto cuando se le veía deslizándose a mediodía por un oscuro mar azul, dejando una vía láctea en estela de cremosa espuma, toda espolvoreada de pavesas doradas.

Y no era tanto su inusual magnitud, ni su notable color, ni tampoco su deformada mandíbula inferior, lo que investía a la ballena con espontáneo terror, sino la inaudita e inteligente malignidad, de la que, según relatos concretos, había dado muestras una y otra vez en sus ataques. Más que nada, sus traicioneras retiradas causaban mayor desaliento, quizá, que ninguna otra cosa. Pues, al nadar delante de sus exultantes perseguidores, con todo síntoma aparente de sobresalto, varias veces se había sabido de él que había girado repentinamente y, arremetiendo contra ellos, bien había desfondado sus lanchas, o bien los había obligado a regresar aterrorizados al barco.

Ya varias desgracias se habían sumado a su caza. Mas aunque desastres similares, por poco que fueran divulgados en tierra, no eran en modo alguno inusuales en la pesquería; aun así, en la mayor parte de los incidentes, tal parecía la infernal premeditación de ferocidad de la ballena blanca, que todos los desmembramientos o muertes que causaba no eran enteramente considerados como si hubieran sido perpetrados por un agente no inteligente.

Juzgad, entonces, a qué grados de inflamada y desvariada furia se veían impelidas las mentes de sus más desesperados cazadores, cuando en medio de las astillas de las trituradas lanchas, y de los miembros de despedazados camaradas que se hundían, salían nadando de entre los blancos coágulos de la terrible ira de la ballena a la exasperante y serena luz solar, que sonreía persistentemente, como en un alumbramiento o una boda.

Sus tres lanchas desfondadas a su alrededor, y remos y hombres girando ambos en los remolinos, un capitán, tomando el cuchillo de la estacha de su quebrada proa, se había abalanzado sobre la ballena como un duelista de Arkansas sobre su enemigo, buscando ciegamente, con una hoja de seis pulgadas, alcanzar la vida profunda de brazas de la ballena. Ese capitán había sido Ajab. Y entonces había sido cuando, barriendo súbitamente bajo él su mandíbula inferior de forma de hoz, Moby Dick había cercenado la pierna de Ajab lo mismo que un segador una hoja de hierba en el césped. Ningún turco de turbante, ningún sicario veneciano o

malayo podría haberle herido con mayor malevolencia aparente. Poca razón había entonces para dudar de que desde aquel encuentro casi fatal, Ajab hubiera albergado una fiera vindicación contra la ballena; caído por ello hasta tal punto en su frenética morbidez, finalmente había llegado a identificar con ella no sólo todas sus desgracias corporales, sino también sus agravios intelectuales y espirituales. La ballena blanca nadaba ante él como la monomaníaca encarnación de todas las malévolas potencias que algunos hombres de naturaleza profunda sienten roer en su interior, hasta que quedan viviendo con medio corazón y medio pulmón. Esa intangible malignidad que ha existido desde los inicios; a cuyo dominio incluso los modernos cristianos adscriben una mitad de los mundos; que los antiguos ofitas del Oriente reverenciaron en su estatua diablo… Ajab no se inclinó y la adoró, como ellos; sino que, transfiriendo delirantemente su noción a la aborrecida ballena blanca, mutilado como estaba, se arrojó contra ella. Todo lo que más enloquece y atormenta; todo lo que turba las salvaguardias de las cosas; toda verdad con malevolencia en sí; todo lo que parte los nervios y embota el cerebro; todos los sutiles luciferismos de la vida y el pensamiento; toda maldad estaba para el demente Ajab visiblemente personificada y transformada en algo susceptible de ser atacado, en Moby Dick. Él amontonaba sobre la blanca joroba de la ballena la suma de toda la rabia y todo el odio colectivo sentido por su entera estirpe, desde Adán; y luego, como si su pecho fuera un mortero, hacía estallar sobre ella el caliente proyectil de su corazón.

No es probable que esta monomanía suya surgiera instantáneamente en el preciso momento de su desmembración corporal. Pues al abalanzarse sobre el monstruo, cuchillo en mano, sólo había dado rienda suelta a una repentina y apasionada animosidad física; y cuando recibió el embate que le desgarró probablemente sintió tan sólo la agonizante laceración corporal, y nada más. No obstante, cuando fue forzado por este encuentro a regresar a puerto, y durante largos meses de días y de semanas Ajab y la angustia yacieron tumbados juntos en un coy, bordeando en mitad del invierno ese desolado, aullante cabo de la Patagonia; fue entonces que su cuerpo desgarrado y su alma herida sangraron el uno en el otro; y, fusionándose así, le enloquecieron. Que fuera sólo entonces, en el viaje de

regreso, tras el encuentro, cuando la monomanía se apoderó de él parece cierto con casi total seguridad a partir del hecho de que a intervalos, durante la travesía, fue un desvariante lunático; y aun desmembrado de una pierna, aun así, tal fortaleza se ocultaba todavía en su pecho egipcio, intensificada, además, por su delirio, que sus oficiales se vieron forzados a atarle, allí mismo, mientras navegaba, desvariando, en su coy. Dentro de un chaleco de fuerza se balanceó al encolerizado acunar de las galernas. Y cuando el barco, al alcanzar latitudes más tolerables, con afables velas de ala desplegada surcó los tranquilos trópicos y, según toda apariencia, el delirio del viejo pareció haber quedado tras él junto al oleaje del cabo de Hornos; y él salió de su oscura guarida a la luz y al aire benditos; incluso entonces, cuando portaba ese firme y compuesto semblante, pálido por demás, y de nuevo volvía a emitir sus calmadas órdenes; y sus oficiales agradecían a Dios que la terrible locura ya hubiera pasado; incluso entonces, Ajab, en su oculto ser, desvariaba. La locura humana es a menudo algo muy taimado y felino. Cuando crees que ha desaparecido, puede que sólo se haya transfigurado en una forma todavía más sutil. La enajenación absoluta de Ajab no disminuyó, sino que se contrajo, profundizándose; como el desenfrenado Hudson, cuando ese noble normando fluye angosto, aunque insondable, a través del desfiladero de las Highlands[55]. Mas al igual que en su monomanía de estrecho fluir no había quedado ni un ápice de la abierta locura de Ajab, en aquella abierta locura, de igual modo, no había perecido ni un ápice de su gran intelecto natural. Lo que antes era agente vivo, se hizo ahora vivo instrumento. Si puede sostenerse un tropo tan exasperado, su especial locura arremetió contra su general cordura, y la arrastró, y volvió toda su cañonería concentrada sobre su propia enajenada diana; de manera que, lejos de haber perdido su fortaleza, Ajab, para ese único fin, poseía ahora una potencia mil veces mayor que la que nunca había reunido con cordura para aplicar a cualquier objetivo razonable.

Mucho es esto; sin embargo, la parte mayor de Ajab, la más oscura y más profunda, sigue sin ser aludida. Pero vano es divulgar profundidades, y toda verdad es profunda. Descendiendo en círculos muy abajo desde dentro del propio corazón de este Hotel de Cluny ornado de chapiteles, en

el que nosotros nos encontramos… por grandioso y maravilloso que sea, abandonadlo ahora… y tomad vuestro camino, vos, almas más nobles y melancólicas, hacia esas enormes salas romanas de Thermes, donde, muy por debajo de las fantásticas torres de la tierra superior del hombre, su raíz de grandeza, su entera imponente esencia se muestra sentada y barbada; ¡una antigüedad enterrada bajo antigüedades, y entronizada de torsos! Así, con un trono destruido, los grandes dioses se burlan de ese rey cautivo; así, como una cariátide, se sienta pacientemente, soportando sobre su congelada frente los apilados entablamentos de siglos. ¡Descended allá abajo, vos, almas más altivas y melancólicas! ¡Interrogad a ese altivo y melancólico rey! ¡Un parecido de familia! Sí, él os engendró, a vos, jóvenes príncipes exilados; y únicamente de vuestro sombrío patriarca provendrá el viejo secreto de Estado[56].

Ahora bien, Ajab, en su corazón, algún atisbo de esto tenía, a saber: todos mis medios son cuerdos; mi motivo y mi objetivo, dementes. Pero sin capacidad de destruir, o cambiar, o evitar el hecho; sabía de igual modo que para la humanidad hacía tiempo que fingía; de alguna manera lo hacía aún. Aunque ese asunto de su fingimiento sólo estaba sujeto a su perceptibilidad, no determinado por su voluntad. De cualquier modo, tanto éxito tuvo en ese fingimiento, que cuando, con una pierna de marfil, finalmente desembarcó, ningún habitante de Nantucket pensó de él que estuviera más que comúnmente afligido, aunque afligido hasta las entrañas, por la terrible desgracia que le había sobrevenido.

El relato de su innegable delirio en el mar fue, de igual manera, adscrito a análoga causa por la gente. Y lo mismo, también, todas las pesadumbres añadidas que siempre después, hasta el mismo día de zarpar en el *Pequod* en la presente expedición, anidaron en su frente. Y no resulta tan inverosímil que lejos de desconfiar de su capacidad para otra expedición ballenera, habida cuenta de tales lúgubres síntomas, las calculadoras gentes de esa prudente isla se inclinaran a abrigar la idea de que por esas mismas razones estaba mejor cualificado y preparado para una actividad tan llena de rabia y fiereza como la sangrienta caza de la ballena. Roído por dentro y chamuscado por fuera, con las implacables garras de una incurable idea incrustadas, un individuo así, si es que se

pudiera encontrar, resultaría el hombre apropiado para lanzar su hierro y alzar su lanza contra la más aterradora de las bestias. O, si considerado por cualquier razón corporalmente incapacitado para ello, aun así, tal individuo resultaría extraordinariamente competente para animar y azuzar a sus subordinados al ataque. Mas sea todo esto como fuere, lo cierto es que con el enajenado secreto de su incólume rabia encerrado bajo llave en él, Ajab se había embarcado deliberadamente en la presente expedición con el único y omnímodo propósito de dar caza a la ballena blanca. Si alguno de sus viejos conocidos en tierra hubiera siquiera medio soñado lo que entonces se ocultaba en él, ¡con qué prontitud sus horrorizadas e íntegras almas habrían arrancado el barco a un hombre tan diabólico! Ellos estaban interesados en rentables travesías, los beneficios a saldar en dólares contantes y sonantes. Él estaba resuelto a una audaz, implacable y sobrenatural venganza.

Aquí, por tanto, estaba este impío viejo de cabeza gris, persiguiendo con maldiciones alrededor del mundo a una ballena propia de Job; al frente, además, de una tripulación formada básicamente por mestizos renegados, y proscritos, y caníbales… moralmente debilitada, asimismo, por la incompetencia de la mera desasistida virtud o sensatez de Starbuck, la invulnerable jocosidad de la indiferencia y el descuido de Stubb, y la prevalente mediocridad de Flask. Tal tripulación, de tal manera dirigida, parecía especialmente seleccionada y dispuesta por algún infernal hado para ayudarle en su monomaníaca venganza. Cómo fue que respondieron con tal prodigalidad a la ira del viejo… por qué maligna magia fueron sus almas poseídas, para que a veces el odio de él pareciera suyo y la ballena blanca tanto el insufrible enemigo de ellos como el de él; cómo llegó a suceder todo esto… qué era para ellos la ballena blanca, o cómo, para su inconsciente comprensión, también podía haber parecido, de alguna oscura, insospechada manera, el resbaladizo gran demonio de los mares de la vida… Explicar todo esto sería sumergirse más hondo de lo que Ismael puede. El minero subterráneo que trabaja en todos nosotros, ¿cómo se puede decir dónde lleva su pozo a partir del sonido apagado y siempre cambiante de su pico? ¿Quién no siente el irresistible tirón del brazo? ¿Qué barca puede quedarse quieta ante un setenta y cuatro[57] que la

remolque? Por mi parte, yo me dejé llevar por la licencia del tiempo y el lugar; y estando enteramente lanzado a enfrentarme a la ballena, nada podía ver en esa bestia salvo el más mortífero mal.

CAPÍTULO XLII LA BLANCURA DE LA BALLENA

Lo que la ballena blanca era para Ajab se ha señalado; lo que, en ocasiones, era para mí sigue sin decirse todavía.

Aparte de aquellas consideraciones más obvias referentes a Moby Dick, que no podían sino ocasionalmente despertar cierta prevención en el alma de cualquier hombre, existía otra idea, o más bien vago horror innominado, a él referente, que a veces, por su intensidad, sobrepujaba por completo a todo lo demás; y, no obstante, era tan misterioso y tan próximo a lo inefable, que casi desespero de exponerlo de manera comprensible. Era la blancura de la ballena lo que me aterraba por encima de todas las cosas. Mas ¿cómo puedo aspirar a explicarme aquí? Y aun así, de alguna velada, atropellada manera, explicarme debo, pues si no todos estos capítulos podrían no ser nada.

Aunque en muchos objetos naturales la blancura realza refinadamente la belleza, como si impartiera alguna especial virtud propia, así en los mármoles, las japónicas y las perlas; y aunque varias naciones han reconocido de algún modo una cierta preeminencia real en esta tonalidad; incluso los bárbaros, excelsos antiguos reyes de Pegu, al situar el título de «Señor de los Elefantes Blancos» por encima de todas sus otras grandilocuentes atribuciones de potestad; y los modernos reyes de Siam al desplegar el mismo níveo cuadrúpedo en el estandarte real; y la bandera de Hanover, que ostenta la figura única de un níveo caballo de batalla; y el gran imperio austriaco, cesáreo heredero de la despótica Roma, que ostenta por color imperial la misma imperial tonalidad; y aunque esta

preeminencia en él se aplica a la propia raza humana, al otorgar al hombre blanco hipotética supremacía sobre toda oscura estirpe; y aunque, aparte de todo esto, la blancura ha sido incluso tomada como encarnación de la dicha, pues entre los romanos una piedra blanca significaba un día venturoso; y aunque en otras simbolizaciones y afinidades esta misma tonalidad es considerada emblema de muchas cosas nobles y emotivas… la inocencia de las novias, la benignidad de la edad; aunque entre los pieles rojas de América otorgar el cinturón blanco de *wampum* constituía el mayor de los honores; aunque en muchas latitudes la blancura representa la majestad de la justicia en el armiño del juez, y contribuye a la cotidiana notoriedad de reyes y reinas transportados por caballos de un blanco lácteo; aunque incluso en los más altos misterios de las más augustas religiones se ha convertido en el símbolo del poder divino inmaculado, siendo la blanca llama bífida considerada por los adoradores del fuego persas la más santa del altar; y en las mitologías griegas, encarnado el propio gran Jove en un níveo toro; y aunque para los nobles iroqueses el sacrificio invernal del sagrado perro blanco era con mucho el festival más santo de su teología, al ser esa inmaculada y fiel criatura considerada el mensajero más puro que ellos podían enviar al gran espíritu con los informes anuales de su propia fidelidad; y aunque directamente de la palabra latina para la blancura todos los sacerdotes cristianos derivan el nombre de una parte de su sagrada vestimenta, el alba o túnica, llevada bajo la casulla; y aunque entre las santas pompas de la fe romana el blanco se emplea de manera especial en la celebración de la Pasión de Nuestro Señor; aunque en la visión de san Juan se entregan ropas blancas a los redimidos, y los veinticuatro ancianos vestidos de blanco están en pie ante el gran trono blanco y ante el Divino que allí se sienta, blanco como la lana; aun a pesar de todas estas asociaciones acumuladas con todo lo que es dulce, y honorable, y sublime, todavía ahí se oculta un algo elusivo en la idea más profunda de esta tonalidad, que en el alma provoca más pánico que esa rojez que aterra en la sangre.

Es esta cualidad elusiva la que hace que la idea de la blancura, cuando es desligada de afiliaciones más afables, y emparejada a cualquier objeto terrorífico en sí mismo, incremente el terror hasta los más remotos

límites. Observad la evidencia del oso blanco de los polos y del tiburón blanco de los trópicos; ¿qué es, sino su tersa, cuajada blancura, lo que les hace ser el trascendente horror que son? Esa pavorosa blancura es la que imparte tal aborrecible delicadeza, más repugnante que terrorífica, al necio refocilo de su aspecto. De manera que ni siquiera el tigre de fieras garras, en su heráldica piel, puede hacer que se tambalee el valor, tanto como el oso o el tiburón cubiertos de blanco[58].

Reparad en el albatros: ¿de dónde provienen esas nubes de asombro espiritual y pálido espanto en las que ese fantasma navega en toda imaginación? No fue Coleridge el primero en hacer ese encantamiento; sino la modesta gran laureada de Dios, la naturaleza[59].

Muy famosa en nuestros anales occidentales y en las tradiciones indias es la del corcel blanco de las praderas; un magnífico caballo de batalla, de un blanco lácteo, grandes ojos, cabeza pequeña, ancho de pecho, y con la dignidad de mil monarcas en su distinguido y jactancioso porte. Él era el Jerjes electo de las extensas hordas de caballos salvajes, cuyos pastos, en aquellos días, sólo estaban vallados por las Montañas Rocosas y las Alleghanies. A su llameante cabecera, él las guiaba en tropel hacia el oeste como la estrella elegida que cada tarde dirige la cáfila de luz. La centelleante cascada de su melena, la cometa curva de su cola le cubrían con gualdrapas más resplandecientes que las que hubieran podido proporcionarle batidores de oro y plata. Una muy imperial y arcangélica aparición de ese mundo occidental incorrupto, que a los ojos de los antiguos tramperos y cazadores revivía las glorias de esos tiempos primigenios en los que Adán caminaba majestuoso como un dios, intrépido y con la frente despejada como este poderoso caballo. Ya fuera marchando entre sus oficiales y ayudas de campo, a la vanguardia de innumerables cohortes que inacabablemente fluían por las praderas como un río Ohio; o acaso con sus súbditos en torno, pastando a todo alrededor del horizonte, el corcel blanco pasaba revista al galope con cálido hocico que enrojecía de su fresca lechosidad; fuera cual fuese el aspecto en que se presentara, para los indios más valerosos siempre era objeto de trémulo respeto y admiración. Y de lo inscrito en los legendarios registros respecto a este noble caballo no cabe poner en duda que era en especial su espiritual

blancura lo que le revestía de divinidad; y que esa divinidad poseía en sí aquello que, aun requiriendo veneración, imponía a la vez un cierto innominado terror.

Pero existen otros ejemplos en los que la blancura pierde toda esa extraña y accesoria gloria que la inviste en el caballo blanco y en el albatros.

¿Qué es lo que en el hombre albino de manera tan peculiar repele y suele chocar a la vista, hasta el punto de que a veces le rechazan sus propios familiares? Es esa blancura que le envuelve, algo expresado por el nombre que se le da. El albino es un hombre tan bien formado como cualquier otro —no tiene deformidad sustancial— y, sin embargo, ese mero aspecto de blancura generalizada le hace más extrañamente repulsivo que el aborto más espantoso. ¿Por qué ha de ser así?

Tampoco, en bastantes otros aspectos, la naturaleza, en sus menos palpables, aunque no menos maliciosas potencias, deja de incluir entre sus fuerzas este atributo que corona lo terrible. Por su aspecto nevado, el enguantado fantasma de los Mares del Sur ha sido denominado la galerna blanca. Ni en algunos acontecimientos históricos ha omitido el arte de la malignidad humana tan potente auxiliar. ¡De qué manera tan fiera realza el efecto de ese pasaje de Froissart, cuando, enmascarados con el níveo símbolo de su facción, los desesperados caballeros blancos de Gante asesinan a su alguacil en la plaza del mercado!

Tampoco, en algunos asuntos, la común, hereditaria experiencia de la humanidad entera deja de dar testimonio de lo sobrenatural de este matiz. No puede en rigor dudarse que la cualidad visible del aspecto de los muertos que más aterroriza al que los observa es la marmórea palidez que allí subsiste; como si, de hecho, esa palidez fuera tanto el distintivo del pavor en el otro mundo, como el de la mortal aprensión aquí. Y de la palidez de los muertos adoptamos el expresivo color del sudario en el que los envolvemos. Ni siquiera en nuestras supersticiones dejamos de arrojar el mismo níveo manto sobre nuestros fantasmas: todos los espectros surgen en una niebla blanca láctea… Sí, mientras estos terrores se apoderan de nosotros, añadamos que incluso la reina de los terrores, al ser representada por el evangelista, cabalga sobre su pálido caballo.

Por tanto, aunque en sus otros estados de ánimo simbolice mediante la blancura lo que desee de grande o de glorioso, ningún hombre puede negar que en su más profunda significación idealizada suscita en el alma una peculiar aparición.

Mas aunque este punto quedara afirmado sin disensión, ¿cómo puede el hombre mortal dar de él explicación? Analizarlo parecería imposible. ¿Podemos entonces, por medio de citas de algunos de esos ejemplos en los que este asunto de la blancura (aunque por el momento, bien totalmente o en gran parte despojada de toda directa asociación calculada para revestirla de nada intimidante, no obstante, se observa que ejerce sobre nosotros el mismo embrujo, modificado del modo que sea)… podemos de este modo esperar arrojar luz sobre alguna clave fortuita que nos conduzca a la causa oculta que buscamos?

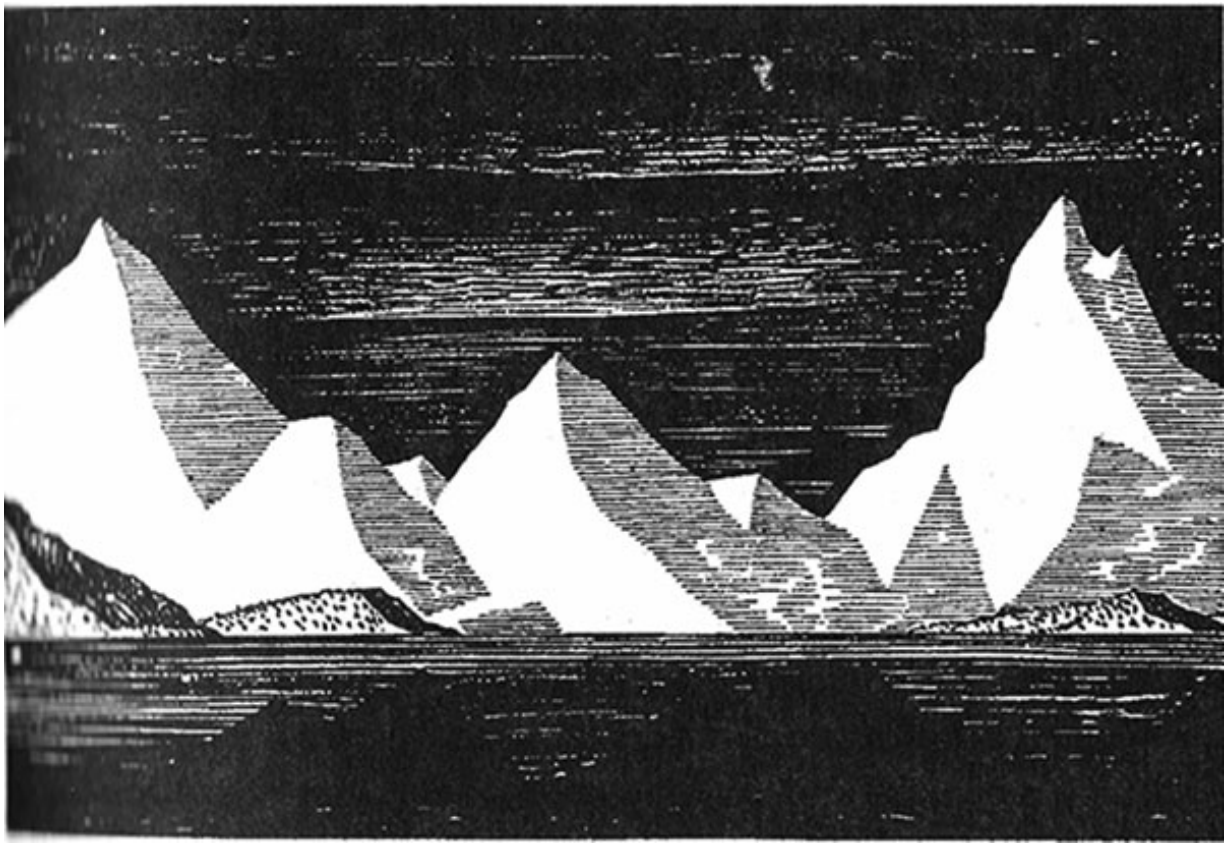
Intentémoslo. Mas en un asunto como éste sutileza llama a sutileza, y sin imaginación ningún hombre puede seguir a otro por estos aposentos. Y aunque sin duda al menos algunas de las imaginativas impresiones que van a ser presentadas pueden haber sido compartidas por la mayor parte de los hombres, no obstante, quizá pocos fueron totalmente conscientes de ellas en su momento y, por lo tanto, es posible que no sean capaces de recordarlas ahora.

¿Por qué al hombre de idealidad no guiada, que resulta estar apenas levemente familiarizado con el peculiar carácter de esa fecha, la mera mención de la semana de Pascua de Pentecostés le compone en la fantasía tales largas, desoladas y silenciosas procesiones de lentos peregrinos, abatidos y cubiertos de nieve recién caída? O, para el iletrado e indocto protestante de los estados medios americanos, ¿por qué la mención casual de un monje blanco o una monja blanca evoca en el alma tal estatua ciega? [60].

¿O qué es lo que hay, aparte de las tradiciones de guerreros y reyes a mazmorras confinados (que no serán suficientes para dar cuenta de ello), que haga que la Torre Blanca de Londres apele a la imaginación de un americano carente de mundo con un poder tan superior al de sus vecinas: la Torre de Byward, o incluso la Torre Sangrienta? Y esas torres aún más sublimes, las Montañas Blancas de New Hampshire, ¿de dónde que en

estados de ánimo peculiares a la mera mención de ese nombre se cierna sobre el alma tal gigantesca cualidad espectral, mientras que la idea de las Montañas Blue Ridge de Virginia esté llena de suaves, candorosas y distantes ensoñaciones? ¿O por qué, independientemente de todas latitudes y longitudes, el nombre del Mar Blanco ejerce tal espectral impresión sobre la fantasía, mientras que el del mar Amarillo nos arrulla con mortales pensamientos de largas, lacadas y suaves tardes sobre las olas, seguidas de los más vistosos y aun así somnolientos crepúsculos? O, por elegir un ejemplo totalmente insustancial, dirigido exclusivamente a la fantasía, ¿por qué al leer los cuentos de hadas de la Europa central, el «alto hombre pálido» de las selvas del Hartz, cuya inmutable palidez se desliza incorruptible a través del verdor de los bosques… ¿por qué este fantasma es más terrible que todos los aullantes demonios del Blocksburg?

Y no es únicamente el recuerdo de sus terremotos que derriban catedrales; tampoco los estampidos de sus arrebatados mares; tampoco la ausencia de llanto de cielos áridos que nunca dan lluvia; tampoco la visión de su amplio campo de inclinados chapiteles, retorcidos sillares de clave, y cruces vencidas (como vergas oblicuas de flotas ancladas)[61]; ni sus avenidas suburbanas de medianerías que descansan unas en otras como un mazo de baraja tirado… no son sólo estas cosas las que hacen de Lima, la carente de lágrimas, la ciudad más extraña y más triste que podáis ver. Pues Lima ha adoptado el velo blanco; y en esta blancura de su desgracia hay un horror mayor. Vieja como Pizarro, esa blancura mantiene sus ruinas siempre nuevas; no admite el animado verdor de la decadencia total; cubre sus deshechas murallas con la rígida palidez de una apoplejía que fija sus propias distorsiones.



Sé que para la común aprehensión este fenómeno de la blancura no es reconocido como el agente principal en el engrandecimiento del terror de objetos ya de por sí terribles; tampoco hay para la mente no imaginativa nada de terror en esas apariencias cuyo pavor para otra mente casi sólo consiste en este único fenómeno, especialmente cuando se exhibe bajo cualquier forma que se aproxime a la mudez o la universalidad. Lo que quiero decir con estas dos afirmaciones quizá pueda ser elucidado respectivamente por los siguientes ejemplos.

Primero: el marinero, cuando se acerca a las costas de tierras extrañas, si por la noche escucha el rugir de rompientes, se precipita a vigilar, y siente únicamente la ansiedad que es necesaria para agudizar todas sus facultades; pero, bajo circunstancias exactamente iguales, levantadle de su coy para que contemple su barco navegando en un mar de medianoche de láctea blancura… como si desde promontorios a todo alrededor manadas de arqueados osos blancos estuvieran nadando en torno a él: entonces

siente un mudo terror supersticioso, el fantasma amortajado de las blanqueadas aguas es tan horrible para él como un espectro real; en vano el escandallo le asegura que todavía está fuera de calado: corazón y caña, ambos caen[62]; no vuelve a descansar hasta tener de nuevo agua azul bajo él. Mas dónde está el marinero que os diga: «Señor, no era tanto el miedo de chocar contra rocas ocultas como el miedo de esa espantosa blancura lo que me ha inquietado».

Segundo: para el indio nativo del Perú, la vista constante de los Andes enjaezados de nieve no transmite ningún sobrecogimiento, excepto, quizá, el del mero fantasear de la eterna desolación helada que reina a tal vastas altitudes, y de la natural noción de lo espantoso que sería perderse en tan inhumanas soledades. Muy similar es lo que ocurre con el colonizador de Occidente, que considera con comparativa indiferencia una pradera ilimitada cubierta con una capa de nieve arrastrada por el viento, sin sombra de árbol o rama que rompa el trance fijo de la blancura. No así el marinero, al observar el paisaje de los mares antárticos, donde a veces, a causa de algún infernal truco de prestidigitación de las potencias del aire y de la escarcha, en lugar de arcoíris que hablen de esperanza y solaz a su miseria, él, tiritando y a medio naufragar, observa lo que parece un ilimitado camposanto haciéndole muecas con sus cruces astilladas y sus magros monumentos de hielo.

Mas vos decís, me parece a mí, que este CAPÍTULO de blanco de plomo sólo es una bandera blanca colgada de un alma pusilánime; os habéis rendido a la neurastenia, Ismael.

Explicadme por qué este fuerte potro nacido en algún pacífico valle de Vermont, muy alejado de todo depredador… por qué sucede que, en el día más soleado, con que te limites a agitar un manto nuevo de búfalo detrás de él, de manera que ni siquiera pueda verlo, sino sólo oler su fiero aroma animal… por qué se alterará, bufará, y con abultados ojos pateará el suelo en accesos de terror… En él no hay recuerdo de ninguna cornada de criaturas salvajes en su verde hogar del norte; de manera que el extraño aroma que olfatea no puede evocar para él nada asociado con la experiencia de antiguos riesgos; ¿pues qué sabe él, este potro de Nueva Inglaterra, de los bisontes negros del lejano Oregón?

No: mas aquí vos observáis, incluso en un necio bruto, el instinto del conocimiento del demonismo en el mundo. Aunque a miles de millas de Oregón, aun así, cuando olfatea la fragancia feroz, las hordas devastadoras de corneantes bisontes están tan presentes para él como para el abandonado potrillo salvaje de las praderas al que en este instante puede que estén pisoteando hasta pulverizarlo.

Así entonces, los encubiertos oleajes de un mar lácteo, los devastados crujidos de los festoneados hielos de las montañas, los desolados culebreos de las nieves de las praderas transportadas por el viento: ¡todo ello es para Ismael lo mismo que el zarandeo de ese manto de búfalo para el asustado potro!

Aunque ninguno sabe dónde residen los innombrados elementos de los que el místico signo aporta semejantes indicios, no obstante, para mí, como para el potro, esos elementos deben existir en alguna parte. Por más que en muchos aspectos suyos este mundo visible parezca hecho en el amor, las esferas invisibles se formaron en el terror.

Mas aún no hemos resuelto el encantamiento de esta blancura, ni aprendido por qué con tanta fuerza apela al alma; y más extraño y mucho más portentoso… por qué, como hemos visto, es a la vez el símbolo más significativo de los asuntos espirituales, qué digo, el propio velo de la deidad cristiana y, sin embargo, ha de ser, como es, el agente intensificador en las cuestiones más terroríficas para la humanidad.

¿Es que, por su imprecisión, realza los despiadados vacíos e inmensidades del universo, y de esta manera, cuando observamos las blancas profundidades de la Vía Láctea, nos golpea desde atrás con la idea de la aniquilación? ¿O es que como en esencia la blancura no es tanto un color, sino la visible ausencia de color, y a la vez la concreción de todos los colores, es por estas razones que en un extenso paisaje nevado hay tan muda carencia, llena de significado… una incolora plenitud de color de ateísmo, de la que nos retraemos? Y cuando consideramos esa otra teoría de los filósofos naturales, que todas las tonalidades terrenales —cada elegante o encantador ornato—, las dulces veladuras de los cielos y los bosques vespertinos, sí, y los metalizados terciopelos de las mariposas, y las mejillas de mariposa de las muchachas, todo ello no es sino sutil

engaño, no inherente en realidad a la sustancia, sino sólo aplicado desde fuera; de manera que la entera deificada naturaleza se pinta toda ella como una mujerzuela cuyos encantos nada cubren salvo el osario que hay dentro; y cuando profundizamos y consideramos que el cosmético místico que produce cada una de sus tonalidades, el gran principio de la luz, permanece por siempre blanco o carente de color en sí, y que si operara sobre la materia sin nada que mediara, tocaría todos los objetos, incluso los tulipanes y las rosas, con su propio matiz vacío… ponderando todo esto, el universo paralizado yace ante nosotros como un apestado; y como los obstinados viajeros que en Laponia se niegan a llevar gafas coloreadas y coloreantes sobre sus ojos, así el miserable infiel mira el monumental sudario blanco que envuelve todo porvenir a su alrededor, hasta quedarse ciego. Y de todas estas cosas la ballena albina era el símbolo. ¿Os sorprendéis aún de la feroz cacería?

CAPÍTULO XLIII ¡ESCUCHA!

—¡Chsst! ¿Has oído ese ruido, Cabaco?

Era la guardia de media: buena luz de luna; los marineros formaban hilera, que se extendía desde los toneles del agua potable del combés, hasta el tonel del escotillón, cerca del coronamiento. De esta manera pasaban los baldes para llenar el tonel del escotillón. Situados en su mayor parte sobre los sagrados lugares del alcázar, tenían cuidado de no hablar o arrastrar los pies. De mano en mano iban los baldes en el más profundo de los silencios, sólo roto por el ocasional ondear de una vela y el incesante zumbido de la quilla al avanzar.

Fue en medio de esta quietud que Archy, uno de los de la hilera, cuyo puesto estaba cerca de los cuarteles de popa, susurró a su vecino, un cholo, las anteriores palabras.

—¡Chsst! ¿Has oído ese ruido, Cabaco?

—Agarra el balde, ¿quieres, Archy? ¿Qué ruido dices?

—Ahí está otra vez… bajo los cuarteles… ¿No lo oyes…? Una tos… sonaba como una tos.

—¡Condenada sea la tos! Pasa ese balde de vuelta.

—Ahí está otra vez… ¡Ahí está!… ¡Ahora suena como si dos o tres que duermen se dieran la vuelta!

—¡Caramba![63]. Para ya, compañero, ¿quieres? Son los tres bizcochos remojados que comiste para cenar, que se revuelven en tus adentros…

Nada más. ¡Atento al balde!

—Di lo que quieras, compañero; yo tengo oído fino.

—Sí, tú eres ese tipo, ¿no eres tú?, el que escuchó el zumbido de las agujas de hacer punto de la vieja cuáquera a cincuenta millas de Nantucket mar adentro: ése eres tú.

—Carcajéate; ya veremos qué pasa. Tú escucha, Cabaco, hay alguien abajo, en la bodega de la despensa, al que todavía no se le ha visto en cubierta; y sospecho, además, que nuestro viejo mogol sabe algo al respecto. En una guardia de alba escuché a Stubb decirle a Flask que algo de ello había en el aire.

—¡Chsst! ¡El balde!

CAPÍTULO XLIV — LA CARTA

Si tras la tempestad que hubo la noche posterior a esa irracional ratificación de su propósito junto a su tripulación hubierais seguido al capitán Ajab abajo, a su cabina, le hubierais visto ir a una alacena en el yugo, y sacar un gran rollo arrugado de amarillentas cartas marinas, y desplegarlas ante sí sobre su mesa atornillada al suelo. Sentándose entonces a ella, le hubierais visto estudiar atentamente las diferentes líneas y sombreados que allí se mostraban a sus ojos; y con lento pero firme lápiz trazar rumbos adicionales sobre espacios que antes estaban en blanco. A intervalos acudía a pilas de antiguos cuadernos de bitácora que había a su lado, en los que estaban registradas las épocas y los lugares en los que, en distintas expediciones anteriores de diversos barcos, se habían visto o capturado cachalotes.

Mientras así estaba ocupado, la pesada lámpara de peltre suspendida de cadenas sobre su cabeza se balanceaba continuamente con el movimiento del barco, y lanzaba sin cesar brillos cambiantes y sombras de líneas sobre su arrugada frente, tanto que casi parecía que, a la vez que él marcaba líneas y rumbos en las arrugadas cartas, algún invisible lápiz también trazaba líneas y rumbos sobre la carta profundamente marcada de su frente.

Mas no era esta noche, en particular, en la que, en la soledad de su cabina, Ajab así cavilaba sobre sus cartas. Casi cada noche eran desplegadas; casi cada noche algunas marcas de lápiz eran borradas y otras eran sustituidas. Pues, con las cartas de los cuatro océanos ante sí, Ajab estaba hilando un dédalo de corrientes y torbellinos orientado al más certero logro de ese monomaníaco pensamiento de su alma.

Ahora bien, para cualquiera no plenamente familiarizado con las costumbres de los leviatanes, el buscar de ese modo una solitaria criatura en los océanos sin cerco de este planeta podría parecer una tarea absurdamente irrealizable. Mas no era así para Ajab, que conocía las características de todas las mareas y corrientes; y que calculando a partir de ahí los desplazamientos del alimento del cachalote, y teniendo en cuenta, además, las épocas regulares, comprobadas, para su caza en latitudes concretas, podía llegar a suposiciones razonables, casi cercanas a certidumbres, relativas al día más apropiado para estar en este o ese caladero en busca de su presa.

En efecto, tan comprobado está el hecho relativo a la periodicidad de la recurrencia del cachalote en aguas concretas, que muchos cazadores creen que si se le pudiera observar y estudiar atentamente a lo largo de todo el mundo, si los cuadernos de bitácora de la totalidad de la flota ballenera se cotejaran cuidadosamente, entonces se descubriría que las migraciones del cachalote igualaban en invariabilidad a las de los bancos de arenques o a las de los vuelos de las golondrinas. Sobre esta sugerencia se han realizado intentos de construir elaboradas cartas migratorias del cachalote[64].

Aparte, al efectuar una travesía desde un área de alimentación a otra, los cachalotes, guiados por algún infalible instinto —digamos, más bien, información secreta de la deidad—, nadan principalmente en *vetas*, tal como se las denomina; continuando su camino por una línea oceánica dada con tal indesviada exactitud, que ningún barco jamás, siguiendo carta alguna, navegó su curso con un diezmo de semejante maravillosa precisión. Aunque en estos casos la dirección adoptada por una ballena particular sea recta como la paralela de un topógrafo, y aunque la línea de avance esté estrictamente confinada a su propia inevitable y directa estela, aun así, la arbitraria *veta* en la que en estas ocasiones se dice que nada abarca generalmente varias millas de anchura (más o menos, ya que las vetas se supone que se expanden o se contraen); pero nunca excede el barrido visual de los topes del barco ballenero cuando se desliza circunspectamente por esa mágica zona. El resultado es que en temporadas

concretas, dentro de esa anchura y a lo largo de ese camino, pueden buscarse las ballenas migratorias con gran confianza.

Y de ahí que no sólo en momentos cotejados y en bien conocidas áreas de alimentación podía Ajab esperar encontrar su presa; sino que, al cruzar las más amplias extensiones de agua entre esas zonas, podía, gracias a su arte, situarse de camino en tiempo y lugar de tal manera como para ni siquiera entonces estar totalmente carente de la posibilidad de un encuentro.

Hubo una circunstancia que a primera vista pareció enmarañar su delirante y aun así metódico plan. Aunque puede que no fuera así en realidad. A pesar de que los gregarios cachalotes pasan temporadas regulares en áreas de alimentación concretas, no obstante, no puedes en general tener la certeza de que las manadas que frecuentaron tal y cual longitud y latitud, digamos este año, resultarán ser exactamente las mismas que aquellas que fueron localizadas allí la temporada precedente; si bien hay peculiares e incuestionables ejemplos en los que lo contrario ha resultado cierto. La misma observación, en general, sólo que dentro de un límite menos amplio, se aplica a los solitarios y ermitaños de entre los cachalotes maduros envejecidos. De manera que aunque Moby Dick hubiera sido visto en un año anterior, por ejemplo, en lo que se conoce como el caladero de las Seychelles, en el océano Índico, o en Volcano Bay, en la costa japonesa, aun así, no se infería que si el *Pequod* visitara cualquiera de estos puntos en cualquier subsecuente temporada análoga, infaliblemente lo encontraría allí. Mismo así para algunas otras áreas de alimentación donde a veces se había mostrado. Todos esos parecían sólo sus lugares de paso y, por así decirlo, sus casuales posadas oceánicas, no sus lugares de residencia prolongada. Y donde antes se ha hablado de las posibilidades de Ajab de lograr su objetivo, sólo se ha aludido a cualquier posibilidad extra, adyacente y antecedente de alcanzar un momento y un lugar concretos en el que todas las posibilidades se convertirían en probabilidades, y como Ajab confiadamente pensaba, cada probabilidad en lo inmediato a una certidumbre. Ese concreto momento y lugar estaba agrupado en una expresión técnica: la temporada alta del ecuador. Pues allí y entonces, durante varios años consecutivos, Moby Dick había sido

periódicamente avistado, residiendo cierto tiempo en aquellas aguas, lo mismo que en su giro anual el sol vaga durante un intervalo previsto por cada uno de los signos del zodiaco. Allí había sido también donde habían tenido lugar la mayoría de los encuentros mortales con la ballena blanca; allí las olas estaban historiadas con sus lances; allí también estaba ese trágico lugar donde el monomaníaco viejo había hallado el terrible motivo de su venganza. Mas dada la cauta exhaustividad y observante vigilancia con la que Ajab lanzaba su meditabunda alma a esta resuelta cacería, no se permitiría a sí mismo basar todas sus esperanzas sobre el singular hecho capital arriba mencionado, por muy favorable que pudiera ser para esas esperanzas; y tampoco en el insomnio de su juramento podía él aquietar en tal grado su alterado corazón como para posponer toda búsqueda entretanto.

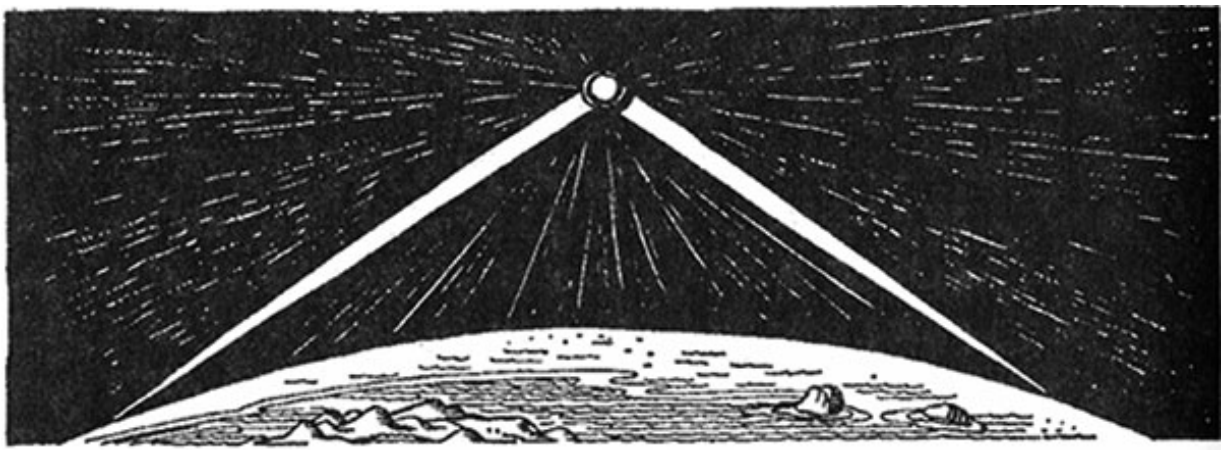
Ahora bien, el *Pequod* había zarpado de Nantucket justamente al inicio de la temporada alta del ecuador. Ningún viable denuedo podía entonces permitir a su comandante realizar la gran travesía hacia el sur, doblar el cabo de Hornos y, recorriendo después sesenta grados de latitud, llegar al Pacífico ecuatorial a tiempo de cazar allí. Por lo tanto, debía esperar a la temporada siguiente. Es posible quizá, no obstante, que la prematura hora de la partida del *Pequod* hubiera sido ocultamente seleccionada por Ajab con vistas a esta misma disposición. Pues ante él había un intervalo de trescientos sesenta y cinco días y noches; un intervalo que, en lugar de aguantar impacientemente en tierra, transcurriría para él en una miscelánea cacería; si había fortuna, la ballena blanca, al pasar sus vacaciones en mares muy alejados de sus áreas de alimentación, podría emerger su arrugada frente en el golfo Pérsico, o en la bahía de Bengala, o en los mares de la China, o en cualesquiera otras aguas frecuentadas por su especie. De manera que los monzones, los pamperos, los noroestes, los harmattans, los alisios, cualquier viento, excepto el levante y el simún, podían impulsar a Moby Dick al taimado y zigzagueante círculo mundial de la circunnavegadora estela del *Pequod*.

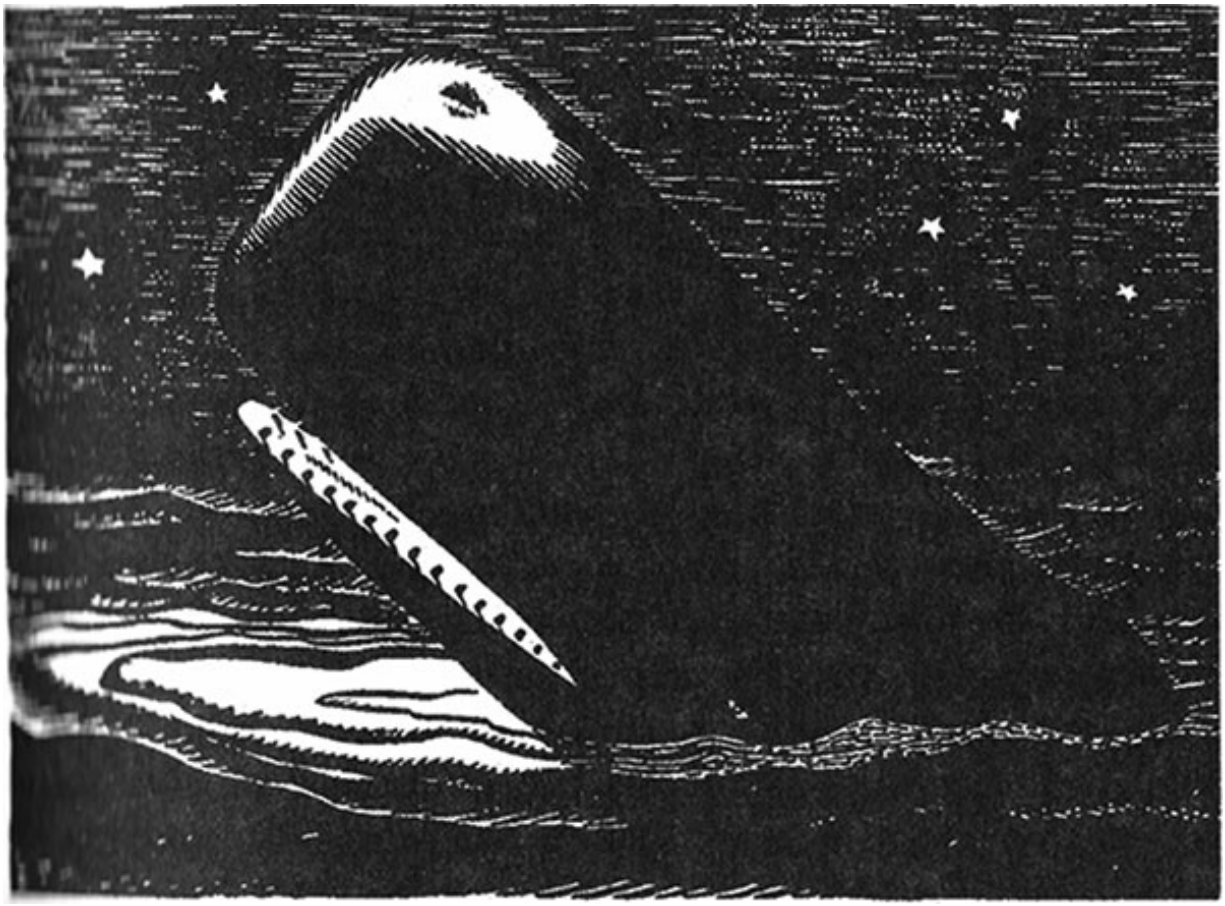
Pero dando todo esto por sentado, no obstante, considerada discreta y fríamente, ¿no parece ésta una idea demente: que lo mismo que un muftí de barba blanca en las callejuelas de Constantinopla, una solitaria ballena

en el ancho océano sin límites, aun siendo encontrada, pueda considerarse susceptible de un reconocimiento individual por parte de su cazador? No. Pues la peculiar frente blanca como la nieve de Moby Dick, y su joroba, blanca como la nieve, no podían ser sino inconfundibles. ¿Y acaso no he tomado el registro de la ballena, murmuraba Ajab para sí, cuando tras especular sobre sus cartas hasta mucho más tarde de la medianoche, se dejaba llevar por fantasías… No he tomado su registro, y va a escapárseme? ¡Sus anchas aletas están perforadas y festoneadas como la oreja de una oveja perdida! Y ahí su enajenada mente se lanzaba a una carrera sin aliento; hasta que le sobrevenía la fatiga y el desmayo de la reflexión y buscaba recobrar su fortaleza en el aire despejado de cubierta. ¡Ah, Dios!, qué trances de tormento soporta el hombre que está consumido por un deseo de venganza insatisfecho. Duerme con las manos apretadas; y se despierta con sus propias sanguinolientas uñas en las palmas de sus manos.

A menudo, cuando obligado a dejar su coy a causa de agotadores e intolerablemente vívidos sueños de la noche, que retomando sus propios intensos pensamientos del día los arrastraban en medio de un fragor de frenesíes, y los hacían girar una y otra vez en rededor de su ardiente cerebro, hasta que la propia pulsación de su punto vital se convertía en insufrible angustia; y cuando, como a veces era el caso, estos espirituales espasmos suyos jalaban su ser desde sus cimientos, y una sima parecía abrirse en él, desde la que surgían bífidas llamaradas y relámpagos, y abominables demonios le solicitaban para que se tirara abajo entre ellos; cuando este infierno en su interior abría sus fauces bajo él, un grito salvaje se escuchaba a lo largo y ancho del barco; y, con centelleantes ojos, Ajab surgía de golpe desde su camarote, como si escapara de una cama que estuviera ardiendo. Sin embargo, quizá, éstos, en lugar de ser los irreprimibles síntomas de alguna debilidad latente, o de algún temor a su propia determinación, no eran sino las más simples pruebas de su intensidad. Pues en esos momentos el demente Ajab, el maquinador, insatisfecho, tozudo cazador de la ballena blanca; este Ajab que había ido a su coy no era el agente que así le hacía salir de golpe del mismo, horrorizado. Este último era el eterno, vivo principio o alma en él; y en el

sueño, al estar temporalmente disociado de la mente caracterizante, que en otras ocasiones empleaba como su vehículo exterior o agente, espontáneamente buscaba escapar de la abrasadora contigüidad de la frenética entidad, de la cual, por el momento, ya no era parte integrante. Mas como la mente no existe a no ser ligada al alma, es por eso por lo que debió haber sido que, en el caso de Ajab, al ceder todos sus pensamientos y fantasías a su único supremo propósito, ese propósito, por su propia pura raigambre de voluntad, imponíase contra dioses y diablos en una especie de autoasumido, independiente ser, suyo propio. Y no sólo eso, sino que podía vivir y arder despiadadamente, mientras que la vitalidad común a la que estaba agrupado huía horrorizada del indeseado e inengendrado alumbramiento. Por tanto, el atormentado espíritu que refulgía desde los ojos corporales cuando lo que parecía Ajab salía apresuradamente de su aposento era durante ese momento nada más que algo vacío, un informe ser sonámbulo, un rayo de viva luz, efectivamente, aunque sin un objeto que colorear y, por tanto, una vacuidad en sí mismo. Que Dios os ayude, viejo, vuestros pensamientos han creado una criatura en vos y de aquel cuyo intenso pensar de ese modo hace de él un Prometeo, un buitre se alimenta por siempre de su corazón; ese buitre es la propia criatura que él crea.





CAPÍTULO XLV — EL AFFIDÁVIT

Con respecto a lo que pueda haber de narrativa en este libro y, más aún, a lo tocante indirectamente a uno o dos muy interesantes y curiosas particularidades en los hábitos de los cachalotes, el CAPÍTULO precedente, en su parte inicial, es tan importante como cualquiera que se encuentre en este volumen; pero su materia principal requiere ampliarse aún más, y más familiarmente, para que sea adecuadamente comprendida, y para, adicionalmente, dejar a un lado toda incredulidad que una profunda ignorancia del tema en su conjunto pueda inducir en algunas mentes, respecto a la natural veracidad de los principales puntos de este asunto.

No hago el esfuerzo de realizar esta parte de mi tarea metódicamente; sino que me conformaré con producir la impresión deseada mediante

distintas citas de hechos conocidos en la práctica o de manera fiable por mí, como ballenero; y a partir de estas citas, supongo… la conclusión buscada se seguirá por sí misma de modo natural.

Primero: personalmente he conocido tres casos en los que una ballena, tras recibir un arpón, ha logrado escapar limpiamente y, tras un intervalo (en un caso de tres años), ha vuelto a ser alcanzada y muerta por la misma mano; momento en el que los dos hierros, ambos marcados por la misma cifra privada, han sido sacados del cuerpo. En el caso en el que transcurrieron tres años entre el lanzamiento de los dos arpones, pienso que podría haber sido algo más que eso, al darse que el hombre que los arrojó partió en un barco mercante en una expedición a África, desembarcó allí, se unió a una partida de exploradores y penetró mucho por el interior, por donde viajó durante un periodo de casi dos años, a menudo en situaciones de riesgo por causa de los salvajes, las serpientes, los tigres, las miasmas venenosas, aparte de todos los otros riesgos comunes inherentes a las expediciones en el corazón de regiones desconocidas. La ballena que había alcanzado, mientras tanto, también debió de haber emprendido sus viajes; sin duda circunnavegó tres veces el globo, frotando con sus flancos todas las costas de África; aunque en vano. Este hombre y esta ballena volvieron a encontrarse, y el uno derrotó a la otra. Digo que yo, yo mismo, he conocido tres casos similares a éste; que fue en dos de ellos en los que vi las ballenas alcanzadas; y que, en el segundo ataque, vi los dos hierros, con las respectivas marcas grabadas en ellos, sacados después del pez muerto. En el caso de los tres años, se dio la circunstancia de que ambas veces, la primera y la última, estaba yo en la lancha, y que en la última reconocí claramente una especie de peculiar enorme verruga bajo el ojo de la ballena, que había observado allí tres años antes. Digo tres años, pero estoy bastante seguro de que fue más que eso. Aquí, entonces, hay tres casos de los que yo personalmente conozco su veracidad; pero he escuchado muchos otros de personas cuya honradez en la materia no hay motivo de poner en cuestión.

Segundo: por muy ignorante que el mundo de tierra firme pueda ser de ello, en la pesquería de la ballena es bien sabido que han existido varios memorables casos históricos en los que en el océano una particular ballena

ha sido notoriamente reconocible en momentos y lugares distantes. El porqué de que tal ballena llegara a ser así reconocida no se debió original y enteramente a sus peculiaridades corporales, en tanto que distintas de las de otras ballenas; pues por muy peculiar a ese respecto que cualquier ballena particular pueda ser, pronto se le ponen fin a sus peculiaridades matándola y refinándola hasta convertirla en un aceite peculiarmente valioso. No, la razón era ésta: que a partir de las fatales experiencias de la pesquería, pendía de tal ballena una terrible reputación de peligrosidad similar a la que pendía de Rinaldo Rinaldini, a tal punto que la mayoría de los pescadores, cuando era descubierta holgazaneando junto a ellos en el mar, se conformaban con saludarla mediante la mera aproximación de la mano a sus sombreros de hule, sin buscar cultivar una relación más íntima. De igual modo que algunos pobres diablos de tierra firme que conocen a algún irascible gran hombre en la calle le saludan comedidos, distantes, no vaya a ser que al profundizar en el vínculo reciban un sumario guantazo por su presunción.

Mas cada una de estas famosas ballenas no sólo disfrutó de gran celebridad individual… qué digo, podríais llamarlo renombre de oceánica amplitud: no sólo fue cada una famosa en vida, y ahora, tras la muerte, inmortal en historias del castillo, sino que les fueron reconocidos todos los derechos, privilegios y distinciones de un nombre; de hecho, poseyeron un nombre, tanto como Cambises o como César. ¿No fue así, oh, Jack de Timor, vos, afamado leviatán, marcado de cicatrices como un iceberg, que durante tanto tiempo acechasteis en el estrecho oriental de ese nombre, siendo vuestro chorrear visto frecuentemente desde la playa ornada de palmeras de Ombay? ¿No fue así, oh, Tom de Nueva Zelanda, vos, terror de todos los barcos de vapor que cruzaban sus estelas en la vecindad de la tierra del tatuaje? ¿No fue así, oh, Morquan, rey del Japón, cuyo excelso surtidor dicen que a veces asumía la semblanza de una cruz, blanca como la nieve sobre el cielo? ¿No fue así, oh, don Miguel, vos, ballena chilena, marcada como una vieja tortuga con místicos jeroglíficos en el lomo? En sencilla prosa, aquí hay cuatro ballenas tan conocidas para los estudiantes de la historia cetácea como Mario o Sila para el erudito clásico.

Mas esto no es todo. Tom de Nueva Zelanda y don Miguel, tras causar en varias ocasiones grandes estragos entre las lanchas de distintas naves, fueron finalmente perseguidos, sistemáticamente cazados, acosados y muertos por valerosos capitanes balleneros que izaron sus anclas con este expreso propósito, del mismo modo que el capitán Church de otros tiempos, al atravesar los bosques Narragansett, tenía en su mente capturar a aquel notorio asesino salvaje, Annawon, el cabecilla guerrero del indio rey Philip.

No sé dónde puedo encontrar mejor lugar que precisamente aquí, para hacer mención de una o dos cuestiones adicionales que a mí me parecen importantes, para de forma impresa establecer en todo aspecto lo razonable de la entera historia de la ballena blanca, de la catástrofe más específicamente. Pues éste es uno de esos descorazonadores casos en los que la verdad requiere tan completo respaldo como el engaño. Hasta tal punto son ignorantes muchos hombres de tierra firme de algunas de las más sencillas y más palpables maravillas del mundo, que sin ciertas indicaciones relativas a los simples hechos de la pesquería, históricos y de otro tipo, podrían rastrear en Moby Dick una monstruosa fábula, o todavía peor, y más detestable, una horrible e intolerable alegoría.

En primer lugar: aunque la mayoría de los hombres tiene alguna vaga y fugaz idea de los riesgos generales de la grandiosa pesquería, no poseen, sin embargo, nada que se asemeje a una concepción concreta y vívida de esos peligros, ni de la frecuencia con la que se repiten. Una razón, quizá, es que ni uno de cada cincuenta de los desastres y fallecimientos que se dan en la pesquería llega jamás a un registro público en puerto, por muy transitorio e inmediatamente olvidado que ese registro sea. ¿Suponéis que aquel pobre hombre, que quizá en este momento, atrapado por la estacha cerca de la costa de Nueva Guinea, está siendo arrastrado al fondo del mar por el leviatán que se sumerge… suponéis que el nombre de ese pobre hombre aparecerá en la necrológica del periódico que leeréis mañana durante vuestro desayuno? No, pues los correos entre aquí y Nueva Guinea son muy irregulares. De hecho, ¿alguna vez escuchasteis algo que pueda llamarse noticia cotidiana, directa o indirecta, de Nueva Guinea? Sin embargo, yo os digo que en el transcurso de una particular expedición, que

entre muchas otras yo realicé en el Pacífico, hablamos con treinta barcos distintos, todos y cada uno de los cuales habían padecido algún fallecimiento causado por una ballena, varios de ellos más de uno, y tres habían perdido, cada uno, la tripulación de una lancha. ¡Por amor de Dios, sed parcos con vuestras lámparas y vuestras velas! No hay galón que queméis por el que no se haya vertido al menos una gota de sangre humana.

En segundo lugar: efectivamente, la gente tiene en tierra firme una idea indefinida de que la ballena es una enorme criatura de enorme poder; pero yo siempre me he encontrado con que al narrarles algún ejemplo específico de esta doble enormidad, de manera significativa me han felicitado por la gracia que tenía; cuando declaro por mi alma que no tenía más intención de ser gracioso que Moisés cuando escribió la historia de las plagas de Egipto.

Mas, afortunadamente, el punto especial que persigo aquí puede ser establecido por testimonio enteramente independiente del mío. Ese punto es éste: en algunos casos el cachalote es suficientemente potente, diestro y juiciosamente malintencionado como para, con genuina premeditación, desfondar, destrozar completamente y hundir un gran barco; y, lo que es más, el cachalote lo *ha hecho*.

Primero: en el año 1820 el barco *Essex*, capitán Pollard, de Nantucket, estaba navegando en el océano Pacífico. Un día vio chorros, arrió sus lanchas y dio caza a una manada de cachalotes. No mucho después varias de las ballenas estaban heridas; entonces, repentinamente, una ballena

muy grande que escapaba de las lanchas se apartó de la manada y enfiló directamente hacia el barco. Lanzando su frente contra el casco, lo desfondó de tal manera que en menos de «diez minutos» se asentó y se sumergió. Ni una plancha superviviente suya ha sido vista desde entonces. Tras el más severo de los trances, parte de la tripulación alcanzó tierra en sus lanchas. De regreso a casa finalmente, el capitán Pollard volvió a navegar por el Pacífico al mando de otro barco, pero los dioses lo volvieron a hacer naufragar sobre rocas y rompientes desconocidos; por segunda vez su barco se perdió entero, y renunciando de inmediato al mar, nunca lo ha vuelto a tentar desde entonces. Hoy en día el capitán Pollard es residente de Nantucket. Yo he visto a Owen Chase, que fue primer oficial del *Essex* en el momento de la tragedia; he leído su sencilla y fiel narración; he conversado con su hijo; y todo esto a pocas millas del escenario de la catástrofe[65].

En segundo lugar: el barco *Unión*, también de Nantucket, se perdió en su totalidad en el año 1807 cerca de las Azores en un ataque similar, pero los detalles auténticos de esta catástrofe no he tenido nunca oportunidad de averiguarlos, aunque he escuchado a los cazadores de ballenas alusiones casuales a ellos de vez en cuando.

En tercer lugar: hace unos dieciocho o veinte años, el comodoro J…, que entonces comandaba una corbeta de guerra americana de primera clase, dio en estar cenando con un grupo de capitanes balleneros a bordo de un barco de Nantucket, en el puerto de Oahu, en las islas Sándwich. Girando la conversación hacia las ballenas, el comodoro se permitió ser escéptico en lo tocante a la sorprendente fortaleza que les era atribuida por los caballeros profesionales presentes. Perentoriamente negó, por ejemplo, que una ballena pudiera golpear su sólida corbeta de guerra de tal modo que le causara el equivalente a un dedal de fuga. Bien está; pero hay algo que viene después. Unas semanas más tarde, el comodoro zarpó en este inexpugnable navío hacia Valparaíso. Mas en el camino fue detenido por un corpulento cachalote que le suplicó tener con él unos instantes de trato confidencial. Ese trato consistió en propinar al navío del comodoro tal encontronazo que, con todas sus bombas funcionando, éste se dirigió directamente al puerto más cercano para tumbar el casco y reparar. No soy

supersticioso, pero considero providencial la entrevista del comodoro con esa ballena. ¿No fue Saúl de Tarso convertido de su descreimiento por un sobresalto similar? Os lo digo, el cachalote no admite tonterías.

Os remitiré ahora a las expediciones de Langsdorff para una pequeña circunstancia que viene al caso, de particular interés para el escritor de lo presente. Langsdorff, por cierto, debéis saber, estuvo adscrito a la famosa expedición de exploración del almirante ruso Krusenstern a principios del siglo actual. El capitán Langsdorff comienza así su CAPÍTULO diecisiete.

«Hacia el trece de mayo nuestro barco estaba dispuesto para zarpar, y al día siguiente estábamos en mar abierto, en camino hacia Ochotsh. El tiempo era muy claro y bonancible, pero tan intolerablemente frío que nos veíamos obligados a mantener puesta nuestra ropa de piel. Durante algunos días tuvimos muy poco viento; no fue hasta el diecinueve que se levantó una impetuosa galerna del noroeste. Una ballena inusualmente grande, cuyo cuerpo era más grande que el propio barco, flotaba casi en la superficie del agua, pero no fue percibida por nadie a bordo hasta el momento en el que el barco, que iba a toda vela, estuvo casi encima, de manera que fue imposible evitar chocar contra ella. Estuvimos, así, expuestos al peligro más inminente, pues esta gigantesca criatura, elevando su lomo, alzó el barco al menos tres pies fuera del agua. Los mástiles se tambalearon y las velas se abatieron completamente, mientras nosotros, que estábamos abajo, instantáneamente saltamos a cubierta, llegando a la conclusión de que habíamos golpeado en alguna roca; en lugar de esto vimos al monstruo navegar alejándose con gran gravedad y solemnidad. El capitán D'Wolf puso en práctica inmediatamente las bombas para examinar si la nave había sufrido algún daño del golpe, aunque muy felizmente descubrimos que había escapado completamente indemne.»

Ahora bien, el capitán D'Wolf, aquí aludido como comandante del barco en cuestión, es nativo de Nueva Inglaterra, y tras una larga vida de inusuales aventuras como capitán, reside en la actualidad en la villa de Dorchester, cerca de Boston. Yo tengo el honor de ser sobrino suyo. Le he interrogado, en concreto, respecto a este pasaje de Langsdorff. Corrobora cada palabra. El barco, sin embargo, no era grande en modo alguno: un

navío ruso construido en la costa de Siberia y comprado por mi tío tras malbaratar la nave en la que había zarpado de su puerto de origen.

En ese fluctuante y varonil libro de aventuras de antaño, tan lleno también de sinceras maravillas… la expedición de Lionel Wafer, uno de los viejos camaradas del venerable Dampier… encontré registrada una pequeña historia, similar a la recién citada de Langsdorff, que no puedo evitar insertar aquí como ejemplo corroborativo, si es que tal fuera necesario.

Lionel, al parecer, estaba en camino a «John Ferdinando», como llama a la moderna Juan Fernández. «En nuestro trayecto hacia allí», dice, «alrededor de las cuatro de la mañana, cuando estábamos a unas cuatrocientas cincuenta leguas de la costa de América, nuestro barco sintió un terrible golpe, que puso a nuestros hombres en un estado de consternación tal, que apenas sabían qué pensar, o decir dónde estaban; y todos empezaron a prepararse para la muerte. Y, efectivamente, el golpe fue tan repentino y violento, que dimos por sentado que el barco había golpeado contra una roca; pero cuando el asombro hubo pasado un poco, lanzamos el plomo, y sondeamos, y no tocamos fondo. * * * *

»Lo repentino del choque hizo a los cañones saltar en sus cureñas, y varios de los hombres salieron despedidos de los coys. ¡El capitán Davis, que estaba acostado con la cabeza encima de un cañón, fue lanzado fuera de su cabina!» Lionel continúa entonces para imputar el choque a un terremoto, y parece fundamentar la imputación afirmando que un gran terremoto, más o menos sobre ese momento, provocó, efectivamente, grandes daños en tierras españolas. Pero no me extrañaría mucho que, en la oscuridad de esa temprana hora de la mañana, el choque hubiera sido en realidad causado por una ballena no avistada, que hubiera golpeado verticalmente el casco desde abajo.

Podría proceder con varios ejemplos más, conocidos por mí de una u otra manera, del gran poder y de la ocasional malignidad del cachalote. En más de un caso se le ha visto no sólo acosar a las lanchas atacantes hasta hacerlas volver a sus barcos, sino también perseguir al propio barco, y resistir mucho tiempo todas las lanzas arrojadas sobre él desde cubierta. El barco inglés *Pusie Hall* puede contar una historia de esta rúbrica; y por lo

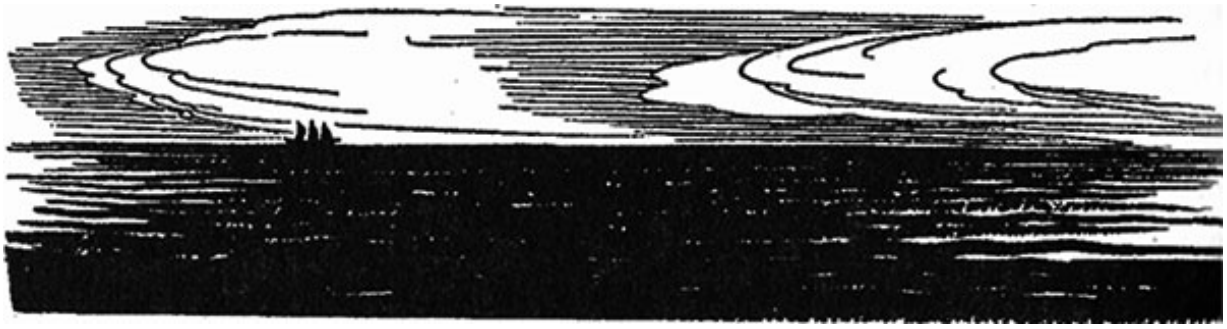
que respecta a su fortaleza, dejadme decir que ha habido ejemplos en los que las estachas sujetas a un cachalote que huye en una bonanza han sido transferidas al barco, y allí aseguradas; arrastrando la ballena su gran casco por el agua como un caballo arrancando a andar con un carro. De nuevo, obsérvase muy a menudo que si al cachalote, una vez arponeado, se le deja tiempo para rehacerse, entonces actúa no tanto con rabia ciega, sino con premeditadas y deliberadas intenciones de destrucción hacia sus perseguidores; y no es sin mostrar cierta elocuente indicación de su carácter que, al ser atacado, frecuentemente abrirá la boca, y la mantendrá en esa aterradora expansión varios minutos consecutivos. Pero he de contentarme con una única y concluyente ilustración más; una notable y muy significativa, gracias a la cual no podréis evitar ver que el acontecimiento más asombroso de este libro no sólo está corroborado por simples hechos de la época actual, sino que estas cosas asombrosas (como todas las cosas asombrosas) son meras repeticiones de los siglos; de manera que por millonésima vez decimos amén junto a Salomón… Verdaderamente, no hay nada nuevo bajo el sol.

En el siglo sexto de la cristiandad vivió Procopio, un magistrado cristiano de Constantinopla, en los días en los que Justiniano era emperador y Belisario general. Como muchos saben, Procopio escribió la historia de su propia época, un trabajo de inusual valor en todo aspecto. Las mejores autoridades siempre le han considerado un historiador muy fiable y no exagerado, salvo en uno o dos particulares que no afectan en modo alguno al asunto que ahora va a ser mencionado.

Ahora bien, en esa historia suya, Procopio menciona que durante el término de su prefectura en Constantinopla, se capturó un gran monstruo marino en la vecindad del Propontis, o Mar de Marmora, después de que destruyera naves ocasionalmente en esas aguas durante un periodo de más de cincuenta años. Un hecho así recogido en la historia esencial no puede ser fácilmente negado. Tampoco hay razón alguna para que lo sea. De qué especie concreta era este monstruo marino, no se dice. Pero dado que destruía barcos, y también dadas otras razones, debió de haber sido una ballena; y yo me inclino con fuerza a pensar en un cachalote. Y os diré por qué. Durante mucho tiempo yo imaginaba que el cachalote siempre había

sido desconocido en el Mediterráneo y en las aguas profundas que conectan con él. Incluso ahora estoy seguro de que esos mares no son, y quizá nunca puedan ser, en el actual estado de cosas, un lugar para su habitual gregaria querencia. Pero recientemente investigaciones adicionales me han demostrado que en tiempos modernos ha habido casos aislados de presencia del cachalote en el Mediterráneo. Me han dicho, de fuente fiable, que en la costa de la Barbaría un tal comodoro Davis, de la marina británica, encontró el esqueleto de un cachalote. Ahora bien, lo mismo que una nave de guerra pasa a través de los Dardanelos, así un cachalote podría, por la misma ruta, pasar del Mediterráneo al Propontis.

En el Propontis, por lo que he podido saber, no se encuentra esa peculiar sustancia llamada *copépodo*, el alimento de la ballena franca. Pero tengo toda razón para creer que el alimento del cachalote —el calamar o jibia gigante— se oculta en el fondo de ese mar, pues en su superficie se han encontrado grandes criaturas de esa clase, si bien en modo alguno las más grandes. Si unís, entonces, adecuadamente estas afirmaciones, y razonáis sobre ellas un poco, percibiréis claramente que, según todo humano razonamiento, el monstruo marino de Procopio, que durante medio siglo desfondó los barcos del emperador romano, con toda probabilidad debió de haber sido un cachalote.

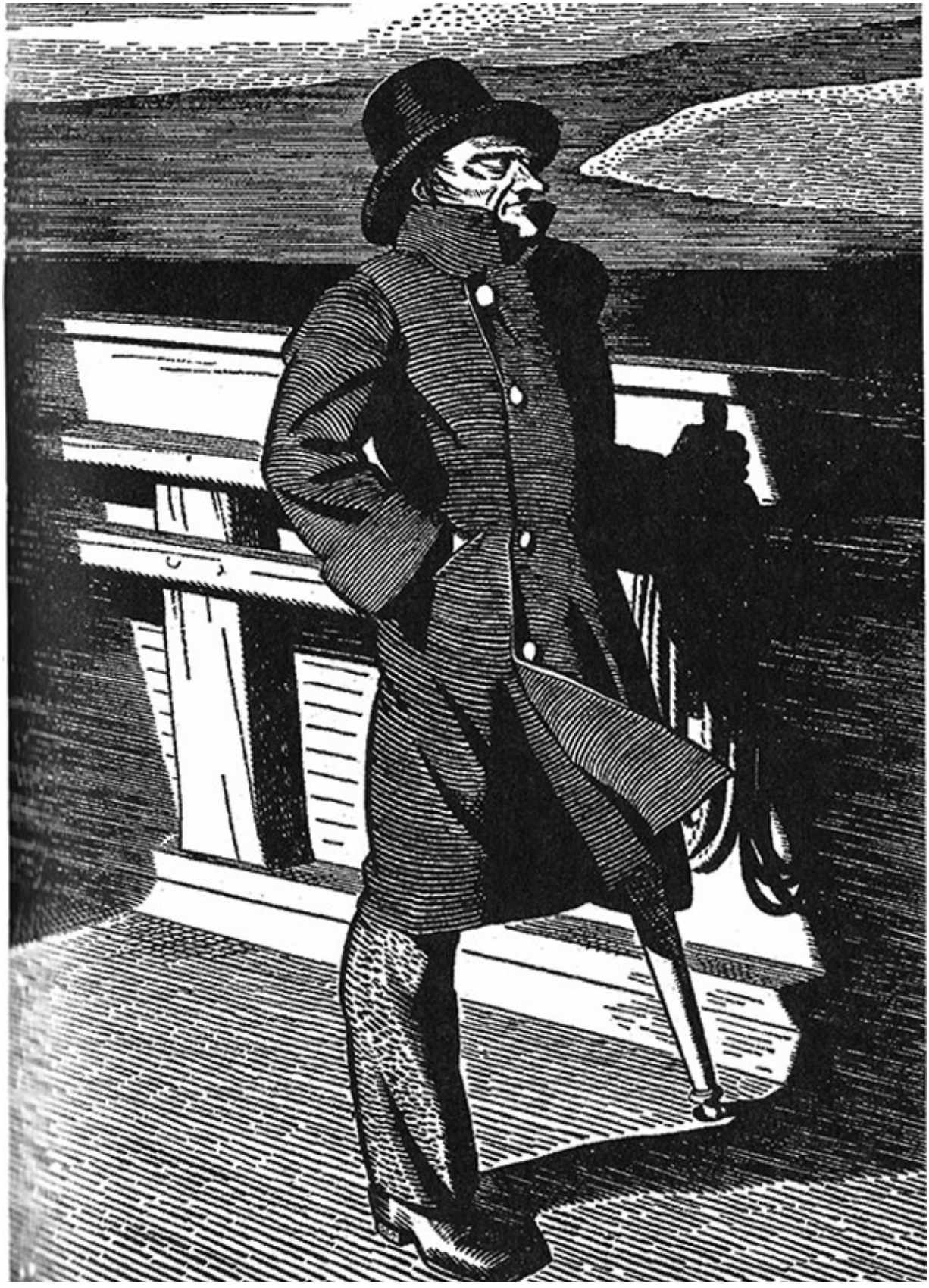


CAPÍTULO XLVI CONJETURAS

Aunque, consumido por el tórrido fuego de su propósito, Ajab, en todos sus pensamientos y acciones, siempre tenía como objetivo la captura final de Moby Dick; aunque parecía dispuesto a sacrificar todo interés mortal a esa única pasión, puede, sin embargo, que estuviera por naturaleza y prolongada habituación, demasiado ligado a los modos de un feroz ballenero como para abandonar enteramente la colateral prosecución de la expedición. O al menos, si fuera esto de otro modo, no faltaban otros motivos de mucha mayor influencia en él. Sería tal vez afinar demasiado, incluso teniendo en cuenta su monomanía, sugerir que su vengatividad hacia la ballena blanca podría quizás haberse extendido en cierto grado a todos los cachalotes, y que cuantos más monstruos aniquilaba, tanto más multiplicaba las posibilidades de que cada ballena con la que subsecuentemente se topara resultara ser la odiada a la que él daba caza. Mas a pesar de que tal hipótesis fuera efectivamente insólita, había aún consideraciones adicionales que, aunque no estrictamente acordes con la furia de su gobernante pasión, no dejaban, aun así, en modo alguno de ser incapaces de influir en él.

Para lograr su objetivo, Ajab tenía que utilizar herramientas; y de todas las herramientas utilizadas a la sombra de la luna, las más propensas

a averiarse son los hombres. Sabía, por ejemplo, que por muy magnético que en algunos aspectos fuera su ascendiente sobre Starbuck, ese ascendiente no abarcaba, no obstante, al hombre espiritual en su totalidad, más de lo que la mera superioridad corporal implica dominio intelectual; pues para lo puramente espiritual lo intelectual está sólo en una especie de relación corporal. El cuerpo de Starbuck, y la voluntad coaccionada de Starbuck, serían de Ajab mientras Ajab mantuviera su imán en el cerebro de Starbuck; aun así, sabía que, con todo, el primer oficial, en su alma, aborrecía la empresa de su capitán y que, si pudiera, gozosamente se desgajaría de ella, o incluso la frustraría. Se podía dar que transcurriera un largo intervalo antes de que la ballena blanca fuera avistada. Durante ese largo intervalo, a no ser que se incorporaran algunos ordinarios, prudenciales y circunstanciales influjos que actuaran sobre él, Starbuck siempre tendría propensión a caer en abiertas reincidencias de rebelión contra el liderazgo de su capitán. No sólo eso, sino que la sutil demencia de Ajab en lo relativo a Moby Dick en modo alguno se manifestaba más significativamente que en su sagacidad y sentido superlativos, al prever que, por el momento, la caza debía estar despojada de esa extraña impiedad imaginativa de que estaba investida por naturaleza; que la totalidad del terror de la expedición debía mantenerse apartada en el oscuro fondo (pues el valor de pocos hombres es capaz de soportar la prolongada meditación no aliviada mediante la acción); que cuando cumplieran sus largas guardias nocturnas, sus oficiales y sus hombres habían de tener cosas más cercanas en que pensar que Moby Dick. Pues por muy ansiosa e impetuosamente que la feroz tripulación hubiera celebrado el anuncio de su cacería, todo marinero, de la clase que sea, es más o menos caprichoso y poco fiable —vive en la cambiante meteorología exterior, e inhala su volubilidad—, y cuando se le retiene en la tarea con un objetivo remoto y vacío, por muy finalmente prometedor de vida y pasión, es requisito, por encima de todas las cosas, que intervengan alicientes y labores temporales y lo mantengan sanamente en suspenso para el embate final.



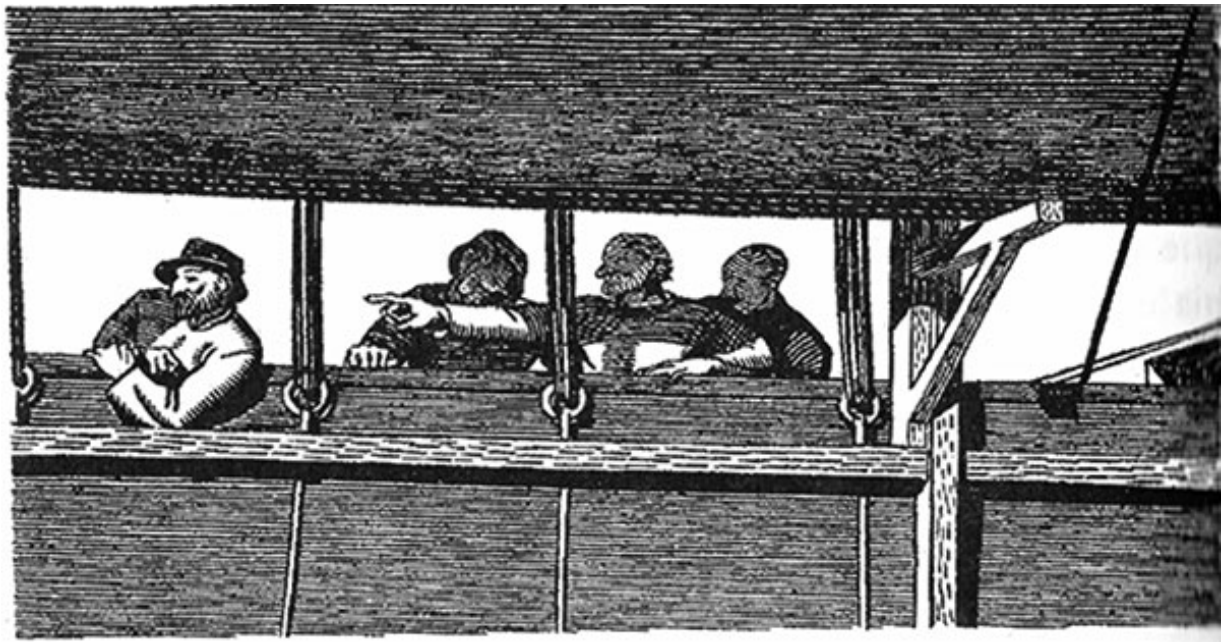
Tampoco dejaba de tener en cuenta Ajab otra cosa. En épocas de fuerte emoción, el ser humano desdeña toda consideración esencial; mas esas épocas son evanescentes. La permanente condición constitucional del hombre manufacturado, pensaba Ajab, es la sordidez. Dando por sentado que la ballena blanca enardecía por completo los corazones de esta su feroz tripulación, y que al jugar con su ferocidad se generaba en ellos incluso un cierto pródigo caballeroso afán de aventura, aun así, mientras que daban caza a Moby Dick por mor de hacerlo, también habían de tener alimento para su más común apetito diario. Pues incluso los excelsos y caballerescos cruzados de los tiempos antiguos no se resignaban a atravesar dos mil millas de tierra para luchar por el Santo Sepulcro, sin cometer robos, apañar carteras y ganarse otros píos incentivos por el camino. Si se les hubiera limitado estrictamente a su único y romántico objetivo final… de ese único y romántico objetivo final muchos se habrían apartado con aversión. No despojaré a estos hombres, pensaba Ajab, de toda esperanza de dinero… sí, dinero. Puede que ahora se burlen del dinero; pero dejad que pasen unos meses y que para ellos no haya en perspectiva promesa de él, y entonces ese mismo quiescente dinero, amotinándose de pronto en ellos, ese mismo dinero pronto haría que Ajab fuera depuesto[66].

No faltaba tampoco aún otro motivo precautorio más, relacionado personalmente con Ajab. Habiendo revelado, es probable que impulsivamente, y quizá algo prematuramente, el principal, aunque privado, propósito de la expedición del *Pequod*, Ajab era ahora totalmente consciente de que, al hacerlo así, se había indirectamente expuesto al incontestable cargo de usurpación; y con perfecta impunidad, tanto moral como legal, su tripulación, si así se le antojaba, competente a esos efectos, podía negarle toda posterior obediencia, e incluso arrebatarle violentamente el mando. De incluso la meramente sugerida imputación de usurpación, y de las posibles consecuencias de que adquiriera fundamento tal contenida impresión, Ajab hubo, desde luego, de haber estado

enormemente ansioso de protegerse. Esa protección sólo podía estar compuesta por sus propios dominantes cerebro y corazón y mano, respaldados por una alerta y minuciosamente calculadora atención a cada mínima influencia atmosférica que fuera posible que afectara a su tripulación.

Entonces, por todas estas razones, y por otras quizá demasiado analíticas para ser verbalmente desarrolladas aquí, Ajab vio claramente que aún debía continuar en buena medida fiel al natural y nominal propósito de la expedición del *Pequod*; observar las prácticas acostumbradas; y no sólo eso, sino forzarse a sí mismo a demostrar todo su bien conocido y apasionado interés en el objetivo general de su profesión.

Sea todo esto como fuere, su voz se escuchaba ahora a menudo voceando a los tres topes y advirtiéndoles de que mantuvieran una atenta vigía, y que no dejaran de notificar ni una marsopa siquiera. La vigilancia no quedó mucho tiempo sin recompensa.



CAPÍTULO XLVII EL HACEDOR DE PALLETE

Era una tarde nublada, bochornosa; los marineros estaban holgazaneando en cubierta, o mirando, ausentes, las aguas de color plomo. Queequeg y yo estábamos apaciblemente ocupados en tejer lo que se conoce como un pallete a sable, para amarre adicional a nuestra lancha. Tan calmada y tenue, y sin embargo en cierto modo prelusiva, era toda la escena, y tal encantamiento de ensueño acechaba en el aire, que cada uno de los silenciosos marineros parecía aislado en su propio invisible ser.

Yo era el asistente o paje de Queequeg en tanto estábamos ocupados con el pallete, mientras seguía pasando y repasando la trama o trabazón de filástica alquitranada entre los largos hilos de la urdimbre, empleando mi propia mano como lanzadera, y mientras Queequeg, de lado ante mí, de vez en cuando deslizaba su pesado sable de roble entre las hebras y, mirando indolentemente a lo lejos sobre el agua, descuidada e inconscientemente ajustaba cada hilo en su lugar; digo que tal extraña ensoñación, sólo interrumpida por el intermitente sonido apagado del sable, reinaba allí entonces en todo el barco y en todo el mar, que parecía

como si éste fuera el telar del tiempo, y yo mismo fuera una lanzadera, mecánicamente tejiendo y tejiendo a la manera de las Parcas. Ahí estaban los hilos fijos de la urdimbre sujetos a una única, siempre recurrente, invariante vibración, vibración apenas suficiente para admitir la entremezcla transversal de otros hilos con los propios. Esta urdimbre era como la necesidad; y aquí, pensaba yo, con mi propia mano yo manejo mi propia lanzadera, y tejo mi propio destino en estos inalterables hilos. Mientras tanto, el sable indiferente e impulsivo de Queequeg, golpeando la trama a veces de lado, o torcida, o fuerte o débilmente, según se diera el caso; y con esta indiferencia en el concluyente golpe produciendo un correspondiente contraste en el aspecto final del tejido terminado. El sable de este salvaje, pensaba yo, que así finalmente conforma y configura tanto la trama como la urdimbre, este espontáneo e indiferente sable debe ser el azar… sí, azar, libre albedrío, y necesidad… en modo alguno incompatibles… todos actuando juntos entrelazadamente. La recta urdimbre de la necesidad, que no puede ser desviada de su trayecto final… toda su alternante vibración, tendente, de hecho, sólo a ello; el libre albedrío todavía libre de manejar su lanzadera entre hilos fijos; y el azar, aunque contenido en su juego dentro de las líneas rectas de la necesidad, y lateralmente modificado en sus movimientos por el libre albedrío, a pesar de estar así prescrito por ambos, el azar gobierna a cada uno por turnos, y da el último caracterizante golpe a los acontecimientos.

*****

Así estábamos tejiendo y volviendo a tejer, cuando me sorprendió un sonido tan extraño, resollado y musicalmente singular y aterrenal, que el ovillo de libre albedrío se me cayó de la mano y me quedé mirando a las nubes de las que esa voz se descolgaba como un ala. Muy en lo alto, en la cruceta, estaba ese loco *gay-header*, Tashtego. Su cuerpo se inclinaba ansiosamente hacia delante, su mano extendida como una varita mágica, y a breves y bruscos intervalos continuaba con sus gritos. Por supuesto, en ese mismo momento, quizá, el mismo sonido estaba siendo escuchado en todos los mares, proveniente de cientos de vigías de balleneros situados a

igual altura en el aire; pero de pocos de esos pulmones podría ese acostumbrado y antiguo grito haber derivado una cadencia tan maravillosa como de los del indio Tashtego.

Sobrevolándoos medio suspendido en el aire, tan fiera y ansiosamente escudriñando el horizonte, le hubierais creído un profeta o un vidente observando las sombras del Destino, y anunciando su llegada con esos singulares gritos.

—¡Allí resopla!, ¡allí!, ¡allí!, ¡allí!, ¡resopla!, ¡resopla!

—¿Por dónde?

—¡Por el través de sotavento, a unas dos millas! ¡Una escuela de ellas!

Instantáneamente todo fue conmoción.

El cachalote resopla lo mismo que hace tictac un reloj, con la misma fiable e invariable uniformidad. Y por ello los balleneros distinguen este pez de otras especies de su mismo género.

—¡Ahí van palmas! —fue ahora el grito de Tashtego; y las ballenas desaparecieron.

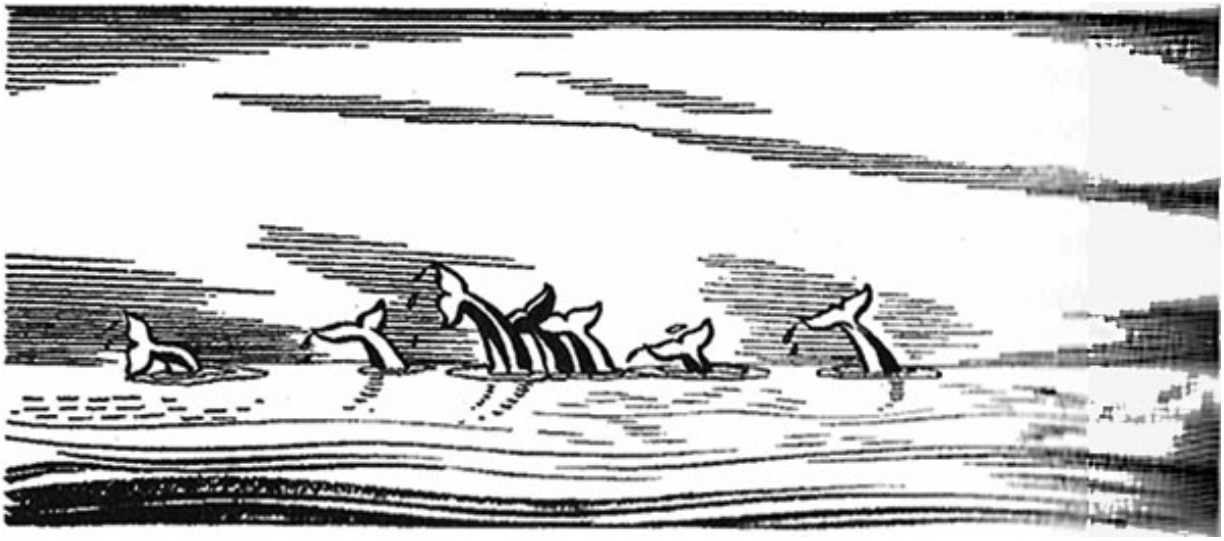
—¡Mozo, rápido! —gritó Ajab—. ¡Tiempo! ¡Tiempo!

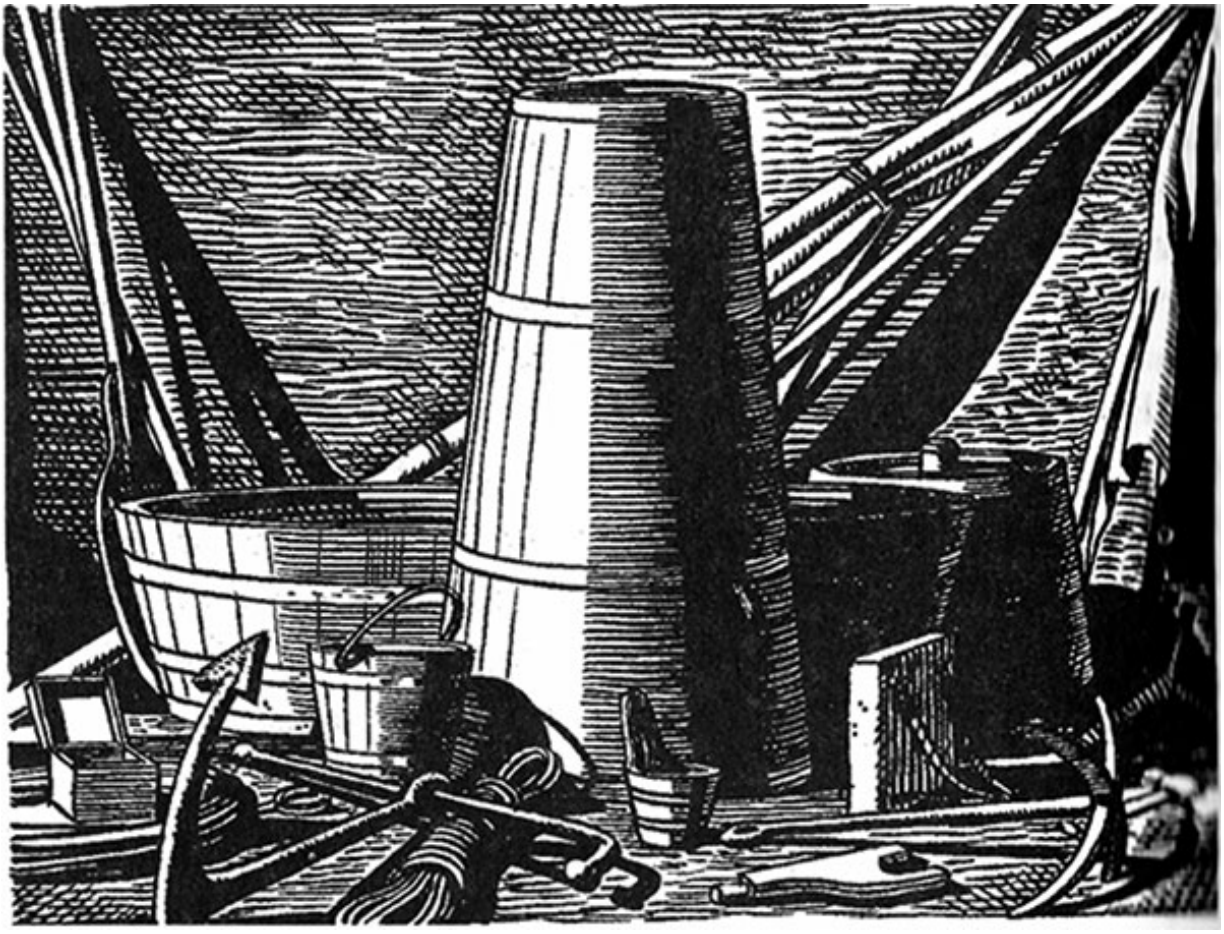
Dough-Boy se apresuró abajo, observó el reloj, e informó a Ajab del minuto exacto.

El barco ahora se mantuvo en la arribada, y fue avanzando gentilmente en viento. Al informar Tashtego de que las ballenas se habían sumergido en dirección a sotavento, esperábamos confiadamente verlas de nuevo directamente delante de nuestra proa. Pues esa singular astucia a veces demostrada por el cachalote, que, sumergiéndose con su cabeza en una dirección, no obstante, mientras está oculto bajo la superficie, se gira, y prestamente nada en el cuadrante opuesto… este engaño suyo no podía estar ahora en acción; pues no había razón para suponer que el pez avistado por Tashtego se hubiera alarmado en modo alguno, o incluso que tuviera noticia de nuestra vecindad. Uno de los hombres seleccionados para guardanaves… esto es, los hombres no asignados a las lanchas, relevó en este momento al indio en el tope del mayor. Los marineros de los de trinquete y mesana habían descendido; las cubetas de estacha se situaron en sus sitios correspondientes; se sacaron los pescantes; la verga del mayor se puso en facha, y las tres lanchas oscilaron sobre el mar como tres

cestos de hinojo marino sobre altos acantilados. Por fuera de la amurada, sus ansiosas tripulaciones se aferraban a la regala, mientras un pie estaba expectantemente situado en la borda. Así es la imagen de la larga línea de hombres de un navío de guerra dispuestos a lanzarse a bordo de un barco enemigo.

Mas en este crítico instante se escuchó una brusca exclamación que apartó todos los ojos de la ballena. Con un sobresalto, todos miraron deslumbrados al oscuro Ajab, que estaba rodeado de cinco sombríos fantasmas aparentemente recién materializados del aire.





XLVIII LA PRIMERA ARRIADA

Los fantasmas, pues eso entonces parecían, iban de aquí para allá al otro lado de la cubierta, y con callada celeridad soltaban los aparejos y las cinchas de la lancha que allí colgaba. Esta lancha siempre ha sido considerada una de las lanchas de reserva, aunque técnicamente se la llama «la del capitán» debido a que cuelga en la aleta de estribor. La figura que ahora estaba en su popa era alta y oscura, con un diente blanco asomando malignamente entre sus acerados labios. Una arrugada chaqueta china de algodón negro le revestía fúnebremente, con amplios pantalones negros del mismo oscuro material. Pero, coronando extrañamente esta ebenaceidad, había un refulgente y plisado turbante blanco, el pelo vivo, trenzado y arrollado una y otra vez en rededor de su cabeza. Los compañeros de esta figura, menos oscuros de aspecto, eran de

esa vital complexión amarillo-tigre peculiar de algunos de los nativos aborígenes de las Manilas… Una estirpe notoria por un cierto demonismo de sutileza, y que para algunos honestos marineros blancos es sospechosa de ser en el agua la espía a sueldo y secreta agente confidencial del Diablo, su señor, cuya contaduría supone está en otro lugar.

Mientras la sorprendida compañía del barco estaba aún observando fijamente a estos extranjeros, Ajab le gritó al hombre tocado de turbante que los encabezaba:

—¿Todo listo, Fedallah?

—Listo —fue la respuesta medio siseada.

—Arriad, entonces, ¿me oís? —gritando sobre cubierta—. Arriad ya de una vez, digo.

Tal fue el tronar de su voz que, a pesar de su asombro, los hombres saltaron la regala; las roldanas giraron en los motones; los tres botes cayeron al mar dando un bandeo, a la vez que con diestra y súbita temeridad, desconocida en ningún otro oficio, los marineros, como rebecos, brincaban de la bamboleante borda del barco a las oscilantes lanchas, abajo.

Apenas se habían apartado del socaire del barco, cuando viniendo del lado de barlovento surgió una cuarta quilla dando la vuelta bajo la popa, y mostró a los cinco extraños llevando a remo a Ajab, que, erguido en la popa, llamaba en voz alta a Starbuck, a Stubb y a Flask a desplegarse con amplitud, para que cubrieran una gran extensión de agua. Pero los ocupantes de las otras lanchas, sus ojos todos remachados de nuevo en el oscuro Fedallah y en su tripulación, no obedecieron la orden.

—¿Capitán Ajab…? —dijo Starbuck.

—Desplegaos —gritó Ajab—; avante, las cuatro lanchas. ¡Vos, Flask, bogad más a sotavento!

—Sí, sí, señor —gritó alegremente el pequeño *King-Post*, barriendo en redondo con su gran remo de gobierno—. ¡Tumbaos! —dirigiéndose a su tripulación—. ¡Allí!… ¡Allí!… ¡Allí de nuevo! ¡Allí resopla, justo enfrente, muchachos!… ¡Tumbaos!… Sin prestar atención a esos tipos amarillos, Archy.

—Oh, no me preocupan, señor —dijo Archy—; yo ya lo sabía todo de antes. ¿No les había escuchado en la bodega? ¿Y no se lo dije aquí a Cabaco? ¿Qué dices, Cabaco? Son polizones, señor Flask.

—Bogad, bogad, mis buenos devotos; bogad, niños míos; bogad, mis pequeños —Stubb susurraba gráfica y dulcemente a su tripulación, parte de la cual todavía mostraba signos de inquietud—. ¿Por qué no os rompéis el espinazo, muchachos? ¿Qué estáis mirando? ¿A aquellos tipos en la lancha de allá? ¡Bah! Sólo son cinco tripulantes más que han venido a ayudarnos… no importa de dónde… cuantos más, más divertido. Bogad, venga, bogad; no os preocupéis del azufre… los diablos son bastante buena gente. Así, así; ahí estáis ahora, ése es el golpe de las mil libras, ¡ése es el golpe para quebrar la banca! ¡Hurra por la copa de oro del aceite de esperma, héroes míos! ¡Tres hurras, muchachos… arriba el ánimo! Tranquilos, tranquilos; no os apresuréis… no os apresuréis. ¿Por qué no dais una dentellada a los remos, granujas? ¡Morded algo, perros! Así, así, así, entonces… ¡suavemente, suavemente! Eso es… ¡eso es!, largo y fuerte. Avante ahí, ¡avante! Que el Diablo os lleve, pillos, bribones; estáis todos dormidos. Dejad de roncar, durmientes, y bogad. Bogad, venga. Bogad, ¿es que no podéis? En nombre de los gobios y las tartas de jengibre, ¿por qué no bogáis?… ¡Bogad y romped algo! ¡Bogad y sacaros los ojos! ¡Aquí! —sacando su cuchillo del cinturón—. Que todo hijo de madre de entre vosotros saque su cuchillo y bogue con la hoja entre los dientes. Eso es… eso es. Ahora hacéis algo; eso parece que es, mis bocados de acero. ¡Hacedla brincar… hacedla brincar, mis cucharas de plata! ¡Hacedla brincar, pasadores míos!

Se da aquí con amplitud el exordio de Stubb a su tripulación porque en general tenía una manera más bien peculiar de hablarles, en especial al inculcarles la religión de remar. Pero de este espécimen de su sermonear no habéis de suponer que alguna vez se dejara llevar por auténticas emociones ante su congregación. En modo alguno; y en eso consistía su principal peculiaridad. Decía a su tripulación las más terribles cosas con un tono tan extrañamente compuesto de diversión e irritación, y la irritación parecía de tal modo calculada meramente como condimento de la diversión, que ningún remero podía escuchar tan insólitos

requerimientos sin bogar por su vida y, aun así, bogaba por la mera guasa de ello. Además, él mismo parecía siempre tan tranquilo e indolente, manejaba su remo de gobierno con aire tan holgazán, y miraba con semejante alelamiento —a veces con la boca abierta—, que la sola visión de un patrón que tanto bostezaba, por la mera fuerza del contraste, actuaba como un sortilegio sobre la tripulación. Y, además, Stubb era de esa extraña clase de humoristas cuya jocosidad es a veces tan curiosamente ambigua, que pone en guardia a todos los inferiores en lo que respecta a obedecerlos.

Atendiendo una señal de Ajab, Starbuck bogaba ahora oblicuamente, cruzando la proa de Stubb; y mientras, durante un minuto más o menos, las dos lanchas estuvieron muy cerca una de la otra, Stubb se dirigió al primer oficial:

—¡Señor Starbuck!, ¡ah de esa lancha a babor!, ¡una palabra con usted, señor, si no le importa!

—¡Hola ahí! —respondió Starbuck, sin girarse una sola pulgada al hablar; todavía exhortando formal, aunque susurrantemente, a su tripulación; su rostro como un pedernal en comparación con el de Stubb.

—¿Qué piensa de esos muchachos amarillos, señor?

—Subidos a bordo furtivamente de alguna manera antes que el barco zarpara. (¡Fuerte, fuerte, muchachos! —susurrando a su tripulación, hablando después en voz alta de nuevo—.) ¡Un lamentable asunto, señor Stubb! (¡que bulla, que bulla, mis mozos!), mas no os preocupéis, señor Stubb, todo sea para bien. Que vuestra tripulación bogue fuerte, venga lo que venga. (¡Brincad, mis tripulantes, brincad!) Hay cubas de esperma al frente, señor Stubb, y para eso es para lo que vinisteis. (¡Bogad, mis muchachos!) ¡Esperma, esperma es el juego! Al menos esto es la obligación; ¡la obligación y el beneficio mano con mano!

—Sí, sí, otro tanto pensé yo —soliloquió Stubb cuando las lanchas divergieron—, tan pronto como les puse el ojo encima, así lo pensé. Sí, y para eso era para lo que iba tan a menudo a la bodega de la despensa, como Dough-Boy sospechaba hacía tiempo. Estaban ocultos ahí abajo. La ballena blanca está tras ello. Bien, bien, ¡sea así! ¡No se puede evitar! ¡Sea! ¡Avante, tripulantes! ¡Hoy no es la ballena blanca! ¡Avante!

Ahora bien, la aparición de estos aterrenales extraños, en instante tan crítico como es la arriada de las lanchas desde cubierta, había despertado, no irrazonablemente, un cierto asombro en parte de la compañía del barco; pero al haberse propagado entre ellos tiempo antes el sagaz descubrimiento de Archy, si bien entonces efectivamente no acreditado, éste, en alguna pequeña medida, les había preparado para el evento. Había matado lo más cortante del filo de su sorpresa; y así, con todo y la confiada manera de Stubb de dar cuenta de su aparición, se mantuvieron por el momento ajenos a supersticiosas suposiciones; aunque el asunto todavía dejó abundante espacio para todo tipo de estrambóticas conjeturas sobre el papel concreto del oscuro Ajab en el asunto desde su inicio. Por lo que a mí respecta, calladamente recordé las misteriosas sombras que había visto entrar sigilosamente a bordo del *Pequod* en el velado amanecer de Nantucket, y también las enigmáticas insinuaciones del ininteligible Elías.

Mientras tanto, Ajab, fuera de alcance de la escucha de sus oficiales, al haberse escorado el que más a barlovento, todavía se alineaba por delante de las otras lanchas; una circunstancia que indicaba lo potente que era la tripulación que bogaba para él. Esas criaturas amarillo-tigre suyas parecían todo acero y hueso de ballena, como cinco batanes se alzaban y caían con constantes golpes de fuerza, que de manera periódica hacían avanzar la lancha a través del agua como la caldera de explosión horizontal de un vapor del Mississippi. Por lo que respecta a Fedallah, a quien se veía bogando en el remo del arponero[67], había dejado de lado su chaqueta negra, y mostraba el pecho desnudo, con la entera parte de su tronco sobresaliendo de la borda cortada claramente contra las alternantes depresiones del acuático horizonte; mientras, al otro extremo de la lancha, a Ajab, lo mismo que un esgrimidor, con un brazo medio echado hacia atrás en el aire, como para contrapesar cualquier tendencia a volcar; a Ajab se le veía manejar firmemente su remo de gobierno como en mil arriadas antes de que la ballena blanca le hubiera desmembrado. De pronto el brazo alzado hizo un peculiar movimiento y entonces quedó fijo, mientras que los cinco remos de la lancha fueron vistos simultáneamente verticales. La lancha y la tripulación estaban plantadas, inmóviles, en el mar. Instantáneamente las tres lanchas desplegadas por detrás hicieron una

pausa en su avance. Las ballenas se habían corporalmente aquietado de manera irregular en el agua, de modo que no mostraban signo discernible de movimiento, aunque, gracias a su más cercana vecindad, Ajab lo había percibido.

—¡Que cada hombre vigile en la dirección de su remo! —gritó Starbuck—. ¡Vos, Queequeg, en pie!

Saltando ágilmente sobre la caja triangular elevada en la proa, el salvaje permaneció allí erguido, y con ojos intensamente ansiosos oteó hacia el punto donde la presa había sido vista por última vez. De igual manera, en la parte más extrema de la popa, donde también había una plataforma triangular nivelada con la borda, podía verse al propio Starbuck, balanceándose fría y hábilmente con las bamboleantes sacudidas de la astilla de embarcación suya, y oteando silenciosamente el vasto ojo azul del mar.

No muy lejanamente distante, la lancha de Flask también flotaba en una calma de aliento contenido; su comandante temerariamente en pie sobre el remate del tocón, una especie de recio poste ensamblado en la quilla, y que se alza unos dos pies sobre el nivel de la plataforma de popa. Utilízase para sujetar vueltas de la estacha. Su remate no es más amplio que la palma de la mano de un hombre; y, en pie sobre semejante base, Flask parecía subido al tope de un barco que se hubiera hundido hasta sus mismas galletas. Mas el pequeño *King-Post* era de estatura pequeña y corta, y el pequeño *King-Post* estaba colmado a la vez de ambición grande y larga, así que esta plataforma suya del tocón, a *King-Post* en modo alguno le satisfacía.

—No puedo ver ni a tres mares; levanta un remo ahí y deja que me suba.

Ante lo cual, Daggoo, con ambas manos sobre la borda para equilibrar su camino, se deslizó rápidamente a popa, e irguiéndose entonces, ofreció sus elevados hombros como pedestal.

—Tan buen tope como cualquiera, señor. ¿Quiere montarse?

—Eso haré, y muchas gracias, mi buen amigo; lo único es que me gustaría que fueras cincuenta pies más alto.

Con lo cual, plantando sus pies firmemente contra dos planchas opuestas de la lancha, el gigantesco negro, inclinándose levemente, presentó su palma rasa al pie de Flask, y poniendo entonces la mano de Flask sobre su fúnebremente emplumada cabeza, e invitándole a que saltara a la vez que él mismo impulsaba, con un diestro impulso colocó al pequeño a salvo sobre sus hombros. Y ahí estaba ahora Flask en pie, Daggoo proporcionándole con un brazo alzado un sustentáculo para apoyarse y mantenerse en equilibrio.

Para el novato, en cualquier momento resulta una visión extraña ver con qué sorprendente hábito de inconsciente destreza el ballenero mantiene una postura erecta en su lancha, incluso cuando es zarandeado por los mares más enmarañadamente perversos y revueltos. Más extraño aún, verle atolondradamente subido al propio tocón bajo tales circunstancias. Pero la visión del pequeño Flask montado sobre el gigantesco Daggoo era todavía más chocante; pues sosteniéndose con una majestad distante, indiferente, sosegada, irreflexiva y bárbara, el noble negro oscilaba armoniosamente su magnífica figura con cada oscilación del mar. Sobre sus anchas espaldas, el rubio pajizo Flask parecía un copo de nieve. El portador parecía más noble que el jinete. A pesar de que el vivaz, tumultuoso y ostentoso pequeño Flask de vez en cuando literalmente pateaba de impaciencia, ni siquiera así obligó a hacer un esfuerzo adicional al señorial torso del negro. De esa manera yo he visto la pasión y la vanidad patear la magnánima tierra viviente, mas no por ello alteró la tierra sus estaciones y sus mareas.

Mientras tanto, Stubb, el tercer oficial, no mostraba semejantes inquietudes de observación lejana. Era posible que las ballenas hubieran realizado una de sus inmersiones regulares, y no un descenso temporal sólo por miedo; y si ése era el caso, Stubb, como al parecer era su costumbre en tales ocasiones, estaba resuelto a solazar el lánguido intervalo con su pipa. La retiró de la cinta de su sombrero, donde siempre la llevaba oblicuamente, como una pluma. La cargó, y retacó la carga con la yema del pulgar; pero apenas había encendido la cerilla contra el basto papel de lija de su mano, cuando Tashtego, su arponero, cuyos ojos habían estado declinando hacia barlovento como dos estrellas fijas, se dejó caer

repentinamente, como el relámpago, desde su erecta postura al asiento, gritando en un enérgico frenesí de apremio:

—¡Abajo, abajo todos, y avante!… ¡Ahí están!

Para un hombre de tierra firme en ese momento no hubiera sido visible ni ballena alguna, ni rastro de arenque; nada excepto un pequeño espacio de verdosa agua blanca agitada, leves bocanadas dispersas de vapor planeando sobre ella, y alejándose expansivamente hacia sotavento, como la confusa rociada de blancas olas rizadas. El aire alrededor vibró y cosquilleó de pronto, similar en cierto modo al aire sobre placas de hierro intensamente calentadas. Bajo este atmosférico rizar y ondear, y en parte también bajo una delgada capa de agua, las ballenas nadaban. Observadas con anterioridad a todos los demás indicios, las bocanadas de vapor que resoplaban parecían sus correos adelantados y sus destacados escoltas volantes.

Las cuatro lanchas estaban ahora en afanosa persecución de ese único punto de agua y aire en agitación. Aunque éste parecía capaz de dejarlos atrás, se desplazaba cada vez más rápido, lo mismo que una masa de entremezcladas burbujas que el rápido torrente transporta colinas abajo.

—¡Bogad, bogad, jovenzuelos! —dijo Starbuck a sus hombres, con el más callado de los susurros, aunque el más intensamente concentrado; mientras la aguda mirada fija de sus ojos, enfilada recta más allá de la

proa, parecía casi igual que dos agujas visibles en dos infalibles compases de bitácora.

No decía mucho a su tripulación, no obstante, ni su tripulación le decía nada a él. Sólo el silencio de la lancha era a intervalos bruscamente atravesado por uno de sus peculiares susurros, a veces severo de mando, a veces suave de súplica.

Qué distinto el chillón pequeño *King-Post*.

—Cantad y decid algo, corazones míos. ¡Rugid y bogad, truenos míos! Encalladme, encalladme en sus negros lomos, muchachos; haced sólo eso por mí, y os legaré mi plantación en Martha's Vineyard; incluyendo mujer e hijos, muchachos. ¡Tumbadme encima… tumbadme encima! ¡Oh, Señor, Señor!, es que me voy a volver completa y absolutamente loco: ¡Ved!, ¡ved ese agua blanca!

Y así gritando, se sacó el sombrero de la cabeza, y lo pateó por arriba y por abajo; luego, recogiéndolo, lo tiró muy lejos, al mar; y finalmente se puso a encabritarse y a inclinarse en la popa de la lancha como un potro de las praderas enloquecido.

—Mirad a ese tipo ahora —decía arrastrando filosóficamente las palabras Stubb, que con su corta pipa apagada, retenida mecánicamente entre sus dientes, seguía detrás, a corta distancia—. Tiene arrebatos, ese Flask los tiene. Arrebatos, sí, le dan arrebatos… esa es la palabra propia… les arroja arrebatos. Jovialmente, jovialmente, devotos. Pudin para cenar, ya sabéis… jovial es la palabra. Bogad, nenes… bogad, bebés… bogad todos. Pero ¿por qué demonios os estáis apresurando? Suavemente, suavemente, y con constancia, tripulantes míos. Bogad nada más, y seguid bogando; nada más. Cascaros todos los huesos del espinazo, y partid en dos vuestros cuchillos… eso es todo. Tomadlo con calma… ¿por qué no lo tomáis con calma, digo, y os reventáis los pulmones y los hígados todos?

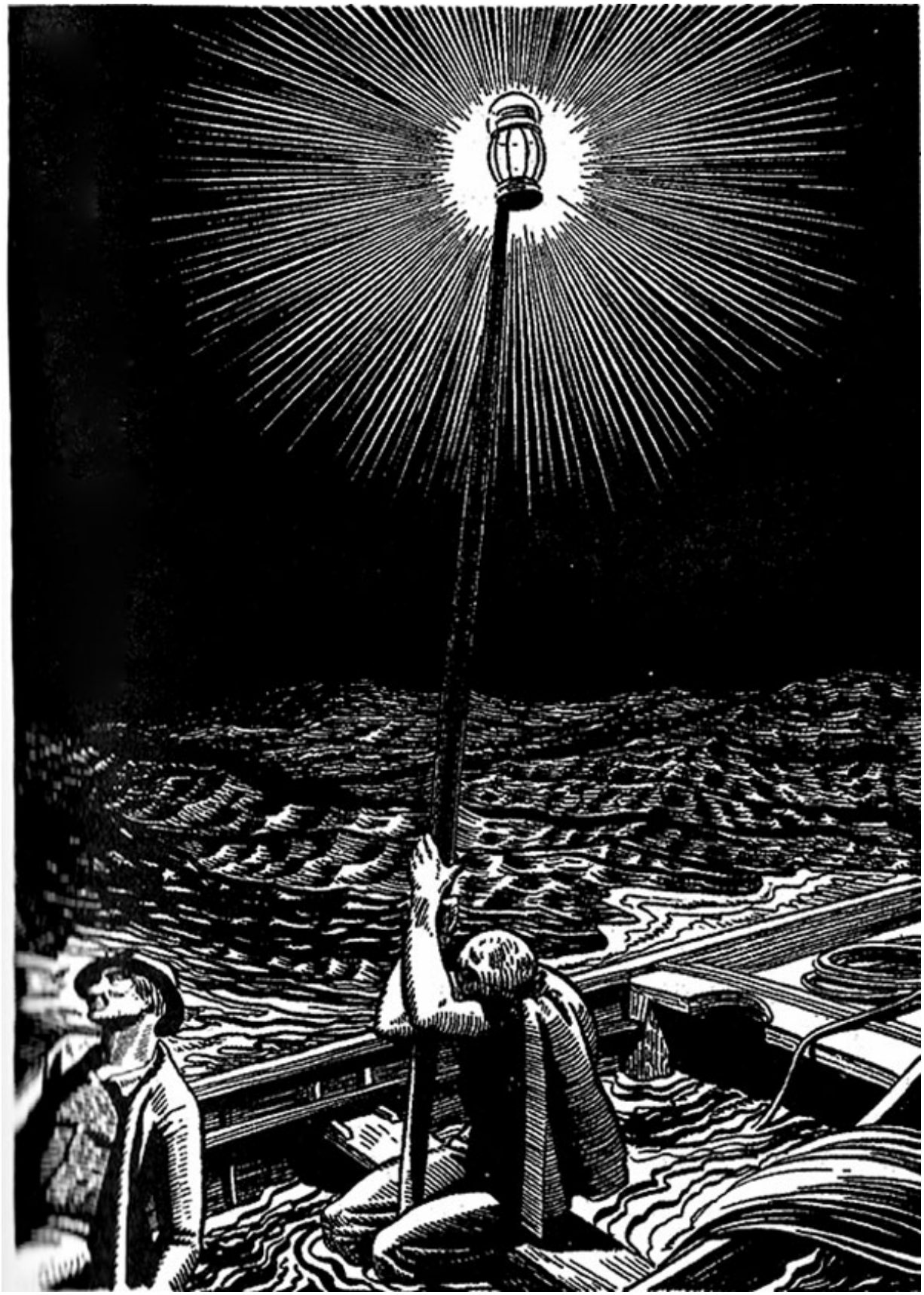
Mas lo que el inescrutable Ajab dijo a esa tripulación amarillo-tigre suya… éstas fueron palabras que es mejor omitir aquí; pues vosotros habitáis bajo la bendita luz de la tierra evangélica. Sólo los infieles tiburones de los audaces mares pudieron prestar oídos a tales palabras, cuando con frente de tornado, y ojos de rojo asesinato y labios pegajosos de espuma, Ajab se arrojaba tras su presa.

Entre tanto, todas las lanchas seguían lanzadas. Las repetidas alusiones de Flask específicas a «esa ballena», como él llamaba al monstruo ficticio que afirmaba estaba incesantemente tentando con su cola la proa de su lancha… estas alusiones suyas eran a veces tan vívidas y verídicas, que provocaban que uno o dos de sus hombres lanzaran una temerosa ojeada sobre el hombro. Mas esto iba en contra de todas las reglas; pues los remeros deben apagar los ojos y espetar una brocheta a través de sus cuellos; la costumbre afirma que en estos críticos momentos no deben tener otros órganos que los oídos, ni otras extremidades que los brazos.

¡Era una visión plena de vital asombro y de sobrecogimiento! La vasta marejada omnipotente del mar; el abultado hueco retumbar que hacía al ondear a lo largo de las ocho bordas, como gigantescas bolas en un ilimitado campo de petanca; la breve, suspendida agonía de la lancha al inclinarse durante un instante en el filo de cuchillo de las olas más agudas, que casi parecían amenazar con cortarla en dos; la repentina profunda inmersión en los acuáticos valles y hondonadas; los urgentes espoleos y apremios para ganar la cumbre de la colina opuesta; el deslizamiento cabeza abajo por el otro lado, como un trineo… Todo ello, junto a los gritos de los patrones y los arponeros, y los estremecidos resuellos de los remeros, junto a la fascinante visión del marfileño *Pequod* echándose encima de sus lanchas con las velas desplegadas, como un gallinácea salvaje tras su vociferante prole… todo era excitante. Ni el recluta bisoño que marcha desde el seno de su mujer al calor febril de su primera batalla; ni el espectro de un muerto que encuentra el primer fantasma desconocido en el otro mundo… Ninguno de ellos puede sentir emociones más extrañas y más fuertes que las que siente ese hombre que por primera vez se encuentra bogando dentro del hechizado y convulso círculo del cachalote acosado.

La saltarina agua blanca generada por el acoso se hacía ahora cada vez más visible debido a la oscuridad creciente de las pardas sombras de las nubes que caían sobre el mar. Los chorros de vapor ya no se mezclaban, sino que se inclinaban por todas partes a derecha e izquierda; las ballenas parecían estar separando sus estelas. Las lanchas bogaron más distantes entre sí; Starbuck dando caza a tres ballenas que avanzaban exactamente

hacia sotavento. Nuestra vela estaba ahora izada y, con el viento aún levantándose, aceleramos con él, marchando la lancha con tal delirio sobre el agua, que los remos de sotavento apenas podían manejarse con rapidez suficiente para evitar que fueran arrancados de los toletes.



Pronto estuvimos desplazándonos a través de un ancho velo de envolvente neblina; ni barco ni lancha podían verse.

—Avante, tripulantes —susurró Starbuck, estirando todavía más a popa la lona de la vela—; todavía hay tiempo de matar un pez antes de que llegue la borrasca. ¡Otra vez hay agua blanca!… ¡ceñido! ¡Brincad!

Poco después, dos gritos en rápida sucesión a cada lado de nosotros indicaron que las otras lanchas habían hecho presa; pero apenas acababan de escucharse, cuando con un súbito susurro, como un relámpago, Starbuck dijo:

—¡En pie!

Y Queequeg, arpón en mano, se incorporó.

Aunque ninguno de los remeros estaba entonces situado de frente al peligro de muerte, tan cercano a ellos, sin embargo, por delante, sabían, al tener sus ojos en el intenso semblante del oficial a popa de la lancha, que había llegado el instante inminente; escuchaban también un enorme retumbo rodante, como de cincuenta elefantes desperezándose en sus lechos. Entretanto, la lancha todavía estaba desplazándose con presteza entre la neblina, las olas rizándose y silbando a nuestro alrededor como las erguidas crestas de enrabietadas serpientes.

—Ésa es su joroba. *Ahí, ahí*, ¡lánzaselo! —susurró Starbuck.

Un sonido breve y célere saltó de la lancha; era el hierro de Queequeg lanzado. Entonces, todo en amalgamada conmoción, vino un tirón invisible de popa, mientras a proa la lancha parecía golpear en un arrecife; la vela quedó muerta y restalló; un borbotón de escaldante vapor brotó cerca; y algo volteó y volcó como un terremoto bajo nosotros. Toda la tripulación quedó medio sofocada mientras se bamboleaba caóticamente en la coagulante crema blanca de la borrasca. Borrasca, ballena y hierro habíanse mezclado todos, y la ballena, apenas rozada por el arpón, había escapado.

Aunque completamente anegada, la lancha estaba casi intacta. Nadando a su alrededor recogimos los flotantes remos, y atándolos a las bordas nos subimos de nuevo a nuestros puestos. Allí nos sentamos con el mar hasta nuestras rodillas, el agua cubriendo cada cuaderna y cada

plancha, de forma que a nuestros ojos, que miraban hacia abajo, la suspendida embarcación parecía una lancha de coral que hubiera crecido hasta nosotros desde el fondo del océano.

El viento aumentó hasta un fragor; las olas chocaban sus frentes; la borrasca entera bramaba, se bifurcaba y crepitaba a nuestro alrededor, como un fuego blanco en la pradera en el que nosotros ardíamos sin consumirnos; ¡inmortales en estas fauces de muerte! En vano llamamos a las otras lanchas; lo mismo hubiera dado rugir chimenea abajo de un horno ardiente a los incandescentes rescoldos que llamar a las lanchas en aquella tormenta. Mientras tanto, la fuerte cellisca, las desgarradas nubes y la neblina, se oscurecían con las sombras de la noche; ninguna señal del barco era visible. La mar brava impedía todo intento de achicar la lancha. Los remos, al hacer ahora la función de salvavidas, eran inútiles como medios de propulsión. Así que, cortando las correas de la barrica estanca de las cerillas, Starbuck, tras muchos intentos fallidos, logró encender la lámpara de la linterna; colgándola entonces de una pértiga de descarrío, se la pasó a Queequeg como portador del estandarte de esta desamparada esperanza. Allí, entonces, se sentó alzando aquella estúpida candela en el corazón de esa omnipotente desesperanza. Allí, entonces, se sentó el signo y símbolo de un hombre sin fe, alzando desesperadamente la esperanza en medio de la desolación.

Mojados, completamente empapados, y tiritando de frío, desesperando de barco o de lancha, alzamos nuestros ojos cuando llegó el amanecer. La neblina todavía se extendía sobre el mar, la vacía linterna yacía aplastada en el fondo de la lancha. De pronto Queequeg se puso en pie llevándose la mano ahuecada al oído. Todos escuchamos un débil crujido, como de cabos y vergas, ahogado hasta entonces por la tormenta. El ruido se acercaba cada vez más; la espesa neblina pareció partirse por una enorme figura indefinida. Asustados, todos saltamos al mar cuando el barco finalmente surgió a la vista, avanzando directamente sobre nosotros a una distancia no mucho mayor que su eslora.

Flotando en las olas observamos la lancha abandonada; cómo se balanceó durante un instante y volteó bajo la proa del barco como una astilla en la base de una catarata; y entonces el enorme casco pasó sobre

ella, y no se la vio más hasta que surgió, revolviéndose, a popa. De nuevo nadamos a ella, contra ella fuimos arrojados por el mar, y fuimos finalmente recogidos y depositados a salvo a bordo. Antes de que la borrasca se aproximara, las otras lanchas habían dejado sueltos sus peces y habían regresado al barco a tiempo. El barco nos había dado por perdidos, pero estaba todavía patrullando, por ver si por casualidad podía dar con algún vestigio de nuestro fenecer… un remo o una pértiga de lanza.

CAPÍTULO XLIX LA HIENA

En este extraño y agitado asunto que llamamos vida, hay ciertos raros momentos y ocasiones en los que un hombre toma este entero universo por una enorme broma, aunque la gracia de la misma apenas la discierne débilmente, y más que sospecha que la broma no se hace sino a expensas de él mismo. Nada deprime, sin embargo, y nada parece que merezca la pena discutirse. El hombre engulle todos los acontecimientos, todos los credos y creencias y convicciones, todas las cuestiones difíciles, visibles e invisibles, no importa lo nudosas que sean, al igual que una ostra de poderosa digestión deglute balas y pedernales de fusil. Y por lo que respecta a las pequeñas dificultades y preocupaciones, eventualidades de desastres repentinos, riesgos de vida y de mutilación, todos ellos, y la propia muerte, le parecen sólo astutos y bien intencionados golpes, jocosos puñetes en el costado impartidos por el oculto e inefable viejo bromista. Esa singular clase de inopinado estado de ánimo de que estoy hablando le embarga a un hombre sólo en algunos momentos de extrema tribulación; le llega en el mismo cogollo de su severidad, de manera que lo que justamente antes le podría haber parecido algo harto inmenso, ahora sólo parece una parte de la broma general. Nada hay como los riesgos de la pesca de la ballena para nutrir este despreocupado género de filosofía, desesperado y genial; y desde él ahora consideré esta entera expedición del *Pequod*, y la gran ballena blanca, su objetivo.

—Queequeg —dije yo cuando me habían halado a cubierta, el último tripulante, y todavía estaba convulsionándome en mi chaquetón para

sacudirme el agua—; Queequeg, buen amigo, ¿ocurren cosas de este tipo a menudo?

Sin mucha emoción, aunque empapado lo mismo que yo, me dio a entender que estas cosas sí ocurrían a menudo.

—Señor Stubb —dije yo, volviéndome a aquel prócer que, abotonado en su chaquetón de hule, estaba ahora fumando calmadamente su pipa bajo la lluvia—; señor Stubb, creo haberle oído decir que de todos los balleneros que ha conocido, nuestro primer oficial, el señor Starbuck, es con mucho el más cuidadoso y prudente. Supongo, entonces, que lanzarse sin más, con la vela izada, a por una ballena que huye que vuela en una neblinosa borrasca es el súmmum de la prudencia en un ballenero.

—Ciertamente. Yo he arriado por ballenas desde un barco con una vía abierta, en una galerna en aguas del cabo de Hornos.

—Señor Flask —dije yo, volviéndome al pequeño *King-Post*, que estaba cerca—; vos tenéis experiencia en estas cosas, y yo no. ¿Me diríais si es una ley inalterable en esta pesquería, señor Flask, que un remero se rompa el espinazo arrastrándose a sí mismo con la espalda por delante al interior de las mandíbulas de la muerte?

—¿No podéis apretujar eso para que sea más corto? —dijo Flask—. Sí, ésa es la ley. Me gustaría ver a la tripulación de una lancha dejando agua atrás hacia una ballena con la cara de frente. ¡Ja, ja!, la ballena les devolvería la mirada, ¡tened eso en cuenta!

Aquí entonces tenía, de tres testigos imparciales, una meditada declaración de todo el caso. Considerando, por tanto, que los turbiones, como el volcar en el agua y las consecuentes acampadas en el piélago, eran asuntos de normal contingencia en este tipo de vida; considerando que en el superlativamente crítico instante de avanzar hacia la ballena debía poner mi vida en manos de aquel que gobernaba la lancha… a menudo un tipo que en ese mismo momento, en su impetuosidad, está a punto de perforar la embarcación con sus frenéticos pisotones; considerando que el particular desastre de nuestra propia particular lancha debía ser principalmente imputado a que Starbuck se había lanzado sobre su ballena casi en los dientes de un turbión, y considerando que Starbuck, no obstante, era famoso en esta pesquería por su gran prudencia;

considerando que yo pertenecía a la lancha de este singularmente juicioso Starbuck; y, finalmente, considerando en qué endiablada cacería estaba inmerso, refiriéndome a la ballena blanca; tomando todo esto conjuntamente, digo, pensé que bien podría ir abajo y hacer un borrador de mi testamento.

—Queequeg —dije yo—, ven conmigo, serás mi abogado, mi fiduciario y mi legatario.

Puede parecer extraño que, de entre todos los hombres, a los marineros les dé por chapucear con sus últimas voluntades y testamentos, pero no hay personas en el mundo más aficionadas a esa diversión. Ésta era la cuarta vez en mi vida náutica que había hecho lo mismo. Una vez que se concluyó la ceremonia en la presente ocasión, me sentí mucho más distendido; de mi corazón fue apartada, rodando, una piedra[68]. Además, todos los días que ahora viviera serían tan buenos como los días que Lázaro vivió tras su resurrección; una suplementaria ganancia neta de tantos meses o semanas como fuera el caso. Me sobreviví a mí mismo; mi muerte y mi entierro estaban encerrados en mi pecho. Miré a mi alrededor satisfecho y tranquilo, como un apacible fantasma con una conciencia limpia sentado dentro de la reja de un cómodo mausoleo familiar.

Entonces, pensé yo ahora, remangando inconscientemente las mangas de mi levita, ahí vamos, a una impávida y serena zambullida en la muerte y la destrucción, y que el Diablo me lleve.

CAPÍTULO L LA LANCHA Y LA TRIPULACIÓN DE AJAB. FEDALLAH

—¡Quién lo hubiera pensado, Flask! —gritó Stubb—; si yo tuviera sólo una pierna no me llevarías en tu lancha, a no ser que fuera para taponar el desagüe con mi dedo de madera. ¡Oh, es un viejo asombroso!

—A mí, a pesar de todo, no me parece tan raro en ese sentido —dijo Flask—. Si le faltara la pierna desde la cadera, bueno, sería algo diferente. Eso le incapacitaría; pero le queda una rodilla y una buena parte de la otra, ya sabes.

—Eso no lo sé yo, mi pequeño amigo; nunca le he visto aún arrodillarse.

* * * * * *

Entre la gente que sabe de ballenas se ha discutido con frecuencia si es correcto que un capitán ballenero, considerando la enorme importancia de su vida para el éxito de la expedición, ponga en peligro esa vida en la

arriesgada actividad del acoso. De esa manera los soldados de Tamerlán solían argumentar con lágrimas en los ojos si aquella invaluable vida suya debía ser llevada a lo más tupido de la lucha.

Pero con Ajab la cuestión asumía un aspecto modificado. Considerando que con dos piernas el hombre sólo es una renqueante criatura en los momentos de peligro; considerando que la persecución de ballenas se lleva a cabo siempre bajo grandes y excepcionales dificultades; que, de hecho, cada instante particular conlleva un riesgo, ¿es acertado para un hombre mutilado, bajo estas circunstancias, subirse a una lancha ballenera durante la caza? Por regla general, los dueños conjuntos del *Pequod* habrían pensado sencillamente que no.

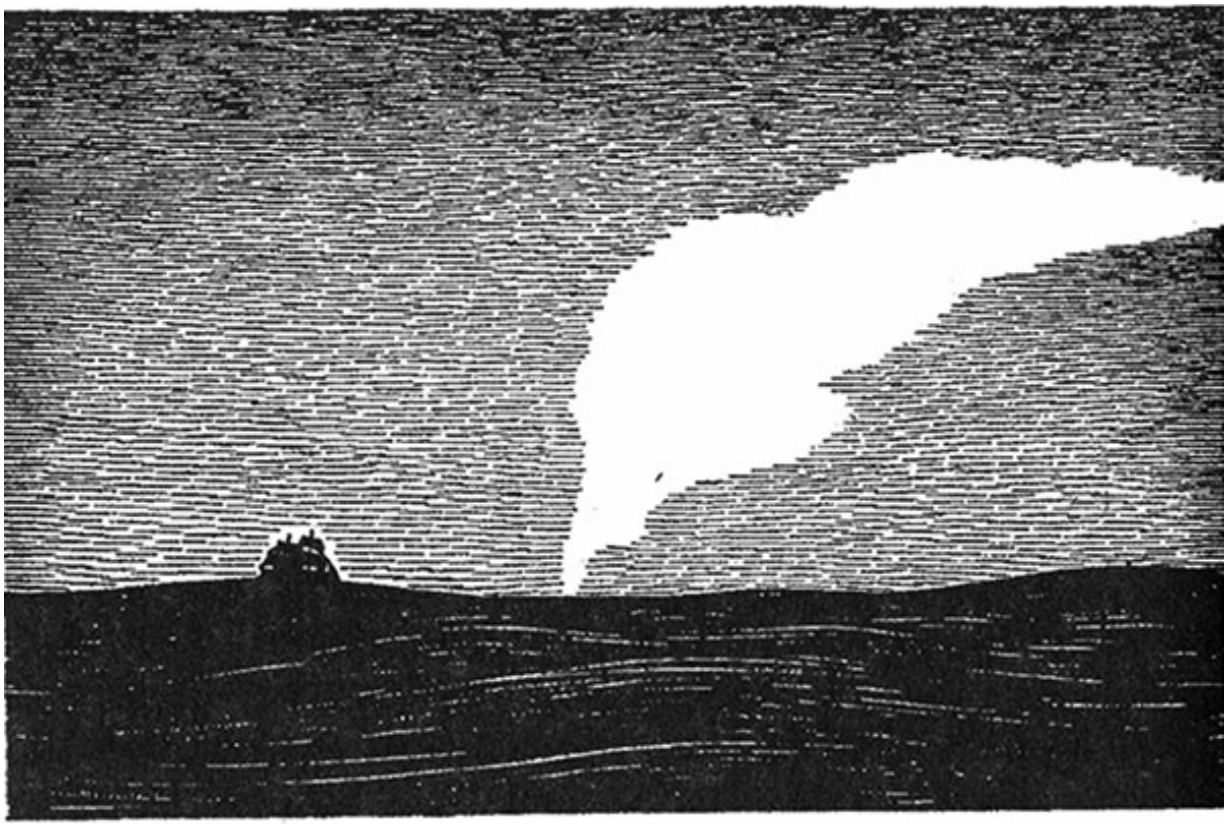
Bien sabía Ajab que aunque sus amigos en puerto no darían importancia a que se metiera en una lancha durante ciertas vicisitudes comparativamente inofensivas del acoso, para poder estar cerca del lugar de la acción e impartir sus órdenes en persona, sin embargo, que el capitán Ajab tuviera de hecho una lancha asignada a él como patrón regular en la caza… sobre todo, que el capitán Ajab estuviera provisto de cinco hombres extra como tripulación de esa misma lancha, bien sabía él que esas generosas presunciones nunca cupieran en la cabeza de los propietarios del *Pequod*. Por lo tanto, no les había solicitado una tripulación de lancha, ni tampoco había en modo alguno sugerido sus deseos en ese sentido. No obstante, había tomado sus propias medidas privadas en lo tocante a todo aquel asunto. Hasta el hallazgo divulgado por Archy, poco lo habían imaginado los marineros, aunque ciertamente, cuando tras algún tiempo lejos de puerto todos los hombres terminaron la acostumbrada tarea de aparejar las lanchas balleneras para el servicio, y cierto tiempo tras lo cual se veía a Ajab ocupado de vez en cuando en la labor de hacer toletes con sus propias manos, para lo que se pensaba iba a ser una de las lanchas de reserva, e incluso cortar solícitamente las pequeñas broquetas de madera que cuando la estacha va soltándose se fijan sobre la ranura de la proa; cuando todo esto se observó en él, y particularmente su preocupación por tener una capa extra de revestimiento en el fondo de la lancha, como para hacerla soportar mejor la presión puntual de su extremidad de marfil; y también la ansiedad que

manifestaba al conformar con exactitud la plancha de apoyo, o tojino tosco, tal como a veces se llama a la pieza horizontal de la proa de la lancha donde se apoya la rodilla al lanzar o tirar sobre la ballena; cuando se observó con qué frecuencia estaba en esa lancha con su solitaria rodilla colocada en la depresión semicircular del tojino, y con el formón del carpintero rebajaba un poco aquí y alisaba un poco allá; todas estas cosas, digo, habían despertado mucho interés y curiosidad en su momento. Pero casi todo el mundo suponía que esta particular atención preparativa de Ajab debía de estar sólo orientada al acoso definitivo de Moby Dick; pues ya había revelado su intención de cazar en persona a ese monstruo mortal. Y tal suposición en modo alguno incluía la más remota sospecha de que alguna tripulación fuera asignada a esa lancha.

Ahora, con los subordinados fantasmas, pronto se desvaneció la expectación que quedaba, pues en un ballenero las incógnitas desaparecen pronto. Aparte, tales nefandos deshechos de extrañas naciones surgen a veces de desconocidos rincones y escombreras de la tierra, para tripular estos flotantes forajidos de balleneros; y los propios barcos a menudo recogen a tales singulares criaturas naufragadas, encontradas balanceándose en mar abierto sobre planchas, restos de naufragios, remos, lanchas balleneras, canoas, juncos japoneses reventados y demás; que el propio Belcebú podría trepar por el costado y bajar a la cabina a charlar con el capitán, y no provocaría alguna irreprimible excitación en el castillo.

Mas sea todo esto como fuere, lo cierto es que mientras que los subordinados fantasmas pronto encontraron su lugar entre la tripulación, sin embargo, como que aun en cierto modo fuera distinto de ellos, aquel Fedallah de capilar turbante siguió siendo, no obstante, un enmudecido misterio hasta el final. De dónde vino a un mundo cortés como éste, por qué especie de inefable lazo pronto se manifestó unido al peculiar destino de Ajab; y no sólo eso, incluso al punto de tener alguna clase de medio insinuada influencia (sabe Dios, podría hasta haber sido autoridad sobre él), todo esto nadie lo sabía. Pero uno no podía mantener un aire indiferente en lo referente a Fedallah. Era una criatura como las que la gente civilizada y doméstica de las zonas templadas sólo ve en sus sueños,

y eso apenas vagamente; pero de la clase de esas que de cuando en cuando se deslizan por entre las inamovibles comunidades asiáticas, especialmente las islas orientales al este del continente… Esos países aislados, inmemoriales e inalterables, que incluso en estos modernos días todavía preservan mucho de la espectral aboriginalidad de las primigenias generaciones de la tierra, cuando la memoria del primer hombre era un nítido recuerdo, y todos los hombres, sus descendientes, se miraban unos a otros como auténticos fantasmas, ignorantes de dónde venían, y preguntaban al sol y a la luna por qué habían sido creados y para qué fin; cuando, aunque según el Génesis, los ángeles entablaban, de hecho, relación con las hijas de los hombres, también los demonios, añaden los rabinos no canónicos, se entregaban a amores mundanos[69].



CAPÍTULO LI EL ESPIRITUAL CHORRO

Días pasaron, semanas, y bajo plácida vela el marfileño *Pequod* había lentamente surcado cuatro distintos caladeros: el de las Azores, el de las Cabo Verde, el de la Plata (así llamado al estar en aguas de la desembocadura del Río de la Plata) y el caladero Carrol, una zona acuática no delimitada al sur de Santa Elena.

Fue mientras se deslizaba por estas últimas aguas que una serena noche de claro de luna, cuando todas las olas ondeaban como rodillos de plata y con su suave, envolvente borbotear creaban lo que parecía un argénteo silencio, que no soledad: en tan silenciosa noche, un surtidor plateado fue visto muy por delante de las blancas burbujas de la proa. Iluminado por la luna, se lo veía celestial; semejaba algún dios emplumado y refulgente surgiendo del mar. Fedallah divisó primero este surtidor. Pues en estas noches de claro de luna era su costumbre trepar al tope del mayor, y hacer vigía allí con la misma precisión que si hubiera

sido de día. Y eso que, aunque se avistaran manadas de ballenas por la noche, ni un solo ballenero entre cien se aventuraría a arriar por ellas. Podéis imaginaros, entonces, con qué emociones los marinos observaban a este viejo oriental subido arriba a tan inusuales horas; su turbante y la luna compañeros en un solo cielo. Y cuando, tras pasar allí su intervalo usual durante varias noches sucesivas sin proferir un solo sonido; cuando, tras todo este silencio, se escuchó su ultraterrenal voz anunciando ese plateado surtidor iluminado de luna, cada marinero recostado se incorporó de un salto, como si algún espíritu alado se hubiera posado en la jarcia, y saludara a la mortal tripulación.

—¡Ahí resopla!

Si hubiera sonado la trompeta del Juicio no se habrían estremecido más; pero no sintieron terror, más bien placer. Pues aunque era una hora muy desacostumbrada, tan impresionante, sin embargo, fue el grito, y tan delirantemente soliviantador, que casi todas las almas a bordo ansiaron instintivamente una arriada.

Recorriendo la cubierta con rápidos pasos de lateral arremetida, Ajab ordenó que se largaran juanetes y sobrejuanetes, y se desplegaran todas las velas de ala. El mejor hombre del barco debía tomar el timón. Pronto, con todos los topes ocupados, el navío fundado en vela, avanzó con viento de popa. El extraño efecto elevador, aupador, del viento de coronamiento que llenaba las cavidades de tantas velas hacía que la flotante y suspendida cubierta se sintiera como aire bajo los pies; mientras que el barco aún aceleraba, como si dos influjos antagonistas estuvieran combatiendo en él… uno de ascender directamente al cielo, el otro de avanzar cabeceando hacia cierto objetivo horizontal. Y si hubierais observado el rostro de Ajab esa noche, habríais pensado que en él también estaban batallando dos cosas distintas. Mientras su única pierna viva hacía animados ecos a lo largo de la cubierta, cada golpe de su miembro muerto sonaba como un toque de ataúd. Sobre la vida y la muerte caminaba este viejo. Mas aunque el barco progresaba con tanta celeridad, y aunque de cada ojo, como flechas, salían lanzadas ansiosas miradas, aun así, el plateado surtidor no fue visto otra vez aquella noche. Cada marinero juró haberlo visto una vez, pero no una segunda.

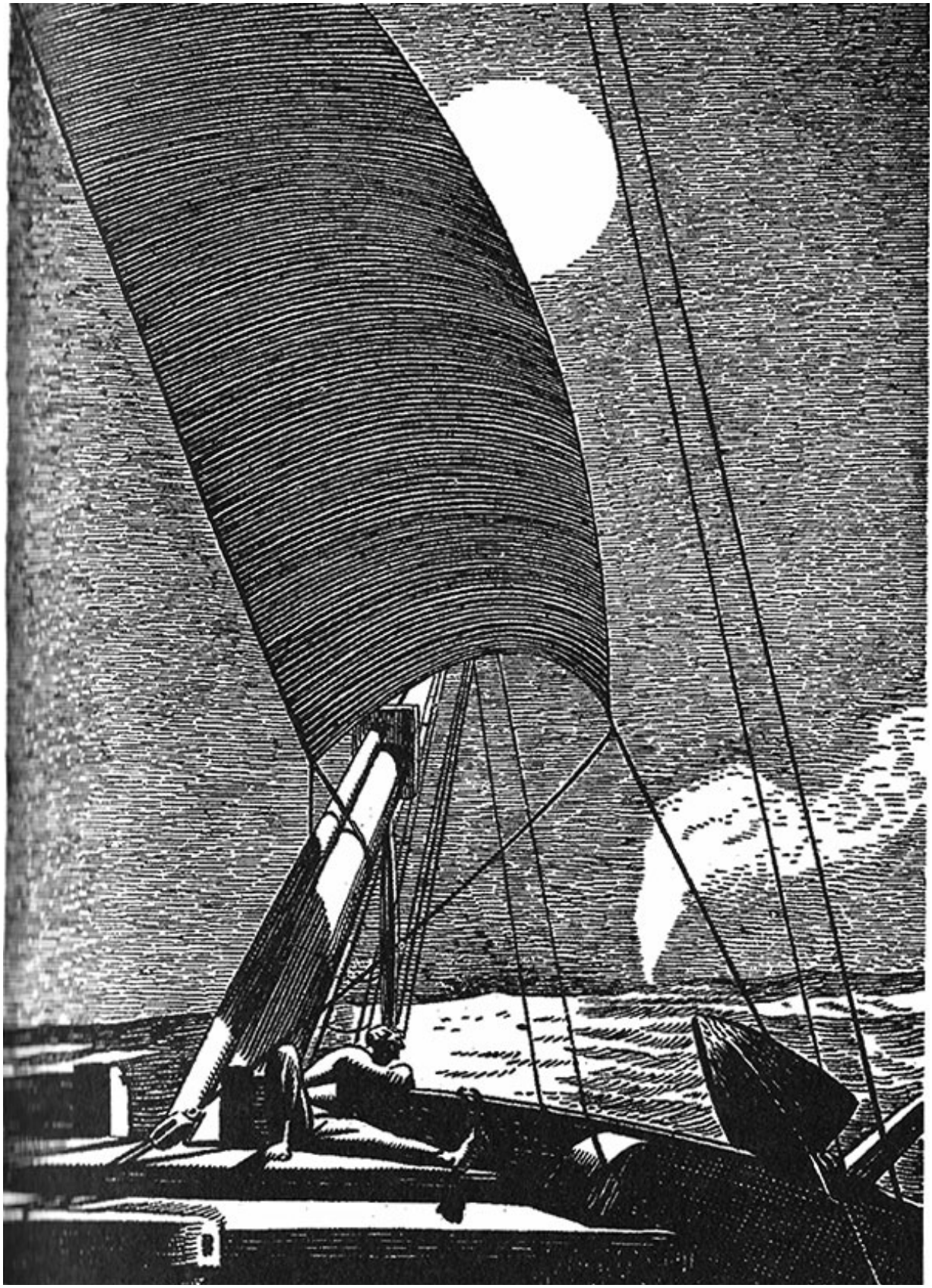
Este chorro de medianoche casi se había convertido en algo olvidado, cuando unos días después, ¡hete aquí!, a la misma silenciosa hora fue anunciado de nuevo: de nuevo fue avistado por todos, pero, al largar vela para alcanzarlo, una vez más desapareció, como si nunca hubiera existido. Y así nos asistió noche tras noche, hasta que nadie le atendió salvo para asombrarse de él. Misteriosamente lanzado a la clara luz de la luna, o de las estrellas, según fuera el caso; desapareciendo de nuevo durante un día entero, o dos días, o tres; y en algún modo semejando en cada distinta repetición estar avanzando más y más en nuestra vanguardia, este solitario surtidor daba la impresión de seducirnos siempre.

Tampoco, dada la inmemorial superstición de su linaje, y de acuerdo con la preternaturalidad de que aparentemente estaba investido el *Pequod* en muchas cosas, faltaban algunos de entre los marineros que juraran que dondequiera y cuandoquiera que se le avistaba, en cualquier época remota, o cualquier apartada latitud y longitud, ese inaproximable chorro era lanzado por una misma ballena; y esa ballena era Moby Dick. Durante cierto tiempo imperó también una impresión de especial pavor ante esta fugaz aparición, como si traicioneramente nos estuviera haciendo señas una y otra vez, para que el monstruo pudiera girar sobre nosotros, y desgarrarnos finalmente en los más remotos y salvajes mares.

Estas temporales aprensiones, tan vagas aunque tan horribles, adquirían una prodigiosa intensidad por la contrastante serenidad del tiempo, en el cual, bajo toda su azul tenuidad, algunos pensaban que acechaba un diabólico encantamiento, pues seguíamos viajando durante días y días a través de mares tan cansina y solitariamente apacibles, que todo el espacio, en aversión de nuestro vengativo errar, parecía vaciarse de vida ante nuestra proa en forma de urna.

Mas finalmente, cuando al girar hacia el este los vientos del cabo empezaron a aullar a nuestro alrededor, y nos alzamos y caímos con las fuertes marejadas que allí hay; cuando el *Pequod* colmillado de marfil bruscamente se inclinó ante el vendaval, y corneó en su locura las oscuras olas, hasta que los copos de espuma volaron sobre sus amuradas como rociadas de astillas de plata; entonces toda esta desolada vacuidad de la vida desapareció, aunque dejó paso a visiones más sombrías que antes.

Cerca de nuestra proa, extrañas formas surcaban en las aguas aquí o allá ante nosotros mientras, pegados a nuestra retaguardia, volaban los inescrutables cuervos de mar. Y cada mañana, posados en nuestros estayes, se veían filas de estos pájaros; y a pesar de nuestros gritos, se sujetaban obstinadamente al cáñamo durante mucho tiempo, como si consideraran nuestro barco un navío a la deriva no habitado; un objeto destinado a la desolación, y por tanto lugar apropiado de anidamiento para su errabundo ser. Y remontaba y remontaba, incansablemente aún remontaba el negro mar, como si sus vastas mareas fueran una conciencia; y la gran alma mundana estuviera angustiada y arrepentida por el largo pecar y sufrir que había engendrado.

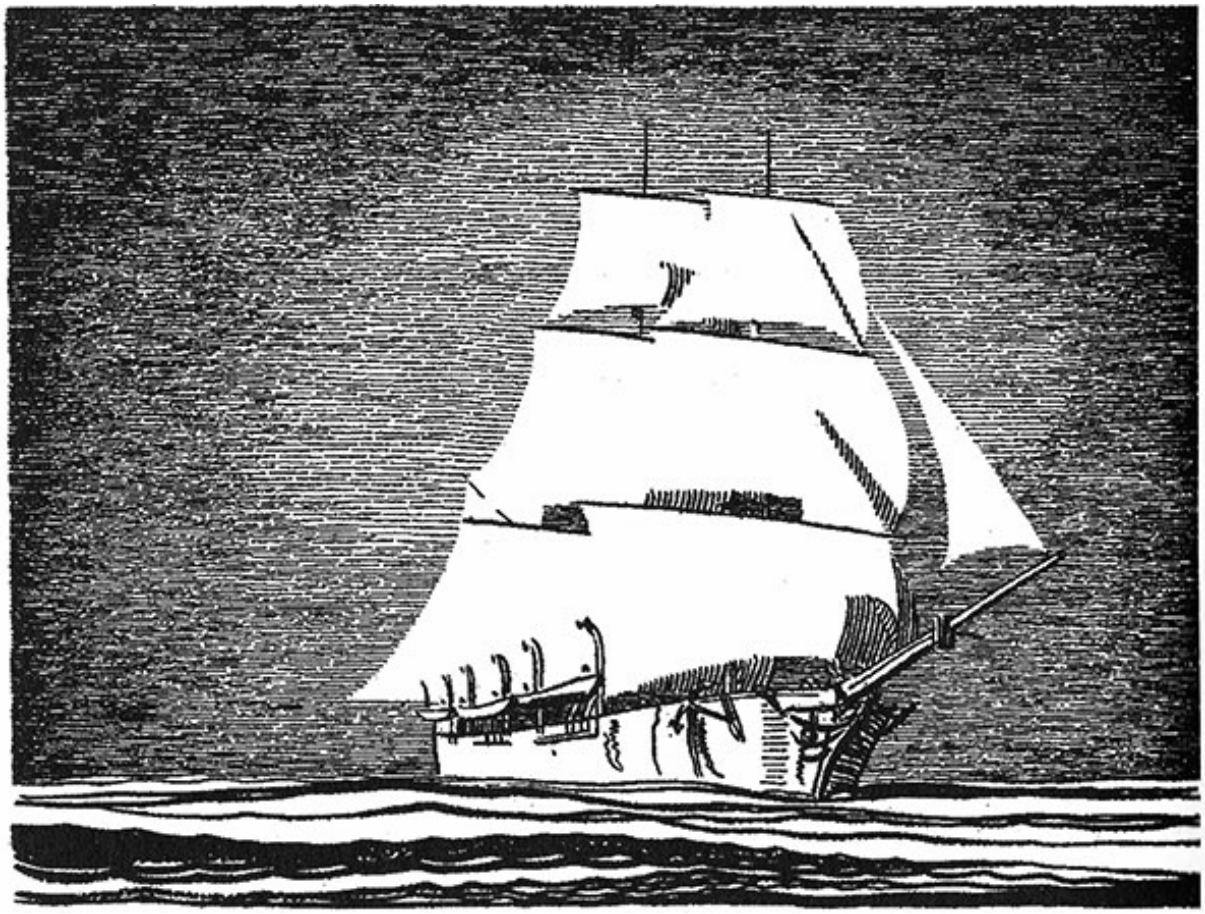


¿Cabo de Buena Esperanza os llaman? Más bien cabo Tormentoso, como os llamaron en la Antigüedad; pues largamente seducidos por los pérfidos silencios que antes nos habían esperado, nos encontramos lanzados a este mar atormentado, donde seres culpables transformados en esas aves y esos peces parecían condenados a seguir nadando por siempre sin refugio alguno en provisión, o a batir ese aire negro sin ningún horizonte. Y todavía haciéndonos señas desde delante, a veces se avistaba el solitario surtidor, calmo, blanco como la nieve, e invariable; todavía dirigiendo su fuente de plumas al cielo.

Durante toda esta negrura de los elementos, Ajab, aunque asumiendo por el momento el mando casi continuo de la empapada y peligrosa cubierta, manifestó la más sombría de las reservas; y se dirigió a sus oficiales con menor asiduidad que nunca. En tiempos tempestuosos como éstos, una vez que todo ha sido asegurado en la arboladura, no se puede hacer nada, sino esperar pasivamente el desenlace de la galerna. En esos momentos, capitán y tripulación se convierten en auténticos fatalistas. Y así, con su pierna de marfil insertada en su acostumbrada cavidad, y con una mano agarrando firmemente un obenque, gustaba Ajab estar durante horas y horas oteando ciegamente a barlovento, mientras que una ocasional borrasca de nieve o aguanieve a punto estaba de congelarle juntas las propias pestañas. Entre tanto, la tripulación, ahuyentada de la parte anterior del barco por la peligrosa mar que, restallante, rompía sobre su proa, permanecía en fila en el combés a lo largo de las amuradas; y, para protegerse mejor de las olas que saltaban, cada hombre se había deslizado en una especie de bolina asegurada a la regala, en la que oscilaba como en un cinturón suelto. Pocas o ninguna palabra se decían; y el silencioso barco, como manejado por pintados marineros de cera, avanzaba día tras día rasgando la entera vertiginosa locura y gozo de las demoníacas olas. Por la noche prevalecía el mismo mutismo de humanidad ante los chirridos del océano; en silencio todavía, los hombres se balanceaban en las bolinas; todavía el mudo Ajab arrostraba el vendaval. Incluso cuando la agotada naturaleza parecía demandar reposo,

él no buscaba ese reposo en su coy. Nunca podría Starbuck olvidar el aspecto del viejo cuando una noche, al bajar a su cabina para anotar cómo estaba el barómetro, le vio, con los ojos cerrados, sentado erguido en su silla atornillada al suelo; medio fundidos la lluvia y el aguanieve de la tormenta, de la que algún tiempo antes había emergido; todavía lentamente goteando del sombrero y del capote sin quitar. En la mesa, a su lado, había extendida una de esas cartas de mareas y corrientes de las que previamente se ha hablado. Su linterna oscilaba de su mano fuertemente cerrada. Aunque el cuerpo estaba erguido, la cabeza estaba echada hacia atrás, de manera que los ojos cerrados apuntaban hacia la aguja del chivato que colgaba de una viga en el techo[70].

¡Terrible viejo!, pensó Starbuck con un escalofrío: aún durmiendo en esta galerna, tenazmente vigiláis vuestro propósito.



CAPÍTULO LII — EL *ALBATROS*

Al sudeste del cabo, en aguas de las distantes Crozets, un buen caladero para balleneros de ballena franca, una vela hizo su aparición al frente, el *Goney (Albatros*), de nombre. Mientras lentamente se acercaba, desde mi elevada percha en el tope del trinquete gocé de una buena vista de esa imagen tan extraordinaria para un novato en las pesquerías de los lejanos océanos… Un ballenero en alta mar y ausente de puerto mucho tiempo.

Igual que si las olas hubieran sido bataneros, este navío estaba blanqueado como el esqueleto de una morsa varada. Esta espectral visión estaba surcada, a todo lo largo de sus amuradas, de largos canales de óxido enrojecido, mientras que su entera arboladura y jarcia eran como las gruesas ramas de árboles revestidos de escarcha. Sólo las velas bajas

estaban desplegadas. Singular imagen era ver a sus vigías de largas barbas en esos tres topes. Parecían ataviados con pieles de animales, así de destrozadas y remendadas estaban las vestimentas que habían sobrevivido a casi cuatro años de navegación. En pie, dentro de aros de hierro clavados al mástil, se balanceaban y oscilaban sobre un insondable mar; y aunque al deslizarse el barco lentamente cerca de nuestra popa nosotros, los seis hombres que estábamos en el aire, nos acercamos tanto unos a otros que casi podríamos haber saltado de los topes de un barco a los del otro, aquellos pescadores de aspecto desamparado, mirándonos amablemente mientras pasaban, no dijeron, no obstante, palabra alguna a nuestros vigías, mientras que abajo se escuchó el saludo del alcázar.

—¡Ah del barco! ¿Habéis visto a la ballena blanca?

Pero cuando, inclinándose sobre las pálidas amuradas, el capitán foráneo estaba en la coyuntura de llevarse a la boca la bocina, de algún modo se le cayó de la mano al mar; y alzándose ahora de pronto el viento, en vano intentó hacerse escuchar sin ella. Mientras, su barco aún seguía incrementando la distancia intermedia. Cuando de varias calladas maneras los hombres del *Pequod* estaban poniendo de manifiesto su advertencia de este ominoso incidente ante la primera mención a otro barco del nombre de la ballena blanca, Ajab hizo una pausa un instante: casi pareció que, de no haberlo impedido el amenazante viento, habría arriado una lancha para abordar al foráneo. Mas aprovechándose de su posición a barlovento, de nuevo cogió su bocina, y conociendo por su aspecto que el foráneo era de Nantucket, y camino a puerto en breve, saludó en voz alta…

—¡Ah de allí! ¡Éste es el *Pequod*, con destino alrededor del mundo! ¡Decidles que dirijan toda futura correspondencia al océano Pacífico! Y dentro de tres años, por esta época, si no estoy en puerto, decidles que la dirijan a…

En ese momento las dos estelas se cruzaron limpiamente, y entonces, en un instante, de acuerdo con sus singulares costumbres, los bancos de pequeños peces inofensivos que durante algunos días habían estado plácidamente nadando a nuestro lado salieron lanzados con lo que parecían trepidantes aletas, y se dispusieron de proa a popa a los costados del foráneo. Aunque Ajab, en el curso de sus continuas expediciones, tenía que

haber observado antes una imagen similar, para todo hombre monomaníaco, no obstante, las mayores nimiedades portan caprichosamente significados.

—Nadáis lejos de mí, ¿eh? —murmuró Ajab, oteando dentro del agua.

Poco parecía haber en las palabras, mas el tono transfería una tristeza más profunda y desamparada que la que el demente viejo jamás había evidenciado. Y volviéndose al timonel, que hasta entonces había estado manteniendo el barco presentado al viento para disminuir su avance, gritó con su voz de viejo león…

—¡Caña a barlovento! ¡Mantenlo en alta mar alrededor del mundo!

¡Alrededor del mundo! Mucho hay en esos sonidos que inspira orgullosos sentimientos; pero ¿a dónde conduce toda esa circunnavegación? Únicamente, a través de innumerables peligros, al mismo punto en el que comenzamos, donde aquellos que dejamos seguros atrás estuvieron todo el tiempo antes que nosotros.

Fuera este mundo una planicie sin límites, y navegando al oriente pudiéramos alguna vez alcanzar nuevas distancias, y descubrir vistas más dulces e insólitas que cualesquiera Cícladas o islas del rey Salomón: entonces habría promesa en el viaje. Mas en persecución de esos lejanos misterios con que soñamos, o en acoso de ese demoníaco fantasma que una u otra vez nada ante todos los corazones humanos; mientras a tales damos caza sobre este redondo mundo, ellos, o bien nos conducen a yermos laberintos, o bien nos dejan sepultados a mitad de camino.

CAPÍTULO LIII — EL *GAM*

La razón ostensible por la que Ajab no fue a bordo del ballenero del que hemos hablado fue ésta: el viento y el mar presagiaban tormenta. Pero incluso si no hubiera sido éste el caso, quizá aun así —juzgando por su subsecuente conducta en similares ocasiones— no le habría abordado si es que hubiera sido que, mediante el proceso del saludo, hubiera obtenido una respuesta negativa a la pregunta que formuló. Pues, como se descubrió finalmente, no le interesaba confraternizar ni siquiera durante cinco minutos con ningún otro capitán, a no ser que pudiera aportar algo de esa información que él tan absorbentemente buscaba. Aunque todo esto pudiera quedar inadecuadamente estimado si aquí no se dijera algo de las peculiares costumbres de las naves balleneras cuando se encuentran en mares foráneos, y especialmente en un caladero común.

Si dos extraños que cruzan las Pine Barrens del estado de Nueva York, o la igualmente desolada planicie de Salisbury en Inglaterra; casualmente se encuentran entre sí en tales inhóspitos campos, estos dos, por su vida, en modo alguno pueden evitar un saludo mutuo; y detenerse un momento a intercambiar noticias; y quizá sentarse un rato y descansar en concordia. Cuánto más natural entonces, digo, que sobre las ilimitables Pine Barrens y planicies de Salisbury del mar, dos naves balleneras, al avistarse entre sí en los confines de la tierra… en la costa de la solitaria isla Fanning, o en la lejana King's Mills; cuánto más natural, digo, que bajo tales circunstancias estos barcos no sólo intercambien saludos, sino que lleguen a un contacto más próximo, más amistoso y sociable. Y éste, especialmente, parecería algo dado por supuesto en el caso de naves pertenecientes a un mismo puerto de mar, cuyos capitanes, oficiales y no pocos de sus hombres se conocen personalmente; y, consecuentemente, tienen toda clase de cariñosos asuntos domésticos de los que hablar.

Para el barco largamente ausente, el que está camino de ida quizá tenga correspondencia a bordo; en cualquier caso, es seguro que le dejará quedarse con algunos periódicos de una fecha un año o dos posterior al último que haya en sus desdibujados y manoseados registros. Y a cambio de esa cortesía, el barco en camino de ida recibirá la última información sobre la pesca de la ballena en el caladero que puede que sea su destino, algo de la mayor importancia para él. Y todo esto resultará cierto parcialmente en lo que se refiere a balleneros que, aun llevando el mismo tiempo ausentes del hogar, cruzan sus rastros en el propio caladero. Pues uno de ellos puede haber recibido una entrega de correspondencia de un tercero y ahora muy lejano navío; y algunas de esas cartas puede que sean para la gente del barco que ahora encuentra. Aparte, intercambiarán las novedades de la pesca de la ballena y mantendrán una agradable charla. Pues no sólo se encontrarán con todo el afecto de los marineros, sino también con todas las peculiares afinidades que surgen de una actividad común, y de privaciones y peligros mutuamente compartidos.

Y no será la diferencia de país una diferencia muy esencial; al menos mientras ambas partes hablen una sola lengua, como es el caso de los americanos y los ingleses. Aunque, efectivamente, dado el pequeño

número de balleneros ingleses, estos encuentros no se producen muy a menudo, y cuando se producen es muy probable que haya una especie de timidez entre ellos; pues el inglés es más bien reservado, y al yanqui común no le agradan ese tipo de cosas en nadie salvo en sí mismo. Aparte, los balleneros ingleses a veces adoptan una especie de metropolitana superioridad sobre los balleneros americanos; y toman al delgado y alto nativo de Nantucket, con sus anodinos provincialismos, por una especie de campesino del mar. Aunque sería difícil decir en qué consiste realmente esta superioridad de los balleneros ingleses, visto que, colectivamente, los yanquis matan más ballenas en un día que todos los ingleses colectivamente en diez años. Mas ésta es una inofensiva pequeña debilidad de los cazadores de ballena ingleses, que el nativo de Nantucket no se toma muy a pecho; probablemente porque sabe que él también tiene algunas debilidades.

Así, entonces, vemos que de todos los barcos que separadamente navegan los mares, los balleneros son los que tienen más razones para ser sociables… y por eso lo son. En tanto que algunos barcos mercantes, al cruzar la estela el uno del otro en mitad del Atlántico, a veces pasarán sin siquiera una sola palabra de saludo, recortándose entre sí en alta mar como un par de dandis en Broadway; y quizá dejándose llevar todo el tiempo por afectadas críticas sobre los equipamientos de uno y otro. Por lo que respecta a los buques de guerra, cuando dan en encontrarse en el mar, pasan en primer lugar por tal ristra de estúpidas reverencias y prosternaciones, tal profusión de inclinación de enseñas, que no parece que haya mucha auténtica y emotiva buena voluntad ni amor fraternal en todo ello. En lo tocante al encuentro de barcos negreros, bueno, llevan una prisa tan prodigiosa, que salen huyendo los unos de los otros lo más pronto posible. Y en cuanto a los piratas, cuando dan en cruzar entre sí los huesos cruzados, el primer saludo es… «¿Cuántas calaveras…?», lo mismo que los balleneros saludan: «¿Cuántos barriles?». Y una vez contestada esa pregunta, los piratas separan directamente sus rumbos, pues ambos interlocutores son bellacos infernales, y no gustan de ver en demasía la mutua bellaca semejanza.

¡Mas observad al piadoso, honesto, modesto, hospitalario, sociable y despreocupado ballenero! ¿Qué hace el ballenero cuando encuentra otro ballenero hace un tiempo decente? Mantiene un *gam*, algo tan absolutamente desconocido para todos los demás barcos, que ni siquiera nunca han oído el nombre; y si por casualidad lo escuchan, se limitan a sonreír, y a repetir dichos burlones sobre «surtideros» y «cocederos de lardo», y gentiles exclamaciones semejantes[71]. ¿Por qué es que todos los marinos mercantes, y también los piratas y los tripulantes de los buques de guerra, y los marineros de los barcos negreros, albergan sentimientos tan desdeñosos hacia los barcos balleneros? Ésta es una pregunta que sería difícil de contestar. Porque en el caso de los piratas, digamos, me gustaría saber si esa profesión suya posee alguna peculiar gloria. A veces acaba en una elevación poco común, es verdad; aunque exclusivamente en el patíbulo. Y aparte, cuando un hombre es elevado de esa peculiar manera, no tiene verdadero apoyo para su superior altitud. De ahí concluyo que, al alardear de estar elevado por encima de un ballenero, en ese aserto el pirata no tiene una base sólida en la que sustentarse.

Mas ¿qué es un *gam*? Podríais desgastaros el dedo índice recorriendo de arriba abajo las columnas de los diccionarios, y no encontrar nunca la palabra. El doctor Johnson nunca alcanzó tal erudición; el arca de Noah Webster no la contiene. Sin embargo, esta misma expresiva palabra ya ha estado muchos años en constante uso entre unos quince mil auténticos nativos yanquis. Ciertamente requiere una definición, y debería ser incorporada al léxico. Con ese objetivo, permitidme definirla académicamente.

GAM. Sustantivo - *Encuentro social de dos (o más) barcos balleneros, generalmente en un caladero; durante el cual, tras intercambiar saludos, intercambian visitas de tripulaciones de lanchas, permaneciendo los dos capitanes durante ese tiempo a bordo de uno de los barcos, y los dos primeros oficiales en el otro*.

Hay otra pequeña cuestión sobre la práctica del *gam* que no debe ser aquí olvidada. Todas las profesiones tienen sus propias pequeñas peculiaridades de detalle; y así sucede con la pesquería de la ballena. En un barco pirata, un buque de guerra o uno negrero, cuando el capitán es

transportado a algún sitio en su lancha, siempre se sienta en los bandines de popa, en un confortable asiento, a veces acolchado, y él mismo a menudo patronea con una encantadora pequeña caña de petimetre, decorada con alegres cuerdas y cintas. Pero la lancha ballenera no tiene asiento a popa, ni sofá alguno de esa clase, ni ninguna caña. Qué tiempos serían, efectivamente, si los capitanes balleneros fueran llevados deslizándose de un lado a otro por el agua como viejos regidores gotosos, en sillas de ruedas de cuero. Y, por lo que respecta a la caña, la lancha ballenera no admite en modo alguno semejante afeminación; y por lo tanto, como en la práctica del *gam* una entera tripulación de lancha debe dejar el barco, de ahí que, como el piloto de la lancha o arponero es uno de ellos, en esa ocasión es este subordinado el que patronea, y el capitán, no disponiendo de lugar en el que sentarse, es trasladado a su visita enteramente en pie, como un pino. Y a menudo observaréis que, al ser consciente de que los ojos de todo el visible mundo descansan sobre él desde las bordas de los dos barcos, este erguido capitán está absolutamente pendiente de la importancia de mantener su dignidad sustentando sus piernas. Y no es éste un asunto sencillo en modo alguno; pues a su espalda está el inmenso remo de gobierno, que se proyecta y le golpea ocasionalmente en los riñones, y a éste le contesta el remo de popa, golpeteando en las rodillas por la parte de delante. Así, se encuentra comprimido tanto por delante como por detrás, y sólo puede expandirse de lado afianzándose sobre sus estiradas piernas; aunque un repentino y violento cabecear de la lancha a menudo estará a punto de tumbarle, pues la longitud del apoyo no es nada sin la correspondiente anchura. Limitaos a hacer un ángulo abierto con dos pértigas, y no podréis mantenerlo erguido. Además, no se aceptaría nunca, a plena vista de los ojos fijos del mundo, nunca se aceptaría, digo, que se viera a este capitán, que está a horcajadas, mantenerse en equilibrio ni en la menor porción a base de agarrarse a algo con las manos; de hecho, como muestra de un boyante y absoluto autocontrol, lleva generalmente las manos en los bolsillos del pantalón; aunque quizá, al ser normalmente manos muy grandes y pesadas, las lleve allí como lastre. De cualquier manera, se han dado casos, bien autentificados además, en los que se ha sabido que el capitán, durante uno

o dos momentos inusualmente críticos, digamos en un repentino turbión… se ha agarrado al pelo del remero más cercano y allí se ha aferrado como la desolada muerte.

CAPÍTULO LIV

LA HISTORIA DEL *TOWN-HO* (TAL COMO SE CONTÓ EN LA POSADA DORADA)

El cabo de Buena Esperanza, y toda la región acuática de allí alrededor, se parece mucho a algunos notorios cruces de caminos de ciertas grandes carreteras, en los que encuentras más viajeros que en ninguna otra parte.

No fue mucho después de hablar con el *Goney*, que se produjo un encuentro con otro ballenero que regresaba a puerto, el *Town-Ho*. Estaba tripulado casi enteramente por polinesios. En el breve encuentro que siguió, nos proporcionó noticias fidedignas de Moby Dick. Para algunos, el interés general en la ballena blanca se vio enormemente incrementado por una circunstancia de la historia del *Town-Ho*, que oscuramente parecía asociar a la ballena con cierto prodigioso advenimiento inverso de uno de esos llamados Juicios de Dios, que a veces se dice alcanzan a algunos hombres. Esta posterior circunstancia, que con sus propios anexos particulares constituye lo que se podría llamar la parte secreta de la tragedia que va a ser narrada, nunca alcanzó los oídos del capitán Ajab o de sus oficiales. Pues esa parte secreta de la historia era desconocida para el propio capitán del *Town-Ho*. Era propiedad privada de tres marineros blancos coligados, uno de los cuales, parece ser, se la comunicó a Tashtego con católicos requerimientos de discreción; aunque la noche siguiente

Tashtego divagó en su sueño, y reveló tanto de ella de ese modo, que cuando le despertaron no pudo apenas retener el resto. De cualquier manera, tan poderosa influencia ejerció este asunto sobre aquellos marineros del *Pequod* que llegaron a su pleno conocimiento, y con tal extraña delicadeza, por así decirlo, se comportaron en esta cuestión, que mantuvieron el secreto entre ellos, de manera que nunca transcendió a popa del palo mayor del *Pequod*. Entretejiendo en su propio lugar este hilo más oscuro con la historia tal como públicamente se narró en el barco, procedo a continuación a sentar registro duradero de la totalidad de este extraño suceso.

Por gusto propio, preservaré el estilo en el que una vez lo narré en Lima ante un indolente círculo de amigos míos hispanos, en la víspera del día de Todos Los Santos, fumando en la muy áureamente alicatada galería de la Posada Dorada. De aquellos finos caballeros, los jóvenes hidalgos Pedro y Sebastián eran los más allegados a mí; y de ahí las preguntas interpoladas que ocasionalmente plantean, que son debidamente contestadas en su momento.

—Unos dos años antes de enterarme de los acontecimientos que voy a relatar para vos, caballeros, el *Town-Ho*[72], ballenero del cachalote de Nantucket, estaba navegando por aquí, en su Pacífico, a no muchas singladuras al oeste del alero de esta Posada Dorada. Estaba en algún lugar al norte del ecuador. Una mañana, al operar las bombas siguiendo el procedimiento diario, se observó que había más agua de la normal en la bodega. Supusieron, caballeros, que un pez espada lo había «herido»[73]. Pero al tener el capitán alguna insólita razón para creer que la infrecuente fortuna le aguardaba en aquellas latitudes; y ser, por tanto, muy contrario a abandonarlas; y no considerándose la vía de agua en modo alguno peligrosa, aunque de hecho no pudieron encontrarla tras inspeccionar la bodega hasta lo más abajo que, con tiempo más bien malo, fue posible hacerlo, el barco reanudó de nuevo su navegación, con los marineros operando las bombas a largos y cómodos intervalos. Pero no llegó fortuna alguna; pasaron más días, y la vía de agua no sólo siguió oculta, sino que aumentó sensiblemente. Tanto así, que alarmándose algo ahora, el capitán

desplegó todo el paño y arrumbó hacia el puerto más próximo de las islas, para allí dar de quilla y reparar el casco.

»Aun a pesar de que ante sí tenía una no pequeña travesía, con que la más común de las fortunas le favoreciera, no era en modo alguno de temer que su barco fuera a naufragar durante el recorrido, pues sus bombas eran de las mejores, y siendo periódicamente relevados en ellas, aquellos treinta hombres suyos podían mantener el barco expedito con facilidad: igual daba que la vía de agua se duplicara. De hecho, al estar casi la totalidad de la travesía asistida por vientos muy propicios, el *Town-Ho*, de no haber acontecido la menor fatalidad, casi con certeza habría alcanzado su puerto en perfecto estado, si no hubiera sido por el brutal abuso de Radney, el primer oficial, un nativo de Nantucket, y la venganza amargamente provocada de Steelkilt, un lagonero y malhechor, nativo de Buffalo.

—¡Lagonero!… ¡Buffalo! Tened la bondad: ¿qué es un lagonero, y dónde está Buffalo? —dijo don Sebastián, incorporándose en su oscilante hamaca de paja.

—En la orilla este del lago Erie, señor; pero… ruego Vuestra Merced… sea, escuchad más sobre todo ello. Bien, caballeros, en bergantines de aparejo redondo y barcos de tres mástiles, casi tan grandes y resistentes como cualquiera que jamás navegara desde vuestro viejo Callao hasta la lejana Manila, este lagonero, con todas esas filibusteras impresiones rurales popularmente asociadas con el océano abierto, había sido, no obstante, criado en el corazón encerrado entre tierras de América. Pues en su interconectado conjunto esos enormes mares de agua dulce nuestros —el Erie, y el Ontario, y el Huron, y el Superior, y el Michigan— poseen una oceánica extensión con muchos de los más nobles rasgos del océano; con muchas de sus variedades litorales de razas y climas. Contienen archipiélagos circulares de románticas islas, lo mismo que las aguas de la Polinesia; están bordeados en gran parte por dos grandes naciones diferenciadas, lo mismo que el Atlántico; forman desde el oriente largos accesos marítimos a nuestras numerosas colonias territoriales, diseminadas a todo alrededor de sus orillas; son observados aquí y allí con gravedad por baterías artilleras, y por los cañones peñascosos, como

cabras montesas del excelso Mackinaw; han escuchado los truenos de flotas en victorias navales; a intervalos ceden sus playas a bárbaros salvajes, cuyos rostros pintados de rojo surgen desde sus tipis de pieles; durante leguas y leguas están flanqueados por arcaicos e inexplorados bosques, en los que los esbeltos pinos se alzan como compactas líneas de reyes de genealogías góticas; esos mismos bosques que albergan feroces fieras africanas, y criaturas sedosas cuyas pieles exportadas proporcionan mantos a los emperadores tártaros; reflejan las capitales empedradas de Buffalo y Cleveland, y también las aldeas Winnebago; hacen flotar de igual modo al barco mercante de aparejo entero, al crucero armado del Estado, al barco de vapor, y a la canoa de abedul; son barridos por desarboladoras ráfagas del bóreas, tan terribles como cualquiera que azote la ola salada; saben lo que son los naufragios, pues, aun estando en el interior, han hundido hasta el fondo, fuera de vista de tierra, muchos barcos furtivos con todas sus implorantes tripulaciones. Así, caballeros, aunque de tierra firme, Steelkilt era nativo del fiero océano, y en el fiero océano criado; marino tan audaz como cualquiera. Y, en lo que a Radney respecta, aunque en su infancia puede que se tumbara en la solitaria playa de Nantucket para nutrirse de su maternal mar; aunque en la vida posterior llevaba tiempo recorriendo nuestro austero Atlántico y vuestro contemplativo Pacífico; aun así, era casi tan vengativo y dado a la reyerta social como el marinero de los bosques recién llegado de las latitudes de cuchillo de monte con mango de asta de ciervo. Con todo, este nativo de Nantucket era un hombre con algunos rasgos de buen corazón; y este lagonero fuera un marinero que, aunque fuera de hecho una especie de demonio, cabría, no obstante, con inflexible firmeza, temperada sólo por esa decencia común de humano reconocimiento, que es el derecho del más mísero de los esclavos; este Steelkilt, así tratado, hacía tiempo que había sido mantenido inofensivo y dócil. En todo caso, así se había mostrado hasta entonces. Aunque habían encolerizado a Radney, y estaba condenado, y Steelkilt… Mas escuchad, caballeros.

»Habían pasado uno o dos días a lo sumo desde que orientara la proa hacia su isla de abrigo, cuando la vía de agua del *Town-Ho* pareció aumentar de nuevo, aunque sólo lo suficiente para requerir cada día una

hora o algo más en las bombas. Habéis de saber que en un océano colonizado y civilizado como es nuestro Atlántico, algunos patrones no dan importancia a cruzarlo de un lado a otro bombeando constantemente; aunque, si el oficial de guardia resulta olvidar su deber a ese respecto, lo probable sería que él y sus compañeros de dotación nunca más recordaran una plácida y somnolienta noche, por estar toda la tripulación posándose plácidamente en el fondo. Tampoco en los solitarios y salvajes mares alejados al oeste de vosotros, caballeros, es del todo inusitado que los barcos sigan haciendo sonar las palancas de sus bombas a todo volumen, incluso para un viaje de considerable longitud; esto es, si se mantienen en paralelo a una costa tolerablemente accesible, o si algún otro refugio razonable está a su alcance. Sólo cuando un navío con una vía de agua abierta está en una zona de esas aguas muy apartada, una latitud verdaderamente carente de tierra, comienza su capitán a sentirse algo inquieto.

»Más o menos de esta manera había ocurrido con el *Town-Ho*; así que, cuando se observó que su vía de agua aumentaba de nuevo, alguna pequeña inquietud fue ciertamente manifestada por varios miembros de su dotación; en especial por Radney, el primer oficial. Ordenó que las velas altas se izaran bien, que se cazaran de nuevo a besar, y que se extendieran al viento en todo modo. Ahora bien, caballeros, este Radney, creo yo, tenía tan poco de cobarde, y tan poca inclinación a ningún tipo de aprehensión nerviosa en lo referente a su propia persona, como cualquier criatura osada e irreflexiva de tierra o mar que seáis capaces de imaginar. Por tanto, cuando manifestó esta preocupación sobre la seguridad del barco, algunos de los marineros dijeron que sólo se debía a que era copropietario de él. Así que esa tarde, al trabajar en las bombas, había en ese turno no poca guasa solapada entre ellos, mientras permanecían con los pies continuamente sumergidos en el agua, que brotaba clara; clara, caballeros, como cualquier manantial de montaña… que fluía burbujeando de las bombas por toda la cubierta y se vertía en constantes borbotones por los imbornales de sotavento.

»Ahora, como bien sabéis, no es raro el caso en este tópico mundo nuestro… ya sea el acuático o el otro, que cuando una persona situada al

mando de congéneres suyos encuentra a uno de ellos que es muy significativamente su superior en la dignidad general del ser humano, conciba directamente contra ese hombre una irreprimible aversión y desabrimiento; y si tiene la oportunidad, derribará y pulverizará la torre de ese subalterno, y la convertirá en un montoncito de polvo. Sea como fuere esta idea mía, caballeros, Steelkilt era en todo caso un alto y noble animal, con una cabeza como la de un romano, y una profusa barba dorada, como los jireles del corcel de vuestro último virrey; y un cerebro, y un corazón, y un alma en él, caballeros, que habrían hecho de Steelkilt Carlomagno si hubiera nacido del padre de Carlomagno. Sin embargo, Radney, el primer oficial, era feo como una mula; pero también igual de robusto, de tozudo y de malicioso. Steelkilt no le gustaba, y Steelkilt lo sabía.

»Observando al oficial acercarse mientras se afanaba en la bomba con el resto, el lagonero aparentó no fijarse en él, pero continuó con sus alegres chanzas, sin amedrentarse.

»"Sí, sí, mis festivos amigos, una animosa vía de agua esta; que alguien ponga un cuenco, y probémosla. ¡Por Dios que es buena para embotellar! ¿Sabéis qué, compañeros? ¡La inversión del viejo Rad debe estar saliéndose por ella! Más le valdría cortar su parte del casco y remolcarlo a puerto. El hecho, muchachos, es que el pez espada sólo inició la tarea; ha vuelto otra vez con una cuadrilla de peces carpintero, peces sierra, peces lima y lo que haga falta; y toda la brigada está dándole duro, cortando y rajando en el fondo: haciendo mejoras, supongo. Si estuviera aquí ahora el viejo Rad, le diría que saltara por la borda y los dispersara. Están haciendo trizas su propiedad, se lo puedo asegurar. Pero es un viejo simplón… Rad, y un guaperas, además. Muchachos, dicen que el resto de sus bienes está invertido en espejos. Me pregunto si le daría a un pobre diablo como yo el modelo de su nariz"[74].

»"¡Malditos sean tus ojos! ¿Por qué se ha parado esa bomba?", bramó Radney, pretendiendo no haber escuchado la charla de los marineros. "¡Atronad ahí!"

»"Sí, sí, señor", divertido como un grillo. "¡Ligero, muchachos, ligero, venga!" Y con aquello la bomba repiqueteó como cincuenta máquinas de vapor; los hombres se aplicaron con denuedo a ella, y no mucho más tarde

se escuchó ese peculiar resuello de los pulmones que denota la mayor tensión de las energías extremas de la vida.

»Dejando finalmente la bomba junto al resto de su brigada, el lagonero fue hacia proa jadeando y se sentó en el molinete; su cara roja como el fuego, sus ojos inyectados de sangre, y enjugándose el profuso sudor de la frente. Ahora, caballeros, cuál sería el pérfido demonio que poseyó a Radney para que se metiera con ese hombre en tal exasperado estado corporal, yo no lo sé; mas así ocurrió. Recorriendo insufriblemente la cubierta, el oficial le ordenó que cogiera una escoba y que barriera las planchas, y también que tomara una pala y retirara ciertas ofensivas sustancias resultantes de haber permitido que un cerdo deambulara sin control.

»Ahora bien, caballeros, barrer la cubierta de un barco en alta mar es un trabajo doméstico al que se atiende regularmente cada tarde en todo tiempo, excepción hecha de temporales; se ha sabido de ser realizado en casos de barcos que de hecho estaban zozobrando en ese momento. Tal es, caballeros, la inflexibilidad de las costumbres del mar y el instintivo apego a la pulcritud en los marinos; algunos de los cuales no se ahogarían sin reproche si antes no se hubieran lavado la cara. Pero en todos los navíos este oficio de escobas es parcela reservada a muchachos, si es que hay muchachos a bordo. Además, eran los hombres más fuertes del *Town-Ho* los que habían sido divididos en brigadas para hacer turnos en las bombas; y al ser el más atlético de todos, Steelkilt había sido legítimamente designado capitán de una de las brigadas, por lo cual debía estar liberado de cualquier tarea trivial no conectada con auténticas labores náuticas, siendo tal el caso de sus compañeros. Menciono todos estos particulares para que podáis comprender exactamente cómo estaba este asunto entre los dos hombres.

»Aunque había más que eso: la orden sobre la pala estaba casi tan claramente calculada para insultar y provocar a Steelkilt como si Radney le hubiera escupido en la cara. Cualquier hombre que se haya embarcado como marinero en un barco de la pesquería de la ballena lo comprenderá; y todo esto, y sin duda mucho más, comprendió perfectamente el lagonero cuando el oficial pronunció su orden. Aunque mientras permanecía

sentado quieto un momento, y mientras firmemente miraba en los malignos ojos del primer oficial, y percibía los montones de barriles de pólvora apilados dentro de él, y la lenta mecha quemándose silenciosamente hacia ellos; mientras instintivamente veía todo esto, ese extraño aguante y renuencia a remover el ímpetu más profundo de un ser ya irascible (una aversión sentida especialmente, si es que lo es, por los hombres en verdad valientes precisamente al ser agraviados), este innominado sentimiento espectral, caballeros, embargó a Steelkilt.

»Así, en su tono ordinario, sólo levemente quebrado por el agotamiento corporal en que temporalmente se encontraba, le respondió diciendo que barrer la cubierta no era tarea suya y que no lo haría. Y entonces, sin aludir en absoluto a la pala, señaló a tres hombres como barrenderos habituales; los cuales, al no estar asignados a las bombas, habían hecho poco o nada durante todo el día. A esto Radney replicó con un juramento, reiterando incondicionalmente su orden con modos despóticos y vejatorios en extremo; avanzando simultáneamente sobre el todavía sentado lagonero, a la vez que alzaba una maza de cubero que había cogido de un tonel cercano.

»Acalorado e irritado como estaba a causa de su extenuante labor en las bombas, a pesar de su innominado sentimiento inicial de contención, el sudoroso Steelkilt malamente fue capaz de tolerar este comportamiento del primer oficial; mas sofocando aún de algún modo la conflagración en su interior, sin hablar, permaneció obstinadamente plantado en su lugar, hasta que al final el encolerizado Radney blandió la maza a unas pulgadas de su cara, ordenándole furiosamente que cumpliera sus disposiciones.

»Steelkilt se levantó, y retrocediendo lentamente alrededor del molinete, seguido siempre del primer oficial con su amenazante maza, repitió con deliberación su intención de no obedecer. Al observar, no obstante, que su contención no producía el menor efecto, previno al necio engreído mediante un desagradable e inexpresable ademán de su contorsionada mano; pero fue inútil. Y de esta manera ambos dieron la vuelta lentamente al molinete; hasta que al final, resuelto a no retroceder más, considerando ahora que ya había soportado tanto como correspondía

a su temperamento, el lagonero se detuvo en las escotillas y le habló así al oficial:

»"Señor Radney, no le voy a obedecer. Aparte esa maza, o cuídese." Pero el predestinado primer oficial, avanzando aún más cerca de él, hasta donde el lagonero permanecía inmóvil, blandió ahora la pesada maza a una pulgada de sus dientes, mientras repetía una cadena de insufribles maldiciones. No retrocediendo ni la milésima parte de una pulgada, clavándole en los ojos el enhiesto estilete de su mirada, Steelkilt cerró su mano derecha tras de sí y, echándola hacia atrás cautelosamente, le dijo a su perseguidor que si la maza le rozaba apenas la mejilla, él (Steelkilt) le mataría. Pero, caballeros, el necio había sido marcado por los dioses para el sacrificio. Inmediatamente la maza tocó la mejilla: al instante siguiente la mandíbula inferior del primer oficial estaba hundida en su cabeza; cayó sobre la escotilla manando sangre como una ballena.

»Antes de que el clamor llegara a popa, Steelkilt estaba zarandeando una de las burdas que llevan muy a lo alto, donde dos de sus camaradas hacían su guardia de tope. Ambos eran canalleros.»

—¡Canalleros! —exclamó don Pedro—. Hemos visto muchos barcos de la pesquería de la ballena en nuestros puertos, pero nunca hemos oído hablar de vuestros canalleros. Perdón: ¿quién y qué son éstos?

—Canalleros, señor, son los tripulantes de las lanchas de nuestro canal del Erie. Tenéis que haber oído hablar de ellos.

—En absoluto, señor; por estos lares, en esta tierra anodina, cálida, muy indolente y hereditaria, apenas sabemos nada de vuestro vigoroso norte.

—¿En verdad? Bien, entonces, señor, volved a llenar mi copa. Vuestra chicha es magnífica; y antes de continuar os diré quiénes son nuestros canalleros; pues esa información puede que aporte algo adicional a mi historia.

»A lo largo de trescientas sesenta millas, caballeros, a través de la entera extensión del estado de Nueva York; a través de numerosas ciudades populosas y muy prósperos pueblos; a través de grandes, desolados pantanos deshabitados, y florecientes campos cultivados de fertilidad sin par; entre salas de billar y bares; a través del *sancta*

sanctórum de grandes bosques; sobre arcos romanos por encima de ríos indios; a través de sol y de sombra; junto a corazones felices o rotos; a través de todo el amplio contraste de paisajes de esos nobles condados Mohawk; y, en especial, junto a hileras de capillas blancas como la nieve, cuyos chapiteles se yerguen casi como mojones, fluye un cauce de vida venecianamente corrupta y a menudo sin ley. Allí están vuestros auténticos Ashantee, caballeros; allí aúllan vuestros paganos; en la puerta de al lado, donde los encontraréis siempre; bajo la sombra de largo alcance y el arropado abrigo protector de las iglesias. Pues a causa de cierta curiosa providencia, lo mismo que frecuentemente se advierte en vuestros filibusteros metropolitanos, que siempre acampan alrededor de los palacios de justicia, así los pecadores, caballeros, donde más abundan es en las santas vecindades.

—¿Es ése que pasa un fraile? —dijo don Pedro, mirando hacia abajo, a la plaza, con jovial preocupación.

—Afortunadamente para nuestro amigo del norte, la Inquisición de doña Isabel flaquea en Lima —rio don Sebastián—. Proceda, señor.

—Un momento, perdón —exclamó otro del grupo—. En nombre de todos nosotros, limeños, no quiero dejar de expresar a vos, señor marinero, que en modo alguno hemos pasado por alto vuestra delicadeza al no sustituir, en vuestro símil de corrupción, la Lima presente por la Venecia distante. ¡Oh!, no os inclinéis y aparentéis sorpresa; ya conocéis el proverbio en toda esta costa: «Corrupto como Lima». Sólo confirma vuestro dicho; iglesias más abundantes que mesas de billar, y siempre abiertas… mas «Corrupto como Lima». Lo mismo Venecia; yo he estado allí: ¡la ciudad santa del bendito evangelista, san Marcos! ¡Santo Domingo, púrgala! ¡Vuestra copa! Gracias, la vuelvo a llenar; ahora, escanciad vos de nuevo.

—Libremente representado en su vocación propia, caballeros, sería el canallero un buen héroe dramático, así es de copiosa y pintorescamente perverso. Como Marco Antonio, navega indolentemente durante días y días a lo largo de su floreado Nilo de verde mantillo, jugando abiertamente con su Cleopatra de coloradas mejillas, y madurando su muslo de albaricoque sobre la soleada cubierta. Pero, en tierra, toda esta

afeminación se anula. El aspecto bandidesco que el canallero luce con tanto orgullo; su sombrero, gacho y alegremente engalanado de cinta, revela sus rasgos primordiales. Un terror para la sonriente inocencia de los pueblos por los que navega; su semblante oscuro y paso arrogante no pasan inadvertidos en las ciudades. Yo, que una vez fui vagabundo en su propio canal, recibí buenos oficios de uno de estos canalleros; le estoy reconocido de todo corazón, no quisiera ser desagradecido; pero una de las sobresalientes cualidades redentoras del hombre violento suele ser que en ocasiones tiene brazo tan duro para secundar a un pobre desconocido en apuros, como para saquear a uno rico. En suma, caballeros, lo que es la fiereza de esta vida del canal, evidénciase enfáticamente en lo siguiente: que nuestra feroz pesquería de la ballena albergue a tantos de sus más consumados graduados, y que difícilmente de estirpe alguna de la humanidad, exceptuando la de los hombres de Sydney, recelan tanto nuestros capitanes balleneros. Y en modo alguno mengua la curiosidad de este asunto el que para muchos miles de nuestros jóvenes rurales, nacidos a lo largo de su orilla, la probatoria vida del Gran Canal represente la única transición entre cosechar plácidamente en un cristiano campo de maíz y surcar insensatamente las aguas de los más bárbaros mares.

—¡Ya veo! ¡Ya veo! —exclamó impetuosamente don Pedro, derramando su chicha sobre sus volantes plateados—. ¡No es necesario viajar! El mundo entero es una Lima. Hasta ahora había creído que en vuestro moderado norte los habitantes eran fríos y santos como las colinas… Mas la historia…

—Me había quedado, caballeros, en donde el lagonero zarandeaba la burda. Apenas lo hizo así, cuando fue rodeado por los tres oficiales más jóvenes y los cuatro arponeros, que le rodearon entre todos en cubierta. Pero deslizándose por las cuerdas como letales cometas, los dos canalleros se lanzaron al alboroto y trataron de sacar de él a su hombre hacia el castillo. Otros de los marineros se unieron a ellos en esta tentativa, y se produjo una enzarzada pelea; mientras, permaneciendo lejos del posible daño, el valiente capitán se oreaba arriba y abajo con una pica ballenera, llamando a sus oficiales a sojuzgar a ese bárbaro bellaco, y a traerle en seguida hasta el alcázar. A intervalos se acercaba a la rotante orilla del

desorden y, metiendo la pica en el corazón del mismo, trataba de pescar el objeto de su animosidad. Pero Steelkilt y sus compinches eran demasiado para todos ellos: lograron alcanzar la cubierta del castillo, donde, haciendo rodar apresuradamente tres o cuatro grandes toneles en hilera con el molinete, estos parisinos de mar se atrincheraron tras la barricada.

»"¡Salid de ahí, piratas!", bramó el capitán, amenazándoles ahora con una pistola en cada mano, recién traídas por el mozo. "¡Salid de ahí, degolladores!"

»Steelkilt se subió a la barricada, y paseándose allí arriba y abajo, desafió a lo peor que las pistolas podían hacer; aunque dio a entender al capitán claramente que su muerte (la de Steelkilt) sería la señal para el inicio de un sanguinario motín por parte de toda la tripulación. Temiendo en su corazón que esto pudiera resultar lamentablemente cierto, el capitán cedió algo, pero ordenó de nuevo a los insurgentes que volvieran instantáneamente a sus obligaciones.

»"¿Prometéis no tocarnos si lo hacemos?", exigió su cabecilla.

»"¡Al trabajo! ¡Al trabajo! No hago promesas. ¡A vuestras obligaciones! ¿Queréis hacer naufragar el barco, abandonando en un momento como éste? ¡Al trabajo!", y una vez más alzó la pistola.

»"¿Naufragar el barco?", gritó Steelkilt. "Sí, dejad que se hunda. Ni uno solo de nosotros se entrega a no ser que jure no alzar ni una hebra de cabo en nuestra contra. ¿Qué decís, muchachos?", volviéndose a sus camaradas. Un fiero clamor fue su respuesta.

»El lagonero patrullaba ahora la barricada sin perder ojo a la vez al capitán, y profiriendo sentencias similares a éstas: "No es nuestra culpa, no lo queríamos; le dije que apartara su maza; era cosa de niños; debería haberme conocido de antes; le dije que no pinchara al búfalo; me parece que aquí me he roto un dedo contra su maldita mandíbula; ¿no están esas cuchillas de trinchar abajo en el castillo, muchachos?; cuidado con esos espeques, queridos. Capitán, por Dios, cuídese a sí mismo; diga lo que tiene que decir; no sea un loco, olvídelo todo, estamos dispuestos a entregarnos; trátenos razonablemente y somos sus hombres; pero no nos dejaremos azotar".

»"¡Al trabajo! No hago promesas. ¡Al trabajo, digo!"

»“¡Atended, entonces!”, gritó el lagonero, extendiendo su brazo hacia él, “Entre nosotros hay unos cuantos (y yo soy uno de ellos) que nos hemos embarcado sólo a travesía; ahora bien, como usted bien sabe, señor, podemos exigir nuestra licencia tan pronto como el ancla esté echada; así que no queremos pelea, no nos interesa; queremos ser pacíficos; estamos dispuestos a trabajar, pero no dejaremos que nos azoten”.

»“¡Al trabajo!”, bramó el capitán.

»Steelkilt miró a su alrededor un instante, y entonces dijo: “Le diré lo que hay, capitán. En lugar de matarle y que nos cuelguen por tan desdichado bufón, no alzaremos ni una mano contra vos a no ser que nos ataque; pero mientras no diga nada sobre no azotarnos, no hacemos un solo turno”.

»“Bajad entonces al castillo, abajo con vos. Ahí os mantendré hasta que os hartéis. Id abajo.”

»“¿Lo hacemos?”, gritó el cabecilla a sus hombres. La mayoría de ellos estaba en contra; pero finalmente, por obediencia a Steelkilt, le precedieron abajo a su oscura guarida, desapareciendo gruñonamente, como osos en una cueva.

»Cuando la cabeza descubierta del lagonero estaba justo al nivel de las planchas, el capitán y su partida saltaron la barricada, y cerrando rápidamente la portezuela del escotillón, plantaron a su grupo de tripulantes sobre ella, y en voz alta pidieron al mozo que trajera el pesado candado de bronce de la bajada a la cámara. Abriendo entonces un poco la portezuela, el capitán musitó algo por la rendija, la cerró y les echó la llave —a diez en número—, dejando sobre cubierta a unos veinte o más que hasta ahora habían permanecido neutrales.

»Durante toda la noche todos los oficiales mantuvieron una vigilante guardia, a proa y popa, y en especial cerca del escotillón del castillo y de la escotilla de proa, lugar por el que se temía que emergieran los insurgentes tras abrirse paso a través del mamparo inferior. Pero las horas de oscuridad transcurrieron en paz; los hombres que todavía quedaban al servicio trabajando duro en las bombas, cuyo cling clang resonó, lúgubre, a intervalos por todo el barco a lo largo de la desolada noche.

»A la salida del sol el capitán fue a proa, y golpeando sobre cubierta llamó a los prisioneros al trabajo, pero ellos se negaron a gritos. Entonces se les bajó agua, y se tiraron tras ella un par de puñados de bizcocho; después, de nuevo volviendo a echarles la llave, y a guardársela, el capitán regresó al alcázar. Dos veces por día durante tres se repitió esto; pero en la cuarta mañana, mientras se realizaba el acostumbrado requerimiento, se escuchó una confusa bronca, y una pelea después; y de pronto cuatro hombres surgieron del castillo diciendo que estaban dispuestos a entregarse. El fétido enclaustramiento del aire, y una dieta de hambruna, unidas quizá a ciertos temores a un ulterior castigo, les habían constreñido a rendirse a discreción. Crecido por ello, el capitán reiteró su requerimiento al resto, pero Steelkilt le gritó una insinuación terrible sobre dejar de balbucir y marcharse donde le correspondiera. En la quinta mañana otros tres de los amotinados surgieron al aire, zafándose de los desesperados brazos que desde abajo trataron de evitarlo. Sólo quedaban tres.

»"Sería mejor que volvierais al trabajo, ¿no?", dijo el capitán con despiadado sarcasmo.

»"¡Vuelva a encerrarnos de una vez!", gritó Steelkilt.

»"¡Oh! Como queráis", dijo el capitán, y la llave cerró.

»Fue en este momento, caballeros, que irritado por la defección de siete de sus anteriores asociados, aguijoneado por la voz burlona que acababa de dirigirse a él, y trastornado por su larga sepultura en un lugar tan negro como las entrañas de la desesperación; fue entonces cuando Steelkilt propuso a los dos canalleros, hasta entonces aparentemente de una misma opinión con él, que en el siguiente requerimiento a la guarnición se lanzaran fuera de su agujero; y armados con sus afiladas cuchillas de trinchar (largos instrumentos en forma de media luna con un mango a cada extremo) sembraran el pánico desde el bauprés hasta el coronamiento; y si por algún endemoniamiento de desesperación fuera posible, tomaran el barco. Él lo haría, por sí mismo, dijo, tanto si se le unían como si no. Ésa era la última noche que pasaría en aquella covacha. Mas el plan no encontró oposición por parte de los otros dos; juraron estar dispuestos a ello, o a cualquier otra locura, a cualquier cosa, en resumen,

excepto a la rendición. Y, más aún, cada uno de ellos insistió en ser el primer hombre sobre cubierta cuando llegara el momento de lanzar el ataque. Pero a esto su cabecilla se opuso con la misma fiereza, reservándose la prioridad para sí mismo; en especial, dado que sus dos camaradas no iban a ceder el uno al otro en el asunto, y ambos no podían ser el primero, pues la escalera admitía sólo a un hombre cada vez. Y aquí, caballeros, ha de ponerse de manifiesto el sucio juego de estos villanos.

»Al escuchar el exasperado proyecto de su cabecilla, cada uno, aparentemente en su propia diferenciada alma, había de pronto concebido el mismo plan de traición, a saber: ser quien saliera en primer lugar, con objeto de ser el primero de los tres, aunque el último de los diez, en rendirse; y con ello asegurar cualquier pequeña opción de perdón que tal conducta pudiera merecer. Pero cuando Steelkilt hizo saber su determinación de seguir liderándolos hasta el final, ellos, de alguna manera, a través de alguna sutil química de villanía, mezclaron sus hasta entonces secretas felonías; y cuando su cabecilla echó una cabezada, en tres frases se abrieron verbalmente sus almas el uno al otro, ataron al durmiente con cuerdas, lo amordazaron con cuerdas, y a medianoche gritaron llamando al capitán.

»Creyendo el asesinato servido, y husmeando en la oscuridad la sangre, el capitán y todos sus oficiales y arponeros armados se apresuraron al castillo. A los pocos minutos se había abierto el escotillón, y el cabecilla, atado de pies y manos, aún luchando, fue propulsado al aire por sus pérfidos aliados, que inmediatamente reclamaron el honor de haber apresado a un hombre que había estado resuelto al asesinato. Pero los tres fueron engrillados, y arrastrados por la cubierta como ganado muerto; y uno junto al otro fueron atados a la jarcia de mesana, como tres canales de carne, y allí colgaron hasta por la mañana. “¡Malditos seáis!”, gritaba el capitán, yendo de un lado a otro ante ellos. “¡Ni los buitres os tocarían, villanos!”

»A la salida del sol llamó a toda la tripulación; y separando a los que se habían rebelado de los que no habían tomado parte en el motín, dijo a los primeros que era de la opinión de azotarlos a todos ellos… pensaba, teniéndolo todo en cuenta, que lo haría… que debería hacerlo… que la

justicia lo requería; pero que, por el momento, considerando su oportuna rendición, les dejaría marchar con una reprimenda, que él, consecuentemente, administraba mediante esas simples palabras.

»"Mas en lo que respecta a vosotros, carroña canalla", volviéndose hacia los tres hombres en la jarcia… "a vos tengo intención de trocearos para los calderos del beneficio", y tomando un cabo, lo aplicó con todas sus fuerzas a las espaldas de los dos traidores, hasta que ya no chillaron más, y sus cabezas colgaron desfallecidas de lado, del mismo modo que se dibujan las de los dos bandidos crucificados.

»"¡Me he descoyuntado la muñeca con vosotros!", gritó finalmente; "pero todavía queda cabo suficiente para ti, mi buen gallito que no se rinde. Quitadle esa mordaza de la boca y escuchemos lo que puede decir por sí solo."

»Durante un instante el exhausto amotinado hizo un trémolo movimiento con sus atenazadas mandíbulas, y entonces, girando dolorosamente su cabeza, dijo en una especie de siseo: "Lo que digo es esto… y tome buena nota… ¡si me azota, le mato!".

»"¿Eso es lo que dices? Mira, entonces, cómo me asustas." Y el capitán se dispuso a golpear con el cabo.

»"Mejor no", siseó el lagonero.

»"Pero he de hacerlo", y el cabo fue de nuevo echado hacia atrás para el golpe.

»En ese momento Steelkilt siseó algo, inaudible para todos excepto para el capitán, el cual, ante la sorpresa de todos los hombres, se retiró, recorrió rápidamente la cubierta dos o tres veces, y entonces, arrojando repentinamente el cabo, dijo: "No lo voy a hacer… dejadle marchar… soltadle. ¿No oís?".

»Mas cuando los oficiales inferiores se apresuraban a ejecutar la orden, un hombre, pálido con la cabeza vendada, les detuvo… era Radney, el primer oficial. Desde el golpe había yacido en su litera; mas esa mañana, al escuchar el tumulto en cubierta, había subido, y hasta ese instante había estado observando toda la escena. Tal era el estado de su boca que apenas podía hablar; pero mascullando algo sobre que *él* estaba

dispuesto a hacer lo que el capitán no se atrevía a intentar, agarró el cabo y avanzó hacia su maniatado enemigo.

»"¡Eres un cobarde!", siseó el lagonero.

»"Lo soy, pero toma eso." El primer oficial estaba en la propia acción de golpear, cuando otro siseo detuvo su brazo alzado. Quedó quieto; y entonces, no deteniéndose más, hizo buena su palabra, a pesar de la amenaza de Steelkilt, fuera la que fuese. Después, soltaron a los tres hombres, toda la tripulación se puso a trabajar, y apáticamente operadas por los taciturnos marineros, volvieron a sonar las bombas de hierro.

»Ese día, justo después del oscurecer, cuando un turno se había retirado abajo, se escuchó un clamor en el castillo; y saliendo los dos temblorosos traidores, se apostaron en la puerta de la cabina diciendo que no se atrevían a avenirse con la tripulación. Ni ruegos, ni guantazos, ni patadas podían hacerles retroceder, así que, a propio requerimiento, para mantenerlos a salvo, fueron albergados en el rasel de popa. No obstante, ningún signo de motín resurgió entre el resto. Por el contrario, parecía que, principalmente a instancias de Steelkilt, habían decidido mantener la más estricta de las paces, obedecer todas las órdenes hasta el final, y cuando el barco llegara a puerto, desertar todos a una. Y con objeto de asegurarse el final más rápido del viaje, todos habían acordado otra cosa… a saber, no cantar las ballenas, caso de que alguna fuera avistada. Pues a pesar de su vía de agua, y a pesar de todos sus otros riesgos, el *Town-Ho* todavía mantenía sus vigías, y su capitán estaba tan dispuesto a arriar por una captura en aquel momento como el primer día en que su nave llegó al caladero; y el primer oficial Radney estaba igualmente dispuesto a cambiar su litera por una lancha, y con su boca vendada tratar de amordazar con la muerte la vital mandíbula de la ballena.

»Mas aunque el lagonero había inducido a los marineros a adoptar esta especie de pasividad en su conducta, él mantuvo su propia opinión (al menos hasta que todo terminó) respecto a su propia y particular venganza sobre el hombre que le había pinchado en los ventrículos del corazón. Estaba en el turno del primer oficial Radney; y el envanecido oficial, como si tras el episodio en la jarcia buscara recorrer más de la mitad del camino hasta su sentencia, insistió, contra la opinión expresa del capitán,

en volver a asumir el mando de su turno por la noche. Sobre esto y una o dos otras circunstancias, Steelkilt construyó sistemáticamente el plan de su venganza.

»Durante la noche, Radney tenía una forma poco marinera de sentarse en la amurada del alcázar y apoyar su brazo sobre la borda de la lancha que estaba izada allí, un poco más arriba de la borda del buque. En esta postura, era bien sabido, a veces dormitaba. Había un espacio considerable entre la lancha y el buque, y debajo estaba el mar. Steelkilt calculó su momento, y encontró que su siguiente turno al timón le volvería a llegar a las dos de la mañana del tercer día a partir del que había sido traicionado. A su manera, dedicó el intervalo a trenzar algo con sumo cuidado en sus guardias, abajo.

»"¿Qué es lo que haces ahí?", dijo un compañero.

»"¿Qué piensas tú? ¿Qué es lo que parece?"

»"Como un acollador para tu petate; pero es raro, diría yo".

»"Sí, más bien raro", dijo el lagonero, sujetándolo con el brazo extendido ante él; "pero creo que servirá. Compañero, no tengo bastante cuerda, ¿tienes tú algo?".

»Pero no había nada en el castillo.

»"Entonces tengo que procurarme alguna del viejo Rad"; y se levantó para ir a proa.

»"¿No querrás decir que vas a ir a mendigarle a *él* ?", dijo un marinero.

»"¿Por qué no? ¿Crees que no me hará un favor cuando en el fondo se trata de favorecerse a sí mismo, compañero?", y, acercándose al primer oficial, le miró tranquilamente y le pidió algo de cuerda para reparar su coy. Le fue entregada; ni la cuerda ni la soga fueron vueltas a ver; pero la noche siguiente una bola de hierro, rodeada por una tupida red, sobresalió parcialmente del bolsillo de la cazadora del lagonero mientras estaba doblándola sobre su coy como almohada. Veinticuatro horas más tarde, su turno al silencioso timón (junto al hombre que era dado a dormitar sobre la tumba siempre recién excavada para el marino) estaba a punto de llegar; y en el alma preordenante de Steelkilt, el primer oficial ya estaba rígido y estirado como un cadáver, con su frente machacada.

»Pero, caballeros, un necio salvó al asesino en potencia del hecho de sangre que había planeado. Aunque aun así obtuvo una completa venganza, y sin ser él el vengador. Pues a través de una misteriosa fatalidad, los propios Cielos parecieron intervenir para quitarle de las manos y tomar en las suyas el acto condenatorio que habría cometido.

»Fue exactamente entre el clarear del día y la salida del sol de la mañana del segundo día, mientras estaban baldeando las cubiertas, cuando un necio marinero de Tenerife, sacando agua en la gatera principal, gritó: "¡Allí voltea! ¡Allí voltea! ¡Jesús! ¡Qué ballena!". Era Moby Dick.»

—¡Moby Dick! —gritó don Sebastián—. ¡Santo Domingo! Señor marino, ¿es que las ballenas tienen nombre? ¿A quién llamáis Moby Dick?

—A un muy blanco, y muy famoso, y muy mortífero monstruo inmortal, señor… Aunque ésa sería una historia demasiado larga.

—¿Cómo? ¿Cómo? —gritaron todos los jóvenes españoles, rodeándome.

—No. Caballeros, caballeros… ¡No, no! No puedo relatar eso ahora. Dejadme un poco más de aire, señores.

—¡La chicha! ¡La chicha! —gritó don Pedro—; nuestro vigoroso amigo parece desfallecer; ¡llenad su vaso vacío!

—No es necesario, señores; un momento, y continúo… Bien, caballeros, al percibir tan repentinamente a la nívea ballena a cincuenta yardas del barco (descuidado del pacto entre la tripulación), el tinerfeño, en la excitación del momento, había instintiva e involuntariamente alzado su voz por el monstruo, aunque ya hacía cierto tiempo que había sido claramente observado desde los tres taciturnos topes. Todo era ahora un frenesí. "¡La ballena blanca… la ballena blanca!" era el grito del capitán, de los oficiales y los arponeros, que no arredrados por intimidantes rumores, estaban más que ansiosos de capturar tan famoso y preciado pez; al tiempo que la terca tripulación miraba con recelo, y maldiciendo, la espeluznante belleza de la vasta masa lechosa, que, iluminada por un sol que irradiaba horizontalmente, oscilaba y refulgía como un ópalo viviente en el mar azul de la mañana. Caballeros, una extraña fatalidad impregna el desarrollo completo de estos acontecimientos, como si en verdad la ruta estuviera establecida antes de que el mundo estuviera cartografiado. El

amotinado era el tripulante de proa del primer oficial, y su función, una vez sujetos a un pez, era sentarse a su lado mientras Radney se ponía en pie con la lanza en la proa, y halar o soltar la estacha, siguiendo la voz de mando. Lo que es más, cuando se arriaron las cuatro lanchas, la del primer oficial se puso en cabeza; y ninguno aullaba más fieramente de deleite que Steelkilt mientras se esforzaba en su remo. Tras un duro esfuerzo, su arponero hizo presa en la pieza, y Radney, con la pica en la mano, saltó a la proa. Al parecer, era un tipo siempre iracundo en la lancha. Y ahora su fajado grito era que le hicieran desembarcar en la parte más alta del lomo de la ballena. No de mala gana, su tripulante de proa le impulsó cada vez más alto, a través de una espuma cegadora que fundía dos blancuras; hasta que de pronto la lancha golpeó, como contra un escollo sumergido, e inclinándose, lanzó afuera al primer oficial, que estaba en pie. En ese instante, cuando cayó en el deslizante lomo de la ballena, la lancha se enderezó y fue impulsada a un lado por las olas, mientras Radney era arrojado al mar por el otro flanco del animal. Surgió entre el borbollón, y durante un instante fue entrevisto a través de ese velo, tratando ferozmente de apartarse del ojo de Moby Dick. Pero la ballena giró con rapidez en un pronto remolino; atrapó al nadador entre sus mandíbulas; y elevándose muy alto con él, de nuevo se zambulló de cabeza, y se sumergió.

»Entretanto, al primer golpe en el fondo de la lancha, el lagonero había aflojado la estacha como para caer a popa, fuera del remolino; observando tranquilamente, cavilaba sus propios pensamientos. Pero un repentino y terrorífico tirón de la lancha hacia abajo hizo que su cuchillo fuera rápidamente a la estacha. La cortó; y la ballena quedó libre. Y Moby Dick volvió a surgir a cierta distancia, con algunos jirones de la camisa de lana roja de Radney prendidos entre los dientes que le habían destrozado. Las cuatro lanchas volvieron a perseguirla; pero la ballena las eludió, y al final desapareció enteramente.

»A su tiempo, el *Town-Ho* llegó a puerto… un lugar salvaje y solitario… donde no habitaba criatura civilizada alguna. Allí, encabezados por el lagonero, todos excepto cinco o seis de los marineros desertaron voluntariamente entre las palmeras; apoderándose al final, como luego se

supo, de una gran canoa doble de guerra de los salvajes, y poniendo rumbo a algún otro puerto.

»Al estar reducida la tripulación del barco sólo a un puñado de hombres, el capitán pidió a los isleños que le ayudaran en la laboriosa tarea de dar de quilla para reparar la vía de agua. Pero tal fue la necesidad que este pequeño grupo de blancos tuvo de incansable vigilancia sobre sus peligrosos aliados, que cuando el navío estuvo dispuesto para la navegación se hallaban en una condición tan débil que el capitán no osó zarpar con ellos en navío tan pesado. Tras consultar con sus oficiales, fondeó el buque lo más lejos posible de tierra; cargó y apostó sus dos cañones a proa; amontonó sus mosquetes en la popa; y advirtiendo a los isleños que, por su propio riesgo, no se acercaran al barco, tomó a un hombre con él, y largando la vela de su mejor lancha ballenera, puso rumbo derecho, viento en popa, hacia Tahití, distante quinientas millas, para conseguir refuerzos para su tripulación.

«Al cuarto día de navegación avistó una gran canoa que parecía haber encallado en una isla baja de coral. Desvió la derrota para alejarse de ella; pero la nave forajida se le echó encima; y pronto la voz de Steelkilt le ordenó que tirara un cabo o le haría zozobrar. El capitán sacó una pistola. Con un pie en cada proa de las uncidas embarcaciones, el lagonero se río, burlándose de él; le aseguraba que si la pistola llegaba aunque sólo fuera a percutir en la llave, le enterraría en burbujas y espuma.

»"¿Qué queréis de mí?", gritó el capitán.

»"¿A dónde os dirigís? ¿Y por qué os dirigís allí?", preguntó Steelkilt; "sin mentiras".

»"Me dirijo a Tahití, a por más hombres."

»"Muy bien. Dejad que suba a bordo un momento; voy en son de paz." Diciendo lo cual, saltó de la canoa, nadó hasta la lancha; y ascendiendo la borda se encontró cara a cara con el capitán.

»"Cruce los brazos, señor; eche atrás la cabeza. Ahora repita conmigo: Tan pronto como Steelkilt me deje, juro encallar esta lancha en la playa de aquella isla, y permanecer allí seis días. ¡Si no lo hago, que un rayo me parta!"

«“Un buen alumno”, rio el lagonero. “*¡Adiós, señor!*”[75], y saltando al mar volvió nadando junto a sus camaradas.

»Observando la lancha hasta que estuvo bien encallada en la playa, y arrastrada hasta las cepas de los cocoteros, Steelkilt alzó la vela de nuevo y a su debido tiempo llegó a Tahití, también su lugar de destino. Allí la suerte le fue propicia: dos barcos estaban a punto de zarpar hacia Francia, y, providencialmente, estaban necesitados de exactamente el número de hombres que el marino encabezaba. Embarcaron; y de esta manera tomó para siempre la delantera a su antiguo capitán, por si hubiera éste tenido alguna intención de exigirles responsabilidad legal.

»Unos diez días después de que los barcos franceses zarparan, llegó la lancha ballenera, y el capitán se vio forzado a alistar a algunos de los más civilizados nativos, familiarizados de algún modo con el mar. Arrendando una pequeña goleta del lugar, volvió con ellos hasta su navío; y al encontrar todo bien allí, siguió su travesía.

»Dónde está ahora Steelkilt, caballeros, nadie lo sabe; pero en la isla de Nantucket la viuda de Radney todavía mira al mar, que rehúsa devolver sus muertos; todavía en sueños ve la horrible ballena blanca que lo destrozó».

* * * * *

—¿Habéis terminado? —dijo don Sebastián serenamente.

—He terminado, señor.

—Entonces, os lo ruego, decidme si, según vuestras más profundas convicciones esta historia vuestra es en sustancia verdaderamente cierta. ¡Es tan entretenidamente maravillosa! ¿La conocéis de una fuente incuestionable? Sed paciente conmigo si os parezco insistente.

—Sed también paciente con todos nosotros, señor marino; pues todos nos unimos a la causa de don Sebastián —alzó la voz el grupo con creciente interés.

—¿Hay una copia de los Santos Evangelios en la Posada Dorada, caballeros?

—No —dijo don Sebastián—. Pero conozco a un honorable sacerdote, aquí cerca, que me procurará una. Voy a por ella; pero ¿habéis pensado lo que hacéis? Puede que esto se vuelva demasiado serio.

—¿Seréis tan amable de traer también al sacerdote, señor?

—Aunque en la actualidad no hay autos de fe en Lima —dijo uno de los del grupo a otro—, temo que nuestro amigo marino corra el riesgo del arzobispado. Retirémonos más de la luz de la luna. No veo la necesidad de esto.

—Perdonadme que corra tras vos, don Sebastián; pero ¿podría también rogar que procurarais traer los Evangelios del mayor tamaño posible?

* * * * *

—Éste es el sacerdote, os trae los Evangelios —dijo don Sebastián gravemente, volviendo con una figura alta y solemne.

—Permitid que me quite el sombrero. Ahora, venerable sacerdote, más a la luz, y sujetad el libro santo ante mí para que pueda tocarlo.

»En el nombre del Cielo y por mi honor, la historia que os he contado, caballeros, es, en sustancia y en sus grandes rasgos, cierta. Yo sé que es cierta, ocurrió en esta tierra: yo anduve por el barco; yo conocí a la tripulación; yo he visto a Steelkilt y he hablado con él después de la muerte de Radney.

CAPÍTULO LV DE LAS MONSTRUOSAS IMÁGENES DE BALLENAS

No dentro de mucho os pintaré, todo lo bien que alguien sin lienzo pueda, algo semejante a la verdadera forma de la ballena tal como en realidad aparece al ojo del ballenero cuando está amarrada al costado del barco en su propio y cabal cuerpo, de tal manera que allí es posible subirse fácilmente a ella. Puede merecer la pena, por tanto, advertir previamente sobre esos curiosos retratos imaginarios de la ballena, que incluso hasta el día de hoy tramposamente ponen a prueba la credulidad del hombre de tierra firme. Es tiempo de enmendar al mundo en esta materia, probando que tales imágenes de la ballena son completamente erróneas.

Posiblemente, el primigenio origen de todos esos engaños pictóricos pueda encontrarse entre las más antiguas esculturas hindúes, egipcias y griegas. Pues desde aquellos inventivos aunque imprecisos tiempos, cuando en los marmóreos panelados de templos, en los pedestales de estatuas, y en los escudos, medallones, copas y monedas el delfín era dibujado con armadura de escamas de láminas, como la de Saladino, y una cabeza dotada de casco, como la de san Jorge; desde entonces ha prevalecido el mismo tipo de licencia no sólo en las imágenes más populares de la ballena, sino también en muchas representaciones científicas de ella.

Ahora bien, con toda probabilidad, la más antigua representación existente de la ballena, que pretenda ser tal, se encuentra en la famosa caverna-pagoda de Elefanta, en la India. Los brahmanes mantienen que en las casi infinitas esculturas de esa inmemorial pagoda todos los oficios y carreras, cada concebible vocación del hombre, fueron previstos siglos antes de que ninguno de ellos llegara a ser realidad. No es de extrañar, entonces, que de alguna manera nuestra noble profesión de la pesca de la ballena haya sido allí prenunciada. La ballena hindú referida aparece en un compartimento aislado del muro que representa la encarnación de Vishnú en forma de leviatán, la cual es conocida eruditamente como el avatar Matse. Pero aunque esta escultura es medio hombre y medio ballena, de manera que sólo representa la cola de esta última, aun así esa pequeña sección de ella es completamente errónea. Parece más la menguante cola de una anaconda que los anchos lóbulos de las auténticas majestuosas palmas de la ballena.

Pero dirigíos a las antiguas galerías y mirad ahora la representación de este pez por un gran pintor cristiano; pues no tiene mayor éxito que el hindú antediluviano. Es el cuadro de Guido de Perseo rescatando a Andrómeda del monstruo marino o ballena. ¿De dónde sacó Guido el modelo de una criatura tan extraña como ésa? Tampoco Hogarth, al pintar la misma escena en *El descenso de Perseo*, logra un resultado ni una pizca mejor. La enorme corpulencia del monstruo hogarthiano ondula en la superficie, desplazando apenas una pulgada de agua. Tiene una especie de silla de montar elefantes en su lomo, y su distendida boca dotada de colmillos, en la que las olas están entrando, podría confundirse con la Puerta de los Traidores, que conduce por el agua desde el Támesis a la Torre. También están la ballena del Prodromus del antiguo escocés Sibbald, y la ballena de Jonás, tal como se representa en las ediciones de antiguas Biblias y en los grabados de antiguos libros de texto. ¿Qué podemos decir de éstas? En cuanto a la ballena del encuadernador que se enrosca como un pámpano alrededor de la caña de un ancla descendiente –tal como aparece estampada y dorada en los dorsos y portadas de muchos libros antiguos y nuevos–, ésa es una criatura muy pintoresca, pero enteramente fabulosa, imitada, supongo, de la figura similar de los vasos

antiguos. Aunque universalmente denominada un delfín, yo, no obstante, llamo a este pez de encuadernador un intento de ballena; pues eso intentaba ser cuando el escudo fue inicialmente presentado. Fue introducido por un antiguo impresor italiano, alrededor del siglo XV, durante el renacimiento del estudio; y en aquellos años, e incluso hasta un periodo comparativamente tardío, los delfines eran considerados vulgarmente una de las especies del leviatán.

En las viñetas y otros ornamentos de algunos libros antiguos a veces encontraréis esbozos muy curiosos de ballenas, en los que todo tipo de chorros, *jets d'eau*, manantiales calientes y fríos, Saratogas y Baden Badens brotan burbujeando de su inagotado cerebro. En la portada de la edición original del *Fomento del saber* encontrareis algunas curiosas ballenas.

Pero dejando de lado todos estos intentos no profesionales, observemos esas imágenes del leviatán que pretenden ser sobrias delineaciones científicas, realizadas por aquellos que saben. En la antigua colección de viajes de Harris hay algunas láminas de ballenas tomadas de un libro de viajes holandés, 1671 d.C., titulado *Una expedición ballenera a Spitzbergen en el barco Jonás en la Ballena, Peter Peterson de Frieslan, patrón*. En una de esas láminas, las ballenas, como grandes balsas de troncos, están representadas flotando entre islas de hielo, con osos blancos corriendo sobre sus lomos vivos. En otra lámina se comete el portentoso error de representar la ballena con palmas perpendiculares.

De nuevo, existe un imponente cuarto, escrito por un cierto capitán Colnett, un capitán de comunicaciones de la marina inglesa, titulado *Una expedición rodeando el cabo de Hornos a los Mares del Sur, con el propósito de extender las pesquerías de la ballena spermaceti*. En este libro hay un esbozo que pretende ser una «Imagen de una ballena physeter o spermaceti, dibujada a escala a partir de una muerta en la costa de México, agosto de 1793, e izada a cubierta». No dudo que el capitán hiciera realizar esta veraz imagen para el beneficio de sus infantes de marina. Permitidme decir, por mencionar sólo algo de ella, que tiene un ojo que aplicado a un cachalote adulto, según la escala adjunta, haría del

ojo de esa ballena un mirador de unos cinco pies de largo. ¡Ah, mi galante capitán, por qué no nos incluisteis a Jonás mirando desde ese ojo!

Tampoco las más concienzudas recopilaciones de historia natural para provecho de jóvenes y neófitos están libres de la misma abominación de desatino. Observad esa popular obra, «La naturaleza animada de Golsmith». En la edición abreviada de Londres de 1807 hay láminas de una supuesta «ballena» y un «narval». No quiero parecer rudo, pero esta antiestética ballena se parece mucho a una cerda mutilada; y por lo que se refiere al narval, basta echarle un vistazo para que uno se asombre de que en este siglo XIX semejante hipogrifo pueda ser presentado como genuino ante un inteligente público de escolares.

También, en 1825, Bernard Germain, conde de Lacépède, un gran naturalista, publicó un científicamente sistematizado libro sobre ballenas, donde te encuentras varias imágenes de las diferentes especies de leviatán. Todas ellas no sólo son incorrectas, sino que sobre la imagen de la *mysticetus* o ballena de Groenlandia (es decir, la ballena franca), incluso Scoresby, un hombre de gran experiencia en lo tocante a esta especie, declara que aquélla no tiene correspondencia en la naturaleza.

Mas la colocación de la cimera de todo este disparatado asunto estaba reservada para el científico Frederick Cuvier, hermano del famoso barón Cuvier. En 1836 publicó una *Historia natural de las ballenas*, en la que ofrece lo que denomina una imagen del cachalote. Antes de mostrar esa imagen a algún habitante de Nantucket, mejor sería que prepararais vuestra expedita retirada de la isla. En dos palabras, el cachalote de Frederick Cuvier no es un cachalote, sino una masa informe. Desde luego, él nunca gozó de la ventaja de una expedición ballenera (hombres así raramente la tienen), pero quién puede decir de dónde sacó esa imagen. Quizá la obtuvo como Desmarest, su predecesor científico en el mismo campo, obtuvo uno de sus auténticos abortos; es decir, de un dibujo chino. Y de la clase de atrevidos sujetos que son esos chinos con un lápiz, muchas extrañas copas y fuentes nos informan.

Por lo que respecta a las ballenas de los pintores de anuncios que se ven en las calles, colgando sobre las tiendas de comerciantes de aceite, ¿qué se puede decir de ellas? Generalmente son ballenas Ricardo III, con

jorobas de dromedario[76], y muy salvajes; se desayunan tres o cuatro marineros, es decir, una lancha ballenera llena de tripulantes; sus deformidades chapoteando en mares de sangre y pintura azul.

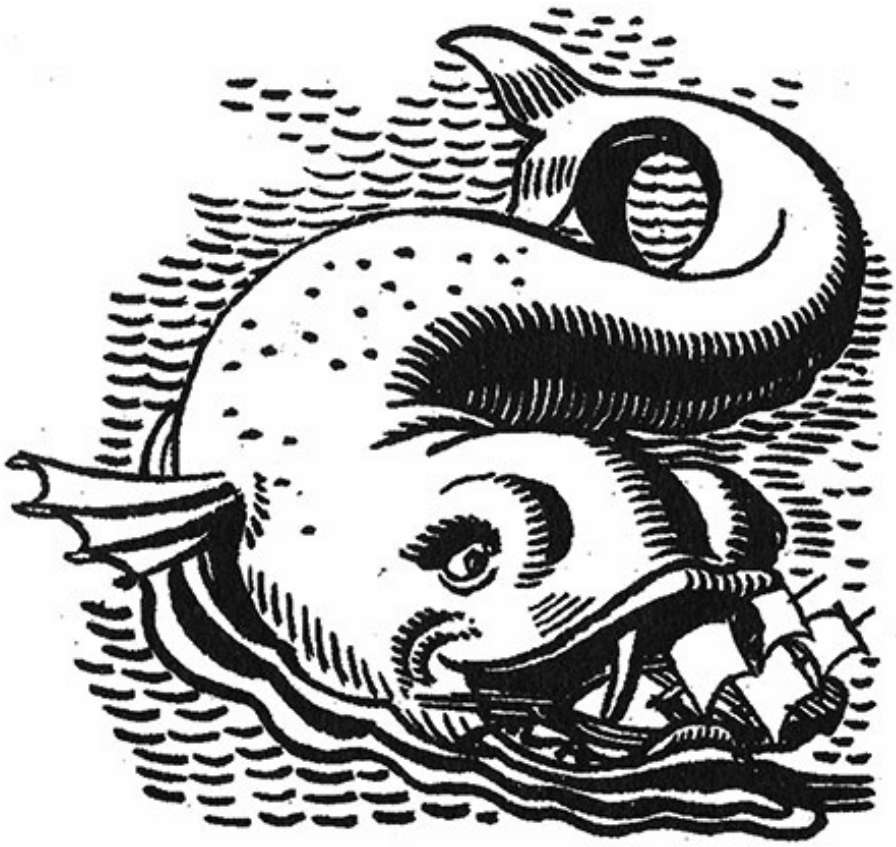
Pero estos variados errores en la representación de la ballena en verdad no son tan sorprendentes. ¡Consideradlo! La mayor parte de los dibujos científicos se han hecho a partir de los peces varados; y resultan ser tan correctos como un dibujo de un barco naufragado y desfondado correctamente representaría al propio noble animal en todo su inmaculado orgullo de casco y perchas. Los elefantes han posado para sus imágenes de cuerpo entero, pero el leviatán vivo nunca aún ha flotado por sí mismo limpiamente para su retrato. La ballena viva, en su entera majestad y significado, sólo puede verse en el mar, en aguas insondables; a flote, su enorme masa está oculta como un navío de la línea botado; y alzarle corporalmente en el aire fuera de ese elemento, para así eternizar todas sus poderosas sinuosidades y ondulaciones, es algo eternamente imposible para el hombre mortal. Y no hablemos de las considerables diferencias de contorno presumibles entre una joven ballena lactante y un platónico leviatán adulto; aun así, incluso en el caso de una de esas ballenas lactantes izadas a la cubierta de un barco, tal es entonces su ultraterrenal forma, flexible y variante, como de anguila, que su expresión concreta ni el propio Diablo la podría captar.

Pero podría concebirse que del esqueleto limpio de la ballena varada fuera posible derivar sugerencias relativas a su verdadera forma. En absoluto. Pues una de las cuestiones más curiosas referentes a este leviatán es que su esqueleto proporciona muy poca idea de su forma general. Aunque el esqueleto de Jeremy Bentham[77], que cuelga a modo de candelabro en la biblioteca de uno de sus albaceas, transmite correctamente la idea de un viejo caballero utilitario de fornida frente, junto con todos los demás principales rasgos personales de Jeremy, no obstante, nada de esta naturaleza podría ser inferido de los huesos articulados de ningún leviatán. De hecho, como dice el gran Hunter, el esqueleto de la ballena en sí mismo tiene igual relación con el animal totalmente equipado y acolchado que la que tiene el insecto con la crisálida que tan redondamente le envuelve. Esta peculiaridad es

señaladamente manifiesta en la cabeza, como en alguna parte de este libro incidentalmente se mostrará. También se exhibe curiosamente en la aleta lateral, cuyos huesos responden casi con exactitud a los de la mano humana, exceptuando únicamente el dedo gordo. Esta aleta tiene cuatro huesos de dedos normales, el índice, el medio, al anular y el meñique. Pero todos ellos están permanentemente albergados en su cobertura carnosa, como los dedos humanos en una cobertura artificial.

«Por muy despiadadamente que la ballena nos trate a veces», dijo una vez el gracioso Stubb, «nunca se podrá decir con verdad que nos manipule sin guantes».

Por todas estas razones, entonces, lo mires como lo mires, debes necesariamente concluir que el gran leviatán es la única criatura del mundo que ha de quedar definitivamente sin pintar. Ciertamente, un retrato puede dar en la diana más que otro, pero ninguno puede dar en ella con un grado de exactitud muy considerable. Así que no hay modo terrenal de descubrir qué aspecto tiene exactamente la ballena. Y la única manera en la que puedes obtener aunque sólo sea una idea aceptable de su contorno viviente es yendo tú mismo a la pesca ballenera; por más que, al hacerlo, corres un no pequeño riesgo de que ella te desfonde y te hunda para toda la eternidad. Debido a lo cual, me parece a mí que mejor sería que no fuerais excesivamente fastidioso en vuestra curiosidad relativa a este leviatán.



CAPÍTULO LVI — DE LAS MENOS ERRÓNEAS IMÁGENES DE BALLENAS, Y LAS IMÁGENES AUTÉNTICAS DE ESCENAS DE PESCA DE LA BALLENA

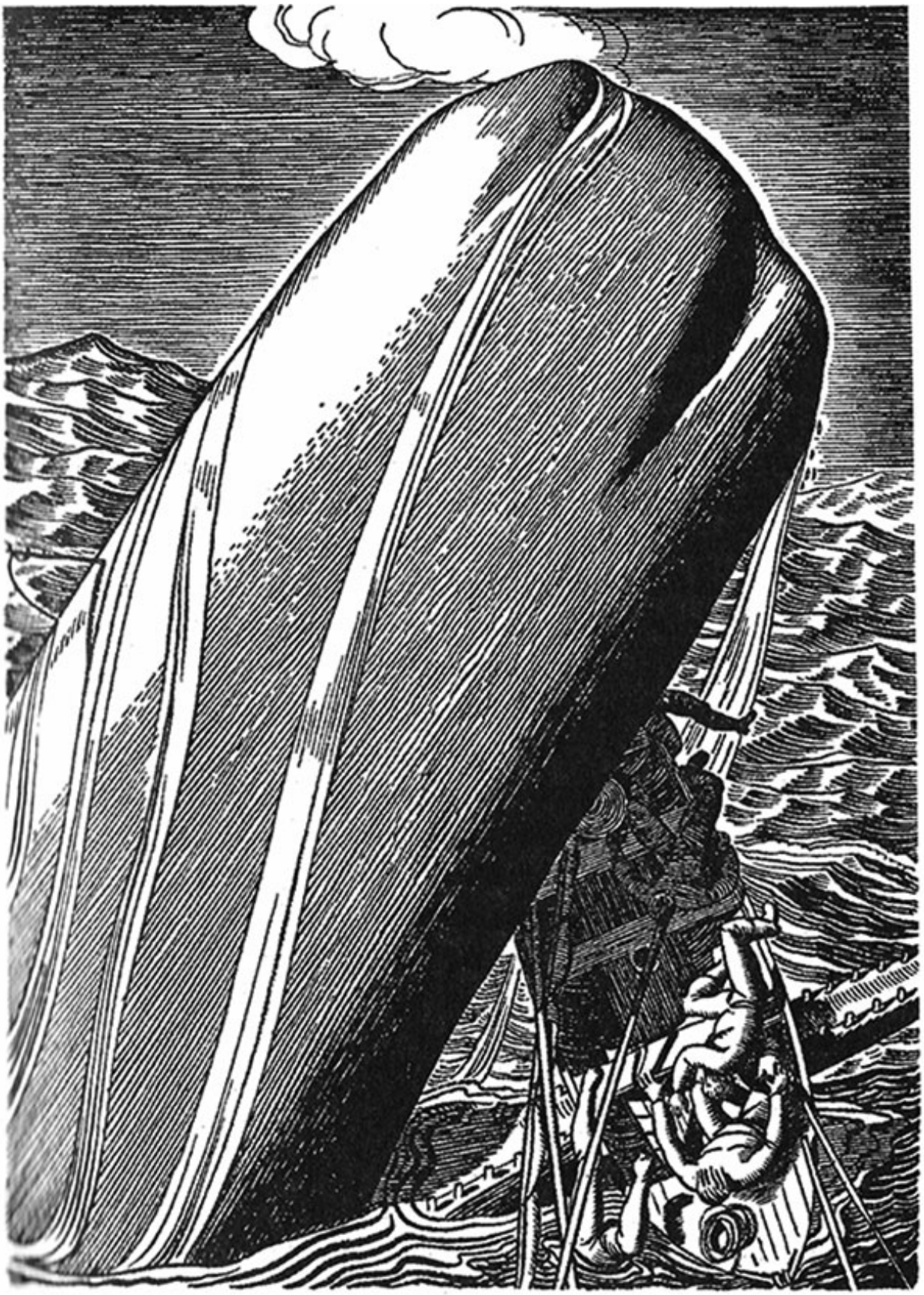
En conexión con las monstruosas imágenes de ballenas, siento aquí una fuerte tentación de incluir esas todavía más monstruosas historias sobre ellas que pueden encontrarse en ciertos libros, tanto antiguos como modernos, especialmente en Plinio, Purchas, Hackluyt, Harris, Cuvier, etc. Pero dejo pasar este asunto.

Sólo conozco cuatro esbozos publicados del gran cachalote: el de Colnett, el de Huggins, el de Frederick Cuvier y el de Beale. En el CAPÍTULO anterior se ha hecho alusión a Colnett y a Cuvier. El de Huggings es mucho mejor que el de ellos; pero el de Beale es el mejor, con gran diferencia. Todos los dibujos de Beale de esta ballena son buenos, a excepción de la figura central en la imagen de tres ballenas en distintas actitudes que encabeza el CAPÍTULO segundo. Su frontispicio, lanchas atacando a cachalotes, aunque sin duda concebido para suscitar el cortés escepticismo de algunos hombres mundanos, es admirablemente correcto y realista en su efecto general. Algunas de las imágenes de J. Ross Browne son bastante correctas en los contornos; pero están horriblemente grabadas. Aunque eso no es culpa suya.

De la ballena franca, las mejores imágenes de contorno están en Scoresby; pero están dibujadas a una escala demasiado pequeña para

transmitir la impresión deseable. Sólo tiene una imagen de escena de pesca de la ballena, y ésta es lamentablemente defectuosa, pues únicamente a través de estas imágenes, cuando de algún modo están bien hechas, puedes lograr algo semejante a una idea verídica de la ballena viva, tal como es observada por sus cazadores de carne y hueso.

Aunque, teniéndolo todo en cuenta, las mejores representaciones de ballenas y escenas de pesca de la ballena con diferencia, a pesar de que en algunos detalles no sean las más correctas, son dos grandes grabados franceses, bien ejecutados, tomados de pinturas de un tal Garnery. Representan respectivamente ataques al cachalote y a la ballena franca. En el primer grabado se muestra un noble cachalote, en su entera majestad de poderío, recién emergido bajo la lancha desde las profundidades del océano, y alzando arriba en el aire, sobre su lomo, el terrible pecio de las planchas destrozadas. La proa de la lancha está parcialmente intacta, y está dibujada justo balanceándose sobre la columna dorsal del monstruo; y erguido en esa proa, durante ese único incomputable destello de tiempo, se ve a un remero, medio envuelto por el sahumado hirviente chorrear de la ballena, en el acto de saltar, como si fuera desde un precipicio. La acción de todo el conjunto es maravillosamente acertada y veraz. La cubeta de la estacha flota en el mar blanquecino; las perchas de madera de los arpones esparcidos boyan oblicuamente en él; las cabezas de la tripulación que se mantiene a flote están dispersas alrededor de la ballena en contrastantes expresiones de terror; mientras, en la negra tormentosa distancia, el barco se precipita sobre la escena. Podrían encontrarse serios errores en los detalles anatómicos de esta ballena, pero dejad eso pasar; ya que, por mi vida, yo no podría dibujar una tan correcta.



En el segundo grabado la lancha está en el momento de acercarse al flanco plagado de percebes de una gran ballena franca, que en movimiento balancea su negra masa de aspecto de alga en el mar, como un musgoso terraplén de rocas de los arrecifes de la Patagonia. Sus surtidores son erectos, colmados, y negros como el hollín; de manera que diríais que, de tan abundante humo en la chimenea, ha de haber una soberbia cena abajo, en las grandes entrañas. Aves marinas están picoteando los pequeños cangrejos, moluscos, y demás dulces y golosinas que la ballena franca a veces porta en su pestilente lomo. Y mientras tanto el leviatán de gruesos labios se abalanza sobre el piélago, dejando toneladas de blanca cuajada tras de sí, y haciendo que la ligera lancha se meza en las olas como un esquife atrapado cerca de las paletas de un vapor oceánico. Así, la zona frontal es toda rabiosa conmoción; pero detrás, en admirable contraste artístico, está el plano vidrioso de un mar en calma, las caídas velas no almidonadas del impotente barco, y la masa inerte de una ballena muerta, una fortaleza conquistada, con la bandera de la captura perezosamente colgando de la pértiga ballenera insertada en su orificio surtidor.

Quién es, o fue, Garnery, el pintor, no lo sé. Pero apuesto mi vida a que o bien estaba familiarizado en la práctica con su tema, o si no, maravillosamente orientado por algún experimentado ballenero. Los franceses saben cómo pintar la acción. Id y contemplad todos los cuadros de Europa, y en qué lugar encontraréis semejante galería de viviente y animada conmoción en un lienzo, como la de ese triunfal salón de Versalles; donde el visitante se abre paso como puede a través de las sucesivas grandes batallas de Francia; donde cada espada parece un destello de la Aurora Boreal, y los sucesivos reyes y emperadores armados pasan raudamente, como una carga de centauros coronados. No enteramente inmerecedores de un lugar en esa galería son estos cuadros de batallas navales de Garnery.

La aptitud natural de los franceses para captar el pintoresquismo de las cosas parece peculiarmente manifiesta en sus pinturas y grabados de escenas de la pesca de la ballena. Con menos de una décima parte de la experiencia de Inglaterra en la pesquería, y ni la milésima parte de la de

los americanos, han suministrado, no obstante, a ambas naciones los únicos detallados bosquejos, capaces en algún modo de transmitir el verdadero espíritu de la caza de la ballena. Los dibujantes de ballenas ingleses y americanos parecen en su mayor parte contentarse sólo con presentar el contorno mecánico de las cosas, como por ejemplo el perfil vacío de la ballena; lo cual, en lo que concierne al pintoresquismo del efecto, es más o menos equivalente a dibujar el perfil de una pirámide. Incluso Scoresby, el meritoriamente renombrado ballenero de la ballena franca, tras mostrarnos un rígido cuerpo entero de ballena de Groenlandia, y tres o cuatro delicadas miniaturas de narvales y delfines, nos obsequia con una serie de grabados clásicos de ganchos de lancha, cuchillos de despiece y rezones; y, con la microscópica diligencia de un Leuwenhoeck, somete a la inspección de un mundo estremecido noventa y seis facsímiles de cristales de nieve árticos aumentados. No pretendo descrédito para el excelente expedicionario (le honro como veterano), pero en un asunto tan importante fue, ciertamente, un descuido no haber procurado para cada uno de los cristales un affidávit jurado obtenido ante un juez de paz de Groenlandia.

Además de esos dos excelentes grabados de Garnery, hay otros dos grabados franceses dignos de mención, realizados por alguien que firma «H. Durand». Uno de ellos, aunque no exactamente relativo a nuestro presente objetivo, merece, no obstante, mención por otros motivos. Es una tranquila escena de mediodía en las islas del Pacífico: un ballenero francés anclado junto a la costa, en calma, y perezosamente cargando agua a bordo; las velas aflojadas del barco, y las largas hojas de las palmas en segundo plano, caen ambas a la vez en el aire carente de viento. El efecto es magnífico cuando se considera en relación a la representación de los rudos pescadores bajo una de sus pocas manifestaciones de reposo oriental. El otro grabado es un asunto bastante distinto: el barco en facha sobre el mar abierto, en el mismo corazón de la vida leviatánica, con una ballena franca a su costado; el navío (en el proceso de despiezado) se inclina sobre el monstruo como si éste fuera un muelle; y una lancha, alejándose apresuradamente de esta escena de actividad, está intentando dar caza a ballenas en la distancia. Los arpones y lanzas descansan

horizontales, listos para su uso; tres remeros están en ese momento colocando el mástil en su orificio; mientras, a causa del brusco ondear del mar, la pequeña nave está a medio alzar fuera del agua, como un caballo encabritado. Del barco se eleva el humo de los tormentos de la hirviente ballena como el humo de una población de herreros; y, a barlovento, una nube negra, elevándose con determinación de galernas y lluvia, parece apresurar la actividad de los inquietos marineros.

CAPÍTULO LVII — DE LAS BALLENAS EN PINTURA; EN DIENTES; EN MADERA; EN PLANCHAS DE HIERRO; EN PIEDRA; EN MONTAÑAS; EN ESTRELLAS

En Tower-Hill, según se baja a los muelles de Londres, puede que hayáis visto a un mendigo tullido (un *anclote*, como dicen los marineros) sujetando ante sí una tabla pintada que representa la trágica escena en la que perdió su pierna. Hay tres ballenas y tres lanchas; y una de las lanchas (conteniendo, supuestamente, la pierna perdida en toda su original integridad) está siendo destrozada por las mandíbulas de la ballena más próxima. Constantemente durante estos últimos diez años, me dicen, este hombre ha sostenido esa pintura, y exhibido ese muñón ante un mundo incrédulo. Mas ahora ha llegado el momento de su vindicación. Sus tres ballenas, en cualquier caso, son ballenas tan buenas como cualquiera publicada en Wapping; y su muñón, un muñón tan incuestionable como cualquier tocón que podáis encontrar en los claros del oeste. Pero, aunque subido para siempre a ese muñón, el pobre ballenero

nunca hace discursos[78], sino que, con ojos caídos, contempla apesadumbradamente su propia amputación.

Por todo el Pacífico, y también en Nantucket, y en New Bedford, y en Sag-harbor, os encontraréis vívidos bosquejos de ballenas y escenas balleneras, grabados por los propios pescadores en dientes de cachalote, y varillas de cierre de corsé de señoras elaboradas a partir de huesos de ballena franca, y otros artículos similares de *skrimshander*, como los balleneros llaman a los numerosos pequeños artificios que laboriosamente tallan a partir del material en bruto en sus horas de oceánico asueto. Algunos de ellos tienen pequeñas cajas de implementos, de apariencia similar a los de un dentista, especialmente concebidos para la tarea de fabricar *skrimshander*. Pero en general trabajan sólo con sus navajas; y mediante esa casi omnipotente herramienta del marinero te labrarán cualquier cosa que quieras a la manera de la fantasía de un marino.

Un largo exilio de la cristiandad y la civilización hace regresar a un hombre inevitablemente a esa condición en la que Dios lo situó, o, lo que es igual, a lo que se llama salvajismo. El auténtico cazador de ballenas es un salvaje tanto como cualquier iroqués. Yo mismo soy un salvaje, y no rindo pleitesía sino al rey de los caníbales; y estoy dispuesto en cualquier momento a rebelarme contra él.

Ahora bien, en sus horas hogareñas, una de las peculiares características del salvaje es su admirable paciencia y laboriosidad. Una antigua maza de guerra hawaiana o una antigua pala de lanza de igual procedencia, en toda su multiplicidad y elaboración de talla, es un trofeo de la perseverancia humana tan grande como un léxico de latín. Pues esa milagrosa intrincación de encaje de madera se ha conseguido únicamente con un diente de tiburón o un pedazo de concha marina rota; y ha costado constantes años de constante aplicación.

Lo mismo sucede con el salvaje marinero blanco que con el salvaje hawaiano. Con la misma admirable paciencia, y con el mismo exclusivo diente de tiburón de su única humilde navaja, os tallará una pieza de escultura en hueso, no tan acabada, pero tan colmada en su dédalo de diseño como el escudo del salvaje griego Aquiles; y plena de espíritu y

sugestividad salvaje como los grabados de ese magnífico bárbaro holandés, Albert Durer.

En los castillos de los balleneros americanos frecuentemente se encuentran ballenas de madera, ballenas cortadas de perfil, obtenidas de las pequeñas oscuras tablas de la noble madera de guerra de los Mares del Sur. Algunas de ellas están hechas con gran exactitud.

En algunas casas de campo con tejado a dos aguas veréis ballenas de latón colgadas de la cola como llamadores en la puerta de la calle. Si el portero es soñoliento, sería mejor la ballena de cabeza de yunque. Pero estas ballenas para llamar raramente son destacables como trabajos fidedignos. En los chapiteles de algunas iglesias de antaño veréis ballenas de plancha de hierro montadas como veletas; pero están tan elevadas y, aparte de eso, para todo propósito están tan etiquetadas con «*¡No tocar!*», que no puedes examinarlas suficientemente cerca para decidir sobre su mérito.

En regiones costillares, huesudas de la tierra, donde en la base de elevados acantilados cortados masas de rocas yacen esparcidas en fantásticas agrupaciones sobre la planicie, descubriréis a menudo imágenes que semejan petrificadas formas del leviatán parcialmente ocultas en la hierba, que en días ventosos rompe contra ellas en un oleaje de verde marejada.

De nuevo, también en países montañosos, donde el viajero está continuamente rodeado por anfiteátricas alturas, desde algún afortunado punto de vista captaréis aquí y allá fugaces vislumbres de los perfiles de ballenas definidos a lo largo de las ondulantes crestas. Pero para ver estas vistas debéis ser un ballenero de cuerpo entero; y no sólo eso, sino que, si deseáis regresar de nuevo a ellas, debéis cercioraros de anotar la exacta intersección de longitud y latitud de vuestro inicial punto de vista, pues si no —así de fortuitas son esas observaciones de las colinas— vuestro preciso punto de vista inicial requerirá un laborioso redescubrimiento; como las islas Salomón, que aún siguen incógnitas, aunque en una ocasión el engolado Mendanna las recorriera y el viejo Figueroa las reseñara.

Tampoco, al encontraros expansivamente enaltecido por vuestro tema, dejaréis de delinear grandes ballenas en los cielos estrellados, y lanchas en

su persecución; lo mismo que cuando, repletas de ideas de guerra desde tiempo atrás, las naciones orientales veían entre las nubes ejércitos enzarzados en batallas. Así, en el norte he perseguido yo al leviatán una y otra vez alrededor del polo con las revoluciones de los puntos brillantes que en primer lugar le definieron para mí. Y, bajo los refulgentes cielos antárticos, he subido a bordo de Argo Navis, y me he incorporado al acoso de la estrellada Cetus mucho más allá de la más lejana extensión de Hydra y los peces voladores.

Con un ancla de fragata como bocado de brida, y fasces de arpones en lugar de espuelas, montaría esa ballena y saltaría a los cielos más altos, ¡por ver si los legendarios reinos celestiales, con todos sus innumerables pabellones, de verdad están acampados más allá de mi vista mortal!

CAPÍTULO LVIII COPÉPODO

Gobernando hacia el nordeste desde las Crozets, nos topamos con vastas praderas de copépodo, la diminuta sustancia amarilla de la que en gran parte se alimenta la ballena franca. Durante leguas y leguas ondeó a nuestro alrededor, de manera que parecíamos estar navegando por ilimitados campos de maduro y dorado trigo.

Al segundo día se avistaron muchas ballenas francas, las cuales, a salvo del ataque de un ballenero del cachalote como el *Pequod*, nadaban lentamente con sus mandíbulas abiertas a través del copépodo, que, adhiriéndose a las vellosas fibras de esa maravillosa persiana veneciana de sus bocas, era de ese modo separado del agua que escapaba por sus labios.

Como matutinos segadores, que lado a lado, lenta y rebullentemente adelantan sus hoces entre la crecida hierba húmeda de fangosas praderas, del mismo modo nadaban estos monstruos, haciendo un extraño y frondoso sonido cortante; y dejando tras de sí inacabables franjas de azul sobre el mar amarillo[79].

Pero sólo era el sonido que hacían mientras separaban el copépodo lo que de algún modo le recordaba a uno a los segadores. Vistas desde los topes, en especial cuando hacían una pausa y se quedaban un rato estacionarias, sus enormes formas negras, más que cualquier otra cosa, parecían masas inanimadas de rocas. Y al igual que, en las grandes

regiones de caza de la India, el extraño se cruzará a distancia en las llanuras con elefantes recostados, sin reconocerlos como tales, tomándolos por ennegrecidas elevaciones del terreno desprovistas de vegetación; así, igualmente, a menudo ocurre con aquel que por vez primera observa esta especie de leviatán del mar. E incluso cuando finalmente son reconocidos, su inmensa magnitud hace muy difícil creer verdaderamente que tales voluminosas masas de gigantismo puedan verosímilmente ser instinto en todas sus porciones, con el mismo tipo de vida que habita en un perro o un caballo.

De hecho, a otro respecto, difícilmente puedes considerar alguna de las criaturas del piélago con los mismos sentimientos que consideras a las de la tierra. Pues aunque algunos antiguos naturalistas han mantenido que de todas las criaturas terrenas hay en el mar de su clase; y aunque adoptando una amplia visión general del asunto, muy bien puede ser que así sea; sin embargo, descendiendo a particularidades, ¿dónde, por ejemplo, aporta el océano algún pez que en su disposición responda a la sagaz amabilidad del perro? Sólo del detestable tiburón puede decirse en algún aspecto genérico que tiene analogía comparable con él.

Mas aunque para los hombres de tierra firme, por regla general, los habitantes nativos de los mares siempre han sido considerados con emociones incalificablemente asociales y repulsivas; aunque sabemos que el mar es una sempiterna *terra incognita*, de manera que Colón, para descubrir su único mundo occidental de superficie, navegó sobre innumerables mundos desconocidos; aunque con gran diferencia los más terroríficos de todos los desastres mortales les han sucedido, inmemorial e indiscriminadamente, a decenas y cientos de miles de los que se han aventurado sobre las aguas; aunque sólo un momento de reflexión mostrará que por mucho que el impúber hombre pueda presumir de su ciencia y sus habilidades, y por mucho que la ciencia y las habilidades puedan progresar en un halagüeño futuro, hasta el amanecer del día del Juicio, por siempre jamás el mar le insultará y le asesinará, y pulverizará la fragata más majestuosa y sólida que pueda hacer; no obstante, de la continua repetición de estas mismas impresiones, el hombre ha perdido

ese sentido de absoluto pavor hacia el mar que aboriginalmente le pertenece.

La primera lancha de la que tenemos noticia flotó en un océano que con portuguesa venganza[80] había anegado un mundo entero sin dejar ni siquiera una viuda. Ese mismo océano se mece ahora; ese mismo océano destruyó los barcos que naufragaron el año pasado. Sí, necios mortales, el Diluvio de Noé todavía no se ha retirado; todavía cubre dos tercios del hermoso mundo.

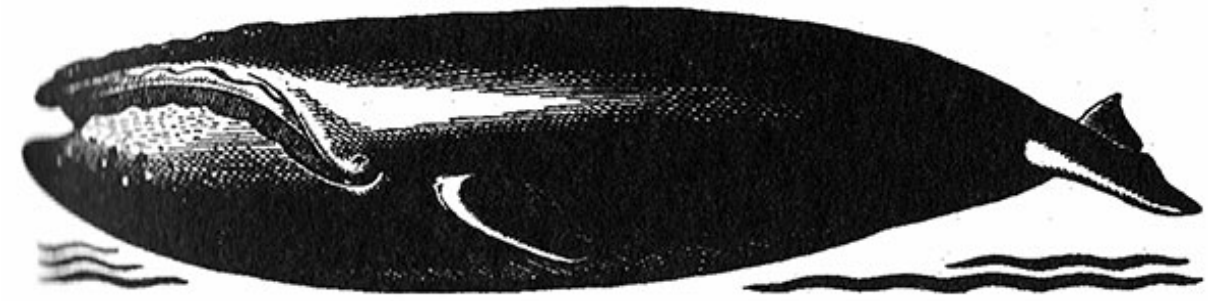
¿En qué difieren el mar y la tierra, que un milagro sobre uno no es milagro sobre el otro? Terrores preternaturales cayeron sobre los hebreos cuando, bajo los pies de Coré y su compañía, se abrió la tierra viva y los tragó para siempre; sin embargo, ni un solo moderno sol se pone sin que, precisamente de la misma manera, el mar vivo se trague barcos y tripulaciones.

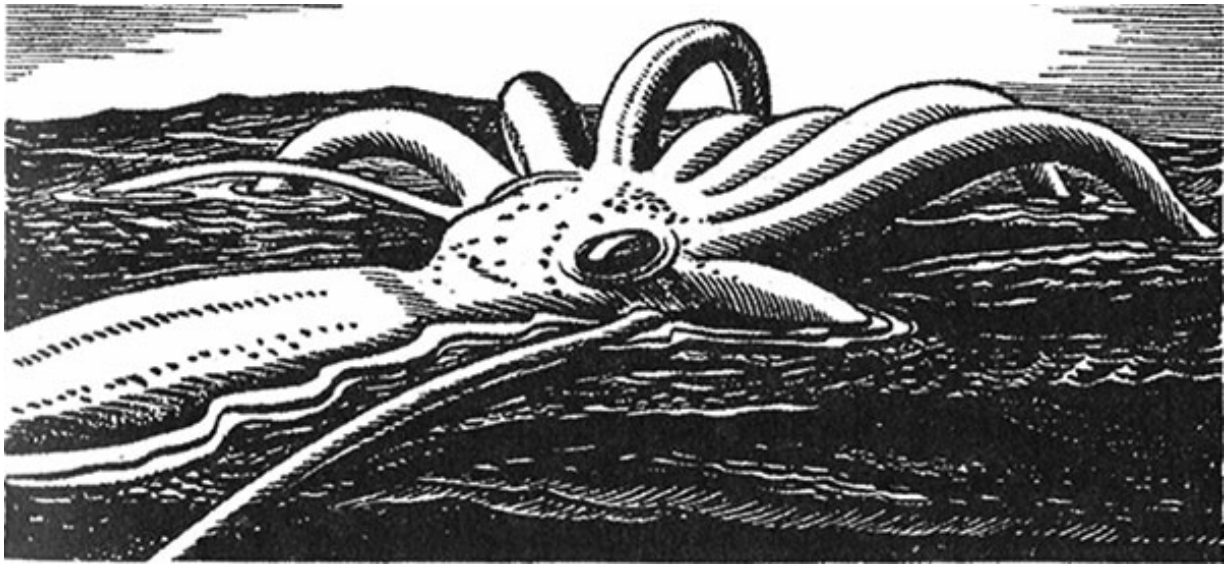
Mas no sólo es el mar tamaño enemigo de ese hombre que para él es extraño, sino que también es un demonio para su propia descendencia, peor que el anfitrión persa que asesinó a sus propios convidados; no perdonando ni a las criaturas que él mismo ha parido. Igual que la tigresa salvaje que, revolcándose en la selva, aplasta a sus propios cachorros, así el mar arroja incluso a las más poderosas de las ballenas contra las rocas, y allí las deja, lado a lado, junto a los pecios quebrantados de los barcos. Ninguna piedad, ninguna fuerza salvo la suya propia lo controla. Jadeando y bufando como un corcel de batalla enloquecido que ha perdido su jinete, el océano sin amo arrasa el globo.

Considerad la sutileza del mar; cómo sus más temidas criaturas se deslizan bajo el agua, no apercibidas en su mayor parte, y traicioneramente ocultas bajo las más adorables tonalidades de azur. Considerad también el diabólico brillo y belleza de muchas de sus más despiadadas estirpes, así como la delicada forma embellecida de muchas especies de tiburones. Considerad, una vez más, el universal canibalismo del mar; cuyas criaturas todas se depredan entre sí, manteniendo guerra eterna desde que el mundo comenzó.

Considerad todo esto; y volved entonces a esta verde, gentil y muy dócil tierra; consideradlas a ambas, la tierra y la mar; ¿y no encontráis una

extraña analogía con algo en vosotros mismos? Pues lo mismo que este pavoroso océano rodea la verde tierra, así en el alma del hombre hay una insular Tahití llena de paz y alegría, aunque circundada por todos los horrores de la vida a medio conocer. ¡Dios os guarde! ¡No os alejéis de esa isla, jamás podríais regresar!





CAPÍTULO LIX — CALAMAR

Vadeando lentamente las praderas de copépodo, el *Pequod* aún mantenía su rumbo noreste hacia la isla de Java; un gentil viento impelía su quilla, de manera que, en la serenidad circundante, sus tres altos mástiles, inclinados se balanceaban suavemente en esa lánguida brisa, como tres tiernas palmeras en una planicie. Y todavía, a largos intervalos en la plateada noche, se avistaba el solitario e incitante surtidor.

Pero una transparente mañana azul, cuando se extendía sobre el mar una quietud casi preternatural, en modo alguno asociada a una estancada calma; cuando el largo reflejo del sol, bruñido en las aguas, semejaba un dedo dorado que posado sobre ellas imponía un cierto sigilo; cuando las escurridizas olas susurraban unas a otras en su blando discurrir; en este profundo silencio de la esfera visible, un extraño espectro fue visto por Daggoo desde el tope del mayor.

En la distancia emergía indolentemente una gran masa blanca; y flotando cada vez más arriba, y desenmarañándose del azul, finalmente refulgió ante nuestra proa como una avalancha de nieve recién caída de las montañas. Así brilló durante un instante, con la misma lentitud fue hundiéndose, y se sumergió. Entonces volvió a surgir, y silenciosamente

refulgió. No parecía una ballena; y, sin embargo, ¿es Moby Dick?, pensó Daggoo. De nuevo el fantasma descendió, pero al reaparecer de nuevo, con un grito como un estilete, que sobresaltó a todos los hombres en su somnolencia, el negro chilló…

—¡Allí! ¡Allí otra vez!, ¡allí rompe!, ¡justo al frente! ¡La ballena blanca, la ballena blanca!

Ante lo cual, los marineros se precipitaron a las vergas lo mismo que las abejas se precipitan a las ramas en el momento de enjambrar. Descubierta la cabeza bajo el sofocante sol, Ajab se situó en el bauprés, y con una mano echada muy atrás, en disposición de señalar sus órdenes al timonel, fijó su ansiosa mirada en la dirección indicada desde lo alto por el brazo extendido e inmóvil de Daggoo.

Ya fuera que la efímera aparición de aquel callado y solitario surtidor hubiera afectado poco a poco a Ajab, de manera que ahora estuviese dispuesto a asociar las ideas de suavidad y reposo con el primer avistamiento de la particular ballena que perseguía; o ya fuera que su ansia le traicionaba, comoquiera que pudiera haber sido, en cuanto percibió la masa blanca, con enérgica intensidad, dio instantáneamente orden de arriar.

Pronto estuvieron las cuatro lanchas en el agua; la de Ajab por delante, y todas bogando con rapidez hacia su presa. En seguida ésta descendió, y mientras con los remos suspendidos estábamos esperando su reaparición, ¡hete aquí!, en el mismo punto en el que se había hundido, de nuevo lentamente emergió. Casi olvidando por el momento toda idea de Moby Dick, observamos ahora el más fantástico fenómeno que los mares secretos hayan revelado hasta el momento a la humanidad. Una enorme masa pulposa de un brillante color crema, estadios de anchura y longitud, flotaba sobre el agua; innumerables largos brazos radiando desde su centro, y ondeándose y retorciéndose igual que un nido de anacondas, como para hacer presa ciegamente en cualquier desafortunado objeto a su alcance. No mostraba cara o parte anterior perceptible; ni concebible indicio ni de sensación, ni de instinto; simplemente ondulaba allí en las olas, una informe, aterrenal y fortuita aparición de vida.

Mientras con un grave sonido de succión volvía lentamente a desaparecer, Starbuck, todavía observando las agitadas aguas en las que se había sumergido, exclamó con voz alterada:

—¡Casi preferiría haber visto a Moby Dick y haberle combatido, que haberos visto a vos, blanco fantasma!

—¿Qué fue eso, señor? –dijo Flask.

—El gran calamar vivo, que pocos barcos balleneros, dicen, llegaron a observar y regresaron a sus puertos para contarlo.

Mas Ajab no dijo nada; haciendo girar su lancha, regresó a la nave; el resto siguiéndole igual de silenciosos.

Cualesquiera supersticiones que los balleneros del cachalote hayan asociado en general a la visión de este objeto, lo cierto es que, siendo tan inusual la ocasión de verlo, esa circunstancia ha contribuido mucho a investirlo de premoniciones. Tan raramente es observado, que aunque todos y cada uno lo declaren el mayor objeto animado del océano, aun así muy pocos de ellos tienen sino la más imprecisa idea referente a su verdadera forma y naturaleza; no obstante lo cual, creen que le proporciona al cachalote su único alimento. Pues mientras otras especies de ballenas encuentran su sustento en la superficie del agua, y pueden ser observadas por el hombre en el acto de alimentarse, la ballena spermaceti obtiene la totalidad de su alimento en zonas desconocidas, bajo la superficie; y es sólo por inferencia que alguien puede decir en qué consiste precisamente ese alimento. A veces, cuando es perseguida muy de cerca, regurgita lo que se supone son los brazos cortados del calamar; algunos de ellos, de esa manera expuestos, exceden veinte y treinta pies de longitud. Suponen que el monstruo al que pertenecían estos brazos normalmente se agarra con ellos al fondo del océano; y que el cachalote, a diferencia de otras especies, está provisto de dientes con objeto de atacarlo y hacerlo pedazos.

Parece haber cierto fundamento para pensar que el gran *kraken* del obispo Pontoppidan pueda finalmente resultar ser un calamar. Por la manera en que el obispo lo describe, emergiendo y hundiéndose alternativamente, junto con otros particulares que narra, en todo ello los

dos se corresponden. Pero mucha reducción es necesaria con respecto al increíble volumen que le asigna.

Algunos naturalistas, que vagamente han escuchado rumores de la misteriosa criatura de la que aquí se habla, la incluyen entre la clase de las jibias, a la que, efectivamente, en ciertos aspectos parecería pertenecer, aunque sólo como el Anaq de la tribu.

CAPÍTULO LX LA ESTACHA

En referencia a la escena de pesca de la ballena que pronto será descrita, así como para la mejor comprensión de todas las escenas similares presentadas en cualquier otro lugar, debo aquí hablar de la mágica, a veces horrible, estacha.

La estacha que se utilizaba originalmente en la pesquería era del mejor cáñamo, ligeramente tratado al vapor con brea, no impregnado en ella, como es el caso en los cabos ordinarios; pues aunque la brea, tal como se utiliza comúnmente, hace el cáñamo más flexible para el cordelero, y también hace el mismo cabo más conveniente para el marinero en el uso común del barco, sin embargo, la cantidad ordinaria no sólo haría demasiado rígida la estacha para el prieto enroscado al que debe someterse, sino que, como muchos marinos están empezando a advertir, la brea en general no mejora en modo alguno la durabilidad o la fuerza del cabo, por mucho que le pueda proporcionar compactibilidad y lustre.

En los últimos años, en la pesquería americana, el abacá ha sustituido casi completamente al cáñamo como material para estachas; pues aunque no es tan duradero como el cáñamo, es más fuerte, y mucho más suave y elástico; y añadiré (ya que en todo hay una estética) que es mucho más bonito y acorde para la lancha que el cáñamo. El cáñamo es un tipo oscuro,

sombrío, una especie de indio; pero el abacá es a los ojos como un circasiano de pelo dorado.

La estacha sólo tiene dos tercios de pulgada de grosor. A primera vista no pensaríais que es tan fuerte como en realidad es. Experimentalmente, sus cincuenta y una filásticas sostienen cada una un peso de ciento doce libras; de manera que el cabo entero soportará una tensión casi igual a tres toneladas. En longitud, la estacha normal del cachalote mide algo más de doscientas brazas. Está arrollada en la cubeta en la parte de popa de la lancha, aunque no como el serpentín de un alambique, sino formando una masa redonda, en forma de queso, de densamente asentadas «roldanas» o capas de espiralizaciones, sin ningún hueco excepto el «corazón» o diminuto tubo vertical formado en el eje del queso. Como al salir suelta, el menor enredo o bucle en el enroscado infaliblemente se llevará el brazo, la pierna o el cuerpo entero de alguien, cuando se enrosca la estacha en su cubeta se aplica la mayor de las precauciones. Algunos arponeros emplean casi una mañana entera en esta tarea, llevando la estacha arriba de la arboladura y pasándola entonces hacia abajo a la cubeta a través de un motón, para, en el proceso de enroscarla, librarla de todo posible pliegue y retorcimiento.

En las lanchas inglesas se utilizan dos cubetas en lugar de una; siendo arrollada de forma continua la misma estacha en ambas. Cierta ventaja hay en esto; ya que estas cubetas gemelas, al ser tan pequeñas, caben más fácilmente en la lancha, y no la cargan tanto; mientras que la cubeta americana, de casi tres pies de diámetro, y de profundidad proporcional, constituye un peso bastante voluminoso para una nave cuyas planchas sólo son de media pulgada de grosor; pues el fondo de la ballenera es como una capa de hielo, que soporta un considerable peso distribuido, pero no mucho de uno concentrado. Cuando se coloca la cubierta de lienzo pintado sobre la cubeta de estacha americana, la lancha parece que estuviera zarpando con un gigantesco pastel de boda para ofrecer a las ballenas.

Ambos extremos de la estacha están a la vista; el extremo inferior acaba en un bucle o gaza que surge del fondo contra el costado de la cubeta, y que cuelga sobre su borde enteramente suelto de todo. Esta disposición del extremo inferior es necesaria por dos motivos. En primer

lugar, para facilitar la sujeción a él de la estacha adicional de una lancha cercana, en caso de que la ballena alcanzada se sumerja a tanta profundidad que amenace llevarse la estacha entera, sujeta inicialmente al arpón. En estos casos, la ballena, evidentemente, se pasa de una lancha a la otra, como si fuera, por así decirlo, una jarra de cerveza; aunque la primera lancha siempre se mantiene cerca para ayudar a su compañera. En segundo lugar, esta disposición es indispensable por simple seguridad; pues si el extremo inferior de la estacha estuviera de algún modo sujeto a la lancha, y si la ballena entonces, en apenas un único humeante minuto, tirara de la estacha hasta el final, como a veces hace, no se detendría allí, pues la sentenciada lancha sería infaliblemente arrastrada tras ella a las profundidades del mar; y en ese caso ningún pregonero podría volver a encontrarla jamás.

Antes de arriar la lancha para el acoso, el extremo superior de la estacha se lleva desde la cubeta a popa, y pasando allí por el tocón, se lleva de nuevo adelante a todo lo largo de la lancha, descansando perpendicularmente sobre el guión o mango de los remos de todos los hombres, de manera que roza contra su muñeca al remar; y así pasa entre los hombres, que se sientan alternativamente en amuradas opuestas, hasta los guiacabos o ranuras emplomadas en el extremo de la puntiaguda proa de la lancha, donde un pasador o perno de madera del tamaño de una pluma común, evita que se salga. Desde los guiacabos cuelga en forma de festón sobre la amura, y es pasada después de nuevo dentro de la lancha; y una vez arrolladas unas diez o veinte brazas (llamadas «estacha de caja») sobre la caja de proa, continúa su camino hasta la borda un poco más hacia popa, y entonces se sujeta a la estacha corta… el cabo que se enlaza inmediatamente con el arpón; aunque, previamente a ese enlace, la estacha corta pasa por diversas mistificaciones demasiado tediosas de detallar.

Así, la estacha envuelve la entera lancha en sus complicados lazos, retorciéndose y contorsionándose a su alrededor en casi todas las direcciones. Todos los remeros están enredados en sus peligrosos enroscamientos; de manera que, a los tímidos ojos del hombre de tierra firme, parecen malabaristas indios con las más mortíferas serpientes festoneando traviesamente en sus extremidades. Y ningún hijo de mujer

humana es capaz de sentarse por vez primera entre esas marañas de cáñamo y, a la vez que se esfuerza todo cuanto puede al remo, pensar que en cualquier ignoto instante cabe que se arroje el arpón y que, como relámpagos anillados, se activen todas esas horrible contorsiones; no es capaz de encontrarse de manera semejante en tal premura sin un escalofrío que hace que la propia médula de sus huesos tiemble en él como gelatina zarandeada. Sin embargo, la costumbre… ¡extraña cosa!, ¿qué no podrá la costumbre lograr?… Ocurrencias más simpáticas, más alegre alborozo, mejores chistes y más brillantes réplicas nunca escuchasteis sobre vuestra caoba, que las que escucharéis sobre el cedro blanco de media pulgada de la ballenera, mientras estáis así colgado en los nudos de ahorcado; y podríais decir que, como los seis burgueses de Calais ante el rey Eduardo, los seis hombres que componen la tripulación bogan hacia las mandíbulas de la muerte con una soga alrededor de cada uno de sus pescuezos.

Quizá un poquito de reflexión os permitirá ahora caer en la cuenta de esos repetidos desastres de la pesca de la ballena —algunos de los cuales se narran sin darles importancia—, de aquel o aquel otro hombre que es arrastrado por la estacha fuera de la lancha, y perdido. Pues cuando la estacha está saliendo lanzada, estar entonces sentado en la lancha es como estar sentado en medio de los múltiples movimientos bruscos de una máquina de vapor a toda potencia; donde cada biela, y eje, y rueda, te pasa rozando. Es peor; ya que no puedes sentarte inmóvil en el medio de estos peligros, pues la lancha se mece como una cuna, y te ves despedido de un lado a otro sin la menor advertencia; y únicamente gracias a una cierta autoajustable flotabilidad de espíritu y simultaneidad de volición y actuación puedes escapar de que te conviertan en un Mazeppa, y te arrojen a donde el propio sol, que todo lo ve, nunca podría abrirse paso hasta ti.

De nuevo: igual que la profunda calma que visiblemente sólo precede y profetiza la tormenta, es quizá más atroz que la tormenta en sí; ya que, efectivamente, la calma no es sino el envoltorio y funda de la tormenta; y la contiene en sí, lo mismo que el aparentemente inofensivo rifle contiene la fatal pólvora, y la bala, y la explosión; así el grácil reposo de la estacha, mientras silenciosamente serpentinea alrededor de los remeros antes de ser puesta en acción… esto es algo que tiene en sí mayor cantidad de

auténtico terror que cualquier otro aspecto de este peligroso asunto. Pero ¿por qué decir más? Todos los hombres viven envueltos en estachas. Todos nacen con sogas alrededor de sus cuellos; pero sólo cuando están atrapados en el rápido y repentino turno de la muerte los mortales se dan cuenta de los silenciosos, sutiles y siempre presentes riesgos de la vida. Y si fuerais un filósofo, incluso sentado en la ballenera no sentiríais en el corazón ni una pizca más de terror que si estuvierais sentado frente a vuestro vespertino fuego, con un atizador en lugar de un arpón a vuestro lado.

CAPÍTULO LXI STUBB MATA A UNA BALLENA

Si para Starbuck la aparición del calamar fue un episodio propio de portentos, para Queequeg fue algo muy diferente.

—Cuando tú ver a él calamar —dijo el salvaje, afilando su arpón en la proa de su lancha izada—, entonces tú pronto ver a él cachalote.

El día siguiente fue sereno y bochornoso en exceso, y no teniendo nada especial en que ocuparse, la tripulación del *Pequod* apenas podía resistir el embeleso del sueño inducido por un mar tan vacío. Pues esta parte del océano Índico a través de la que entonces navegábamos no es lo que los balleneros llaman un caladero movido; es decir, ofrece menos ocasiones que el del Río de la Plata o el caladero de las aguas costeras del Perú para observar marsopas, delfines, peces voladores y otros vivaces habitantes de aguas más animadas.

Era mi turno de ocupar el tope del trinquete; y con los hombros apoyados contra los aflojados obenques del sobremastelerillo, me balanceaba perezosamente de un lado al otro en lo que parecía una atmósfera encantada. Ninguna voluntad podría resistirlo; perdiendo toda conciencia en ese somnoliento estado de ánimo, mi alma finalmente se separó de mi cuerpo; aunque mi cuerpo todavía continuó balanceándose, como lo hace un péndulo mucho después de haber retirado la fuerza que inicialmente lo ha movido.

Previamente a que el olvido me embargara totalmente, me había apercibido de que los marineros en los topes del mayor y de mesana ya estaban adormilados. Así que al final los tres colgábamos inánimes de las perchas, y por cada balanceo que dábamos allí, había abajo una cabezada del amodorrado timonel. Las olas también cabeceaban sus indolentes crestas; y a lo ancho del amplio trance del mar, el Este cabeceaba hacia el Oeste, y el sol por encima de todo.

De pronto, parecieron explotar burbujas bajo mis ojos cerrados; como gatos de carpintero mis manos aferraron los obenques; algún invisible y grácil agente me salvaguardó; con un sobresalto volví a la vida. Y, ¡hete aquí!, junto a nuestro sotavento, a menos de cuarenta brazas, un gigantesco cachalote holgaba volteando en el agua como el casco volcado de una fragata, su ancho y lustroso lomo de color etíope brillando como un espejo bajo los rayos del sol. Y ondulando perezosamente en el seno del mar, y de vez en cuando soltando tranquilamente su vaporoso surtidor, la ballena parecía un corpulento burgués fumando su pipa en una cálida tarde. Mas esa pipa, pobre ballena, fue la última vuestra. Como golpeado por la varita mágica de un encantador, el somnoliento barco y cada uno de los durmientes que había en él, todos, de pronto, se alertaron; y más de una veintena de exclamaciones desde todas partes del navío, simultáneamente con las tres notas desde lo alto, elevaron la acostumbrada voz, mientras el gran pez, lenta y regularmente, lanzaba la centelleante salmuera al aire.

—¡Disponed las lanchas! ¡Orzad! —gritó Ajab.

Y obedeciendo su propia orden, hizo caer de golpe el timón antes de que el timonel pudiera manejar las cabillas.

Las repentinas voces de la tripulación debieron de sobresaltar a la ballena, que antes de que los botes estuvieran arriados, girando majestuosamente, se alejó nadando a sotavento, aunque con tal firme tranquilidad, y formando tan escaso oleaje mientras nadaba, que, considerando que a pesar de todo podría no haberse aún alarmado, Ajab dio órdenes de que no se empleara remo alguno, y de que ningún hombre hablara a no ser susurrando. Así que, sentados como indios de Ontario en las bordas de las lanchas, rápida y silenciosamente avanzamos con las palas; la calma no admitía que se izaran las silenciosas velas. Enseguida,

mientras así nos deslizábamos en persecución, el monstruo batió perpendicularmente la cola cuarenta pies en el aire, y entonces se sumergió, desapareciendo de vista como una torre engullida.

—¡Ahí van palmas! —fue la voz, un anuncio inmediatamente seguido por la acción de Stubb de sacar las cerillas y encender su pipa, pues ahora estaba garantizado un descanso.

Una vez que hubo transcurrido el intervalo completo de su inmersión, la ballena volvió a emerger, y estando ahora delante de la lancha del fumador, y más cercana a ella que de cualquiera de las otras, Stubb contó con el honor de la captura. Era obvio que la ballena finalmente había percibido a sus perseguidores. Todo silencio de cautela era, por tanto, inútil. Se soltaron las palas, y los remos entraron en acción. Y, todavía fumando su pipa, Stubb animó a su tripulación al asalto.

Sí, un enorme cambio se había producido en el pez. Alerta enteramente del peligro, marchaba «cabeza por delante»; proyectando oblicuamente esa parte de su anatomía por encima de la caótica efervescencia que hacía[81].

—¡Largadla, largadla, tripulantes míos! No os apresuréis; tomaos tiempo en abundancia… pero largadla; largadla como truenos, eso es todo —gritó Stubb, escupiendo el humo mientras hablaba—. Largadla ahora; Tashtego, dales el golpe largo y fuerte. Lárgala, Tash, muchacho… largadla, todos; pero mantened la calma, mantened la calma… tan frescos es la expresión… tranquilos, tranquilos… limitaos a largarla como la muerte desolada y los sonrientes demonios, y sacad perpendicularmente de sus tumbas a los muertos enterrados, muchachos… eso es todo. ¡Largadla!

—¡Woo-hoo! ¡Wa-hee! —gritó el *gay-header* en respuesta, elevando a los cielos algún antiguo grito de guerra; a la vez que todos los remeros de la tensada lancha brincaban involuntariamente hacia delante con el tremendo golpe patrón que dio el ávido indio.

Mas sus salvajes gritos fueron respondidos por otros igual de salvajes.

—¡Kee-hee! ¡Kee-hee! —gritó Daggoo, estirándose hacia delante y hacia atrás en su banco, como un tigre que pasea en su jaula.

—¡Ka-la! ¡Koo-loo! —aulló Queequeg, como si se relamiera los labios ante un bocado de filete de granadero[82].

Y así, con remos y alaridos, las quillas cortaron el mar. Mientras, Stubb, que mantenía su puesto en vanguardia, seguía exhortando a sus hombres al ataque, siempre soltando a la vez bocanadas de humo por la boca. Como desesperados se esforzaron y jalaron, hasta que se escuchó la bienvenida voz:

—¡En pie, Tashtego!, ¡clávaselo!

El arpón fue arrojado.

—¡Ciar a tope!

Los remeros echaron agua atrás; en el mismo instante algo caliente y silbante pasó a lo largo de cada una de sus muñecas. Era la mágica estacha. Un momento antes Stubb le había dado dos vueltas adicionales sobre el tocón, donde, a causa de los giros cada vez más rápidos, un humo azul de cáñamo surgía hacia arriba y se mezclaba con las constantes fumaradas de su pipa. Igual que la estacha pasaba una y otra vez alrededor del tocón, así también, justo antes de llegar a ese punto, pasaba y pasaba haciendo ampollas por ambas manos de Stubb, de las que accidentalmente se habían caído los trapos de mano o cuadrados de lienzo acolchado que se suelen llevar en estas ocasiones. Era como tener agarrada por la hoja la espada de doble cortante filo de un enemigo, y que ese enemigo en todo momento tratara de arrancarla de tu presa.

—¡Moja la estacha!, ¡moja la estacha! —gritó Stubb al remero de cubeta (el que se sienta junto a ésta), que, sacándose el sombrero, arrojaba agua de mar a ella[83].

Se dieron más vueltas, de manera que la estacha empezó a retener. La lancha ahora volaba a través de la burbujeante agua, como un tiburón todo hecho aletas. Stubb y Tashtego cambiaron aquí de lugar —roda por popa —, una acción verdaderamente inestable en esa bamboleante conmoción.

Por la estacha en vibración, que se extendía a todo lo largo de la parte superior de la lancha, y por estar ahora más tensa que una cuerda de arpa, hubierais pensado que la nave tenía dos quillas… una partiendo el agua, la otra el aire… conforme la lancha avanzaba batiendo simultáneamente a través de ambos elementos opuestos. Una cascada continua jugueteaba en la proa; un incesante torbellino giratorio en su estela; y al menor movimiento en su interior, incluso sólo el de un meñique, la vibrante y

crujiente nave, se escoraba sobre su espasmódica borda hacia el mar. Así siguieron a toda prisa; cada hombre aferrándose a su banco lo mejor que podía para evitar ser volteado a la espuma; y la erguida forma de Tashtego doblándose casi en dos en el remo de gobierno con objeto de hacer descender su centro de gravedad. Enteros Atlánticos y Pacíficos parecieron pasar, mientras disparados seguían su rumbo, hasta que finalmente la ballena aflojó algo en su huida.

—¡Halar… halar! —gritó Stubb al tripulante de proa; y encarando de vuelta hacia la ballena, todos los tripulantes empezaron a tirar hacia ella mientras la lancha aún seguía siendo remolcada.

Rodeándola en seguida por su flanco, Stubb, su rodilla plantada firmemente en el tojino tosco, lanceaba una y otra vez al pez fugitivo; a la voz de mando, la lancha se apartaba alternativamente de la estela del horrible revolcadero de la ballena, y la rodeaba después de nuevo para otro tiro.

La marea roja brotaba ahora por todos los flancos del monstruo como torrentes colina abajo. Su atormentado cuerpo volteaba no en la salada agua del mar, sino en sangre, que borboteaba y burbujeaba estadios detrás en su estela. El sesgado sol, jugando sobre esta poza carmesí en el mar, devolvía su reflejo en cada rostro, de manera que todos resplandecían unos ante otros, como pieles rojas. Y entretanto, surtidor tras surtidor de humo blanco era agonizantemente expelido desde el espiráculo de la ballena, y bocanada tras vehemente bocanada de humo de la boca del excitado patrón; mientras, en cada lanzamiento, Stubb, halando su lanza curva (mediante la estacha que estaba atada a ella), la enderezaba una y otra vez con unos pocos golpes rápidos contra la borda, y entonces de nuevo una y otra vez la lanzaba a la ballena.

—¡Acércala… acércala! —gritó ahora al remero de proa, al relajar su furia la desfalleciente ballena—. ¡Acercadla… lindante! —y la lancha se alineó con el flanco del pez.

Entonces, inclinándose muy por delante de la proa, Stubb introdujo su larga lanza afilada removiéndola lentamente en el pez, y allí la mantuvo, removiendo y removiendo cuidadosamente, como si buscara con cautela para tratar de encontrar al tacto algún reloj de oro que la ballena pudiera

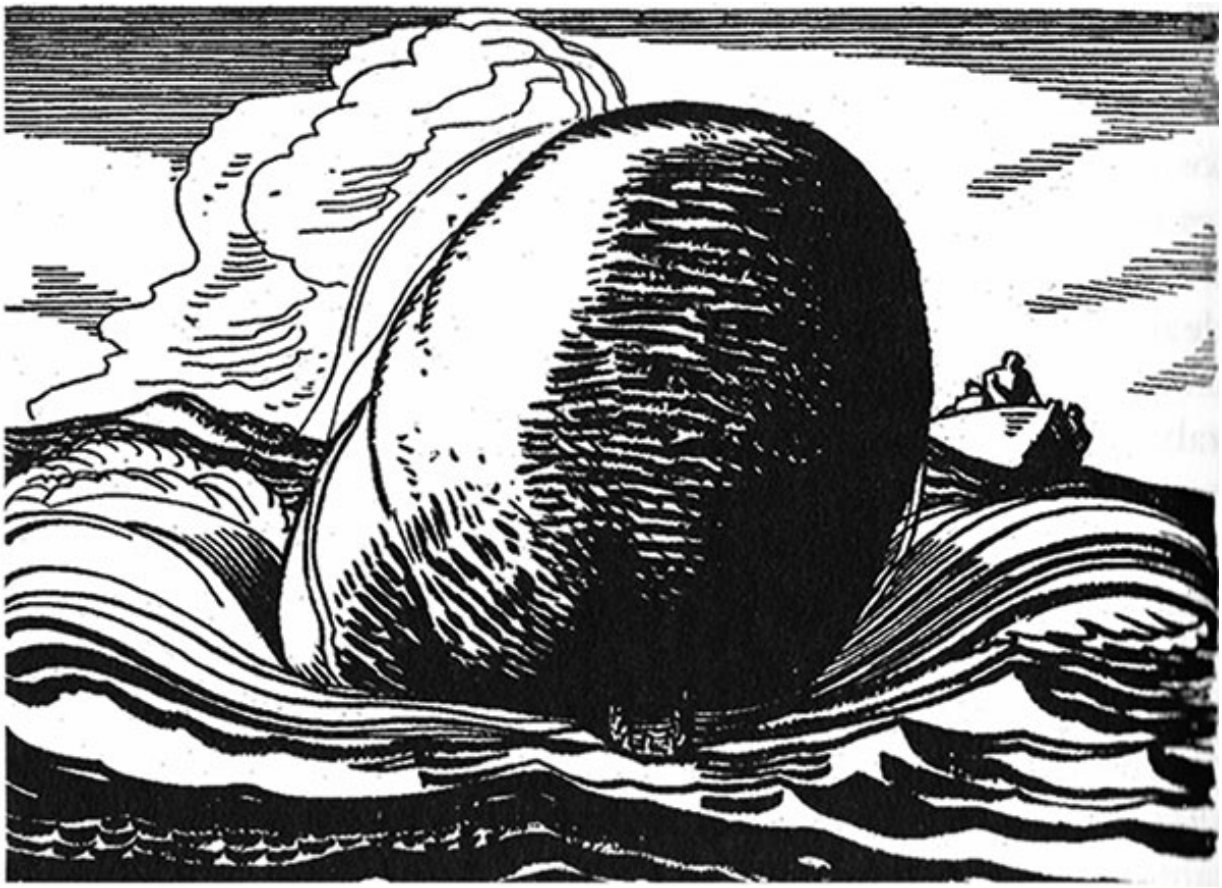
haberse tragado, y que tuviera miedo de romper antes de poder pescarlo. Mas ese reloj de oro que buscaba era la vida más interna del pez. Y ahora había sido hallada; pues, saliendo de su trance a ese inexpresable hecho llamado su «aluvión», el monstruo, horriblemente rebozado en su sangre, se recubrió con una impenetrable, caótica e hirviente rociada, de manera que la comprometida nave, dejándose caer instantáneamente a popa, tuvo que esforzarse ciegamente para zafarse de ese frenético anochecer y salir hacia el claro aire del día.

Y abatiendo ahora en su aluvión, la ballena volteó una vez más, saliendo a la vista; surgiendo de lado a lado, dilatando y contrayendo espasmódicamente su orificio-surtidor con agudas, restallantes y agonizantes respiraciones. Finalmente, borbotones tras borbotones de roja sangre coagulada, como si fueran los purpúreos sedimentos del vino tinto, salieron disparados al trémulo aire y, volviendo a caer, se desparramaron, goteando por su flancos abajo hasta el mar. ¡Su corazón había reventado!

—Está muerta, señor Stubb —dijo Tashtego.

—Sí; ¡ambas pipas se apagaron!

Y retirando la suya de su boca, Stubb esparció las extintas cenizas por el agua; y durante un momento se quedó mirando el enorme cadáver que había originado.



CAPÍTULO LXII EL LANZAMIENTO

Una palabra en referencia a un incidente del último capítulo.

Según la inalterable costumbre de la pesquería, la ballenera parte del barco con el patrón o matarife de ballenas como timonel temporal, y el arponero o aferrador de ballenas batiendo el remo más anterior, el conocido como «remo del arponero». Ahora bien, se necesita un brazo fuerte, de nervio, para clavar el primer hierro en el pez; pues a menudo, en lo que se conoce como un «lanzamiento largo», el pesado implemento tiene que ser lanzado a la distancia de veinte o treinta pies. Pero por muy prolongado y agotador que sea el acoso, se espera del arponero que entretanto bata su remo al límite; de hecho, se espera de él que marque un ejemplo de actividad sobrehumana para los demás, no sólo remando de manera increíble, sino también profiriendo intrépidas exclamaciones a voz en grito; y lo que es seguir gritando a garganta partida, mientras todos los demás músculos están forzados y a medio tensar… lo que eso es, nadie lo sabe excepto los que lo han experimentado. Yo, por ejemplo, no puedo vociferar con mucho empeño y trabajar con mucha soltura al mismo tiempo. En este estado de esfuerzo y desgañitamiento, entonces, de espaldas al pez, el exhausto arponero escucha de pronto la apremiante voz… «¡En pie y arrójaselo!» Ahora tiene que soltar y asegurar su remo, girar media vuelta sobre sí mismo, coger el arpón de la horcadura y, con la poca fuerza que pueda quedarle, de algún modo lo intenta lanzar a la ballena. No es de extrañar que, tomando la entera flota de balleneros en total, de cincuenta buenas ocasiones para un

lanzamiento, ni cinco tengan éxito; no es de extrañar que a muchos desafortunados arponeros les maldigan airadamente y les degraden; no es de extrañar que algunos de ellos literalmente revienten sus vasos sanguíneos en la lancha; no es de extrañar que algunos balleneros del cachalote estén ausentes cuatro años para cuatro barriles; no es de extrañar que para muchos armadores la pesca de la ballena sólo sea un negocio ruinoso; pues es el arponero el que hace la expedición, y si le quitáis el aliento del cuerpo, ¡cómo podéis esperar encontrarlo allí cuando más se necesita!

De nuevo, si el lanzamiento es acertado, entonces, en el segundo momento crítico, es decir, cuando la ballena se echa a nadar velozmente, el patrón y el arponero también se echan a popa y a proa, para inminente peligro de ellos mismos y de todos los demás. Es entonces cuando cambian de lugar; y el patrón, el primer oficial de la pequeña nave, ocupa su puesto apropiado en la proa de la lancha.

Ahora bien, no me importa quién mantenga lo contrario, pero todo esto es a la vez estúpido e innecesario. El patrón debería estar en la proa desde el principio hasta el final; debería lanzar tanto el arpón como la lanza, y no se debería esperar de él que remara en ningún momento, excepto en circunstancias obvias para cualquier pescador. Sé que esto en ocasiones implicaría una ligera pérdida de velocidad en el acoso; pero una prolongada experiencia en varios balleneros de más de una nación me ha convencido de que en la mayor parte de los fallos de la pesquería lo que los ha provocado no ha sido en modo alguno la velocidad de la ballena, sino el antes descrito agotamiento del arponero.

Para asegurar la mayor eficiencia en el lanzamiento, los arponeros de este mundo deben erguirse desde la ociosidad, y no desde el trabajo.

CAPÍTULO LXIII LA HORCADURA

Del tronco crecen las ramas; de ellas, ramas más pequeñas. Así, en los sujetos productivos, crecen los capítulos.

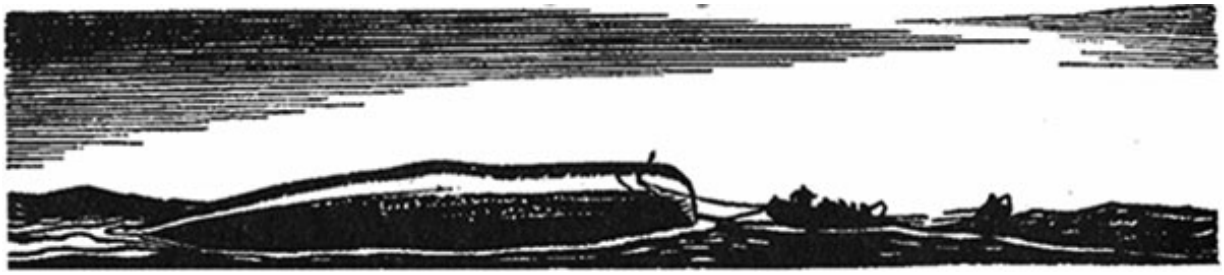
La horcadura aludida en una página anterior merece mención independiente. Es una vara con muescas, de peculiar forma y una longitud de unos dos pies, que está insertada perpendicularmente en la borda de estribor, cerca de la proa, con el propósito de ofrecer soporte a la extremidad de madera del arpón, cuyo otro extremo, garfiado y descubierto, se proyecta, inclinado, desde la proa. De esta manera el arma está instantáneamente a mano de su lanzador, que la coge de su soporte con tanta facilidad como un pionero descuelga su rifle de la pared. Es costumbre tener dos arpones descansando en la horcadura, llamados respectivamente el primero y el segundo hierro.

Mas estos dos arpones están ambos unidos con la estacha, cada uno por su propia cuerda; el objetivo es éste: lanzarlos los dos, si es posible, a la misma ballena, uno instantáneamente después del otro; de manera que si uno se soltara en el inmediato tirón, el otro aún pueda mantener la presa. Es una duplicación de las probabilidades. Aunque muy a menudo sucede que a causa de la convulsa, violenta e instantánea huida de la ballena al recibir el primer hierro, resulta imposible para el arponero, por mucho que

sus movimientos sean como el rayo, lanzarle el segundo. Sin embargo, como este segundo hierro ya está unido a la estacha, y la estacha está saliendo a toda velocidad, ese arma ha de ser, por tanto, necesariamente arrojada con anterioridad fuera de la lancha de algún modo y en algún momento; de no ser así, el más terrible de los peligros se cerniría sobre todos los hombres. En tales casos, en consecuencia, se echa al agua; las vueltas adicionales de estacha (mencionadas en el CAPÍTULO anterior)[84] hacen que en la mayoría de las ocasiones esta hazaña sea prudentemente practicable. Pero esta crítica operación no siempre queda desasistida de las más tristes y más nefastas desgracias personales.

Más aún: debéis saber que cuando el segundo hierro se arroja por la borda, se convierte a partir de entonces en un colgante terror afilado, corveteando caprichosamente tanto alrededor de la lancha como de la ballena, enredando las estachas, o cortándolas, y causando una tremenda conmoción en todas direcciones. Y por lo general no es posible asegurarlo de nuevo hasta que la ballena ha sido ya capturada y es un cadáver.

Considerad ahora lo que debe ser, en el caso de cuatro lanchas que todas acometen a una inusualmente fuerte, activa y resabiada ballena; cuando debido a esas cualidades suyas, y también a los miles de concurrentes accidentes de semejante audaz empresa, ocho o diez segundos hierros sueltos pueden simultáneamente estar colgando a su alrededor. Pues, ciertamente, cada lancha va dotada de varios arpones para unir a la estacha en caso de que el primero hubiera sido lanzado de manera ineficaz y sin posibilidad de recuperación. Todos estos particulares son escrupulosamente explicados aquí, ya que no dejarán de elucidar varios muy importantes pasajes, por más que intrincados, en escenas que se pintarán en lo sucesivo.



CAPÍTULO LXIV LA CENA DE STUBB

La ballena de Stubb había sido muerta a cierta distancia del barco. El tiempo estaba en calma; así que, formando un tándem de tres lanchas, comenzamos la lenta tarea de remolcar el trofeo hasta el *Pequod*. Y ahora, mientras nosotros, dieciocho hombres, con nuestros treinta y seis brazos, y ciento ochenta dedos, lentamente bregábamos hora tras hora con ese inerte e inmóvil cuerpo en el mar, apenas parecía moverse en modo alguno, excepto a largos intervalos, con lo que una buena evidencia se daba de la enormidad de la masa que movíamos. Pues sobre el gran canal de Hang-Ho, o como quiera que lo llamen, en China, cuatro o cinco porteadores arrastran desde el sendero un voluminoso junco de carga a razón de una milla cada hora; mas este grandioso buque que nosotros remolcábamos avanzaba pesadamente, como si estuviera cargado en su mayor parte con pellas de plomo.

La oscuridad llegó; pero tres luces de arriba abajo en la jarcia del mayor del *Pequod* veladamente nos guiaban; hasta que acercándonos vimos a Ajab dejando caer una de varias linternas adicionales sobre las amuradas. Observando durante un momento con expresión ausente la ballena remolcada, dio las órdenes usuales para la noche, y entregándole entonces su linterna a un marinero, se fue camino de la cabina, y no volvió a salir hasta por la mañana.

Aunque al supervisar la persecución de esta ballena el capitán Ajab había exteriorizado su habitual oficio, por así decirlo, no obstante, ahora que la criatura estaba muerta, cierta vaga insatisfacción, o impaciencia, o desesperación, parecía obrar en él; como si la visión de ese cuerpo muerto le recordara que aún había que aniquilar a Moby Dick; y aunque otras mil

ballenas fueran acarreadas a su barco, todo ello no haría avanzar ni un ápice su grandioso monomaníaco objetivo. Muy poco después, por los sonidos en las cubiertas del *Pequod*, habríais pensado que toda la tripulación estaba preparándose para soltar el ancla en profundidad; pues pesadas cadenas estaban siendo arrastradas a lo largo de la cubierta, y lanzadas haciendo ruido por las portas. Mas con esos ruidosos eslabones iba a ser atracado el propio enorme cadáver, no el barco. Atada por la cabeza a la popa, y por la cola a la proa, la ballena yacía ahora con su negro casco cerca del navío, y a través de la oscuridad de la noche, que oscurecía las perchas y la jarcia en lo alto, los dos… el barco y la ballena, parecían ungidos juntos, como colosales bueyes, uno de los cuales se reclina mientras el otro permanece en pie[85].

Si el taciturno Ajab era ahora todo quiescencia, al menos por lo que se podía saber en cubierta, Stubb, su segundo oficial, eufórico de conquista, mostraba una inusual, aunque también bienhumorada, excitación. En tal desacostumbrado bullir estaba, que el sobrio Starbuck, su oficial superior, pacíficamente le cedió temporalmente la dirección de las tareas. Pronto se haría extrañamente manifiesta una pequeña causa que contribuía a toda esta animación de Stubb. Stubb era un sibarita; era inmoderadamente entusiasta de la ballena como suculenta sustancia para su paladar.

—¡Un filete, un filete antes de dormir! ¡Tú, Daggoo!, ¡por la borda que vas, y me cortas uno de su renga!

Sépase aquí que aunque estos salvajes pescadores, por regla general, y de acuerdo con la gran máxima militar, no hacen que el enemigo sufrague los gastos corrientes de la guerra (al menos antes de hacer contante lo obtenido durante la expedición), sin embargo, de vez en cuando se encuentra a algún nativo de Nantucket que en verdad disfruta esa parte particular del cachalote designada por Stubb, que abarca la parte final del cuerpo que se estrecha.

Alrededor de medianoche ese filete estaba cortado y cocinado; e iluminado por dos linternas de aceite de esperma, Stubb, rotundo, se dispuso a su cena de spermaceti en la parte superior del cabrestante, como si ese cabrestante fuera un aparador. Y no fue Stubb aquella noche el único comensal del banquete de carne de ballena. Mezclando su mordisquear con

la masticación de Stubb, miles y miles de tiburones, apiñándose alrededor del leviatán muerto, regodeantemente se dieron un festín con su grasa. Los pocos que dormían abajo, en las literas, fueron sobresaltados con frecuencia por los bruscos golpes de sus colas contra el casco, a unas pocas pulgadas del corazón de los que dormían. Asomándose sobre la borda podías verlos (lo mismo que antes los escuchabas) revolcándose en las oscuras aguas negras y revolviéndose sobre sus lomos, mientras escarbaban enormes trozos redondos de la ballena, del tamaño de una cabeza humana. Esta particular proeza del tiburón parece casi milagrosa. Cómo logran perforar bocados tan simétricos en superficie tan aparentemente inabordable sigue siendo una parte del problema universal de todas las cosas. La marca que de esta manera dejan en la ballena puede compararse particularmente con el hueco que deja un carpintero al avellanar para un tornillo.

A pesar de que en mitad de todo el humeante horror y demonismo de un combate naval, como perros hambrientos alrededor de una mesa en donde se está trinchando carne roja, se ven tiburones observando anhelantemente las cubiertas de los barcos, dispuestos a engullir a todo hombre muerto que les sea arrojado; y a pesar de que mientras los valerosos carniceros, sobre la mesa-cubierta, están así caníbalmente trinchándose unos a otros la carne viva con cuchillos de carnicero todo dorados y adornados de borlas, los tiburones, también, con sus bocas provistas de enjoyadas empuñaduras, están pendencieramente trinchando la carne muerta bajo la mesa; y aunque, si volvierais todo el asunto del revés, sería más o menos lo mismo, es decir, un asunto harto espeluznantemente escualo para todos los implicados; y aunque los tiburones también son los invariables escoltas de todos los barcos negreros que cruzan el Atlántico, trotando sistemáticamente a su lado para estar a disposición en caso de que haya que llevar algún paquete a algún sitio, o algún esclavo muerto a que sea enterrado decentemente; y aunque podrían establecerse una o dos circunstancias adicionales semejantes, en referencia a los términos, lugares y ocasiones establecidos en los que los tiburones muy socialmente se congregan, y muy hilarantemente se dan un festín, no hay, no obstante, momento u ocasión concebible en la que los encontraréis

en tan incontable número, y en estado de ánimo más alegre o jovial, que alrededor de un cachalote muerto amarrado por la noche a un barco ballenero en alta mar. Si nunca habéis visto esa imagen, postergad vuestra decisión sobre la corrección del culto al Diablo, y la conveniencia de aplacar al Demonio.

Mas, por ahora, Stubb no prestaba atención al mordisquear del banquete que se estaba celebrando tan cerca de él, lo mismo que los tiburones no prestaban atención al relamer de sus epicúreos labios.

—¡Cocinero, cocinero!… ¿Dónde está ese viejo Fleece? —gritó al final, abriendo aún más las piernas, como para formar una base más firme para su cena; y lanzando al mismo tiempo su tenedor al plato, como si estuviera clavando con su lanza—; ¡cocinero, eh, cocinero!… ¡Cocinero, navega hacia aquí!

El viejo negro, no muy contento, al haber sido levantado previamente de su cálido coy a una muy inoportuna hora, vino desde su cocina arrastrando los pies, pues, como ocurre con muchos viejos negros, algo le ocurría en sus choquezuelas, que no las tenía tan pulidas como sus cazuelas; este viejo Fleece, tal como le llamaban[86], vino con indolente y renqueante paso, ayudándose en el andar con sus tenazas, que de tosca manera habían sido fabricadas de cinchos de hierro enderezados; este viejo Ébano se acercó tambaleándose, y en obediencia a la voz de mando se detuvo en el lado opuesto del aparador de Stubb; momento en el que, con ambas manos recogidas ante sí, y descansando en su bastón de dos patas, inclinó su arqueada espalda todavía más, ladeando su cabeza al mismo tiempo, como para activar su mejor oído.

—Cocinero —dijo Stubb, alzando rápidamente un pedazo bastante rojizo a su boca—, ¿no crees que este filete está más bien demasiado hecho? Has estado golpeando este filete demasiado, cocinero; es demasiado tierno. ¿No digo yo siempre que un filete de ballena, para que sea bueno, debe ser duro? Ahí están esos tiburones al otro lado de la amurada, ¿no ves que lo prefieren duro y poco hecho? ¡Qué escándalo están armando! Cocinero, ve y háblales; diles que pueden servirse por sí solos educadamente, y con moderación, pero que deben permanecer callados. Que me parta un rayo si puedo escuchar mi propia voz. Fuera,

cocinero, y lleva mi mensaje. Toma esta linterna —cogiendo una de su aparador—; ahora, ve y sermonéalos.

Tomando hurañamente la linterna ofrecida, el viejo Fleece renqueó cruzando de la cubierta hasta las amuradas, y bajando entonces con una mano su luz sobre el mar, a modo de obtener una buena vista de su congregación, blandió solemnemente su tenaza con la otra, e inclinándose muy por encima de la borda, con mascullante voz empezó a dirigirse a los tiburones, mientras Stubb, avanzando sigilosamente detrás, escuchaba todo lo que se decía.

—Criatuhra hermaahna: m'an ordenaho aquí pa decí que teneh que pará ese condenaho ruido allá. ¿Oís? ¡Pará se condenaho relamé de lo lahbio! Massa Stubb decí podés llená la condená trihpa hasta lo cuartehle, pero, ¡por Diós!, ¡teneh que pará esa condená bulla!

—¡Cocinero —interrumpió aquí Stubb, acompañando la palabra con una brusca palmada en el hombro—, cocinero! Pero hombre, condenados sean tus ojos, no debes maldecir de esa manera cuando estás sermoneando. ¡Ésa no es manera de convertir a los pecadores, cocinero!

—¿Quién pué? Dehle etohnce usté el sermón —volviéndose, huraño, para marcharse.

—No, cocinero; sigue, sigue.

—Bien, etohnce, querihda criatuhra hermaahna…

—¡Bien dicho! —exclamó Stubb, en tono aprobatorio—, convéncelos de ello; inténtalo —y Fleece continuó.

—Anque vosohtro soih tó tiburohne, y por naturalehza mu vorahce, nostahnte yo oh diihgo, criatuhra hermaahna, esa, esa voracidá… ¡cesá ese dá con la cohla! ¿Cómo pensái que oís, si no dejái ese condenaho dá y mordé ahí?

—Cocinero —gritó Stubb agarrándole por el cuello—, no voy a permitir esas maldiciones. Háblales caballerosamente.

De nuevo continuó el sermón.

—Vuetra vohrasidá, criatuhra hermaahna, yo no oh reprohcho tanto po ella; e la naturalehza, y no se pue evitá; pero goberná esa naturalehza malvahda, esa eh la cuestión. Vosotro soih tiburohne, sí señó; pero si controlái el tiburón que teneh adeehntro, buehno, etohnce vosohtro soih

áangele; pue lo áangele no son sino tiburohne bien controlaho. Mira quí ora, hermaahno, intentá na más sé consideraho al sevirse de esa ballehna. No le arranquéhis el lahrdo de la bohca al vecihno, digo. ¿No tié un tiburón iguá de derehcho que otro a esa ballehna? Y, por Diós, ninguno de vosohtroh tié el derehcho a esa ballehna; esa ballehna le pertenehce a ohtro. Yo sé que alguhno de vosohtro teneh la bohca mu grahnde, má grahnde que lo demá; pero etohnce la gran boca a vece tié pequeehnña la trihpa; así que el tamahño la bohca no é pa tragá con ella, sino pa arrancá el lahrdo pa lo tiburohne pequeehño, que no puen metese en el tumuhlto pa sevise pa sí mihmo.

—¡Bien hecho, viejo Fleece! —gritó Stubb—, eso es cristiandad; sigue.

—No sive de seguí; lo condenaho villahno seguirán remolináhndose y dáhndose uno a otro, massa Stubb; no ecuhcha palahbra; no sirve sermón a condenaho glotohne como le dice usté, hahta que su trihpa es llehna, y su trihpa no tié fohndo; y cuando la llehna, no te ecuhcha etohnce; pué etohnce se hunde en már, van prohnto dormí en cohrá, y no pué oí ná de ná, nunca má, pa siempre jahmá.

—Por mi alma que soy de igual opinión, así que impartid la bendición, Fleece, y me marcharé a mi cena.

Ante lo cual, Fleece, levantando ambas manos sobre la turba piscícola, alzó su chirriante voz, y gritó…

—¡Maldihtas criaturah hermaahnah! Montá el más condenaho follón que podái; llenaho la condená trihpa hasta que estahllen… y morihro etohnce.

—Ahora, cocinero —dijo Stubb, retomando su cena en el cabrestante —; ponte justo donde estabas antes, ahí, enfrente mío, y presta especial atención.

—Tó ahtención —dijo Fleece, de nuevo inclinándose sobre su tenaza en la posición deseada.

—Bien —dijo Stubb, sirviéndose con liberalidad mientras tanto—; volveré ahora al tema de este filete. En primer lugar, ¿qué edad tienes, cocinero?

—Qué tié so que ver con filehte —dijo el viejo negro, susceptible.

—¡Silencio! ¿Qué edad tienes, cocinero?

—Uno novehnta, diihcen —murmuró taciturno.

—¿Y has vivido en este mundo casi un centenar de años, cocinero, y todavía no sabes cocinar un filete de ballena? —engullendo rápidamente otro bocado en la última palabra, de manera que ese pedazo parecía una continuación de la pregunta—. ¿Dónde naciste, cocinero?

—Bahjo ecotihlla, en barcahza, yendo sohbre Roanoke.

—¡Nacido en una barcaza! Eso sí que es extraño. Pero yo quiero saber en qué país naciste, cocinero.

—¿No diihje paí de Roanoke? —gritó bruscamente.

—No, no lo dijiste, cocinero; pero te diré a lo que voy, cocinero. Debes irte a tu casa y nacer de nuevo otra vez; todavía no sabes cocinar un filete de ballena.

—Bendihta sea mi alma que no cociihno otro —gruñó airadamente, volviéndose para marcharse.

—Vuelve, cocinero… Ven aquí, alcánzame esa tenaza… Ahora toma ese poco de filete de ahí y dime si piensas que el filete está cocinado como debiera. Cógelo, digo —alcanzándole las tenazas—, cógelo y pruébalo.

Relamiéndose levemente sus ajados labios durante un instante, el viejo negro murmuró:

—El filehte mejó cocinaho jamá probé; jugosihto, mú jugosihto.

—Cocinero —dijo Stubb, volviéndose a erguir—, ¿perteneces a la Iglesia?

—Pasé po una una vé en Ciudal Cabo —dijo, huraño, el viejo.

—Y una vez en tu vida pasaste por una santa iglesia en Ciudad del Cabo, donde sin duda escuchaste a un santo pastor dirigirse a sus oyentes como sus amadas criaturas hermanas, ¿eh, cocinero? Y aún vienes aquí y me dices una mentira tan horrible como me acabas de decir ahora mismo, ¿eh? —dijo Stubb—. ¿Dónde esperas ir, cocinero?

—Ir cama mú prohnto —murmuró, medio volviéndose mientras hablaba.

—¡Alto! ¡Capear! Quiero decir cuando mueras, cocinero. Es una pregunta imponente. Ahora, ¿cuál es tu respuesta?

—Cuando ete viehjo roto muehra —dijo el negro lentamente, cambiando su entera actitud y porte—, él de po sí no irá inguhna pahrte; pero algún ángel bendihto vendrá y lo recogerá.

—¿Recogerlo? ¿Cómo? ¿En un carro de cuatro caballos, como recogieron a Elías? ¿Y recogerlo hacia dónde?

—Allá rihba —dijo Fleece, sujetando su tenaza recta sobre su cabeza, y manteniéndola allí muy solemne.

—Así que entonces esperas ir a nuestro tope del mayor cuando mueras, ¿no, cocinero? Pero ¿no sabes que cuanto más subes más frío hace? ¿El tope del mayor, eh?

—Yo no dihje eso, no señó —dijo Fleece, de nuevo resquemado.

—Dijiste ahí arriba, ¿no? Y ahora mira tú mismo y ve donde están apuntando tus tenazas. Aunque quizá esperas llegar al Cielo gateando por la boca de lobo, cocinero; pero no, no, cocinero, allí no llegas a no ser que vayas por el camino normal, alrededor, por la jarcia[87]. Es una operación delicada, pero debe emprenderse, o no hay nada que hacer, si no. Pero ninguno de nosotros está todavía en el cielo. Deja caer tus tenazas, cocinero, y escucha mis órdenes. ¿Atiendes? Coge tu sombrero con una mano y pon la otra encima del corazón cuando yo esté dando mis órdenes, cocinero. ¡Qué!, ¿eso es tu corazón, ahí?… ¡Ésa es tu tripa! ¡Arriba!, ¡arriba!… Eso es… ahí lo tienes. Mantenla ahí ahora y presta atención.

—Tó ahtención —dijo el viejo negro con ambas manos colocadas como se pedía, inútilmente moviendo su cabeza entrecana, como para hacer que ambas orejas estuvieran de frente a la vez.

—Bien, entonces, cocinero, como ves, este filete de ballena tuyo era tan malo que lo he hecho desaparecer lo más pronto posible; ¿lo ves, no? Bien, en el futuro, cuando cocines otro filete de ballena para mi mesa privada, aquí en el cabrestante, te diré lo que hacer para no estropearlo pasándolo. Coges el filete con una mano, y con la otra le enseñas una brasa; hecho lo cual, lo pones en un plato, ¿me oyes? Y ahora, mañana, cocinero, cuando estemos troceando el pez, cerciórate de estar atento para coger las puntas de sus aletas: las pones en escabeche. Por lo que respecta a los extremos de las palmas, los pones en salmuera, cocinero. Ahí estás, ahora puedes irte.

Pero apenas se había distanciado Fleece tres pasos cuando volvió a ser llamado.

—Cocinero, dame costillas para cenar mañana en la guardia de media. ¿Has oído? A navegar lejos, entonces… ¡Eh, ahí!, ¡alto! Haz una reverencia antes de irte. ¡Detente, capear de nuevo! Albóndigas de ballena para desayuno… no lo olvides.

—Gutahría, por Dios, ballehna le comihera en vez él comé ballehna. Bendihto soy si él no más de tibuhrón que mismo massa tibuhrón —murmuró el viejo, alejándose, renqueando; con la cual sabia exclamación, se fue a su coy.

CAPÍTULO LXV LA BALLENA COMO PLATO

Que el hombre mortal deba alimentarse de la criatura que nutre su lámpara y, podría decirse, comerla a su propia luz, como Stubb, parece esto algo tan extraterrenal que uno debe necesariamente detenerse un poco en su historia y su filosofía.

Está registrado que hace trescientos años la lengua de la ballena franca se consideraba un gran manjar en Francia, y que allí alcanzaba altos precios. También, que en época de Enrique VIII un cocinero de la corte obtuvo una buena recompensa por inventar una admirable salsa para comer con marsopas a la parrilla, las cuales, recordaréis, son una de las especies de la ballena. Las marsopas, de hecho, son consideradas una buena comida hasta hoy en día. La carne se elabora en albóndigas del tamaño aproximado de las bolas de billar, y estando bien sazonada y especiada, puede confundirse con albóndigas de tortuga o de ternera. Los antiguos monjes de Dumferline eran muy aficionados a ellas. Tenían una gran concesión de marsopas de la Corona.

El hecho es que, al menos entre sus cazadores, la ballena sería considerada un plato distinguido por todos los tripulantes si no lo hubiera en tanta abundancia; pues sucede que cuando te sientas ante un pastel de

carne de casi cien pies de largo, se te quita el apetito. Sólo los tripulantes más libres de prejuicios, como Stubb, se alimentan hoy de la ballena cocinada; pero los esquimales no son tan remilgados. Todos sabemos que viven de las ballenas, que poseen escogidas añejas cosechas de aceite de tren de primera calidad. Zogranda, uno de sus más famosos doctores, recomienda tiras de lardo para los lactantes, por ser extremadamente jugosas y nutrientes. Y esto me recuerda que unos ingleses que hace tiempo fueron accidentalmente abandonados por un navío ballenero en Groenlandia… que estos hombres vivieron, de hecho, durante varios meses de los mugrientos restos de ballenas que habían sido abandonados en tierra tras refinar el lardo. Entre los balleneros holandeses estos restos se llaman «buñuelos»; a los cuales, efectivamente, se semejan grandemente, al ser marrones y crujientes, y al oler cuando están frescos a algo similar a las roscas o fritos de las viejas amas de casa de Ámsterdam. Tienen un aspecto tan alimenticio que el más abstinente de los extraños apenas puede contener su mano.

Pero lo que más deprecia la ballena como plato civilizado es su excesiva riqueza. En el mar ella es el buey de premio de concurso, demasiado grueso para ser exquisito. Observad su joroba, que sería tan buen alimento como la del búfalo (que es estimada como un plato singular), si no fuera tal sólida pirámide de grasa. Incluso el propio esperma de ballena, lo blando y cremoso que es; como la carne blanca, transparente, gelatinosa de un coco en su tercer mes de crecimiento y, sin embargo, demasiado cremoso para emplearse como substitutivo de la mantequilla. No obstante, muchos balleneros tienen un método para absorberlo en alguna otra sustancia, y consumirlo entonces. En las largas guardias nocturnas del beneficio es costumbre entre los marineros mojar el bizcocho en los enormes calderos de aceite y dejarlo ahí freír un rato. Muchas buenas cenas me he preparado yo así.

En el caso de un cachalote pequeño, los sesos se consideran un buen bocado. La caja de la calavera se abre con un hacha, y una vez retirados los dos rollizos lóbulos blanquecinos (que semejan exactamente dos grandes púdines), se mezclan entonces con harina, y se cocinan en un revuelto de lo más delicioso, parecido un tanto en sabor a la cabeza de ternero, que es

un bocado notorio entre algunos epicúreos; y todo el mundo sabe que algunos jóvenes petimetres de entre esos epicúreos, a base de cenar continuamente sesos de ternero, poco a poco llegan a tener algún seso propio, con lo cual pueden diferenciar la cabeza de un ternero de su propia cabeza; lo que, de hecho, requiere una capacidad de discriminación poco común. Y ésa es la razón por la que un joven petimetre con una cabeza de ternero de mirada inteligente ante sí, resulta ser quizá una de las imágenes más tristes que se pueden ver. La cabeza le mira a él con una especie de reproche, con una expresión «et tu Brute!»[88].

No es quizá enteramente por ser la ballena tan en demasía untuosa por lo que los hombres de tierra firme al parecer consideran con aborrecimiento su ingesta; aparentemente, de alguna manera, esto surge de la consideración antes mencionada: a saber, que un hombre coma algo recién matado en el mar, y lo coma, además, a su propia luz. Sin duda, el primer hombre que mató un buey fue considerado un asesino; quizá lo colgaron; y si los bueyes le hubieran sometido a juicio, qué duda cabe que lo hubieran hecho; y ciertamente que lo merecía si es que un asesino lo merece. Id a un mercado de carne una noche de sábado y mirad las multitudes de bípedos vivos que observan las largas filas de cuadrúpedos muertos. ¿No quita esa imagen un diente a la mandíbula del caníbal? ¿Caníbales? ¿Quién no es un caníbal? Os digo que será más propicio para el nativo de las Fiji que preparó en salazón a un enjuto misionero en su bodega, en previsión de la inminente hambruna… será más propicio, digo, para ese previsor nativo de las Fiji, el día del Juicio, que para vos, civilizado e ilustrado *gourmet*, que claváis ocas al suelo y os dais un festín con sus abotargados hígados en vuestro *paté-de-foie-gras*.

Mas Stubb, se come la ballena a la propia luz de ella, ¿no?, y eso es añadir afrenta al daño, ¿o no? Mirad el mango de vuestro cuchillo, mi civilizado e ilustrado *gourmet* que cenáis ese rosbiff, ¿de qué está hecho ese mango?… ¿de qué, sino de los huesos del hermano del mismo buey que estáis comiendo? ¿Y con qué os limpiáis los dientes después de devorar esa hermosa oca? Con una pluma del mismo ave. ¿Y con qué pluma compuso antiguamente sus circulares el secretario de la Sociedad para la Supresión de la Crueldad hacia los Gansos? Sólo hace uno o dos

meses que esa sociedad aprobó una resolución para no utilizar pluma alguna que no fuera de acero.

CAPÍTULO LXVI LA MASACRE DE LOS TIBURONES

Cuando en la pesquería del sur, con la noche avanzada y tras prolongado y agotador esfuerzo, se lleva al costado un cachalote capturado, no es costumbre, al menos por regla general, proceder inmediatamente a la tarea de descarnarlo. Pues ésa es tarea extremadamente laboriosa; no se completa con mucha prontitud; y requiere que todos los tripulantes se apliquen a ella. Por lo tanto, lo acostumbrado es recoger toda la vela, sujetar el timón a sotavento; y enviar a todo el mundo a su coy hasta el amanecer, con la reserva de que, hasta ese momento, han de mantenerse guardias de ancla; es decir, la tripulación, de dos en dos, durante una hora cada pareja, ha de montar la cubierta en rotación para cuidar de que todo vaya bien.

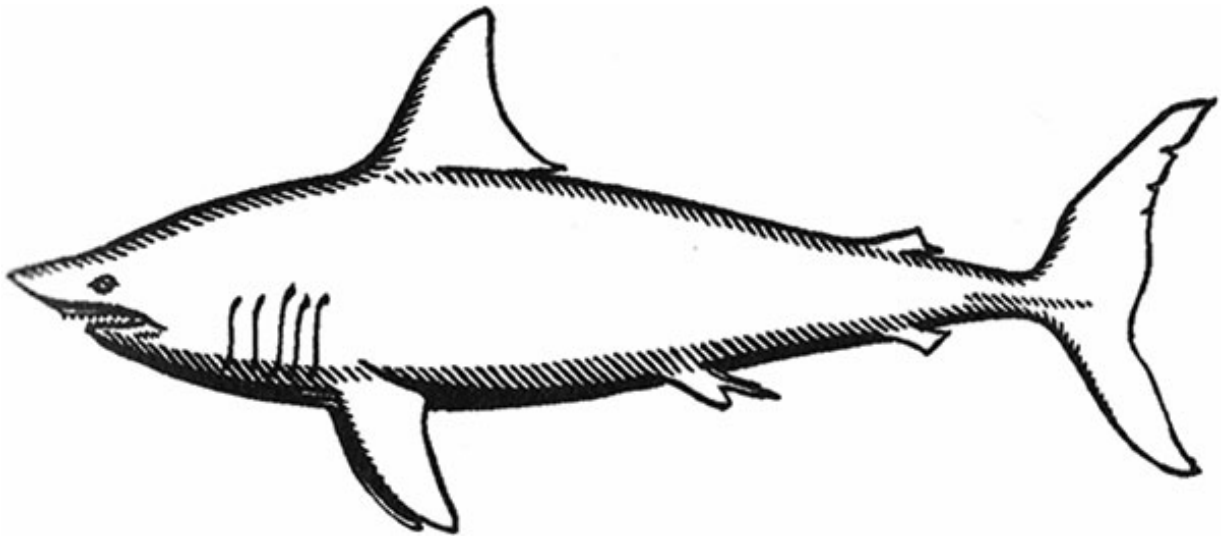
Mas a veces, especialmente en el Pacífico, cerca del ecuador, este plan no resulta viable en modo alguno; pues se reúnen tales incalculables

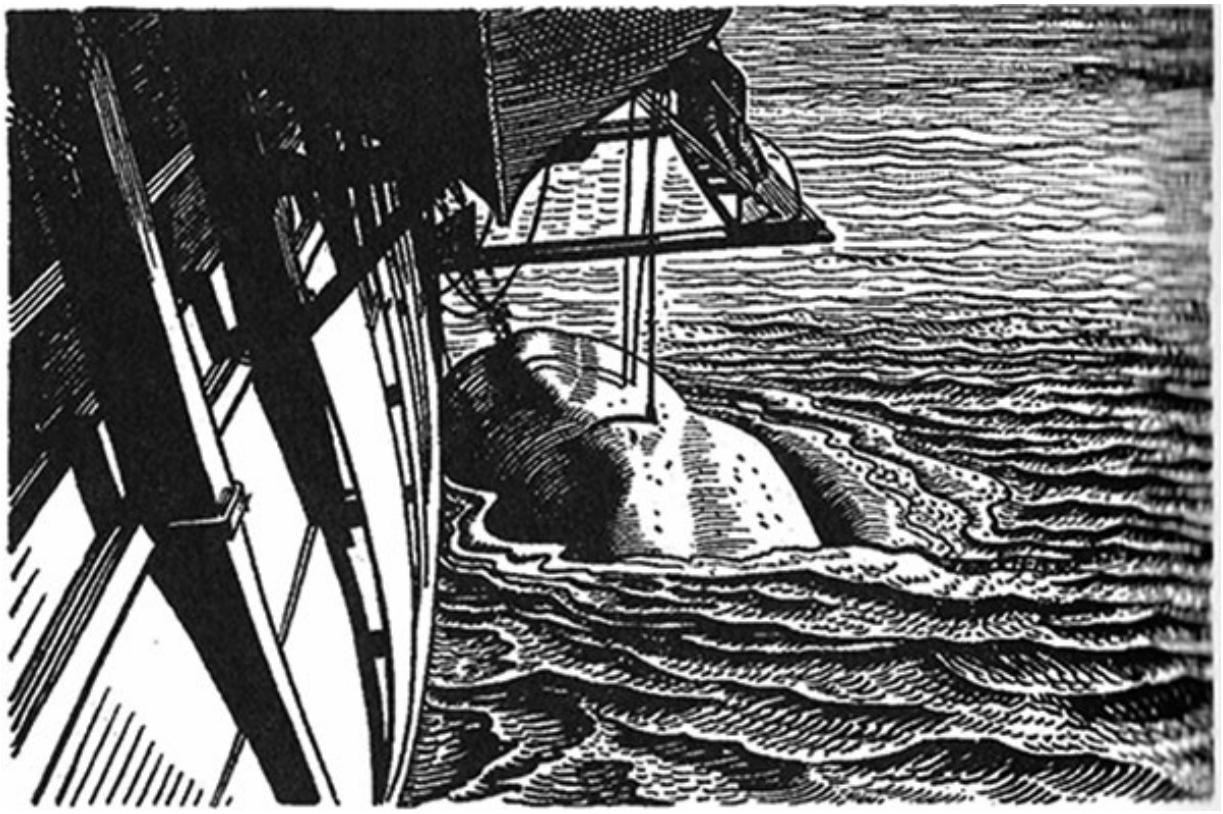
hordas de tiburones alrededor del cuerpo amarrado, que si se le dejara así, digamos, durante seis horas seguidas, poco más que el esqueleto sería visible por la mañana. En la mayor parte de las otras zonas del océano, en las que estos peces no abundan en tanta cantidad, su portentosa voracidad puede, sin embargo, a veces reducirse considerablemente, hostigándolos con afiladas zapas balleneras, un procedimiento que, no obstante, en algunos casos sólo parece incitarlos a una actividad aún mayor. Aunque no fue así en el presente caso con los tiburones del *Pequod*, con todo, indudablemente, cualquier hombre desacostumbrado a esas imágenes, de haber mirado sobre la amurada esa noche, podría haber pensado que todo el mar alrededor era un enorme queso, y que esos tiburones eran los gusanos que había en él.

De cualquier modo, cuando Stubb organizó la guardia de puerto, una vez que su cena hubo concluido; y cuando, según lo convenido, Queequeg y un marinero del castillo subieron a cubierta, se produjo entre los tiburones un alboroto no poco considerable; pues suspendiendo inmediatamente sobre la amurada las plataformas de descarnar, y bajando tres linternas, de manera que lanzaran largos haces de luz sobre el túrbido mar, estos dos marineros, arrojando sus largas zapas balleneras, perpetraron una incesante matanza de tiburones[89], golpeando el afilado acero profundamente en sus cráneos, aparentemente su única parte vital. Mas en la espumosa confusión de sus entremezclados y forcejeantes convidados, los tiradores no siempre podían acertar a su objetivo; y aquello ocasionó nuevas manifestaciones sobre la increíble ferocidad del adversario. No sólo se dentelleaban brutalmente los unos a los otros las destripadas entrañas, sino que, como arcos flexibles, se doblaban y se mordían las propias, hasta que esas entrañas parecían tragadas una y otra vez por la misma boca, para ser vaciadas opuestamente por la herida abierta. Y no era esto todo. Resultaba peligroso andar hurgando en los cadáveres y fantasmas de estas criaturas. Una especie de genérica o panteística vitalidad parecía acechar en sus propias articulaciones y huesos una vez que lo que podría llamarse la vida individual se había ido. Matado e izado a cubierta por su piel, uno de estos tiburones casi le amputó la

mano al pobre Queequeg cuando trataba de cerrar la compuerta muerta de su peligrosa mandíbula.

—Queequeg no importar qué dios hacer él tiburón —dijo el salvaje, alzando agonizantemente su mano arriba y abajo—; si dios Fiji o dios Nantucket; pero ese dios que hacer él tiburón deber ser él maldito indio[90].





CAPÍTULO LXVII DESCARNANDO

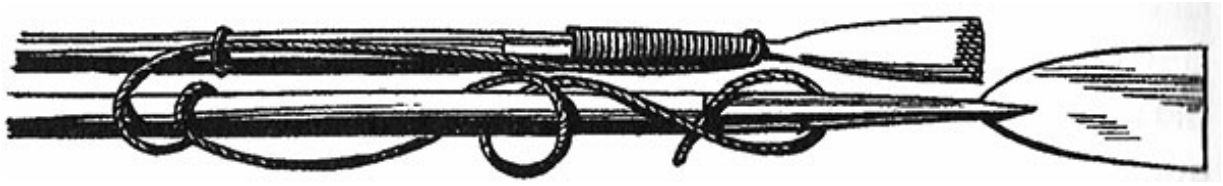
Fue un sábado por la noche, ¡y menudo día del Señor que le siguió! Todos los balleneros son *ex officio* maestros en no respetar el día del Señor. El marfileño *Pequod* se convirtió en lo que parecía un matadero; cada marino un jifero. Hubierais pensado que estábamos haciendo una ofrenda de diez mil bueyes rojos a los dioses del mar.

En primer lugar, los enormes aparejos de descarnar, que entre otros pesados objetos comprenden un conjunto de motones (generalmente pintados de verde) que ningún hombre sería capaz de levantar… Este enorme racimo de uvas fue izado al tope del mayor y amarrado firmemente al calcés inferior, el punto más fuerte que existe más arriba de la cubierta del barco. El extremo del cabo, similar a una maroma, que recorre todos estos intrincados caminos, fue llevado entonces al molinete, y el enorme motón inferior del aparejo se colgó sobre la ballena; en este motón se amarró el gran gancho del lardo, que pesa alrededor de cien

libras. Y ahora, montados en plataformas sobre el costado, Starbuck y Stubb, los oficiales, armados con largas zapas, empezaron a cortar en el cuerpo, justo por encima de la más cercana de las dos aletas laterales, un agujero para insertar el gancho. Hecho esto, se corta una amplia línea semicircular alrededor del agujero, se inserta el gancho, y formando apretado grupo en el molinete, el grueso de la marinería comienza ahora a halar iniciando una fiera canción. Momento en el que instantáneamente el barco se escora a banda; cada perno en él se entiesa, como los clavos de una vieja casa en una helada; tiembla, se estremece, e inclina sus asustados topes al cielo. Más y más se tumba hacia la ballena, mientras cada jadeante impulso del molinete es contestado por un impulso complementario de las olas; hasta que al final se escucha un brusco y alarmante chasquido; en medio de un gran chapoteo, el barco voltea hacia arriba y se aleja de la ballena, y el triunfante aparejo surge a la vista arrastrando tras de sí el extremo semicircular desprendido de la primera tira de lardo. Pues como el lardo envuelve a la ballena exactamente igual que la cáscara a la naranja, se lo pela del cuerpo precisamente como a veces se pela la naranja, en espiral. La tensión mantenida de manera constante por el molinete hace que la ballena voltee una y otra vez en el agua, y mientras tanto el lardo se pela uniformemente en una tira que sigue una línea llamada la «cicatriz», cortada simultáneamente por las zapas de Starbuck y Stubb, los oficiales; y con la misma rapidez con que así es pelada, y de hecho por ese mismo proceso, constantemente es izada más y más hacia lo alto, hasta que su extremo superior roza el tope del mayor; los hombres del molinete dejan entonces de halar, y durante unos instantes la prodigiosa masa que gotea sangre se balancea de un lado a otro como caída del cielo, y todos los presentes deben tener cuidado de esquivarla mientras oscila, pues, si no, podría golpearles en las orejas y lanzarles de cabeza por la borda.

Uno de los arponeros asistentes avanza ahora con un arma larga afilada, llamada espada de abordaje, y buscando el momento propicio, corta diestramente un considerable agujero en la parte inferior de la oscilante masa. En este agujero se engancha el extremo del segundo gran aparejo alternativo, para así mantener el lardo sujeto y preparar lo que

sigue. Hecho lo cual, este consumado espadachín, advirtiendo a toda la tripulación que se aparte, de nuevo lanza una científica acometida a la masa, y con unos pocos cortes oblicuos, rápidos y drásticos la separa completamente en dos; de manera que mientras la parte pequeña inferior sigue estando sujeta, la larga tira superior, llamada manta, se balancea, suelta y dispuesta para arriarse. Los haladores de proa vuelven ahora a retomar su canción, y mientras uno de los aparejos está pelando e izando una segunda tira de la ballena, el otro está siendo bajado lentamente, y la primera tira va descendiendo a través de la escotilla principal, que está exactamente debajo, hacia una sala sin amueblar llamada cámara del lardo. En este apartamento en penumbra varios diestros tripulantes se dedican a enrollar la larga manta como si fuera una gran masa viva de serpientes trenzadas. Y así continúa el trabajo; los dos aparejos izando y descendiendo simultáneamente; la ballena y el molinete halando ambos; los haladores cantando; los caballeros de la cámara del lardo enrollando; los oficiales abriendo cicatriz; el barco soportando la tensión; y toda la tripulación maldiciendo de vez en cuando, como procedimiento para mitigar la fricción general.



CAPÍTULO LXVIII LA MANTA

He prestado no poca atención a ese no poco desconcertante tema que es la piel de la ballena. He mantenido controversias sobre él con balleneros experimentados en el mar y con cultivados naturalistas en tierra. Mi opinión inicial permanece inalterada; pero sólo es una opinión.

La cuestión es: ¿qué es y dónde está la piel de la ballena? El lardo ya sabéis lo que es. Ese lardo es más o menos de la consistencia de la carne firme y prieta de buey, pero más dura, más elástica y compacta, y su grosor va desde ocho o diez, hasta doce y quince pulgadas.

Ahora bien, por muy ridículo que en principio pueda parecer hablar de la piel de una criatura diciendo que es de esa consistencia y grosor, no obstante, de hecho, éstos no son argumentos en contra de tal presunción; pues del cuerpo de la ballena no puedes desprender ninguna otra capa envolvente, salvo ese mismo lardo; y la capa envolvente más exterior de cualquier animal, si es razonablemente densa, ¿qué puede ser, sino la piel? Cierto, del cuerpo muerto y no deteriorado de la ballena puedes raspar con

la mano una sustancia infinitamente fina y transparente, que en cierto modo recuerda a las lascas de mica, aunque es casi tan flexible y suave como el satén; es decir, antes de secarse, momento en que no sólo se contrae y espesa, sino que se hace más bien dura y quebradiza. Yo poseo varios pedazos secos de éstos, que utilizo como señaladores en mis libros balleneros. Es transparente, como he dicho antes; y al colocarla sobre la página impresa, a veces me he entretenido imaginándome que hacía un efecto de aumento. En cualquier caso, resulta agradable leer sobre las ballenas, como si dijéramos, a través de sus propias gafas. Mas a lo que aquí voy es a esto. Esa misma sustancia infinitamente delgada, como lascas de mica, que, admito, reviste el cuerpo entero de la ballena no ha de ser considerada tanto la piel de la criatura, como la piel de la piel, por así decirlo; pues sería simplemente ridículo decir que la propia piel de la tremenda ballena es más delgada y más delicada que la de un niño recién nacido. Pero basta de esto.

Admitiendo que el lardo sea la piel de la ballena, entonces, cuando esta piel, como en el caso de un cachalote muy grande, aporta la mayor parte de una centena de barriles de aceite; y cuando se considera que, en cantidad, o más bien peso, ese aceite, en su mencionado estado, sólo constituye tres cuartas partes, y no la sustancia completa de la capa, alguna idea puede de ahí obtenerse de la enormidad de esa masa animada, una sola parte de cuyo mero tegumento aporta tal lago de líquido como es ése. Calculando diez barriles por tonelada, se tienen diez toneladas de peso neto para sólo tres cuartas partes del material de la piel de la ballena.

En vida, la superficie visible del cachalote no es la menor entre las muchas maravillas que presenta. Casi invariablemente está cruzada y recruzada por innumerables marcas rectas en espesa alineación, algo así como las que hay en los mejores grabados italianos. Pero estas marcas no parecen estar impresas sobre la sustancia de mica anteriormente mencionada, sino que parecen verse a través de ella, como si estuvieran grabadas sobre el propio cuerpo. Y esto no es todo. En algunos casos, para el rápido ojo observador, esas marcas lineales, como en un grabado verdadero, únicamente sirven de base para otras muchas delineaciones. Éstas son jeroglíficas; es decir, si vosotros llamáis jeroglíficos a esos

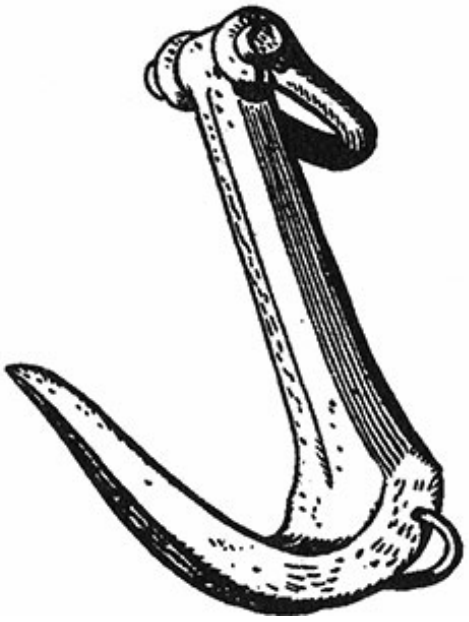
misteriosos signos en los muros de las pirámides, entonces ésta es la palabra adecuada para emplear en el vínculo presente. Debido a mi memoria retentiva de los jeroglíficos de un cachalote en particular, me chocó mucho una lámina que representaba los antiguos caracteres indios cincelados en los famosos acantilados de los jeroglíficos de las riberas del alto Mississippi. Como aquellas místicas rocas, también la místicamente marcada ballena sigue siendo indescifrable. Esta alusión a las rocas indias me recuerda otro asunto. Aparte de todos los demás fenómenos que presenta el exterior del cachalote, no es raro que muestre el lomo, y más especialmente los flancos, desfigurados del uniforme aspecto lineal en gran medida, a causa de numerosos violentos arañazos de un aspecto por lo general irregular y aleatorio. Yo diría que esas rocas de Nueva Inglaterra en la costa del mar, que Agassiz imagina que llevan las marcas del violento contacto raspante con enormes icebergs flotantes… yo diría que esas rocas deben semejarse no poco al cachalote en este aspecto. También me parece a mí que tales arañazos de la ballena probablemente están hechos por el contacto hostil con otras ballenas; pues los he observado sobre todo en los grandes garañones adultos de la especie.

Una o dos palabras más, concernientes a este asunto de la piel o lardo de la ballena. Ya se ha dicho que se le quita en largas piezas llamadas mantas. Como la mayoría de los términos marítimos, éste es un término muy feliz y significativo. Pues la ballena está, efectivamente, arropada en su lardo como en una auténtica manta o cubrecama; o, todavía mejor, un poncho indio pasado sobre su cabeza y que cae hasta su extremidad. Es a causa de este acogedor arropamiento de su cuerpo, que la ballena es capaz de mantenerse confortable en todo tiempo, en todo mar, en toda época y marea. ¿Qué sería de una ballena de Groenlandia, por ejemplo, en esos estremecedores mares helados del norte, si no estuviera provista de su acogedor sobretodo? Cierto, otros peces enormemente briosos se encuentran en estas aguas hiperbóreas; pero éstos, obsérvese, son esos peces de sangre fría, carentes de pulmones, cuyos mismos estómagos son neveras; criaturas que se calientan al socaire de un iceberg lo mismo que un viajero, en invierno, se deleita ante el fuego de una posada; mientras que la ballena, como el hombre, tiene pulmones y sangre caliente. Si

congelas su sangre, muere. Qué portentoso es entonces —excepto tras aclaración— que a este gran monstruo, para el que el calor corporal es tan indispensable como lo es para el hombre… ¡qué portentoso que se le encuentre como en casa, inmerso hasta sus labios de por vida en esas aguas árticas!, donde, cuando los marinos caen por la borda, a veces son encontrados, meses después, congelados perpendicularmente en los corazones de campos de hielo, lo mismo que una mosca es encontrada atrapada en ámbar. Pero más sorprendente resulta saber, como se ha probado por experimentación, que la sangre de una ballena polar es más caliente que la de un negro de Borneo en verano.

Me parece a mí que aquí podemos ver la rara virtud de una fuerte vitalidad individual, y la rara virtud de las gruesas paredes, y la rara virtud de la espaciosidad interior. ¡Oh, hombre!, ¡admirad y emulad a la ballena! Permaneced vos también caliente entre el hielo. Vivid vos también en este mundo sin pertenecer a él. Estad fresco en el ecuador; mantened vuestra sangre fluida en el polo. Como la gran cúpula de San Pedro, y como la gran ballena, retened, ¡oh, hombre!, una temperatura propia en toda estación.

¡Pero qué fácil y qué inútil enseñar estos refinados asuntos! De entre las erecciones, ¡qué pocas tienen una cúpula como la de San Pedro!; de entre las criaturas, ¡qué pocas son tan enormes como la ballena!



CAPÍTULO LXIX — EL FUNERAL

—¡Izad las cadenas! ¡Que los despojos caigan a popa!

Los enormes aparejos ya habían realizado su labor. El blanco cuerpo pelado de la ballena descabezada refulge como un sepulcro de mármol; aunque, mudada de color, no ha perdido perceptiblemente nada en el grueso de su masa. Todavía es colosal. Lentamente flota cada vez más lejos, el agua a su alrededor rasgada y agitada por los insaciables tiburones, y el aire encima encrespado por los rapaces vuelos de aves que gritan, cuyos picos son como tantos ofensivos puñales en la ballena. Este enorme fantasma blanco descabezado se aleja flotando más y más del barco, y a cada soga que así flota, incrementan el tumulto asesino lo que parecen sogas cuadradas de tiburones y sogas cúbicas de aves. Durante horas y horas se ve desde el casi estacionario barco esa espantosa visión. Bajo el cielo azul, despejado y dulce, sobre el limpio rostro del amable mar, empujada suavemente por alegres vientos, esa gran masa de muerte flota y flota hasta perderse en perspectivas infinitas.

¡Ahí tenéis un bien lúgubre y burlón funeral! Los buitres marinos todos en piadoso duelo, los tiburones aéreos todos puntillosamente de

negro o moteados. En vida apenas unos pocos de ellos, presumo, habrían ayudado a la ballena si por ventura lo hubiera necesitado; pero al banquete de este funeral muy piadosamente se abalanzan. ¡Oh, horrible buitreidad de la tierra, de la que ni la más poderosa de las ballenas se libra!

Tampoco es éste el final. Profanado como está el cuerpo, un fantasma vengativo sobrevive y planea sobre él para atemorizar. Observado desde lejos por algún tímido buque de guerra o patoso navío de exploración, cuando la distancia que oscurece las revoloteantes aves todavía muestra, sin embargo, la masa blanca flotando al sol, y los blancos rompientes alzándose bien arriba contra ella; inmediatamente el inofensivo cadáver de la ballena es apuntado en el cuaderno de bitácora con dedos temblorosos… *Bajíos, rocas y rompientes aquí cerca: ¡cuidado!* Y durante años después los barcos evitan el lugar; saltando sobre él como estúpidas ovejas sobre la nada, porque la primera del rebaño inicialmente saltó allí cuando se sujetó un palo. Ahí tenéis vuestra ley de los precedentes; ahí vuestra utilidad de las tradiciones; ¡ahí la historia de vuestra obstinada supervivencia de viejas creencias, que nunca pusieron pie en tierra y que ahora ni siquiera rondan en el aire! ¡Ahí vuestra ortodoxia!

Así, aunque en vida el gran cuerpo de la ballena puede haber sido un auténtico terror para sus enemigos, en su muerte, su fantasma se convierte en un estéril pánico para un mundo.

¿Sois creyente en los fantasmas, amigo mío? Hay otros fantasmas además del de Cock Lane, y hombres mucho más profundos que el doctor Johnson creen en ellos.

CAPÍTULO LXX — LA ESFINGE

No debería haberse omitido que antes de despellejar completamente el cuerpo del leviatán se lo decapitó. Ahora bien, la decapitación del cachalote es un logro anatómico científico, del que los experimentados cirujanos balleneros se enorgullecen enormemente; y no sin razón.

Considerad que la ballena no tiene nada que pueda propiamente llamarse cuello; por el contrario, donde su cabeza y cuerpo parecen juntarse, allí, en ese mismo lugar, está su parte más gruesa. Recordad también que el cirujano debe operar desde arriba, estando separado unos ocho o diez pies de su paciente, y ese paciente casi oculto en un mar descolorido, ondulante y muy a menudo embravecido y rompiente. Tened en cuenta, también, que bajo estas adversas circunstancias tiene que cortar en la carne hasta una profundidad de muchos pies; y de esa subterránea manera, sin siquiera una sola ojeada en el tajo así hecho, que siempre se retrae, debe hábilmente evitar todas las partes adyacentes, que están vedadas, y dividir la columna vertebral exactamente en un punto crítico muy cercano a su inserción en el cráneo. ¿No os asombra, entonces, la bravata de Stubb, de que sólo necesitaba diez minutos para decapitar un cachalote?

En cuanto se amputa, la cabeza se deja caer a popa y se sujeta allí mediante un cable hasta que se descarna el cuerpo. Hecho lo cual, si

pertenece a una ballena pequeña, se iza a cubierta para disponer de ella cuidadosamente. Pero con un leviatán adulto esto resulta imposible; pues la cabeza del cachalote abarca casi un tercio del total de su cuerpo, y alzar una carga como ésa, incluso con los inmensos aparejos de un ballenero, sería algo tan impracticable como intentar pesar un granero alemán en la balanza de un joyero.

Decapitada ya la ballena del *Pequod* y descarnado el cuerpo, la cabeza fue izada contra el costado del barco… mitad fuera del mar, de forma que pudiera ser sostenida aún en gran parte por flotación en su elemento nativo. Y allí, con el navío sometido a la tensión, inclinándose pronunciadamente sobre ella a causa del arrastre hacia abajo desde el tope inferior, y cada peñol de esa banda proyectándose como un pescante sobre las olas; allí, esa cabeza chorreante de sangre colgó del combés del *Pequod* como la del gigante Holofernes del ceñidor de Judith.

Cuando esta última tarea fue completada era mediodía, y los marineros bajaron a su almuerzo. El silencio reinaba sobre la antes tumultuosa pero ahora desierta cubierta. Una intensa calma de cobre, como un universal loto amarillo, desplegaba sus silenciosas hojas adimensionales cada vez más sobre el mar.

Transcurrió un corto intervalo, y arriba, a esta ausencia de ruido, vino Ajab, él solo desde su cabina. Dando unas cuantas vueltas por el alcázar hizo una pausa para observar sobre el costado, se subió entonces a las cadenas de la mesa de guarnición del mayor, cogió la larga zapa de Stubb —allí dejada aún tras la decapitación de la ballena— y, clavándola en la parte inferior de la medio suspendida masa, colocó su otro extremo como una muleta bajo un brazo, y así permaneció reclinado, con ojos atentamente fijos en esta cabeza.

Era una cabeza negra y encapuchada; y colgando allí en medio de una calma tan intensa parecía la de la Esfinge en el desierto.

—Hablad, vos, enorme y venerable cabeza —murmuró Ajab—, que aunque no guarnecida de barba, sin embargo aparecéis aquí y allá canosa de musgo; hablad, poderosa cabeza, y decidnos lo secreto que hay en vos. De todos los buceadores, vos el que habéis buceado más profundo. Esta cabeza sobre la que el sol superior ahora reluce se ha movido entre los

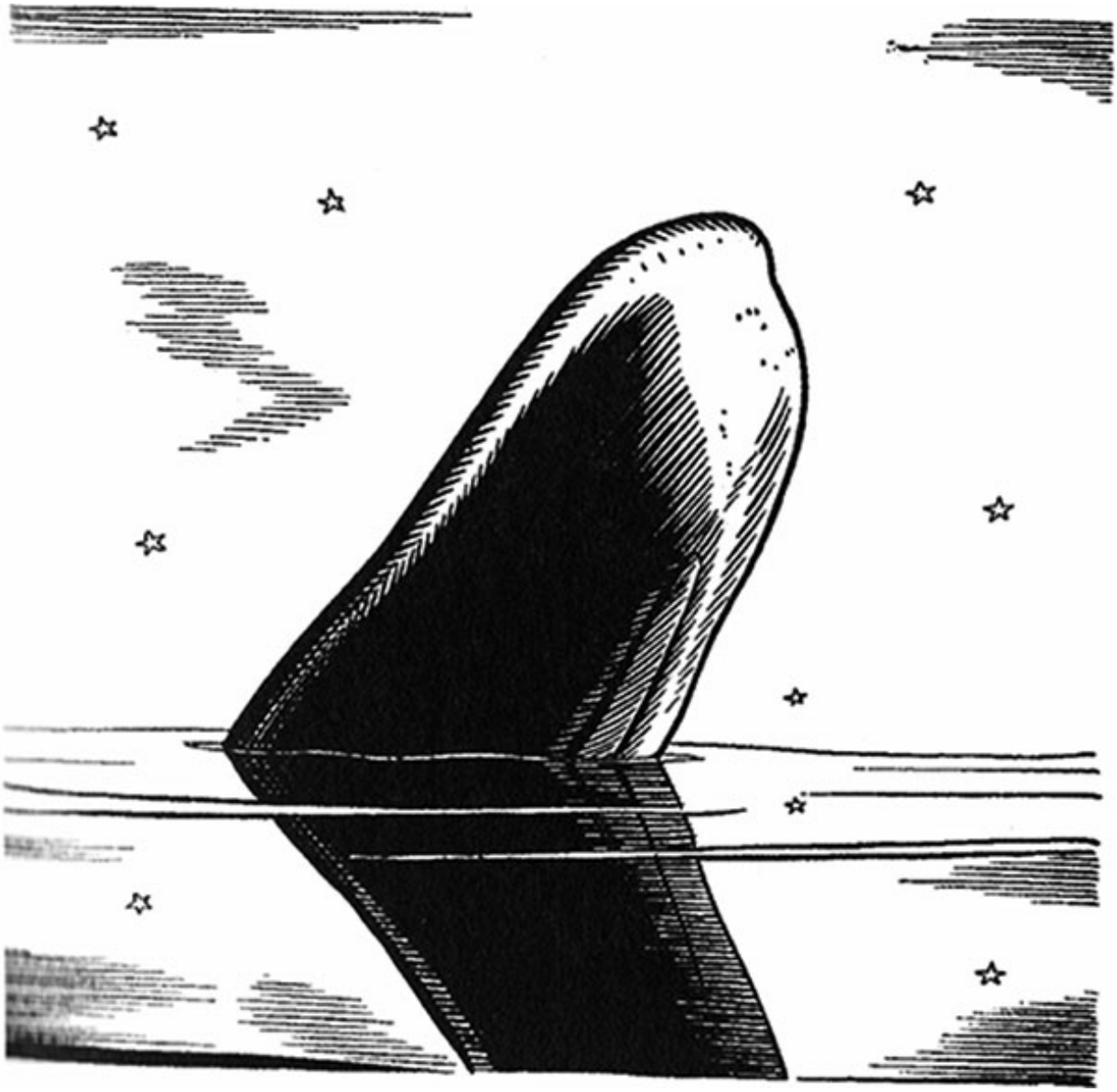
cimientos del mundo. Donde nombres y flotas no registrados se oxidan; donde en su anclaje asesino, esta fragata tierra está lastrada con huesos de millones de ahogados; allí, en esa horrible tierra de agua, allí estuvo vuestro hogar más familiar. Vos habéis estado donde ni buceadores ni campanas nunca estuvieron; habéis dormido al lado de muchos marineros, donde madres insomnes darían sus vidas por darles reposo. Vos visteis a los amantes abrazados al saltar desde su barco en llamas; corazón con corazón se hundieron bajo la ola exultante, fieles entre sí cuando el Cielo les parecía desleal. Vos visteis al oficial asesinado cuando fue arrojado por los piratas desde la cubierta a medianoche; durante horas se hundió en la más profunda medianoche de las insaciables fauces; y sus asesinos siguieron navegando, indemnes… mientras vertiginosos relámpagos hacían astillas el cercano barco que hubiera llevado a un honrado marido a anhelantes brazos abiertos. ¡Oh, cabeza!, vos habéis visto suficiente para rajar planetas y hacer de Abraham un infiel, ¡y ni una sílaba es vuestra!

—¡Vela a la vista! —gritó una voz triunfante desde el tope del mayor.

—¿Sí? Bien, bueno, eso es alentador —gritó Ajab, incorporándose de pronto, mientras nubes de trueno enteras se apartaban de su frente—. Ese brioso grito en esta mortal calma casi podría cristianizar a alguno mejor que yo… ¿Hacia dónde?

—Tres puntos por la amura de estribor, señor, ¡y trayéndonos su viento!

—Mejor que mejor, marinero. ¡Ojalá viniera ahora san Pablo por ese lado, y a mi carencia de viento trajera el suyo! ¡Oh, naturaleza, y alma del hombre!, ¡cuánto más allá de toda expresión están vuestras enlazadas analogías! Ni el más pequeño de los átomos se agita o vive en la materia, que no tenga su astuto duplicado en la mente.



CAPÍTULO LXXI LA HISTORIA DEL *JEROBOÁN*

Cogidos de la mano, barco y viento avanzaron; aunque el viento llegó más rápido que el barco, y pronto el *Pequod* comenzó a mecerse.

Al poco rato, las lanchas y los ocupados topes del extraño le delataron a través del anteojo como barco ballenero. Pero como estaba lejos a sotavento, y pasaba lanzado, aparentemente en travesía a algún otro caladero, el *Pequod* no tenía posibilidad de alcanzarlo. Así que se izó la enseña para ver qué respuesta se daba.

Sea dicho aquí que, al igual que los navíos de las flotas militares, los barcos de la marina ballenera americana tienen cada uno una enseña privada; todas las cuales enseñas, con los nombres adjuntos de los respectivos navíos, están recogidas en un libro que se proporciona a todos los capitanes. De ese modo, los comandantes balleneros tienen la capacidad de reconocerse entre sí sobre el océano, incluso a considerables distancias, y con no poca facilidad.

La enseña del *Pequod* fue finalmente respondida por la colocación de la suya por parte del foráneo; que reveló que el barco era el *Jeroboán*, de Nantucket. Braceando en cruz, arribó sobre nosotros, navegó a longo a sotavento del *Pequod*, y arrió una lancha; pronto se acercó; pero cuando por orden de Starbuck se estaba guarniendo la escala para acomodar al capitán visitante, el foráneo en cuestión agitó la mano desde la popa de su lancha, indicando que ese procedimiento era totalmente innecesario. Resultó ser que el *Jeroboán* tenía a bordo una epidemia maligna, y que Mayhew, su capitán, temía infectar a la compañía del *Pequod*. Pues aunque él mismo y la tripulación de la lancha estaban sanos, y aunque el barco estaba a una distancia de medio disparo de rifle, y un mar y un aire incorruptibles ondeaban y fluían entre ambos, ateniéndose, no obstante, a la precavida cuarentena de tierra, se negaba perentoriamente a entrar en contacto directo con el *Pequod*.

Pero esto en modo alguno impidió toda comunicación. Manteniendo una distancia de unas pocas yardas con el barco, la lancha del *Jeroboán*, mediante el empleo ocasional de sus remos, se las ingenió para mantenerse paralela al *Pequod*, mientras éste, con su gavia del mayor en facha, pesada y lentamente avanzaba a través del mar (pues para entonces soplaba una brisa fresca); y aunque, a veces, a causa de la repentina aparición de una gran ola encrespada, la lancha, efectivamente, era impelida a cierta distancia a proa, no obstante, pronto era hábilmente acercada a su adecuada demora. Sujeta a esto y a otras parecidas interrupciones ocasionales, se sostuvo una conversación entre ambas partes; aunque a intervalos no sin aún otra interrupción de una clase muy distinta.

Batiendo un remo en la lancha del *Jeroboán* había un hombre de singular apariencia incluso para esa salvaje vida ballenera en la que individualidades notables conforman cada totalidad. Era un hombre pequeño, bajo, más bien joven, con toda la cara llena de pecas, y muy abundante cabello rubio. Le envolvía un largo capote de cabalístico corte y un desteñido tinte de nogal, cuyas sobresalientes mangas estaban vueltas en las muñecas. En sus ojos había un profundo e impávido fanático delirio.

Tan pronto como esta figura hubo sido avistada por vez primera, Stubb había exclamado…

—¡Es él, ¡es él!… ¡el *scaramouche* de largo ropaje del que nos habló la compañía del *Town-Ho*!

Stubb hacía aquí alusión a una extraña historia contada cierto tiempo antes sobre el *Jeroboán* y un hombre, en concreto, de su tripulación, cuando el *Pequod* comunicó con el *Town-Ho*. Según esta narración, y lo que subsecuentemente se supo, parecía ser que el *scaramouche* en cuestión había logrado ejercer un formidable dominio sobre casi todos en el *Jeroboán*. Su historia era ésta:

Originalmente había sido criado en la demente sociedad de los *shakers* de Neskyeuna, donde había sido un gran profeta; en sus trastornadas reuniones secretas había descendido varias veces desde el Cielo a través de una trampilla, anunciando la inminente apertura del séptimo tarro, que él portaba en el bolsillo del chaleco; y que en lugar de contener pólvora se sospechaba que estaba lleno de láudano. Habiéndole acometido un extraño apostólico desvarío, había abandonado Neskyeuna camino de Nantucket, donde, con esa astucia tan peculiar de la locura, asumió una sólida apariencia de sentido común, y se ofreció como candidato a tripulante novato para la expedición ballenera del *Jeroboán*. Lo admitieron; pero enseguida, cuando el barco perdió de vista la tierra, su demencia reventó en forma de avalancha. Proclamó ser el arcángel Gabriel y ordenó al capitán saltar por la borda. Publicó su manifiesto, por el cual se proclamaba libertador de las islas del mar y vicario general de toda la Oceánica. La inquebrantable seriedad con la que declaró estas cosas… el oscuro y comprometido juego de su insomne imaginación excitada, y todos los preternaturales terrores del auténtico delirio, se juntaron para investir a este Gabriel con un aura de sacralidad en las mentes de la mayor parte de la ignorante tripulación. Más aún, estaban asustados de él. Como, sin embargo, un hombre así no era de mucha utilidad en el barco, dado especialmente que se negaba a trabajar excepto cuando se le antojaba, el incrédulo capitán gustosamente se habría librado de él; mas, informado de que la intención de esta persona era desembarcarle en el primer puerto conveniente, el arcángel inmediatamente abrió todos sus sellos y sus

tarros… consagrando el barco y a todos los tripulantes a la incondicional perdición, en caso de que esta intención se llevara a cabo. Con tal fuerza se trabajó a sus discípulos de la tripulación, que finalmente fueron como un solo hombre al capitán, y le dijeron que si Gabriel era sacado del barco, ni uno de ellos se quedaría. Por lo que aquél se vio obligado a renunciar a su plan. Y tampoco permitirían que Gabriel fuera en modo alguno maltratado, dijera o hiciera lo que fuese; de manera que sucedió que Gabriel se hizo con absoluta libertad en el barco. La consecuencia de todo ello fue que el arcángel en nada o apenas nada se ocupaba del capitán y de los oficiales; y que desde que había brotado la epidemia, gozaba de mayor ascendiente que nunca, al declarar que la plaga, tal como él la llamaba, estaba bajo su única autoridad; y que no se aplacaría sino según su capricho. Los marineros, pobres diablos la mayoría, se acobardaban, y algunos le adulaban; ofreciéndole a veces, en obediencia a sus instrucciones, personal homenaje, como a un dios. Tales cosas pueden parecer increíbles; pero, por muy fantásticas que sean, son ciertas. Y la historia de los fanáticos no es ni la mitad de impresionante por lo que atañe al inconmensurable autoengaño del propio fanático, sino por el inconmensurable poder de engañar y corromper a tantos otros. Mas es hora de volver al *Pequod*.

—No temo vuestra epidemia, señor —dijo Ajab desde la amurada al capitán Mayhew, que se erguía en la popa de la lancha—; suba a bordo.

Pero ahora Gabriel se incorporó.

—¡Pensad, pensad en las fiebres, amarillas y biliosas! ¡Guardaos de la terrible plaga!

—¡Gabriel, Gabriel! —gritó el capitán Mayhew—; debéis…

Pero en ese instante una impetuosa ola impulsó la lancha muy a proa, y sus chapoteos ahogaron toda la parrafada.

—¿Habéis visto a la ballena blanca? —preguntó Ajab cuando la lancha cayó de vuelta a la deriva.

—¡Pensad, pensad en vuestra ballenera, desfondada y hundida! ¡Guardaos de la terrible cola!

—Os digo de nuevo, Gabriel, que… —pero de nuevo la lancha salió lanzada a proa, como arrastrada por diablos. Nada se dijo durante algunos

momentos, mientras pasaron ondulando una sucesión de amotinadas olas, que, por uno de esos ocasionales caprichos de los mares, lo volteaban en lugar de alzarlo y abatirlo. Entretanto la cabeza izada de la ballena se balanceaba de aquí para allá muy violentamente, y se vio a Gabriel observarla con más aprehensión que la que su naturaleza arcangélica parecía admitir.

Cuando finalizó este interludio, el capitán Mayhew inició una oscura historia referente a Moby Dick; no, sin embargo, sin frecuentes interrupciones de Gabriel siempre que era mencionado su nombre, y también del alocado mar, que parecía aliado con él.

Parece ser que no había transcurrido mucho tiempo desde que el *Jeroboán* zarpó de puerto, al hablar con un barco ballenero, su gente fue fidedignamente informada de la existencia de Moby Dick y de los estragos que había causado. Aprovechándose codiciosamente de esta confidencia, Gabriel advirtió solemnemente al capitán que no atacara a la ballena blanca en caso de que el monstruo fuera avistado; y declaró en su farfullante demencia que la ballena blanca no era otro ser sino el dios *shaker* encarnado; siendo que los *shakers* entrañaban la Biblia. Mas un año o dos después, al ser Moby Dick nítidamente avistado desde los topes, Macey, el primer oficial, se desvivía por enfrentarse a él; y no siendo reticente el propio capitán a otorgarle la oportunidad, a pesar de todas las denuncias y advertencias del arcángel, Macey logró persuadir a cinco hombres para que formaran la dotación de su lancha. Con ellos partió; y tras mucho agotador bogar, y muchas arriesgadas y fallidas acometidas, finalmente logró fijar un hierro. Mientras tanto, Gabriel, subido al tope del sobremastelerillo del mayor, agitaba un brazo en frenéticos gestos, y lanzaba profecías de pronta perdición a los sacrílegos asaltantes de su divinidad. Entonces, mientras Macey, el primer oficial, estaba en la proa de su lancha, y con toda la temeraria energía de su estirpe expelía sus feroces exclamaciones sobre la ballena, e intentaba lograr una buena oportunidad para su lanza dispuesta, hete aquí que una amplia sombra blanca emergió del mar, impidiendo temporalmente la respiración de los cuerpos de los remeros con su rápido movimiento aventador. En el instante siguiente, el infortunado primer oficial, tan lleno de furiosa vida, fue

materialmente lanzado al aire, y haciendo un largo arco en su descenso, cayó al mar a una distancia de unas cincuenta yardas. Ni una astilla de la lancha sufrió daño, ni un cabello de la cabeza de ningún remero; pero el primer oficial se hundió para siempre.

Bien está hacer aquí el paréntesis de que, de entre los accidentes fatales de la pesquería del cachalote, esta clase es quizá casi tan frecuente como cualquier otra. A veces nada resulta dañado excepto el hombre que así es aniquilado; con mayor frecuencia la proa de la lancha es destrozada, o la plancha de apoyo en la que se sitúa el tripulante es arrancada de su lugar y acompaña al cuerpo. Pero lo más extraño de todo es la circunstancia de que en más de una ocasión, cuando el cuerpo ha sido recuperado, no es discernible ni una sola marca de violencia; estando el hombre muerto y bien muerto.

La entera calamidad, la silueta descendiente de Macey fue observada claramente desde el barco. Alzando un estridente chillido… «¡El tarro!, ¡el tarro!», Gabriel hizo renunciar a la aterrorizada tripulación a la posterior caza de la ballena. Este terrible acontecimiento revistió al arcángel con un adicional ascendiente; pues sus crédulos discípulos estaban convencidos de que lo había específicamente preanunciado, en lugar de sólo haber formulado, una profecía general, que cualquiera podría haber hecho, y haber dado así en acertar en una de las muchas dianas que el amplio margen permitía. De esta manera se convirtió en un innominado terror para el barco.

Habiendo concluido Mayhew su narración, Ajab le planteó tales cuestiones, que el capitán no pudo evitar preguntar si tenía intención de cazar a la ballena blanca si la oportunidad se presentaba. A lo cual Ajab respondió:

—Sí.

Entonces, inmediatamente, Gabriel se puso una vez más en pie, mirando con ojos brillantes al viejo, y, con un dedo apuntando hacia abajo, exclamó:

—Pensad, pensad en el blasfemo… ¡Muerto y allá abajo!… ¡Guardaos del fin del blasfemo!

Ajab se apartó, imperturbable; entonces dijo a Mayhew:

—Capitán, acabo de recordar mi bolsa de correspondencia; hay una carta para uno de vuestros oficiales, si no me equivoco. Revisad la bolsa, Starbuck.

Todo barco ballenero porta un buen número de cartas para otros barcos, cuya entrega a las personas a las que pueden estar dirigidas depende de la mera suerte de encontrarlos en los cuatro océanos. Así, la mayoría de las cartas nunca alcanza su destino; y muchas sólo son recibidas tras acumular una edad de dos, tres o más años.

Pronto Starbuck regresó con una carta en su mano. Como consecuencia de estar guardada en una oscura alacena de la cabina, estaba horriblemente deteriorada, húmeda y cubierta de un moho verde, mate y moteado. De semejante carta, la propia muerte bien podría haber sido el cartero.

—¿No podéis leerla? —gritó Ajab—. Dádmela, señor. Sí, sí, apenas es un desvaído garabatear… ¿Qué es esto?

Mientras la estaba estudiando, Starbuck cogió una larga pértiga de zapa de descarnar, y con su navaja abrió levemente un extremo para insertar allí la carta, y de esa manera pasársela a la lancha sin que se aproximara más cerca del barco.

Entretanto, Ajab, sujetando la carta, murmuraba:

—Señor Harr… Sí, señor Harry… (letra puntiaguda de mujer… apuesto que es la esposa del tipo)… Sí… Señor Harry Macey, barco *Jeroboán*; ¡vaya, es Macey, y está muerto!

—¡Pobre hombre!, ¡pobre hombre! ¡Y de su mujer! —suspiró Mayhew —; pero dádmela.

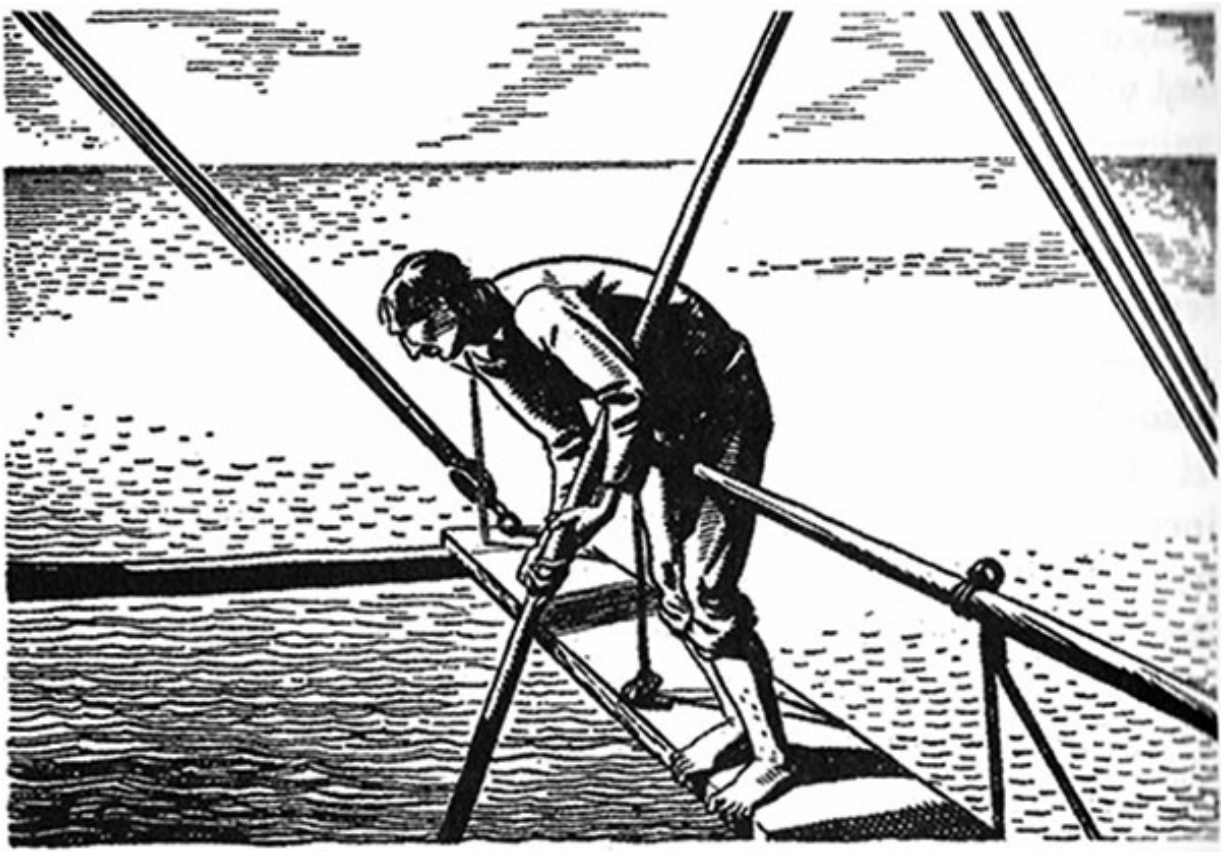
—No, guardadla vos —le gritó Gabriel a Ajab—, vos vais pronto a seguir ese camino.

—¡Que las maldiciones os estrangulen! —tronó Ajab—. Capitán Mayhew, disponeos ahora a recibirla —y tomando la fatal misiva de las manos de Starbuck, la sujetó en el corte de la percha y la extendió hacia la lancha.

Pero, al hacerlo, los remeros, expectantes, dejaron de remar; la lancha cayó un poco hacia la popa del barco; de manera que, como por arte de magia, la carta de pronto se situó junto a la ávida mano de Gabriel. La atrapó en un instante, agarró el cuchillo de la lancha y, empalando la carta

en él, lo envió así cargado de nuevo al barco. Cayó a los pies de Ajab. Entonces Gabriel gritó a sus camaradas avante con sus remos, y de esa manera la amotinada lancha se separó rápidamente del *Pequod*.

Cuando tras este interludio los marineros retomaron su trabajo con el envoltorio de la ballena, muchas cosas extrañas se insinuaron sobre este singular asunto.



CAPÍTULO LXXII EL CABO DE MONO

En la tumultuosa tarea del descarnado y laboreo de la ballena, se da mucho correr de acá para allá entre la tripulación. Ahora se requieren tripulantes aquí, y de nuevo entonces se requieren allí. No se puede estar en un solo sitio, pues todo tiene que estar hecho a la vez en todas partes. Ocurre un tanto de lo mismo con el que se propone la descripción de la escena. Debemos ahora volver un poco hacia atrás en nuestro camino. Se mencionó que al abrirse paso inicialmente en el lomo de la ballena, el gancho del lardo se insertaba en el orificio cortado allí a propósito por las zapas de los oficiales. Pero ¿cómo se fijaba en ese orificio una masa tan tosca y pesada como la de ese mismo gancho? Era insertada allí por mi particular amigo Queequeg, cuya tarea como arponero era descender sobre el lomo del monstruo para el especial propósito referido. Siendo que en muchísimos casos las circunstancias

requieren que el arponero se mantenga sobre la ballena hasta que toda la operación de pelado, o despellejado, se concluya. La ballena, obsérvese, permanece casi enteramente sumergida, a excepción de los sectores inmediatos sobre los que se opera. Así que, ahí abajo, a unos diez pies bajo el nivel de la cubierta, el pobre arponero se esfuerza por mantenerse mitad sobre la ballena, mitad en el agua, mientras la enorme masa gira bajo él como una rueda de andar. En la ocasión en cuestión, Queequeg se presentaba en el atuendo de las Highlands —una falda y calcetines—[91], en el cual, al menos a mis ojos, aparecía en no escasa medida favorecido; y nadie tenía mejor oportunidad de observarle, como presentemente se verá.

Al ser yo el hombre de amura del salvaje, es decir, la persona que batía el remo de amura en su lancha (el segundo a partir de la proa), era mi festiva obligación atenderle mientras se daba ese paseo de pisar huevos por el lomo de la ballena. Habréis visto a los chicos italianos de los organillos que llevan un mono danzarín sujeto con una larga cuerda. Justo así, desde el empinado costado del *Pequod*, sujetaba yo a Queequeg allí abajo en el mar, mediante lo que técnicamente se llama en la pesquería un cabo de mono, unido a una recia tira de lienzo arrollada a su cintura.

Para nosotros dos era una humorísticamente arriesgada tarea. Pues, antes de que continuemos, debe decirse que el cabo de mono estaba atado en ambos extremos; atado al ancho cinturón de lienzo de Queequeg, y atado al mío estrecho de cuero. De manera que para mejor o para peor, los dos, durante ese tiempo, estábamos casados; y si el pobre Queequeg se hundía para no volver a emerger, entonces tanto la costumbre como el honor requerían que, en lugar de cortar el cabo, éste debía arrastrarme al fondo, tras su estela. Así, por tanto, nos unía una prolongada ligatura siamesa. Queequeg era mi propio inseparable hermano gemelo; y en modo alguno podía yo librarme de los arriesgados compromisos que el vínculo de cáñamo implicaba.

Tan fuerte y tan metafísicamente me hice entonces idea de mi situación, que mientras que con seriedad observaba sus movimientos, parecía percibir claramente que mi propia individualidad estaba ahora fusionada en una sociedad anónima de dos; que mi libre albedrío había

recibido una herida mortal; y que el error o la desgracia de otro podría sumergirme a mí, inocente de mí, en un inmerecido desastre y una inmerecida muerte. Por lo tanto, vi que aquí había una suerte de interregno dentro de la Providencia; pues su equilibrada equidad nunca podría haber sancionado tamaña injusticia. Y no obstante, cavilando todavía más… mientras de vez en cuando le sacaba, tirando, de entre la ballena y el barco, que amenazaban trabarle… cavilando todavía más, digo, observé que esta situación mía era la exacta situación de todos los mortales que respiran; únicamente que, en la mayoría de los casos, de una u otra forma, tienen esta misma conexión siamesa con una pluralidad de otros mortales. Si vuestro banquero quiebra, vosotros os arruináis; si vuestro farmacéutico os pone por error veneno en vuestras pastillas, fallecéis. Cierto, podéis decir que, aumentando las precauciones, posiblemente podréis escapar de éstos y de multitud de otros perversos azares de la vida. Mas por muy cuidadosamente que yo manejara el cabo de mono de Queequeg, él a veces tiraba de tal manera que yo estaba a punto de caer por la borda. Y no podía de ninguna manera olvidar que, hiciera lo que hiciera, yo sólo tenía el gobierno de uno de los extremos[92].

He indicado que yo sacaba a menudo al pobre Queequeg de entre la ballena y el barco… donde ocasionalmente caía a causa de la incesante oscilación y bamboleo de ambos. Pero éste no era el único peligroso trance al que estaba expuesto. No suficientemente horrorizados por la masacre cometida sobre ellos durante la noche, los tiburones, atraídos ahora nueva y más punzantemente por la antes confinada sangre, que comenzaba a fluir del cadáver… las rabiosas criaturas se arremolinaban a su alrededor como abejas en una colmena.

Y justo entre esos tiburones estaba Queequeg; que a veces los apartaba con sus tambaleantes pies. Algo totalmente increíble a no ser porque, atraído por semejante presa como una ballena muerta, el de otro modo misceláneamente carnívoro tiburón raramente toca a un hombre.

De cualquier manera, bien puede creerse que dado que tienen puesto tan hambriento dedo en la tarta, se considera bastante juicioso estar muy atento a ellos. Consecuentemente, aparte del cabo de mono con el que yo de vez en cuando apartaba al pobre hombre de una vecindad demasiado

próxima a la mandíbula de lo que parecía un tiburón particularmente feroz… él gozaba de aún otra protección. Suspendidos sobre la borda en una de las plataformas, Tashtego y Daggoo blandían continuamente sobre su cabeza un par de afiladas zapas balleneras, con las cuales sacrificaban tantos tiburones como podían alcanzar. Este procedimiento suyo era, por su parte, evidentemente muy desinteresado y benevolente. Le deseaban a Queequeg la mayor felicidad, lo admito; pero en su precipitado celo por asistirle, y dada la circunstancia de que ambos, él y los tiburones, estaban a veces medio ocultos por el agua encenagada de sangre, esas indiscretas zapas suyas se acercaban más a amputar una pierna que una cola. Mas el pobre Queequeg, supongo, esforzándose y jadeando allí con ese gran gancho de hierro… el pobre Queequeg, supongo, sólo rezaba a su Yojo, y ponía su vida en manos de sus dioses.

Bien, bien, querido camarada y hermano gemelo, pensaba yo, mientras tiraba del cabo y después lo soltaba con cada oscilación del mar… de cualquier manera, ¿qué importa? ¿No eres tú la preciada imagen de todos y cada uno de nosotros, hombres de este mundo ballenero? Ese insondado océano en el que jadeas es la vida; esos tiburones, tus enemigos; esas zapas, tus amigos; y entre tiburones y zapas, estás metido en un peligroso berenjenal, pobre amigo.

Pero ¡ánimo, Queequeg!, hay un fuerte aplauso esperándote. Pues ahora, mientras con labios azules y ojos inyectados de sangre el exhausto salvaje finalmente trepa por las cadenas y sube a la borda todo él goteando, y temblando sin querer, el mozo avanza, y con una benevolente y confortante mirada le ofrece… ¿qué? ¿Un poco de coñac caliente? ¡No!, le ofrece, ¡vos, dioses!, ¡le ofrece una taza de tibia agua de jengibre!

—¿Jengibre? ¿Huelo a jengibre? —preguntó Stubb, acercándose recelosamente—. Sí, esto debe ser jengibre —mirando en la todavía no catada taza.

Quedándose en pie unos instantes, como incrédulo, se encaminó con calma hacia el asombrado mozo, diciendo lentamente:

—¿Jengibre?, ¿jengibre?, y ¿tendréis la bondad de decirme, señor Dough-Boy, dónde reside la virtud del jengibre? ¡Jengibre! ¿Es el jengibre la clase de carburante que utilizas, Dough-Boy, para prender un fuego en

este caníbal temblequeante? ¡Jengibre!… ¿Qué demonios es el jengibre?… ¿Carbón bituminoso?… ¿Leña?… ¿Luciferes?…[93] ¿Yesca?… ¿Pólvora?… ¿Qué demonios es el jengibre, digo, que le ofreces esta taza aquí a nuestro pobre Queequeg?

«Algún oculto movimiento de templanza hay en este asunto —añadió repentinamente, abordando ahora a Starbuck, que acababa de venir hacia proa—. ¿Puede mirar ese pocillo, señor? Huélalo, por favor.»

Observando entonces el rostro del primer oficial, añadió:

—El mozo, señor Starbuck, tuvo el rostro de ofrecer ese calomel o jalapa aquí a Queequeg, recién subido de la ballena. ¿Es el mozo un farmacéutico, señor? ¿Y puedo preguntar si ésta es la clase de fuelle con la que él vuelve a insuflar aliento a un hombre medio ahogado?

—Confío que no —dijo Starbuck—, es caldo bastante pobre.

—¡Vaya, vaya, mozo —gritó Stubb—, te enseñaremos a drogar a un arponero! Nada, aquí, de tu medicina de farmacia; quieres envenenarnos, ¿eh? Has contratado pólizas de todas nuestras vidas y quieres asesinarnos y embolsarte los beneficios, ¿eh?

—No fui yo —gritó Dough-Boy—, fue la tía Charity la que trajo el jengibre a bordo; y la que me pidió que no diera nada de alcohol a los arponeros, sino sólo este zumillo de jengibre… así lo llamó.

—¡Zumillo de jengibre! ¡Pillo de jengibre eres tú! ¡Toma esto!, y vete corriendo a las alacenas, y tráete algo mejor. Espero no cometer ningún error, señor Starbuck. Son las órdenes del capitán… grog para el arponero en la ballena.

—Basta —replicó Starbuck—, y no le volváis a pegar, aunque…

—Oh, yo nunca hago daño cuando pego, excepto cuando le pego a una ballena o algo de ese calibre; y este tipo es una comadreja. ¿Qué es lo que estaba diciendo, señor?

—Sólo esto: id abajo con él, y coged vos mismo lo que deseabais.

Cuando Stubb reapareció, volvió con un frasco oscuro en una mano y una especie de lata de té en la otra. El primero contenía un licor fuerte, y fue entregado a Queequeg; el segundo era el regalo de la tía Charity, y ése fue generosamente entregado a las olas.

CAPÍTULO LXXIII STUBB Y FLASK MATAN A UNA BALLENA FRANCA; Y DESPUES MANTIENEN UNA CHARLA POR ENCIMA DE ELLA

Ha de recordarse que durante todo este tiempo teníamos una prodigiosa cabeza de cachalote colgando de la amurada del *Pequod*. Debemos seguir dejándola allí, colgando un rato hasta que tengamos oportunidad de atenderla. Por el momento otros asuntos apremian, y lo mejor que ahora podemos hacer por la cabeza es rezar al Cielo para que los aparejos aguanten.

Bien. Durante la pasada noche y la mañana siguiente, el *Pequod* había gradualmente abatido hacia un mar que, por sus ocasionales manchas de amarillo copépodo, daba inusuales indicios de la presencia de ballenas francas, una especie del leviatán que pocos suponían que se encontrara en esta particular época merodeando en aquellas vecindades. Y aunque todos los tripulantes normalmente desdeñaban capturar una de esas criaturas inferiores; y aunque el *Pequod* no estaba comisionado en modo alguno para navegar en su búsqueda, y aunque había pasado junto a gran número de ellas cerca de las Crozets sin arriar ni una lancha; no obstante, ahora que un cachalote había sido llevado al costado y descabezado, ante la sorpresa de todos, se anunció que ese día se capturaría una ballena franca si se presentaba la ocasión.

Y no hubo mucho que esperar. Altos chorros fueron avistados a sotavento; y dos lanchas, la de Stubb y la de Flask, fueron destacadas en persecución. Bogando cada vez más lejos, al final se hicieron casi invisibles para los hombres de los topes. Aunque de pronto, en la distancia, vieron un gran cúmulo de tumultuosa agua blanca, y en seguida llegaron de arriba noticias de que una o ambas lanchas debían haber hecho presa. Transcurrió un intervalo y las lanchas estuvieron claramente a la vista, en proceso de ser arrastradas directamente hacia el barco por la remolcadora ballena. Tan cerca se aproximó el monstruo al casco, que inicialmente pareció que albergaba malas intenciones para con él; pero a tres cuerdas de las planchas, hundiéndose repentinamente en un torbellino, desapareció por completo a la vista, como si buceara bajo la quilla.

—¡Cortad! ¡Cortad! —fue el grito desde el barco a las lanchas, que durante un instante parecieron a punto de ser arrastradas con un mortal embate contra el costado del barco.

Pero al tener todavía mucha estacha en las cubetas, y al no sumergirse la ballena muy rápidamente, soltaron cabo en abundancia y simultáneamente bogaron con toda su fuerza para adelantarse al barco. Durante unos minutos la lucha fue intensamente crítica; pues aunque todavía soltaban la tensa estacha en una dirección, y todavía aplicaban sus remos en otra, la contendiente tensión amenazaba con hundirlos. Mas era apenas un avance de unos pocos pies el que buscaban ganar. Y se empeñaron en ello hasta que lo consiguieron; momento en el que se sintió un rápido temblor corriendo como el relámpago a lo largo de la quilla, mientras la tensa estacha, restregando bajo el barco, surgía de pronto a la vista restallando y vibrando bajo la proa; y soltando su chorrear de tal modo que las gotas caían como pedazos de vidrio roto al agua, al tiempo que más allá la ballena también surgía a la vista, y de nuevo las lanchas eran libres para volar. Mas la agotada ballena disminuyó su velocidad y, alterando ciegamente su curso, rodeó la popa del barco remolcando las dos lanchas tras ella, de manera que dieron una vuelta completa.

Entretanto, halaron más y más de sus estachas, hasta que, flanqueándola por ambos lados, Stubb contestó a Flask con lanza por lanza; y así siguió la batalla una y otra vez alrededor del *Pequod*, mientras

las multitudes de tiburones que antes habían nadado alrededor del cuerpo del cachalote se lanzaron a la sangre fresca que se derramaba, bebiendo sedientos con cada nueva herida, como los ansiosos israelitas hicieron en las nuevas y súbitas fuentes que brotaban de la roca golpeada.

Finalmente su chorro se espesó, y con terrible voltear y regurgitar se giró sobre su lomo, cadáver.

Mientras los dos patrones estaban ocupados atando cabos a sus palmas, y disponiendo la masa para remolcarla mediante otros procederes, se dio algo de conversación entre ellos.

—Me pregunto qué es lo que quiere el viejo de este pedazo de maloliente grasa —dijo Stubb, no sin cierto disgusto ante la idea de tener que ocuparse de tan innoble leviatán.

—¿Qué quiere de él? —dijo Flask, enroscando un poco de estacha suelta en la proa de la lancha—, ¿nunca escuchaste que el barco que por una sola vez tiene la cabeza de un cachalote izada al costado de estribor, y al mismo tiempo la cabeza de una ballena franca al de babor… nunca escuchaste, Stubb, que ese barco a partir de entonces, nunca puede volcar?

—¿Por qué no?

—No lo sé, pero así se lo oí decir a ese fantasma gutabambo de Fedallah, y parece saberlo todo sobre hechicerías de barcos. Aunque a veces pienso que al final hechizará el barco para algo nada bueno. No me gusta ese tipo ni una pizca, Stubb. ¿No te has fijado nunca, Stubb, que ese colmillo suyo está tallado como formando una cabeza de serpiente?

—¡Que se vaya a pique! Nunca jamás le miro; pero si alguna vez tengo la oportunidad de una noche oscura, y que él esté junto a la amurada, y nadie cerca; mira allá abajo, Flask —señalando al mar con un peculiar movimiento de ambas manos—. ¡Sí, lo haré! Flask, tengo a Fedallah por el Diablo disfrazado. ¿Te crees tú esa patraña de que fue ocultado a bordo del barco? Es el Diablo, digo yo. La razón por la que no ves su rabo es porque lo esconde; lo lleva enrollado en su bolsillo, supongo. ¡Maldito sea! Ahora que lo pienso, siempre está queriendo estopa para meter en las puntas de sus botas.

—Duerme con sus botas puestas, ¿no? No tiene coy; pero le he visto tumbarse por las noches en un rollo de jarcia.

—Sin duda, y es a causa de su maldito rabo; ¿no lo ves?, lo enrosca en el ojo de la jarcia.

—¿Por qué tiene el viejo tanto trato con él?

—Es un trueque, o un pacto, supongo.

—¿Un pacto?… ¿sobre qué?

—Bueno, ya ves, el viejo está muy empecinado tras esa ballena blanca, y el diablo está ahí tratando de convencerle, y hacerle intercambiar su reloj de plata, o su alma, o algo similar, y entonces él le rendirá Moby Dick.

—¡Bah! Estás diciendo tonterías, Stubb; ¿cómo puede Fedallah hacer eso?

—No lo sé, Flask, pero el Diablo es un sujeto curioso, y malvado, te lo digo. Mira, cuentan de cómo una vez fue a orearse por el viejo buque insignia, meneando su rabo con demoníaca gentileza y caballerosidad, e inquiriendo si el viejo patrón estaba en casa. Bien, en casa estaba, y preguntó al Diablo qué deseaba. El Diablo, moviendo sus pezuñas, se encara y dice: «Quiero a John». «¿Para qué?», dice el viejo patrón. «¿Acaso es asunto suyo?», dice el Diablo, enfadándose. «Llévatelo», dice el patrón… Y por Dios, Flask, que si el Diablo no le contagió el cólera asiático a John antes de acabar con él, me como esta ballena de un bocado. Pero, atentos… ¿Todavía no estáis listos ahí? Bien, bogad adelante entonces, y pongamos la ballena al costado.

—Me parece que recuerdo una historia como esa que estabas contando —dijo Flask cuando finalmente las dos lanchas estaban avanzando con su carga hacia el barco—, aunque no puedo recordar de qué.

—¿Tres españoles? ¿Aventuras de esos tres sanguinarios soldados?[94]. ¿La leíste, Flask? Yo diría que sí.

—No, nunca vi semejante libro; aunque oí hablar de él. Pero dime, Stubb, ¿supones que ese Diablo del que estabas hablando era el mismo que dices que está ahora a bordo del *Pequod*?

—¿Soy yo el mismo hombre que ayudó a matar esta ballena? ¿No vive el Diablo para siempre?, ¿quién escuchó jamás decir que el Diablo estuviera muerto? ¿Viste algún párroco que llevara luto por el Diablo? Y si

tiene él un llavín para entrar en la cabina del almirante, ¿no te parece que puede reptar por una porta? Dime eso, señor Flask.

—¿Qué edad supones que tiene Fedallah, Stubb?

—¿Ves ese palo mayor de ahí? —señalando al barco—; bien, ése es el número uno; ahora coge todos los cinchos que hay en la bodega del *Pequod* y únelos con ese mástil como si fueran ceros, ¿lo ves?; bien, ésa ni siquiera empezaría a ser la edad de Fedallah. Y ni todos los toneleros de la Creación podrían sacar suficientes cinchos para hacer suficientes ceros.

—Pero hombre, Stubb, se supone que ahora mismo acabas de fanfarronear algo sobre que ibas a darle a Fedallah un empujón al mar, si tenías la oportunidad. Bueno, si es tan viejo como todos esos cinchos tuyos suman, y si va a vivir para siempre, ¿qué se adelantaría tirándole por la borda…? ¡contéstame a eso!

—Le daría un buen chapuzón por lo menos.

—Pero volvería a subir.

—Le vuelvo a tirar; y sigo volviéndole a tirar.

—Supón, sin embargo, que a él se le mete en la cabeza tirarte a ti… Sí, y ahogarte… ¿entonces, qué?

—Me gustaría verle intentarlo; le pondría tal par de ojos morados que no se atrevería a enseñar de nuevo su cara en la cabina del almirante durante mucho tiempo, mucho menos en el sollado en el que vive, y por aquí en las cubiertas superiores, donde tanto merodea. Maldito sea el Diablo, Flask; ¿supones que le tengo miedo al Diablo? Quién le teme, a no ser el viejo patrón, que no se atreve a cogerle y ponerle grillos dobles, como se merece, sino que le deja ir por ahí secuestrando a la gente; sí, y que ha firmado un pacto con él, que toda la gente que el Diablo secuestre, él se los asará. ¡Ése es un patrón!

—¿Tú crees que Fedallah quiere secuestrar al capitán Ajab?

—¿Que si lo creo? No pasará mucho antes de que lo sepas, Flask. Aunque ahora voy a vigilarle de cerca; y si veo algo muy sospechoso, simplemente le cogeré del pescuezo, y le diré… Mira, Belcebú, no lo vas a hacer; y si arma jaleo, por Dios que le meteré la mano en el bolsillo para coger su rabo, llevarlo al cabrestante, y darle tal tirón y tal dislocación, que su rabo se desprenderá de raíz… ¿Lo ves?; y entonces me parece que

cuando se encuentre así mutilado de esa extraña manera se escabullirá sin la mísera satisfacción de sentir el rabo entre las piernas.

—¿Y qué harás con el rabo, Stubb?

—¿Hacer con él? Venderlo para látigo de bueyes cuando volvamos a casa… ¿Qué, si no?

—Bueno, ¿de verdad hablas en serio, de verdad has dicho en serio todo esto, Stubb?

—En serio o en broma, ya estamos en el barco.

Aquí se llamó a las lanchas a que remolcaran la ballena al lado de babor, donde ya estaban preparadas las cadenas de palmas y otros impedimentos necesarios para asegurarla.

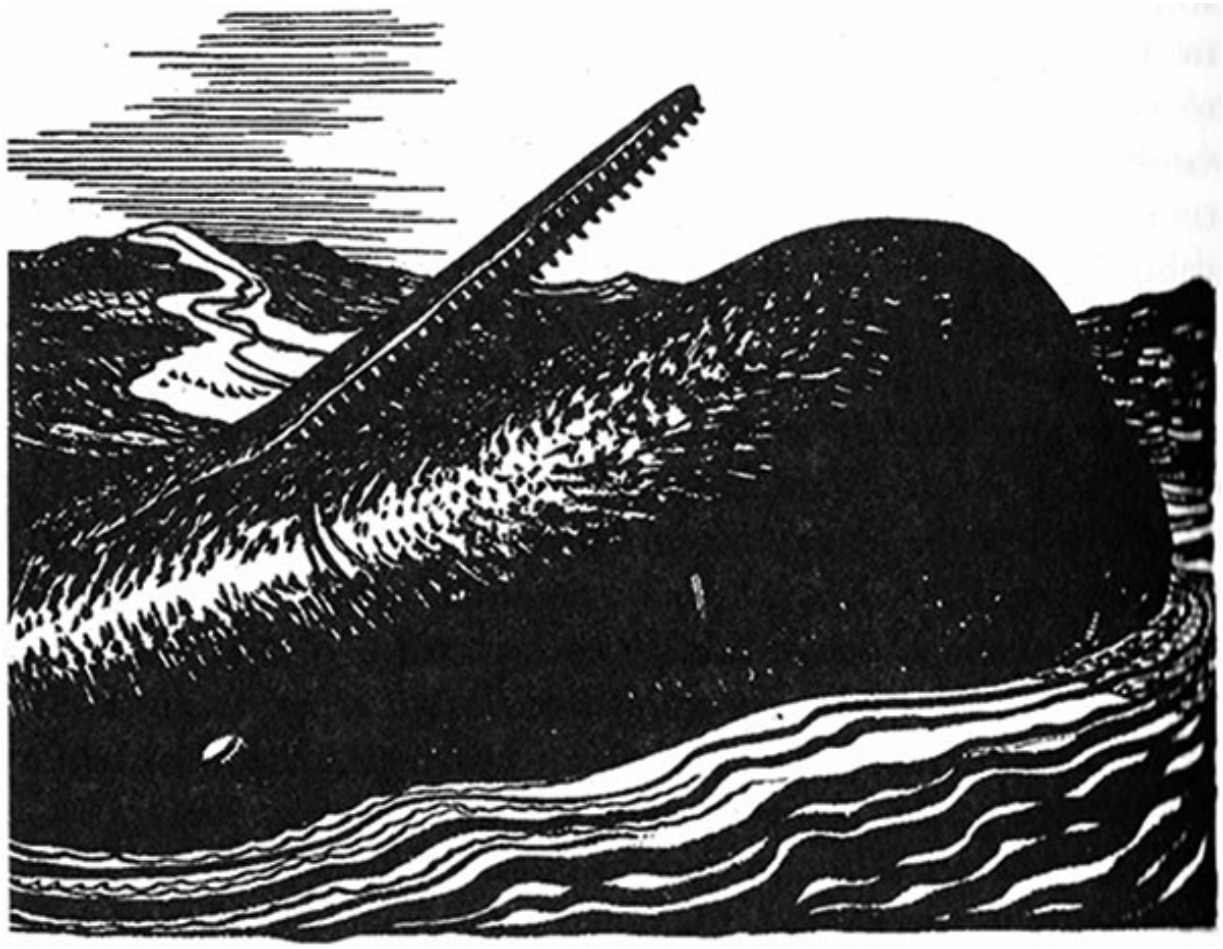
—¿No te lo dije? —dijo Flask—; sí, pronto verás la cabeza de la ballena franca izada al otro lado de la de la parmaceti.

En su momento la afirmación de Flask resultó cierta. Igual que antes el *Pequod* se inclinaba abruptamente hacia la cabeza del cachalote, ahora, por el contrapeso de ambas cabezas, recuperó su equilibrada quilla, aunque penosamente forzada, como bien podéis suponer. Así, cuando a un lado izas la cabeza de Locke, te inclinas hacia ese lado; pero ahora, en el otro lado, iza la de Kant y vuelves otra vez donde estabas; aunque en muy lamentable tribulación. De este modo, algunas mentes siguen por siempre equilibrando la lancha. ¡Oh, vosotros, necios!, arrojad todas esas cabezas de trueno por la borda, y entonces flotaréis ligeros y derechos.

Al disponer del cuerpo de una ballena franca, una vez traída al costado del barco, normalmente tienen lugar los mismos preliminares que en el caso de un cachalote; sólo que en el último caso se corta la cabeza entera, mientras que en el primero los labios y la lengua se retiran aparte y se izan a cubierta junto con todo el consabido hueso negro unido a lo que se llama la cabezada. Pero nada de esto se había hecho en la presente ocasión. Los cuerpos de ambas ballenas se habían dejado caer a popa, y el barco cargado de cabezas se asemejaba no poco a una mula portando un par de sobrecargadas alforjas.

Fedallah observaba entretanto calmadamente la cabeza de la ballena franca, y de vez en cuando miraba desde las profundas arrugas que allí había, a las líneas de su propia mano. Y dio la casualidad de que Ajab

estaba situado de manera que el parsi ocupaba su sombra; y si la sombra del parsi estaba realmente allí, parecía que era sólo para combinarse con la de Ajab y para alargarla. Cuando la tripulación siguió trabajando, entre ellos se intercambiaron laponas especulaciones[95] concernientes a estas cosas que ocurrían.



CAPÍTULO LXXIV LA CABEZA DEL CACHALOTE… VISIÓN CONTRASTADA

Aquí, ahora, hay dos grandes ballenas, sus cabezas acomodadas juntas; unámonos a ellas y acomodemos las nuestras.

En el gran orden de los leviatanes folio, el cachalote y la ballena franca son, con mucho, los más notables. Son las únicas ballenas que el hombre caza con regularidad. Para el nativo de Nantucket representan los dos extremos de todas las variedades de ballenas conocidas. Dado que la diferencia externa entre ellas es observable especialmente en sus cabezas; y dado que en este momento está colgando del costado del *Pequod* una cabeza de cada; y dado que podemos ir libremente de la una a la otra con sólo cruzar la cubierta… ¿en qué lugar, me gustaría saber, tendréis mejor oportunidad de estudiar cetología práctica que aquí?

En primer lugar, sorprende el contraste general entre estas cabezas. Ambas son suficientemente grandes, ciertamente; mas en la cabeza del cachalote existe una cierta simetría matemática de la que, lamentablemente, carece la cabeza de la ballena franca. Hay más carácter en la cabeza del cachalote. Cuando la observas, involuntariamente le

concedes a ella inmensa superioridad en cuanto a dignidad generalizada. En el ejemplo presente, además, esta dignidad está acentuada por el color de sal y pimienta de la parte superior de la cabeza, indicio de edad avanzada y gran experiencia. En breve, es lo que los pescadores llaman técnicamente una «ballena de cabeza gris».

Fijémonos ahora en lo menos disímil de estas cabezas… a saber, los dos órganos más importantes, el ojo y el oído. Muy atrás en el costado de la cabeza, y bastante abajo, cerca del ángulo de las dos mandíbulas de la ballena, si buscáis cuidadosamente, veréis finalmente un ojo sin pestañas, que creeréis el ojo de un joven potro; así de desproporcionado está respecto a la magnitud de la cabeza.

Ahora bien, a causa de esta peculiar posición lateral de los ojos de la ballena, resulta evidente que nunca puede ver un objeto que esté exactamente delante, ni tampoco uno que esté exactamente detrás. En una palabra, la posición de los ojos de la ballena se corresponde con la de los oídos del hombre; y vosotros mismos podéis haceros una idea de cómo os iría si contemplarais los objetos de lado a través de vuestros oídos. Os encontraríais con que sólo podríais dominar unos treinta grados de visión por delante de la línea recta lateral de la vista; y otros treinta

aproximadamente por detrás de ella. Si vuestro peor enemigo caminara en pleno día con una daga alzada directamente hacia vosotros, no seríais capaz de verlo, lo mismo que si estuviera acechándoos desde atrás. En una palabra, tendríais dos espaldas, por así decirlo; aunque al mismo tiempo, también dos frentes (frentes laterales): ¿pues qué es lo que constituye el frente de un hombre… qué, efectivamente, sino sus ojos?

Aún más, mientras que en la mayor parte de los demás animales que ahora me vienen a la mente los ojos están colocados de manera que mezclan imperceptiblemente su poder visual para producir una imagen y no dos en el cerebro, la peculiar posición de los ojos de la ballena, divididos como están, de hecho, por muchos pies cúbicos de cabeza sólida, que se yergue entre ellos como una gran montaña que separa dos lagos situados en valles; esto, desde luego, ha de separar enteramente las impresiones que transmite cada órgano independiente. La ballena, por lo tanto, debe ver una imagen diferenciada en este lado, y otra imagen diferenciada en aquel lado; mientras que para ella, en medio, debe haber un profundo vacío y una profunda oscuridad. Del hombre se puede decir, en efecto, que observa el mundo desde una garita que por ventana tiene dos mirillas unidas. Mas para la ballena estas mirillas están insertadas separadamente, formando dos ventanas diferenciadas, que no obstante perjudican lamentablemente la visión. Esta peculiaridad de los ojos de la ballena es algo que se ha de tener siempre presente en la pesquería; y debe ser recordado por el lector en algunas escenas subsiguientes.

Respecto a este asunto visual característico del leviatán, podría plantearse una cuestión muy curiosa y de lo más abstrusa. Aunque debo contentarme con un apunte. Cuando los ojos de un hombre están abiertos a la luz, el acto de ver es involuntario; es decir, no puede evitar ver mecánicamente cualesquiera objetos que estén ante él. No obstante, a cualquier persona le mostrará su experiencia que aunque de un solo vistazo puede captar un indiscriminado barrido de cosas, para ella es completamente imposible examinar atentamente, y en su totalidad, dos objetos cualesquiera —por muy grandes o pequeños que sean— en un solo y mismo instante de tiempo; aunque estén uno junto al otro y tocándose entre sí. Mas si ahora separas estos dos objetos, y rodeas cada uno con un

círculo de profunda oscuridad, entonces, para ver uno de ellos, de manera que hagas que tu mente se fije en él, el otro en ese mismo momento resultará absolutamente excluido de tu conciencia. ¿Qué es lo que sucede, entonces, en la ballena? Cierto, ambos ojos suyos, en sí mismos, deben actuar simultáneamente; pero ¿es su cerebro en tal modo más comprehensivo, combinatorio y sutil que el del hombre, que en el mismo momento de tiempo es capaz de examinar atentamente dos distintas perspectivas, una en uno de sus costados y la otra en la dirección exactamente opuesta? Si es capaz, entonces es algo maravilloso en ella, lo mismo que si el hombre fuera capaz de seguir simultáneamente las demostraciones de dos problemas diferentes de Euclides. Y en esta comparación, si se analiza estrictamente, no hay incongruencia alguna.

Puede que sólo sea una ocurrencia ociosa, pero siempre me ha parecido que las extraordinarias vacilaciones de movimiento desplegadas por algunas ballenas cuando son acechadas por tres o cuatro lanchas, la timidez y propensión a extraños sobresaltos, tan común en tales ballenas, pienso que todo esto procede indirectamente de la indefensa perplejidad de volición en la que deben sumirlas sus divididas y diametralmente opuestas potencias de visión.

Mas el oído de la ballena es tan curioso como el ojo. Si sois un completo extraño a su estirpe, podríais examinar estas dos cabezas durante horas y no descubrir nunca ese órgano. El oído no tiene lámina exterior alguna, y en el orificio propiamente dicho malamente podríais insertar una pluma, así de extraordinariamente pequeño es. Está situado un poco detrás del ojo. Con respecto a los oídos hay que observar esta importante diferencia entre el cachalote y la ballena franca. Mientras el oído del primero tiene una abertura externa, el de la última está entera y uniformemente cubierto con una membrana, de modo que es prácticamente imperceptible desde fuera.

¿No es curioso que un ser tan enorme como la ballena vea el mundo a través de un ojo tan pequeño, y escuche el trueno a través de un oído que es más pequeño que el de la liebre? Mas si sus ojos fueran grandes como las lentes del gran telescopio de Herschel; y sus oídos tan capaces como los vestíbulos de las catedrales, ¿la haría eso de visión más lejana, o más

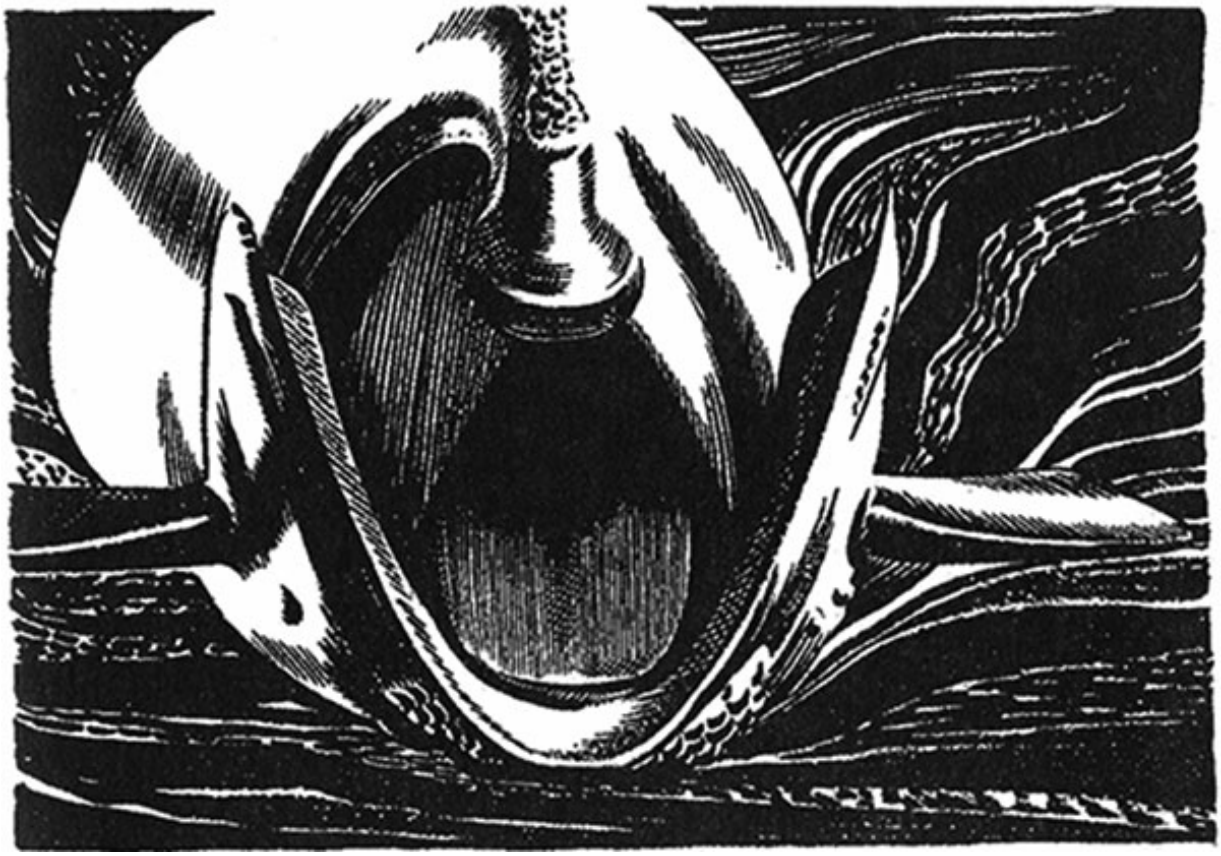
aguda de escucha? En absoluto. ¿Por qué, entonces, tratáis de «engrandecer» vuestra mente? Hacedla más sutil.

Empleando las palancas y máquinas de vapor que tengamos a mano, volquemos ahora la cabeza del cachalote, de manera que descanse boca arriba; entonces, ascendiendo por una escalera hasta la cumbre, echemos una ojeada al interior de la boca; y de no ser porque ahora el cuerpo está completamente separado de ella, con una linterna podríamos descender por esa gran gruta Mammoth de Kentucky de su estómago. Mas sujetémonos aquí en su diente, y observemos dónde estamos. Verdaderamente, ¡qué boca tan bonita, y de qué apariencia tan casta! Forrada, o más bien empapelada, desde el suelo hasta el techo, con una reluciente membrana blanca, brillante como el satén nupcial.

Pero salgamos ahora, y observemos esta portentosa mandíbula inferior, que parece como la larga tapa estrecha de una inmensa caja de rapé, con la bisagra en un extremo en lugar de a un lado. Si la levantáis de manera que quede por encima y muestre sus filas de dientes, parece un terrible rastrillo levadizo; y tal rastrillo, ¡ay!, resulta ser para muchos infelices en la pesquería, sobre los que estos pinchos caen con empaladora fuerza. Aunque mucho más terrible es contemplar, cuando brazas sumergida observas en el mar una sombría ballena flotando allí suspendida, con su portentosa mandíbula de unos quince pies de longitud colgando directamente hacia abajo, en ángulo recto con su cuerpo, como un botalón, según toda apariencia. Esta ballena no está muerta; sólo está deprimida; alicaída, quizá; neurasténica; y tan apática que las bisagras de su mandíbula se han relajado, dejándola allí en esa especie de torpe aflicción, un reproche a toda su estirpe, que debe, sin duda, desear un cierra-mandíbulas para ella[96].

En la mayoría de los casos esta mandíbula inferior —fácilmente desencajable para un artista consumado— se separa y se iza a cubierta con el propósito de extraer los dientes de marfil, y obtener un suministro de este duro hueso blanco de ballena con el que los marineros elaboran todo tipo de curiosos artículos, incluyendo bastones, puños de paraguas y mangos de fustas de montar.

Con un prolongado y agotador impulso se iza a bordo la mandíbula como si fuera un ancla; y cuando llega el momento apropiado —unos días después de los otros trabajos—, Queequeg, Daggoo y Tashtego, todos ellos consumados dentistas, son puestos a extraer dientes. Con una afilada zapa, Queequeg saja las encías; entonces se ata la mandíbula abajo a unos cáncamos de argolla, y colocado un aparejo en lo alto, entre los tres extraen estos dientes como los bueyes de Michigan extraen tocones de viejos robles de bosques salvajes. Generalmente hay cuarenta y dos dientes en total; muy desgastados en las ballenas viejas, aunque no picados; ni empastados, según nuestra artificial costumbre. La mandíbula es posteriormente serrada en losas, y apilada como vigas para construir casas.



CAPÍTULO LXXV LA CABEZA DE LA BALLENA FRANCA… VISIÓN CONTRASTADA

Cruzando la cubierta, echemos ahora un buen y largo vistazo a la cabeza de la ballena franca.

De igual manera que por su forma general la noble cabeza del cachalote puede ser comparada a una cuadriga romana (especialmente en su parte frontal, donde es tan abiertamente redondeada); así, en una vista general, la cabeza de la ballena franca mantiene un parecido más bien poco elegante con un gigantesco zapato de puntera en forma de galeota holandesa. Hace doscientos años un viejo expedicionario holandés comparó su forma con la de una horma de zapatero. Y en esta misma horma o zapato esa vieja de prolija nidada del cuento de hadas podría muy confortablemente albergarse, ella y toda su progenie.

Mas cuando te acercas, esta gran cabeza comienza a asumir diferentes aspectos, dependiendo de tu punto de vista. Si estás sobre su cráneo y miras a esos dos orificios surtidores en forma de *f*, podrías tomar la cabeza entera por un enorme contrabajo, y esos espiráculos por las aberturas de su caja de resonancia. También, de nuevo, si fijas tu ojo sobre esa extraña incrustación crestada, como de peineta, en lo alto de la masa… esa cosa verde plagada de lapas que los groenlandeses llaman la «corona», y los pescadores del sur el «bonete» de la ballena franca; al fijar tus ojos únicamente en aquello, podrías tomar la cabeza por el tronco de algún enorme roble, con un nido de pájaros en la parte donde se bifurcan las ramas. En cualquier caso, cuando observes esos cangrejos vivos que anidan ahí en ese bonete, con casi total seguridad se te ocurrirá esa idea; a no ser, evidentemente, que tu imaginación haya quedado trabada por el término técnico «corona», que también se le confiere; en cuyo caso pondrás gran interés en pensar que este monstruo es en realidad un rey del mar portador de diadema, cuya verde corona ha sido formada para él de esta maravillosa manera. Aunque si esta ballena fuera un rey, sería un personaje de aspecto muy sombrío para lucir diadema. ¡Observad ese labio inferior caído!, ¡qué enojo y qué mueca hay en él! Un enojo y una mueca de unos veinte pies de largo y cinco pies de profundidad, según medidas inglesas; un enojo y una mueca que proporcionarán unos 500 o más galones de aceite.

Una verdadera pena, sin embargo, que esta infortunada ballena haya de tener un labio leporino. La fisura es de alrededor de un pie de ancha. Probablemente la madre estaba navegando por la costa de Perú arriba, durante los meses principales, cuando unos terremotos hicieron que la playa se abriera[97]. Sobre este labio, como sobre un umbral resbaladizo, nos deslizamos ahora dentro de la boca. Palabra mía que si ahora estuviera en el Mackinaw, tomaría esto por el interior de un tipi indio. ¡Dios mío!, ¿es éste el camino que recorrió Jonás? El techo es de unos doce pies de altitud, y desciende en un ángulo bastante agudo, como si allí hubiera una parhilera; mientras que estos costados arqueados, nervados y peludos nos presentan esas portentosas placas medio verticales de hueso de ballena en forma de cimitarra, trescientas, digamos, a cada lado, que pendiendo de la

parte superior de la cabeza o hueso de corona, forman esas persianas venecianas que han sido en otro lugar mencionadas de pasada. Los bordes de estos huesos están ribeteados de fibras pilosas a través de las cuales la ballena franca hace pasar el agua, y en cuyos laberintos retiene los pequeños peces cuando, con la boca abierta, atraviesa los mares de copépodo a la hora de la comida. En las persianas de hueso centrales, tal como están en su orden natural, hay ciertas curiosas marcas, curvas, huecos y resaltos, a partir de las cuales algunos balleneros calculan la edad de la criatura lo mismo que se calcula la edad de un roble a partir de sus anillos circulares. Aunque la exactitud de este criterio está lejos de ser demostrable, tiene, no obstante, el sabor de la probabilidad analógica. En cualquier caso, si lo aceptamos, debemos asignar a la ballena franca una edad mucho mayor de la que a primera vista parecería razonable.

En antiguas épocas parecen haber imperado las más curiosas fantasías referentes a estas persianas. En Purchas, un viajero las llama los portentosos «bigotes» de dentro de la boca de la ballena[98]; otro, «cerdas de puerco»; un tercer antiguo caballero, en Hacklyut, utiliza el siguiente refinado lenguaje: «Hay cerca de doscientas cincuenta aletas que crecen a cada lado de su *quijada* superior, que se arquean sobre su lengua a cada lado de su boca».

Como todo el mundo sabe, estas mismas «cerdas de puerco», «aletas», «bigotes», «persianas», o como os plazca, proporcionan a las damas sus corsés y demás artefactos afianzantes. Aunque en este particular, la demanda hace tiempo que ha ido disminuyendo. Fue en la época de la reina Ana cuando el hueso estuvo en su apogeo, siendo entonces el miriñaque lo más de la moda. Y al igual que esas antiguas damas, podría decirse, se movían de un lado a otro alegremente incluso en las fauces de la ballena; asimismo, en un aguacero, con similar inconsciencia, hoy en día corremos bajo las mismas fauces para protegernos, al ser el paraguas una tienda desplegada sobre el mismo hueso.

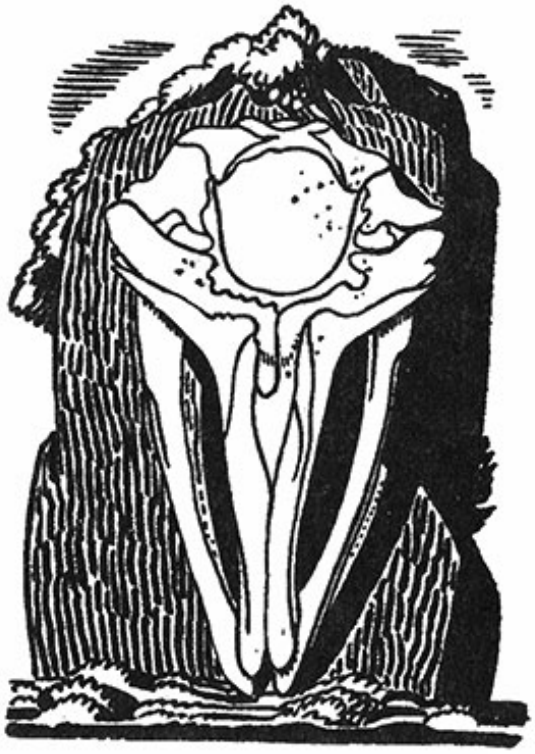
Mas olvidad ahora todo lo referente a persianas y bigotes por un instante, y situándoos en la boca de la ballena franca, mirad de nuevo alrededor. Al ver todas esas columnatas de hueso tan metódicamente ordenadas, ¿no pensaríais que estáis dentro del gran órgano de Harlem, y

observando sus miles de tubos? Como alfombra del órgano tenemos una de las más suaves alfombras turcas… la lengua, que está, como si dijéramos, encolada al suelo de la boca. Es muy gruesa y tierna, y para izarla a cubierta puede cortarse en trozos. Esta particular lengua ahora ante nosotros, yo diría, en un vistazo superficial, que era de seis barriles; es decir, que os proporcionaría alrededor de esa cantidad de aceite.

Ya antes habéis de haber visto claramente la verdad de por dónde comencé… que el cachalote y la ballena franca tienen cabezas casi enteramente distintas. Resumiendo, entonces: en la de la ballena franca no hay un gran depósito de esperma; ni diente de marfil alguno; ni larga quijada de mandíbula inferior estilizada, como en la del cachalote. Tampoco hay en el cachalote ninguna de esas persianas de hueso; ni grueso labio inferior; y apenas algo de lengua. De nuevo, la ballena franca tiene dos orificios surtidores externos, el cachalote sólo uno.

Mirad ahora por última vez a estas venerables cabezas encapirotadas, mientras aún se acomodan juntas; pues una pronto se hundirá en el mar, sin que nadie siente registro de ella; la otra no tardará mucho en seguirla.

¿Podéis captar la expresión del cachalote? Es la misma con la que murió, a excepción de que algunas de las más largas arrugas de la frente parecen haberse ahora difuminado. Creo que esa ancha frente suya está llena de una placidez como de pradera, surgida de una especulativa indiferencia a la muerte. Mas fijaos en la expresión de la otra cabeza. Observad el asombroso labio inferior, aprisionado accidentalmente contra el costado del barco, de manera que abraza firmemente la mandíbula. ¿No parece esta entera cabeza hablar de una enorme y efectiva resolución al afrontar la muerte? Esta ballena franca me creo que fue una estoica; el cachalote, un platónico, que en sus últimos años podría haberse interesado por Spinoza.



CAPÍTULO LXXVI EL ARIETE

Antes de abandonar por el momento la cabeza del cachalote, os requeriría para que, como sensato fisiólogo, simplemente… en particular remarcarais su aspecto frontal en toda su compacta acumulación. Os requeriría que lo investigarais ahora con el único objeto de formaros una estimación modesta e inteligente de la potencia de ariete que puede estar ahí albergada. Se trata de un punto vital; pues o bien dejáis este asunto satisfactoriamente concluido para vos mismo, o permaneceréis por siempre descreído en lo referente a uno de los más espantosos, aunque no por ello menos ciertos sucesos a encontrar, quizá en parte, alguna de toda la historia registrada.

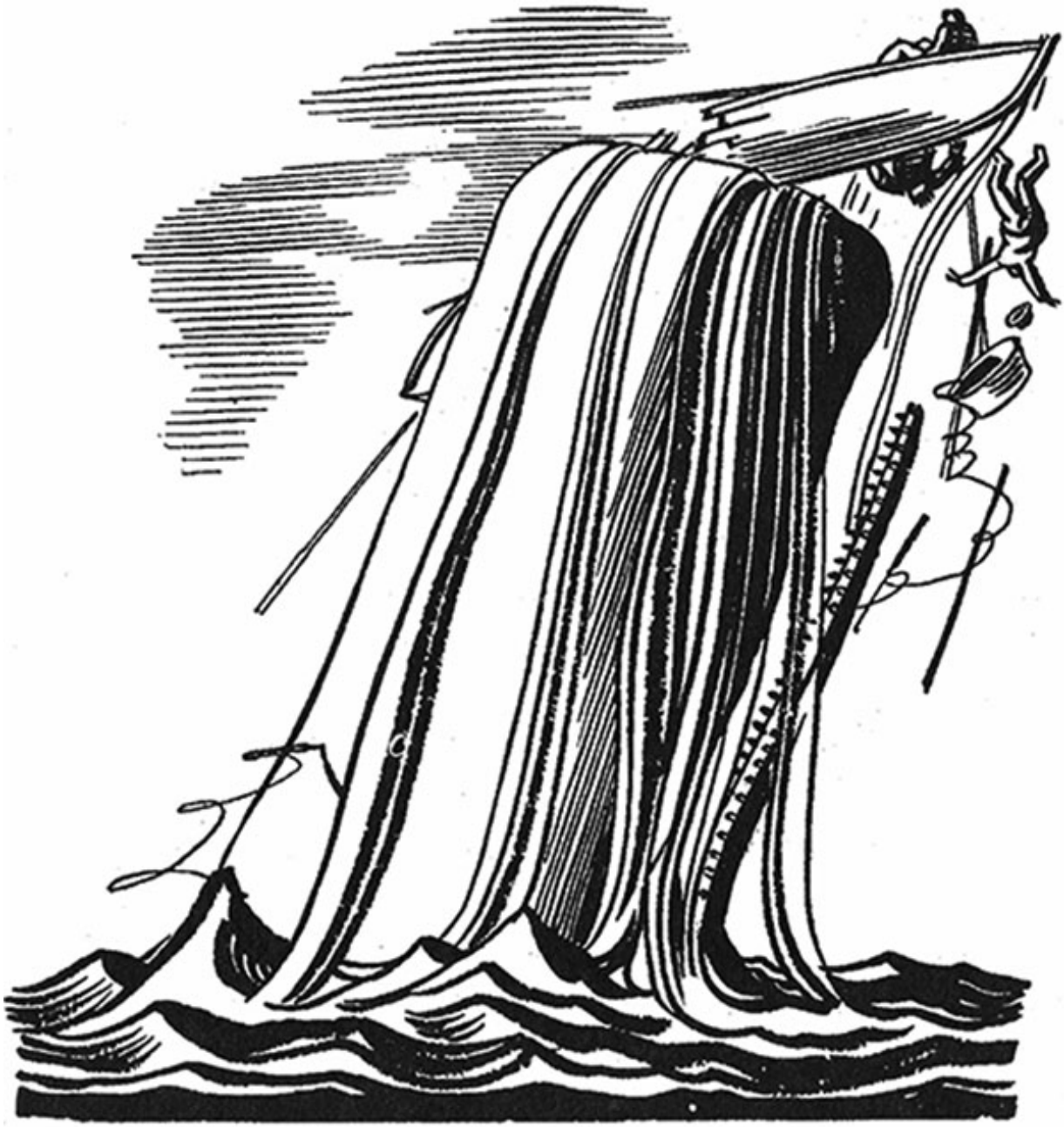
Observad que en la ordinaria posición natatoria del cachalote, la parte frontal de su cabeza presenta ante el agua un plano casi completamente vertical; observad que la parte inferior de esa parte frontal se inclina considerablemente hacia atrás, como para proporcionar un mayor retiro a la larga cuenca que recibe la mandíbula inferior en forma de bauprés; observad que la boca está completamente bajo la cabeza, de forma muy similar, de hecho, a la que estaría vuestra propia boca si estuviera enteramente bajo vuestra barbilla. Observad, además, que la ballena no tiene nariz externa; y que lo que de nariz tiene —su orificio surtidor— está en la parte alta de su cabeza; observad que los ojos y oídos están a los lados de su cabeza, a casi un tercio de su longitud total desde la parte

frontal. De lo cual habéis ya de haber percibido que la parte frontal de la cabeza del cachalote es un muro, insensible y ciego, sin un solo órgano o prominencia sensitiva de tipo alguno. Más aún, debéis considerar ahora que sólo en el extremo más inferior y posterior de la parte inclinada del frente de la cabeza hay el menor vestigio de hueso; y que hasta que no llegas a cerca de veinte pies de la frente, no encuentras el desarrollo craneal completo. De manera que esta enorme masa íntegra, carente de huesos, es como un acolchado. A la postre, no obstante, como pronto se revelará, su contenido está en parte compuesto del más delicado de los aceites; sin embargo, ahora vais a ser informado de la naturaleza de la sustancia que con tal impregnabilidad unge toda esa aparente afeminación. En algún lugar anterior os he descrito cómo el lardo envuelve el cuerpo de la ballena igual que la cáscara envuelve a la naranja. Igual ocurre con la cabeza; mas con esta diferencia: alrededor de la cabeza, esta envoltura, aunque no tan gruesa, es de una dureza no huesuda, imposible de apreciar por un hombre que no la haya manejado. El arpón más puntiagudo, la lanza más afilada arrojada por el más fuerte brazo humano rebota impotentemente en ella. Es como si la frente del cachalote estuviera pavimentada con pezuñas de caballo. No creo que en ella haya sensación alguna.

Considerad también otra cosa. Cuando dos grandes mercantes de la India cargados dan en arrimarse y chocar entre sí en los muelles, ¿qué es lo que hacen los marineros? No suspenden entre ellos en el punto en el que entran en contacto alguna sustancia dura, como el hierro o la madera. No; sujetan allí una gran masa de estopa y corcho, envuelta en la piel de buey más gruesa y más recia. La cual, esforzada e inmunemente, recibe la presión que habría partido todos sus espeques de roble y palancas de hierro. Esto ilustra por sí mismo suficientemente el hecho evidente al que me refiero. Aunque adicionalmente a esto se me ha ocurrido, hipotéticamente, que al igual que los peces ordinarios poseen en sí lo que se llama una vejiga natatoria, capaz de distensión y contracción a voluntad; y al igual que el cachalote, por lo que yo sé, no tiene tal mecanismo; considerando, además, la forma, de otra manera inexplicable, en que algunas veces hunde la cabeza completamente bajo la superficie, y

otras veces nada con ella muy elevada fuera del agua; considerando la elasticidad sin impedimento de su cubierta; considerando el singular interior de su cabeza; se me ha ocurrido hipotéticamente, digo, que esas místicas colmenas de células pulmonares que hay allí podrían probablemente tener alguna hasta ahora desconocida e insospechada conexión con el aire exterior, de forma que fueran susceptibles de distensión y contracción atmosférica. Si esto fuera así, imaginad la irresistibilidad de ese poder, al que contribuye el más impalpable y destructivo de todos los elementos.

Ahora bien, atended. Impeliendo infaliblemente este muro inanimado, ilastimable e impermeable, y esta sustancia de enorme flotabilidad en su interior; allí, detrás de todo ello, nada una enorme masa de vida, que sólo puede valorarse adecuadamente como se valora la leña apilada… por cargas; y que obedece enteramente a una única volición, lo mismo que el más pequeño de los insectos. De forma que de ahora en adelante, cuando os detalle todas las particularidades y todas las condensaciones de potencia que se albergan por todas partes en este expansivo monstruo, cuando os muestre algunos de sus más inconsiderables logros cerebrales, confío en que habréis renunciado a toda ignorante incredulidad, y estéis dispuesto a convenir en esto: que aunque el cachalote abriera un pasaje a través del istmo de Darien, y mezclara el Atlántico con el Pacífico, no elevaríais ni un pelo de vuestras cejas. Pues a no ser que reconozcáis a la ballena en lo que vale, no seréis sino un provinciano y un sentimental en lo que respecta a la verdad. Y, claramente, toparse con la verdad sólo es para gigantes salamandrinos; ¡qué pocas, entonces, las oportunidades para los provincianos! ¿Qué le ocurrió al débil joven que alzó el velo de la temible diosa en Sais?



CAPÍTULO LXXVII — EL GRAN TONEL DE HEIDELBURGH

Ahora llega el achicado de la caja. Pero para comprenderlo correctamente debéis saber algo de la curiosa estructura interna del objeto sobre el que se opera.

Si se considera la cabeza del cachalote como un sólido oblongo, podéis dividirlo lateralmente mediante un plano inclinado en dos falcas[99], de las cuales la inferior es la estructura ósea, que forma el cráneo y las mandíbulas, y la superior una masa untuosa carente totalmente de huesos, cuyo ancho extremo anterior forma la dilatada frente vertical aparente de la ballena. Si subdivides horizontalmente esta falca superior por la mitad de la frente, entonces tienes dos partes casi iguales que antes estaban separadas de forma natural por una pared interna de una espesa sustancia tendinosa.

La parte subdividida inferior, llamadla junco, es un inmenso panal de aceite formado a través de toda su extensión por el cruzar y recruzar de recias fibras elásticas blancas, que conforman diez mil células infiltradas. La parte superior, conocida como caja, puede ser considerada el gran tonel de Heidelburgh del cachalote. Y lo mismo que ese famoso gran barril está místicamente tallado en su testera, así la enorme frente arrugada de la ballena forma innumerables extrañas figuras para el emblemático adorno de este portentoso tonel. Más aún, lo mismo que el de Heidelburgh siempre estaba repleto de los más excelentes vinos de los valles del Rhin, así el tonel de la ballena contiene, con mucho, la más preciada de todas sus

aceitosas cosechas; en concreto, el muy bien pagado esperma de ballena en su estado absolutamente puro, límpido y odorífero. Y esta preciosa sustancia no se encuentra sin aleación en ninguna otra parte de la criatura. Aunque en vida se mantiene perfectamente fluida, sin embargo, tras la muerte, al ser expuesta al aire, pronto empieza a solidificarse, produciendo bellos brotes cristalinos, como cuando el primer hielo, fino y delicado, se está formando en el agua. Una caja de ballena grande generalmente proporciona alrededor de quinientos galones de esperma, aunque por circunstancias inevitables una parte considerable se vierte, gotea y chorrea, o de algún otro modo se pierde irrecuperablemente durante la delicada tarea de aprovechar lo que se pueda.

No conozco de qué refinado y costoso material se recubrió el tonel de Heidelburgh, pero ese recubrimiento en ningún caso podría haberse comparado con la membrana sedosa de color perlado, similar al forro de un distinguido abrigo de pieles, que forma la superficie interior de la caja del cachalote.

Se habrá visto que el tonel del cachalote abarca la longitud total de la entera parte superior de la cabeza; y dado que la cabeza abarca un tercio de la longitud total de la criatura —tal como se ha establecido en otro lugar —, si se determina entonces esa longitud en ochenta pies para una ballena de buen tamaño, tenéis más de veintiséis pies por la profundidad del tonel cuando es izado a lo largo arriba y abajo contra el costado del barco.

Como al decapitar la ballena el instrumento del que opera se acerca al punto en el que posteriormente se fuerza una entrada en el almacén de esperma, este operador, consecuentemente, ha de ser extremadamente cuidadoso, no vaya a ser que un golpe descuidado e intempestivo invada el santuario y deje salir despilfarradoramente su invaluable contenido. Es también este borde decapitado de la cabeza el que finalmente es elevado fuera del agua, y retenido en esa posición por los enormes aparejos de descarnar, cuyas combinaciones de cáñamo, a un costado, constituyen una buena jungla de cabos en esa banda.

Dicho lo cual, atended ahora, os ruego, a esa maravillosa y —en este particular caso— casi fatal operación mediante la cual se pone la espita al gran tonel de Heidelburgh del cachalote.

CAPÍTULO LXXVIII CISTERNA Y CUBOS

Ágil como un gato, Tashtego sube a lo alto; y, sin alterar su postura erecta, corre derecho hacia fuera sobre la sobresaliente verga de la mayor, hasta la zona que se proyecta exactamente sobre el tonel izado. Ha llevado consigo un ligero aparejo llamado un amante, consistente en sólo dos trechos que discurren a través de un motón de una sola roldana. Asegurando este motón, de manera que cuelgue desde la verga, hace oscilar un extremo del cabo hasta que un tripulante en cubierta lo atrapa y lo sujeta firmemente. Entonces, bajando a pulso por la otra parte, el indio desciende por el aire hasta que diestramente aterriza en la parte superior de la cabeza. Allí… muy por encima todavía del resto de la compañía, a la que vivazmente grita… parece un muecín turco llamando al rezo a la buena gente desde una torre. Tras serle entregada una afilada

zapa de mango corto, busca diligentemente el lugar adecuado para comenzar a introducirse en el tonel. En esta tarea procede con sumo cuidado, como un buscador de tesoros sondeando las paredes en alguna casa antigua para encontrar tras qué pared está oculto el oro. Cuando esta cautelosa búsqueda ha finalizado, se sujeta un recio cubo ceñido de hierro, exactamente igual a un cubo de pozo, a un extremo del amante; mientras el otro extremo, tensado a lo ancho de la cubierta, es sujetado allí por dos o tres tripulantes atentos. Estos últimos izan ahora el cubo hasta que está a la altura de la mano del indio, al que otra persona ha alcanzado una pértiga muy larga. Insertando esta pértiga en el cubo, Tashtego guía el cubo hacia abajo dentro del tonel, hasta que desaparece totalmente; dando entonces la voz a los marineros en el amante, arriba vuelve el cubo, borboteando como el cántaro de leche fresca de una lechera. El recipiente repleto se baja cuidadosamente desde la altura, es recogido por un tripulante designado, y rápidamente vaciado en una gran cubeta. Remontando entonces a lo alto, de nuevo pasa por la misma ronda hasta que la profunda cisterna ya no da más. Hacia el final, Tashtego tiene que hincar su pértiga cada vez más fuerte y profundamente en el tonel, hasta que se han introducido unos veinte pies de la pértiga.

Ahora bien, la gente del *Pequod* llevaba cierto tiempo achicando de esta manera; varias cubetas se habían llenado con el fragrante esperma de ballena, cuando de pronto ocurrió un extraño accidente. Ya fuera que Tashtego, ese indio salvaje, se mostrara tan descuidado e inatento como para soltar durante un instante su agarre de una mano a los grandes aparejos que sostenían la cabeza; o que el propio Maligno, sin estipular sus particulares razones, hubiera hecho que así ocurriera, exactamente cómo fue no hay ya manera de saberlo; pero repentinamente, mientras el decimoctavo o decimonoveno cubo emergía succionando… ¡Dios mío!, pobre Tashtego… como el cubo gemelo y recíproco de un pozo común, cayó de cabeza en este gran tonel de Heidelburgh, ¡y con un horrible borboteo aceitoso, desapareció totalmente de vista!

—¡Hombre al agua! —gritó Daggoo, que en medio de la consternación general recobró primero el sentido—. ¡Balancead el cubo hacia aquí! —y poniendo un pie en él, para así asegurar mejor su resbaladizo agarre con la

mano en el propio amante, los izadores le subieron a la cofa del calcés casi antes de que Tashtego pudiera haber alcanzado el fondo interior.

Mientras tanto se producía un terrible tumulto. Mirando por el costado, vieron la antes inanimada cabeza latiendo y jadeando justo bajo la superficie del mar, como si en ese momento se le hubiera ocurrido una idea memorable; aunque sólo era el pobre indio, que inconscientemente revelaba mediante esos esfuerzos la peligrosa profundidad a la que se había hundido.

En ese instante, mientras Daggoo, en la parte alta de la cabeza, estaba desenmarañando el amante —que de alguna manera se había enredado con los grandes aparejos de descarnar—, se escuchó un agudo crujido; y ante el inefable horror de todos, uno de los dos formidables ganchos que sostenían la cabeza se soltó, y con una enorme vibración la enorme masa osciló a un lado, hasta que el embriagado barco se bamboleó y tembló como si hubiera sido golpeado por un iceberg. El gancho que quedaba, del que ahora pendía toda la tensión, parecía a punto de ceder de un momento a otro; un suceso aún más probable a causa de los violentos movimientos de la cabeza.

—¡Baja, baja! —le chillaron los marineros a Daggoo.

Y agarrándose con una mano a los pesados aparejos, de manera que si la cabeza se caía él aún seguiría colgado, el negro, que había conseguido desliar el cabo enredado, empujó el cubo abajo del ahora colapsado pozo, con la intención de que el arponero enterrado lo agarrara, y fuera así izado al exterior.

—En el nombre del Cielo, marinero —gritó Stubb—, ¿es que estás retacando ahí un cartucho?… ¡Detente! ¿Cómo vas a ayudarle hincando ese cubo ceñido de hierro encima de su cabeza? ¡Detente, digo!

—¡Apartaos del aparejo! —gritó una voz como el estampido de un cohete.

Casi en el mismo instante, con un estruendo de trueno, la enorme masa cayó al mar en mitad del remolino, como la mesa de piedra del Niágara[100]; el casco, repentinamente suelto, bandeó en dirección opuesta hasta muy abajo en su brillante cobre; y todos mantuvieron la respiración, mientras medio oscilando… ahora sobre las cabezas de los marineros,

ahora sobre el agua… Daggoo, a través de una espesa niebla de espuma, fue borrosamente visto aferrándose a los pendulares aparejos, al mismo tiempo que el pobre Tashtego, enterrado vivo, se hundía sin remedio hasta el fondo del mar. Mas apenas se había aclarado el cegador vapor, cuando durante un fugaz instante fue vista planeando sobre la amurada una figura desnuda con una espada de abordaje en la mano. Al instante siguiente un ruidoso chapuzón anunció que mi valiente Queequeg se había zambullido al rescate. Se produjo una cerrada carrera a la banda, y cada ojo contaba cada onda, mientras los momentos transcurrían uno a uno, y no se veía signo ni del hundido, ni del buceador. Algunos tripulantes saltaron ahora a una lancha junto al costado, y se alejaron un poco del barco.

—¡Ja!, ¡ja! —gritó Daggoo de pronto, desde su ahora calmada percha oscilante por encima.

Y mirando más lejos desde el costado, vimos un brazo surgir erguido entre las olas azules; una visión extraña de ver, como el surgir de un brazo entre la hierba de una tumba.

—¡Los dos!, ¡los dos!… ¡Son los dos! —gritó de nuevo Daggoo con grito de júbilo.

Y poco después fue visto Queequeg batiendo resueltamente con una mano, y cogiendo con la otra el largo pelo del indio. Izados a la lancha que esperaba, fueron traídos con gran rapidez a cubierta; aunque Tashtego tardó en volver en sí, y Queequeg no parecía muy fresco.

Ahora bien, ¿cómo se había logrado este noble salvamento? Pues bien, buceando tras la cabeza que descendía lentamente, Queequeg, con su afilada espada, había hecho cortes laterales cerca de la parte inferior, para abrir allí un gran orificio; dejando entonces caer su espada, había introducido su largo brazo hacia adentro y hacia arriba, y jalado de este modo al pobre Tash de la cabeza. Al meter el brazo por vez primera buscándole, nos aseguró, se encontró con una pierna; pero sabiendo perfectamente que así no debía ser, y que podría ocasionar un grave percance… había vuelto a introducir la pierna, y mediante un diestro empellón y un giro había provocado una voltereta en el indio, de manera que en el siguiente intento salió de la vieja y acostumbrada manera… con

la cabeza por delante. Por lo que respecta a la gran cabeza en sí, a ésa le iba todo lo bien que podía esperarse.

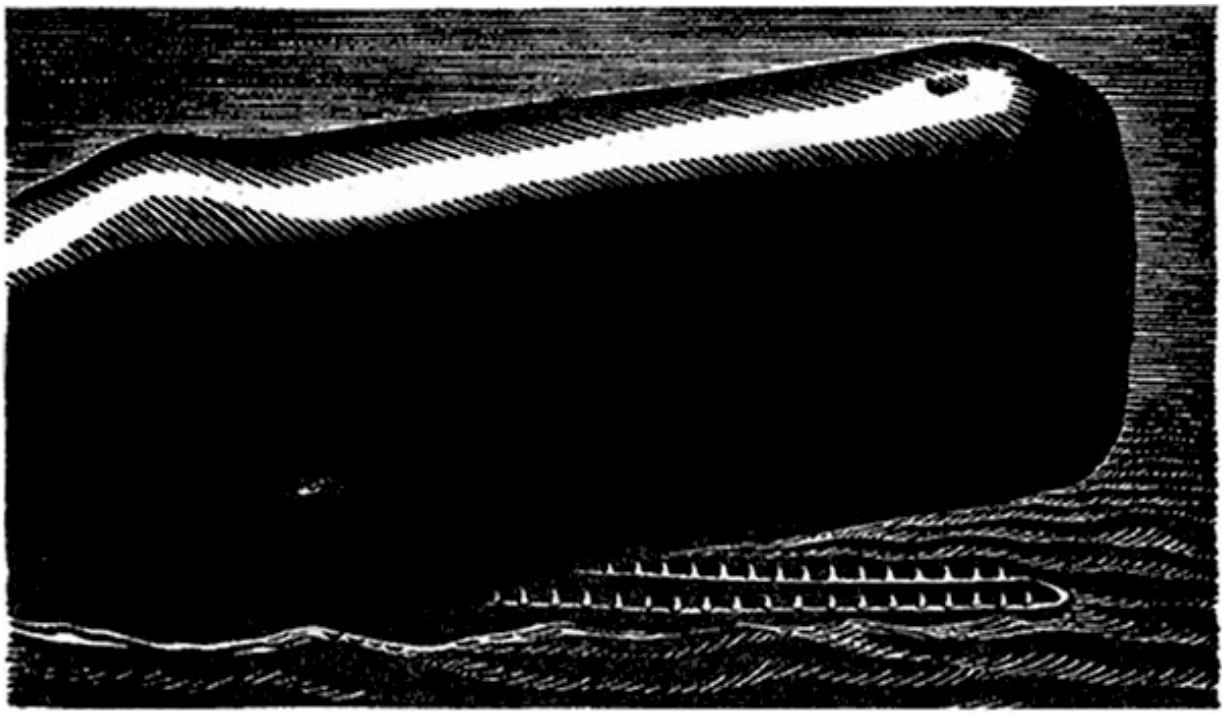
Y así, gracias al arrojo y a la gran destreza en obstetricia de Queequeg, la liberación, o más bien parición, de Tashtego fue exitosamente concluida, y además en las fauces de los más adversos y aparentemente irremediables impedimentos; lo que constituye una lección que no se ha de olvidar en modo alguno. La partería debería enseñarse en el mismo curso que la esgrima y el boxeo, y la equitación y el remo.

Sé que esta peculiar aventura del *gay-header* seguramente les parecerá increíble a algunos hombres de tierra firme, aunque ellos mismos puede que en tierra hayan visto u oído hablar de alguien que ha caído en una cisterna; un accidente que no ocurre sin cierta frecuencia, y también con mucho menos motivo que el del indio, considerando lo excesivamente resbaladizo del brocal del pozo del cachalote.

Mas, por ventura, puede que sagazmente se insista, ¿cómo es esto? Creíamos que la tegumentosa e impregnada cabeza del cachalote era su parte más ligera y flotante; y sin embargo la hacéis hundirse en un elemento de un peso específico mucho mayor que el suyo. Ahí os tenemos. En absoluto, sino que yo os tengo a vosotros; pues en el momento en el que el pobre Tash cayó, la caja había sido casi vaciada de sus contenidos más ligeros, dejando apenas nada más que la densa pared tendinosa del pozo… Una sustancia doblemente soldada y martilleada, como he dicho antes, mucho más pesada que el agua de mar, y de la que un pedazo se hunde en él casi como el plomo. Aunque la tendencia de esta sustancia a un hundimiento rápido fue materialmente contrarrestada en el presente caso por otras partes de la cabeza que aún permanecían sin separar de ella, de manera que, de hecho, se hundió muy lentamente y muy a propósito, ofreciendo a Queequeg una buena oportunidad para realizar, podríamos decir que en marcha, sus ágiles operaciones de obstetricia. Sí, fue una parición en marcha, así fue.

Ahora bien, si Tashtego hubiera perecido en esa cabeza, hubiera sido un valioso perecer; ahogado en el fragrante esperma más blanco y más delicado; metido en el ataúd, en el coche fúnebre, y en la tumba de la cámara interior y sanctasanctórum de la ballena. Sólo un final más dulce

puede recordarse con facilidad… La deliciosa muerte de un recolector de miel de Ohio, que buscando miel en el interior de un árbol hueco encontró tan abundantes existencias, que al inclinarse demasiado fue succionado, de tal modo que murió embalsamado. ¿Cuántos, pensáis, han caído de igual manera en la cabeza de miel de Platón, y allí dulcemente perecido?



CAPÍTULO LXXIX LA PRADERA

Escrutar las líneas de la cara, o palpar los chichones de la cabeza de este leviatán, esto es algo que ningún fisiognomista o frenólogo ha acometido todavía. Semejante empresa parecería casi tan prometedora como que Lavater hiciera escudriñar las arrugas del peñón de Gibraltar, o que Gall se subiera a una escalera y manipulara la cúpula del Panteón. Aun así, en esa famosa obra suya, Lavater no sólo trata de los diversos rostros de los hombres, sino que también estudia atentamente los rostros de los caballos, pájaros, serpientes y peces; y se ocupa en detalle de las modificaciones de expresión discernibles en ellos. Tampoco Gall y su discípulo Spurzheim renunciaron a hacer algunas afirmaciones referentes a las características frenológicas de seres distintos al hombre. Por lo tanto, aunque estoy malamente cualificado como pionero de la aplicación de estas pseudociencias a la ballena, haré un intento. Yo lo intento todo; logro lo que puedo.

Fisiognómicamente considerado, el cachalote es una criatura anómala. No tiene una nariz propiamente dicha. Y como la nariz es el rasgo central

y el más conspicuo, y como quizá es el que más modifica y finalmente controla la expresión combinada de todos, de ahí que parecería que su absoluta ausencia, como apéndice externo, debería afectar en gran medida al semblante de la ballena. Pues lo mismo que en la arquitectura de jardines un chapitel, o una cúpula, monumento o torre de algún tipo, es considerado casi indispensable para completar el paisaje; del mismo modo ningún rostro puede estar fisiognómicamente en condiciones sin el elevado campanario ornamental de la nariz. ¡Borrad la nariz del Jove de mármol de Fidias, y qué tristes restos! Sin embargo, el leviatán es de magnitud tan poderosa, todas sus proporciones son tan majestuosas, que la misma deficiencia que en el Jove esculpido sería horrible, en él no es mácula alguna. Qué digo, es una grandeza añadida. Una nariz hubiera sido impertinente para la ballena. Cuando en vuestro viaje fisiognómico navegáis alrededor de su enorme cabeza en vuestra alegre lancha, nunca vuestras nobles nociones sobre ella resultan insultadas por la reflexión de que tiene una nariz de la que se le puede tirar. Una pestilente ocurrencia que muy a menudo insistirá en entrometerse incluso al observar al más poderoso pertiguero real en su trono.

En algunos aspectos, quizá la vista fisiognómica más imponente que puede tenerse del cachalote es la directa frontal de su cabeza. Esta vista es sublime.

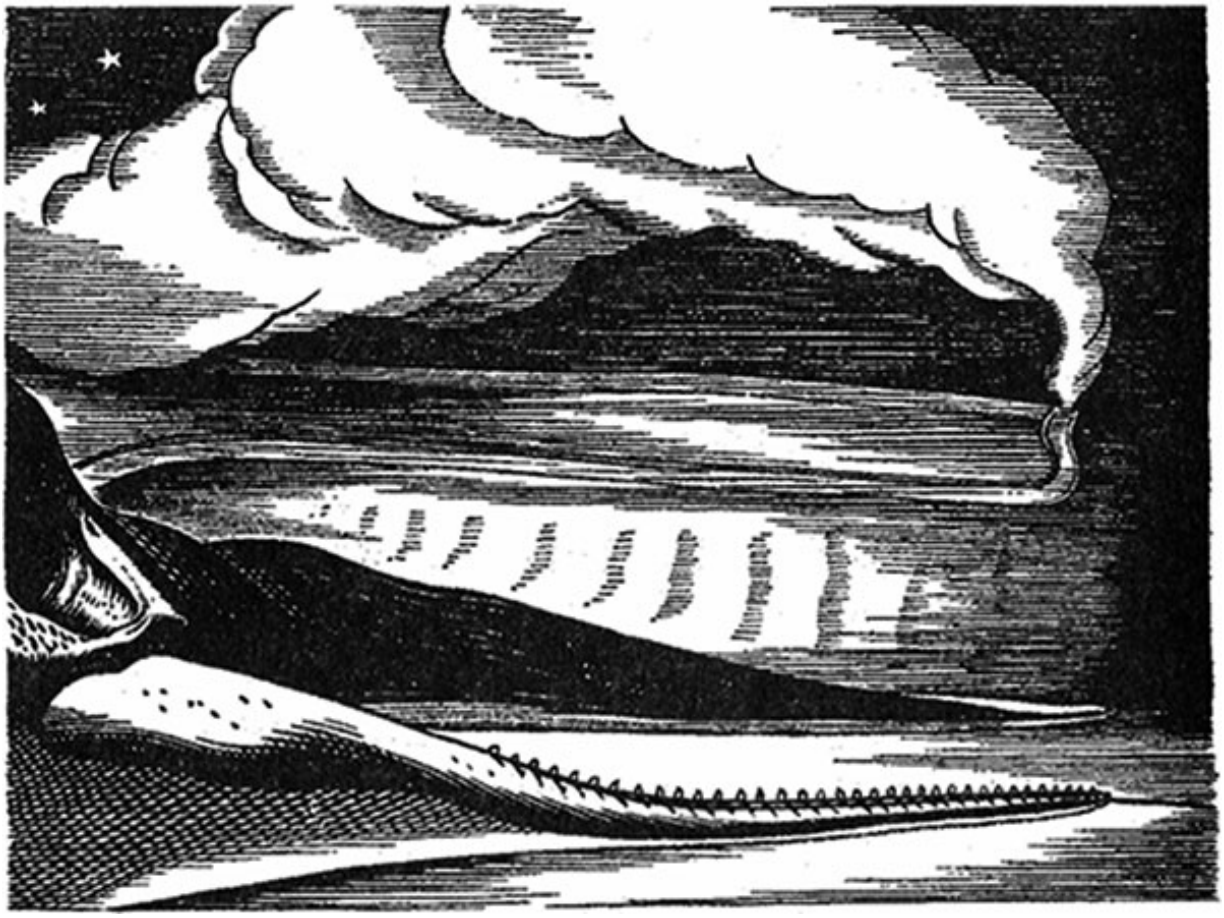
En el pensamiento, una hermosa frente humana es como el oriente al ser alterado por la mañana. En el reposo de los pastos, la ensortijada frente del toro tiene en sí un toque de grandeza. Empujando pesados cañones por desfiladeros de montaña, la frente del elefante es mayestática. Humana o animal, la mística frente es como ese sello dorado adherido por los emperadores germanos a sus decretos. Significa… «Dios: hecho este día por mi mano». Mas en la mayoría de las criaturas, y también en el propio hombre, la frente muy a menudo es sólo una mera franja de tierra alpina que se extiende junto a la línea de la nieve. Pocas son las frentes que como la de Shakespeare o la de Melancthon, se alzan tanto, y tanto descienden, que los propios ojos parecen lagos de montaña, claros, eternos y plácidos; y por encima de ellos, en las arrugas de la frente, pareces seguir el rastro de los astados pensamientos que allí descienden a beber, como los

cazadores de las tierras altas siguen el rastro de las huellas del alce en la nieve. Pero en el gran cachalote esta elevada y poderosa dignidad de dioses inherente a la frente está tan inmensamente amplificada, que observando en ella, en esa vista directamente frontal, sentís con más fuerza la deidad y las pavorosas potencias que observando cualquier otro objeto de la naturaleza viviente. Pues no veis ningún punto exacto con precisión; ningún rasgo distinto se distingue: no hay nariz, ni ojos, ni orejas, ni boca; no hay cara; no la tiene, propiamente dicha; nada excepto ese amplio firmamento de frente, plisado de arrugas; que silenciosamente desciende con la perdición de las lanchas, y los barcos, y los hombres. Y tampoco de perfil disminuye esta portentosa frente; aunque vista desde esa perspectiva, su grandeza no domina tanto sobre ti. De perfil, claramente percibís esa depresión horizontal, un poco en forma de media luna, que en el hombre, según Lavater, es la marca del genio.

Pero ¿cómo? ¿Genio en el cachalote? ¿Escribió alguna vez el cachalote un libro o dio una conferencia? No, su gran genio se manifiesta en que no hace nada particular para demostrarlo. Se declara, además, en su piramidal silencio. Y esto me recuerda que si el gran cachalote hubiera sido conocido en el primitivo mundo oriental, sus pensamientos mágico-infantiles lo hubieran deificado. Deificaron al cocodrilo del Nilo porque el cocodrilo no tiene lengua; y el cachalote no tiene lengua, o al menos la tiene tan pequeña como para ser incapaz de proyección. Si en el futuro alguna poética nación de elevada cultura tiene la tentación de regresar a las fuentes de su linaje, los alegres dioses primaverales de antaño, y vitalmente entronizarlos de nuevo en el actual cielo egoísta, en la ya no embrujada colina, estad seguros de que, exaltado al elevado trono de Jove, el gran cachalote la gobernará.

Champollion descifró los ajados jeroglíficos de granito. Pero no hay Champollion que descifre el Egipto del rostro de cada hombre y cada ser. La fisiognomía, como toda otra ciencia humana, no es sino una fábula perecedera. Si entonces sir William Jones, que leía en treinta lenguas, no podía leer el rostro del más simple campesino en sus más profundos y más sutiles significados, ¿cómo puede el analfabeto Ismael esperar leer el

imponente caldeo de la frente del cachalote? Me limito a poner esa frente ante vosotros. Leedla si podéis.



CAPÍTULO LXXX — LA NEZ

Si fisiognómicamente el cachalote es una esfinge, para el frenólogo su cerebro parece ese círculo geométrico que es imposible cuadrar.

En la criatura adulta el cráneo mide al menos veinte pies de longitud. Desencajad la mandíbula inferior, y la vista lateral de esta calavera es como la vista lateral de un plano moderadamente inclinado, que descansa a todo lo largo sobre una base nivelada. Mas en vida —como hemos visto en otro lugar— este plano inclinado está angularmente relleno y escuadrado por la colosal masa sobrepuesta del junco y el esperma. En el extremo superior, el cráneo forma un cráter para albergar esa parte de la masa; mientras que bajo el largo piso de este cráter —en otra cavidad que raramente excede diez pulgadas de longitud y otras tantas de profundidad — descansa el mero grumo del cerebro de este monstruo. En vida, este

cerebro está al menos a veinte pies de su aparente frente; está oculto tras sus enormes defensas, como la ciudadela más interna dentro de las extensas fortificaciones de Quebec. En tal modo está escondido dentro de él, como un joyero selecto, que yo he conocido algunos balleneros que perentoriamente niegan que el cachalote tenga ningún otro cerebro que esa palpable semblanza de uno formada por las yardas cúbicas de su almacén de esperma. Extendiéndose en extraños pliegues, caminos y circunvoluciones, para sus apreciaciones parece más acorde con la idea de su general poderío considerar esta mística parte suya como el lugar de su inteligencia.

Está claro, pues, que frenológicamente, la cabeza de este leviatán, en el estado vivo, intacto, de esta criatura, es una absoluta impostura. Pues en lo que respecta a su auténtico cerebro, no puedes ver indicios de él, ni palparlo. Como todo lo que es poderoso, la ballena muestra una falsa faz al mundo común.

Si descargáis su cráneo de sus cúmulos de esperma y entonces adoptáis una vista trasera de su extremo posterior, que es el extremo superior, os sorprenderá la semejanza con el cráneo humano observado en la misma situación y desde el mismo punto de vista. De hecho, situad esta calavera invertida (reducida a la escala de la magnitud humana) en una lámina entre calaveras humanas, e involuntariamente la confundiréis con ellas; y remarcando las depresiones en una zona de su parte superior, en frenológica jerga diréis… este hombre no tiene autoestima y ningún sentido del respeto. Y mediante esas negaciones, consideradas junto al hecho afirmativo de su prodigiosa masa y poder, os podéis formar el más cierto, aunque no el más jubiloso concepto de lo que es la más exaltada potencia.

Mas si a partir de las comparativas dimensiones del propio cerebro de la ballena la consideráis imposible de ser adecuadamente cartografiada, entonces tengo otra idea para vosotros. Si atentamente consideráis la columna vertebral de casi cualquier cuadrúpedo, os sorprenderá la semejanza de sus vértebras con un collar de calaveras enanas, todas ellas con una rudimentaria semejanza a la calavera auténtica. Es una idea germana que las vértebras son calaveras nulamente desarrolladas. Pero la

curiosa semejanza externa me parece que no fueron los germanos los primeros en percibirla. Un amigo extranjero una vez me la señaló en el esqueleto de un enemigo que había asesinado, y cuyas vértebras estaba incrustando, en una especie de bajo relieve, en la picuda proa de su canoa. Ahora bien, considero que los frenólogos han omitido un punto importante al no continuar sus investigaciones del cerebelo a través del canal espinal. Pues creo que gran parte del carácter de un hombre se encontrará indicado en su columna vertebral. Yo preferiría palpar vuestra columna que vuestro cráneo, quienquiera que seáis. Una columna vertebral como una delgada vigueta nunca ha sostenido un alma plena y noble. Yo me enorgullezco de mi columna como el firme y audaz mástil de esa bandera que enarbolo a media asta para el mundo.

Aplicad esta rama espinal de la frenología al cachalote. Su cavidad craneal es continuación de la primera vértebra del cuello; y en esa vértebra el fondo del canal espinal mide diez pulgadas a lo ancho, siendo de ocho en altura y de una forma triangular con la base hacia abajo. Al pasar a través de las restantes vértebras, el canal disminuye de tamaño, pero durante una distancia considerable sigue siendo de gran capacidad. Ahora bien, este canal, desde luego, está lleno de la misma sustancia extrañamente fibrosa —la médula espinal— que el cerebro; y comunica directamente con él. Y lo que es más, durante muchos pies, tras emerger de la cavidad del cerebro, la médula espinal sigue siendo de un mismo perímetro, casi igual al del cerebro. Bajo todas estas circunstancias, ¿sería irrazonable topografiar y cartografiar frenológicamente la médula de la ballena? Pues, visto bajo esta luz, la admirable comparativa menudencia de su cerebro propiamente dicho queda más que compensada por la admirable comparativa extensión de su médula espinal.

Mas dejando que esta sugerencia actúe como fuere entre los frenólogos, yo me limitaría a aceptar la teoría espinal durante un instante, en referencia a la joroba del cachalote. Esta augusta joroba, si no me equivoco, se eleva sobre una de las vértebras más grandes y es, por tanto, de algún modo, el molde convexo exterior de ella. De su situación relativa, entonces, yo llamaría a esta gran joroba el órgano de firmeza e

indomabilidad del cachalote. Y que el gran monstruo es indomable, aún tendréis ocasión de saberlo.

CAPÍTULO LXXXI EL *PEQUOD* ENCUENTRA AL *VIRGEN*

El predestinado día llegó y, tal como estaba previsto, encontramos al barco *Jungfrau*, de Bremen; Derick De Deer, capitán.

En una época los más grandes pueblos balleneros del mundo, los holandeses y germanos ahora están entre los que lo son menos; mas aquí y allí, a intervalos muy amplios de latitud y longitud, todavía ocasionalmente te encuentras con su bandera en el Pacífico.

Por alguna razón el *Jungfrau* parecía verdaderamente ansioso de presentar sus respetos. Estando todavía a cierta distancia del *Pequod*, braceó en facha, y arriando una lancha, su capitán fue transportado hacia nosotros de pie, impacientemente a proa, en lugar de a popa.

—¿Qué es lo que tiene ahí en la mano? —gritó Starbuck, señalando algo que el germano sujetaba oscilando—. ¡Imposible!… ¡Un cebador de lámpara!

—No es eso —dijo Stubb—, no, no, señor Starbuck, es una cafetera; viene a hacernos el café, es el jarramano; ¿no veis esa gran lata allí a su lado?… Ésa es su agua hirviendo. ¡Oh!, no tiene nada de extraño, es el jarramano.

—Id por ahí —gritó Flask—, es un cebador de lámpara y una lata de aceite. No tiene aceite, y viene a pedir.

Por muy curioso que pueda parecer que un barco aceitero pida prestado aceite en un caladero de ballenas, y por mucho que pueda invertidamente contradecir el viejo proverbio sobre llevar carbón a Newcastle, a veces no obstante, semejante cosa ocurre en la realidad; y, en el caso presente, el

capitán Derick De Deer llevaba, sin duda, un cebador de lámpara, como Flask había afirmado.

Al subir a cubierta, Ajab le abordó abruptamente, sin prestar atención alguna a lo que tenía en la mano; mas en una entrecortada jerigonza, el germano pronto dejó clara su completa ignorancia sobre la ballena blanca; orientó rápidamente la conversación hacia el cebador de lámpara y la lata de aceite, añadiendo algunas observaciones referentes a tener que acostarse en el coy por la noche en profunda oscuridad… al haberse terminado su última gota de aceite de Bremen y no haber capturado todavía ni un solo pez volador para suplir la deficiencia; concluyendo por apuntar que su barco era, efectivamente, lo que en la pesquería se llama técnicamente un barco *limpio* (es decir, uno vacío), que bien merecía el nombre de *Jungfrau*, o *Virgen*.

Atendidas sus necesidades, Derick partió; pero no había alcanzado el costado de su barco, cuando casi simultáneamente desde los topes de ambos navíos, se avistaron ballenas; y tan ansioso del acoso estaba Derick, que sin detenerse a dejar a bordo la lata de aceite y el cebador de lámpara, dio la vuelta a su lancha y partió tras los leviatanes cebadores de lámparas.

Ahora bien, al haber surgido la caza a sotavento, él y las otras tres lanchas que pronto le siguieron tenían una ventaja considerable sobre las quillas del *Pequod*. Había ocho ballenas, un hato normal. Apercibidas del peligro, avanzaban todas en un frente, con gran velocidad derechas en viento, rozando sus flancos tan cerca como tantos troncos de caballos uncidos. Dejaban una extensa estela, como si continuamente desenrollaran un extenso pergamino blanco sobre el mar.

En el mismo centro de esta rápida estela, y muchas brazas por detrás, nadaba un enorme viejo garañón chepudo, que por su comparativamente lento avance, así como por las inusuales incrustaciones amarillentas que le cubrían, parecía aquejado de ictericia, o de alguna otra enfermedad. Era cuestionable que esta ballena perteneciera al hato de delante; pues no es costumbre que tales venerables leviatanes sean sociables en modo alguno. Sin embargo, se mantenía en la estela, aunque de hecho el agua de aflujo debía retardarle, pues el hueso blanco, o rompiente, de su ancho morro era salpicado como el rompiente que se forma cuando se encuentran dos

corrientes hostiles. Su chorrear era corto, lento y laborioso; salía con una especie de borbotón atragantado, y se consumía en jirones rotos, seguidos de extrañas conmociones subterráneas en su interior, que parecían tener egresión en su otra extremidad oculta, haciendo que las aguas tras él burbujearan.

—¿Quién tiene un poco de paregórico? —dijo Stubb—, me temo que tiene dolor de estómago. ¡Dios, pensad en tener medio acre de dolor de estómago! Vientos adversos están celebrando una demente Navidad en él, muchachos. Es el primer viento contrario[101] que jamás vi que soplara desde popa; pero mirad, ¿alguna vez una ballena dio esos bandazos? Debe de ser que ha perdido el timón.

Lo mismo que un sobrecargado mercante de la India da de quilla en su rumbo, se entierra, bandea y bambolea cuando arriba a la costa del Indostán con una carga de aterrorizados caballos en cubierta; así impulsaba esta vieja ballena su envejecido cuerpo; y al girar parcialmente de vez en cuando sobre sus pesadas costillas, exponía la causa de su sinuoso avance en el deforme muñón de su aleta de estribor. Si había perdido esa aleta en batalla, o había nacido sin ella, era difícil decirlo.

—Espera un poco nada más, viejo amigo, y te daré un cabestrillo para ese brazo herido —gritó el cruel Flask, señalando la estacha cercana a él.

—Tened cuidado de que no os ponga él a vos en cabestrillo con ella —gritó Starbuck—. Avante, o lo cazará el germano.

Con el mismo objetivo, todas las lanchas rivales juntas apuntaban a este único pez, pues no sólo era el más grande, sino que era el que estaba más cerca de ellos, y además las otras ballenas avanzaban con tanta velocidad que casi hacían descartar la persecución por el momento. Para entonces las quillas del *Pequod* habían adelantado a las tres lanchas germanas arriadas después, mas debido a la gran ventaja de que había gozado, la lancha de Derick todavía lideraba el acoso, aunque sus rivales extranjeros se le aproximaban a cada instante. Lo único que temían era que, al estar ya tan cerca de su objetivo, pudiera lanzar su hierro antes de que le alcanzaran del todo y le sobrepasaran. Por lo que concierne a Derick, parecía muy confiado en que éste fuera el caso, y ocasionalmente, con gesto de burla, agitaba su cebador de lámpara a las otras lanchas.

—¡El descortés y desagradecido perro! —gritó Starbuck—; ¡se burla y me provoca con el mismo cestillo de pedir que yo le llené no hace ni cinco minutos! —y entonces, con su acostumbrado intenso susurro—: ¡avante, galgos! ¡Perseguidlo!

—Os diré lo que pasa —le gritó Stubb a su tripulación—. Va en contra de mi religión enfadarme; pero me encantaría comerme a ese villano jarramano… Bogad… ¿es que no queréis? ¿Vais a dejar que ese granuja os gane? ¿Os gusta el brandy? Una cuba de brandy, entonces, para el mejor hombre. Venga, ¿por qué no os reventáis alguno un vaso sanguíneo? ¿Quién es el que está tirando un ancla por la borda…? No nos movemos ni una pulgada… estamos en una calma. Hola, aquí está creciendo la hierba en el fondo de la lancha… y, por Dios, el mástil está brotando ahí. Esto no puede ser muchachos. ¡Mirad a ese jarramano! No se trata de otra cosa, muchachos, ¿vais a escupir fuego o no?

—¡Ah!, ¡veo la espuma que hace! —gritó Flask saltando arriba y abajo —. Qué joroba… Oh, *sí* que se apila en las carnes… ¡flota como un tronco! ¡Ah!, mis muchachos, *empujad*... masa frita y *quohogs* para cenar, ya sabéis, muchachos… almejas al horno y molletes… Oh, *venga, venga*, empujad… es uno de cien barriles… no lo perdáis ahora… No, ¡oh, *no*!… mirad a ese jarramano… ¡Ah!, por vuestro trasero, ¿no bogaréis, muchachos?… ¡menudo animal!, ¡menuda mole! ¿No os encanta el esperma? ¡Ahí van trescientos dólares, muchachos!… ¡un banco!… ¡un banco entero! ¡El banco de Inglaterra!… ¡*Venga, venga, venga*!… ¿Qué hace ahora ese jarramano?

En este momento Derick estaba lanzando su cebador de lámpara a las lanchas que progresaban, y también su lata de aceite; quizá con la doble intención de retardar el avance de sus rivales y al mismo tiempo acelerar económicamente la suya mediante el momentáneo ímpetu de su lanzamiento hacia atrás.

—¡El grosero perro teutón! —gritó Stubb—. Bogad ahora, muchachos, como cincuenta mil barcos de la línea cargados de diablos de pelo rojo. ¿Qué dices, Tashtego, eres el hombre que se partiría la columna en veintidós pedazos por el honor de la vieja Gay-Head? ¿Qué dices?

—¡Digo: bogad como la perdición! —gritó el indio.

Fiera aunque uniformemente, incitados por las provocaciones del germano, las tres lanchas del *Pequod* empezaron ahora a alinearse casi lado a lado; y así dispuestas se le acercaban por momentos. En esa excelente actitud suelta y magnífica del patrón cuando se acerca a su presa, los tres oficiales se alzaron, ayudando ocasionalmente al remero de popa con el estimulante grito de:

—¡Ahí se desliza ahora! ¡Hurra por el viento del fresno![102]. ¡Acabad con el jarramano! ¡Navegad por encima de él!

Pero Derick tenía una ventaja inicial tan decisiva, que a pesar de toda su urbanidad habría resultado el ganador de esta carrera si sobre él no hubiera descendido el juicio de los justos en forma de un paleteo de la pala de su remero de medianía. Mientras este torpe patoso estaba tratando de liberar su fresno, y mientras, en consecuencia, la lancha de Derick estaba a punto de volcar, y éste les bramaba a sus hombres con enérgica rabia… ése fue un buen momento para Starbuck, Stubb y Flask. Con un grito, dieron una mortal arrancada avante, y sesgadamente se alinearon en la aleta del germano. Un instante más, y las cuatro lanchas estaban diagonalmente en la inmediata estela de la ballena, mientras a ambos lados de ellos se extendía el espumoso oleaje que ésta provocaba.

Era una visión terrible, de lo más penosa y espeluznante. La ballena iba ahora a toda velocidad y soltando su chorrear ante ella en un atormentado surtidor continuo, mientras su única pobre aleta golpeaba su flanco en una agonía de terror. Ahora a ese lado, ahora al otro, zigzagueaba en su incierta huida, y todavía, a cada ola que rompía, se hundía espasmódicamente en el mar, o balanceaba de lado hacia el cielo su única aleta batiente. Así he visto yo a un pájaro con un ala cortada hacer espantados círculos quebrados en el aire, intentando vanamente escapar de los halcones piratas. Mas el pájaro tiene voz, y con gritos de queja comunica su miedo; pero el miedo de este enorme bruto mudo del mar estaba encadenado y hechizado dentro de él; no tenía voz alguna, salvo la entrecortada respiración a través de su espiráculo, y esto hacía que su visión fuera inexpresablemente penosa; siendo que aún, en su asombrosa masa, su mandíbula de rastrillo y su omnipotente cola había suficiente para aterrorizar al hombre más fuerte que así se compadeciera.

Observando ahora que sólo unos pocos instantes más darían a las lanchas del *Pequod* la ventaja, y antes de verse así privado de su presa, Derick decidió arriesgar lo que para él debió de haber parecido un lanzamiento inusualmente largo, no fuera a ser que la última oportunidad desapareciera para siempre.

Pero apenas su arponero se levantó para el ataque, los tres tigres —Queequeg, Tashtego, Daggoo— se alzaron instintivamente en pie, y estando en una fila diagonal, simultáneamente apuntaron sus garfios; y lanzados por encima de la cabeza del arponero germano, los tres hierros de Nantucket penetraron en la ballena. ¡Vapores cegadores de espuma y blanco fuego! Las tres lanchas, en la primera furia del precipitado impulso de la ballena, apartaron al germano a un lado de un topetazo con tal fuerza, que tanto Derick como su desconcertado arponero fueron expelidos y sobrepasados por las tres quillas volantes.

—No tengáis miedo, paquetes de mantequilla —gritó Stubb, lanzando al pasar una ojeada sobre ellos cuando los rebasaba—; enseguida os recogerán… bueno… he visto unos cuantos tiburones a popa… perros san Bernardo, ya sabéis… salvan a los viajeros en apuros. ¡Hurra!, así se navega. ¡Cada quilla un rayo de sol! ¡Hurra!… Aquí vamos, como tres latas de zinc en la cola de un puma loco! Esto me da la idea de enganchar un elefante a un tílburi en una planicie… hace que los radios de las ruedas vuelen cuando lo enganchas de esa manera, muchachos; y también hay peligro de que te tire, cuando llegas a una colina. ¡Hurra!, así es como uno se siente cuando va donde Davy Jones… ¡A toda velocidad por un infinito plano inclinado hacia abajo! ¡Hurra!, ¡esta ballena lleva el correo eterno!

Pero la carrera del monstruo fue breve. Dando una pronta bocanada, se sumergió estrepitosamente. Con chirriante celeridad, las tres estachas volaron alrededor de los tocones con fuerza capaz de abrir profundas muescas en ellos; aunque tanto temían los arponeros que esta rápida inmersión agotara pronto las estachas, que con toda su potente destreza dieron repetidas humeantes vueltas con el cabo para que éste retuviera; hasta que al final… a causa de la tensión perpendicular de los emplomados guiacabos de las lanchas, desde donde los tres cabos caían directamente abajo al mar… las bordas de la proa estaban casi a ras del agua, mientras

que las tres popas se empinaban en el aire. Y al cesar pronto la ballena de sumergirse, permanecieron durante un tiempo en esa situación, temerosos de soltar más estacha, aunque la posición fuera un poco delicada. Pues aunque se han hundido y perdido lanchas de esta manera, no obstante, es este «aguantar», tal como se le llama; este enganchar con los afilados garfios a su carne viva del lomo; esto es lo que suele atormentar al leviatán y hacerle ascender pronto para encontrar la afilada lanza de sus enemigos. Sin embargo, por no mencionar lo arriesgado del asunto, es dudoso que este procedimiento sea siempre el mejor; ya que simplemente es razonable suponer que cuanto más tiempo permanece la ballena herida bajo el agua, más se agota. Pues a causa de su inmensa superficie —en un cachalote adulto algo menos de dos mil pies cuadrados—, la presión del agua es enorme. Todos sabemos bajo qué increíble peso atmosférico estamos; incluso aquí, sobre el suelo, en el aire; ¡qué formidable, entonces, la carga de una ballena, que soporta en su lomo una columna de doscientas brazas de océano! Debe al menos equivaler al peso de cincuenta atmósferas. Un ballenero lo ha estimado en el peso de veinte barcos de la línea, con todos sus cañones y avituallamiento y hombres a bordo.

Mientras las tres lanchas permanecían allí, en ese mar que apaciblemente ondeaba, oteando abajo a su eterno mediodía azul; y mientras ni un solo gruñido o grito de ningún tipo, qué digo, ni siquiera una onda o una burbuja surgía de sus profundidades, ¡qué hombre de tierra firme habría pensado que bajo todo ese silencio y placidez el mayor monstruo de los mares estaba retorciéndose y desgarrándose en agonía! Ni ocho pulgadas de cabo perpendicular eran visibles en la proa. ¿Parece creíble que el gran leviatán estuviera suspendido de tres tales finos hilos, lo mismo que la gran pesa de un reloj de cuerda de ocho días? ¿Suspendido? ¿Y de qué? De tres pedazos de tabla. Es ésta la criatura de la que una vez se dijo de manera tan triunfante… «¿podéis llenar su piel de hierros garfiados?, ¿o su cabeza de picas de pesca? La espada de aquel que le acometió no puede oponérsele, ni la pica, ni el dardo o la jacerina: el hierro le parece paja; la flecha no puede hacerle huir; los dardos se consideran rastrojo; ¡se ríe del blandir de una pica!»[103]. ¿Es ésta la criatura?, ¿es ésta? ¡Ah!, que el incumplimiento deba seguir a los profetas.

¡Pues con la fortaleza de mil muslos en su cola, el leviatán ha ocultado su cabeza bajo las montañas del mar, para esconderse de las picas de pesca del *Pequod*!

En esa sesgada luz de la tarde, las sombras que las tres lanchas enviaron bajo la superficie debieron haber sido suficientemente largas y suficientemente anchas como para ensombrecer a la mitad del ejército de Jerjes. ¡Quién puede decir qué aterradores debieron haber sido para la ballena herida semejantes enormes fantasmas revoloteando sobre su cabeza!

—¡Atentos, muchachos, se menea! —gritó Starbuck cuando de pronto las tres estachas vibraron en el agua, conduciendo hacia arriba hasta ellos, como a través de cables magnéticos, los latidos de vida y de muerte de la ballena, de manera que todos los remeros los sintieron en sus bancos.

Al momento siguiente, liberadas en gran parte de la tensión hacia abajo de la proa, las lanchas dieron un brusco brinco hacia arriba, lo mismo que hace un pequeño témpano de hielo cuando una densa manada de osos blancos es ahuyentada desde él hacia el mar.

—¡Halar! ¡Halar! —gritó Starbuck de nuevo—; está subiendo.

Las estachas, de las cuales apenas un instante antes no podría haberse recuperado ni el ancho de una mano, fueron ahora recogidas a las lanchas en largos y chorreantes bucles, y pronto la ballena surgió en la superficie a dos esloras de los cazadores.

Sus movimientos denotaban claramente su extremado agotamiento. En la mayoría de los animales de tierra hay ciertas válvulas o compuertas en muchas de sus venas, gracias a las cuales, al ser heridos, la sangre es en cierto grado obturada, al menos durante un instante, en algunas direcciones. No ocurre así con la ballena; una de cuyas peculiaridades es la de tener una completa estructura no valvular de vasos sanguíneos, de manera que cuando es punzada incluso por una punta tan pequeña como la del arpón, se inicia inmediatamente un derrame mortal a través de todo su sistema arterial; y cuando esto se acentúa por la extraordinaria presión del agua a gran distancia bajo la superficie, puede decirse que su vida mana de ella en incesantes flujos. Sin embargo, es tan enorme la cantidad de sangre en su cuerpo, y tan distantes y numerosos sus manantiales internos, que

continuará así sangrando y sangrando durante un periodo considerable; del mismo modo que en una sequía fluirá un río cuyas fuentes estén en los manantiales de colinas lejanas e indiscernibles. Incluso ahora, cuando las lanchas bogaron hacia esta ballena, y peligrosamente pasaron sobre sus oscilantes palmas, y se le arrojaron las lanzas, éstas fueron seguidas por constantes surtidores en las heridas recién hechas, que persistieron actuando de manera continua, mientras que el orificio surtidor natural de su cabeza enviaba su aterrada humedad al aire sólo a intervalos, por muy rápidos que éstos fueran. De este último conducto todavía no surgía sangre, pues ninguna parte vital suya había sido hasta el momento alcanzada. Su vida, como significativamente la llaman, no había sido tocada.

Mientras las lanchas la rodeaban ahora más cerca, toda la parte superior de su figura, incluyendo una gran zona de lo que ordinariamente está sumergido, quedó limpiamente al descubierto. Se vieron sus ojos, o más bien los lugares en los que habían estado sus ojos. Al igual que en los nudos de los robles más gráciles, una vez que éstos han caído, se sedimentan cúmulos de excrecencias, así, de los puntos que los ojos de la ballena habían una vez ocupado, sobresalían ahora bulbos ciegos, horriblemente penosos de ver. Mas no había ninguna compasión. A pesar de toda su ancianidad, de su único brazo, y de sus ojos ciegos, tenía que expirar la muerte, y ser sacrificada para iluminar los alegres casamientos y demás celebraciones de los hombres, y también para iluminar las solemnes iglesias que predican la incondicional magnanimidad de todos para todos. Todavía revolcándose en su sangre, al final descubrió parcialmente una extrañamente decolorada protuberancia o penca, del tamaño de una fanega, muy abajo en el flanco.

—Una bonita peca —gritó Flask—, deja que le pinche ahí una vez.

—¡Alto! —gritó Starbuck—, ¡no hay necesidad de ello!

Pero el humano Starbuck había llegado demasiado tarde. En el instante del lanzamiento un ulceroso surtidor brotó de esta cruel herida, y aguijoneada por ella en una aflicción imposible de soportar, la ballena, chorreando ahora espesa sangre, ciegamente se lanzó con repentina furia contra las naves, salpicándolas a ellas y a sus exultantes tripulaciones de

arriba abajo con rociadas de sangre, volcando la lancha de Flask y desencajando su proa. Fue su golpe de muerte. Pues, para entonces, tan agotada estaba por la pérdida de sangre, que se volteó indefensamente, apartándose del naufragio que había causado; quedó resoplando sobre su costado, aleteó impotentemente con su aleta mocha, rodó entonces lentamente una y otra vez, como un mundo que se apaga; puso boca arriba los blancos secretos de su panza; se estiró como un tronco, y murió. Ese último expirante chorrear fue muy penoso. Como cuando el agua es gradualmente retirada por manos invisibles de algún abundante manantial, y con medio ahogados melancólicos borboteos la columna de agua disminuye y disminuye hasta el suelo… así el último prolongado chorrear de muerte de la ballena.

Poco después, mientras las tripulaciones esperaban la llegada del barco, el cuerpo mostró indicios de hundirse con todos sus tesoros sin despojar. Inmediatamente, por órdenes de Starbuck, se le aseguraron estachas en diferentes puntos, de manera que no mucho más tarde cada lancha era una boya; quedando la ballena hundida suspendida por las cuerdas unas pocas pulgadas bajo ellas. Gracias a una muy cuidadosa operación, cuando el barco se acercó, la ballena fue transferida a su costado, y allí fue fuertemente asegurada por las cadenas de palmas más consistentes, pues era evidente que, a no ser que se sostuviera artificialmente, el cuerpo se hundiría inmediatamente al fondo.

Sucedió que casi al primer corte que se hizo en ella con la zapa, en la parte inferior de la penca antes descrita se encontró el largo entero de un arpón corroído incrustado en su carne. Pero como en los cuerpos muertos de ballenas capturadas se encuentran frecuentemente las cañas de arpones con la carne perfectamente curada a su alrededor, y ninguna prominencia para señalar su lugar, hubo, por lo tanto que haber habido alguna otra razón desconocida que en el presente caso diera completa cuenta de la ulceración aludida. Aunque todavía más curioso fue el hecho de una cabeza de lanza de piedra encontrada en ella, no lejos del hierro enterrado, estando la carne perfectamente firme a su alrededor. ¿Quién había arrojado la lanza de piedra? ¿Y cuándo? Podría haber sido lanzada por algún indio del noroeste mucho antes de que América fuera descubierta.

No puede decirse qué otras maravillas podrían haber sido rebuscadas en este monstruoso armario. Ya que se produjo una repentina interrupción de nuevos descubrimientos, al inclinarse el barco de costado al mar de manera inusitada debido a la creciente tendencia del cuerpo a hundirse. Sin embargo, Starbuck, que tenía el mando de las operaciones, se aferró a él hasta el final; de hecho, se aferró con tanta resolución, que cuando finalmente, de haber persistido en enlazarlo con el cuerpo, el barco hubiera volcado, entonces, cuando se dio la orden de soltarse de él, tal era la inamovible tensión sobre los barraganetes a los que las cadenas y cables de palmas estaban sujetos, que era imposible soltarlos. Mientras tanto, todo en el *Pequod* estaba torcido. Cruzar al lado opuesto de la cubierta era como subir por el tejado inclinado de una casa con tejado a dos aguas. El barco crujía y jadeaba. Muchas de las incrustaciones de marfil de sus bordas y cabinas se desprendieron a causa de la inusual dislocación. En vano se aplicaron espeques y palancas para hacer fuerza sobre las inamovibles cadenas de palmas, y desencajarlas de los barraganetes; y la ballena se había sumergido ahora tanto que los extremos hundidos en modo alguno podían ser alcanzados; mientras a cada momento toneladas enteras de ponderosidad parecían añadirse a la masa que se hundía, y el barco parecía a punto de perderse.

—¡Aguanta, aguanta, vamos —le gritaba Stubb al cuerpo—, no tengas tanta prisa en hundirte! Truenos, muchachos, debemos hacer algo o nos iremos. No sirve de nada tratar de soltar de ahí; alto, digo, con los espeques, y que uno de vosotros corra a por un libro de oraciones y a por un cortaplumas, y que corte la cadena grande.

—¿Cortaplumas? Sí, sí —gritó Queequeg, y agarrando la pesada hacha del carpintero se inclinó fuera de un portón y, acero contra hierro, empezó a atacar las más grandes cadenas de palmas. Apenas se habían dado unos pocos golpes llenos de chispas, cuando la excesiva tensión hizo el resto. Con un terrorífico crujido, todas las ataduras se soltaron; el barco se equilibró, el cadáver se hundió.

Ahora bien, este ocasional e inevitable hundimiento del cachalote recientemente muerto es algo muy curioso; y ningún pescador lo ha explicado adecuadamente. Generalmente, el cachalote muerto tiene una

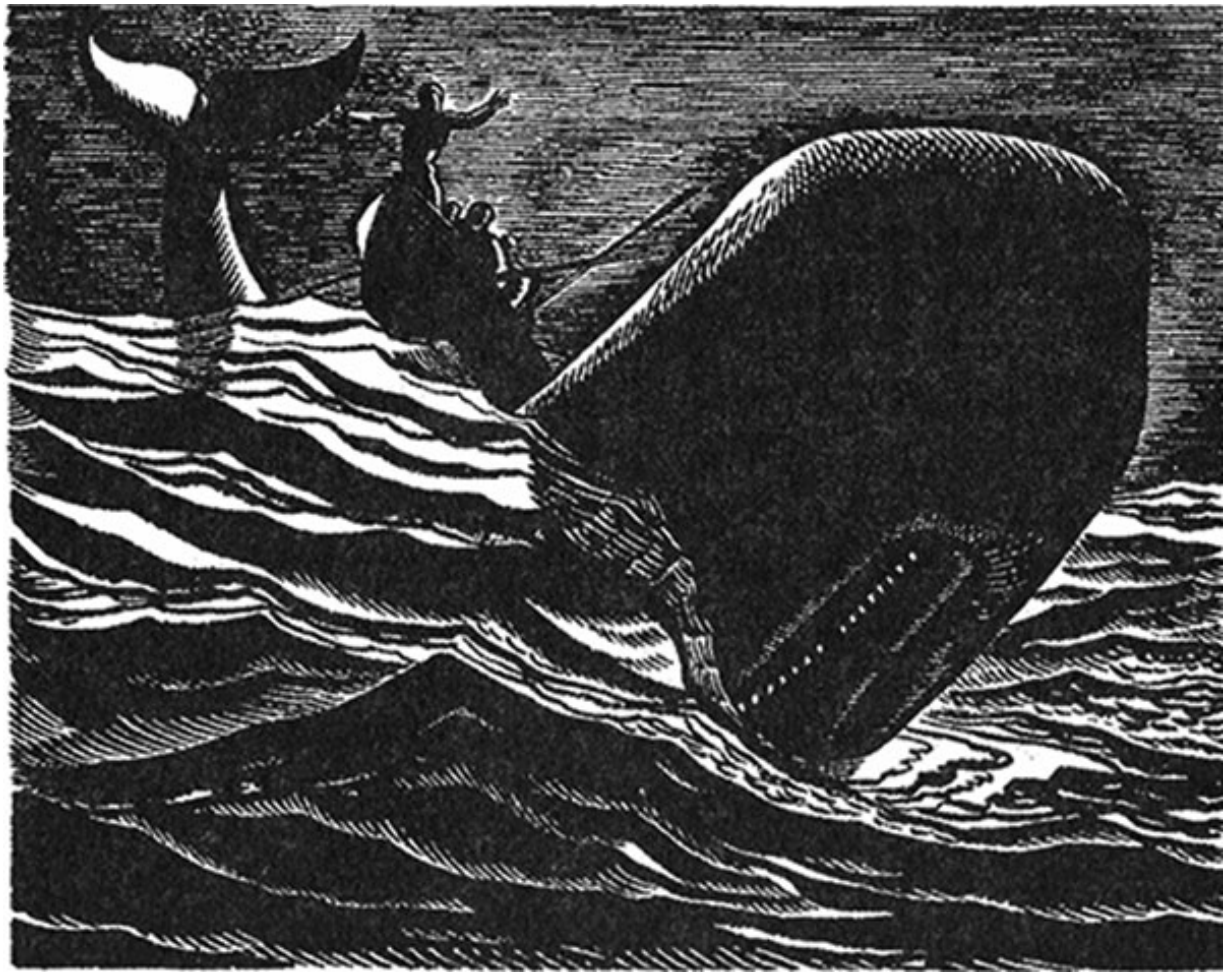
gran flotabilidad, con su flanco o su panza considerablemente elevado por encima de la superficie. Si las únicas ballenas que se hundieran de esa manera fueran criaturas viejas, flacas y agotadas, sus capas de lardo menguadas y sus huesos pesados y reumáticos, entonces podríais con cierta razón afirmar que este hundimiento es provocado por un inusual peso específico en el pez que así se hunde, consecuencia de la ausencia de materia flotante en él. Mas no es así. Pues ballenas jóvenes, en su mejor salud, y henchidas de nobles aspiraciones interrumpidas prematuramente en el cálido arrebol y mayo de la vida, con todo su jadeante lardo envolviéndolas, incluso estos héroes musculosos y boyantes a veces se hunden.

Dicho sea, sin embargo, que el cachalote es mucho menos propenso a este accidente que cualquier otra especie. Mientras uno de esta clase se hunde, se hunden veinte ballenas francas. Esa diferencia en las especies es, sin duda, imputable en no pequeño grado a la mayor cantidad de hueso existente en la ballena franca: sólo sus persianas venecianas pesan a veces más de una tonelada; impedimento este del que el cachalote está totalmente libre. Pero hay ejemplos en los que, tras un lapsus de muchas horas o varios días, la ballena hundida vuelve a emerger con mayor flotabilidad que en vida. Aunque la razón de esto es obvia. Se generan gases en ella; se hincha a una magnitud prodigiosa; se convierte en una especie de balón animal. Un barco de la línea de combate difícilmente podría entonces mantenerla hundida. En la pesca de la ballena desde la costa, en aguas profundas, en las bahías de Nueva Zelanda, cuando una ballena franca muestra indicios de hundirse, le atan boyas con mucha cantidad de cabo; de manera que cuando el cuerpo se haya hundido, sepan dónde hay que buscarlo cuando vuelva a ascender.

No fue mucho después del hundimiento del cuerpo que desde los topes del *Pequod* se escuchó un grito anunciando que el *Jungfrau* estaba de nuevo arriando sus lanchas; aunque el único chorrear a la vista era el de un rorcual, una especie de ballenas incapturable a causa de su increíble potencia natatoria. No obstante, el chorrear del rorcual es tan similar al del cachalote, que los pescadores poco diestros a veces lo confunden. Y, consecuentemente, Derick y todas sus huestes estaban ahora acosando a

este inaproximable bruto. Largando el *Virgen* toda la vela, salió tras sus cuatro jóvenes quillas, y así todos desaparecieron a sotavento, todavía en resuelta y esperanzada persecución.

¡Ah! Muchos son los rorcuales, y muchos son los Dericks, amigo mío.



CAPÍTULO LXXXII EL HONOR Y LA GLORIA DE LA PESCA DE LA BALLENA

Existen algunas empresas en las que un cuidadoso desorden es el verdadero método.

Cuanto más me adentro en este asunto de la pesca de la ballena, y más avanzo en mis investigaciones hasta sus mismas fuentes, tanto más impresionado me siento por su antigüedad y su honorabilidad; y, en especial, cuando encuentro tantos semidioses y héroes, profetas de todo tipo, que de una manera u otra le han conferido distinción, me siento transportado por la reflexión de que yo mismo, aunque subordinadamente, pertenezco a esa blasonada fraternidad.

El galante Perseo, un hijo de Júpiter, fue el primer ballenero; para honor eterno de nuestra vocación, sea dicho que la primera ballena atacada por nuestra hermandad no fue muerta con sórdida intención. Fueron aquéllos los días caballerescos de nuestra profesión, cuando sólo portábamos armas para socorrer a los afligidos, y no para alimentar cebadores de lámparas de hombres. Todo el mundo conoce la bella historia de Perseo y Andrómeda; cómo la adorable Andrómeda, hija de un rey, fue atada a una roca en la costa, y cómo, cuando Leviatán estaba a punto de llevársela, Perseo, el príncipe de los balleneros, avanzando intrépidamente, arponeó al monstruo, liberó a la doncella y contrajo matrimonio con ella. Fue una proeza artística admirable, raramente lograda por los mejores arponeros de la actualidad; en especial porque este leviatán fue muerto del primer lanzamiento. Y que nadie dude de esta historia arquea; pues en la antigua Joppa, la actual Jafa, en la costa siria, en uno de los templos paganos, estuvo durante muchos siglos el enorme esqueleto de una ballena, que las leyendas de la ciudad y todos los habitantes afirmaban que eran los propios huesos del monstruo que Perseo mató. Cuando los romanos conquistaron Joppa, ese mismo esqueleto fue llevado triunfalmente a Italia. Lo que parece más singular y sugestivamente importante de esta historia, es esto: fue desde Joppa desde donde zarpó Jonás.

Semejante a la aventura de Perseo y Andrómeda —de hecho, considerada por algunos indirectamente derivada de ella— es esa famosa historia de san Jorge y el dragón; dragón que yo mantengo que fue una ballena; pues en muchas crónicas antiguas las ballenas y los dragones están extraña y desordenadamente mezclados, y a menudo están unos en el lugar de los otros. «Sois como un león de las aguas, y como un dragón del mar», dijo Ezequiel; queriendo decir con ello, claramente, una ballena; de hecho, algunas versiones de la Biblia utilizan la propia palabra. Además, restaría mucha gloria a la proeza que san Jorge sólo se hubiera enfrentado a un serpenteante reptil de tierra, en lugar de plantar batalla al gran monstruo de las profundidades. Cualquier hombre puede matar a una serpiente, pero sólo un Perseo, un san Jorge, un Coffin, tienen corazón suficiente para medirse temerariamente con una ballena.

No dejemos que las pinturas modernas de esta escena nos confundan; pues aunque la criatura encontrada por ese valeroso ballenero de la Antigüedad es representada con una estampa de grifo, y el combate se representa en tierra, y el santo a lomos de un caballo; considerando, no obstante, la gran ignorancia de aquellos tiempos, en los que la verdadera forma de la ballena era desconocida para los artistas; y considerando que, como en el caso de Perseo, la ballena de san Jorge podría haber reptado fuera del agua, sobre la playa; y considerando que el animal que monta san Jorge podría haber sido sólo una gran foca, o un caballito de mar; teniendo todo esto en cuenta, no parecería absolutamente incompatible con la sagrada leyenda y los más ancestrales esbozos de la escena tomar a este llamado dragón por ningún otro que el propio gran leviatán. De hecho, enfrentado a la estricta e hiriente verdad, esta entera historia se comportará como ese ídolo de los filisteos, de nombre Dagón, pez, animal de tierra y ave, que cuando fue colocado ante el arca de Israel, de él se desprendieron su cabeza de caballo y las dos palmas de sus manos, y sólo quedó su muñón o parte de pescado. Así, entonces, uno de nuestra propia noble casta, es decir, un ballenero, es el guardián tutelar de Inglaterra; y por derechos legítimos nosotros, arponeros de Nantucket, deberíamos ser enrolados en la muy noble orden de san Jorge. Y, consecuentemente, que los caballeros de esa honorable compañía (ninguno de los cuales, me aventuro a decir, tuvo nunca nada que ver con una ballena, como su gran patrón) no miren nunca con desprecio a los ojos a un nativo de Nantucket, pues incluso con nuestras ropas de lana y pantalones alquitranados nosotros tenemos más derecho que ellos a la condecoración de san Jorge.

Respecto a admitir a Hércules entre nosotros o no, sobre esto he dudado mucho tiempo; pues aunque, según las mitologías griegas, ese antiguo Crokett y Kit Carson… ese musculoso autor de jubilosas buenas obras fue tragado y regurgitado por una ballena; aun así, admitir que eso en rigor hace de él un ballenero puede ser discutido. En ninguna parte se dice nunca que él arponeara en verdad a su pez, a no ser, en efecto, desde el interior. No obstante, puede ser considerado una especie de ballenero involuntario; la ballena, en cualquier caso, le capturó a él, aunque él no la capturara. Yo lo reivindico como uno de nuestro clan.

Pero, según las más reputadas contradictorias autoridades, esta historia griega de Hércules y la ballena se considera derivada de la todavía más antigua historia judía de Jonás y la ballena; y viceversa; ciertamente, son muy similares. Si entonces reivindico al semidiós, ¿por qué no al profeta?

Y no sólo héroes, santos, semidioses y profetas comprende el entero censo de nuestra orden. Todavía hay que nombrar a nuestro gran maestro; pues, como los reyes de los antiguos tiempos, no encontramos las aguas de cabecera de nuestra fraternidad en nada inferior que en los propios grandes dioses. Esa portentosa historia oriental va ahora a ser narrada a partir de los Sastras, que nos hablan del pavoroso Vishnú, una de las tres personas de la principal de las deidades de los hindúes; nos hablan de este divino Vishnú como nuestro Señor… Vishnú, que por la primera de sus diez encarnaciones terrenales ha distinguido y santificado por siempre a la ballena. Cuando Brahmán, o el dios de dioses, dicen los Sastras, decidió crear el mundo tras una de sus periódicas disoluciones, engendró a Vishnú para que presidiera sobre la obra; mas los Vedas, o libros místicos, cuya lectura pareciera haber sido indispensable para Vishnú antes de comenzar la creación, y que por tanto deben haber contenido algún tipo de sugerencias prácticas para jóvenes arquitectos, estos Vedas reposaban en el fondo de las aguas; así que Vishnú se encarnó en una ballena y, zambulléndose en ella hasta las mayores profundidades, rescató los volúmenes sagrados. ¿No fue este Vishnú un ballenero, entonces?, ¿lo mismo que un hombre que cabalga un caballo es llamado un caballero?

¡Perseo, san Jorge, Hércules, Jonás y Vishnú!, ¡ahí tenéis un equipo! ¿Qué club, sino el de los balleneros, puede tener unos orígenes similares?

CAPÍTULO LXXXIII JONÁS HISTÓRICAMENTE CONSIDERADO

En el CAPÍTULO precedente se hizo referencia al relato histórico de Jonás y la ballena. Ahora bien, algunos nativos de Nantucket tienden a desconfiar de este relato histórico de Jonás y la ballena. Pero también hubo algunos escépticos griegos y romanos que, significándose de entre los paganos ortodoxos de su tiempo, igualmente dudaban de la historia de Hércules y la ballena, y de la de Arión y el delfín; y, sin embargo, sus dudas sobre esas tradiciones no hicieron, por ello, que esas tradiciones dejaran de ser ni una pizca menos ciertas.

La principal razón que tenía un viejo ballenero de Sag-Harbor para poner en duda la historia hebrea era ésta: poseía una de esas anticuadas y artificiosas biblias embellecidas con peculiares láminas acientíficas; una de ellas representaba la ballena de Jonás con dos chorros en su cabeza… una peculiaridad sólo cierta en referencia a una especie del leviatán (la ballena franca y las variedades de ese orden), sobre la cual los pescadores tienen el dicho «un paquete de monedas le ahogaría»; así de pequeño es su trago. Mas frente a esto, disponemos de la respuesta anticipativa del obispo Jebb. No es necesario, sugiere el obispo, que consideremos a Jonás enterrado en el estómago de la ballena, sino temporalmente alojado en alguna parte de su boca. Y esto parece suficientemente razonable en el

buen obispo. Pues, ciertamente, la boca de la ballena franca albergaría un par de mesas de *whist* y acomodaría confortablemente a todos los jugadores. Posiblemente, también, Jonás podría haberse ocultado en un diente hueco; aunque, considerándolo de nuevo, la ballena franca no tiene dientes.

Otra razón que Sag-harbor (el ballenero respondía a ese nombre) esgrimía para su carencia de fe en este asunto del profeta era algo oscuramente referido a su encarcelado cuerpo y a los jugos gástricos de la ballena. Mas esta objeción se cae de igual manera por su propio peso, pues un exegeta germano supone que Jonás debió de haberse refugiado en el cuerpo flotante de una ballena *muerta*... de igual modo que los soldados franceses de la campaña de Rusia convirtieron sus caballos muertos en tiendas de campaña, y se introdujeron en ellos. Además, ha sido conjeturado por otros comentadores europeos que cuando Jonás fue arrojado por la borda del barco de Joppa, directamente logró escapar a otro barco cercano, un barco con una ballena en el figurón de proa; y yo añadiría posiblemente llamado *La Ballena*, lo mismo que hoy en día hay algunas naves bautizadas *Tiburón, Gaviota*, o *Águila*. Tampoco han faltado exegetas ilustrados que han opinado que la ballena mencionada en el libro de Jonás significaba meramente un flotador —una bolsa inflada de aire— hacia el que nadó el profeta en peligro, siendo así salvado de una acuática perdición. El pobre Sag-harbor, por tanto, parece refutado por todas partes. Aunque aún tenía otra razón para su carencia de fe. Era ésta, si recuerdo bien: Jonás fue tragado por la ballena en el mar Mediterráneo, y tres días después fue regurgitado en algún lugar a tres días de camino de Nínive, una ciudad en el Tigris, a mucho más de tres días de camino del punto más cercano de la costa mediterránea. ¿Cómo es esto?

Pero ¿no había entonces otra forma de que la ballena desembarcara al profeta a esa corta distancia de Nínive? Sí. Podría haberle llevado rodeando el cabo de Buena Esperanza. Mas sin hablar de la travesía a lo largo de la entera longitud del Mediterráneo, y de la otra travesía arriba del golfo Pérsico y el mar Rojo, semejante suposición implicaría la completa circunnavegación de todo África en tres días, sin mencionar que las aguas del Tigris, cerca del emplazamiento de Nínive, son demasiado

poco profundas para que una ballena nade en ellas. Además, la idea de que Jonás superara el cabo de Buena Esperanza en una época tan antigua disputaría el honor del descubrimiento de ese gran promontorio a Bartolomeo Díaz, su descubridor reconocido, y de esa forma falsearía la historia moderna.

Aunque todos estos ridículos argumentos del viejo Sag-harbor sólo evidenciaban su absurda arrogancia de razón… algo aún más reprochable en él, dado que apenas tenía educación alguna, salvo la que había recibido del sol y del mar. Digo que sólo muestra su ridícula e impía arrogancia, y abominable y diabólica rebelión contra el reverendo clero. Pues esta misma idea de que Jonás fuera a Nínive vía el cabo de Buena Esperanza fue avanzada por un sacerdote católico portugués como una señalada magnificación del entero milagro. Y así fue. Además, hasta este día, los muy ilustrados turcos devotamente creen en el relato histórico de Jonás. Y hace unos tres siglos, en los antiguos *Viajes de Harris*, un viajero inglés habla de una mezquita turca construida en honor de Jonás, en la cual había una lámpara milagrosa que ardía sin aceite alguno.

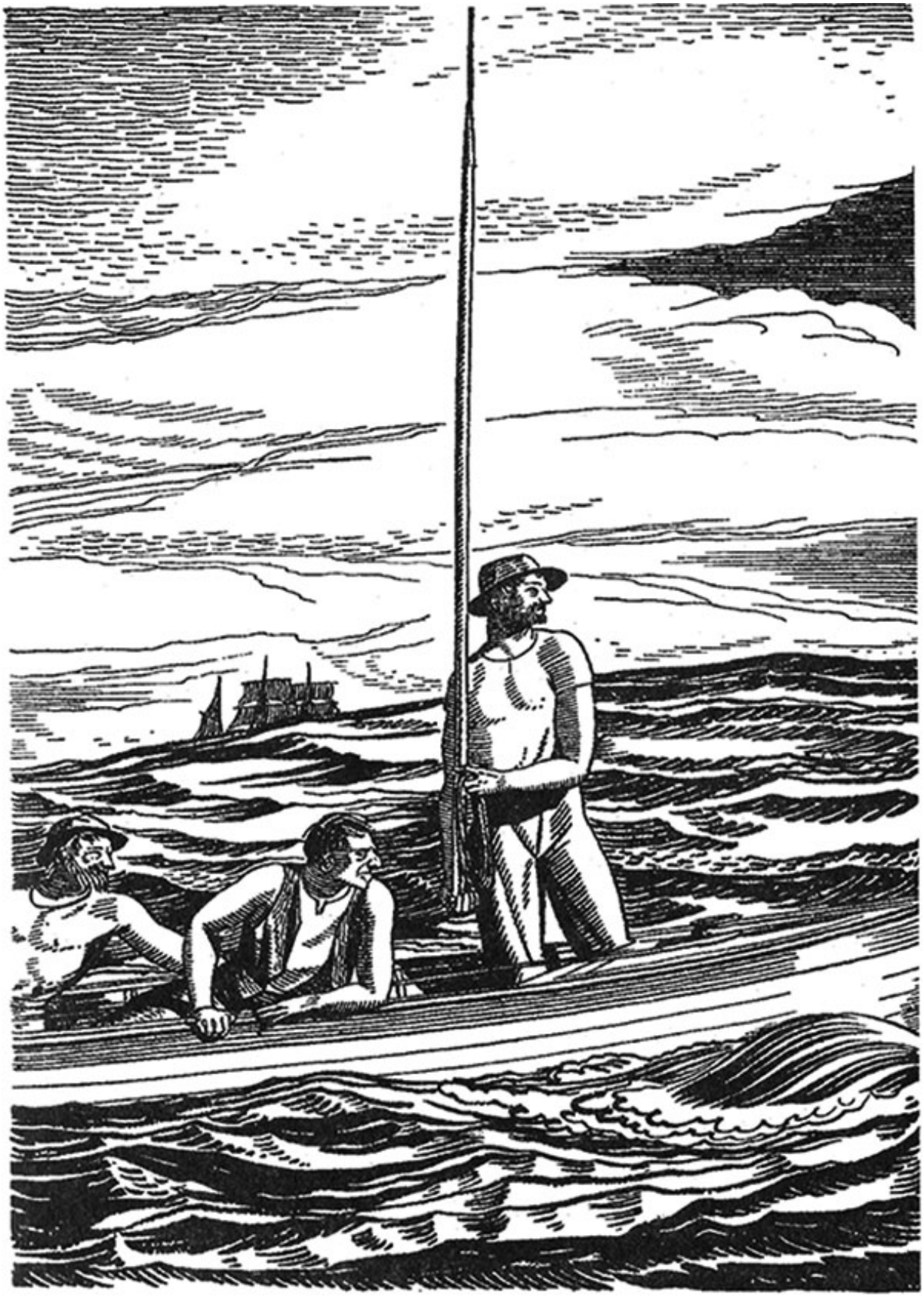
CAPÍTULO LXXXIV VOLTEADO

Para que funcionen suave y rápidamente, los ejes de los carruajes se aceitan; y para un muy similar propósito, algunos balleneros realizan una operación análoga en su lancha: engrasan el fondo. Y no es de dudar que lo mismo que tal procedimiento no puede ser dañino, probablemente puede que no sea despreciablemente ventajoso; considerando que el aceite y el agua son hostiles, que el aceite es resbaladizo y que el objetivo previsto es hacer que la lancha se deslice resueltamente. Queequeg era gran partidario de aceitar su lancha, y una mañana, no mucho después de que desapareciera el barco germano *Jungfrau*, se tomó más molestias de las acostumbradas en esa tarea; reptando bajo su fondo, que pendía sobre el costado, y aplicando el unto frotándolo como si diligentemente buscara preservar un mechón de pelo de la calva quilla de la nave. Parecía que trabajaba obedeciendo algún particular presentimiento. Y no quedó sin confirmar por los hechos.

Alrededor del mediodía se avistaron ballenas; pero tan pronto como el barco navegó hacia ellas, giraron y huyeron con pronta precipitación; una huida desordenada, como las naves de Cleopatra desde Accio.

De cualquier manera, las lanchas salieron en persecución, y la de Stubb era la que iba en cabeza. Gracias a un gran esfuerzo, Tashtego finalmente

logró hincar un hierro; pero la ballena alcanzada, sin sumergirse en absoluto, continuó su huida horizontal con añadida celeridad. Semejantes constantes tirones sobre el hierro hincado, inevitablemente habrían de extraerlo más pronto o más tarde. Se hizo imperativo lancear a la ballena en fuga, o resignarse a perderla. Mas nadaba con tanta furia y velocidad que halar la lancha hasta su flanco era imposible. ¿Qué quedaba, entonces, por hacer?



De todos los portentosos recursos y destrezas, los juegos de prestidigitación e incontables pericias a los que el veterano pescador de ballenas tan a menudo está obligado, ninguno excede a esa soberbia maniobra con la lanza conocida como el volteado. Ni la espada pequeña, ni la espada ancha, en ninguno de sus ejercicios, hacen alarde de algo similar. Sólo resulta indispensable para una ballena que huye empecinadamente; su señalada característica es la portentosa distancia a la que la larga lanza se arroja con exactitud, desde una lancha que sometida a un impulso extremo se mece y sacude violentamente. Acero y madera incluidos, la pica entera es de una longitud de diez o doce pies; la pértiga es más ligera que la del arpón, y también de material menos pesado, el pino. Está provista de un pequeño cabo llamado espía, de considerable longitud, mediante el cual puede ser halada de nuevo hasta la mano después de lanzarla.

Pero antes de continuar más allá es importante mencionar aquí que aunque el arpón puede ser volteado de la misma manera que la lanza, esto, sin embargo, apenas se hace; y cuando se hace, aún con menor frecuencia, se hace con éxito a causa del mayor peso e inferior longitud del arpón en comparación con la lanza, lo que, en efecto, supone serias desventajas. Como medida general, por lo tanto, primero debes aferrarte a una ballena, antes de que ningún volteado entre en juego.

Observad ahora a Stubb; un hombre que, por su humorística y deliberada frialdad y ecuanimidad en las más desesperadas emergencias, estaba especialmente cualificado para descollar en el volteado. Observadle; se mantiene erguido en la agitada proa del bote que va volando; envuelta en algodonosa espuma, la ballena que lo remolca está cuarenta pies por delante. Manejando con ligereza la larga lanza, y mirando dos o tres veces a lo largo de ella para comprobar que está perfectamente recta, Stubb recoge flemáticamente la vuelta del espía en una mano, para sujetar el extremo libre dejando el resto suelto. Sujetando entonces la lanza justo ante el centro de su cintura, apunta con ella a la ballena; y manteniéndola en su punto de mira, baja constantemente el extremo que está en su mano, con lo que eleva la punta hasta que el arma se sujeta en equilibrio en la palma de la mano, quince pies en el aire.

Recuerda, quizá, a un malabarista que mantiene en equilibrio una larga pértiga sobre su barbilla. Al instante siguiente, con un rápido indescriptible impulso, el brillante acero recorre la espumosa distancia en un soberbio arco elevado, y queda vibrando en el punto de vida de la ballena. En lugar de destelleante agua, ésta ahora chorrea roja sangre.

—¡Eso le abrió la espita! –grita Stubb–. ¡Es el inmortal cuatro de julio; todas las fuentes deben manar vino hoy! ¡Ojalá que fuera whisky de Orleans, o del Ohio, o del inefable viejo Monongahela![104]. ¡Entonces, Tashtego, amigo, te haría que pusieras un pocillo en el surtidor, y lo pasaríamos entre nosotros! ¡Sí, ciertamente, arriba el ánimo, haremos un exquisito ponche allí en el hueco de su orificio surtidor, y en esa ponchera viva nos deleitaremos con la viva substancia!

Una y otra vez, al son de tal vivaracha perorata, se repite el diestro lanzamiento, la pica volviendo a su dueño como un galgo sujeto a una diestra traílla. La ballena agonizante se estremece; la estacha se afloja, y el volteador, volviéndose a popa, se cruza de manos, y calladamente observa cómo el monstruo muere.

CAPÍTULO LXXXV — EL MANANTIAL

Que durante seis mil años —y nadie sabe anteriormente cuántos millones de eras— las grandes ballenas hayan estado soltando sus chorros a todo lo largo y ancho del mar, y rociando y aspergeando los jardines del abismo como si de pulverizadores o aspersores se tratara, y que desde hace algunos siglos miles de cazadores hayan estado cerca del manantial de la ballena, observando esas rociadas y esos chorros; que todo esto así sea y que, aun siéndolo, que hasta este bendito minuto (quince minutos y cuarto después de la una del mediodía de este dieciséis de diciembre del año 1850 de nuestra era) todavía siga siendo un problema saber si estos chorros son, efectivamente, agua, o sólo vapor… sin duda, es esto cosa notable.

Contemplemos entonces este asunto, junto con otros interesantes que le son adyacentes. Todo el mundo sabe que, en general, las estirpes dotadas

de aletas, gracias a la peculiar argucia de sus agallas, respiran el aire que siempre está combinado con el elemento en el que nadan, y que por eso un arenque o un bacalao podría vivir un siglo y no sacar ni una sola vez la cabeza a la superficie. Pero la ballena, debido a su peculiar estructura interna, que la dota de pulmones normales, como los de un ser humano, sólo puede vivir respirando el aire libre de la atmósfera. De ahí la necesidad de realizar visitas periódicas al mundo de arriba. Mas en modo alguno puede respirar a través de la boca, pues en su postura usual la boca del cachalote está hundida al menos ocho pies por debajo de la superficie, y lo que es aún más importante, su tráquea no tiene conexión con su boca. No; respira únicamente por el esfínter, y éste lo tiene en la parte superior de la cabeza.

Si afirmara que en cualquier criatura la respiración no es nada más que una función indispensable para la vitalidad, en tanto que obtiene del aire cierto elemento que al ser posteriormente puesto en contacto con la sangre imparte a ésta su principio vivificante, no creo que me equivocara; aunque es posible que emplee algunos términos científicos superfluos. Aceptadlo así, y se deduce que si un hombre pudiera airear toda su sangre con una sola inhalación, podría entonces sellar sus orificios nasales y no volver a respirar durante bastante tiempo. Es decir, que entonces viviría sin respirar. Por muy anómalo que pueda parecer, esto es precisamente lo que ocurre con la ballena, que vive sistemáticamente, a intervalos, su buena hora y más (cuando está en el fondo), sin efectuar una sola respiración ni inhalar en ningún modo partícula alguna de aire; pues, recordad, no tiene branquias. ¿Cómo es esto? Entre sus costillas y a ambos lados de su espina dorsal posee un intrincado laberinto cretense de vasos similares a fideos, los cuales, cuando abandona la superficie, están completamente expandidos con sangre oxigenada. De manera que durante una hora o más, a mil brazas dentro del mar, transporta en ella unas existencias excedentes de vitalidad, lo mismo que el camello que cruza el seco desierto transporta unas existencias excedentes de bebida para uso futuro en sus cuatro estómagos suplementarios. La prueba anatómica de este laberinto es incontestable; y que la suposición fundada en ella sea racional y cierta me parece aún más convincente cuando considero la obstinación de ese

leviatán, no explicable de ninguna otra forma, por *echar fuera sus chorros*, como lo expresan los pescadores. Es esto lo que quiero decir. Si no se le molesta, al salir a la superficie, el cachalote continuará en ella durante un periodo de tiempo exactamente igual al del resto de sus pacíficas emersiones. Digamos que está once minutos y resopla setenta veces, es decir, efectúa setenta respiraciones; entonces, siempre que vuelva a emerger, se asegurará de volver a efectuar de nuevo sus setenta respiraciones, al minuto. Pero si, tras respirar varias veces, se le alarma, y se sumerge, siempre volverá a surgir por otra parte para completar su ración de aire. Y hasta que no se cuenten esas setenta respiraciones, no volverá finalmente a sumergirse para ausentarse abajo su ciclo completo. Observad, no obstante, que en distintos individuos estos intervalos son diferentes; aun cuando en cada uno sean iguales. Ahora bien, ¿por qué la ballena insistiría en soltar sus chorros a no ser que fuera para renovar sus reservas de aire antes de descender definitivamente? Cuán evidente es también que esta necesidad de emerger de la ballena la expone a todos los fatales peligros de la caza. Pues ni con anzuelo ni con red podría este enorme leviatán ser capturado mientras navega mil brazas por debajo de la luz solar. ¡No es tanto vuestra destreza, entonces, oh cazador, sino las necesidades primordiales, las que os otorgan la victoria!

En el hombre, la respiración se produce de manera incesante… una inhalación sólo sirve para dos o tres pulsaciones; así que, por más que tenga que atender cualquier otro asunto, despierto o dormido, deberá respirar, o morirá. El cachalote, sin embargo, sólo respira la séptima parte, o los domingos de su tiempo.

Se ha dicho que la ballena sólo respira a través de su orificio-surtidor; si se pudiera añadir con veracidad que sus chorros están mezclados con agua, entonces opino que dispondríamos del motivo por el que en ella parece estar suprimido el sentido del olfato; pues lo único que de algún modo se corresponde con una nariz es precisamente ese orificio-surtidor, y estando de este modo obturado con dos elementos, no cabría esperar que tuviera la capacidad de oler. Mas debido al misterio del chorro —de si es vapor o es agua— no es posible por el momento alcanzar certidumbre alguna sobre este asunto. Es seguro, sin embargo, que el cachalote no

posee órganos olfatorios propiamente dichos. Pero ¿para qué los necesita? No hay rosas, ni violetas, ni agua de colonia en el mar.

Más aún, como su tráquea sólo desemboca en el canal surtidor, y como ese canal —como el gran canal del Erie— está dotado de una especie de compuertas (que se abren y se cierran) para la retención del aire abajo y la exclusión del agua arriba, la ballena no tiene por tanto voz, a no ser que la ofendas diciendo que cuando rumba de tan extraña manera, habla por su nariz. Mas, de nuevo, ¿qué es lo que tiene que decir la ballena? Raramente he conocido algún ser profundo que tuviera algo que decirle a este mundo, a no ser que se viera forzado a balbucir alguna cosa como medio de ganarse la vida. ¡Ah!, ¡suerte que el mundo es tan excelente oyente!

Ahora bien, el canal surtidor del cachalote, tal como está principalmente destinado para la aportación de aire, y dispuesto horizontalmente a lo largo de una longitud de varios pies, justo bajo la superficie superior de su cabeza, un poco a un lado; este curioso canal se parece mucho a una tubería de gas enterrada en el lateral de una calle en una ciudad. Y vuelve a plantearse la cuestión de si esta tubería de gas es también una tubería de agua; en otros términos, si el chorro del cachalote es simplemente el vapor del aliento exhalado, o si ese aliento exhalado está mezclado con agua ingerida por la boca y expelida a través del esfínter. Es cierto que la boca comunica indirectamente con el canal surtidor, pero no se puede demostrar que lo hace con el propósito de soltar agua a través del esfínter. Pues la mayor necesidad de hacerlo así se diría que fuera cuando, al alimentarse, absorbe agua accidentalmente. Pero el alimento del cachalote se encuentra muy por debajo de la superficie, y allí no puede chorrear incluso aunque quiera. Además, si lo observáis con mucha atención, y lo cronometráis con vuestro reloj, encontraréis que cuando no se le molesta existe un ritmo inflexible entre los periodos de sus flujos y los periodos ordinarios de respiración.

Mas ¿por qué fastidiarle a uno con todo este razonamiento sobre el asunto? ¡Hablad de una vez! Le habéis visto chorrear; declarad, entonces, lo que es el chorro; ¿es que no sabéis distinguir el agua del aire? Mi querido señor, en este mundo no es tan fácil resolver estas sencillas cuestiones. Yo siempre he encontrado que las sencillas cuestiones vuestras

son las más enrevesadas. Y, en lo referente al chorro de esta ballena, podrías casi ponerte de pie encima de él y aun así no estar seguro de lo que concretamente es.

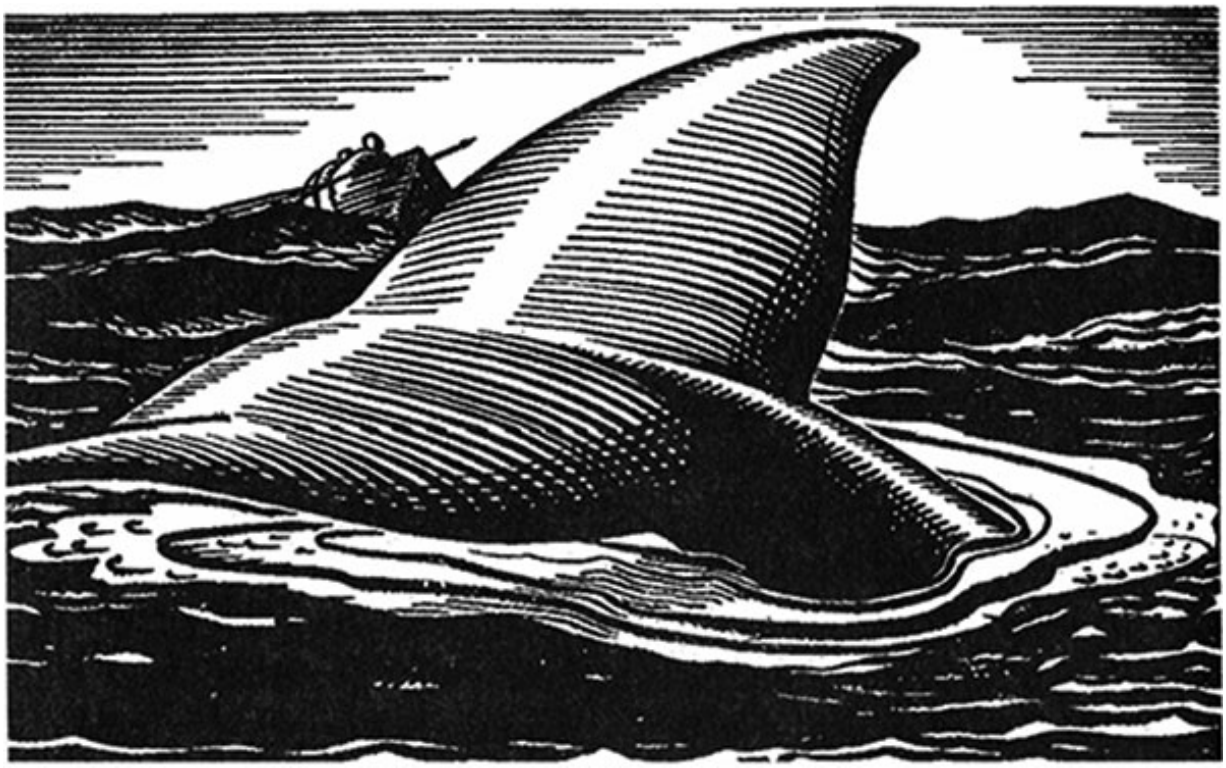
El núcleo central está oculto entre la nívea niebla chispeante que lo envuelve; y ¿cómo puedes decir si algo de agua surge de él cuando siempre que estás suficientemente próximo a una ballena, para observar de cerca su chorro, ella está en prodigiosa conmoción, una catarata de agua a todo su alrededor? Y si en esos momentos pensaras que verdaderamente has percibido gotas de humedad en el chorro, ¿cómo sabes que no son sólo gotas condensadas de su vapor?, ¿o cómo sabes que no se trata de esas mismas gotas superficialmente alojadas en la fisura del orificio-surtidor, que está rehundido en la cabeza de la ballena? Pues incluso cuando nada tranquilamente en el mar de mediodía, en una calma, con su elevada joroba seca del sol como la del dromedario en el desierto; incluso entonces, la ballena siempre transporta un pequeño cuenco de agua en su cabeza, lo mismo que bajo el ardiente sol en ocasiones verás la cavidad de una roca llena de agua de lluvia.

Y en modo alguno es prudente que el cazador muestre excesiva curiosidad en lo referente a la naturaleza concreta del chorro de la ballena. No es conveniente para él atisbar en su interior y meter la cara dentro. No puedes ir con el jarro a esa fuente, llenarlo, y volver con él. Pues incluso al entrar en leve contacto con los vaporosos jirones exteriores del flujo, lo que ocurrirá con frecuencia, tu piel se irritará por lo acre del producto que la toca. Y sé de uno que al entrar en contacto aún más próximo con el chorro, no puedo decir si con algún propósito de carácter científico o de otro tipo, se le peló la piel de la mejilla y el brazo. Debido a lo cual, entre los balleneros, el chorro se considera ponzoñoso; y tratan de evitarlo. Otra cosa; he oído decir, y no lo pongo en duda, que si el flujo es lanzado directamente a tus ojos, te cegará. Lo más sensato que el investigador puede hacer entonces, me parece a mí, es dejar tranquilo este mortífero chorro.

Pero aun cuando no podemos probar y establecer, podemos conjeturar. Mi hipótesis es la siguiente: que el chorro sólo es vapor. Y aparte de otras razones, a esta conclusión me veo impelido por consideraciones relativas a

la gran dignidad y eminencia inherentes al cachalote; considero que no es un ser vulgar y superficial, ya que es un hecho incontestable que nunca es encontrado en bajíos o cerca de las costas; todas las demás ballenas a veces lo son. El cachalote es a la vez grave y profundo. Y estoy convencido de que de las cabezas de todos los seres graves y profundos, como Platón, Pirrón, el Diablo, Júpiter, Dante, etc., siempre surge un cierto vapor medio visible mientras están en proceso de meditar ideas profundas. Yo, cuando componía un pequeño tratado sobre la eternidad, tuve la curiosidad de colocar un espejo ante mí; y no tardé en ver allí reflejada una curiosa e intrincada undulación espiral en la atmósfera sobre mi cabeza. La humedad que siempre aparece en mi cabello mientras me sumerjo en profunda meditación, tras seis tazas de té caliente en mi ático de delgadas paredes, en un mediodía de agosto: éste parece un argumento adicional para la suposición anterior.

Y qué noblemente eleva nuestro concepto del poderoso y nebuloso monstruo observarle nadando solemnemente por un mar tropical en calma; su enorme y gentil cabeza coronada por un dosel de vapor engendrado por sus incomunicables especulaciones, y ese vapor —que así en ocasiones lo ves— glorificado por un arco iris, como si el propio Cielo hubiera estampado su sello sobre sus pensamientos. Pues, ya veis, los arco iris no visitan el aire puro; sólo irradian al vapor. Y así, a través de todas las densas nieblas de las opacas dudas de mi mente, en alguna ocasión brotan intuiciones divinas, irradiando mi bruma con un rayo celestial. Y por ello doy gracias a Dios; pues todos tenemos dudas, muchos reniegan, pero, dudas o reniegos, pocos son los que además poseen intuiciones. Dudas de todo lo terrenal, e intuiciones de algo de lo celestial: esta combinación no produce ni creyente ni infiel, sino un hombre que a ambos mira con los mismos ojos.



CAPÍTULO LXXXVI LA COLA

Otros poetas han entonado las loas al tierno ojo del antílope y al adorable plumaje del pájaro que nunca se posa; menos celestial, yo celebro la cola.

Estimando que comience en el punto en el que el tronco se reduce aproximadamente al tamaño de la cintura de un hombre, la mayor cola de cachalote comprende, sólo en la parte superior de su superficie, un área de al menos cincuenta pies cuadrados. El compacto cuerpo redondo de su vástago se expande en dos anchas y planas aletas o palmas, que disminuyen gradualmente de espesor hasta menos de una pulgada de grueso. En su horcadura o confluencia, estas palmas se solapan levemente, y después se alejan entre sí como alas, dejando un amplio vacío en el medio. En ningún ser vivo están las líneas de belleza más exquisitamente definidas que en los bordes curvilíneos de estas palmas. En su mayor expansión en la ballena adulta, la cola excede considerablemente los veinte pies a lo ancho.

El miembro entero parece un denso manto entrelazado de tendones soldados; pero si cortas en él descubres que lo componen tres capas distintas… una superior, una media y una inferior. Las fibras de las capas superior e inferior son largas y horizontales; las de la media, muy cortas, y discurren perpendiculares a las capas exteriores. Esta estructura triádica, al igual que todo lo demás, imparte potencia a la cola. Para el estudiante de antiguas murallas romanas, la capa del medio constituirá un curioso paralelo con la delgada fila de ladrillos que alterna siempre con la piedra en esas maravillosas reliquias de la Antigüedad, y que, indudablemente, contribuye tanto a la gran fortaleza de la fábrica.

Pero como si esta enorme potencia local en la tendinosa cola no fuera suficiente, la mole entera del leviatán está sobretejida con una trama y urdimbre de fibras y filamentos musculares, que pasando por cada lado de los lomos y bajando hasta las palmas, se combinan imperceptiblemente con ellas, y contribuyen en gran medida a su poder; de manera que en la cola la inconmensurable fuerza confluente de la ballena entera parece concentrada en un punto. Si en la materia pudiera darse la aniquilación, esto sería lo que la produciría.

Y tampoco ésta… su fantástica fortaleza en modo alguno tiende a incapacitar la grácil flexión de sus movimientos; en los que la desenvuelta infantilidad ondea a través de un poderoso titanismo. Por el contrario, esos movimientos derivan de ella su más terrible belleza. La auténtica fortaleza nunca perjudica a la belleza o a la armonía, sino que es ella la que a menudo las confiere; y en todo lo que es imponentemente bello, la fortaleza tiene mucho que ver con la magia. Omitid los entrelazados tendones que parecen reventar por todas partes del mármol en el Hércules esculpido, y su encanto desaparecerá. Cuando el devoto Eckermann alzó la sábana de lino del cadáver desnudo de Goethe, quedó abrumado ante su enorme caja torácica, que parecía un arco de triunfo romano. Cuando Angelo[105] pinta al mismo Dios padre con forma humana, fijaos qué robustez hay allí. Y sea lo que fuere que revelen del amor divino en el Hijo las suaves y rizadas hermafrodíticas pinturas italianas, en las cuales su idea ha sido encarnada con mayor éxito, esos cuadros, tan carentes como están de toda musculosidad, no sugieren poder alguno, salvo el mero

negativo y femenino de la sumisión y la conformidad, que en todas partes se admite, constituyen las peculiares virtudes prácticas de sus enseñanzas.

Tal es la sutil elasticidad del órgano del que me ocupo, que blandido en broma, o con seriedad, o con ira, sea cual fuere el estado de ánimo de que se trate, sus flexiones invariablemente están marcadas por una extraordinaria gracilidad. En eso ningún brazo de hada puede superarlo.

Cinco grandes movimientos son peculiares en él. En primer lugar, cuando es utilizado como aleta para avanzar; en segundo, cuando es utilizado como maza en la batalla; en tercero, al barrer; cuarto, al rizar la cola; quinto, al empinar palmas.

Primero: al ser de posición horizontal, la cola del leviatán actúa de distinta manera que las colas de todas las demás criaturas marinas. Nunca se agita. En el hombre o en el pez, la agitación es signo de inferioridad. Para la ballena, la cola es el único medio de propulsión. Enroscada como un rodillo hacia delante bajo el cuerpo y lanzada entonces rápidamente hacia atrás, esto es lo que confiere al monstruo, cuando nada furiosamente, ese singular movimiento impulsivo, brincante. Sus aletas laterales sólo sirven para gobernar.

Segundo: es algo significativo que mientras que un cachalote sólo combate con otro cachalote con su cabeza y su mandíbula, sin embargo, en sus conflictos con el hombre, principal y despreciativamente, emplea la cola. Al golpear una lancha, recoge rápidamente sus palmas lejos de ella, y el golpe es infligido sólo mediante el retroceso. Si es dado en el aire sin obstrucción, especialmente si desciende hacia su diana, el embate es simplemente irresistible. Ninguna costilla de hombre o de lancha puede soportarlo. Tu única salvación pasa por eludirlo; aunque si viene de lado a través de la resistente agua, entonces, en parte debido a la liviana flotabilidad de la lancha ballenera y a la elasticidad de sus materiales, una costilla partida o una o dos planchas destrozadas, una especie de costurón en el costado, es generalmente el resultado más serio. Estos golpes laterales sumergidos se reciben con tanta frecuencia en la pesquería, que se toman como mero juego de niños. Alguien se quita su levita, y el orificio queda taponado.

Tercero: no puedo demostrarlo, pero me parece que en la ballena el sentido del tacto está concentrado en la cola; pues en este aspecto existe en ella una delicadeza sólo igualada por la ternura de la trompa del elefante. Esta finura se evidencia principalmente en la acción de barrido, en la que con gentileza de doncella la ballena mueve sus inmensas palmas de lado a lado sobre la superficie del mar con una especie de suave lentitud; y si nota algo al tacto, aunque sólo sea un pelo de las barbas de un marinero, desgraciado de ese marinero, barbas y todo. ¡Qué ternura hay en ese toque preliminar! Si su cola tuviera alguna capacidad prensil, directamente me recordaría al elefante de Darmonodes, que tanto frecuentaba el mercado de flores, y con reverencias ofrecía ramilletes a las damiselas, y entonces acariciaba sus partes[106]. En más de un sentido es una pena que la ballena no posea esta aptitud prensil en su cola; pues he oído hablar de otro elefante que, al ser herido en la batalla, arrolló su trompa y extrajo el dardo.

Cuarto: acercándote inadvertidamente a la ballena en la supuesta seguridad del centro de solitarios mares, la encuentras relajada en la enorme corpulencia de su dignidad y, como un gatito, juega en el océano como si fuera el hogar de una chimenea. Pero, aun así, en su juego ves su potencia. Las amplias palmas de su cola se agitan a lo alto en el aire; golpeando entonces la superficie, la atronadora colisión resuena a millas de distancia. Pensaríais casi que se ha disparado un gran cañón; y si observarais la ligera guirnalda de vapor del espiráculo en su otro extremo, creeríais que ése era el humo de la mecha.

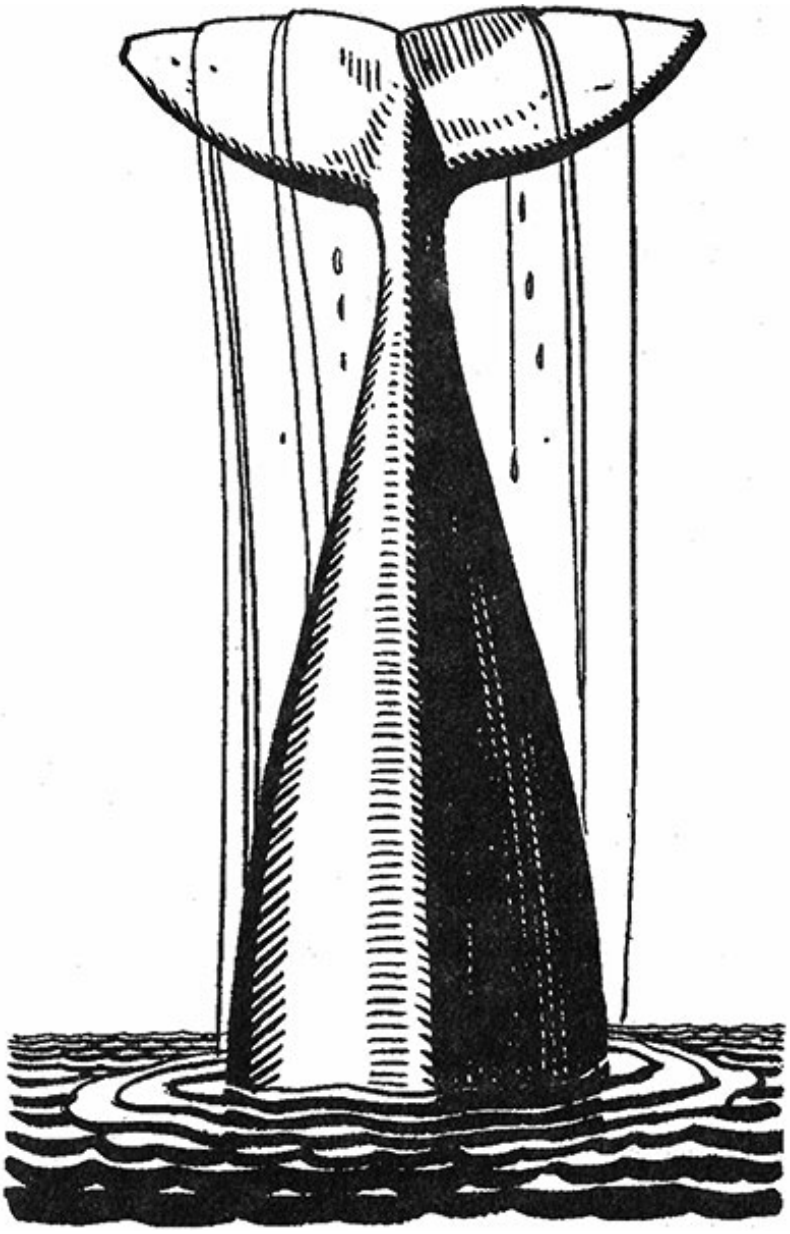
Quinto: como en la ordinaria postura de flotación del leviatán las palmas están situadas considerablemente más abajo del nivel de su lomo, éstas, entonces, están completamente ocultas bajo la superficie; mas cuando está a punto de zambullirse en las profundidades, sus palmas enteras, junto al menos treinta pies de su cuerpo, se alzan en el aire erguidas, y así permanecen vibrando un momento, hasta que repentinamente desaparecen hacia abajo. Exceptuando el sublime *romper* —que será descrito en otro lugar—, este alzamiento de las palmas de la ballena es quizá la más grandiosa visión que pueda observarse en toda la naturaleza animada. Desde las insondables profundidades, la gigantesca

cola parece tratar de asir espasmódicamente los más elevados cielos. Así, en sueños he visto yo al majestuoso Satán lanzar su colosal garra atormentada desde el ardiente Báltico del infierno. Aunque al observar tales escenas, todo depende del estado de ánimo en que te encuentres; si en estado de ánimo dantesco, los demonios se te aparecerán; si en aquel de Isaías, los arcángeles. De pie en el tope de mi barco, en un amanecer que tiñó de carmesí cielo y mar, una vez vi una gran manada de ballenas hacia el este, todas en dirección al sol, y vibrando durante un instante con las palmas alzadas concertadamente. Como pensé entonces, jamás se vio semejante grandiosa encarnación de la adoración a los dioses, ni siquiera en Persia, el hogar de los adoradores del fuego. Lo mismo que Tolomeo Filópator dio fe del elefante africano, yo entonces di fe de la ballena, y la proclamé el más devoto de todos los seres. Pues, según el rey Juba, los elefantes militares de la Antigüedad frecuentemente saludaban a la mañana con sus trompas levantadas en el más profundo de los silencios.

La ocasional comparación de la ballena y el elefante en este capítulo, al menos en lo que concierne a ciertos aspectos de la cola de la una y la trompa del otro, no debería propender a colocar esos dos órganos opuestos en un plano de igualdad, mucho menos aún a las criaturas a las que respectivamente pertenecen. Pues al igual que el más poderoso de los elefantes sólo es un terrier ante el leviatán, así, comparada con la cola de la ballena, su trompa es como el tallo de unas lilas. El más terrible golpe de la trompa del elefante sería como el juguetón toque de un abanico, si se compara con el desmedido machacar y despanzurrar de las macizas palmas del cachalote, que en repetidas ocasiones han arrojado lanchas enteras al aire, una tras otra, con todos sus remos y tripulaciones, de manera muy similar a como un malabarista lanza sus pelotas[107].

Cuanto más considero esta potente cola, más deploro mi incapacidad para expresarla. A veces hay en ella gestos que, aunque se considerarían garbosos en la mano de un hombre, resultan totalmente inexplicables. En una manada extensa, estos místicos gestos, son ocasionalmente tan notables, que he escuchado a cazadores declarar que son similares a los signos y símbolos francmasones; que mediante este método la ballena, de hecho, conversaba inteligentemente con el mundo. Y no faltan otros

movimientos de la ballena en su cuerpo entero, plenos de extrañeza e inexplicables para su más experimentado atacante. Por lo tanto, la diseccione como la diseccione, sólo voy a su interior; no la conozco, y nunca la conoceré. Mas si ni siquiera conozco la cola de esta ballena, ¿cómo comprenderé su cabeza? Más aún, ¿cómo comprenderé su rostro, cuando rostro no tiene? Veréis mis partes posteriores, mi cola, parece decir, pero mi rostro no será visto. Mas yo no puedo hacerme totalmente idea de sus partes posteriores; y por mucho que su rostro sugiera, de nuevo digo que rostro no tiene.



CAPÍTULO LXXXVII LA ARMADA INVENCIBLE

La larga y estrecha península de Malaca, que se extiende al sudeste de los territorios de Birmania, constituye el punto más meridional de todo Asia. En una línea continua desde esa península se alinean las largas islas de Sumatra, Java, Bali y Timor; que junto con muchas otras forman un enorme malecón, o parapeto, que conecta longitudinalmente Asia con Australia, y divide el prolongado e ininterrumpido océano Índico de los espesamente tachonados archipiélagos orientales. Esta muralla está perforada por varias portas para la conveniencia de barcos y ballenas; destacan entre ellas los estrechos de Sunda y de Malaca. A través del estrecho de Sunda, principalmente, los navíos rumbo a China desde Occidente, emergen al mar de ese nombre.

Este angosto estrecho de Sunda separa Sumatra de Java; y al estar en medio de ese enorme parapeto de islas, resguardado por ese audaz promontorio verde conocido por los marineros como la punta de Java, en no poco se corresponde con el vano de la puerta central de algún enorme imperio amurallado; y considerando la inexhaustible riqueza de especias, y sedas, y joyas, y oro, y marfil, de la que gozan los miles de islas de ese mar oriental, parece un significativo aporte de la naturaleza que tales tesoros, por la propia conformación de la tierra, deban al menos tener la

apariencia, por ineficaz que sea, de estar protegidos del acaparador mundo occidental. Las costas del estrecho de Sunda no están provistas de esas dominantes fortalezas que guardan las entradas del Mediterráneo, el Báltico y el mar de Mármara. A diferencia de los daneses, estos orientales no demandan el obsequioso homenaje de juanetes arriados a la inacabable procesión de barcos en viento, que desde hace siglos, de noche y de día, han pasado entre las islas de Sumatra y Java cargados con los más valiosos fletes de oriente. Pero aunque gratuitamente declinan un ceremonial como éste, en modo alguno renuncian a su derecho a un tributo más consistente.

Desde tiempo inmemorial, los paraos piratas de los malayos, ocultos en las umbrosas calas e islotes de Sumatra, se han lanzado sobre los navíos que navegan a través del estrecho, requiriendo tributo fieramente con las puntas de sus picas. Aunque debido a los repetidos sangrientos castigos que han recibido de manos de los cruceros europeos, la audacia de estos corsarios se ha visto de algún modo contenida; aun así, incluso hoy en día, ocasionalmente oímos de navíos ingleses y americanos que en esas aguas han sido abordados y saqueados despiadadamente.

Con viento franco de todas velas, el *Pequod* se acercaba ahora a ese estrecho; Ajab se proponía pasar a su través hacia el mar de Java, y a partir de ahí, navegando hacia el norte por aguas que aquí y allá se sabía frecuentadas por el cachalote, barrer hacia el litoral en las islas Filipinas, y alcanzar la lejana costa del Japón a tiempo para la gran temporada de pesca de la ballena en aquellas aguas. De esta manera, el circunnavegante *Pequod* habría recorrido casi todos los caladeros del cachalote conocidos en el mundo, antes de descender al ecuador en el Pacífico; donde Ajab, aunque frustrado en su persecución en cualquier otro lugar, contaba firmemente con presentar batalla a Moby Dick en el mar que se sabía que más frecuentaba; y en una temporada en la que muy razonablemente podría presumirse que lo estaba rondando.

¿Pero cómo es eso? ¿No toca Ajab tierra en esta persecución zonal? ¿Es que su tripulación bebe aire? Sin duda, se detendrá a por agua. En absoluto. Hace ya mucho tiempo que el sol recorredor del círculo ha avanzado dentro de su anillo ígneo, y no necesita sustento salvo el que tiene en sí mismo. De igual modo Ajab. Valga esto también para un

ballenero. Mientras otros buques están cargados con materias ajenas para ser transferidas a muelles extraños, el barco ballenero que recorre el mundo no lleva otro cargamento que él mismo y su tripulación, sus armas y sus penurias. En su amplia bodega tiene embotellado el contenido de un lago entero. Está lastrado con algo práctico, no con inservible enjunque. Lleva en sí años de agua. Vieja agua clara de Nantucket de la mejor calidad; que el nativo de Nantucket, tras tres años a flote en el Pacífico, prefiere beber antes que el salobre fluido de los arroyos peruanos o indios, aunque haya sido almacenado ayer en toneles. De ahí que mientras otros barcos pueden haber ido hasta la China desde Nueva York, y de vuelta otra vez, tocando en una veintena de puertos, el ballenero, en todo ese intervalo, es posible que no haya visto ni un solo grumo de tierra; que su tripulación no haya visto ni un solo hombre salvo a marinos flotantes como ellos mismos. De manera que si les llevarais la noticia de que había llegado un nuevo Diluvio, se limitarían a contestar… «¡Bueno, muchachos, aquí está el Arca!».

Ahora bien, como en aguas de la costa occidental de Java, en la vecindad próxima al estrecho de Sunda, se habían capturado muchos cachalotes; como, de hecho, la mayor parte del caladero, y sus alrededores, eran en general reconocidos por los pescadores como un lugar excelente para dar batidas; por todo ello, cuando el *Pequod* se acercaba cada vez más al cabo de Java, se advirtió y se recomendó repetidamente a los vigías que se mantuvieran bien despiertos. Mas aunque los verdes acantilados de la tierra pronto aparecieron plagados de palmeras en la amura de estribor, y aunque con deleitado olfato se aspiró en el aire la canela fresca, no obstante, ni un solo surtidor fue avistado. Casi renunciando a todo pensamiento de dar con alguna presa en las cercanías, a punto estaba el barco de entrar en el estrecho cuando se escuchó desde arriba el acostumbrado grito de júbilo, y no mucho después nos saludó un espectáculo de singular magnificencia.

Mas sea aquí adelantado que a causa de la incansable actividad con la que últimamente han sido cazados en todos los cuatro océanos, ahora, a los cachalotes, en lugar de navegando casi invariablemente en pequeñas compañías aisladas, como en épocas anteriores, se les encuentra

frecuentemente en extensas manadas que a veces abarcan tamaña multitud que casi parecería como si numerosas naciones suyas hubieran jurado solemne federación y alianza de asistencia y protección mutua. A esta agrupación del cachalote en tales inmensas caravanas puede imputarse la circunstancia de que incluso en los mejores caladeros puedas ahora navegar a veces durante semanas y meses enteros sin que se te presente un solo chorro; y entonces, de pronto, ser recibido por lo que a veces parecen miles y miles de ellos.

Ancha en ambas amuras, y a la distancia de unas dos o tres millas formando un gran semicírculo que abarcaba la mitad del horizonte plano, una cadena continua de surtidores de ballena centelleaba y pirueteaba en el aire del mediodía. A diferencia de los rectos surtidores gemelos perpendiculares de la ballena franca, que, dividiéndose arriba, caen en dos bifurcaciones como las escindidas ramas inclinadas de un sauce, el chorro único, ladeado hacia delante del cachalote presenta una espesa y rizada fronda de neblina blanca que continuamente se eleva y cae a sotavento.

Vista entonces desde la cubierta del *Pequod* cuando se alzaba en una alta colina del mar, esta horda de vaporosos chorros, rizándose hacia arriba individualmente en el aire, observada a través de una armonizante atmósfera de azulada niebla, parecía como las mil jubilosas chimeneas de alguna densa metrópolis avistada por un jinete desde un altozano en una balsámica mañana otoñal.

Como los ejércitos en marcha, que al acercarse a un desfiladero hostil en las montañas aceleran el paso, ansiosos por dejar ese peligroso pasaje a retaguardia, y de nuevo se despliegan en relativa seguridad sobre la planicie, así esta enorme flota de ballenas pareció apresurarse avante a través del estrecho; contrayendo gradualmente las alas de su semicírculo y nadando en un centro compacto, aunque todavía en forma de media luna.

Desplegando todo el trapo, el *Pequod* siguió tras ellas; los arponeros blandiendo sus armas y animando a voces desde las proas de sus lanchas aún a la pendura. Si el viento se mantenía, escasas eran las dudas que albergaban de que, acosada a través de este estrecho de Sunda, la enorme horda se desplegaría en los mares orientales sólo para contemplar la captura de no pocos de entre sus huestes. ¡Y quién podía decir si en esa

congregada caravana no estaría nadando temporalmente el propio Moby Dick, al igual que el adorado elefante blanco en la procesión de coronación de los siameses! Así que, con velas de ala apiladas unas sobre otras, navegábamos pastoreando ante nosotros a estos leviatanes cuando de pronto se escuchó la voz de Tashtego pidiendo a voces atención hacia algo en nuestra estela.

Correspondiéndose con la media luna en nuestra vanguardia, observamos otra en nuestra retaguardia. Parecía formada por vapores blancos separados, que en cierto modo se elevaban y descendían como los chorros de las ballenas; sólo que no venían y se ausentaban tan completamente como éstos, pues se mantenían constantemente en el aire, sin desaparecer del todo. Orientando su catalejo hacia esta imagen, Ajab se volvió rápidamente en su cavidad de pivote, gritando:

—¡Arriba, y aparejad tecles y baldes para mojar las velas…! ¡Malayos, señor… y vienen a por nosotros!

Como si hubieran acechado demasiado tras los promontorios hasta que el *Pequod* entrara plenamente en el estrecho, estos pillos asiáticos se esforzaban ahora en fogosa persecución para recuperar su excesivamente cauto retraso. Mas como el veloz *Pequod*, con un fresco viento abierto, estaba él mismo en ardiente acoso, qué gran amabilidad por parte de estos musculosos filántropos ayudarle a acelerar en su particular persecución… Meras fustas y estrellas de espuelas para él, eso eran. Mientras con el catalejo bajo el brazo Ajab paseaba la cubierta de aquí para allá, observando en su vuelta hacia proa los monstruos que acosaba, y en la de popa los sanguinarios piratas que le acosaban *a él*, un pensamiento como el antes expresado parecía suyo. Y cuando miraba los verdes muros del acuático desfiladero en el que el barco entonces navegaba, y cavilaba que a través de esa puerta estaba la ruta hacia su venganza, y observaba cómo a través de esa misma puerta estaba ahora a la vez acosando y siendo acosado hasta su funesto final; y no sólo eso, sino que un tropel de despiadados piratas salvajes, e inhumanos diablos ateos, estaba espoleándole infernalmente con sus maldiciones… cuando todas estas ideas pasaron por su cerebro, la frente de Ajab quedó descarnada y esquelética, como la playa de negras arenas después de que una

tormentosa marea la ha estado royendo, sin ser capaz de arrastrar el firme arenal fuera de su sitio.

Aunque pensamientos como éstos inquietaban a muy pocos entre la despreocupada tripulación; y cuando el *Pequod*, tras dejar constantemente a los piratas cada vez más a popa, al final pasó lanzado por la relumbrantemente verde punta Cockatoo del lado de Sumatra, surgiendo por fin a las anchas aguas de más allá; entonces los arponeros más parecieron apenarse de que las rápidas ballenas hubieran obtenido ventaja, que alegrarse de que el barco tan victoriosamente hubiera sacado ventaja a los malayos. Y continuando aún en la estela de las ballenas, al final pareció que amainaban su velocidad; el barco se les acercaba gradualmente y al estar abatiendo el viento, se pasó la orden de saltar a las lanchas. Mas en cuanto la manada, por algún supuesto maravilloso instinto del cachalote, se apercibió de las tres quillas que iban tras ella —aunque por el momento a una milla en su retaguardia—, se reanimó de nuevo, y formando en columnas y batallones, de manera que sus chorros parecían como restelleantes líneas de bayonetas caladas, avanzaron con redoblada velocidad.

Vestidos únicamente con nuestras camisas y calzones, saltamos al fresno y, tras varias horas de bogar, casi estábamos a punto de renunciar al acoso, cuando una turbulencia de dilación general entre las ballenas dio alentadora muestra de que ahora por fin estaban bajo la influencia de esa extraña perplejidad de inerte indecisión, que cuando los pescadores la perciben en la ballena, dicen que está *arredrada*. Las compactas columnas marciales en las que hasta el momento habían rápida y regularmente nadado se rompieron ahora en una inconmensurable turba; y como los elefantes del rey Porus en la batalla india con Alejandro, parecían enloquecer de desasosiego. Extendiéndose en todas direcciones en enormes círculos irregulares, y nadando sin rumbo de aquí para allá, en su corto y espeso chorrear claramente revelaban su desorientación de pánico. Lo cual se ponía aún más extrañamente de manifiesto por aquellas de entre sus filas que, en apariencia completamente paralizadas, flotaban indefensas, como barcos inundados desmantelados en el mar. Hubieran sido estos leviatanes sólo un rebaño de simples ovejas perseguido sobre la

planicie por tres fieros lobos no podrían haber puesto de manifiesto tan desmesurada desesperación. Mas esta ocasional timidez es característica de casi todas las criaturas gregarias. Aunque se agrupan en decenas de miles, los búfalos de leonina melena del oeste han huido ante un solitario jinete. Observad, también, a todos los seres humanos, cómo, cuando son agrupados en el redil del patio de butacas de un teatro, a la menor alarma de fuego corren a la desbandada hacia las salidas, empujándose, pisoteándose, apelotonándose, y golpeándose entre sí implacablemente hasta la muerte. Mejor será, por tanto, contener todo asombro sobre las extrañamente arredradas ballenas ante nosotros, pues no existe desvarío de las bestias de la tierra que no sea infinitamente superado por la locura del hombre.

Aunque muchas de las ballenas, como se ha dicho, estaban en vehemente movimiento, debe observarse, sin embargo, que la manada, como tal conjunto, ni avanzaba ni retrocedía, sino que colectivamente permanecía en un solo lugar. Como es costumbre en esos casos, las lanchas se separaron de inmediato, yendo cada una a por una ballena solitaria en la periferia del banco. Aproximadamente unos tres minutos después, el arpón de Queequeg fue lanzado; el pez alcanzado arrojó una cegadora rociada a nuestros rostros, y huyendo entonces tirando de nosotros como la luz, se dirigió directamente al corazón de la manada. Aunque semejante movimiento por parte de la ballena alcanzada no es en modo alguno excepcional bajo tales circunstancias y, de hecho, siempre es más o menos anticipado, no obstante, resulta ser una de las más peligrosas vicisitudes de la pesquería. Pues cuando el rápido monstruo te arrastra cada vez más dentro del frenético banco, dices adiós a la circunspecta vida y sólo existes en una delirante palpitación.

Mientras la ballena, ciega y sorda, se internaba, como para librarse por la pura potencia de la velocidad de la sanguijuela de hierro que se había adherido a ella; mientras nosotros así rasgábamos un blanco jirón en el mar, amenazados desde todas partes al avanzar por las trastornadas criaturas que pasaban de un lado a otro junto a nosotros, nuestra asediada lancha era como un barco acosado por islotes de hielo en una tempestad, y

esforzándose por abrirse paso a través de sus complicados canales y estrechos, sin saber en qué momento pueda quedar apresado y machacado.

Mas, no intimidado ni un ápice, Queequeg nos guio valientemente; desviándose ahora de este monstruo atravesado directamente delante de nuestra ruta; pasando rozando ahora a ese cuyas colosales palmas estaban suspendidas por encima de nosotros, mientras Starbuck permanecía siempre en pie en la proa, lanza en mano, ahuyentando de nuestro camino las ballenas que con lanzamientos cortos podía alcanzar, pues no había tiempo para hacerlos largos. Tampoco los remeros estaban muy ociosos, aunque su habitual tarea había quedado totalmente de lado. En especial se ocupaban de la parte vociferante del asunto.

—¡Fuera del camino, comodoro! —gritó uno a un gran dromedario que repentinamente emergió a la superficie de cuerpo entero, y durante un instante amenazó con anegarnos.

—¡Abajo ahí con tu cola! —gritó un segundo a otro, que cerca de nuestra borda parecía refrescarse tranquilamente con su propia extremidad en forma de abanico.

Toda lancha ballenera lleva unos curiosos artilugios llamados trabas, inventados originalmente por los indios de Nantucket. Dos cuadrados gruesos de madera de igual tamaño se roblonan firmemente entre sí, de manera que crucen sus fibras en ángulo recto; en medio de este bloque se sujeta una estacha de considerable longitud, que teniendo un bucle en el otro extremo, puede sujetarse en un instante a un arpón. Estas trabas se emplean principalmente con las ballenas arredradas. Pues en semejante ocasión hay a tu alrededor más ballenas cerca de las que puedes cazar de una sola vez. Y como los cachalotes no se encuentran todos los días, mientras tengas la ocasión debes matar, por tanto, todos los que puedas. Y si no puedes matarlos a todos de una vez, debes lisiarlos, de tal manera que después puedas matarlos a tu conveniencia. De ahí que en momentos como éstos se requieran las trabas. Nuestra lancha estaba dotada con tres de ellas. La primera y la segunda se lanzaron con éxito, y vimos a las ballenas alejarse vacilantes, impedidas por la enorme resistencia lateral de las trabas remolcadas. Iban entorpecidas como malhechores con grilletes. Mas al arrojar la tercera, en la acción de tirar por la borda el aparatoso

bloque de madera se quedó sujeto bajo uno de los asientos de la lancha, y en un instante lo arrancó y se lo llevó, haciendo caer al remero en el fondo de la lancha cuando el asiento se deslizó bajo él. A ambos lados entró el mar por las planchas heridas, pero embutimos dos o tres calzones y camisas, y de esa forma detuvimos las vías de agua por el momento.

Hubiera sido casi imposible lanzar estos arpones trabados de no ser porque, al avanzar dentro de la manada, la marcha de nuestra ballena disminuyó en gran medida; y más aún, porque cuanto más avanzábamos desde la circunferencia de la turbulencia, los terribles desórdenes parecían desvanecerse. De forma que cuando finalmente el arpón que halaba se soltó, y la remolcadora ballena desapareció a un lado, entonces, con la menguante fuerza de su impulso de partida, nos deslizamos entre dos ballenas hasta el corazón más interior de la manada, lo mismo que si desde un torrente montañoso nos hubiéramos deslizado a un sereno lago en un valle. Aquí se escuchaban las tormentas de los rugientes desfiladeros entre las ballenas más exteriores: se escuchaban, pero no se sentían. En este desahogo central, el mar presentaba esa suave superficie, como de satén, llamada lustral, producida por la sutil humedad que emana de la ballena en sus estados de ánimo de mayor quietud. Sí, estábamos ahora en esa calma encantada que dicen se oculta en el corazón de toda turbulencia. Y todavía, en la desbaratada distancia, observábamos los tumultos de los círculos concéntricos exteriores, y veíamos sucesivos hatos de ballenas, ocho o diez en cada uno, rápidamente girando y girando, como yuntas de caballos en un ruedo; y tan cercanas hombro con hombro, que un titánico caballista de circo podría fácilmente haber sobrevolado las de en medio, y de esa manera haber dado una vuelta sobre sus lomos. A causa de la densidad de la multitud de reposantes ballenas que de manera más inmediata rodeaban el arropado eje de la manada, no se nos presentaba por el momento ninguna opción posible de escape. Debíamos buscar una brecha en el muro vivo que nos confinaba; el muro que nos había admitido sólo para encerrarnos. Manteniéndonos en el centro del lago, fuimos ocasionalmente visitados por mansas hembras y crías; las mujeres y niños de esta horda asediada.

Ahora bien, incluyendo los ocasionales amplios espacios entre los círculos giratorios exteriores, e incluyendo los espacios entre los distintos hatos en cada uno de esos círculos, el área completa de esta congregación, abarcada por la entera multitud, debía sumar al menos dos o tres millas cuadradas. En cualquier caso —aunque de hecho, semejante prueba en tal momento podría resultar engañosa—, desde la escasa altura de nuestra lancha podían discernirse chorros que parecían saltar en el borde del horizonte. Menciono esta circunstancia porque, al igual que si las hembras y las crías hubieran sido deliberadamente encerradas en este pliegue más interior; y al igual que si la amplia extensión de la manada hubiera hasta el momento evitado que conociesen la precisa causa de su detención; o, posiblemente, por ser tan jóvenes, bisoñas, y en todo modo inocentes e inexpertas; como quiera que pudiera haber sido, estas ballenas más pequeñas —que de vez en cuando visitaban calmadamente nuestra lancha desde las márgenes del lago— manifestaban una portentosa temeridad y confianza, o tal vez un pánico quieto, hechizado, del que era imposible no maravillarse. Como perros domésticos venían a olisquear a nuestro alrededor, hasta nuestras mismas bordas, tocándolas incluso; al punto que casi parecía que algún embrujo las había repentinamente domesticado. Queequeg las daba palmaditas en sus frentes; Starbuck les rascaba el lomo con su lanza; aunque, temeroso de las consecuencias, se contenía por el momento de lanzarla.

Mas muy por debajo de este maravilloso mundo sobre la superficie, otro mundo aún más extraño se abría a nuestros ojos cuando observábamos por encima de la borda. Pues, suspendidas en esas bóvedas acuáticas, flotaban las siluetas de las amas de cría de las ballenas, y las de aquellas que por su enorme cintura parecían prontas a ser madres. El lago, como he apuntado, era extremadamente transparente hasta una profundidad considerable; y lo mismo que los bebés humanos, mientras maman, miran calmada y fijamente en dirección distinta de la del pecho, como si llevaran en ese momento dos vidas diferentes; e incluso mientras reciben nutrición material, espiritualmente estén todavía dándose un festín a base de algún recuerdo ultraterrenal… de igual modo los pequeños de estas ballenas parecían mirar arriba, hacia nosotros, aunque no a nosotros, como si no

fuéramos nada más que un poco de sargazo en su visión de recién nacidos. Flotando sobre sus costados, las madres también parecían observarnos plácidamente. Uno de estos pequeños infantes, que por ciertos peculiares rasgos apenas parecía tener un día de edad, podría haber medido unos catorce pies de longitud, y unos seis pies de circunferencia. Era un poco juguetón; aunque por ahora su cuerpo apenas parecía haberse aún recobrado de esa molesta postura que tan recientemente había mantenido en la barjuleta materna; en donde, cola contra cabeza, y dispuesta para el salto final, la ballena nonata descansa doblada como el arco de un tártaro. Las delicadas aletas laterales, y las palmas de su cola, todavía retenían fresca la plisada y arrugada apariencia de las orejas de un bebé recién llegado de foráneas regiones.

—¡Estacha!, ¡estacha! —gritó Queequeg, mirando sobre la borda—, ¡él preso!, ¡él preso!… ¿Quién estacha él? ¿Quién alcanzado?… ¡Dos ballenas; una grande, una pequeña!

—¿Qué os pasa, marinero? —gritó Starbuck.

—Mirar-i aquí —dijo Queequeg señalando hacia abajo.

Como cuando la ballena alcanzada, que ha desenrollado cientos de brazas de cabo de la cubeta; como cuando tras sumergirse en las profundidades, vuelve a emerger, y muestra la estacha suelta que se riza y surge flotando, enroscándose hacia la superficie; así ahora Starbuck vio grandes bucles del cordón umbilical de *madame* Leviatán, por el que el joven cachorro parecía estar todavía ligado a su progenitora. No en pocas ocasiones, en las veloces vicisitudes del acoso, esta estacha natural, con el extremo maternal suelto, se enreda con la de cáñamo, de manera que el cachorro queda atrapado por esta causa. Parecía que algunos de los más sutiles secretos de los mares nos habían sido revelados en esta charca encantada. Vimos jóvenes amores leviatánicos en la profundidad[108].

Y así, aunque rodeadas por un círculo de aflicciones y terrores, estas inescrutables criaturas que estaban en el centro libre y temerariamente se entregaban a todo tipo de pacíficas ocupaciones; sí, serenamente se recreaban en devaneos y deleites. Y exactamente así, en mitad del oceánico tornado de mi ser, también yo mismo me recreo centralmente por siempre en muda calma; y mientras onerosos planetas de inextinguible

adversidad giran a mi alrededor, en lo muy profundo y lo muy interior, allí todavía me baño en eterna afabilidad de júbilo.

Entretanto, mientras así permanecíamos embelesados, los ocasionales súbitos frenéticos espectáculos en la distancia daban prueba de la actividad de las otras lanchas, todavía ocupadas en trabar las ballenas en la frontera de la turba; o quizá llevando la guerra al interior del primer círculo, donde gozaban de abundante espacio y algunas cómodas opciones de retirada. Mas la visión de las rabiosas ballenas trabadas que de vez en cuando salían lanzadas de un lado a otro a través de los círculos no resultó ser nada ante lo que finalmente se presentó a nuestros ojos. En ocasiones, al estar aferrado a una ballena más poderosa y alerta de lo común, es costumbre buscar paralizarla por medio del seccionamiento o inutilización de su gigantesco tendón de cola. Se practica arrojando una zapa de descarnar de mango corto, a la que se sujeta un cabo para halarla otra vez de vuelta. Una ballena herida en esta parte (como después supimos), aunque según parecía, no eficazmente, se había soltado de la lancha, llevándose con ella la mitad de la estacha del arpón; y en la extraordinaria agonía de la herida estaba ahora revolviéndose entre los rotantes círculos, llevando como Arnold, el solitario jinete desesperado, en la batalla de Saratoga, la desolación dondequiera que iba.

Pero mortal como la herida de esta ballena era, y un espectáculo suficientemente horrendo en cualquier caso, no obstante, el peculiar horror que parecía infundir al resto de la manada era debido a un motivo que inicialmente la distancia interpuesta nos oscureció a nosotros. Aunque finalmente percibimos que a causa de uno de los inimaginables accidentes de la pesquería esta ballena se había enredado en la estacha que remolcaba; se había llevado consigo también la zapa de descarnar; y mientras el extremo libre del cabo unido a ese arma se había quedado permanentemente atrapado en las vueltas de la estacha del arpón alrededor de su cola, la propia zapa de descarnar se había soltado de su carne. De tal manera que, atormentada hasta la demencia, ahora se revolvía por el agua,

sacudiendo violentamente su flexible cola, y arrojando la afilada zapa a su alrededor, hiriendo y matando a sus propias camaradas.

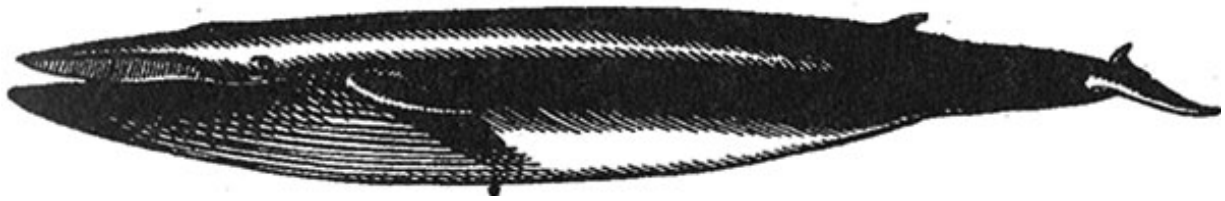
El terrorífico objeto pareció sacar a la entera manada de su estacionario estremecimiento. Primero, las ballenas que formaban la margen de nuestro lago empezaron a juntarse un poco y a revolverse unas contra las otras, como si fueran alzadas por olas lejanas medio exhaustas; entonces el propio lago comenzó a elevarse y abultarse; las cámaras nupciales y guarderías submarinas desaparecieron; en órbitas que cada vez se contraían más, las ballenas de los círculos más cercanos al centro comenzaron a nadar en grupos que se espesaban. Sí, la prolongada calma estaba alejándose. Pronto se escuchó un grave zumbar de marcha; y entonces, como las tumultuosas masas de bloques de hielo cuando el gran río Hudson se derrite en primavera, la horda entera de ballenas vino volteando hacia su centro más interior, como si fueran a apilarse en una montaña común. Instantáneamente Starbuck y Queequeg cambiaron de lugar, ocupando Starbuck la popa.

—¡Remos! ¡Remos! —susurró con intensidad, tomando el timón—. ¡Aferraos a vuestro remo y agarraos el alma firmemente ahora! ¡Dios mío, marineros, preparados! ¡Apártala, tú Queequeg… esa ballena de allí!… ¡Pínchala!… ¡Dale! En pie… ¡En pie, y quedad así! Empujad, marineros… bogad; no os preocupéis de sus lomos… ¡Raspadlos!… ¡Raspad!

La lancha estaba ahora casi atorada entre dos enormes cuerpos negros, que dejaban un estrecho Dardanelos entre su prolongado largor. Pero gracias a un desesperado esfuerzo, finalmente salimos a un momentáneo claro; avanzando entonces rápidamente, y al mismo tiempo buscando ansiosamente otra salida. Tras muchas similares escapadas por el grosor de un cabello, finalmente nos deslizamos velozmente en lo que un momento antes había sido uno de los círculos exteriores, que ahora era cruzado por esporádicas ballenas, todas avanzando violentamente hacia el centro. Esta afortunada salvación fue lograda sin mucho gasto, a cambio de la pérdida del sombrero de Queequeg, al cual, mientras permanecía en la proa para punzar a las ballenas fugitivas, la corriente de aire provocada por el repentino alzado de un par de grandes palmas le quitó limpiamente el sombrero de la cabeza.

Desordenada y embrollada como era ahora la universal conmoción, pronto se resolvió en lo que daba la impresión de ser un movimiento sistemático; pues habiéndose finalmente aglutinado en un denso cuerpo, renovaron entonces su huida hacia delante con incrementada celeridad. Una ulterior persecución era inútil; pero las lanchas aún continuaron en su estela para recoger las ballenas trabadas que pudieran quedar rezagadas, y también para asegurar una que Flask había matado y marcado con un descarrío. El descarrío es una bandera triangular colocada en una pértiga, de las que se llevan dos o tres en cada lancha; y las cuales, cuando hay presas adicionales cerca, se insertan erguidas en el cuerpo flotante de una ballena muerta, tanto para marcar su posición en el mar, como también a modo de señal de posesión preferente, por si se acercaran las lanchas de cualquier otro barco.

El resultado de esta arriada fue en cierta manera ilustrativo de ese sagaz dicho de la pesquería… Cuantas más ballenas, menos peces. De todas las ballenas trabadas sólo una fue capturada. El resto se las arregló para escapar por el momento, aunque únicamente para ser capturadas por otra nave distinta del *Pequod*, como posteriormente se verá.



CAPÍTULO LXXXVIII ESCUELAS Y MAESTROS

El CAPÍTULO anterior dio cuenta de una inmensa congregación o manada de cachalotes, y allí también se dieron las probables causas que inducen a estos enormes agrupamientos.

Ahora bien, aunque a veces se encuentran tales grandes grupos, sin embargo, tal como ha de haberse visto, en la actualidad se observan de igual modo ocasionalmente pequeñas partidas separadas que abarcan entre veinte y cincuenta individuos cada una. Estas partidas son conocidas como escuelas. Generalmente son de dos clases: las compuestas casi enteramente por hembras, y las que reúnen nada más que jóvenes machos vigorosos, o garañones, como familiarmente se los designa.

En caballerosa asistencia a la escuela de hembras, invariablemente se ve a un macho de magnitud adulta, aunque no viejo; el cual, ante cualquier alarma, demuestra su galantería dejándose caer a retaguardia y cubriendo la huida de sus damas. Este caballero en realidad es un opulento otomano que va nadando por el acuático mundo acompañado en rededor por todas las distracciones y ternuras del harén. El contraste entre este otomano y sus concubinas es chocante; pues mientras que él siempre es de las mayores proporciones leviatánicas, las damas, incluso al llegar a su desarrollo pleno, no son de más de un tercio de la masa de un macho de tamaño medio. De hecho, son comparativamente delicadas; yo diría que no

exceden la media docena de yardas alrededor de la cintura. De cualquier manera, no puede negarse que por naturaleza están en *bon point*.

Resulta muy curioso observar a este harén y a su señor en sus indolentes paseos. Como los famosos, siempre están viajando en ociosa búsqueda de variedad. Los encuentras en el ecuador a tiempo para el punto álgido de la temporada alimenticia ecuatorial, recién regresados, quizá, de pasar el verano en los mares del norte, y burlando así al verano todo su desagradable tedio y calor. Una vez que se han paseado un tiempo arriba y abajo por el bulevar del ecuador, parten hacia aguas orientales en búsqueda de la época fresca de aquellas aguas, y así evitan las otras temperaturas extremas del año.

Cuando avanzan serenamente en uno de estos viajes, si se ve algo extraño y sospechoso, mi señor ballena vigila con ojo avizor a su atractiva familia. Si algún inautorizado temerario joven leviatán que vaya por ese camino intenta aproximarse a alguna de las damas en plan confidencial, ¡con qué prodigiosa furia el bajá le ataca y le hace huir! Qué tiempos serían si se permitiera que jóvenes disolutos carentes de principios invadieran la santidad de la dicha doméstica; aunque, por mucho que haga el bajá, no puede mantener ni al más notorio de los donjuanes fuera de su cama; pues, ¡ay!, todos los peces se acuestan juntos. Lo mismo que en tierra las damas suelen provocar los más terribles duelos entre sus admiradores rivales, igual ocurre con las ballenas, que a veces llegan a una lucha a muerte, y todo por amor. Se baten a esgrima con sus largas mandíbulas inferiores, a veces trabándolas, y así luchando por la supremacía como alces que combatiendo entrelazan sus cornamentas. No pocos son capturados que tengan las profundas cicatrices de estos encuentros… Cabezas hendidas, dientes rotos, aletas desmochadas; y en algunos casos bocas descoyuntadas y dislocadas.

Mas suponiendo que el invasor de la dicha doméstica se haga a un lado en el primer embate del señor del harén, entonces resulta muy entretenido observar a este señor. Gentilmente introduce su enorme cuerpo entre ellas de nuevo, y allí, aun en la amenazante vecindad del joven donjuán, se refocila un rato, como el piadoso Salomón orando devotamente entre sus mil concubinas. Siempre que haya otras ballenas a la vista, raramente

darán caza los pescadores a uno de estos grandes turcos; pues estos grandes turcos son derrochadores de su fuerza, y por tanto su untuosidad es pequeña. Por lo que respecta a los hijos e hijas que engendran, bueno, esos hijos e hijas deben cuidarse por sí mismos; o, al menos, sólo con la ayuda materna. Pues como ciertos otros omnívoros amantes nómadas que podrían nombrarse, a mi señor ballena no le agrada la crianza, por mucho que le agrade el tocador de las damas; y así, al ser un gran viajero, deja a sus anónimos niños por todo el mundo; cada niño un extraño. Con el tiempo, sin embargo, al declinar el ardor de la juventud; al aumentar los años y las penas; al impartir la reflexión sus solemnes pausas; en breve, cuando una general lasitud alcanza al saciado turco, entonces un amor a la tranquilidad y a la virtud suplanta al amor por las doncellas; nuestro otomano entra en la etapa impotente, penitente y admonitoria de la vida, renuncia, desbanda el harén y, convertido en un alma ejemplar y malhumorada, pasea solo entre meridianos y paralelos, diciendo sus oraciones y advirtiendo a todos los jóvenes leviatanes sobre sus amorosos errores.

Ahora bien, lo mismo que el harén de ballenas es llamado por los pescadores la escuela, así el señor y amo de esa escuela es técnicamente conocido como el maestro. No es, por tanto, estrictamente apropiado, por muy admirablemente satírico que sea, que tras ir él mismo a la escuela, vaya entonces por todas partes inculcando no lo que aprendió allí, sino la estupidez que hay en ello. Su título, maestro, podría muy naturalmente parecer derivado del nombre otorgado al propio harén, pero algunos han supuesto que el hombre que primero nombró así a esta especie de ballena otomana, debió de haber leído las memorias de Vidocq, y haber conocido la clase de maestro rural que aquel famoso francés había sido en su juventud, y la naturaleza de aquellas ocultas lecciones que inculcaba a algunas de sus alumnas.

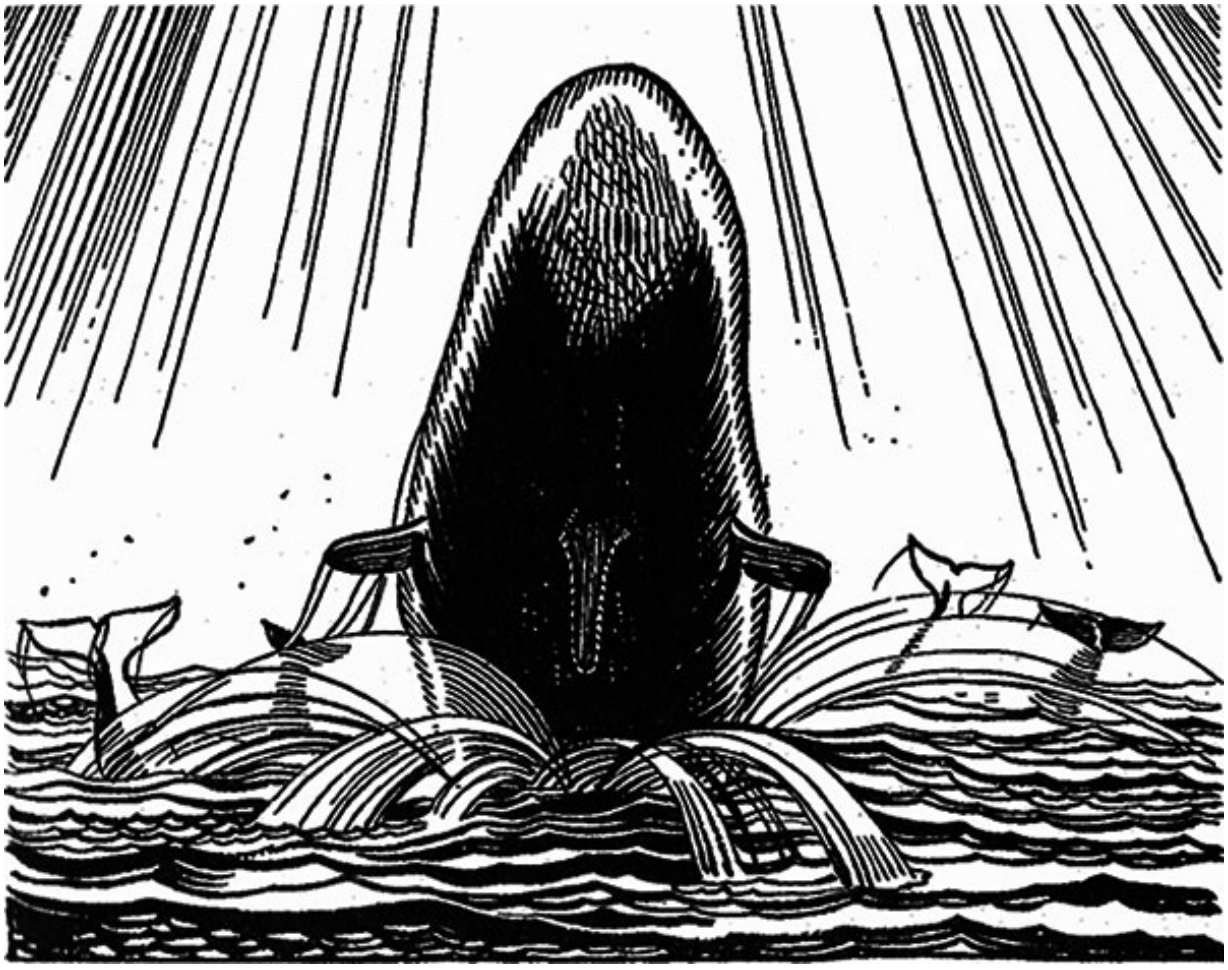
El mismo recogimiento y aislamiento al que el maestro se retira en sus años avanzados es característico de todos los cachalotes. Una ballena huraña –como se llama a las ballenas solitarias– casi siempre resulta ser una ballena vieja. Como el venerable Daniel Boone de musgosas barbas, no quiere tener nadie cerca de sí salvo la propia naturaleza; y a ella toma

como esposa en el entorno virgen de las aguas, y aunque albergue tantos taciturnos secretos, ella es la mejor de las esposas.

Las escuelas compuestas únicamente por jóvenes y vigorosos machos, previamente mencionadas, presentan un fuerte contraste con las escuelas harén. Pues mientras aquellas ballenas hembras son característicamente tímidas, los jóvenes machos, o garañones de cuarenta barriles, como los llaman, son con diferencia los más belicosos de todos los leviatanes, y proverbialmente los más peligrosos con los que toparse; a excepción de esas portentosas ballenas entrecanas de cabeza gris que a veces te encuentras, y ésas te combatirán como sombríos demonios exasperados por una dolorosa gota.

Las escuelas de garañones de cuarenta barriles son más grandes que las escuelas harén. Como una pandilla de jóvenes colegiales, van llenos de ganas de pelea, de diversión y perversión, dando tumbos alrededor del mundo en una andadura tan despreocupada y alegre que, al igual que a un desenfrenado muchacho de Harvard o de Yale, ningún agente sensato les contrataría un seguro. Sin embargo, pronto renuncian a ese alboroto, y cuando están crecidos en unas tres cuartas partes, se desbandan, y marchan por separado en busca de asentamientos, es decir, harenes.

Otro punto de diferencia entre las escuelas de machos y de hembras es aún más característico de los sexos. Digamos que arponeas a un garañón de cuarenta barriles… y ¡pobre diablo!, todos sus camaradas le abandonan. Pero arponea a una ballena de la escuela harén, y la totalidad de sus compañeras nada a su alrededor dando toda muestra de preocupación posible, permaneciendo a veces tan cerca de ella, y tanto tiempo, que ellas mismas son cazadas.



CAPÍTULO LXXXIX PECES PRESOS Y PECES SUELTOS

La alusión a descarríos y a pértigas de descarrío del penúltimo CAPÍTULO requiere cierta explicación de las leyes y normas de la pesquería de la ballena, de las cuales el descarrío puede ser considerado el gran símbolo y enseña.

Frecuentemente ocurre que cuando varios barcos navegan en la mutua compañía, puede que una ballena sea arponeada por un navío, que luego escape, y que finalmente sea muerta y capturada por otro; y en esto se encuentran indirectamente comprendidas muchas contingencias menores, todas ellas partícipes de esta única gran característica. Por ejemplo… Tras el agotador y peligroso acoso y captura de una ballena, el cuerpo puede soltarse del barco a causa de una violenta tormenta; y yendo lejos a la deriva a barlovento, ser vuelto a capturar por un segundo ballenero, el cual, en una calma, cómodamente la remolca hasta el costado sin riesgo de vida o estacha. Así surgirían a menudo las más vejatorias y violentas disputas entre los pescadores si no existiera alguna ley indiscutible, universal, escrita o no, que fuera aplicable a todos los casos.

Quizá el único código oficial de la pesca de la ballena aprobado por promulgación legislativa fue el de Holanda. Lo dictó la Asamblea General en 1695 d.C. Pero aunque ninguna otra nación ha tenido nunca ley escrita alguna sobre la pesca de la ballena, los pescadores americanos, sin embargo, han sido en este asunto sus propios legisladores y abogados. Han

aportado un sistema que por escueta completud supera las *Pandecta* de Justiniano y las Normas de la Sociedad China para la Supresión de la Intromisión en los Asuntos de Otras Personas. Sí; estas leyes pueden ser grabadas en una moneda de un cuarto de penique de la reina Ana, o en el gancho de un arpón, y llevadas alrededor del cuello, así son de reducidas.

I. Un pez preso pertenece a quien lo tiene preso.

II. Un pez suelto es presa libre para quien antes lo pueda atrapar.

Mas el truco de este magistral código es su admirable brevedad, pues exige un vasto volumen de comentarios para desarrollarlo.

Primero: ¿Qué es un pez preso? Vivo o muerto, un pez es técnicamente un pez preso cuando está conectado a un barco, o a una lancha ocupada, mediante algún medio de algún modo controlable por el ocupante u ocupantes… Un mástil, un remo, un cable de nueve pulgadas, un hilo telegráfico, o la hebra de una tela de araña, dan lo mismo. De igual modo, un pez es técnicamente preso cuando porta un descarrío, o cualquier otro símbolo reconocido de posesión, en tanto que la parte que le ha colocado el descarrío evidencie claramente su capacidad de llevarlo al costado en cualquier momento, lo mismo que su intención de hacerlo así.

Éstos son comentarios científicos; pero los comentarios de los propios balleneros a veces consisten en duras palabras y más duros golpes… el Coke sobre Littleton del puño. Cierto, entre los más rectos y honorables balleneros siempre se hacen concesiones en casos especiales, en los que habría sido una escandalosa injusticia moral que una parte reclamara la posesión de una ballena previamente cazada o muerta por otra de las partes. Pero otros no son en modo alguno tan escrupulosos.

Hace unos cincuenta años se dio un curioso caso de apropiación indebida de una ballena, litigado en Inglaterra, en el cual los demandantes expusieron que tras el difícil acoso a una ballena en los mares del norte, ellos (los demandantes) habían conseguido arponear el pez; pero finalmente, a causa del peligro para sus vidas, se vieron obligados a abandonar no sólo sus estachas, sino la propia lancha… Añádase: en última instancia los demandados (la tripulación de otro barco) se encontraron con la ballena; la alcanzaron, la mataron, la capturaron, y finalmente se apropiaron de ella ante los mismos ojos de los

demandantes… Otrosí: y cuando se elevaron quejas ante estos demandados, su capitán les chasqueó los dedos en la cara, y les aseguró que como doxología a la hazaña que había realizado ahora retendría su estacha, sus arpones y su lancha, todos los cuales habían quedado unidos a la ballena en el momento de la captura. Por lo cual, los demandantes ahora entablaban una demanda para recuperar el valor de su ballena, su estacha, sus arpones y su lancha.

El señor Erskine fue asesor de los demandados; Lord Ellenborough fue el juez. En el curso de la defensa, el astuto Erskine ilustró su posición mediante la alusión a un reciente caso de infidelidad conyugal, en el cual un caballero, tras tratar en vano de poner freno al libertinaje de su mujer, la había finalmente abandonado en los mares de la vida; aunque transcurridos los años, arrepintiéndose de ese paso, planteó una instancia para recuperar su posesión. Procedió entonces a decir que, aunque el caballero había originalmente arponeado a la dama, y en una ocasión la había tenido presa, y sólo por razón del gran desasosiego de su desaforado libertinaje la había finalmente abandonado; no obstante, de hecho la había abandonado, con lo que ella se había convertido en un pez suelto[109]; y por lo tanto, cuando un posterior caballero la volvió a arponear, la dama entonces pasó a ser propiedad de ese posterior caballero, junto con cualquier arpón que pudiera haberse encontrado clavado en ella.

Ahora bien, en el caso presente, Erskine sostenía que los ejemplos de la ballena y la dama eran recíprocamente ilustrativos el uno del otro.

Escuchados debidamente estos alegatos, y las réplicas, el muy docto juez se pronunció en los siguientes irrebatibles términos, a saber: que en lo referente a la lancha, la otorgaba a los demandantes, pues solamente la habían abandonado para salvar sus vidas; pero que en cuanto a la controvertida ballena, arpones y estacha, pertenecían a los demandados; la ballena porque era un pez suelto en el momento de su captura final; y los arpones y la estacha, porque cuando el pez había huido con ellos, éste (el pez) adquiría la propiedad sobre esos artículos; y, por tanto, cualquiera que posteriormente atrapara el pez, tenía derecho a ellos. Ahora, los demandados habían atrapado el pez posteriormente, *ergo* los artículos previamente mencionados eran suyos.

Un hombre común que observara esta decisión del muy docto juez podría, quizá, protestarla. Pero excavados hasta la roca primigenia del asunto los dos grandes principios establecidos en las leyes balleneras gemelas previamente citadas, y aplicadas y elucidadas por Lord Ellenborough en el caso relatado anteriormente, estas dos leyes referentes a los peces presos y los peces sueltos, digo, tras reflexión, se encontrará que son el fundamento de toda jurisprudencia humana; pues a pesar de su complicada tracería de talla, el templo de la ley, como el templo de los filisteos, sólo tiene dos soportes en los que sostenerse.

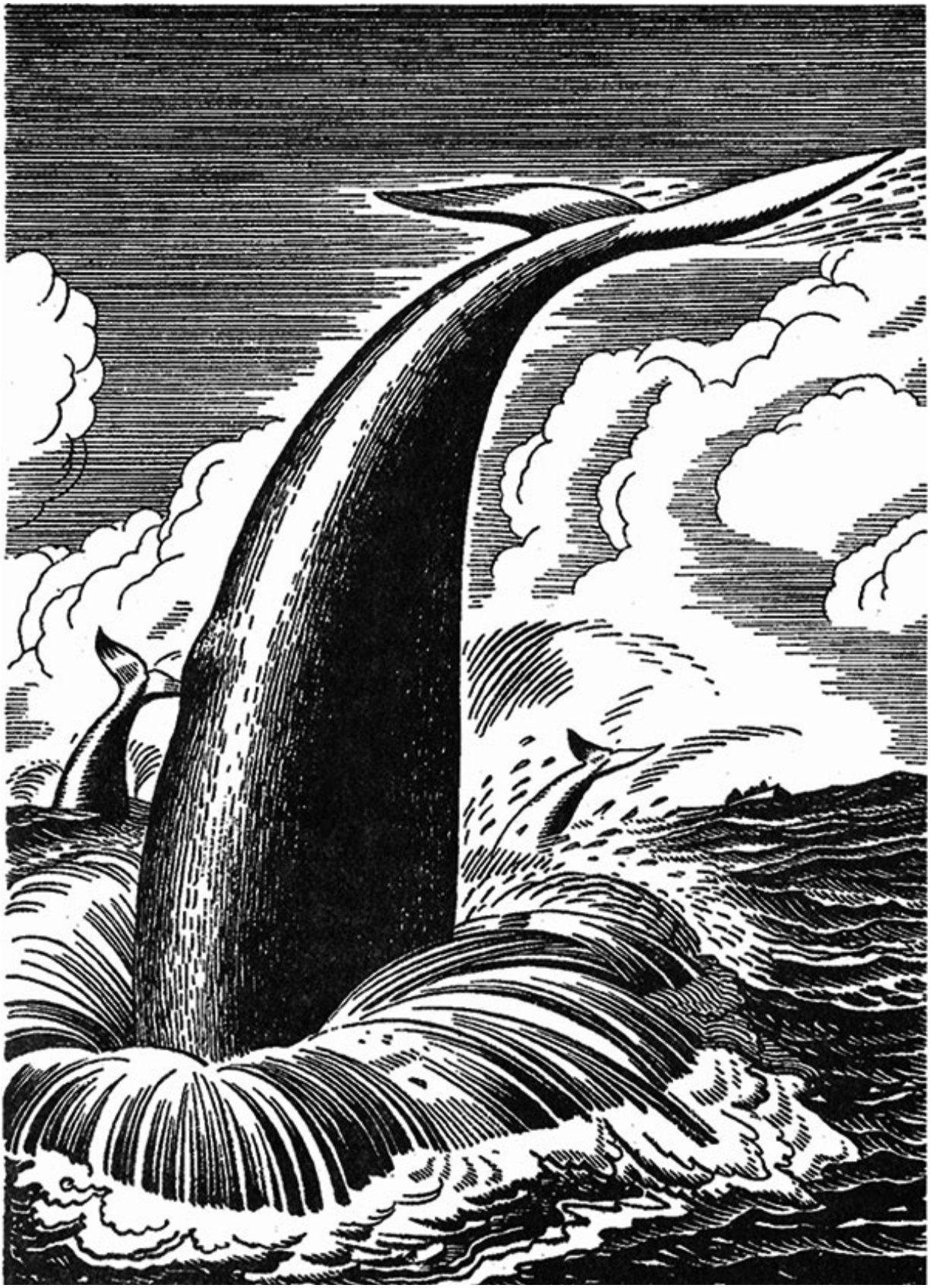
¿No es un dicho en boca de todos que la posesión es la mitad de la ley; es decir, sin tener en cuenta cómo la cosa llegó a ser poseída? Aunque frecuentemente la posesión es la totalidad de la ley. ¿Qué son los tendones y las almas de los siervos rusos y de los esclavos republicanos, sino peces presos, cuya posesión es la totalidad de la ley? ¿Qué, para el avaricioso arrendador, es la última moneda de la viuda, sino un pez preso? ¿Qué es aquella mansión de mármol del encubierto villano, con una placa como descarrío; qué es, sino un pez preso? ¿Qué es esa ruinosa reducción anticipada a cambio de intereses que Mordecai, el prestamista, le hace al pobre Woebegone[110], el arruinado, en un préstamo para evitar que la familia de Woebegone muera de hambre; qué es esa ruinosa reducción, sino un pez preso? ¿Qué son las cien mil libras esterlinas de ingresos del arzobispo de Savesoul, confiscadas del pan y el queso de cientos de miles de trabajadores con la espalda partida (todos con el Cielo asegurado sin ayuda de Savesoul), qué son esas redondas cien mil libras, sino un pez preso? ¿Qué son los pueblos y aldeas heredados por el duque de Dunder, sino peces presos? ¿Qué para el famoso arponero, John Bull, es la pobre Irlanda, sino un pez preso? ¿Qué para el apostólico lancero, hermano Jonathan, es Texas, sino un pez preso? Y, en lo referente a todos ellos, ¿no es la posesión la totalidad de la ley?

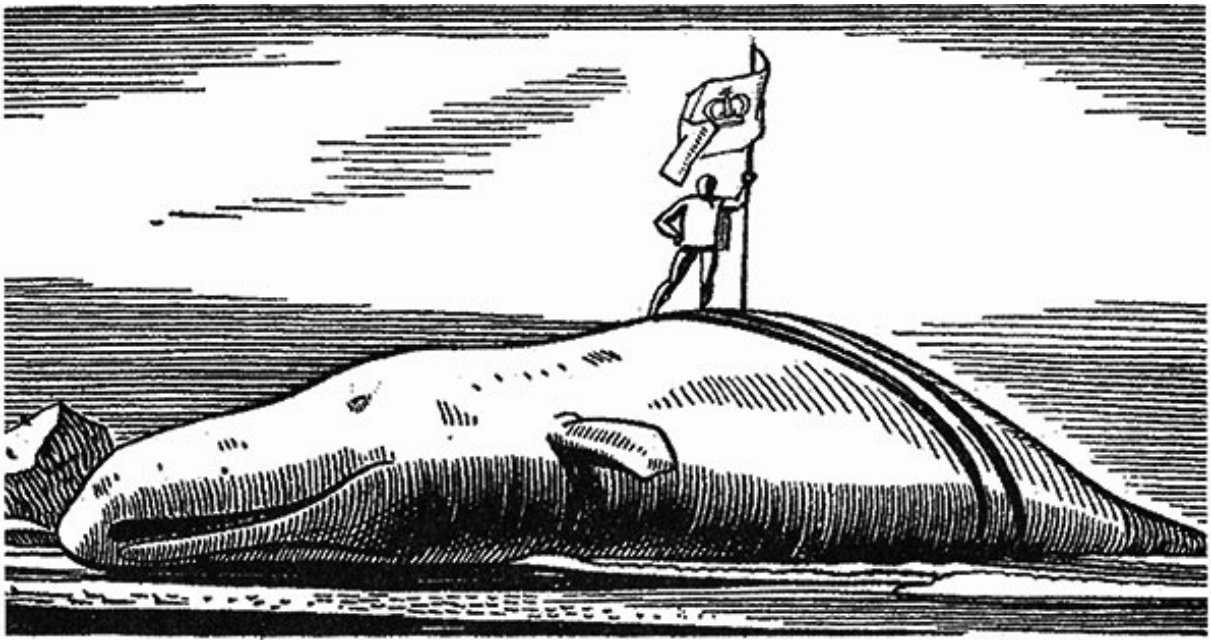
Mas si la doctrina de los peces presos es aplicable con mucha generalidad, la doctrina análoga de los peces sueltos todavía lo es más ampliamente. Ésa es internacional y universalmente aplicable.

¿Qué era América en 1492, sino un pez suelto en el que Colón clavó el estandarte español como modo de marcarlo con un descarrío para su regia

señora y ama? ¿Qué era Polonia para el zar? ¿Qué, Grecia para el turco? ¿Qué, India para Inglaterra? ¿Qué, finalmente será México para los Estados Unidos? Todos peces sueltos.

¿Qué son los derechos del hombre y las libertades del mundo, sino peces sueltos? ¿Qué, todas las mentes y opiniones de los hombres, sino peces sueltos? ¿Qué es el principio de la creencia religiosa que hay en ellos, sino un pez suelto? ¿Qué son las ideas de los pensadores para los ostentosos traficantes verbalistas, sino peces sueltos? ¿Y qué eres tú, lector, sino un pez suelto, y también un pez preso?





CAPÍTULO XC — CABEZAS O COLAS

De balena vero sufficit, si rex habeat caput, et regina caudam[111].

Bracton, l. 3, c. 3.

Latín de los libros de las leyes de Inglaterra, que, tomado en su contexto, significa que de todas las ballenas capturadas por cualquier persona en las costas de esa tierra, al rey, como gran arponero honorario, debe dársele la cabeza, y a la reina debe, respetuosamente, ofrecérsele la cola. Una partición que, en la ballena, es muy similar a la partición de una manzana en dos; no queda resto alguno en medio. Ahora bien, como esta ley, en una redacción modificada, está vigente en Inglaterra actualmente; y como en varios aspectos representa una extraña anomalía con respecto a la ley general de peces presos y peces sueltos, se trata aquí en un CAPÍTULO distinto, siguiendo el mismo principio de cortesía que hace que los ferrocarriles ingleses dispongan de un coche separado, especialmente reservado para el acomodo de la realeza. En primer lugar, como prueba curiosa del hecho de que la ley antes

mencionada está todavía vigente, procedo a exponer ante vosotros una circunstancia que se produjo no anteriormente a los dos últimos años.

Parece que algunos honestos marineros de Dover, o Sandwich, o alguno de los Cinque Ports, habían logrado, tras un difícil acoso matar y llevar a la playa una buena ballena que habían previamente avistado a lo lejos desde la costa. Ahora bien, los Cinque Ports están, o parcialmente o de algún modo, bajo la jurisdicción de una especie de policía o pertiguero llamado Lord Guardián. Al ser nombrado directamente por la Corona, creo, todos los emolumentos reales fortuitos de los territorios de los Cinque Ports resultan ser suyos por asignación. Algunos escritores llaman a este puesto una sinecura. Mas no es así. Pues el Lord Guardián a veces está afanosamente ocupado en embolsarse sus incentivos, que son suyos principalmente en virtud de que se los embolsa él.

Ahora bien, cuando estos pobres marineros quemados por el sol, descalzos, y con sus pantalones remangados sobre sus piernas de anguila se han extenuado halando su pez preso hasta dejarlo a salvo y en seco, prometiéndose unas buenas ciento cincuenta libras esterlinas por el precioso aceite y el hueso; y en sus fantasías bebiendo refinados tés junto a sus esposas, y buena cerveza con sus camaradas, con cargo al monto de sus respectivas participaciones, aparece un muy docto y muy cristiano y caritativo caballero, con una copia del Blackstone bajo el brazo; y colocándola sobre la cabeza de la ballena, dice…

—¡No tocar! Este pez, señores, es un pez preso. Lo confisco como pez del Lord Guardián.

Ante lo cual, los pobres marineros, en su respetuosa consternación —tan auténticamente inglesa—, no sabiendo qué decir, se ponen a rascarse con vigor la cabeza por todas partes; mirando, entretanto compungidos a la ballena y al extraño. Pero en modo alguno eso enmienda el asunto, o suaviza en nada el duro corazón del docto caballero con el ejemplar del Blackstone. Finalmente, uno de ellos, tras mucho rascar aquí y allá sus ideas, se atreve a hablar.

—Por favor, señor, ¿quién es el Lord Guardián?

—El duque.

—Pero el duque no tuvo nada que ver con la captura de este pez.

—Es suyo.

—Hemos pasado por grandes riesgos y dificultades, y hemos tenido algunos gastos: ¿y todo ello va a ir en beneficio del duque, obteniendo nosotros nada por nuestras fatigas y nuestras ampollas?

—Es suyo.

—¿Es el duque tan pobre que se ve forzado a esta desesperada manera de conseguir un modo de vida?

—Es suyo.

—¿No se contentaría el duque con un cuarto o una mitad?

—Es suyo.

En pocas palabras, la ballena fue confiscada y vendida, y Su Gracia, el duque de Wellington, recibió el dinero. Considerando que si se observaba desde cierta perspectiva cabría una mera posibilidad de que en algún pequeño grado el asunto, dadas las circunstancias, se tomara como un caso más bien severo, un honesto clérigo de la ciudad dirigió respetuosamente una nota a Su Gracia, rogándole que tuviera en consideración el expediente de esos infortunados marineros. A lo que mi señor el duque replicó en substancia (ambas cartas fueron publicadas) que ya lo había hecho, y recibido el dinero, y que estaría agradecido al caballero reverendo si, en el futuro, él (el caballero reverendo) declinara meterse en los asuntos de otras personas. ¿Es éste el aún militante viejo, el que en las esquinas de los tres reinos exige por todas partes las limosnas de los mendigos?

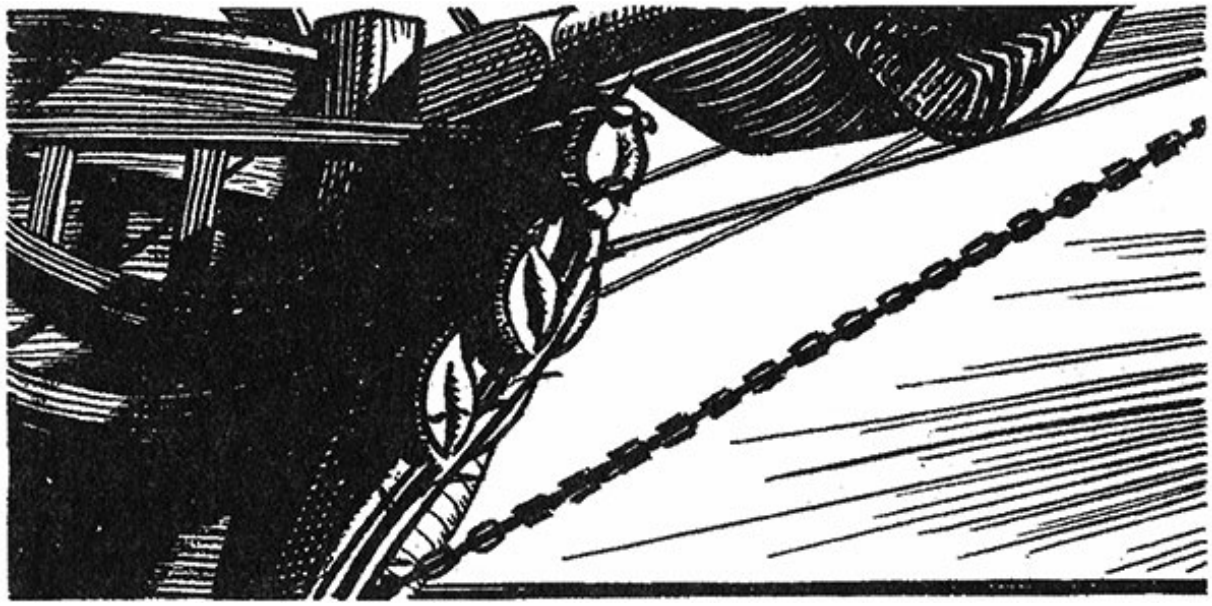
Claro que en este caso el supuesto derecho del duque a la ballena era un derecho delegado del soberano. Necesariamente debemos inquirir entonces de qué principio está originalmente investido el soberano para ese derecho. La propia ley ya se ha enunciado. Pero Plowden nos proporciona la justificación. Dice Plowden: la ballena así capturada pertenece al rey y a la reina, «por su superior excelencia». Y éste siempre ha sido considerado un argumento convincente por los más sensatos glosadores de tales materias.

¿Mas por qué debe el rey tener la cabeza y la reina la cola? ¡Una razón para ello, legisladores!

En su tratado sobre el «oro de la reina», o la calderilla de la reina, un antiguo autor de la real judicatura, un tal William Prynne, se expresaba

así: «La cola es de la reina, para que el guardarropa de la reina pueda estar provisto de barba de ballena». Ahora bien, esto fue escrito en una época en la que el negro hueso flexible de la ballena franca o de Groenlandia se usaba extensamente en los corsés de las damas. Mas este hueso, en concreto, no está en la cola; está en la cabeza, lo que constituye un lamentable error para un abogado sagaz, como Prynne. ¿Mas es la reina una sirena, para que se le regale una cola? Puede que aquí se oculte algún significado alegórico.

Según los autores jurídicos ingleses, existen dos peces regios… la ballena y el esturión; ambos, propiedad real bajo ciertas limitaciones, y que nominalmente aportan la décima rama de los ingresos ordinarios de la Corona. No sé de ningún otro autor que haya sugerido el asunto; pero por inferencia me parece que el esturión debería ser dividido del mismo modo que la ballena, recibiendo el rey la muy densa y elástica cabeza peculiar de este pez, lo que, considerado simbólicamente, es posible que pueda estar humorísticamente fundamentado en alguna supuesta congenialidad. Y, así, en todo parece haber una razón, incluso en la ley.



CAPÍTULO XCI EL *PEQUOD* ENCUENTRA AL *CAPULLO DE ROSA*

En vano fue rebuscar ámbar gris en la panza de este leviatán,
un insufrible hedor impidió esa indagación.
Sir T. Browne, V. E.

Fue una semana o dos después de la última escena de pesca de la ballena narrada, y mientras lentamente navegábamos sobre un soñoliento y brumoso mar de mediodía, que las muchas narices de la cubierta del *Pequod* resultaron ser exploradores más atentos que los tres pares de ojos en lo alto. Un olor peculiar y no muy agradable fue percibido en el mar.

—Apostaría algo —dijo Stubb— a que por aquí, en alguna parte, están algunas de esas ballenas trabadas a las que hicimos cosquillas el otro día. Sabía que no tardarían mucho en poner la quilla hacia arriba.

En ese momento las brumas en evolución se desplazaron a un lado; y allí, en la distancia, había un barco, cuyas velas aferradas indicaban que en su costado debía haber alguna ballena. Cuando nos deslizamos más cerca,

el foráneo mostró colores franceses desde su pena; y por la arremolinada nube de buitres marinos que daba vueltas y planeaba y se abatía a su alrededor, era claro que la ballena en su costado debía ser lo que los pescadores llaman una ballena reventada, es decir, una ballena que ha muerto tranquilamente en el mar, y así ha flotado como cadáver sin apropiar. Bien puede concebirse qué desagradable aroma debe exhalar semejante masa; peor que una ciudad asiria durante la plaga, cuando los vivos son incapaces de enterrar a los ausentes. De hecho, algunos lo consideran tan intolerable, que no hay codicia alguna que pueda persuadirles de atracar a su costado. Sin embargo, hay quien aún quiere hacerlo; por más que el aceite obtenido de tales sujetos es de una calidad muy inferior, y en modo alguno de la naturaleza del *attar* de rosas.

Acercándonos aún más con el expirante viento, vimos que el francés tenía una segunda ballena al costado; y esta segunda ballena parecía aún más un ramillete de flores que la primera. En realidad, resultó ser una de esas problemáticas ballenas que parecen consumirse y morir de una especie de prodigiosa dispepsia o indigestión; dejando sus difuntos cuerpos casi totalmente deficitarios de algo que se asemeje al aceite. No obstante, en su apropiado lugar veremos que ningún pescador experimentado aparta su nariz de una ballena semejante a ésta, por mucho que por regla general pueda rehuir a las ballenas reventadas.

El *Pequod* se había acercado ahora tanto al foráneo, que Stubb juró que reconocía la pértiga de su zapa de descarnar enredada en las estachas que estaban anudadas alrededor de la cola de una de estas ballenas.

—Menudo individuo tenemos ahí —rió bromeando, en pie en la proa del barco—, ¡ahí tenéis un chacal! Bien sé yo que estos *crapós* franceses en la pesquería sólo son unos pobres diablos; que a veces arrían las lanchas por rompientes, confundiéndolos con chorros de cachalote; sí, y que a veces zarpan desde sus puertos con las bodegas llenas de velas de sebo, y cajas de apagavelas, presintiendo que todo el aceite que van a conseguir no será suficiente para mojar la mecha del capitán; sí, eso lo sabemos todos, pero fijaos, aquí tenemos un *crapó* que se contenta con nuestras sobras, la ballena trabada de ahí, quiero decir; sí, y también está satisfecho con raspar los huesos secos de ese otro precioso pez que ahí

tiene. ¡Pobre diablo! Que alguien pase el sombrero, digo yo, y regalémosle un poco de aceite, por mor de la bendita caridad. Pues el poco aceite que pueda sacar de esa ballena trabada, no será bueno ni para arder en una cárcel; no, ni en la celda de un condenado. Y por lo que respecta a la otra ballena, bueno, cortando y destilando estos tres mástiles nuestros, me comprometo a sacar más aceite que el que sacará de ese montón de huesos; aunque, ahora que lo pienso, puede que contenga algo que vale muchísimo más que el aceite; sí, ámbar gris. Sí, eso creo —diciendo lo cual se encaminó hacia el alcázar.

Para entonces, el leve viento se había convertido en completa calma; de manera que, quisiéralo o no, el *Pequod* estaba ahora bien atrapado en el olor, sin esperanza de escapar salvo que volviera a levantarse el viento. Stubb, saliendo de la cabina, llamó ahora a la tripulación de su lancha, y bogó hasta el foráneo. Acercándose a su proa, observó que, de acuerdo con el elaborado gusto francés, la parte superior de su roda estaba tallada a semejanza de un enorme tallo curvado, que la habían pintado de verde, y que saliendo de ella tenía picas de cobre aquí y allá, a modo de espinas; terminando todo ello en un bulbo simétricamente plegado de un brillante color rojo. Sobre las planchas de su proa, en grandes letras doradas, ponía «Bouton de Rose» —capullo de rosa—; éste era el romántico nombre de este aromático barco.

Aunque Stubb no comprendía la parte de *Bouton* de la inscripción, sin embargo, la palabra *rose* y el bulboso mascarón de proa situados juntos lo explicaban todo suficientemente para él.

—Un capullo de rosa de madera, ¿eh? —gritó con la mano en la nariz —. Es muy apropiado; ¡pero cómo huele a la entera creación!

Ahora bien, con objeto de establecer comunicación directa con la gente de cubierta, tenía que bogar alrededor de la proa hasta el lado de estribor, acercarse, por tanto, a la ballena reventada y, consiguientemente, hablar por encima de ella.

Llegado entonces a este lugar, con una mano todavía en su nariz, llamó a voces…

—¡Ah del *Bouton-de-Rose*! ¿Hay alguno de vosotros, *boutones-de-roses*, que hable inglés?

—Sí —replicó desde la amurada uno de Guernsey, que resultó ser el primer oficial.

—Bien, entonces, mi amigo *bouton-de-rose*, ¿has visto a la ballena blanca?

—¿La ballena *qué*?

—La ballena *blanca*… un cachalote… Moby Dick: ¿le habéis visto?

—Nunca oí hablar de tal ballena. *¡Cachalot blanche!* Ballena blanca… no.

—Muy bien; adiós, por ahora, volveré dentro de un minuto.

Bogando entonces rápidamente de vuelta al *Pequod*, y viendo a Ajab inclinarse sobre la regala del alcázar esperando su informe, hizo cuenco con sus manos, formando bocina, y gritó…

—¡No, señor! ¡No!

Ante lo cual Ajab se retiró y Stubb regresó al francés.

Percibió ahora que el de Guernsey, que se acababa de subir a las mesa de guarnición, y estaba manejando una zapa de descarnar, se había puesto en la nariz una suerte de bolsa.

—¿Qué te pasa ahí en la nariz? —dijo Stubb—. ¿Te la rompiste?

—¡Ya me gustaría que estuviera rota, o que ni siquiera tuviera nariz! —contestó el de Guernsey, que no parecía disfrutar mucho con el trabajo que hacía—. Pero ¿por qué te estás sujetando tú *la tuya*?

—¡Oh, por nada! Es una nariz de cera; tengo que mantenerla en su sitio. Buen día, ¿no? Aire más bien de jardín, diría yo; échanos unos cuantos ramilletes, ¿no te importa, *bouton-de-rose*?

—¿Qué diablos quieres aquí? —bramó el de Guernsey, dejándose llevar de una repentina irritación.

—¡Oh!, calma, con frialdad… ¿frialdad? Sí, ésa es la palabra; ¿por qué no metes en hielo esas ballenas mientras trabajas en ellas? Pero bromas aparte, ¿no sabes, capullo de rosa, que es una insensatez tratar de sacar algo de aceite de semejantes ballenas? Esa seca de ahí no tiene ni un ardite en todo su cuerpo.

—Bien que lo sé; pero ya ves, aquí el capitán no lo quiere creer; ésta es su primera expedición; antes fue un fabricante de Colonia. Pero sube a

bordo, y quizá a ti te crea, aunque no quiera creerme a mí; y así saldré yo de este sucio aprieto.

—Cualquier cosa para complaceros, mi dulce y agradable amigo —replicó Stubb y, con ello, subió en seguida a cubierta.

Allí se presentaba una extraña escena. Los marineros, con gorras de estambre rojo y borla, estaban preparando los pesados aparejos para las ballenas. Pero trabajaban más bien con lentitud y hablaban muy rápido, y parecían estar de todo menos de buen humor. Todas sus narices se proyectaban hacia arriba desde sus rostros, lo mismo que botalones. De vez en cuando, parejas de ellos dejaban el trabajo y subían apresuradamente al tope para respirar algo de aire fresco. Algunos, pensando que podían coger la peste, sumergían estopa en alquitrán de hulla, y se lo llevaban a intervalos a la nariz. Otros, tras romper las boquillas de sus pipas muy cerca de las cazoletas, soltaban enérgicamente humo de tabaco, de modo que éste llenaba constantemente sus narices.

A Stubb le sorprendió una ducha de protestas y anatemas provenientes de la caseta de popa del capitán; y mirando en esa dirección vio un fiero rostro asomado detrás de la puerta, que era mantenida entornada desde dentro. Era éste el atormentado cirujano, que tras protestar en vano contra las disposiciones del día, se había retirado a la caseta del capitán (el *gabinete*, lo llamaba)[112] para eludir la peste; pero que, aun así, no podía evitar vociferar ocasionalmente sus súplicas y su indignación.

Advirtiendo todo esto, Stubb presagió buenos resultados para su plan y, volviéndose al de Guernsey mantuvo con él una pequeña charla, durante la cual el oficial extranjero expresó su aborrecimiento al capitán, como engreído ignaro que les había metido a todos en tan desagradable y ruinoso embrollo. Sondándole cuidadosamente, Stubb percibió, además, que el de Guernsey no albergaba la menor sospecha referente al ámbar gris. Por tanto, se mantuvo callado en ese sentido, aunque por lo demás fue franco y leal con él, de manera que los dos rápidamente elaboraron una pequeña estrategia para soslayar al capitán, y también para burlarse de él sin que ni siquiera soñara desconfiar de su sinceridad. Según este pequeño plan suyo, el de Guernsey, bajo la apariencia de una misión de intérprete, iba a decirle al capitán lo que se le ocurriera, pero como si viniera de Stubb; y, por su

parte, Stubb iba a soltar durante la entrevista cualquier despropósito que se le viniera a la cabeza.

Para entonces, la víctima que les estaba destinada surgió de la cabina. Era un hombre pequeño y de tez oscura; aunque de apariencia bastante delicada para un capitán de barco, tenía, sin embargo, grandes patillas y bigote; y llevaba un chaleco rojo de terciopelo de algodón, con sellos de reloj en su costado. Este caballero fue presentado ahora educadamente a Stubb por el de Guernsey, que de manera inmediata adoptó ostentosamente actitud de hacer de intérprete entre ellos.

—¿Qué he de decirle en primer lugar? —dijo.

—Bueno —dijo Stubb, mirando el chaleco de terciopelo y el reloj y los sellos—, bien puedes empezar diciéndole que a mí me parece una especie de niñato, aunque no pretendo ser juez.

—Dice, *monsieur* —dijo el de Guernsey en francés, volviéndose hacia su capitán—, que ayer mismo su barco habló con un navío, cuyo capitán y cuyo primer oficial, junto con seis marineros, habían perecido todos de unas fiebres cogidas por causa de una ballena reventada que habían traído al costado.

Ante esto, el capitán se alertó, y ansiosamente deseó saber más.

—¿Qué, ahora? —dijo el de Guernsey a Stubb.

—Bueno, como se lo toma con tanta calma, dile que le he observado con cuidado. Estoy seguro de que no está más capacitado para capitanear un barco ballenero que un mono de Santiago. De hecho, dile de mi parte que es un babuino.

—Jura y declara, *monsieur*, que la otra ballena, la seca, es mucho más mortal que la reventada; en resumen, *monsieur*, nos conmina a que soltemos estos peces, si es que valoramos nuestras vidas.

Instantáneamente el capitán corrió a proa, y a gritos ordenó a su tripulación que dejaran de izar los aparejos de descarnado, y que soltaran inmediatamente los cables y las cadenas que sujetaban las ballenas al barco.

—¿Qué, ahora? —dijo el de Guernsey, cuando el capitán hubo vuelto hasta ellos.

—Bueno, déjame ver; sí, puedes también decirle ahora que… que… de hecho, dile que le he embaucado y [aparte, para sí mismo] quizá también a alguien más.

—Dice, *monsieur*, que está muy contento de habernos sido de alguna ayuda.

Al escuchar esto el capitán aseguró que eran ellos la parte agradecida (queriendo decir él y el primer oficial), y concluyó invitando a Stubb abajo a su cabina a beber una botella de burdeos.

—Quiere que tomes un vaso de vino con él —dijo el intérprete.

—Agradéceselo de todo corazón; pero dile que va contra mis principios beber con el hombre al que he embaucado. Dile que de hecho me debo ir.

—Dice, *monsieur*, que sus principios no le permiten beber; y que si *monsieur* quiere vivir un día más para beber, entonces *monsieur* debería arriar las cuatro lanchas y remolcar el barco lejos de estas ballenas, pues es tal la calma que no se alejarán a la deriva.

Para entonces Stubb había saltado el costado y al meterse en su lancha le gritó al de Guernsey lo siguiente… que llevando un largo remolque en su lancha, haría lo que pudiera para ayudarlos, alejando la más ligera de las dos ballenas del costado del barco. Entonces, mientras las lanchas del francés estaban ocupadas remolcando el barco en una dirección, Stubb benevolentemente remolcaba su ballena lejos en la otra, dejando caer ostentosamente un muy inusualmente largo remolque.

Enseguida se alzó el viento; Stubb simuló soltar la ballena; el francés, izando sus lanchas, pronto aumentó la distancia, mientras el *Pequod* se deslizaba entre él y la ballena de Stubb. Ante lo cual, Stubb bogó rápidamente hasta el cuerpo flotante y, tras gritar al *Pequod* para informarle de sus intenciones, procedió inmediatamente a cosechar el fruto de su espurio ardid. Tomando su afilada zapa de lancha, inició una excavación en el cuerpo un poco detrás de la aleta lateral. Casi hubierais pensado que estaba excavando un sótano allí en el mar; y cuando finalmente su zapa golpeó contra las descarnadas costillas, fue como encontrar antiguos mosaicos y cerámica romana enterrados en grueso limo inglés. Los tripulantes de su lancha estaban en extremo entusiasmados,

ayudando ávidamente a su jefe, y con aspecto tan ansioso como el de los buscadores de oro.

Y todo el tiempo innumerables aves se lanzaban en picado, y hacían quiebros, y chillaban, y gritaban, y luchaban a su alrededor. Stubb empezaba a parecer decepcionado, en especial al hacerse más fuerte el horrible buqué, cuando de pronto, desde el mismo corazón de esta peste, emergió un leve flujo de perfume, que se expandió a través de la marea de malos olores sin ser absorbido por ellos, al igual que un río fluye en otro y después discurre a su lado sin mezclarse con él durante un trecho.

—¡Lo tengo, lo tengo! —gritó Stubb con deleite al tocar algo en las subterráneas regiones—: ¡una bolsa, una bolsa!

Dejando caer su zapa, metió ambas manos, y sacó puñados de algo que parecía turgente jabón de Windsor, o queso añejo moteado; muy untuoso y limpio, además. Fácilmente podríais hacerle una marca con el pulgar; su tonalidad oscila entre el amarillo y el color ceniza. Y esto, amigos míos, es ámbar gris, a un precio de una guinea de oro la onza para un farmacéutico. Unos seis puñados se obtuvieron; aunque más fue inevitablemente perdido en el mar, y todavía más, quizá, se hubiera conseguido de no haber sido por la orden, vociferada a Stubb por el impaciente Ajab, de que desistiera y volviera a bordo, o de lo contrario el barco les diría adiós.

CAPÍTULO XCII ÁMBAR GRIS

Ahora bien, este ámbar gris es una substancia muy curiosa, y tan importante como artículo de comercio que en 1791 un cierto capitán Coffin, nativo de Nantucket, fue interrogado en la Cámara de los Comunes inglesa sobre ese tema. Pues en esa época, y de hecho hasta una época relativamente reciente, el origen exacto del ámbar gris, como el del propio ámbar, seguía siendo un enigma para los eruditos. A pesar de que la palabra, de origen francés, sea la misma para ambas substancias, son entre sí bastante distintas. Pues el ámbar, aunque a veces se encuentra en las orillas del mar, se extrae también de algunas tierras muy interiores, mientras que el ámbar gris no se encuentra en parte alguna salvo en el mar. Además, el ámbar es una substancia dura, transparente, quebradiza e inodora, que se emplea para boquillas de pipa, abalorios y ornamentos; mientras que el ámbar gris es blando, cerúleo, y tan altamente fragrante y especioso, que se emplea principalmente en perfumería, en pastillas, velas valiosas, polvos para el cabello, y brillantina. Los turcos lo utilizan en cocina, y también lo llevan a La Meca, con la misma intención que el incienso se lleva a San Pedro de Roma. Algunos mercaderes de vinos echan unos granos en el burdeos, para sazonarlo.

¡Quién pensaría que damas y caballeros tan finos se regalaran con una esencia encontrada en los ignominiosos intestinos de la ballena! Sin embargo, así es. Para algunos el ámbar gris es la causa, y para otros el

efecto de la dispepsia de la ballena. Sería difícil decir cómo curar tal dispepsia, a no ser administrando tres o cuatro lanchas cargadas de píldoras de Brandeth, y huyendo después lejos del peligro, como hacen los obreros en la voladura de rocas.

He olvidado decir que en este ámbar gris se encontraron ciertas placas redondas, duras, de apariencia de hueso, que inicialmente Stubb pensó pudieran ser botones de pantalones de marineros; pero que posteriormente no resultaron ser sino trozos de pequeños huesos de calamar así embalsamados.

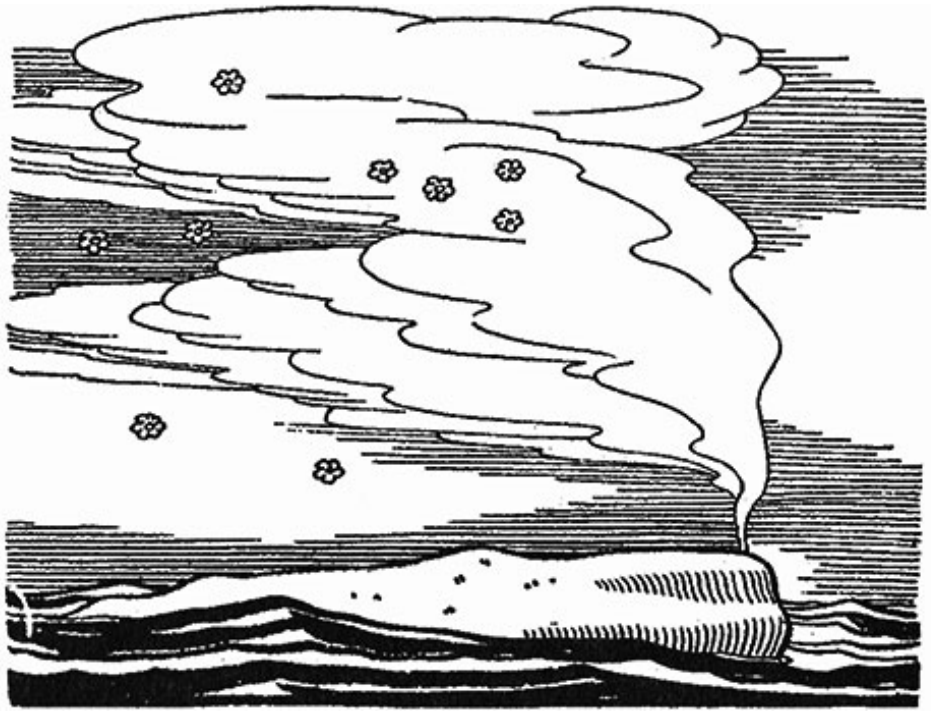
Ahora bien, que la incorruptibilidad de este muy fragrante ámbar gris se encuentre en el corazón de semejante podredumbre; ¿no hay nada en ello? Considerad ese dicho de san Pablo a los Corintios sobre corruptibilidad e incorruptibilidad; cómo somos sembrados en el deshonor, pero crecemos en la gloria. Y, de igual modo, rememorad ese dicho de Paracelso sobre qué es lo que constituye el mejor almizcle[113]. Tampoco olvidéis la extraña circunstancia de que de todo lo que tiene mal efluvio, lo peor es el agua de colonia en sus etapas iniciales de fabricación.

Me gustaría terminar el CAPÍTULO con la imputación previa, pero no me es posible a causa de mi inquietud por rechazar una acusación que a menudo se hace contra los balleneros, y que, en la opinión de algunas mentes ya parciales, podría considerarse indirectamente corroborada por lo que ha sido dicho de las dos ballenas del francés. En algún otro lugar de este volumen se ha probado falsa la calumniosa difamación de que la vocación de la pesca de la ballena es un empleo totalmente desaliñado y desaseado. Mas hay otra cosa que refutar. Dicen que todas las ballenas huelen siempre mal. Ahora bien, ¿cómo se originó este odioso estigma?

Yo opino que se puede seguir fácilmente su origen hasta la primera arribada a Londres de los barcos balleneros de Groenlandia, hace más de dos siglos. Porque esos balleneros ni entonces ni ahora refinan su aceite en el mar, como siempre han hecho los barcos del sur; sino que cortan el lardo fresco en pequeños pedazos, lo introducen a través de los orificios del tapón de grandes toneles, y lo transportan a sus puertos de esa manera; impidiendo cualquier otro procedimiento la brevedad de la temporada en aquellos mares helados, y las repentinas y violentas tormentas a las que se

ven expuestos. La consecuencia es que, al entrar en la bodega, y descargar uno de estos cementerios de ballenas en el muelle de Groenlandia, se expande un aroma similar en cierto modo al que surge al excavar un antiguo cementerio urbano para hacer los cimientos de un hospital.

También supongo, en parte, que esta infame acusación contra los balleneros, puede de igual manera ser imputada a la existencia en la costa de Groenlandia, en otros tiempos, de una población holandesa llamada Schmerenburgh o Smeerenberg, substantivo este último que es el utilizado por el docto Fogo Von Slack en su gran obra sobre olores, un erudito texto sobre ese tema. Como su nombre indica (*smeer*, grasa; *berg*, conservar), esta población fue fundada con el propósito de disponer de un lugar donde se refinara el lardo de la flota ballenera holandesa, sin que fuera necesario llevarlo a puerto en Holanda para este fin. Eran una serie de hornos, calderos de grasa y cobertizos para el aceite; y cuando las factorías estaban trabajando al límite, ciertamente soltaban un aroma no muy agradable. Mas todo esto es bastante distinto para un ballenero del cachalote de los Mares del Sur; que en una expedición de puede que cuatro años, tras llenar completamente su bodega con aceite, no ha consumido quizá cincuenta días en la tarea del refinado; y el aceite, en el estado en el que está guardado en los barriles, es casi inodoro. Lo cierto es que, muerta o viva, si se la trata decentemente, la ballena como especie, no es en modo alguno una criatura de mal olor; ni pueden los balleneros ser reconocidos lo mismo que la gente en la Edad Media creía detectar a un judío entre la gente, por medio de la nariz. Y tampoco, además, puede la ballena de ningún modo ser otra cosa que fragrante, cuando por regla general disfruta de tan buena salud, haciendo abundante ejercicio, siempre en contacto con la naturaleza; aunque, es cierto, apenas al aire libre. Yo afirmo que el movimiento de las palmas de un cachalote sobre el agua desprende un perfume similar a cuando una dama de aroma de almizcle hace volar su vestido en una cálida sala. ¿Con qué, entonces, he de equiparar al cachalote en cuanto a fragancia, dada su magnitud? ¿No ha de ser con ese famoso elefante de enjoyados colmillos y de olor a mirra, que fue sacado de una ciudad india para hacer los honores a Alejandro Magno?



CAPÍTULO XCIII EL NÁUFRAGO

Fue apenas unos días después de encontrar al francés cuando un muy significativo acontecimiento le sucedió al más insignificante de los tripulantes del *Pequod*; un acontecimiento muy lamentable; y que finalizó dotando al predestinado y a veces alocadamente alegre navío de una profecía viva y siempre presente, sobre las quebrantadas postrimerías que pudieran resultar ser las suyas.

Bien. En los balleneros no todos van en las lanchas. Se reservan unos cuantos tripulantes llamados guardanaves, cuya tarea es manejar el barco mientras las lanchas persiguen a la ballena. Normalmente los que quedan de guardanaves son tipos tan osados como los hombres que componen las tripulaciones de las lanchas. Pero si se da el caso de que en el barco hay algún tipo débil, torpe o timorato, es seguro que a ése se le designará guardanave. Así ocurría en el *Pequod* con el negrito apodado *Pippin, Pip* por abreviatura. ¡Pobre *Pip*! Ya habéis oído hablar de él anteriormente. Seguramente recordaréis su pandereta en aquella dramática medianoche, tan desolada y jubilosa a la vez.

En su aspecto exterior, *Pip* y Dough-Boy eran parejos como un poni negro y otro blanco de igual crianza aunque color distinto, uncidos en excéntrica yunta. Pero mientras el desgraciado Dough-Boy era por

naturaleza tardo y pasmón de intelecto, *Pip*, aunque excesivamente tierno de corazón, era en el fondo muy brillante, con ese brillo afable, jovial, jubiloso, que es peculiar de su estirpe, una estirpe que siempre disfruta todo asueto y festividad con un gozo más refinado, más libre que el de cualquier otra raza. Para los negros, el calendario anual no debería recoger sino trescientos sesenta y cinco cuatros de julio y días de Año Nuevo. Y no sonriáis así porque escriba que este negrito era brillante, pues incluso la negrura tiene su brillantez; observad ese lustroso ébano empleado en paneles de revestir gabinetes de reyes. Mas *Pip* amaba la vida, y todas las pacíficas seguridades de la vida; y por eso la pavorosa actividad en la que inexplicablemente había quedado atrapado había muy tristemente deslucido su brillo; aunque, como no mucho después se verá, lo que transitoriamente fue así atenuado en él, estaba destinado al final a ser fúlgidamente iluminado por extraños fuegos indómitos, que ficticiamente le presentarían con un lustre diez veces mayor al natural con que, en su nativo condado de Tolland, en Connecticut, en otro tiempo había animado muchas fiestas de violín en el prado, y en el melodioso crepúsculo, con su alegre ¡ja-ja!, había transformado el redondo horizonte en una pandereta de sonajas de estrellas. Así, aunque en el claro aire del día, suspendida sobre un cuello de azuladas venas, la gema de diamante de puras aguas brillará lozana; no obstante, cuando el astuto joyero desea mostraros el diamante en su lustre más impresionante, lo dispone sobre un fondo oscuro, y luego lo ilumina, pero no con luz del sol, sino de gases artificiales. Surgen entonces esas ígneas refulgencias, infernalmente soberbias; entonces el diamante de perverso resplandor, que una vez fue el más divino símbolo de los cielos de cristal, semeja una joya robada de la corona del rey del infierno. Mas vayamos a la historia.

Ocurrió que en el suceso del ámbar gris el remero de popa de Stubb se lastimó una mano lo suficiente para quedar inútil durante unos días; y *Pip* fue asignado temporalmente a su puesto.

La primera vez que Stubb arrió con él, *Pip* mostró gran nerviosismo; pero afortunadamente, por esa vez, se libró de la cercanía de la ballena; y, por tanto, no quedó totalmente desacreditado; aunque Stubb, que le

observó, se guardó después de exhortarle a que hiciera el mayor acopio posible de su valor, pues con frecuencia podría resultarle necesario.

Ahora bien, en la segunda arriada, la lancha remó hasta la ballena; y cuando el pez recibió el afilado hierro, soltó su acostumbrado golpe, que en esta ocasión se produjo exactamente bajo la bancada del pobre *Pip*. El inevitable susto del momento le hizo saltar remo en mano fuera de la lancha; y lo hizo de tal manera, que arrastrando con el pecho parte de la estacha suelta, se la llevó por la borda, quedando enredado en ella cuando cayó al agua. En ese instante la ballena arponeada inició una feroz huida, la estacha se tensó con celeridad, y ¡presto!, el pobre *Pip* llegó entre la espuma a los escalmos de la lancha, arrastrado hasta allí sin piedad por la estacha, que había dado varias vueltas alrededor de su pecho y de su cuello.

Tashtego iba a proa. Estaba enteramente enardecido en la caza. Odiaba a *Pip* por cobarde. Sacando violentamente de su vaina el cuchillo de la lancha, colocó la afilada hoja sobre la estacha y, volviéndose hacia Stubb, exclamó inquisitivamente:

—¿Corto?

Entretanto, el rostro azul, asfixiado, de *Pip* expresaba claramente: «¡Hazlo, por amor de Dios!». Todo sucedió en un destello. En menos de medio minuto ocurrió este entero episodio.

—¡Maldito sea! ¡Corta! —bramó Stubb.

Y así se perdió la ballena, y *Pip* se salvó.

En cuanto se restableció, el pobre negrito fue asediado por los gritos y los juramentos de la tripulación. Dejando tranquilamente que remitieran estas anárquicas imprecaciones, Stubb, de manera sencilla, profesional, aunque todavía bienhumorada, maldijo oficialmente a *Pip*; hecho lo cual, extraoficialmente, le dio muy sanos consejos. La substancia de lo que dijo fue «nunca saltes de una lancha, Pip, excepto…», mas todo lo demás fue indefinido, como lo son siempre los consejos más juiciosos. Ahora bien, por regla general, *No abandones la lancha* es la máxima fundamental en la caza de la ballena, pero a veces se dan ocasiones en que *Abandona la lancha* es una máxima todavía mejor. Asimismo, como si observara finalmente que, de no darle a *Pip* un consejo firme, le estaría dejando un

margen demasiado amplio para que en el futuro saltara, Stubb dejó repentinamente de lado todos los consejos y concluyó con una orden perentoria:

—No abandones la lancha, *Pip*, o por Dios que no te recogeré si saltas; tenlo presente. No podemos permitirnos perder ballenas por individuos como tú. Una ballena, *Pip*, alcanzaría un precio treinta veces mayor del que darían por ti en Alabama. Métetelo en la cabeza, y no vuelvas a saltar nunca.

Con ello Stubb quizá quería indirectamente indicar que, aunque el hombre ama a su semejante, también es un animal que gana dinero, la cual propensión interfiere con demasiada frecuencia en su benevolencia.

Mas todos estamos en manos de los dioses; y *Pip* volvió a saltar. Fue en circunstancias muy similares a las de la primera ocasión, aunque esta vez no arrastró el cabo con el pecho, y en consecuencia, cuando la ballena inició la huida, *Pip* quedó abandonado en el mar como el baúl de un viajero con prisa. ¡Ay! Stubb fue fiel a su palabra con pulcra exactitud. Era un día azul, bello y generoso; el mar centelleante, fresco y sereno, se extendía hasta el horizonte, plano a todo alrededor como la piel de un batidor de oro martilleada hasta el límite. Flotando arriba y abajo en ese mar, la cabeza de ébano de *Pip* se podía ver como una semilla de clavo. No hubo cuchillo de lancha que se alzara cuando con tanta celeridad se quedó a popa. La inexorable espalda de Stubb estaba vuelta hacia él; y la ballena fue seguida a toda velocidad. Tres minutos después toda una milla de océano carente de orillas se extendía entre *Pip* y Stubb. Desde el centro del mar, el pobre *Pip* giró su frágil y rizada cabeza negra hacia el sol, otro solitario náufrago, aunque el más noble y el más brillante.

Ahora bien, con tiempo en calma, para un nadador experimentado resulta tan fácil nadar en mar abierto como cabalgar en tierra en un carruaje con amortiguación. Mas la espantosa soledad es insoportable. La intensa concentración del propio ser en medio de tal despiadada inmensidad, ¡Dios mío!, ¿quién puede describirla? Fijaos cómo, cuando en una calma chicha los marineros se bañan en alta mar… fijaos lo cerca que se mantienen del barco y cómo sólo recorren sus flancos.

¿Mas en verdad había Stubb abandonado al pobre negrito a su suerte? No; al menos no era ésa su intención. Pues había dos lanchas tras su estela, y sin duda supuso que llegarían hasta *Pip* con gran rapidez, y que lo recogerían; aunque cierto es que los cazadores, en situaciones semejantes, no siempre manifiestan tanta consideración por los remeros que quedan en peligro por su propio apocamiento; y tales situaciones no se producen infrecuentemente; en la pesquería, casi invariablemente, un cobarde, una vez tildado de tal, queda marcado por la despiadada aversión característica de las marinas de guerra o los ejércitos.

Pero ocurrió que aquellas lanchas, sin ver a *Pip*, al observar de pronto ballenas a un lado, cerca de ellos, giraron y salieron en su persecución; y la lancha de Stubb estaba ya tan lejos, y él y toda su tripulación tan concentrados en su pez, que el horizonte anular de *Pip* empezó a expandirse a su alrededor de lastimosa manera. Por pura casualidad el propio barco lo rescató al final; pero a partir de esa hora el negrito paseó como idiota por la cubierta; al menos eso es lo que dicen que era. El mar había sarcásticamente preservado su cuerpo finito, mas había ahogado lo infinito de su alma. Aunque no lo había ahogado del todo. Más bien lo había sumergido en vida hasta extraordinarias profundidades, en las que extrañas formas del inurdido mundo primigenio se deslizaban de aquí para allá ante sus pasivos ojos; y la sabiduría, ese mísero tritón, dejaba ver sus amontonados tesoros; y entre las joviales y despiadadas eternidades, siempre jóvenes, *Pip* vio los multitudinarios insectos de coral omnipresentes de Dios, que desde el firmamento de las aguas alzaban las colosales órbitas. Vio el pie de Dios sobre el pedal del telar, y lo dijo; y por eso sus compañeros de tripulación le tildaron de loco. Así la demencia del hombre es la cordura del Cielo y, apartándose de toda razón mortal, el hombre llega al fin a ese celestial pensamiento que para la razón es absurdo y desvariado; y, para bien o para mal, se siente entonces libre de compromisos, indiferente como su Dios.

Por lo demás, no culpéis a Stubb con excesiva dureza. Hechos así son usuales en esta pesquería, y en la posterior narración se verá qué similar abandono me acaeció a mí.

CAPÍTULO XCIV UN APRETÓN DE LA MANO

Esa ballena de Stubb, capturada a tanto coste, fue debidamente traída al costado del *Pequod*, donde metódicamente se realizaron todas esas operaciones de izado y descarnado previamente detalladas, incluyendo el achicado del tonel de Heidelburgh o caja.

Mientras algunos estaban atareados en esta última labor, otros se ocupaban de arrastrar las grandes cubetas tan pronto como se llenaban con el esperma; y cuando llegaba el momento apropiado, este mismo esperma era cuidadosamente manipulado antes de pasar al fogón del beneficio, sobre lo cual trataremos inmediatamente.

Se había enfriado y cristalizado de tal manera que cuando, junto con varios más, me senté ante un gran baño de Constantino de la substancia, la encontré extrañamente solidificada en grumos que aquí y allá rodaban de un lado a otro dentro de la parte líquida. Nuestra labor era apretar esos grumos hasta transformarlos otra vez en un fluido. ¡Una dulce y untuosa obligación! No es de extrañar que en la Antigüedad este esperma fuera un cosmético tan predilecto. ¡Qué purificante!, ¡qué relajante!, ¡qué suavizante!, ¡qué delicioso molificante! Tras mantener las manos en él apenas unos minutos, sentía mis dedos como anguilas y así como comenzando a serpentear y espiralizar.

Mientras estaba allí sentado a mis anchas, cruzado de piernas en cubierta; tras el duro esfuerzo en el molinete; bajo un tranquilo cielo azul;

el barco a indolente vela, y deslizándose con tamaña serenidad; mientras bañaba mis manos entre esos blandos y suaves glóbulos de tejidos infiltrados, tramados apenas una hora antes; mientras se deshacían ricamente entre mis dedos, y descargaban toda su opulencia como las uvas maduras descargan su vino; mientras yo inspiraba ese aroma no contaminado… cierta y literalmente como el aroma de las violetas de primavera, declaro ante vosotros que en ese momento me hallé como en un aromático prado; me olvidé completamente de nuestro terrible juramento; lo limpié de mis manos y de mi corazón en aquel inestrujable esperma; casi empecé a dar crédito a la antigua superstición de Paracelso, según la cual el esperma es de singular virtud en la disipación del ardor de la ira: mientras me bañaba en ese baño, me sentí divinamente libre de toda animadversión, o petulancia, o malicia de cualquier clase que fuera.

¡Apretar!, ¡apretar!, ¡apretar! Durante toda la mañana apreté ese esperma hasta que yo mismo casi me derretí en él; apreté ese esperma hasta que una especie de extraña locura me embargó; y me encontré inadvertidamente apretando las manos de los que trabajaban conmigo en él, confundiendo sus manos con suaves glóbulos. Tal pródigo, afectivo, amigable y amable sentimiento engendró esta ocupación que al final estaba continuamente apretando sus manos, y mirando sentimentalmente a sus ojos; tanto como para decir… ¡Ah!, queridos seres hermanos, ¿por qué habríamos de mantener más tiempo esas acerbidades sociales, o conocer el menor de los malos humores o de las envidias? Venid; estrechemos las manos todos; qué digo, estrechémonos nosotros, unos a otros; estrechémonos universalmente hasta la propia leche y esperma de la ternura.

¡Ojalá pudiera seguir apretando ese esperma para siempre! Pues ahora que tras muchas repetidas prolongadas experiencias he percibido que en todos los casos el hombre debe finalmente rebajar, o al menos reorientar, su presunción de felicidad factible; no situándola en parte alguna del intelecto o la imaginación, sino en la esposa, el corazón, la cama, la mesa, la silla de montar, el hogar de la chimenea, el campo; ahora que he percibido todo esto, estoy dispuesto a apretar caja eternamente. En

pensamientos de las visiones de la noche, vi largas filas de ángeles en el paraíso, cada uno con sus manos en una jarra de esperma de ballena.

* * * * * * * * * *

Ahora bien, ya que hablamos de esperma, corresponde hablar de otras cosas cercanas a esta sustancia en las tareas de preparar el cachalote para el fogón del beneficio.

En primer lugar está el caballo blanco, que así se le llama, obtenido de la parte menguante del pez y también de las porciones más gruesas de sus palmas. Es duro, con tendones —bloques de músculo— entreverados, pero aun así contiene algo de aceite. Tras ser seccionado de la ballena, el caballo blanco, antes de que vaya al matachín, se corta primero en piezas oblongas transportables. Tienen un aspecto muy similar a bloques de mármol de los Berkshires.

Pudin de ciruela es el término con que se designan ciertas partes fragmentarias de la carne de la ballena que se adhieren aquí y allí a la manta de lardo, y que a menudo participan en un grado considerable de su untuosidad. Es un objeto muy refrescante, cordial y bonito de contemplar. Como su nombre indica, es de una tintura enormemente rica, moteada, con un fondo a rayas níveas y doradas, punteado de manchas del más profundo púrpura y carmín. Son ciruelas de rubíes en imágenes de pomelo. A pesar del sentido común, resulta difícil abstenerse de comerlo. Yo confieso que una vez me escondí detrás del trinquete para probarlo. Sabía a algo así como lo que yo diría que podía saber una regia chuleta del muslo de Louis *le Gros*, suponiendo que le hubieran matado el primer día de la temporada del venado, y que esa particular temporada del venado fuera coincidente con una inusualmente buena cosecha de los viñedos de la Champagne.

Hay otra substancia, y una muy singular, que aparece en el curso de estos trabajos, pero creo que es muy complicado describirla adecuadamente. Se llama gordogollión; un original apelativo de los balleneros, e igualmente lo es la naturaleza de la substancia. Es algo inexpresablemente viscoso y fibroso, que se encuentra muy frecuentemente en las cubetas de esperma tras el prolongado apretar y la

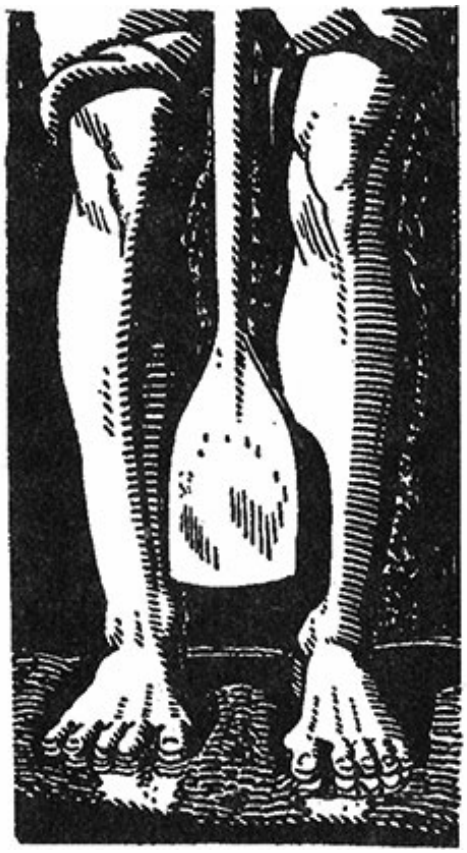
subsecuente decantación. Yo creo que son las extraordinariamente delgadas membranas fragmentadas de la caja, que se fusionan.

La entraña, así llamada, es un término que propiamente pertenece a los pescadores de ballena franca, pero que a veces es incidentalmente utilizado por los pescadores del cachalote. Designa la oscura substancia glutinosa que se raspa del lomo de la ballena franca o ballena de Groenlandia, mucha de la cual llena las cubiertas de aquellas almas inferiores que cazan ese innoble leviatán.

Pinzas. Estrictamente, esta palabra no es originaria del vocabulario de la ballena. Pero, como los balleneros la aplican, resulta serlo. Una pinza de ballenero es una pequeña tira firme de materia tendinosa cortada de la parte menguante de la cola del leviatán; tiene un grosor medio de una pulgada y, por lo demás, es aproximadamente del tamaño de la pieza de hierro de un azadón. Movida de lado a lo largo de la aceitosa cubierta, funciona como un lampazo de cuero; y por medio de innombrados embelecos, atrae como por arte de magia todas las impurezas.

Mas para aprender todo lo referente a estas recónditas materias, lo mejor que puedes hacer es descender inmediatamente a la cámara del lardo y mantener una larga conversación con sus internos. Este lugar ha sido mencionado previamente como receptáculo de las mantas una vez peladas e izadas desde la ballena. Cuando llega el momento adecuado para cortar su contenido, este habitáculo es un escenario de terror para todos los novatos, especialmente de noche. A un lado, iluminado por una mortecina linterna, se ha dejado un espacio vacío para los trabajadores. Generalmente se organizan por pares… un hombre de pica y garfio y un hombre de zapa. La pica ballenera es similar al arma de abordaje de igual nombre de la fragata. El garfio es similar a un gancho de lancha. Con su garfio, el hombre de garfio se engancha a un capa de lardo, y trata de impedir que resbale cuando el barco da bandazos y cabecea. Mientras tanto, el hombre de zapa está sobre la propia capa, cortándola perpendicularmente en los transportables pedazos de caballo[114]. Esta zapa está tan afilada como afilarla es posible mediante la piedra de amolar; los pies del hombre de zapa no llevan zapatos; la materia sobre la que está, a veces se desliza irremediablemente bajo él, como un trineo. Si

se corta uno de los dedos de sus propios pies, o corta uno de los de sus asistentes, ¿os causaría gran asombro? Los dedos de los pies escasean entre los veteranos de la cámara del lardo.



CAPÍTULO XCV LA TÚNICA

Si hubierais subido a bordo del *Pequod* en un cierto momento de este tratamiento *post mortem* de la ballena y hubierais paseado hacia proa cerca del molinete, estoy seguro de que habríais examinado con no poca curiosidad un muy extraño y enigmático objeto, que allí habríais visto tirado a lo largo, en los imbornales de sotavento. Ni la portentosa cisterna de la enorme cabeza de la ballena; ni el prodigio de su mandíbula inferior desarticulada; ni el milagro de su simétrica cola: ninguna de estas cosas os habría sorprendido tanto como media ojeada a ese inefable cono… más largo que es alto uno de Kentucky, de cerca de un pie de diámetro en su base, y tan negro azabache como Yojo, el ídolo de ébano de Queequeg. Y un ídolo, efectivamente, es; o más bien, en otros tiempos, su representación lo era. Un ídolo como el encontrado en los bosques secretos de la reina Maachah en Judea; a la que, por rendirle culto, el rey Asa, su hijo, depuso, y destruyó el ídolo, y lo quemó por odio en el arroyo Kedron, como oscuramente se expresa en el CAPÍTULO quince del primer Libro de los Reyes.

Observad a ese marinero, llamado matachín, que viene ahora y que, asistido por dos ayudantes, se echa pesadamente a la espalda el

grandisimus, como lo llaman los marineros, y con el espinazo doblado se tambalea con él como si fuera un granadero sacando a un camarada muerto del campo de batalla. Extendiéndolo sobre la cubierta del castillo, procede ahora a quitar de manera cilíndrica su oscura piel, lo mismo que un cazador africano quita la piel de una boa. Hecho esto, vuelve la piel de fuera a dentro, como la pierna de un pantalón; le da un buen estirón, de manera que casi le duplica el diámetro; y finalmente la cuelga a secar bien extendida en la jarcia. No mucho después se descuelga; y entonces, cortándole unos tres pies hacia el extremo puntiagudo, y abriendo luego dos rajas para meter los brazos en el otro extremo, se introduce corporalmente en ella a lo largo. El matachín ahora se presenta ante vosotros investido con el ropaje sacerdotal completo de su vocación. Inmemorial para toda su orden, sólo esta investidura le protegerá adecuadamente mientras se dedica a las peculiares funciones de su oficio.

Ese oficio consiste en picar los pedazos de caballo del lardo para los calderos; una operación que es llevada a cabo en un curioso potro de madera plantado perpendicularmente a las amuradas, y con una espaciosa cubeta bajo él, en la que caen las piezas picadas tan rápido como las hojas desde el pupitre de un entusiasmado orador. Ataviado de decoroso negro, ocupando un conspicuo púlpito, atento a las hojas de Biblia, ¡qué candidato para un arzobispado[115], qué candidato para papa sería este matachín![116].

CAPÍTULO XCVI EL FOGÓN DEL BENEFICIO

Además de por sus lanchas a la pendura, un ballenero americano se distingue exteriormente por su fogón del beneficio. En la conformación completa del barco presenta la curiosa peculiaridad de compaginar el roble y el cáñamo con la más sólida albañilería. Es como si desde el campo abierto se hubiera trasladado un horno de ladrillo a sus planchas.

El fogón del beneficio está instalado entre el trinquete y el mayor, la parte más espaciosa de la cubierta. Los tablones bajo él son de una peculiar robustez, apropiados para soportar el peso de una masa casi sólida de ladrillo y mortero de diez pies por ocho de planta y cinco de altura. La base no penetra en la cubierta, sino que la obra está firmemente sujeta a la superficie mediante pesados apoyos de hierro que la afianzan en todos sus lados y la atornillan a los tablones debajo. En los flancos está cubierta de madera, y en la parte superior completamente tapada por una gran escotilla inclinada, reforzada de travesaños. Al retirar esta escotilla quedan al descubierto los grandes calderos del beneficio, dos en número, cada uno de varios barriles de capacidad. Cuando no están en uso se mantienen notablemente limpios. A veces se pulen con piedra pómez y arena, hasta que brillan por dentro como poncheras de plata. Durante las guardias nocturnas algunos viejos marineros cínicos[117] gustan de subirse a ellos y acurrucarse allí, aislados, para echar una cabezada. Mientras están ocupados en pulirlos —un hombre en cada uno, lado a lado— se

trasmiten muchas confidencias por encima de los labios de hierro. También es lugar para profundas meditaciones matemáticas. Fue en el caldero izquierdo del *Pequod*, haciendo círculos diligentemente ante mí con la piedra pómez, cuando por vez primera caí en la cuenta del notable hecho de que en geometría todos los cuerpos que se deslizan a lo largo de la cicloide, mi piedra pómez por ejemplo, emplean exactamente el mismo tiempo en descender desde cualquier punto.

Al retirar el tablero parafuegos del frente del fogón queda expuesta la albañilería de ese lado, horadada directamente bajo los calderos por las dos bocas de hierro de los hornos. Estas bocas están dotadas de pesadas puertas, también de hierro. Se impide que el intenso calor del fuego se comunique a la cubierta por medio de un depósito poco profundo que se extiende bajo la entera superficie cerrada del fogón. A través de un conducto insertado en la parte posterior, este depósito se mantiene lleno de agua con la misma rapidez con la que se evapora. No hay chimeneas externas; se abren directamente en la pared posterior. Y aquí volvamos atrás un momento.

Fue alrededor de las nueve de la noche cuando el fogón del beneficio del *Pequod* se encendió por vez primera en el presente viaje. Le correspondía a Stubb supervisar la tarea.

—¿Todo listo? Quitad la escotilla, entonces, y comenzad. Tú, cocinero, prende el fogón.

Era esto algo sencillo, pues el carpintero había estado tirando sus virutas al fogón durante todo el viaje. Sea aquí dicho que en una expedición ballenera el primer fuego de la caldera ha de alimentarse durante cierto tiempo con madera. A partir de ahí, no se utiliza la madera excepto como medio de ignición rápida del combustible habitual. Resumiendo, tras ser refinado, el lardo reseco y quebradizo llamado ahora chicharrones o fritos, todavía contiene bastantes de sus untuosas propiedades. Estos fritos alimentan las llamas. La ballena, igual que un pletórico mártir ardiendo, o un misántropo que se autoconsume, una vez prendida, aporta su propio combustible, y se quema gracias a su propio cuerpo. ¡Ojalá que consumiera su propio humo! Pues su humo es horrible de inhalar, e inhalarlo debes, y no sólo eso, sino que tienes que vivir

dentro de él durante cierto tiempo. Posee un inexpresable fiero aroma hindú, similar al que debe acechar en la vecindad de las piras funerarias. Huele como el ala izquierda del Día del Juicio; es un argumento a favor del abismo.

A medianoche el fogón estaba a pleno funcionamiento. Nos habíamos deshecho de los despojos; se habían izado las velas; el viento refrescaba; la feroz oscuridad del océano era intensa. Pero a esa oscuridad la lamían fieras llamas que a intervalos brotaban de los respiraderos llenos de hollín, y que iluminaban cada empinada cuerda de la jarcia como si se tratara del afamado fuego griego. El ardiente barco avanzaba como si estuviera implacablemente comisionado a algún hecho vengativo. De este modo las naves cargadas de brea y azufre de Canaris, el osado hidriota, saliendo de sus puertos a media noche con amplias sábanas de fuego por velas, cayeron sobre las fragatas turcas y las cercaron de conflagraciones.

La escotilla, retirada de la parte superior del fogón, constituía ahora un amplio hogar a su frente. De pie sobre ella estaban las tartáreas siluetas de los paganos arponeros, que en el barco de la pesca de la ballena siempre son los fogoneros. Con enormes pértigas de horquilla echaban silbantes masas de lardo a los ardientes calderos, o avivaban el fuego debajo hasta que surgían las serpenteantes llamas, rizándose fuera de las puertas para cazarlos por los pies. El humo se escapaba en oscuras bocanadas. Por cada cabezada del barco había una cabezada del aceite hirviendo, que parecía ansioso por saltar a sus caras. Enfrente de la boca del fogón, en el lado más lejano del amplio hogar de madera, estaba el molinete. Servía éste como sofá de barco. Aquí haraganeaba la guardia cuando no estaba ocupada en otra cosa, mirando en el calor rojo del fuego hasta que sentían los ojos socarrarse en la cabeza. Sus rasgos morenos, sucios ahora del sudor y del humo, sus deslucidas barbas, y el discordante brillo agreste de sus dentaduras, todo ello, surgía de insólita manera en las caprichosas llamaradas de la caldera. Mientras unos a otros narraban sus pérfidas aventuras, sus relatos de terror referidos con palabras de regocijo; mientras su incivilizada risa se ahorquillaba brotando de ellos hacia arriba, como las llamas desde los hornos; mientras de aquí para allá, frente a ellos, los arponeros gesticulaban brutalmente con sus enormes horquillas y

cazos; mientras el viento aullaba, y el mar se alzaba, y el barco crujía y cabeceaba, y aun así propulsaba firmemente su rojo infierno más y más dentro de la oscuridad del mar y de la noche, y con desprecio masticaba el blanco hueso en su boca, y fieramente escupía a su alrededor por todas partes, el impetuoso *Pequod*, cargado de salvajes y lastrado de fuego, y quemando un cadáver, y sumergiéndose en la oscuridad de las tinieblas, semejaba entonces el trasunto material de la monomaníaca alma de su comandante.

Así me lo pareció a mí mientras estuve en el timón, y durante largas horas silenciosamente guié en el mar el rumbo de este barco de fuego. Envuelto yo mismo durante ese intervalo en la oscuridad, veía de mejor manera la furia, la locura, el pavor de los otros. La continua visión de las malignas siluetas ante mí, revolviéndose medio en humo medio en fuego, acabó por generar afines visiones en mi alma tan pronto como empecé a ceder a ese irremediable sopor que siempre me embargaba durante el turno de medianoche a la caña.

Pero esa noche, en particular, algo extraño (y desde entonces inexplicable) me ocurrió. Al despabilarme de una breve cabezada en pie, fui consciente con horror de que algo estaba fatídicamente mal. La caña de hueso de quijada me golpeaba en el costado que se recostaba sobre ella; en mis oídos escuchaba el mortecino susurrar de las velas, que empezaban a agitarse al viento; creía tener los ojos abiertos; fui medio consciente de llevar los dedos a los párpados y mecánicamente separarlos aún más. Pero, a pesar de todo esto, aunque apenas parecía haber transcurrido un minuto desde que había estado observando la rosa de los vientos a la luz de la firme lámpara de la bitácora que la iluminaba, ante mí no veía compás alguno con el que navegar. Nada se diría que había delante de mí salvo una negra oscuridad, erizada a intervalos por destellos rojizos. Lo principal era la impresión de que fuera lo que fuese el raudo y ligero objeto sobre el que estaba, no se dirigía rumbo hacia algún puerto a su frente, sino que se alejaba veloz de todos los puertos, a popa. Me embargó una intensa y perpleja sensación como de muerte. Convulsivamente, mis manos agarraron la caña, pero con la absurda noción de que la caña, de algún modo, de alguna hechizada manera, estaba invertida. ¡Dios mío!, ¿qué me

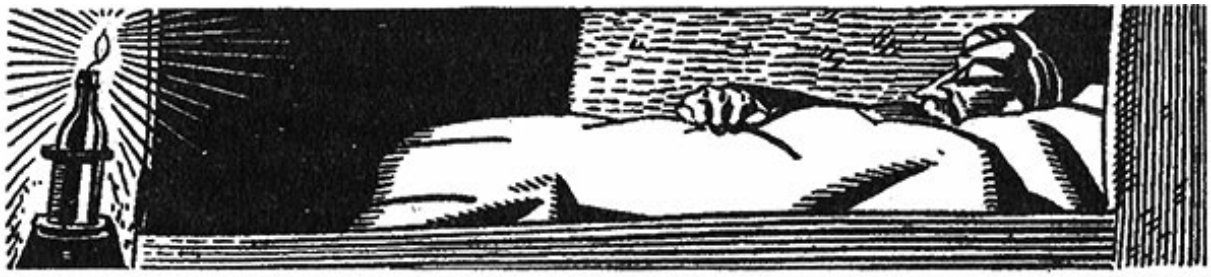
ocurre a mí?, pensé. ¡Eso era!, en mi breve sueño me había dado la vuelta y estaba frente a la popa del barco, dando la espalda a la proa y al compás. En un instante me giré, justo a tiempo de evitar que el navío virara contra el viento, y probablemente de volcarlo. ¡Qué grato y qué gozoso verse libre de esta antinatural alucinación de la noche, y de la fatal contingencia de ser arrastrado a sotavento!

¡Oh, mortal, no miréis demasiado tiempo en la faz del fuego! ¡Nunca soñéis con el timón en vuestra mano! No volváis la espalda al compás; aceptad la primera indicación del tumbo de la caña; no creáis al fuego artificial cuando su rojez hace que todo parezca pavoroso. Mañana, a la luz natural del sol, los cielos serán brillantes; aquellos que refulgían como demonios entre las llamas que se ahorquillaban, por la mañana se mostrarán en un muy distinto relieve, más gentil al menos; el glorioso, dorado, radiante sol, la única lámpara verdadera… ¡falsas todas las demás!

Sin embargo, el sol no oculta la Ciénaga Siniestra de Virginia, ni tampoco la aborrecible Campagna romana, ni el vasto Sahara, ni todos los millones de millas de desiertos y de pesares bajo la luna. El sol no oculta el océano, que es el lado oscuro de esta tierra, y que constituye dos terceras partes de esta tierra. Así es, por tanto, que el mortal que albergue en sí más alegría que pena, ese mortal no puede ser sincero… no es sincero o es retrasado. Con los libros sucede lo mismo. El más sincero de todos los hombres fue el varón de dolores, y el más sincero de todos los libros, el de Salomón, y el Eclesiastés es el fino acero batido del dolor. «Todo es vanidad.» Todo. Este pertinaz mundo no ha asimilado todavía la sabiduría del pagano Salomón. Pero aquel que evita hospitales y cárceles, y que anda deprisa al cruzar los cementerios, y prefiere hablar de ópera que del Infierno; el que llama a Cowper, Young, Pascal, Rousseau, pobres diablos todos, hombres enfermos; y a lo largo de una vida sin preocupaciones invoca a Rabelais como extremadamente listo y, por tanto, jocoso… Ese hombre no es apto para sentarse en lápidas mortuorias y traspasar el verde y húmedo musgo junto al insondablemente extraordinario Salomón.

Mas incluso Salomón dice: «El hombre que se aparte del camino de la comprensión permanecerá (*i. e*., mientras aún vivo) en la congregación de

los muertos». No cedáis entonces ante el fuego, no sea que os haga virar, que os consuma, como entonces me hizo a mí. Hay una sabiduría que es desdicha; pero hay una desdicha que es locura. Y en algunas almas hay un águila de las montañas Catskill que igual puede descender hasta las más negras quebradas que surgir de ellas de nuevo y hacerse invisible en el soleado espacio. E incluso aunque por siempre vuele dentro de la quebrada, esa quebrada está en las montañas; de manera que aun en su más bajo vuelo, el águila de montaña todavía está más alta que otros pájaros en la planicie, incluso cuando se remontan a lo alto.



CAPÍTULO XCVII LA LÁMPARA

Si hubierais descendido desde el fogón al castillo del *Pequod*, donde estaba durmiendo la guardia fuera de servicio, durante un único instante casi habríais pensado que estabais en algún iluminado santuario de reyes y consejeros canonizados. Allí yacían en sus triangulares criptas de roble; cada marinero una mudez cincelada; una veintena de lámparas iluminando sus párpados cerrados.

En los mercantes, el aceite es para los marineros más escaso que la leche de las reinas. Su normal condición es la de vestirse en la oscuridad, y comer en la oscuridad, y tropezarse en la oscuridad hasta su camastro. Pero el barco ballenero, como busca el nutriente de la luz, vive en la luz. Hace su litera en una lámpara de Aladino, y se tumba en ella; de manera que, en la noche más oscura, el negro casco del barco aún alberga una iluminación.

Ved con qué total libertad el ballenero lleva su puñado de lámparas —aunque a menudo sólo botellas y frascos viejos— hasta el enfriadero de cobre del fogón, y allí las rellena como si fueran jarras de cerveza en un barril. Quema, además, el más puro de los aceites en su estado no manufacturado y, por tanto, no viciado; un fluido desconocido para los artilugios solares, lunares o astrales de tierra firme. Es dulce como la mantequilla de hierba nueva de abril. Él va a la caza de su propio aceite para poder estar seguro de su frescura y autenticidad, lo mismo que un viajero en las praderas caza su propia cinegética cena.

CAPÍTULO XCVIII ALMACENAR Y RECOGER

Ya se ha relatado cómo el gran leviatán es avistado a lo lejos desde el tope; cómo es cazado sobre los acuáticos páramos y muerto en los valles de las profundidades; cómo es entonces remolcado al costado y decapitado; y cómo (según el principio que otorgaba al gobernante de la Antigüedad el derecho a las prendas en las que el decapitado era muerto) su gran sobretodo acolchado resulta propiedad de su verdugo; cómo, a su debido tiempo, es condenado a las calderas, y al igual que Sadrac, Mesac y Abednegó, su aceite de esperma y su hueso pasan indemnes a través del fuego… Mas ahora resta por concluir el último CAPÍTULO de esta parte de la descripción, ensayando —cantando, si se me permite— el romántico procedimiento de verter su aceite en los toneles y de bajarlos a la bodega, donde de nuevo el leviatán regresa a sus nativas profundidades, sumergiéndose bajo la superficie como antes; aunque, ¡ay!, para no emerger ni resoplar jamás.

Aún no enfriado, el aceite se recibe, como ponche caliente, en los toneles de seis barriles; y mientras el barco puede que esté cabeceando y balanceándose a este y al otro lado en el mar de medianoche, los enormes toneles son girados y volteados cabeza abajo, y a veces se desplazan peligrosamente a través de la resbaladiza cubierta, lo mismo que corrimientos de tierras, hasta que finalmente son sujetados por la fuerza y detenidos en su trayectoria; y a todo alrededor de sus cinchos, tap, tap, hacen tantos martillos como es posible que golpeen sobre ellos, pues ahora, *ex oficio*, todo marinero es un tonelero.

Finalmente, cuando la última pinta ha sido vertida en toneles, y todo se ha enfriado, entonces se desprecintan las grandes escotillas, los intestinos

del barco se dejan al aire, y abajo van los toneles, a su descanso final en el mar. Hecho lo cual, se vuelven a colocar las escotillas, y se cierran herméticamente como una alacena emparedada.

En la pesquería del cachalote, éste es quizá uno de los más señalados episodios en el proceso entero de la pesca de la ballena. Un día las planchas fluyen con oleadas de sangre y aceite; en el sagrado alcázar se apilan profanamente enormes trozos de la cabeza de la ballena; por todas partes hay grandes toneles oxidados, lo mismo que en el patio de una cervecería; el humo del fogón ha manchado de hollín todas las amuradas; los marineros van de un lado al otro tiznados de untuosidad; el barco entero en sí mismo parece un gran leviatán, mientras por todas partes hay un barullo ensordecedor.

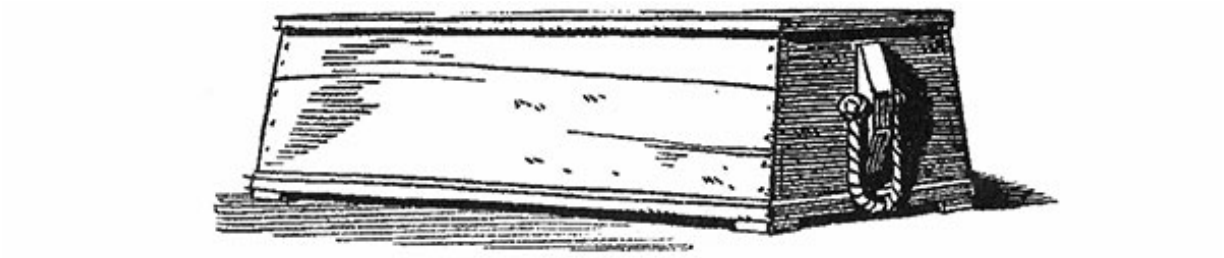
Mas uno o dos días después miras a tu alrededor y prestas oído en este mismísimo barco; y si no fuera por las delatoras lanchas y el fogón, jurarías que recorres un silencioso navío mercante, con un capitán extraordinariamente escrupuloso. El aceite de esperma no manufacturado posee una singular virtud limpiadora. Es por esta razón por la que las cubiertas nunca están tan blancas como inmediatamente después de lo que llaman una operación de aceite. Además, con las cenizas de los restos quemados de la ballena se hace fácilmente una potente lejía; y cuando algo pegajoso del lomo de la ballena se queda adherido al costado, esa lejía lo elimina con rapidez. Los tripulantes pasan diligentemente a lo largo de las amuradas, y con cubos de agua y trapos las devuelven a su total pulcritud. Se cepilla el hollín de la jarcia inferior. Todos los numerosos implementos que han estado en uso son de igual modo fielmente limpiados y guardados. El gran cuartel es fregado y colocado sobre el fogón, ocultando completamente los calderos; todos los toneles quedan ocultos; todos los aparejos recogidos en rincones disimulados; y cuando gracias a la combinada y simultánea labor de casi la entera compañía del barco la totalidad de esta concienzuda tarea es finalmente concluida, entonces la tripulación misma procede a sus propias abluciones; se cambian de la cabeza a los pies; y finalmente salen a la inmaculada cubierta, frescos y relucientes, como novios recién salidos de las más finas sábanas de Holanda.

Ahora, con paso exultante, pasean las planchas de dos en dos y de tres en tres, y con buen humor hablan de salones, sofás, alfombras y ricas telas; proponen cubrir la cubierta con esteras; piensan en poner colgantes en la cofa; se quejan de no tomar el té a la luz de la luna en el porche del castillo. Hablar de aceite, y de barba de ballena, y de lardo, a esos olorosos marineros sería una especie de temeridad. No saben a qué es a lo que distantemente aludís. ¡Fuera, y traednos servilletas!

Mas fijaos; allá arriba, en los tres topes, hay tres hombres atentos a descubrir más ballenas; las cuales, si son capturadas, infaliblemente volverán a ensuciar el viejo mobiliario de roble, y dejar caer al menos una pequeña mancha de grasa en alguna parte. Sí; y muchas son las veces en las que, tras las más duras incesantes labores, que no saben de noches; que continúan ininterrumpidamente a lo largo de noventa y seis horas; cuando desde la lancha, donde se les han hinchado las muñecas de remar todo el día en aguas ecuatoriales… suben a cubierta sólo para acarrear las enormes cadenas, y halar el pesado molinete, y cortar y sajar, sí, y en sus mismos sudores ser ahumados y quemados de nuevo por los fuegos reunidos del sol ecuatorial y del ecuatorial fogón del beneficio; cuando al cabo de todo esto finalmente se han afanado para limpiar el barco, y hacer de él una inmaculada lechería; muchas son las ocasiones en las que los pobres hombres, mientras están abotonándose los cuellos de sus ropas limpias, son sorprendidos por el grito de «¡Allí resopla!», y ahí vuelan a luchar con otra ballena, y a pasar de nuevo por todo el tedioso proceso. ¡Ah!, amigos míos, ¡mas esto es un homicidio! Sin embargo, esto es la vida. Pues apenas nosotros, mortales, mediante prolongados trabajos hemos extraído de la enorme masa de este mundo su pequeño pero valioso esperma; y entonces, con tediosa paciencia, nos hemos limpiado la mancha, y aprendido a vivir aquí en los limpios tabernáculos del alma; apenas se ha hecho esto, cuando… *¡Allí resopla!*… surge el chorro del fantasma, y allá navegamos, a combatir algún otro mundo, y a pasar de nuevo por la vieja rutina de la joven vida.

¡Ah, la metempsicosis! ¡Ah, Pitágoras, que en la brillante Grecia, hace dos mil años, fallecisteis, tan bueno, tan sabio, tan dulce! ¡Yo he navegado con vos en el último viaje a lo largo de la costa del Perú… y estúpido

como soy, yo, un simple muchacho inexperto, os he enseñado a ayustar un cabo!



CAPÍTULO XCIX EL DOBLÓN

Ya antes se ha relatado cómo Ajab era dado a pasear su alcázar, dando vueltas a intervalos regulares en ambos límites, la bitácora y el palo mayor; pero en la multiplicidad de otras cosas que requerían narración no se ha añadido que en estos paseos, algunas veces, cuando más ensimismado estaba, acostumbraba hacer una pausa en cada punto al girar, y quedarse allí extrañamente, observando el particular objeto que había ante él. Cuando se detenía ante la bitácora, con su vista fija en la aguja puntiaguda del compás, esa mirada salía lanzada como una jabalina, con la puntiaguda intensidad de su propósito; y cuando retomando su andar de nuevo se detenía ante el palo mayor, entonces, al fijarse esa misma remachada mirada sobre la allí remachada moneda de oro, tenía más aún el mismo aspecto de firmeza clavada, sólo que tocada de un cierto salvaje anhelo, si no esperanza.

Pero una mañana, dando la vuelta para pasar ante el doblón, pareció atraído de nuevas por las extrañas figuras e inscripciones estampadas en él, como si ahora por vez primera comenzara a interpretar para sí de algún monomaníaco modo el significado que pudiera ocultarse en ellas. Y cierto significado se oculta en todas las cosas, a no ser que todas las cosas tengan escaso valor, y que el mismo redondo mundo sólo sea una cifra vacía, excepto para vender a carretadas, como hacen con las colinas en los alrededores de Boston, para rellenar alguna ciénaga de la Vía Láctea.

Ahora bien, este doblón era del más puro oro virgen, extraído en algún lugar del corazón de exuberantes colinas, donde, hacia Oriente y Occidente, sobre arenas doradas, fluyen las aguas de cabecera de muchos Pactolus. Y aunque ahora clavado en mitad de toda la herrumbre de pernos de hierro y del cardenillo de picas de cobre, aun así, todavía, intocable e inmaculado contra cualquier suciedad, preservaba su brillo de Quito. Y también, aunque situado en medio de una brutal tripulación y tocado a cada hora por brutales manos, y envuelto en espesa oscuridad a lo largo de tediosas noches que podrían encubrir cualquier substractor acercamiento, cada amanecer, sin embargo, hallaba el doblón donde al anochecer lo había finalmente dejado. Pues estaba distinguido y santificado para un sobrecogedor objetivo; y por muy díscolos que fueran en su marinero modo de ser, los marineros, todos y cada uno, lo reverenciaban como el talismán de la ballena blanca. A veces hablaban sobre él en las tediosas guardias de la noche, preguntándose de quién sería al final, y si quienquiera que fuese viviría para gastarlo.

Ahora bien, esas nobles monedas de oro de Sudamérica son como medallas del sol y escudos de los trópicos. Aquí están estampados, en lujuriosa profusión, volcanes, alpacas y palmeras; discos del sol y estrellas; eclípticas, cuernos de la fortuna, y exuberantes estandartes ondeando; de manera que al pasar a través de esas fantásticas estampadoras, tan españolamente poéticas, el preciado oro casi parece adquirir enaltecedora gloria y valor añadidos.

Sucedía que el doblón del *Pequod* era un muy feraz ejemplo de estas cosas. En su redondo borde portaba las letras *República del ecuador: Quito*. Así que esta brillante moneda venía de un país situado en la mitad del mundo, y bajo el gran ecuador, y nombrado así por él; y había sido fundido a mitad de camino de la altura de los Andes, en el perpetuo clima que no conoce otoños. Enmarcadas por esas letras veías algo similar a tres cimas de los Andes: una llama salía de una; una torre en otra; en la tercera, un gallo cantando; mientras en arco por encima de todo había una sección del zodiaco segmentado, los signos marcados con sus usuales cabalísticas, y el sol, la clave, entrando en el punto equinoccial en Libra.

Ante esta moneda ecuatorial se detenía ahora Ajab, no inobservado por los demás.

—Hay algo siempre egoísta en las cumbres de las montañas, y en las torres, y en todo lo grandioso y elevado; observad… tres picos tan orgullosos como Lucifer. La firme torre, ése es Ajab; el volcán, ése es Ajab; el valeroso, el audaz y victorioso pájaro, ése también es Ajab; todos son Ajab; y este oro redondo no es sino la imagen del más redondo mundo, que, como el cristal del mago, refleja a su vez, para todos y cada uno de los hombres, su propio misterioso ser. Grandes esfuerzos, pequeños beneficios, para aquellos que piden al mundo que los resuelva; él no puede resolverse a sí mismo. Se me hace ahora que este sol acuñado tiene un rostro rudo; ¡mas observad!, sí, entra en el signo de las tormentas, ¡el equinoccio!, ¡y sólo seis meses antes salió de un anterior equinoccio en Aries! ¡De tormenta a tormenta! Sea así, entonces. ¡Nacido en fatigas, es adecuado que el hombre viva en el dolor y muera en el suplicio! ¡Sea así, entonces! Aquí hay sólida materia para que actúe la aflicción. Sea así, entonces.

—No pueden haber sido dedos de hada los que estamparon el oro, mas las zarpas del Diablo deben haber dejado allí sus huellas desde ayer —murmuró Starbuck para sí, reclinándose contra la amurada—. El viejo parece leer el horrible escrito de Baltasar. Nunca me había fijado en la moneda con detenimiento. Se va abajo; voy a leer. Un oscuro valle entre tres portentosos picos que alzándose al Cielo casi parecen la Trinidad en un débil símbolo terrenal. Así, en este valle de muerte Dios nos circunda; y sobre nuestra entera desolación, el sol de la rectitud todavía brilla como un foco y una esperanza. Si inclinamos nuestros ojos, el oscuro valle muestra su fecundo suelo; mas si los alzamos, el brillante sol recibe nuestra mirada a medio camino, alegremente. Sin embargo, ah, el gran sol no es algo fijo; y si a medianoche se nos antoja obtener algún solaz de él, ¡en vano lo buscamos! Esta moneda me habla sabiamente, con gentileza, con verdad, aunque, aun así, con tristeza. La dejo, no vaya a ser que la verdad falsamente me conmueva.

—Ahí está el viejo mogol —soliloquió Stubb junto al fogón del beneficio—, lo ha estado fisgando; y ahí sale Starbuck de lo mismo, y

ambos con rostros que yo diría que podrían tener cerca de nueve brazas de largo. Y todo por mirar a una pieza de oro que, si ahora la tuviera yo en Negro Hill o en Corlaer's Hook, no la miraría mucho antes de gastarla. ¡Hum!, en mi pobre insignificante opinión creo que esto es un poco extraño. Yo he visto doblones antes en mis viajes; los doblones de la vieja España, los doblones del Perú, los doblones de Chile, los doblones de Bolivia, los doblones de Popayan; además de cantidad de moidores y pistoles de oro, y de joes, y mediosjoes, y cuartos de joes. ¿Qué puede, entonces, haber en este doblón del Ecuador que sea tan terriblemente maravilloso? ¡Por Golconda!, voy a leerlo de una vez. ¡Vaya!, ¡verdaderamente, hay aquí signos y prodigios! Eso entonces es lo que el viejo Bowditch, en su Epítome, llama el zodiaco, y lo que mi almanaque llama de igual modo. Traeré el almanaque; y lo mismo que he escuchado que se pueden conjurar diablos con la aritmética de Daboll, probaré a sacar un significado aquí de estas extrañas curvipistas con el calendario de Massachusetts[118]. Aquí está el libro. Veamos ahora. Signos y prodigios, y el sol siempre está entre ellos. Ejem, ejem, ejem; aquí están… ahí van… todos vivos: Aries, el carnero; Tauro, el toro; ¡y Géminis!, aquí está el propio Géminis, los gemelos. Bien, el sol rueda entre ellos. Sí, aquí en la moneda está justamente cruzando el umbral entre doce salones, todos en un ruedo. ¡Libro!, ahí mentís; el hecho es que vosotros, libros, debéis saber cuál es vuestro lugar. Nos dais las palabras y los hechos desnudos, pero nosotros venimos a aportar los pensamientos. Ésta es mi pequeña experiencia, al menos en lo que respecta al calendario de Massachusetts, y al libro de navegación de Bowditch, y a la aritmética de Daboll. Signos y prodigios, ¿eh? ¡Pena sería que no hubiera nada maravilloso en los signos, ni nada significativo en los prodigios! Hay una clave en alguna parte; espera un poco; chsss… ¡Escucha! Por Jove, ¡lo tengo! Mira, doblón, este zodiaco tuyo es la vida del hombre en un redondo capítulo; y ahora lo voy a leer, directamente del libro. ¡Vamos, almanaque! Para empezar: tenemos a Aries, el carnero… perro lujurioso que nos engendra; luego, Tauro, el toro… nos da un golpe, para empezar; después Géminis, los gemelos… es decir, la virtud y el vicio; tratamos de alcanzar la virtud, cuando, ¡he aquí!, viene Cáncer el cangrejo, y nos arrastra de vuelta; y aquí, yendo desde la

virtud, Leo, un rugiente león, está en el camino… nos da unos cuantos feroces mordiscos y desabridamente nos toca con su zarpa; escapamos, y llamamos a Virgo, ¡la virgen!, ése es nuestro primer amor; nos casamos y pensamos ser felices para siempre, cuando de pronto surge Libra, la balanza… felicidad sopesada y descubierta en carencia; y mientras nos entristecemos por ello, ¡Dios mío!, cómo saltamos de pronto, cuando Escorpio, el escorpión, nos pica por la espalda; estamos curando la herida, y entonces, caramba, llegan las flechas por todas partes, Sagitario, el arquero, se está entreteniendo. Mientras arrancamos las flechas, ¡apartaos!, aquí está el ariete, Capricornio, o la cabra; a toda máquina viene lanzada, y de cabeza nos golpea; momento en que Acuario, el aguador, vierte su entero diluvio y nos ahoga; y para concluir, con Piscis, los peces, dormimos. Ahí hay un sermón escrito en lo alto del cielo, y el sol pasa por él cada año, y sin embargo sale de él tan vivo y tan alegre. Jovialmente, allá arriba, pasa girando a través del duro trabajo y de las dificultades; y de igual manera, aquí abajo, lo hace el jovial Stubb. ¡Ah, jovial es por siempre la palabra! ¡*Adieu*, doblón! Pero un momento; aquí viene el pequeño *King-Post*; a ocultarse ahora tras el fogón, y veamos qué es lo que tiene que decir. Ahí; está delante; saldrá con algo ahora. Ahí, ahí; está empezando.

—No veo nada aquí, salvo una cosa redonda hecha de oro, y a quienquiera que aviste una cierta ballena, esta cosa redonda le pertenece. Así que, ¿a qué viene todo este mirar? Vale dieciséis dólares, es cierto; y a dos centavos el cigarro, eso hace novecientos sesenta cigarros[119]. No me gusta fumar sucias pipas, como a Stubb, pero me gustan los cigarros, y aquí hay novecientos sesenta; así que aquí va Flask a lo alto para avistarlos.

—Ahora, ¿qué digo que es eso, sabio o estúpido?; si de verdad fuera sabio, una cierta apariencia de estúpido tiene; no obstante, si fuera verdaderamente estúpido, entonces tiene una especie de apariencia sabia. Pero, alto; aquí viene nuestro viejo de la isla de Man… el viejo conductor de coches fúnebres, eso debió ser antes de que se hiciera a la mar. Orza ante el doblón; diantre, y da la vuelta al otro lado del mástil; diantre, hay una herradura clavada a ese lado; ya está de vuelta; ¿qué significa eso?

¡Escucha!, está murmurando… una voz como un viejo molinillo de café gastado. ¡Aguza el oído, y escucha!

—Si la ballena blanca fuera avistada, habría de serlo dentro de un mes y un día, cuando el sol esté en uno de estos signos. Yo he estudiado los signos, y conozco sus señales; me los enseñó hace cuarenta años una vieja bruja, en Copenhague. Ahora, ¿en qué signo estará entonces el sol? El signo de la herradura; pues ahí está, exactamente al otro lado del oro. ¿Y cuál es el signo de la herradura? El león es el signo de la herradura… el rugiente y devorador león. Barco, ¡viejo barco!, mi vieja cabeza tiembla de pensar en vos.

—Ésa es otra lectura; aunque aún un solo texto. Todo tipo de hombres en una clase de mundo, ya veis. ¡A agacharse otra vez!, aquí viene Queequeg… todos esos tatuajes… él mismo parece los signos del zodiaco. ¿Qué dice el caníbal? Como que yo estoy vivo, que está comparando notas; mirando a su fémur; piensa que el sol está en el muslo, o en la pantorrilla, o en los intestinos, supongo, como las viejas que hablan de astronomía de médicos en el terruño. Y por Jove, algo ha encontrado ahí en la vecindad de su muslo… supongo que Sagitario, el arquero. No: no sabe qué hacer del doblón; lo toma por un viejo botón de los pantalones de un rey. Pero, ¡otra vez aparte!, aquí viene el diablo fantasma, Fedallah; la cola enroscada, y escondida como siempre, estopa en los dedos de sus zapatillas, como siempre. ¿Qué dice, con ese aire suyo? Oh, sólo le hace un signo al signo y saluda con una inclinación; hay un sol en la moneda… adorador del sol, me juego algo. ¡Ja!, más y más. Por aquí viene *Pip*... ¡pobre muchacho!, preferiría que hubiera muerto, o que hubiera muerto yo; me resulta horrible, en parte. Él también ha estado viendo a todos estos intérpretes… incluyéndome a mí… y mira, ahora viene a leer, con esa aterrenal cara de idiota. Aparte otra vez y a escucharle. ¡Escucha!

—Yo miro, tú miras, él mira; nosotros miramos, vosotros miráis, ellos miran.

—¡Por mi alma que ha estado estudiando la gramática de Murray! Desarrollando su mente, ¡pobre hombre! Pero ¿qué es lo que dice ahora…? ¡Chsss!

—Yo miro, tú miras, él mira; nosotros miramos, vosotros miráis, ellos miran.

—Vaya, se lo está aprendiendo de memoria… ¡Chsss!, otra vez.

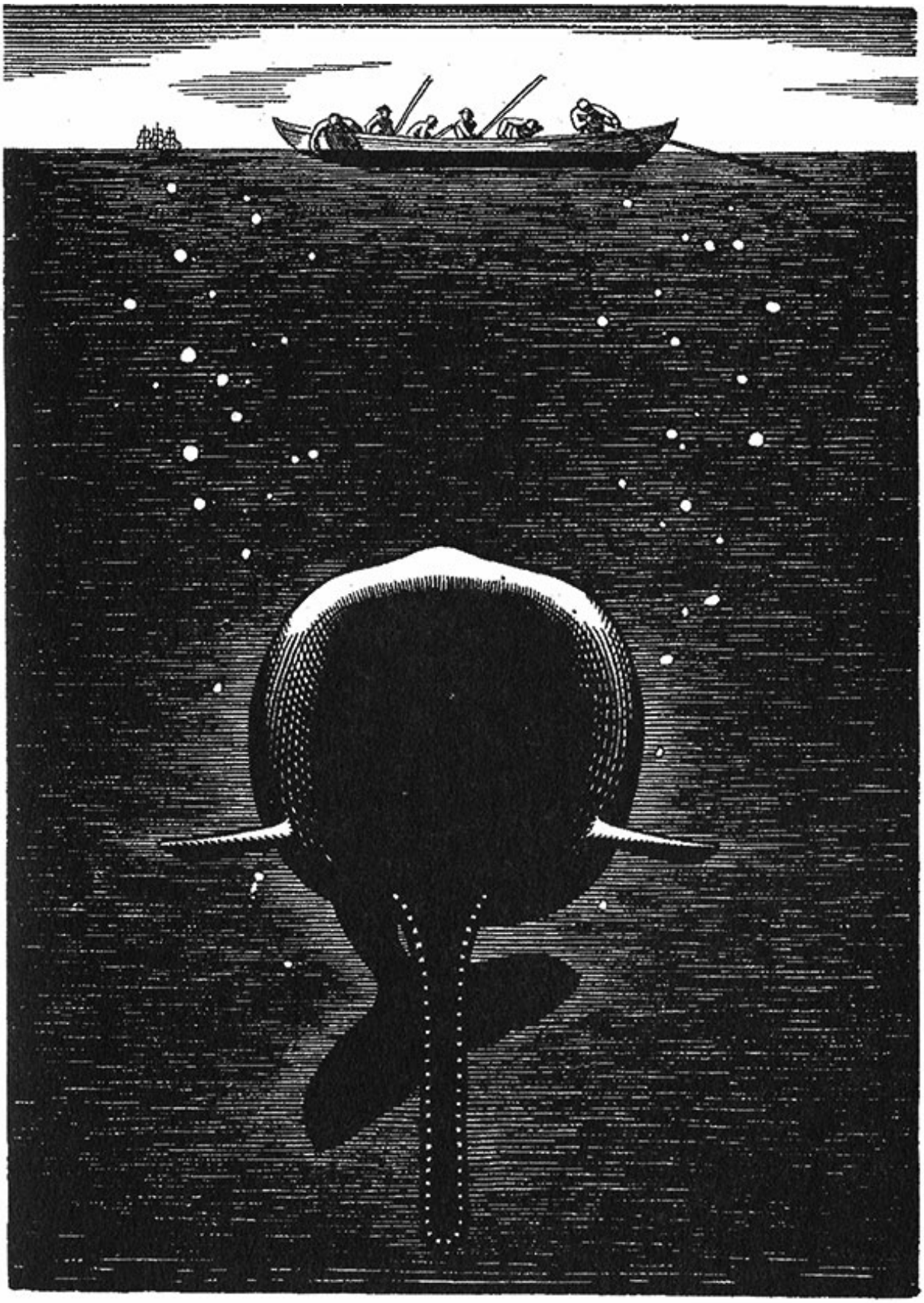
—Yo miro, tú miras, él mira; nosotros miramos, vosotros miráis, ellos miran.

—Bueno, es gracioso.

—Y yo, tú, y él; y nosotros, vosotros, y ellos, todos somos murciélagos; y yo un cuervo, en especial cuando estoy en lo alto de este pino de aquí. ¡Cras!, ¡cras!, ¡cras!, ¡cras!, ¡cras!, ¡cras! ¿Soy un cuervo o no? ¿Y dónde está el espantapájaros?[120]. Ahí está; dos huesos metidos en un par de viejos pantalones, y dos más embutidos en las mangas de una chaqueta vieja.

—Me pregunto si se refiere a mí… ¡Halagador!… ¡Pobre muchacho!… Podría ahorcarme. De cualquier modo, por el momento dejaré la vecindad de *Pip*. Puedo aguantar al resto, pues tienen ingenios normales; pero él es demasiado delirantemente ingenioso para mi cordura. Bueno, bueno, le dejo murmurando.

—Éste es el ombligo del barco, este doblón de aquí, y todos se desviven por desclavarlo. Pero, desclavaos el ombligo, ¿y cuál es la consecuencia?[121]. Aunque también, si se queda ahí, también es feo, pues cuando nada está clavado al mástil, signo es de que las cosas se están volviendo desesperadas. ¡Ja, ja!, ¡viejo Ajab!, la ballena blanca, ¡ésa os clavará! Esto es un pino. Mi padre, en el viejo condado de Tolland, cortó una vez un pino, y encontró un anillo de plata que estaba embutido en él; el anillo de boda de algún moreno. ¿Cómo llegó hasta allí? Y así dirán en la resurrección, cuando vengan a pescar este viejo mástil, y encuentren allí metido un doblón, con ostras adheridas en lugar de la rugosa corteza. ¡Ah, el oro!, ¡el valioso, valioso oro!… ¡el verde mísero[122] pronto te acaparará! ¡Chist!, ¡chist! Dios va entre los mundos cogiendo bayas[123]. ¡Cocinero!, ¡eh, cocinero!, ¡cocínanos! ¡Jenny! Eh, eh, eh, eh, eh, Jenny, ¡Jenny!, ¡y que tu torta de azada esté hecha!



CAPÍTULO C PIERNA Y BRAZO • EL *PEQUOD* ,DE NANTUCKET, ENCUENTRA AL *SAMUEL ENDERBY*, DE LONDRES

—¡Ah del barco! ¿Habéis visto a la ballena blanca?

Así gritó Ajab una vez más al saludar a un barco que arribaba por popa mostrando colores ingleses. Con la bocina en los labios, el viejo estaba en pie sobre su lancha izada en la aleta, la pierna de marfil claramente a la vista del capitán extranjero, que despreocupadamente se reclinaba en la proa de su propia lancha. Era un hombre de excelente aspecto, bien humorado, robusto y muy bronceado, de sesenta años más o menos, vestido con un espacioso gabán que le colgaba alrededor en festones de paño azul de piloto; y un brazo vacío de esta levita volaba tras él como el brazo bordado de la sobrecapa de un húsar.

—¿Habéis visto a la ballena blanca?

—¿Veis vos esto?

Y retirándolo de los pliegues que lo habían ocultado, alzó un brazo blanco de hueso de cachalote que remataba en una cabeza de madera similar a un mazo.

—¡Tripulad mi lancha! —gritó Ajab impetuosamente, apartando los remos cercanos a él—. ¡Listos para arriar!

En menos de un minuto, sin dejar su pequeña nave, su tripulación y él mismo fueron descolgados al agua, y pronto estuvieron al costado del foráneo. Mas aquí se presentó una curiosa dificultad. En la excitación del momento, Ajab había olvidado que desde la pérdida de su pierna ni una sola vez en alta mar había subido a bordo de navío alguno salvo el suyo y

que, en ese caso, siempre lo hacía gracias a un ingenioso y muy útil artilugio mecánico exclusivo del *Pequod*, algo que ningún otro navío podía aparejar y armar a breve aviso. Ahora bien, no es fácil para nadie —excepto para aquellos que a cada hora están acostumbrados a ello, como los balleneros—, ascender el costado de un barco desde una lancha en mar abierto; pues grandes olas alzan ahora la lancha muy alto hacia las amuradas, y luego instantáneamente la dejan caer hasta medio camino de la sobrequilla. Así que, privado de una pierna, y careciendo, desde luego, el barco foráneo del servicial invento, Ajab se encontró ignominiosamente reducido de nuevo a un torpe hombre de tierra firme, mirando con desesperación la incierta altura cambiante que malamente podía esperar alcanzar.

Antes se ha sugerido, acaso, que cada pequeña circunstancia posterior que le sucedía, y que indirectamente se derivaba de su infortunado accidente, de manera casi invariable irritaba o exasperaba a Ajab. Y en el caso presente todo ello se veía incrementado por la imagen de los dos oficiales del barco foráneo, que se inclinaban sobre el costado, junto a la escala perpendicular de cornamusas clavadas que allí había, y balanceaban hacia él un par de elegantemente ornamentados guardamancebos; pues en principio no parecían darse cuenta de que un hombre con una sola pierna resulta excesivamente tullido para utilizar sus balaustres marinos. Aunque este malentendido sólo duró un minuto, ya que el capitán foráneo, observando de una ojeada la situación, gritó:

—¡Ya veo, ya veo!… ¡Dejad de izar ahí! Pronto, muchachos, basculad aquí el aparejo de descarnar.

Por suerte, habían tenido una ballena al costado un día o dos antes, y los grandes aparejos estaban todavía en lo alto, y el descomunal gancho curvo del lardo, ahora limpio y seco, estaba aún sujeto al extremo. Éste se bajó rápidamente hacia Ajab, que comprendiéndolo todo al instante, pasó su solitario muslo por la curva del gancho (era como sentarse en la uña de un ancla o en la horcadura de un manzano) y, dando entonces la voz, se sujetó firme, y al mismo tiempo ayudó también a izar su propio peso, halando mano sobre mano de una de las partes móviles del aparejo. Pronto fue cuidadosamente columpiado al interior de las altas amuradas, y

suavemente posado sobre la parte alta del cabrestante. El otro capitán avanzó con su brazo de marfil tendido francamente en gesto de bienvenida, y Ajab, sacando su pierna de marfil, y cruzando con ella el brazo (como dos hojas de pez espada), gritó con su aire de morsa:

—¡Sí, sí, cofrade!, ¡choquemos juntos los huesos!… ¡Un brazo y una pierna!… Un brazo que nunca se puede echar atrás, ya veis; y una pierna que nunca puede huir. ¿Dónde visteis a la ballena blanca?… ¿cuánto hace?

—La ballena blanca —dijo el inglés, señalando con su brazo de marfil hacia el este, y echando una compungida ojeada a lo largo de él, como si fuera un telescopio—… Allí la vi, en el ecuador, la última campaña.

—Y arrancó ese brazo, ¿no? —preguntó Ajab, deslizándose ahora abajo del cabrestante, y apoyándose en el hombro del inglés al hacerlo.

—Sí, al menos fue la causa de ello; ¿y esa pierna también?

—Contadme la historia —dijo Ajab—; ¿cómo fue?

—Era la primera vez en mi vida —comenzó el inglés— que hacía campaña en el ecuador. En aquel entonces yo no sabía nada de la ballena blanca. Bueno, un día arriamos por un hato de cuatro o cinco ballenas, y mi lancha se aferró a una de ellas; un buen caballo de circo era, que iba moliendo y moliendo alrededor, de manera que la tripulación de mi lancha no podía sino equilibrar el plato sentando sus traseros en la borda exterior. En ese momento, se alza desde el fondo del mar una gran ballena brincadora con cabeza y joroba blancas como la leche, toda llena de patas de gallo y de arrugas.

—¡Era ella, era ella! —gritó Ajab, soltando de pronto su retenida respiración.

—Y arpones saliendo en la proximidad de su aleta de estribor.

—¡Sí, sí… eran los míos… *mis* arpones! —gritó Ajab, exultante—. ¡Pero continuad!

—Déjeme entonces la posibilidad —dijo el inglés, bienhumoradamente—. Bueno, este viejo bisabuelo con la cabeza y la joroba blanca se mete rodeado de espuma en el hato, y se pone a morder furiosamente mi estacha.

—¡Sí, ya veo!… la quería partir; liberar al pez preso… un viejo truco… lo conozco.

—Lo que fuera exactamente, no lo sé —continuó el comandante manco—; pero, al morderla, el cabo se enredó en sus dientes, se quedó ahí sujeto de alguna manera; aunque nosotros no lo sabíamos entonces; de manera que cuando después tiramos de la estacha, ¡de golpe nos fuimos directos a su joroba!; en lugar de ir a la de la otra ballena, que se marchó a barlovento meneando la cola. Viendo cómo estaba la cosa, y lo noble y gran ballena que era… la más noble y la más grande que nunca he visto, señor, en toda mi vida… decidí capturarla, a pesar del efervescente furor en que parecía estar. Y pensando que la fortuita estacha se soltaría, o que

el diente al que estaba sujeta se arrancaría (pues cuando se trata de tirar de una estacha tengo una tripulación de lancha del demonio); viendo todo esto, digo, salté a la lancha de mi primer oficial… el señor Mounttop, aquí (por cierto, capitán… Mounttop; Mounttop… el capitán)… como iba diciendo, salté a la lancha de Mounttop, que daba en estar entonces borda por borda con la mía; y agarrando el primer arpón, se lo lancé a este viejo bisabuelo. Pero, Dios mío, fíjese, señor… corazones y almas vivas, amigo… al instante siguiente, en un tris, estaba ciego como un murciélago… de ambos ojos… cegado y oscurecido por niebla de negra espuma… la cola de la ballena apareciendo directamente de ella, perpendicular en el aire, como una torre de mármol. De nada servía ciar a tope ya; mas mientras yo tanteaba a ciegas… a mediodía, con un sol cegador, todo joyas de la Corona; mientras tanteaba a ciegas, digo, buscando el segundo hierro, para lanzarlo por la borda… abajo viene la cola como una torre de Lima, partiendo mi lancha en dos, dejando cada mitad hecha añicos; y con las palmas por delante, la blanca joroba retrocedía a través del naufragio como si todo fueran astillas. Todos salimos lanzados. Para escapar de sus terribles sacudidas me agarré de la pértiga de mi arpón clavado en ella, y durante un instante me sujeté a ella como una rémora, pero un mar ascendiente me soltó, y en ese mismo instante el pez, tomando un buen impulso hacia delante, se sumergió como un rayo; y el gancho de ese maldito segundo arpón, impelido junto a mí, me cogió aquí —dando una palmada con su mano justo bajo el hombro—; sí, me cogió justo aquí, digo, y me impulsó hacia abajo, a las llamas del Infierno, pensaba yo; cuando, cuando, de pronto, gracias al buen Dios, el gancho rasgó a lo largo de la carne… limpiamente a todo lo largo de mi brazo… salió cerca de mi muñeca, y surgí a flote. Y ese caballero de ahí os contará el resto (por cierto: capitán… el doctor Bunger, cirujano del barco; Bunger, amigo mío… el capitán). Ahora, Bunger, muchacho, cuenta tu parte de la historia.

El profesional caballero, con esa familiaridad señalado, había estado todo el tiempo de pie junto a ellos, con nada específico visible que denotara su caballeresco rango a bordo. Su rostro era un rostro excesivamente orondo, aunque sobrio; estaba vestido con una levita o

camisa de lana azul pálida y pantalones remendados; y hasta entonces había dividido su atención entre un pasador que sostenía en una mano, y un pastillero sostenido en la otra, echando ocasionalmente una crítica ojeada a los miembros de marfil de los dos tullidos capitanes. Pero al ser presentado a Ajab por su superior, se inclinó cortésmente, y procedió directamente a cumplir el encargo de su capitán.

—Era una herida horrorosamente mala —comenzó el cirujano ballenero—, y siguiendo mi consejo, aquí el capitán Boomer puso nuestro viejo *Sammy*...

—*Samuel Enderby* es el nombre de mi barco —interrumpió el manco capitán, dirigiéndose a Ajab—; sigue, muchacho.

—Puso nuestro viejo *Sammy* rumbo al noroeste, para salir del achicharrante tiempo que hacía allí en el ecuador. Pero no sirvió de nada… Yo hice todo lo que pude; velé con él las noches; fui muy severo con él en el asunto de la dieta…

—¡Ah, muy severo! —intervino el propio paciente; que alterando luego su voz, añadió—: bebiendo conmigo ron caliente con miel cada noche, hasta que no podía ver ni para colocar los vendajes; y mandándome a la cama, dando tumbos, hacia las tres de la mañana. ¡Ah, vos, estrellas! Efectivamente, se sentó conmigo, y fue muy severo con mi dieta. ¡Ah!, un gran custodio es el doctor Bunger, y muy dietéticamente severo. (¡Bunger, perro, ríete!, ¿por qué no lo haces? Ya sabes que eres un relamido y jovial granuja.) Pero levanta el ánimo, muchacho, preferiría que me mataras tú a que cualquier otro me mantuviera vivo.

—Mi capitán, debe ya haber observado, respetado señor —dijo el aparentemente imperturbable y piadoso Bunger, inclinándose levemente ante Ajab—, es dado a ser gracioso a veces; nos gasta muchas gracias ingeniosas de este tipo. Pero bien puedo decir… *en passant*, como dicen los franceses… que yo mismo… es decir, Jack Bunger, antes del reverendo clero… soy un total abstemio; nunca bebo…

—¡Agua! —gritó el capitán—, nunca la bebe; le da una especie de ataque; el agua fresca le produce hidrofobia; pero continúa… continúa con la historia del brazo.

—Sí, debería —dijo el cirujano, fríamente—. Estaba haciendo la observación, señor, antes de la chistosa interrupción del capitán Boomer, de que a pesar de mis mejores y más severos esfuerzos, la herida se ponía cada vez peor; la verdad, señor, era la herida abierta más fea que jamás vio cirujano alguno; más de dos pies y varias pulgadas de largo. La medí con la sondaleza. Al poco se volvió negra; sabía lo que amenazaba, y afuera la quité. Pero yo no tuve nada que ver con embarcar ahí ese brazo de marfil; esa cosa va contra todas las normas —señalándolo con el pasador—, eso es obra del capitán, no mía; le ordenó al carpintero que se lo hiciera: hizo que le pusieran ahí esa maza en el extremo, para machacarle los sesos a alguien con ella, supongo, como una vez trató de machacarme los míos. A veces le dan ataques diabólicos. ¿Ve esta muesca, señor? —quitándose el sombrero y apartándose el pelo, y exponiendo una cavidad en forma de tazón en su cráneo, pero que no tenía la menor traza de cicatriz, ni signo alguno de haber sido una herida alguna vez—. Bien, aquí el capitán le dirá cómo vino esto a parar aquí; él lo sabe.

—No, yo no lo sé —dijo el capitán—, pero su madre sí lo sabía; nació con ello. ¡Ah, tú, Bunger… eres un solemne rufián!, ¿hubo alguna vez otro Bunger semejante[124] en el mundo acuático? Bunger, cuando te mueras, deberías morirte en vinagre, perro; deberías ser preservado para épocas futuras, granuja.

—¿Qué fue de la ballena blanca? —gritó ahora Ajab, que hasta entonces había estado escuchando impacientemente este toma y daca entre los dos ingleses.

—¡Ah! —gritó el capitán manco—, ¡ah, sí! Bueno; después de que se sumergió no la volvimos a ver durante cierto tiempo; de hecho, como apunté antes, entonces yo no sabía qué ballena me había hecho semejante gracia, hasta que cierto tiempo después, al regresar al ecuador, escuchamos hablar de Moby Dick… como algunos la llaman… y entonces supimos que era ella.

—¿Volvisteis a cruzar su estela?

—Dos veces.

—¿Y no pudisteis aferrar?

—No quisimos intentarlo: ¿no basta con un miembro? ¿Qué debo hacer con este otro brazo? Y estoy pensando en que Moby Dick no muerde tanto como traga.

—Bueno —interrumpió Bunger—, dele entonces su brazo izquierdo como cebo para recuperar el derecho. ¿Saben, caballeros…? —muy grave e inclinándose matemáticamente ante cada capitán en sucesión—. ¿Saben, caballeros, que los órganos digestivos de la ballena están tan inescrutablemente construidos por la Divina Providencia que es totalmente imposible para ella digerir ni siquiera el brazo de un hombre? Y ella lo sabe, además. Así que lo que toman por la malignidad en la ballena blanca sólo es su torpeza. Pues nunca tiene intención de tragar un solo miembro; sólo piensa en aterrorizar mediante argucias. Aunque a veces es como el viejo malabarista, un antiguo paciente mío de Ceilán, que haciendo creer que tragaba navajas una vez dejó caer dentro de él una de verdad, y allí estuvo durante más de doce meses; hasta que yo le di un emético y la vomitó en forma de chinchetas, así fue. No hubo modo posible de que digiriera esa navaja y la incorporara íntegramente a su sistema corpóreo general. Sí, capitán Boomer, si está suficientemente interesado, y tiene intención de empeñar un brazo por el privilegio de dar un entierro decente al otro, bueno, en ese caso el brazo es suyo; lo único que hay que hacer es darle pronto otra oportunidad a la ballena, eso es todo.

—No, gracias, Bunger —dijo el capitán inglés—, que le aproveche el brazo que tiene, ya que no puedo evitarlo, y no la conocía entonces; pero no la invito a otro. No más ballenas blancas para mí; he arriado por ella una vez, y eso me ha dejado satisfecho. Gran gloria habría en matarla, lo sé; y en ella hay un barco entero de preciado esperma, pero escuchad, mejor es dejarla en paz; ¿no pensáis así, capitán? —mirando la pierna de marfil.

—Mejor es. Pero aun así será cazada, a pesar de todo. Lo que es mejor dejar en paz, esa maldita cosa, no es siempre lo que menos atrae. ¡Toda ella es un imán! ¿Cuánto hace desde la última vez que la visteis? ¿En qué dirección iba?

—¡Bendita sea mi alma, y maldito el infecto Maligno! —gritó Bunger, andando agachado alrededor de Ajab, y olisqueando extrañamente, como

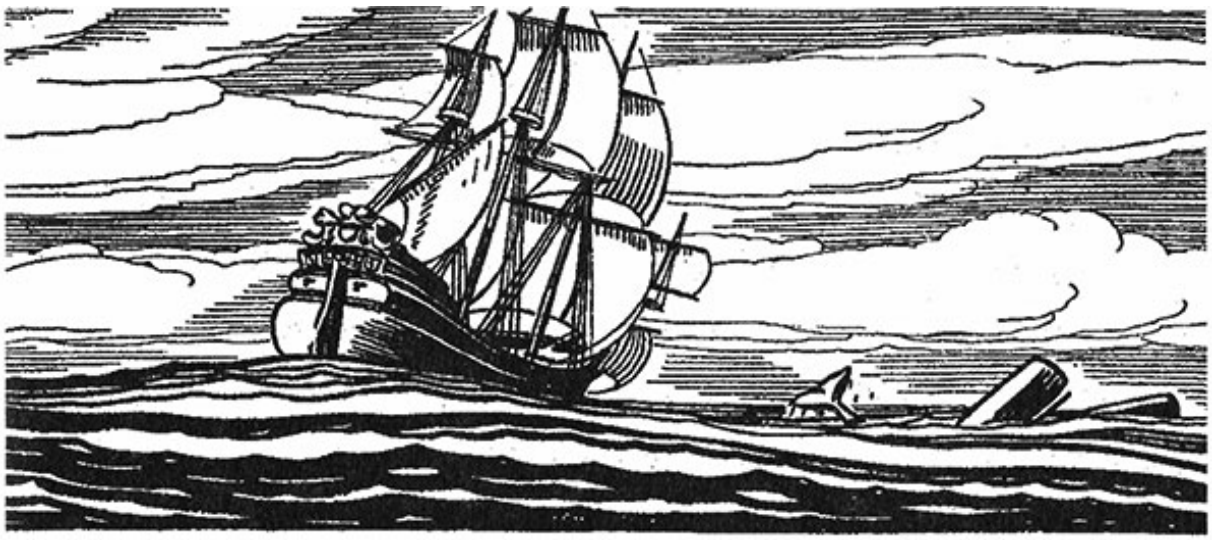
un perro—; la sangre de este hombre… ¡traigan el termómetro!… ¡está a punto de ebullición!… ¡Su pulso hace que palpiten estas planchas!… ¡Señor! —sacando una lanceta de su bolsillo y acercándose al brazo de Ajab.

—¡Alto! —rugió Ajab, lanzándole contra la amurada—. ¡Tripulad la lancha! ¿En qué dirección iba?

—¡Buen Dios! —gritó el capitán inglés a quien le fue planteada la pregunta—. ¿Qué es lo que pasa? Se dirigía hacia el este, creo… ¿Está loco vuestro capitán? —susurrándole a Fedallah.

Mas Fedallah, llevándose un dedo a los labios, se deslizó sobre la amurada para hacerse cargo del remo de gobierno de la lancha, y Ajab, balanceando el aparejo de descarnar hacia él, ordenó a los marineros del barco que se prepararan a arriar.

Un momento después estaba en la popa de su lancha, y los hombres de Manila estaban brincando en sus remos. En vano le llamó el capitán inglés. Dando la espalda al barco foráneo, y con el rostro fijo como un pedernal en el suyo, Ajab se mantuvo erguido hasta llegar al costado del *Pequod*.



CAPÍTULO CI EL DECANTADOR

Antes de que el barco inglés se pierda de vista, sea aquí anotado que venía de Londres, y que estaba bautizado en honor al difunto Samuel Enderby, comerciante de esa ciudad, fundador de la famosa empresa ballenera Enderby & Sons; una casa que, según mi humilde opinión de ballenero, en lo que se refiere a auténtico interés histórico, no le va muy a la zaga a las casas reales de los Tudor y los Borbones juntas. Cuánto tiempo, anteriormente al año de Nuestro Señor de 1775, esta casa ballenera llevaba en existencia, mis numerosos documentos pesqueros no lo aclaran; pero en ese año (1775) aparejó los primeros barcos ingleses que cazaron el cachalote de manera regular; aunque desde bastantes años antes (a partir de 1726) nuestros valerosos Coffins y Maceys de Nantucket y del Vineyard habían perseguido a ese leviatán en grandes flotas, bien que sólo en el Atlántico norte y sur, no en otras zonas. Sea aquí categóricamente registrado que los habitantes de Nantucket fueron los primeros de la humanidad que arponearon al gran cachalote con civilizado acero; y que durante medio siglo fueron el único pueblo del mundo entero que así le arponeó.

En 1788, un excelente barco, el *Amelia*, aparejado para ese expreso propósito, y al único cargo de los esforzados Enderbys, rodeó audazmente

el cabo de Hornos, y fue el primero de entre todas las naciones que arrió una lancha ballenera en el gran mar del sur. La expedición fue competente y afortunada; y al regresar a puerto con su bodega llena de precioso esperma, el ejemplo del *Amelia* pronto fue seguido por otros barcos ingleses y americanos, y así se abrieron los enormes caladeros del cachalote del Pacífico. Mas no satisfecha por esta importante gesta, la infatigable firma se puso de nuevo en marcha: Samuel y todos sus hijos —cuántos, sólo su madre lo sabe—; y bajo sus inmediatos auspicios, y parcialmente, creo, a sus expensas, se indujo al gobierno británico a enviar la corbeta de guerra *Rattler* al mar del sur en una expedición de exploración ballenera. Comandada por un capitán de navío, la *Rattler* hizo que fuera una sonora expedición[125], y de cierta utilidad; cuánta, no se refleja. Mas esto no es todo. En 1819 la misma firma aparejó un barco ballenero de exploración suyo propio, para que hiciera un viaje experimental a las remotas aguas del Japón. Ese barco —bien llamado el *Sirena*— realizó una digna travesía de prueba; y así fue que se conoció por vez primera el gran caladero de ballena japonés. El *Sirena* fue comandado en esta famosa expedición por un capitán apellidado Coffin, un nativo de Nantucket.

Todos los honores, por tanto, para los Enderbys, cuya firma, creo, sigue existiendo en la actualidad; aunque indudablemente el primigenio Samuel hace mucho que debe haberse deslizado por su cable hacia el gran mar del sur del otro mundo.

El barco bautizado en su nombre era digno del honor, al ser una nave de navegación rápida y noble en todo aspecto. Yo subí a bordo de él una medianoche en algún lugar de las aguas de la costa de la Patagonia, y bebí un buen *flip*[126] abajo, en el castillo. Fue un buen *gam* el que mantuvimos, y todos eran buena gente… todos los de a bordo. Corta vida para ellos, y una alegre muerte. Y ese buen *gam* que mantuvimos —después, mucho después de que el viejo Ajab tocara sus planchas con su talón de marfil— me trae a la mente la noble, sólida hospitalidad sajona de aquel barco; y que me perdone mi párroco, y que me recuerde el Diablo, si alguna vez la dejo de tener presente. ¿*Flip*? ¿Dije que tomamos *flip*? Sí, y lo aventamos a una media de diez galones por hora[127]; y cuando llegó el temporal

(pues allí, por la Patagonia, hay frecuentes temporales), y todos los tripulantes —visitantes incluidos— fuimos llamados a tomar rizos en las gavias, estábamos tan cargados que tuvimos que bascularnos unos a otros hacia arriba, en las bolinas; y sin darnos cuenta aferramos los faldones de nuestras zamarras dentro de las velas, de manera que allí quedamos colgados, bien sujetos en medio del aullante temporal, una ejemplar advertencia para todos los marineros borrachos. No obstante, los mástiles no se fueron por la borda; y poco a poco fuimos capaces de bajar, tan sobrios que tuvimos que pasar de nuevo el *flip*, aunque la brutal rociada salada que caía por el escotillón del castillo lo diluía y lo encurtía más bien demasiado para mi gusto.

La carne era buena, no obstante… correosa, aunque con chicha. Bien que a ciencia cierta no sé lo que era; unos decían que era buey, otros que dromedario. También tenían *dumplings*; pequeños pero substanciosos, simétricamente globulares e indestructibles. Yo me hice la idea de que podías sentirlos y darles vueltas dentro de ti una vez tragados. Si te inclinabas demasiado hacia delante corrías el riesgo de que se te salieran como bolas de billar. El pan… aunque eso no se podía evitar; además, era un antiescorbútico; en concreto, el pan contenía el único alimento fresco que tenían[128]. Mas el castillo no tenía mucha luz, y era muy fácil apartarse a un rincón oscuro cuando lo comías. En resumen, tomándolo desde la galleta a la caña, considerando las dimensiones de los pucheros del cocinero, incluyendo sus propios pucheros vivos de pergamino; de proa a popa, digo, el *Samuel Enderby* era un barco alegre, de buen y abundante alimento magnífico y fuerte *flip*, y unos tipos estupendos todos, desde los talones de las botas hasta la cinta del sombrero.

Mas ¿por qué creéis que el *Samuel Enderby*, y algunos otros balleneros ingleses que yo conozco —no todos, no obstante—, eran barcos hospitalarios tan celebrados; que compartían la carne, y el pan, y la lata, y el chiste; y tardaban en cansarse de comer, y de beber y de reír? Os lo diré. El abundante buen humor de estos balleneros ingleses es asunto de investigación histórica. Y en cuanto a investigación histórica yo no he sido ahorrativo en modo alguno cuando ha parecido necesario.

Los ingleses fueron precedidos en la pesquería de la ballena por los holandeses, los neozelandeses y los daneses; de los que tomaron muchos términos todavía existentes en la pesquería, y lo que aún es más, sus pródigas antiguas costumbres relativas al copioso comer y beber. Pues los mercantes ingleses, por regla general, reducen sus tripulaciones; mas no así el ballenero inglés. Por tanto, entre los ingleses, este asunto del buen humor ballenero no es normal y natural, sino incidental y particular; y, en consecuencia, debe tener algún origen especial, que es el que aquí se señala, y que posteriormente se elucidará aún más.

Durante mis investigaciones en las historias leviatánicas, me topé con un antiguo volumen holandés, que, por su mohoso olor a ballena, supe que debía tratar sobre balleneros. El título era *Dan Coopman*, de donde saqué la conclusión de que debían ser las invaluables memorias de algún tonelero de Ámsterdam que estuvo en la pesquería, pues todo barco ballenero debe tener su tonelero. Me confirmé en esta opinión al ver que era creación de un tal «Fitz Swackhammer». Mas mi amigo el doctor Snodhead, un hombre muy instruido, profesor de bajo holandés y alto alemán en la Facultad de Santa Claus y de San Pott, al que pasé la obra para su traducción, entregándole una caja de velas de esperma en compensación por sus molestias… este mismo doctor Snodhead, tan pronto como vio el libro, me aseguró que *Dan Coopman* no significaba *El tonelero*, sino *El mercader*. En breve, este antiguo y erudito libro en bajo holandés trataba sobre el comercio en Holanda; y, entre otras materias, contenía un muy interesante informe sobre su pesquería de la ballena. Y fue en este capítulo, encabezado «*Smeer*», o «Grasa», donde encontré una larga lista detallada de los víveres para las bodegas y almacenes de 180 veleros balleneros holandeses; de la cual lista, tal como la tradujo el doctor Snodhead, transcribo lo siguiente:

400.000 libras de carne de buey.
60.000 libras de cerdo de Friesland.
150.000 libras de pescado en salazón.
550.000 libras de bizcocho.
72.000 libras de pan blando.

2.800 tarrinas de mantequilla.
20.000 libras de queso Texel y Leyden.
144.000 libras de queso (probablemente un artículo de calidad inferior).
550 barriletes de ginebra.
10.800 barriles de cerveza.

La mayoría de las tablas estadísticas son pergaminosamente secas de leer; no es así, no obstante, en el presente caso, donde el lector se ve inundado por cubas, barriles, litros y cuartillos de buena ginebra y buen celebrar.

En aquel entonces dediqué tres días a la estudiosa digestión de toda esta cerveza, esta carne y este pan, durante los cuales incidentalmente se me ocurrieron muchos pensamientos profundos, aptos para una aplicación trascendental y platónica; y, más aún, compilé tablas suplementarias propias, relativas a la cantidad probable de pescado en salazón, etc. consumida por cada arponero bajoholandés en aquella antigua pesquería de la ballena de Groenlandia y Spitzbergen. En primer lugar, las cantidades de mantequilla y de queso de Texel y Leyden consumidas parecen sorprendentes. Yo lo imputo, no obstante, a sus naturalmente untuosas naturalezas, que se tornan aún más untuosas por la naturaleza de su vocación, y en especial por perseguir a sus presas en aquellos frígidos mares polares, en las propias costas de ese país esquimal donde los sociables nativos se endeudan en recipientes de aceite de tren.

La cantidad de cerveza es también muy grande, 10.800 barriles. Ahora bien, como esas pesquerías polares sólo podían realizarse en el corto verano de ese clima, de manera que la expedición completa de estos balleneros holandeses, incluyendo el corto viaje de ida y vuelta al mar de Spitzbergen, no excedía en mucho, digamos, a tres meses, y como calculando 30 hombres en cada barco de su flota de 180 veleros obtenemos un total de 5.400 marinos bajoholandeses; por tanto, digo, tenemos exactamente dos barriles de cerveza por cada hombre para un periodo de doce semanas, aparte de su buena porción de esos 550 barriletes de ginebra. Ahora bien, si estos arponeros de la cerveza y la ginebra, tan

bebidos como uno puede imaginarse que debieron estar, eran el tipo adecuado de hombre para levantarse en la proa de una lancha y apuntar con certeza a ballenas que huyen, en cierto modo esto podría parecer improbable. No obstante, a ellas apuntaron, y también las alcanzaron. Mas esto ocurrió muy al norte, recuérdese, donde la cerveza va bien con la constitución; en el ecuador, en nuestra pesquería del sur, la cerveza haría que el arponero se volviera soñoliento en el tope y ebrio en su lancha; y una penosa pérdida podría resultar para Nantucket y New Bedford.

Pero basta ya; suficiente se ha dicho para mostrar que los antiguos balleneros holandeses de hace dos o tres siglos fueron gente de buen vivir; y que los balleneros ingleses no han echado en saco roto tan excelente ejemplo. Pues, dicen ellos, al navegar en un barco vacío, si no podéis sacarle nada mejor al mundo, sacadle al menos una buena cena. Lo cual agota el decantador.

CAPÍTULO CII UN CENADOR EN LAS ARCÁSIDAS>[129]

Hasta ahora, al tratar descriptivamente del cachalote, me he ocupado principalmente de las maravillas de su aspecto exterior; o separadamente y en detalle, de unas pocas características estructurales interiores. Pero para una comprensión suya amplia y de conjunto me resulta ahora necesario desabotonarle aún más, y deshacer los nudos de sus calzas, desabrochar las hebillas de sus ligas, y dejando sueltos los corchetes y las presillas de las articulaciones de sus huesos más interiores, presentarlo ante vosotros en su ultimidad; es decir, en su incondicional esqueleto.

¿Mas cómo es eso, Ismael? ¿Cómo es que vos, un simple remero de la pesquería, pretendéis conocer algo de las partes subterráneas de la ballena? ¿Acaso el sabio Stubb, subido sobre el cabrestante, dio conferencias sobre la anatomía de los cetáceos; y con ayuda del molinete exhibió en alto un espécimen de costilla? Explicaos, Ismael. ¿Podéis plantar una ballena adulta en vuestra cubierta para que sea examinada, lo mismo que un cocinero pone un cochinillo asado en el plato? Con

seguridad que no. Habéis sido un testigo fiable hasta aquí, Ismael; mas cuidaos de cómo os arrogáis el privilegio exclusivo de Jonás; el privilegio de disertar sobre las vigas y las viguetas; los pares, parhileras, durmientes y puntales que forman el armazón del leviatán; e igualmente sobre los depósitos de sebo, las lecherías, mantequillerías y queserías de sus intestinos.

Confieso que, desde Jonás, pocos balleneros han penetrado mucho bajo la piel de la ballena adulta; sin embargo, yo he tenido la fortuna de gozar de una oportunidad de diseccionarla en miniatura. En un barco en el que serví, se izó a cubierta en una ocasión una pequeña cría de cachalote, por su bolsillo o bolsa[130], para hacer con él vainas para los ganchos de los arpones y las puntas de las lanzas. ¿Pensáis que dejé pasar esa oportunidad sin emplear mi hachuela de lancha y mi navaja, y romper el sello y leer todo el contenido de esa joven cría?

Y por lo que respecta al exacto conocimiento de los huesos del leviatán en su gigantesco desarrollo adulto, ese singular conocimiento se lo debo a mi difunto regio amigo Tranquo, rey de Tranque, una de las Arsácidas. Pues estando hace años en Tranque, cuando servía en el barco mercante *Dey*, de Argel, fui invitado a pasar parte de las vacaciones arsácidas con el señor de Tranque en su apartada villa de palmeras de Pupella; una cala costera no muy lejana de lo que nuestros marineros llamaban Ciudad Bambú, su capital.

Entre muchas otras excelentes cualidades, mi regio amigo Tranquo estaba dotado de una devota pasión hacia todo tipo de primitivos objetos curiosos y artísticos y, consecuentemente, había reunido en Pupella toda pieza peculiar que los más ingeniosos de su pueblo hubieran podido concebir; principalmente maderas talladas de maravilloso ingenio, conchas cinceladas, picas taraceadas, costosas palas, aromáticas canoas; y todo ello distribuido entre cuanta maravilla natural que las tributarias olas cargadas de prodigios habían arrojado a sus costas.

Principal entre estas últimas era un gran cachalote, que tras una inusualmente larga y furiosa galerna había sido encontrado muerto y varado con su cabeza contra un cocotero, cuyos penachos colgantes, similares a un plumaje, parecían su verdoso surtidor. Cuando el enorme

cuerpo fue finalmente despojado de sus envoltorios de brazas de grosor, y los huesos al sol se volvieron secos como el polvo, entonces el esqueleto fue cuidadosamente transportado hasta la cala de Pupella, donde un gran templo de señoriales palmeras le proporcionaba ahora abrigo.

De las costillas colgaban trofeos; las vértebras estaban talladas con anales arsácidos en extraños jeroglíficos; en el cráneo los sacerdotes mantenían una perpetua llama aromática, de manera que la mística cabeza lanzaba de nuevo su vaporoso chorro; mientras, suspendida de una rama, la terrible mandíbula inferior vibraba sobre todos los devotos como la espada colgada de una crin que tanto aterrorizó a Damocles.

Era una visión extraordinaria. El bosque era verde como el musgo de Icy Glen; los árboles se erguían altos y altaneros, conscientes de su savia viva; la industriosa tierra bajo ellos era como el telar del tejedor, con una espléndida alfombra en él, en la que los zarcillos de las enredaderas de tierra formaban la trama y la urdimbre, y las flores vivas las figuras. Todos los árboles, con todas sus ramas cargadas; todos los arbustos y helechos y hierbas; el aire portador de mensajes: todo ello estaba incesantemente activo. A través de los entrelazados de las hojas, el gran sol parecía una lanzadera volante tejiendo el infatigado verdor. ¡Ah, atareado tejedor!, ¡oculto tejedor!… ¡Deteneos!… ¡una palabra!… ¿hacia dónde va la tela?, ¿qué palacio va a alfombrar?, ¿para qué todas estas incesantes labores? ¡Hablad, tejedor!… ¡detened vuestra mano!… ¡sólo una palabra con vos! Nada… la lanzadera vuela… las figuras salen flotando del telar; la alfombra que brota con ímpetu sale deslizándose perennemente. El dios tejedor teje; y con ese tejer se ensordece, que no escucha voz mortal; y también nosotros, que miramos al telar, somos por ese resonar ensordecidos; y sólo cuando escapemos de él escucharemos las mil voces que hablan a su través. Pues así exactamente sucede en todas las fábricas textiles. Las palabras dichas, que son inaudibles entre los husos rotantes, esas mismas palabras se escuchan claramente fuera de las paredes, surgiendo por las ventanas abiertas. De este modo se han detectado villanías. ¡Oh, mortal, sed entonces precavido!; pues de esta manera, en mitad de todo este barullo del gran telar del mundo, vuestros más sutiles pensamientos puede que sean escuchados desde lejos.

Ahora bien, entre el verde e incansablemente vivo telar de ese bosque arsácido, yacía holgando el adorado gran esqueleto blanco… ¡un gigantesco haragán! No obstante, mientras en torno suyo se entremezclaban y resonaban la verde trama y la verde urdimbre, siempre entretejiéndose, el poderoso haragán parecía el taimado tejedor; él mismo todo tejido por encima con las enredaderas; asumiendo un reverdecer más fresco y más verde cada mes; aun siendo un esqueleto. La vida envolvía a la muerte; la muerte emparraba la vida; el desolado dios maridaba la juvenil vida, y engendraba glorias de cabezas rizadas.

Ahora bien, cuando yo visité esta portentosa ballena junto al regio Tranquo, y vi de la calavera hecho un altar, y el humo artificial que ascendía de donde el verdadero surtidor había surgido, me admiré de que el rey considerara que una capilla fuera un objeto curioso y artístico. Él se rio. Aunque más me admiró que los sacerdotes juraran que ese humeante surtidor suyo era genuino. De aquí para allá anduve ante este esqueleto… aparté las enredaderas… atravesé las costillas… y con un ovillo de cordel arsácido, me aventuré en él, rondé largo tiempo entre sus muchas serpenteantes columnatas y pérgolas sombreadas. Aunque pronto se acabó mi hilo y, siguiéndolo de vuelta, surgí por la apertura por la que había entrado. No vi nada vivo en el interior; nada había allí, salvo huesos.

Cortándome una verde vara de medir, una vez más me sumergí dentro del esqueleto. Desde su saetera en el cráneo, los sacerdotes me observaron tomando la altitud de la costilla final.

—¡Cómo! —gritaron—. ¡Osáis medir a este nuestro dios! Ésa es tarea nuestra.

—Bueno, sacerdotes… bien, ¿qué longitud le asignáis, entonces?

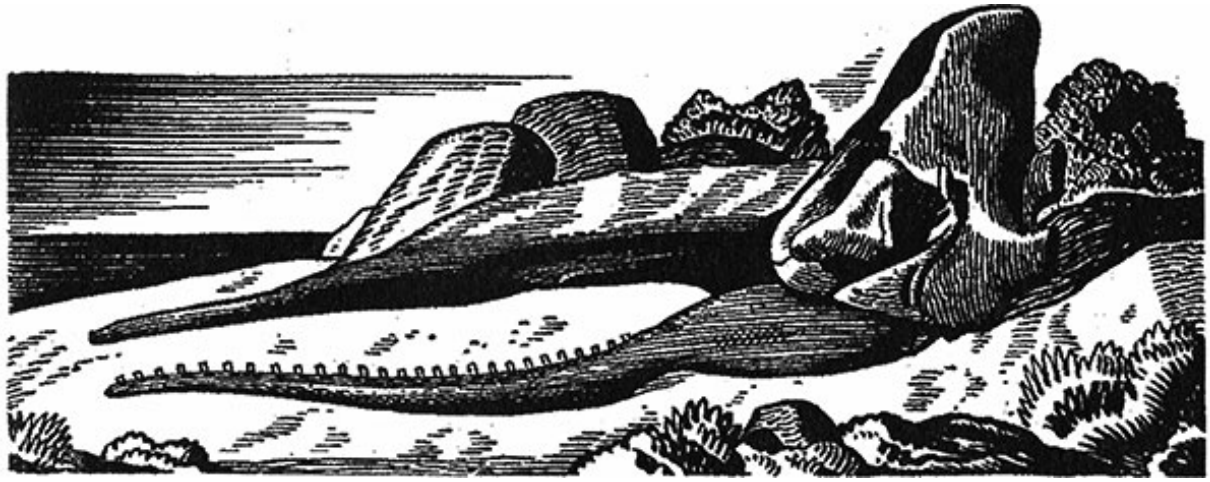
Mas sobre este punto se produjo entre ellos una feroz disputa referente a pies y a pulgadas; se partieron entre sí las seseras con sus reglas —el gran cráneo hacía eco— y, aprovechando esa afortunada oportunidad, rápidamente concluí mis propias mediciones.

Estas mediciones me propongo ahora presentarlas ante vosotros. Mas sea antes registrado que en este asunto yo no soy libre de emitir cualquier fantasiosa medición que me plazca. Pues existen autoridades de esqueletos a las que podéis recurrir para comprobar mi exactitud. Hay un museo

leviatánico, me dicen, en la ciudad inglesa de Hull, uno de los puertos balleneros de ese país, donde tienen unos buenos especímenes de rorcual y de otras ballenas. De igual modo, he oído decir que en el museo de Mánchester, en New Hampshire, tienen lo que los propietarios llaman «el único espécimen perfecto en los Estados Unidos de una ballena de Groenlandia o de río». Más aún, en un lugar de Yorkshire, en Inglaterra, de nombre Burton Constable, un cierto sir Clifford Constable posee el esqueleto de un cachalote, aunque de tamaño modesto, y en modo alguno de la magnitud adulta del de mi amigo el rey Tranquo.

En los dos casos, las ballenas varadas a las que estos esqueletos pertenecían fueron originalmente reclamadas por sus propietarios en base a similares fundamentos. El rey Tranquo se apropió de la suya porque la quería; y sir Clifford porque era el señor de los señoríos de esa zona. La ballena de sir Clifford ha sido totalmente articulada; de manera que, al igual que una gran cómoda, puedes abrirla y cerrarla en todas sus huesudas cavidades… desplegar sus costillas como un gigantesco ventilador, y balancearte todo el día sobre su mandíbula inferior. En alguna de sus trampillas y postigos hay que poner cerraduras; y un mayordomo guiará a los futuros visitantes con un manojo de llaves en su costado. Sir Clifford está considerando cobrar dos peniques por echar un vistazo a la galería de los susurros en la columna vertebral; tres peniques por escuchar el eco en el hueco de su cerebelo; y seis peniques por la sin par vista desde su frente.

Las dimensiones del esqueleto que ahora procederé a presentar están copiadas literalmente de mi brazo derecho, donde las hice tatuar; pues en mis salvajes correrías de aquella época no había otra manera segura de preservar tan valiosos datos. Mas como estaba escaso de espacio, y deseaba que las otras partes de mi cuerpo —al menos las partes no tatuadas que pudieran restar— quedaran en blanco para un poema que entonces estaba componiendo, no me preocupé de las pulgadas sueltas; y en modo alguno, efectivamente, deben figurar las pulgadas en una medición apropiada de la ballena.



CAPÍTULO CIII MEDICIÓN DEL ESQUELETO DE LA BALLENA

En primer lugar, deseo formular ante vosotros una particular y simple declaración referente a la mole viviente de este leviatán, cuyo esqueleto vamos brevemente a exhibir. Tal declaración puede resultar útil en este punto.

Según cuidadosos cálculos que he realizado, y que parcialmente baso en la estimación del capitán Scoresby, de setenta toneladas para las más grandes ballenas de Groenlandia de sesenta pies de longitud; según mis cuidadosos cálculos, digo, un cachalote de la mayor magnitud, entre ochenta y cinco y noventa pies de largo, y algo menos de cuarenta pies en su circunferencia mayor, semejante ballena pesaría al menos noventa toneladas; de manera que, calculando trece hombres por tonelada, pesaría considerablemente más que la población conjunta de un pueblo entero de mil cien habitantes.

¿No os parece, entonces, que para hacer que este leviatán ceda mínimamente a la imaginación de un hombre de tierra firme hay que echarle talento a modo de ganado enyuntado?

Habiendo ya de distintas maneras puesto ante vosotros su cráneo, su orificio surtidor, su mandíbula, sus dientes, su cola, su frente, sus aletas, y otras partes diversas, señalaré ahora simplemente lo que es más interesante en la mole general de sus descubiertos huesos. Mas como el

colosal cráneo abarca una proporción tan grande de la extensión total del esqueleto, como es, con mucho, la parte más complicada; y como en este CAPÍTULO nada referente a él va a ser repetido, no debéis dejar de tenerlo en vuestra mente, o bajo vuestro brazo, mientras procedamos, pues de otra manera no alcanzaréis una noción completa de la estructura general que estamos a punto de observar.

En longitud, el esqueleto de cachalote de Tranque medía setenta y dos pies; de modo que cuando en vida estuvo totalmente equipado y engrandecido, debió de haber tenido noventa pies de largo; pues en la ballena el esqueleto pierde alrededor de una quinta parte de longitud en comparación con el cuerpo vivo. De estos setenta y dos pies, su cráneo y mandíbula abarcaban unos veinte pies, quedando aproximadamente cincuenta pies de simple espinazo. Unido a este espinazo, a lo largo de algo menos de un tercio de su longitud, estaba el robusto canasto circular de costillas que en su momento cercó sus partes vitales.

Para mí, este enorme pecho formado de costillas de marfil, con la larga y tensa columna vertebral extendiéndose lejos de él en línea recta, no se asemejaba en poco al embrionario casco de un gran barco recién plantado sobre la grada, cuando sólo se han insertado unas veinte de sus desnudas cuadernas de amura, y la quilla es por lo demás, hasta ese momento, sólo un largo madero suelto.

Las costillas eran diez a cada lado. La primera, comenzando desde el cuello, tenía cerca de seis pies de longitud; la segunda, tercera y cuarta eran sucesivamente más largas, hasta que llegabas al clímax de la quinta, una de las costillas medias, que medía ocho pies y algunas pulgadas. Desde esa parte, las restantes costillas disminuían, hasta que la décima y última sólo abarcaba cinco pies y algunas pulgadas. En grosor general, todas mantenían una armónica correspondencia con su longitud. Las costillas medias eran las más arqueadas. En algunas de las Arsácidas las utilizan como vigas sobre las que tender puentes de senderos sobre pequeños arroyos.

Al considerar estas costillas, no pude sino verme de nuevo sorprendido por la circunstancia, tan variadamente repetida en este libro, de que el esqueleto de la ballena no es en modo alguno el molde de su figura

revestida. La mayor de las costillas de Tranque, una de las medianas, ocupaba esa parte del pez que en vida es de mayor grosor. Ahora bien, el mayor grosor del cuerpo revestido de esta particular ballena debió de haber sido al menos de dieciséis pies; mientras que la correspondiente costilla medía poco más de ocho. De manera que esta costilla sólo revelaba la mitad de la verdadera noción de la magnitud vital de esa parte. Además, durante cierto tramo, donde yo ahora veía sólo una columna vertebral pelada, todo aquello había estado en otro momento envuelto en toneladas de adicional masa de carne, músculo, sangre y entrañas. Aún más, en lugar de las amplias aletas, aquí yo sólo veía unas pocas articulaciones desordenadas; y en lugar de las palmas, pesadas y mayestáticas, aunque carentes de hueso, ¡un vacío total!

Qué vano e insensato, entonces, pensé, que el tímido hombre que no conoce mundo trate de comprender correctamente esta portentosa ballena sólo con echar una ojeada sobre su aminorado esqueleto muerto, desplegado en este pacífico bosque. No. Únicamente en el corazón de los más palpitantes riesgos; únicamente al estar en los remolinos de sus iracundas palmas; únicamente en el profundo mar ilimitado puede la ballena, enteramente guarnida, ser auténtica y vitalmente revelada.

Y la columna vertebral. Para ella, la mejor manera es, con una grúa, apilar sus huesos hacia arriba empinados. Una empresa no breve. Pero ahora que está finalizada se asemeja mucho a la columna de Pompeyo.

En total hay algo más de cuarenta vértebras, que en el esqueleto no están ensambladas. Más bien se sitúan como los grandes bloques redondeados de un chapitel gótico, formando sólidas hiladas de pesada fábrica. La mayor, una de la mitad, tiene de ancho algo menos de tres pies, y de grosor más de cuatro. La más pequeña, donde la columna vertebral disminuye por la cola, sólo es de dos pulgadas de ancho, y semeja una blanca bola de billar. Me dijeron que las había aún menores, pero que habían sido extraviadas por unos pequeños golfos caníbales, los hijos de los sacerdotes, que las habían robado para jugar a las canicas. Así vemos cómo es que la columna vertebral de incluso el más enorme de los seres vivos se reduce finalmente a un simple juego de niños.

CAPÍTULO CIV — LA BALLENA FÓSIL

En su poderosa mole, la ballena ofrece tema de lo más propicio sobre el que extenderse, expandirse y, en general, explayarse. Aunque quisierais, no podríais comprimirla. Por derecho propio debería ser tratada sólo en imperiales folios. Por no hablar de nuevo de los estadios suyos desde espiráculo a cola, y las yardas que mide alrededor de la cintura, pensad sólo en las gigantescas involuciones de sus intestinos, que se albergan en ella como grandes cables y maromas arrollados en el sollado de un barco de la línea.

Ya que he asumido ocuparme de este leviatán, me corresponde mostrarme omniscientemente exhaustivo en la tarea; no pasando por alto ni los más diminutos gérmenes seminales de su sangre, y desenroscando incluso la vuelta más remota de sus intestinos. Al haberle ya descrito en la mayor parte de sus actuales peculiaridades habitatorias y anatómicas, resta ahora magnificarle desde un punto de vista arqueológico, fosilífero y antediluviano. Aplicados a cualquier otra criatura distinta del leviatán —a una hormiga o una mosca—, tales rumbosos términos podrían en justicia ser considerados injustificadamente grandilocuentes. Pero cuando el leviatán es el texto, el caso se altera. Gustoso me siento de tambalearme hacia esta empresa bajo las más pesadas palabras del diccionario. Y dígase aquí que siempre que ha sido conveniente consultar una en el transcurso de estas disertaciones, invariablemente he utilizado una enorme edición en cuarto del Johnson, expresamente adquirida para este propósito; pues la inusual mole personal de ese famoso lexicógrafo le hacía adecuado para compilar un léxico que fuera usado por un autor ballenero como yo.

Uno a menudo oye hablar de escritores que se enaltecen y se hinchan con su tema, aunque pueda parecer un tema meramente vulgar. ¿Qué, entonces, ocurrirá conmigo, al escribir sobre este leviatán? Inconscientemente mi caligrafía se expande a mayúsculas de cartel. ¡Dadme la pluma de un cóndor! ¡Dadme el cráter del Vesubio como tintero! ¡Amigos, sujetadme los brazos! Pues en el mero acto de poner sobre el papel mis pensamientos sobre este leviatán, éstos me agotan, y me hacen desfallecer con su rebosante abarcabilidad de ámbito, como si incluyeran el círculo total de las ciencias, y todas las generaciones de ballenas, y hombres, y mastodontes, pasados, presentes y por venir, junto con todos los giratorios panoramas[131] de dominio sobre la tierra, y a través de todo el universo, sin excluir sus suburbios. ¡Tal y tan engrandecedora es la virtud de un magno y expansivo tema! Nos dilatamos hasta su mole. Para producir un libro colosal, debes elegir un colosal asunto. Jamás podrá escribirse un volumen grandioso y perdurable sobre la mosca, aunque muchos haya que lo han intentado.

Previamente a entrar en el tema de las ballenas fósiles, presento mis credenciales como geólogo, declarando que en el tiempo que he dedicado a actividades diversas he sido cantero, y también un gran cavador de zanjas, canales y pozos, bodegas, sótanos y cisternas de todo tipo. De igual manera, a modo de preliminar, deseo recordar al lector que mientras que en los más antiguos estratos geológicos se encuentran los fósiles de monstruos ahora casi completamente extintos, los subsecuentes restos descubiertos en lo que se llaman formaciones terciarias parecen los vínculos que conectan, o al menos son intermedios, entre las criaturas anteriores a las crónicas, y aquellas por cuya remota posteridad se dice que entraron en el Arca: todas las ballenas fósiles hasta ahora descubiertas pertenecen al periodo terciario, que es el último anterior a las formaciones superficiales. Y aunque ninguna de ellas responde precisamente a ninguna especie conocida del presente, son suficientemente similares a ellas en aspectos generales para justificar que adquieran el rango de fósiles cetáceos.

Fósiles rotos sueltos de ballenas preadánicas, fragmentos de sus huesos y esqueletos, han sido encontrados durante los últimos treinta años, en

estratos distintos, en la base de los Alpes, en Lombardía, en Francia, en Inglaterra, en Escocia y en los estados de Luisiana, Mississippi y Alabama. Entre los más curiosos de estos restos están un trozo de cráneo, que en el año 1779 fue desenterrado en la Rue Dauphine, en París, una pequeña calle que se abre casi directamente al palacio de las Tullerías; y los huesos desenterrados al excavar los grandes muelles de Amberes, en época de Napoleón. Cuvier declaró que estos fragmentos habían pertenecido a algunas especies leviatánicas totalmente desconocidas.

El más maravilloso, con mucho, de todos los restos cetáceos era el enorme esqueleto casi completo de un monstruo extinto, encontrado en el año 1842 en la plantación del juez Creagh, en Alabama. Los crédulos y espantados esclavos de la vecindad lo tomaron por los huesos de uno de los ángeles caídos. Los médicos de Alabama lo declararon un reptil enorme, y le otorgaron el nombre de Basilosaurus. Mas al llevarle unos huesos de muestra al otro lado del mar a Owen, el anatomista inglés, resultó que este supuesto reptil era una ballena, aunque de una especie desaparecida. Una significativa ilustración del hecho repetido una y otra vez en este libro, de que el esqueleto de la ballena aporta apenas un pequeño indicio de la forma de su cuerpo totalmente equipado. Así que Owen renombró al monstruo Zeuglodón; y en su comunicación leída ante la Sociedad Geológica de Londres básicamente lo declaró una de las más extraordinarias criaturas que las mutaciones del globo han borrado de nuestra existencia.

Cuando estoy entre estos poderosos esqueletos, estos cráneos, colmillos, mandíbulas, costillas y vértebras de leviatán, caracterizados todos por semejanzas parciales a las razas de monstruos del mar existentes; aunque teniendo al mismo tiempo, por otra parte, afinidades similares a los aniquilados leviatanes anteriores a las crónicas, sus indatables antepasados, me veo trasladado por una corriente a ese portentoso periodo, antes de que el propio tiempo pueda decirse que hubiera comenzado; pues el tiempo comenzó con el hombre. Aquí el caos gris de Saturno rueda sobre mí, y alcanzo veladas y temblorosas visiones fugaces de esas eternidades polares, cuando bastiones de hielo en forma de cuña presionaban sobre lo que ahora son los trópicos; y en todas las 25.000

millas de la circunferencia de este mundo no era visible un palmo de tierra habitable. Entonces el mundo entero era de la ballena; y, reina de la creación, dejaba su estela por las líneas actuales de los Andes y los Himalayas. ¿Quién puede esgrimir un pedigrí como el del leviatán? El arpón de Ajab había derramado sangre más antigua que la de los faraones. Matusalén parece un escolar. Me doy la vuelta para estrechar la mano de Sem. Me siento horrorizado ante esta antemosaica, ilocalizada en su origen, existencia de los indecibles terrores de la ballena, que habiendo sido antes de todo tiempo, deben necesariamente existir después de que hayan finalizado todas las eras humanas.

Mas este leviatán no sólo ha dejado sus trazas prehumanas en las planchas de estereotipia de la naturaleza, y no sólo ha legado su antiguo busto en limo y marga; sino que sobre tabletas egipcias, cuya antigüedad parece reclamar un carácter casi fosilífero para ellas, encontramos la inconfundible huella de su aleta. En una estancia del gran templo de Denderah se descubrió hace unos cincuenta años, sobre el techo de granito, un planisferio esculpido y pintado en el que abundaban centauros, grifos y delfines, similares a las grotescas figuras de los globos celestes de los modernos. Deslizándose entre ellos, el viejo leviatán nadaba al modo de antaño; allí estaba nadando en ese planisferio, siglos antes de que Salomón fuera acunado.

Y no debe omitirse otro extraño testimonio de la antigüedad de la ballena en su propia realidad ósea posdiluviana, tal como fue expuesta por el venerable John Leo, el antiguo viajero de la Barbaría.

«No lejos de la costa tienen un templo, cuyas vigas y durmientes están hechos de huesos de ballena; pues en esa costa a veces aparecen ballenas muertas de monstruoso tamaño. La gente común imagina que, por un secreto poder otorgado por Dios al templo, ninguna ballena puede pasar junto a él sin sufrir una muerte inmediata. Pero la verdad del asunto es que a cada lado del templo hay rocas que se adentran dos millas en el mar, y que hieren a las ballenas cuando se posan sobre ellas. Conservan una costilla de ballena de milagrosa longitud, que descansando en el suelo con su parte convexa hacia arriba, forma un arco, cuya parte superior no puede ser alcanzada por un hombre a lomos de un camello. Esta costilla [dice

John Leo] se decía que había estado allí cien años antes de que yo la viera. Sus historiadores afirman que un profeta que profetizó a Mahoma fue originario de este templo, y algunos no dudan en afirmar que el profeta Jonás fue arrojado por la ballena en la base del templo.»

En este templo africano de la ballena os dejo, lector, y si fuerais nativo de Nantucket, y ballenero, allí silenciosamente rendiríais culto.

CAPÍTULO CV ¿DISMINUYE LA MAGNITUD DE LA BALLENA?… ¿PERECERÁ?

En tanto, entonces, que este leviatán viene renqueando hasta nosotros desde los manantiales de la eternidad, puede preguntarse con propiedad si en el largo curso de sus generaciones no ha degenerado respecto a la masa original de sus ancestros.

Mas al investigar encontramos que las ballenas de la actualidad no sólo son superiores en magnitud a aquellas cuyos restos fósiles se encuentran en el sistema terciario (abarcando un periodo geológico diferenciado anterior al hombre), sino que, de las ballenas encontradas en ese sistema terciario, aquellas que pertenecían a sus formaciones posteriores exceden en tamaño a aquellas de las anteriores.

De todas las ballenas prehumanas exhumadas hasta el momento, la mayor con diferencia es la de Alabama, mencionada en el último capítulo, y ésa tenía menos de setenta pies de longitud de esqueleto. Mientras que ya hemos visto que la cinta métrica da setenta y dos pies para el esqueleto de una ballena moderna de gran tamaño. Y, bajo palabra de ballenero, he oído hablar de cachalotes capturados de cerca de cien pies de largo en el momento de la captura.

Mas ¿no podría ser que, mientras que las ballenas del momento presente tienen ventaja en magnitud respecto a aquellas de todos los

periodos geológicos previos, no podría ser que hubieran degenerado desde los tiempos de Adán?

Con seguridad hemos de llegar a esa conclusión si damos crédito a los relatos de caballeros como Plinio y los naturalistas antiguos en general. Pues Plinio nos habla de ballenas que abarcaban acres de masa viviente, y Aldrovandus de otras que medían ochocientos pies de longitud… ¡Puentes colgantes y túneles del Támesis de ballenas! E incluso en los días de Banks y Solander, los naturalistas de Cooke, encontramos a un miembro sueco de la Academia de Ciencias que registra algunas ballenas de Islandia (ballenas reydar-fiskur, o de tripa arrugada) de ciento veinte yardas; es decir, trescientos sesenta pies. Y Lacépède, el naturalista francés, en su elaborada historia de las ballenas, registra en los mismos inicios de su trabajo (página 3) la ballena franca como de cien metros, trescientos veintiocho pies. Y esta obra fue publicada en fecha tan reciente como 1825 d.C.

Pero ¿creerá algún ballenero estas historias? No. La ballena de hoy en día es tan grande como sus antepasados en tiempos de Plinio. Y si alguna vez voy donde esté Plinio, yo, como ballenero (más de lo que él lo era), tendré la osadía de decírselo así. Pues no puedo comprender cómo es que mientras que las momias egipcias, que fueron enterradas miles de años antes de que Plinio naciera, no miden tanto en sus ataúdes como un nativo de Kentucky descalzo; y que mientras que el ganado y los otros animales esculpidos en las más antiguas tabletas de Egipto y Nínive, por las proporciones relativas en las que están dibujados, prueban igual de claramente que el ganado estabulado de calidad y casta de Smithfield no sólo iguala, sino que supera con mucho en magnitud a las más orondas de las vacas del faraón; visto todo esto, no admitiré que de todos los animales sólo la ballena haya degenerado.

Pero aún resta otra averiguación, una esgrimida a menudo por los más rebuscados nativos de Nantucket. Si a causa de los casi omniscientes vigías en los topes de los barcos balleneros, que ahora penetran incluso a través del estrecho de Bering y en el interior de las más remotas gavetas y armarios secretos del mundo; y de los mil arpones y lanzas arrojados a lo largo de todas las costas continentales; el punto a dirimir es si el leviatán

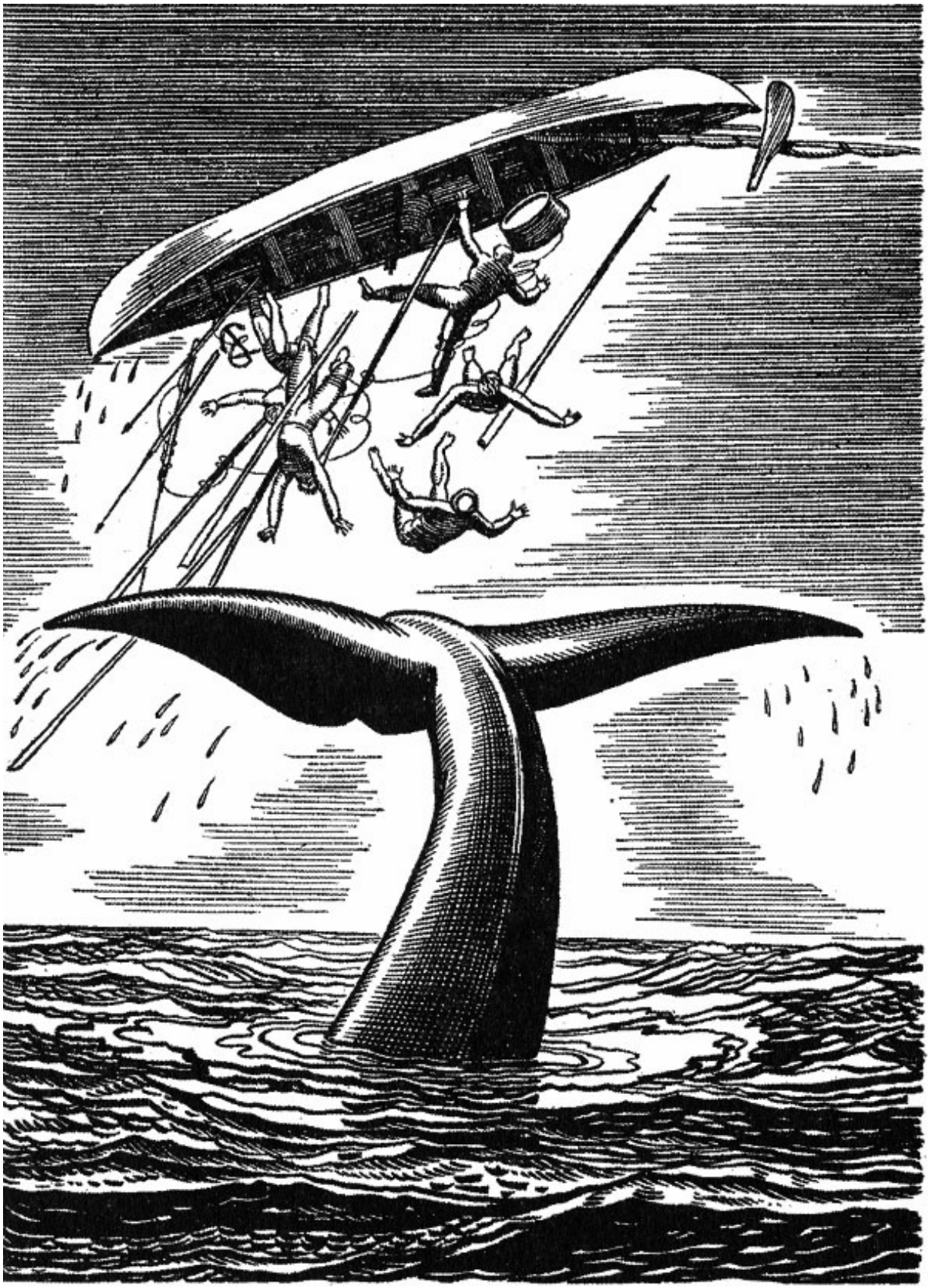
puede soportar mucho tiempo una caza tan extendida, y un estrago tan despiadado; si no ha de ser finalmente exterminado de las aguas, y la última ballena, como el último hombre, fumar su última pipa, y entonces evaporarse ella misma en la bocanada final.

Comparando las jorobadas manadas de ballenas con las jorobadas manadas de búfalos que no hace cuarenta años se extendían por decenas de miles en las praderas de Illinois y de Missouri, y agitaban sus melenas de hierro, y fruncían sus ceños preñados de trueno sobre los asentamientos de populosas capitales ribereñas, donde ahora el amable agente de bienes raíces os vende tierra a un dólar la pulgada; en semejante símil parece servido un irrefutable argumento para demostrar que la ballena cazada no puede librarse de una rápida extinción.

Mas debéis mirar este asunto desde todas las perspectivas. Aunque hace un periodo de tiempo tan corto —menos de la longitud normal de una vida— el censo de los búfalos de Illinois excedía al censo de los hombres existentes actualmente en Londres[132], y aunque hoy en día en toda esa región no queda de ellos ni un cuerno ni una pezuña; y aunque la causa de esta portentosa exterminación fue la lanza del hombre; sin embargo, la muy distinta naturaleza de la caza de la ballena impide terminantemente tan infame final para el leviatán. Cuarenta hombres en un barco, cazando el cachalote durante cuarenta y ocho meses, consideran que les ha ido extremadamente bien, y dan gracias a Dios, si al final llevan a puerto el aceite de cuarenta peces. Mientras que en los días de los antiguos cazadores indios y canadienses, y de los tramperos del Oeste, cuando ese lejano Oeste (en cuyo anochecer aún se alzan soles) era inexplorado y virgen, el mismo número de hombres con mocasines, para el mismo número de meses, montados a caballo en lugar de navegando en barcos, habría matado no cuarenta, sino más de cuarenta mil búfalos; un hecho que, de ser necesario, podría comprobarse estadísticamente.

Tampoco, bien considerado, parece argumento a favor de la gradual extinción del cachalote el que, por ejemplo, en años anteriores (digamos, la parte final del siglo anterior) estos leviatanes se encontraran en pequeños hatos con mucha mayor frecuencia que en la actualidad y que, en consecuencia, las expediciones no fueran tan prolongadas, y también

fueran mucho más remunerativas. Pues, como se ha señalado en otro lugar, esas ballenas, influidas por ciertas disposiciones de seguridad, ahora nadan los mares en inmensas caravanas, de manera que, en una gran proporción, los ejemplares solitarios sueltos, las parejas, y hatos, y escuelas de otras épocas ahora se unen en ejércitos enormes, aunque muy distanciados e infrecuentes. Eso es todo. E igualmente falaz parece la presunción de que a causa de que las llamadas ballenas de barba de ballena ya no frecuenten muchos caladeros en los que en años anteriores abundaban, esté por ello esa especie también en decadencia. Pues sólo se trata de que las sacan de un promontorio para llevarlas a un cabo; y si una costa ya no está animada con sus surtidores, estad seguros, entonces, de que algún otro y más alejado litoral ha sido muy recientemente sorprendido por el singular espectáculo.



Más aún: respecto a estos leviatanes recién mencionados, ellos tienen dos firmes fortalezas que con toda humana seguridad permanecerán por siempre inexpugnables. Y lo mismo que, ante las invasiones de sus valles, los escarchados suizos se han retirado a sus montañas; así, acosadas en las sabanas y claros de los mares medios, las ballenas de barba de ballena pueden finalmente replegarse a sus ciudadelas polares y, sumergiéndose bajo las postreras barreras y murallas vítreas que hay allí, surgir entre témpanos y campos helados; y, en un círculo encantado de un sempiterno diciembre, desafiar toda persecución del hombre.

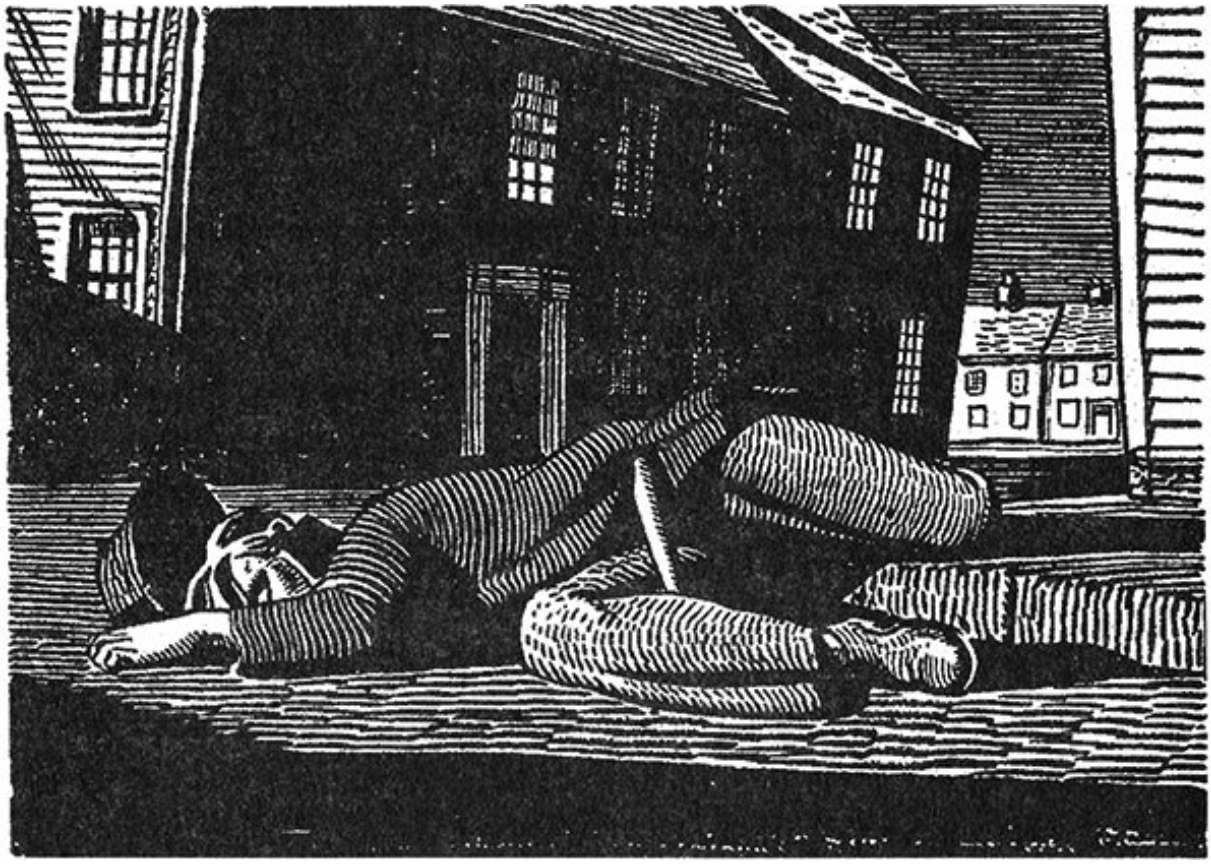
Mas dado que quizá se arponean cincuenta de estas ballenas de barba de ballena por cada cachalote, algunos filósofos del castillo de proa han llegado a la conclusión de que este verdadero estrago ha menguado ya muy seriamente sus batallones. Pero aunque ya hace algún tiempo que un cierto número de estas ballenas, no menos de 13.000, ha sido anualmente muerto en la costa noroeste únicamente por los americanos, hay, no obstante, consideraciones que hacen que incluso esta circunstancia sea de poco o ningún peso en este asunto como argumento contrario.

Siendo natural mostrarse algo incrédulo sobre la densidad de población de las más enormes criaturas del globo, qué diremos entonces a Horto, el historiador de Goa, cuando nos relata que, en una partida de caza, el rey de Siam capturó 4.000 elefantes; que en aquellas regiones los elefantes son tan numerosos como las manadas de ganado en los climas templados. Y no parece haber razón para dudar de que si estos elefantes, que ya han sido cazados durante mil años, por Semíramis, por Porus, por Aníbal, y por todos los sucesivos monarcas de Oriente… si todavía sobreviven allí en gran número, mucho más puede la gran ballena subsistir a toda caza, pues tiene unos pastos en los que vagar que son exactamente el doble de grandes que toda el Asia, ambas Américas, Europa y África, Nueva Holanda[133] y todas las islas del mar juntas.

Más aún; debemos considerar que, dada la supuesta gran longevidad de las ballenas, las cuales probablemente alcanzan una edad superior al siglo, en cualquier periodo de tiempo deben, por tanto, ser coetáneas varias generaciones adultas distintas. Y de lo que eso supone fácilmente

podremos hacernos cierta idea imaginando que todos los cementerios, camposantos y panteones familiares de la Creación entregaran los cuerpos vivos de todos los hombres, mujeres y niños que estaban vivos setenta y cinco años atrás; y añadieran este incontable gentío a la presente población humana del globo.

Dado lo cual, por todos estos motivos, consideramos la ballena inmortal en su especie, por muy perecedera que sea en su individualidad. Nadó en los mares antes de que los continentes partieran las aguas; en un tiempo nadó sobre el emplazamiento de las Tullerías, y el del castillo de Windsor, y el del Kremlin. En el Diluvio de Noé despreció el Arca; y si alguna vez el mundo vuelve a ser inundado, lo mismo que los Países Bajos, para matar a sus ratas, entonces la ballena eterna aún sobrevivirá y, alzándose sobre la cresta más alta del torrente ecuatorial, lanzará el chorro de su espumoso desafío a los cielos.



CAPÍTULO CVI LA PIERNA DE AJAB

La precipitada manera en la que el capitán Ajab había dejado el *Samuel Enderby* de Londres no estuvo privada de cierto pequeño grado de violencia hacia su propia persona. Con tal energía había descendido sobre una bancada de su lancha, que su pierna de marfil había recibido un golpe que la había medio astillado. Y cuando tras alcanzar su propia cubierta, y su propia cavidad de pivote en ella, giró de manera muy vehemente con una orden urgente a su timonel (fue, como siempre, algo referente a que no timoneaba con suficiente firmeza), entonces el ya castigado marfil sufrió semejante torsión y flexión adicional que, aunque la pierna aún se mantuvo entera, y según todas las apariencias robusta, Ajab, no obstante, no la consideró enteramente fiable.

Y, en efecto, poco de sorprendente había en que a pesar de toda su enajenada temeridad dominante, Ajab prestara a veces cuidadosa atención

a la condición de ese hueso muerto sobre el que parcialmente se sustentaba. Pues no fue mucho antes de que el *Pequod* zarpara de Nantucket, que una noche se le encontró tendido boca abajo en el suelo, e insensible; su extremidad de marfil, a causa de algún desconocido y aparentemente inexplicable e inimaginable accidente, se había desplazado con tanta violencia, que a modo de estaca había golpeado y casi perforado su entrepierna; y no había sido sin extrema dificultad que la dolorosísima herida había resultado completamente curada.

Tampoco en aquel momento había dejado de entrar en su monomaníaco intelecto que toda la angustia de aquel sufrimiento entonces presente no era sino la directa consecuencia de una anterior desgracia; y parecía ver con total claridad que lo mismo que el más venenoso reptil de la ciénaga perpetúa su estirpe de manera tan inevitable como el dulce cantor de la arboleda, así, al igual sucede con toda dicha, que todos los sucesos miserables engendran de modo natural sus análogos. Sí, más que al igual, pensaba Ajab; pues tanto el atavismo como la posteridad de la desdicha van más allá que el atavismo y la posteridad del gozo. Y sin sugerir esto: que es inferencia de ciertas enseñanzas canónicas que de algunos naturales deleites de aquí no nacerán hijos para el otro mundo, sino que, por el contrario, serán seguidos del infértil regocijo de toda la desesperación del Infierno; en tanto que algunas culpables miserias mortales aún engendrarán fértilmente de sí mismas una eternamente progresiva progenie de desdichas más allá de la tumba; sin sugerir esto en modo alguno, aún parece haber una desigualdad en el análisis más profundo de la cuestión. Pues, pensaba Ajab, mientras que incluso las más altas dichas terrenales siempre poseen una cierta insignificante mezquindad oculta en ellas, y todas las desgracias del corazón, por el contrario, poseen en el fondo una significación mística, y, en algunos hombres, una arcangélica grandeza; de igual modo la diligente indagación de su linaje dejar traslucir la obvia deducción. Rastrear las genealogías de estas excelsas miserias mortales nos transporta finalmente entre las primogenituras de los dioses carentes de manantiales primigenios; de manera que a pesar de todos los gratos soles feraces, y todas las redondas lunas de agosto de dulce chinchín, debemos admitir esto: que los propios

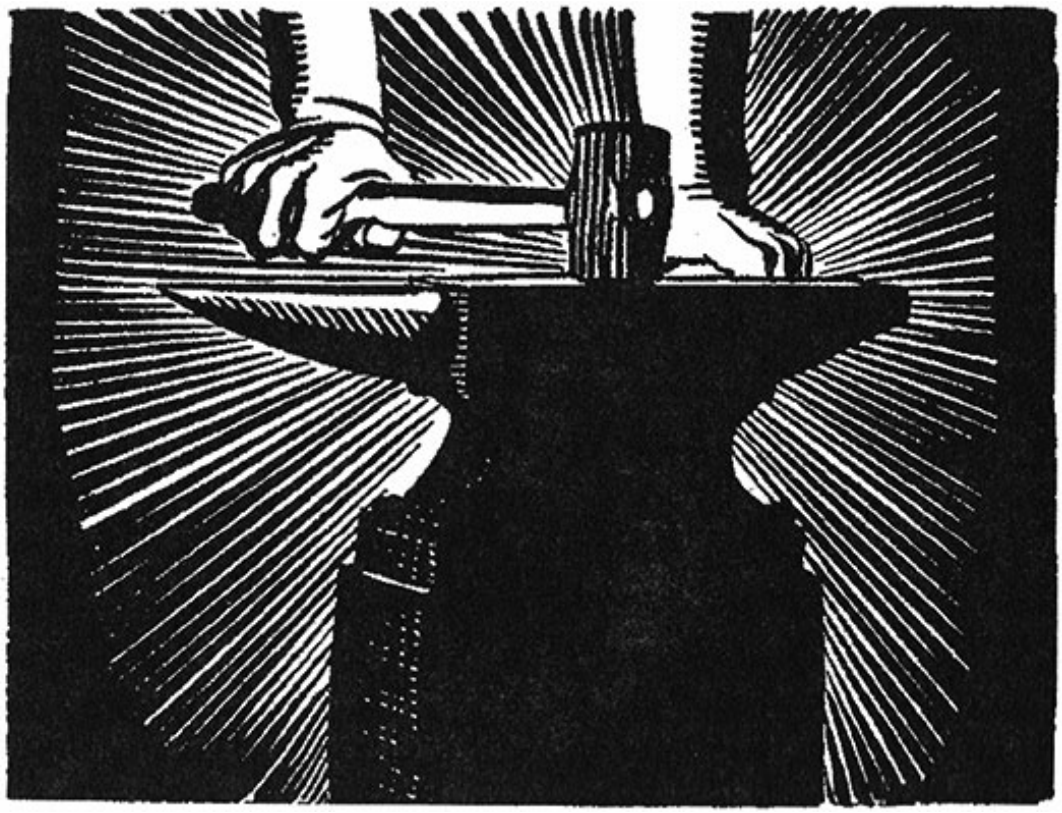
dioses no siempre están contentos. La imborrable triste marca de nacimiento en la frente del hombre sólo es el sello de la aflicción de los signatarios.

Inadvertidamente se ha divulgado aquí un secreto, que quizá, más propiamente, debería haber sido revelado antes en forma establecida. Junto con muchas otras particularidades referentes a Ajab, para algunos nunca había dejado de ser un misterio el porqué durante un cierto periodo, tanto antes como después de la partida del *Pequod*, se había ocultado con semejante exclusividad propia de Gran Lama; y durante ese particular intervalo había, aparentemente, buscado mudo refugio, por así decirlo, entre el marmóreo senado de los muertos. El lenguaraz motivo del capitán Peleg para este asunto en modo alguno parecía adecuado; aunque, efectivamente, como todo lo referido a la parte más profunda de Ajab, cada revelación participaba más de significativa oscuridad que de explicativa luz. Mas al final todo emergió; este asunto, al menos, lo hizo. Ese terrible contratiempo estaba en el fondo de su reclusión temporal. Y no sólo eso, sino que para aquel círculo menguante existente en tierra, cada vez más restringido, que por alguna razón poseía el privilegio de un menos vedado acercamiento a él; para aquel retraído círculo, la más arriba apuntada desgracia —tal como permanecía apesadumbradamente inexplicada por Ajab— se investía por sí sola de terrores no enteramente ajenos a la tierra de los espíritus y los lamentos. De manera que, a través de su celo por él, todos habían conspirado para embozar ante los demás, en lo que a ellos concernía, el conocimiento de este asunto; y de ahí que hasta que no hubo pasado un considerable intervalo no se filtrara sobre las cubiertas del *Pequod*.

Mas sea todo esto como fuere; tuvieran o no que ver con el terrenal Ajab el ambiguo e invisible sínodo del aire, o los vengativos príncipes y potentados del fuego, en este preciso asunto de la pierna él, no obstante, adoptó un procedimiento sencillo y práctico… Llamó al carpintero.

Y cuando ese menestral apareció ante su persona le indicó sin tardanza que se pusiera a hacer una nueva pierna, e indicó a los oficiales que se cuidaran de que dispusiera de todos los pilares y viguetas de marfil de mandíbula (cachalote) que hasta el momento se habían almacenado en la

expedición, con objeto de asegurarse de que se realizaba una cuidadosa selección del material más fuerte y de fibra más perfecta. Hecho esto, el carpintero recibió órdenes de completar la pierna esa noche; y de suministrar todas las sujeciones para ella, independientemente de aquellas pertenecientes a la descartada en uso. Más aún, se ordenó que la forja del barco fuera izada desde su temporal holganza en la bodega; y para acelerar la tarea se ordenó al herrero que procediera inmediatamente a forjar cualesquiera implementos que pudieran ser necesarios.



CAPÍTULO CVII EL CARPINTERO

Sentaos sultanamente entre las lunas de Saturno[134], y considerad al excelso abstracto hombre en sí mismo; y parece un portento, una dignidad, y una aflicción. Pero desde el mismo lugar considerad a la humanidad en masa y, en su mayor parte, tanto contemporánea como hereditariamente, parece una turba de innecesarios duplicados. Mas el carpintero del *Pequod*, aunque muy humilde, y lejos de constituir un ejemplo de la excelsa abstracción humana, no era un duplicado; por ello ahora aparece en persona en este escenario.

Como todos los carpinteros que se embarcan, y más especialmente los que sirven en navíos balleneros, era en cierta práctica y brusca manera igualmente experimentado en numerosos oficios y profesiones colaterales a la suya propia; siendo la carrera de carpintero el antiguo y expandido tronco de todas esas artesanías que más o menos tienen que ver con la madera como material auxiliar. Pero, además de aplicársele la anterior observación genérica, este carpintero del *Pequod* era singularmente eficaz en esas miles de innombradas emergencias mecánicas que continuamente ocurren en un gran barco a lo largo de una expedición de tres o cuatro años en muy lejanos e incivilizados mares. Pues sin mencionar su habilidad en tareas ordinarias (reparar las lanchas desfondadas, las pértigas rotas, rectificar el contorno de remos de pala deformada, insertar guardacabos en cubierta, o nuevas cabillas de madera en las planchas del costado, y otras diversas tareas directamente conectadas con su especial oficio), era

también decididamente experto en todo tipo de contrapuestas aptitudes, tanto útiles como improductivas.

El gran escenario en el que representaba todos sus diversos, tan variados, papeles era su banco de carpintero; una pesada y larga mesa provista de varios tornillos de banco de diferentes tamaños, y tanto de hierro como de madera. En cualquier momento, excepto cuando había ballenas al costado, este banco estaba firmemente asegurado, de banda a banda, contra la parte posterior del fogón del beneficio.

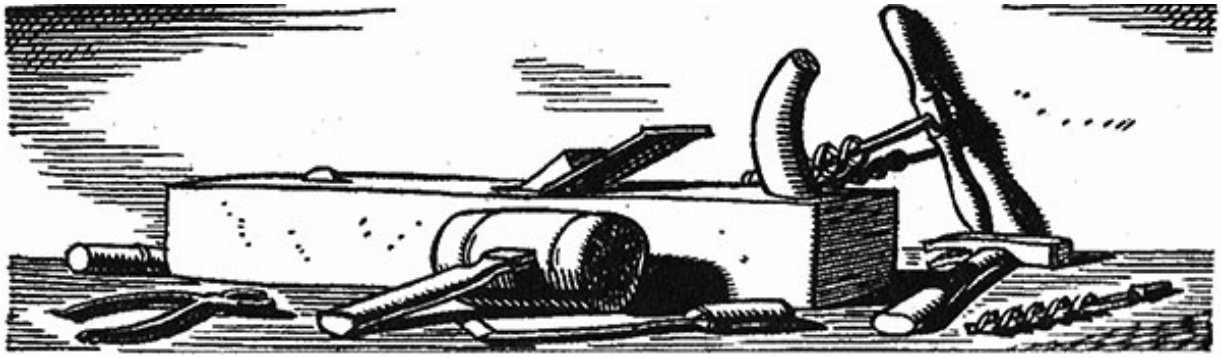
Una cabilla resulta demasiado grande para ser insertada con facilidad en su hueco: el carpintero la sujeta en uno de sus siempre dispuestos tornillos, e inmediatamente la reduce. Un pájaro de tierra de extraño plumaje llega, extraviado, a bordo y se le captura: con barras de hueso afeitado de ballena franca, y viguetas transversales de marfil de cachalote, el carpintero hace para él una jaula de aspecto de pagoda. Un remero se abre la muñeca: el carpintero prepara una loción calmante. A Stubb se le ocurre que se pinten estrellas bermellonas sobre la pala de todos sus remos: atornillando cada remo en su gran tornillo de madera, el carpintero simétricamente distribuye la constelación. A un marinero se le antoja llevar pendientes de hueso de tiburón: el carpintero le perfora las orejas. Otro tiene dolor de muelas: el carpintero saca las tenazas y, dando una palmada sobre su banco, le pide que se siente allí, pero el pobre tipo se echa atrás incontrolablemente durante la inconclusa operación: girando la manija de su tornillo de madera, el carpintero le indica que coloque allí la mandíbula si quiere que le saque el diente.

Así, este carpintero estaba preparado en toda circunstancia, y era de igual modo indiferente y carente de miramientos con todos. Los dientes los consideraba pedazos de marfil; las cabezas las creía simples motones; a los propios hombres los tomaba sencillamente por cabrestantes. Y dado que dominaba sobre campo tan amplio, de semejante variedad, y con tal dinamismo de experiencia, además, todo ello parecería sugerir cierta excepcional vivacidad de inteligencia. No era precisamente así, no obstante. Por nada era este hombre más notable que, diríamos, una cierta impersonal estolidez. Impersonal, digo; pues de tal manera se desvanecía en el circundante infinito de cosas, que parecía ser una con la estolidez

general discernible en la totalidad del mundo visible; que, aunque activa sin pausa de incontables modos, mantiene, aun así, eternamente su ritmo, y te ignora, por mucho que excaves cimientos para catedrales. Sin embargo, esta medio horrible estolidez suya, que incluía además, aparentemente, una inclemencia que todo lo abarcaba… estaba, sin embargo, extrañamente tocada a veces con un humor antiguo, zumbante, como de muleta, antediluviano, no sin adobar ocasionalmente con una cierta canosa ingeniosidad; más o menos como la que pudo haber servido para pasar el tiempo durante la guardia de media en el barbado castillo de proa del Arca de Noé. ¿Era que este viejo carpintero había sido un viajero toda su vida, cuyo mucho rodar de aquí para allá no sólo no había criado moho alguno, sino, lo que es más, había quitado cualesquiera pequeñas adherencias que originalmente pudieran haberle sido propias? Una abstracción sin añadidos era él; un entero no fraccionado; descomprometido como un niño recién nacido; viviendo sin premeditada referencia a este mundo o al próximo. Casi podríais decir que esta extraña falta de compromiso suya incluía una especie de carencia de inteligencia; pues en sus numerosos oficios no parecía trabajar tanto por razón o por instinto, o simplemente por haber sido instruido a hacerlo, o por alguna combinación de todo esto, equilibrada o no; sino simplemente por una especie de espontáneo, sordo y mudo proceso de repetición. Era un operario puro; su cerebro, si alguna vez había tenido uno, debía de haber fluido tempranamente hacia los músculos de sus dedos. Era como uno de esos irracionales, aunque enormemente útiles, artilugios de Sheffield *multum in parvo*[135], que adoptan el exterior de una navaja de bolsillo normal –aunque algo hinchada–, pero que contienen no sólo hojas de varios tamaños, sino también destornilladores, sacacorchos, pinzas, punzones, plumas, reglas, limas de uñas y avellanadores. Así que, si sus superiores deseaban utilizar al carpintero como destornillador, todo lo que tenían que hacer era abrir esa parte suya, y el tornillo estaba apretado; o, si deseaban utilizarlo como pinzas, cogerle de las piernas, y ya estaba.

Sin embargo, como previamente se sugirió, este omnipertrechado carpintero de abrir y cerrar no era, a pesar de todo, la mera máquina de un autómata. Si bien no tenía en sí un alma normal, tenía un algo sutil que de

alguna manera, anónimamente, desempeñaba su tarea. Lo que eso fuera, ya fuese esencia de mercurio, o unas pocas gotas de cuerno de ciervo[136], no hay manera de decirlo. Pero ahí estaba; y ahí había morado durante sesenta años o más. Y éste era, este mismo inexpresable astuto principio vital en él; éste era el que le mantenía gran parte del tiempo soliloquiando; aunque únicamente como una rueda irracional, que también zumbando soliloquia; o, quizá mejor, su cuerpo era una garita de centinela, y este soliloquiador estaba allí de guardia y hablando todo el tiempo para mantenerse despierto.



CAPÍTULO CVIII AJAB Y EL CARPINTERO

La cubierta… la nocturna guardia de prima
(*El carpintero en pie ante su banco y a la luz de dos linternas, limando aplicadamente la vigueta de marfil para la pierna, la cual vigueta está firmemente sujeta en el tornillo. Placas de marfil, tiras de cuero, acolchados, tornillos y varias herramientas de todo tipo desperdigadas por el banco. A proa se ve la llama roja de la forja, donde el herrero trabaja*.)

—¡Maldita sea la lima, y maldito el hueso! Es duro lo que debería ser blando, y blando lo que debería ser duro. Así nos va a los que limamos mandíbulas y tibias viejas. Intentémoslo con otra. Sí, bueno, ésta se trabaja mejor (*estornuda*). Vaya, este polvo de hueso es (*estornuda*)… pero es (*estornuda*)… sí, es (*estornuda*)… ¡Bendita sea mi alma, no me deja hablar! Esto es lo que saca un viejo por trabajar con material muerto. Si sierras un árbol vivo, no sacas este polvo; si amputas un hueso vivo, no lo sacas (*estornuda*). Vamos, vamos, viejo Smut[137], anda, echa una mano, y pasa esa vara y ese perno de ajuste; voy a necesitarlos inmediatamente. Suerte (*estornuda*) que no hay articulación de rodilla que hacer; eso podría embrollarlo un poco; sólo una mera tibia… bah, es tan fácil como hacer pértigas; lo único, que me gustaría darle un buen acabado. Tiempo,

tiempo; si sólo tuviera tiempo, podría tornearle una pierna tan acabada como (*estornuda*) cualquiera que se haya deslizado por el suelo ante una dama en un salón. Esas piernas y pantorrillas de gamuza que he visto en escaparates no se le podrían comparar. Empapan el agua, es cierto; y desde luego se vuelven reumáticas, y hay que curarlas (*estornuda*) con baños y lociones, igual que a las piernas vivas. Ahí; ahora, antes de serrarla debo llamar a su vetusta mogulidad, y ver si la longitud está bien; demasiado corta, si acaso, supongo. ¡Ja!, ése es el tacón; estamos de suerte: aquí viene, o es algún otro, eso es seguro.

Ajab (*avanzando*)
(*Durante la siguiente escena el carpintero continúa estornudando a veces*.)

—¡Bien, hacedor de hombres!

—Justo a tiempo, señor. Si al capitán le place, señalaré ahora la longitud. Permitidme medir, señor.

—¡Medido para una pierna! Bien. Bueno, no es la primera vez. ¡A ello! Ahí; mantened vuestro dedo. Convincente tornillo este que aquí tenéis, carpintero; dejad que sienta su presa por una vez. Vaya, vaya; pinza bastante.

—Oh, señor, romperá los huesos… ¡Cuidado, cuidado!

—No temáis; me agrada una buena presa, me gusta sentir algo que pueda sujetar en este resbaloso mundo, marinero. ¿Qué hace ahí Prometeo?… el herrero, quiero decir… ¿qué es lo que hace?

—Debe de estar forjando ya el perno de ajuste.

—Bien. Es una colaboración; él aporta la parte muscular. ¡Abrasadora llama roja, la que tiene allí!

—Sí, señor; debe llegar al rojo vivo para este tipo de trabajo delicado.

—Hum. Así es. Lo considero, en efecto, del mayor significado, que ese viejo griego, Prometeo, que dicen hizo hombres, hubiera de ser un herrero, y animarlos con fuego; pues lo que está hecho en el fuego debe en propiedad pertenecer al fuego; y de este modo es posible el Infierno. ¡Cómo vuelan las pavesas! Éstas deben ser los restos de los que los

griegos hicieron a los africanos. Carpintero, cuando él acabe con ese ajuste, decidle que forje un par de omóplatos de acero; hay a bordo un buhonero con un saco que parte una espalda.

—¿Señor?

—Un momento; ya que Prometeo está en ello, encargaré un hombre entero según un modelo apetecible. Primero, cincuenta pies de altura descalzo; luego, un pecho modelado acorde al túnel del Támesis; luego, piernas con raíces en ellas, para estar en un lugar; luego, brazos de tres pies hasta la muñeca; sin corazón alguno, frente de bronce, y alrededor de un cuarto de acre de buenos sesos; y dejadme ver… ¿encargo ojos para ver hacia fuera? No, pero poned una claraboya en la parte de arriba de su cabeza, para iluminar hacia dentro. Listo, tomad el encargo, y marchad.

—Bueno, me gustaría saber de qué está hablando y a quién le está hablando. ¿Me quedo aquí? (*aparte*).

—Arquitectura indiferente, eso nada más es hacer una cúpula ciega; ya hay una. No, no, no; he de tener una linterna.

—¡Ah, ah! Es eso, ¿eh? Aquí hay dos, señor; con una es suficiente para mí.

—¿Para qué me estáis poniendo ese cazaladrones en la cara, marinero? Luz arrojada es peor que pistola apuntada.

—Pensé, señor, que hablabais al carpintero.

—¿Carpintero? Bueno, esa… pero no… una muy pulcra, y si puedo decirlo, una clase de tarea extremadamente caballeresca en la que aquí os ocupáis, carpintero… ¿o preferiríais trabajar en arcilla?

—¿Señor?… ¿Arcilla?, ¿arcilla, señor? Eso es barro: dejemos el barro a los que cavan zanjas, señor.

—El tipo es impío. ¿Por qué estáis estornudando?

—El hueso es algo polvoriento, señor.

—Captad la sugerencia, entonces; y cuando estéis muerto no os enterréis bajo las narices de gente viva.

—¿Señor?… ¡Ah!, ¡oh!… supongo que sí… sí… ¡Ah, caramba!

—Atended, carpintero, yo diría que os consideráis un buen profesional, ¿no es así? Bien, entonces, ¿diría mucho y bueno de vuestro trabajo que cuando me colocara esta pierna que hicisteis sintiera, no obstante, otra

pierna en el mismo idéntico lugar que ella; es decir, carpintero, mi vieja pierna; quiero decir, la de carne y hueso? ¿No podéis ahuyentar a ese viejo Adán?

—Verdaderamente, señor, empiezo a entender un tanto ahora. Sí, he escuchado algo curioso sobre eso, señor; cómo un hombre desarbolado nunca pierde enteramente la sensación de su viejo mástil, sino que a veces todavía le pica. ¿Puedo humildemente preguntar si así es en realidad?

—Lo es, marinero. Observad, poned vuestra pierna viva en el lugar donde una vez estuvo la mía; así: ahora, para el ojo sólo hay aquí una única pierna, aunque dos para el alma. Donde vos sentís cosquilleante vida, ahí, exactamente ahí, ahí, hasta el último pelo, la siento yo. ¿Es un acertijo?

—Yo humildemente lo llamaría un enigma, señor.

—Escuchad, entonces. ¿Cómo sabéis que algo completo, vivo, pensante, puede no estar invisible e ininterpenetrantemente, exactamente donde vos estáis ahora; sí, y estar ahí a pesar de vos? ¿No teméis, entonces, que en vuestras horas más solitarias os escuchen? Deteneos, ¡no habléis! Y si yo todavía siento el dolor de mi pierna masticada, aunque hace ya tanto esté deshecha; entonces, ¿por qué no vais vos, carpintero, a sentir los feroces dolores del Infierno para siempre y sin cuerpo? ¡Ja!

—¡Dios mío! Ciertamente, señor, si se trata de eso, debo calcular de nuevo; creo que no tuve en cuenta un pequeño sumando, señor[138].

—Atended, los atolondrados nunca deben dar las cosas por sentado… ¿Cuánto, hasta que la pierna esté hecha?

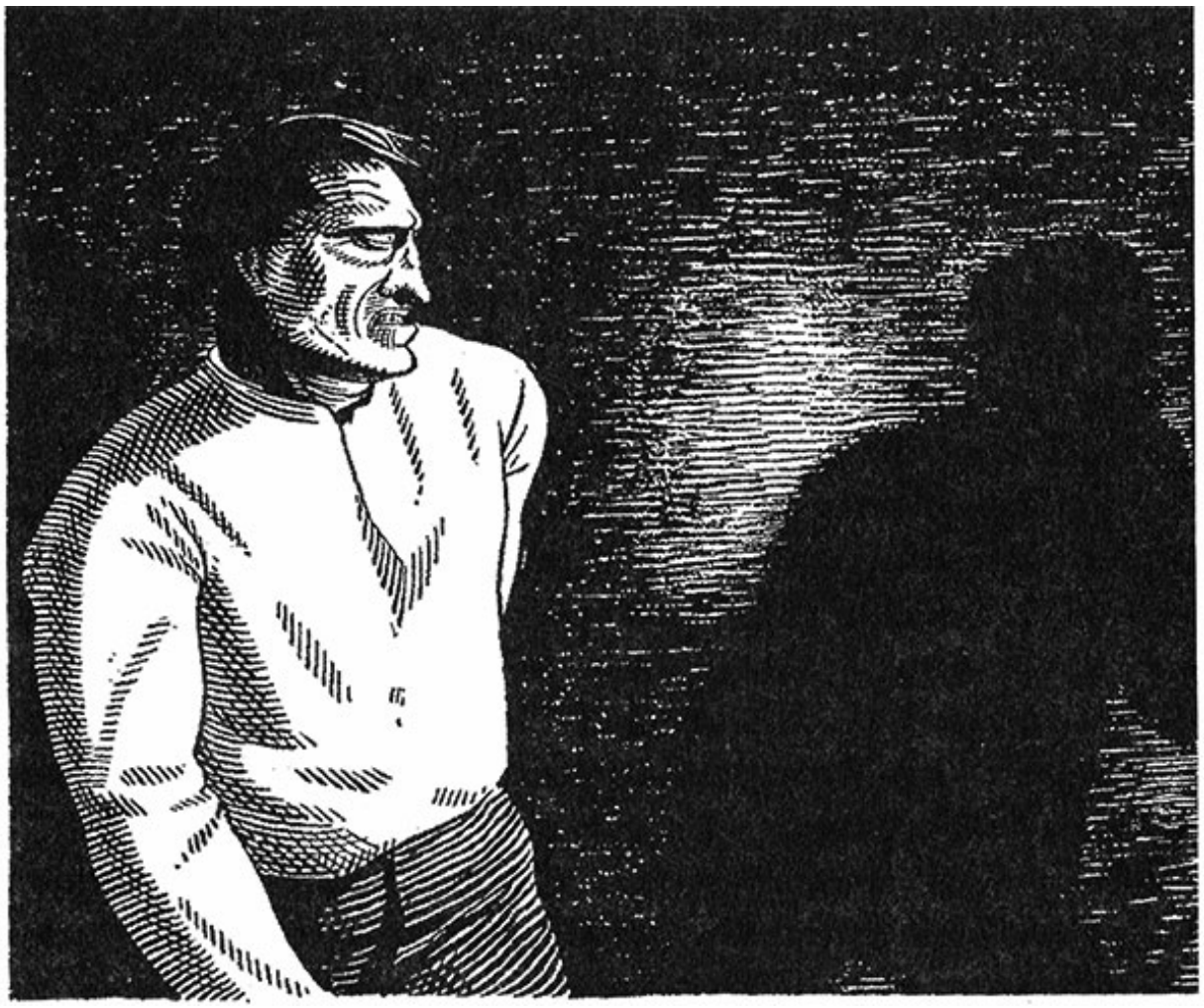
—Quizá una hora, señor.

—A ello entonces, y traédmela (*se vuelve para marcharse*). ¡Ah, la vida! Aquí estoy, orgulloso como un dios griego, ¡y sin embargo deudor de este tarugo por un hueso en el que apoyarme! Maldito sea este mortal interendeudamiento que no quiere deshacerse de los libros de contabilidad. Yo sería libre como el aire; y estoy apuntado en los libros del mundo entero. Soy tan rico que habría competido puja a puja con los más ricos pretorianos en la subasta del Imperio romano (que era el mundial); y, sin embargo, debo la carne de la lengua con la que fanfarroneo. ¡Por los

Cielos! Me agenciaré un crisol y me meteré en él, y me desharé hasta ser una pequeña vértebra compendiosa. Sea.

Carpintero
(*Retomando su trabajo*.)

—¡Bien, bien, bien! Stubb es el que le conoce mejor, y Stubb siempre dice que es raro; no dice nada salvo esa pequeña palabra, raro; es raro, dice Stubb; es raro… raro, raro; y sigue soltándosela al señor Starbuck constantemente… Raro, señor… raro, raro, muy raro. ¡Y aquí está su pierna! Sí, ahora que lo pienso, ¡aquí está su compañera de cama!, ¡tiene un palo de mandíbula de ballena por esposa! Y ésta es su pierna; se sostendrá en esto. ¿Qué era eso sobre una pierna que está en tres lugares, y los tres lugares que están en un infierno…? ¿Cómo era eso? ¡Ah! ¡No me extraña que me mirara con tanta sorna! A veces tengo pensamientos extraños, dicen; pero eso es sólo algo fortuito. Además, un cuerpo pequeño, bajo, como el mío, nunca debe meterse en aguas profundas junto a altos capitanes de cuerpo de garza; el agua te hace cosquillas en la barbilla en seguida, y surge un gran grito pidiendo salvavidas. ¡Y aquí está la pierna de la garza!, ¡larga y delgada, cómo no! Ahora bien, para la mayoría de la gente un par de piernas dura una vida, y eso debe ser porque las usan con clemencia, como una vieja dama de tierno corazón utiliza sus viejos rechonchos caballos de tiro. Mas Ajab… ah, él es un cochero duro. Fijaos, condujo una pierna a la muerte, y lisió la otra de por vida, y ahora consume piernas de hueso por docenas. ¡Eh, tú, Smut! Echa aquí una mano con esos pernos, y acabemos antes de que el de la resurrección venga reclamando con su trompeta todas las piernas, verdaderas o falsas, lo mismo que los de la cervecera pasan recolectando viejos barriles de cerveza para llenarlos de nuevo. ¡Menuda pierna es ésta! Parece una auténtica pierna viva limada hasta que sólo quede el núcleo; mañana estará de pie sobre esto; estará tomando altitudes en ella. ¡Vaya!, casi me olvido de la pequeña placa oval, marfil pulido, donde toma la latitud. Vaya, vaya; ahora, ¡formón, lima y papel de lija!



CAPÍTULO CIX AJAB Y STARBUCK EN LA CABINA

Siguiendo la rutina, a la mañana siguiente estaban bombeando el barco; y ¡hete aquí!, junto al agua surgió no poco aceite; los toneles, abajo, debían haber sufrido una fuga considerable. Se manifestó bastante preocupación; y Starbuck bajó a la cabina a informar sobre este desfavorable asunto[139].

Ahora bien, desde el sur y el oeste, el *Pequod* se estaba acercando a Formosa y a las islas Batán, entre las cuales está una de las salidas tropicales al Pacífico desde las aguas de la China. Y, consecuentemente, Starbuck encontró a Ajab con una carta general de los archipiélagos orientales desplegada ante él; y otra distinta representando las largas

costas orientales de las islas del Japón… Niphon, Matsmai, y Sikoke. Con su nueva pierna de marfil, blanca como la nieve, apoyada contra la pata atornillada de su mesa, y con una larga navaja podadera en la mano, el imponente viejo, de espaldas al portalón, arrugaba la frente y volvía a trazar sus viejos rumbos.

—¿Quién está ahí? —escuchando los pasos en la puerta, aunque sin volverse a ella—. ¡A cubierta! ¡Fuera!

—El capitán Ajab se equivoca: soy yo. El aceite de la bodega tiene fuga, señor. Debemos izar estrelleras y desarrumar.

—¿Izar estrelleras y desarrumar? ¿Ahora que estamos acercándonos a Japón; capear aquí durante una semana para reparar unos cuantos aros viejos?

—Bien, eso, señor, o perder en un día más aceite del que podríamos hacer en un año. Lo que hemos viajado veinte mil millas para conseguir, vale la pena salvarlo, señor.

—La vale, la vale; si lo conseguimos.

—Yo estaba hablando del aceite de la bodega, señor.

—Y yo no estaba hablando o pensando en eso en absoluto. ¡Fuera! ¡Que se pierda! Yo mismo me estoy perdiendo por todas partes. ¡Sí!, ¡pérdidas en pérdidas! No sólo lleno de toneles que pierden, sino que esos toneles que pierden están en un barco que pierde; y ésa es una situación mucho más difícil que la del *Pequod*, señor. Sin embargo, yo no me detengo a taponar mis pérdidas; pues ¿quién puede encontrar la fuga en un casco profundamente cargado?; ¿o, aun cuando la encuentres, cómo esperar taponarla en esta aullante galerna de la vida? ¡Starbuck, no izaré el aparejo de estrellera!

—¿Qué dirán los propietarios, señor?

—Que los propietarios se queden en la playa de Nantucket y griten más que un tifón. ¿Qué le importa a Ajab? Propietarios, ¿propietarios? Siempre me estáis hablando de esos miserables propietarios, Starbuck, como si los propietarios fueran mi conciencia. Mas atended, el único verdadero propietario de algo es su comandante; y escuchad, mi conciencia está en la quilla de este barco… ¡A cubierta!

—Capitán Ajab —dijo el oficial, sonrojándose y avanzando más hacia el interior de la cabina, con una osadía tan extrañamente respetuosa y cauta que casi parecía no sólo buscar evitar en todo modo la menor manifestación exterior de sí, sino que también interiormente parecía más que medio desconfiada de sí misma—. Un hombre mejor que yo bien podría dejar pasar en vos lo que con la suficiente prontitud le haría resentirse en un hombre más joven; sí, y en uno más feliz, capitán Ajab.

—¡Demonios! ¿Tanto osáis, entonces, como para pensar críticamente de mí?… ¡A cubierta!

—En modo alguno, señor, todavía no; os suplico. Y oso, señor… ¡mantenerme en calma! Capitán Ajab, ¿no nos entenderemos entre nosotros mejor que hasta el momento?

Ajab cogió un mosquete cargado del armero (que forma parte del mobiliario de la cabina de la mayoría de los barcos de los Mares del Sur) y, apuntándolo a Starbuck, exclamó:

—Hay un Dios que es señor sobre la Tierra, y un capitán que es señor sobre el *Pequod*… ¡A cubierta!

Durante un instante, en los destelleantes ojos del oficial, y en sus ardientes mejillas, hubierais casi pensado que verdaderamente había recibido el fuego del encañonado tubo. Pero, dominando su emoción, a medio calmar se levantó y, mientras dejaba la cabina, se detuvo un instante, y dijo:

—Me habéis agraviado, no insultado, señor; mas por ello no os pido que os guardéis de Starbuck: os limitaríais a reír; pero que Ajab se guarde de Ajab: guardaos de vos mismo, viejo.

—Se envalentona, pero aun así obedece; ¡una muy prudente valentía, ésa! —murmuró Ajab cuando Starbuck desapareció—. ¿Qué es eso que dijo…? Ajab, guardaos de Ajab… ¡Ahí hay algo!

Utilizando entonces inconscientemente el mosquete como bastón, paseó con frente de hierro de un lado a otro en la pequeña cabina; y al final los espesos pliegues de su frente se relajaron y, devolviendo el mosquete al armero, subió a cubierta.

—Sencillamente, sois un tipo demasiado bueno, Starbuck —dijo en voz baja al oficial; luego, alzando la voz, a la tripulación—: aferrad

juanetes y tomad rizos en las gavias, a proa y popa; poned en facha la verga de la mayor; izad estrelleras y desarrumad en la bodega principal.

Quizá sería vano conjeturar exactamente por qué fue que Ajab actuó así en lo referente a Starbuck. Pudo haber sido un destello de honestidad en él; o mera política prudente, que, bajo las circunstancias, imperiosamente le prohibía el menor síntoma de abierta desafección, por muy efímera que fuera, en el importante primer oficial de su barco. Como quiera que fuese, sus órdenes fueron ejecutadas y se izó el aparejo de estrellera.

CAPÍTULO CX QUEEQUEG EN SU ATAÚD

Al buscar, se encontró que los toneles introducidos los últimos en la bodega estaban perfectamente estancos, y que la fuga debía estar más al fondo. Así que, como el tiempo estaba en calma, desarrumaron más y más en profundidad, alterando el sueño de los enormes barriles del fondo; y subiendo esas gigantes moles desde aquella negra medianoche hasta la luz del día. A tanta profundidad llegaron; y tan viejo y corroído y descompuesto era el aspecto de las pipas más inferiores, que casi buscabas a continuación algún mohoso cofre de piedra que contuviera monedas del capitán Noé, con copias de los carteles distribuidos advirtiendo vanamente del Diluvio al presuntuoso mundo antiguo. Así fueron izados, tonel tras tonel, de agua, y de pan, y de buey, y conjuntos de duelas, y haces de aros de hierro, hasta que finalmente resultaba difícil pasar por la apilada cubierta; y el casco hueco resonaba bajo los pies como si estuvieras pisando sobre catacumbas vacías, y se bamboleaba y oscilaba en el mar como una damajuana llena de aire. Pesado de sesera estaba el barco, lo mismo que un estudiante sin cenar y con todo Aristóteles en la cabeza. Bueno fue que los tifones no lo visitaran entonces.

Ahora bien, sucedió en este momento que mi pobre compañero pagano y amigo íntimo del alma, Queequeg, resultó aquejado de unas fiebres que

le llevaron cerca de su infinito fin.

Sea dicho que en esta profesión de la pesca de la ballena no se conocen sinecuras; la dignidad y el peligro van mano con mano; hasta que llegas a capitán, cuanto más asciendes, más trabajas. Así ocurría con el pobre Queequeg, que, como arponero, no sólo debía afrontar toda la ira de la ballena viva, sino —como hemos visto en otro lugar— subirse a su lomo muerto con mar gruesa; y, finalmente, descender a la oscuridad de la bodega, y sudando amargamente todo el día en ese subterráneo confinamiento, manipular resolutivamente los toneles de peor manejo y cuidar de su estiba. Por abreviar, entre los balleneros, los arponeros son los bodegueros; así se les llama.

¡Pobre Queequeg! Tendríais que haberos inclinado sobre la escotilla cuando el barco estaba a medio destripar, y haberle mirado allí abajo; allí donde el tatuado salvaje, en sus calzones de lana, se revolvía entre esa humedad y ese cieno como un lagarto verde moteado en el fondo de un pozo. Y pozo o depósito de hielo, de algún modo resultó ser para él, pobre pagano; en el cual, extraño de decir, a pesar de todo el calor de sus sudores, cogió un frío terrible que degeneró en unas fiebres; y finalmente, tras algunos días de sufrimiento, le postró en su coy, cerca del mismo umbral de la puerta de la muerte. En qué modo se debilitó y debilitó cada vez más durante aquellos pocos y muy dilatados días, hasta que apenas pareció quedar de él nada más que su esqueleto y sus tatuajes… Mas aunque todo lo demás suyo adelgazó, y sus pómulos se volvieron más afilados, sus ojos, sin embargo, parecieron llenarse más y más; adquirieron una extraña suavidad de lustre; y desde su enfermedad te miraban dulce aunque profundamente, un portentoso testimonio de esa inmortal salud suya que no podía morir ni debilitarse. Y al igual que los círculos en el agua, que al atenuarse se expanden, así sus ojos parecían hacerse cada vez más redondos, como los anillos de la eternidad. Un miedo reverencial que no puede nombrarse te embargaba mientras te sentabas al lado de este agonizante salvaje, y veías en su rostro cosas tan extrañas como cualquiera de las observadas por los que estuvieron presentes cuando Zoroastro murió. Pues todo lo que es en verdad prodigioso y temible en el hombre, nunca aún ha sido puesto en palabras o

libros. Y el acercamiento de la muerte, que todo lo iguala, lo imprime todo con una última revelación, que sólo un autor de entre los muertos podría adecuadamente contar. De modo que —digámoslo de nuevo— ningún caldeo ni ningún griego agonizante tuvieron pensamientos más elevados o más santos, que aquellos cuyas misteriosas sombras visteis arrastrarse sobre el rostro del pobre Queequeg mientras yacía sereno en su oscilante coy, y el bamboleante mar parecía mecerle gentilmente hacia su descanso final, y la invisible marea del océano le alzaba cada vez más alto a su destinado cielo.

Ni un solo hombre de la tripulación dejaba de darle por perdido; y, por lo que respecta al propio Queequeg, lo que pensaba de su caso se refleja forzosamente en un curioso favor que solicitó. Llamó a uno hasta él en la gris guardia de alba, cuando el día acababa de empezar a clarear, y tomando su mano, dijo que estando en Nantucket había dado en ver unas pequeñas canoas de madera oscura, similar a la rica madera de guerra de su isla nativa; y que al preguntar había averiguado que todos los balleneros que morían en Nantucket eran colocados en esas mismas canoas oscuras, y que la idea de ser así puesto en reposo le había agradado mucho; pues no era distinta a la costumbre de su propia estirpe, la cual, tras embalsamar a un guerrero muerto, le tendía en su canoa, y así le dejaban flotar hacia los estrellados archipiélagos; pues no sólo creen que las estrellas son islas, sino también que, mucho más allá de todos los horizontes visibles, sus propios dulces mares, carentes de continentes, entrefluyen con los cielos azules; y así forman los blancos rompientes de la Vía Láctea. Añadió que temblaba ante la idea de ser enterrado en su coy, según la usual costumbre del mar, volcado como algo vil a los tiburones devoradores de muerte. No: él deseaba una canoa como aquellas de Nantucket, más propias aún de él, siendo un pescador de ballenas, por carecer estas canoas-ataúdes de quilla, lo mismo que una lancha ballenera; aunque ello implicara incierto gobernar, y mucho abatimiento hacia las eras oscuras.

Ahora bien, cuando esta extraña circunstancia fue comunicada a popa, se ordenó inmediatamente al carpintero que satisficiera la solicitud de Queequeg, fuera lo que fuera que requiriese. Había a bordo alguna vieja madera pagana de color de ataúd, que en una larga expedición previa había

sido cortada en los bosques aborígenes de las islas Lackaday[140], y se recomendó que el ataúd se hiciera con estas planchas oscuras. No hubo el carpintero acabado de recibir la orden, que tomando su metro, inmediatamente, con toda la indiferente prontitud de su carácter, se dirigió al castillo y tomó la medida de Queequeg con gran exactitud, marcando metódicamente con tiza la persona de Queequeg cuando cambiaba la regla de sitio.

—¡Ah!, ¡pobre hombre! Tendrá que morir ahora —exclamó el marinero de Long Island.

Yendo a su banco, el carpintero, por comodidad y referencia general, tomó en él medidas transfiriendo la longitud exacta que iba a tener el ataúd, y entonces hizo permanente la transferencia cortando dos muescas en sus extremos. Hecho esto, dispuso las planchas y sus herramientas, y se puso al trabajo.

Cuando el último clavo estuvo clavado, y la tapa debidamente cepillada y ajustada, se cargó al hombro con facilidad el ataúd y fue a proa con él, preguntando si allí ya estaban listos para él.

Al escuchar los indignados aunque medio bien humorados gritos con los que la gente en cubierta comenzó a rechazar el ataúd, Queequeg, para consternación de todos, ordenó que el objeto le fuera llevado instantáneamente, y no hubo manera de negárselo; pues de todos los mortales, algunos hombres moribundos son los más tiránicos; y ciertamente, dado que pronto y por siempre nos molestarán tan poco, a los pobres hombres se les debe consentir.

Reclinándose en su coy, Queequeg observó largamente el ataúd con ojos atentos. Pidió entonces su arpón, hizo que le quitaran el mango de madera, y luego hizo que colocaran la parte de hierro en el ataúd, junto con una de las palas de su lancha. También, a petición suya, se puso por dentro bizcocho a todo alrededor por los lados; una botella de agua fresca fue situada en la cabecera, y en los pies una pequeña bolsa de tierra serrinosa, raspada en la bodega; y habiéndose arrollado un pedazo de lienzo de vela como almohada, Queequeg ahora solicitó ser trasladado a su definitivo lecho, para que pudiera ensayar su comodidad, si es que alguna tenía. Se tendió sin moverse algunos minutos, entonces le dijo a uno que

fuera a por su bolsa y sacara su pequeño dios, Yojo. Cruzando entonces los brazos sobre el pecho, con Yojo entre ellos, pidió que la tapa del ataúd (cuartel, la llamó) fuera colocada sobre él. La parte de la cabeza se abría con una bisagra de cuero, y allí yacía Queequeg en su ataúd, con poco más que su compuesto semblante a la vista.

—*Rarmai* (servirá; es fácil) —murmuró finalmente, e hizo una seña para que le volvieran a poner en su coy.

Aunque antes de que esto se hiciera, *Pip*, que disimuladamente había estado rondando cerca todo este tiempo, se acercó al lugar en el que estaba tendido, y con suaves sollozos le cogió la mano, llevando en la otra su pandereta.

—¡Pobre trotamundos!, ¿nunca acabaréis todo este agotador deambular?, ¿dónde vais ahora? Mas si las corrientes os llevan a esas dulces Antillas donde las playas sólo son batidas por nenúfares, ¿haréis un pequeño encargo para mí? Buscad a un tal *Pip*, que lleva mucho tiempo perdido: creo que está en esas lejanas Antillas. Si le encontráis, consoladle; ya que debe estar muy triste; pues, ¡mirad!, se ha dejado la pandereta… yo la encontré. ¡Rig-o-tán, tan, tan! Ahora, Queequeg, moríos; y os tocaré vuestra marcha fúnebre.

—He escuchado —murmuró Starbuck, mirando abajo del escotillón— que, bajo fiebres violentas, hombres que eran todo ignorancia han hablado lenguas ancestrales; y que cuando se sondea el misterio, siempre resulta que en su niñez, totalmente olvidada, esas ancestrales lenguas han sido realmente habladas en su presencia por algunos distinguidos eruditos. Así, por mi estimada fe que el pobre *Pip*, en esta extraña dulzura de su desvarío, trae celestiales comprobantes de todos nuestros celestiales hogares. ¿Dónde, si no, aprendió eso?… ¡Escuchad!, habla de nuevo; aunque más singularmente ahora.

—¡Formad de dos en dos! ¡Hagamos de él un general! Eh, ¿dónde está su arpón? Ponedlo aquí atravesado… ¡Rig-o-tán, tan, tan!, ¡upa! ¡Ah, que un gallo de pelea se siente sobre su cabeza y cante! ¡Queequeg muere peleando!… fijaos en eso; ¡Queequeg muere peleando!… tomad buena nota de eso; ¡Queequeg muere peleando! ¡Peleando, peleando, peleando!, digo. Pero el abyecto pequeño *Pip*, murió cobarde; murió temblando…

¡Vergüenza para *Pip*! Escuchad; si encontráis a *Pip*, decid a todas las Antillas que es un fugitivo; ¡un cobarde, un cobarde, un cobarde! ¡Decidles que saltó de una lancha ballenera! Nunca tocaré mi pandereta por el abyecto *Pip*, ni le proclamaré general, aunque estuviera otra vez aquí muriendo. ¡No, no! Que la vergüenza recaiga sobre todos los cobardes… ¡Vergüenza para ellos! Que se ahoguen como *Pip*, que saltó de una ballenera. ¡Vergüenza!, ¡vergüenza!

Mientras todo esto sucedía, Queequeg estuvo tendido con los ojos cerrados, como si soñara. *Pip* fue apartado, y el enfermo regresado a su coy.

Mas ahora que aparentemente había realizado todos los preparativos para la muerte; ahora que se comprobó que su ataúd le venía bien, Queequeg de repente mejoró; pronto pareció no haber necesidad de la caja del carpintero: y acto seguido, cuando alguien expresó su sorpresa llena de alegría, dijo, substancialmente, que la causa de su repentina recuperación era ésta… En un momento crítico había recordado una pequeña obligación en tierra, que estaba dejando sin cumplir; y, por lo tanto, había cambiado de opinión sobre fallecer; no podía morir todavía, afirmó. Le preguntaron, entonces, si morir o vivir era un asunto de su propia soberana voluntad y si se hacía a su placer. Contestó que desde luego. En pocas palabras, era la opinión de Queequeg, que si el hombre tomaba la decisión de vivir, la mera enfermedad no podía matarle: nada salvo una ballena, o una galerna, o algún violento, ingobernable exterminador no inteligente de esa clase.

Ahora bien, existe esta notable diferencia entre el salvaje y el civilizado: que mientras que un hombre civilizado enfermo puede estar seis meses convaleciente, un salvaje enfermo, por regla general, está casi a medio recuperar al cabo de un día. Así, en su momento, mi Queequeg recuperó vigor; y finalmente, tras sentarse en el molinete durante unos pocos indolentes días (aunque comiendo con vigoroso apetito), se puso de pronto en pie de un salto. Extendió brazos y piernas, se dio un buen estirón, bostezó un poco y, subiéndose entonces a la proa de su lancha izada, y sopesando un arpón, se declaró en forma para la pelea.

Con singular humor, utilizó ahora su ataúd como arcón; y vaciando en él su saco de ropa, la colocó allí. Pasó muchas horas libres tallando la tapa

con todo tipo de grotescos dibujos y figuras; y parecía que con ello, a su tosca manera, estaba tratando de copiar partes del retorcido tatuaje de su cuerpo. Y este tatuaje había sido la obra de un fallecido profeta y vidente de su isla, que con estas marcas jeroglíficas había escrito en su cuerpo una teoría completa de los cielos y la tierra, y un tratado místico del arte de alcanzar la verdad; de manera que Queequeg, en su propia individual persona, era un acertijo por descifrar; un portentoso trabajo en un volumen; aunque ni siquiera él podía leer aquellos misterios, a pesar de que su propio corazón latía junto a ellos; y esos misterios estaban, por tanto, al final destinados a descomponerse a la par que el pergamino vivo en el que estaban inscritos, y así quedar definitivamente sin resolver. Y este pensamiento debió ser el que sugirió a Ajab esa feroz exclamación suya, al regresar una mañana de examinar a Queequeg…

—¡Ah, demoníaco galanteo de los dioses!

CAPÍTULO CXI EL PACÍFICO

Cuando, deslizándonos junto a las islas Batán, emergimos finalmente sobre el gran Mar del Sur; de no haber sido por otras cuestiones, podría haber saludado a mi querido Pacífico con innumerados agradecimientos, pues en aquel momento había sido atendida la antigua súplica de mi juventud: ese sereno océano ondeaba a partir de mí hacia el este, un millar de leguas de azul.

Uno no sabe qué dulce misterio existe sobre este mar, cuyas gráciles terribles convulsiones parecen hablar de algún alma oculta debajo; como aquellas legendarias ondulaciones del limo de Éfeso sobre el san Juan Evangelista sepultado. Y propio es que sobre estos pastos del mar, acuosas praderas de amplio ondear y campos de alfareros[141] de los cuatro continentes, las olas deban alzarse y descender, la marea incesantemente crecer y menguar; pues aquí millones de sombras y penumbras, sueños ahogados, sonambulismos, ensueños; todo lo que llamamos vidas y almas, descansa soñando, soñando aún; dando vueltas como durmientes en sus camas; las olas siempre ondulantes no más así conformadas a causa de su inquietud.

Para cualquier mago trotamundos este sereno Pacífico, una vez visto, ha de ser por siempre el mar de su adopción. Hace ondear las aguas más centrales del mundo, siendo los océanos Índico y Atlántico sólo sus brazos. Las mismas olas bañan los malecones de las ciudades californianas

recién construidas, fundadas apenas ayer por la más reciente de las estirpes de los hombres, y humedecen las marchitas, aunque aún fascinantes, faldas de las tierras asiáticas, más viejas que Abraham; mientras que en medio flotan vías lácteas de islas de coral, y archipiélagos rasos, interminables, desconocidos, y japones impenetrables. Así, este misterioso y divino Pacífico distribuye la mole entera del mundo; hace de todas las costas una bahía suya; parece el corazón palpitante de marea de la tierra. Alzado por esas eternas olas, necesariamente has de reconocer al dios seductor, inclinar la cabeza ante Pan.

Mas pocos pensamientos sobre Pan removían el cerebro de Ajab mientras, en pie como una estatua de hierro, en su acostumbrado lugar junto a la jarcia de mesana, olfateaba inadvertidamente con un orificio nasal la azucarada fragancia de las islas Batán (en cuyos plácidos bosques, dulces amantes debían estar paseando), y con el otro conscientemente inhalaba el aliento salino del mar recién encontrado; ese mar en el que la odiada ballena blanca debía ya por entonces estar nadando. Botado, por fin, en estas casi últimas aguas, y deslizándose hacia el caladero japonés, el propósito del viejo se intensificaba por sí mismo. Sus firmes labios se cerraban como los de un tornillo de banco; el delta de las venas de su frente se hinchaba con arroyos sobrecargados; en su profundo sueño, su resonante grito recorrió el abovedado casco:

—¡Ciar a tope!, ¡la ballena blanca chorrea sangre espesa!

CAPÍTULO CXII EL HERRERO

Aprovechando el suave tiempo de un fresco verano que ahora reinaba en estas latitudes, y en preparación de las peculiarmente activas cacerías que eran pronto de esperar, Perth, el viejo herrero, tiznado y lleno de ampollas, no había retirado de nuevo su forja portátil a la bodega tras concluir su trabajo auxiliar para la pierna de Ajab, sino que todavía la mantenía en cubierta, bien atada a cáncamos de argolla cerca del trinquete; pues ahora era casi incesantemente reclamado por los timoneles, y por los arponeros, y por los remeros de proa, para que hiciera algún pequeño trabajo para ellos; modificando, o reparando, o reformando sus distintas armas e

implementos de lancha. A menudo estaba rodeado de un ansioso círculo, todos esperando a ser atendidos; sujetando zapas de lancha, puntas de picas, arpones y lanzas, y celosamente observando todos y cada uno de sus tiznados movimientos mientras trabajaba. Pero, este viejo era un paciente martillo blandido por un paciente brazo. Ningún murmullo, ninguna urgencia, ninguna petulancia salía de él. Silencioso, lento y solemne; inclinando aún más su espalda crónicamente rota, trabajaba como si el trabajo fuera la propia vida, y el pesado golpear de su martillo, el pesado golpear de su corazón. Y así era… ¡De lo más mísero!

Un andar peculiar de este viejo, una cierta leve pero dolorosa aparente holgura en su andar, había excitado la curiosidad de los marineros en un periodo inicial de la expedición. Y ante la importunidad de su persistente preguntar, finalmente había cedido; y así sucedió que ahora todos conocían la vergonzante historia de su aciaga fortuna.

Una amarga medianoche de invierno, habiéndose el herrero retrasado, y no inocentemente, en la carretera que iba entre dos pueblos campestres, sintió, medio atontado, que el mortal entumecimiento se apoderaba de él, y buscó refugio en un granero en ruinas a medio derrumbar. El resultado fue la pérdida de los extremos de ambos pies. A partir de esta revelación, fragmento a fragmento, surgieron finalmente los cuatro actos del gozo, y el largo, y todavía no culminado en catástrofe, quinto acto de la desdicha del drama de su vida.

Era un hombre viejo que, a la edad de casi sesenta años, se había encontrado postergadamente con esa cosa que en los tecnicismos de la desventura se llama ruina. Había sido un artesano de afamada excelencia, y con mucha carga de trabajo; poseía una casa y un huerto; abrazaba a una juvenil y cariñosa esposa, que parecía una hija, y a tres risueños y rudos niños; cada domingo iba a una iglesia de alegre aspecto situada en una arboleda. Mas una noche, al abrigo de la oscuridad, y oculto además en un disfraz muy taimado, un ladrón sin escrúpulos se coló en su feliz hogar y les robó todo. Y, más negro aún de decir, el propio herrero condujo a este ladrón al corazón de su familia. ¡Fue el diablo de la botella![142]. En la apertura de ese fatal corcho salió suelto el maligno y consumió su hogar. Ahora bien, por muy sabias razones económicas y de prudencia, el taller

del herrero estaba en el sótano de su vivienda, y con una entrada aparte; de manera que la lozana, joven y cariñosa esposa siempre había escuchado con nerviosismo no carente de felicidad, y con brioso gozo, el fornido resonar del martillo de su viejo marido de joven brazo; cuyas reverberaciones, sofocadas al pasar a través de los suelos y las paredes, llegaban hasta ella, no sin dulzura en el cuarto de los niños; y, así, los infantes del herrero eran acunados a dormir por la robusta canción de cuna del trabajo del hierro.

¡Oh, desgracia sobre desgracia! Oh, muerte, ¿por qué a veces no podéis llegar en la hora deseada? Si os hubierais llevado con vos a este viejo herrero antes de que cayera sobre él su completa ruina, entonces la joven viuda habría tenido una pena exquisita, y sus huérfanos un auténticamente venerable y legendario progenitor, con el que soñar en años posteriores; y todos ellos capacidad para derrotar a la tribulación. Pero la muerte arrancó a un virtuoso hermano mayor, de cuyo silbante trabajo diario pendía exclusivamente la suerte de otra familia, y dejó al peor que inútil viejo en pie, hasta que la horrible corrupción de la vida le hiciera más fácil de cosechar.

¿Por qué contarlo todo? Los golpes del martillo del sótano se hicieron cada día más distanciados; y cada golpe se hizo día a día más débil que el anterior; la esposa se sentó, helada, en la ventana, con ojos sin lágrimas, mirando restelleantemente en los rostros sollozantes de sus hijos; el fuelle se cerró; la forja se ahogó en ceniza; la casa fue vendida; la madre se sumergió en la larga hierba del cementerio; sus hijos la siguieron allí por dos veces; y el viejo, sin familia, ni casa, marchó tambaleándose: un vagabundo enlutado; todas y cada una de sus desgracias menospreciadas; ¡su cabeza gris, desdén para rubios rizos!

La muerte parece la única secuela deseable para una carrera como ésta; pero la muerte sólo consiste en arrojarse a la región de lo extraño inexperimentado; sólo es el primer saludo a las posibilidades de la inmensidad de lo remoto, lo salvaje, lo acuoso, lo carente de orillas; por lo tanto, para los ojos anhelantes de muerte de los hombres a los que todavía les quedan ciertos internos escrúpulos contra el suicidio, el océano, al que todo contribuye y que todo recibe, despliega seductoramente su entera

planicie de lo inimaginable, atrayentes terrores y maravillosas aventuras de nueva vida; y desde los corazones de infinitos Pacíficos, las mil sirenas les cantan: «Venid aquí, corazones rotos; aquí hay otra vida, sin la intermedia culpa de la muerte; aquí hay maravillas sobrenaturales, sin tener que morir por ellas. ¡Venid aquí! Enterraos en una vida que, para vuestro ahora igualmente aborrecido y aborreciente mundo terrestre, es más ajena que la muerte. ¡Venid aquí! Ceded, además, *vuestra* lápida dentro del cementerio, y venid aquí, ¡hasta que os desposemos!».

Escuchando estas voces, desde el este y el oeste, con el temprano amanecer y al caer de la tarde, el alma del herrero respondió: ¡sí, voy! Y, así, Perth fue a la pesca de la ballena.

CAPÍTULO CXIII LA FORJA

Con la barba enmarañada, y fajado en un hirsuto mandil de piel de tiburón, estaba Perth a mediodía, entre su forja y su yunque —colocado este último sobre un tronco de carpe—, con una mano en los fuelles y la otra sujetando una punta de pica en las brasas, cuando el capitán Ajab se acercó llevando en su mano una pequeña bolsa de cuero de herrumbrosa apariencia. Aún un poco distanciado de la forja, el taciturno Ajab se detuvo; hasta que finalmente Perth, retirando su hierro del fuego, empezó a martillearlo en el yunque… La masa roja lanzaba chispas en tupidas bandadas flotantes, algunas de las cuales volaron cerca de Ajab.

—¿Son éstas vuestras golondrinas de mar, Perth? Siempre están volando en vuestra estela; pájaros de buen agüero, también, aunque no para todos… Cuidado, queman… mas vos… vos vivís entre ellos sin chamuscaros.

—Porque ya estoy chamuscado por todas partes, capitán Ajab —contestó Perth, descansando un momento en su martillo—; estoy más allá del chamusco: una cicatriz no se puede chamuscar fácilmente.

—Bueno, bueno; basta ya. Vuestra retraída voz suena demasiado calmada y sanamente desconsolada para mí. No estando yo mismo en un paraíso, me impacienta en otros cualquier miseria que no sea demente. Debéis enloquecer, herrero; decid, ¿por qué no enloquecéis? ¿Cómo podéis aguantar sin estar loco? ¿Os odian tanto los Cielos, que no podéis enloquecer?… ¿Qué estabais haciendo ahí?

—Soldando una vieja punta de pica, señor; había arañazos y mellas en ella.

—¿Y podéis dejarla enteramente lisa de nuevo, herrero, tras empleo tan duro como el que tuvo?

—Creo que sí, señor.

—¿Y supongo, herrero, que podéis alisar casi cualquier arañazo y mella, sin importar lo recio que sea el metal?

—Sí, señor, creo que puedo; todos los arañazos y mellas, salvo uno.

—Observad aquí, entonces —gritó Ajab, avanzando apasionadamente y apoyándose con ambas manos en los hombros de Perth—; observad aquí… *aquí*… ¿podéis alisar un arañazo como éste, herrero? —pasando una mano a través de su estriada frente—; si pudierais, herrero, con satisfacción apoyaría mi cabeza sobre vuestro yunque, y sentiría vuestro más pesado martillo entre mis ojos. ¡Responded! ¿Podéis alisar este arañazo?

—¡Ah!, ¡ése, señor! ¿No dije todos los arañazos, salvo uno?

—Sí, herrero, éste es; sí, marinero, es inalisable; pues aunque vos sólo lo veis aquí en mi carne, se ha introducido en el hueso de mi cráneo… ¡*Éste* es todo arrugas! Mas dejemos los juegos de niños; no más garfios y picas por hoy. ¡Observad! —haciendo sonar la bolsa de cuero como si estuviera llena de monedas de oro—. También yo deseo que se me haga un arpón; uno que una yunta de mil belcebúes no pueda partir, Perth; algo que se sujete en una ballena como su propio hueso de aleta. Ahí está el material —echando de golpe la bolsa sobre el yunque—. Observad, herrero, los clavos reunidos de las herraduras de caballos de carrera.

—¿Clavos de herradura, señor? Caramba, capitán, tenéis, entonces, aquí el mejor material y el más fuerte que los herreros trabajamos.

—Lo sé, viejo amigo; estos clavos se fundirán entre sí como cola de huesos derretidos de asesinos. ¡Pronto, forjadme el arpón! Y forjadme antes doce barras para su vástago; luego, doblad, y retorced, y martillead esas doce barras juntas, como las filásticas y las hebras de una estacha. ¡Pronto! Yo avivaré el fuego.

Cuando finalmente estuvieron hechas las doce barras, Ajab las probó una por una, haciéndolas girar con su propia mano alrededor de un pesado perno de hierro.

—¡Un defecto! —rechazando la última—. Volved a trabajar ésa, Perth.

Hecho lo cual, iba Perth a comenzar a fundir las doce en una, cuando Ajab detuvo su mano, y dijo que él se soldaría su propio hierro. Entonces, cuando con jadeantes carraspeos regulares martilleaba en el yunque, pasándole Perth las resplandecientes barras una tras otra, y cuando la con fuerza avivada forja lanzaba su intensa llama recta, el parsi pasó silenciosamente, e inclinando su cabeza hacia el fuego, pareció conjurar alguna maldición o bendición hacia el trabajo. Mas, al alzar Ajab la vista, se apartó.

—¿Para qué se emboscan allí ese montón de luciferes? —murmuró Stubb, mirando desde el castillo—. Ese parsi huele el fuego como un fósforo[144]; y él mismo huele a fuego como la cazoleta de la pólvora de un mosquete caliente.

Finalmente, el vástago, en una barra íntegra, recibió su calor final; y cuando, para templarlo, lo sumergió silbando en un cercano tonel de agua, el escaldante vapor saltó al rostro inclinado de Ajab.

—¿Queréis señalarme, Perth? —estremeciéndose un instante con el dolor—; ¿acaso sólo he estado forjando mi propio hierro de marcar?

—Por Dios, no es eso; no obstante, algo temo, capitán Ajab: ¿no es este arpón para la ballena blanca?

—¡Para el maligno blanco! Mas, ahora, a los ganchos; debéis hacerlos vos mismo, amigo. Aquí están mis navajas de afeitar… el mejor acero: aquí; y haced los ganchos afilados como los carámbanos del mar de hielo.

Durante un instante el viejo herrero miró las navajas como si hubiera preferido no utilizarlas.

—Cogedlas, amigo, yo no las necesito; pues yo ni me afeito, ni como, ni rezo ya, hasta que… Pero tomad… ¡a trabajar!

Conformado finalmente en una figura de flecha, y soldado por Perth al vástago, el acero pronto aguzó el final del hierro; y cuando el herrero iba a dar a los ganchos su calor final, previo a templarlos, le gritó a Ajab que situara el tonel de agua cerca.

—No, no… sin agua para eso; lo quiero del auténtico temple de la muerte. ¡Eh, ahí! ¡Tashtego, Queequeg, Daggoo! ¿Qué decís, paganos? ¿Me daréis sangre suficiente para cubrir este gancho? —sujetándolo en alto.

Una piña de oscuros asentimientos replicó «sí». Tres punciones se hicieron en la carne pagana, y los ganchos de la ballena blanca fueron entonces templados.

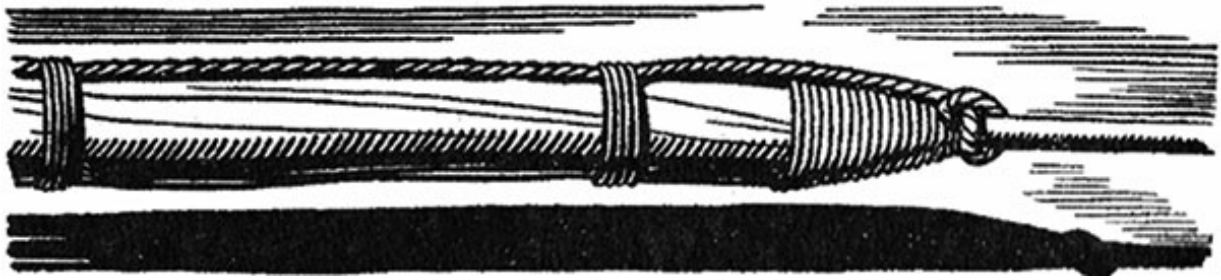
—*¡Ego non baptizo te in nomine patris, sed in nomine diaboli!*[143] — aulló Ajab, en delirio, mientras el maligno hierro abrasadoramente devoraba la sangre baptismal.

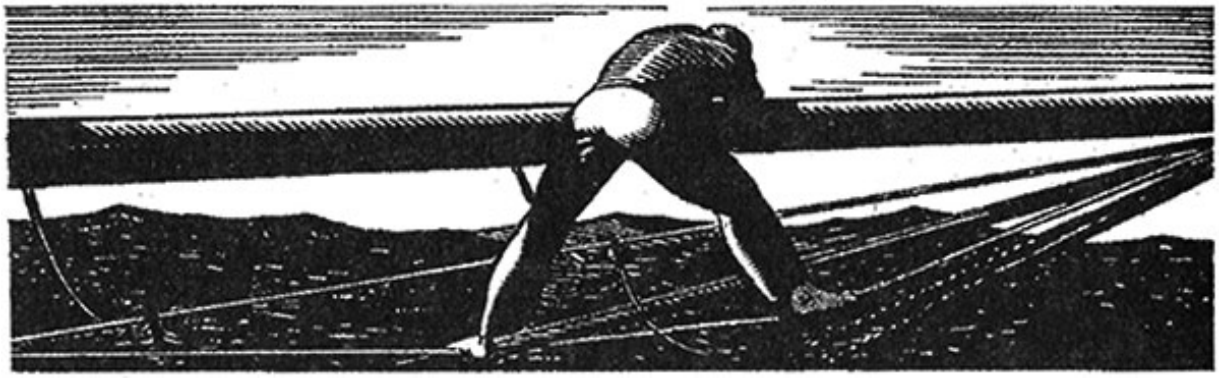
Inspeccionando ahora las pértigas de repuesto de abajo, y seleccionando una de nogal, con la corteza todavía recubriéndola, Ajab ajustó el extremo al calce del hierro. Una bobina de estacha nueva fue entonces desenroscada y algunas brazas de ella llevadas al molinete y sometidas a gran tensión. Empujando con su pie hasta que el cabo resonó como una cuerda de arpa, inclinándose luego encima suyo, y no viendo filásticas sueltas, Ajab exclamó:

—¡Bien! Y ahora las ligaduras.

El cabo estaba sin enroscar en un extremo, y las distintas filásticas sueltas estaban todas trenzadas y tejidas alrededor del calce del arpón; la pértiga se introdujo fuertemente en el calce; el cabo fue llevado desde el extremo inferior hasta la mitad de la longitud de la pértiga, y firmemente asegurado así con entrelazamientos de cáñamo. Hecho esto, pértiga, hierro y cabo —como las tres Parcas— quedaron inseparables, y Ajab se alejó, taciturno, con el arma; el sonido de su pierna de marfil y el sonido de su pértiga de nogal resonando vacíos a lo largo de cada plancha. Pero antes de que entrara en su cabina se escuchó un leve y antinatural sonido; en parte travieso, y sin embargo de lo más conmovedor. ¡Ah, *Pip*!, vuestra

desdichada risa, vuestro holgazán aunque incansable ojo; todas vuestras extrañas pantomimas, no sin significado, se combinaban con la negra tragedia del melancólico barco, ¡y se burlaban de ella!





CAPÍTULO CXIV EL DORADOR

Penetrando cada vez más en el corazón del caladero japonés, el *Pequod* pronto se metió en el bullicio de la pesquería. A menudo, con tiempo templado, agradable, estaban atareados en las lanchas durante doce, quince, dieciocho y veinte horas, bogando constantemente, o navegando a vela, o remando con las palas tras las ballenas, o esperando calmadamente su emerger durante un interludio de sesenta o setenta minutos; aunque apenas sin recompensa alguna por sus esfuerzos.

En tales momentos, bajo un sol aplacado; a flote todo el día sobre lisas olas de lento ondear; sentado en la lancha, ligera como una canoa de abedul; y mezclándose de tan sociable manera con las propias suaves olas, que como gatos de chimenea ronronean contra la borda; éstos son los momentos de soñadora quietud, cuando observando la plácida belleza y refulgencia de la piel del océano, uno olvida el corazón de tigre que palpita bajo él; y preferiría no recordar que esta pata de terciopelo oculta una despiadada garra.

Éstos son los momentos en los que, en su lancha ballenera, el trotamundos siente mansamente hacia el mar una cierta emoción filial, confiada, terrena; que lo mira como a otra tierra florida; y el distante barco, que revela sólo las cofas de sus mástiles, parece avanzar con esfuerzo no a través de altas olas que voltean, sino a través de la alta hierba de una ondulante pradera: como cuando los caballos de los

emigrantes hacia el Oeste sólo muestran sus orejas erguidas, mientras sus cuerpos ocultos extensamente vadean entre la prodigiosa vegetación.

Los largos valles vírgenes; las dulces faldas azules de montañas, mientras sobre éstos se extiende el silencio, el susurro; casi puedes jurar que niños agotados de jugar descansan dormidos en estas latitudes, en alguna alegre época de mayo, cuando se recogen las flores de los bosques. Y todo esto se mezcla con vuestro más místico estado de ánimo; de manera que hechos e imaginación, encontrándose a mitad de camino, se interpenetran, y forman un todo sin costuras.

Tampoco tales tranquilizantes escenas, por muy provisionales que fueran, dejaron de ejercer un efecto al menos temporal sobre Ajab. Mas aunque estas secretas llaves doradas parecieron abrir en él sus propios dorados secretos tesoros, su aliento sobre ellas, sin embargo, no resultó ser sino deslustrante.

—¡Oh, verdes claros!, oh, inacabables paisajes del alma, siempre vernales; en vos… aunque hace tiempo agostado por la mortal sequía de la vida terrena… en vos pueden aún los hombres revolcarse como jóvenes caballos en el trébol de la mañana nueva; y durante unos pocos pasajeros instantes sentir el fresco rocío de la inmortal vida en sí. Dios quisiera que esas benditas calmas duraran. Mas las hebras mezcladas y mezclantes de la vida están tejidas por trama y urdimbre; calmas cruzadas por tormentas, una tormenta por cada calma. En esta vida no se da un constante progreso irreversible; no avanzamos a través de gradaciones establecidas y nos detenemos en la última: a través del hechizo inconsciente de la infancia, de la fe irreflexiva de la niñez, de la duda (la común condena) de la adolescencia, luego escepticismo, luego descreimiento, descansando al final en el ponderado reposo del «si» condicional de la madurez. Y una vez transcurrido volvemos a trazar la ronda; y somos niños, muchachos, y hombres, y eternamente somos síes condicionales. ¿Dónde está el puerto final de donde ya no zarpamos más? ¿En qué embelesado éter navega el mundo, del que los más cansados nunca se cansarán? ¿Dónde está oculto el padre del expósito? Nuestras almas son como esos huérfanos cuyas madres solteras mueren al parirlos: el secreto de nuestra paternidad descansa en su tumba, y allí debemos ir para averiguarlo.

Y también, el mismo día, desde el costado de su lancha observando muy abajo en ese mismo mar dorado, Starbuck, en voz baja, murmuró…

—¡Fascinación insondable, como nunca un amante vio en los ojos de su joven novia!… No me habléis de vuestros tiburones de hileras de dientes, y de vuestros secuestradores modos caníbales. Que la fe desplace al hecho; que la ilusión desplace al recuerdo; yo miro muy profundo, y creo.

Y Stubb, como un pez, con escamas destelleantes, saltó en esa misma luz dorada…

—Yo soy Stubb, y Stubb tiene su historia; ¡pero aquí Stubb jura que siempre ha sido jovial!

CAPÍTULO CXV EL *PEQUOD* ENCUENTRA AL *SOLTERO*

Y bien joviales fueron las imágenes y los sonidos que arribaron a popa unas pocas semanas después de que el arpón de Ajab hubiera sido forjado.

Era un barco de Nantucket, el *Soltero*, que acababa de embutir su último tonel de aceite, y de echar el cerrojo en sus cuarteles a reventar; y que ahora, con alegre atavío de recreo, iba jovial, aunque algo vanaglorioso, navegando de uno a otro de los muy distanciados barcos en el caladero, antes de poner proa a puerto.

Los tres hombres de sus topes llevaban en sus sombreros largos banderines de estrecha cinta roja; de su popa pendía una ballenera con el fondo hacia arriba; y colgando cautiva del bauprés se veía la larga mandíbula inferior de la última ballena que habían matado. Señales, enseñas y banderas de todos los colores ondeaban de su jarcia por todas partes. Había dos barriles de esperma atados de lado en cada una de sus tres cofas provistas de barquillas; y sobre ellos, en las crucetas de sus masteleros, veías delgados barriletes del mismo precioso fluido; y clavada en la galleta de su palo mayor había una lámpara de latón.

Como se supo después, el *Soltero* se había topado con el más sorprendente de los éxitos; más maravilloso aún porque, mientras

navegaban en los mismos mares, otros muchos navíos habían pasado meses enteros sin conseguir un solo pez. No sólo habían regalado barriles de carne y pan para hacer sitio al más valioso esperma, sino que los habían canjeado con los barcos con los que se había encontrado por toneles suplementarios adicionales; y éstos estaban estibados a lo largo de la cubierta, y en los camarotes del capitán y de los oficiales. Incluso la propia mesa de la cabina se había desmontado para leña para el fuego; y la oficialía comía en la espaciosa tapa de un tonel de aceite atado al suelo como mesa de centro. En el castillo los marineros habían literalmente calafateado y embreado sus arcones, y los habían llenado; se añadía humorísticamente que el cocinero le había puesto una tapa a su cacerola más grande, y la había llenado; que el mozo había taponado su puchero de repuesto del café, y lo había llenado; que los arponeros habían tapado los calces de sus hierros, y los habían llenado; que todo, efectivamente, estaba lleno de esperma, a excepción de los bolsillos del pantalón del capitán, y que éstos los reservaba para meter en ellos las manos, en autocomplaciente testimonio de su entera satisfacción.

Cuando este alegre barco de buena fortuna arribó sobre el taciturno *Pequod*, el bárbaro sonido de enormes tambores salía de su castillo; y al aproximarse aún más, se vio a un montón de sus hombres en pie alrededor de sus grandes calderos, los cuales, cubiertos con el apergaminado *bolso*, o piel del estómago del pez negro, hacían un descomunal ruido con cada golpe de los puños cerrados de la tripulación. En el alcázar los oficiales y los arponeros bailaban con las muchachas de color de oliva que se habían fugado con ellos de las islas de la Polinesia; mientras, colgando de una lancha ornamentada, firmemente sujeta en alto entre el trinquete y el mayor, tres negros de Long Island, con resplandecientes arcos de violín de marfil de ballena, presidían la hilarante giga. Entretanto, otros de entre la compañía del barco se afanaban tumultuosamente en la albañilería del fogón, del que habían sido retirados los grandes calderos. Casi habríais pensado que estaban derribando la maldita Bastilla, tan salvajes gritos lanzaban, mientras el ladrillo y el cemento, ahora inútiles, eran arrojados al mar.

Dueño y señor de toda esta función, el capitán permanecía erguido en el elevado alcázar del barco, de manera que la entera regocijante escena estaba totalmente ante él, y parecía meramente ideada para su exclusiva diversión particular.

Y Ajab también estaba erguido en su alcázar, negro y desastrado, con obcecada desolación; y cuando los dos barcos cruzaron las estelas entre sí —uno todo celebración por lo sucedido, el otro todo aprensión sobre el porvenir—, sus dos capitanes representaron todo el chocante contraste de la escena.

—¡Venid a bordo, venid a bordo! —gritó el alegre comandante del *Soltero*, alzando un vaso y una botella en el aire.

—¿Habéis visto a la ballena blanca? —gritó Ajab en respuesta.

—No; sólo oí hablar de ella, pero no creo en ella en absoluto —dijo el otro, con buen humor— ¡Venid a bordo!

—Sois demasiado joviales, maldita sea. Seguid navegando. ¿Habéis perdido a algún hombre?

—No, que se puedan contar… dos isleños, eso es todo… Pero venid a bordo, viejo amigo, venid. Os quitaré en un momento esa negrura de vuestra frente. Venid, ¿no queréis? (la alegría es la clave); un barco lleno y camino de casa.

—¡Qué tremendamente consabido es un tonto! —murmuró Ajab, y después, en voz alta—: Sois un barco lleno y camino de casa, decís; bien, entonces, llamadme un barco vacío y alejándome. Así que seguid vuestro camino, y yo seguiré el mío. ¡Eh, a proa! ¡Izad todo el trapo, y mantenedle a fil de roda!

Y de este modo, mientras uno de los barcos siguió animosamente con el viento de popa, el otro obstinadamente luchó contra él, hasta que se separaron los dos navíos; la tripulación del *Pequod* observando con miradas graves y prolongadas hacia el *Soltero*, que se alejaba; y los hombres del *Soltero* sin prestar atención alguna a sus miradas, a causa de la animada juerga que tenían. Y cuando Ajab, inclinándose sobre el coronamiento, observó la nave que se dirigía a puerto, sacó de su bolsillo un pequeño frasco de arena, y mirando entonces del barco al frasco,

pareció con ello reunir dos remotas asociaciones, pues ese frasco estaba lleno de tierra de Nantucket.

CAPÍTULO CXVI LA BALLENA AGONIZANTE

No infrecuentemente en esta vida, cuando los favoritos de la fortuna navegan al costado correcto a nuestro lado, nosotros captamos algo del impetuoso viento, y jovialmente sentimos llenarse nuestras abolsadas velas, aunque antes estuviésemos completamente abatidos. Así pareció ocurrir con el *Pequod*. Pues al día siguiente de encontrar al alegre *Soltero* se avistaron ballenas y se mataron cuatro; y una de ellas la mató Ajab.

Fue muy avanzada la tarde; y cuando hubo concluido todo el lancear de la pelea carmesí, y flotando en el amable mar y cielo del anochecer sol y ballena, ambos calladamente, morían; entonces, tal dulzura y aflicción, tan entretejidas plegarias se alzaron rizándose en aquel aire rosado, que casi parecía como si de lejos, desde los profundos valles verdes enclaustrados de las islas de Manila, el viento de tierras españolas, lujuriosamente

transmutado en marinero, se hubiera hecho a la mar, cargado con estos vespertinos himnos.

Calmado de nuevo, aunque sólo calmado en una desolación más profunda, Ajab, que se había alejado de la ballena, estaba sentado viendo sus últimos estertores desde la lancha, ahora tranquila. Pues ese extraño espectáculo que puede observarse en todos los cachalotes agonizantes… el giro hacia el sol de la cabeza, y el expirar entonces… ese extraño espectáculo, observado en tarde tan plácida, de algún modo transmitió a Ajab una prodigiosidad anteriormente desconocida.

«Se vuelve y se vuelve hacia el sol… con qué lentitud, mas con qué tenacidad, su frente que invoca y que rinde homenaje con sus últimos agonizantes movimientos. También él rinde culto al fuego; ¡muy fiel, franco, noble vasallo del sol!… Ah, que estos harto indulgentes ojos vean esas harto indulgentes imágenes. ¡Observad! Aquí, atrapado en aguas lejanas; más allá del murmullo de la humana buena y mala fortuna; en estos mares tan espontáneos e imparciales; donde no hay roca que a las tradiciones proporcione tablas en las que escribir; donde durante largas eras chinas las olas han seguido ondeando sin decir palabra y sin que les hablaran, como las estrellas que brillan sobre las fuentes desconocidas del Níger; aquí también la vida muere en dirección al sol, llena de fe. ¡Mas observad! En cuanto ha muerto, entonces la muerte gira el cuerpo en redondo, y apunta hacia otro lugar…

O vos, oscura mitad hindú de la naturaleza, que de huesos sumergidos habéis construido vuestro individual trono en algún lugar del corazón de estos inferaces mares; sois una infiel, vos, reina, y bien me hablasteis con verdad durante el muy masacrante tifón, y durante el callado entierro de su posterior calma. Y no sin una lección para mí ha girado esta vuestra ballena su agonizante cabeza hacia el sol, y entonces se ha vuelto de nuevo.

»¡Oh, triplemente cinchada y soldada grupa de potencia! ¡Oh, surtidor irisado que a lo alto aspiráis!… ¡Aquélla se esforzó, éste chorreó enteramente en vano! En vano, oh, ballena, buscasteis intercesiones con aquel vivificante sol, que únicamente llama a la vida, aunque no la devuelve. Sin embargo, vos, mitad más oscura, me acunáis con una fe más

orgullosa, aunque más tenebrosa también. Todas vuestras innombrables mixturas flotan aquí, debajo de mí; los alientos de lo que una vez vivió, y que ahora es agua, me mantienen a flote.

»Entonces, salve, salve por siempre, oh, mar, en cuyo eterno voltear las aves salvajes encuentran su único reposo. Nacido de tierra, amamantado, sin embargo, por la mar; ¡aunque la colina y el valle me parieron, vosotras, olas, sois mis hermanastras!»

CAPÍTULO CXVII LA GUARDIA DE BALLENA

Las cuatro ballenas sacrificadas esa tarde habían muerto muy distanciadas entre sí: una lejos a barlovento; una, menos distante, a sotavento; una a proa; una a popa. Estas tres últimas fueron acercadas al costado antes de que cayera la noche, pero la de barlovento no se pudo alcanzar hasta por la mañana y la lancha que la había matado estuvo a su lado toda la noche: esa lancha fue la de Ajab.

La pértiga de descarrío fue clavada recta en el orificio surtidor de la ballena muerta; y la linterna que colgaba de su extremo lanzaba un atribulado resplandor parpadeante sobre el lustroso lomo negro y a lo lejos, sobre las olas de medianoche, que suavemente rozaban el espacioso flanco de la ballena, lo mismo que el suave oleaje frente a una playa.

Ajab y toda la tripulación de su lancha parecían dormidos, con la excepción del parsi, que, acurrucándose en la proa, estaba mirando los tiburones que jugaban espectralmente alrededor de la ballena, y que daban toques a las planchas de cedro con sus colas. Un sonido surcaba, temblando, el aire, similar a gemidos sobre asfaltitas de escuadrones de despiadados fantasmas de Gomorra.

Despabilado de su letargo, Ajab vio al parsi frente a frente; y cercados por la desolación de la noche, ambos parecían los últimos hombres en un mundo inundado.

—Lo he vuelto a soñar —dijo.

—¿Lo de los coches fúnebres? ¿No he dicho, viejo, que para vos no hay ni coche fúnebre ni féretro?

—¿Y quién muere en el mar, que sea enterrado en coche fúnebre?

—Ya os he dicho, viejo, que antes de que podáis morir en esta expedición, vos habéis de ver incuestionablemente dos coches fúnebres en el mar, el primero no fabricado por manos mortales; y la madera visible del último debe haber crecido en América.

—¡Sí, sí!, una visión extraña, ésa, parsi… Un coche fúnebre con sus plumajes flotando sobre el océano, con las olas como portadores del féretro. ¡Ja! Semejante visión no la veremos.

—Creedlo o no: no podéis morir hasta que sea vista, viejo.

—¿Y cuál era ese dicho sobre vos mismo?

—Aunque sea al final, aún partiré antes que vos, como vuestro piloto.

—Y cuando así os hayáis ido previamente… si eso ocurre alguna vez… entonces, antes de que pueda seguiros, ¿vos debéis aún aparecer ante mí, para seguir pilotándome?… ¿No era así? Bien, entonces he creído todo lo que decís, ¡mi piloto! Aquí tengo dos avales de que aún mataré a Moby Dick y sobreviviré a ello.

—Tomad otro aval, viejo —dijo el parsi, mientras sus ojos se iluminaban como luciérnagas en medio de la tenebrosidad—: sólo el cáñamo puede mataros.

—La horca, queréis decir… Entonces soy inmortal, en tierra y mar —gritó Ajab con una risa de desdén—… ¡Inmortal en tierra y mar!

Ambos permanecieron en silencio como un solo hombre. Llegó el gris amanecer, y la aletargada tripulación surgió del fondo de la lancha, y antes del mediodía la ballena muerta fue acercada al barco.

CAPÍTULO CXVIII — EL CUADRANTE[145]

Por fin se aproximaba la temporada del ecuador; y cada día, cuando Ajab, al salir de su cabina, alzaba sus ojos a lo alto, el vigilante timonel manejaba ostentosamente sus cabillas, y los ansiosos marineros corrían a las brazas rápidamente, y allí permanecían, todos sus ojos centralmente fijos en el doblón clavado; impacientes ante la orden de orientar la proa del barco hacia el ecuador. A su momento, la orden llegó. Fue exactamente a mediodía; y Ajab, sentado en la proa de su lancha izada, iba a comenzar a tomar su acostumbrada observación diaria del sol para determinar la latitud.

Ahora bien, a veces, en el Mar del Japón, los días de verano son como aluviones de refulgencias. El vivo sol japonés que no parpadea parece el

abrasador foco de la inconmensurable lente de aumento del vidrioso océano. El cielo semeja estar lacado; no hay nubes; el horizonte flota; y esta desnudez de inmitigado resplandor es como los insufribles esplendores del trono de Dios. Afortunadamente, el cuadrante de Ajab estaba dotado de cristales coloreados a través de los que tomar la observación de ese fuego solar. Así, balanceando su figura sentada al tumbo del barco, y con el instrumento de astrológica apariencia colocado en su ojo, durante unos momentos permaneció en esa postura para captar el preciso instante en el que el sol alcanzara su exacto meridiano. Entretanto, mientras toda su atención estaba absorta, el parsi permanecía arrodillado bajo él en la cubierta del barco y, con rostro alzado como el de Ajab, observaba junto a él ese mismo sol; únicamente que los párpados de sus ojos medio encapotaban las órbitas, y su salvaje rostro estaba contenido en una terrenal impasibilidad. Finalmente la deseada observación fue tomada; y con el lápiz sobre su pierna de marfil, Ajab pronto calculó cuál debía ser su latitud en ese preciso instante. Cayendo entonces en una momentánea ensoñación, volvió a mirar arriba, hacia el sol, y murmuró para sí:

—¡Vos, marca marina! ¡Vos, elevado y poderoso piloto! Vos me decís con certeza dónde *estoy*… pero ¿podéis hacer la menor indicación sobre dónde *estaré*? ¿O podéis decirme dónde está viviendo en este momento alguna otra cosa aparte de mí? ¿Dónde está Moby Dick? En este instante debéis estarle viendo. Estos ojos míos miran en el mismo ojo que incluso ahora le está observando; sí, y en el ojo que incluso ahora está igualmente observando los objetos en el desconocido lado de más allá de vos: ¡de vos, sol!

Mirando entonces su cuadrante, y manipulando uno tras otro sus numerosos cabalísticos dispositivos, meditó de nuevo, y murmuró:

—¡Estúpido juguete! Capricho de niño de altivos almirantes, y comodoros, y capitanes; el mundo fanfarronea de vos, de vuestra astucia y poder; pero, en verdad, ¿qué es lo que podéis hacer, salvo decir el pobre y lastimoso punto donde vos mismo, y la mano que os sostiene, resultan estar en este amplio planeta? ¡No!, ¡nada más en absoluto! No podéis decir dónde estará una gota de agua o un grano de arena mañana a mediodía; ¡y

no obstante, a pesar de vuestra impotencia, insultáis al sol! ¡Ciencia! Os maldigo, juguete vano; y maldito sea todo lo que dirige los ojos del hombre a lo alto, a ese cielo cuya palpitante vivacidad únicamente le abrasa, ¡lo mismo, oh sol, que estos viejos ojos están ahora mismo abrasados por vuestra luz! Orientadas por la naturaleza al horizonte de esta tierra están las miradas de los ojos del hombre; no disparadas desde la coronilla de su cabeza, como si Dios hubiera querido que mirara hacia su firmamento. ¡Os maldigo a vos, cuadrante! —arrojándolo sobre cubierta —, ya no volveré a guiar mediante vos mi camino terrestre; la horizontal aguja del barco, y la horizontal estima por corredera: *éstas* me conducirán, y me mostrarán mi lugar en el mar. Sí —descendiendo desde la lancha a la cubierta—, así os pisoteo, objeto mezquino que débilmente apuntáis a lo alto; ¡así os destrozo y os machaco!

Mientras el frenético viejo hablaba así y así pisoteaba con sus dos pies, el vivo y el muerto, un despectivo triunfo que parecía referido a Ajab, y una fatalista desesperación que parecía referida a sí mismo… ambos pasaron sobre el mudo e inmóvil rostro del parsi. Inadvertido se levantó, y desapareció deslizándose; en tanto que atemorizados por el aspecto de su comandante, los marineros se apiñaban en el castillo, hasta que Ajab, recorriendo, consternado, la cubierta, gritó…

—¡A las brazas! ¡Derecha la caña!… ¡Bracead en cruz!

En un instante las vergas giraron; y mientras el barco daba media vuelta sobre su talón, sus tres gráciles mástiles, firmemente asentados y erguidamente balanceados sobre su largo casco de cuadernas, parecían los tres Horacios haciendo piruetas sobre un diestro corcel.

Desde las columnas del bauprés, Starbuck observaba la tumultuosa marcha del *Pequod*, y también la de Ajab, mientras iba cabeceando a lo largo de la cubierta.

—Me he sentado ante el denso fuego de carbón y lo he visto resplandeciente, pleno de su atormentada y flameante vida; y lo he visto consumirse finalmente, apagarse y apagarse hasta el más insubstancial de los polvos. ¡Viejo de los océanos! De toda esta ardiente vida vuestra, ¿qué quedará al final salvo un pequeño montón de ceniza?

—Sí —clamó Stubb—, sólo cenizas de carbón de mar…[146]. Tened eso en cuenta, señor Starbuck… carbón de mar, no carbón normal. Bien, bien; he escuchado a Ajab murmurar «aquí alguien me pone estas cartas en estas viejas manos mías; proclama que yo debo jugarlas, y no otros». Y que yo me condene, Ajab, pero habéis actuado correctamente; ¡vivir en el juego, y morir en él!

CAPÍTULO CXIX LOS CIRIOS

Los climas más cálidos son los que engendran los más crueles colmillos: el tigre de Bengala se agazapa en fragantes espesuras de incesante verdor. Los cielos más refulgentes son los que empacan los más mortíferos truenos: la esplendorosa Cuba sabe de tornados que nunca barrieron las dóciles tierras del norte. Así es también que en estos resplandecientes mares del Japón el marinero tropieza con la más terrible de todas las tormentas, el tifón. Revienta a veces de un cielo límpido de nubes, como una bomba que estalla sobre una aletargada y somnolienta ciudad.

Al caer la tarde de aquel día, al *Pequod* le fue arrancado el trapo, y con la arboladura al aire quedó para combatir un tifón que le había golpeado directamente de frente. Cuando llegó la oscuridad, cielo y mar rugieron y se partieron con el trueno, y se incendiaron con el relámpago, que mostró los inhabilitados mástiles flameando aquí y allá con los jirones que la inicial furia de la tempestad había dejado para su posterior solaz.

Sujetándose a un obenque, Starbuck permanecía en la toldilla; miraba a lo alto con cada destello del relámpago para observar qué desastre

adicional pudiera haberle sucedido a aquella intrincada maraña; entretanto, Stubb y Flask dirigían a los hombres en la tarea de elevar más las lanchas y reafirmarlas. Mas todos sus esfuerzos parecían inútiles. Aun izada hasta la parte más alta de los pescantes, la lancha de popa de barlovento (la de Ajab) no se salvó. Una enorme ola, golpeando en lo alto de la trémula amurada del zarandeado barco, desfondó la lancha por la popa y la dejó soltando agua como un cedazo.

—¡Mal asunto, mal asunto, señor Starbuck —dijo Stubb, observando el destrozado casco—, pero la mar ha de hacer su voluntad! Stubb, al menos, no puede impedirlo. Ya ve, señor Starbuck, una ola toma tan largo impulso antes de romper… alrededor del mundo entero se impulsa, y ¡entonces llega la sacudida! Mientras que, en lo que a mí atañe, todo el impulso que puedo tomar para oponerla sólo es el del ancho de aquí la cubierta. Aunque no importa; todo es parte de la fiesta, como dice la vieja canción (*canta*):

¡Oh! La galerna es amena,
es bromista la ballena
con su cola al agitar…
¡Qué prójimo tan jocoso, amistoso, veleidoso, escandaloso, ocurrente, engañoso
es el mar!

El chaparrón que se arrecia,
que el *flip* revuelve y especia
y burbujea al mezclar…
¡Qué prójimo tan jocoso, amistoso, veleidoso, escandaloso, ocurrente, engañoso
es el mar!

Parte los barcos el trueno,
mas este *flip* está bueno,
vámoslo a paladear…
¡Qué prójimo tan jocoso, amistoso, veleidoso, escandaloso, ocurrente, engañoso

es el mar!

—Callad, Stubb —gritó Starbuck—: que el tifón cante, y que toque el arpa aquí en nuestra jarcia; mas, si sois vos hombre valiente, mantendréis vuestra calma.

—Pero yo no soy hombre valiente; nunca dije que yo fuera hombre valiente; yo soy un cobarde y canto para mantener el ánimo. Y le diré lo que hay, señor Starbuck: no existe en este mundo manera de que deje de cantar, a no ser que me corten el cuello. Y si me lo cortan, le apuesto diez contra uno que le canto la doxología a modo de conclusión.

—¡Loco! Mirad a través de mis ojos si no tenéis unos propios.

—¿Qué? ¿Cómo, en una noche oscura, puede ser que vea mejor que cualquier otro, por muy necio que sea?

—¡Aquí! —gritó Starbuck, agarrando a Stubb por el hombro y señalando con su mano la proa a barlovento—, ¿no os dais cuenta de que la galerna proviene del este, el mismo rumbo que Ajab sigue en busca de Moby Dick, el mismo que tomó hoy a mediodía? Fijaos ahora allí, en su lancha; ¿dónde está desfondada? En las tablas de popa, compañero, donde él suele situarse… ¡Su lugar está desfondado, compañero! ¡Saltad ahora por la borda, y cantad hasta desgañitaros, si así lo deseáis!

— Apenas le comprendo: ¿qué hay en el aire?

—Sí, sí, rodeando el cabo de Buena Esperanza es el camino más corto hacia Nantucket —soliloquió de pronto Starbuck, sin prestar atención a la pregunta de Stubb—. La galerna que ahora nos golpea para hundirnos la podemos tornar en viento favorable que nos impulse a nuestro hogar. Allá, a barlovento, todo es negrura de perdición; pero a sotavento, en dirección al hogar… veo que allí clarea; y no con luz de relámpago.

En ese momento, en uno de los intervalos de profunda oscuridad que seguían a los destellos, se escuchó una voz a su lado; y casi en el mismo instante una descarga de truenos estalló en lo alto.

—¿Quién está ahí?

—¡El Viejo Trueno! —dijo Ajab, tanteando su camino junto a las amuradas, en dirección a su cavidad de pivote; aunque repentinamente encontrando su ruta claramente mostrada por impelidas lanzas de fuego.

Ahora bien, lo mismo que en tierra el pararrayos de una torre tiene como objeto transportar el peligroso fluido hasta la tierra, así la barra análoga que en la mar algunos barcos portan en cada mástil tiene como objeto conducirlo hasta el agua. Pero como este conductor debe descender hasta una considerable profundidad, para que su extremo pueda evitar cualquier contacto con el casco, y como además, si se mantiene constantemente arrastrando allí, puede ser causa de muchos accidentes, aparte de interferir no poco con una porción de la jarcia, y de parcialmente entorpecer la marcha del navío en el agua, por todo ello, la parte inferior de los pararrayos de un barco no siempre está en el agua; normalmente se conforma en largos eslabones delgados, de manera que puedan ser halados con la mayor celeridad a las mesas de guarnición, afuera, o lanzados al mar, según lo requiera la ocasión.

—¡Las barras, las barras! —gritó Starbuck a la tripulación, repentinamente advertido por el vivaz relampagueo que instantes antes había estado arrojando antorchas para alumbrar a Ajab hasta su sitio—. ¿Están en el agua? Arrojadlas fuera, a proa y popa. ¡Rápido!

—¡Deteneos! —gritó Ajab—; que haya aquí juego limpio, a pesar de que seamos la parte débil. Aunque yo contribuiría a alzar pararrayos en los Himalayas y los Andes, para que el mundo entero pudiera estar a salvo; ¡mas fuera privilegios! Dejadlos quietos, señor.

—¡Mirad arriba! —exclamó Starbuck—. ¡El fuego de Santelmo! ¡El fuego de Santelmo!

Todos los brazos de las vergas estaban rematados por una pálida llama; y en cada extremo de tres puntas del pararrayos, tocado con tres fluidas llamas blancas, cada uno de los tres grandes mástiles ardía silenciosamente en medio de aquel aire sulfuroso, como tres gigantescos cirios de cera ante un altar.

—¡Condenada lancha!, ¡soltadla! —gritó Stubb en ese instante, al levantar un embate del mar su propia pequeña nave, de manera que la borda le pilló bruscamente la mano mientras estaba pasando una cuerda—. ¡Condenada!

Pero, resbalándose hacia atrás en cubierta, sus ojos dirigidos a lo alto captaron las llamas; e inmediatamente, cambiando de tono, gritó:

—¡Tenga san Telmo piedad de todos nosotros!

Para los marineros, la maldición es palabra cotidiana; maldecirán en el trance de la calma y en la boca de la tempestad; imprecarán maldiciones desde las vergas del mastelero de juanete mientras bruscamente se bambolean sobre un agitado mar; mas en todos mis viajes raramente he escuchado una vulgar maldición cuando el dedo ardiente de Dios se ha posado sobre el barco; cuando su «Mene, Mene, Tekel, Upharsin» ha sido tejido entre los obenques y el cordaje.

Mientras esta palidez ardía en lo alto, pocas palabras se escucharon de la hechizada tripulación, que, formando un cerrado grupo, permanecía en el castillo, todos sus ojos brillando en esa pálida fosforescencia como una lejana constelación de estrellas. Destacado contra la fantasmagórica luz, el gigantesco negro azabache, Daggoo, parecía erguirse hasta el triple de su estatura real, y semejaba la negra nube de la que había venido el trueno. La boca abierta de Tashtego mostraba sus blancos dientes de tiburón, que extrañamente brillaban como si también ellos hubieran sido tocados por los fuegos de Santelmo; mientras que, iluminados por la preternatural luz, los tatuajes de Queequeg ardían en su cuerpo como satánicas llamas azules.

Toda la estampa se desvaneció finalmente junto a la palidez de lo alto; y, una vez más, el *Pequod* y todas las almas en su cubierta, quedaron envueltos en un sudario. Pasaron unos instantes hasta que Starbuck, avanzando, tropezó con alguien. Era Stubb.

—¿Qué pensáis ahora, compañero? He escuchado vuestro grito; no era el mismo de la canción.

—No, no, no lo era; dije que Santelmo tuviera piedad de todos nosotros; y espero todavía que la tenga. Pero ¿sólo tiene piedad de las caras largas?… ¿No tiene agallas para reír? Y observe, señor Starbuck… aunque está demasiado oscuro para mirar. Escúcheme, entonces: considero esa llama que vimos en los palos una señal de buena suerte; pues esos mástiles están enraizados en una bodega que va a estar a rebosar de aceite de esperma, ¿no lo ve? Y, así, todo ese esperma ascenderá por los mástiles como la savia en un árbol. Sí, nuestros tres mástiles serán como tres cirios de esperma de ballena… Ése es el buen augurio que he visto.

En ese instante Starbuck captó la cara de Stubb, empezando lentamente a lucir a la vista. Alzando los ojos, gritó:

—¡Mirad! ¡Mirad!

Y de nuevo fueron observadas las altas y fluidas llamas con lo que parecía redoblada supernaturalidad en su decoloración.

—¡San Telmo tenga piedad de todos nosotros! —volvió a gritar Stubb.

En la base del palo mayor, exactamente debajo del doblón y la llama, el parsi se arrodillaba frente a Ajab, aunque con su cabeza inclinada en otra dirección; mientras, cerca, desde la jarcia colgante y suelta donde habían estado ocupados asegurando una verga, unos marineros, interrumpidos por el resplandor, se apiñaban ahora, y colgaban pendularmente, como una maraña de entumecidas avispas de la rama doblada de un frutal. En distintas hechizadas actitudes, como los esqueletos en Herculano, en pie, o andando, o corriendo, otros permanecían enraizados en cubierta; pero todos con sus ojos alzados.

—¡Sí, sí, marineros! —gritó Ajab—. Miradlo, fijaos bien: ¡la llama blanca no hace sino iluminar el camino hacia la ballena blanca! Pasadme esos eslabones del palo mayor; me gustaría sentir este pulso, y dejar que el mío palpite contra él: ¡sangre contra fuego! Así.

Volviéndose entonces… el último eslabón sujeto en la mano izquierda, puso su pie sobre el parsi; y con los ojos fijos en lo alto y el brazo derecho alzado permaneció erguido ante la excelsa trinidad triplemente erizada de llamas.

—¡Oh, vos, claro espíritu de claro fuego, al que en estos mares yo como persa una vez veneré, hasta que en el acto sacramental tanto me quemé por vos, que aún hoy porto la cicatriz! Ahora os conozco, vos, claro espíritu, y ahora sé que para vos el desafío es el culto apropiado. Ni ante el amor ni ante la reverencia seréis benévolo; y aun ante el odio sólo podéis matar; y muertos son todos. No es un loco intrépido el que a vos se enfrenta ahora. Reconozco vuestro mudo e ilocalizado poder; pero hasta el último aliento de mi cataclísmica vida combatiré su incondicional e inintegral dominio en mí. En medio de lo impersonal personificado, una personalidad aquí se alza. Aunque en el mejor de los casos sólo un punto. De donde sea que yo venga, a donde sea que yo vaya, con todo, mientras

terrenalmente viva, la regia personalidad vive en mí, y siente sus derechos de realeza. Mas la guerra es dolor, y el odio es desdicha. Venid en vuestra más baja forma de amor, y me arrodillaré y os besaré; pero en la más alta de las vuestras, venid como mero poder supernatural; y aunque enviéis flotas de mundos completamente pertrechados, aquí hay lo que todavía sigue siendo indiferente. Oh, vos, claro espíritu, de vuestro fuego vos me hicisteis, y como un verdadero hijo de fuego yo lo exhalo otra vez hacia vos.

(*Repentinos destellos repetidos de relámpagos; las nueve llamas se alargan al triple de su altura previa; Ajab, junto al resto, cierra los ojos, su mano derecha apretada fuertemente sobre ellos*.)

—Reconozco vuestro mudo e ilocalizado poder; ¿no lo dije así? Ni lo extrajeron de mí, ni suelto ahora estos eslabones. Vos podéis cegar; mas yo puedo entonces ir a tientas. Vos podéis consumir; mas entonces yo puedo ser ceniza. Aceptad el homenaje de estos pobres ojos, y de estas manos-celosías. Yo no lo aceptaría. El relámpago centellea a través de mi cráneo; mis globos oculares duelen cada vez más; mi entero cerebro golpeado parece haber sido decapitado y estar rodando por un terreno que aturde. ¡Oh, oh! Mas, incluso cegado, todavía deseo hablar con vos. Aunque seáis luz, surgisteis de la oscuridad; mas yo soy la oscuridad surgiendo de la luz, ¡surgiendo de vos! Las jabalinas cesan; abrid los ojos; ¿veis, o no? ¡Ahí arden las llamas! ¡Oh, vos magnánimo!, ahora me vanaglorio de mi genealogía. Aunque sois mi ardiente padre, a mi dulce madre no la conozco. ¡Oh, inclemente!, ¿qué habéis hecho con ella? En eso consiste mi rompecabezas; aunque el vuestro es mayor. Vos no sabéis cómo vinisteis, y de ahí que os llaméis no engendrado; ciertamente no conocéis vuestro principio, y de ahí que os llaméis no iniciado. Yo sé eso de mí, eso que vos no sabéis de vos mismo, oh, omnipotente. Hay un algo no difundido más allá de vos, vos, claro espíritu, para lo que toda vuestra eternidad sólo es tiempo; toda vuestra creatividad, mecánica. A través de vos, de vuestro llameante ser, oscuramente lo ven mis chamuscados ojos. Oh, vos, fuego expósito, vos, inmemorial ermitaño, también vos poseéis vuestro

incomunicable enigma, vuestro dolor no participado. Aquí de nuevo, con altanera agonía, descubro a mi señor. ¡Saltad! ¡Saltad hacia arriba y lamed el cielo! Yo salto con vos; yo ardo con vos; con agrado me fundiría con vos; ¡desafiantemente os venero!

—¡La lancha! ¡La lancha! —gritó Starbuck—. ¡Observad vuestra lancha, viejo!

El arpón de Ajab, forjado en el fuego de Perth, permanecía firmemente sujeto en su conspicua horcadura, de manera que se proyectaba más allá de la proa de la lancha ballenera; mas el mar que la había desfondado había hecho que se desprendiera la funda suelta de cuero; y del agudo garfio de acero salía ahora una llama horizontal de pálido fuego ahorquillado. Mientras el silencioso arpón ardía allí como la lengua de una serpiente, Starbuck agarró a Ajab por el brazo…

—Dios, Dios está contra vos, viejo: ¡renunciad!, ¡ésta es una expedición mórbida! Mórbidamente iniciada, mórbidamente continuada; permitidme bracear las vergas mientras podamos, viejo, y hacer de éste un buen viento hacia el hogar, para navegar en una expedición mejor que ésta.

Al escuchar a Starbuck, la aterrorizada tripulación corrió instantáneamente hacia las brazas… aunque no quedaba ni una vela izada. Durante un momento pareció que hacían suyos todos los aterrorizados pensamientos del oficial; alzaron un grito casi de amotinamiento. Mas, arrojando los resonantes eslabones del pararrayos a cubierta y aferrando el arpón ardiente, Ajab lo blandió entre ellos como si de una antorcha se tratara, jurando atravesar con él al primer marinero que soltara un solo cabo. Petrificados por su aspecto, y retrocediendo aún más por el ardiente dardo que sujetaba, los hombres volvieron a caer en el desaliento, y Ajab habló de nuevo:

— Todos vuestros juramentos de dar caza a la ballena blanca son tan vinculantes como el mío; y el viejo Ajab está comprometido en corazón, alma y cuerpo, pulmones y vida. Y para que sepáis al son de qué melodía late este corazón, observad aquí; ¡así apago yo el último temor! —y, con un soplo de su aliento, extinguió la llama.

Lo mismo que en el huracán que barre la llanura los hombres huyen de la cercanía de un solitario olmo gigante, cuya mera altura y fortaleza le

hacen ser tanto más inseguro por ser tanto más diana para los rayos, así, ante esas últimas palabras de Ajab, muchos de los marineros huyeron de él con el terror del desaliento.

CAPÍTULO CXX LA CUBIERTA HACIA EL FINAL DE LA NOCTURNA GUARDIA DE PRIMA

(*Ajab en el timón. Starbuck acercándosele*.)

—Debemos arriar la verga de gavia del mayor, señor. El zuncho del penol se está soltando, y el amantillo de sotavento está medio deshecho. ¿La arrío, señor?

—No arriéis nada: amarradlo. Si tuviera galopes de monterilla, los guindaría ahora.

—¿Señor?… ¡En el nombre de Dios!… ¿Señor?

—Sí.

—Las anclas columpian, señor. ¿Las subo a bordo?

—No arriéis nada, y no toquéis nada, al contrario, amarradlo todo. El viento arrecia, pero todavía no ha llegado a mis planicies. Apresuraos, y cuidad de que se haga… ¡Por mástiles y por quillas! Me toma por el encorvado patrón de una sumaca de cabotaje. ¡Arriar mi verga de gavia! ¡Ah, lodazales! Las más elevadas galletas se hicieron para los más feroces vientos, y esta galleta-cerebro mía navega ahora entre el correr del celaje. ¿He de arriar eso? Ah, nadie salvo un cobarde arría su galleta-cerebro en tiempo de tempestad. ¡Qué jaleo, allí arriba! Lo tomaría incluso por sublime, si no supiera que el cólico es un mal ruidoso. ¡Ah, tomad medicamentos, tomad medicamentos!

CAPÍTULO CXXI MEDIA NOCHE - LAS AMURADAS DEL CASTILLO

(*Stubb y Flask subidos a ellas, y pasando trincas adicionales sobre las anclas que allí cuelgan*.)

—No, Stubb; puedes forzar ese nudo todo lo que quieras, pero nunca me forzarás a asentir a lo que estabas diciendo ahora. ¿Y cuánto hace desde que dijiste exactamente lo contrario? ¿No dijiste una vez que cualquier barco en el que navegue Ajab debería pagar algún extra en su póliza de seguro, exactamente igual que si estuviera cargado de barriles de pólvora a popa y cajas de luciferes a proa? Detente, ahora: ¿no dijiste eso?

—Bueno, supón que lo dije. ¿Y qué? Desde entonces he cambiado en parte mi carne, ¿por qué no mi mente? Además, suponiendo que *estemos*

cargados de barriles de pólvora a popa y de luciferes a proa, ¿cómo demonios se iban a prender los luciferes con este caladero de rociadas que hay? Mira, pequeño, tú tienes un bonito pelo rojo, pero no podrías prenderte. Entérate, Flask; eres Acuarius, el aguador; se pueden llenar cazos en el cuello de tu chaqueta. ¿No ves ya que para estos riesgos extraordinarios las compañías de seguros marítimos tienen garantías extraordinarias? Aquí hay tomas de agua, Flask. Pero escucha otra vez, y te contestaré a lo otro. Antes, espera, quita tu pierna de la cruz del ancla, para que pueda pasar el cabo; ahora escucha. Qué enorme diferencia hay entre agarrar el pararrayos de un mástil durante la tormenta y estar junto a un mástil, que no tiene pararrayos de ningún tipo, en una tormenta? ¿No ves, cabeza de tarugo, que ningún daño le puede ocurrir al portador del pararrayos, a no ser que antes caiga el rayo sobre el mástil? ¿De qué estás hablando, entonces? Ni un barco de ciento lleva pararrayos, y Ajab… sí, y todos nosotros, hombre… en mi humilde opinión no estábamos entonces en mayor peligro que todas las tripulaciones de diez mil barcos que navegan ahora los mares. Bah, tú, *King-Post*, tú, supongo que harías que todos los hombres del mundo fueran con un pequeño pararrayos saliendo de una esquina de su sombrero, como la pluma ladeada de un oficial de la milicia, y arrastrando detrás como su fajín. ¿Por qué no eres razonable, Flask? Es fácil ser razonable: ¿por qué no lo eres, entonces? Cualquier hombre con la mitad de un ojo puede ser razonable.

—No estoy seguro de eso, Stubb. A ti a veces te cuesta mucho.

—Sí, cuando uno está empapado resulta difícil ser razonable, eso es así. Y yo estoy completamente calado con estas rociadas. No importa; coge la vuelta, y pásala. Me da a mí que estamos amarrando estas anclas como si nunca fueran a volver a ser usadas. Atar aquí estas dos anclas, Flask, parece como si ataras las manos de un hombre a su espalda. Y qué manos grandes y generosas son, sin duda. Éstos son puños de hierro, ¿eh? ¡Qué agarre tienen, además! Me pregunto, Flask, si el mundo está anclado en alguna parte; si lo está, bornea, no obstante, con un cable inusualmente largo. Ahí, aprieta ese nudo, y hemos acabado. Así; exceptuando tocar tierra, lo más placentero son los rayos en cubierta. Digo, escurre un poco los faldones de mi chaqueta, ¿quieres? Gracias. Se burlan mucho de las

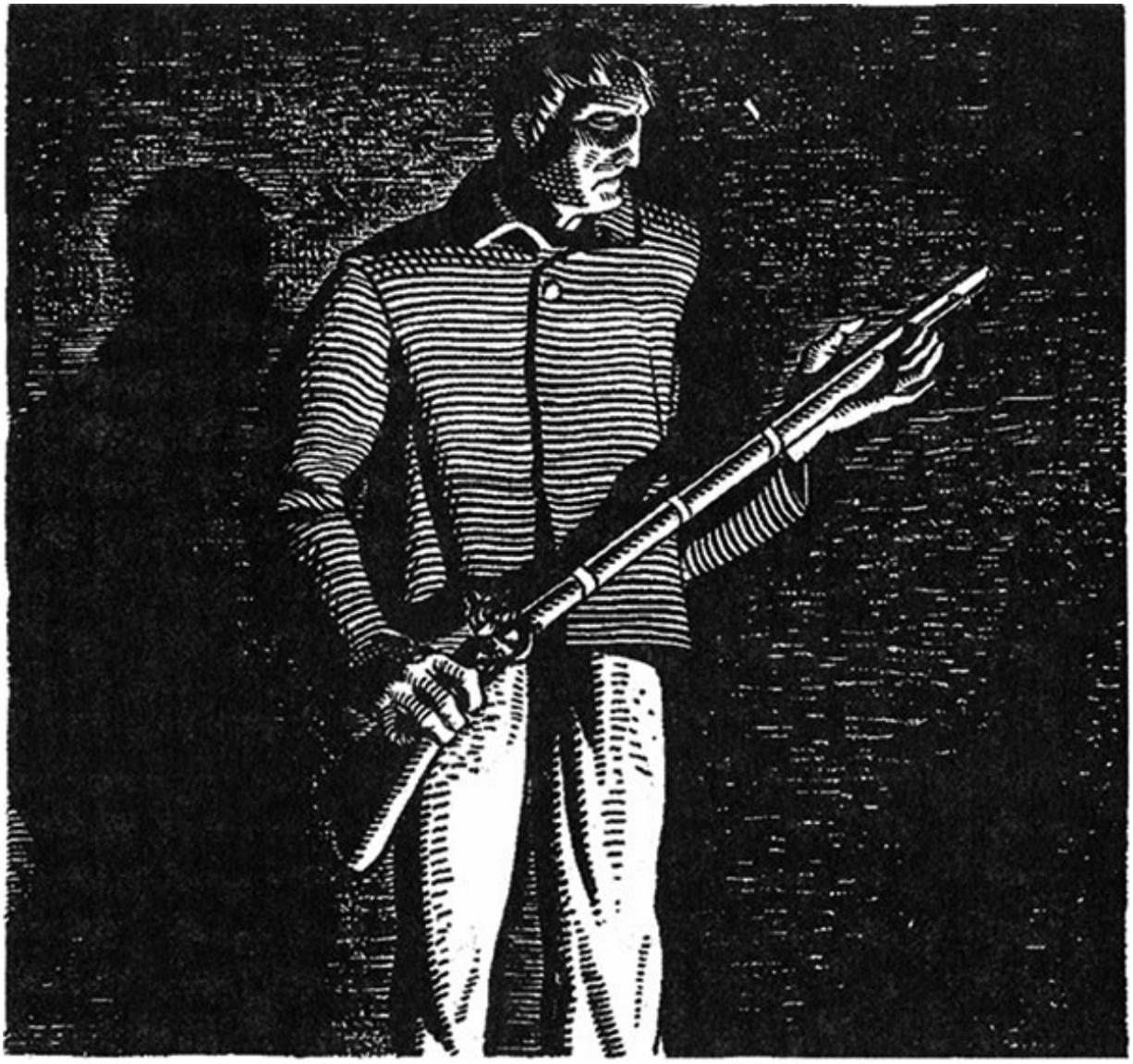
prendas largas, Flask; pero a mí me parece que en toda tormenta en el mar hay que llevar una levita de largos faldones. Los faldones, al estrecharse de esa forma, sirven para llevarse el agua, ¿no ves? Lo mismo pasa con los tricornios; los tricornios forman canalón de tejado, Flask. No más cazadoras y gorros de hule para mí; he de calzarme un frac, y plantarme un sombrero de copa: sea. ¡Hola!, ¡pfiú!, ahí va mi gorro de hule por la borda. ¡Señor, Señor, que los vientos que vienen del Cielo tengan tan pocos modales! Una noche inmunda, ésta, amigo.

CAPÍTULO CXXII

MEDIA NOCHE EN LO ALTO - TRUENOS Y RAYOS

(*La verga de gavia del mayor. - Tashtego pasando nuevas trincas a su alrededor*.)

Hum, hum, hum. ¡Parad ese trueno! ¡Mucho demasiado trueno aquí arriba! ¿Para qué sirve el trueno? Hum, hum, hum. No queremos trueno: queremos ron, dadnos un vaso de ron. Hum, hum, hum.



CAPÍTULO CXXIII EL MOSQUETE

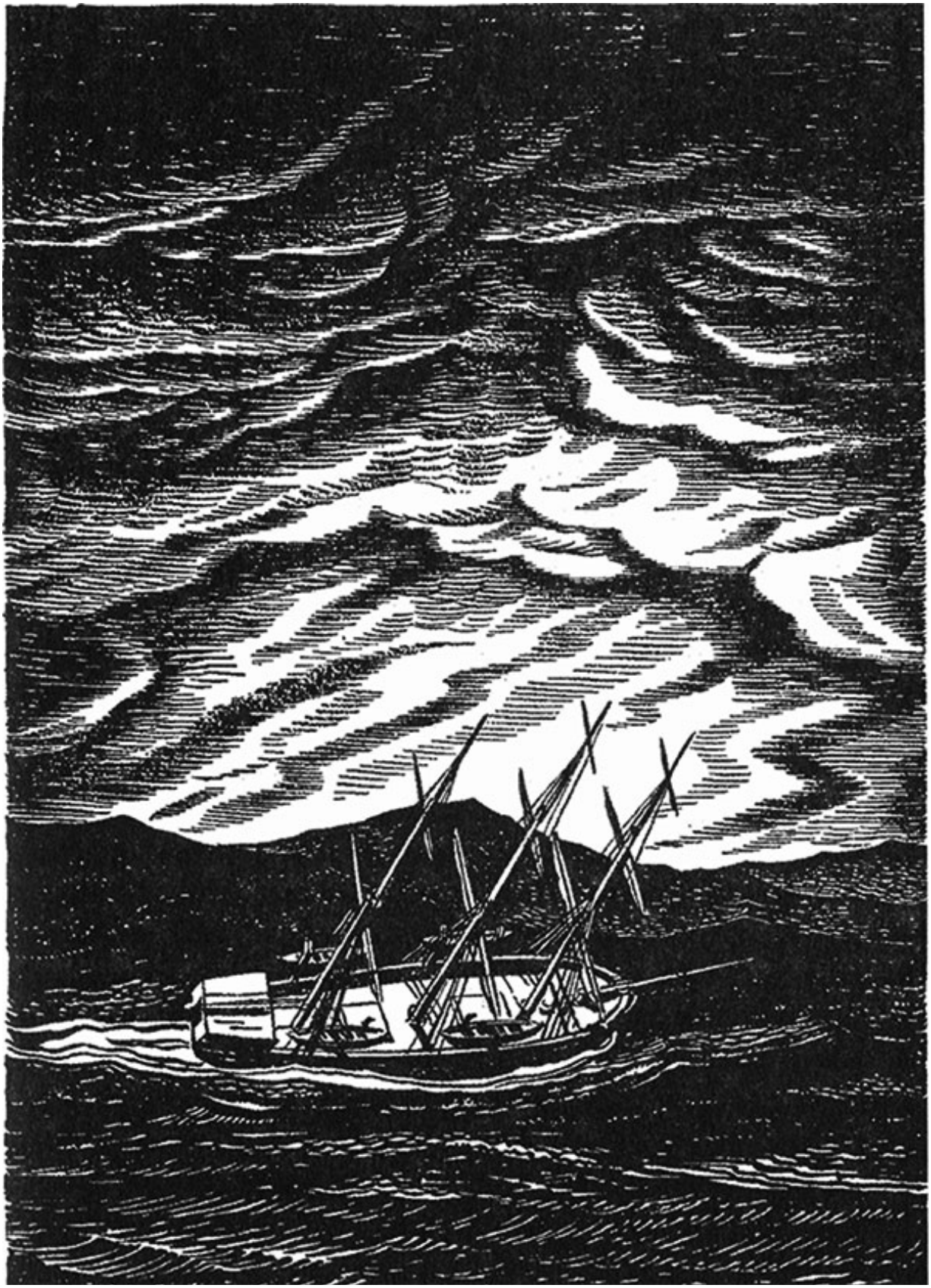
Durante los embates más violentos del tifón, el hombre a la caña de hueso de quijada del *Pequod*, había sido lanzado varias veces rodando por la cubierta a causa de los espasmódicos movimientos del barco, incluso a pesar de que a aquélla se le habían amarrado aparejos de refuerzo… pues estaban flojos… siendo indispensable cierto juego en la caña.

En un temporal como éste, cuando el barco sólo es un rehilete a merced de la embestida, no es en modo alguno extraño ver en ocasiones las agujas de los compases dar vueltas y vueltas. Así ocurrió con las del *Pequod*; casi en cada golpe, el timonel no había dejado de percibir la velocidad giratoria con que daban vueltas sobre las cartas: es una visión que difícilmente puede observar alguien sin cierta inusitada emoción.

Unas horas después de medianoche, el tifón amainó lo suficiente como para que, gracias a los agotadores esfuerzos de Starbuck y Stubb —uno trabajando a proa y el otro a popa—, los zarandeados restos del foque y de las gavias del trinquete y el mayor fueran soltados de las vergas, y salieran revoloteando a la deriva a sotavento, como las plumas del albatros que a veces se sueltan al viento cuando ese pájaro en vuelo es sacudido por la tormenta.

Las tres nuevas velas correspondientes fueron ahora envergadas, se tomaron rizos en ellas y se largó más a proa una mayor de capa; de manera que el barco volvió a surcar las aguas con cierta precisión; y al timonel se le dio de nuevo el rumbo que debía seguir —por el momento Este-Sudeste —, si es que era practicable. Pues durante la violencia de la galerna el timonel sólo había gobernado según los vaivenes de ésta. Mas ahora estaba llevando el barco lo más cerca posible de su rumbo, observando a la vez el compás; cuando, ¡hete aquí un buen augurio!, el viento pareció volver a venir de popa. ¡Sí, el viento en contra se volvía a favor!

Instantáneamente se bracearon en cruz las vergas, la tripulación cantando de alegría la animada canción «¡Ho!, ¡el viento a favor!, ¡ho-eh-ho, con alegría, marineros!», por haber refutado tan prometedor suceso con semejante prontitud los malignos presagios que lo habían precedido.



De conformidad con la orden permanente de su comandante… comunicar inmediatamente, las veinticuatro horas, cualquier cambio notable en los asuntos de cubierta… en cuanto Starbuck hubo orientado las vergas al viento, bajó mecánicamente —aunque muy de mala gana y mal humor— a informar al capitán Ajab de la circunstancia.

Antes de llamar a su camarote, se detuvo involuntariamente un momento delante. La lámpara de la cabina —dando largas oscilaciones a uno y otro lado— ardía de manera irregular, y arrojaba irregulares sombras sobre la puerta cerrada del viejo… una puerta delgada, con persianas fijas en lugar de panel superior. La aislada subterraneidad de la cabina hacía que allí reinara un cierto zumbante silencio, a pesar de estar cercada en rededor por todo el rugir de los elementos. Los mosquetes cargados en el armero se podían ver brillando recostados contra el mamparo anterior. Starbuck era un hombre honesto y recto; mas de su corazón, en el instante en el que vio los mosquetes, emergió extrañamente un malvado pensamiento; aunque tan mezclado con sus neutrales o bondadosos acompañamientos, que durante un momento apenas lo reconoció como tal.

—Me dispararía en el acto —murmuró—, sí, ahí está el mismo mosquete con el que me apuntó… ése con la culata tachonada; voy a tocarlo… a levantarlo. Es extraño que yo, que he manejado tantas lanzas mortales, es extraño que tiemble tanto ahora. ¿Está cargado? Tengo que mirar. Sí, sí; y pólvora en la cazoleta… eso no es bueno. ¿La derramo mejor?… Espera. Me libraré de esto. Sostendré el mosquete mientras pienso… Vengo a informarle de un viento favorable. Pero ¿favorable, cómo? Favorable para la muerte y la perdición… *Es decir*, favorable para Moby Dick. Es un viento favorable que sólo es favorable para ese execrable pez… ¡El mismo tubo con el que apuntó!… el mismo; *éste*… aquí lo sujeto; me habría matado con esto mismo que ahora sostengo… Sí, y de buen grado habría matado a toda su tripulación. ¿No dice que no amainará sus vergas ante ninguna galerna? ¿No ha destrozado su cuadrante celeste?, ¿y no marcha a tientas en estos peligrosos mares sólo con la

estima y la corredera plagada de errores? Y, en este mismo tifón, ¿no juró que no montaría pararrayos? ¿Es de tolerar mansamente que este enloquecido viejo arrastre a la compañía entera de un barco al fondo con él?… Sí, resultaría ser el asesino deliberado de más de treinta hombres, si es que este barco acaba sufriendo un daño mortal; y sufrirá un daño mortal, mi alma jura que lo sufrirá si Ajab se sale con la suya. Si entonces, en este momento, él fuera… apartado, ese crimen no sería suyo. ¡Ja!, ¿está murmurando en sueños? Sí, justamente ahí mismo… ahí mismo está durmiendo. ¿Durmiendo?, sí, pero aún vivo, y pronto despierto de nuevo. No puedo soportaros, no, viejo. Ni razonamiento, ni reclamación, ni súplica atendéis; de todo ello os burláis. Plana obediencia a vuestras propias planas órdenes, eso es todo lo que exhaláis. Sí, y decís que los hombres han prestado su juramento; decís que todos nosotros somos Ajabs. ¡Que el gran Dios lo impida!… ¿Mas no hay otro camino?, ¿ningún camino legal?… ¿Encerrarle para llevarle a puerto? ¡Qué!, ¿esperar arrebatar el poder vivo de este viejo de sus propias vivas manos? Sólo un necio lo intentaría. Digamos, incluso, que fuera inmovilizado; atado todo él con cabos y calabrotes; encadenado a cáncamos de argolla en el suelo de esta cabina: sería, entonces, más espantoso que un tigre enjaulado. No podría soportar verlo; no sería capaz de huir de sus alaridos; todo confort, el propio sueño, la inestimable razón me abandonaría en el largo e intolerable viaje. ¿Qué resta, entonces? La tierra está a cientos de leguas, y la más cercana es el cerrado Japón. Solo estoy, aquí en un mar abierto, con dos océanos y todo un continente entre la ley y yo… Sí, sí, así es… ¿Es el Cielo asesino cuando su rayo alcanza a un asesino en potencia en su lecho, haciendo arder sábanas y piel juntas?… ¿Y sería yo un asesino si…? —y lentamente, furtivamente, y mirando de soslayo, situó el extremo del mosquete contra la puerta.

»A esta altura oscila dentro el coy de Ajab; su cabeza de este lado. Un roce, y Starbuck puede sobrevivir para abrazar a su esposa y a su hijo de nuevo… ¡Ah, Mary! ¡Mary!… ¡Muchacho!, ¡muchacho!, ¡muchacho!… Mas si no os despierto a la muerte, viejo, ¡quién puede decir a qué insondadas profundidades el cuerpo de Starbuck puede hundirse este día de la semana, junto con toda la tripulación! Gran Dios, ¿dónde estáis? ¿Lo

hago?, ¿lo hago?… El viento ha abatido y cambiado, señor; se han alargado las gavias del trinquete y el mayor y se han tomado rizos; el barco aproa su curso.

—¡Ciar a tope! ¡Ah, Moby Dick, finalmente hago presa en vuestro corazón!

Tales fueron los sonidos que ahora llegaron expelidos desde el atormentado sueño del viejo, como si la voz de Starbuck hubiera hecho que el largo sueño mudo hablara.

El mosquete, aún situado horizontalmente, tembló contra el panel como el brazo de un borracho; Starbuck parecía estar peleando con un ángel[147]; mas, apartándose de la puerta, colocó el tubo de muerte en su sitio en el armero, y abandonó el lugar.

—Está demasiado dormido, señor Stubb; bajad vos y despertadle, e informadle. Yo debo atender la cubierta. Ya sabéis qué decir.

CAPÍTULO CXXIV LA AGUJA

A la mañana siguiente el aún no calmado mar ondeaba en largas y lentas olas de corpulenta mole que, rivalizando en el burbujeante rastro del *Pequod*, le impulsaban como gigantescas palmas desplegadas. El robusto y perseverante viento era tan abundante, que aire y cielo parecían enormes velas sobreinfladas; el mundo entero navegaba a toda vela con viento de popa. Guarecido en la luz plena de la mañana, el invisible sol se reconocía únicamente por la dilatada intensidad de su posición; en la cual sus rayos de bayoneta se movían en haces. Blasones, como de reyes y reinas de Babilonia, regían por encima de todas las cosas. El mar era como un crisol de oro fundido que, burbujeante, bullera de luz y de calor.

Ajab permanecía aparte, hacía tiempo que observaba un hechizado silencio; y cada vez que el sarpullente barco abatía declinando su bauprés se volvía a mirar los brillantes rayos de sol que iluminaban avante; y cuando se asentaba profundamente en la popa, se volvía atrás y veía la posición del sol a retaguardia, y cómo los mismos rayos amarillos se mezclaban con su indesviable estela.

—¡Ja, ja, mi barco!, bien podrían tomaros ahora por la carroza marina del sol. ¡Ho, ho!, vosotras, naciones todas ante mi proa, ¡yo os traigo el sol! Una yunta en las olas anteriores; ¡hola!, un tándem, ¡levanto el mar!

Mas refrenado de pronto por algún pensamiento adverso, se apresuró al timón, requiriendo rudamente cómo aproaba el barco.

—Este-Sudeste, señor —dijo el asustado piloto.

—¡Mentís! —golpeándole con su puño cerrado—. ¿Se dirige al Este a estas horas de la mañana, y el sol a popa?

Ante lo cual todos los hombres quedaron confundidos; pues el fenómeno observado en ese momento por Ajab se les había escapado inexplicablemente a todos los demás; su misma cegadora palpabilidad debía haber sido el motivo.

Introduciendo media cabeza dentro de la bitácora, Ajab echó una ojeada a los compases; su brazo levantado cayó lentamente; durante un instante casi pareció tambalearse. En pie tras él, Starbuck miraba, y ¡hete aquí!, los dos compases apuntaban al Este, y el *Pequod*, igual de infaliblemente, iba hacia el Oeste.

Mas antes de que la inicial descontrolada alarma pudiera extenderse entre la tripulación, el viejo exclamó con una rígida carcajada:

—¡Lo tengo! Ha ocurrido antes. Señor Starbuck, los truenos de la última noche dieron la vuelta a nuestros compases… Eso es todo. Vos habíais oído hablar antes de ahora de semejante cosa, asumo.

—Sí, pero nunca antes me ha ocurrido a mí, señor —dijo el pálido oficial, desoladamente.

Aquí es necesario decir que accidentes como éste han sucedido a barcos en temporales muy fuertes en más de una ocasión. La energía magnética, tal cual implantada en la aguja del marinero, es esencialmente, como todos saben, la misma que la electricidad observada en el cielo; de ahí que no sea muy de sorprender que estas cosas ocurran. En ocasiones en las que el rayo ha golpeado materialmente al navío con tanta intensidad como para derribar parte de las perchas y de la jarcia, el efecto sobre las agujas ha sido a veces todavía más fatal; siendo toda su virtud de imán aniquilada, de manera que el acero, antes magnético, no resultaba de mayor utilidad que la aguja de coser de una vieja matrona. Mas en ambos

casos la aguja nunca vuelve por sí misma a recuperar la virtud original así dañada o perdida; y si los compases de la bitácora resultan afectados, el mismo destino alcanza a todos los demás que pueda haber en el barco; incluso aunque el más inferior esté insertado en la quilla.

En pie deliberadamente ante la bitácora, y observando los transorientados compases, el viejo tomó ahora con el canto de su mano extendida la demora precisa del sol, y comprobado a satisfacción que las agujas estaban exactamente invertidas, voceó sus órdenes para que el curso del barco se modificara de manera acorde. Las vergas se bracearon a ceñir, y una vez más el *Pequod* lanzó su impertérrita proa hacia el viento opuesto, pues el supuestamente favorable sólo había estado haciendo malabares con él.

Entretanto, fueran cuales fuesen sus propios ocultos pensamientos, Starbuck no decía nada, sino que mansamente emitía todas las órdenes necesarias; al tiempo que Stubb y Flask —que en algún pequeño grado parecían entonces estar compartiendo sus sentimientos— consentían de igual manera sin murmurar. En cuanto a los hombres, aunque algunos de ellos rezongaban en voz baja, su temor a Ajab era mayor que su temor al destino. Y, como siempre antes, los paganos arponeros permanecían prácticamente impertérritos; o, si acaso afectados, sólo lo estaban por un cierto magnetismo lanzado a sus congeniales corazones por el del inflexible Ajab.

Durante un intervalo el viejo paseó la cubierta en ondulantes ensimismamientos. Mas al resbalar casualmente con su talón de marfil, vio las destrozadas miras de cobre del cuadrante que el día anterior había aplastado contra la cubierta.

—¡Vos, pobre orgulloso observador del cielo y piloto del sol!, ayer os destrocé, y hoy los compases han simulado destrozarme a mí. Bien, bien. Pero Ajab aún es amo del imán nivelado. Señor Starbuck… una lanza sin la pértiga; una mandarria, y la más pequeña de las agujas del velero. ¡Rápido!

Ciertos prudenciales motivos, cuyo objeto podría haber sido revivir los ánimos de la tripulación mediante un golpe de su sutil pericia en asunto tan portentoso como el de los compases invertidos, eran quizá accesorios

al impulso que dictaba lo que ahora iba a hacer. Además, el viejo bien sabía que gobernar mediante agujas transorientadas, pese a su dificultad algo practicable, no sería cosa que dejaran pasar por alto los supersticiosos marineros sin algunos temblores y malignos presagios.

—Marineros —dijo, volviéndose firmemente a la tripulación, cuando el oficial le alcanzó los objetos que había pedido—, marineros míos, el trueno volvió las viejas agujas de Ajab; pero de este pedazo de acero Ajab puede hacer una propia que apuntará con tanta certeza como cualquiera.

Avergonzadas miradas de servil admiración fueron intercambiadas entre los marineros cuando se dijo esto; y con ojos fascinados esperaron la posible magia que pudiera seguir a continuación. Aunque Starbuck miró hacia otro lado.

Con un golpe de la mandarria, Ajab separó la cabeza de acero de la lanza, y pasando entonces al oficial la larga barra de hierro que restaba, le pidió que la sujetara derecha, sin tocar la cubierta. Entonces, tras golpear repetidamente con la mandarria la parte superior de esta barra de hierro, situó la aguja roma en el extremo de arriba de ella, y la martilleó con menos fuerza varias veces, mientras el oficial sujetaba la barra como antes. Realizando entonces algunos pequeños extraños movimientos con ella —es incierto si indispensables para la magnetización del acero, o meramente encauzados a aumentar el temor y la admiración de la tripulación—, pidió una hebra de hilo; y yendo hasta la bitácora, sacó las dos agujas invertidas de allí, y suspendió horizontalmente la aguja de velamen de su parte media sobre una de las cartas del compás. Al principio el acero giró y giró, oscilando y vibrando a ambos lados; pero finalmente se asentó en su lugar; momento en que Ajab, que había estado intensamente esperando este resultado, se apartó abiertamente de la bitácora, y apuntando su brazo extendido hacia ella, exclamó…

—¡Observad por vosotros mismos si Ajab no es el amo del imán nivelado! ¡El sol está en el Oriente, y este compás lo confirma!

Uno tras otro se acercaron a mirar, pues nada salvo sus ojos podía persuadir a una ignorancia como la suya, y uno tras otro se alejaron furtivamente.

En sus ardientes ojos de desprecio y triunfo veías entonces a Ajab en todo su fatal orgullo.

CAPÍTULO CXXV LA CORREDERA

A pesar de que el predestinado *Pequod* llevaba ya tanto tiempo navegando en esta expedición, la corredera muy raramente había sido utilizada. Basándose en una confiada certeza en otros medios de determinar la situación del navío, algunos mercantes, y muchos balleneros desatienden completamente echar la corredera, en especial cuando hacen travesía; aunque al mismo tiempo, y a menudo más por conservar las formas que por otra cosa, registran regularmente sobre la usual tablilla el curso seguido por el barco, así como la velocidad media de avance a cada hora. Tal había sucedido con el *Pequod*. El carretel de madera y la adjunta barquilla angular colgaban sin tocar desde hacía tiempo bajo la batayola de la amurada de popa. La lluvia y las rociadas los habían empapado; el sol y el viento los habían alabeado; todos los elementos se habían combinado para pudrir unos objetos que pendían con tanta ociosidad. Pero a Ajab, ajeno a todo esto, le dio por ahí cuando no muchas horas después de la escena del imán acertó a ver el carretel y recordó que su cuadrante ya no existía, y rememoró su arrebatado juramento sobre la corredera. El barco navegaba con viveza; a popa las olas ondeaban amotinadas.

—¡Eh, a proa! ¡Echad la corredera!

Dos marineros vinieron: el tahitiano de color dorado y el grisáceo hombre de la isla de Man.

—Tomad uno de vosotros el carretel, yo halaré.

Fueron hasta la misma popa por la banda de sotavento, donde el barco, con la oblicua energía del viento, casi se sumergía en el cremoso mar que pasaba lateralmente a la carrera.

El hombre de la isla de Man tomó el carretel, y sujetándolo en lo alto por los salientes extremos o mangos del eje, alrededor del cual gira la bobina del cordel, se mantuvo con la barquilla angular cayendo hacia abajo, hasta que Ajab se le acercó.

Ajab se situó delante de él, y serenamente estaba desenrollando unas treinta o cuarenta vueltas para formar una lazada manual que lanzar por la borda, cuando el viejo de la isla de Man, que miraba atentamente tanto a él como al cordel, se aventuró a hablar.

—Señor, desconfío; este cordel parece pasado, el calor y la humedad prolongados lo han echado a perder.

—Aguantará, anciano caballero. ¿Os han echado a vos a perder el calor y la humedad prolongados? Parecéis aguantar. O quizá más cierto, la vida os aguanta a vos; no vos a ella.

—Yo sujeto la bobina, señor. Pero lo que diga mi capitán. Con estos cabellos grises que tengo no merece la pena disputar, especialmente con un superior que no cederá nunca.

—¿Qué es eso? Tenemos aquí un remendado profesor de la universidad cimentada en granito de la reina naturaleza; pero me da a mí que es demasiado servil. ¿Dónde nacisteis?

—En la pequeña y rocosa isla de Man, señor.

—¡Excelente! Así habéis dado en el mundo.

—No lo sé, señor, pero yo nací allí.

—En la isla de Man, es decir, la isla de Hombre, ¿eh? Bien, bien está de esta otra manera. Aquí hay un hombre de Hombre; un hombre nacido en el alguna vez independiente Hombre, y ahora deshabitado Hombre; que es embaucado… ¿por qué cosa? ¡Alzad la bobina! La pared ciega, muerta, topa finalmente con todas las inquisitivas cabezas. ¡Arriba con ella! Así.

Se echó la corredera. Las vueltas sueltas se estiraron rápidamente en un largo cordel que arrastraba a popa, y entonces, instantáneamente, la bobina empezó a girar. Sacudida arriba y abajo por las ondeantes olas, la

remolcadora resistencia de la barquilla hizo que el viejo portador de la bobina se tambaleara de extraña manera.

—¡Sujetad con fuerza!

¡Chas!, el cordel sobretensado colgó, suelto, en un largo festón; la remolcadora barquilla se había ido.

—Destrozo el cuadrante, el trueno invierte las agujas, y ahora el demente mar parte el cordel de la corredera. Mas Ajab puede repararlo todo. Halad aquí, tahitiano; rebobinad, marinero de Man. Y atended: que el carpintero haga otra barquilla, y vos reparad el cordel. Cuidaos de ello.

—Ahí va ahora; para él no ha pasado nada; pero para mí que parece que la broqueta se está soltando del centro del mundo. ¡Tira, tira tahitiano! Estos cordeles se desenroscan enteros, y girando: vienen rotos, y se recogen lentamente. Vaya, *Pip*, vienes a ayudar, ¿eh, *Pip*?

—*¿Pip?*, ¿a quién llamáis *Pip? Pip* saltó de la lancha. *Pip* se ha perdido. Veamos si no le habéis pescado aquí, pescadores. Se recoge con dificultad; supongo que se está sujetando. ¡Sacudíoslo, Tahití! Quitáoslo de encima; aquí no halamos de cobardes. ¡Ho!, ahí está su brazo, surgiendo del agua. ¡Una hachuela!, ¡una hachuela!, cortadlo… aquí no halamos de cobardes. ¡Capitán Ajab!, ¡señor!, ¡señor!, aquí está *Pip*, tratando de volver a bordo.

—Calma, loco chiflado —gritó el de la isla de Man, agarrándole del brazo—. ¡Fuera del alcázar!

—El mayor necio siempre riñe al menor —murmuró Ajab, avanzando —. ¡Fuera las manos de esa santidad! ¿Dónde dijisteis que estaba *Pip*, muchacho?

—Ahí a popa, señor, ¡a popa! ¡Ahí, ahí!

—¿Y quién sois vos, muchacho? No veo mi reflejo en las vacías pupilas de vuestros ojos. ¡Oh, Dios!, ¡que el hombre haya de ser algo en lo que a través suyo se criben las inmortales almas! ¿Quién sois vos, muchacho?

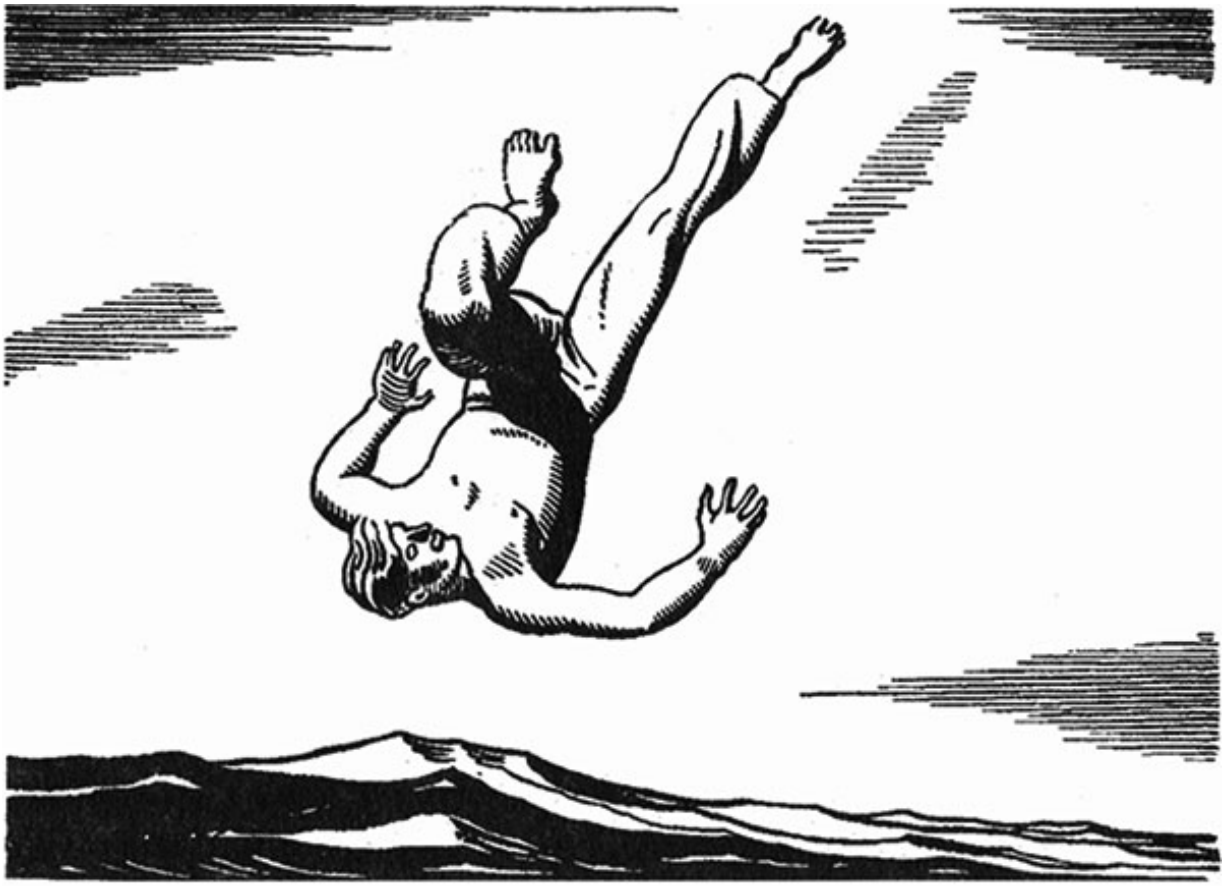
—El botones, señor; el pregonero del barco; ¡ding, dong, ding! *¡Pip! ¡Pip! ¡Pip!* ¡Recompensa por *Pip*! Cien libras de barro… cinco pies de alto… apariencia cobarde… ¡conocido más prontamente como tal! ¡Ding, dong, ding! ¿Quién ha visto al cobarde *Pip*?

—No puede haber corazones por encima de la cota de nieve. ¡Oh, vos, Cielos helados!, mirad aquí abajo. Engendrasteis a este infortunado niño, y vos, libertinos creativos, le habéis abandonado. Aquí, muchacho; la cabina de Ajab será desde ahora el hogar de *Pip*, mientras Ajab viva. Tocáis mi más profundo centro, muchacho; estáis atado a mí por cordones tejidos con las cuerdas de mi corazón. Venid, bajemos.

—¿Qué es esto?, aquí hay una piel de tiburón de terciopelo —atentamente mirando la mano de Ajab, y palpándola—. ¡Ah, ya, si el pobre *Pip* hubiera palpado algo tan amable como esto, quizá nunca se hubiera perdido! Esto se me asemeja, señor, a un guardamancebo; algo a lo que las almas débiles se pueden agarrar. Oh, señor, permitid que el viejo Perth venga y remache estas dos manos juntas; la negra junto a la blanca, pues no la soltaré.

—Oh, muchacho, tampoco yo os dejaré a vos, a no ser que con ello os arrastrara a peores horrores que los que hay aquí. Venid entonces a mi cabina. ¡Observad!, vos, creyentes en dioses todo bondad, y en hombres todo maldad: ¡observad vos!, ved a los omniscientes dioses ajenos al hombre que sufre; y al hombre, aunque idiota, y sin saber lo que hace, aun así lleno de las dulzuras del amor y la gratitud. ¡Venid!, ¡me siento más orgulloso conduciéndoos a vos de vuestra negra mano, que si agarrara la de un emperador!

—Ahí van ahora dos enajenados —murmuró el viejo de la isla de Man —. Uno enajenado de vigor, el otro enajenado de debilidad. Mas aquí está el extremo del cordel podrido… chorreando, además. Repararlo, ¿eh? Creo que mejor sería hacernos con un cordón completamente nuevo. Se lo diré al señor Stubb.



CAPÍTULO CXXVI EL SALVAVIDAS

Gobernando ahora hacia el sudeste mediante el horizontal acero de Ajab, su avance sólo determinado por la horizontal corredera de Ajab, el *Pequod* se mantuvo en su ruta hacia el ecuador. Realizar una travesía tan larga a través de aguas tan poco frecuentadas, no avistar barco alguno, y verse impelido poco después por invariables vientos alisios sobre olas monótonamente mansas: todo ello parecía lo que, preludiando una turbulenta y desolada escena, acontece en extraña calma.

Al final, cuando el barco se acercó a las, por así llamarlas, cercanías del caladero ecuatorial, y en la profunda oscuridad que precede al amanecer navegaba junto a un grupo de islotes rocosos, la guardia —en ese momento encabezada por Flask— se vio sobresaltada por un grito tan

lastimeramente indómito y sobrenatural —semejante a los lamentos a medio articular de los fantasmas de todos los inocentes asesinados por Herodes—, que todos ellos despertaron de sus ensueños, y durante el intervalo de unos instantes, sentados, o recostados, o en pie, permanecieron escuchando paralizados, como el esclavo romano esculpido, mientras ese salvaje grito podía aún escucharse. La parte cristiana o civilizada de la tripulación decía que eran sirenas, y se estremecía; y los paganos arponeros permanecían impertérritos. Sin embargo, el hombre gris de la isla de Man —el más viejo de todos los marineros— declaró que los fieros y escalofriantes sonidos que se escuchaban eran las voces de marineros recientemente ahogados en el mar.

Abajo, en su coy, Ajab no oyó nada de esto hasta el gris amanecer, cuando subió a cubierta; entonces se lo comunicó Flask, no sin anexionar insinuados oscuros significados. Ajab rio huecamente y explicó así el portento.

Esas islas rocosas junto a las que había pasado el barco eran el lugar de reunión de gran número de focas, y algunas focas jóvenes, que habrían perdido a sus madres, o algunas madres que habrían perdido a sus cachorros, debían haberse desplazado a las cercanías del barco y haberle acompañado, llorando o sollozando con su gemir de apariencia humana. Pero aquello sólo logró que algunos resultaran más afectados, pues la mayoría de los marineros alberga un muy supersticioso sentimiento con respecto a las focas, que no sólo se debe a sus peculiares tonos cuando están afligidas, sino también a la apariencia humana de sus redondas cabezas y semiinteligentes rostros, observados surgiendo del agua curiosos, junto al costado. En la mar, bajo ciertas circunstancias, las focas han sido más de una vez confundidas con hombres.

Mas las aprensiones de la tripulación estaban destinadas a recibir más plausible confirmación esa misma mañana, en el sino de uno de ellos. A la salida del sol, este hombre fue desde su coy a su turno al tope en el trinquete; y ya fuera que todavía estaba a medio despertar del sueño (pues los marineros a veces suben en un estado transitorio); que así fuera con este hombre, ya no es posible afirmarlo; sea como fuese, no había estado mucho en su percha cuando se escuchó un grito —un grito y un silbido—,

y al mirar arriba vieron en el aire un fantasma que caía; y, mirando abajo, un pequeño cúmulo de burbujas blancas revueltas en el azul del mar.

El salvavidas —un tonel largo y estrecho— se dejó caer desde popa, donde siempre pendía obedeciendo un ingenioso muelle; pero ninguna mano emergió para agarrarlo, y habiendo dado el sol en este tonel largo tiempo, lo había encogido, de manera que se llenó lentamente, y la agostada madera se empapó también en su propio poro; y el remachado tonel ceñido de hierro siguió al marinero hasta el fondo, como para proporcionarle almohada, aunque una dura en verdad.

Y así el primer hombre del *Pequod* que subió al mástil para la vigía de la ballena blanca, en el propio y particular caladero de la ballena blanca, ese hombre fue engullido por el piélago. Aunque pocos, quizá, pensaron en ello en el momento. De hecho, de alguna manera, no se apesadumbraron por el acontecimiento, al menos no como portento; pues no lo vieron como una premonición de un mal futuro, sino como la concreción de un mal ya presagiado. Declararon que ahora sabían la razón de aquellos inhumanos chillidos que habían escuchado la noche anterior. Aunque de nuevo el viejo de la isla de Man lo negó.

El salvavidas perdido iba ahora a ser reemplazado: se ordenó a Starbuck que se ocupara de ello; pero como no se pudo encontrar tonel alguno de ligereza suficiente, y como en la febril ansia de lo que parecía la aproximación del desenlace de la expedición los tripulantes se impacientaban con toda tarea que no estuviera directamente conectada con su resolución final, fuera cualquiera la que ésta resultara ser, iban, por tanto, a dejar la popa del barco desprovista de salvavidas, cuando mediante ciertos extraños gestos e insinuaciones Queequeg hizo una sugerencia referente a su ataúd.

—¡Un salvavidas de un ataúd! —gritó Starbuck, sorprendido.

—Es algo bastante raro, diría yo —dijo Stubb.

—Sería bastante bueno —dijo Flask—, el carpintero puede adaptarlo fácilmente.

—Traedlo; no hay ninguna otra cosa que sirva —dijo Starbuck tras una melancólica pausa—. Aparejadlo, carpintero; no me miréis así… el ataúd, digo. ¿Me escuchasteis? Aparejadlo.

—¿Y clavo la tapa, señor? —moviendo su mano como si sostuviera un martillo.

—Sí.

—¿Y calafateo las juntas, señor? —moviendo sus manos como si sostuviera un hierro de calafatear.

—Sí.

—¿Y sello las mismas con brea, señor? —moviendo sus manos como si sostuviera el tarro de la brea.

—¡Fuera! ¿Qué es lo que os hace actuar así? Haced un salvavidas del ataúd, y basta… Señor Stubb, señor Flask, venid a proa conmigo.

—Se va hecho una fiera. Puede soportar la totalidad; en las partes se echa atrás. Bueno, esto no me gusta. Hago una pierna para el capitán Ajab, y la lleva como un caballero; pero hago una sombrerera para Queequeg, y no quiere meter la cabeza en ella. ¿No van a servir para nada todos mis esfuerzos con ese ataúd? Y ahora se me ordena que lo convierta en un salvavidas. Es como dar la vuelta a un abrigo viejo; llevar la carne ahora del otro lado. No me gusta este trabajo de composturas… no me gusta nada; no es digno; no es mi lugar. Que los remendones hagan remiendos; nosotros somos mejores que ellos. A mí no me gusta aceptar sino trabajos matemáticos, rectos y escuadrados, virginales, limpios, algo que comienza con regularidad en el principio, y que está a medias en la mitad, y que termina cuando concluye; no el trabajo del buhonero, que está terminando en la mitad y comenzando al final. Andar encargando trabajos de composturas es treta de vieja. ¡Señor!, qué afición tienen las viejas a los buhoneros. Yo sé de una vieja de sesenta y cinco años que una vez se fugó con un joven buhonero calvo. Y ésa es la razón por la que, cuando tenía mi taller en el Vineyard, nunca trabajaba para viejas viudas solitarias en tierra; podría habérseles metido en sus solitarias viejas cabezas huir conmigo. Pero, ¡hey-ho!, no hay rizos en el mar salvo los de espuma. Veamos. Clavar la tapa; calafatear las juntas; sellar las mismas con brea; revestirlas firmes con listones, y colgarlo con el muelle de presa en la popa del barco. ¿Se hicieron antes semejantes cosas con un ataúd? Algunos viejos carpinteros superticiosos se dejarían atar a la jarcia antes de hacer el trabajo. Pero yo estoy hecho de nudoso abeto de Aroostook; yo

no cedo. ¡Baticolado con un ataúd! ¡Navegando por ahí con un cajón de cementerio! Aunque no importa. Nosotros, trabajadores de la madera, fabricamos camas nupciales y mesas de juego, además de ataúdes y carrozas fúnebres. Trabajamos por meses, o por obra hecha, o a beneficio; no nos es propio preguntar el porqué y el para qué de nuestro trabajo, a no ser que sean composturas demasiado confusas, y entonces, si podemos, lo dejamos de lado. ¡Ejem! Haré ahora el trabajo, con ternura. Me haré… veamos… ¿cuántos hay en la compañía del barco en total? Se me ha olvidado. De cualquier manera, me haré treinta distintos cabos salvavidas de rabiza, cada uno de tres pies de longitud, colgando todo alrededor del ataúd. Entonces, si el casco se va a pique, habrá treinta briosos individuos luchando todos por un ataúd, ¡una visión no muy frecuente de ver bajo el sol! ¡Vamos, martillo, hierro de calafatear, bote de brea, y pasador! Vamos a ello.

CAPÍTULO CXXVII LA CUBIERTA

(*El ataúd puesto sobre dos cubetas de estacha, entre el banco de carpintero y la escotilla abierta; el carpintero calafateando sus juntas; la cuerda de estopa desenrollándose lentamente de una gran bobina albergada en el pecho de su levita… Ajab viene lentamente desde el portalón de la cabina, y escucha a Pip, que le sigue*.)

—Atrás, muchacho; estaré con vos otra vez enseguida. ¡Se va! Ni esta mano actúa más acorde, a mi parecer, que ese muchacho… ¡La nave central de una iglesia![148]. ¿Qué hay aquí?

—Salvavidas, señor. Órdenes del señor Starbuck. ¡Oh, atención, señor! ¡Cuidado con la escotilla!

—Gracias, amigo. Vuestro ataúd está a mano de la cripta.

—¿Señor? ¿La escotilla? ¡Ah! Efectivamente, señor, efectivamente.

—¿No sois vos el hacedor de piernas? Observad, ¿no salió este muñón de vuestro taller?

—Creo que así es, señor; ¿aguanta el regatón, señor?

—Suficiente. Pero ¿no sois vos también el enterrador?

—Sí, señor; yo amañé aquí esto como ataúd para Queequeg; pero me han puesto ahora a convertirlo en otra cosa.

—Decidme, entonces: ¿sois, acaso, un redomado acaparador, entrometido, monopolizador, viejo pillo pagano, que un día hacéis piernas y al día siguiente ataúdes para encerrarlas, y aún de nuevo salvavidas de esos mismos ataúdes? Carecéis de principios tanto como los dioses, y sois tan chapucero como ellos.

—Yo no tengo intención alguna, señor. Hago lo que hago.

—Los dioses otra vez. Escuchad, ¿no cantáis nunca cuando trabajáis en un ataúd? Los titanes, dicen, tarareaban fragmentos cuando afilaban los cráteres de los volcanes; y el sepulturero del drama canta con la pala en la mano. ¿No lo hacéis vos nunca?

—¿Cantar, señor? ¿Que si canto yo? Oh, soy bastante indiferente en ese aspecto, señor; aunque la razón por la que el sepulturero hacía música debió de ser porque no había ninguna en su pala, señor. Mas la maza de calafatear está llena de ella. Escuchadla.

—Sí, y eso es porque esa tapa es una caja de resonancia; y lo que hace en toda caja de resonancia es esto… no hay nada debajo. Y, sin embargo, un ataúd con un cuerpo dentro suena muy parecido, carpintero. ¿Habéis ayudado alguna vez a portar un féretro, y habéis escuchado el ataúd golpear contra la puerta del camposanto al entrar?

—A fe mía, señor, he…

—¿Fe? ¿Qué es eso?

—Bueno, fe, señor, sólo era como una exclamación… Eso es todo, señor.

—Hum, hum; seguid.

—Iba a decir, señor, que…

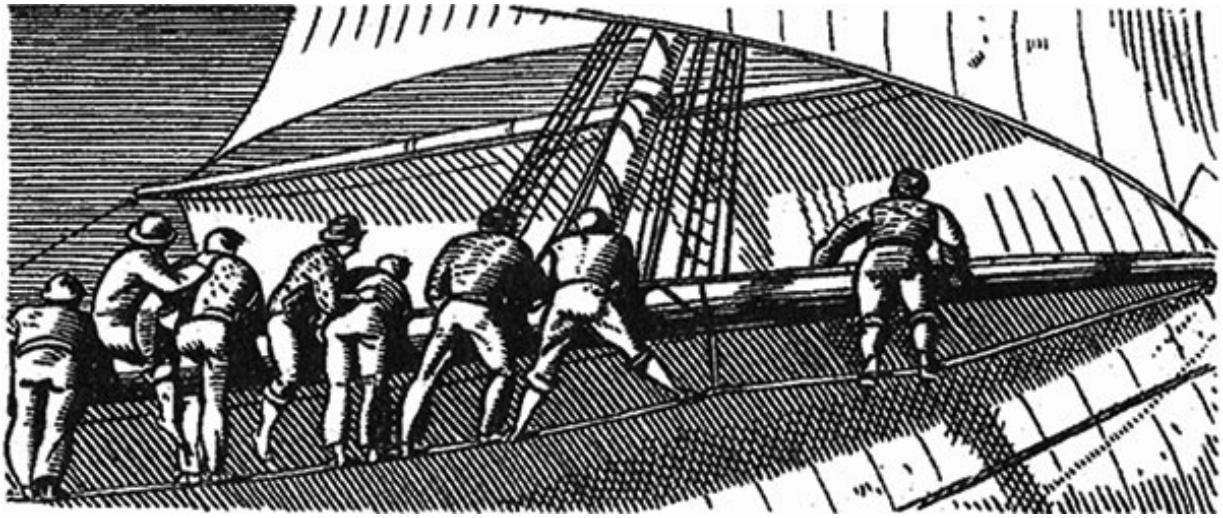
—¿Sois un gusano de seda? ¿Tejéis de vos mismo vuestro propio sudario? ¡Mirad vuestro pecho! ¡Despachad!, y apartad estos bártulos de la vista.

—Se va a popa. Bueno, ha sido súbito; pero las tormentas llegan súbitamente en las latitudes cálidas. He oído decir que a la isla de Albermarle, una de las Galápagos, la corta el ecuador justo por la mitad. Me parece a mí que alguna clase de ecuador corta a este viejo, también, justo por la mitad. Siempre está bajo su línea… ¡ardorosamente caliente, os digo! Mira hacia aquí… venga, estopa; rápido. Aquí vamos de nuevo.

La maza de madera es el corcho, y yo soy el profesor de vasos musicales… ¡tap, tap!

(*Ajab para sí*.)

—¡Vaya visión! ¡Vaya sonido! ¡El pájaro carpintero de cabeza gris picando en el árbol hueco! Los ciegos y los sordos bien podrían ahora ser envidiados. ¡Ved!, esa cosa descansa entre dos cubetas de estacha llenas de cabos de remolque. Un chistoso muy socarrón, ese tipo. ¡Rat-tat! ¡Así percuten los segundos del hombre. ¡Ah, qué inmateriales son todos los materiales! ¿Qué cosas reales hay, salvo pensamientos imponderables? Ahí está ahora el propio espantoso símbolo de la desolada muerte, convertido por mero azar en el signo expresivo del socorro y la esperanza de la vida más amenazada. ¡Un salvavidas de un ataúd! ¿Va más allá? ¡Puede ser que en algún espiritual sentido el ataúd, al fin y al cabo, sólo sea un preservador de la inmortalidad! Pensaré en ello. Pero no. Tanto he penetrado en el lado oscuro de la tierra, que su otro lado, el teóricamente brillante, sólo me parece un incierto crepúsculo. Carpintero, ¿no acabaréis nunca con ese maldito soniquete? Me voy abajo; que no vea esa cosa aquí cuando regrese de nuevo. Ahora, entonces, *Pip*, hablaremos de esto; ¡de vos absorbo filosofías de lo más maravilloso! ¡Algunos desconocidos conductos de desconocidos mundos deben desaguar en vos!



CAPÍTULO CXXVIII EL *PEQUOD* ENCUENTRA AL *RAQUEL*

Al día siguiente se avistó un barco grande, el Raquel, arribando directamente hacia el *Pequod*, todas sus perchas densamente pobladas de hombres. En esos momentos el *Pequod* surcaba las aguas a una buena velocidad; mas cuando el foráneo, con amplias alas, se abalanzó desde barlovento en su cercanía, las jactanciosas velas cayeron todas simultáneamente como vejigas vacías que explotaran, y del casco alcanzado escapó toda vida.

—Malas nuevas; trae malas nuevas –murmuró el viejo de la isla de Man.

Mas antes de que su comandante, que estaba en pie en su lancha, bocina en mano; antes de que expectantemente pudiera saludar, se escuchó la voz de Ajab.

—¿Habéis visto a la ballena blanca?

—Sí, ayer. ¿Habéis visto vos una lancha a la deriva?

Sofocando su alegría, Ajab respondió negativamente a esta inesperada pregunta; y hubiera entonces bruscamente abordado al foráneo, cuando el propio capitán de éste, habiendo detenido la marcha de su nave, fue visto descendiendo por el costado. Unas pocas rápidas paladas, y su garfio de lancha pronto enganchó la mesa de guarnición del mayor, y él saltó a

cubierta. Inmediatamente fue reconocido por Ajab como uno de Nantucket al que conocía. Pero no se intercambió saludo formal alguno.

—¿Dónde estaba?… ¡No ha sido muerta!… ¡No ha sido muerta! –gritó Ajab, acercándose–. ¿Cómo fue?

Al parecer, ya caída la tarde del día anterior, mientras tres de las lanchas estaban ocupadas con un hato de ballenas que les había alejado unas cuatro o cinco millas del barco; y mientras todavía daban rápido acoso a barlovento, repentinamente, la blanca joroba y la blanca cabeza de Moby Dick habían surgido del agua azul no muy lejos, a sotavento; ante lo cual la cuarta lancha aparejada –una de reserva– había sido instantáneamente arriada en su acoso. Tras apresurado navegar con viento de popa, esta cuarta lancha –la de quilla más rápida de todas– parecía haber logrado hacer presa… al menos hasta donde pudo decir al respecto el hombre del tope. En la distancia vio la menguada lancha convertida en un punto; y entonces un rápido brillo de burbujeante agua; y, después de eso, nada más; de donde se dedujo que la ballena alcanzada debía haber huido ininterrumpidamente con sus perseguidores, como a menudo sucede. Se produjo cierta aprensión, aunque por el momento ninguna verdadera alarma. Se colocaron las señales de repliegue en la jarcia; llegó la oscuridad… y forzó a recoger las tres lanchas alejadas a barlovento… antes de ir en busca de la cuarta en la dirección exactamente opuesta… no sólo siendo necesario que el barco abandonara esa lancha a su suerte hasta casi medianoche, sino también, por el momento, que aumentara su distancia respecto a ella. Mas estando el resto de su tripulación a salvo y finalmente a bordo, desplegó toda la vela –vela de ala sobre vela de ala– tras la lancha perdida; encendiendo un fuego en sus calderos como almenara; y con un hombre de cada dos a lo alto en su búsqueda. Mas aun cuando había así navegado una distancia suficiente para alcanzar el presumible lugar de los ausentes al ser vistos por última vez; aunque entonces se detuvo para arriar sus lanchas de reserva y que bogaran a todo su alrededor; y al no encontrar nada había arrancado de nuevo, parado otra vez, y arriado las lanchas; y aunque así había continuado hasta el amanecer, no obstante, ni el menor atisbo se había visto de la quilla perdida.

Contada la historia, el capitán foráneo pasó inmediatamente a revelar su objetivo al subir a bordo del *Pequod*. Deseaba que ese barco se uniera al suyo en la búsqueda; navegando en el mar separados unas cuatro o cinco millas, en líneas paralelas, y barriendo de esa manera, por así decirlo, un doble horizonte.

—Apostaría algo –susurró Stubb a Flask– a que alguien de esa lancha perdida llevaba la mejor chaqueta del capitán; puede que su reloj… así de ansioso está de recuperarla, maldita sea. ¿Quién oyó hablar de dos piadosos barcos balleneros navegando tras una lancha perdida en el punto álgido de la temporada de pesca? Mira, Flask, basta que mires lo pálido que parece… pálido en las mismas niñas de sus ojos… Mira… no era la chaqueta… debió haber sido el…

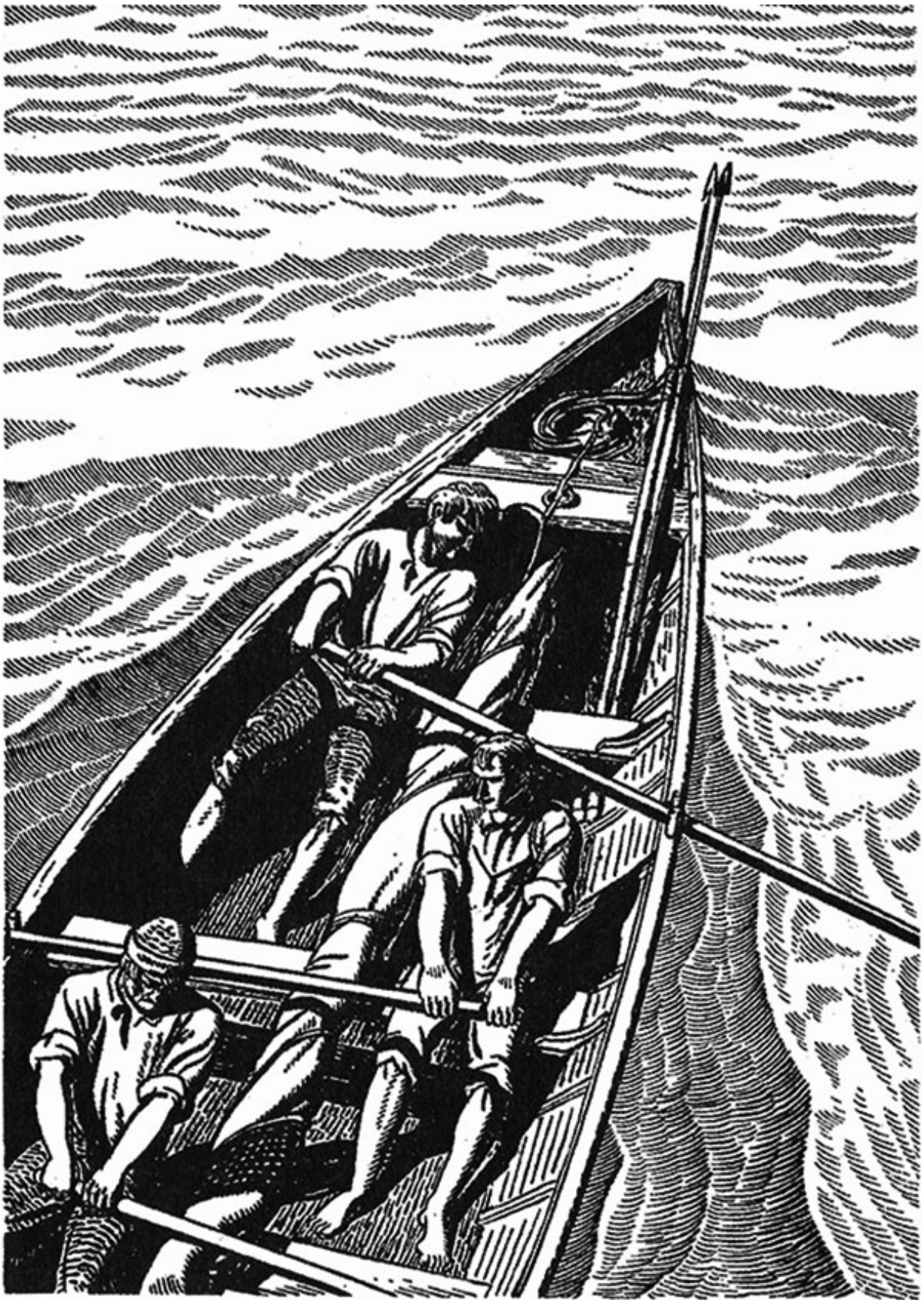
—Mi muchacho, mi propio muchacho está entre ellos. Por amor de Dios… os ruego, os imploro –el capitán foráneo se manifestó en este momento al capitán Ajab, que hasta entonces había recibido su solicitud con mera frialdad–… Permitidme fletar vuestro barco durante cuarenta y ocho horas… Gustosamente pagaría por ello… si no hubiera otro modo… sólo durante cuarenta y ocho horas… sólo eso… debéis, oh, debéis, y lo *haréis*.

—¡Su hijo! –gritó Stubb–, ¡oh, es su hijo lo que ha perdido! Retiro la chaqueta y el reloj… ¿qué dice Ajab? Hemos de salvar al muchacho.

—Se ahogó junto a los demás anoche –dijo el viejo marinero de la isla de Man, que estaba tras ellos–. Yo lo escuché; todos vosotros escuchasteis sus espíritus.

Ahora bien, como se vio enseguida, lo que hizo este incidente del *Raquel* más patético aún fue la circunstancia de que no sólo había uno de los hijos del capitán entre la tripulación de la lancha perdida; sino que en las tripulaciones de las otras lanchas separadas del barco al mismo tiempo, aunque en la dirección opuesta, durante las tenebrosas vicisitudes del acoso, había habido otro hijo más; de tal modo que durante un cierto intervalo el desdichado padre estuvo sumido hasta el fondo en la más cruel perplejidad; que sólo fue resuelta para él por la instintiva adopción, por parte de su primer oficial, del procedimiento ordinario de un barco ballenero en esas emergencias, el cual es, al estar situado entre lanchas en

peligro que están alejadas, recoger antes el mayor número. Mas el capitán, por alguna desconocida razón constitucional, había omitido mencionar esto, y hasta verse forzado a ello por la frialdad de Ajab no había aludido a este muchacho aún perdido; un pequeño chaval, de apenas doce años, cuyo padre, con la seria y firme entereza de un amor paternal de Nantucket, había así buscado iniciarle tempranamente en los peligros y maravillas de una vocación que casi inmemorialmente era destino de todo su linaje. Y no sucede infrecuentemente que los capitanes de Nantucket envíen a un hijo de tan tierna edad lejos de ellos tres o cuatro años a una prolongada expedición en algún otro barco distinto del suyo; de manera que sus primeros conocimientos de la carrera de ballenero no estén diluidos por alguna ocasional muestra de una natural, aunque inoportuna, parcialidad paterna, o una indebida aprensión o preocupación.



Entretanto, el foráneo todavía estaba ahora implorando su magro favor a Ajab; y Ajab aún permanecía como un yunque, recibiendo cada golpe, mas sin el menor temblor por su parte.

—No me marcharé –dijo el extraño– hasta que me digáis sí. Haced conmigo lo que desearíais que yo hiciera con vos en caso similar. Pues *vosotros* también tenéis un hijo, capitán Ajab… aunque sólo un niño y recogido ahora a salvo en casa… un niño de vuestra senectud, además… Sí, sí, os ablandáis; lo veo… Rápido, rápido, marineros, atentos a bracear en cruz.

—¡Alto! –gritó Ajab–. No toquéis ni una filástica de cabo.

Y entonces, con voz que modulaba prolongadamente cada palabra…

—Capitán Gardiner, no lo haré. Incluso ahora pierdo tiempo. Adiós, adiós. Dios os bendiga, amigo, y pueda yo perdonarme, mas debo partir. Señor Starbuck, mirad el reloj de la bitácora, y dentro de tres minutos a partir de este mismo instante advertid a todos los extraños: después bracead en viento de nuevo, y que el barco navegue como antes.

Volviéndose apresuradamente, con rostro encubierto, descendió a su cabina, dejando al capitán foráneo paralizado ante esta incondicional y absoluta negativa a su ferviente requerimiento. Pero, espabilándose de su embeleso, Gardiner se apresuró silenciosamente hacia el costado; más que descender, cayó a su lancha, y regresó a su barco.

Pronto los dos barcos distanciaron sus estelas; y todo el tiempo que el navío extraño estuvo a la vista fue observado dando bandazos aquí y allá en cada zona oscura del mar, por pequeña que fuera. Sus vergas eran orientadas a uno y otro lado; a estribor y babor continuó dando bordadas; golpeaba ahora contra un mar de proa y de nuevo le empujaba uno de popa; mientras, constantemente, sus mástiles y sus vergas estaban espesamente poblados de hombres, como tres altos cerezos cuando los chiquillos cosechan entre las ramas.

Y por su rumbo interrumpido y su virar, veías claramente que este barco que así gemía con la rociada seguía sin consuelo. Era Raquel, gimiendo por sus hijos, porque no estaban.

CAPÍTULO CXXIX LA CABINA

(*Ajab avanzando para ir a cubierta; Pip le coge de la mano para seguirle*.)

—Amigo, amigo, os digo que ahora no debéis seguir a Ajab. Está llegando la hora en la que Ajab no os ahuyentará de él, y aun así no os tendrá a su lado. En vos, pobre amigo, hay lo que bien siento que sana mi enfermedad. Lo igual sana lo igual; y para esta cacería mi enfermedad se convierte en mi más deseada salud. Quedaos aquí abajo, donde se os servirá como si fuerais el capitán. Sí, amigo, os sentaréis aquí, en mi propia silla atornillada; otro tornillo para ella debéis ser.

—¡No, no, no! No tenéis un cuerpo entero, señor; usad al menos de mí, pobre de mí, como vuestra pierna perdida; pisad sobre mí, señor, nada más; no pido otra cosa, así seré parte de vos.

—¡Ah! A pesar de un millón de villanos, ¡esto me convierte en un seguidor incondicional de la inmarchitable fidelidad del hombre!… ¡Y es negro!, ¡Y loco!… Aunque me parece que igual-sana-igual se le aplica también a él; así se vuelve sensato de nuevo.

—Me dicen, señor, que Stubb abandonó una vez al pobre *Pip*, cuyos huesos sumergidos ahora se ven blancos, a pesar de toda la negrura de su piel viva. Mas yo nunca os abandonaré, señor, como Stubb hizo con él. He de ir con vos, señor.

—Si me hablarais así mucho más, el propósito de Ajab se enfriaría en él. No, os digo; no puede ser.

—¡Oh, buen amo, amo, amo!

—¡Gemid así, y os mataré! ¡Cuidaos, pues también Ajab está loco! Escuchad y oiréis con frecuencia mi pie de marfil sobre cubierta, y sabréis que aún estoy allí. Y ahora os dejo. ¡Vuestra mano!… ¡Chocadla! Fiel sois, muchacho, como la circunferencia a su centro. Así: que Dios os bendiga por siempre; y si se llega a eso… que Dios os salve por siempre, ocurra lo que ocurra.

(*Ajab sale; Pip da un paso adelante*.)

—Aquí estuvo en este instante; estoy en su aire… pero estoy solo. Ahora, si al menos estuviera aquí el pobre *Pip*, lo podría soportar, pero está perdido. *¡Pip! ¡Pip!* ¡Ding, dong, ding! ¿Quién ha visto a *Pip*? Debe estar aquí arriba; probemos la puerta. ¿Qué?, ni cerradura, ni cerrojo, ni barra; y aun así no hay modo de abrirla. Debe ser el conjuro; me dijo que me quedara aquí. Sí, y me dijo que esta silla atornillada era mía. Aquí, entonces, me sentaré yo, contra el yugo, en la misma mitad del barco, toda su quilla y sus tres mástiles ante mí. Aquí, dicen nuestros viejos marineros, los grandes almirantes a veces se sientan a la mesa en sus negros setenta y cuatros[149], y la presiden sobre filas de capitanes y tenientes. ¡Ja!, ¿qué es esto?, ¡charreteras!, ¡charreteras!, ¡las charreteras vienen todas empujando! Pasad los decantadores; encantado de veros; ¡escanciad, *monsieurs*! ¡Que extraña sensación, eh, cuando un muchacho negro es anfitrión de hombres blancos con encaje de oro en sus levitas!… *Monsieurs*, ¿habéis visto a un tal *Pip*?… Un pequeño muchacho negro, de cinco pies de alto, ¡abyecta y cobarde apariencia! Saltó una vez de una lancha ballenera… ¿le habéis visto? ¡No! Bien, entonces escanciad de nuevo, capitanes, y brindemos: ¡vergüenza a todos los cobardes!… ¡Chss!, ahí arriba escucho marfil… ¡Oh, amo, amo! En verdad me siento desconsolado cuando andáis por encima de mí. Pero aquí me quedaré, aunque su popa choque contra rocas; y éstas penetren; y las ostras vengan a unírseme.

CAPÍTULO CXXX EL SOMBRERO

Y ahora que en el lugar y el momento apropiados, tras una travesía tan extensa —barridas todas las demás aguas balleneras—, Ajab parecía haber acosado a su enemigo hasta un pliegue oceánico, para allí matarlo con mayor seguridad; ahora que estaba cerca de la misma latitud y longitud en la que su atormentadora herida había sido infligida; ahora que se había hablado con un navío que en el mismo día anterior había efectivamente encontrado a Moby Dick… y ahora que todos sus sucesivos encuentros con distintos barcos concurrían contrastantemente para demostrar la demoníaca indiferencia con la que la ballena blanca despedazaba a sus cazadores, ya fuera pecando contra ellos o siendo objeto de sus pecados; ahora era que en los ojos del viejo acechaba un algo que para las almas débiles apenas era soportable de ver. Como la estrella polar que no se pone, que a lo largo de la noche ártica de toda una vida de seis meses mantiene su constante mirada punzante y central, así el propósito de Ajab brillaba ahora fijamente sobre la permanente medianoche de la desolada tripulación. De tal manera dominaba por encima de ellos, que todos sus presentimientos, sus dudas,

sus recelos, sus miedos de buen grado se ocultaban bajo sus almas, sin dejar brotar una sola hoja o un solo retoño.

En este presagiante intervalo desapareció, además, todo humor, tanto forzado como natural. Stubb ya no se esforzó por provocar una sonrisa; Starbuck ya no se esforzó por refrenarla. La alegría y la pena, la esperanza y el miedo parecían igualmente molidas hasta el más fino de los polvos y, por el momento, pulverizadas en el inflexible mortero del alma de hierro de Ajab. Como máquinas se movían neciamente por la cubierta, siempre conscientes de que el ojo déspota del viejo estaba sobre ellos.

Mas si le hubierais escrutado en profundidad durante sus más secretas y confidenciales horas, cuando creía que ninguna mirada, salvo una, estaba sobre él, entonces habríais visto que al igual que los ojos de Ajab infundían en la tripulación tamaño terror reverencial, la mirada inescrutable del parsi se lo infundía a él; o al menos, de algún modo, de algún salvaje modo, a veces lo parecía. Tal añadida e inadvertida rareza comenzó ahora a revestir al delgado Fedallah, tales incesantes temblores le afectaban, que los hombres le miraban desconfiados; medio dudando, así parecía, que efectivamente fuera una substancia mortal, y no una trémula sombra arrojada sobre cubierta por el cuerpo de un ser oculto. Y esa sombra siempre estaba allí, planeando. Pues ni siquiera de noche se había sabido con certeza de Fedallah que dormitara, o que se fuera abajo. Se quedaba quieto durante horas: y nunca se sentaba o se reclinaba; sus pálidos aunque prodigiosos ojos decían claramente… Nosotros dos, vigías, nunca descansamos.

Tampoco, en ningún momento, ni de día ni de noche, podían los marineros subir ahora a cubierta sin que Ajab estuviera ante ellos; bien en pie en su cavidad de pivote, o bien paseando con exactitud las planchas entre dos indescarriantes límites… el palo mayor y el de mesana; o, si no, le veían plantado en el escotillón de la cabina… su pie vivo avanzado sobre cubierta, como si fuera a salir; su sombrero embutido con fuerza sobre los ojos; de manera que por muy quieto que estuviera, por mucho que pasaran los días y las noches en que no se había mecido en su coy, no obstante, oculto bajo ese sombrero gacho, no podían decir sin posibilidad de equivocación si a pesar de todo sus ojos estaban verdaderamente

cerrados a veces, o si él seguía examinándolos firmemente; por mucho que estuviera así en el escotillón durante una hora entera seguida, y la ignorada humedad nocturna fuera recogida en gotas de rocío sobre esa levita y ese sombrero tallados en piedra. La ropa que la noche había mojado, el sol del día siguiente la secaba sobre él; y así, día tras día, y noche tras noche, no volvió a bajar bajo las planchas. Lo que quiso de la cabina, lo mandó buscar.

Comía también al aire libre; es decir, sus dos únicas comidas… desayuno y cena, el almuerzo nunca lo tocaba; ni recortaba su barba, que oscuramente crecía toda retorcida, como raíces excavadas de árboles tumbados por el viento, que aunque extinguidos en el verdor superior, aún crecen ociosamente en la desnuda base. Mas aunque su vida entera se había vuelto ahora una guardia en cubierta; y aunque la mística vigilancia del parsi era igual de ininterrumpida que la suya, los dos nunca, sin embargo, parecían hablar —un hombre al otro— a no ser que, a largos intervalos, algún asunto sin importancia lo hiciera necesario. Y a pesar de que tan potente encantamiento se diría que secretamente unía a la pareja; abiertamente, y para la impresionada tripulación, parecían separados como polos opuestos. Si de día daban en hablar alguna palabra, de noche ambos eran mudos, al menos en lo referente a todo intercambio verbal. A veces, durante largas horas, sin un solo saludo, permanecían muy alejados a la luz de las estrellas; Ajab en el escotillón, el parsi en el palo mayor; aunque mirándose fijamente el uno al otro, como si Ajab viera en el parsi su previamente arrojada sombra, el parsi en Ajab su abandonada substancia.

Y sin embargo, de algún modo, Ajab… en su propio ser, tal como diariamente, y a cada hora, y a cada instante, se revelaba en su autoridad a sus subordinados… Ajab parecía un noble independiente; el parsi meramente su esclavo. Mas de nuevo ambos se dirían enyuntados juntos, y que un tirano no percibido los condujera; la tenue sombra cubriendo la sólida cuaderna. Pues fuera este parsi lo que fuera, el sólido Ajab era todo él cuaderna y quilla.

En el primer y más débil resplandor del amanecer, su voz de hierro se escuchaba desde popa…

—¡Ocupad los topes!

Y durante todo el día, hasta después de caer el ocaso, y después del crepúsculo, se escuchaba la misma voz cada hora, al toque de la campana del timonel…

—¿Qué es lo que veis?… ¡Aguzad!, ¡aguzad!

Mas cuando hubieron transcurrido tres o cuatro días tras encontrar al *Raquel* buscador de niños, y siguió sin verse un surtidor; el monomaníaco viejo pareció desconfiar de la fidelidad de su tripulación; al menos de casi todos salvo los arponeros paganos; incluso pareció recelar de que Stubb y Flask pudieran intencionadamente pasar por alto la vista que él buscaba. Mas si estas sospechas lo eran verdaderamente en él, sagazmente se guardó de expresarlas en forma verbal, por mucho que sus acciones pudieran parecer sugerirlas.

—Seré yo quien aviste por primera vez a la ballena, yo mismo —dijo —. ¡Sí! ¡Ajab ha de tener el doblón!

Y con sus propias manos aparejó un nido de bolinas en forma de cesto; y enviando a un marinero a lo alto con un motón, para que lo asegurara al tope del mayor, recibió los dos extremos del cabo guarnido hacia abajo; y, sujetando uno a su cesto, preparó una cabilla para el otro extremo, con objeto de atarlo a la regala. Hecho esto, con ese extremo aún en su mano y permaneciendo junto a la cabilla, miró alrededor a su tripulación, pasando de uno a otro; deteniendo su mirada sobre Daggoo, Queequeg, Tashtego; pero evitando a Fedallah; y entonces, fijando su firme ojo confiado sobre su primer oficial, dijo…

—Tomad el cabo, señor… lo dejo en vuestras manos, Starbuck.

Disponiendo entonces su persona en el cesto, dio la voz para que le izaran a su percha, y fue Starbuck el que finalmente aseguró el cabo, y el que posteriormente quedó cerca de él. Y así, sujetándose con una mano alrededor del sobremastelerillo, Ajab oteó millas y millas a lo lejos sobre el mar —a proa, a popa, a esta banda y a aquélla—, dentro del amplio círculo expandido que se dominaba desde tan gran altura.

Cuando el marinero en alta mar, al trabajar con sus manos en algún elevado y casi aislado lugar de la jarcia, que da en no tener apoyo de pie, es elevado a ese lugar, y sujetado allí por el cabo; en estas circunstancias, el extremo atado a cubierta siempre queda al estricto cuidado de algún

hombre que tiene la guardia especial del mismo. Pues en esa jungla de jarcia de labor, cuyas distintas y diversas relaciones en lo alto no pueden siempre ser infaliblemente distinguidas por lo que se ve de ellas desde cubierta; y cuando los extremos de cubierta de estos cabos están siendo cada pocos minutos aflojados de las sujeciones, no sería más que una fatalidad natural que, al no estar provisto de una constante vigilancia, el marinero izado, debido a algún descuido de la tripulación, fuera soltado y cayera al mar volteando a plomo. Así que los preparativos de Ajab en este asunto no eran inusuales; lo único extraño de los mismos, aparentemente, era que fuera Starbuck, casi el único hombre que en algún momento se había aventurado a oponérsele con algo cercano en el menor grado a la decisión… uno de aquellos, también, de cuya fidelidad en la vigía él parecía haber en parte dudado… era extraño que éste fuera el mismo hombre al que seleccionara para su atención; libremente entregando su vida entera en las manos de una persona de la que por otro lado tan poco se fiaba.

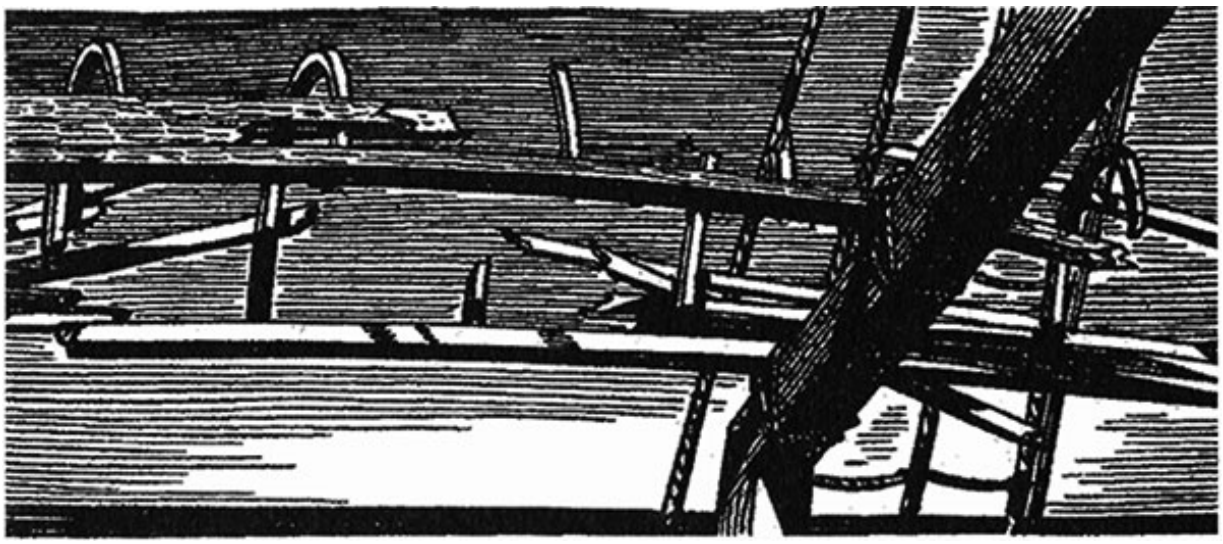
Ahora bien, la primera vez que Ajab fue izado a lo alto, antes de que llevara allí diez minutos, uno de esos feroces halcones marinos de pico rojo, que con tanta frecuencia en estas latitudes vuelan incomodantemente cerca, en torno a los topes ocupados de los balleneros; uno de estos pájaros vino rotando y gritando alrededor de su cabeza en un laberinto de rápidos círculos irrastreables. Después salió disparado mil pies directamente a lo alto en el aire; se dejó caer entonces en espiral hacia abajo, y giró en remolino sobre su cabeza.

Pero con su vista fija sobre el oscuro y distante horizonte, Ajab pareció no fijarse en este fiero pájaro; tampoco, de hecho, ningún otro se había fijado mucho en él, siendo no infrecuente la circunstancia; con la excepción de que ahora casi el ojo menos observador parecía ver alguna especie de artero significado prácticamente en cada imagen.

—¡Vuestro sombrero, vuestro sombrero, señor! —gritó repentinamente el marino siciliano, que al estar situado en el tope de mesana, estaba directamente detrás de Ajab, aunque algo más abajo de su nivel y con un profundo golfo de aire separándoles.

Pero ya la negra ala estaba ante los ojos del viejo; el largo pico ganchudo en su cabeza: con un grito, el negro halcón se alejó rápidamente con su premio.

Un águila voló tres veces alrededor de la cabeza de Tarquino, quitándole su gorro para volvérselo a poner, ante lo cual Tanaquil, su esposa, declaró que Tarquino sería rey de Roma. Mas ese augurio fue considerado un buen augurio únicamente por la devolución del gorro. El sombrero de Ajab nunca fue devuelto: el halcón salvaje voló y voló con él, muy lejos por delante de la proa, y finalmente desapareció; mientras, desde el lugar de su desaparición, un diminuto punto negro fue apenas discernido, cayendo desde esa enorme altura al mar.



CAPÍTULO CXXXI EL *PEQUOD* ENCUENTRA AL *DELEITE*

El fogoso *Pequod* navegaba; pasaban las ondulantes olas y los ondulantes días; el salvavidas-ataúd seguía colgando, liviano; y otro barco, muy mísera y erróneamente llamado *Deleite*, fue divisado. Cuando se acercó, todos los ojos se fijaron en los anchos baos, llamados cizallas, que en algunos barcos balleneros cruzan el alcázar a una altura de ocho o nueve pies; y que sirven para colocar las lanchas de reserva, las no aparejadas, o las descompuestas.

Sobre las cizallas del foráneo se observaban las destrozadas blancas cuadernas y algunas planchas astilladas de lo que una vez había sido una lancha ballenera; aunque ahora veías a través de este pecio con tanta claridad como se ve a través del despellejado y medio desarticulado esqueleto blanqueado de un caballo.

—¿Habéis visto a la ballena blanca?

—¡Observad! –replicó desde su coronamiento el capitán de huecas mejillas; y con su bocina señaló el pecio.

—¿La habéis matado?

—Todavía no se ha forjado el arpón que alguna vez lo haga –contestó el otro, echando tristemente la vista sobre un coy arrollado en cubierta,

cuyos recogidos bordes unos callados marineros se afanaban en coser juntos.

—¡No se ha forjado! –y agarrando el nivelado hierro de Perth de la horcadura, Ajab lo sacó, exclamando–: ¡Observad, hombre de Nantucket; aquí, en esta mano, yo sostengo su muerte! Templados en sangre y templados por el rayo están estos ganchos; ¡y juro que los templaré por tercera vez en ese lugar caliente detrás de la aleta, donde la ballena blanca más siente su maldita vida!

—Entonces, que Dios os guarde, viejo… ¿Veis eso? –señalando al coy–. Sólo entierro a uno de cinco fornidos hombres que ayer aún estaban vivos; pero que antes de llegar la noche estuvieron muertos. Solamente a ése entierro; el resto fue enterrado antes de morir: vos navegáis sobre su tumba. –Volviéndose entonces a su tripulación–: ¿Estáis dispuestos? Colocad entonces la plancha sobre la regala, y alzad el cuerpo; así, entonces… ¡Oh, Dios! –avanzando hacia el coy con las manos alzadas–, que la resurrección y la vida…

—¡Bracead en viento! ¡Caña a barlovento! –gritó Ajab, como el relámpago, a sus hombres.

Mas el bruscamente acelerado *Pequod*, no fue suficientemente rápido para escapar al sonido del chapoteo que enseguida hizo el cuerpo al entrar en el mar; no tan rápido, efectivamente, puesto que algunas burbujas pudieron salpicar su casco con su fantasmal bautismo.

Cuando Ajab se alejaba, deslizándose, del desmoralizado *Deleite*, el extraño salvavidas que colgaba en la popa del *Pequod* destacó conspicuamente.

—¡Ja!, ¡allí!, ¡mirad allí, marineros! –gritó una voz premonitoria en su estela–. En vano, oh, extraños, huís de nuestro triste funeral; ¡sólo nos volvéis vuestra regala para mostrarnos vuestro ataúd!

CAPÍTULO CXXXII — LA SINFONÍA

Era un claro día azul acerado. Los firmamentos de aire y mar apenas diferenciables en aquel color celeste que todo impregnaba; tan sólo, que el pensativo aire era trasparente, puro y suave, con aspecto de mujer, y el mar, recio y viril, se abultaba en amplias, robustas, pausadas ondulaciones, como el pecho de Sansón en el sueño.

Acá y allá, en lo alto, planeaban las níveas alas de pequeñas impolutas aves; eran éstas los gentiles pensamientos del femenino aire; y en las profundidades, muy abajo en el insondable azul, pasaban raudos de un lado al otro poderosos leviatanes, peces espada y tiburones; y éstos eran los fornidos, atormentados y brutales pensamientos del masculino mar.

Mas aunque contrastando así por dentro, por fuera el contraste sólo era de matices y de sombras; los dos parecían uno; sólo era el sexo, como si dijéramos, lo que los distinguía.

En lo alto, como un augusto zar y rey, el sol parecía entregar ese gentil aire a ese osado y ondulante mar; lo mismo que al novio la prometida. Y en la línea que orillaba el horizonte, un movimiento suave y trémulo —frecuente de ver aquí en el ecuador— indicaba la tierna, palpitante confianza, los cariñosos sobresaltos, con los que la pobre novia ofrendaba su seno.

Amarrado y retorcido; nudoso y sarmentoso de arrugas; indomablemente firme y resistente; sus ojos refulgiendo como el carbón que todavía brilla entre las cenizas de la ruina, Ajab se mantenía firme en

la claridad de la mañana; alzando el fragmentado casco de su testuz a la frente de bella doncella del cielo.

¡Oh, infancia inmortal, y candor del color celeste! ¡Aladas criaturas invisibles que jugueteáis a nuestro alrededor! ¡Dulce niñez del aire y del cielo! ¡Qué ajenas erais a la enrevesada maldición del viejo Ajab! Mas así he visto yo a las pequeñas Miriam y Marta, ninfas de ojos risueños, correteando despreocupadamente alrededor de su anciano padre; solazándose con el círculo de chamuscados mechones que crecían en el borde de ese calcinado cráter de su cerebro.

Cruzando lentamente la cubierta desde el escotillón, Ajab se inclinó por la borda, y observó cómo, ante su mirada, su sombra se hundía y se hundía en el agua, cuanto más y más se esforzaba por penetrar la profundidad. Pero los seductores aromas de ese aire encantado finalmente parecieron dispersar por un instante lo canceroso de su alma. Esa atmósfera jovial y feliz, ese dulce cielo, finalmente le tocó y le acarició; la madre putativa tierra, tanto tiempo cruel —hostil—, tendió ahora afectuosos brazos alrededor de su obstinado cuello, y pareció sollozar gozosamente sobre él, como si fuera alguien que, por muy tozudo y errado, aún en su corazón pudiera salvar y bendecir. De debajo de su sombrero gacho, Ajab dejó caer una lágrima al mar; y no contenía el Pacífico entero tanta riqueza como esa única diminuta gota.

Starbuck vio al viejo; vio cómo se inclinaba pesadamente sobre la borda; y le pareció escuchar en su propio sincero corazón, el inconmensurable sollozo que se escamoteaba del centro de la serenidad circundante. Con cuidado de no tocarle, o de ser advertido por él, aun así se le acercó, y allí se quedó.

Ajab se volvió.

—¡Starbuck!

—Señor.

—¡Ah, Starbuck! Hay un viento suave, suave, y un cielo de suave aspecto. En un día así… una dulzura muy parecida a ésta… arponeé mi primera ballena… ¡Un joven arponero de dieciocho años! ¡Hace cuarenta… cuarenta… cuarenta años! ¡Eso hace ya! ¡Cuarenta años de continuada pesca de la ballena! ¡Cuarenta años de privaciones, y de

peligros, y de tormentas! ¡Cuarenta años en el despiadado mar! ¡Durante cuarenta años Ajab ha renunciado a la pacífica tierra, durante cuarenta años, para combatir los horrores del piélago! Sí, así es, Starbuck, de esos cuarenta años no he pasado tres en tierra firme. Cuando pienso en esta vida que he llevado; la desolación de soledad que ha sido; la mampuesta amurallada ciudadela de la exclusividad de un capitán, que apenas admite una leve intrusión de algo de la armonía del verde campo exterior… ¡Oh, cansancio! ¡Gravedad! ¡Esclavitud de guineana costa del mando solitario!… Cuando pienso en todo ello, apenas vislumbrado, nunca antes por mí advertido con tanta agudeza… y cómo durante cuarenta años me he alimentado de secas provisiones saladas… ¡adecuado emblema del seco alimento de mi alma!… mientras el hombre más pobre de tierra firme ha dispuesto de fruta fresca a diario en su mano, y ha partido el pan tierno del mundo en vez de mis terrosas cortezas… Lejos, océanos enteros alejado de esa pobre esposa adolescente con la que me casé a mis más de cincuenta años, partiendo al día siguiente hacia el cabo de Hornos, y dejando apenas una huella en mi almohada conyugal… ¿Esposa?, ¿esposa?… ¡más bien una viuda con su marido vivo! Sí, Starbuck, hice enviudar a esa pobre muchacha cuando me casé con ella; y luego, la demencia, el frenesí, la sangre hirviente y la frente humeante, con las que durante mil arriadas el viejo Ajab, con furia, efervescentemente, ha cazado su presa… ¡Más demonio que hombre!… ¡Sí, sí! ¡Qué necio… necio… viejo necio, ha sido Ajab durante cuarenta años! ¿Por qué esta pelea de la caza?, ¿por qué, cansado, medio paralizado, el brazo en el remo, y el hierro, y la lanza?, ¿cuánto más rico o mejor es Ajab ahora? Observad. ¡Ah, Starbuck!, ¿no es duro que, con esta agotadora carga que soporto, se me haya arrancado una pierna de debajo de mí? Aquí, apartad ese viejo pelo; me ciega y parece que gimo. ¡Rizos tan grises nunca crecieron sino de las cenizas! Pero ¿tan viejo parezco, tan, tan viejo, Starbuck? Me siento mortalmente desmayar, encorvado y jorobado, como si fuera Adán, tambaleándome bajo los siglos apilados desde los tiempos del Paraíso. ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!… ¡Quebradme el corazón!… ¡Atravesadme el cerebro!… ¡Burla!, ¡burla!, amarga, mordiente burla de cabellos grises, he vivido suficientes alegrías para soportarte; ¿y tan intolerablemente viejo parezco y me siento?

¡Acercaos!, aproximaos a mí, Starbuck; dejadme mirar en un ojo humano; es mejor que mirar al mar o al cielo; mejor que mirar a Dios. ¡Por la verde tierra, por la brillante piedra del hogar!, éste es el espejo mágico, compañero: veo a mi mujer y a mi hijo en vuestro ojo. No, no; ¡quedaos a bordo, a bordo!… No arriéis cuando yo lo haga; cuando el estigmatizado Ajab persiga a Moby Dick. Ese riesgo no ha de ser para vos. ¡No, no!, ¡no con el lejano hogar que veo en ese ojo!

—¡Oh, mi capitán!, ¡mi capitán!, ¡alma noble!, ¡grandioso viejo corazón, a pesar de todo!, ¿por qué habría de perseguir nadie a ese odiado pez? ¡Lejos, conmigo!, ¡salgamos de estas mortíferas aguas!, ¡volvamos a casa! También son de Starbuck la esposa y el hijo… esposa e hijo de su juventud de hermanos, hermanas y compañeros de juegos; ¡lo mismo que los vuestros, señor, son esposa e hijo de vuestra cariñosa, añorada y paternal vejez! ¡Lejos! ¡Alejémonos!… ¡Permitidme alterar el curso en este instante! ¡Qué alegre, qué jocosamente, oh, mi capitán, vagaremos en nuestro rumbo para ver otra vez el viejo Nantucket! En Nantucket, señor, me parece que tienen algunos días así de azules y suaves, iguales a éste.

—Los tienen, los tienen. Yo los he visto… algunos días de verano por la mañana. Por esta época… sí, es el momento de su siesta ahora… el muchacho se despierta, vivaz; se sienta en la cama; y su madre le habla de mí, del viejo caníbal que soy; de cómo estoy lejos sobre el piélago, aunque, no obstante, volveré para hacerle bailar otra vez.

—¡Es mi Mary, mi misma Mary! ¡Me prometió que cada mañana llevarían a mi muchacho al cerro, a que oteara el primer avistamiento de la vela de su padre! ¡Sí, sí!, ¡basta ya!, ¡se acabó, nos dirigimos a Nantucket! ¡Vamos, mi capitán, calculad el rumbo, y partamos! ¡Observad, observad!, ¡el rostro del muchacho en la ventana!, ¡la mano del muchacho en el cerro!

Mas la mirada de Ajab se había desviado; al igual que el frutal carcomido, tembló, y dejó caer su última manzana, hecha ceniza, a tierra[150].

—Qué es, qué innombrable, inescrutable cosa no terrena es; qué tramposo, oculto amo y señor, qué despiadado emperador me gobierna; que contra todo natural cariño y añoranza yo así sigo, continuamente empujando, y empellando, y atropellándome; irresponsablemente

haciéndome estar dispuesto a realizar lo que en mi propio y natural corazón ni siquiera oso a atreverme. ¿Es Ajab, Ajab? ¿Soy yo, Dios, o quién, el que levanta este brazo? Mas si el gran Sol no se mueve por sí mismo, sino que es como un recadero en el cielo; y ni una sola estrella puede girar si no es a causa de un poder invisible, ¿cómo, entonces, puede este pequeño corazón latir; cómo este pequeño cerebro concebir pensamientos, a no ser porque Dios, y no yo, hace ese palpitar, hace ese pensar, hace ese vivir? Cielos, compañero, a nosotros nos dan vueltas y vueltas en este mundo como a aquel molinete, y el espeque es el destino. Y siempre, ¡atended!, ¡ese cielo sonriente, y este insondado mar! ¡Observad!, ¡ved aquel lejano albacora!: ¿quién le inculcó perseguir a ese pez volador e hincarle el diente? ¿A dónde van los asesinos, compañero? ¿A quién condenar cuando el propio juez es llevado a juicio? Mas hay un viento suave, suave, y un cielo de suave aspecto; y el aire huele ahora como si viniera de un lejano prado; han estado segando en algún lugar bajo las faldas de los Andes, Starbuck, y los segadores duermen entre el heno recién cortado. ¿Durmiendo? Sí, por mucho que nos esforcemos, al final todos dormimos en el campo. ¿Dormir? Sí, y oxidarnos entre el verdor; como las guadañas del año anterior, tiradas y abandonadas en las hozadas a medio segar… ¡Starbuck!

Pero, empalidecido de desesperación hasta una cadavérica tonalidad, el primer oficial se había retirado.

Ajab cruzó la cubierta para observar sobre la otra borda; y se sobresaltó al ver dos ojos fijos reflejados allí, en el agua. Fedallah estaba inmóvil, inclinado sobre la misma baranda.

CAPÍTULO CXXXIII EL ACOSO - PRIMER DÍA

Aquella noche, durante la guardia de media, cuando –como a veces tenía por costumbre– se alejó del escotillón en el que se recostaba y fue hasta su cavidad de pivote, el viejo irguió de improviso fieramente el rostro, olfateando el aire marino como lo haría un sagaz perro de barco al acercarse a alguna isla salvaje. Proclamó que una ballena debía estar cerca. Pronto ese peculiar olor, emitido a veces a gran distancia por el cachalote vivo, fue perceptible para toda la guardia; y ningún marinero se extrañó cuando, tras inspeccionar el compás, y después el cataviento, y asegurarse posteriormente lo más posible de la orientación precisa del olor, Ajab ordenó con celeridad que el rumbo fuera levemente alterado y que se aligerara el trapo.

El perspicaz criterio que dictó estos movimientos quedó suficientemente vindicado cuando amaneció, al verse en la mar, directamente y enfilada a proa, una larga lisura, uniforme como el aceite, que en las plegadas acuosas arrugas que la orillaban semejaba las pulidas marcas de metálica apariencia de un veloz rabión en la boca de un profundo y rápido torrente.

—¡Ocupad los topes! ¡Llamad a toda la tripulación!

Atronando sobre la cubierta del castillo con los extremos de tres amazacotados espeques, Daggoo levantó a los durmientes con tan apocalípticos golpes, que éstos parecían salir expelidos del escotillón; así de instantáneamente surgían, con sus ropas en la mano.

—¿Qué veis? –gritó Ajab, pegando su rostro al cielo.

—¡Nada, nada, señor! –fue el sonido que, en respuesta, descendió.

—¡Juanetes! ¡Alas! ¡Abajo y arriba, y a ambas bandas!

Desplegado todo el trapo, soltó ahora el cabo salvavidas reservado para alzarlo al mastelerillo del mayor; y, pocos instantes después, allí le iban izando, cuando estando sólo a dos tercios arriba de la distancia a lo alto, y mientras oteaba a proa a través del hueco horizontal entre la gavia y el juanete del mayor, soltó al aire un grito como el de una gaviota:

—¡Allí resopla! ¡Allí resopla! ¡Una joroba como un monte nevado! ¡Es Moby Dick!

Inflamados por el grito que pareció ser coreado simultáneamente por los tres vigías, los hombres de cubierta se precipitaron a la jarcia para observar a la famosa ballena que tanto tiempo habían estado persiguiendo. Ajab ya había alcanzado su pértiga de destino, unos pies por encima de los otros vigías; Tashtego estaba en pie justamente bajo él, en el tamborete del mastelero; de manera que la cabeza del indio estaba casi al mismo nivel que el talón de Ajab. Desde esta altura se veía ahora a la ballena a una milla aproximadamente a proa, descubriendo con cada oscilación del mar su alta y centelleante joroba, y lanzando al aire regularmente su silencioso chorro. A los crédulos marineros les parecía el mismo silencioso chorrear que hacía tanto tiempo habían observado en los océanos iluminados de luna del Atlántico y el Índico.

—¿Y ninguno de vosotros lo vio antes? –gritó Ajab, dirigiéndose a los hombres encaramados a su alrededor.

—Yo, señor, lo vi casi en el mismo instante que lo hizo el capitán Ajab, y lo voceé –dijo Tashtego.

—No en el mismo instante; no en el mismo… no, el doblón es mío, la fatalidad reservaba el doblón para mí. Sólo yo; ninguno de vosotros podría haber levantado la ballena blanca antes. ¡Allí resopla, allí resopla…! ¡Allí resopla! ¡Allí otra vez…! ¡Allí otra vez! –gritó con metódica entonación,

prolongada, mantenida, acoplada a las graduales extensiones de los chorros visibles de la ballena–. ¡Va a sumergirse! ¡Largad alas! ¡Arriad juanetes! Tres lanchas alerta. Señor Starbuck, recordad: permaneced a bordo, y ocupaos del barco. ¡Ah del timón! ¡Orzad, orzad un punto! Así; ¡mantenedlo, marinero, mantenedlo! ¡Allí asoma la cola! No, no; ¡sólo agua negra! ¿Todo dispuesto en las lanchas? ¡Atentos, atentos! Bajadme, señor Starbuck; más abajo, más abajo… ¡deprisa, más deprisa! –y se deslizó por el aire hasta cubierta.

—Va derecha a sotavento, señor –gritó Stubb–, enfrente nuestro; todavía no puede haber visto el barco.

—¡Enmudece, marinero! ¡Atentos a las brazas! ¡Caña toda a sotavento…! ¡Ceñid! ¡Que flamee…! ¡Que flamee! Así; ¡bien hecho! ¡Lanchas, lanchas!

Pronto se soltaron todas las lanchas, salvo la de Starbuck; todas las velas de las lanchas izadas… todos los remos bogando; con ondulante celeridad, directos a sotavento; y Ajab encabezando el asalto. Un pálido fulgor mortal prendía los hundidos ojos de Fedallah; una espantosa mueca roía su boca.

Como silenciosas conchas de nautilos, sus proas ligeras avanzaron raudas a través del mar; mas no se acercaron al enemigo, sino con lentitud. Al aproximársele, el océano se calmó aún más; pareció extender una alfombra sobre sus olas: semejaba un prado al mediodía, así de sereno se extendía. Por fin, sin aliento, el cazador se acercó tanto a su aparentemente descuidada presa, que su deslumbrante joroba entera resultaba perfectamente visible, deslizándose por el mar como algo aislado, y continuamente enmarcada en un anillo giratorio de la más fina espuma de verdoso vellón. Más allá, vio las enormes e intrincadas arrugas de la cabeza apenas emergente. Ante ella, alejada sobre las suaves aguas turcamente alfombradas, iba la refulgente sombra blanca de su amplia frente lacticínea: un melodioso ondular acompañando juguetonamente a la umbría; y, detrás, las aguas azules fluían intercambiablemente hacia el valle en movimiento de su inalterable estela; y, a ambos flancos, burbujas luminosas surgían y bailaban a su lado. Mas de nuevo éstas eran reventadas por los ligeros dedos de cientos de alegres aves que alternando

con su agitado vuelo, rozaban suavemente el mar; y la larga aunque quebrada vara de una lanza reciente, brotaba del lomo de la ballena blanca como un asta de bandera que surgiera del casco pintado de un galeón, y, a intervalos, alguna de entre la nube de aves de tiernos dedos, sobrevolando y de un lado a otro flotando como un dosel sobre el pez, silenciosamente se posaba en esta vara, las largas plumas de la cola al viento como gallardetes.

Una gentil jovialidad… una enorme complacencia de reposo en la presteza, revestían a la ballena que se deslizaba. Ni Júpiter, el toro blanco, alejándose a nado con la raptada Europa sujeta a sus gráciles cuernos; sus pícaros ojos enamorados sesgadamente atentos a la doncella; haciendo ondear con suave y hechizante vivacidad las aguas directamente hacia el pabellón nupcial de Creta; ni Jove, ¡ni esa gran majestad suprema!, sobrepasaba a la glorificada ballena blanca al nadar de tan divina manera.

De cada tierno flanco… coincidente con la partida ondulación que sólo una vez la bañaba, y después tan lejos fluía… de cada rutilante flanco, la ballena emanaba seducción. No es de extrañar que entre los cazadores hubiera habido algunos que, innominadamente cautivados y transportados por toda esta serenidad, se hubieran aventurado a asaltarla; aunque fatalmente habían descubierto que la quietud sólo era el manto de los tornados. Y aún sosegada, persuasivamente sosegada, ¡oh, ballena!, seguís deslizándoos para todos los que por primera vez os observan, sin importar a cuántos de esa misma manera podáis haber zarandeado y destruido antes.

Así, a través de la serena tranquilidad del mar tropical, entre olas cuyo chapotear quedaba suspendido por exceso de arrebato, Moby Dick avanzaba, sustrayendo aún a la vista todos los terrores de su tronco sumergido, ocultando completamente el abyecto espanto de su mandíbula. Aunque pronto su parte anterior surgió lentamente del agua; durante un instante su marmóreo cuerpo entero formó un peraltado arco, como el Puente Natural de Virginia, y ondeando al aire preventivamente la enseña de las aletas de su cola, el gran dios se reveló, se zambulló y desapareció de la vista. Las blancas aves marinas, deteniéndose suspendidas, tentando el agua en vuelo, se mantuvieron anhelantes sobre la agitada charca que dejó.

Con los remos alzados, y las palas hacia abajo, el paño de sus velas al pairo, flotaban ahora sigilosamente las tres lanchas, esperando la reaparición de Moby Dick.

—Una hora –dijo Ajab, arraigado en pie en la popa de su lancha.

Y observaba más allá del lugar de la ballena, hacia los oscuros espacios azulados y los amplios y galanteadores vacíos a sotavento. Fue sólo un instante, pues de nuevo sus ojos parecieron girar en su cabeza mientras barría el acuático círculo. El viento se alzaba ahora; el mar comenzó a abultarse.

—¡Los pájaros…! ¡Los pájaros! –gritó Tashtego.

En una larga fila india, lo mismo que cuando las garzas alzan el vuelo, los pájaros blancos volaban todos ahora hacia la lancha de Ajab; y al llegar a unas pocas yardas empezaban a aletear allí sobre el agua, girando una y otra vez alrededor con jubilosos y expectantes gritos. Su visión era más aguda que la del hombre; Ajab no podía descubrir señal alguna en el mar. Pero de pronto, al escudriñar más y más hondo en sus abismos, observó en la profundidad un punto blanco vivo, no mayor que una comadreja blanca, ascendiendo con prodigiosa celeridad, y magnificándose al remontar, hasta que giró, y entonces quedaron claramente al descubierto dos largas filas retorcidas de relucientes dientes blancos que ascendían a la superficie desde el inexplorable fondo. Era la boca abierta y la enroscada mandíbula de Moby Dick; su gruesa, ensombrecida mole, todavía medio mezclándose con el azul del mar. La centelleante boca se abría de par en par bajo la lancha como una tumba de mármol descubierta; y dando un golpe lateral con su remo de popa, Ajab hizo girar el bote apartándolo de esta tremenda aparición. Entonces, requiriendo a Fedallah que cambiara de lugar con él, fue hasta la proa, y haciéndose con el arpón de Perth, ordenó a su tripulación que agarraran los remos y estuvieran alerta a ciar.

Ahora bien, gracias a este oportuno giro de la lancha sobre su eje, se había conseguido que su proa, por anticipación, quedara frente a la cabeza de la ballena mientras ésta aún seguía bajo el agua. Pero como si hubiera percibido esta estratagema, Moby Dick, con esa maliciosa inteligencia que se le atribuía, se trasladó lateralmente a sí mismo en un instante, por así

decirlo, haciendo pasar su arrugada cabeza a lo largo por debajo de la lancha.

Toda ésta, entera, cada plancha y cada cuaderna, tembló durante unos instantes; la ballena, tumbada oblicuamente sobre su lomo al modo de un tiburón al morder, metió lenta y cuidadosamente toda la proa dentro de su boca, de manera que la enroscada, larga y estrecha mandíbula inferior se rizó hacia lo alto al aire libre, y uno de los dientes se enganchó en un tolete. El blanco azulado, perlino, del interior de la mandíbula estaba a seis pulgadas de la cabeza de Ajab, y se alzaba más que ella. En esta postura la ballena blanca sacudía ahora el endeble cedro como un gato gentilmente cruel sacude a su ratón. Con imperturbables ojos Fedallah observaba, y cruzaba los brazos; pero la tripulación amarillo-tigre saltaba, unos por encima de las cabezas de los otros, para alcanzar la parte más extrema de la popa.

Y ahora, mientras las dos elásticas bordas cimbreaban hacia dentro y hacia fuera al juguetear la ballena con el sentenciado bote de esta diabólica manera; y dado que, como su cuerpo estaba sumergido bajo la lancha, no podía ser arponeada desde la proa, pues, por decirlo así, la proa estaba casi dentro de ella; y mientras las otras lanchas se detenían involuntariamente, como ante una crisis vital imposible de sobrellevar, entonces sucedió que el monomaníaco Ajab, furioso por esta provocadora vecindad de su enemigo, que le situaba, vivo y desamparado, en las mismas fauces que odiaba; frenético por todo ello, agarró el largo hueso con sus manos desnudas, y pugnó salvajemente por descuajarlo de su presa. En tanto que ahora así vanamente se esforzaba, la mandíbula se le escapó; las frágiles bordas se curvaron hacia dentro, cedieron y chascaron, mientras ambas mandíbulas, deslizándose cual enormes cizallas más a popa, mordieron, partiendo el bote completamente en dos, y se juntaron firmemente de nuevo en el mar, en mitad de los dos pecios flotantes. Éstos se separaron flotando, los extremos partidos sumergiéndose, los tripulantes del pecio de popa colgándose de las amuras, y esforzándose por aferrarse a los remos para amarrarlos de través.

En ese instante preliminar, antes de que la lancha estuviera partida, Ajab, el primero en percatarse de la intención de la ballena por la taimada

elevación de su cabeza, un movimiento que durante un momento aflojó su presa; en aquel instante su mano había realizado un esfuerzo final por sacar la lancha de la dentellada empujando. Pero limitándose a deslizarse más en la boca de la ballena, y a volcar mientras se deslizaba, la lancha, de una sacudida, le había hecho soltar la presa de la mandíbula; le había lanzado fuera cuando se inclinaba para empujar; y así había caído de bruces al mar.

Alejándose como un rompiente de su despojo, Moby Dick permanecía ahora a poca distancia, impulsando verticalmente su oblonga cabeza blanca arriba y abajo entre las olas; y girando lentamente al mismo tiempo la totalidad de su ahusado cuerpo; de manera que cuando su enorme frente arrugada se elevaba –a veinte o más pies por encima del agua–, el oleaje, que ahora aumentaba, junto con todas las otras olas confluentes, rompía deslumbrantemente contra él, lanzando vindicativamente aún más alto la fragmentada espuma al aire[151]. Así, en una galerna, las olas apenas medio contenidas del Canal de la Mancha sólo retroceden de la base de Eddystone para sobrepasar triunfalmente la cima con su cresta.

Mas volviendo pronto a adoptar su postura horizontal, Moby Dick nadó velozmente una y otra vez en rededor de la naufragada tripulación; batiendo de lado el agua en su vengativa estela, como si se espoleara a sí mismo para aún otro y más mortífero ataque. La visión de la lancha destrozada parecía enloquecerlo, como la sangre de uvas y moras arrojadas ante los elefantes de Antíoco en el Libro de los Macabeos. Mientras tanto, Ajab, medio asfixiado en la espuma de la insolente cola de la ballena, y al estar demasiado lisiado para nadar… aunque aún pudiera mantenerse a flote, incluso en el centro de un remolino como ése… la desvalida cabeza de Ajab se veía como una burbuja zarandeada que el menor golpe fortuito podría reventar. Desde la fragmentada popa de la lancha, Fedallah le observaba indiferente y sereno; la tripulación que se aferraba al otro extremo a la deriva no podía socorrerle; más que suficiente era para ellos cuidarse de sí mismos. Pues tan revulsivamente pavoroso resultaba el aspecto de la ballena blanca, y tan planetariamente veloces los cada vez más reducidos círculos que hacía, que parecía estar precipitándose horizontalmente sobre ellos. Y aunque las otras lanchas, intactas, seguían

planeando muy cerca, no osaban en modo alguno introducirse en el remolino para atacar, no fuera a ser ésa la señal para la instantánea destrucción de los apurados náufragos, Ajab y los demás; tampoco en ese caso podrían ellos esperar escapar. Con ojos absortos, por tanto, permanecían en el borde exterior de la funesta zona, cuyo centro había ahora ocupado la cabeza del viejo.

Entretanto, a partir de su inicio, todo esto había sido advertido desde los topes del barco; y alineando sus vergas, se había acercado al lugar; y ahora estaba tan próximo, que Ajab, desde el agua, le gritó:

—¡Navegad hacia…!

Pero en ese instante un rompiente de Moby Dick le golpeó y le sumergió momentáneamente. Mas ganando de nuevo la superficie, y dando en elevarse en una alta cresta, gritó:

—¡Navegad hacia la ballena…! ¡Apartadla!

El *Pequod* tenía enfilada la proa; y rompiendo el círculo encantado, separó con eficacia a la ballena blanca de su víctima. Mientras ésta se alejaba nadando hoscamente, las lanchas se apresuraron al rescate.

Alzado a la lancha de Stubb con ojos cegados, inyectados en sangre, la blanca salmuera cuajándose en sus arrugas, la prolongada tensión del esfuerzo corporal de Ajab se quebró, e, indefenso, cedió a la condena de su cuerpo, yaciendo durante un tiempo completamente doblegado en el fondo de la lancha de Stubb, lo mismo que si hubiera sido pisoteado por manadas de elefantes. Muy del interior, surgían de él innominados gemidos, como desolados sonidos desde barrancos.

Mas esta misma intensidad de su postración física, tanto más la abrevió. En la amplitud de un instante, los grandes corazones a veces condensan en una profunda punzada la suma total de esos dolores superficiales, benignamente diseminados a lo largo de las vidas enteras de hombres más débiles. Y, así, tales corazones, aunque sucintos en cada sufrimiento, si los dioses lo decretan, aun así, en su vida acumulan una completa era de desgracia, íntegramente compuesta de instantáneas intensidades; pues incluso en sus indeterminados centros esas nobles criaturas contienen las enteras circunferencias de almas inferiores.

—El arpón –dijo Ajab, medio levantándose y apoyándose a rastras en un brazo doblado–, ¿está a salvo?

—Sí, señor, pues no fue arrojado; éste es –dijo Stubb, mostrándolo.

—Dejadlo ante mí… ¿Algún hombre perdido?

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco; señor, había cinco remeros, y aquí hay cinco hombres.

—Bien está. Ayudadme, marinero; deseo ponerme en pie. Así, así, ¡le veo! ¡Allí, allí! Todavía a sotavento: ¡qué chorro tan saltón…! ¡Soltadme! ¡La savia eterna corre por los huesos de Ajab otra vez! ¡Izad la vela, fuera remos, la caña!

Suele suceder que cuando una lancha es desfondada, su tripulación, al ser recogida por otra lancha, ayuda a manejar esa segunda lancha, y el acoso se reanuda de esta manera con lo que se conoce como «remos de doble bancada». Así ocurrió ahora. Pero la potencia añadida de la lancha no igualó a la potencia añadida de la ballena, pues parecía haber triplicado la bancada de cada una de sus aletas; nadando con una velocidad que mostraba claramente que si ahora, bajo esas circunstancias, continuaba así,

el acoso resultaría indefinidamente prolongado, y carente, por tanto, de sentido; tampoco podría una tripulación soportar durante un periodo tan largo un esfuerzo al remo tan ininterrumpido e intenso; algo apenas tolerable únicamente en una incidencia breve. El propio barco, entonces, como a veces sucede, ofrecía el medio complementario más eficaz para reanudar el acoso. Consecuentemente, las lanchas se dirigieron a él, y pronto fueron colgadas de sus pescantes –habiendo sido previamente recuperadas las dos partes de la lancha naufragada–, y alzándolo entonces todo al costado, izando alto el trapo, y ampliándolo lateralmente con velas de ala, como las alas de doble articulación de un albatros, el *Pequod* continuó en la estela a sotavento de Moby Dick. A los bien conocidos metódicos intervalos, el refulgente chorrear era anunciado de manera regular desde los topes ocupados; y cuando se informaba de que acababa de sumergirse, Ajab anotaba el tiempo, y entonces, caminando de un lado a otro por cubierta, reloj de bitácora en mano, tan pronto como expiraba el ultimo segundo del tiempo asignado, se escuchaba su voz…

—¿De quién es ahora el doblón? ¿Le veis?

Y si la respuesta era ¡no, señor!, inmediatamente les ordenaba que le alzaran a su percha. De esta forma transcurrió el día; Ajab ora en lo alto e inmóvil; ora recorriendo las planchas incansablemente de un lado a otro.

Mientras así caminaba, sin emitir sonido alguno excepto para llamar a los hombres de arriba, o para indicarles que izaran aún más una vela, o que desplegaran alguna a una anchura aún mayor… andando así de un lado al otro bajo su sombrero gacho, en cada vuelta pasaba junto a su propia lancha naufragada, que había sido dejada sobre el alcázar, y allí estaba volcada, desde la proa quebrada a la destrozada popa. Finalmente se paró ante ella; y al igual que en un cielo ya nublado cruzan a veces nuevas hordas de nubes, así sobre el rostro del viejo se filtró ahora alguna análoga aflicción añadida.

Stubb le vio detenerse; y quizá intentando, aunque no vanidosamente, demostrar su propia fortaleza indemne, y de esta manera conservar un valeroso lugar en la mente de su capitán, se aproximó, y observando el pecio, exclamó:

—El cardo que rechazó el asno; le pinchaba demasiado en la boca, señor. ¡Ja, ja!

—¿Qué cosa desalmada es esta que ríe ante un pecio? ¡Marinero, marinero! Si no os supiera valiente como el impertérrito fuego (e igual de mecánico), podría jurar que erais un pusilánime. Lamento, no risa, debería escuchar ante un pecio.

—Sí, señor –dijo Starbuck, acercándose–, es una visión solemne; un presagio, y malo.

—¿Presagio?, ¿presagio?… ¡El diccionario! Si los dioses tienen intención de hablar sin reservas al hombre, honorablemente le hablarán sin reservas; no menearán la cabeza y pronunciarán una oscura insinuación de vieja… ¡Marchaos! Vosotros dos sois los polos opuestos de una sola cosa: Starbuck es Stubb al revés, y Stubb es Starbuck; y vosotros dos sois toda la humanidad; y Ajab está solo entre los millones de toda la poblada Tierra, ¡ni dioses ni hombres, sus vecinos! Frío, frío… ¡Tirito!… ¿Cómo va? ¡Eh, arriba! ¿Le veis? Cantad en cada chorrear, ¡aunque suelte chorros diez veces por segundo!

El día casi había acabado, sólo el orillo de su dorada capa crepitaba. Pronto fue casi de noche, aunque los vigías aún continuaban sin relevo.

—¡Ya no se puede ver el chorro, señor. Demasiado oscuro! –gritó una voz desde el aire.

—¿Cómo se orientaba cuando se vio por última vez?

—Como antes, señor… derecho a sotavento.

—¡Bien! Esta noche viajará lento. Arriad sobrejuanetes y alas de juanete, señor Starbuck. No debemos sobrepasarlo antes de la mañana; ahora va de travesía, y puede que capee un poco. ¡Ah de la caña! ¡Mantenedlo en popa cerrado…! ¡Los de arriba! ¡Bajad…! Señor Stubb, enviad un tripulante fresco al tope del trinquete y cuidaos de que éste esté ocupado hasta mañana…

Entonces, avanzando hacia el doblón en el palo mayor…

—Marineros, este oro es mío, pues yo lo gané; pero lo dejaré morar aquí hasta que la ballena blanca esté muerta; y, entonces, el que de entre vosotros la levante por vez primera en el día en que sea muerta, este oro es de ese hombre; y si en ese día la levantara yo de nuevo, entonces, ¡se

dividirá entre todos vosotros diez veces su suma! ¡Fuera ahora…! El puente es vuestro, señor.

Y así diciendo, se situó a mitad dentro del escotillón y, calándose el sombrero, permaneció allí hasta el amanecer, excepción hecha de cuando a intervalos se espabilaba para ver cómo transcurría la noche.

CAPÍTULO CXXXIV EL ACOSO - SEGUNDO DÍA

Al romper el día los tres topes fueron puntualmente ocupados de nuevo.

—¿Lo veis? —gritó Ajab tras dejar pasar un pequeño intervalo para que la luz se propagara.

—No vemos nada, señor.

—¡Toda la tripulación a cubierta y a toda vela! Viaja más rápido de lo que supuse… ¡Los juanetes!… Sí, deberían haberse mantenido toda la noche. Pero no importa… No es más que reposo para impulsarse.

Sea aquí dicho que este pertinaz seguimiento de una ballena en particular, continuado del día a la noche y de la noche al día, es algo en modo alguno carente de precedentes en la pesquería de los Mares del Sur. Pues tal es la maravillosa pericia, presciencia de experiencia, e invencible confianza adquirida por algunos grandes genios naturales de entre los comandantes de Nantucket, que a partir de la simple observación de una ballena al ser avistada por última vez podrán, bajo ciertas circunstancias dadas, predecir con bastante exactitud tanto la dirección en que continuará nadando cierto tiempo, durante el cual no se la puede ver, como su probable grado de progresión durante ese periodo. Y en estos casos, de manera similar a como un piloto, cuando a punto de perder de vista una costa cuyo contorno general conoce bien, y a la que desea pronto regresar de nuevo, aunque en un punto más alejado; lo mismo que cuando este piloto permanece junto a su compás, y anota la demora precisa de ese cabo visible en aquel momento, con objeto de enfilar correctamente con la mayor certeza el remoto invisible promontorio al que finalmente va a llegar, así actúa el pescador con la ballena con su compás; pues tras ser perseguida, y diligentemente consignada durante varias horas de luz diurna, entonces, cuando la noche ensombrece al pez, la futura estela de la criatura a través de la oscuridad, está casi tan determinada para la sagaz mente del cazador, como la costa del piloto para éste. De manera que para la asombrosa pericia de este cazador, la proverbial evanescencia de algo escrito en el agua, una estela, es, a todos los propósitos requeridos, algo casi tan fiable como la tierra firme. Y lo mismo que el poderoso leviatán de hierro de la moderna vía férrea, se conoce en toda su andadura de tan familiar manera que, con relojes en sus manos, los hombres miden su paso como los médicos el pulso de un niño; y, despreocupadamente, dicen de él que el tren de ida o el tren de vuelta llegará a tal o cual lugar, a tal o cual hora; casi así, hay ocasiones en las que estos nativos de Nantucket toman el tiempo de ese otro leviatán de las profundidades conforme a la disposición observada de su celeridad; y se dicen a sí mismos: desde ahora

a tantas horas esta ballena habrá recorrido doscientas millas, habrá casi alcanzado este o aquel grado de latitud o longitud. Aunque para que finalmente esta perspicacia alcance algún éxito, el viento y el mar deben ser los aliados del ballenero; pues en la calma o con viento contrario, ¿de qué utilidad inmediata es para el marino la pericia que le asevera que está exactamente a noventa y tres leguas y cuarto de su puerto? Muchos sutiles asuntos colaterales referentes al acoso de la ballena es dado inferir de estas afirmaciones.

El barco siguió avanzando, dejando en el mar un surco semejante a cuando una bala de cañón, cuyo tiro falla, se convierte en la reja de un arado y remueve el campo plano.

—¡Por la sal y por el cáñamo! —gritó Stubb—, que este vivaz movimiento de la cubierta trepa por las piernas de uno y le punza en el corazón. ¡Este barco y yo somos dos valientes!… ¡Ja!, ¡ja! Que alguien me coja y me lance al mar con la espalda por delante… pues, ¡por robles vivos!, mi espinazo es una quilla. ¡Ja, ja!, ¡vamos al paso que no deja polvo detrás!

—¡Allí resopla… resopla!… ¡resopla!… ¡justo delante! —era ahora el grito del tope.

—¡Sí, sí! —gritó Stubb—. Lo sabía… no puedes escapar… ¡resopla y pártete el chorro, ah, ballena!… ¡el propio demente maligno va tras de ti!… ¡resopla tu trompa… hazte abscesos en los pulmones!… ¡Ajab estancará tu sangre lo mismo que el molinero cierra la compuerta al torrente!

Y lo único que Stubb hacía era hablar en nombre de casi toda la tripulación. Para entonces el frenesí del acoso les había efervescentemente aprestado, como el vino viejo nuevamente elaborado. Cualesquiera pálidos temores y presagios que algunos de ellos pudieran haber sentido antes; no sólo se mantuvieron ahora ocultos a causa del creciente temor hacia Ajab, sino que se disolvieron, y por todas partes fueron puestos en fuga como tímidas liebres de la pradera que se dispersan ante el galopante búfalo. La mano de la fatalidad se había apoderado de todas sus almas; y de los excitantes riesgos del día anterior; del tormento del suspense de la noche pasada; de la manera fija, impávida, ciega, desalmada, con la que su feroz

nave iba abalanzándose hacia su objetivo volante; de todo ello sus corazones se sentían arrastrados. El viento que hacía grandes panzas de sus velas, e impulsaba el navío con brazos tan invisibles como irresistibles, parecía el símbolo de ese invisible agente que de tal manera los esclavizaba en la carrera.

Eran un solo hombre, no treinta. Pues al igual que el único barco que a todos albergaba; aunque conformado de materiales contrastantes —madera de roble, y de arce, y de pino; hierro, y brea, y cáñamo—, todos no obstante se asociaban unos con otros en el único y concreto armazón que se lanzaba a la ruta, equilibrado y también dirigido por la larga quilla central; igual así, todas las individualidades de la tripulación, el valor de este hombre, el temor de aquel hombre; la culpa y la inocencia, todas las variedades estaban soldadas en unicidad, y todas iban dirigidas al fatal objetivo al que Ajab, su único señor y quilla, apuntaba.

La jarcia estaba viva. Los topes, como las copas de altas palmeras, rebosantemente poblados de una vegetación de brazos y piernas. Algunos, colgando de una percha con una mano, extendían la otra en impacientes gestos; otros, protegiéndose los ojos de la vívida luz del sol, se sentaban muy al exterior de las oscilantes vergas; toda la arboladura cargada hasta los topes de mortales, dispuestos y maduros para su destino. ¡Ah!, ¡cómo seguían esforzándose por descubrir en medio de ese infinito azul aquello que los destruiría!

—¿Por qué no lo cantáis, si es que lo veis? —gritó Ajab cuando, tras un lapso de algunos minutos desde el primer aviso, no se escuchó nada más—. Izadme, marineros; os han engañado: Moby Dick no suelta de esa manera un solo surtidor y luego desaparece.

Era exactamente así; en su irreflexiva ansia, los marineros habían tomado alguna otra cosa por el chorrear de la ballena, como pronto demostró el propio suceso; pues apenas había Ajab alcanzado su percha; apenas había sido amarrado el cabo a la cabilla en cubierta, cuando dio el tono para una orquesta que hizo que el aire vibrara como con combinadas descargas de rifles. ¡La triunfante llamada de treinta pulmones de cuero se escuchó cuando —mucho más cerca del barco que el lugar del imaginario surtidor, menos de una milla adelante— Moby Dick físicamente surgió a

la vista! Pues no fue con calmados e indolentes chorros; no fue con el pacífico brote de ese místico manantial de su cabeza, como la ballena blanca reveló ahora su vecindad; sino mediante el mucho más asombroso fenómeno del rompiente. Surgiendo de las mayores profundidades con la mayor velocidad, el cachalote lanza de esta manera su entera mole al puro elemento del aire, y apilando una montaña de deslumbrante espuma, muestra su posición a la distancia de siete o más millas. En esos momentos, las olas partidas, rabiosas, que se sacude parecen su melena; y en algunos casos este rompiente es su gesto de desafío.

—¡Ahí rompe! ¡Ahí rompe! —fue el grito, mientras, en su inconmensurable bravuconada, la ballena blanca se lanzaba hacia los cielos al modo del salmón.

Vista tan repentinamente en la planicie azul del mar, y resaltada contra el margen aún más azul del cielo, la rociada que levantó momentáneamente, refulgió y relumbró como un glaciar de manera intolerable; y allí quedó, apagándose y apagándose paulatinamente a partir de su primera centelleante viveza, hasta alcanzar la velada nebulosidad del aguacero que avanza por un valle.

—¡Sí, romped por última vez al sol, Moby Dick! —gritó Ajab—, ¡vuestra hora y vuestro arpón están a mano!… ¡Abajo! Abajo todos, menos un hombre al trinquete. ¡Las lanchas!… ¡Preparados!

Despreciando las tediosas escaleras de cuerda de los obenques, los marineros se deslizaron como estrellas fugaces hasta cubierta por las aisladas burdas y drizas, mientras Ajab era descolgado desde su percha, menos raudo, aunque, aun así, velozmente.

—¡Arriad! —gritó cuando alcanzó su lancha, una de reserva aparejada la tarde anterior—. Señor Starbuck, el barco es vuestro… manteneos aparte de las lanchas, pero manteneos cerca de ellas. ¡Arriad todos!

Como si quisiera infundir un vivo terror en ellos, siendo esta vez él mismo el primer contendiente, Moby Dick había girado, y ahora venía a por las tres tripulaciones. La lancha de Ajab estaba en medio; e instigando a sus hombres, les dijo que afrontaría a la ballena cara a cara —es decir, se lanzaría derecho hacia su frente—, algo no inusual; pues dentro de ciertos límites, tal rumbo oculta el ataque entrante a la visión lateral de la ballena.

Pero antes de que ese cercano límite fuera alcanzado, y mientras las tres lanchas aún eran tan claras a sus ojos como los tres mástiles del barco, la ballena blanca, removiéndose hasta alcanzar una furiosa velocidad, precipitándose, como si dijéramos casi en un instante, entre las lanchas, con abiertas mandíbulas y restallante cola, presentó pavorosa batalla en todos los flancos; y ajena a los hierros que le lanzaron desde las lanchas, parecía sólo empeñada en aniquilar cada una de las tablas de que esas lanchas estaban hechas. Mas, diestramente maniobradas, girando incesantemente como corceles adiestrados en el campo de batalla, las lanchas la eludieron durante cierto tiempo; aunque a veces sólo por la anchura de una tabla; mientras, constantemente, el sobrenatural grito de guerra de Ajab hacía trizas cualquier otro alarido que no fuera el suyo.

Al final, en sus irrastreables evoluciones, la ballena blanca de tal forma cruzó y recruzó, y enredó de mil maneras la extensión de las tres estachas entonces aferradas a ella, que éstas se acortaron, y por sí mismas remolcaban las lanchas hacia los hierros que tenía clavados; aunque entonces, momentáneamente, la ballena se hizo un poco a un lado, como si se preparara para una acometida más terrible. Aprovechando esa oportunidad, Ajab soltó estacha primero, y luego rápidamente se puso a recogerla y halarla otra vez… esperando de esa manera desenmarañarla de algunos enredos… cuando, ¡hete aquí!… ¡una visión más feroz que los dientes en orden de batalla de los tiburones!

Atrapados y retorcidos… enroscados en la maraña de la estacha, arpones sueltos y lanzas, con todos sus punzantes pinchos y garfios, llegaron centelleando y goteando a los guiacabos de la proa de la lancha de Ajab. Sólo se podía hacer una cosa. Cogiendo el cuchillo de la lancha, metió con criterio la mano dentro… a través de… y luego fuera… de los rayos de acero; tiró de la estacha que estaba más allá, la pasó a bordo al hombre de proa, y entonces, partiendo dos veces la cuerda cerca de los guiacabos, dejó caer el interceptado haz de acero al mar; y de nuevo quedó en disposición. En ese instante la ballena blanca lanzó una repentina acometida entre las restantes marañas de las otras estachas; al hacerlo así, arrastró irresistiblemente hacia su cola las más enredadas lanchas de Stubb y Flask; las golpeó una contra otra como dos conchas que ruedan en una

playa batida por las olas y, zambulléndose entonces en el mar, desapareció en un borboteante torbellino en el que durante cierto tiempo danzaron en rededor, una y otra vez, las aromáticas astillas de cedro de los pecios, igual que la ralladura de nuez moscada en un bol de ponche que se remueve con rapidez.

Mientras las dos tripulaciones estaban todavía dando vueltas en el agua, tratando de alcanzar las tinas de estacha, los remos, y otros restos a flote que giraban; mientras, escorado, el pequeño Flask se hundía y emergía como un frasco vacío, soltando las piernas hacia arriba para escapar de las temibles mandíbulas de los tiburones; y Stubb gritaba ávidamente que alguien le pescara; y mientras la estacha del viejo —ahora rota— servía para que la arrojaran a la cremosa poza para rescatar a quien fuera; en esa salvaje simultaneidad de miles de riesgos concretos, la lancha todavía intacta de Ajab pareció ser izada hacia el cielo por cables invisibles… cuando, similar a una flecha emergiendo perpendicularmente del mar, la ballena blanca golpeó su anchurosa frente contra el fondo, y la lanzó girando una y otra vez al aire; hasta que volvió a caer —con la borda hacia abajo— y Ajab y sus hombres salieron como pudieron de debajo de ella igual que focas de una cueva litoral.

El primer impulso ascendente de la ballena —modificando su dirección al golpear la superficie— la lanzó, a su vez, a ella involuntariamente a una pequeña distancia del centro de la destrucción que había causado; y de espaldas a ésta, descansó ahora unos momentos tanteando lentamente de lado a lado con las palmas de su cola; y siempre que un remo suelto, un pedazo de tabla, la más pequeña astilla o grumo de las lanchas tocaba su piel, su cola se retiraba rápidamente, y volvía de lado, golpeando el mar. Aunque pronto, aparentemente satisfecha de que su trabajo por el momento estuviera concluido, impulsó su arrugada frente a través del océano y, arrastrando tras ella las estachas enredadas, continuó su trayecto a sotavento con el metódico paso del viajero.

Al igual que antes, el atento barco, que había observado toda la pelea, vino de nuevo arribando al rescate, y arriando una lancha, recogió a los marineros que flotaban, las tinas, los remos, y cualquier otra cosa que pudiera ser recogida, y los depositó a salvo en sus cubiertas. Algunos

hombros, muñecas y tobillos lesionados; contusiones amoratadas; arpones y lanzas retorcidos; irresolubles marañas de cuerda; remos y tablas rotas; pero ningún daño fatal, o incluso serio, pareció haberle ocurrido a nadie. Como a Fedallah el día anterior, a Ajab se le encontró desoladamente aferrado a la mitad partida de su lancha, que le permitía una flotación comparativamente sencilla; y que no le causó un agotamiento tan grande como la desgracia del día anterior.

Pero cuando se le subió a cubierta, todos los ojos quedaron fijos en él; ya que, en lugar de ponerse en pie por sí mismo, aún se medio colgaba del hombro de Starbuck, que hasta el momento había sido el primero en asistirle. Su pierna de marfil le había sido arrancada de un mordisco, dejando únicamente una corta y afilada esquirla.

—Sí, sí, Starbuck, es dulce recostarse a veces, sea quien fuere el que se recueste; y ojalá el viejo Ajab se hubiera recostado más a menudo de lo que lo ha hecho.

—El zuncho no ha resistido, señor —dijo el carpintero, acercándose ahora—. Me empleé a fondo en esa pierna.

—Aunque ningún hueso roto, espero, señor —dijo Stubb con auténtica preocupación.

—¡Sí!, ¡y todo astillado en pedazos, Stubb!… ahí lo veis… Pero incluso con un hueso roto, el viejo Ajab está intacto; y no considero ningún hueso vivo mío ni una pizca más yo mismo, que este muerto que se ha perdido. Ni ballena blanca, ni hombre, ni demonio puede ni siquiera rozar al viejo Ajab en su propio inaccesible ser. ¿Puede algún plomo tocar aquel suelo, algún mástil rascar aquel techo?… ¡Eh, arriba!, ¿qué dirección?

—Firme a sotavento, señor.

—Caña a barlovento, entonces; ¡desplegad trapo otra vez, guardanaves! Abajo las lanchas de reserva y aparejadlas… Señor Starbuck, alejaos, y reunid a las tripulaciones de las lanchas.

—Permitidme antes llevaros a la amurada, señor.

—¡Oh, oh, oh! ¡Cómo me cornea esta astilla ahora! ¡Maldita fatalidad!, ¡que el capitán, inconquistable en el alma, tenga que tener un oficial tan pusilánime!

—¿Señor?

—Mi cuerpo, señor, no vos. Dadme algo que haga de bastón; allí, esa lanza astillada servirá. Reunid a los marineros. Seguramente no le he visto aún. ¡Por los Cielos, no puede ser!… ¿Falta?… ¡Rápido!, llamadlos a todos.

La sospecha del viejo era cierta. Al reunir a la compañía, el parsi no estaba allí.

—¡El parsi!… —gritó Stubb—, debe de haberse quedado atrapado en…

—¡Que el vómito negro[152] os retuerza!… Corred todos arriba, abajo, a la cabina, al castillo… Encontradle… ¡No se ha perdido… no se ha perdido!

Pero rápidamente regresaron a él con el parte de que no se encontraba al parsi en ningún lugar.

—Sí, señor… —dijo Stubb—, atrapado entre la maraña de vuestra estacha… me pareció verle hundirse, arrastrado.

—¡*Mi* estacha!, ¿*mi* estacha? ¿Perdido?… ¿perdido? ¿Qué significa esa pequeña palabra?… ¿Qué toque a muertos resuena en ella, que el viejo Ajab tiembla como si fuera el campanil? ¡El arpón también!… Volcad allí los restos… ¿Lo veis?… El hierro forjado, marineros, el de la ballena blanca… No, no, no… ¡Necio infecto! ¡Esta mano lo lanzó!… ¡Está en el pez!… ¡Atentos, arriba! No lo perdáis… ¡Rápido!… Toda la tripulación a aparejar las lanchas… recoged los remos… ¡Arponeros!, ¡los hierros, los hierros!… Izad más los sobrejuanetes… ¡Cazad todas las escotas!… ¡Timonel!, ¡firme, firme, por tu vida! Rodearé diez veces el inmensurado globo, sí, y me zambulliré derecho a su través, ¡pero aún lo mataré!

—¡Dios omnipotente, mostraos aunque sólo sea un instante! —gritó Starbuck—; nunca, nunca lo capturaréis, viejo… En nombre de Jesús, no más de esto, es peor que la locura del Diablo. Dos días acosado; dos veces hecho astillas; vuestra propia pierna arrebatada de una dentellada de debajo de vos; vuestra maligna sombra perdida… todos los bondadosos ángeles abrumándoos con advertencias: ¿qué más deseáis?… ¿Hemos de seguir persiguiendo este pez asesino hasta que abisme al último hombre? ¿Hemos de ser arrastrados por él al fondo del mar? ¿Hemos de ser por él

remolcados al mundo infernal? Ah, ah… ¡Seguir cazándole es impiedad y blasfemia!

—Starbuck, últimamente me he sentido extrañamente impelido a vos; desde esa hora en que los dos vimos… vos sabéis qué, el uno en los ojos del otro. Mas en este asunto de la ballena, sea para mí el exterior de vuestro rostro como la palma de esta mano… un vacío sin rasgos desprovisto de labios. Ajab siempre es Ajab, señor. Este entero acto está inmutablemente decretado. Fue ensayado por vos y por mí mil millones de años antes de que este océano ondeara. ¡Necio! Yo soy el lugarteniente de las Parcas; actúo bajo órdenes. ¡Aplicaos, vos, inferior, a obedecer las mías!… Rodeadme, marineros. Veis un viejo cercenado al muñón; recostado en una lanza astillada; sostenido en un solitario pie. Es Ajab… su cuerpo es un fragmento; pero el alma de Ajab es un ciempiés que se mueve sobre cien patas. Me siento tenso, medio deshilachado, como los cabos que remolcan fragatas desarboladas en una galerna; y puede que eso sea lo que aparente. Pero antes de romperme me escucharéis chascar; y hasta que escuchéis *eso*, sabed que la guindaleza de Ajab aún remolca su propósito. ¿Creéis, marineros, en los llamados presagios? ¡Entonces reíd en voz alta, y pedid otro más! Pues antes de ahogarse, lo que se ahoga ha de subir dos veces hasta la superficie; y entonces volver a subir, para hundirse por siempre jamás. Así es con Moby Dick… dos días ha salido a flote… mañana será el tercero. Sí, marineros, volverá a subir una vez más… ¡pero sólo para su chorrear final! ¿Os sentís valientes, marineros, valientes?

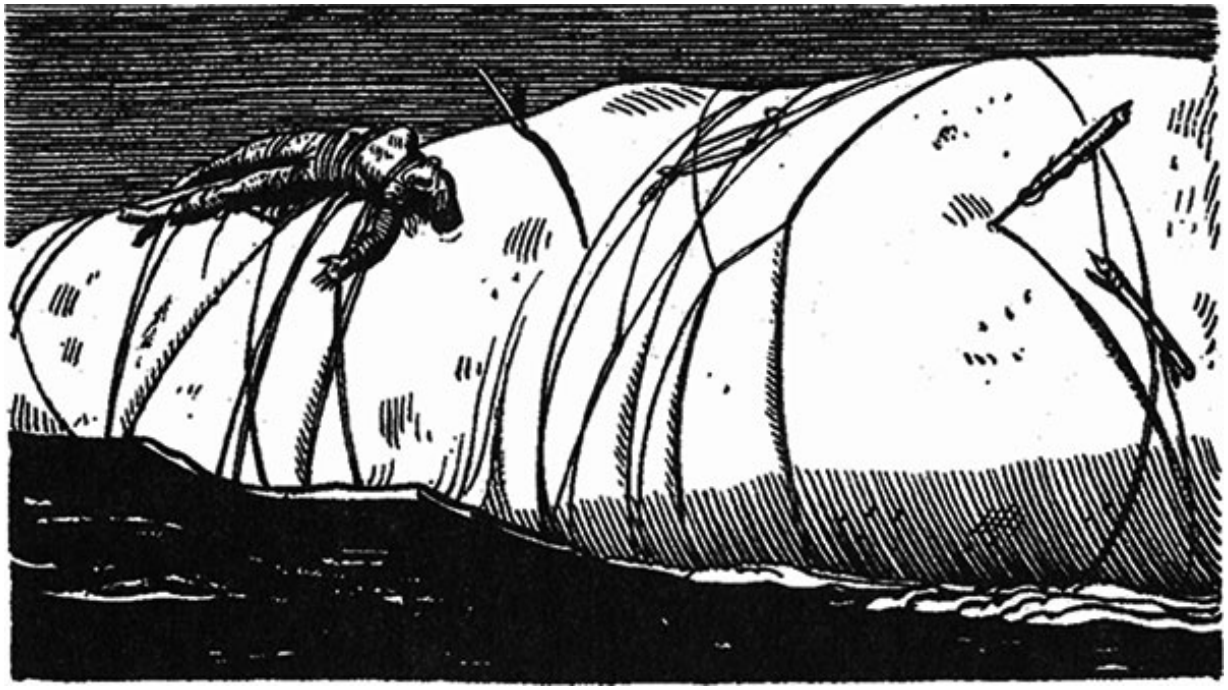
—¡Como el intrépido fuego! —gritó Stubb.

—Y así de mecánicos —murmuró Ajab. Entonces, mientras los hombres iban hacia proa, siguió murmurando—. ¡Los llamados presagios! Y ayer le dije lo mismo ahí a Starbuck en referencia a mi lancha destrozada. ¡Oh!, ¡con qué valor trato de extraer de los corazones ajenos lo que está roblado tan fijamente en el mío!… El parsi… ¡el parsi! Perdido, ¿perdido? E iba a irse antes… Pero aún había de ser visto de nuevo antes de que yo pudiera perecer… ¿Cómo es eso?… Ahí se da un enigma que podría desconcertar a todos los abogados asistidos por los espíritus de la

entera serie histórica de los jueces… me picotea el cerebro como el pico de un halcón. No obstante, *seré yo, yo* lo resolveré.

Al caer el crepúsculo la ballena aún estaba a la vista a sotavento.

Así que de nuevo se acortó el trapo, y todo sucedió aproximadamente como la noche anterior; salvo que el sonido de los martillos y el zumbido de la muela se escuchó casi hasta el amanecer, mientras los hombres trabajaban a la luz de faroles en el cuidadoso aparejado completo de las lanchas de reserva, y afilando sus armas frescas para el día siguiente. Entretanto, de la quilla rota de la naufragada nave de Ajab, el carpintero le hizo otra pierna; mientras, también como en la noche anterior, Ajab permaneció, gacho el sombrero, inmóvil dentro de su escotillón; su oculta mirada de heliotropo anticipadamente retrasada en su cuadrante; fija al Este para el primer sol.



CAPÍTULO CXXXV EL ACOSO - TERCER DÍA

La mañana del tercer día amaneció limpia y fresca, y una vez más el solitario vigilante nocturno del tope del trinquete fue relevado por las hordas de vigías diurnos que punteaban cada mástil y casi cada verga.

—¿La veis? —gritó Ajab.

Mas la ballena no estaba todavía a la vista

—En su estela infalible, no obstante; sólo hay que seguir esa estela, eso es todo. Ah del timón; firme, tal como vais, y como habéis ido yendo. ¡Qué día tan encantador otra vez! Fuera un mundo recién creado, y creado para albergue de verano de los ángeles, y esta mañana la primera en que para ellos se inaugurara, que no podría amanecer día más claro sobre ese mundo. Hay aquí en qué pensar, si Ajab para pensar tuviera tiempo; mas Ajab nunca piensa; sólo siente, siente, siente; ¡asaz lacerante es *eso* para los mortales! Pensar es audacia. Sólo Dios tiene ese derecho, y ese privilegio. Pensar es, o debería ser, imperturbabilidad y sosiego; y nuestros pobres corazones laten, y nuestros pobres cerebros palpitan

demasiado para ello. Y, aun así, a veces he creído que mi corazón estaba muy sosegado… heladamente sosegado; este viejo cráneo cruje tanto como un vaso cuyo contenido se congela y lo resquebraja. Y aún sigue creciendo este pelo; creciendo en este momento, y el calor ha de alimentarlo; mas no es como esa clase de hierba vulgar que crece en cualquier parte, entre las rendijas terrosas del hielo de Groenlandia o en la lava del Vesubio. Cómo lo agitan los fieros vientos; lo azotan a mi alrededor lo mismo que los desgarrados jirones de las velas rotas fustigan el zarandeado barco al que se aferran. Un viento vil que sin duda ha soplado antes por pasillos y celdas de cárceles, y galerías de hospitales, y las ha ventilado, y ahora viene a soplar aquí, tan inocente como la piel del cordero. ¡Qué demonios!… está podrido. Si yo fuera el viento, no soplaría más sobre este perverso y miserable mundo. Reptaría a una cueva en alguna parte y allí me escabulliría. Y, sin embargo, se trata de algo noble y heroico, ¡el viento! ¿Quién jamás lo conquistó? En todas las peleas es el que da el último y más amargo golpe. Lo acometéis y lo único que hacéis es atravesarlo. ¡Ja!, un viento cobarde que golpea a hombres completamente desnudos, pero que no permanecerá firme para recibir un solo envite. Incluso Ajab es un ente más valiente… un ente más noble que *eso*. Si al menos el viento tuviera un cuerpo; pero todas esas cosas que en mayor modo exasperan y ultrajan a los mortales, todas esas cosas son incorpóreas, aunque sólo incorpóreas como objetos, no como agentes. Existe una diferencia de lo más especial, de lo más taimada, ¡ah, de lo más malvada! Y, no obstante, lo digo de nuevo, y lo juro ahora, hay algo absolutamente glorioso y gentil en el viento. Al menos estos cálidos vientos alisios, que en los claros cielos soplan uniformemente, con fuerte y constante vigorosa placidez. Y no se apartan de su dirección, por mucho que las corrientes principales giren o zigzagueen, y poderosos Mississippies de la tierra se tuerzan y se desvíen, dudando dónde ir a parar. ¡Y por los polos eternos!, estos mismos alisios, que de tan directa manera impulsan mi buen barco; estos alisios, o algo como ellos… algo tan imperturbable, e igual de potente, ¡impulsa mi alma dotada de quilla! ¡A ello! ¡Eh, ahí arriba! ¿Qué veis?

—Nada, señor.

—¡Nada! ¡Y va a ser mediodía! ¡No hay postor para el doblón! ¡Observad el sol! Sí, sí, así debe ser. La he sobrepasado. ¿Cómo?, ¿llevo ventaja? Sí, él me persigue a *mí* ahora; no yo a *él*… malo es eso; debería haberlo sabido, además. ¡Necio!, las estachas… los arpones que remolca. Sí, sí, le he alcanzado durante la última noche. ¡Virad! ¡Virad! ¡Bajad todos, excepto los vigías de turno! ¡A las brazas!

Gobernando como lo había hecho, el viento había estado del *Pequod* más o menos a un largo, de manera que estando ahora orientado en la dirección opuesta, el barco braceado a ceñir venía al viento mientras volvía a batir la crema de su propia blanca estela.

—Contra el viento gobierna ahora, hacia la mandíbula abierta —murmuró Starbuck para sí mientras arrollaba la braza mayor, recién halada sobre la regala—. Que Dios nos guarde; aunque ya siento los huesos húmedos dentro de mí, y desde dentro mojan mi carne. ¡Me temo que desobedezco a mi Dios al obedecerle a él!

—¡Listos para izarme! —gritó Ajab, avanzando hasta el cesto de cáñamo—. Pronto la encontraremos.

—Sí, sí, señor —y al momento Starbuck cumplió los requerimientos de Ajab, y una vez más Ajab se balanceó en la altura.

Pasó entre tanto una hora entera; como pan de oro batida durante siglos. El propio tiempo mantenía ahora largamente la respiración con agudo suspense. Mas al final, a unos tres puntos a barlovento de proa, Ajab de nuevo avistó el chorro, e instantáneamente tres aullidos surgieron de los tres topes, como si las lenguas de fuego los hubieran voceado.

—¡Frente contra frente os encuentro esta tercera vez, Moby Dick! ¡Eh, en cubierta!… Bracead más a ceñir; llevadlo a fil de roda. Todavía está demasiado lejos para arriar, señor Starbuck. ¡Las velas flamean! ¡Permaneced junto a ese timonel con una mandarria! Así, así; viaja deprisa, y yo debo bajar. Mas permitidme que eche otro vistazo al mar en rededor aquí arriba; hay tiempo para ello. Una vista vieja, vieja, y sin embargo en algún modo tan joven… sí, y no ha cambiado ni un ápice desde la primera vez que la vi, de muchacho, ¡desde las colinas de arena de Nantucket! ¡La misma!… ¡la misma!… la misma para Noé que para mí. Hay una ligera llovizna a sotavento. ¡Qué encantadoras vistas a

sotavento! Han de llevar a alguna parte… a algo más que la común tierra firme, más feraz que las feraces tierras tropicales. ¡Sotavento!, la ballena blanca va en esa dirección; observemos a barlovento, entonces; el mejor de los cuartos, aunque el más amargo. ¡Pero adiós, adiós, viejo tope! ¿Qué es esto?… ¿verde? Sí, diminutos mohos en estas retorcidas grietas. ¡No hay tales manchas verdes de intemperie en la cabeza de Ajab! Ahí está, entonces, la diferencia entre la vejez del hombre y la de la materia. Aunque sí, viejo mástil, ambos envejecemos juntos, sanos, no obstante, en nuestras cascos: ¿no lo estamos, barco mío? Sí, a falta de una pierna, eso es todo. Por los Cielos que esta madera muerta es mejor en cualquier sentido que mi carne viva. No me puedo comparar con ella; y he conocido algunos barcos hechos con árboles muertos que sobrepasan las vidas de hombres hechos con la más vital materia de los vitales padres. ¿Qué es lo que dijo?: aún debería precederme, mi piloto; ¿y sin embargo ser visto de nuevo? ¿Pero dónde? ¿Tendré ojos en el fondo del mar, suponiendo que descienda esas escaleras sin fin? Y toda la noche he estado navegando alejándome de él, dondequiera que se hundiese. Sí, sí, como muchos otros, dijisteis desoladora verdad en referencia a vos mismo, oh, parsi; pero, sobre Ajab, vuestro tiro ahí quedó corto. Adiós, tope… no le quitéis el ojo a la ballena mientras me ausento. Mañana hablaremos; no, esta noche, cuando la ballena blanca yazga ahí abajo, atada por la cabeza y por la cola.

Dio la orden; y observando todavía a su alrededor, fue bajado hasta la cubierta con pulso firme a través del hendido aire azul.

A su debido tiempo se arriaron las lanchas; mas al situarse en la popa de su chalupa, Ajab, demorándose un instante a punto de descender, le hizo señas al primer oficial —que sostenía uno de los cabos del aparejo en cubierta— y le pidió que hiciera una pausa.

—¡Starbuck!

—¿Señor?

—Por tercera vez el barco de mi espíritu inicia este viaje, Starbuck.

—Sí, señor, así deseáis que sea.

—Algunos barcos se hacen a la mar desde sus puertos, ¡y desaparecen por siempre jamás, Starbuck!

—Cierto, señor: la más triste de las certezas.

—Algunos hombres mueren al bajar la marea; algunos en bajamar; algunos en lo más vivo de la marea… y yo me siento ahora como una ola que es toda ella una cresta, Starbuck. Soy viejo… estrechad mi mano, compañero.

Sus manos se encontraron; sus ojos pegados; las lágrimas de Starbuck el adhesivo.

—¡Oh, mi capitán, mi capitán!… noble corazón… no vayáis… ¡no vayáis!… Atended, es hombre valiente el que gime; ¡qué grande entonces, la agonía de la persuasión!

—¡Arriad! —gritó Ajab, apartando de sí el brazo del oficial—. ¡Alerta, tripulación!

En un instante la lancha estaba virando bajo la popa.

—¡Los tiburones! ¡Los tiburones! —gritó allí una voz desde la ventana baja de la cabina—; ¡oh, amo, mi amo, regresad!

Pero Ajab no escuchó nada; pues en ese momento su propia voz se elevaba; y la lancha avanzaba brincando.

Sin embargo, la voz había dicho la verdad; pues apenas se hubo apartado del barco, docenas de tiburones, surgiendo aparentemente de las oscuras aguas bajo el casco, dentelleaban con maldad las palas de los remos cada vez que éstos se hundían en el agua; y de esta manera acompañaban a la lancha con sus mordiscos. Es algo que no resulta extraño que les ocurra a las lanchas balleneras en esos mares infestados; siguiéndolas en ocasiones los tiburones aparentemente del mismo presciente modo con que en Oriente los buitres planean sobre los estandartes de los regimientos en marcha. Pero éstos eran los primeros tiburones que habían sido observados por el *Pequod* desde que por vez primera se había avistado la ballena blanca; y ya fuera porque los tripulantes de Ajab eran todos bárbaros amarillo-tigrados, y por tanto su carne más aromática para los sentidos de los tiburones —un factor bien sabido de afectarlos en ocasiones—, fuere como fuese, parecía que seguían esa única lancha sin molestar a las otras.

—¡Corazón de acero forjado! —murmuró Starbuck, oteando sobre el costado, y siguiendo con sus ojos la lancha que se alejaba—, ¿aún podéis corporalmente vibrar ante esa visión?… ¿arriando vuestra quilla entre

ávidos tiburones, y seguido de ellos, abierta la boca hacia el acoso; y éste el tercer crítico día?… Pues cuando tres días transcurren seguidos en una continua e intensa persecución, estad seguros de que el primero es la mañana, el segundo el mediodía, y el tercero la tarde y el final de ese asunto… sea el final el que sea. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué es esto que me traspasa, y que me deja tan mortalmente sosegado, y sin embargo expectante…? ¡Inmóvil en el punto álgido de un estremecimiento! Acontecimientos futuros nadan ante mí, como con contornos vacíos y esqueletos; de alguna manera todo el pasado se ha oscurecido. ¡Mary, chiquilla!, te desvaneces en pálidas glorias tras de mí; ¡muchacho!, me parece ver sólo tus ojos, trocados a un maravilloso azul. Los más extraños problemas de la vida parecen aclararse; pero hay nubes que pasan entre ellos… ¿Está llegando el final de mi viaje? Siento las piernas desfallecer; como las del que ha estado en pie durante todo el día. Sentid vuestro corazón… ¿late todavía? ¡Despejaos, Starbuck!… Desatascaos… ¡moveos, moveos!, ¡hablad en voz alta!… ¡Ah del tope! ¿Veis la mano de mi muchacho en la colina?… Demenciado; ¡eh, arriba!… mantened el más atento de los ojos en las lanchas: ¡señalad bien la ballena!… ¡Hey! ¡Otra vez!… ¡ahuyentad a ese halcón! ¡Atentos!, picotea… está rompiendo la grímpola —señalando la bandera roja que ondeaba en la galleta del mayor —. ¡Ja! ¡Se la lleva volando!… ¿Dónde está ahora el viejo?, ¿observáis esa visión, oh, Ajab?… ¡temblad, temblad!

Las lanchas no se habían alejado mucho cuando a causa de una señal hecha desde los topes… un brazo señalando hacia abajo, Ajab supo que la ballena se había sumergido; mas con la intención de estar cerca de ella en la siguiente emersión, se mantuvo en su rumbo algo transversal al navío; la hechizada tripulación manteniendo el más profundo de los silencios, mientras las olas frontales martilleaban y martilleaban contra la rival amura.

—¡Clavad, clavad vuestros clavos, vos, olas! ¡Clavadlos hasta las mismas cabezas! Sólo golpeáis algo sin tapa; y no hay féretro ni coche fúnebre que pueda ser el mío… ¡y sólo el cáñamo puede matarme! ¡Ja, ja!

De pronto las aguas a su alrededor se abultaron lentamente en amplios círculos; luego se alzaron rápidamente, como si se deslizaran de lado desde una sumergida montaña de hielo que surgiera rápidamente a la superficie. Se escuchó un ruido grave, retumbante; un zumbido subterráneo; y entonces todos contuvieron la respiración; y en ese momento, cargada con sogas a rastras, y arpones, y lanzas, una inmensa forma surgió del mar a lo largo, aunque oblicuamente. Envuelta en un delgado velo de niebla descendente, se mantuvo durante un instante en el irisado aire; y entonces cayó hundiéndose nuevamente en las profundidades. Las aguas, impelidas hacia arriba hasta treinta pies, brillaron un momento como rebosaduras de fuentes, luego cayeron desmoronadamente en una lluvia de copos, dejando alrededor del tronco de mármol de la ballena la arremolinada superficie cremosa, como leche reciente.

—¡Bogad con fuerza! —gritó Ajab a los remeros.

Y las lanchas se lanzaron al ataque; pero Moby Dick, enloquecido por los nuevos hierros de ayer que se corroían en él, parecía conjuntamente poseído por todos los ángeles que cayeron del Cielo. Las amplias hileras de tendones soldados que sobresalían bajo la piel trasparente de su despejada frente blanca parecían anudadas; cuando, con la cabeza por delante, llegaba agitando su cola entre las lanchas, y una vez más las vareaba; haciendo perder los hierros y las lanzas a las dos lanchas de los oficiales, y aplastando un costado de la parte superior de sus proas, aunque dejando la de Ajab apenas sin rasguño.

Mientras Daggoo y Tashtego estaban encajando las tablas dañadas y la ballena, al nadar alejándose de ellos, se giraba, y al pasar rápidamente de nuevo junto a ellos presentaba un flanco entero, en ese momento se escuchó un vivaz grito. Atado una y otra vez alrededor del lomo del pez; amarrado en las vueltas y más vueltas con las que, durante la pasada noche, la ballena había devanado las marañas de los cabos que había a su alrededor, se vio el cuerpo medio destrozado del parsi: su capa de garduña hecha jirones; sus abultados ojos vueltos directamente hacia el viejo Ajab.

El arpón se le cayó de la mano.

—¡Burlado, burlado! —con una larga y enjuta inhalación—. ¡Sí, parsi! Os vuelvo a ver… Sí, y vos partís antes; y éste, *éste*, es entonces el coche fúnebre que prometisteis. Mas os emplazo hasta la última letra de vuestra palabra. ¿Dónde está el segundo coche fúnebre? ¡Fuera, oficiales, al barco! Esas lanchas son inútiles ya; reparadlas si podéis a tiempo, y volved a mí; si no, Ajab se basta para morir… ¡Abajo, marineros! Lo primero que intente saltar de esta lancha en la que estoy, a eso lo arponeo. No sois otros hombres, sino mis brazos y mis piernas; y así me obedecéis… ¿Dónde está la ballena? ¿Ha vuelto a sumergirse?

Pero miraba demasiado cerca de la lancha; pues como si tuviera intención de escapar con el cuerpo que portaba, y como si el lugar exacto de su último encuentro hubiera sido sólo una parada en su marcha a sotavento, Moby Dick volvía ahora a avanzar nadando sin cesar; y casi había superado al barco —que hasta entonces había estado navegando en dirección contraria a la suya, aunque actualmente su impulso había sido interrumpido—. Parecía nadar con su velocidad mayor, y ahora resuelto únicamente a seguir su propio camino recto en el mar.

—¡Oh, Ajab —gritó Starbuck—, no es muy tarde para desistir, incluso ahora, al tercer día! ¡Observad! Moby Dick no os busca. ¡Sois vos, vos, el que dementemente le buscáis a él!

Poniendo vela al viento que levantaba, la solitaria lancha se vio rápidamente impelida a sotavento tanto por los remos como por el trapo. Y finalmente, cuando Ajab se deslizaba junto al navío, tan cerca como para distinguir claramente el rostro de Starbuck mientras éste se inclinaba sobre la regala, le voceó que virara el navío por redondo y que, no muy deprisa, le siguiera a una distancia prudente. Mirando hacia arriba, vio a Tashtego, Queequeg y Daggoo ascendiendo ansiosamente a los tres topes; mientras los remeros se balanceaban en las dos lanchas desfondadas, que acababan de ser izadas al costado, y se aplicaban en las tareas de su reparación. Uno tras otro, a través de los portillos, también captó fugaces imágenes de Stubb y de Flask, afanándose sobre cubierta entre haces de nuevos hierros y lanzas. A la vez que veía todo esto, a la vez que escuchaba los martillos en las lanchas deterioradas, muy otros martillos parecían clavar un clavo en su corazón. Pero se dominó. Y observando

ahora que la grímpola o bandera había desaparecido del mastelero del mayor, le gritó a Tashtego, que acababa de alcanzar ese lugar, que descendiera de nuevo a por otra bandera, y un martillo, y clavos, y que de ese modo la clavara al mástil.

Ya fuera por estar agotada de los tres días de constante acoso y por la resistencia a su nadar del enmarañado obstáculo que portaba; o ya fuera por cierta latente impostura y malicia en ella; fuese cual fuera lo cierto, la marcha de la ballena blanca empezó ahora a disminuir, como constataba el acercamiento, tan rápido una vez más, de la lancha hacia ella; aunque, de hecho, la última ventaja de la ballena no había sido tan grande como antes. Y mientras Ajab se deslizaba sobre las olas, todavía los despiadados tiburones le acompañaban, y de modo tan pertinaz se mantenían junto a la lancha, y de tan continua manera mordían los moldeados remos, que las palas quedaron arratonadas y dentelleadas, y dejaban pequeñas astillas en el mar casi cada vez que se sumergían.

—¡No les prestéis atención!, esos dientes sólo aportan toletes nuevos a vuestros remos. ¡Seguid remando!, la mandíbula del tiburón es mejor apoyo que el del agua que cede.

—¡Pero señor, con cada mordisco las finas palas quedan cada vez más pequeñas!

—¡Durarán lo suficiente! ¡Seguid remando!… ¿Mas quién puede decir —murmuró— si estos tiburones nadan para darse un festín con la ballena o con Ajab?… ¡Seguid remando! Sí, con toda viveza ahora… nos acercamos a él. ¡La caña!, tomad la caña, dejadme pasar —y, así diciendo, dos de los remeros le ayudaron a adelantarse a la proa de la lancha, que continuaba planeando.

Finalmente, cuando la embarcación se situó a un lado, y avanzaba en paralelo al flanco de la ballena blanca, parecía que ésta era extrañamente ajena a su avance —tal como en ocasiones las ballenas lo son—, y Ajab casi estaba dentro de la humeante montaña de niebla que, expelida por el chorro de la ballena, se rizaba alrededor de su gran joroba Monadnock; tan cerca estaba de ella; cuando, con el cuerpo arqueado hacia atrás, y ambos brazos verticalmente elevados para blandirlo, lanzó su fiero hierro, y su mucho más fiera maldición a la odiada ballena. Al hundirse, lo mismo el

acero que la maldición, como absorbidos en un arenal hasta el fondo, Moby Dick se retorció de lado; volteó espasmódicamente su cercano flanco contra la amura y, sin abrir un boquete en ella, volteó la lancha tan repentinamente que, de no haber sido por la zona elevada de la borda a la que en ese momento se agarraba, Ajab habría vuelto a resultar arrojado al mar. Tal como ocurrió, tres de los remeros, que no conocían de antemano el preciso instante del lanzamiento —y, por lo tanto, no estaban preparados para sus consecuencias—, fueron los arrojados; pero cayeron de tal modo que en un instante dos de ellos se agarraron de nuevo a la borda, y alzándose a su nivel en el vaivén de una ola, por sí mismos se arrojaron de cuerpo entero nuevamente a bordo; el tercer hombre descolgándose desamparado a popa, aunque todavía a flote y nadando.

Casi simultáneamente, con poderosa volición de continua e instantánea celeridad, la ballena blanca se lanzó surcando el ondulante mar. Mas cuando Ajab le gritó al timonel que cogiera nuevas vueltas a la estacha, y que así la fijara; y ordenó a la tripulación que se girara en sus asientos, y que halara de la lancha a tope, en el momento en que la traicionera estacha sintió esa doble tensión y tracción, ¡se partió en medio del aire!

—¿Qué se rompe en mí? ¡Algún tendón se parte!… Otra vez está indemne; ¡remos!, ¡remos! ¡Lanzaos sobre ella!

Al escuchar el tremendo impulso de la lancha que quebraba el mar, la ballena giró en rededor para presentar combate con su diáfana frente; pero en ese movimiento, dándose cuenta de la cercanía del negro casco del barco; viendo, aparentemente, en él la fuente de todos sus acosamientos; considerándolo —puede ser— un enemigo mayor y más noble, repentinamente se lanzó contra su proa en avance, restallando sus mandíbulas en medio de feroces rociadas de espuma.

Ajab se balanceó; su mano golpeó su frente.

—Me vuelvo ciego… ¡Manos, extendeos ante mí, que aún pueda tantear mi camino! ¿Es de noche?

—¡La ballena! ¡El barco! —gritaron los amedrentados remeros.

—¡Remos! ¡Remos! ¡Inclinaos hacia vuestros abismos, oh, mar, que antes de que sea por siempre demasiado tarde, Ajab pueda lanzarse esta

última, última vez, sobre su objetivo! Veo: ¡el barco!, ¡el barco! ¡Seguid avanzando, mis remeros! ¿No queréis salvar mi barco?

Mas cuando los remeros impulsaban violentamente la lancha a través del martilleante mar, reventaron los extremos de dos de las tablas de la proa antes golpeada por la ballena, y casi instantáneamente la lancha, temporalmente inhabilitada, quedó al mismo nivel que las aguas; su tripulación salpicando medio sumergida, esforzándose por obturar el orificio y achicar el agua entrante.

Entretanto, durante ese único instante de observación, el martillo del mastelero de Tashtego permaneció suspendido en su mano; y la bandera roja, medio envolviéndolo como una manta escocesa, ondeaba por sí sola alejándose de él igual que si fuera su propio corazón fluyendo hacia delante; al tiempo que Starbuck y Stubb, que estaban abajo en el bauprés, se dieron cuenta, en el mismo momento que él, del monstruo que se les echaba encima.

—¡La ballena, la ballena! ¡Caña a barlovento, caña a barlovento! ¡Oh, dulces potencias del aire, abrazadme fuerte ahora! No dejéis que Starbuck, si es que morir debe, muera en desvanecimiento propio de mujer. Caña a barlovento, digo… Vosotros, necios, ¡la mandíbula!, ¡la mandíbula! ¿Es éste el final de mis expansivas plegarias, de todas las fidelidades de una vida entera? Oh, Ajab, Ajab, ahí está vuestra obra. ¡Firme, timonel, firme! ¡No, no! ¡A barlovento otra vez! ¡Se gira para chocar con nosotros! Ah, su inaplacable frente sigue avanzando hacia uno cuyo deber le dice que no puede ausentarse. ¡Dios mío, permanece ahora a mi lado!

—No permanezcas a mi lado, sino bajo mí, quienquiera que seas que ahora vas a ayudar a Stubb; pues Stubb, también, aquí se queda. ¡Me río de ti, de ti, risueña ballena! ¿Quién ayudó alguna vez a Stubb, o mantuvo a Stubb despierto, sino el ojo firme de Stubb? Y ahora el pobre Stubb se acuesta sobre un colchón que es demasiado blando; ¡ojalá que estuviera relleno de broza! ¡Me río de ti, de ti, risueña ballena! ¡Observad, vosotros, sol, luna, y estrellas! Os llamo asesinos de un individuo tan bueno como cualquiera que en el chorro lanzara su espíritu. A pesar de todo, todavía chocaría la copa con vosotros, ¡si es que vosotros acercarais la copa! ¡Oh, oh!, ¡oh!, ¡oh!, risueña ballena, ¡pero pronto habrá mucho que tragar! ¿Por

qué no huyes? ¡oh, Ajab! Por mí, fuera para ello zapatos y chaqueta; ¡que Stubb muera en calzones! Una muerte de lo más herrumbrosa y salada, no obstante… ¡Cerezas!, ¡cerezas!, ¡cerezas! ¡Oh, Flask, una sola cereza roja antes de que fallezcamos!

—¿Cerezas? Ya me gustaría que estuviéramos donde crecen. Ah, Stubb, espero que mi pobre madre haya sacado mi paga parcial antes de esto; si no lo ha hecho, pocas monedas le llegarán, pues el viaje se ha acabado.

En la proa del barco, casi todos los marineros permanecían ahora inactivos; martillos, pedazos de tablas, lanzas y arpones mecánicamente retenidos en sus manos, en la misma postura en la que se habían alejado de sus distintas tareas; todos sus hechizados ojos absortos en la ballena, que agitando extrañamente de lado a lado su predestinadora cabeza, levantaba al impulsarse una amplia franja semicircular de rebosante espuma ante sí. Represalia, urgente venganza, maldad eterna había en su aspecto, y a pesar de todo lo que el hombre mortal pudiera hacer, el sólido contrafuerte blanco de su frente golpeó la amura de estribor del barco, hasta que los hombres y las maderas cedieron. Algunos cayeron al suelo de cara. Como galletas sueltas, las cabezas de los arponeros se sacudieron en lo alto sobre sus cuellos de toro. A través del boquete escucharon verter las aguas, como torrentes de montaña cayendo en un barranco.

—¡El barco! ¡El coche fúnebre!… ¡el segundo coche fúnebre! —gritó Ajab desde la lancha—; ¡su madera sólo podía ser americana!

Buceando bajo el barco que se iba hundiendo, la ballena pasó haciendo temblar su quilla a lo largo; y revolviéndose bajo el agua, rápidamente surgió de nuevo a la superficie, lejos de la otra amura, pero a pocas yardas de la lancha de Ajab, donde permaneció inactiva durante un tiempo.

—Aparto mi cuerpo del sol. ¡Eh, Tashtego!, que oiga vuestro martillo. ¡Ah!, vosotros, tres invictos chapiteles míos; vos, intacta quilla; y casco sólo por Dios victimizado; vos, firme cubierta, y altanera caña, y proa orientada al polo… ¡Mortalmente glorioso barco!, ¿habéis, entonces, de perecer, y sin mí? ¿Me veo apartado del último emotivo orgullo de los más infames capitanes naufragados? ¡Oh, solitaria muerte de solitaria vida! Ah, ahora siento que mi mayor grandeza reside en mi mayor pesar.

¡Oh, oh!, ¡de todos vuestros más distantes vaivenes, verted ahora, vos, osadas olas de toda mi vida pasada, y superad esta ola apilada de mi muerte! Hacia vos me deslizo, vos, ballena que todo destroza pero no conquista; hasta el final con vos contiendo; desde el corazón del Infierno os hiero; por mor del odio escupo mi último aliento sobre vos. ¡Hundid todos los féretros y coches fúnebres en una charca común! Y puesto que ninguno puede ser mío, permitidme ser desmembrado mientras aún os persigo, aunque atado a vos, ¡vos, ballena maldita! ¡*Así*, sacrifico la pica!

El arpón fue arrojado; la ballena alcanzada se lanzó avante; con ardiente velocidad la estacha pasó por la guía… se atascó. Ajab se inclinó para soltarla; la soltó; pero el lazo se le enroscó al vuelo en la garganta, y silenciosamente, como los mudos turcos asfixian a sus víctimas, salió disparado de la lancha antes de que la tripulación se apercibiera de que se había ido. En el instante siguiente, la pesada gaza del extremo final de la cuerda salió despedida de la tina completamente vacía, derribó a un remero y, chocando contra el mar, desapareció en sus abismos.

Durante un momento la estupefacta tripulación de la lancha permaneció quieta; entonces se volvió.

—¿Y el barco? Dios mío, ¿dónde está el barco?

Pronto, a través de oscuros, desconcertantes intermediarios, vieron su espíritu lateralmente desvaneciéndose, como en un gaseoso fatamorgana, sólo los mastelerillos fuera del agua; mientras que, bien por infatuación, o por fidelidad, o por el hado, asidos a sus antes elevadas perchas, los paganos arponeros todavía mantenían sus zozobrantes vigías sobre el mar. Y ahora círculos concéntricos atraparon a la propia lancha solitaria, y a toda su tripulación, y a cada remo flotante, y a cada asta de lanza, y haciendo girar lo animado y lo inanimado una y otra vez alrededor en un vórtice, hicieron desaparecer hasta la astilla más pequeña del *Pequod*.

Mas mientras los últimos restos caían entremezcladamente sobre la sumergida cabeza del indio en el palo mayor, dejando aún visible unas pocas pulgadas del erecto mástil, junto con largas yardas ondeantes de la bandera que calmadamente tremolaba con irónicas coincidencias sobre las destructoras olas que casi tocaba… en ese instante, un brazo rojo y un martillo se cernieron alzados hacia atrás en el aire en el acto de clavar la

bandera con más y mayor fijeza en el mástil que se hundía. Un halcón que desde su hogar natural entre las estrellas había seguido de cerca la galleta del mayor en su descenso, picando en la bandera, e incomodando allí a Tashtego, este pájaro ahora interpuso casualmente su desplegada ala batiente entre el martillo y la madera; y, simultáneamente, al sentir esa etérea emoción, el salvaje sumergido debajo, en su presa de muerte, mantuvo allí quieto su martillo; y así el pájaro del cielo, con arcangélicos chillidos, y pico imperial elevado a lo alto, y su entera forma cautiva envuelta en la bandera de Ajab, se sumergió junto con el barco, que, como Satán, rehusaba hundirse en el infierno hasta no haber arrastrado consigo una parte viva del cielo, y con ella puesta de casco.

Ahora pequeñas aves volaban, chillando, sobre el abismo todavía abierto; una morosa espuma blanca chocaba contra sus pronunciados bordes; después todo se derrumbó, y la gran mortaja del mar ondeó al igual que ondeaba cinco mil años atrás.

EPÍLOGO

Sólo yo pude escapar para traerte la noticia.
Job

El drama ha finalizado. ¿Por qué aquí, entonces, alguien se presenta?... Porque uno sobrevivió al naufragio.

Así dio en suceder que, tras la desaparición del parsi, yo fui aquel al que las Parcas ordenaron ocupar el lugar del remero de proa de Ajab cuando ese remero asumió el puesto vacante; el mismo que, cuando en el último día los tres hombres fueron arrojados de la bamboleante lancha, quedó abandonado a popa. Así, flotando al margen de la subsiguiente escena, y a plena vista de ella, cuando la succión medio extenuada del barco hundido me alcanzó, fui atraído, aunque lentamente, hacia el vórtice que se cerraba. Al alcanzarlo, había quedado reducido a un charco cremoso. Entonces, alrededor y alrededor, y siempre mermando hacia la negra burbuja semejante a un brote, que había sobre el eje de ese círculo que lentamente giraba, yo di vueltas como otro Ixión. Hasta que, alcanzado su centro vital, la negra burbuja reventó hacia arriba; y en ese momento, liberado por razón de su ingenioso resorte, y ascendiendo con gran fuerza a causa de su gran flotabilidad, el ataúd salvavidas surgió verticalmente del mar, se tumbó y quedó flotando a mi lado. A flote en ese ataúd durante casi un día y una noche, me mantuve sobre un mar suave y mortuorio. Inofensivos tiburones se deslizaban junto a mí como si tuvieran candados en sus bocas. Salvajes halcones marinos planeaban con picos enfundados. Al segundo día una vela se aproximó cerca, más cerca, y al

final me recogió. Era el Raquel *en su errante rumbo, que, desandando en la búsqueda tras sus hijos perdidos, sólo encontró otro huérfano*.

FINIS

Léxico náutico

a fil de roda Navegar con viento de frente.
a longo A lo largo y paralelamente.
abatimiento Desvío de la nave de su verdadero rumbo, normalmente hacia sotavento.
abatir Girar o impeler hacia sotavento, separarse del rumbo hacia sotavento por causa del viento o la corriente.
acollador Cabo que se utiliza para halar de otros cabos más gruesos mediante un motón especial llamado «vigota».
aferrar Recoger y unir una vela a su verga de modo que no reciba viento, ni pueda éste desplegarla.
aguja Brújula o compás.
ala Vela pequeña suplementaria que se larga en tiempos bonancibles.
alcázar En la cubierta superior de los buques, espacio que media desde el palo mayor hasta la popa o hasta la toldilla, si la hay.
aleta Parte del costado de un buque más cercana a la popa.
amainar Disminuir, acortar o moderar. Aplicado a velas, significa arriarlas, recogerlas, disminuir su número o su superficie.
amante Cabo grueso, que asegurado por un extremo en la cabeza de un palo, verga, etc., y provisto en el otro de un aparejo, sirve para sostener grandes esfuerzos.
amantillo Cabo sujeto en un extremo en el penol de una verga, que sirve para mantenerla en posición horizontal y aguantar el peso de la gente que se pone encima cuando la vela se aferra o se toman rizos.
amura a) El exterior del costado en la octava parte desde proa. b) Cabo que hecho firme en cada uno de los puños bajos de las velas de cruz y en el

bajo de proa de todas las de cuchillo, sirve para sujetar dichos puños en su debido lugar a barlovento.

amurada Cada uno de los costados del buque por encima de la cubierta.

ancla Instrumento de hierro forjado, a manera de arpón o anzuelo doble, que, afirmado al extremo de un cable y arrojado al mar, sirve para detener y asegurar las embarcaciones en el fondeadero.

anclote Ancla pequeña.

aparejar Guarnecer, vestir un buque con todos los palos, vergas, jarcias y velas para que esté apto para navegar. Aplícase igualmente, en particular, a un palo, a una verga, a un mastelero, etcétera.

aparejo a) Conjunto de palos, vergas, jarcias y velas de un buque, y que se llama redondo o de cruz, de cuchillo, de abanico, etc., según la clase de la vela. b) Sistema de poleas compuesto por dos grupos, fijo el uno y móvil el otro; una cuerda, afianzada por uno de sus extremos en la armazón de la primera polea fija, corre por las demás, y a su otro extremo actúa la potencia.

aproar Volver el buque la proa al viento.

arboladura Conjunto de palos y vergas de un buque.

armar Aprestar algo o proveer de algo a un buque.

arriar Bajar, soltar, aflojar.

arribada La acción y efecto de arribar en todas las acepciones de este verbo.

arribar a) Acercarse un buque a otro. b) Dar al timón la posición necesaria para que el buque gire hacia sotavento. c) Llegar el buque a puerto.

axiómetro Instrumento compuesto de una porción de círculo graduado, en cuyo centro hay una manecilla giratoria que, engranada con el eje de la rueda del timón, da a conocer la dirección que éste tiene.

ayustar Unir dos cabos por sus extremos o chicotes.

babor Lado o costado izquierdo de la embarcación mirando de popa a proa.

ballenera Bote o lancha auxiliar.

bancada Tabla o banco donde se sientan los remeros.

banda a) Cada una de las mitades de un barco. b) Cada uno de los grupos en que está dividida la tripulación para el servicio de las guardias.
bandola Armazón de arboladura y aparejo provisional que se forma para seguir navegando cuando el buque se ha desarbolado de alguno de los palos principales.
bao a) Madero que se coloca a los lados de la parte superior de un palo o mastelero y que sirve para sostener las cofas y las crucetas. b) Madero de la armazón del barco que va de babor a estribor y sirve para aguantar los costados y sostener las cubiertas.
barbas Hilazas de verdín mezcladas de lapa larga y basura que se crían en los fondos y costados de los buques cuando llevan mucho tiempo en el agua.
barco de la línea Navío de guerra, de al menos setenta y cuatro cañones de grueso calibre, que recibe este nombre por ser adecuado para entrar en la formación de una línea de combate.
barlovento Parte de donde viene el viento.
barquilla Tablilla de forma semicircular, con una chapa de plomo para que se mantenga vertical cuando se echa al agua. Se utiliza para medir el avance del barco (*véase* corredera).
barraganete La última pieza de las que componen la cuaderna, y en particular la que sobresale de la borda en los lugares en donde así conviene para amarrar cabos que hacen gran fuerza.
batayola Especie de barandilla doble de madera, de firme o elevadiza, que corre las bordas del buque, y bajo la que se colocan los coyes de la marinería y la tropa.
bauprés Palo grueso, que sale de la proa hacia delante con más o menos inclinación al horizonte, y que siendo uno de los principales de la arboladura, sirve para desplegar los foques y hacer firmes los estais del trinquete.
beque a) La obra exterior de proa. b) Madero taladrado longitudinalmente por su centro y colocado en las perchas de proa, que sirve de excusado a la tripulación.
bergantín Buque de dos palos, velas cuadradas en el trinquete y compuestas de cuchillo (cangreja) y de cruz en el mayor.

bita Cada uno de los postes de madera o de hierro que, fuertemente asegurados a la cubierta en las proximidades de la proa, sirven para que gire en ellos el molinete.

bitácora Especie de armario, fijo a la cubierta e inmediato al timón, en que se pone la aguja o compás.

bizcocho Pan sin levadura, que se cuece por segunda vez para que se enjugue y dure mucho tiempo. Era uno de los víveres esenciales en los barcos hasta finales del siglo XIX.

boca de lobo Hueco que tienen las cofas en el medio, por el que pasa el palo y por el que se puede acceder a ellas.

bolina Cabo con que se sujeta hacia proa el extremo de barlovento de una vela cuando se ciñe el viento, para que éste entre en ella y evitar que flamee.

bolina (navegar de) Navegar de modo que la dirección de la quilla forme con la del viento el ángulo menor posible.

borda Canto superior del costado de una embarcación.

bordada Derrota o camino que hace entre dos viradas una embarcación cuando navega voltejeando para ganar o adelantar hacia barlovento.

bornear Girar el buque sobre sus amarras estando fondeado.

botalón Palo largo que se saca hacia la parte exterior de la embarcación cuando conviene, para varios usos.

botavara Palo horizontal que, apoyado en el coronamiento de popa y asegurado en el mástil más próximo a ella, sirve para cazar la vela cangreja.

bracear Hacer girar las vergas halando de las brazas para cambiar el rumbo.

bracear en cruz Hacer que las vergas queden perpendiculares a la dirección de la quilla acortando las brazas de barlovento.

braza a) Cabo que actúa sobre las vergas desde el penol, y que sirve para mantenerlas fijas o hacerlas girar en un plano horizontal. b) Medida de longitud, generalmente usada en la marina y equivalente a 2 varas ó 1,6718 metros.

bricbarca Buque de tres o más palos sin vergas de cruz en el de mesana o popa.
burda Cabo de la jarcia muerta, que baja desde lo alto del mastelero hacia popa y se hace firme en las bordas o en las mesas de guarnición.
cabilla a) Barra de hierro, bronce o madera que sirve para amarrar los cabos de labor. b) Manigueta engastada exteriormente en la rueda del timón, en el punto correspondiente a cada uno de sus rayos, que se utiliza para manejar ésta.
cable Cabo grueso; inicialmente se reservaba este nombre para el cabo con que se sujetaba el ancla.
cabo Cualquiera de las cuerdas que se emplean a bordo.
cabrestante Máquina similar a un torno, compuesta de un armazón de madera en parte cilíndrico y en parte cónico, que gira sobre un eje vertical por medio de unas palancas aplicadas a su circunferencia en uno o más planos horizontales, envolviendo en su cuerpo un cabo al girar, y que sirve para hacer grandes esfuerzos.
calabrote Cabo más delgado que el cable, que se suele utilizar para sostener el buque amarrándolo a tierra o a otra embarcación.
calcés El pedazo de palo o mastelero que media entre el asiento de los baos y el tamborete.
cámara Cada una de las divisiones hechas a popa para alojamiento del capitán, los oficiales y otros cargos del buque.
cáncamo de argolla Pieza redonda de hierro que por un extremo tiene un aro y por el otro se clava en cubierta u otro lugar, y que sirve para enganchar motones, amarrar cabos, etc.
cangreja Vela trapezoidal que se larga en el cangrejo.
cangrejo Verga que tiene en uno de sus extremos una boca semicircular por donde ajusta con el palo del buque, la cual puede correr de arriba abajo y girar a su alrededor.
caña Palanca encajada en la cabeza del timón y con la cual se maneja éste. En las embarcaciones grandes se sustituye por la rueda de timón a partir del siglo XVIII.

capear a) Disponer las velas de modo que la embarcación avance poco. b) Mantenerse sin retroceder más de lo inevitable cuando el viento es duro y contrario. c) Sortear el mal tiempo con maniobras adecuadas.
cargar Dicho de las velas, cerrar o recoger sus paños, dejándolas listas para ser aferradas.
carretel Especie de devanadera en que se envuelve la corredera y que, sostenida en las manos horizontalmente cuando ésta se echa, gira libremente a medida que ésta se desenrosca.
castillo Parte de la cubierta alta o principal del buque comprendida entre el palo trinquete y la proa.
cataviento Pedazo de hilo con unas ruedecitas de corcho de trecho en trecho, coronadas de plumas, que, fijo por un extremo en una pequeña asta en la borda de barlovento del alcázar, señala la dirección del viento.
cazar Poner tirante la escota, hasta que el puño de la vela quede lo más cerca posible de la borda.
cazar a besar Cazar una vela lo máximo posible.
ceñir Navegar contra el viento en el menor ángulo posible; navegar de bolina.
ciar Remar hacia atrás.
codaste Madero grueso puesto verticalmente sobre el extremo de la quilla inmediato a la popa, y que sirve de fundamento a toda la armazón de esta parte del buque.
cofa Meseta formada de tablas en lo alto de los palos, sobre las crucetas y baos establecidos a este fin; tienen un agujero en el centro —la boca de lobo— para que pase por él la espiga del palo; sirve para afirmar la obencadura de gavia, facilitar la maniobra de las velas altas y también para hacer fuego desde allí en los combates.
columnas del bauprés Las dos grandes piezas de madera colocadas a un lado y otro de la roda, entre las cuales pasa el bauprés.
combés Espacio en la cubierta superior desde el palo mayor hasta el trinquete o el castillo de proa.
compás Brújula, instrumento marino que marca el rumbo.

corbeta Embarcación, usualmente de guerra, con tres palos, el trinquete y el mayor con vela cuadrada y el de mesana con cangreja y escandalosa, semejante, por tanto, a la fragata, de la que se distingue por ser más pequeña.
cordaje Jarcia de una embarcación.
cornamusa Pieza de hierro, de bronce o de madera, de la misma figura que los brazos de apoyo de una muleta, que sirve para amarrar cabos, clavándola en los costados u otros sitios convenientes.
coronamiento La parte circular de borda que corresponde a la popa del buque.
corredera Cordel muy delgado que sirve para medir la distancia que la embarcación recorre en un tiempo determinado. Va envuelto en un carretel y tiene en un extremo una tabla llamada barquilla, que, una vez arrojada al mar, tira del cordel y lo va sacando del carretel. Para facilitar la medición del cordel, éste lleva unos nudos que representan millas y medias millas; de ahí el nombre de la unidad de velocidad náutica.
costado Cada uno de los dos lados del casco de un buque.
coy Trozo de lona o tejido de malla en forma de rectángulo que, colgado de sus extremos, sirve de cama a bordo.
crucero Buque cuya comisión es cruzar algún paraje, bien sea en alta mar o sobre alguna costa, para interceptar el paso de otro buque, o esperarlo, sea o no con intenciones hostiles.
cruceta Meseta que en la cabeza de los masteleros sirve para los mismos fines que la cofa en los palos mayores, de la cual se diferencia por ser más pequeña y no estar entablada.
cuaderna Cada una de las piezas curvas que nace desde la quilla, en la cual encaja su base, y desde donde arranca a derecha e izquierda, en dos ramas simétricas, formando el casco del buque a modo de costillas.
cuartel Entablado o enrejado de madera con que se cierra la boca de una escotilla.
cubierta Cada uno de los pisos de un navío situados a diferente altura, y especialmente el superior.
demora La dirección o rumbo en que se halla u observa un objeto, con relación a la de otro dado o conocido.

derrota Rumbo o navegación que debe hacerse o que, en efecto, se hace para trasladarse de un puerto a otro.
desarrumar Desocupar o remover la carga o la estiba.
driza Cuerda o cabo con que se izan y arrían las vergas, y también el que sirve para izar las cangrejas, las velas de cuchillo y las banderas o gallardetes.
duela Cada una de las tablas que forman las paredes curvas de las pipas, cubas, barriles, etcétera.
encajonada Caja o cámara estanca agregada al costado de un barco para poder hacer reparaciones bajo el agua.
enjunque El lastre más pesado que se pone en el fondo de la bodega, como galápagos de plomo, lingotes de hierro, etcétera.
entena Verga de mesana y de las velas latinas.
envergar Montar las velas en las vergas.
escalmo Estaca fijada en el borde de la embarcación para atar a ella el remo.
escandallo Parte final de la sonda, al extremo de la sondaleza, que puede ser un plomo simple o llevar en su base una cavidad rellena de sebo, en cuyo caso sirve para reconocer la calidad del fondo del agua, mediante las partículas u objetos que se sacan adheridos.
escota Cabo que sirve para cazar las velas.
escotilla Cada una de las aberturas que hay en las diversas cubiertas para el servicio del buque.
escotillón Puerta o trampa cerradiza en el suelo.
eslora Longitud de un barco, contada desde la roda al codaste.
espeque Palanca de madera, redonda por una extremidad y cuadrada por la otra; se usa, entre otras cosas, para mover el cabestrante y el molinete.
esquife Bote de dos proas con cuatro o seis remos de punta, es decir, con bancos de un solo bogador.
estacha Cuerda o cable atado al arpón con que se pescan las ballenas.
estay Cabo que sujeta la cabeza de un mástil al pie del más inmediato, para impedir que caiga hacia la popa.

estiba El conjunto de pesos que se coloca en el fondo de la bodega para dar estabilidad y acomodar después la carga.
estima Cálculo de la situación de la nave y de la dirección que debe seguir, fundado en los rumbos navegados, según las indicaciones de la aguja náutica, y en las distancias recorridas. Cuenta que se lleva de la misma en el cuaderno de bitácora.
estrellera Cada uno de los aparejos de grandes dimensiones que en caso de necesidad se enganchan a los palos para labores de gran peso.
estribor Banda derecha del navío mirando de popa a proa.
facha La situación casi fija de una embarcación cuyas velas están braceadas las unas contra las otras, de modo que el viento hiere en las unas por el revés o cara de proa, mientras llena las otras por el derecho o cara de popa, con lo que se consigue que los esfuerzos de unas y otras se contrarresten.
filástica El hilo de que están formados los cordones de todos los cabos.
flamear Ondear las grímpolas o la vela del buque por estar al filo del viento.
fondear Asegurarse una embarcación, o cualquier otro cuerpo flotante, por medio de anclas que se agarren al fondo de las aguas o de grandes pesos que descansen en él.
foque Denominación común de todas las velas triangulares que se largan a proa del trinquete sobre el bauprés; se aplica por antonomasia a la mayor y principal de ellas.
fragata Barco de cruz con tres palos y trescientas toneladas o más de porte.
galeota Galera menor, que tenía dieciséis o veinte remos por banda y sólo un hombre a cada remo. Llevaba dos palos y algunos cañones pequeños.
gallardete Tira o faja volante que va disminuyendo hasta rematar en punta, y se pone en lo alto de los mástiles de la embarcación, o en otra parte, como insignia, o para adorno, aviso o señal.
galleta Disco de bordes redondeados en que rematan los palos y las astas de las banderas.
galope Palo menor que se coloca sobre los mastelerillos.

gavia Vela que se coloca en el mastelero mayor de las naves, la cual da nombre a éste, a su verga, etc. Por extensión, cada una de las velas correspondientes en los otros dos masteleros.
gaza Especie de círculo o lazo que se forma en el extremo de un cabo doblándolo y uniéndolo con costura o con ligada, y que sirve para enganchar o ceñir una cosa o suspenderla de alguna parte.
gobernar Guiar y dirigir con el timón la nave en la derrota que debe seguir.
goleta Embarcación fina, de bordas poco elevadas, con dos palos, o a veces tres, y un cangrejo en cada uno.
grada Plano inclinado construido a la orilla del mar o de un río para fabricar y carenar embarcaciones, dándole el declive necesario para que éstas resbalen por él con facilidad cuando, ya concluidas, se botan al agua.
grímpola Gallardete muy corto izado en el tope del mayor para observar con más exactitud la dirección del viento reinante.
guardamancebo Cabo que sirve para que la gente se agarre o apoye para su seguridad.
guardia En el mar, el día se divide en «guardias», cinco de cuatro horas, y dos, llamadas «guardias de perro», de dos horas. Comenzando a mediodía (momento en que se fija la posición del buque mediante la lectura del sextante), las guardias se suceden con la siguiente secuencia:

12:00 a 16:00 guardia de tarde.
16:00 a 18:00 guardia del primer cuartillo.
18:00 a 20:00 guardia del segundo cuartillo.
20:00 a 00:00 guardia de prima.
00:00 a 04:00 guardia de media.
04:00 a 08:00 guardia de alba.
08:00 a 12:00 guardia de mañana.

Cada guardia se divide en ocho periodos —cuatro en las de cuartillo— de media hora cada uno, que se miden mediante un reloj de arena y se marcan mediante campanadas —una campanada a la primera media hora, dos a la

segunda, y así sucesivamente hasta 8 campanadas al final del periodo de 4 horas.
guarnir Pasar un cabo.
guiacabos Implemento sujeto a la cubierta de un barco a través del cual se pasa un cabo para remolcar, atracar, etcétera.
guindar Elevar, hacer subir más en el mismo sentido lo que ya estaba vertical. Llevar más arriba una cosa que está pendiente de un cabo.
halar Tirar de un cabo o de una lona, o de un remo en el acto de bogar.
imbornal Agujero o registro para dar salida a las aguas que se depositan en las respectivas cubiertas, y muy especialmente a las que embarca el buque en los golpes de mar.
jarcia Conjunto de cabos o piezas enteras de éstos.
jarcia de labor La que se usa para bracear las vergas, orientar y recoger el velamen, etcétera.
jarcia muerta La que está fija y sirve exclusivamente para la sujeción de los palos.
juanete Cada una de las vergas que se cruzan sobre las gavias, y las velas que en aquéllas se envergan.
junco Especie de embarcación pequeña usada en las Indias orientales.
lampazo Manojo largo y bastante grueso de filásticas unidas por un extremo, en el cual se hace firme a un cabo, usado para enjugar la humedad de las cubiertas.
lancha Barca grande de vela y remo que se emplea para servicios auxiliares de los barcos.
largar Aflojar, ir soltando poco a poco, o también desplegar, soltar una cosa, como la bandera o las velas.
mamparo División, generalmente de madera, que en el interior de los buques sirve para formar los camarotes y otros compartimentos.
mandarria Martillo o maza de hierro usada para calafatear.
mastelerillo Palo menor que se coloca sobre los masteleros.
mastelero Palo menor que se coloca sobre los palos machos.
mayor El palo más alto del buque y que sostiene la vela principal.

mayor de capa Vela mayor más chica y reforzada que la de uso ordinario, que se enverga con mal tiempo.
medianía La parte central de una boca, canal, paso o estrecho, es decir, la línea que igualmente se separa de los lados o extremos.
mesa de guarnición Tablones que forman unas especies de plataformas en los costados del buque, a la altura de cada uno de los tres palos principales, que sirven para sujetar en ellas los obenques y otros cabos, logrando que éstos abran un ángulo mayor.
mesana a) El palo que está más a popa en el buque que lleva tres. b) Vela que va envergada contra este mástil en un cangrejo.
molinete Especie de torno dispuesto horizontalmente y de babor a estribor, utilizado para el laboreo de cabos y cadenas, y el izado del ancla en buques pequeños; se sitúa a proa del trinquete.
monterilla Vela triangular que en tiempo bonancible se larga sobre los sobrejuanetes.
motón Pedazo de madera ovalado y achatado, rodeado de una gaza de la que se suspende de un mástil, obenque, etc., y con una abertura o cajera, dentro de la cual se sujeta una roldana o rueda a modo de polea.
obenque Cada uno de los cabos gruesos que sujetan la cabeza de un palo o de un mastelero a la mesa de guarnición o a la cofa inferior.
ollao Ojete que hay en puntos convenientes de las velas para pasar cabos con que sujetarlas, aumentar o disminuir su superficie.
orzar Dar al timón la posición necesaria, disminuyendo el ángulo que la dirección de su quilla forma con la del viento, es decir, girar el buque llevando su proa de sotavento a barlovento.
pallete Tejido que se hace a bordo con cordones de cabo, que sirve para forro o defensa de sitios expuestos al roce.
pallete a sable Especie de pallete que se teje pasando un cabito por entre varios cordones paralelos y apretándolo con una pieza de madera semejante a un sable.
palo Cada una de las perchas principales que, perpendiculares a la quilla de una embarcación, sirven para sostener las vergas y las velas. Según su situación, de proa a popa, se distinguen con los nombres de bauprés, trinquete, mayor y mesana. Cada palo está compuesto, a su vez, de varios

palos menores: el palo macho, los masteleros, los mastelerillos y los sobremastelerillos.

palo macho El inferior de los palos menores que forman cada palo del buque.

paquebote Embarcación que hace servicio de pasajeros o de correspondencia entre dos puertos.

parao Nombre genérico de casi todas las embarcaciones malayas, las cuales suelen usar timones laterales, tener poco calado y una forma muy fina.

pasador Instrumento de hierro, a modo de punzón, que sirve para abrir los cordones de los cabos cuando se empalma uno con otro.

patrón El que manda y dirige un barco pequeño.

pena El extremo más delgado de una entena y de un cangrejo.

pendura (a la) Dícese de todo lo que cuelga, y muy especialmente del ancla cuando pende de la serviola.

penol Punta o extremo de las vergas en cruz y también de los botalones.

percha Cualquier palo o verga y la madera que se emplea en su construcción.

pescante Pieza saliente de madera o hierro sujeta al costado de un buque, que sirve para sostener o colgar de ella alguna cosa.

popa cerrado Navegar en la dirección del viento.

porta Cualquiera de las ventanas o aberturas cuadradas o cuadrilongas que se hacen en los costados y popa de las embarcaciones, o en cualquier otra de sus divisiones interiores, ya para dar luz, ya para el manejo de la artillería u otros objetos.

portalón Abertura a manera de puerta, hecha en el costado del buque y que sirve para la entrada y salida de personas y cosas.

práctico El que por el conocimiento del lugar en que navega dirige el rumbo de las embarcaciones, llamándose de costa o de puerto, respectivamente, según sea en una o en otro donde ejerce su profesión.

proa Parte delantera de la nave, con la cual corta las aguas.

puño Punta o pico de una vela, en especial los dos inferiores.

quilla Gran madero recto, escuadrado y compuesto de varias piezas fuertemente empalmadas, sobre el que se sientan las cuadernas del buque perpendicularmente a su longitud, y que es como la base de todo el edificio, o lo que el espinazo a las costillas.
quilla (dar de) Hacer tumbar o inclinar a un buque sobre uno de sus costados, hasta que por el opuesto se descubra la quilla por encima de la superficie.
rabiza Tejido que se hace al extremo de un cabo para que no se descolche.
rasel Espacios a proa y a popa donde se estrecha mucho la nave.
regala Tablón que forma la parte superior de la borda.
rezón Ancla pequeña de cuatro uñas y sin cepo empleada para embarcaciones menores.
rizo Pedazo de cabo que se pasa por los ollaos de las velas, y sirve para aferrarlas parcialmente, disminuyendo la superficie expuesta al viento.
roda Pieza robusta de madera colocada a continuación y encima de la quilla, que forma la proa del barco.
roldana La rueda de madera o metal sobre la que gira el cabo en los cuadernales o motones.
rosa de los vientos Círculo dividido por radios, llamados «rumbos» o «vientos», en treinta y dos ángulos o partes iguales —11,25 grados de los 360 de la brújula—, llamados «puntos». En su centro se ajusta el estilo sobre el que se sitúa la barreta magnética de la aguja.
rueda (del timón) Rueda de radios colocada verticalmente y perpendicular a la quilla, con cuyo giro se orienta la caña del timón hacia donde se desea.
sacabuche Bomba de mano en forma de trompeta con que se extrae el contenido de las pipas estibadas sin necesidad de moverlas.
sobrejuanete Cada una de las vergas que se cruzan sobre los juanetes, y las velas que se largan en ellas.
sobremastelerillo Palo menor que se coloca sobre los mastelerillos.
sobrequilla Madero formado de piezas ensambladas, colocado de popa a proa por dentro de la nave encima de la quilla, y que sirve para consolidar la unión de ésta con las costillas.

sollado Cubierta, por lo común corrida de proa a popa, que se establece bajo la primera, o la de batería en las fragatas.
sondaleza Cuerda larga y delgada, con la cual y el escandallo se sonda y se reconocen las brazas de agua que hay desde la superficie hasta el fondo.
sotavento Parte a donde se dirige el viento.
talón Extremidad de la quilla en la popa y chaflán que con ella se ajusta en la esquina inferior del timón, a fin de que no pueda introducirse entre éste y el codaste cosa alguna que impida su juego.
tamborete Trozo de madera que sirve para sujetar a un palo otro sobrepuesto.
tamborete holandés Tamborete provisto de ranuras para albergar las drizas de algunas velas.
timón Pieza de madera o de hierro, a modo de gran tablón, que articulada verticalmente sobre goznes sirve para gobernar.
tojino Taco o pedazo de madera que se clava en el interior de la embarcación, para asegurar una cosa contra los balances o para apoyo de puntales y escoras.
toldilla. Cubierta que sirve de techo a la cámara alta o de alcázar, y que se extiende entre la proximidad del palo mesana y el coronamiento de popa.
tolete Cabilla de hierro o bronce, o estaquilla de madera fijada en la regala de la embarcación para que sirva de punto de apoyo al remo. Escalmo.
tope a) Punta del último mastelero, donde se colocan las grímpolas. b) Puesto de vigía en un sitio de la arboladura más alto que la cofa. c) Marinero situado en ese puesto.
través La dirección perpendicular al costado del buque.
trinquete a) Palo de proa en las embarcaciones que tienen más de uno. b) Verga mayor que se cruza sobre ese palo. c) Vela que se larga en ella.
vela Conjunto o unión de paños o piezas de lona o lienzo fuerte que, cortados de diversos modos y cosidos, se amarran a las vergas para recibir el viento que impele la nave.
vela de ala Vela adicional desplegada desde un botalón sujeto a los extremos de las vergas.
vela latina La triangular, envergada en entena.

vela mayor Vela principal que va en el palo mayor.
vela (ponerse o hacerse a la) Navegar el barco una vez zarpadas las anclas.
velacho Gavia del trinquete.
verga Percha horizontal sobre la que se largan las velas.
viento a un largo o viento largo El que sopla desde la dirección perpendicular al rumbo que lleva la nave, hasta la de la popa, y es más o menos largo según se aproxima más a ser en popa.
viento abierto El que forma con la derrota un ángulo mayor de seis cuartas.
viento contrario El que se aproxima mucho al que trae su dirección del mismo punto a que debe dirigirse el rumbo, o viento por la proa.
viento franco El que permite seguir un rumbo determinado navegando en buena vela.
viento (meter en) Bracear por sotavento para que el viento entre en las velas por su cara de popa.
viento (venir al) Volver algo más el buque su curso contra él.
virar Cambiar de rumbo o de bordada, pasando de una amura a otra, de modo que el viento que daba al buque por un costado le dé por el opuesto.
yugo Cada uno de los talones curvos horizontales que se endentan en el codaste y forman la popa del barco.
zuncho Abrazadera de hierro, o de cualquier otra materia resistente, que sirve, bien para fortalecer las cosas que requieren gran resistencia, como ciertos cañones, bien para el paso y sostenimiento de algún palo, mastelero, botalón, etcétera.

Notas

[1] *Moby-Dick; o La Ballena*, F. Velasco Garrido (ed.), Madrid, Akal (colección Vía Láctea), 2007. Quien tenga interés por la traducción de la novela puede consultar mi artículo «El lardo es el lardo. Sobre la traducción de *Moby Dick* al castellano», *Vasos Comunicantes* 40 (otoño 2008). <<

[2] *Leviatán*. A lo largo de toda la novela se emplea este término prácticamente como sinónimo de ballena. Según el *Diccionario de la Real Academia Española*, «leviatán» es un «monstruo marino fantástico» o una «cosa de grandes dimensiones y difícil de controlar». Cabe añadir que tiene connotaciones mitológicas que lo asocian con el Diablo y con el mar en sí. <<

[3] *Llamadme Ismael*: el nombre de Ismael, como los de la mayor parte de los personajes de la novela, tiene claras connotaciones referentes al carácter del personaje, que en este caso es el de un individuo marginado, que actúa contra corriente. Además, muchos de los nombres también aluden, como éste, al homónimo personaje bíblico. <<

[4] *Manhattoes*: primitivos habitantes de la isla de Manhattan. <<

[5] *el propio hermano de Jove*: Jove es otro de los nombres de Júpiter o Zeus. Su hermano es Poseidón, el dios del mar. <<

[6] *los dos ladrones del huerto*: la referencia es a Adán y Eva en el huerto del Edén. <<

[7] *una caja de ceniza en el porche*: en algunos lugares de Nueva Inglaterra se mantiene aún hoy la costumbre de guardar las cenizas de la salamandra en una caja, para esparcirlas luego sobre la nieve y el hielo, favoreciendo que se derritan. <<

[8] *La Posada del Surtidero*. En el original, *The Spouter Inn*. El término spouter era en la época un modo irónico y despectivo de referirse al barco ballenero. <<

[9] *cafés de bayas*: en la época se utilizaban en Estados Unidos las bayas del raigón del Canadá, un árbol conocido allí como «Kentucky coffeetree», para, una vez tostadas, elaborar un sustituto del café. <<

[10] *sociedad de templanza*: el elevado consumo de alcohol en los Estados Unidos hizo que durante el siglo XIX surgieran múltiples *temperance societies* que preconizaban la moderación o prohibición de las bebidas alcohólicas. <<

[11] *mucho de eso por llegar*: hay doble sentido. He traducido *blubber* como «gimoteo», pero también significa «grasa o gordura de la ballena», y con ese significado se emplea profusamente en la novela. <<

[12] *skrimshander*: piezas de huesos o dientes de cetáceos o pinnípedos (focas, morsas, etc.) grabadas o talladas por los marineros durante sus ratos de ocio. <<

[13] *en un sudario*: esta clase de velas era la de peor calidad. Las gotas de sebo fundido solidificadas alrededor de la vela se asemejaban de algún modo a una mortaja. <<

[14] *espera un poco, skrimshander*: resulta chocante que el posadero emplee esta palabra como apodo para dirigirse a Ismael. Es probable que tuviera un carácter cariñoso, similar a «chaval», como parece desprenderse del contexto, pero no lo he podido documentar. <<

[15] *Herr Alexarder*: mago alemán que actuó con enorme éxito en Nueva York en la década de 1840. <<

[16] *tan significativa e infiel*: el término inglés que se usa de manera equivalente al «difunto» castellano, *late*, no denota sino eufemísticamente que el sujeto está muerto, pues en propiedad significa «no actual» o «no vigente». <<

[17] *su pequeño Quebec*: dada su localización como puerta del territorio de Canadá, la ciudad de Quebec siempre estuvo muy fortificada, hasta tal punto que al menos hasta la segunda mitad del siglo XIX se la conocía como *fortress-city of Quebec*. <<

[18] «*roto su digeridor*»: en el siglo XIX se creía que el estómago realizaba una especie de cocción de los alimentos, y que la dispepsia no era sino la dificultad para realizar esa cocción. «Digeridor» o «digeridor de vapor» es el nombre primitivo dado a la olla a presión —inventada a finales del siglo XVII—, que hasta mediados del siglo XX nunca llegó a funcionar correctamente. <<

[19] *quohogs*: molusco abundante en la costa este de Norteamérica, parecido a la almeja. <<

[20] *Los Calderos del Beneficio*: son unos grandes calderos situados en la cubierta del barco ballenero, en los que se hierve el lardo o gordura de la ballena, operación fundamental en las labores de beneficio o aprovechamiento de ésta. <<

[21] *la señora Hussey*: Hussey, lo mismo que Coffin, era apellido común entre los habitantes de Nantucket de la época, pero fonéticamente se confunde con el substantivo *hussy*, que significa mujer escandalosa o desvergonzada; características propias, a su vez, de la mujer del personaje bíblico de nombre Oseas. <<

[22] *cabeza de chowder*: juego de palabras intraducible: *chowderhead* significa «cabeza de chorlito». <<

[23] *XXXIX artículos*: el credo oficial de la Iglesia anglicana y de todas las Iglesias episcopalianas. <<

[24] *sachem pottowattamie*: los potawatamie fueron una tribu de indios algonquinos, del mismo grupo que los pequod. Un *sachem* es un jefe de las tribus indias de Nueva Inglaterra. <<

[25] *parmaceti*: corrupción popular de *spermaceti*, nombre científico del esperma de ballena, usado aquí, evidentemente, como sinécdoque. <<

[26] *Lo deseolo*: en el original, *I dost*. Impresionado por la imponente presencia de los viejos capitanes cuáqueros, Ismael imita inconscientemente el *plain speech* —habla simple— propio de esta secta, pero lo hace erróneamente, pues, como la segunda persona singular es la forma que marca el tono característico de ese habla, emplea ésta para expresarse en primera persona. <<

[27] *donde Davy Jones*: Davy Jones es un personaje probervial que, entre los marinos anglosajones, encarna al espíritu maligno del mar. Así, la «alacena de Davy Jones» —*Davy Jones'locker*— es el lugar donde descansan los marineros ahogados, una suerte de Hades de los marinos. <<

[28] *ejemplar de Watts*: Isaac Watts (1674-1748) fue un popular autor de himnos religiosos que se compilaron muchas veces en forma de libro. La canción que Bildad entona unos párrafos más adelante es suya. <<

[29] *guardia de prima*: véase *guardia* en el *léxico náutico*. <<

[30] *Nota del autor*: véanse capítulos subsecuentes para algo más sobre este enunciado. <<

[31] *Caballeros y escuderos*: la existencia de dos capítulos consecutivos con idéntico título es una de las varias incógnitas de la novela. No parece que se trate de un descuido. <<

[32] *rigotán*: en el original, *rigadig*, neologismo original de Melville derivado de *rigadoon*, en castellano «rigodón». <<

[33] *le llamaban King-Post*: el nombre castellano de esta pieza de la armadura del barco —que se llama así en todo barco de madera, y no sólo en los balleneros del Ártico— es «codaste rey». <<

[34] *el nombre genérico de gay-headers*: el nombre de la aldea india, *Gay Head* —con o sin guión—, proviene de las coloridas rocas del promontorio sobre el que se asienta, y significa «promontorio alegre» —la acepción de «homosexual» es muy posterior a la época en que escribió Melville—, y el nombre dado a sus habitantes se podría traducir por «alegres zambullidores». <<

[35] *Príncipe de los Poderes del Aire*: el Diablo. <<

[36] *hombre de Man*: natural de la isla de Man, en el mar de Irlanda. Los nativos de esta isla tenían fama de expertos en sabiduría oculta. <<

[37] *una especie de tic-del-loro*: en el original *Tic-Dolly-row*, corrupción del francés *tic douloureux*, una contracción facial dolorosa. <<

[38] *La reina Mab*: es la reina de las hadas del folclore inglés, un personaje revoltoso, aunque benéfico por regla general, que figura en muchas obras capitales de la literatura inglesa. En *Romeo y Julieta*, de Shakespeare, se alude a ella como la comadrona de las hadas, que en forma de sueños libera a los durmientes de sus deseos más profundos. <<

[39] *Charing Cross*: el centro del antiguo Londres, en donde hasta el siglo XIX se hacían las proclamas, entre ellas las de los nuevos reyes. Allí también se alzaba la horca y la picota. <<

[40] *¡Atended, es vana la esperanza en él!*: el pasaje entero está tomado del Libro de Job, siendo citas literales las dos oraciones entrecomilladas (Job 41,1-9). <<

[41] *ex lege naturae jure meritoque*: «justo y meritorio por ley de naturaleza». La anterior cita, «penem intrantem femina mammis lactantem», significa «pene que entra en la hembra de lactancia mamaria». <<

[42] *la ballena Elephant & Castle*: es una alusión jocosa y despectiva a la cultura inglesa, como otras varias que hay en la novela. *Elephant & Castle* —*Elefante y Castillo*— es un distrito del sur de Londres que debe su nombre al logotipo de un herrero, compuesto por un elefante con su característica silla de montar —en alusión al marfil empleado para los mangos. <<

[43] *Nota del autor*: Por qué este libro de ballenas no se denomina Cuarto es muy sencillo. Porque mientras que las ballenas de este orden, aunque más pequeñas que aquellas del orden precedente, mantienen, no obstante, una similitud proporcionada a ellas en su forma, sin embargo, el volumen en Cuarto del encuadernador no mantiene la forma del volumen en Folio, mientras que el volumen en Octavo sí lo hace. <<

[44] *un proverbio: snore like a grampus*, es decir, «roncar como una orca». <<

[45] *specksynder*: lo mismo que con otros términos no ingleses, Melville comete una incorrección en la grafía. El nombre holandés correcto es *specksnijder*. <<

[46] *Logan de los bosques*: James (o John) Logan fue un jefe indio de finales del siglo XVIII, que aunque a causa de la constante presión de los colonos tuvo que emigrar varias veces hacia el Oeste, vivió en excelente relación con ellos hasta que en 1774 todo su entorno familiar fue masacrado a sangre fría por un grupo de usurpadores de tierras. A partir de entonces se lanzó a un pillaje indiscriminado. Se le recuerda especialmente por un brillante discurso en que rechazaba participar en un acuerdo para poner fin a la guerra con los blancos. <<

[47] *la hogareña narración del capitán Sleet*: prácticamente todas las citas y referencias que hay en la novela son auténticas. La excepción son ésta y un par de ellas más, que parodian una obra ballenera de William Scoresby, escrita en un tono muy pedante, pero de la que Melville recoge mucha información. <<

[48] *tantos herreros venidos a menos entre la tripulación*: según se desprende de esta afirmación y de la historia del herrero del *Pequod* —narrada en un CAPÍTULO posterior—, los herreros debían de tener en la época reputación de bebedores. <<

[49] *a veinte o treinta cuerdas del polo*: Melville utiliza la denominación antigua, *perch*, de la «cuerda» o *rod*, medida de longitud equivalente a cinco metros aproximadamente. <<

[50] *Bowditch*: Nathaniel Bowditch es el autor del manual de navegación más utilizado en la época. El *Fedón* es el diálogo platónico que trata principalmente de la inmortalidad. <<

[51] *un nivel algo más profundo*: en la expresión original, *a little lower layer*, hay doble sentido, pues *layer* —«estrato», «nivel»— se puede tomar también como forma alternativa a *lay*, «provecho», en el sentido de participación en los beneficios. Se trataría por tanto, de la oferta de una fracción «algo más baja» —un denominador menor— de las ganancias y, por tanto, una porción mayor de las mismas. <<

[52] *sordos Burkes y ciegos Bendigos*: nueva alusión irónica a la supuesta supremacía de Inglaterra sobre los Estados Unidos. Jeam «el Sordo» Burke y William «Bendigo» Thompson fueron campeones ingleses de boxeo. <<

[53] *Más que igualada está mi alma*: hay un intraducible juego de palabras basado en los homónimos *match*, por un lado el verbo «igualar» y por otro el substantivo «cerilla», ya que la inicial afirmación de Starbuck —*My soul is more than matched*— alude a una idea de Ajab en el CAPÍTULO anterior: *like so many ant-hills of powder, they all stand before me; and I their match*, «como tantos cúmulos de pólvora, todos están ante mí; y yo soy su cerilla». <<

[54] *ocho campanadas!*: véase *guardia* en el léxico náutico. <<

[55] *desfiladero de las Highlands*: se refiere al río Hudson a su paso por las montañas Catskill, llamadas las «Highlands del Hudson». Las Highlands originales son, por supuesto, las del noroeste de Escocia. <<

[56] *el viejo secreto de Estado*: este pasaje de difícil interpretación hace referencia al Hotel de Cluny de París, un edificio construido a finales del siglo XV sobre las ruinas de un palacio romano, del que sólo se conservaba, en el sótano, el *frigidarium*, las *Thermes* del texto. Desde 1842 hay allí un museo de piezas arqueológicas romanas y medievales, entre ellas estatuas de Adán y de Júpiter, que deben de ser las figuras a las que el texto alude. <<

[57] *un setenta y cuatro*: buque de guerra de setenta y cuatro cañones, el más grande que se construía. <<

[58] *Nota del autor*: Con referencia al oso polar, aquel que quisiera profundizar en este asunto probablemente instaría que no es la blancura, considerada de manera aislada, lo que acentúa la intolerable atrocidad de esa bestia; pues, si se analiza, puede decirse que ese acentuado espanto sólo surge de las circunstancias, que la irresponsable ferocidad de la criatura está ataviada con el vellón de la inocencia y el amor celestial; y por lo tanto, al unir dos emociones tan opuestas en nuestras mentes, el oso polar nos aterroriza con tan antinatural contraste. Mas incluso suponiendo que todo esto fuera verdad, aun así, no sentiríais ese intensificado terror si no fuera por la blancura. Por lo que respecta al tiburón blanco, la blanca y deslizante fantasmalidad de sosiego de esa criatura, cuando se la observa en sus actitudes ordinarias, se ajusta de extraña manera a la misma cualidad del cuadrúpedo polar. Esta peculiaridad se distingue de manera más vívida en el nombre con que los franceses designan a este pez. La misa romana de difuntos se inicia con el *Requiem eternam* (eterno descanso), de donde *requiem* da nombre a la propia misa y a cualquier otra música fúnebre. Pues bien, en alusión a la blanca y silenciosa calma mortal de este tiburón, y a la leve letalidad de sus hábitos, los franceses lo llaman *requin*. <<

[59] *Nota del autor*: Recuerdo el primer albatros que vi en mi vida. Fue durante una prolongada galerna en aguas muy próximas al mar Antártico. Desde mi guardia de alba abajo, ascendí a la cubierta de encapotado cielo; y allí, resaltando sobre la escotilla mayor, vi un regio ser alado de blancura inmaculada, y con un aquilino pico romano sublime. A intervalos arqueaba sus amplias alas de arcángel, como para abrazar un arca santa. Fantásticos aleteos y latidos lo hacían temblar. A pesar de no estar corporalmente herido, profería gritos, como el fantasma de algún rey en sobrenatural aflicción. A través de sus extraños ojos inexpresivos creí pensar que alcanzaba a ver secretos que llegaban hasta Dios. Como Abraham ante los ángeles, me postré; tan blanca era la blanca criatura, sus alas tan amplias, y en aquellas aguas por siempre exiliadas yo había perdido los miserables y deformantes recuerdos de tradiciones y ciudades. Durante largo tiempo observé ese prodigio de plumaje. Decir no puedo, sólo insinuar, las cosas que entonces pasaron a través de mí. Pero finalmente desperté; y, volviéndome, pregunté a un marinero qué pájaro era ése. «Un goney» respondió. ¡Goney! Nunca antes había escuchado ese nombre; ¡es concebible que esta gloriosa criatura sea totalmente desconocida para los hombres de tierra adentro!, ¡imposible! Pero algo después supe que goney era un nombre de marino para el albatros. De manera que no existía posibilidad de que la exaltada rima de Coleridge tuviera nada que ver con esas místicas impresiones que me embargaron cuando vi aquel pájaro sobre nuestra cubierta. Pues ni entonces había yo leído la rima, ni sabía que el pájaro era un albatros. Diciendo esto, sin embargo, bruño con un poco más de brillo, aunque indirectamente, el noble mérito del poema y el poeta. Yo afirmo, por tanto, que el secreto del conjuro se oculta principalmente en la fantástica blancura corporal del pájaro; una verdad aún más manifiesta en lo siguiente: que por un solecismo de términos existen pájaros llamados albatros grises, y éstos los he visto con frecuencia, pero nunca con emociones tales como cuando observé el ave atlántica. Mas ¿cómo había sido atrapada la mística

criatura? No lo reveléis y lo diré: con un anzuelo y un sedal traicioneros mientras el ave flotaba en el mar. Finalmente el capitán le convirtió en cartero, atando a su cuello un registro de cuero anotado con el lugar y el día del barco, y dejándolo escapar luego. ¡Y no dudo que el registro de cuero, destinado al hombre, fuera llevado al Cielo cuando el ave blanca voló a unirse con el alado, invocante y adorante querubín! <<

[60] *tal estatua ciega*: no existe explicación clara sobre estos planteamientos retóricos, que en cualquier caso están relacionados con la fanática religiosidad de la sociedad norteamericana de la época. <<

[61] *flotas ancladas*: poner las vergas en posición oblicua era señal de duelo. <<

[62] *Corazón y caña, ambos caen*: se dice que un barco cae, y por extensión también su timón o caña, cuando se desvía de su rumbo hacia una u otra banda. La expresión inglesa implica, además, una caída a sotavento, es decir, que el barco gire enfrentándose al viento y quedando, por tanto, detenido. <<

[63] *¡Caramba!*: en castellano en el original. <<

[64] *Nota del autor*: Desde que se escribió lo arriba dicho, la afirmación ha sido felizmente confirmada por una circular oficial, de 16 de abril de 1851, emitida por el teniente Maury, del Observatorio Nacional de Washington. Según esta circular, parece ser que esa carta en concreto está en curso de completarse; y fragmentos de la misma se presentan en la circular. «Esta carta divide el océano en distritos de cinco grados de latitud por cinco grados de longitud; perpendicularmente a través de cada uno de dichos distritos hay doce columnas para los doce meses; y horizontalmente a través de cada uno de dichos distritos hay tres líneas: una para mostrar el número de días que se ha permanecido cada mes en cada distrito, y las dos otras para mostrar el número de días en los que se han visto ballenas francas o cachalotes.» <<

[65] *Nota del autor*: Los siguientes párrafos son extractos de la narración de Chase: «Cada hecho parecía reafirmarme en concluir que fue cualquier cosa, excepto la casualidad, lo que había dirigido sus movimientos; realizó dos ataques distintos contra el barco, con un corto intervalo entre ellos; ambos, según la dirección que tomó, estaban calculados para hacernos el mayor daño, al ser efectuados de frente, y por tanto combinando para el golpe la velocidad de los dos objetos; y para realizar los cuales fueron necesarias las maniobras exactas que hizo. Su aspecto era de lo más horrible, como si indicara resentimiento y furia. Vino directamente desde la manada a la que acabábamos antes de entrar, y en la cual habíamos alcanzado a tres de sus compañeros, como si estuviera enardecido por la revancha de sus sufrimientos». De nuevo: «En cualquier caso, atendiendo conjuntamente a todas las circunstancias, al ocurrir todo ante mis propios ojos, y producir en mi mente en el momento impresiones de daño calculado por parte de la ballena (muchas de las cuales impresiones no puedo ahora recordar), ello me induce a mostrarme acorde a tener razón en mi opinión». Aquí están sus reflexiones cierto tiempo después de abandonar el barco, durante una negra noche en una lancha abierta, casi desistiendo de alcanzar una costa hospitalaria: «El oscuro océano y las aguas que se abultaban no eran nada; los temores de ser devorado por alguna terrible tempestad, o arrojado sobre rocas ocultas, junto con todos los demás asuntos de aterradora contemplación, parecían apenas tener el derecho a un momento de pensamiento: el naufragio de lúgubre apariencia, y *el horrible aspecto y venganza de la ballena* coparon totalmente mis reflexiones, hasta que el día hizo de nuevo su aparición». En otro lugar —p. 45— habla de «el misterioso y mortal ataque del animal». <<

[66] *ese mismo dinero pronto haría que Ajab fuera depuesto*: en el original, *this same cash would soon cashier Ahab*. Hay un juego de palabras intraducible, basado en la semejanza entre *cash* —dinero, metálico— y el verbo *to cashier* —deponer, destituir, desechar. <<

[67] *remo del arponero*: en la lancha ballenera había cinco remeros y un timonel. El remero más a proa era a la vez el arponero. <<

[68] *una piedra*: es una de las muchas alusiones bíblicas del libro, en este caso a la resurrección de Lázaro —que se menciona inmediatamente después—: «El ángel del Señor bajó del Cielo y, acercándose, hizo rodar la piedra de la puerta» (Mt 28, 2). <<

[69] *amores mundanos*: se trata de un pasaje poco conocido del Génesis (6, 4) que habla, efectivamente, de la existencia de gigantes, de la unión de «los hijos de Dios» con «las hijas de los hombres» y de que la descendencia resultante eran «los hombres poderosos» que hubo en la Antigüedad, hombres de renombre. Los «rabinos no canónicos» son los que no se atienen al canon bíblico y admiten otros textos en los que «los hijos de Dios» del Génesis son interpretados como ángeles caídos, o demonios, cuya motivación es la lujuria, y los gigantes descendientes de ellos son vistos como seres violentos y destructivos. <<

[70] *Nota del autor*: El compás de la cabina se llama «chivato» porque, sin acudir al compás del timón, el capitán puede estar informado del rumbo del barco mientras está abajo. <<

[71] *gentiles exclamaciones semejantes*: tanto «surtidero» —*spouter*—, que alude al chorro de la ballena, como «cocedero de lardo» —*blubber-boilers*—, que alude a la operación de refinado del lardo, son términos despectivos para nombrar al barco ballenero. <<

[72] *Nota del autor*: el Antiguo grito de aviso a la primera observación de una ballena desde el tope, todavía utilizado por los balleneros en la caza de la famosa tortuga de las Galápagos. <<

[73] *un pez espada lo había herido*: a pesar de lo aparentemente fantasioso de la afirmación, los peces espada, efectivamente, agujereaban en ocasiones los cascos de los barcos. <<

[74] *el modelo de su nariz*: hay un matiz escatológico oculto, pues «espejo» —*looking-glass*— era argot para referirse al orinal, con lo que el «modelo de nariz» no se refiere precisamente a la belleza de la misma. La venganza posterior del primer oficial al ordenarle recoger las «ofensivas sustancias» es acorde con el insulto. <<

[75] *¡Adiós, señor!*: en castellano en el original. <<

[76] *con jorobas de dromedario*: en *Ricardo III* (1591), de William Shakespeare, el perverso rey protagonista es jorobado. <<

[77] *el esqueleto de Jeremy Bentham*: el filósofo Jeremy Benthan legó su esqueleto, vestido y con una cabeza de cera, al University College de Londres, que él mismo había fundado y donde aún puede verse. <<

[78] *nunca hace discursos*: Melville juega con los distintos significados de la palabra *stump* —«muñón» y «tocón»—, y con el hecho de que en los primeros tiempos de la democracia norteamericana los políticos se subían encima de un tocón para hablar a la gente; de ahí que *stump* adquiriera también el significado de «estrado». Los extensos claros del Oeste son las tierras roturadas por los pioneros, que, lógicamente, en un principio estaban plagadas de ellos. <<

[79] *Nota del autor*: Esa parte del mar conocida entre los balleneros como los «bancos de Brasil» no ostenta ese nombre, como lo hacen los bancos de Terranova, por haber bajíos y sirtes allí, sino a causa de esta remarcable apariencia de pradera, causada por las grandes acumulaciones de copépodo que flotan en esas latitudes en las que la ballena franca suele cazarse. <<

[80] *portuguesa venganza*: probablemente compara el Diluvio universal (Gn 6-7) al terremoto que destruyó Lisboa en 1755, epítome de la catástrofe natural en el siglo XIX. <<

[81] *Nota del autor*: En algún otro lugar se verá de qué sustancia tan ligera consiste todo el interior de la enorme cabeza del cachalote. Aunque aparentemente la parte más masiva, es con mucho la más flotante de él. De manera que la eleva con facilidad en el aire, e invariablemente lo hace así cuando avanza con su mayor velocidad. Aparte, tal es la anchura de la parte superior del frente de su cabeza, y tal la formación en cuña para cortar el agua de la parte inferior, que al elevar oblicuamente la cabeza puede decirse que, mediante ello, de un lento galeón de proa chata se transforma en una puntiaguda lancha de piloto de Nueva York. <<

[82] *filete de granadero*: hay un tipo de pescado con ese nombre —*grenadier*—, pero, dado el pasado caníbal de Queequeg, bien podría tratarse de un soldado, sobre todo porque en los buques de guerra eran frecuentes las compañías de granaderos navales. <<

[83] En parte para mostrar lo indispensable de esta acción, se puede aquí señalar que en la antigua pesquería holandesa se empleaba una bayeta para empapar de agua la estacha en movimiento; en muchos otros barcos se aparta para ese propósito un barreño de madera o artesa. Tu sombrero, sin embargo, es lo más apropiado. <<

[84] *mencionadas en el CAPÍTULO anterior*: en realidad, en el CAPÍTULO 60. <<

[85] *Nota del autor*: Puede aquí relatarse una pequeña cuestión. La sujeción más fuerte y más fiable que tiene un barco sobre la ballena cuando ésta está amarrada a su costado es la de las palmas o cola; y como, por su mayor densidad, esa parte es relativamente más pesada que cualquier otra (exceptuando las aletas laterales), su flexibilidad, incluso tras la muerte, hace que se hunda bastante bajo la superficie; de manera que no puedes alcanzarla con la mano desde la lancha para colocar una cadena a su alrededor. Mas esta dificultad se vence ingeniosamente: se prepara un cabo pequeño y fuerte, con un flotador de madera en su extremo exterior y un peso en su parte media, mientras que el otro extremo se sujeta al barco. Con hábil manipulación se hace que el flotador de madera emerja al otro lado de la masa, de forma que, habiendo ahora circundado la ballena, fácilmente se consigue que la cadena haga lo mismo; y una vez pasada a lo largo del cuerpo, es finalmente sujeta alrededor de la parte más estrecha de la cola, en el punto de unión con sus amplias palmas o lóbulos. <<

[86] *tal como le llamaban: fleece* significa «vellón». No se puede decir, por tanto, que sea un apodo muy respetuoso para un «viejo negro». <<

[87] *alrededor, por la jarcia*: sólo los marineros novatos o timoratos utilizaban la boca de lobo para llegar a la cofa, lo normal era trepar por el exterior. <<

[88] *et tu Brute!*: el reproche de Julio César a su asesino en la obra del mismo título (1599) de William Shakespeare. <<

[89] *Nota del autor*: La zapa ballenera utilizada para el descarnado está hecha del mejor acero; es del tamaño aproximado de la mano extendida de un hombre; y en su forma general se corresponde con la herramienta de jardinería de la que toma el nombre, excepto que sus lados son completamente planos, y su parte superior considerablemente más estrecha que la inferior. Este arma se mantiene siempre lo más afilada posible; y cuando se utiliza se afila de cuando en cuando, lo mismo que una navaja barbera. En su calce se inserta como mango una vara rígida, de veinte o treinta pies de largo. <<

[90] *deber ser maldito indio*: esta afirmación, que hoy en día puede resultar sorprendente en boca de un «salvaje», probablemente era un modismo despectivo, lo mismo que es despectiva la forma empleada para el término «indio», *ingin*. <<

[91] *una falda y calcetines*: el narrador llama burlonamente atuendo escocés a un mandil de carnicero y unos calcetines bastos para evitar resbalar sobre la ballena. <<

[92] *Nota del autor*: el cabo de mono se encuentra en todos los balleneros; pero excepto en el *Pequod*, jamás se ató al mono y a su portador. Esta mejora sobre la práctica original no fue introducida por ningún otro que Stubb, con objeto de ofrecer al arponero en peligro la mayor garantía posible de fidelidad y alerta por parte de su portador de cabo de mono. <<

[93] *luciferes*: nombre genérico que se daba a las cerillas anteriores a la invención de las «cerillas de seguridad». A diferencia de éstas, aquéllas se prendían al frotarlas contra cualquier superficie, y eran venenosas. <<

[94] *esos tres sanguinarios soldados*: los protagonistas de una novela gótica hoy completamente olvidada, *The Three Spaniards* (1800), de George Walker. <<

[95] *laponas especulaciones*: los lapones tenían fama de ocultistas. Por otra parte, unas líneas antes el narrador nos informa abruptamente de la naturaleza «parsi» de Fedallah. Un parsi es un miembro de un pueblo procedente de la antigua Persia que seguía la religión de Zoroastro. <<

[96] *desear un cierra-mandíbulas para ella*: en el original, *a reproach to all his tribe, who must, no doubt, imprecate lock-jaws upon him*. Hay un juego de palabras intraducible. Por un lado, el equivalente castellano del término *lockjaw* es «tétanos», empleado aquí no en el sentido de la enfermedad nerviosa, sino como —según la primera acepción recogida en el *Diccionario de la Real Academia Española*— «rigidez y tensión convulsiva de los músculos que en salud están sometidos al imperio de la voluntad». Pero, por otra parte, *lockjaw* se puede entender como compuesto de *lock* —«cerrar», «candado»— y de *jaw* —«mandíbula»—, y, por lo tanto, como «cierra-mandíbula». <<

[97] *la playa se abriera*: incluso en un libro en el que se fuerzan tanto los recursos retóricos como en éste, el parangón del labio de la ballena franca con una playa es tan exagerado que cuesta captarlo. Por otra parte, se llamaban «meses principales» a los meses de gestación durante los cuales, se decía, el feto podía adquirir cualquier característica perturbadora que la madre observara. <<

[98] *Nota del autor*: Esto nos recuerda que la ballena franca tiene en realidad una especie de bigote, o más bien un mostacho, que consiste en unos pocos pelos blancos sueltos en la parte superior del extremo exterior de la mandíbula inferior. A veces estos mechones imparten una expresión como de bandolero a su, por lo demás, solemne semblante. <<

[99] *Nota del autor*: Falca no es un término euclidiano, pertenece a la pura matemática náutica. No tengo conocimiento de que haya sido definido antes. Una falca es un sólido que difiere de una cuña en que su extremo agudo está formado por la inclinación pronunciada de uno de los lados, en lugar de por la disminución mutua de ambos. <<

[100] *la mesa de piedra del Niágara*: una cornisa que existía junto a las famosas cataratas, y que se derrumbó en junio de 1850, cuando Melville estaba redactando la novela. <<

[101] *el primer viento contrario*: el original, *faul wind*, puede traducirse también por «viento fétido». <<

[102] *¡Hurra por el viento del fresno!*: se refiere al que levanta la madera de fresno con la que se hacían los remos de las lanchas balleneras. <<

[103] *¡se ríe del blandir de una pica!*: cita de Job 41, 7 y 41, 26-29. <<

[104] *el inefable viejo Monongahela*: Monongahela es el nombre de un río y de una ciudad al oeste del estado de Virginia, donde en 1794 se produjo la primera rebelión secesionista contra los recién creados Estados Unidos de América, la llamada «Rebelión del Whisky,» en la que un considerable número de colonos fronterizos se negaron a pagar los impuestos estatales por fabricación de este licor. El whisky fabricado con agua del río Monongahela sigue gozando aún hoy en día de gran prestigio. <<

[105] *Angelo*: se refiere a Miguel Ángel. <<

[106] *acariciaba sus partes*: nada se sabe del nombre Darmonodes, que puede bien ser pura invención de Melville. Una historia similar se encuentra entre otras fuentes en los *Essais* (1603) de Michel de Montaigne: «Ved el elefante rival de Aristófanes, el gramático, en los amores de una joven tendera de la villa de Alejandría, que en nada se quedaba atrás de los oficios de un pretendiente apasionado; pues al pasearse por el mercado en donde se vendían las frutas, las cogía con la trompa, y se las llevaba; la perdía de vista lo menos que le era posible, y de vez en cuando le metía la trompa en el seno por el escote, y le palpaba los pechos». <<

[107] *Nota del autor*: Aunque toda comparación entre la ballena y el elefante referida a la mole entera es absurda, en tanto en ese aspecto el elefante está en la misma relación con respecto a la ballena que un perro con respecto al elefante; sin embargo, no faltan algunos puntos de curiosa similitud, entre los que está el chorrear. Es bien conocido que el elefante a menudo absorbe agua o polvo en su trompa y que, elevándola entonces, la hace salir como un surtidor. <<

[108] *Nota del autor*: El cachalote, lo mismo que todas las demás especies de leviatán, pero a diferencia de la mayor parte de los otros peces, cría indistintamente en todas las estaciones, tras una gestación que probablemente puede establecerse en nueve meses, engendrando sólo uno cada vez; aunque en algunos pocos conocidos casos dando a luz un Esau y un Jacob… Una contingencia prevista en el amamantado por dos pechos, curiosamente situados uno a cada lado del ano, aunque los pechos en sí se extienden desde ahí hacia arriba. Cuando por azar estas preciosas partes de la ballena lactante son cortadas por la lanza del cazador, la leche y la sangre que brotan de la madre decoloran el mar, rivalizando en cuerdas de extensión. La leche es muy dulce y apetitosa; ha sido catada por los hombres y podría ir bien con fresas. Cuando rebosan de mutua estima, las ballenas se saludan *more hominum* («a la manera de los seres humanos»). <<

[109] *ella se había convertido en un pez suelto*: en la época, aunque sólo en Inglaterra, «pez suelto» —*loose-fish*— era sinónimo de prostituta. <<

[110] *al pobre Woebegone*: el nombre es claramente alegórico, pues es un adjetivo que significa «desconsolado». Lo mismo ocurre un par de líneas más abajo con el nombre del arzobispo *Savesoul*, o arzobispo «Salvaalma», y con el del duque de Dunder, o duque de «Vinaza». Mordecai, inmediatamente antes, es un nombre típicamente judío, significa «guerrero», y probablemente fue elegido por Melville simplemente para indicar la etnia, asociada tópicamente a la profesión de prestamista. John Bull es un personaje ficticio que personifica el carácter inglés. <<

[111] *et regina cuadam*: «Respecto a la ballena, en verdad es suficiente, si el rey tiene la cabeza, y la reina la cola». La cita, abreviada, está tomada de la primera compilación legal inglesa, que data del siglo XIII. <<

[112] *el gabinete, lo llamaba*: el cirujano del barco, para huir del mal olor, se ha retirado a las letrinas de los oficiales, que no deberían oler bien, precisamente. <<

[113] *el mejor almizcle*: los excrementos. El dicho de san Pablo mencionado inmediatamente antes es: «Así también es la resurrección de los muertos. Es sembrada en corrupción, es cultivada en incorrupción; es sembrada en deshonor, es cultivada en gloria; es sembrada en debilidad, es cultivada en poder». <<

[114] *transportables pedazos de caballo*: porciones de lardo de aproximadamente un metro de largo por veinte centímetros de ancho. <<

[115] *qué candidato para un arzobispado*: Melville añade una *k* a la grafía de *archbishopric* —arzobispado—, y crea una burlona paragoge, *archbishoprick*, que puede leerse como compuesto de *archbishop* —«arzobispo»— y *prick* —término vulgar para nombrar el pene—. «Hojas de Biblia» es el nombre que se da a las lonchas de lardo en que se cortan los «pedazos de caballo». <<

[116] *Nota del autor*: «¡Hojas de Biblia! ¡Hojas de Biblia!». Éste es el invariable grito de los oficiales al matachín. Le urgen a que sea cuidadoso y corte su trabajo en tajadas lo más delgadas posibles, en tanto que. al hacerlo así, la tarea de la cocción del aceite se acelera mucho, y su cantidad aumenta considerablemente, además de que quizá mejora en calidad. <<

[117] *algunos viejos marineros cínicos*: la tercera acepción de *cynical* en el *Oxford English Dictionary* es «relacionado con un perro, a la manera de un perro». <<

[118] *el calendario de Massachusetts*: los almanaques, una publicación muy extendida en la época, solían incluir un diagrama de los signos del zodiaco alrededor de la figura de un hombre identificado como «el hombre de los signos». La aritmética de Daboll mencionada antes es sólo un libro de texto de aritmética muy utilizado en la época, y el viejo Bowditch, antes aún, un conocido manual de navegación, ya mencionado en el texto. <<

[119] *eso hace novecientos sesenta cigarros*: a dos centavos el cigarro, es evidente que con dieciséis dólares se pueden comprar ochocientos cigarros. El error resulta un tanto sorprendente, y no cabría sino concluir que es intencionado —quizá para señalar el inculto optimismo del personaje—, salvo por el hecho de que entre los marineros circulaban ampliamente los dólares hispano-americanos, que tenían una equivalencia de uno con veinte dólares norteamericanos, lo que quiere decir que los dieciséis dólares hispano-americanos del doblón equivalían a diecinueve con veinte dólares americanos, con los cuales, a dos centavos el cigarro, se podrían comprar exactamente novecientos sesenta cigarros. <<

[120] *¿Y dónde está el espantapájaros?*: en inglés el espantapájaros se denomina *scarecrow*, es decir, «espantacuervos». Por otra parte, Jim Crow —«Jaime Cuervo»— era un personaje tradicional de los espectáculos ambulantes —*minstrel shows*—, que representaba a un pequeño negro cojo. <<

[121] *¿y cuál es la consecuencia?*: según un dicho popular anglosajón, la consecuencia es que se cae el ano. <<

[122] *el verde mísero*: apodo que se daba al proverbial Davy Jones. Véase nota 26. <<

[123] *cogiendo bayas*: en el original, *blackberrying*. Quizá una alusión a *blackbirding*, palabra que designaba la práctica de secuestrar a negros en los estados del norte, no esclavistas, y trasladarlos como esclavos al sur. <<

[124] *otro Bunger semejante*: el adjetivo *bungersome* significa en inglés «torpe», «chapucero», «embarazoso». <<

[125] *una sonora expedición*: en el original, *the* Rattler *made a rattling voyage of it*. Hay un juego de palabras basado en la anfibología de *rattle*, un término que significa «hacer ruido rápida y repetidamente», pero que también se aplica al parloteo o el chismorreo, y también a lo que causa desconcierto. <<

[126] *un buen* flip: el *flip* es una especie de grog o ponche, compuesto de cerveza, vino o algún licor, mezclado con huevo y especias, y azucarado. <<

[127] *Sí, y lo aventamos a una media de diez galones por hora*: en el original, *Yes, and we flipped it at the rate of ten gallons the hour*. Nuevo juego de palabras basado en *to flip* —aventar, tirar al aire—, verbo homónimo de la bebida. <<

[128] *el único alimento fresco que tenían*: alude al gorgojo, un insecto que acompañaba inevitablemente este pan seco, o «bizcocho», fundamental en la alimentación en los barcos de la época. <<

[129] *las Arsácidas*: las hoy conocidas como islas Salomón, en el Pacífico Sur, cerca de Nueva Zelanda. <<

[130] *su bolsillo o bolsa*: el estómago. También se inflaba y se empleaba como «traba». <<

[131] *giratorios panoramas*: originalmente —y así emplea Melville el término—, un panorama era un espectáculo visual basado en imágenes pintadas en una tela que o bien rodeaba al espectador, o bien, más comúnmente, se hacía que pasara ante él desenrollándola y enrollándola en dos cilindros paralelos. <<

[132] *actualmente en Londres*: la población de Londres a mediados del siglo XIX era de dos millones de habitantes; la de los búfalos del Medio Oeste americano al inicio del mismo siglo, antes de su caza indiscriminada, se calcula en treinta millones, de los que cien años después sólo quedaban un millar. <<

[133] *Nueva Holanda*: nombre por el que se conoció Australia durante cierto tiempo. <<

[134] *entre las lunas de Saturno*: es decir, bajo la influencia del planeta, en un estado saturnino –triste, taciturno. <<

[135] *multum in parvo*: «mucho en poco». Sheffield, en Inglaterra, era famosa por su cuchillería. <<

[136] *unas pocas gotas de cuerno de ciervo*: el «cuerno de ciervo», o «cuerno de venado», es una sal de olor de efectos vivificantes. La llamada «esencia de Mercurio» es un preparado hecho a base de hinojo que, según ciertas doctrinas esotéricas, incrementa la inteligencia y la curiosidad. <<

[137] *viejo Smut: Smut* significa «tizón». Se deduce, por tanto, que el carpintero se dirige al herrero. <<

[138] *creo que no tuve en cuenta un pequeño sumando, señor*: la afirmación del carpintero —*I think I didn't carry a small number, sir*— resulta confusa, probablemente por reproducir con fidelidad el coloquialismo de la conversación. De cualquier manera, el sentido parece ser que el carpintero había tomado la plática con Ajab como algo más trivial. <<

[139] *Nota del autor*: En los balleneros con gran cantidad de aceite a bordo es tarea rutinaria llevar dos veces por semana una manguera a la bodega y empapar los toneles con agua de mar, la cual posteriormente, a distintos intervalos, se extrae mediante las bombas del barco. Con esto se busca mantener los toneles húmedamente estancos; mientras que, por la naturaleza alterada del agua retirada, los marineros detectan inmediatamente cualquier fuga importante del preciado cargamento. <<

[140] *de las islas Lackaday*: el nombre de estas islas es imaginario, aunque hace alusión por una parte a las paradisiacas islas Lacadivas, cerca de la costa oeste de la India, y por otra al adjetivo *lackadaisical*, «falto de interés», «lánguido». <<

[141] *campos de alfareros*: así se llamaban en Estados Unidos los cementerios públicos para pobres y delincuentes. El nombre deriva del destino dado a las treinta monedas cobradas por Judas. Las «legendarias ondulaciones del limo de Éfeso» mencionadas inmediatamente antes se refieren a la leyenda de que la tierra sobre la tumba de san Juan, en Éfeso, se movía como la ropa de la cama de un hombre que duerme. <<

[142] *¡Fue el diablo de la botella!*: en esta historia del herrero, Melville adopta en tono de burla el estilo de los panfletos en favor de la abstinencia del alcohol, muy numerosos en la época. <<

[143] *Eso non baptizo te in nomine patris, sed in nomine diaboli*: «No te bautizo en nombre del Padre, sino en nombre del Diablo». <<

[144] *Ese parsi huele el fuego como un fósforo*: Stubb hace un juego de palabras con «luciferes», es decir, cerillas (véase CAPÍTULO 72). <<

[145] *El cuadrante*: a mediados del siglo XIX ningún marino se orientaba ya con el cuadrante. El instrumento utilizado era el sextante, mucho más exacto y cómodo, y que dispone de un sistema de espejos que permite tomar la medición sin necesidad de alzar la vista al sol. Quizá sea ésta precisamente la razón por la que Melville elige el anticuado cuadrante como instrumento para Ajab. <<

[146] *sólo cenizas de carbón de mar*: se llamaba así al carbón de hulla encontrado en superficie, por ser hallado sobre todo en las costas. <<

[147] *parecía estar peleando con un ángel*: en Gn 32, 24-32 se narra cómo Jacob luchó durante toda la noche con un ángel, que, aunque no se revela su nombre, se deduce que es Dios mismo, y a quien Jacob fuerza a que le bendiga. Junto con esta bendición recibe de este ángel un nuevo nombre: «Vuestro nombre no será ya más Jacob, sino Israel: pues como príncipe tenéis poder con Dios y con los hombres, y habéis prevalecido». <<

[148] *¡La nave central de una iglesia!*: la colocación del ataúd en la cubierta le recuerda a Ajab una iglesia dispuesta para un funeral. <<

[149] Véase CAPÍTULO 41. <<

[150] *hecha ceniza, a tierra*: referencia a las manzanas de Sodoma, que parecían sanas, pero se deshacían en humo y ceniza al ser arrancadas del árbol. <<

[151] Nota del autor: Este movimiento es peculiar del cachalote. Recibe su nombre (volteado) de ser asociado a ese preliminar movimiento preparatorio arriba y abajo de la lanza ballenera, en el ejercicio llamado volteado, anteriormente descrito. Mediante este movimiento la ballena debe ver de la mejor y más completa manera posible cualquier objeto que pueda estar rodeándola. <<

[152] *el vómito negro*: nombre con que también se conocía la fiebre amarilla. <<